LA ESTRELLA DE CHILE.

LA

ESTRELLA DE CHILE

REVISTA LITERARIA SEMANAL

AÑO OCTAVO

1875

TOMO IX

SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE CHILE."
19 J.—AGUSTINAS.—19 J.

1875.

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIJINAL, EN CUATRO ACTOS I OCHO CUADROS.

1.er CUADRO: Margarita.
2.° CUADRO: El verdugo de Varsovia.
3.er CUADRO: Kosciusko.
4.° CUADRO: Estanislao Poniatowski.
5.° CUADRO: Frai Anjelo.
6.° CUADRO: El torreon de Wola.
7.° CUADRO: ¡Adios Polonia!
8.° CUADRO: Macejowice.

PERSONAJES.

María, esposa de Huberto.
Margarita, su hija.
Estanislao Poniatowski, rei.
Nicolas Repnin, procónsul ruso.
Huberto Czartoryiski.
Tadeo Kosciusko.
Soldados polacos, oficiales i soldados rusos.
Edgardo Niemcewicz.
Rauntenfeld.
Frai Anjelo.
Manzour.
Petrouchka.
Tchitchikoff.

La accion tiene lugar, los tres primeros actos, en Varsovia i el 4.° en Macejowice.—8 a 10 de octubre de 1794.

A MIS HERMANOS EMILIO, LUIS I TOMAS, JUNTO CON EL CARIÑO DE SU AFECTÍSIMO HERMANO,

Ruperto.

ACTO I.

CUADRO PRIMERO.

MARGARITA.

El teatro representa una sala en casa de Huberto.—Es de noche; sobre la mesa una lámpara.

ESCENA I.

MARÍA, MARGARITA.

(Al levantarse el telon, Margarita está arrodillada a los piés de su madre, quien concluye de arreglarle los cabellos.)

María. Así i, ahora, dame un beso.

Marg. ¡Madre mia!

María. Deja que te arregle todavía este rizo i ponga un azahar mas; ya está. ¡Oh! i qué dirá Edgardo cuando te vea tan linda.

Marg. *(Abrazando a su madre.)* ¡Madre mia! ¡madre mia!

María. Pero ¿qué es esto, Margarita?.... ¡tú lloras!

Marg. ¡Es de felicidad, madre, es de felicidad!

María. *(Enjugando sus lágrimas i besándola.)* Pobre hija mia, comprendo tus lágrimas: cuando tras largas horas de incierta esperanza i de contínuo padecer, llega, por fin, el momento en que vemos realizarse lo que ayer creiamos solo un dulce ensueño ¡ah! entónces, Margarita, el alma alegre, feliz, no tiene otra expresion que las lágrimas. ¡Lágrimas benditas, pues son como el rocío del cielo! ¡Lágrimas dulcísimas, pues son flores desprendidas del alma i del corazon!

Marg. Sí, es cierto, madre mia i, por lo mismo, que no te cause pena verme llorar. No sé, yo amo mucho, mucho a Edgardo, pero, cuando pienso que talvez estos son los últimos instantes que voi a pasar junto a tí, a la verdad, siento una inquietud, un desasosiego....

María. Tranquilízate, Margarita, Edgardo tampoco se separará de mi lado.

Marg. *(Colgándose del cuello de su madre.)* ¡Cómo!.... ¡qué!

María. Esta casa será su casa i la madre de Margarita lo será tambien de Edgardo.

Marg. *(Escondiendo su frente en el seno de María.)* ¡Oh, dicha inefable, felicidad suprema!

María. Vamos, pues, enjuga tus ojos, él no tardará en venir i ¡qué diria si te viese así aflijida!

Marg. *(Sonriendo.)* Si ya no lloro ¿no ves como rio? *(Levantándose.)* Voi a concluir de arreglarme; quiero que esta noche me encuentre como nunca.

María. ¡Malvada!

Marg. *(Volviendo al lado de su madre.)* Dime ¿te gusta mi vestido azul?.... pues, Edgardo me ha dicho....

María. ¿Qué te ha dicho?

Marg. *(Acercándose a su oido.)* Que es el color que mas le agrada, pues es el color del cielo. Mira, i, ahora, voi a ponerme en el cuello una cintita negra; *(Yendo al espejo.)* yo sé que así me encuentra mas linda. *(Mirándose en el espejo.)* ¡Oh, qué hermosa guirnalda!

María. *(Levantándose.)* Son los azahares de la desposada. Esa es la flor emblema de tu felicidad. Concluye cuanto ántes de arreglarte. Hace rato dieron las nueve; es la hora en que Edgardo acostumbra venir i ya sabes que él no se hace esperar. Margarita, te dejo.

Marg. ¡Cómo! ¿sola?

María. ¡Qué! ¿lo sientes?.... Pero ¡si dentro de pocas horas serás su esposa!

Marg. Sí, mas....

María. Ya ves que soi buena contigo. Conozco a Edgardo i sé que muchas cosas tendrá que comunicarte i tú tambien que decirle. Hasta luego, pues, Margarita; estaré en esa pieza inmediata; que lo pases bien; hasta luego. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA II.

MARGARITA *(sola)*.

Marg. ¡I me deja sola!.... ¡I si Edgardo viniese!.... Vaya ¡qué tonta soi! que venga; le diré que lo amo con toda mi alma; le diré que mañana Dios bendecirá nuestra union i que, entónces, seré suya para siempre. ¡Mañana!.... ¡oh, Dios mio, Dios mio!

ESCENA III.

MARGARITA, EDGARDO.

Edgar. *(En la puerta del foro.)* ¡Margarital

Marg. ¡Ah! *(Corriendo hácia él.)* ¡Edgardo! *(Se abrazan.)*

Edgar. *(Conduciéndola hacia un sillon.)* ¡Qué linda te encuentro, esposa mia!

Marg. ¡Edgardo!

Edgar. Ven, siéntate aquí i yo a tus piés. *(Toma un cojin i se sienta a los piés de Margarita.)* Deja que te contemple, Margarita; deja que beba en tus ojos, que son mi mas dulce embeleso, esa felicidad que me embriaga, esa felicidad que es mi cielo. ¡Oh! tú no sabes cuánto te amo, Margarita; tú no sabes cuánto diera por verte siempre dichosa, feliz.

Marg. ¿I no lo soi, acaso, Edgardo mio? ¿Crees tú que fuera de tu corazon, que ya me pertenece, haya algo que yo ambicione en la tierra?

Edgar. ¡Margarita!

Marg. ¿No sientes los latidos de mi pecho? ¿No sientes como

suspira el alma mia?.... Edgardo, hace un instante, en este mismo sitio, mi madre, mi madre a quien adoro, por sus propias manos tejia, sobre mi frente, esta corona de azahar. Te lo diré con franqueza, al verla así tan cariñosa, tan tierna para conmigo, sentí que las lágrimas humedecian mis párpados i que, a pesar mio, bañaban mis mejillas.

Edgar. ¡Qué! ¿tú has llorado?

Marg. Sí, de felicidad. ¡Oh! mi Edgardo, tú bien sabes cuánto una hija ama a su madre, a ese sér divino que, llenándonos de besos i de caricias, al mismo tiempo que nos enseña a balbucear el nombre de Dios, prende en nuestras almas la primera chispa de amor; pues bien, casi me avergüenzo de confesarlo, pero, yo siento que te amo mas a tí.

Edgar. Margarita, Margarita, tú me haces entrever un eden de ventura. Escucha, me has hablado de tu madre ¡ah! ménos feliz que tú, mui niño aun, tuve la desgracia no solo de perder la mia sino tambien a mi padre. Huérfano i sin amparo, yo no veia en torno mio nada que pudiese halagar ni hacer llevadera una existencia que yo miraba como un martirio. Mi porvenir se me presentaba sombrío i triste, como la tumba que encerraba los restos queridos de los únicos séres que yo habia conocido, que yo habia amado.

Marg. ¡Pobre Edgardo!

Edgar. Así se deslizaban mis dias, lúgubres, silenciosos, horribles, sin esperanzas, sin ilusiones, sin amor; yo miraba al cielo i el cielo con sus estrellas i con su límpido azul: ama, Edgardo, me decia, ama que esa es la única vida; yo oia que las avecillas, entre el follaje i los árboles, al venir la aurora, entonaban alegres tiernas melodías; sentia el murmurar de los arroyos, el blando quejido de la brisa; escuchaba el plañidero eco de la campana en las tardes apacibles, el vago rumor de las aguas que van corriendo hácia el mar; aspiraba el perfume de las flores i, fuera de mi, dirijia palabras inintelijibles al viento que azotaba mi frente enardecida; ¡oh! Margarita, yo no comprendia, entónces, qué misterio, qué encanto encerraban todas aquellas armonías, aquel cielo, aquellas tardes, la aurora, los astros, las aves, las flores, la naturaleza entera, en fin; pero, te ví Margarita, te ví i mi alma, al punto, comprendió que esos rumores, esos quejidos, ese lejano cantar, i, hasta la noche con su silencio i su no interrumpida quietud, murmuraban una sola i dulce palabra: amor.

Marg. ¡Edgardo!

Edgar. Sí, yo te amaba aun ántes de haberte conocido porque ya mi alma te habia adivinado, Margarita. Mil veces, en mis sueños i en mis locas fantasias, yo ví un ánjel de cabellos sedosos i delicados; aquel ánjel tenia los ojos negros, una boca purpurina; aquel ánjel hablaba pabras dulces como la miel i su voz tierna, armoniosa hacia vibrar las mas delicadas fibras de mi corazon; ese ánjel, Margarita, ese ánjel que tantas veces yo ví en

mis sueños eras tú, tú a quien amo mas que mi vida, tú, el único sér en el mundo a quien idolatro i a quien adoro.

MARG. Yo tambien he soñado como tú Edgardo i, como tú, he admirado mil veces el esplendor de los cielos, la aurora con sus rosas, la tarde con su crepúsculo; yo, tambien, he escuhado esas secretas i misteriosas armonías que tú tan bien me describes i mi alma sedienta de amor te ha buscado, te ha visto, te ha adivinado en la blanca nube que se mecia en los espacios sin fin, en la luna que se reflejaba en el monte solitario, en el ave que volaba, en el agua que rizaba la brisa, en la rama que se ajitaba en la copa del árbol, en la flor que abria su capullo perfumado. Si despierta, si dormida, tú, siempre a mi lado velabas mi existencia, como el guardian celeste que Dios nos ha dado. Que mas quieres que te diga, parecia que una mano benéfica me habia arrancado el alma para cambiarla por tu alma.

EDGAR. *(Medio levantándose.)* ¡Margarita!

MARG. Sí, Edgardo, tú ya no tienes corazon propio, es el mio el que late en tu pecho, es el tuyo el que late en el mio.

EDGAR. *(De pié i estrechando convulsivamente las manos de Margarita.)* Margarita, Dios es testigo que si son tremendos los sufrimientos que yo he tenido que apurar en mi vida, la felicidad suprema que en este instante inunda mi alma, me hace olvidarlos todos, todos, Margarita.

MARG. *(Levantándose.)* ¡Chit! escucha ¿no sientes como un lejano rumor?

EDGAR. Nada oigo, será el viento.

MARG. *(Yendo a la ventana.)* No puede ser; espera. *(Abriendo la vidriera.)* Se siente como el galope de un caballo.

EDGAR. *(En la ventana, mirando hácia fuera.)* En efecto, en medio de las tinieblas, entreveo un jinete que, a escape, atraviesa la plaza en este instante.

MARG. ¿Un jinete, dices?.... ¡oh! no sé, Edgardo, que me sucede, pero apesar mio, yo siento estremecerse el corazon.

EDGAR. Nada temas ¿qué puede acontecer?

MARG. Tengo miedo, Edgardo, tengo miedo. *(Golpes a una puerta interior.)*

EDGAR. Llaman a la puerta de calle. ¿Quién puede venir a estas horas?

ESCENA IV.

DICHOS, HUBERTO *(despues)* MARÍA.

HUBER. *(En el umbral de la puerta del foro.)* Hija mia ¿i tu madre?

MARG. ¿Vos aquí, padre mio?

HUBER. ¡Ah! eres tú, Edgardo; pero ¿i María, María que no viene?

MARG. (*En la puerta de la derecha.*) ¡Madre! ¡madre!

MARÍA. (*Abrazando a su esposo.*) ¡Huberto!

HUBER. Gracias a Dios, creia llegar tarde.

MARÍA. Pero ¿qué sucede, Huberto? ¿por qué has anticipado tu venida? no te esperábamos hasta mañana.

HUBER. (*Turbado.*) ¿Hasta mañana?

MARÍA. Huberto, tú me ocultas algo: estás pálido, ajitado, todo cubierto de polvo....

HUBER. Sí, sí, tienes razon ¿qué quieres? hace tres horas corro a escape por las orillas del Vístula. (*Mirando a Margarita i a Edgardo.*) Pobres niños, me parece he venido a interrumpir vuestras mas dulces confidencias ¡ah! ojalá fuera esto solo.

MARÍA. MARG. Pero ¿qué hai?

EDGAR. Sí ¿qué sucede? hablad.

HUBER. Al instante, es preciso partir.

TODOS. ¡Partir!

HUBER. (*Dejándose caer en un sillon i pasando una carta á María.*) Tomad, leed.

MARÍA. ¿I esta carta?

HUBER. La he recibido esta tarde, en el campamento.

MARÍA. (*Leyendo.*) "Huberto: no hai un momento que perder. El rei, cediendo a las repetidas instancias de Repnin, ha ordenado una pesquisa jeneral en las casas de todos los patriotas. Ya se sabe en Varsovia la marcha de nuestro ejército hácia las llanuras de Macejowice. Quizas algun traidor se esconde en nuestras filas. Vuela, Huberto, a tu hogar, puede que aun sea tiempo; salva a tu familia i vuelve, en seguida, a morir al lado de tu amigo. —*Kosciusko.*"

HUBER. (*Levantándose.*) Ya lo veis.

MARÍA. MARG. Estamos perdidas.

EDGAR. Pero ¿no habrá alguna esperanza, algun medio?

HUBER. Ninguno. Repnin es una fiera. Ese hombre, sediento de sangre i de matanza, solo aspira a concluir, de una vez i para siempre, con los restos de nuestra desdichada nacion. Para ese hombre no hai piedad: mujeres, niños, ancianos, todos caen bajo sus golpes i el infeliz que escapa de sus manos, es para marchar a la Siberia arrastrando una existencia mil veces peor que la misma muerte.

EDGAR. Pero ¿i el rei?

HUBER. ¡El rei!.... riete Edgardo: Estanislao Augusto es una máquina que Repnin maneja a su antojo i ¡ai! de él si pretendiera romper tan humillante i vergonzosa tutela, Catalina II no titubearia en hacer rodar la cabeza que ella misma ha ceñido con una corona. Pero, pensemos en nuestro propia seguridad. Mañana nuestros bienes serán confiscados, esta casa pasará a manos estrañas i tú, infeliz María, proscrita, errante, fujitiva, no tendrás quizas un techo donde abrigar a nuestra hija.

MARG. ¡Padre mio!

MARÍA. ¡Huberto!

EDGAR. Venid, partamos, no tengo sino una humilde morada que ofreceros, pero, ahí al ménos estareis seguros. Aceptad, coronel, aceptad.

MARÍA. MARG. (*A Huberto.*) Si, sí, partamos.

HUBER. Pobre Edgardo ¿olvidas que tú, como yo, llevas tambien escrita tu propia condenacion?.... Esas charreteras de capitan son tu sentencia de muerte; tu nombre como el mio, a estas horas, estará ya inscrito en la lista fatal.

EDGAR. ¿Qué decis?

HUBER. En estos tiempos de guerra i de exterminio, de odios i de venganzas, de crueldades i de sangre, el mayor crímen es alistarse en defensa de la mas santa de las causas, la libertad de nuestra nacion.

MARG. ¡Ah!

MARÍA. ¡Dios mio!

HUBER. Acércate, Edgardo, hijo mio, déjame estrechar tu mano. Mañana debia ser el dia mas feliz de tu vida, pero, Dios ha dispuesto las cosas de otra manera: la patria nos reclama, debemos hacerle el sacrificio de nuestras vidas. (*Golpes a la puerta interior que da a la calle.*)

MARÍA. MARG. ¡Ah!

HUBER. Ya están ahí, huir es imposible. ¡Qué se cumpla la voluntad del Señor!

EDGAR. (*Desenvainando su espada i yendo hácia la puerta del foro.*) Nos defenderemos, duque, nos defenderemos; ellos no entrarán sino pasando sobre mi cadáver.

MARG. Edgardo, por piedad....

MARÍA. Nó, Edgardo, eso no haria sino empeorar nuestra causa.

HUBER. Tienes razon, María. Edgardo, envaina ese acero; es tu coronel quien te lo ordena.

EDGAR. (*Envainando su espada.*) Obedezco. (*Golpes a la puerta.*)

MARG. ¡Madre mia! ¡padre mio!

HUBER. Animo, Margarita, acuérdate que por tus venas corre sangre de mártires. Edgardo, abre de par en par esas puertas: siempre la inocencia ha hecho avergonzarse a los verdugos i temblar a los tiranos.

ESCENA V.

DICHOS, RAUNTENFELD, SOLDADOS.

RAUN. (*En el umbral de la puerta del foro: los soldados se divisan en el interior.*) Duque Huberto Czartoryiski, en nombre del rei, daos preso.

MARG. MARÍA. (*Aparte.*) ¡Dios mio!

EDGAR. (*Aparte*) ¡Rabia!

HUBER. ¿En nombre del rei?

RAUN. (*Presentándole la órden.*) Aquí teneis la órden sellada i refrendada con el sello real.

HUBER. Bien está; soi con vosotros.

RAUN. ¿No es esa vuestra esposa i aquella vuestra hija?

HUBER. Sí, i ¿qué?....

RAUN. Deben acompañaros igualmente.

MARÍA. MARG. ¡Ah!

HUBER. ¡Ellas!.... ¡qué!.... ¿estais loco?

RAUN. Os he presentado la órden del rei, podeis leerla si quereis.

MARÍA. Resígnate, Huberto, es preciso obedecer.

MARG. (*Abrazando a su padre.*) Sí, sí, yo no quiero separarme de vos.

RAUN. Vuestra espada, señor duque.

HUBER. ¡Mi espada!....

MARÍA. Huberto, por favor....

HUBER. (*Entregando su espada.*) Estamos a vuestras órdenes.

RAUN. (*A los soldados.*) Entrad i tomad posesion de esta casa, en nombre del rei.

HUBER. (*Aparte a Edgardo.*) Da parte a Kosciusko de lo que sucede; dile que salve a mi esposa, que salve a mi hija.

EDGAR. (*Aparte.*) Ellas se salvarán, os lo juro; se salvarán o yo dejaré de existir.

HUBER. (*Aparte, estrechándole la mano.*) Gracias, Edgardo, gracias.

CUADRO SEGUNDO.

EL VERDUGO DE VARSOVIA.

Una sala en el palacio real; es de noche; sobre la mesa un candelabro.

ESCENA VI.

REPNIN (*solo*).

REPNIN. (*Sentado junto a una mesa i con una carta en la mano.*) No hai remedio, es preciso que se cumpla la voluntad de la emperatriz. Catalina manda, Repnin obedece. (*Leyendo.*) "Para asegurar nuestro dominio sobre esa turbulenta nacion, debemos acabar con los restos de la orgullosa aristocracia que ahí impera. No repareis en los medios, Repnin; acordaos que, al enviaros de procónsul a Varsovia, os puse una condicion: que la Polonia

seria mia." (*Guardando la carta.*) ¿Suya?.... i lo será ¡vive Dios (*Llamando.*) ¡Hola! Tchitchikoff.

ESCENA VII.

REPNIN, TCHITCHIKOFF.

TCHIT. (*Por la derecha.*) Señor.

REPNIN. Ven acá, maldito esclavo. ¿No te he dicho que siempre estés cerca de mí?

TCHIT. Señor, hace poco vos mismo me dijisteis....

REPNIN. ¡Silencio! (*Levantándose.*) La fiebre me devora; tengo sed de sangre.

TCHIT. ¡Príncipe!

REPNIN. Lo que oyes, Tchitchikoff. A toda costa, necesito plantar sobre los escombros humeantes de Polonia, el cetro victorioso de Catalina II. Tú lo sabes, dia a dia, el filo de tu acero mas de una cabeza ha hecho rodar en el patíbulo i, sin embargo...

TCHIT. Sin embargo ¿qué?....

REPNIN. No por eso las revueltas i sediciones dejan de turbar la paz i tranquilidad del imperio. No por eso, nuevos caudillos, vomitados por el infierno, dejan de alzar el grito de libertad.

TCHIT. I esos caudillos ¿quiénes son? ¿dónde están?.... Nombradlos: dadme una órden, un papel; vos sabeis, eso es fácil, nada cuesta. Trazad dos líneas i aun no tanto, un rasgo de vuestra pluma bastará; trazadlo i yo os aseguro que, al punto, un silencio eterno sellará sus labios.

REPNIN. Bien, Tchitchikoff, bien; veo que me comprendes; sí, es cierto, solo en la sangre podremos ahogar a esta orgullosa aristocracia que así se empeña en levantar los restos de su carcomida nacion.

TCHIT. ¡Sangre!.... eso es, príncipe; podeis disponer del hacha i del nudo corredizo que solo Tchitchikoff sabe hacer con tanta destreza i maña.

REPNIN. Pues, amigo, ahora mismo necesito de esa tu destreza; ahora mismo necesito de ese tu nudo corredizo, pero, de un nudo que apriete, sofoque, despedace, ahogue i.... mate.

TCHIT. Eso es lo de ménos; vos sabeis que siempre estoi a vuestras órdenes i que todos los dias me dais ocupacion.

REPNIN. Te advierto que serán varias i mui ilustres cabezas las que te voi a entregar.

TCHIT. Sean de condes, duques o duquesas, mi hacha pronta está.

REPNIN. ¿Has dicho de duquesas?

TCHIT. Sí.

REPNIN. Pues, de eso se trata.

TCHIT. (*Riendo.*) Ja, ja, ja, tanto mejor. Allá vereis si el negro Tchitchikoff sabe ser diestro caballero i, sobre todo, político i cortés con las damas.

REPNIN. En esta ocasion, doble será tu recompensa, Tchitchikoff: cincuenta doblones por cabeza.

TCHIT. (*Aparte.*) ¡Diablo! ¡cincuenta doblones! (*A Repnin.*) ¿Me habeis dicho que serán varias?....

REPNIN. Desgraciadamente, sí.

TCHIT. Al contrario, príncipe, miéntras mas tupida cresca la yerba, mas cortará la hoz.

REPNIN. ¡Quita allá! Si fuese una sola, una sola ¿lo oyes? mucho tiempo ha que, de un solo golpe, habria acabado de una vez i para siempre con esta raza maldita, con estos polacos que detesto.

TCHIT. Confieso que teneis mil veces razon, príncipe. ¿Con que, cincuenta doblones?....

REPNIN. (*Sentándose.*) Vete.

TCHIT. (*Aparte.*) Lo que es por esta vez, mi fortuna está hecha. ¡Cincuenta doblones!.... (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

REPNIN, RAUNTENFELD.

RAUN. (*Por el foro.*) Señor, cumplidas están vuestras órdenes.

REPNIN. (*Levantandose.*) ¡Qué! ¿el duque Huberto?....

RAUN. Está en vuestro poder.

REPNIN. Pero ¿cómo, si él se hallaba ayer en el campamento?

RAUN. Acompañado de su esposa i de su hija, en la pieza inmediata, lo custodian mis soldados.

REPNIN. Pues, entónces, que comparezca ante mí.

RAUN. ¿Solo el duque?

REPNIN. Sí. (*Vase Rauntenfeld por el foro.*)

ESCENA IX.

REPNIN (*Solo.*)

REPNIN. Huberto Czartoryiski, aquí, en palacio ¡vive Dios! que tal dicha no esperaba. Ah, ah, señor duque, por fin os tengo en mis manos. Allá veremos si vuestra corona ducal, vuestras riquezas, vuestra audacia podrán libraros de la horca que os espera.

ESCENA X.

REPNIN, HUBERTO, RAUNTENFELD, GUARDIAS (*Entran por el foro.*)

REPNIN. (*Sentado.*) Ah, sois vos señor de Czartoryiski; mucho tiempo ha que deseaba veros. Servios tomar asiento.

HUBERTO. (*De pié.*) Príncipe Repnin, os pido justicia. Invadida mi casa, vuestros soldados han arrancado violentamente personas que debian respetar: mi esposa, mi hija, arrastradas como malhechores por las calles de Varsovia, han sido conducidas a este palacio. Yo invoco vuestro honor i vuestra caballerosidad i os pido justicia, príncipe.

REPNIN. ¿Justicia, pedis?.... la tendreis, señor duque, la tendreis entera i cumplida. Pero, servios tomar asiento.

HUBERTO. (*De pié.*) ¿Con qué derecho se viola el sagrado santuario de la familia, asaltando, a la media noche, como bandidos, una casa indefensa i de apacibles ciudadanos?.... ¿Son estas las garantías que nos brindara vuestra constitucion?..... ¿Son estas las promesas que, mil veces, nos ha hecho Catalina II, de velar por la tranquilidad i bienestar de los hijos de Polonia?

REPNIN. Por la tercera vez os suplico os sirvais tomar asiento.

HUBER. ¡Paz! ¡tranquilidad! horrible sarcasmo con que un tirano cruel trata de encubrir las vergonzosas maquinaciones de que cada dia somos víctima. ¡Ah! Repnin, Repnin, es en vano que trateis de ocultar, con una máscara de hipocrecía, el veneno que destila vuestra alma. Mirad en torno vuestro: miles de cadáveres claman al cielo venganza, miles de desgraciados, sin techo i sin hogar, vagan desnudos i hambrientos. Temblad, príncipe, temblad; una gota de sangre mas, una lágrima sola vertida por vuestra causa i Dios omnipotente descargará su tremenda justicia sobre vos.

REPNIN. (*Con ironía.*) Rauntenfeld, servios traer un vaso de agua a monseñor.

HUBER. (*Saltando sobre él.*) ¡Miserable! yo te he de extrangular.

REPNIN. ¡Demonios! (*Los soldados se echan sobre Huberto.*) Qué impaciente sois duque Huberto; como una fiera os habeis arrojado sobre mí; ¡cáspita! que teneis un brazo vigoroso i ¡a fé mia! que no sabrian a rosas, por cierto, los mandobles que, sin duda, prodigaríais en Dubienka. (*A Rauntenfeld.*) Capitan, servios presentar al señor duque los papeles que ayer yo os confiara. (*Rauntenfeld entrega a Huberto un rollo de papeles.*)

HUBER. I estos papeles ¿qué significan? ¿qué contienen?

REPNIN. Leed, duque, leed.

HUBER. (*Aparte.*) ¡Las cartas de María!.... Estoi perdido.

REPNIN. I bien ¿reconoceis esas cartas?.... (*A Rauntenfeld.*) Capitan, introducid a la esposa e hija de monseñor.

HUBER. (*Deteniendo a Rauntenfeld.*) Una palabra, príncipe, una

palabra. Creo que a nadie se le puede echar en cara como un crímen, el que haya puesto su espada, su fortuna, su vida, en defensa de su patria. Apelo a vos mismo señor: la Polonia estaba despedazada, un enemigo cruel i sin piedad, talaba nuestros campos, incendiaba nuestras casas, pillaba nuestros hogares; nuestras madres, nuestras hijas, nuestras esposas, vejadas, infamadas i bárbaramente martirizadas clamaban misericordia. El déspota oia aquellos lamentos, veia aquel destrozo, escuchaba aquellos quejidos capaces de ablandar las mismas piedras i, sin embargo.... ¡no hubo piedad! Las furias infernales habian desencadenado sobre la pobre Polonia enemigos implacables: era preciso morir ¿i bien? como un solo hombre, la Polonia entera se puso de pié para esperar a sus verdugos; yo, como todos, corrí a alistarme entre las filas de los patriotas que, por millares, sucumbian en los campos de Choczim, Azof i Bender. Ahí teneis mi crímen, príncipe Repnin; ahí teneis lo que os habrán revelado esas cartas, cartas sagradas que debíais haber respetado. Sin embargo, me atrevo a creer que aun queda en vuestra alma una chispa de piedad; pues bien, yo os pido que salveis a mi esposa, que salveis a mi hija. Mandad cortar mi cabeza, en seguida, si quereis; yo nada tengo que alegar en mi defensa; pero, ellas, salvadlas príncipe; vos lo podeis; salvadlas i moriré bendiciéndoos.

REPNIN. (*A Rauntenfeld.*) Capitan, introducid a las acusadas. (*Váse Rauntenfeld por el foro.*)

HUBER. ¡Qué!.... ¿acusadas?

REPNIN. (*Levantándose.*) Sí, duque, acusadas de conspirar contra la paz del imperio favoreciendo a los que, como vos, sin cesar promueven revueltas i sediciones.

HUBER. I ¿acaso una esposa, una hija podrán dejar de amparar i de favorecer al que es la vida de sus almas, el alma de sus propias vidas?

ESCENA XI.

DICHOS, MARÍA, MARGARITA, RAUNTENFELD.

MARÍA. ¡Huberto!

MARG. ¡Padre mio!

HUBER. ¡María!.... ¡Margarita!

REPNIN. (*Sentado.*) Os he hecho venir, señora, porque sé cual es el poderoso dominio que ejercen una esposa i una hija. Lo que la persuasion, los ruegos, las amenazas no pueden alcanzar, muchas veces se obtiene con una mirada, una lágrima, una sola palabra.

MARÍA. ¿Qué quereis decir?

REPNIN. Supongo no será un misterio para vos, la sentencia

fulminada contra todos los que hicieren armas o ampararen a los enemigos de Catalina II, mi grande i augusta soberana. Ahora bien, el señor duque ha sido sorprendido con las armas en la mano; sobre su casaca brillan los galones de coronel del ejército rebelde. Por otra parte, en vuestra casa se han encontrado cartas i papeles que lo comprometen altamente i, luego, él mismo ha confesado lo que, en las circunstancias actuales, es reputado por el mayor de los crímenes. Pesa, pues, sobre él una sentencia tremenda.... está condenado a muerte.

MARÍA. ¡A muerte!

MARG. (*Cayendo desmayada.*) ¡Ah!

MARÍA. (*Recibiéndola en sus brazos.*) ¡Hija mia!.... ¡Margarita!

HUBER. ¡Bárbaro!

REPNIN. (*Levantándose.*) No es este el momento de vanas recriminaciones, ni de inútiles quejas. Señora duquesa, ya os lo he dicho, vos sois la única que podeis salvar la vida a vuestro esposo.

MARÍA. ¿Yo?

REPNIN. Sí; conseguid de él os entregue los nombres de los principales jefes del ejército de Kosciusko i todos saldreis, al punto, en libertad.

HUBER. ¡Miserable!.... I ¿crees tú que yo seria tan vil i tan cobarde que llegase a infamarme de tal manera?

MARÍA. Nunca, Huberto, nunca: ántes la muerte.

REPNIN. Pensad bien lo que decis, señora duquesa.

MARÍA. Apelaremos al rei.

REPNIN. El rei solo hará lo que exija Nicolas.

MARÍA. El rei hará lo que mande la nacion.

REPNIN. (*A Rauntenfeld.*) Capitan, conducidlos al convento de San Anselmo i encerradlos en el torreon de Wola. (*A Huberto i María.*) Antes de pocas horas se habrá decidido de vuestro destino.

MARÍA. Margarita, Margarita, vuelve en tí; soi yo quien te habla, yo, tu madre.

HUBER. (*Aparte.*) ¡Oh! yo siento que se me despedaza el corazon. Dadme valor, Dios mio.

MARG. (*Volviendo en sí.*) I mi padre, mi padre ¿dónde está?

HUBER. Aquí, a tu lado, Margarita. (*Besándola.*) ¡Pobre hija mia!

REPNIN. (*A Rauntenfeld.*) Capitan, obedeced.

RAUN. Señor duque....

HUBER. Estamos a vuestras órdenes.

MARG. Pero ¿a dónde, a dónde nos llevan?

REPNIN. A la muerte.

MARG. ¡A la muerte!

HUBER. ¡Cruel!

MARG. (*A los piés de Repnin.*) ¡Oh señor, apiadaos de mi padre, apiadaos de mi madre!.... ellos son inocentes, os digo que son

inocentes. Pero ¿qué, señor, permaneceis mudo?.... ¿no contestais?.... ¿acaso no teneis hijos tambien vos?.... ¿acaso no habeis amado nunca?.... ¿no habeis tenido un padre i una madre como yo?....

REPNIN. (*A Rauntenfeld.*) Partid, capitan, partid.

HUBER. Margarita, esposa mia, venid ámbas, aquí, junto a mi corazon; dejad que os estreche contra mi pecho: es preciso tener valor; corto será nuestro sufrimiento; algunas horas mas.... i el ánjel de Polonia habrá ceñido nuestras sienes con la inmarsecible corona de los mártires.

CAE EL TELON.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

UN SOLDADO COMO POCOS.

(EPISODIO DE LA CONQUISTA.)

I.

Terminaba el año de 1583.

La porfiada guerra contra los araucanos, que tanta sangre habia costado ya a los españoles, volvia a encenderse despues de una breve tregua, solicitada por ámbos combatientes para reparar sus pérdidas, áprovisionar sus campos, rehacer sus huestes i apercibirse para una nueva lucha.

Los indios, señores de los fértiles territorios comprendidos al sur de Valdivia, no cedian un solo palmo de terreno a los invasores, sino al precio de torrentes de sangre derramada por unos i otros en los campos de batalla.

Los españoles, por su parte, acostumbrados al triunfo, no lidiaban con ménos brios i tenacidad, resueltos como estaban a apoderarse de toda la tierra, asegurando para siempre en ella el dominio de la corona de España.

La guerra era, pues, lo que tenia que ser necesariamente: larga i encarnizada.

Sin embargo del estado belicoso de los naturales, la ciudad de Valdivia i sus alrededores permanecian sosegados.

Los indios que habitaban ese punto del territorio se habian sometido en parte a las armas españolas i los demas, abandonando sus hogares, habian ido a juntarse con sus compañeros para defender en comun el suelo de la patria.

II.

La ciudad de Valdivia era entónces una pequeña aldea, edificada de prisa i guarnecida en su parte exterior de fosos i palizadas, como una plaza de guerra.

Custodiábala don Luis de Sotomayor, hermano de don Alonso, el gobernador, con una reducida fuerza de soldados españoles.

III.

Serian las ocho de la mañana de un hermoso dia de noviembre.

Los campos estaban cubiertos de verduras i de flores.

A lo léjos se dibujaban los suaves perfiles de las montañas sobre el diáfano azul de los cielos.

En la naciente poblacion se notaba un movimiento inusitado.

Los hombres i las mujeres discurrian por las calles, los soldados aprestaban sus armas i sus cabalgaduras i los *yanaconas* acarreaban grandes canastos de víveres.

Era fácil comprender que alguna novedad ajitaba en aquellos momentos a los moradores de Valdivia.

Entre las personas que se agolpaban a las puertas de la posada de don Luis de Sotomayor, era de notarse un soldado de aventajada estatura, jóven i bizarro, que iba armado hasta los dientes.

No habia mas que mirarle para comprender que aquel hombre era de la raza de los conquistadores, valiente, intrépido i atrevido; de aquellos cuya fortuna está siempre en la punta de la espada.

Llamábase, porque aunque soldado era hidalgo i bien nacido, don Cristóbal de Morales; i era tenido como "uno de los mas famosos de todo Chile." (1)

Al verle uno de los que custodiaban la puerta, le dijo cortesmente:

(1) Mariño de Lovera.

—Dios os guarde don Cristóbal.

—I a vos, respondió Morales.

—¿Buscais al coronel?

—Sí que le busco, seor soldado, i gran merced me otorgariais si me permitiéseis verle, porque estoi de prisa.

—Entrad, pues.

—Gracias.

I Morales penetró hasta la estancia de don Luis de Sotomayor.

Hallábase éste de pié, apoyada la diestra sobre el pomo de su espada i la siniestra sobre una mesa, en actitud de dictar órdenes.

Era varonil i marcial su continente, su estatura proporcionada i su fisonomía llena de gravedad e intelijencia.

Sus soldados le querian i le respetaban por la bondad de su carácter i por su valor indomable.

Era, como hemos dicho, hermano menor del gobernador don Alonso.

—I bien, querido Morales, dijo dirijiéndose al que acababa de entrar; ¿siempre persistís en ir a la guerra?

—Sí, señor, i vengo a suplicaros me otorgueis vuestra vénia.

—Reparad bien, don Cristóbal, en el estado en que os encontrais: todavía no habeis curado bien vuestras heridas....

—La mas grave de todas ellas, señor, solo podré curarla con la sangre enemiga....

—¿Cómo?...

—Sí, señor, esa herida es la mas dolorosa i la mas cruel, por que ha sido hecha aquí, en el corazon.

—¡Ah! comprendo: estais enamorado i....

—Deseo vengarme.

—¿De vuestra dama? Reparad don Cristóbal en que eso no es propio....

—De ella nó, señor: de los que la asesinaron....

—¿La asesinaron?

—¡Sí, señor, la asesinaron cobarde i alevemente! ¡No tuvieron piedad de una débil mújer, de una pobre niña!

—I sus asesinos ¿quienes son? Decídmelo, don Cristóbal, i os juro, por mi nombre, que se os hará cumplida justicia.

—Sus asesinos, señor, son los enemigos de Dios i de Su Majestad: los indios araucanos....

—¡Ah!

—Ellos la mataron. Favorecidos por las tinieblas de la noche i arrastrándose como serpientes, se aproximaron a Cañete, cuya guarnicion se hallaba entregada al reposo. Uno de los centinelas fué muerto ántes de dar la voz de alarma a sus compañeros. Cuando éstos despertaron sobresaltados con el ruido i se apercibian para el combate, los indios tomaban vergonzosamente la fuga llevándose algunos cautivos.

La desgraciada i hermosa hija del capitan Vargas, doña Ines, que salia en esos aciagos momentos a la puerta de su posada para enterarse de lo que sucedia, fué arrebatada por los paganos i conducida quién sabe a dónde.

Al amanecer del siguiente del dia, cuando los nuestros seguian la pista de los asaltantes, apareció el cadáver de doña Ines, horriblemente ensangrentado, en la falda de la montaña vecina....

—Pues bien, don Cristóbal, razon teneis para ir a la guerra, dijo don Luis de Sotomayor. Partid i que el cielo sea en vuestra ayuda.

IV.

El gobernador don Alonso de Sotomayor se hallaba en *Gualqui*, punto situado en el territorio araucano, con toda su jente de guerra.

Habiendo determinado emprender una nueva i decisiva campaña contra los indios, hizo nuevo nombramiento de oficiales. En lugar de su hermano don Luis, que partia para España a dar cuenta del estado de las cosas de Chile i solicitar nuevos socorros, dió el oficio de coronel a Francisco del Campo. Para reemplazar a éste nombró de maestre de campo al sarjento mayor don Alonso García Ramon, señalando en su lugar a Tiburcio de Heredia, i a Campo Frio de Carvajal por alférez jeneral de su ejército.

Organizadas las fuerzas de esta manera, salió a campaña por las tierras de *Guadaba* i *Mareguano*, en donde hizo "admirables suertes en los indios." (1)

"Como se pasasen algunos dias sin haber un indio a las manos para saber dél donde estaba el campo contrario, salieron cuatro soldados a correr las haldas de *Catirai* con deseo de topar alguno."

Uno de estos cuatro soldados era precisamente don Cristóbal de Morales. Impaciente de medir sus armas con los indios i deseoso de tomar venganza de ellos, por la muerte de doña Ines, habia solicitado i obtenido el puesto mas peligroso del ejército.

La triste imájen de doña Ines no se borraba de su pensamiento.

Don Cristóbal creia verla, en medio de su desesperacion i de sus lágrimas, arrancada violentamente de su casa, en la oscuridad de la noche, para saciar en ella sus mas brutales apetitos, i despues le parecia contemplar, tendido sobre el suelo de la montaña, su cadáver pálido i ensangrentado!...

(1) Mariño de Lovera. Todo lo que sigue entre comillas es copiado de este cronista.

¡El pobre Morales sufria atrozmente con este recuerdo!

Este pensamiento le despedazaba el corazon.

Habia amado a Ines con locura i la habia dado palabra de esposo.

Morales se separó de sus tres compañeros i emprendió solo la subida del Catirai, por una de sus faldas.

Iba talvez entregado a sus tristes recuerdos.

De repente sintió que su corcel se detenia espantado.

Echó la vista a su alrededor i, en el fondo de una quebrada próxima, divisó a un indio que se ocupaba en desollar un caballo para hacer de sus nervios cuerdas para su arco.

Morales dió un brinco sobre su silla, i clavando espuelas se puso brevemente donde ámbos pudieran oirse.

"Viéndole el indio tan cerca, le dijo:

— "¡Apéate, perro, de ese caballo."

Al oir este apóstrofe don Cristóbal sintió que la sangre le afluia al corazon.

El indio agregó:

—No temo tus armas, pero tampoco quiero tener ventaja alguna sobre tí. En este terreno no se puede pelear a caballo, i fuera cobardía de mi parte no advertírtelo.

—"¿I no tienes vergüenza, perro, de ponerte delante de mí que soi Morales, el español?

—"¿I tú no tienes vergüenza de hollar mi tierra i pasar por delante de mis ojos, ni aun por distrito de mi patria, siendo yo vivo? ¿No sabes tú que yo soi maestre de campo de toda esta tierra, i me llamo Mellinango, que quiere decir *cuatro leones?*

"Oyendo esto Morales se bajó del caballo e hincando la lanza en tierra, lo ató en ella de las riendas i partió para el indio, poniendo mano a su espada."

Aquel indio le causaba un furor indescriptible; la sangre hervia en sus venas al escuchar sus palabras insolentes, pero lo que hizo estallar su cólera fué una rápida idea que cruzó por su mente al oir el nombre de Mellinango.

Mellinango se llamaba el cacique que dirijió el asalto sobre Cañete. ¡Mellinango habia sido el asesino de Ines!...

"Ya el indio habia tomado su lanza que era de treinta palmos i la tenia terciada de suerte que llegando el español a tiro hizo un bote con ella, con que lo pasara de banda a banda, si el soldado no fuera tan diestro en rebatirlo con la espada, desviándose tan lijeramente, que le ganó la punta de la lanza, i cerró con él tirándole una estocada que fué como dar en peña porque la defendió un peto de cuero crudo que traia, i siendo todo en un pensamiento se abrazaron los dos con grande furia, excediendo el indio por mas de tres dedos de cuerpo al español que era bien alto i fornido.

"I pareciéndole al bárbaro que él estaba mas suelto se dejó caer por la ladera llevando aferrado al español, i así fueron ro-

dando abrazados los dos mas de cuarenta estados hasta un lugar que era algo llano, sin dejar el indio la lanza por mas vueltas que daba.

"I quiso su ventura que acertase a caer sobre el cristiano, mas como no tuviese instrumento acomodado para matarlo, le echó un bocado en la garganta, aferrando los dientes en ella tan tenazmente, que ya el otro echaba la lengua de fuera i estaba agonizando.

"Pero, con las ansias de la muerte, extendió la mano i sacó un cuchillo que traia metido entre la pierna i la bota (como es costumbre) i con él dió siete puñaladas al indio por la barriga dejándole muerto i quedando él tan aturdido, que no acertaba a quitarlo de sobre sí."

"Conocí yo a este soldado, agrega el cronista de donde hemos copiado la última parte de esta aventura, i ví las señales que traia i trae hasta hoi de los dientes que le clavó el indio."

Cristóbal de Morales habia comenzado a vengar la muerte de doña Ines.

Mellinango su raptor i asesino habia dejado la vida entre sus manos.

J. Ramon BALLESTEROS.

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

INTRODUCCION.

Voi a narrarte con afan prolijo,
Benévolo lector, una leyenda,
I ¡quiera el cielo que te agrade tanto
Que no te canse la lectura de ella!

Corria el año de ochocientos cinco
Sin que nada notable aconteciera,
A no ser el principio de mi historia
Que en agosto de ese año es cuando empieza.

Llegó a Santiago, capital de Chile,
Un jóven español, segun se cuenta,
Con recomendacion para un sujeto
De posicion brillante i rica hacienda.

Don Diego Antonio de Ferrol se llama
El que recomendado a Chile llega,
I don Juan de los Lagos, el magnate
A quien don Diego Antonio se presenta.

Era don Juan un hombre que contaba
Por lo ménos sesenta primaveras,
Que pasaba la vida mas tranquila
Que imajinarse mis lectores puedan.

Que fué en su juventud un hombre activo
La fama a voces por do quier lo cuenta,
I gracias a su empeño en el trabajo
Pudo afanoso acumular riquezas.

Una vez con fortuna, en matrimonio
Se le ofrecian damas por docenas,
I la mas jóven elijió al momento
Cuando él contaba ya mas de cuarenta.

De tan feliz enlace a los diez meses
Nació una niña tan graciosa i bella,
Que hubiera vuelto loco de contento
Al magnate don Juan, si la chicuela

Por desgracia, al nacer, no hubiera dado
Muerte a la madre que le dió existencia;
Con lo cual el ricacho quedó viudo
Llorando largo tiempo tan gran pérdida.

En sus horas de angustia casi siempre
Dirijia sus pasos a la iglesia,
I allí, de hinojos con fervor alzaba
Preces al cielo por calmar su pena.

Por la noche en su casa mantenia
Tertulia de malilla, i una vieja,
Esclava de don Juan, sabroso mate
Brindaba a los tertulios con presteza.

Así el viudo pasó por largo tiempo
Hasta que su hija, en fin, su dulce Elena
De la florida edad de los quince años
Radiante de placer llegó a las puertas.

Entónces dijo para sí el ricacho:
"Ya mi niña va estando *casadera*,
I es necesario por do quier lucirla,
I no perder jamas ninguna fiesta.

"Yo la idolatro i, como tal, no quiero
Tenerla aprisionada entre las rejas,
Porque no basta el paternal halago
A una niña de quince primaveras.

"Tampoco es mi intencion buscarle novio;
Me agrada mucho mas que lo elija ella,
La juventud por el amor se guia,
I a un viejo siempre la ambicion lo ciega."

I desde entónces fué constante amigo
De Muñoz i Guzman, de tal manera
Que pasaba en palacio i lo juzgaban
De gran influjo para toda empresa.

Por ese tiempo fué cuando a Santiago
Arribó el español, de que dí cuenta,
El cual (para abreviar) tuvo la suerte
De captarse el amor de doña Elena.

Era Elena, lector, una muchacha
De ojos de cielo i de doradas trenzas,
Graciosa en el andar, de piés pequeños,
Ancha de espalda i de cintura estrecha.

El color de su tez era tan albo
Como el blanco boton de una camelia,
I sus rosados i risueños labios
Atesoraban delicadas perlas.

Mostraba al sonreir tan dulce niña
Un lindo hoyuelo en su mejilla izquierda,
Cerca del cual, al labio provocando,
Un pequeño lunar grabó su huella,

Pequeño en realidad, pero mui grande
Por sus efectos, pues, la historia cuenta,
Que no hubo un hombre, por aquellos tiempos
Que al ver ese lunar no enloqueciera.

Tal fué la niña que el feliz don Diego
Pudo rendir de su cariño en fuerza,
I a quien pudo llamar su cara esposa
Doce meses despues de conocerla.

Casado ya Ferrol, en compañía
De don Juan i su linda compañera,
Al sur de Chile dirijió sus pasos
Por atender mejor sus pertenencias.

Allí en la dulce soledad del campo,
Al plácido compas de una vihuela,
Entonaba Ferrol brillantes coplas
Que con usura devolvia Elena.

Así pasaron, pues, gratos instantes
Sin que nada el placer interrumpiera,
Que en la morada del amor sincero
Con trabajo el dolor imprime huellas.

TUCAPEL.

El sublime cantor que nació en Reggio,
Al describir de Orlando las proezas,
Nos pinta con sonoro i fácil verso
La veloz rapidez con que por tierra,

Por los mares tambien i por los aires,
Siempre arrastrado por la linda Anjélica,
I sujeto al poder de un nigromántico,
Variaba de lugar con ansia extrema.

De igual suerte, lector, sin apropiarme
De ningun hechicero la gran ciencia
Un salto doi tambien, salto tremendo,
Porque así lo requiere mi leyenda.

Despues de trascurridos varios años
Alzo el telon con variedad de escena,
Te presento los bosques araucanos
Con su salvaje i sin igual belleza.

Esos bosques inmensos, donde augusta
La dulce libertad airosa impera,
I esos valles floridos do el *copihue*
Sobre el ancho Imperial sus flores cuelga

Tal cuadro te presento, si te agrada,
Sigue, lector, honrando mi leyenda:
Como primer ensayo no es gran cosa;
Paga esta confesion con tu induljencia.

Es ya de noche, tras lejana loma
La luna asoma su fanal de plata,
I en los cristales de la mansa fuente
La dulce frente con placer retrata.

Como jigante que contempla airado
Todo humillado sobre la haz del suelo,
El Ande patrio, sobre la alta cima,
Nieves encima por tocar al cielo.

Bajo las ramas del jentil boscaje
Húmedo encaje que bañó el rocío,
Tranquila duerme golondrina errante
Nuncio constante del ardiente estío.

Frescas i hermosas las menudas flores
Brindando olores con las auras juegan,
I en los remansos de las claras fuentes
Todas sonrientes sus corolas riegan.

En medio de esta noche i bajo un bosque
Que con sus linfas baña el Biobio,
Se divisan cien grupos de guerreros
Por los alrededores esparcidos.

Al notar el calor con que discuten,
I el fuego de sus ojos, i el altivo
Ademan con que accionan, bien se alcanza
Que grave asunto los juntó en tal sitio.

De pronto todos en silencio quedan,
I todos a la vez abren camino
A dos guerreros que, segun la fama,
Son en Arauco, con razon temidos.

El uno es Tucapel, noble cacique
De fuerza hercúlea i de tan grandes bríos
Que en el combate sobrepuja a todos
En arrojo, destreza i heroismo,

Guerrero, que ademas de su bravura,
Dispone al perorar de tanto brillo
Que al auditorio a su capricho encanta,
I lo puede arrastrar a su albedrío.

Se distingue tambien entre los suyos
Por ser de todos el señor mas rico,
Por sobrio en el beber, i porque trata
Con marcada piedad a los cautivos.

Por eso lo veneran e idolatran
Como al jenio del bien los pueblos indios,
I por eso su voz siempre elocuente
Puede en los suyos operar prodijios.

Es el otro, lector, ¡ai! es el otro....
Se resiste a nombrarlo el labio mio
Porque a todo traidor debe el silencio
Ahorrarle mengua en los futuros libros.

Pero ¡ai! probado está que es imposible
Que prescinda la historia del inícuo
Que vilipendie lo mas noble i santo
Por salvar a su nombre del olvido.

O bien del otro que sus armas vuelve
Con salvaje rencor contra el bendito
Hogar de amor en que rodó su cuna
Al grato son de los maternos himnos.

Por eso, lector caro, Benavides,
Como Erostrato en los pasados siglos
En la historia figura, donde solo
Debiéranse inscribir los hombres dignos.

Si Guttemberg al inventar la imprenta,
Hubiera meditado en esto mismo,
¡Ai! quien sabe, lector, si por tu dicha,
No estuvieras leyendo desatinos.

Porque de fijo Guttemberg hubiera
Muerto sin revelar tanto prodijio,
Para no eternizar al hombre pérfido,
I a olvido relegar tantos escritos.

Es, pues, lector, Vicente Benavides
El que llega en union del valiente indio,
Ante cuya presencia los guerreros
Con solícito afan abren camino.

Detuvo Tucapel su altiva planta
Del ancho bosque en el mejor recinto,
I a la brillante luz de varios fuegos,
Estas palabras a los indios dijo:

"Valientes araucanos: el objeto
Que nos reune en este ameno sitio,
Mui bien lo comprendeis: se trata solo
De arrancar nuestro hogar al enemigo.

"A esos hombres infames que nos hablan
De un Dios todo bondad, todo cariño,
Cuando el único Dios que ellos adoran
Del oro es el facinante brillo!

"I no lo buscan, nó, para dar campo
Ni a la santa virtud, ni al heroismo,
Esos malditos hombres que detesto;
Lo buscan sí para saciar sus vicios.

"Ha largos años que los hombres blancos,
Que manejan el rayo a su capricho,
Arrasan sin piedad nuestros poblados,
I matan con crueldad a nuestros hijos.

"¿Para tal condicion, en maldita hora,
Vimos del sol el deslumbrante brillo?
¿Para tal condicion en nuestras venas
Jermina sin cesar el patrotismo?

"¡Ah! nó, guerreros, de romper el yugo
El momento llegó, todos unidos,
Al concluir esta luna, atacaremos
Con ímpetu feroz al enemigo!

"Pero ¡ai! del triste que la espalda vuelva
Al sentir de los rayos el rujido,
Porque de pasto servirá a los cuervos
En el lugar de su temor testigo!

"Arriba, pues, arriba, guerreros araucanos,
Unidas nuestras fuerzas no hai nada que temer,
Bien sea a la victoria, bien a la muerte sea,
Maldito el que no corra llamándolo el deber!

"Arriba, pues, valientes, i guerra a muerte, guerra,
A todos los verdugos que incendian nuestro hogar,
I si ellos nos predicen: "esclavitud, cadenas,"
Nosotros batallando gritemos: "libertad!"

Tal dijo Tucapel, luego en consejo
Con Benavides i demas caciques,
Discutieron el plan del recio ataque
Que concertaban para verse libres.

LA CAUTIVA.

¡Ai! triste de la bella
Que abandonada i sola,
Suspira su querella
Con ayes de aflixion,
I a ella nadie llega
Para enjugar su llanto,
El llanto en que se anega
Su amante corazon.

¡Ai! triste de la hermosa
A quien gratos recuerdos
De vida deliciosa
Persiguen sin cesar,
Sabiendo que esa dicha
De plácida memoria,
Por su fatal desdicha,
Jamas ha de tornar.

Mas triste, si medrosa
Se finje mil fantasmas
Que siembran pavorosa
La muerte por do quier,
I aun mas si en lontananza
Cree ver un fuego rápido,
Talando cuanto alcanza
Con su guadaña cruel.

Cerca del bosque en que tuvo
Tucapel la conferencia,
Bordadas de lindas flores
Se extienden unas praderas

Donde los zorzales cantan,
Donde gorjea la tenca,
Donde corre el potro altivo,
I donde pace la oveja.

Allí los arroyos saltan
Como una lluvia de perlas,
Allí las brisas que cruzan
Rócian los campos de esencia.

Sobre esos brillantes prados
Un ancho toldo se eleva,
Cubierto con ricas pieles,
Techado de enredaderas.

A la entrada de esta choza,
Solitaria i pintoresca
Suspira vertiendo lágrimas
Una mujer harto bella.

¿Por qué suspira? ¿Qué siente
Tan simpática belleza?
¿Lloran talvez desengaños
Sus pupilas hechiceras?

¡Bien puede ser! ¿Quién no llora
Por algo sobre la tierra?
¿Quién es aquel tan feliz
Que solo alegrías cuenta?

Donde se fragua la intriga,
Donde sufre la inocencia
Al peso de la calumnia,
Donde jermina la guerra,

Donde la honradez sucumbe,
Donde al fraude se respeta,
Donde todo se derriba
Tratándose de riquezas,

Donde al pobre de talento
Con altivez se desprecia,
Donde el amor ya no existe
Sin el interes a cuestas,

No es extraño que las lágrimas
En abundancia se vean,
No es raro, nó, que se escuchen
Del sufrimiento las quejas.

Mas ¡ah! ¿quién es aquel que se aproxima
A galope tendido hácia la bella?
¿Qué májico poder tiene sobre ella
Que ésta al mirarlo de placer se anima?

¿Será su esposo fiel? ¿Será su amante?
¿O tan solo será su mensajero?
Mas, espera, lector, como yo espero
I nuestra duda cesará al instante....

¡Llegó ya! ¿Lo ves bien? Hácia la bella
Con marcado placer se precipita,
—Salud, mi dulce bien, el jóven grita.
—Salud, gran Tucapel, le responde ella.

Despues de así saludarse
Con satisfaccion extrema,
El valiente Tucapel
A su adorada contempla.
Mas, notando en su semblante
Del pesar las tristes huellas,
Le dirije estas palabras
De la manera mas tierna:

TUCAPEL.

—¿Aun te asaltan, alma mia,
Recuerdos que te atormentan?
¿Por qué lloras? ¿No te bastan
De mi cariño las pruebas?
¿No te basta ver rendido
A tus plantas hechiceras
Al hombre a cuyas miradas
Las tribus de Arauco tiemblan?
¿No te alegran, alma mia,
Las bellísimas praderas
Que borda para halagarte
La feraz naturaleza?
De las tribus mas valientes
Que ha soportado la tierra
¿No te basta, no te basta,
Ser, dulce Elena, la reina?
¿Qué anhelas? Manda, no hai cosa
Que yo por por tu amor no emprenda
Que dos deseos tan solo
En mi corazon se encierran:
El uno nació conmigo
I arde aquí como una hoguera, (*mostrando el corazon*)
El otro nació al mirarte
Tan candorosa i tan bella.
Es el primero, la muerte
De los que nos hacen guerra,
I es el segundo, mirarte
Siempre feliz i contenta.
Habla, pues por complacerte
Volaria a las estrellas
I tu frente delicada
Yo ceñiria con ellas.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)

JUAN SOLDADO.

Erase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, i se volvió a reenganchar por otros ocho, i despues por otros tantos.

Cuanto hubo cumplido estos últimos, ya era viejo i no servia ni para ranchero, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan i seis maravedís que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígole a Ud., pensó Juan Soldado cojiendo la vereda, que me ha lucido el pelo! ¡Despues de veinticuatro años que he servido al rei, lo que vengo a sacar es una libra de pan i seis maravedís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme sino el criar mala sangre.

I siguió su camino cantando:

La boca me huele a rancho
I el pescuezo a corbatin,
Las espaldas a mochila,
I las manos a fusil.

En esos tiempos andaba Nuestro Padre Jesus por el mundo, i traia de lazarillo a San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, i San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo, le dijo Juan Soldado, yo que despues de veinticuatro años de servir al rei, lo que he ajenciado no es mas que una libra de pan i seis maravedís?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya, dijo Juan Soldado, aunque despues de servir al rei veinticuatro años solo tengo por junto una libra de pan i seis maravedís, partiré el pan con Uds.

Cojió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos, i se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor i San Pedro, el que le volvió a pedir limosna.

—Quiéreme parecer, dijo Juan Soldado, que les he dado *nántes* a Uds., i que ya conozco esa calva; ¡pero anda con Dios! aunque despues de veinticuatro años de servir al rei solo tengo una libra de pan i seis maravedís, i que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con Vds.—Lo que hizo, i en seguida se comió su parte para que no se la volviesen a pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor i San Pedro, que le pidieron limosna.

—Sobre que juraría que ya les he dado a Uds., dijo Juan Soldado; ¡pero anda con Dios! aunque despues de servir al rei veinticuatro años, solo me he hallado con una libra de pan i seis maravedís, repartiré éstos como repartí el pan.

Cojió cuatro maravedís, que le dió a San Pedro, i se quedó con dos.

—¿Dónde voi yo con un ochavo? dijo para sí Juan Soldado: no me queda mas que ayuncar al trabajo i echar el alma si he de comer.

—Maestro, le dijo San Pedro al Señor, haga Su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rei i no ha sacado mas que una libra de pan i seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

—Bien está, llámalo i pregúntale lo que quiere, contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, i Juan Soldado, despues de pensarlo, le respondió que lo que queria era que en el morral que llevaba vacío, se le metiese aquello que él quisiese meter en él: lo que le fué concedido.

Al llegar a un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan mas blancas que jazmines, i unas longanizas que decian comedme.

—¡Al morral! gritó Juan Soldado en tono de mando; i cáteme Ud. las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, i las longanizas arrastrándose mas súpitas que culebras, encaminarse hácia el morral sin perder la derechura. El montañes dueño de la tienda, i el montañuco su hijo, corrian detras, dando cada trancazo que un pié perdia de vista al otro; pero ¿quién los atajaba si las hogazas rodaban desatinadas como chinas cuesta abajo, i las longanizas se les escurrian entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comia mas que un cáncer, i aquel dia tenia mas hambre que Dios paciencia, se dió un hartagon de los cumplidos, de los de no puedo mas.

Al anochecer llegó a pueblo; como era licenciado del ejército tenia alojamiento, por lo cual se encaminó al ayuntamiento para que le diesen boleta.

—Soi un pobre soldado, señor, le dijo al alcalde, que despues de veinticuatro años de servir al rei, solo me hallé con una libra de pan i seis maravedís que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si queria lo alojaria en una hacienda cercana, a la que nadie queria ir, porque habia muerto en ella un condenado, i que desde entónces habia asombro; pero que si él era valiente i no le temia al asombro, podia ir, que allí hallaria de cuanto Dios crió, pues el condenado hadia sido mui riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme, contestó éste, i allá voi a encamparme en un decir tilin.

En aquella posesion se halló Juan Soldado, el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las bien provistas, i los soberados estaban atestados de frutas.

Lo primero que hizo a prevencion por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que a los borrachos se les tapaba la vena del miedo; en seguida, encendió candela i se sentó a ella para hacer unas migas de tocino.

Apénas estaba sentado, cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea i decia:—¿Caigo?

—Cae si te da gana, respondió Juan Soldado, que ya estaba pinton con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho i espalda; que el que ha servido veinticuatro años al rei sin sacar mas que una libra de pan i seis maravedís, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó a la mismita vera suya la pierna de un hombre: a Juan Soldado le dió un espeluzo que se le erizaron los vellos como el pelo a un gato acosado; cojió el jarro i le dió un testarazo.

—¿Quiéres que te entierre? le preguntó Soldado.—La pierna dijo con el dedo del pié, que nó.

—Pues, púdrete ahí, dijo Juan Soldado.

De allí a nada volvió a decir la misma voz de *denantes:*

—¿Caigo?

—Cae si te da gana, respondió Juan Soldado, dándole un testarazo al jarro; que quien ha servido veinticuatro años al rei, no teme ni debe.

Cayó entónces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera, fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, i por último la cabeza, que se apegó a los cuartos i entónces se puso en pié en una pieza, no un cristiano, sino un espectáculo fiero, como que era el mismísimo condenado en cuerpo i alma.

—Juan Soldado, dijo con un vocejon que helaba la sangre en las venas; ya veo que eres un valiente.

—Sí, señor, respondió éste; lo soi, no hai que decir, ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios: pues, apesar de eso, ha de saber su mercé, que en veinticuatro años que he servido al rei, lo que he venido a sacar, ha sido una libra de pan i seis maravedís.

—No te apesadumbres por eso, dijo el espectáculo, pues si haces lo que te voi a decir salvarás mi alma, i serás feliz; ¿quieres hacerlo?

— Sí señor, sí señor, mas que sea lañarle a su mercé los cuartos para que no se le vuelvan a desperdigar.

—Lo malo que tiene, dijo el espectáculo, es que me parece que estás borracho.

—Nó señor, nó señor, no estoi sino calomelano, pues ha de saber su mercé que hai tres clases de borracheras: la primera, es

de escucha i perdona; la segunda, es de capa arrastrando; i la tercera, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha i perdona, señor.

—Pues sígueme, dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí para allá, como santo en andas, i cojió el candil; pero el espectaculo alargó un brazo como una garrocha i apagó la luz.—No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron a la bodega, dijo el espectáculo:

—Juan Soldado, toma una azada i abre aquí un hoyo.

—Abralo Ud. con toda su alma si le da la gana, respondió Juan Soldado, que yo no he servido veinticuatro años al rei sin sacar mas provecho que una libra de pan i seis maravedís, para ponerme ahora a servir a otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo cojió la azada, cavó i sacó tres tinajas, i le dijo a Juan Soldado:

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás a los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufrajios para mi alma; i esta última está llena de oro, que será para tí si me prometes emplear el contenido de las otras segun lo he dispuesto.

—Pierda su mercé cuidado, respondió Juan Soldado; veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar mas premio que una libra de pan i seis maravedís; con que ya ve su mercé si lo haré ahora en que tan buena recompensa me *apromete*.

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, i se quedó hecho un usía mui considerable, con tanto oro como habia en su tinaja.

Pero a quien le supo todo lo acaecido a cuerno quemado, fué a Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado por lo mucho que por ella rezaron la Iglesia i los pobres, i no sabia cómo vengarse de Juan Soldado.

Habia en el infierno un Satanasillo mas ladino i mas astuto que ninguno, que le dijo a Lucifer que él se determinaba a traerle a Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le *prometió* al chico si le cumplia lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños i de dijes para tentar i pervertir a las hijas de Eva, i una multitud de barajas i de pellejos de vino para seducir i perder a los hijos de Adan.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vió llegar mui dilijente al Satanasillo, que le dijo:

—Buenos dias, señor don Juan.

Me alegro de verte, monicaquillo. ¡Qué feo eres! ¿Quieres tabaquear?

—No humo, don Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bebo sino agua fuerte.

—Pues entónces ¿a qué vienes, alma de Cain?

—A llevarme a su mercé.

—Sea en buena hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rei para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como hogazas de pan, miéntras yo voi por las alforjas, porque me se antoja que la vereda que vamos a andar es larga.

Satanasillo, que era goloso, se subió en la higuera i se puso a engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó, i volvió al corral gritando al Satanasillo: ¡Al morral!

El diablo chico, pegando cada hipío que asombraba, i haciendo cada contorsion que metia miedo, no tuvo mas remedio que colar en el morral.

Juan Soldado cojió un dique de herrero i empezó a sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo a la consideracion del noble auditorio el coraje que tendria Lucifer, cuando vió llegar a su presencia a su Benjamin, a su ojito derecho, todo derrengado i sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

—¡Por los cuernos de la luna! gritó, aseguro que ese descarado hampon de Juan Soldado me las ha de pagar todas juntas; allá voi yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido i tenia colgado su morral, así fué que apénas se presentó Lucifer echando fuego por los ojos i cohetes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con muchísima serenidad, i le dijo:

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

—Lo que has de saber tú, fanfarron tragaldabas, es que te voi a meter en el infierno en un decir Satan, dijo bufando Lucifer.

—¿Tú a mí? ¿tú a Juan Soldado? ¡fácil era! Lo que tú no sabes, compadre Soberbia, es que quien te va a meter el resuello para adentro, soi yo.

—¡Tú, vil gusano terrestre!

—Yo a tí, gran fantasmon, en un morral te voi a meter, a tí, a tu rabo i a tus cuernos.

—Basta de jactancias, dijo Lucifer alargando su gran brazo, i sacando sus tremendas uñas.

—¡Al morral! exclamó en voz de mando Juan Soldado.

I por mas que Lucifer se repercutó, por mas que se repeló, se defendió i se hizo un ovillo, por mas que bramó, bufó i ahulló, al morral fué de cabeza sin que hubiese tu tia.

Juan Soldado trajo un mazo, i empezó a descargar sobre el morral cada taramazo que hacia hoyo, hasta que dejó a Lucifer mas aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos, dejó ir al preso, i le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto: pero si te atreves a ponérteme delante, gran sinvergonzon, tan cierto como que he servido al rei veinticuatro años sin haber sacado mas que una libra de pan i seis maravedís, que te arranco la cola, los cuernos i las uñas, i veremos entónces a quién metes miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vió llegar al diablo mayor, lisiado, tullido, mas trasparente que tela de tamiz i con el rabo entre piernas como perro despedido a palos, se pusieron todos aquellos ferósticos, a echar sapos i culebras.

—Despues de esto ¿qué hacemos, señor? preguntaron a una voz.

—Mandar venir cerrajeros para que hagan cerrojos para las puertas, albañiles para que tapen bien todas las rajas i boquetes del infierno, a fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolenton de Juan Soldado, les respondió Lucifer.

Lo que al punto se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, cojió su morral i se encaminó para el cielo.

A la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

—¡Hola! bien venido: ¿dónde se va, amigo?

—Toma, respondió mui fantasioso Juan Soldado, a entrar.

—¡Eh, párese Ud., compadre, que no entra cada quisque en el cielo como Pedro por su casa! Veamos ¿qué méritos trae Ud?

—Pues no es nada, respondió Juan Soldado mui sobre sí: he servido veinticuatro años al rei, sin sacar mas recompensa que una libra de pan i seis maravedís. ¿Le parece a su mercé poco?

—No basta, amigo, dijo San Pedro.

—¿Que no basta? repuso Juan Soldado dando un paso adelante: veremos.

San Pedro le atajó el paso.

—¡Al morral! mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideracion.

—¡Al morral! que Juan Soldado ni teme ni debe.

I San Pedro que quiso, que no, tuvo que colar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado, le dijo, considera que las puertas del cielo están abiertas i sin custodia, i que puede colarse allí cualquiera alma de cántaro.

—Eso era cabalmente lo que yo queria, dijo Juan Soldado entrándose adentro mui pechisacado i cuellierguido: pues diga Ud., señor don Pedro, ¿le parece a su mercé *rigular* que despues de veinticuatro años de servir al rei allá abajo, sin haber sacado mas que una libra de pan i seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?

FERNAN CABALLERO.

MESA REVUELTA.

¡SIEMPRE CREI!

El Mensajero del Pueblo de Montevideo trascribe la poesía titulada "¡Siempre creí!" de nuestro colaborador i amigo Juan Zorrilla de San Martin, i recomienda su lectura en estos merecidos términos:

"Con sumo placer trascribimos hoi en la seccion *Variedades* la bella poesía de nuestro compatriota i amigo el jóven Juan Zorrilla.

"Esta composicion, ademas de revelar las dotes que hacen esperar del jóven estudiante un poeta, expresan los sentimientos sinceros de su fé católica.

"Reciba el jóven amigo nuestras felicitaciones."

ESTO ES DE VERAS.

Cuéntase que el afamado actor Maiquez, que era un furioso aficionado a toros, i que por lo tanto se colocaba en los asientos mas cercanos a la arena, estaba un dia, segun la costumbre de los aficionados, llenando de denuestos e insultos a un picador, para obligarle a que contra toda regla i prudencia se fuese al toro, hasta que exasperado aquel, volvió la cara i le dijo:

—¡Señor Maiquez, esto es de veras!

RECIBIR SIN PEDIR.

Una señora rezaba de noche sus oraciones con su criada, concluyéndolas con una en que le pedia al Señor descansado sueño. La criada, por mas que se lo reprendia su ama todas las noches, se quedaba dormida al fin del rezo. Una noche, le dijo impaciente la señora a llegar a esta oracion, viéndola dormida:

—Lo que es esta oracion no hai para qué las reces.

—Para que vea Ud., contestó adormitada la muchacha, lo buena que soi, que Dios me concede las cosas sin que se las pida.

QUÉDATE CON ELLA.

Un jitano fué a confesar, i miéntras confesaba vió en la manga del fraile una caja de plata, i se la robó.

—Acúsome, padre, dijo en seguida, que he robado una caja.

—Pues, hijo, es preciso que la restituyas.

—¿La quiere Ud., padre?

—Yo, no, respondió el confesor.

—Es, prosiguió el jitano, que se la he ofrecido a su dueño, i no la quiere.

—Pues entónces quédate con ella, respondió el padre.

LLEGAR A BUENA HORA.

Encaminábase uno a galope tendido hácia un lugar con objeto de oir misa, i encontrándose a otro que venia del pueblo, le preguntó:

—¿Alcanzaré la misa?

—Si sigue Ud. a ese paso, contestó el interrogado, de seguro la va a dejar atras.

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIJINAL, EN CUATRO ACTOS I OCHO CUADROS.

(Continuacion.)

ACTO II.

CUADRO TERCERO.

KOSCIUSKO.

Una sala en casa de Kosciusko.—Sobre una mesa, papeles, mapas, libros, etc.; una luz.

ESCENA I.

KOSCIUSKO *(Solo.)*

KOSCIUS. *(Apoyado en la ventana.)* La noche sigue su curso; las estrellas, como diamantes, brillan en el cielo i, a lo léjos, entre los árboles, gorjea el ruiseñor. ¡Hermosa noche! nada viene a perturbar el apacible silencio i el suave quejido de la brisa que murmura por las solitarias calles de Varsovia.—Héla ahí, dulcemente arrullada por las ondas del Vístula, esa ciudad, pesadilla eterna de la insaciable codicia de un opresor cruel. ¡Catalina! ¡Catalina! un pueblo entero te condena, una nacion bárbaramente sacrificada te maldice!....—¡Oh noche! continúa tu no interrumpida carrera i brille, de una vez, el dia precursor del triunfo o de la total ruina de esta infortunada nacion.

ESCENA II.

KOSCIUSKO, EDGARDO.

EDGAR. (*Entrando apresurado por el foro.*) ¡Ah! por fin te encuentro.

KOSCIUS. ¡Edgardo! ¿Tú, aquí, a estas horas?.... Estás pálido, trémulo.... ¿Qué sucede?

EDGAR. Huberto acaba de ser reducido a prision; su casa ha sido allanada por los soldados del pro-cónsul, i su esposa, i Margarita.... (*Dejándose caer en un sillon i cubriéndose el rostro con las manos.*) ¡Ah! soi mui desgraciado.

KOSCIUS. ¡Pobre Edgardo! comprendo tu dolor.

EDGAR. (*Levantándose.*) ¡Oh! Tadeo, en nombre de nuestra amistad, salva a Margarita.

KOSCIUS. Cálmate, Edgardo, tranquilízate.

EDGAR. Pero, es que tú no sabes: mañana debia ser el dia mas feliz de mi vida; mañana, Margarita debia ser mi esposa i pensar que ahora jime en una prision i que talvez, en este instante, una sentencia cruel habrá sido pronunciada en contra suya.... (*Sollozando.*)

KOSCIUS. Pero, Edgardo, piensa un momento, reflexiona....

EDGAR. (*Tomado del cuello de Kosciusko.*) Tú la salvarás, no tengo duda. Es el mismo Huberto quien te lo suplica. Busca a Kosciusko, me dijo él al tiempo de separarse de mí, cuéntale lo que sucede i dile que salve a mi esposa, que salve a mi hija.

KOSCIUS. ¡Huberto! ¡Huberto!.... infeliz de él.

EDGAR. ¡Qué! ¿acaso no habrá esperanza?

KOSCIUS. ¿I qué quieres que haga en estas circunstancias i en tales momentos?.... Mi ejército a pocas leguas de Varsovia i al punto de caer sobre las tropas de Souwarow. Yo, errante, ocultándome hasta de mis amigos, mi cabeza puesta a precio.... Ya lo ves ¿qué puedo hacer por él?

EDGAR. ¡Oh, inmenso infortunio! Pero, esto no puede suceder, seria horrible, horrible. Bajar de un paraiso a un infierno. Ver, en pocos instantes, desvanecerse, como el humo, todo un mundo de ilusiones, todo un cielo de ventura.... Porque es preciso que lo sepas, Tadeo: yo era el mas feliz de los hombres; Margarita iba a ser mia, mia ¿lo oyes?.... Tú sabes cuanto la amaba; tú sabes los sufrimientos sin cuento que, minuto por minuto, durante siete años, se habian ido encadenando en torno mio hasta llegar a hacer de mi existencia un martirio; pues bien, hoi, cuando ya creia encontrar un término a mi padecer, un alivio a mi dolor, hé aquí que una mano cruel me arrebata lo único que yo habia ambicionado toda mi vida: Margarita, el ánjel de mis ensueños, Margarita, mi sola esperanza, Margarita, mi único amor. (*Se de-*

ja caer sobre un sofá i, escondiendo el rostro entre los almohadones, llora desesperado.)

Koscius. Edgardo, por Dios ¿cómo es posible que te desesperes de tal manera? ¿cómo es posible que, en el corazon de un soldado, se abrigue tanta debilidad?... Levántate i guarda tus lágrimas que ya tendrás ocasion de verterlas i amargas, mui amargas. (*Tratando de alzarlo del sofa.*)

Edgar. Déjame llorar, déjame llorar, amigo mio. Tengo el corazon hecho pedazos.... ¡Oh! yo no podré sobrevivir a este golpe tan tremendo; yo quiero morir.

Koscius. Esa es una cobardíia.

Edgar. (*Incorporándose.*) ¡Qué!

Koscius. Digo que es una cobardía, porque, en vez de pensar i de buscar los medios cómo poder salvar a los mismos que causan tu pena, te desesperas, jimes i lloras como una mujer.

Edgar. (*Levantándose.*) ¡Kosciusko!

Koscius. ¿Crees tú que eres el único a quien el cielo haya mandado tales pruebas? ¡Ah! cómo se conoce que recien principias a vivir. Mira, ven, pon tu mano, aquí, en el corazon ¿no sientes como palpita?... I si yo te dijese que cada uno de esos latidos es una gota de hiel que cae sobre mi alma....

Edgar. ¿Qué dices?

Koscius. Si yo te dijese que bajo esta casaca i estos galones empolvados i enmohecidos en los combates i en los campos, se encierra un hombre que, como tú, tambien amaba i que, mas que tú, ha tenido que sufrir....

Edgar. ¡Tadeo!

Koscius. ¡Ah! veinte años han trascurrido, veinte años, durante los cuales los trabajos i penalidades han ido surcando de arrugas mi frente i emblanqueciendo mis cabellos; pues bien, Edgardo, apesar del tiempo i de las vicisitudes i sinsabores que han ajitado mi existencia, el recuerdo de un amor puro, inmenso, santo, vive i vivirá siempre, como llama inextinguible, en el fondo de mi alma.

Edgar. ¡Amigo!

Koscius. Correspondido en mi amor, nada hubiera faltado a mi dicha si, en vez de una espada, la fortuna me hubiese regalado un título. Ella era noble, rica; yo, pobre i humilde soldado. Su padre, el opulento Sosnowska, vice gran jeneral de Lituania, opuso a aquel amor una tenacidad cruel; desesperado, quise huir con la mujer que yo adoraba; sorprendido i violentamente atacado, caí moribundo a los piés de aquel padre sin entrañas. Vuelto en mí, me encontré solo, cubierto de heridas; cerca de mí, habia un pañuelo salpicado con sangre; delirante, loco, tomé aquella prenda que el cielo me enviaba ¡era de ella, era de mi amada!... Edgardo, aquel pañuelo, único recuerdo de un fatal i desdichado amor, está aquí, sobre el pecho; es un talisman precioso que me ha acompañado i que me acompañará hasta el sepulcro.

EDGAR. Pero ¿qué fué de ella?

KOSCIUS. Obligada, tuvo que entregar su mano, pero no su corazon, al jóven príncipe de Lubormiski.

EDGAR. I ¿no la has vuelto a ver?

KOSCIUS. Hace dos años, cubierto de gloria, acababa de plantar el estandarte victorioso de Polonia en los campos de Raslawice, cuando recibí una carta: era suya. "Soi libre, me decia ¡ven!" Volé a donde se encontraba la única mujer que yo habia amado, la mujer por quien, durante toda mi vida, habia sufrido un martirio atroz. Fuera de mí, salté del caballo que me conducia; contaba los segundos, los instantes, por las violentas pulsaciones de mis arterias.... ¡Ah! Edgardo, Dios solo sabe lo que sufrí entónces.

EDGAR. Pero ¿qué sucedió?

KOSCIUS. Pálida, desencajada, tendida sobre un lecho, moribunda, apénas sí, en medio de las ansias de la muerte, mi nombre alcanzó a balbucear. Mis labios ardientes, frenéticos, solo encontraron un cadáver, un cadáver que, en vano, con mis abrazos, con mi aliento, yo traté de reanimar.

EDGAR. Pobre amigo mio.

KOSCIUS. Ya lo ves: cada hombre lleva escrita en el fondo de su alma una historia, historia las mas veces funesta i terrible. Nacidos para amar, siempre una mujer sola i única es la que marca nuestro destino sobre la tierra. ¡Ai! del que ve defraudadas sus esperanzas, desvanecidos sus ensueños, agotadas sus aspiraciones. Aquel hombre lleva un infierno en su pecho; aquel hombre es el mas desgraciado entre los desgraciados. Bien puede suceder que otras almas bellas compartan con él su pena i traten de mitigar la amargura de su vida; todo es inútil, el recuerdo de aquel primer amor vive i vivirá siempre i cada vez que su memoria evoque la imájen de aquella mujer, se sentirá anonadado, fascinado, enloquecido.... Créeme, Edgardo, Margarita es para tí, lo que la hija de Sosnowska lo fué para mí: el ánjel del destino; pues bien, Margarita no ha muerto, Margarita vive; ella te ama ¿qué mas quieres?... sufre, pues, por ella, pero, aprende a sufrir con calma i serenidad; aprende a mirar frente a frente a la desgracia.

EDGAR. ¡Oh! amigo, gracias, gracias. Sí, tienes razon, hago mal en aflijirme. Seguiré tu ejemplo; haré lo que me ordenes.

KOSCIUS. Bien está. Por ahora, quédate aquí; procura descansar; la noche está ya mui avanzada; apénas amanezca vuelve a la ciudad i trata de indagar la prision donde haya sido conducido Huberto. Yo, entre tanto, voi a donde el deber me llama. (*Tomando su capa, espada i sombrero.*)

EDGAR. Pero ¿i Margarita?

KOSCIUS. Iré a ver al rei; yo intercederé a su favor.

EDGAR. ¿Tú?

KOSCIUS. Yo mismo ¡qué! ¿lo extrañas?

EDGAR. ¿I serás capaz de presentarte en palacio?

KOSCIUS. ¿I por qué no?... Poniatowski no se atreverá a entregar a sus enemigos al hombre que, mas de una vez, le ha salvado su corona.

EDGAR. (*Abrazándolo.*) Eres un ánjel.

KOSCIUS. Soi tu amigo. Adios. Ya tendrás noticias de mí. No te impacientes: Margarita se salvará. (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

EDGARDO (*Solo.*)

EDGAR. ¡Se salvará!... Sí, el corazon me lo dice; la volveré a ver, la volveré a estrechar entre mis brazos.... Gracias, Dios mio, gracias. La desesperacion abria bajo mis plantas un abismo sin fin, pero tú, bondadoso Dios, acabas de depositar en mi pecho una dulce esperanza haciéndome entrever un cielo de ventura.

CUADRO CUARTO.

ESTANISLAO PONIATOWSKI.

La misma decoracion del segundo cuadro.

ESCENA IV.

REPNIN, TCHITCHIKOFF.

REPNIN. (*Concluyendo de escribir una carta.*) Con que dices que el duque Huberto....

TCHIT. Está ciego.

REPNIN. ¡Ciego!

TCHIT. Sí, señor; he cumplido vuestras órdenes: acabo de arrancarle los ojos.

REPNIN. (*Arrojándole un bolsillo.*) Toma; no se dirá, por cierto, que Repnin no sabe pagar un servicio.

TCHIT. (*Recojiendo con avidez la bolsa.*) Gracias, bondadoso señor.

REPNIN. Cuando hayas hecho rodar esa altanera cabeza, doble será tu recompensa.

TCHIT. Entónces no me hagais aguardar mucho tiempo.

REPNIN. Pierde cuidado, Tchitchikoff, esta noche a mas tardar, i... el duque habrá dejado de existir.

TCHIT. ¡Que me place! Eso es, príncipe: en estas cosas es menester obrar con prontitud; cuanto mas ántes mejor; las dilaciones siempre dañan. Pero decid ¿i las mujeres?...

REPNIN. ¿Qué mujeres?... ¿La esposa e hija del duque?

TCHIT. Precisamente.

REPNIN. Esas marcharán a Siberia.

TCHIT. (*Aparte.*) ¡Malo! cien doblones perdidos. (*A Repnin.*) ¿I por qué no a la horca?

REPNIN. Así lo ha dispuesto el rei. (*Un reloj de sobremesa toca las dos.*) ¡Las dos! Vamos, el tiempo apura. (*Cerrando la carta i escribiendo el sobre.*) Lleva esta carta al convento de San Anselmo. Entrégala al capitan Rauntenfeld: que doble los guardias de los calabozos i, sobre todo, que vele el torreon de Wola donde están nuestros prisioneros.

TCHIT. Son inútiles esas precauciones, monseñor; toda fuga es imposible. ¿Olvidais que el duque está ciego?... ¿Olvidais que es Tchitchikoff, el negro Tchitchikoff, el carcelero de Czartoryiski? (*Haciendo sonar un manojo de llaves que pende de su cintura.*)

REPNIN. De todos modos, lleva esa carta a Rauntenfeld i vuelve al instante. (*Tchitchikoff saluda i sale por el foro.*) Esto marcha. Ahora, vamos a escribir a Catalina. La emperatriz no podrá ménos de aplaudir mi decision i mi celo. (*Mirando a la izquierda.*) ¡El rei!... (*Levantándose.*) evitemos su presencia. Parece triste i meditabundo; ya se vé: la sangre de su pueblo lo atosiga. ¡Imbécil! que no conoce que esas mismas cabezas que hace rodar nuestra política, son las palancas que minan i hacen ya bambolear su trono i que luego lo precipitarán al abismo. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA V.

EL REI (*Solo.*)

REI. (*Entrando por la izquierda.*) Si no me engaño, Repnin es quien se aleja. ¿Por qué evita encontrarse conmigo?... ¿Temerá, acaso, que yo pueda revocar la sentencia dictada contra Huberto o será, quizás, que le remuerde mi presencia pues ella le trae a la memoria las mil i mil víctimas que sus palabras i consejos han hecho arrastrar a los suplicios o al destierro?... Me pierdo en mis propias cavilaciones, pero, lo que no me cabe duda es que ese hombre será mi ruina. Me siento agobiado i oprimido entre sus redes. ¿Qué piensa hacer? ¿qué medita? ¿cuáles son sus proyectos?... No hai remedio, la mano de Catalina II es la que sujeta i dirije todos los hilos de esta maquiavélica trama. Por la primera vez de mi vida, me espanto i me estremezco: tengo miedo, sí, miedo del porvenir... ¡Oh, cuánto pesa esta corona que, en mala hora, quise llevar sobre mis sienes!... (*Aparece, por el foro,*

Kosciusko; viene embozado en una capa.) ¿Qué partido tomar?... ¿Me dirijiré, por segunda vez, a la emperatriz; sobrellevaré esta nueva humillacion o soportaré, resignado i en silencio, estos atroces sufrimientos que despedazándome el alma, me quitan, al mismo tiempo, toda tranquilidad i bienestar?... ¡Nó, que ya estoi harto de sufrir venga, pues, la abdicacion!

ESCENA VI.

REI, KOSCIUSKO.

KOSCIUS. (*Adelantándose rápidamente, siempre embozado.*) ¿Abdicar, augusto rei, abdicar?... eso nunca, pues tal cosa seria una cobardía; digo mas, seria un crímen.

REI. (*Retrocediendo.*) ¡Cómo!... ¿qué decis?

Koscius. El manto real debe ser la mortaja de los reyes i, si alguna vez han de bajar del solio i abandonar su cetro, solo será para marchar del trono a la tumba.

REI. (*Aparte.*) ¡Vive Dios! aun no vuelvo de mi sorpresa.

KOSCIUS. Hablais de abdicacion, Estanislao Augusto... ¿Es posible que tal sea vuestro pensamiento, precisamente, ahora que es cuando mas necesidad tiene la Polonia de una cabeza, de un jefe, de una mano que la dirija i sostenga?

REI. (*Aparte.*) Comienzo a impacientarme.

KOSCIUS. ¡Oh! cómo se conoce que en vuestro pecho no arde ni una chispa siquiera de ese sacrosanto i divino amor a la patria, oríjen fecundo de las mas bellas i heróicas acciones.

REI. (*Aparte.*) No sé lo que me pasa, pero este hombre me domina; me siento débil ante él.

KOSCIUS. Por eso es que la pobre Polonia encadenada, jime i llora bajo la atroz tutela de bárbaros opresores. Dividido está su territorio, despedazadas sus instituciones mas caras, hollados sus mas sagrados fueros, destruidas sus iglesias, profanados los sepulcros de sus antepasados, violadas sus cosas mas santas... I, entre tanto ¿qué hace su rei, qué hace Estanislao Poniatowski?... ¡Vergüenza! permanece indolente i frio, miéntras el Prusiano, el Ruso i el Austriaco, se pelean los despojos de nuestra infortunada nacion.

REI. (*Aparte, con amargura.*) Es verdad, es verdad.

KOSCIUS. Alguna vez habian de llegar hasta vuestros oidos, los clamores de vuestro pueblo que ya agoniza i expira. ¡Ah! si supierais, augusto rei, lo que hacen los satélites de Catalina II i de Federico Guillermo, para hacer mas odiosa i dura esa servidumbre cruel... Ellos no respetan ni la pobre viuda, ni la jóven huérfana, ni el decrépito anciano, ni el tierno niño; para ellos no hai relijion, no hai patria, no hai amor.

Rei. (*Con amargura.*) Lo sé, lo sé.

Koscius. I entónces ¿cómo es que permaneceis indiferente delante de tantas injusticias i crueldades? ¿Cómo es que no os conmueven tantos engaños, despotismo i traicion?

Rei. Pero ¿quién eres tú que tan amargas quejas me dejas oir i que así llenas mi alma de angustia i de dolor?

Koscius. ¿Quién soi, me preguntais, quién soi? (*Quitándose el embozo.*) ¡Qué, Estanislado Augusto, tanto me han cambiado los trabajos i los años que ya no me reconoceis!... ¿Es posible que, tan pronto, hayais olvidado al hombre que triunfó en Zielence, despedazó las filas enemigas en Dubienka, libertó a Cracovia i anonadó, por fin, los escuadrones rusos en Raslawice?...

Rei. ¡Kosciusko!... ¿Eres tú, el valiente defensor de los derechos i libertades de Polonia?... Ven, ven a mis brazos.

Koscius. Sepa yo ántes si voi a estrechar entre los mios al rei de Polonia o al antiguo favorito, al niño mimado de Catalina.

Rei. ¡Kosciusko!

Koscius. Al hombre que en un tiempo prometiera hacer de la Polonia una nacion libre, independiente i feliz o al esclavo que, obedeciendo ciegamente las órdenes de un amo brutal i sanguinario, empuña el látigo i la cuchilla para torturar i luego bañar sus sacrílegas manos en la sangre de sus propios hermanos.

Rei. (*Cayendo en un sillon.*) ¡Ah! (*Momento de silencio.—Kosciusko se adelanta a pasos lentos.*)

Koscius. ¡Pobre rei!

Rei. ¡I tú tambien, Tadeo, tú tambien me condenas!

Koscius. I ¿cómo no condenaros cuando yo mismo he presenciado los crímenes i horrores que vuestra debilidad tolera?... ¿Cómo no condenaros cuando con mis propios ojos he visto las matanzas i asesinatos que vos mismo ordenais i que en vuestra presencia se ejecutan?

Rei. (*Levantándose.*) Te engañas, te engañas Kosciusko, quien manda i ordena esas cosas no soi yo, es Nicolas Repnin, ese procónsul ruso que Catalina ha enviado a mi corte i que, como una sombra o fantasma, me persigue i me vuelve loco. El es quien pone en mis manos el puñal fratricida, él quien me impele i lanza por esa senda de carnicería i de muerte, él quien ordena los fusilamientos, prisiones i destierros. ¡Oh! Tadeo, si supieras los remordimientos tan atroces que me acosan i persiguen, si supieras cuanto sufro, estoi seguro, léjos de condenarme, te compadecerias de mí.

Koscius. Yo mismo me avergüenzo de oiros hablar de tal manera. Por Dios, señor, que nadie sepa lo que acabo de escuchar, vuestras palabras os acarrearian la burla de muchos i el desprecio de todos.

Rei. Pero tú no sabes, Kosciusko, tú no sabes, el dia que yo quiera ser rei será el último de Polonia.

Koscius. Llevar sobre las sienes una diadema, al precio con que vos llevais la vuestra, es una infamia.

Rei. Pues, entónces, abdicaré.

Koscius. Antes morir.

Rei. I, entre tanto ¿qué quieres que haga?

Koscius. Despedid de vuestra corte a Nicolas Repnin.

Rei. (*Con desaliento.*) No me atrevo; seria disgustar a la emperatriz Catalina.

Koscius. ¡Catalina! ¡Catalina! i ¡siempre, Catalina!.. Creedme, augusto rei, creedme, el recuerdo de esa fatal mujer i la imájen llorosa de nuestra patria oprimida, algun dia os harán verter lágrimas de sangre.

Rei. No lo creas, Tadeo, ese dia no llegará. Tú miras las cosas al través dé un prisma demasiado sombrío, por eso es que todo te se presenta fatídico i lúgubre. Ten mas confianza en tu rei i... espera.

Koscius. ¡Esperar, cuando truena ya el cañon en las riberas del Vístula, cuando los Cárpatas repiten en sus gargantas los gritos de victoria de los cosacos del Volga i del Tanaïs!... ¡Esperar, cuando Souwarow, Ferzen i Denizof, a la cabeza de cien mil hombres, invaden la Lituania, la Wolhynia i están ya a las puertas de Varsovia!...

Rei. Esas tropas nada emprenderán; su presencia nada significa, nada que pueda causarnos inquietud ni temor; al contrario, ellas son la mejor salvaguardia que puede tener nuestra corona.

Koscius. Rei, vuestra ciega confianza es una locura; vuestra esperanza un engaño cruel.

Rei. Sea como quieras, Tadeo; pero, aun nada me has dicho del objeto de tu venida.

Koscius. Teneis razon. Sin duda conoceis al duque Huberto Czartoryiski; anoche ha sido reducido a prision junto con su esposa i su hija. Estanislao, os pido la vida de Huberto, os pido la libertad de esas dos infelices mujeres.

Rei. ¡La vida del duque Huberto!... ¡Cómo! ¿quieres que salve a un revolucionario, a un traidor?

Koscius. Os han engañado, Estanislao. La familia de los Czartoryiski es una de las mas fieles i mas adicta a la causa de Polonia.

Rei. ¿Qué dices, Kosciusko, qué dices?

Koscius. Repnin es una serpiente, su astucia os ha perdido. El comprende que el dia que la nobleza se una a su rei, los bandidos estranjeros serán para siempre arrojados de nuestro suelo, por eso él sin cesar atiza la discordia, presentándoos como traidores a aquellos mismos nobles que podian ser vuestro mas firme baluarte.

Rei. Te engañas, Kosciusko, te digo que te engañas.

Koscius. Señor, es la verdad. Huberto es uno de mis mas va-

lientes capitanes; yo lo he visto cubrirse de gloria en los campos de Raslawice. ¡Oh, salvadlo, Estanislao, salvadlo!...

Rei. (*Con desaliento.*) ¡No puedo!... es el pro-cónsul quien dispone ahora de la vida del duque.

Koscius. ¡I qué! ¿acaso se atreverá a desobedecer una órden vuestra?

Rei. Eso solo apresuraria la muerte del infeliz Huberto. Es preciso obrar con prudencia. Dí ¿dónde le han coducido?

Koscius. Al terreon de Wola, en el convento de San Anselmo.

Rei. ¿I cuándo debe ser ejecutado?

Koscius. Esta noche o a mas tardar al amanecer.

Rei. Puede entónces que aun sea tiempo. Haré cuanto esté de mi parte por salvar al duque, te lo prometo bajo mi palabra de rei.

Koscius. ¿I María, i Margarita?...

Rei. Ellas vivirán, te lo juro. Condenadas han sido al destierro; yo revocaré esa sentencia.

Koscius. En vos confío.

Rei. Está tranquilo. Entretanto, ven conmigo; vamos a buscar a Repnin. Ya veremos modo de retardar la ejecucion. (*Vanse por la derecha*).

CUADRO QUINTO.

FRAI ANJELO.

Una campiña en los alrededores del convento de San Anselmo.

ESCENA VII.

ANJELO (*Solo.*)

Anjelo. (*Con unas alforjas al hombro.*) ¡Eh! ¿a dónde voi?... Creo que he estraviado el camino. ¡San Anselmo de mi vida! i yo que creia iba ya a llegar al convento.. Pues, señor, aquí me quedo i venga lo que viniere. No seré yo quien me aventure a andar por esos arrabales con un sol tan abrasador. En fin, aquí es otra cosa; aquí, *per misericordiam Dei*, se ven árboles, se ve verdura i, aunque no soi cuadrúpedo ni cosa que se parezca, no se dirá tampoco que frai Anjelo no sabe *ocasionem profitare*. ¡Ajajá! mui amigo que soi de lo verde, sí señor, ahora sobre todo que el sudor me gotea *per naribus, cogotis et corporibus*. Pues, sentémonos i será lo mejor. ¡Uf! si hace un calor!... un golgorito no vendria mal. (*Sacando una botella.*) Aquí está el consabido. (*Bebe.*) *Oh, suavis anima!* I, ahora, algo sólido i de masticar. (*Sacando un pernil i comiendo a dos carrillos.*) ¡Aprieta! i qué sabrosa... I

el padre guardian que decia que los legos solo deben comer achicorias i judías... Pues, yo le enseñaré a su paternidad, que frai Anjelo tiene buen diente i que no son legumbres las que apetece, sino *frescorum carnis et suculentis.*

ESCENA VIII.

ANJELO, TCHITCHIKOFF.

TCHIT. (*Por la izquierda.*) ¡Hola! camarada.

ANJELO. (*Levantándose de un brinco.*) ¡Jesus! el negro Tchitchikoff.

TCHIT. ¡Ah! ¿sois vos, el portero de San Anselmo?

ANJELO. (*Aparte.*) *Mater intemerata!* yo me escapo.

TCHIT. ¿Os vais?

ANJELO. (*Aparte.*) I el maldito se me apersona.

TCHIT. (*Tomándolo de un brazo.*) ¡Frai Anjelo!

ANJELO. (*Descoyuntándose.*) ¡Ai!

TCHIT. ¿Qué teneis, hermano, qué teneis?

ANJELO. (*Temblando.*) ¿Yo? nada. Ha sido un lijero desfallecimiento, un desmayo. Vos sabeis que las abstinencias, los ayunos... i, luego...

TCHIT. I luego que ha sido una verdadera fortuna os haya encontrado.

ANJELO. ¿Una fortuna?

TCHIT. Pues es claro, iba al convento....

ANJELO. ¡Al convento!

TCHIT. I ya lo veis, en vuestra compañía, creo que seré bien recibido.

ANJELO. ¿Vos, en mi compañía?

TCHIT. ¿I por qué no?

ANJELO. Porque nó.

TCHIT. ¡Qué!

ANJELO. Lo que oís: cada oveja con su pareja.

TCHIT. Irás conmigo ¡vive Dios!

ANJELO. Yo no me asocio con un verdugo.

TCHIT. (*Furioso.*) Te he de arrancar la lengua, maldito fraile.

ANJELO. (*Aparte.*) ¡Santa Bárbara!.... Cuando digo que este hombre es un escorpion.

TCHIT. (*Tomandole de un brazo.*) ¿Quién te ha dicho que yo soi el verdugo?

ANJELO. (*Aparte.*) *Refujium aflictorum!*

TCHIT. Responde.

ANJELO. (*Incorporándose de repente.*) Bien, yo te lo diré puesto que tú lo quieres. Te he llamado el verdugo porque tus manos están destilando sangre, tu rostro salpicado con sangre, tus ojos

inyectados en sangre i tu frente marcada tambien está con sangre.

TCHIT. (*Anonadado.*) ¡Ah!

ANJELO. En tu semblante mas negro que la noche leo las monstruosidades de tu alma i veo estampadas las maldiciones de tus víctimas. Ellas son las que me han enseñado i las que sin cesar repiten ese nombre de verdugo.

TCHIT. (*Sacando un puñal.*) Yo te enseñaré a callar.

ANJELO. (*Enarbolando una pistola que saca de su manga.*) Despacito, amigo, u os hago dar tres vueltas cabeza abajo.

TCHIT. (*Aparte.*) Diablo de fraile, está armado.

ANJELO. (*Riendo.*) Jé, jé, jé. ¿Con que, deciais?....

TCHIT. Nada, hermano, sino que teneis un modo mui raro de entender las cosas. Habeis tomado a lo sério lo que en realidad era solo una pequeña broma. Queria probaros, frai Anjelo. Confesad que os habeis llevado un solemne sustazo. (*Riendo.*) Já, já, já.

ANJELO. ¿Con que sí, eh?.... ¡Vaya!.... i yo que creí....; pero, no se hable mas de ello. Soi un alcornoque. (*Riendo.*) Já, já, já.

TCHIT. Apostaria a que os temblaron las rodillas.

ANJELO. ¿I a que a vos os castañetearon las quijadas?....

TCHIT. ANJELO. (*Riendo.*) Já, já, já.

TCHIT. Pues, olvidemos el incidente i hagamos las paces.

ANJELO. Así me gusta. (*Aparte.*) ¡No te diera un tabardillo! (*A Tchitchikoff.*) ¿Quereis comer un bocado?

TCHIT. No vendria mal; tengo un hambre....

ANJELO. ¡Hambre!.... pues, señor, tengo aquí en mis alforjas un pernil tan sazonado i tan sabroso, que.... allá vereis. (*Se agacha a rejistrar las alforjas, que están por el suelo.*)

TCHIT. (*Aparte.*) Este fraile maldito....; es cosa resuelta ¡lo mato!

ANJELO. (*Siempre agachado.*) No sé si os sabrá mejor lo asado o lo cocido, aunque, a decir verdad, poco importa el *quorum*, con tal que sea condimento de carne i no de legumbres.

TCHIT. Eso digo yo, aunque entre unas i otras, yo prefiero esto.... (*Salta sobre Anjelo i lo toma del cuello.*)

ANJELO. (*Cayendo al suelo.*) ¡Traidor!

TCHIT. (*Encima del lego, puñal en mano.*) Vas a morir.

ANJELO. ¡Patron mio, San Anselmo!

TCHIT. El verdugo se convierte en hiena.

ANJELO. ¡Piedad!

TCHIT. Ha llegado tu última hora; encomienda tu alma; no habrá piedad.

ANJELO. Yo no quiero morir. ¡Socorro! ¡socorro!

TCHIT. (*Alzando su puñal para herir.*) ¡Toma! (*Kosciusko, que llega, le arranca el puñal.*)

ESCENA IX.

DICHOS, KOSCIUSKO, EDGARDO.

TCHIT. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Ah!

ANJELO. (*Levantándose.*) ¡Jesus, yo estoi enterrado!

KOSCIUS. (*A Edgardo.*) Ayúdame a maniatar a este hombre. (*Le atan las manos a la espalda.*)

ANJELO. (*Tocándose el cuerpo.*) I es verdad ¡si estoi vivo! ¡vivito!.... pues, entónces, *volaverunt!* (*Hace ademan de escaparse.*)

KOSCIUS. Aguardad, frai Anjelo.

ANJELO. ¡Qué! ¿vos tambien me conoceis, vos, mi salvador? (*Queriendo arrojarse a sus piés.*)

KOSCIUS. Alzad, hermano, ya hablaremos; entre tanto, dejadme interrogar a este malvado.

ANJELO. (*Aparte.*) *Gaudeamus!*.... Aquí te quiero ver, negro de Satanás.

KOSCIUS. (*A Tchitchikoff.*) ¿A dónde ibas?

TCHIT. Al convento de San Anselmo.

KOSCIUS. ¿Quién te enviaba?

TCHIT. El pro-cónsul.

KOSCIUS. ¿Con qué objeto?

TCHIT. Llevaba una carta al capitan Rauntenfeld.

KOSCIUS. ¡Una carta! i ¿dónde está?

TCHIT. Aquí, en mi cinturon.

KOSCIUS. (*Tomando la carta i reparando en unas llaves que lleva Tchitchikoff.*) ¿I estas llaves?

TCHIT. Son de los calabozos de la torre de Wola.

EDGARDO. ¡Cómo! ¿las de la prision del duque Huberto?

TCHIT. Precisamente.

EDGARDO. (*Aparte.*) Yo desfallezco. (*A Tchitchicoff.*) ¿I qué es de él? (*El negro guarda silencio.*)

KOSCIUS. Responde ¿qué es del duque?

ANJELO. Perdonad, señor, yo le enseñaré a hablar. (*Aprieta el cordel con que está atado Tchitchikoff.*)

TCHIT. ¡Ai!

KOSCIUS. Habla ¡vive el cielo! o....

TCHIT. Sí, pero aflojad estas ligaduras que me rompen los huesos.

KOSCIUS. Pronto, pronto ¿qué es del duque?

TCHIT. Está en el torreon junto con su esposa i su hija.

EDGARDO. (*Aparte.*) Respiro.

KOSCIUS. ¿I qué piensa hacer el pro-cónsul?

TCHIT. No lo sé.

ANJELO. Sí lo sabe, señor; este negro es un embustero. Dejadme apretar i....

TCHIT. ¡Oh, nó! os juro que nada sé; puede que esa carta....

KOSCIUS. (*Aparte, leyendo la carta, mui ajitado.*) ¡Dios mio! ¡esta noche!.... (*A Edgardo.*) No hai un instante que perder. Lleva este hombre a la barranca oriental del Vístula, entrégaselo al capitan Zaïonzeck i que, a la mayor brevedad, se le juzgue i sentencie en un consejo de guerra. (*Vanse por la izquierda Edgardo i Tchitchikoff.*)

ESCENA X.

KOSCIUSKO, ANJELO.

ANJELO. ¡Oh, señor! ¿cómo os pagaré el inmenso servicio que de vos he recibido?.... Os debo la vida. Decid ¿qué he de hacer? ¿qué peligros quereis que corra? ¿a dónde he de ir?.... Mandad, yo soi vuestro, enteramente vuestro.

KOSCIUS. Recojo tus palabras, frai Anjelo; acepto tus servicios.

ANJELO. ¡Qué!.... ¿Acaso puedo seros útil?

KOSCIUS. Sí; pero, júrame por el Cristo que expiró en el Gólgota, júrame que harás lo que te voi a ordenar.

ANJELO. Lo juro: haré cuanto querais.

KOSCIUS. Bien está. ¿Ves esta carta?.... ella encierra la sentencia de muerte de un hombre que, a toda costa, yo debo salvar.

ANJELO. ¿I ese hombre?....

KOSCIUS. Es el duque Huberto Czartoryiski.

ANJELO. ¿El que hoi ha sido conducido, junto con su esposa i su hija, a las prisiones de nuestro convento?

KOSCIUS. El mismo: pues bien, tú puedes salvarlo.

ANJELO. ¡Yo!

KOSCIUS. Tú puedes devolver la paz a una familia, la felicidad a una niña inocente i arrancar tres víctimas a sus verdugos.

ANJELO. ¡Yo! ¡yo!

KOSCIUS. Tú puedes hacer un gran bien a la causa de Polonia; tú puedes ahorrar un nuevo i gran crímen a tu rei.

ANJELO. Os chanceais, señor, os chanceais. ¿Qué puedo hacer yo, pobre frailecillo, a quien nadie conoce i a quien desprecia el mundo?.... ¿Qué puedo hacer yo, triste sér ignorado i perdido allá en los oscuros rincones de un claustro, sino es llorar i jemir por la suerte de mis desgraciados compatriotas?.... ¿De qué puede serviros frai Anjelo, el portero de San Anselmo, ese lego travieso i jugueton que nada sabe sino es encender i apagar las luces i adornar con flores el altar de su santo patrono, i luego treparse como un pajarito a lo mas alto del blanco campanario

para repicar i volar despues a mover los fuelles del órgano del convento?....

KOSCIUS. Pues es ahí, en tu convento, donde necesito de tu ayuda.

ANJELO. Mandad, entónces, ya os escucho.

KOSCIUS. (*Mirando a su alrededor i en voz baja.*) Esta noche debia ser ejecutado el duque Huberto; pues bien, ántes de las doce, es menester que los guardias que cuidan del torreon de Wola, en la parte que mira al Vístula, no estén en sus puestos.

ANJELO. Eso corre de mi cuenta; confiad en mí: nadie habrá.

KOSCIUS. A esa hora, verás brillar en el rio una luz.

ANJELO. ¿Hácia qué lado?

KOSCIUS. Hácia el lado de Orune. Inmediatamente pondrás tú otra en la plataforma del torreon; por tres veces consecutivas harás aparecer i desaparecer la luz, eso me indicará que el camino está ya expedito.

ANJELO. No lo olvidaré.

KOSCIUS. Una barca se acercará entónces al muro: está prevenido, la luz volverá a brillar en el rio, pero débil, mui débil i quizá solo perceptible para tí. En ese instante, descolgarás una escalera de cuerdas.

ANJELO. Comprendo, comprendo.

KOSCIUS. Lo demas pende de nuestra buena estrella.

ANJELO. Confiemos en la Providencia, ella nos protejerá.

KOSCIUS. Así lo espero. Toma este dinero que bastante lo habrás menester. (*Le da un bolsillo.*) Ahora, separémonos i.... hasta la noche.

ANJELO. (*Mostrando el cielo.*) ¿Veis esas nubes i ese viento que comienza a soplar?.... Yo creo que tendremos tempestad.

KOSCIUS. Tanto mejor; eso quiere decir que el cielo se declara a nuestro favor. Buen ánimo i, adios.

ANJELO. Ya vereis si frai Anjelo sabe ser reconocido i fiel. ¡Hasta la noche! (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XI.

KOSCIUSKO (*Solo.*)

KOSCIUS. ¡Esta noche! ¡esta noche!.... Yo no sé porque, pero, un fatal presentimiento me dice que esta será la última de esta nacion.... ¡Pobre Polonia! ¡infeliz patria mia! en vano es que tus hijos se sacrifiquen i mueran luchando contra ese atroz destino que te arrastra i lleva ya a la sepultura. Las víboras i las serpientes despedazan tu seno virjinal, rompen i devoran tus entrañas. Las aves de rapiña se ceban en tus delicados miembros i sayones feroces i crueles derraman sin compasion tu purísima i

mas preciosa sangre. ¡Veneranda sombra de Sobieski, sagrados manes de vosotros todos los que en un tiempo luchasteis contra los invasores i tiranos que querian esclavizar a nuestra patria, venid en mi ayuda, dad fuerza a mi brazo, valor a mi pecho, resolucion a mi corazon!.... ¡I tú, Dios eterno, tú que lees en los mas recónditos pliegues de mi alma, acepta el humilde sacrificio que te hago de mi vida; dispon como quieras de mí, mas ¡ah! salva a mi patria, salva a la Polonia!

CAE EL TELON.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Continuará.)

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

ELENA.

—Tucapel, gracias, mil gracias,
Por tu anhelo i tus promesas;
No te inquietes, buen amigo,
Por mis despiadadas penas.

TUCAPEL.

—¡Ah! talvez, amada mia,
Yo acibaro tu existencia
I soi, talvez sin quererlo,
El que causo tu tristeza.

ELENA.

—¡Oh! jamas!

TUCAPEL.

—Mi dulce amada,
¿Por qué no hablas con franqueza
I al hombre que te idolatra
Tus amarguras le cuentas?
¿Te cansa vivir en medio
De tan hermosas praderas
Siendo envidia de las flores
Que mas gallardía ostentan?
¿Te cansa vivir al lado
De un hombre que se desvela
Por mirarte cada dia
Mas amorosa i contenta?
Si es así, ¿de qué me sirve
Mi poder i mi riqueza
Si no me es dado alcanzar
Lo que el corazon desea?
¿De qué me sirve triunfar
De mujeres hechiceras
Si la hermosa que mas amo
Está triste i descontenta?
Si la libertad de Arauco
Amenazada no viera
I tu ventura, alma mia,
De mi muerte dependiera,
Te juro, por lo mas santo
Que existe sobre la tierra,
Que con mi lanza al instante
Me romperia las venas!

ELENA.

—Tucapel, eso ¡jamas!
Tu muerte es la que me inquieta,
Pues preveo el desamparo
Que tras tu muerte me resta.
Al presente, todos, todos,
Es verdad que me respetan,
I me atienden a porfía,
I a mis plantas se prosternan.
Pero todo no es por mí,
Como tú mui bien lo observas,
Sino debido al prestijio
Que por do quier te rodea.
Si es verdad que me amas tanto,
Si son ciertas tus promesas,
¿Por qué a mi lado no vives,
Abandonando la guerra?

TUCAPEL.

—¡Con cuánto gusto, alma mia,
Tucapel te complaciera
Si se tratara tan solo
De asuntos sin trascendencia!
Pero tú me harás justicia
Sabiendo que son, Elena,
Los combates que preparo
Por guardar la independencia!
Esa libertad jurada
En los campos de la guerra,
A los piés de los valientes
Que sucumbieron por ella!
Pídele al mar ajitado
Que sus oleajes contenga,
I conseguirás acaso
Que las olas no se muevan.
Pero no le pidas nunca
Al araucano, mi Elena,
Que deje de combatir
Por aceptar las cadenas!
Ademas, hermosa mia,
Sin motivo tú te inquietas,
El miedo hasta de su sombra
Se arranca, se oculta i tiembla,
Tú talvez habras oido
Al tratarse de la guerra
Que es el cuadro mas terrible
Que puede forjar la idea,
I yo, mi bien, te aseguro
Que la mas ruda refriega
No pasa de un ejercicio
Donde se miden las fuerzas.

ELENA.

—Tucapel, gracias, mil gracias
Por el afan que demuestras
Para alejar los temores
Que con empeño me cercan.
Pero, ya que tú no puedes,
Por las razones que alegas,
Gozar en paz del amor
De tu amante compañera,
Ya que la voz del deber
Te está llamando a la guerra,
I cien lejiones de bravos
Con impaciencia te esperan,
Escucha un sueño que tuve....

TUCAPEL.

—¿Un sueño? Vana quimera
Que el temor que te domina
Ha forjado a su manera.
Pero, cuéntalo, mi vida,
Si para ello estás dispuesta,
Que por él sacaré en limpio
La zozobra que te inquieta.

ELENA.

Antenoche soñé ¡ai! no quisiera
Los episodios recordar del cuadro
Que en ese instante de fatal memoria
Mis llorosas pupilas contemplaron.

Miraba por do quier charcos de sangre,
Sentia por do quier tronar los rayos,
I entre las quejas del dolor oia
El rudo blasfemar de los soldados.

Temblando de terror volví la espalda
Al mas cruel de los crueles espectáculos,
Pero tal movimiento, por desgracia,
No hizo otra cosa que aumentar mi espanto.

Porque miré mas cerca todavía
El ardor del combate, i ví mezclados
A los guerreros de los dos ejércitos
Tintos en sangre i de sudor bañados!

De pronto divisé sobre un altivo
I espumoso corcel a un araucano
Que por do quiera que el corcel guiaba,
La muerte i el terror iba sembrando!

Al ajitar su lanza triunfadora
Entre sus diestras i robustas manos,
Como ruedan las hojas en otoño
Rodaban los soldados a su paso.

La palma colosal que se levanta
Cual si quisiera detener los astros,
I en las entrañas de la tierra extiende
De sus raíces los robustos lazos,

No podria oponer mayor firmeza
Del rujiente Aquilon a los estragos,
Que la firmeza que oponia el héroe
Al empuje i ardor de los cristianos!

I seguia el combate, i divisaba
Con gran presteza tapizarse el campo
De sangrientos cadáveres que al punto
Amasaban con tierra los caballos.

De pronto ese valiente que triunfaba
Rodó al empuje del cañon insano,
I en derrota fatal hácia los bosques
Echaron a correr los araucanos.

I ese héroe, Tucapel, ese valiente
Que el terror i la muerte iba sembrando,
Al ajitar su lanza triunfadora
Entre sus diestras i robustas manos,

Ese héroe singular ¿sábes quién era?

TUCAPEL.

—Superticiosa estás ¿era yo acaso?

ELENA.

—A decir otro tanto no me atrevo,
Pero era el vencedor tu fiel retrato.

I ví poco depues, fatal instante,
A mi hijo, Tucapel, a mi hijo amado,
Henchido de furor morder las cuerdas
Con que los vencedores lo enlazaron.

¡Cruda fatalidad! En mi delirio
Quise afanosa desligar sus manos,
Pero una fuerza cruel i misteriosa
Lentos hacía mis lijeros pasos.

Despues el cómo fué yo no me explico,
Porque un sueño varia por encantos,
Me ví rodeada de horrorosas furias
Que me insultaban con obscenos labios.

"Paga, maldita, los desprecios, paga,
Que recibimos por tu dulce amado,"
Exclamaban celosas las mujeres
Hiriéndome la cara a latigazos.

Despues, un nuevo cambio tuvo el sueño,
I, con mas rapidez que la del rayo,
Una mano fatal me alzó a la grupa
De un arrogante i bufador caballo.

Corria el animal con ansia fiera
Bebiendo en su carrera los espacios

Pero de pronto la rojiza llama
De incendio colosal cortó su paso.

El que las bridas del corcel guiaba
Grupas volvió con movimiento rápido,
Pero del fuego las voraces llamas
En ese mismo instante nos rodearon.

Ya próxima a morir en la ancha pira
Del alma un grito me arrancó el espanto,
I desperté, mi bien, llorando a mares,
Jadeante de temor i de cansancio.

TUCAPEL.

—¿Tal es en suma el horroroso sueño
Que orijina tu horrible sobresalto?
Vamos, desecha tu temor i piensa
En amarme, mi bien, como yo te amo.

ELENA.

—Tucapel, para poder
Desechar ¡ai! las ideas
Que con empeño constante
Me asaltan i me atormentan,
Fuera preciso, ante todo,
Que tranquilo yo te viera,
I no sujeto al capricho
De la despiadada guerra.

TUCAPEL.

—Me asociaré con la paz
Despues de esta luna nueva.

ELENA.

—Pero ¿quién ¡ai! me asegura
Que en estos dias que restan
El plomo de los combates
Respetará tu existencia?

TUCAPEL.

—La justicia que defiendo,
I mi valor i mi fuerza.

Mr. DICKSON.

Simpático lector, si, por mi suerte,
Los versos que hasta aquí llevas leidos,
En vez de fastidiarte como temo
Han podido agradar a tus oidos;

Si te interesa en algo mi leyenda,
Si no bostezas al leer mis cantos,
Si tu induljencia es tanta que aun en ellos
Hallas facilidad i hallas encantos,

Al puerto principal de Norte América
Que me acompañes por piedad suplico,
El viaje mas feliz i mas barato,
Empeñando mi honor, te pronostico.

Con mister Dickson, comerciante honrado,
En Nueva York, lector, te harás amigo,
Es yanqui de nacion, i de su patria
El jenio emprendedor lleva consigo.

Segun cuenta la crónica, fué Dickson
Soltero hasta una edad algo madura,
I hubiera continuado siendo célibe
A no pensar despues con mas cordura.

Con direccion a Europa en ese tiempo
Un yanqui amigo de él cruzó los mares,
I el negocio mejor que en Madrid hizo
Fué llevar a una bella a los altares.

Al mes siguiente de casado el yanqui
Tornó a su patria con su cara esposa
Arrastrando tambien en su regreso
A una cuñada por de mas hermosa.

Pero ántes de pasar mas adelante
En esta narracion, se hace preciso
Dar alguna noticia de estas damas
Aunque sea del modo mas conciso:

Huérfanas eran desde edad mui tierna
I crecieron al lado de una tia
Solterona, lector, pero que siempre
Sus ojos en las huérfanas tenia.

Cuando apénas cumplia quince abriles
La mayor de las dos, por su desgracia,
A un jóven conoció, jóven simpático,
De mediana instruccion i mucha gracia.

El jóven con la vénia de la tia
La casa frecuentó con ardimiento,
I el vecindario que atisbó el asunto,
Esto huele, decia, a casamiento.

Despues de tantas idas i venidas
El asíduo galan se les hizo humo,
I la niña quedó pálida i triste,
I con justa razon, segun presumo.

Puesto que desde entónces los vecinos
Exclamaron con voz mui indignada
Al mirar a la tia: "¡vieja necia!"
I al mirar a la niña: "¡desgraciada!"

La tia sorprendida abrió los ojos
Como los puede abrir quien ve visiones,
I lamentando su fatal descuido
Se abatia con serias reflecciones.

Sérias en realidad porque se sabe
Que para ciertos males no hai remedio,
I por cuya razon la triste vieja
Murió abatida por amargo tédio.

Vivia en ese tiempo en una casa,
De arquitectura antigua, pero rejia,
Una señora, viuda de un ricacho
Comerciante que fué de fama egrejia.

De prodigar el bien en gran escala
Fama tenia la honorable viuda,
Pues toda asociacion caritativa
Buscaba en ella su mejor ayuda.

Al frente casi del hogar bendito
De sér tan filantrópico, se alzaba
El hogar de las huérfanas a quienes
El desamparo cruel atormentaba.

La benéfica viuda apénas supo
De las dos niñas la fatal estrella,
Les propuso del modo mas atento
Si querian vivir al lado de ella.

La mayor de las dos toda turbada
Al oir de la viuda la propuesta,
Llorando a mares le contó en secreto
El triste fin de su pasion funesta.

Agregando despues con desaliento:
"Es por esta razon tan poderosa
Por lo que indigna soi de que mi planta
Pose do brilla la virtud piadosa."

Conmovida la viuda al escucharla
Varias veces lloró junto con ella,
Pero despues de serenarse un poco
Estas palabras contestó a la bella:

—"Tu franqueza, Leonor, tal era el nombre
De la niña infeliz, a ser me obliga
No solamente simple protectora
Sino tambien consoladora amiga.

"Tú sucumbistes al mentido halago
De un hombre miserable i sin conciencia
Que arrojó cieno en el cristal purísimo,
Espejo virjinal de tu inocencia.

"Hoi, pobre niña, derramando a mares
Lágrimas tristes, tu deshonra lavas,
I en el aprecio de tu nueva amiga
Profundas huellas de cariño grabas."

Al escuchar Leonor estas palabras,
Loca por la emocion que la devora,
Se echó de hinojos i besó las manos
De aquella filantrópica señora.

Por fin, para abreviar, diré que aquellas
Huérfanas desgraciadas cuanto hermosas,
Disfrutaron al lado de la viuda
De existencia feliz horas dichosas.

El amigo de Dickson, mister Adams,
Una vez en Madrid se hizo presente
A la noble señora, pues entre ellos
Existian los lazos de pariente.

I fué de esta manera como el yanque
Amistad hizo con Leonor i Rosa,
Pudiendo de las dos a la mas jóven
Poco tiempo despues llamar esposa.

Terminado lo cual, segun dijimos,
Tornó de Cádiz a su patria amada,
Arrastrando tambien en su regreso
Junto con su mujer a su cuñada.

Por jeneral de todos es sabida
La fraternal dulcísima costumbre
Que existe de abrazar a los amigos
Que ganan de Himeneo la alta cumbre,

I dicen ademas (la fé les valga
Porque es un hecho que lo dan por obvio)
Que el Espíritu Santo *se le pega*
Al soltero feliz que abraza a un novio,

Sin embargo, lector, perdí la cuenta
De las novias i novios que he abrazado,
I el Espíritu Santo se hace ciego
I no varia mi tan libre estado.

Pero con Dickson no pasó igual cosa,
Porque apenas, lector, tendió los brazos
A los esposos que recien llegaban
El ciego amor lo encadenó en sus lazos.

I comenzó a mirar desde ese instante
A la cuñada de su buen amigo
Con tan dulce aficion, que todo el mundo
De su naciente amor se hizo testigo.

Pero es fuerza aquí advertir
Que a la desgraciada niña
La pasion de que era objeto
Por grados la entristecia.
¿Por qué la graciosa jóven
Cual pálida flor se inclina,
I de Dickson que la adora
Con tal empeño se esquiva?
¿Por qué tiembla cada vez
Que el yanqui su amor le pinta,
I cambia en rojos colores
El mármol de sus mejillas?
¿Por qué si el galan le pide
Contestaciones explícitas
A sus preguntas, la jóven
De conversacion varía?
Al ver tal conducta, el yanqui
En tristes dudas vacila,
I cien conjeturas hace
Que lo alarman i lo ajitan.
Ya piensa que su adorada
Por simple coquetería
I por probar su cariño
Indiferencia le pinta.
I al pensar de esta manera,
Suspirando de alegría,
Exclama: "¿Qué hemos de hacer?
Son caprichos de las niñas."
Otras veces temeroso
El pobre yanqui imajina
Que bien puede estar con otro
Su amada comprometida,
I pensando así repite,
Con voz que los celos hinchan:
"En tal caso un desafío
Decidirá la conquista."
Mas, luego refiexionando
Exclama: "Por vida mia,
Hasta qué punto a los hombres
El amor ridiculiza!
Aun suponiendo que medie
Tal compromiso, ¿seria
Justo que yo viniera

A interrumpir tanta dicha?
¿Qué culpa tiene el galan?
¿Qué culpa tiene la niña,
Si yo apesar de mi amor
No sé inspirar simpatías?
Pero hai mas, si el corazon
De Leonor ha tiempo abriga
Un cariño que es para ella
Su felicidad continua,
¿Con qué derecho pretendo
Que ese antiguo amor se extinga
I que brote así mi triunfo
De sus calientes cenizas?"
Luchando con tales dudas
El pobre yanqui suspira,
I al notar que va en aumento
De su pasion la medida,
A mister Adams confiesa
El gran cariño que abriga
Por Leonor, i al mismo tiempo
La timidez de la niña.
El yanqui al saber tal cosa
Demuestra suma alegría
I a Dickson felicidad
Completa le pronostica.
No sé que pasó despues,
Mas, lo cierto es que la niña
Con el yanqui enamorado
Se casó a los poco dias.

Ahora bien, es conveniente
Para el fin que yo persigo
Que imajines cuatro lustros
Por lo ménos trascurridos.
Despues, lector, de tal tiempo
De nuevo presento a Dickson
En escena, pero viudo
I como padre adoptivo
De un jóven intelijente,
Mui desenvuelto i mui listo,
Que lleva con mucho acierto
Hace diez años cumplidos
De varias negociaciones
Los mas complicados libros;
El jóven de que me ocupo
Es caballero cumplido,
Mui galan con las hermosas,
I con los hombres mui fino.

No hai persona que lo trate
Que no le tome cariño,
I el yanqui dia por dia,
De felicidad henchido,
Bendice el querido instante
En que lo adoptó por hijo.
Su figura, mas, ¿qué vale
Ser bien o mal parecido
Cuando el talento corona
Al mortal con su almo brillo?
Salvo que el necio no tenga
Al *Caballero del siglo*,
Que, aun con todo nunca pasa
De ser un tonto mui rico;
¿De qué sirve la belleza
Al de los cascos vacios?
Mas no se piense por esto
Que el hijo de mister Dickson
No reune la belleza
A sus otros atractivos.
Con esta advertencia creo
Escapar del compromiso
De retratar al sujeto
Que a la lijera describo.
Con un español, lector,
De nosotros conocido
En compañía trabaja
Al presente mister Dickson.
Diego Antonio del Ferrol
Es su nombre i apellido,
Del cual hablaré, sin falta,
En el siguiente capítulo.
Baste saber por ahora,
Que el español referido
Es padre de una bella
De abundantes atractivos,
I por la cual don Enrique,
(Esto es, el hijo de Dickson)
Abriga en su corazon
El mayor de los cariños.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)

LA CARIDAD MODERNA.

Vamos a celebrar un suceso verdaderamente digno de conmemoracion i de alabanza; uno de esos hechos en que se confunden en elocuente armonía la miseria i el lujo, la alegría i la tristeza, las lágrimas i las sonrisas, los placeres i las penas, la noche i el dia.

Es preciso que la naturaleza sea testigo de esta confusion humana; pero no ha de ser la naturaleza brutal, ignorante, desordenada, digámoslo así, empírica, sino la naturaleza ilustrada, correjida, clasificada, científica.

Se trata de un baile, que es el bello desórden de la sociedad, en el Jardin Botánico que es el órden de la naturaleza.

El Jardin se convierte en un salon; aquellos árboles severos e insensibles van a presenciar las tiernas locuras de los mas tiernos sentimientos; el fausto i la alegría van a reunirse allí, a celebrar las angustias del hambre i la estrechez de la miseria.

Es una fiesta en nombre de los pobres, un placer en nombre del dolor, una felicidad en nombre de la desgracia.

Semejante prodijio lo debemos a la profunda caridad que se anida en el fondo insondable de unos cuantos corazones sensibles.

El interes que en las almas compasivas inspiran la desgracia, el desamparo i la miseria, no ha tenido nunca manifestaciones mas espléndidas.

A la tristeza, la compasion o la pena que despierta en el alma el espectáculo de las desdichas ajenas, no se habian concedido mas que dos maneras de manifestarse: por medio de las lágrimas o por medio de las limosnas.

La caridad no habia encontrado mas que dos maneras de ejercerse.

No habia mas que llorar con el aflijido o partir el pan con el desamparado.

Esto es: consolaba o socorria.

O lo que es lo mismo: unas veces daba, i tomaba otras veces.

Daba limosna de su bolsillo, el pan de su mesa, i tomaba del infeliz a quien socorria la parte de pena necesaria para dejarle consolado.

Pero este era un procedimiento demasiado vulgar, una compasion poco distinguida, un modo de hacer el bien ramplon, sin buen gusto, sin elegancia, sin fausto; una caridad, en fin, demasiado pobre, sin brillantes, sin celebridad, sin gloria.

Una caridad que se ocultaba, que se escondia como si se avergonzara de sus obras, no era digna de este siglo de la publicidad.

Una caridad sin joyas, sin coches, sin encajes, es ciertamente una caridad demasiado infeliz.

La tristeza, la compasion i la pena que despierta en el alma el espectáculo de las ajenas desdichas, prorrumpe hoi en magníficos bailes, estalla en soberbias fiestas i se deshace en alegría, en placer, en vanidad, en lujo.

Tristeza que se perfuma, compasion que baila, pena que se divierte.

¡Ah! ¿por qué la caridad ha de tener las lágrimas en los ojos, la tristeza en el semblante i la pena en el alma?

¿Por qué la caridad ha de ser modesta?

¿Por qué no hemos de levantar la tierna bondad de nuestros corazones sobre el brillo de nuestros placères?

Hablemos con franqueza.

—¿Qué es caridad?

—La caridad es la primera de las virtudes.

—Pues bien: ¿por qué bailar no ha de ser obra de misericordia? ¿Por qué la virtud no ha de ser una fiesta? ¿Por qué el placer no ha de ser compasion? ¡Ah!.... seriamos todos tan virtuosos!

Es verdad: convertid en virtudes todos los vicios, i la naturaleza humana habrá llegado a la plenitud de la perfeccion.

Declaremos que todo es bueno, i el hombre mas perverso se verá en la imposibilidad de ser malo.

Hermoso espectáculo debió ofrecer el Jardin Botánico a las miradas de los curiosos.

Cuatrocientas personas, todas escojidas, se reunieron allí a dar al mundo público testimonio de la sensibilidad de sus corazones.

Habian acudido allí presurosas a la cita de un baile.

¡Qué esmero en la caprichosa variedad de los adornos!

¡Qué gusto en la riqueza de los vestidos!

¡Qué gracia en el encanto de aquellas sonrisas!

¡Qué fuego en los relámpagos de aquellas miradas!

El *buffet* espléndido.

La orquesta, incomparable.

¡Qué vals aquel! ¡qué polkas aquellas! ¡qué animacion, que alegría, qué lujo, qué magnificencia!

Es decir:

¡Qué solicitud por los pobres!

Las palabras no tienen bastante valor para que podamos rendir con ellas el tributo de alabanza que el prodijio de esta caridad merece.

Es preciso apelar a los números, que son mas elocuentes.

Hagamos un cálculo.

Cuatrocientas personas acudieron presurosas a la cita que en el Jardin Botánico les daba la caridad.

Cada una de ellas echó bajo la forma de dos duros, un óbolo misericordioso en el platillo de la miseria.

Los pobres recojieron la suma, siempre respetable de dieziseis mil reales.

Dueños de esta suma, duro sobre duro, pudieron mui bien considerarse casi ricos.

Ellos exclamarian: ¡Dieziseis mil reales! ¡Somos felices!

En medio de esta alegría, llaman a la puerta, i la puerta se abre i entra el fondista.

El fondista trae una cuenta, i ésta dice:

"*Buffet*.... ocho mil reales."

Hai que pagarlos, los dieziseis mil reales se quedan reducidos a la mitad de un solo golpe.

¡Golpe tremendo!

La caridad danzante abre el apetito, i cuatrocientas personas que pasaban la tarde bailando a beneficio de los pobres, por pura caridad, necesitaban tener a la mano una mesa espléndida para dar vigor a sus miembros, desfallecidos por el peso enorme de tan grande obra de misericordia.

Un *buffet* espléndido era indispensable.

Los pobres pagaban el *buffet*, devorado por los ricos: i vuelven a llamar a la puerta, la puerta se abre, i entra por ella otra cuenta, en la que, poco mas o ménos, puede leerse lo siguiente:

"Alquiler de las sillas.... mil reales."

Los pobres, en la imposibilidad de hacer otra cosa, pagan i suspiran, porque el pobre es el único que no puede deber.

Si pudiera deber, probablemente seria rico.

I ademas, ¿cómo habian de negarse a pagar una deuda tan justa?

Cuatrocientas personas atareadas en socorrer la miseria de los pobres ¿no habian de tener un silla en donde sentarse?

Las sillas no podian suprimirse.

Un nuevo golpe dado a la puerta, anuncia a los siete mil reales que quedan que álguien quiere entrar.

No hai manera de negarse, porque la pobreza no se puede ocultar.

La puerta se abre por tercera vez.

Es una cuenta alegre, es la cuenta de los músicos, que dice, poco mas o ménos:

"Orquesta.... dos mil reales."

Un baile sin música es imposible.

Los músicos son absolutamente indispensables a los danzantes.

No hai mas remedio que pagar.

De los dieziseis quedan cinco; pero vuelven a llamar a la puerta.

—¿Quién es?

—La cuenta del alquiler de la magnífica tienda de campaña que ha servido de salon en el suntuoso baile dado en el Jardin Botánico a beneficio de los pobres.

—¿I qué quiere?

—Puesta i quitada podrá subir a unos.... dos mil reales

Una tienda era allí de absoluta necesidad, porque allí habia de comprarse el dulce placer de hacer bien.

¡Quedan tres mil reales!.... Pero la campanilla de la puerta parece incansable, i vuelve a sonar

Es otra cuenta: la cuenta de los gastos menudos, que a lo sumo pueden ascender a mil reales.

Pero llaman de nuevo a la puerta.

Jamas se habia visto la casa de la miseria mas frecuentada.

Es otra cuenta.

Era preciso que los pobres tuvieran cierto número de criados para servir a los ricos; alguna vez han de echar los pobres la casa por la ventana.

¿Qué queda?

.....

Se reunen cuatrocientas personas, i se dan a sí mismas un baile espléndido a beneficio de los pobres.

¿Se les puede pedir mas?

¿I en el fondo de todo esto, qué hai? Justo es decirlo: un bello sentimiento.

La caridad tiene que llamar a las puertas del corazon moderno con el aldabon de un magnífico baile, de un baile en el cual no falte requisito ni atractivo.

Los pobres no pierden nada i al fin ganan algo: pero la caridad ¡ah! la caridad se convierte en placer.

Mas doblemos la hoja, porque detras de esta caridad espléndida hai una ciencia luminosa, i lo que haga el placer lo hará la sabiduría. Dejemos reposar a tan bellos sentimientos del cansancio de tan ruidosa fiesta; calle el deleite enternecido, i hable la razon iluminada.

Oigamos.

José SELGAS.

LA NAVE DE LA IGLESIA.

I.

Tranquilo estaba el mar: la onda azulada
En leves jiros arrugaba el viento
I modulaba plácido concento
La ribera al tocar.

Un bajel divisábase a lo léjos
Veloz hendiendo la rizada espuma,
I de la tarde entre la parda bruma
Iba cruzando el mar.

Así mecidos por las blandas ondas
Entonaban los nautas sus cantares,
Atrás dejando sus queridos lares
Sin pena i sin temor.

En la barca iba un hombre reclinado
Que en los brazos del sueño se entregaba,
Miéntras que mansamente resbalaba
Viento en popa el bajel.

Mas de súbito túrbanse los mares
I velo negro nube el firmamento,
I sacude los mástiles el viento
Soplando con furor.

I las olas que se alzan espumosas
La nave azotan con tremenda ira,
I entre mil tumbos caminar se mira
Viendo el abismo al pié.

En tanto ese Hombre sosegado duerme
Cual si posara en su mullido lecho,
Sin que interrumpa el huracan deshecho
Su plácido dormir.

II.

Velado por negras sombras
Muere el sol en el ocaso,
I tan solo el brillo escaso
Del relámpago se ve.

Cruje el mástil, i en pedazos
Arranca la lona el viento....
No hai esperanza.... un momento
I el abismo se abre al pié.

Los tristes nautas lloraban
Entre las sombras perdidos,
Escuchando los rujidos
De la mar i el aquilon.

Ya la barca estaba herida
I los remos destrozados....
A la muerte eran llevados
Por el furioso turbion.

En el colmo de su espanto
I con clamor lastimero
"¡¡Señor!!" grita un marinero
"¡Horrísona tempestad!..."

"Salvadnos que perecemos
"En los mares sumerjidos....
"¿No ois, Señor, los rujidos
"Del espantoso huracan?"

III.

Jesus despierta entónces de su tranquilo sueño
I levantando en alto su soberana sien
Mira las turbias ondas con majestuoso ceño
I su mirada tiende con imperial desden.

I al ver a sus discípulos en el terror sumidos
"Hombres sin fé, les dice, ¿por qué temeis? decid;
"¿Creeis que en estos mares seriais sumerjidos
"Si en vuestra pobre barca me conducís a mí?"

I sobre el mar alzando su mano prepotente
Que alas dió a los vientos i empuje al aquilon,
De pié sobre la popa, con grave continente
¡Silencio! dijo al viento, i *¡calma!* al turbio mar.

Tornáronse entónces en brisa lijera
Los vientos airados i el fiero aquilon,
La onda sus furias quebró en la ribera
I el mar en su lecho tranquilo durmió.

Sus velos rasgaron las nubes oscuras
I en límpida esfera la luna brilló,
I el barco tocando las playas seguras
Al puerto abrigado feliz arribó.

IV.

Así la nave de la Iglesia santa
Suele bogar en mares bonancibles,
I empujada por brisas apacibles
Hácia el puerto avanzar.

Mas cuántas veces túrbase la calma
I el recio vendabal de las pasiones
Levantando furiosos aquilones
La azotan sin piedad.

I los que el cetro empuñan i la espada
Para amparar la causa del derecho,
Dirijen el puñal contra su pecho
Porque obedece a Dios.

La que naciera libre, como el águila
Para llevar sus hijos hasta el cielo,
Solo encuentra cadenas en el suelo
I desprecio i baldon.

Reina del mundo, ciñe una corona
De espina punzadora entretejida;
La que dió al hombre libertad querida
Solo halla esclavitud.

I miéntras ella salvacion depara
A los hijos que ingratos la escarnecen,
Ellos en su furor solo la ofrecen
Un mísero ataud.

I el divino piloto indiferente
Dormir parece, miéntras ella jime;
I en tanto aleve la impiedad la oprime,
La deja zozobrar.

En vano claman los medrosos nautas
Alzando a él sus voces suplicantes:
"Sed, les dice, en la fé siempre constantes
"I asíduos en orar."

Mas ¡ai! cuando despierta.... el fuerte brazo
Armado de mil rayos se levanta,
I al enemigo de su nombre espanta
I lo humilla a sus piés.

Soplo divino la tormenta acalla,
Pierde su furia el aquilon bravío
I sin temer al áspero bajío
Sigue en paz el bajel.

Santiago, 1874.

RODOLFO VERGARA ANTUNEZ.

CASILDA.

I.

Era el rei de Toledo el moro Almenon, con quien el rei de Castilla don Fernando el *Grande* mantenia cordial amistad.

Este rei moro tenia una hija mui hermosa i compasiva llamada Casilda.

Una esclava castellana contó a la hija del rei moro que los nazarenos amaban a su Dios, i a su rei, i a sus padres, i a sus hermanos, i a sus esposas.

Tambien contó la esclava a la hija del rei moro, que los nazarenos nunca quedaban huérfanos de madre, porque cuando pierden a la que los concibió en sus entrañas, les queda otra llamada María, que es una madre inmortal.

Pasaron años, pasaron años, i Casilda fué creciendo en cuerpo, i en hermosura, i en virtud. Se le murió su madre, i envidió la dicha de los huérfanos nazarenos.

En los confines del jardin que rodeaba el palacio del rei moro habia unas lóbregas mazmorras, donde jemian, hambrientos i cargados de cadenas, muchos cautivos cristianos.

Sucedió que un dia fué Casilda a pasear por los jardines de su padre i oyó jemir a los pobres cautivos. La princesa mora se echó a llorar sin consuelo, i tornó al palacio, lleno su corazon de tristeza.

II.

A la puerta del palacio encontró Casilda a su padre, i arrodillándose a sus piés, le dijo:

—¡Padre! ¡señor padre! en las mazmorras de allende los jardines jime muchedumbre de cautivos. Quítales sus cadenas, ábreles las puertas de su prision i déjalos tornar a tierra de nazarenos, donde lloran por ellos padres, hermanos, esposas amadas.

El moro bendijo a su hija en el fondo de su corazon, porque era bueno i amaba a Casilda como a la niña de sus ojos.

El pobre moro no tenia mas hija que aquella.

El pobre moro amaba a Casilda porque era su hija, i porque era ademas la viva imájen de su dulce esposa cuya pérdida lloraba hacia un año!

Pero el moro, ántes que padre, era musulman i rei, i se creia obligado a castigar la audacia de su hija.

Porque compadecer a los cautivos cristianos i pedir su libertad era un crímen que el profeta manda castigar con la muerte.

Por eso ocultó la complacencia de su alma, i dijo a Casilda con airado semblante i voz amenazadora:

—¡Aparta, falsa creyente, aparta! ¡Tu lengua será cortada i tu cuerpo arrojado a las llamas, que tal pena merece quien aboga por los nazarenos!

E iba a llamar a sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo a sus piés demandándole perdon en memoria de su madre, ¡de la reina cuya muerte lloraba Almenon hacia un año!

El pobre moro sintió sus ojos arrasados en lágrimas, i estrechó a su hija contra su corazon, i le perdonó diciendo:

—Guárdate, hija mia, de pedir otra vez por los cristianos, i aun de compadecerlos, porque entónces no habrá misericordia para tí, que el santo profeta ha escrito: "Exterminado será el creyente que no extermine a los infieles."

III.

Cantaban los pájaros, era azul el cielo, era el sol dorado, se abrian las flores, i el aura de la mañana llevaba al palacio del rei moro el perfume de los jardines.

Casilda estaba mui triste, i se asomó a la ventana para distraer sus melancolías.

Los jardines le parecieron entónces tan bellos, que no pudo resistir a su encanto, i bajó a pasear su tristeza por las olorosas enramadas.

Cuentan que el ánjel de la compasion, en forma de hermosísima mariposa, le salió al paso i encantó su corazon i sus ojos.

La mariposa volaba, volaba, volaba de flor en flor, i Casilda iba en pos de ella sin conseguir alcanzarla.

Mariposa i niña tropezaron con unos recios muros, i la mariposa penetró por ellos, dejando allí inmóvil i enamorada a la niña.

Tras aquellos recios muros oyó Casilda tristísimos lamentos, i entónces recordó que allí jemian, hambrientos i cargados de cadenas, los pobres nazarenos, por quienes en Castilla lloraban padres, hermanos, esposas amadas.

I la caridad i la compasion fortalecieron su alma e iluminaron su entendimiento.

Casilda tornó al palacio, i tomando viandas i oro, tornóse hácia las mazmorras, siguiendo a la mariposa, que volvió a presentarse a su paso.

El oro era para seducir a los carceleros, i las viandas eran para alimentar a los cautivos.

Oro i viandas recataba con la falda de su vestido, cuando al

volver una calle de rosales tropezó con su padre, que tambien habia salido allí a distraer sus melancolías.

—¿Qué haces aquí tan temprano, luz de mis ojos? preguntó el moro a su hija.

La princesa se puso colorada como las rosas que mecia a su lado el aura de la mañana, i al fin contestó a su padre:

—He venido a contemplar estas flores, a oir trinar estos pájaros, a ver el sol reflejarse en estas fuentes, i a respirar este ambiente perfumado.

—¿Qué llevas envuelto en la falda de tu vestido?

Casilda llamó desde el fondo de su corazon a la Madre inmortal de los nazarenos, i respondió entónces a su padre:

— Padre i señor, llevo rosas que he cojido en estos rosales.

I Almenon, dudando de la sinceridad de su hija, tiró de la falda del vestido de la niña, i una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

IV.

¡Pálida estaba la niña, pálida como las azucenas de los jardines del rei moro, su padre!

Cuenta la historia que apénas quedaba sangre en las venas de Casilda, porque todos los dias coloraba, arrojada a borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

Pálida estaba la niña i el rei moro se moria de pena viendo morir a su hija.

La ciencia de los médicos de Toledo no acertaba a devolver la salud a la princesa, i entónces Almenon llamó a su corte a los mas afamados de Sevilla i Córdoba.

Pero si impotente habia sido la ciencia de los primeros, impotente era tambien la ciencia de los segundos.

—¡Mi reino i mis tesoros daré al que salve a mi hija! exclamaba el pobre moro viendo a Casilda próxima a exhalar el último suspiro.

Pero nadie acertaba a ganar su reino i sus tesoros, que la sangre continuaba colorando, arrojada a borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

—"¡Mi hija se muere! escribió el rei de Toledo al rei de Castilla. Si en vuestros reinos hai quien pueda salvarla, que venga, que venga a mi corte, que yo le daré.... mis reinos, mis tesoros, i hasta le daré mi hija."

V.

Por los reinos de Castilla i de Leon sonaban pregones anunciando que el rei moro de Toledo ofrecia al que devolviera la sa-

lud a su hija, su reino i sus tesoros, i hasta la hija cuya salvacion anhelaba.

I cuentan que un médico venido de Judea se presentó al rei de Castilla ofreciéndole tornar la salud a la princesa mora.

I era tal la sabiduría que brillaba en las palabras de aquel hombre, i tal la fé que inspiraba la bondad que resplandecia en su rostro, que el rei de Castilla no vaciló en darle cartas, asegurando a Almenon que le enviaba con ellas el salvador de la princesa Casilda.

Apénas el médico venido de Judea tocó la frente de la niña, la sangre cesó de correr, i el color de la rosa empezó a asomar a las pálidas mejillas de la enferma.

—¡Tomad mi reino! exclamó Almenon loco de alegría i llorando de agradecimiento.

—Mi reino no es de este mundo, respondió el médico venido de Judea.

—¡Tomad mi mayor tesoro! repuso el rei de Toledo designando al médico su hija.

I haciendo una señal de aceptacion, el médico extendió la mano hácia Casilda, i dijo:

—Allí hai unas aguas purificadoras que han de completar la salvacion de la vírjen musulmana.

I al dia siguiente, la princesa Casilda pisaba la tierra de los nazarenos, acompañada aun del médico venido de Judea.

VI.

Casilda i el médico venido de Judea caminaban, caminaban, caminaban por la tierra de los nazarenos, i al fin se detuvieron a la orilla de un lago de aguas azules.

El médico tomó algunas gotas de agua en el hueco de la mano, i exclamó derramándolas sobre la frente de la princesa:

—*¡En el nombre del Padre i del Hijo i del Espíritu Santo, yo te bautizo!*

I la princesa sintió un bienestar inefable, parecido al que allá en su niñez le habia contado la esclava nazarena que sentian los bienaventurados en el paraiso.

I sus rodillas se doblaron, i sus ojos se fijaron en la bóveda azul del cielo, i en torno suyo resonaron dulcísimos *hosannas* que la hicieron volver la vista a su alrededor.

El médico venido de Judea no estaba ya a su lado, que cercado de vívidos resplandores se elevaba hácia la bóveda azul del cielo.

—¿Quién eres, señor, quién eres? exclamó la princesa atónita i deslumbrada.

—Soi tu esposo, soi el que dió la salud a la hija de Jairo, que padecia el mal que sú padeciste, soi el que dijo: "Cualquiera que dejase casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer,

o hijos, o tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno i poseerá la vida eterna."

En la orilla del lago azul que hoi llaman de *San Vicente*, i está en tierra de Breviesca, hai una pobre ermita, donde vivió solitaria la hija del rei moro de Toledo, que hoi se llama *Santa Casilda*.

ANTONIO DE TRUEBA.

SUSCRICION

DE LA

ACADEMIA DE BELLAS LETRAS A LA ESTATUA DE DON ANDRES BELLO. (1)

La Academia de Bellas Letras ha publicado al fin su tan esperada obra, de la que se habia hablado mas de lo necesario para que correspondiese a las esperanzas que el público fundaba en ella.

¿Qué es en resúmen?

Un todo descosido que carece de unidad, algo como el nido de la abutarda de la fábula, de cuyo contenido no podria salir sino una mala tortilla.

Bello, tan artista, tan amante de la belleza, merecia de sus admiradores otra especie de homenaje; merecia por lo ménos algo que no desdijese de la memoria que se queria honrar.

Pero la obra de la Academia no es ni siquiera un estudio mediano del personaje. El señor Amunátegui nos pinta al hombre con el pincel descolorido que ha tomado en los últimos tiempos para dibujar sus cuadros; el doctor Murillo, en su papel de médico, nos hace un análisis de su enfermedad, que estaria mejor en un cronista de diario, pero que ciertamente desdice mucho de la merecida reputacion de que goza este jóven facultativo como escritor i como hombre de ciencia; el señor Letelier, don Sandalio, profesor del Instituto Nacional, que desde muchos años enseña allí la gramática castellana del señor Bello, analiza someramente esta obra monumental, repitiendo con mas o ménos acierto lo que ya sobre ella han dicho otros; el señor Barros Arana recuerda i elojia al hombre erudito, pero su trabajo no pasa de ser un lijero artículo de periódico; por fin, el señor Gallo, don Anjel Custodio, hace el estudio del filósofo, i en verdad que esta no era la mejor fortuna que podia venirle al señor Bello despues de su muerte.

Hai en la obra dos artículos mas, uno del señor Lastarria, escrito con el buen estilo de siempre i el otro del señor don Do-

(1) Un vol. en 4.° de 378 pájinas.—Santiago, Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

mingo Arteaga Alemparte, trabajo artístico, como todo lo que brota de su pluma, en el que se hace un agradable i concienzudo estudio de las *poesías* del cantor de la *Zona Tórrida*. En este artículo descansará sin duda el lector, pues los demas, aun comprendiendo el del señor Lastarria, campea cierta aridez que no es para cautivar al lector.

Cierra esta parte de la obra un soneto al señor Bello, obra de don Francisco S. Astaburuaga. Algo nos ha admirado que el señor Astaburuaga busque los laureles de Apolo en esta ocasion. Mucho debe de amar la memoria del señor Bello cuando se atreve a comprometer con la publicacion de este poemita su modesta reputacion de aficionado a las letras.

Al elojio del maestro sigue el de sus discípulos i amigos mas queridos. Es una lista que inspira tristeza, pues todos los que en ella figuran han dejado hace años de pertenecer al mundo de los vivos. Hai en ella nombres cuyo solo recuerdo enternece: Tocornal i Sanfuentes, dos eminentes hombres públicos, perdidos para la patria en la flor de la vida; Vallejo, festivo e injenioso como Mesonero Romanos; Juan Bello, amable escritor i hombre mas amable todavía; Egaña, en fin, maestro de muchos, literato distinguido como pocos i uno de los mas esclarecidos fundadores de la independencia.

En esta lista hai un nombre que sobra i alguno que falta. ¿A qué poner en ella al señor don Francisco de Paula Matta?

Las poesías que de este caballero conocemos son del peor gusto posible. Basta decir que sobrepujó i con mucho los extravíos de los mas furiosos *románticos* españoles i americanos.

I ¿por qué, ya que en la nómina de los discípulos del señor Bello se incluia el de su hijo don Juan, olvidar el de don Francisco, jóven lleno de virtudes i de precoz sabiduría?

Es un olvido imperdonable.

Nada decimos sobre esta parte del libro porque no hemos alcanzado a revisarla. Esta, como la última, termina con su cogollo poético. El señor Matta, don Guillermo, i el señor Barra son los autores que allí figuran con sus poesías. Tal manera de concluir cada division de la obra le da cierta semejanza con los trabajos de don J. B. Suárez, en que a cada prosa le sigue jeneralmente una composicionsita.

La tercera parte se llama *América;* consta de algunas biografías de personajes hispano-americanos. La siguiente *Chile* i la postrera *Miscelánea;* las materias de que tratan no tienen conexion con la vida i obras del señor Bello i no revelan mucho acierto en los que dirijieron la obra, què si es buena por la intencion con que se compuso, por lo demas da mui pobre idea de las letras chilenas.

Santiago, abril 17 de 1875.

GUILLERMO HERRERA.

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIJINAL, EN CUATRO ACTOS I OCHO CUADROS.

(Continuacion.)

ACTO III.

CUADRO SESTO.

EL TORREON DE WOLA.

La plataforma del torreon de Wola, en el convento de San Anselmo.—Al fondo, una campiña lejana. Un parapeto atraviesa la escena.—A la derecha, torre i puerta practicable; una capilla en primer término. A la izquierda, puerta que conduce al convento.—Es de noche.

ESCENA I.

MANZOUR, PETROUCHKA.

(*Al levantarse el telon, Manzour está de faccion en la puerta de la torre i Petrouchka, apoyado en el parapeto, mirando hácia afuera.*)

MANZOUR. ¡Hola! Petrouchka ¿qué haces ahí? pareces una estátua. Cualquiera al verte tan ensimismado i en tan absorta contemplacion, diria que estás poetizando, como si la luna brillara en el cielo o la noche estuviese mui serena.

PETROU. ¡Qué luna, ni qué poesía! Lo que miro i contemplo es aquella luz azuleja que brilla en las aguas del Vístula.

MANZOUR. ¿Una luz?

PETROU. Acércate i verás. (*Manzour se dirije al lado de Petrouchka.*)

MANZOUR. (*Mirando a un lado distinto.*) Nada veo.

PETROU. ¡Imbécil! hácia aquel lado nó, mira hácia la otra ribera, allá, por el lado de Orune.

MANZOUR. En efecto. I esa luz ¿qué significa?

PETROU. Lo mismo digo yo ¿qué significa?

MANZOUR. ¿I hace mucho rato que la has visto?

PETROU. Precisamente el tiempo que he permanecido cerca de este parapeto. Apénas dieron las once en el reloj de la torre ¡zas! brilló la luz i ahí ha quedado.

MANZOUR. ¿I cómo no me habias dicho nada?

PETROU. ¿Acaso hemos avanzado algo con que tú la hayas visto?

MANZOUR. Tienes razon; pero, en fin, nos habríamos comunicado nuestras dudas, i quién sabe si....

PETROU. ¿Qué?

MANZOUR. Habríamos adivinado la causa de esa luz.

PETROU. Eso lo dificulto. Vamos a ver ¿qué piensas tú que sea?

MANZOUR. Yo creo será quizás una señal.

PETROU. ¿Una señal?.... No dices mal. En efecto, talvez sea algun cuerpo de polacos que está ahí apostado. Bueno seria dar parte al capitan Rauntenfeld.

MANZOUR. ¿I si son pescadores?

PETROU. ¡Linda está la noche para pescar! ¿No oyes cómo silba el viento norte en el valle del Vístula? Las aguas del rio están sumamente ajitadas, i, luego, las tinieblas son tan densas, que dudo haya pescado que quiera morder el anzuelo, ni mucho ménos pescador que se atreva a armar su caña o a tender sus redes.

MANZOUR. Sea como sea, pero lo cierto es que el capitan no está ahora en la fortaleza.

PETROU. ¿Cómo así?

MANZOUR. Al anochecer ha sido llamado a palacio.

PETROU. ¿I con qué objeto?

MANZOUR. Parece que el negro Tchitchikoff, el carcelero de nuestro prisionero, ha desaparecido.

PETROU. ¿Qué me cuentas?

MANZOUR. Lo que oyes; i lo peor del caso es que era portador de una correspondencia importantísima.

PETROU. ¡San Nicolas! pues, entónces, a nuestros puestos i en guardia.

MANZOUR. ¿Has cebado la cazoleta de tu fusil?

PETROU. Pues es claro, i no solo eso, sino que he doblado la carga. Al primer grito de alarma: ojo al avante i.... ¡fuego!

MANZOUR. ¿I tu bayoneta?

PETROU. Está mas afilada que una aguja. (*Escuchando.*) ¡Chit! ¿no sientes?

MANZOUR. ¿Qué?

PETROU. Parece que se oyen pasos por la escalera de caracol que conduce al convento. *(Acercándose a la puerta de la izquierda.)*

MANZOUR. Te engañas, es el ruido que forma el agua al azotarse contra el muro.

PETROU. Te digo que nó. *(Escuchando.)* Los pasos son mas perceptibles; álguien se acerca.

MANZOUR. En efecto, se divisa una vislumbre por las rendijas de esa puerta; puede que sea la ronda.

PETROU. ¡La ronda! Pero si apénas hace una hora que estamos de faccion.

MANZOUR. Es cierto. Entónces será algun fraile.

PETROU. ¡Un fraile!

MANZOUR. Sí. Has de saber, Petrouchka, que en esa capilla, los santos monjes del convento, guardan i veneran algunas reliquias de San Anselmo, su santo patron.

PETROU. ¿Patron de las reliquias?

MANZOUR. Nó, hombre, del convento.

PETROU. ¡Ah! ¿i despues?....

MANZOUR. ¿I despues?.... que ellos tienen no sé si la costumbre o la devocion de enviar un hermano....

PETROU. ¿Del santo?

MANZOUR. ¡Nó, bestia! Quiero decir, algun monje o lego que vaya a velar durante la media noche las milagrosas reliquias.

PETROU. ¡Ai!

MANZOUR. ¿Qué?

PETROU. Me parece sentir olor a muerto.

MANZOUR. ¿Estás en tu juicio?

PETROU. Pero ¿no dices que en esa capilla?....

ANJELO. *(Dentro.) Kyrie, eleyson; Christe, eleyson; Kyrie, eleyson.*

MANZOUR, PETROU. *(Retrocediendo i preparando sus fusiles.)* ¿Quién vive?

PETROU. *(Temblando.)* Tengo miedo.

MANZOUR. ¡Cobarde!

PETROU. Sí ¿i el difunto de la capilla?....

ANJELO. *(Dentro.) Christe, eleyson; Kyrie eleyson; Christe, eleyson.*

MANZOUR, PETROU. *(Dando un paso atras.)* ¿Quién vive?

PETROU. Sabes que yo creo que la pólvora está húmeda i que no podremos hacer fuego?

MANZOUR. ¡Calla, animal!

PETROU. Parece que me tiraran por detras, estoi temblando.

MANZOUR. ¡Silencio, o te deshago la cabeza contra el muro!

PETROU. Pero.... ¿i el difunto?

ESCENA II.

DICHOS, ANJELO, (*que aparece en la puerta de la izquierda con la capucha calada i una linterna en la mano.*)

MANZOUR, PETROU. (*Haciendo el punto a la vez.*) ¿Quién vive?

ANJELO. *Pax vobiscum!* Soi yo, hermanos, soi yo, frai Anjelo, el leguito del convento; yo, el portero de San Anselmo.

MANZOUR. (*Bajando su fusil: a Petrouchka.*) ¿No te decia?

PETROU. (*Aparte.*) Respiro.

ANJELO. (*Tiritando.*) ¡Brrrr! ¡qué frio, qué frio hace en esta plataforma!.... ¡Uf! ¡qué noche, Santo Dios! ¡Cómo silba el viento! (*Deja la linterna en el suelo.*)

MANZOUR. Parece que quisiera arrancar de raiz las viejas encinas i tronchar los abetos i los robles.

PETROU. (*Embobado.*) Los abetos i los robles. (*Relámpago.*) ¡Misericordia!

MANZOUR. ¡Relámpagos!

ANJELO. I luego vendrán los truenos; es una tempestad deshecha.

PETROU. Bien decia yo que la noche iba a ser borrascosa. (*Trueno.*) ¡San Nicolas!

ANJELO. Lo cierto es que cuando el viento brama en la llanura i el frio penetra hasta los huesos, no sé por qué se aprieta el estómago i se seca el paladar.

MANZOUR. ¡A fé mia que teneis mil veces razon, hermano Anjelo! Lo que es yo, siento una aridez de garganta.... Daria lo que no tengo por un vaso de kirchwasser.

PETROU. ¡Un vaso de kirchwasser! ¡Oh! si ya me parece que estoi en la taberna del "Halcon negro." ¿Te acuerdas, Manzour, de aquel dia en que destapamos el último par de botellas?

MANZOUR. ¡Vaya si me acuerdo! La leña chisporroteaba en el fogon, i un pernil de cordero, mas sazonado i sabroso que un beso de la linda Katty....

ANJELO. ¿La linda Katty?

PETROU. Es la muchacha mas zalamera i hermosa en diez leguas a la redonda.

ANJELO. (*Aparte.*) ¡San Anselmo me favorezca!

MANZOUR. Apostaria que si frai Anjelo la viese con su corpiño rojo i su vestidito de lana i con sus mediecitas tan albas, i luego con aquellas trenzas de oro i aquellos ojitos de cielo ¡ajajá! que el corazon le habia de repiquetear.

ANJELO. (*Aparte.*) ¡La linda Katty!.... ¡Jesus! estos demonios me van a chamuscar.

PETROU. ¡I vaya que tiene una boquita, i unos labios de coral!....

MANZOUR. I un talle, i un pié tan mono i tan lindo que....

Anjelo. *(Aparte.)* ¡Lá, lá, lá, lá! la cosa va mal.

Petrou. I luego aquel modito de andar....

Manzour. I aquella garganta i unos brazos tan torneados i tan....

Anjelo. *(Aparte.)* ¡San Anselmo, patron mio San Anselmo! esa Katty me va a hacer estallar.

Petrou. I luego aquel encanto secreto i aquel misterioso no sé qué....

Manzour. ¡Chiton! que el padrecito se va a escandalizar.

Anjelo. ¿Eh? no haya temor, hermanos, que soi hombre de coraje i de guerra. *(Aparte.)* ¡Satanas! yo los he de estrangular.

Petrou. I estarla mirando i, luego:—¡A tu salud, Katty del alma!—I sentir como una mano aterciopeloda, blanca, pequeñita.... *(Truenos, relámpagos.)*

Manzour. *(Tapándole la boca.)* ¡Chiton! te he dicho, Petrouchka. Escucha como arrecia la tempestad.

Petrou. Si parece que quisiera arrancar de sus cimientos el torreon.

Anjelo. I ¿qué diriais si yo ahora os presentase una botellita así, redonda, repleta, cristalina....

Manzour, Petrou. *(Acercándose.)* ¿Hein?

Anjelo. I llena hasta el gollete de fragante i riquísimo vino del Rhin.

Petrou. ¡Por San Nicolas, que la tentacion es fuerte!

Anjelo. De un licor tan puro i tan lejítimo, como no lo hallariais ni parecido en la taberna de la linda Katty.

Manzour. Me haceis soñar con el paraiso.

Petrou. I a mí con las bodegas del "Halcon negro."

Anjelo. *(Sacando de la manga de su hábito, una gran botella.)* Pues, aquí está la cosa, hermanos. *(Acercando la botella a la linterna.)* Mirad qué color tan lindo, hasta la misma púrpura lo envidiaria.

Manzour. *(Dejando su fusil a un lado.)* ¡Oh, delicia!

Petrou. Siento por todo el cuerpo una comezon i unas cosquillas.... *(Riendo.)* ¡Jé, jé, jé, jé!

Anjelo. Es un contrabando de guerra; es una pesca que hoi he hecho en la alacena del padre guardian. Os puedo asegurar que el contenido es de lo sabroso i de lo rico. Ya vereis si esto conforta i entona. A tí primero el honor, Manzour. *(Pasa la botella a Manzour que bebe repetidos tragos.)*

Petrou. A mí, ahora. *(Bebe.)*

Manzour. ¡Divino!

Anjelo. *(A Manzour.)* Vamos por turno: yo despues i tú, en seguida.

Petrou. ¡Jeneroso como el que mas!

Manzour. *(Quitando la botella a Anjelo.)* Hermano, vos no teneis necesidad. *(Bebe.)*

Anjelo. Para todos alcanzará.

PETROU. ¡Aprieta! Manzour, de un trago te soplas media botella. (*Se la empina.*)

ANJELO. ¿I yo, i yo?.... (*Tomando la botella que le quita Manzour.*)

MANZOUR. Dejad, hermano. (*Bebe.*)

PETROU. Venga a mí, de nuevo, el Rhin. (*La estruja i se la pasa a Anjelo.*) I ahora, a vos.

ANJELO. (*Mirando la botella.*) ¡Qué bárbaros, si ya habeis vaciado la botella!

MANZOUR, PETROU. (*Riendo.*) Já, já, já.

ANJELO. Probaré, aunque mas no sea, dos gotas. (*Alza la botella.*) *Vinum Rhéni gaudeat ventris hominum.*

MANZOUR. ¡Eh! ¿qué es esto? en vez de calentar ese vino me ha dado mas frio.

ANJELO. (*Aparte.*) Ya era tiempo ¡vive Dios!

PETROU. ¡Es singular! a mí tambien me sucede lo mismo. Se me están helando las piernas, los brazos, el estómago, solo la cabeza me arde.

ANJELO. Eso siempre sucede cuando se bebe de ese vino fuera de la taberna de la linda Katty. Pero, me habeis hecho perder, por lo ménos, media hora de oracion. Voi a velar las reliquias de mi santo patrono. Buenas noches, Manzour; hasta mañana, Petrouchka. (*Tomando la linterna i entrando en la capilla; aparte.*) El brebaje comienza a producir su efecto.

ESCENA III.

MANZOUR, PETROUCHKA.

MANZOUR. ¡Canario! parece que le hubieran dado cuerda al torreon: todo da vueltas.

PETROU. I yo principio a ver candelillas por todas partes.

MANZOUR. (*Restregándose los ojos.*) Los ojos se me cierran.

PETROU. Yo tampoco los puedo abrir.

MANZOUR. Como que me quiere dar un vahido: la cabeza se me va.

PETROU. I a mí, ya se me fué. No sé dónde estoi.

MANZOUR. Todo lo veo azul oscuro.

PETROU. I yo negro, negro como la tinta.

MANZOUR. Parece que me suspenden en el aire.

PETROU. I a mí, que me sumerjen, me sumerjen a lo profundo.

MANZOUR. En vano es que trato de caminar.

PETROU. Alguien, sin duda, me tiene agarrado de las piernas.

MANZOUR. Los oidos me zumban.

PETROU. A mí me campanillean.

MANZOUR. ¡Ai!

PETROU. ¡Oh!

MANZOUR. Parece que me arrancáran a pedazos el cerebro.

PETROU. I yo siento como si me clavasen agujas en el cráneo.

MANZOUR. *(Apretándose el estómago.)* ¡Ai!

PETROU. ¡Oh!

MANZOUR. ¿Sabes?

PETROU. ¿Qué?

MANZOUR. Yo creo que estamos envenenados.

PETROU. ¡Qué horror!.... ¡envenenados!

MANZOUR. Sí, envenenados: las entrañas me queman.

PETROU. A mí me hierven como en un caldero.

MANZOUR. *(Dando traspiés.)* Mira, mira, Petrouchka; acércate, ahí está.... ¿no la ves?.... Sus ojos brillan como el carbunclo; ya se va, se vuelve a acercar....; me llama; se aleja otra vez.... *(Con misterio.)* Es ella, la preciosa Katty, la niña de las trenzas de oro i de la boquita de rosa.

PETROU. *(Dando traspiés i riendo.)* Já, já, já, Katty del alma mia, dame otro abrazo. ¿No quieres?.... *(Buscando a Manzour.)* ¿Dónde te has ido, Manzour? *(Riendo.)* Já, já, já, por aquí, ojitos de cielo; despacito, despacito.... Venga otra jarra de kirchwasser; mas aun; brindemos; salten los tapones; corra el vino; llénense las ánforas. ¡Hola! acá ese tonel, acá te digo, acá. *(Cae al suelo.)*

MANZOUR. ¿Te vas i me dejas?.... pero, si soi yo, Manzour, el valiente Manzour; Petrouchka es un cobarde.... Katty, mi linda Katty, mi preciosa Katty, mi ánjel.... mi.... mi.... *(Cae.)*

PETROU. *(Dando un profundo suspiro.)* ¡Ai! yo reviento.

MANZOUR. ¡Oh! yo muero. *(Momento de silencio. Relámpagos, truenos.)*

ESCENA IV.

ANJELO *(Solo.)*

ANJELO. *(Asomándose i luego saliendo poco a poco; trae la linterna.)* ¡Eh! parece que el consabido del Rhin ha producido su efecto. No se oye sino el ruido de la tempestad. De seguro que el narcótico ha sido eficacísimo. *(Acercándose al parapeto.)* ¡Qué veo!.... ¡la señal convenida!.... Pronto, pronto, hagámosle saber a nuestros amigos que ya pueden venir. *(Coloca la linterna sobre el parapeto.)* *Gaudeamus!* la luz se mueve. No hai duda, me han comprendido. *(Quita la linterna i luego la vuelve a poner.)* Volvámosla a colocar i, van dos. La lucecita se vuelve a ajitar. *(Quita la linterna i luego la pone otra vez.)* I esta es la tercera i última vez. Ya está, la luz ha desaparecido. *(Quita la linterna i la coloca en el suelo.)* Ahora, la escalera de cuerdas. *(Entra en la capilla i*

sale al instante con una larga escalera de cuerdas.) Lo primero será asegurar los cabos. ¡Soberbio! i, ahora, como que no quiere la cosa, quitemos la carga a los fusiles, no sea que.... (*Toma el fusil de Petrouchka.*) Comencemos por el pedernal; esto, por prudencia. (*Mete la baqueta en el cañon i principia a sacar la carga.*) ¡Voto a!.... este demonio de Petrouchka habia puesto doble carga a su fusil. Pues, señor, mejor estarán las balas en el bolsillo que en mi pellejo. (*Saca la carga al fusil de Manzour.*) I ¡qué diria la linda Katty si nos viese en tales aprietos! (*Riendo.*) Já, já, já, i el mui tuno de Petrouchka que decia que, en diez leguas a la redonda, no habia muchacha mas zalamera i con un talle mas esbelto ¡voto a!.... (*Relámpagos, truenos; dan las doce.*) ¡Media noche!.... veamos si.... (*Se acerca al parapeto.*) *Te Deum!* ahí está la luz al pié del torreon; ya desaparece.... Estoi sobre ascuas; un sudor frio corre por todo mi cuerpo. ¡Ah! la luz ha vuelto a brillar, aquí, en la misma escalera.... Las cuerdas se han puesto tirantes; álguien sube.... yo voi a desmayarme.

ESCENA V.

ANJELO, KOSCIUSKO, EDGARDO.

KOSCIUS. (*Salta por sobre el parapeto; viene embozado en una capa.*) ¡Por fin!.... venga un abrazo. (*Abraza a Anjelo.*) ¿I los guardias?

ANJELO. Miradlos, están profundamente dormidos; no despertarán hasta mañana. Os dije que esto corria de mi cuenta: los he narcotizado.

KOSCIUS. ¡Vive Dios, que eres un héroe!

EDGAR. No hai un instante que perder: las doce han dado; la ronda no tardará en venir. Vamos, al torreon.

KOSCIUS. El cielo nos proteja. (*A Anjelo.*) Trae la linterna.

EDGAR. (*Sacando el manojo de llaves de Tchitchikoff.*) Aquí están las llaves.

KOSCIUS. Probemos en la cerradura. Esta quizás.... nada, no da vueltas. Veamos si esta otra.... ¡Maldicion! tampoco. A ver si esta otra....

EDGAR. ¡Victoria! ya jira.... ¡esa es! (*La puerta se abre.*) Gracias, Dios mio, gracias.

KOSCIUS. Anjelo, quédate aquí, nosotros entraremos. Al menor rumor ¡Polonia! grita, será la señal de alarma. (*Entra en la torre seguido de Edgardo que lleva la linterna.*)

ESCENA VI.

ANJELO (*Solo.*)

ANJELO. Id con Dios. (*Relámpagos, truenos.*) Patron mio San Alselmo, sácanos con bien de este apuro que yo te prometo rezar un novenario entero. Item mas te ofrezco diez cirios tan gruesos como un arcabuz, amen de otras tantas disciplinas i ayunos por añadidura. Parece que siento pasos. (*Acercándose a la izquierda.*) Nada, es el viento. San Anselmo, San Anselmo, cien ramos de flores adornarán tu altar i cien repiques herirán los aires el dia de tu festividad. (*Relámpagos, truenos.*) ¡Me impaciento! ¡cuánto tardan! San Anselmo, que al concluir no se nos eche todo a perder i te juro, patron mio, que tuyas serán las flores, tuyos los repiques, tuyos tambien los cirios, i tuyos los ayunos, i tuyas las disciplinas.

ESCENA VII.

MARÍA, MARGARITA, HUBERTO, KOSCIUSKO, EDGARDO, ANJELO.

KOSCIUS. (*Conduciendo a Huberto que viene con los ojos vendados.*) Venid, venid; os digo que una barca os espera. Volvereis a respirar el aire puro de la libertad.

HUBER. ¿Quién habla, quién habla de libertad?... ¿quién ha pronunciado tan dulce nombre?

MARÍA. Es Kosciusko que acaba de romper los hierros de nuestra prision.

HUBER. ¡Kosciusko!

MARG. Sí, padre mio i tambien Edgardo.

HUBER. ¡Edgardo!

KOSCIUS. ¡Qué! ¿acaso no nos reconoceis?

EDGAR. ¡Dios!.. ¡ese vendaje!.. ¡esa sangre!

MARG. ¡Ah! Edgardo, mi pobre padre está ciego; le han arrancado los ojos.

EDGAR. ¡Ciego!

KOSCIUS. ¡Infames! ¡infames!

MARÍA. Sí, ellos no han tenido compasion: ni mis lágrimas, ni las súplicas de mi hija han podido ablandar esos corazones de roca.

KOSCIUS. ¡Ah! Repnin, Repnin, esto clama al cielo.

MARG. ¡Padre mio!

HUBER. ¿Dónde estás Margarita?.. Dame tu mano, no te separes de mi lado. María, ven, aquí, cerca de mí. Es preciso que yo

sepa que me mirais, que no os habeis ido, porque cuando no oigo vuestra voz o no siento que estais junto a mí, se apodera de mi alma una tristeza i un desconsuelo peor que la misma muerte.

María. ¡Huberto!

Marg. (*Sollozando.*) ¡Padre!

Koscius. ¡Hasta cuando, Señor, hasta cuando la sangre inocente i pura ha de correr en los patíbulos i en los calabozos de esta desdichada nacion!

Huber. ¿I Edgardo, dónde se ha ido?

Marg. Está aquí, cerca de vos, padre mio.

Huber. Ven, Edgardo, dime: tú amas a Margarita ¿no es verdad?

Edgar. ¡Ah! sí, con toda mi alma.

Marg. ¡Edgardo mio!

Huber. Júrame, entónces, que no la abandonarás i que serás su protector.

Edgar. Mucho tiempo ha que el cielo ha recibido ese juramento sagrado.

Huber. Gracias, Edgardo: ya puedo morir contento: mi esposa, mi hija no quedarán solas en el mundo.

María. ¡Huberto!

Marg. ¡Padre mio!

Koscius. Pero, Huberto ¿a qué vienen estas cosas cuando tú has de vivir; cuando acabamos de romper las puertas de tu prision?.. ¿A qué vienen estas cosas cuando en pocos instantes mas ya estarás léjos, mui léjos de este fatal lugar i fuera del alcance de tus perseguidores?

Huber. ¿Qué dices?

Koscius. Al pié de este muro una barca te espera; bajarás por la misma escalera de cuerdas que me ha servido para subir i, luego, huirás con tu esposa i Margarita a donde no te pueda alcanzar la zaña de tus enemigos. Edgardo os acompañará hasta dejaros en seguridad i volverá despues a ocupar el puesto que le señala el deber.

Marg. ¡Cómo! ¿Edgardo tendrá todavía que separarse de nosotros?

Edgar. Dios lo ha dispuesto así, Margarita.

Marg. Nó, eso es imposible: moriria de dolor.

Huber. Hija, sagrada es la voz de la patria, la patria lo reclama, Edgardo debe partir.

Marg. (*Sollozando.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Edgar. Espera, Margarita, i confía en Dios. El nos ha de protejer.

Koscius. Partid, partid.

Huber. I ¡qué! ¿tú no vienes con nosotros?

Koscius. No puedo, mi puesto es aquí; yo debo permanecer en la madriguera del tigre.

Huber. ¿Qué piensas hacer?

KOSCIUS. He jurado guerra a muerte a los tiranos, a esa raza funesta que los hombres detestan i que maldice el cielo.

HUBER. ¡Noble corazon! Ayer yo tambien pensaba de la misma manera; hoi ya lo ves, los tiranos me crucifican.

KOSCIUS. Yo te vengaré, Huberto, yo te vengaré.

HUBER. Todos tus esfuerzos serán impotentes; ya es demasiado tarde.

KOSCIUS. Te engañas: aun tenemos patria, Huberto, aun tenemos patria.

HUBER. Será quizas la última vez que podremos pronunciar ese dulce nombre: la Polonia toca ya a su fin.

ANJELO. (*Que ha estado de acecho en la puerta de la izquierda.*) Daos prisa, creo notar algun movimiento en esta parte de la fortaleza.

KOSCIUS. Apresuraos, partid.

HUBER. Venga un último abrazo. (*Se abrazan estrechamente i luego se dirije al parapeto que salva.*)

KOSCIUS. Edgardo, cuida de ellos, no olvides que tu debes ser su ánjel protector.

MARÍA. (*Descolgándose por el parapeto.*) El cielo os pagará lo que haceis por nosotros. (*Desaparece junto con Margarita.*)

EDGAR. (*Sobre el parapeto, estrechando las manos a Kosciusko.*) Antes de la aurora estaré en el campamento.

KOSCIUS. Conozco el sacrificio tan grande que vas a hacer. Edgardo, la patria te lo pagará algun dia i si no la patria, Dios. (*Edgardo desaparece.—Momento de silencio: Relámpagos, truenos.*)

ANJELO (*Azorado.*) Alguien llega ¡salvaos! (*Corriendo hácia la izquierda).* En todo caso la prudencia aconseja... ¡Misericordia! ¡el pro-cónsul! (*Se escapa a tiempo que entra Repnin.*)

ESCENA VIII.

KOSCIUSKO, REPNIN.

REPNIN. (*Viendo salir a Anjelo.*) ¡Traicion! ¡traicion!

KOSCIUS. (*Cortándole el paso.*) ¡Silencio o eres muerto!

REPNIN. (*Retrocediendo espantado.*) ¡Satanas!

KOSCIUS. Sin duda el infierno es quien te ha conducido aquí.

REPNIN. ¿Quién eres?

KOSCIUS. Soi el brazo de la justicia.

REPNIN. ¿Qué intentas?

KOSCIUS. Beber tu sangre, miserable, beber tu sangre.

REPNIN. (*Dirijiéndose a la izquierda.*) ¡Guardias, a mí!

KOSCIUS. ¡Calla, si no quieres morir!

REPNIN. Paso al pro-cónsul.

KOSCIUS. ¡Atrás!

REPNIN. ¡Vive el cielo! que esto es ya demasiado.

KOSCIUS. Te digo que no saldrás.

REPNIN. ¡Qué!

KOSCIUS. Uno de los dos debe morir.

REPNIN. ¡Morir!

KOSCIUS. ¿Te hace estremecer esa palabra?.. ¿Tiemblas, Repnin?....

REPNIN. (*Aparte.*) ¡ Tengo miedo!

KOSCIUS. Encomienda tu alma, si es que te atreves a invocar el nombre de Dios.

REPNIN. Refrena tu lengua o mi espada...

KOSCIUS. Pues, defiéndete si no quieres que te asesine. (*Desenvaina su espada.*)

REPNIN. ¡Insolente, te he de arrancar el corazon! (*Cruzan furiosos los aceros.*)

ESCENA. IX.

KOSCIUSKO, REPNIN, EL REI.

REI. (*Que llega por la izquierda.*) ¡Teneos, vive el cielo, teneos!

KOSCIUS. REPNIN. (*Bajando las espadas.*) ¡El rei!

REI. ¿Qué es esto? Mas no me engañan mis ojos.... ¡eres tú, Repnin i tú, Kosciusko!

REPNIN. (*Espantando.*) ¡Kosciusko! ¡Kosciusko!.... ¡el jeneral en jefe de los insurrectos!

KOSCIUS. El mismo en persona. ¡Ah, ah! ¿te hace temblar ese nombre? ¿extrañas mi presencia en este sitio?.... pues, da gracias al rei que a él debes tu salvacion.

REI. (*Aparte.*) Todo lo comprendo.

REPNIN. Estanislao Augusto, vos haceis traicion a la emperatriz; vos complotais con el jefe de los insurrectos polacos; vos estais en connivencia con ellos; de otro modo no me explico ni la presencia de ese hombre ni la vuestra.

KOSCIUS. Eso significa que el leon no duerme cuando el tigre vela; eso significa que todavía hai virtud, hai patriotismo, hai vida en esta nacion que tú creias abyecta i esclava.

REI. I tambien significa que ya estoi harto de tutores, que basta ya de pro-cónsules i que, por fin ¡quiero ser rei!.... Hasta hoi dia, Estanislao solo ha sido un juguete que se disputaban Catalina i sus indignos ministros; de hoi mas, quiero que cese ese juego tremendo en que se jugaban los destinos de una nacion. Es preciso que lo entiendas, Nicolas: en este instante acaba de desaparecer la creatura de Catalina II, solo queda el rei de Polonia.

KOSCIUS. Ya lo veis: nada os queda que hacer aquí. Partid, volved al lado de vuestra emperatriz i decidle lo que acabais de es-

cuchar. Repetidle que el cautivo acaba de romper los dorados hierros que lo aprisionaban i que muerde i maldice la blanca mano que lo oprimia.

Repnin. (*Aparte.*) ¡Rabia! todo se conjura esta noche en contra mia. (*Terrible.*) ¡Estanislao, qué tarde habeis venido a abrir los ojos! .... ¡Temblad, vuestro despertar será horrible!.... ¡Mañana, i Souwarow estará a las puertas de Varsovia!.... ¡Mañana, i todo habrá concluido....: vuestro trono será despedazado, vuestra corona pisoteada i vuestro cetro i vuestro manto cobijarán una tumba!.... ¡Mañana, i este pueblo que aun podiais haber hecho feliz, será un monton de ruinas, de escombros i de sangre!.... ¡Mañana.... i la Polonia habrá sido borrada de la faz de las naciones!.... (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA X.

REI, KOSCIUSKO.

Rei. ¡Dios! ¡esas amenazas!.... Tente, tente Repnin: escucha, oye, espera.

Koscius. ¡Todavía!.... ¿Tan pronto olvidais vuestros propósitos?.... ¡Quiero ser rei! habeis dicho: Estanislao, que esa no sea solo una vana palabra. Ha llegado el momento supremo; ya que es preciso luchar, luchemos. Sea nuestro lema ¡vencer o morir!

Rei. Dices bien, ya no hai remedio, el paso está dado. ¡A las armas! pues, i que el cielo nos proteja.

Koscius. Sí ¡a las armas! Hé ahí el grito que hace veinte años debia haber resonado en vuestros labios; ese grito habria sido nuestra salvacion. Los tiranos no se habrian atrevido, entónces, a lanzar sus huestes contra este pobre i desdichado pueblo, cuyos despojos, como perros hambrientos, ahora se reparten i disputan. Mas, aun no está todo perdido, aun queda alguna esperanza.

Rei. Volemos a prevenir a nuestros hermanos, a reunir nuestras tropas i a alistar nuestros cañones.

Koscius. Sí, corramos: vos, a Varsovia, yo, a Macejowice; ahí está el grueso de mi ejército, ahí tengo mi campamento. Vos, atrincheraos en la capital i defendeos hasta la última extremidad. Los polacos mueren pero no se rinden.

Rei. Varsovia será mi sepultura, te lo juro; el rei de Polonia caerá con su nacion. (*Vanse por la izquierda.*)

CAE EL TELON.

Ruperto MARCHANT PEREIRA.

(*Concluirá.*)

PEDRO CRESPO. (1)

Al rei la hacienda i la vida
Se ha de dar; mas no el honor;
Porque el honor es del alma
I el alma solo es de Dios!

(CALDERON, *El Alcalde de Zalamea.*)

I.

ZALAMEA.

La poblacion de Zalamea, pueblo vecino a la línea que divide a España de Portugal, veia alterarse su habitual quietud con un suceso, que sino tan raro en el siglo XVI, bastaba por sí solo para trastornarlo todo en una aldea de corto vecindario.

La cosa no era para ménos.

Aquella mañana habia llegado a Zalamea un sarjento de los tercios españoles, con un oficio para el alcalde. El majistrado del lugar, una vez que se hizo cargo de su contenido, mandó llamar al alguacil, i, por medio de éste, citó a todos los miembros del ayuntamiento a una sesion extraordinaria en que debia tratarse un asunto tan grave como urjente.

Reunidos los concejales, el alcalde les manifestó que aquel dia debian llegar al pueblo algunos soldados del rei, a quienes era

(1) Cualquiera persona medianamente versada en la literatura española comprenderá desde el primer momento, con solo leer el título de esta leyenda, que su argumento no es orijinal. Efectivamente, pocos serán los que ignoren el nombre de Pedro Crespo, protagonista del magnífico drama que escribió Calderon de la Barca con el título de *El Alcalde de Zalamea.*

Alguien acaso extrañará que hayamos emprendido este trabajo en vez de escribir una leyenda orijinal. Al que así piense le diremos que, si bien podiamos idear alguna narracion de argumento propio, medianamente agradable, hemos preferido, sin embargo, tratar un asunto, ya magníficamente tratado por un autor de nota, por las razones que vamos a expresar.

Shakspeare, Gœthe i otros autores, crearon tipos grandiosos que han pasado a la novela. Los argumentos de sus obras dramáticas han sido tratados por los novelistas de mil maneras, i sus héroes son, gracias a ellos, conocidos aun por los que no han leido sus inmortales producciones. A Calderon, hijo de España, nacion indolente para con sus glorias literarias, no le ha sucedido lo mismo. ¿Qué mucho que así haya sido si sus propios compatriotas olvidaron por muchos años que poseian en él un poeta inmortal, un jenio superior al de Lope de Vega?

Por lo que hace a nosotros, desde niños, hemos profesado un culto especial al autor de *La vida es sueño.* Nos parecia en un tiempo que el inmortal cantor de Sejismundo no tenia rival en la tierra....

De entónces acá, aunque se haya rebajado algun tanto nuestra admiracion, hemos

forzoso alojar convenientemente, repartiéndolos en las diversas casas del vecindario, segun la fortuna i facultades de sus dueños.

La noticia cayó como una bomba incendiaria sobre los pacíficos representantes de la localidad.

El pueblo miraba de mal ojo esta contribucion, siendo, pues, difícil que el arreglo de los alojamientos no trajese algunos disgustos al alcalde i cabildantes.

Pero ¿qué hacer?

Los hidalgos solamente podian exceptuarse de recibir i alimentar a los soldados; i los hidalgos eran mui pocos en Zalamea.

El pago de este odioso pecho tocaba, pues, a los villanos, i la poblacion casi toda iba a murmurar bien alto contra él.

No obstante, en los tiempos en que ocurrió el suceso que vamos a narrar, los pueblos no hablaban mucho de sus derechos i las órdenes del rei se obedecian sin escusa, sobre todo cuando el monarca que gobernaba la España era nada ménos que el inflexible Felipe II.

Por mas dura que fuera la cosa, el ayuntamiento de Zalamea no tuvo mas que obedecer, i al cabo de una hora ya habia extendido las papeletas de alojamiento i entregádolas al sarjento, que volvió con ellas al encuentro de la tropa que a largas jornadas se aproximaba.

Miéntras tanto los vecinos quedaban haciendo comentarios del suceso i lanzando al aire sus inútiles quejas.

—Terrible año ha sido este año, decia en la plaza un anciano a varios vecinos que con él tomaban el sol; con esta guerra de Portugal, Zalamea ha sido el parador de cuanto militar pasa a ese reino.

—Sí, respondió otro viejo, con otro año igual, nuestras cosechas no nos darán para mantenernos, ya que todo lo hemos de gastar en estos malditos huéspedes.

—I lo peor de todo es que los soldados son jente tan mala,

quedado creyendo que Calderon no es inferior al gran dramático ingles i que a veces es rival del Dante en la valentia de sus concepciones místicas. De algunos años atras lo estudiamos con contraccion i acaso mas tarde podremos publicar sobre sus obras un trabajo debidamente preparado.

Entre tanto, para llamar la atencion de nuestros paisanos aficionados a las letras hácia las creaciones del gran poeta madrileño, hemos emprendido el trabajo de componer algunas leyendas sobre sus principales comedias.

El trabajo es ingrato, pues no ha de proporcionarnos ninguna gloria. ¡Pluguiera a Dios que alguna vez no nos quedáramos atras del autor que seguimos!

Pero, si, como hemos dicho, la tarea es ingrata, no es por desgracia ménos dificultosa.

Reducir ciertos diálogos a la forma moderna sin que pierdan notablemente (que mucho han de haber perdido en nuestras manos); seguir la fábula de Calderon en sus diversas peripecias i guardar, en fin, algo de su lenguaje i de esa poesia que brota bajo su pluma divinamente inspirada, es cosa que arredraria a cualquiera.

Nosotros no creemos, i con sentimiento lo decimos, haber acertado en esta obrita ni en las demas que pensamos publicar bajo el título de *Leyendas de Calderon;* pero juzgamos tener algun derecho a la induljencia del público en gracia del móvil que nos lleva a darlas a luz.

Disculpenos, pues, esto i perdone el lector esta larga nota.

dijo Vicenta, vieja solterona que se habia mezclado en el corro, para oir lo que en él se murmuraba.

—¿Mui malos, eh, tia Vicenta? interrumpió un pilluelo.

—¡Vaya que lo son! respondió gravemente la interpelada; lo peor del caso es que las que mas sufrimos somos las doncellas honradas a quienes persiguen estos desalmados sin Dios ni lei.

—No se asuste, tia Vicenta, no se asuste, que ninguno de ellos le ha de decir: buenos ojos tienes.

Un coro de carcajadas acojió este punzante chiste, pues, Vicenta, ademas de fea i entrada en años, era tuerta del ojo derecho.

—¡Atrevido! gritó la solterona, yo te enseñaré a que guardes otra vez el respeto que se debe a las damas; i corriendo como un gamo se lanzó en persecucion del chiquillo que no tardó en ponerse fuera de su alcance.

Al cabo de un rato, el grupo de aldeanos, recobrada la calma interrumpida por aquel ridículo incidente, proseguia la conversacion.

—De verdad, que Vicenta tiene razon, dijo el escribano del pueblo, pues los soldados son excesivamente aficionados a las buenas mozas.

—Cada vez que pasan por aquí, respondió un labrador, dejan alguna desgracia que lamentar.

—Yo pienso encerrar estos dias a mis dos hijas, interrumpió uno.

—Yo a mi sobrina, dijo otro.

—Yo a mi hermana, dijo un tercero.

—¡Desalmados!

—¡Ya se ve! como ellos andan por paises de herejes aprenden a pisotearlo todo.

—I mas a nosotros, pobres villanos, a quienes rara vez se les hace justicia.

—¿Qué es eso? preguntó amostazado el escribano.

—Yo me entiendo i Dios me entiende.

—Para todos hai justicia en España, exclamó con énfasis el curial.

—Bien, sea así; que por eso no hemos de incomodarnos.

—Pero es dura cosa que hayamos de estar abriendo nuestra casa todos los dias, a jentes que no conocemos.

—Lo peor es que si el Portugal no está, como algunos lo aseguran, del todo sometido, no ha de ser esta la última vez que nos veamos en tales trances.

—¡Nó lo quiera Dios!

—Amen, respondieron todos.

Aquí llegaba la conversacion cuando fué interrumpida por la presencia de un nuevo personaje, a cuya aproximacion todos se pusieron respetuosamente de pié.

—Buenos dias Pedro Crespo, dijeron a coro.

—Santos i buenos os los dé Dios, respondió el recien llegado; pero ¿por qué os veo así tan tristes i cariacontecidos?

—Nuevos alojamientos que imponen al pueblo, respondió uno; pasan hoi soldados para Portugal, i el rei, que no se acuerda sin duda de lo pobres que somos, nos los manda para que los regalemos.

—Callad, Joaquin, respondió Crespo, i no murmureis del rei que representa a Dios en la tierra, ni de esos pobres soldados por cuyo valor el nombre español es temido hasta en los paises mas remotos. Todos debemos servir a la patria i los que no le damos nuestra sangre no podemos excusarnos de ofrecerle nuestra hacienda.

—Como tú eres rico, Pedro!

—Dios bendice mi trabajo i por lo mismo me pone en obligacion de repartir mi sobrante con los que andan ménos afortunados que yo. Vengo de ver mis parvas, el grano rebosaba en las eras i mis vacas i mis potrillos estaban tan lozanos que da gusto verlos.... Mira, Joaquin, continuó despues de una breve pausa, sé que tu madre está enferma, i por lo mismo te hallas algo empeñado; pasa por casa que allá tengo algo para tí. A tí, Ramon, se te murió anteayer un buei, elije de los mios el que mas te agrade para suplir su falta. Dieguillo, Vicente, Jil, mucho tiempo ha que no me visitais, i sin embargo, sabeis que os quiero bien.

Un coro de bendiciones respondió al jeneroso labrador.

Todos le debian mil beneficios i no habia un corazon que no abrigase por él los sentimientos de la gratitud mas ardiente.

II.

PEDRO CRESPO.

Pedro Crespo, a quien hemos dejado conversando con los vecinos del pueblo i repartiendo entre ellos sus jenerosos dones, era uno de esos tipos de honor i virtud que cada dia van haciéndose mas raros.

Tenia a la sazon setenta años, aunque por la firmeza de su andar i la robustez que demostraba, nadie se atreveria a echarle mas de cincuenta.

Era alto i de atléticas formas, enjuto de carnes, de fisonomía enérjica i mirada vivaz. Vestia un traje de labrador que resplandecia por su limpieza, i mas por el decoro de los años que por necesidad verdadera llevaba en la mano derecha un nudoso baston.

Jóven, i en lo mas bello de su vida, habia sentido arder en su alma el amor patrio, i llevado por sus jenerosos sentimientos, abandonó el hogar de sus padres, donde todo le sobraba, por

alistarse entre los heróicos soldados que conquistaron a Granada en el reinado de Isabel i Fernando.

Postrada esta ciudad i destruido para siempre en España el poderío musulman, Pedro Crespo volvió a su casa, a tiempo que su padre no aguardaba mas que su regreso para morir bendiciéndolo. Despues de la muerte de su padre, el jóven soldado, vuelto ya a su oficio de labrador, dedicó su vida a cuidar de la de su anciana madre, a quien los años i la pérdida de un esposo querido habian notablemente debilitado. Sus afectuosos cuidados lograron, ya que no prolongar su existencia, hacérsela mas llevadera al ménos, i la buena mujer expiró en brazos de su hijo tres años despues de su marido.

Solo en la vida, Pedro creyó necesario formarse una familia. Hasta entónces no habia sentido en su alma esa necesidad de amar que se apodera del corazon en ciertas épocas de la vida. Pero, al hallarse sin los afectos que rodearon su cuna i protejieron su juventud, comprendió que le seria imposible vivir en la soledad del alma cuyo peso tan tristemente lo abrumaba.

Buscó una compañera, i al año de muerta su madre recibia por esposa a la jóven mas bella i modesta de Zalamea.

Pedro era citado como un modelo de esposos i su casa como un templo de honradez i de trabajo. Bajo su mano incansable prosperaban los modestos haberes que habia heredado, siendo a los pocos años el labrador mas rico de toda la comarca.

El amor de su esposa, las riquezas, el jeneral aprecio i sobre todo la paz de la conciencia, deberían hacer a Crespo el hombre mas feliz de la tierra. El honrado labrador vivia sin embargo triste; quien penetrara en su alma diria que algo le faltaba para ser dichoso.

Efectivamente, como todos los corazones nobles i rectos, el suyo sentia el santo anhelo de la posteridad, i pasaban los años i los hijos que el buen labrador habia visto nacer, expiraban en los umbrales de la niñez, dejando su ausencia un hondo vacío en el corazon del padre.

Al fin el cielo, compadecido de su dolor, le otorgó el bien que deseaba, concediéndole un hijo i una hija, que, a la época de la narracion, contaban el primero veinte años i la segunda dieziocho.

Por este tiempo, hacian doce que Crespo habia enviudado, i Juan e Isabel, que así sus hijos se llamaban, eran el contento de su corazon i la corona de su ancianidad.

Isabel le recordaba las modestas virtudes de la esposa perdida, Juan los nobles instintos de su primera juventud. Ella corria con todas las faenas domésticas, Juan le ayudaba en las tareas del campo i el buen anciano, mas que padre, era para ámbos un cariñoso e induljente amigo.

Su vida era sencilla como la de todos los labradores del pueblo. Levantábase al alba i rezaba con su familia las oraciones de

la mañana; despues de tomar un lijero alimento emprendía con su hijo el camino del campo, de donde no regresaban hasta el medio dia a comer los sabrosos guisos que Isabel les tenia preparados. Tras de la comida la siesta; en pos de la siesta, Crespo se dirijia a la plaza del pueblo a tomar el sol en compañía de algunos viejos amigos, pasando algunas horas conversando con ellos, ya sobre las cosechas del año, o sobre alguna victoria obtenida por las armas españolas en Italia, Francia o Flándes, o sobre los sucesos caseros de la aldea. A esta tertulia solia acompañarlo Juan, cuando no volvia al campo, o no hallaba a mano la compañía de algun mozo de su edad, naturalmente mas conforme con sus gustos. A las oraciones regresaban ámbos a su casa. En punto a la hora de recojerse, Pedro era con su hijo un padre severo. La velada se pasaba agradablemente entre el rosario, la cena i la lectura de algun libro de caballería, jénero literario a que era Crespo mui aficionado.

El anciano tenia una conversacion tan instructiva como amena, gustando extraordinariamente de referir a su hijo las campaña de su juventud i las heróicas proezas de los héroos que conquistaron a Granada.

Tales pláticas inflamaban el corazon de Juan, que desde niño sintió una aficion decidida por la milicia, de lo que en secreto se enorgullecia el viejo labrador.

—Dejemos que crezca, se decia, i si cuando el mancebo sea todo un hombre, persiste en ser soldado, no seré yo quien me oponga a que sirva a su rei.—

Juan, como todo campesino español, concurria con frecuencia a los juegos de barra i pelota, perdiendo en ellos algo mas de la corta cantidad que su padre le asignaba para sus gastos.

Aun que esto no fuera de su agrado del honrado padre, reñia a su hijo suavemente, acabando siempre por darle el dinero necesario para que dejara bien puesto su nombre. Con este motivo solian ocurrir escenas chistosas entre padre e hijo.

—¿De donde venis, señor? le decia Juan un dia que se encontraron en la calle.

—Vengo, le respondió Crespo, de ver cómo crecen mis sembrados que para el verano nos prometen una abundante cosecha. ¿I tú de donde vienes?

—He jugado, padre mio a la pelota toda la mañana.

—Bien hecho, si ganaste.

—Es el caso, señor, que he perdido.

—Bien hecho, si has pagado.

—No pude hacerlo, porque agotado el dinero que llevaba, hube de jugar a crédito.

—Malo, Juan, mui malo, i voi a darte un consejo. Nunca juegues mas dinero que el que lleves contigo, pues de otro modo te expones, a aventurar tu opinion.

— Buesno es el consejo, como cosa tuya, señor.

—¿I lo seguirás?

—Por cierto; i tanto os lo agradezco, que por lo mismo que es tan sabio voi a pagaros con otro.

—Veamos.

—I es de que nunca deis consejo a quien viene a pediros dinero.

—Está bien Juan, respondió el viejo finjiendo severidad. Con tal que obedezcas mi consejo tomaré el tuyo. Ahí tienes dinero, vé a pagar lo que debes.

I padre e hijo se separaron riéndose alegremente de lo ocurrido.

Como se ve, el labrador de Zalamea era induljente con su hijo, siempre perdonándole, cuanto no menoscabara en un ápice los sentimientos de honor que le habia inspirado. Recordando su juventud sabia disimular en el mancebo las faltas lijeras que solo se corrijen con prudentes i paternales advertencias.

Así Pedro Crespo era adorado en Zalamea. Su hacienda era la hacienda de los pobres, su casa la posada de los viajeros, i su experiencia el oráculo que todos consultaban en las ocasiones difíciles.

Tenia fama de ser algo testarudo i aferrado a su opinion i era sabido que cuando decia nó en alguna cosa no habia nadie que lo hiciera variar de opinion.

Era deseo jeneral en el pueblo que Crespo fuese el alcalde, i en cada eleccion los votos le favorecian desde mas de veinte años atras; pero, ni el cura, ni el ayuntamiento, ni sus hijos, ni sus amigos pudieron jamas lograr que empuñara por un solo dia la vara del mando.

Aunque nunca murmurara como los otros labradores de los frecuentes alojamientos que le imponian el contínuo paso por Zalamea de soldados que iban a Portugal, rabiaba en su interior con tales gabelas que alteraban sus costumbres i el órden severo que queria guardar en su hogar.

Cuando en el retiro de su casa se quejaba amargamente de esa onerosa contribucion que únicamente pesaba sobre el estado llano, el jóven Juan solia decirle con su natural prontitud:

—Nunca he comprendido, señor, como gustándoos tan poco la cosa alojais en casa soldados.

—I ¿cómo excusarlo?

—Comprando una ejecutoria de nobleza.

—Hablas como un mancebo sin seso. ¿Piensas que hai álguien que ignore que soi de humilde linaje, aunque a Dios gracia, de sangre limpia, sin mezcla de moro ni de judio? ¿Qué sacaria con comprar al rei una ejecutoria cuando no puedo comprarle la sangre? ¿Qué se diria de mí? ¿Que era noble por mi dinero? No hables mas de eso.

I a renglon seguido continuaba sus quejas, lamentándose de verse sujeto a prestar al rei semejantes servicios.

Con estos antecedentes creemos que el lector habrá conocido

lo bastante el carácter de Pedro Crespo, que desempeña en esta narracion el papel mas importante.

III.

EL CAPITAN.

Encaminémonos a la casa de Pedro Crespo.

Son ya las cuatro de la tarde i el sol declina con majestad, buscando las montañas vecinas donde ha de ocultar sus ardientes rayos.

A la puerta de la casa hai un emparado, a cuya grata sombra están Isabel i su prima Ines, que con ella habla, ocupadas ámbas en labores propias de su sexo.

Isabel es bella, entre las mas hermosas de la aldea. Sus brillantes ojos negros, velados por espesas pestañas, no han brillado aun con el fuego de la pasion i por su frente tranquila i pura aun no se desliza el ardiente pensamiento del primer amor. Ama únicamente a su padre, a su hermano, a las compañeras de su niñez i a las flores del valle con que a veces suele adornar su negra i abundosa cabellera. Mas aun, ignora que es hermosa i que su belleza puede encender pasiones devoradoras. Jamas se vió tipo de jóven mas perfecto, ni beldad mas modesta.

A la hora que es, ha salido, como tiene costumbre, a aguardar la vuelta de su padre.

Divisar desde léjos al cariñoso anciano que regresa a su casa ganoso de acariciarla es el mayor goce de su vida.

Esta tarde Crespo ha demorado en llegar. Sin duda lo han detenido sus amigos en el camino i la niña lo aguarda con impaciencia.

Al fin lo divisa a lo léjos i a los pocos momentos está en los brazos del anciano.

—¿Por qué habeis tardado tanto padre mio? le dice en tono de cariñosa reconvencion.

—Entónces, Isabel, ¿ignoras lo que pasa en el pueblo?

—Como no me lo digais vos....

—Pues sabe que nuestro católico rei, el señor don Felipe, marcha a Lisboa a coronarse, i pasará acaso mañana por Zalamea. Lo acompaña numeroso ejército, mandado por el valiente don Lope de Figueroa, i tendremos hoi mismo que alojar algun militar en casa. Quisiera, pues, hija mia, te retiraras con Ines donde lo has hecho otras veces en casos semejantes.

—Eso mismo iba a suplicaros, señor; quedarnos aquí es exponernos a oir necios cumplidos, mejor estaremos con Ines retiradas en esos desvanes, donde os prometo que ni el sol ha de vernos la cara.

—Está bien, hija mia, respondió Crespo besando a su hija en la frente.

Las doncellas se retiraron a tiempo que Juan salia del interior de la casa.

—Quédate aquí, Juanillo, dijo el viejo, recibe a los huéspedes que aguardamos miéntras voi a comprar algunas cosas que nos faltan para obsequiarlos dignamente.

I diciendo esto se alejó de nuevo.

*
* *

El huésped a quien esperaba Pedro Crespo era el capitan don Alvaro de Ataide, hermoso i arrogante jóven, que a pesar de sus pocos años habia recorrido ya casi toda la Europa siguiendo las banderas de su rei.

Era valiente, pero excesivamente orgulloso. No conocia otra pasion que la gloria, ni otro Dios que la vanidad.

Su orgullo le habia impedido arrastrarse por el fango de los vicios, i mas de una vez se le vió burlarse de aquellos compañeros suyos que entretenian sus ocios con las fáciles conquistas de pobres lugareñas i mujeres del estado llano.

Buscaba gloria para conquistarse el amor de las mas encumbradas damas de la corte i realizar así sus sueños de felicidad i orgullo.

Cansado por el camino, sigue su marcha conversando con los soldados i preguntándoles a cada paso cuánto dista aun Zalamea, donde deben detenerse.

—No está léjos, le responde el sarjento; desde aquí se divisa el campanario de la iglesia.

—¿I qué tal lugar es?

—Excelente; buen vecindario, campos fértiles al rededor i las mujeres mas hermosas.

—¿I dónde tendré mi alojamiento?

—Os lo he elejido en la mejor casa del lugar. El dueño es rico, como pocos, su hija la mas bella de la comarca.

—¡Belleza de aldea! observa con desden don Alvaro.

—No hai nadie en la corte que iguale a la hija de vuestro huésped.

—¿Será mas que una villana?

—El ser villana no le quita el ser hermosa.

—Serálo para vos, señor sarjento.

—I tambien a vuestros ojos, mi capitan.

Aquí la conversacion quedó interrumpida. Don Alvaro siguió distraido su marcha miéntras los soldados, dispersos aquí i allá, avanzaban hablando los unos, los otros cantando para aliviar las fatigas del camino.

Una hora mas tarde se hallaban en Zalamea.

IV.

PRIMERAS ESCARAMUZAS.

Al entrar don Alvaro en la casa de Pedro Crespo fué cortesmente acojido por Juan, pues su padre aun no habia concluido las dilijencias que le retenian fuera.

Juan, que habia heredado la exquisita urbanidad del anciano, condujo a su huésped a la habitacion que se le habia preparado, dejándolo solo en ella para que reposase de las fatigas de la marcha.

Pronto llegaron el sarjento de la compañía i un soldado de nombre Rebolledo a tomar órdenes de su jefe, i como era natural, a los pocos momentos la conversacion rodó sobre la hija de la casa.

—¡Perverso viejo! decia el sarjento; su primera dilijencia ha sido esconderos la muchacha.

—¿I la has visto? preguntó con indiferencia don Alvaro.

—¡Qué es verla!.... Como si la empresa fuera tan fácil....

—¿I no sabes dónde está?

—Eso ya es otra cosa. ¡Bueno era yo para descuidarme! Mi primera dilijencia fué preguntar por ella a la criada, i he sabido que el viejo, para librarla de vos, la tiene encerrada en aquel cuarto alto que desde aquí se divisa.

I el sarjento mostró a don Alvaro un desvan, cuya escalera se veia desde la ventana de la habitacion.

—¡Malicioso al fin como villano que es! interrumpió el jóven capitan. ¡Esconderme su hija! Si a mi lado anduviera sirviéndome ni siquiera le miraria el rostro; pero pues la guardan así, te juro que he de verla.

—¿I cómo?

—No faltará medio.

—Es preciso, mi capitan, no armar escándalo.

—Busca tú un medio, porque ello ha de ser. Rebolledo, ¿nada discurren para este caso tu injenio travieso i fácil inventiva?

Rebolledo era el soldado mas burlon i alegre de todo la compañía i capaz por sí solo de embrollar un rejimiento con sus ardides.

Al oirse llamar por su capitan se sonrió maliciosamente i golpeándose la frente con la mano, como aquel a quien ocurre una idea repentina,

—No hai que devanarse los sesos, mi capitan, dijo, pues es mui fácil lograr vuestro deseo.

—¿Qué me aconsejais?

—Finjis conmigo una pendencia, dijo el soldado, me amenazais con la espada, yo huyo, me refujio en el cuarto de la labradora, i a vuestro cuidado queda lo demas.

—Gran soldado es Rebolledo, i por quien soi que he de premiarlo.

—Gracias, mi capitan.

Al rato se oian en el cuarto de don Alvaro gritos desaforados, amenazas i juramentos, i poco despues se veia a Rebolledo huir de la habitacion persiguiéndolo su jefe con la espada desnuda.

Don Alvaro arrojaba llamas por los ojos i el soldado corria de aquí a allá buscando refujio, hasta que, topando por la escala, se lanzó por ella, i tras él su perseguidor.

—Señoras, dice al entrar el soldado a Isabel e Ines, socorredme porque soi muerto.

—¿Quién os obliga a huir así? preguntó azorada la niña.

—Yo, gritó don Alvaro con voz de trueno, yo, que he de dar muerte a este pícaro.

—Deteneos, señor, ya que ha venido a ampararse de nosotras; que los nobles como vos nunca son sordos a los ruegos de las mujeres.

—Nadie sino vos podria librarlo;- i cambiando de tono el capitan prosiguió: pero mirad señora que no es bien que por librar a otro hombre de la muerte me la deis a mí con vuestra belleza. A vuestro turno, compadeceos tambien de mí....

Isabel, rojas las mejillas como la flor del granado, bajando sus ojos con modesto rubor,

—No es es bien, señor, contestó, que al hacernos un beneficio querais ponerle precio. No obran así los caballeros, por lo que os suplico, que una vez perdonado ese infeliz nos dejeis, contentándoos solo con nuestro agradecimiento.

—¡Vive Dios que sois un prodijio! a par andan en vos la discrecion con la hermosura.

—¿Cómo es esto? interrumpió Pedro Crespo que a la sazon entraba con Juan en el aposento, cómo es esto, señor, cuando pensé hallaros matando un hombre, os encuentro.... requebrando a una mujer; debeis de ser mui noble cuando tan pronto se os pasan los enojos....

—Capitan, añadió Juan, enojado, debierais considerar la voluntad i el esmero que pone mi padre en serviros, para ahorranos estos disgustos.

—¿Qué es eso rapaz? ¿qué os toca a vos en ello? gritó el labrador. ¿Ni qué disgusto ha habido aquí? Un soldado enojó al señor capitan ¿i nó habia él de castigarlo? mi hija, señor, añadió dirijiéndose a don Alvaro, os agradece el perdon que habeis concedido a ese hombre i yo os agadezco lo hayais hecho por consideracion a ella.

—Claro está, dijo el capitan, aquí no ha ocurrido nada mas.

—Yo lo he visto mui bien, interrumpió Juan con sequedad.

—¿Cómo hablas así, Juan? objetó el padre severamente.

—Por que estais delante no castigo a ese mozo como merece, clamó despechado don Alvaro.

—¡Cuidado! dijo Crespo, sabed, señor capitan, que yo puedo tratar a mi hijo como me plazca, pero vos, nó.

—I yo aguantarlo a mi padre i no a otra persona.

- ¿I qué habias de hacer, si quisiera yo ahora castigarlo?

—Morir ántes que sufrirlo, señor capitan; morir en defensa de mi honra.

—¿I qué honra tiene un villano?

—La misma que vos, que no habria un capitan, si no hubiera tambien un labrador.

—¡Es mucha mengua que esto sufra! dijo don Alvaro amenazando a Juan.

—Mirad que estoi yo de por medio, gritó Crespo desnudando la espada.

—Mi capitan, murmuró por lo bajo Rebolledo, ved que viene don Lope.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(*Continuará.*)

LA FERIA DE LAS VANIDADES. (1)

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

> Sólo se ofende de la crítica severa el que no es capaz de dejarla de merecer nunca. El talento superior la desprecia cuando es injusta o parcial, i sabe darle su valor i aun estimarla cuando es sincera, noble i de buena fé.
>
> FÍGARO.

Acaba de publicarse el libro que la Academia de Bellas Letras de Santiago componia desde tiempo atrás con el objeto bien laudable de contribuir por su parte a la inauguracion de la estátua de don Andres Bello; i pues se presenta solicitando la proteccion del público, oportuno i justo me parece dar una idea de lo que

(1) A propósito del libro *Suscricion de la Academia de Bellas Letras a la estátua de don Andres Bello.*—Un vol. en 4.° de 378 pájs.—Santiago, Imprenta de la Librería de EL MERCURIO, 1874.

ese libro significa, de la manera como está redactado, de la suerte, en fin, que por su forma i por su fondo debe caberle, sin que ni tan siquiera pueda servirle de tabla de salvacion en el naufrajio que le espera el propósito que le dió vida, ya que de tan poco tino se ha dado pruebas por los honorables caballeros que hicieron la edicion i por no pocos de los que ocupan esas trescientas i tantas pájinas de prosa i verso. Apresúrome a declararlo: es ese un pobre libro, un bien pobre libro, sea cual fuere el aspecto por el cual se le juzgue, aun por su aspecto tipográfico. La impresion no honra mucho que se diga a la imprenta de la Librería de El Mercurio i los diversos artículos de la *Suscricion* no logran que el lector olvide sus defectos materiales, por decirlo así.

El libro de la Academia se presta a numerosas consideraciones jenerales i particulares. Apuntaré unas i otras en el órden que se presenten a mi memoria, muchas veces tomándolas al acaso para que se vea que si hai audacia en lo que sentado dejo, esa audacia se halla perfectamente justificada por los hechos.

Desde luego, todos teníamos derecho a esperar una obra, si no acabada, por lo ménos digna de una asociacion en que figuran en primer término caballeros que se honran con el título de miembros de la Real Academia Española. Teníamos derecho a esperar algo mas que una obra de partido i hasta de propaganda política, donde la parte literaria desaparece casi completamente para dar lugar a bosquejos biográficos o cosa así, a caricaturas con pretensiones de retratos que son como un bostezo de mal comprimidas odiosidades.

Obra de partido he dicho i mantengo la palabra porque es exacta i porque está merecidamente empleada. ¿Acáso no hai allí un buen número de pájinas consagradas a hacer la apoteosis de hombres públicos, como Lerdo de Tejada i Guzman Blanco, que así tienen que ver con la estátua de don Andres Bello, como el que esto escribe con los habitantes de la luna? Francamente, yo no he podido darme cuenta de la razon que se haya tenido en vista al dar cabida en este libro a escritos políticos, propios sólo para provocar animosidades en una buena parte del público cuya proteccion se reclama.

Dar a conocer a don Andres Bello i dar a conocer sus obras parece que ha sido un fin secundario de la publicacion; o si ha sido un fin principal, mal camino elijió la Academia de Bellas Letras i pésima muestra ha dado de su sano criterio, de su buen gusto literario, de su facundia i hasta de los títulos que posee i que puede ganar en buena lid para obrar como maestro, para servir de faro a la juventud. La composicion misma del trabajo no ha podido ser mas infeliz. ¿Qué significa allí un artículo sobre el calendario, por mas que ese artículo lleve la firma de don Diego Barros Arana al pié? ¿Qué significan ese estudio sobre la América en 1873, esas biografías de Perez, García Moreno, Lerdo de Tejada, etc., ese estudio sobre el gobierno político de Chile, so-

bre la fauna i la flora de Chile, etc., etc.? Responda quien pueda. Por lo que a mí toca, paréceme que la Academia, resuelta i comprometida como estaba a publicar un libro, escasa por otra parte de cooperadores, echó mano de lo poco que se le presentaba, consiguiendo formar un conjunto indijesto de manjares fiambres, una especie de olla podrida que no satisfará por cierto ni a los paladares ménos delicados.

Tratábase de escribir un libro consagrado a la memoria de don Andres Bello, destinando el producto de su venta a la estátua del eminente literato. Preciso era, en consecuencia, hacer conocer a éste en su vida i en sus obras, como hombre público, como literato, como maestro inolvidable e irreemplazable de dos jeneraciones. El filósofo, el literato, el filólogo, el poeta, el jurisconsulto, el sabio, en fin, debian pasar a la vista del público para que el público pudiese estudiarles, comprenderles i admirarles. No ha sucedido así, sin embargo. El Andrés Bello que la Academia nos ofrece es un Andrés Bello desmembrado, incompleto, descolorido, que sólo con el auxilio del lente se distingue al traves de la neblina que le rodea. Es un Andrés Bello de convencion.

Escribe la biografía del grande hombre el señor Amunátegui i esa biografía se reduce a cuatro pinceladas de dudoso buen gusto, a la apuntacion de hechos mas o ménos importantes i a la repeticion de datos otras veces por el señor Amunátegui publicados. Mejor, mucho mejor habria sido, a mi humilde juicio, que el intelijente i laborioso discípulo de aquel insigne maestro hubiese reproducido su importantísima crítica biográfica de Bello, corrijiéndola i mejorándola, agregándole los nuevos datos que tuviese. No lo hizo; i no haciéndolo, flaco servicio prestó a la asociacion que le cuenta entre sus mas distinguidos miembros i aplaudidos colaboradores.

Mas, tiempo es de notar un vacío que no admite disculpa de ninguna especie, un vacío que seria imperdonable en cualquier biógrafo de don Andrés Bello i no digo en la Academia de Bellas Letras. No hai un artículo, ni un solo artículo en el libro, que nos dé a conocer al juriscunsulto, al inolvidable autor del Código Civil. ¿No tiene la Academia escritores que pudieran emprender la obra? Sí que los tiene, i ello hace absolutamente injustificable el silencio que acerca de este punto capital se ha guardado. El Código Civil ha sido objeto de numerosos estudios, de notables memorias presentadas a la Universidad; i, sin embargo, su autor no ha sido tomado en cuenta por la Academia de Bellas Letras: apénas sí por incidencia se le recuerda en una que otra pájina. A la verdad, el sabio jurisconsulto no merecia tan estupendo desden i es bien seguro que solo por un lamentable olvido, pero olvido que nadie disculpará, se le ha hecho víctima

de él precisamente en una obra destinada a ensalzar la memoria querida i venerada del maestro.

Mui poco mas feliz que Bello, jurisconsulto, ha sido Bello, poeta, gramático, filósofo. Del poeta habla otro poeta, don Domingo Arteaga Alemparte; pero tan concisamente i en formas i apreciaciones tan jenerales, que solo se detiene el tiempo necesario en la elejía al incendio de la Compañía. Del gramático habla don Sandalio Letelier; i hablando, prueba que poco conoce al gramático que elojia i que no ha sacado mucho provecho de sus lecciones. Ocúpase en el filósofo don Anjel Custodio Gallo, i después de leer el artículo de éste, he sabido yo de la filosofía de Bello tanto cuanto sabia ántes de leerlo; sólo que ántes de leerlo tenia del filósofo una opinion que, a no ser sólida como es, habríase visto destruida por los dislates que el señor Gallo ha tenido a bien ensartar en su mal nacido i malaventurado artículo.

Toda la composicion del libro revela un mal gusto que da grima. Bello era un escritor insigne, esmeradamente correcto i castizo, clásico entre los clásicos i sabia respetar los fueros del idioma que tan profundamente conoció i que manejó con destreza inimitable aun en los calorosos arrebatos de su inspiracion de poeta. Literato consumado, sus obras son modelos del bien decir, muestras acabadas del rico idioma castellano. Pues bien, los autores que llenan la mayor parte de las pájinas del libro que la Academia en hora infeliz ha dedicado a su memoria, casi en su totalidad son escritores incorrectos, mal avenidos con la gramática, una protesta viva contra lo que durante su laboriosa vida enseñó de palabra o en la prensa el gran maestro. Es desapacible en ellos la frase i hai jiros que serian inaceptables aun en la pluma de estudiantes recien salidos de las aulas. I para que se vea que no levanto un falso testimonio, quiero citar aquí algunos párrafos del libro, poner a la vista del lector algunos ejemplos i compararlos con otros de buenos escritores españoles i americanos.

Abro la Introduccion. La ha redactado don Manuel Antonio Matta. Su párrafo primero es como sigue:

"*Cuando* la opinion *se habia manifestado* tan *espontánea* i tan unánime en favor de la idea de erijir una estátua a don Andres Bello —idea que habia entrado con buen éxito en la *fase* decisiva de su realizacion—la "Academia de Bellas Letras" no podia dejar de tomar parte *en ésta*, i de tomarla *en conformidad con su carácter, sus tendencias i sus recursos.*"

Tal es, copiada al pié de la letra, con fidelísima exactitud, la primera muestra que el libro nos ofrece. ¡Qué desgraciada muestra i qué pobre redaccion! Borren Uds. ese *cuando* con tanta infelicidad empleado i pregunten en seguida al señor Matta si sabe lo que significa la palabra *espontánea*. De seguro que lo ignora: a saberlo, se habria guardado de expresarse así. *Espontánea* dice en buen

castellano "voluntario i de propio movimiento." ¿Obró por propio i orijinal impulso la opinion pública a que el señor Matta se refiere? Yo no lo sé, i de seguro, no lo sabe tampoco el señor Matta. Lo que hai de cierto es que esa impalpable señora no ha sido consultada sobre la materia, a no ser que quieran darse el nombre de *opinion pública* los admiradores de Bello. ¿Cuándo i cómo la mayoría del pueblo de Chile ha declarado en la prensa, en la tribuna o en los comicios que es favorable a la idea de erijir la mencionada estátua? I aunque esa declaracion existiese, ella no habria sido *espontánea*, sino hecha a influjo de los iniciadores de la idea, lo que por cierto es cosa mui distinta. La opinion pública sabe poco de letras i entre nosotros se la evoca cuando a cualquier audaz se le viene a mientes evocarla. Paciente como un Job es la señora i de su paciencia abusan los que buscan medios de explotarla.

¿Qué es eso de *fase decisiva de su realizacion?* ¡I el señor Matta dirá que es discípulo de Bello! A fé que si lo es, bien poco i nada aprovechó de las lecciones del maestro. Abro el Diccionario i leo que *fase* dice: "Cada una de las diversas apariencias o figuras con que se dejan ver la luna i otros planetas, segun los ilumina el sol." El señor Matta no ha consultado su cosmografía i ha olvidado su gramática. ¿Con que una idea tiene *fases* i no como se quiera, sino *fases decisivas?* Así se lo contaré al cura.

"La Academia de Bellas Letras no podia dejar de tomar parte en ésta" dice el señor Matta i por mas que he tratado de averiguar a quien mira *ésta*, no lo he conseguido. Mirar puede a *la opinion*, a *la idea*, a *la estátua*, a *la fase decisiva*, a *la realizacion;* pero no mira a ninguna de estas palabras i las mira a todas. Tomar parte en una "opinion pública" es un gazafaton que no cede al que resultaria de decir que se tomaba parte en una "fase decisiva." ¿Qué ha querido significar el señor Matta? ¡Vamos! Es evidente que los escritos de este caballero necesitan de comentarios. Necesitólos el poema inmortal del Dante. ¿Por qué no habrian de necesitarlos los poemas joco-serios del traductor chileno de Gœthe i Schiller? Sólo que el estilo anfibolójico i la literatura de jeroglíficos de este caballero, dando oríjen a interpretaciones frecuentes, podian dar fundamento para que algun pilluelo le recordase que

"....Es cosa impertinente
Que quien escribió ayer, hoi se comente."

Otra noticia nos comunica el señor Matta i conviene dejar de ella nota. Dice que la Academia debia tomar parte *en ésta*, en conformidad con su carácter, sus tendencias i sus recursos. ¿Cómo ha manifestado esta conformidad? Publicando algo así como un *panfleto* de política militante, una obra de sectario de cuyas pájinas se halla proscrito todo escritor que no haya quemado incienso en los altares ruinosos i poco halagadores de cierto libe-

ralismo? Ciertamente, el libro en que me ocupo basta por sí solo pésimo como es, con sus estolideces i todo, a revelar el carácter de la madre que le echó al mundo. Las tendencias de la Academia las conocíamos todos, mucho ántes de que tuviese lugar el estupendo parto con tanta anticipacion anunciado, i las conocíamos, porque conocíamos a los señores Barros Arana, Amunátegui, Cood, Santa María, Matta, Lastarria, etc. Por lo que a sus recursos toca, harto miserables deben ser éstos, ya que los señores académicos no han podido darnos nada mejor que la *Suscricion*, trabajo sin plan, sin método i que mas que una laudatoria o un aplauso, parece una sátira amarga contra la persona en cuyo favor se dice que ha sido escrita.

Véase ahora el segundo párrafo de la Introduccion. Pero ántes de transcribirlo, recomiendo a mis lectores que tomen aliento, que se preparen para un viaje de buzos. Hé aquí ahora el párrafo:

"*Asociacion literaria que considera la literatura como la expresion de todos los intereses, todos los sentimientos, todas las opiniones, todos los conocimientos i todos los sistemas de una sociedad i de una época*, la "Academia de Bellas Letras" al ver que Chile, por la voz i la cooperacion *de todos sus hombres*, viejos o jóvenes, i *de todos sus grupos políticos*, antiguos o modernos, se decidía entusiasta a rendir un homenaje tan merecido como honroso, *al ilustre literato*— pues mui pocos hai a quienes, mejor que a Bello, pueda, con justicia, darse este hombre en su mas lato i noble significado;—la "*Academia de Bellas Letras*" quiso llevar su continjente a la erección de la estátua *del modo i en la única forma* que, correspondiendo a su instituto, *fuesen dignos* del sabio i del poeta que ha dejado tan luminosa huella en la historia de América i la de Chile, i lo fuesen tambien de la atencion de los lectores chilenos i americanos."

Respiren, respiren Udes: es tiempo ya de reposar. Hemos llegado a un punto, después de mil vericuetos, portezuelos, peñascos i pantanos. ¡Qué irreprochable estilo! ¿I es esto lo primero que se ofrece a la vista del lector en un libro a la memoria de don Andrés Bello dedicado? Protestando con la doctrina i el ejemplo contra el buen gusto literario ¿se pretende ensalzar al literato? Entrando en la jurisdiccion de la gramática como en tierra de moros, hablando jerga en vez del castellano ¿se pretende hacer el elojio de eminente filólogo? ¿Acáso se ha querido hacer mas grande por los contrastes la figura del maestro? ¡Curiosa manera de hacer apoteósis!

Tenemos que los señores académicos consideran a la literatura como la expresion de los sentimientos, opiniones, etc., de una sociedad i de una época. ¿I por qué no ha de ser la expresion de todas las épocas i todas las sociedades? El señor Matta no lo dice; i después de callar sobre este punto, sienta una inexactitud como un cerro. Afirma que por la voz de todos sus hombres i to-

dos sus grupos políticos Chile se decidió a rendir un homenaje al literato. El hecho es profundamente inexacto. ¿Ha consultado la opinion de todos los viejos i todos los jóvenes el señor Matta? ¿Sabe de buen oríjen que *todos*, sin excepcion, apoyan *la idea?* I después ¿qué tienen que hacer los *grupos políticos* de Chile con la estátua dedicada *al ilustre literato?* Esto se llama hablar al ruido de las nueces, como suele decirse. El señor Matta no conoce la opinion de los grupos a que se refiere i hai poderosos motivos para dudar de la veracidad de su aserto. Por el pronto, ocúrreseme observar que muchos miembros notables de la Academia de Bellas Letras brillan en la *Suscricion* por su ausencia: no han prestado su cooperacion. No está allí el señor Cood, ni han corrido sobre esas pájinas la pluma de artistas, el pincel vigoroso de Orrego Luco ni la pluma elegante i lijera de don Fanor Velazco. No figura allí don Justo Arteaga Alemparte; pero en su lugar aparecen Zubiría, don Demetrio Lastarria, don B. Dávila L., literatos de ocasion. Guarda silencio la musa de Rodriguez Velazco; pero sacude su cabellera la musa, hasta ahora desconocida i muda, del señor Astaburuaga, quien se estrena, como quien nada dice, con un soneto, cuyo mérito se verá después.

Ya el lector habrá observado qué pobreza de estilo i cuántas incorrecciones no hai en el trozo que dejo copiado. Ni las mas elementales reglas de concordancia han sido respetadas. Se diria que, en la primera pájina del libro de la Academia, el señor Matta ha querido mofarse amargamente de las bellezas de nuestro idioma. Si esta ha sido su intencion, preciso será confesar que ha visto realizadas sus esperanzas.

¿Qué es interrogacion directa? El señor Bello lo enseña en su gramática, los niños de escuela lo saben. Consulte a cualquiera de ellos el señor Matta i éste le responderá que las interrogaciones directas son proposiciones independientes. No obstante, el señor Matta ignora tan elementales nociones i en su Introduccion así se expresa: "¿Hasta qué grado *se hayan* realizado propósitos tan variados i fines tan dificultosos?—Atañe decidirlo a a los lectores." Sepa siquiera el señor Matta que el subjuntivo comun solo puede formar parte de proposiciones subordinadas. Nunca está de mas cumplir con los preceptos de las Obras de Misericordia.

De la última enfermedad del señor Bello habla el señor Murillo. Se dice que es un literato o que pretende serlo. Yo solo sé que escribe i que es miembro de la Academia. De la manera cómo escribe daré muestras i apuntaré defectos en que incurre hasta el caballero que estudia al señor Bello como gramático.

Nos presenta el señor Murillo al señor Bello colocado en su mesa de trabajo, i allí se le veia "*una parte del pecho i de la cara* (¿por qué no toda la cara i todo el pecho? Indudablemente, el

doctor le miraba de soslayo o, como quien dice, por sobre el hombro) *iluminada ésta por el jenio de su intelijencia vivificadora,*" (la intelijencia de Bello, que no la del doctor).—*¿Jenio de intelijencia?* No lo comprendo i venga Dios i véalo.

"*De qué pensais* que se ocupaba en sus delirios?" pregunta el doctor Murillo; i en seguida contesta: "*De sus trabajos* i de la recitacion de los mas hermosos versos de la Ilíada i la Eneida..."

Este párrafo contiene un defecto de lenguaje que es mui comun entre nosotros, que se repite en muchas pájinas de la *Suscricion* i que por lo mismo no quiero que pase en silencio. Puede que nuestros académicos se corrijan.

El verbo *ocuparse* u *ocupar* rije complementos con la preposicion *en*, no con la preposicion *de*. Debe decirse: "*Fulano se ocupa en tal negocio*, nó *de tal negocio*. Gómez Hermosilla enseña lo siguiente:

"*De qué se ocupa usted?* me han preguntado algunas veces, i por mas ocupado que estuviese, siempre he respondido: *De nada*, para dar a entender que los españoles nos encupamos *en* una cosa, como en leer, escribir, etc., i no *de* alguna cosa." (*Arte de hablar, libro III, cap. prim. artículo prim.*)

Esta es tambien la enseñanza de la Real Academia i la práctica constante de los buenos escritores. Vayan en comprobacion los siguientes ejemplos que tengo a mano:

"Allí, en el seno de su familia, gozó algunos dias el descanso debido a tanta ausencia i fatigas, i *se ocupó en arreglar* los negocios de su casa, que se resentian de su falta i *en dar* estado a sus hermanas." (Quintana.—*El Duque de Alba.*)

"Ahora bien, con razon o sin ella las jentes habian dado en susurrar por Madrid (i cuando decimos *las jentes*, ya se entiende que hablamos de las que *se ocupan* con preferencia *en cosas políticas*)," etc. (Ochoa.—*Los Guerrilleros.*)

"Pasando de estos preámbulos al asunto *en que vamos a ocuparnos*, examinaremos cuál era la situacion política, intelectual i moral de la Europa...." (Alcalá Galiano.—*Historia de la literatura en el siglo XVIII.*)

"Arida materia fué *la en que nos ocupamos* la última leccion i árida por fuerza ha de ser *la en que nos ocuparemos* hoi." (Alcalá Gadiano.—Id. ibid.)

"Yo estimaré que *te ocupes*
En esta investigacion."

(Hartzenbuch, citado por Cuervo.)

Olvidan completamente lo enseñado por don Andrés Bello en su gramática los que emplean promíscuamente las formas verbales en *ara, era*, cuando el uso autorizado reclama otras. El doctor Murillo i otros escritores de la Academia incurren en tamaña falta. He de recordarles lo que Bello enseña cuando dice: "Yo miro este empleo de la forma en *ra* como un arcaismo que

debe evitarse, porque tiende a producir confusion. *Cantara* tiene ya en el lenguaje moderno demasiadas acepciones para que se le añada otra mas. Lo peor es el abuso que se hace de este arcaismo empleando la forma *cantara* no solo en el sentido de *habia cantado*, sino el de *canté*, *cantaba* i *he cantado*." (*Gramática Castellana*, cap. XXVIII, apéndice, d.)

Bueno será que tengan presente la leccion los señores Murillo, Lastarria, Letelier, Arteaga Alemparte i otros que tanto cariño manifiestan tener por la forma en *ra*.

¿Debe decirse "los señores Amunátegui" o "los señores Amunáteguis"? Del primer modo habla don Domingo Arteaga Alemparte i peca así contra la práctica de los mejores escritores castellanos. ¿Qué concordancia es esa de un adjetivo plural con un sustantivo en singular? ¿Por qué, para ser lójico, no dice tambien *los árbol*, *las buenas pera*, etc.? Diráse que los nombres propios carecen de plural: el hecho es falso, pero concedo que así sea. Contesto, en seguida, que *Amunátegui* no es nombre propio sino apelativo: el argumento peca, pues, por su base.

"Jamas se dará una explicacion lójica i racional, dice el señor Cuervo, de la construccion *los Guevara*, por ejemplo; la que se ha intentado diciendo que ántes del apellido se sobreentiende *señores* o cosa parecida, disculparia el plural de *los*, pero no bastaria para cohonestar el singular *Guevara*. No falta quien, para aclarar este punto, embuta entre *los* i *Guevara*, una larga cáfila de palalabras, diciendo: *los señores o sujetos que tienen por apellido Guevara*: explicacion tan injeniosa que canoniza disparates como *los árbol*=los *objetos que tienen por nombre árbol*." (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.*)

En el artículo que el señor Arteaga Alemparte al señor Bello dedica, tropiezo todavía con la siguiente frase:

"Indudablemente *debió de comprender* (Bello), que faltaba a sus cantos un auditorio intelijente."

Peca esta frase contra la práctica de los buenos escritores peninsulares i americanos. Si el señor Arteaga Alemparte hubiese escrito *debió comprender*, (suprimiendo la preposicion o interposicion *de*), habria obrado conforme a un cánon bien conocido del idioma. La construccion sin *de*, implica necesidad, obligacion; con *de*, dice probabilidad, duda. Un Diccionario de sinónimos que tengo a la vista, enseña lo siguiente:

"*Debe ser* afirma que es debido, justo o conveniente que la cosa exista. *Debe de ser* supone que es probable la existencia de una cosa, que por sí misma parecia dudosa o increible. La primera equivale a *es preciso que sea*, esto es: las circunstancias, la obligacion, la necesidad lo exijen. La segunda equivale a *parece que es así*."

La misma diferencia debe tenerse presente en todas las construcciones del verbo *deber* con derivados verbales. La *de* del señor Arteaga Alemparte es tanto mas intolerable cuanto que la primera palabra de la frase es el adverbio o submodificativo *indudablemente*. Vayan algunos ejemplos en comprobacion de lo que digo:

"Si el Condestable perdió algun tanto del favor del Monarca por la entereza de su conducta, el duque de Alba *debió ganar* por la docilidad de la suya." (Quintana.—*Obra citada.*)

"Talvez piense álguien que no *debieran figurar* aquí todas las composiciones incluidas en esta primera seccion del libro." (Manuel Cañete.)

"Una definicion *debe mostrarnos* el carácter comun de todos los verbos." (Bello.)

"Los médicos que hablan de *ojos inyectados deben de no haber tropezado* con buenos libros españoles, que si no fuese así, dejarian esa monserga gabacha...." (Cuervo.—*Apuntaciones críticas.*)

"*Por fuerza* habremos de responder que el poder *debe ejercerse* en provecho de la sociedad." (Rafael María Baralt.—*Revista Española de Ambos Mundos.*—Tomo III, Marzo de 1855.)

Bastan los ejemplos citados. Ojalá contribuyan a correjir un abuso en el lenguaje que se jeneraliza mas i mas entre nosotros.

Llego al artículo titulado *La Gramática de la lengua castellana por el señor don Andrés Bello.* ¿Quién lo firma? El señor don Sandalio Letelier, profesor del Instituto Nacional. Entre el título del artículo i lo que en él se dice, hai una distancia inmensa. Ni se nos hace conocer a Bello ni se nos hace conocer su obra. Todo se reduce a pinceladas poco felices i a vaguedades vulgares. No sabemos mas, después de leerlo, que sabíamos al salir de las aulas, después de estudios mas o ménos superficiales.

Desde luego resalta un defecto de forma en que no incurren sino los reclutas, los bisoños. El autor usa al comienzo de su artículo de la pluralidad ficticia: habla en primera persona de plural: pocas pájinas mas adelante olvida esto i habla en primera persona de singular. Por grave que sea esta falta en todo un señor profesor, pequeña parece si se la compara con el párrafo siguiente, que es el segundo del artículo:

"Pero *una innovacion radical* i *completa* en todo el sistema, *una modificacion* que, afectando el fondo de la enseñanza, se establezca sin dificultad en medio de las opiniones mas variadas, *una via nueva* que se abre i se hace fácil i transitable, apesar de los ataques i emboscadas de los celadores del trillado i antiguo camino de la rutina, *necesita ser* una luz brillante que *arrastre* en pos de sí a las intelijencias, ahuyentando por completo a los buhos de

la antigua escuela i reuniendo en torno suyo (¿en torno de los buhos?) todo lo que hai de progresista en el mundo."

Et nunc, erudimini.

Los buhos de la antigua escuela se reirán alegremente de ese señor profesor de gramática que, en materias de concordancia, no se sabe de la misa la media. Don Andrés Bello enseña que varios sujetos en singular equivalen a uno en plural. El señor Letelier lo ignoraba i forma esta donosa concordancia: "Una innovacion... una modificacion... una via nueva que se abre... (tres sujetos en singular), *necesita ser*, etc. Mi cocinera habria dicho *necesitan;* pero mi cocinera no entiende de Academias i no escribe para libros de académicos.

¿I qué decir de esa *via que se abre* (¿a sí misma? o es abierta por otro?) i que *necesita ser luz brillante que arrastre?* Esto es nuevo i profundo. Como el Dante, en presencia de bellezas de tal calaña, miro i paso. Eso sí: solicito una corona para la via que se abre, que es luz brillante, que arrastra (por los cabellos) a las intelijencias (¡pobres intelijencias *arrastraas!*) i que reune en torno suyo.... (no es nada lo del ojo) ¡todo lo que hai de progresista en el mundo!

Cuando tales dislates se escriben por un profesor del idioma patrio i se publican en un libro de la Academia de Bellas Letras ¿extrañará álguien que yo los haya recojido i envuelto con mi red barredera para ofrecerlos a la condenacion o a las carcajadas de las jetes sensatas?

RÓMULO MANDIOLA.

(Concluirá.)

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

LA ESPERANZA.

Lector, la historia que al presente narro
Se parece al tejido de una tela,
Porque es preciso reanudar los hilos
O cortarlos en caso que convenga.

Dijimos al principio de esta historia
Que Ferrol, con don Juan, i doña Elena,
Al sur de Chile se marcharon juntos
Por atender sus pertenencias.

Pues el ricacho suegro de don Diego
Tenia en Concepcion varias haciendas
En manos de individuos que le daban
De tarde en tarde adulteradas cuentas.

Queriendo, pues, sacar mejor provecho
De estas campiñas, por demas extensas,
I por indicaciones de su yerno,
Se fueron a vivir en una de ellas.

Se llamaba este fundo La Esperanza,
I deslindaba al sur con las riberas
Del ancho Biobio que, en tal punto,
Sus claras linfas elegante estrecha.

No léjos de este límite se alzaba,
Del ultra-Biobio en las praderas,
Una gran palizada que servia
De cuartel español en la frontera:

Que tal era el aspecto que tenian,
Por regla jeneral, las fortalezas
Que los conquistadores levantaban
Del límite araucano entre las selvas.

Una balsa segura pero tosca
Del rio hendia la corriente espléndida,
Facilitando el paso a los viajeros
Del fuerte a Concepcion o vice-versa.

Servido estaba entónces este fuerte
Por tropas veteranas i sujetas
A la voz de don Cárlos de Gonzalo,
Valiente militar para la guerra.

Con tan buen militar don Diego Antonio
Hizo estrecha amistad, segun se cuenta,
Llevado segun unos por cariño,
I segun los demas por conveniencia.

Puesto que de esta suerte conseguia
Tenerlo grato i por demas alerta
A los malones que los indios daban
A despecho del fuerte en la frontera.

Dijimos, pues, que el fundo de don Diego
Deslindaba hácia el sur por las riberas
Del majestuoso rio, i, cerca de éste,
Se elevaban las casas de la hacienda.

Las referidas casas el aspecto
De un convento tenian, i eran hechas
De gruesos paredones coronados
Por gruesos tijerales i por tejas.

Aunque era el edificio un poco bajo,
Desde él se columbraban las estrechas
Palizadas del fuerte, i a lo léjos
Bosques floridos i llanuras bellas.

Gracias esto, lector, a estar las casas,
Como el fuerte español, en prominencias
Alfombradas del árbol cuyo jugo
Baco adoró con la pasion mas ciega.

Por lo demas, bien poco de notable
Presentaban la casa de la hacienda,
Compuesta en su total de veinte cuartos,
Un patio colosal i una arboleda.

A uno i otro lado, i a lo largo
Del vetusto edificio, se presentan
Dos anchos corredores apoyados
En torneados pilares de madera.

Reemplazaba la cal a los papeles
En todas las murallas de las piezas,
I en la sala mejor, ennegrecidas
Se veian las vigas descubiertas.

En los meses de agosto i de setiembre,
Los zorzales, los tordos i las tencas,
Llegaban a las casas, atraidas
Por el fragante olor de uvas en cuelga

Con que estaban del todo tapizadas
De los dos corredores las soleras,
Figurando ademas sobre las vigas
El membrillo, la lúcuma i la pera.

Tambien formaban parte de las casas
Anchas bodegas de licor repletas,
Que unidas a un granero se elevaban
Del cañon principal hácia la izquierda.

Puertas bajas i toscas daban paso
Del patio principal a la arboleda,
En la cual un parron se recostaba
En horcones de sólida firmeza.

Al pié de cada parra se veia
Una mata de rosa o una hortensia,
De cuyas flores en redor jiraban
La mariposa i zumbadora abeja.

Eran adorno del extenso patio
Unos naranjos, cuya fruta espléndida
Como dorados globos se veian
Entre el follaje de las hojas bellas.

Este era mas o ménos el aspecto
Que tenian las casas de la hacienda,
I en las que residia con su esposo
I su querido padre doña Elena.

Dijimos hace poco que don Diego
Tenia relaciones mui estrechas
De sincera amistad con el que hacia
De jefe en la vecina fortaleza.

I por esa razon lo visitaba
I le enviaba regalos con frecuencia,
Regalos i visitas que pagaba
Don Cárlos de Gonzalo con presteza.

Corria el año de ochocientos siete,
I de noviembre tres era la fecha,
Cuando don Diego recibió una carta
Que decia, lector, de esta manera:

"Fuerte de San Miguel.—Querido Diego:
Mañana cuatro con placer espera
Un pobre militar a sus amigos,
I aguardo vengas con tu dulce Elena.

Que es mui grato, Ferrol, en compañía
De las buenas personas que se aprecian,
Pasar el dia que al mortal anuncia
Un año ménos de congoja i pena."

I firmaba la carta don Gonzalo.
Mas luego que Ferrol se impuso de ella,
Que aceptaba gustoso su convite
Ordenó al portador que le dijera.

I al instante mandó que se alistaran
Dos corceles de espléndida belleza
Para el siguiente dia, pues pensaba
Emprender el paseo con la fresca.

EL PASEO.

Con rojos
Encajes
De bellos
Cambiantes,
Del sol
Adorable
Los rayos
Coronan
Del Ande

Las cimas
Jigantes,
I en la brisa
Que afanosa
Va i resbala
Por do quier,
La festiva
Mariposa
Tiende el ala
Con placer.

Con mil gotas
De rocío
Baña el rio
En el verjel
A las flores
Que se mecen,
I que crecen
Cerca de él.

Léjos, léjos
Del mullido
Dulce nido
Va a buscar
La avecita
Fiel sustento,
Dando al viento
Su cantar.

Besa el aura
Cariñosa
A la rosa
Mas jentil,
I al tocarla
Va i se pierde
Bajo el verde
Toronjil.

Todo es bello:
Por oriente
Refuljente
Nace el sol.
Luce el ave
Por el prado
Su variado
Tornasol.

Seguidos de un guapo mozo
Salieron Elena i Diego,
Cuando con su luz de fuego
Apénas rayaba el sol;
I sin que nada notable
Aconteciera en el viaje,
Llegaron amos i paje
Al cuartel del español.

Allí salió a recibirlos
Don Cárlos en el instante,
Expresando en su semblante
Los grados de su placer.
I despues de festejarlos
Tal como ellos merecian,
Les propuso si querian
Nuevos campos conocer.

Aceptada la propuesta
Llamó a un soldado i le dijo
Que con esmero prolijo
Ensillara un buen corcel,
I que el caballo de Elena
Lo reemplazara por otro,
Esto es por un negro potro
Que "Lautaro" llamaba él.

Al abrigar esta idea,
Tuvo en vista don Gonzalo
Hacer un lindo regalo
A la esposa de Ferrol,
Pues segun era el Lautaro
De suave, vivo i airoso,
Lo juzgaba el mas hermoso
De cuantos alumbra el sol.

Era este potro nacido
En los bosques araucanos,
I domado por las manos
De un gran cacique, i al cual,
En un reñido combate,
Los cristianos dieron muerte,
Variando, pues, de esta suerte
De dueño el bello animal.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIJINAL, EN CUATRO ACTOS I OCHO CUADROS.

(Conclusion.)

ACTO IV.

CUADRO SÉPTIMO.

¡ADIOS POLONIA!...

Una selva en las inmediaciones de Macejowice.

ESCENA I.

MARÍA, MARGARITA, HUBERTO.

(Aparecen en el fondo del bosque. Huberto, con la vista vendada i apoyado en un baston, camina con pasos vacilantes.)

MARG. Por aquí, padre mio, apoyaos en mi brazo i caminad sin temor.

HUBER. Detengámonos un momento. Procurad orientaros del sitio donde nos encontramos.

MARÍA. Parece que ya hemos atravesado la parte mas espesa de la selva; aquí el camino se hace mas fácil.

HUBER. I tú, Margarita ¿no has visto a nadie, no has divisado alguna choza, algo que nos indique que pronto encontraremos un techo amigo donde poder descansar?

MARG. Nada, padre mio: solo he visto pasar, cerca de nosotros,

algunos animales que huian espantados por el estampido del cañon que, desde que concluyó la noche, un solo instante no ha cesado de resonar.

HUBER. ¿Nada mas has visto?

MARG. Tambien algunas avecillas que, asustadas, corrian a guarecerse en sus nidos i otras que, volando, pasaban sobre nuestras cabezas i luego se perdian en los aires. ¿Sabeis, padre, que he envidiado a esas avecillas?

HUBER. ¡Tú, hija mia!... I ¿por qué?

MARG. Porque ellas eran libres, nada podia detener su rápido vuelo; por eso quizás entonaban dulces trinos i melodiosos cantares.

HUBER. Sí, pero, sus cantares eran fúnebres i tristes. ¿No lo has notado?...

MARG. ¡Ah! decis bien, padre mio. Mas de una vez, miéntras nos internábamos en la espesura, creí oir un lamento, pero, un lamento tan tierno i tan dolorido que, sin poderlo evitar, las lágrimas se agolparon a mis ojos. ¿Sabeis por qué, padre mio?

HUBER. ¡Margarita!

MARG. Porque creia que esas avecillas quizás lloraban como he llorado yo, porque alguna mano cruel, como a mí, tambien les habria arrebatado la prenda de su amor. (*Llora.*)

HUBER. (*Abrazándola.*) ¡Hija mia!

MARÍA. (*Dándole un beso.*) Margarita, Edgardo volverá, no tengas duda. En medio del combate, Dios lo ha de protejer. Pero ¿qué tienes, Huberto? ¡Tú tambien lloras!

HUBER. ¡Yo, yo!.... ¿Lo crees?.... Te engañas, María. (*Aparte.*) ¡Ya no puedo mas sufrir!

MARÍA. Pero, tus labios están trémulos, tu pecho oprimido.

HUBER. Te digo que te engañas. Es que este vendaje.... (*Aparte.*) Yo voi a volverme loco.

MARÍA. ¿Te incomoda mucho?... Deja que te lo arregle; quizas esté mui apretado. Inclínate un poco.

HUBER. Eso nada me aliviaria i, ademas, (*Haciendo que se acomoda el vendaje.*) ya lo he puesto bien.

MARG. (*Mirándolo fijamente.*) ¡Padre, padre!

HUBER. ¿Qué sucede?

MARG. Teneis sangre en el rostro. (*Enjugándole el rostro con un pañuelo.*) ¿Mucho sufris, padre mio?

HUBER. (*Dándole un beso en la frente.*) Eres un ánjel.

MARG. Me desespera no poder prestaros algun alivio. Pero, decidme ¿por qué os han puesto en este estado?.... ¿Qué habeis hecho, vos, que sois tan bueno?...

HUBER. ¡Pobre niña! ¿Qué he hecho?... ¡Ah! tú no lo podrás comprender. Los hombres son mui malos, hija mia; ellos, muchas veces, por satisfacer una loca i vana codicia, por correr tras un vil interes o por saciar una pasion, se olvidan de todo, hasta de Dios. ¿Qué extraño es entónces que bañen sus manos con la san-

gre inocente, si una vez sacrificada la víctima, ella ha de ser uno de los peldaños del escalon que les servirá para subir i luego alcanzar lo que ambicionan? (*Se oyen algunos cañonazos lejanos.*)

MARÍA. MARG. ¡Ah!

MARÍA. ¡De nuevo ese funesto estampido!

MARG. ¡I Edgardo, mi pobre Edgardo!...

HUBER. Creo debemos seguir nuestro camino.

MARÍA. ¿Acaso no estamos ya completamente a salvo?

HUBER. Nó, Maria i mucho temo que nuestros enemigos....

MARÍA. ¡Nuestros enemigos!... I ¡qué! ¿acaso el ejército de Kosciusko?...

HUBER. A estas horas el ejército de Kosciusko ya habrá sido aniquilado. ¿No sentís lo lúgubre de esa espantosa soledad que nos rodea? ¿No experimentais algo en vuestro sér que os anuncia que alguna gran desgracia nos espera?...

MARÍA. Deliras, Huberto, deliras. Las tropas de Kosciusko eran valientes i resueltas.

HUBER. Mas ¿de que sirve el valor contra un enemigo diez veces superior?... Estrechados i oprimidos, como entre anillos de hierro, los mas valientes al fin caerán tambien. Hace pocos instantes reinaba un silencio de muerte.... (*Cañonazos lejanos.*)

MARÍA. Sí.

HUBER. Ahora, de nuevo, vuelve a tronar el cañon...

MARÍA. ¿I bien?

HUBER. Eso quiere decir que ya todo está terminado; eso quiere decir que se acaba de extinguir la última esperanza de Polonia.

MARÍA. Me espantas, Huberto.

HUBER. Hasta ayer, cuando abandoné el campamento, Souwarow acababa de unir sus tropas a la division de Denizoff i ya se tenian noticias de que, al anochecer, llegaria el tercer cuerpo de Ferzen.

MARÍA. La horrible tempestad de anoche habrá impedido esta union.

HUBER. Quiera el cielo que ella no haya redundado en perjuicio de los nuestros. Las tropas de Koscinsko debian unirse a los rejimientos mandados por Poninski i Dombrowski; la caballería mandada por Madalinski debia atravesar el Vístula. Ya podrás calcular si la tormenta nos habrá sido funesta.

MARÍA. Si es así, creo debemos apresurarnos a abandonar estos sitios.

MARG. I ¿a dónde debemos ir?

HUBER. A donde Dios nos guie. Este bosque está mui inmediato a Macejowice. Es ahí donde debe haber tenido lugar el combate, pues, es hácia ese lado donde, al amanecer, hemos oido resonar un tenaz clamoreo, tambores i cornetas e incesantes descargas que hacian estremecer la selva entera. La refriega debe

haber sido reñidísima i, a juzgar por el tiempo que ha trascurrido, los dispersos i fujitivos no tardarán en llegar.

María. Huyamos, entónces; salvémonos pronto.

Huber. Sí, huyamos.

Marg. Pero ¿a dónde, a dónde dirijiremos nuestros pasos?

Huber. A la frontera.

Marg. ¡A la frontera!

Huber. Debemos abandonar la Polonia. Ya no tenemos patria ni hogar, solo nos queda el destierro.

María. Iremos al extranjero a mendigar nuestro pan. Comeremos el negro pan del proscrito que humedeceremos con nuestras lágrimas.

Huber. Esos sufrimientos i los sinsabores i penas que a nosotros nos esperan, será tambien la comun herencia de todos los que llevan el nombre de polacos. Mas, confiemos en la Providencia; puede que algun dia esa sangre derramada, esos sacrificios i este martirio, pesen a nuestro favor en la balanza de la justicia divina.

Marg. Padre mio ¿entónces, al instante, nos es forzoso partir?

Huber. Sí, hija mia.

Marg. I ¿ni siquiera tendré el consuelo de ver por última vez a Edgardo?

Huber. I Edgardo ¿sabes tú donde se encuentra?

Marg. ¡Qué!... ¿acaso temeis?...

María. Nó, Margarita, él vive; él nos buscará i vendrá a reunirse con nosotros.

Huber. (*Andando algunos pasos hácia el foro.*) ¡Adios, patria, patria querida!... ¡adios Polonia!...

Marg. (*Sollozando i siguiendo a su padre.*) ¡Edgardo mio! (*Cañonazos lejanos.*)

María. Ten ánimo, Margarita, ten ánimo.

Marg. (*Sollozando*). ¡Partir sin despedirme de él!... ¡Partir sin llevar siquiera la esperanza de que luego lo he de ver!...

María. No llores, pobre hija mia. Alza los ojos al cielo, es ahí donde debemos poner toda nuestra confianza.

Huber. (*Aparte.*) Sus lágrimas me queman el alma. (*A María.*) Partamos, María, partamos de una vez.

María. (*Dirijiéndose hacia la derecha.*) Sigamos este sendero, es mas tortuoso pero desconocido.

Huber. ¡Cuánto acíbar i cuanta hiel se encierra en esta cáliz que me habeis dado a apurar hasta las heces, Señor!... ¡María, Margarita, patria querida!... (*Reprimiendo los sollozos.*) ¡Oh! ya no puedo mas, las fuerzas me abandonan, mi ánimo decae, el corazon vacila... ¡Dadme valor, Dios mio! (*Desaparecen entre los árboles.*)

CUADRO OCTAVO.

MACEJOWICE.

Una parte del campo de Macajowice.—Se ve un cañon volcado, armas, algunos soldados muertos, etc.

ESCENA II.

EDGARDO, KOSCIUSKO (*Herido.*)

EDGAR. (*De rodillas i procurando alzar a Kosciusko que está tendido en el suelo.*) Amigo mio, vuelve en tí; soi yo quien te habla; yo, tu amigo Edgardo... ¡Nada! no contesta... ¡Dios mio, Dios mio! ¿qué hacer? (*Poniéndole la mano en el pecho.*) Su corazon late. (*Con alegría.*) ¡El vive! (*Llamándolo.*) Tadeo, mírame, dime si me oyes; responde, por piedad, responde.

KOSCIUS. (*Delirando.*) ¡A la bayoneta, mis valientes, a la bayoneta!

EDGAR. (*Sosteniéndole la cabeza.*) La fiebre lo devora. (*Llamándolo.*) ¡Tadeo! ¡Tadeo!.... (*Mirando en su alrededor.*) I nadie a quien volver los ojos; nadie a quien pedir siquiera un poco de agua para lavar sus heridas.

KOSCIUS. Ya retroceden los escuadrones de Ferzen. ¡Adelante! amigos mios; la victoria es nuestra.

EDGAR. Procuraré, al ménos, estancar la sangre de esta herida. (*Rompe un pañuelo i le ata la frente.*)

KOSCIUS. (*Siempre delirando.*) I, ahora ¡a escape la caballería!.... ¡Bravo, Madalinski! eso es ¡fuerte sobre el enemigo!

EDGAR. (*Desabotonándole la casaca i rejistrándole el pecho.*) ¡Dios, si está cubierto de heridas!

KOSCIUS. I mi buen Dombrowski con una brillante carga por la retaguardia.... ¡Ya está! las líneas rusas se deshacen como las nubes al soplo del huracan.... Todavía otra descarga, i otra, i otra.... ¡Dombrowski acaba de conquistar las charreteras de coronel!

EDGAR. Tadeo, amigo mio, vuelve en tí.

KOSCIUS. (*Medio incorporándose.*) Pero ¿i aquel nuevo refuerzo que llega por el lado de Orune?.... (*Sombrío.*) ¡Ah! son las tropas de Denizoff.... I, por la izquierda, aparecen nuevas e interminables columnas de cosacos.... (*Lleno de desesperacion.*) ¡I Poninski, Poninski que no llega!

EDGAR. Cálmate, Tadeo, cálmate: es tu imajinacion la que te pinta esas cosas.

KOSCIUS. (*Con desaliento.*) Un lúgubre grito retiembla en los espacios.... ¡Todo está perdido!.... (*Imponente.*) ¡A la carga! mis heróicos escuadrones de Raslawice ¡salvad nuestro estandarte!

Edgar. Pero, Tadeo, por Dios, piensa un momento; si estás aquí, herido i casi sin vida al lado de ese mismo estandarte.

Koscius. (*Ansioso, delirante i fuera de sí.*) Ya se lanzan mis soldados.... ¡Adelante, muchachos! ¡Fuego! I, ahora, la artillería.... ¡Eso es, bien dirijido!.... Ferzen ataca por la retaguardia....; la caballería se desbanda.... Cargad de nuevo. ¡A la bayoneta!... ¡Oh, qué horrible! ¡qué horrible!.... ¡Valor! Un último esfuerzo, amigos mios, un último empuje. ¡Animo!.... (*Cayendo desfallecido.*) Por fin, ya puedo morir contento; ya tengo en mis manos el estandarte de la desdichada Polonia.

Edgar. (*Alzando del suelo el estandarte i presentándoselo.*) Sí, Kosciusko, aquí tienes los heróicos restos de nuestro viejo estandarte.

Koscius. (*Alzándose de rodillas sostenido por Edgardo.*) ¡Oh! sí, lo reconozco. (*Alzándolo i besándolo.*) ¡Salud! bendito estandarte, compañero inseparable de mis combates i de mis glorias.... ¡Salud! insignia querida, legado precioso de nuestros antepasados.... ¡Salud! augusto emblema de la patria mia.... (*Se oye un cañonazo.*)

Edgar. (*Inquieto mirando a todas partes.*) Tadeo, es preciso huir. Dime si aun te quedan algunas fuerzas: yo te llevaré sobre mis hombros. (*Otro cañonazo.*)

Koscius. (*Volviendo en sí.*) Esos cañonazos.... ¡Qué!.... ¿dónde estoi?.... ¡Herido, i en mis manos el despedazado estandarte de Polonia!..., ¡Ah! todo lo comprendo. (*Viendo a Edgardo.*) I tú, Edgardo, aquí, solo, en medio de este desastre jeneral....

Edgar. Los soldados rusos avanzan recorriendo el campo de batalla. Hace mas de seis horas que estás ahí, loco, delirante, moribundo.

Koscius. Entónces, todo es verdad: mis escuadrones destrozados, mis mejores oficiales muertos o prisioneros. ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis conservado la vida?

Edgar. Haced un esfuerzo, procurad poneros de pié; aun podemos salvarnos.

Koscius. Es inútil, no puedo. Sálvate tú, Edgardo, i déjame morir al lado de mis desdichados compañeros.

Edgar. Yo no me separo de tí.

Koscius. Acuérdate que tienes un sagrado deber que cumplir. Has prometido, has jurado amparar a una familia perseguida.

Edgar. ¡Margarita!

Koscius. Sí, Margarita, tu esposa; Margarita que sola, errante, fujitiva, a estas horas, quizás no encontrará un techo donde abrigar a su pobre padre inválido i ciego.

Edgar. ¡Dios eterno!.... No sé, pero.... yo no me separo do tí; quiero compartir tu suerte; quiero morir junto a tí.

Koscius. Vete, te digo.

Edgar. Nó.

Koscius. Vete, yo, tu jeneral te lo ordeno.

EDGAR. Perdonad mi jeneral, pero, por esta vez, yo no os puedo obedecer. *(Enjugándose los ojos.)*

KOSCIUS. Déjame estrechar tu mano, amigo mio.... ¡Noble i jeneroso corazon!.... Pero ¿no ves, Edgardo, no ves que es un sacrificio inútil el que vas a hacer?.... Solo me restan algunos instantes de vida ¿qué importa, entónces, que caiga en poder de mis enemigos?.... Pero tú, tú necesitas vivir; has prometido amparar a una pobre niña indefensa i desdichada. Vete, te digo, Edgardo, déjame abandonado a mi fatal destino.

EDGAR. ¡Imposible! ¡imposible! Dios no me puede exijir que cumpla un juramento, por ahora, irrealizable. Tú vas a morir i ¿quieres que me aleje? Tú estás aquí solo, cubierto de heridas i rodeado de enemigos que te buscan para saciar su rabia feroz i ¿quieres que te abandone?.... *(Cañonazo.)*

KOSCIUS. Ya es tarde; mira, álguien se acerca.

EDGAR. *(Mirando hácia la izquierda.)* Repnin i su estado mayor avanzan en esta direccion.

KOSCIUS. ¡Repnin, dices, Repnin! ese mónstruo vomitado por el infierno.... ¡Oh! salvemos, al ménos, los últimos restos de nuestra querida bandera. *(Arrancándola del hasta i colocándola sobre su pecho desnudo.)* Aquí, sobre mi pecho, al lado del corazon, junto con la única reliquia que conservo de mi amor.

ESCENA FINAL.

DICHOS, REPNIN, OFICIALES I SOLDADOS RUSOS.

REPNIN. *(Saliendo por la izquierda.)* Si no me equivoco, aquel es el capitan Niemcewicz. Vuestra espada, capitan.

EDGAR. *(Tratando de cubrir a Kosciusko.)* ¿Mi espada? buscadla, si quereis, en medio de los cadáveres que cubren el campo de Macejowice.

REPNIN. Pero ¿cómo es que os encuentro aquí?.... Ya que las balas os han respetado, me parece habriais hecho mucho mejor en escapar. *(Viendo a Kosciusko que se incorpora.)* ¿Qué veo?... ¡Kosciusko!

KOSCIUS. ¡Os espanta mi presencia!.... No temais, estoi herido i casi moribundo.

REPNIN. ¡Vive el cielo, que hoi es completa mi fortuna!

KOSCIUS. ¡Polonia! ¡Polonia! los bandidos se enseñorean ya de tu suelo.

REPNIN. Anoche te lo dije que, hoi dia, tu patria seria borrada de la faz de las naciones.

KOSCIUS. Aun resiste Varsovia.

REPNIN. Esa ciudad no tardará en caer. Souwarow, al frente de cien mil hombres, como una avalancha se precipita contra sus

muros. Tadeo Kosciusko, hemos ganado la partida i tú estás en mi poder vivo i vencido.

Koscius. Vanagloríate en hora buena de un triunfo que Ferzen solo debe al número de sus escuadrones. Por lo que respecta a mi vida, poco tiempo me parece alcanzarás a disfrutar de ella.

Repnin. Creo que al ménos será lo suficiente para que llegues a probar cuanto pesa la mano de Repnin.

Koscius. Tu rabia i tu cólera nunca llegarán a doblegar mi ánimo.

Repnin. Allá veremos. Sois mi huésped i a mi me gusta tratar mui bien a los que me honran con su compañía. Os llevaré, pues, a ver nuevas tierras. Visitaremos las orillas del Neva. En aquellas dichosas riberas, no faltará algun castillo donde poder hospedaros. En ese castillo, bien puede encontrarse un calabozo lóbrego, estrecho, frio i, dentro de ese calabozo, a buen seguro, no faltará una cadena bastante pesada con que amarrar esas manos atrevidas i torturar ese cuerpo orgulloso i altanero.

Koscius. Me rio de tus amenazas; ellas no serán nunca bastante para humillar ni abatir un corazon que la desgracia i el infortunio han hecho grande, Nicolas.

Repnin. Pues, te juro que yo solo te he de humillar. Encerrado como una fiera i separado del trato i conversacion de los hombres, verás trascurrir los dias, los meses i los años. En vano clamarás a tus carceleros; los carceleros permanecerán mudos. Volverás entónces los ojos a la emperatriz; ella no te oirá. Suplicarás a Nicolas Repnin, i Repnin se reirá i burlará de tí. Invocarás entónces al mismo cielo; pero, el cielo no te escuchará. Miéntras tanto, consumido por el hambre, la miseria i la desnudez, uno a uno, verás disiparse i caer tus locos ensueños i tus esperanzas de libertad, de una libertad que no llegará nunca. Las cadenas i los grillos, ni un solo instante, dejarán de estar pegados a tu cuerpo como la yedra a la dura piedra; el hierro corroerá i despedazará tus huesos, como la lima el acero; i cuando ya desesperado, expirante, exhausto, implores clemencia i piedad, solo te contestará el tétrico silencio del sepulcro. (*Se oyen algunos cañonazos lejanos.*)

Koscius. (*Incorporándose.*) ¡Dios! ¡ese sordo estruendo! ¡ese ronco estampido!.... ¡esos cañonazos!.... (*Cae.*)

Repnin. (*Lleno de júbilo i con sonrisa feroz.*) Anuncian el fin de Polonia, anuncian que Souwarow está a las puertas de Varsovia i que ya comienza el bombardeo de esa ciudad en cuyos muros el estandarte ruso no tardará en tremolar.

Koscius. (*Haciendo esfuerzos por levantarse.*) ¡Polonia! ¡Polonia!.... ¡patria mia!... Ea, polacos ¡a las armas! Corramos al auxilio de nuestros hermanos que perecen. Venid, agrupémonos en torno de nuestro estandarte querido, estrechémoslo entre nues-

tros brazos, hagámosle con nuestros pechos un muro impenetrable i de bronce. (*Vuelve a caer.*)

Repnin. Oye el cañon que truena. El estandarte polaco ya no existe, está ya aniquilado. Las balas rusas acaban de barrer con los últimos jirones de esa sucia i aborrecida bandera.

Koscius. (*Terrible.*) ¡Mónstruo que así te gozas en la ruina de esta infortunada nacion, yo te maldigo!

Repnin. (*Aterrorizado.*) ¡Ah!

Koscius. (*Alzándose majestuoso sostenido por Edgardo.*) Sí, es cierto: ya no existe la Polonia, ya sucumbe la infeliz patria de Sobieski.... I son ellos ¡bárbaros! son ellos quienes la han aniquilado.... Pero, hai un Dios justiciero. Algun dia llegará en que esta nacion resucite de sus cenizas.... Algun dia llegará en que la Polonia se alce de nuevo de su tumba, radiante i tremenda, para castigar a sus verdugos i romper, de una vez i para siempre, las cadenas de la esclavitud. (*Cae desvanecido.*)

CAE EL TELON.

Febrero de 1875.

Ruperto MARCHANT PEREIRA.

PEDRO CRESPO.

(Continuacion.)

V.

DON LOPE DE FIGUEROA.

Don Lope de Figueroa, el viejo soldado de Flándes que acompañaba a Felipe II a Portugal, era uno de los militares mas antiguos del ejército español, respetado de todos por su valentía i estimado en mucho por el mismo monarca, que mas de una vez le habia encargado las comisiones mas delicadas.

Ya era viejo i su severa fisonomía daba miedo.

Estricto observador de la disciplina, no perdonaba a sus subal-

ternos la menor falta, i donde quiera que se presentaba, se acallaba toda pendencia, se suspendia cualquiera conversacion; tal era el respeto que infundia.

Continuamente estaba regañando i de sus labios brotaban a torrentes los reniegos i juramentos mas terribles. Bien que, en verdad mal humor tan continuo era en gran parte producido por el malestar físico que sin tregua aquejaba al noble veterano. Combatiendo en Flándes habia recibido una profunda herida en una pierna, herida que nunca cerró i que lo mortificaba a todas horas.

Bajo tan ruda corteza don Lope encerraba un corazon nobilísimo. Era jeneroso i compasivo, amaba a sus soldados como un padre i se mostraba con las damas en estremo cortés. Tenia de la carrera militar la idea mas alta, i toda su aspiracion se reducia a unir su nombre a la memoria de hechos gloriosos.

Tal era el personaje que penetró de súbito en casa de Pedro Crespo, en el momento preciso en que éste i el capitan iban a venir a las manos.

—¿Qué es aquesto? gritó el jeneral. ¡Es posible que lo primero que he de hallar a mi llegada haya de ser una pendencia!—

El capitan callaba; el labrador miraba con asombro al recien venido.

—Hablad ¡vive Dios! continuó, que si pronto no hablais os juro que he de destruir esta casa i arrojar por los balcones a cuantos hai en ella, sin exceptuar a las mismas mujeres.—

Don Alvaro, todo confuso, refirió a su jeneral cómo habiéndole faltado al respeto un soldado, él lo habia seguido hasta aquel sitio, lo que habian llevado a mal los dueños de casa.

Al oir tal relacion, don Lope enfurecido ordenó se castigase a Rebolledo con todo el rigor de la ordenanza, i que para evitar lances desagradables, los soldados no recorriesen las calles ni se mezclasen en lo posible con los campesinos. Comprendiendo ademas que en el relato que acababa de hacerle don Alvaro habia algo mas de lo que se le decia, dispuso que éste mudase de alojamiento, quedándose él en la casa en calidad de huésped.

Hechas así las paces, don Lope i Crespo descendieron del desvan a las habitaciones del piso primero, i, una vez allí, el honrado labrador besó respetuosamente las manos de su inesperado protector, expresándole con toda la efusion de su alma, cuan agradecido le estaba por lo que en su favor acababa de hacer.

—Señor, decia Crespo, habeis llegado en ocasion de evitar mi ruina.

—¿Qué decis? preguntó el militar.

—Sí, mi ruina, señor; pues me apartaistes de perderme.

—¿I como habiais de perderos?

—Matando a quien pensaba injuriarme, atentando contra el honor de mi hija.

—¿I no sabiais que ese hombre era un capitan?

—Aunque fuera jeneral, mi noble señor.

—¡Cómo!

—Aunque lo fuera, en caso igual lo mataba.

—Pues a quien tocara en solo el pelo de la ropa al último de mis soldados ¡por Cristo! que al instante lo ahorcaba, replicó don Lope furioso.

—Pues si alguno se atreviera a un solo átomo de mi honra, por los cielos tambien os juro, señor, que no escaparia de mis manos.

—¿Ignorais que estais obligado a servir al rei, dando alojamiento a sus soldados?—

A esta pregunta Pedro Crespo sintió que el alma se le estremecia de coraje; sin embargo, reprimiéndose pudo contestar a don Lope con voz entera:

—Vos sabeis, señor, cuan sagrada es la honra i que Dios la reparte igualmente entre los nobles i los villanos. Todos de ella vivimos i con ella nacemos; es una herencia recibida de nuestros padres, que debemos trasmitirla intacta a nuestros hijos; el pobre honrado es un buen cristiano i un servidor fiel i abnegado de su rei: con la honra un pobre puede levantar alta la frente en todas las contrariedades de la vida i es el primer deber de un padre velar por que no la pierdan sus hijos ni sus hijas....—

Aquí don Lope hizo un movimiento de impaciencia.

—Perdonad, señor, si soi prolijo, continuó Pedro; me acabais de recordar mis deberes para con el rei i os voi a explicar cómo los entiendo, yo pobre i humilde villano, a la sola luz de la razon i de la conciencia.

El rei, que defiende a la patria i engrandece sus dominios, el soberano todopoderoso, en cuya monarquía nunca se pone el sol, tiene derecho a exijir de sus súbditos todos los sacrificios; a pedirles su sangre, su hacienda, todo, en suma, ménos una cosa.... ¿i sabeis lo que es eso? ¡El honor, el honor, joya inestimable, dote exelsa del alma que solo pertenece a Dios!—

La voz de Pedro Crespo hallaba un eco en el noble corazon del anciano soldado de Flándes, que arrebatado por la hidalguía del que poco ántes juzgaba un campesino vulgar, exclamó sin olvidar su tono altivo:

—¡Vive Cristo, anciano, que voi creyendo que teneis razon!

—¡Si la tengo, vive Cristo, porque siempre la he tenido! respondió el villano.

—Vengo cansado, interrumpió don Lope, i esta persona maldita que me dió el diablo ha menester reposo.

—¿I quién os dice que no descanseis? contestó socarronamente el labrador. Por fortuna, Satanas me ha dado tambien una cama que os está aguardando hace rato.

—¿I os la dió hecha Satanas?

—Talvez.

—Pues voi a deshacerla, contestó don Lope, siguiendo a Crespo, que lo guiaba a su habitacion.

VI.

LA CENA DE DON LOPE.

Miéntras don Lope duerme, el capitan don Alvaro de Ataide se siente doblemente ajitado por el pesar de ver ajada su vanidad ante unos pobres villanos i por la profunda impresion que hicieran en su alma la belleza i gracias de la modesta Isabel.

—¿Es posible, se dice, lo que me está pasando? ¡Yo enamorado de Isabel! ¡No me conozco! ¿Qué se hicieron el noble orgullo, la jenerosa altivez que han librado hasta hoi mi juventud de los excesos que manchan la vida de mis camaradas? ¡Pero Isabel es tan bella! ¡Qué hermosa estaba al suplicarme por el que creia próximo a morir a mis manos! ¡I qué discreta es!

No puede ser, continuaba; esa hermosura ha de ser mia o pereceré en la demanda. ¡Maldito don Lope que a tan mala hora llegaste!—

Lo que don Alvaro sentia no era el amor, era el vértigo del deseo, eran los embates de una pasion abrasadora e inextinguible, capaz de precipitarlo por la pendiente del crímen.

De la casa de Pedro Crespo se habia trasladado a la del ayuntamiento, donde se alojaban tambien Rebolledo i otros soldados, formando allí una especie de centro militar, o cuerpo de guardia, segun de antemano lo habia dispuesto don Lope de Figueroa.

Allí, solo con su pasion i dominado por el extraño vértigo de su repentino amor, ideaba unos tras otros planes que desechaba al punto por irrealizables.

Así pasó la noche i llegó la mañana sin que el sueño hubiera acudido a sus párpados.

Era imposible para él partir sin haber ablandado el corazon de la hermosa Isabel. I sin embargo, ¿cómo conseguirlo, viviendo el severo jeneral en la misma casa de Crespo?

En vano intentó ponerse al habla con la jóven, por medio de una de sus criadas. La niña no queria recibir recados suyos i la mensajera se excusaba ya formalmente de volver a llevarlos, temerosa de ser despedida. A la tarde no habia variado en nada su situacion, no hallando, pues, en consecuencia un solo medio de salir del laberinto en que por desgracia se hallaba metido.

Estaba el capitan meditando sobre lo que le pasaba, cuando apareció en la estancia el travieso Rebolledo, asomando la cabeza como quien pide licencia para entrar.

—Adelante, Rebolledo, dijo el capitan, ¿qué te trae?

—Vengo a pediros, señor, que dejeis por mi cuenta el juego del boliche de que tanto gustan los soldados de la compañía.

—Mucho pides.

—Poco vale comparado con el susto que tuve ayer al verme

condenado por el viejo, a dos tratos de cuerda, tratos a que no estoi acostumbrado.

—Pero yo te libré del castigo.

—Milagro fué que el viejo no lo hiciese ejecutar a su vista.

—Bien me lo temí.

—Mas lo temieron mis espaldas.

—Ya lo creo.

—¿I no vale eso lo poco que pido en recompensa?

- Bien, sea lo que quieres.

Iba Rebolledo a retirarse, cuando el capitan lo detuvo diciéndole:

—En esta jornada yo soi el que llevo la peor parte. Tú, a costa de un susto, has logrado un privilejio que no soñabas obtener. Yo quedo desairado ante esos labradores, i lo peor del caso, terriblemente enamorado de la villana.

—¿I nó deciais ha pocas horas que nunca os conmoveria una belleza de aldea?

—Calla, Rebolledo; ¡no habia visto a Isabel!

—¿Verdad que es bella?

—Como ninguna mujer.

—¿I discreta?

—Parece una dama de la corte.

—¿I qué pensais hacer?

—Morir de despecho.

—¿Mi capitan se atreve a decir eso?

—¿I qué puedo hacer?

—Enamorarla.

—¿I don Lope?

—¡Bah, don Lope! Cuando el viejo duerma le dais una serenata.

—Voi creyendo que tienes arbitrios para todo.

—No soi yo quien lo dice.

—¿I acudirá Isabel a la ventana?

—¡Quién lo duda!

—Parece honesta i recatada.

—Serálo con los villanos, talvez no con los hidalgos como vos.

—¡Quién sabe!

—Será vuestra, con poco que pongais de vuestra parte.

—¿I su padre?

—¡Dale con el padre!

—Parece alentado.

—Es vano i hueco como todo villano, pero debe de ser un cobarde.

—¿I el hermanito?

—A ese lo amarramos i le ponemos una mordaza si intenta hacer algo.

—Me animas.

—Dejadme hacer.

—¿A qué horas cenarán en este pueblo?
—A la hora en que las gallinas se recojen.
—I despues ¿qué hacen?
—Dormir hasta la alborada.
—Entónces....
—A las nueve la música.
—Me parece bien.
—Convenido.
—Convenido.

Esto pasaba a las siete de la noche, miéntras en la casa de Pedro Crespo todos se afanaban por preparar a don Lope una magnífica cena.

Crespo era ostentoso, pero la calidad del huésped i su posicion en el ejército hicieron que el aldeano, considerando mezquino su presupuesto, quisiese dar en vez de una cena de aldea un verdadero festin a su ilustre alojado.

Miéntras las gallinas de la casa huian aquí i allá despavoridas con el repentino ataque que se les daba, i las cacerolas chirriaban sobre el horno i se descolgaban de las paredes de la despensa magníficos trozos de cecina i salchichas para confeccionar los suculentos platos que debian servirse, don Lope dormia como un bienaventurado i Crespo con sus hijos acomodaban la mesa bajo un cenador del huerto, porque en la estacion calurosa, las jentes de Zalamea prefieren para comer los jardines al fatigoso abrigo de las habitaciones techadas.

El cenador habia sido adornado con guirnaldas i orlas de laurel, i se habian colgado en varias partes farolillos que derramaban en torno su luz fantástica i misteriosa.

La mesa resplandecia por la blancura i limpieza de los manteles i en toda su extension estaba cubierta por numerosos platos llenos de exquisita fruta. En el centro, Isabel habia colocado un magnífico ramo de flores.

No hai que decir nada del vino, porque el dueño de casa habia hecho sacar lo mejor de su bodega, i los antiguos i sabrosos caldos convidaban a beber rústicamente encerrados en anchas jarras, cada una de las cuales hubiera bastado a contentar a tres aficionados. Allí no habia lujo, pero sí abundancia de bebidas i manjares, que bien podian, valiéndonos de la expresion vulgar, excitar el apetito de un muerto.

Eran las ocho i media de la noche.

—Padre, dice Isabel, ya seria tiempo de despertar al huésped.

—Déjalo que duerma, responde el labrador; los militares tienen que hacer largas marchas i para eso se requiere fuerzas.

—Todo está en sazon, objeta la niña, i, talvez mas tarde el huésped hallaria recocidas las viandas.

—No tengas cuidado.

Así hablaban cuando resonó en las habitaciones la voz de don Lope que despertaba en ese instante, lanzando reniegos i queján-

dose como de costumbre de su pierna que no le permitia un largo reposo.

Sin embargo la siesta de la tarde habia sido bien larga.

Crespo avanzó a buscarlo, no tardando en trabarse entre ámbos viejos uno de esos diálogos orijinales en que tanto lucia el carácter del uno i del otro.

Primeramente Crespo le ofreció la cena, a lo que don Lope respondió mal humorado, acabando al fin por acceder a la invitacion de su huésped.

El labrador i el militar se entendian perfectamente. Colocados en la misma esfera habrian sido talvez enemigos irreconciliables, pero, jeneral el uno del poderoso Felipe II i labrador el otro, no podian sino hacer buenas migas i simpatizar desde el primer momento, pues ámbos tenian idénticas prendas i defectos idénticos.

Crespo i don Lope se dirijieron al cenador, donde éste último quedó agradablemente sorprendido del artístico arreglo de la mesa i del buen gusto que habia presidido a su ornato.

La noche anterior habia cenado en el hogar de la familia, donde tambien se le sirviera aquel dia la comida, teniendo en ámbas ocasiones algunas disputas con Crespo, concluyendo ámbos por quedar cada vez mas amigos.

—¡Hermoso cenador! dijo don Lope acercándose a la mesa.

—Los dias de agosto, respondió e lhuésped, no tienen mas recompensa que sus frescas i apacibles noches; pero, sentaos, señor, que la cena os aguarda i el viento que suena en las parras i el murmullo de esa fuentecilla deleitan suavemente el corazon. Por desgracia, no tengo mejor música que ofreceros, porque Zalamea no cuenta con mas cantores que las aves de sus campos, i como éstas no cantan de noche, no puedo forzarlas a que os regalen con sus trinos. Sentaos, pues, señor, i dad tregua a vuestras dolencias.

—¡Es imposible! mis heridas no me dejan descanso. ¡Válgame Dios!

—Válgaos, amen.

—¡Deme el cielo paciencia para tanto sufrir! I vos, Crespo ¿cómo estais de pié?

—Para serviros.

—Sentaos conmigo.

—Os obedezco, respondió Crespo sentándose.

—¿Sabeis Crespo que he reparado una cosa? A veces la ira debe enajenaros, segun entiendo.

—Nunca me arrebata a mí nada.

—Pues ¿cómo ayer, sin que nada os dijera, os sentasteis a la mesa, i eso en el asiento de honor?

—Porque no me invitasteis a sentarme, i solo gasto cortesía con quien la gasta conmigo.

—Ayer todo érais reniegos i votos, hoi todo urbanidad i comedimiento.

—Es mi sistema, señor don Lope, responder en el mismo tono con que se me habla, política discreta que nunca he olvidado. Juro con el que jura, rezo con el que reza i así hago compañía en todo. A propósito, ¿cuál es la pierna que os duele? porque pensando en ello anoche me desvelé i al amanecer me dolian entrambas.

—¿No tengo razon sobrada para quejarme, gritó amostazado don Lope, si van treinta años que lidiando en Flándes, expuesto al rigor de las estaciones, no he podido lograr que esta pierna endemoniada deje un solo rato de molestarme?

—Dios os dé paciencia, señor.

—I ¿para qué la quiero?

—Pues, entónces no os la dé.

—Nó, i que dos mil demonios carguen con ella i conmigo.

—Hágase como lo pedis.

—¡Jesus mil veces!

—El nos valga.

—Vive Cristo que no puedo tolerar tantos dolores.

—Dios, sabe lo que me pesa vuestra desgracia.—

En estos momentos, Juan i un criado entraban con las viandas, preparándose a servir al viejo militar, que encantado de su cortesía, no queria permitirlo.

—¿Por qué no vienen a servirme mis criados? preguntó a Crespo.

—En mi casa no os faltará quien os sirva. Todos estamos para eso.

—Ya que no dejais que mis criados me asistan, hacedme al ménos el favor de llamar a vuestra hija a cenar con nosotros. Mi enfermedad i mis canas alejan de mí toda sospecha....

—¡Oh! señor! Si todos los militares fueran tan delicados i corteses como vos, mi hija acudiria la primera a servirlos. Juan, continuó dirijiéndose al jóven, llama a tu hermana.

Pocos momentos despues aparecia Isabel toda ruborizada del honor que la dispensaba el viejo caballero. Rehusaba sentarse, pero el jeneral la colocó a su lado, guardando con ella los mas finos miramientos.

Durante el dia don Lope habia podido hacerse cargo del deseo que tenia Juan de seguir la carrera de las armas.

—I ¿qué hacemos de este mozo? preguntó en el curso de la cena ¿no os parece Crespo que podriamos sacar de él un bravo soldado?

—¡Juan nos deja! exclamó Isabel suspirando.

—Si le dais licencia, yo ofrezco a vuestro hijo mi proteccion i el amor de un padre. Sois rico, teneis limpieza de sangre, sois honrado i querido de todos ¿qué os falta, pues, a vos? Dejad a este jóven que adquiera la hidalguía, luchando bajo las bande-

ras de su rei ¡quién sabe si no lo destina el cielo para ser el orgullo de su padre i el primero de un ilustre linaje! El es valiente i ¡quién sabe! la guerra es crisol de los corazones i cuna de las noblezas.

—¿Dejareis, padre, que Juan nos abandone? interrumpió Isabel echando a don Lope una mirada dolorosa.

—Es noble, hija mia, su intento i en justicia no puedo oponerme. En verdad que lo lloro, porque al fin soi padre i el hijo que se va a la guerra, talvez no se halle a mi lado para cerrar mis ojos cuando el Señor quiera llamarme a sí. ¡Paciencia! ¿cómo ha de ser? Sigue Juan los estandartes católicos; procede como hombre honrado, i Dios i el rei harán lo demas.—

Isabel comenzó a sollozar.

—Calla, niña, la cosa no vale la pena; no hai motivo para llorar... ¡qué demonios! ¡Si no tenia remedio!...

Juan cayó de rodillas a los piés de su padre i besó la mano que éste le tendia, sofocando las lágrimas que pugnaban por desbordarse. Isabel abrazó a su hermano miéntras don Lope, vivamente enternecido, contemplaba esta conmovedora escena de familia.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

DESCRIPCION JENERAL DEL UNIVERSO.

I.

El espacio está poblado por un número incalculable de cuerpos estéricos llamados astros. Tales son las estrellas, los planetas i demas que vemos aparecer cada noche bajo la apariencia de puntos luminosos, para ocultarse a la venida del astro del dia.

Esos astros no se hallan diseminados al acaso por entre los vastos campos del empíreo. Todos ellos, al ménos cuantos alcanza a percibir nuestra vista, ya sea por su propia fuerza, ya auxiliada por poderosísimos instrumentos, forman un solo i gran sistema, el cual se subdivide en otros menores que jiran en marabillosa armonía sin traspasar los límites del sistema jeneral, ni embara-

zarse mútuamente en sus complicadas pero sabiamente ordenadas revoluciones.

Ese gran sistema es el que llamamos nebulosa de la Via Láctea. Atribúyesele el nombre de nebulosa por su notable analojía con otras aglomeraciones estelares diferentes, tanto o mas grandes que ella, pero, que por su inmenso alejamiento se nos presentan bajo apariencia de lijeras nubecillas que sujetas al exámen de un buen telescopio se descomponen en astros semejantes a los que descubre la simple vista.

¿Cuál es la forma de esta nebulosa en que los presuntuosos moradores de la tierra ocupan un lugar mucho mas humilde de lo que la mayor parte se imajina?

La hermosa Via Láctea, esa faja núbea, blanquecina i brillante, que se extiende en las celestes esferas como la corona de la creacion nos lo va explicar. Tomad un cuerpo lenticular, trasparente, semejante a los vidrios de un anteojo de teatro, es decir aplastado, pero, de mayor espesor en el centro i adelgazando gradualmente hácia la circunferencia. ¿No es verdad, que si mirais en el sentido del diámetro o mayor lonjitud vuestra vista atravesará una extension mucho mayor i mayor cantidad de materia que en cualquiera otra?

Pues bien, la forma de nuestra nebulosa es mui semejante a la de un jigantesco lente circular; los astros que la forman están esparcidos por toda ella, en tal manera que producen un lente de esa naturaleza. Mirada segun la direccion de su mayor lonjitud, direccion que corresponde a la circunferencia de la Via Láctea, la vista encuentra mayor número de estrellas que en otra cualquiera; el número es tan grande i sus distancias de la tierra tan inmensas, agregándose a todo que el espacio que las encierra en el sentido de la latitud, es relativamente mui reducido, de manera que vienen a confundirse entre sí, formando esa faja núbea, llamada Via Láctea. En la cual, aunque nuestra vista no alcanza a distinguir ningun astro separado, se encierran dieziocho millones de estrellas.

Ochenta millones es el número total de estrellas comprendidas en nuestra nebulosa. Pero, ese número representa únicamente los elementos primarios que entran en su composicion, pues, todas o por lo ménos la mayor parte tienen bajo su inmediata dependencia varios cuerpos de ménos importancia que jiran en torno suyo, formando otros tantos sistemas secundarios. De manera que el número definitivo de los astros componentes de una nebulosa, es casi imposible de calcular. De todo lo dicho resulta que una nebulosa puede definirse, diciendo que es una aglomeracion de sistemas estelares.

El espíritu se ofusca i detiene fatigado, si pretende formarse una idea siquiera remota de la extension que necesitan esos millones de mundos para describir sus variadas órbitas, sin encontrarse en su camino produciendo choques espantosos que sin

duda volverian el universo a los horrores del caos. Pero, la infinita sabiduría todo lo ha previsto, i los ha separado por distancias tales, que su conjunto ocupa un espacio de tamaña magnitud que no es posible explicar sirviéndose de los medios ordinarios de comparacion. La tierra, nadie lo ignora, es mui vasta; el sol es millon i medio de veces mayor. Sin embargo, el sol guarda con esa extension una proporcion infinitamente inferior a la existente entre él mismo i un granito de polvo. Menester es formarnos una idea aproximada de ella. La distancia de la tierra al sol es de ciento cincuenta millones de quilómetros, distancia que apénas puede concebir nuestra mente. Pues bien, la estrella ménos distante, la que podemos considerar como nuestra vecina, está separada de la tierra por un espacio doscientas once mil veces mayor, es decir treinta i un billones, setecientos veinte mil, ochocientos noventa i seis millones de quilómetros.

Si queremos lanzarnos en las profundidades del espacio i desde la estrella mas cercana dirijirnos hácia los límites de nuestra nebulosa, el cálculo nos producirá cantidades con cuya comparacion las anteriores perderán toda su importancia, cantidades, en fin, tan monstruosas que para su expresion serian inútiles las medidas ordinarias. Por esto los astrónomos se han visto obligados a adoptar una de todo punto extraordinaria, la velocidad de la luz; rápido mensajero que recorre trescientos dos millones de metros en cada segundo de su jornada. Sin duda os imajinais que lo recibirán vuestros ojos algunos minutos despues de haber salido de un astro cualquiera. Si tal creeis, padeceis una lamentable equivocacion; la casi increible rapidez de la luz necesita para hacer llegar hasta nosotros la imájen de la estrella mas próxima no ménos de tres años i algunos meses. Pero, ¿con qué objeto nos detenemos en cifras tan insignificantes, pues tenemos a nuestra disposicion el espacio entero i para recorrerlo un vehículo digno de su inmensidad, la imajinacion en alas de la luz? Las últimas estrellas visibles con los telescopios mas poderosos necesitan mas de dos mil setecientos años para enviarnos su luz. Todavía podemos avanzar algo mas; se ha calculado que un rayo luminoso emplearia quince mil años en atravesar la nebulosa de la Via Láctea en el sentido de su mayor lonjitud. No deben, pues, los hombres abrigar la esperanza de realizar ese viaje, por lo ménos, ántes de traspasar los umbrales de la eternidad. I no olvideis que la luz recorre trescientos dos millones de metros por segundo i sobre todo que, por mui largo que parezca el camino recorrido, no nos hemos apartado una pulgada de los límites de nuestra nebulosa. Solo Dios conoce la distancia de cada uno de los astros que componen los demas sistemas siderales.

El universo es un armonioso conjunto de sistemas semejantes a la nebulosa que acabamos de describir. Muchos de ellos se dejan entrever bajo la forma de delicadas nubecillas, apénas per-

ceptibles, diseminadas por las vastas soledades del espacio. No me cansaré de repetir que entre sistema i sistema, median distancias tan grandes que, expresadas en cifras, no presentarian ninguna idea tanjible a nuestra mente. Uno de ellos, el especial objeto de nuestro estudio, es el que contiene el sol, la luna, la tierra i todos los astros visibles desde ella.

La tierra no cuenta entre los elementos primarios de una nebulosa. No es estrella; i está subordinada a una de las ménos importantes, juntamente con otros varios cuerpos, cuya naturaleza explicaremos despues.

II.

Explicada ya la constitucion jeneral del universo, i especialmente la de aquella parte que de un modo mas directo se relaciona con nosotros, es llegado el caso de convertir nuestra atencion hacia el exámen de los cuerpos comprendidos en su conjunto. Comenzaré por las estrellas, dando una rápida ojeada sobre su naturaleza, distancias, apariencias, movimiento i sus demas condiciones especiales; sin apartarme de los límites propios de un artículo destinado, no a los sabios ni a los que desean adquirir profundos conocimientos, sino a aquellos que prefieren adornar su memoria con nociones jenerales i consiguientemente superficiales.

Estrellas son los astros que brillan con luz propia; son otros tantos soles semejantes al que vemos todos los dias elevarse sobre el horizonte i disipar con sus ardientes rayos las tinieblas de la noche. Esta es la cualidad característica de las estrellas, la que las diferencia de todos los demas cuerpos celestes. Si brillan con luz propia, no prestada, sino emanada de ellas mismas ¿por qué desaparecen durante el dia? Si juzgamos por el testimonio de nuestros sentidos, negaremos su existencia durante ese tiempo, o bien diremos que son a manera de lámparas que álguien enciende durante la noche i nunca se olvida de apagar al despuntar las primeras claridades de la aurora. No es así, sin embargo; siempre hai estrellas sobre el horizonte, si bien durante el dia no son las mismas que vemos durante la noche, jamas apagan sus fuegos; ni el dia, ni la noche interrumpen su constante vijilar. Si las perdemos de vista durante algunas horas, culpa es del sol, ante cuyo poderoso resplandor enmudecen (permítaseme la metáfora) sus débiles fuegos, i solo cuando este ambicioso señor va a favorecer con su luz otras comarcas del globo, se acercan las tímidas estrellas para brillar dulcemente durante la ausencia del amo, i tornar a ocultarse amedrentadas a su próxima vuelta.

Su forma es la de una esfera mas o ménos perfecta. Su volúmen es millones de veces superior al de la tierra, i naturalmente debe de

haber grandes diferencias entre unas i otras, aunque se carece de los medios de determinarlo con alguna exactitud. La apariencia de puntos luminosos en que se ofrecen a nuestra vista, no es sino *el mentir de los cielos;* un error debido a la excesiva distancia que media entre ellas i la tierra. Error, por otra parte, mui natural; siendo el hombre inclinado por su propia naturaleza a juzgar segun el testimonio de sus sentidos, mas bien que por los dictados de su razon, le es sobremanera difícil admitir que aquellos pequeñísimos puntos sean esferas mayores que la tierra, cuya superficie es capaz de proporcionar alimento a tantos millones de séres de toda especie, desde el mismo rei de la creacion hasta la humilde oruga oculta entre la yerba. Sin embargo, tal es la verdad.

El hombre se asemeja a un mosquito posado sobre una reducida esfera, rodeado de otras muchas, iguales o mayores, pero, colocadas a distancia de quinientos, mil, dos mil metros. Contemplará lleno de admiracion las jigantescas dimensiones de aquella que lo sostiene, i apénas sí se dignará dirijir algunas miradas de vaga curiosidad hácia las otras que él juzga puntos cuasi imperceptibles. I si algun sabio i caritativo mosquito pretendiese sacarle de su ignorancia, dándole a conocer la verdadera naturaleza de aquellos puntos, sin duda que se dibujaria en su rostro una como irónica expresion de incredulidad, i talvez llegaria a creer, el inocente mosquito, que su compañero pretendia burlar su buena fé.

Si durante alguna hermosa i clara noche, una de esas noches en que el cielo se ostenta en todo su explendor sin que el sombrío velo de las nubes oculte el fulgor de las estrellas, si os acontece estar dominados por el placer de no hacer nada, alzad la vista (si no es tanta la pereza que os lo impida) i contemplad con alguna atencion el hermoso espectáculo que hacía exclamar a Ciceron "*Quis est tam vecor*, etc.?" Al principio la bóveda celeste os parecerá inmóvil; pero, si continuais observando con cierta dilijencia, notareis que se mueve mui lentamente, i como si toda ella formase un solo cuerpo, la mitad de una gran esfera. Fuera de este movimiento jeneral, no notareis en las estrellas ningun otro, las vereis arrastradas al mismo tiempo i en la misma direccion, de tal manera que siempre conservarán la misma posicion, las unas respecto de las otras. Direis entónces que están fijas. Pues bien, otra vez os han engañado los cielos; ninguna de ámbas apariencias corresponde a la realidad. El movimiento jeneral, uniforme que se advierte en la celeste bóveda no pasa de ser una ilusion de nuestros sentidos. La relativa inmovilidad de cada estrella es una engañosa apariencia. Cada una jira sobre sí misma i descubre ademas una órbita mas o ménos elíptica al rededor de un centro desconocido; órbita inmensa en sí misma, pero, pequeñísima respecto del espacio que média entre ella i las demas. La relativa pequeñez de sus órbitas es causa de que, miradas desde la tierra, conserven siempre la misma situacion respecto de

las demas. Resultado de ello es que, jamas podrá hacerse sensible para nosotros su movimiento; pues, como cada estrella no altera su posicion respecto de las demas, aun las mas inmediatas, carecemos totalmente de los términos de comparacion que hubiesen podido servirnos para reconocer directamente su movimiento.

Tampoco están suspendidas en las paredes de una inmensa esfera, cuyo centro estaria ocupado por la tierra, de tal manera que todas disten igualmente de ésta. Nó, no son las estrellas los puntos extremos de otros tantos radios de una misma esfera. Si se quiere unirlas a la tierra por medio de líneas, resultarian éstas de las dimensiones mas variadas que sea posible imajinar. La misma inmensidad de las distancias impide toda apreciacion de nuestra parte i la vista las confunde, de manera que parecen todas iguales.

Si mi palabra no es suficiente garantía, venga la elocuencia de las cifras en apoyo de mi aserto.

Ya os es conocida la distancia de nuestra vecina mas inmediata la estrella Alpha, perteneciente a la constelacion del Centauro.

Sirio, la mas brillante de las estrellas, está separada de nosotros por un espacio igual a un millon, trescientos setenta i cinco mil veces la distancia de la tierra al sol; es decir, que para llegar hasta ella seria necesario colocar un millon, trescientos setenta i cinco mil veces uno en pos de otro un espacio, cuya lonjitud fuese mas o ménos la de treinta i ocho millones de leguas, lo que expresado en quilómetros es igual a doscientos seis billones, setecientos doce mil millones.

Pero, los astrónomos han llegado a medir distancias todavía mayores. Hai una estrella llamada Cabra (no porque se asemeje a alguno de estos animalitos) que tanto se encumbró, que ha conseguido poner entre ella i nosotros una distancia igual a la que media entre la tierra i el sol repetida, cuatro millones, cuatrocientos ochenta i cuatro mil veces. De manera que no seria empresa fácil ni de corto tiempo el llegar hasta ella, a ménos que nos permitiese cabalgar uno de sus rayos de luz, i aun así nuestro viaje no seria mui corto, pues duraria setenta i dos años. I esto si no nos faltaban las provisiones, ni nos aconteciese encontrar algun obstáculo que nos obligase a retroceder. Suponiendo que el viaje fuese enteramente feliz, tendríamos que emprenderlo desde el momento mismo del nacimiento si deseáramos evitar el riesgo de morir ántes de alcanzar a la mitad del trayecto.

El número de estrellas visibles a la simple vista no pasa de seis mil. Pero si suplimos la deficiencia de nuestros sentidos mediante una sabia combinacion de cristales, el número aumenta extraordinariamente. Pues, como ya hemos dicho, se calcula que la nebulosa de la Via Láctea encierra mas de ochenta millones de estrellas que son otros tantos millones de soles, centros de igual número de sistemas secundarios.

Si se ha leido con atencion todo lo que llevamos dicho acerca

de la naturaleza propia de las estrellas, no negará el lector que pueden definirse exactamente diciendo que son astros aparentemente fijos que brillan con luz propia.

RAIMUNDO SALAS E.

(Concluirá.)

PENSANDO EN MI MADRE.

(EN SU DIA.)

"Memento quoniam nisi per illos natus non fuisses: et retribue illis, quomodo et illi tibi." Eccl., VII, 30.

Acuérdate que no hubieras nacido sino por ellos; i correspóndeles del modo que ellos hicieron tambien por tí.

¡Ai! de aquel que no supo la ventura
Que es tener una madre cariñosa,
Consuelo en el dolor i en la amargura!
¡Ai! del niño que en busca de una rosa
Ve de su madre el nombre ya esculpido
De algun sepulcro en la aterida losa!
¡Ai! de aquel cuyo pecho no ha latido
De una madre en el seno reclinado
I solo jime en la horfandad sumido!
¿Que hai para él en la tierra reservado?
¡Ah!.... ¡respuesta cruël!.... tan solo el llanto
En amargo silencio derramado....
Tan solo el lloro.... i el consuelo santo
Que al padecer que en su redor se ajita
Calme i mitigue su letal quebranto....
¡Pensamiento fatal, triste i luctuoso!
¿Por qué turbais mi dicha en este dia,
De amor i de placer presajio hermoso?
¡Dulces recuerdos de la vida mia!
¡Bella esperanza, porvenir brillante,
A mi acento prestad vuestra armonía!

Ha amanecido ya: del sol radiante
Resplandecen los rayos relucientes;
¿Qué esperas, ¡oh, alma mia! para amante
Al cielo alzar tus súplicas ardientes
I de profunda gratitud el canto?
¡Qué! ¿de vida animada no te sientes?
¡Por tí mi amor i mi cariño es tanto!
¡Vírjen clemente! Tú que a un sér querido
Con tu poder protejes i tu manto!
¡Oh, Madre de las madres! con clemencia
Permite que mi ruego te dirija:
¡Ensancha de mi madre la existencia!
¡Tú tambien fuiste MADRE,.... i fuistes HIJA!

Santiago, mayo 2 de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

Elena, que era valiente
Para el caballo, al instante
Trepó sobre él anhelante
Por conocerlo mejor,
I probar, a sus antojos,
Si la fama que gozaba
Su mérito se la daba,
O se la daba el favor.

Cruzaban los tres paseantes
Hermosos campos floridos,
En mirar entretenidos
El follaje encantador

De los árboles bañados
Por los derrames del rio,
O por el fresco rocío
Que la noche les brindó.

El corcel de doña Elena
Gran contento demostraba,
I con fuerza resoplaba,
I relinchaba a la vez.
Parecia que las brisas
Que del interior venian
En aquel potro encendian
El valor i la altivez.

Don Diego, que por la caza
Loca decision sentia,
I que la fama tenia
De cazador singular,
Al cruzar por esos campos
I al ver en alas del viento,
En gracioso movimiento
Las avecillas volar,

Prepara un fusil magnífico
Que llevaba a sus espaldas,
I de una altura en las faldas
Hizo la caza mejor.
Mai ¡ai! al sentir el tiro,
Cual herido por la espuela,
El corcel de Elena vuela
De Arauco hácia el interior.

La jóven, llena de espanto,
Las fuertes bridas sujeta,
I con sus manos aprieta
Las crines del animal.
I al ver que el bruto no cede
En su carrera maldita,
A Ferrol i a Cárlos grita:
—"¡Socorredme, por piedad!"

El animal desbocado
Mayores brios tomaba
Con los clamores que daba
Doña Elena sin cesar,
I así bebiendo el espacio
Mas veloz que raudas flechas,
Por sobre zanjas o brechas
Paso abria el animal.

Ferrol i Cárlos suspensos
Por un instante se vieron,
Mas, cuando el mal conocieron,
Volaron de Elena en pos,
I al ver que con su carrera
Casi nada conseguian,
Los hijares oprimian
A sus caballos los dos.

Por fin, de correr cansados
Los corceles se abatieron,
I el sitio donde cayeron
La tumba para ellos fué.
Entónces los dos amigos
Llorando tal desventura,
Casi muertos de amargura
Siguieron corriendo a pié....

Apagando del crepúsculo
Las radiaciones postreras
Extendió la dulce noche
Su lindo manto de estrellas.
I asomó por el oriente
Tranquila la luna bella,
Bordando de claras luces
Del Ande las cimas rejias.
Cimas holladas tan solo
Por las rujientes tormentas,
O por el condor que anida
Entre colosales peñas!
En tanto, gran sobresalto
Reinaba en la fortaleza
Nacido por la tardanza
Del jefe que la gobierna.
I en verdad que tal demora
A gran inquietud se presta,
I con eso ya la tropa
Por los paseantes se inquieta.
I en las salas i en las cuadras
Que la palizada encierra,
Cada cual hace a su modo
Cien conjeturas diversas.
Mas, la noche iba, entretanto,
Avanzando con presteza,
I a nadie, a nadie, anunciaba
La voz de los centinelas.
Al ver esto, un militar

Se expresó de esta manera:
"Compañeros, con justicia
La tardanza nos inquieta
De nuestro querido jefe.
Aventurar no quisiera
Mi opinion en tal asunto,
Pero temo, i mui de veras,
Que a nuestro jefe los indios
Hayan lanceado en la selva.
Así, pues, de entre vosotros,
Nobles hijos de la guerra,
Invito solo a unos veinte
Para volar en defensa
De don Cárlos, i mostrar,
Con brio i con jentileza,
A esas tribus de salvajes
Que basta media docena
De valientes para arrearlos
Como a rebaños de ovejas."

Salieron, pues, los soldados
De la estrecha fortaleza,
Dispuestos a morir todos
De Gonzalo en la defensa.
Caminaron todo el resto
De la noche, mas, apénas
El alba destrozó el velo
De las plateadas estrellas,
Divisaron, casi a un tiempo,
Perdidos entre las selvas,
I bajando como locos
En direcciones diversas,
A don Cárlos de Gonzalo
I al fiel esposo de Elena.
Cuando los veinte soldados
Supieron la suerte de ésta,
A sus valientes corceles
Casi todos dieron rienda.
I ocuparon largas horas
En recorrer por do quiera
Los bosques i las llanuras
I las apartadas selvas,
Sin conseguir, por desgracia,
Hallar un rastro siquiera
Que indicara mas o ménos
El paradero de Elena.
Desconsolados volvieron
Despues a la fortaleza,

I allí Ferrol i don Cárlos
Hicieron grandes promesas
De dinero, a la persona
Que alguna noticia diera
De la suerte o paradero
De la desgraciada Elena.
Pero nadie, nadie, pudo
De la jóven darse cuenta,
Ni ganar, por consiguiente,
El galardon de la oferta.

¡Oh! cuán cierto es ¡ah! ¡cuán cierto
Que una desgracia cualquiera
Es el anuncio fatal
De otras tantas que se esperan!
I esto viene a relacion
Por qué al mes cumplido apénas,
Despues del fatal suceso
Del cual, lector, ya dí cuenta,
El viejo don Juan herido
Por la pérdida de Elena,
Despues de legar sus bienes
A Matilde, única nieta
Que tenia i que adoraba
Con idolatría ciega,
Encomendó al cielo su alma,
I el cuerpo legó a la tierra.
Con este doble pesar,
Don Diego abrigó la idea
De alejarse del lugar
Testigo de sus dolencias.
I fué por esta razon
Que fijó su residencia
En Nueva York, primer puerto
De los Estados de América.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

(Conclusion.)

Tolere el paciente lector que me detenga algun tiempo mas en el artículo que al señor Bello i su Gramática don Sandalio Letelier consagra. Hai todavía lindezas que exhibir i gazafatones mayores de marca que censurar.

En el quinto párrafo de su artículo, el señor Letelier, que es profesor de Gramática Castellana en el Instituto, se expresa así:

"Cada una de sus producciones científicas i literarias (las de Bello) lleva el sello del estudio; *i asombra en verdad el examinar en sus menores detalles todo lo que se encuentra de ciencia, de filosofía en cada materia de las que caen bajo su observacion.*"

No hai, por cierto, gran elojio para Bello en eso de decir que cada una de sus producciones "lleva el sello del estudio." De muchas producciones puede aseverarse idéntica cosa sin que ellas valgan el papel que se ha gastado en escribirlas. Ménos todavía vale la frase que dejo en *bastardilla* i que habria redactado mejor un pincipiante.

Sigo adelante i leo: "Sin ninguna forma para los casos, el nombre castellano *habia seguido declinándose* con los seis de la lengua latina;" frase incorrecta i anfibolójica.

Llega por fin un momento en que el señor Letelier recuerda que tiene que dar a conocer la Gramática de Bello i hace un esfuerzo para conseguirlo. Dice de la manera siguiente:

"Tomando por base (el señor Bello) de la clasificacion de las palabras en partes de la oracion la única posible, a saber, el oficio que ellas desempeñan en la frase, abandonó la clasificacion antigua en que el oficio, la forma i la significacion constituian una amalgama confusa para dicha clasificacion: *los artículos i pronombres* fueron incluidos en sus clases naturales por el oficio que desempeñan; *su significacion fué precisada* sin que ello influyera en su colocacion al lado de las que tienen el mismo valor sintético en la frase. De la misma manera los derivados verbales toman bajo su pluma el lugar que les corresponde por su oficio ordinario, sin dejar el carácter que les conviene por su construccion."

Principio por apuntar que la frase *su significacion fué precisada* es galicismo de tomo i lomo, que en castellano se dice *su significacion fué especificada, presentada con precision*, etc.; i agrego que el señor Letelier no se muestra mui justo ni mui conocedor de las leyes i principios gramaticales en lo que dejo transcrito. No se expresa siquiera con la claridad i el método propios de un profesor. Así, habla de la division de las palabras en partes de la oracion i a renglon seguido trata de los titulados *artículos* i *pronombres*. ¿Son éstos tambien partes de la oracion? El señor Bello no enseña tal disparate. Uno i otro son apénas denominaciones particulares del nombre.

Era éste un lugar oportuno para que el señor Letelier hubiese entrado en mayores desenvolvimientos explicando la teoría seguida i enseñada por Bello en la clasificacion de las palabras. Para clasificarlas, dice el señor Letelier, tomó por base el oficio "que ellas desempeñan en la frase" i declara de paso que esta es la única base posible.—Vamos por partes.

El señor Bello dice que sustantivo es "una palabra que puede servir de sujeto." Atiende, pues, al oficio que esta palabra desempeña en el discurso; i atendiendo a esto i solamente a esto, da una mala definicion, porque todas las partes de la oracion i aun proposiciones enteras pueden servir de sujetos. Así en las frases *Bueno i malo son adjetivos, Miéntras es adverbio, De es preposicion*, tenemos dos adjetivos, un adverbio i una preposicion que sirven de sujetos. ¿Cómo se asegura, entónces, que esta nueva clasificacion facilita la enseñanza? Aquí sí que hai una amalgama confusa de palabras que desempeñan un mismo oficio i que deberian ser, por tanto, sustantivos.

Habla en su Gramática el señor Bello de una clase especial de adjetivos que llama *artículos*, que no define, que nadie hasta ahora ha definido con exactitud i que el señor Bello divide en *definido* e *indefinido* sin que haya, a mi juicio, razon filosófica que apoye tal division. ¿Podria darla el señor Letelier? ¿La ha dado a sus alumnos?

El párrafo en que me ocupo es oscuro, verdaderamente alambicado. Yo no descubro qué se ha querido decir con él. Bajo la pluma del señor Bello, segun se afirma, "los derivados verbales *toman el lugar que les corresponde por su oficio ordinario, sin dejar el carácter verbal que les conviene por su construccion.*" Repito que no lo entiendo. Las palabras de que se trata tienen *carácter verbal* por lo mismo que se derivan del verbo, i no por su construccion. ¿Cuál es el oficio ordinario de los derivados verbales? Modificar a un verbo o formar con él tiempos compuestos: en otros términos, *construirse* con el verbo. Esto es todo. Así, el derivado verbal tomará el lugar que le corresponde, no solo bajo la pluma del señor Bello, sino bajo la de cualquiera que conozca regularmente el castellano, si bien puede tomar otro bajo la del señor Letelier.

Debió siquiera decirse, en el artículo que me ocupa, algo sobre la manera cómo el señor Bello define los derivados verbales, puesto que en este punto se separa de la enseñanza de la jeneralidad de los gramáticos.

Llamo derivados verbales, dice el señor Bello, ciertas especies de nombres i de adverbios que se derivan *inmediatamente* de algun verbo, i que le imitan en el modo de construirse con otras palabras.

La anterior definicion da a conocer las innovaciones introducidas en esta parte de la Gramática por el señor Bello. Una palabra no es *derivado verbal*, si no se deriva *inmediatamente* del verbo i si no le imita en sus construcciones, esto es, si no puede llevar sujeto, afijos o enclíticos i complementos directos o indirectos. ¿Por qué esta restriccion? El título mismo aplicado a esas especies de nombres o adverbios la condena, puesto que el título no exije ni derivacion inmediata ni imitacion en las construcciones. Tan derivado verbal es *amante* como *amar*, *amando* i *amado*. El señor Letelier no lo cree así, sin duda, i debió dar las razones en que apoya su doctrina. Era este el único camino expedito i lójico para dar a conocer el libro majistral del señor Bello.

El estudio hecho por el señor Bello en el capítulo que trata de la clasificacion de las proposiciones es, a juicio del señor Letelier, *lo mas completo que tenemos sobre la materia*. El señor Letelier agrega:

"*El verbo que no admite* sujeto gramatical *expreso i que no lo lleva tampoco subentendido*, porque *la lengua no permite expresarlo*, ese es impersonal i hé aquí la idea justa i verdadera de esta clase de verbos."

Paréceme, por el contrario, que la idea que el señor Letelier da sobre el verbo impersonal es completamente errónea. No hai en nuestra lengua verbo alguno que no lleve sujeto gramatical expreso ni tampoco subentendido. Pocas palabras bastarán para demostrarlo.

Llama el señor Bello *proposicion* la reunion de *sujeto i atributo*. *Sujeto* es el objeto de un juicio i *atributo* lo que se juzga o dice del sujeto. Estas son nociones elementales que aprende el estudiante en el primer año de estudio de la gramática. Ahora bien i en vista de las anteriores definiciones, es evidente que no puede haber proposicion sin sujeto, permita o nó el idioma que dicho sujeto pueda expresarse. En *llueve*, *truena*, *se canta en la casa vecina*, etc., hai siempre un ajente que produce el canto, el trueno, la lluvia i ese ajente es el sujeto.

Decir que una *proposicion* carece de sujeto gramatical o lójico es tan absurdo como decir que carece de atributo. Atributo i sujeto son dos partes esenciales de la *proposicion* o dígase de la *oracion*. Para enseñar lo contrario se necesitaria atender solo a

la parte mecánica, por decirlo así, a lo material de la frase. La evidencia de esta verdad no pudo ocultarse al señor Bello i por eso definió la *proposicion irregular* diciendo que "es la que carece de sujeto, no solo porque no lo lleva expreso, sino porque *segun el uso de la lengua* o no puede tenerlo o regularmente no lo tiene: *Hubo fiestas; llueve a cántaros.*" I mas adelante dice que hai en los verbos impersonales como "*amanecer, tronar, llover*, etc., un sujeto envuelto, siempre uno mismo, es a saber: *el tiempo, la atmósfera, Dios*, u otro semejante."

Penetrando en la historia del lenguaje, en sus oríjenes, se ve con entera evidencia la verdad de lo que vengo sosteniendo. Tómese la frase *Hubo fiestas*, recuérdese que el verbo *haber* tuvo el significado de *tener* i se comprenderá que *Hubo fiestas en tal pueblo* vale tanto como *Tal pueblo tuvo fiestas:* el sujeto de la construccion antigua ha pasado a ser complemento de la construccion moderna; por eso se dice que ésta carece de sujeto, no porque realmente no lo tenga ni se ofrezca a la intelijencia, sino pura i simplemente porque la índole del idioma no permite expresarlo. (Puede consultarse a este respecto la gramática de Salvá, en la nota D. Allí se demuestra con toda claridad lo que aquí apunto a la lijera).

Necesito abreviar en lo posible estas observaciones i voi a concluir lo relativo al señor Letelier despues de agregar algunas palabras mas.

El pequeño artículo del señor Letelier carece hasta de método en la disposicion de sus partes. Da una suscinta idea de lo que el señor Bello enseña en lo tocante al jénero de los nombres i después de confesar que le seria imposible examinar toda la novedad i la elevacion de ideas que hai en el libro que es objeto de su estudio, deja el cuerpo de la Gramática analítica i pasa a tratar de la Ortolojía i Métrica, otro libro del señor Bello. Dedícale cuatro o cinco párrafos, i dice en seguida, textualmente: "Tal es el libro titulado *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, por don Andrés Bello.* Pero, hombre de Dios ¿cómo olvida Ud. que estaba hablando de la Métrica i la Ortolojía? I si todavía tenia algo que agregar sobre la gramática ¿por qué no dejó para el último lugar la Ortolojía?

A no dudarlo, el señor Letelier es poco feliz para redactar artículos literarios. No ha nacido con vocacion para ello por mas que la tenga decidida para ser profesor del ramo mas difícil de las humanidades.

El señor Letelier dice que el del señor Bello era un espíritu *concienzudo*, olvidando que el significado clásico i jenuino de este vocablo lo hace aplicable a la persona de estrecha conciencia, que hace escrúpulo de cosas impertinentes. Esto, a lo ménos, es lo que enseña el Diccionario de la lengua.

Mas adelante dice: "En cuanto al plan de la obra i a *su ejecu-*

cion como texto de enseñanza....” ¡Galicismo atroz, señor Letelier! Eso de *ejecucion* por *desempeño* no es tolerable ni en boca de los camasquinces i galiparlistas de menor cuantía ¡cuánto ménos lo será en la pluma de un profesor! ¡I cuenta que la misma frase la usa en el párrafo penúltimo de su rápido estudio! (1)

Hasta ahora, supongo que nadie habrá sido tan perspicaz que sospechara que bajo la capa del señor don Anjel Custodio Gallo se ocultase nada ménos que un filósofo. I, sin embargo, hai un filósofo bajo esa capa, por lo ménos a juicio del señor Gallo, quien estudia en tal aspecto a don Andrés Bello.

Pero su estudio es tan ramplon i de tan escaso mérito que i merece que me detenga a examinarlo. Uds. calcularán de su mérito con solo unas pequeñas muestras.

“Otros escritores *mas levantados*....” dice el señor Gallo i dice pésimamente. Las incorrecciones abundan i para que el artículo sea digno del libro, la filosofía de don Andrés Bello huye de los puntos de la pluma del señor Gallo, quien demuestra no conocerla ni de nombre. Si la ha leido, poco le ha aprovechado la lectura. En ese estudio se limita a darnos el índice de las materias que la filosofía trata. Todo lo demas es vago, incoherente. Con perdon del señor Gallo, declaro que verle escribir sobre filosofía me produce el mismo efecto que ver rumiar a un buei, para usar la comparacion de un moralista frances.

No me ocuparé en un estudio sobre la erudicion de don Andrés Bello escrito por don Diego Bárros Arana. Conciso, trazado con la sencillez característica de su autor, ese artículo es de lo mejor que hai en la infeliz *Suscricion*.

Apresúrome a tratar del artículo mas notable, aunque no el mejor escrito, ni el mejor pensado, ni el que mejor impresion produce en el lector. Me refiero al que lleva por título: *Recuerdos del maestro* i esta firma al pié: J. V. Lastarria.

Ese artículo es como todo lo que sale de la pluma del autor: brilla en primera línea el *yo* i en la manera del presuntuoso que decia: “Yo i Chateaubriand,” de cada una de las líneas por el señor Lastarria trazadas, parece brotar esta frase: yo i el maestro.

Examínese detenidamente ese cuadro i júzguese después con entera imparcialidad: ¿no es cierto que en el primer término se presenta la figura del autor, i allá, relegada a segundo término, como envuelto en espesa neblina, la pálida figura del maestro? Así, habla extensamente de sus trabajos en la enseñanza i no pierde la oportunidad de tributarse algunos elojios a propósito de su memoria histórica presentada a la Universidad en 1844,

(1) Todos los artículos de la *Suscricion* están salpicados de incorrecciones e impropiedades. Allí brillan palabras como *prestijio*, *prestijiando*, etc. Casi no hai pájina en que yo no haya hecho una acotacion señalando defectos de lenguaje. ¡I esto en un libro dedicado a la memoria de Bello!

lanzando de paso un reproche al señor V. Mackenna por haber elevado en la Alameda de Santiago un monumento a los *Fundadores de la Historia Nacional*. ¡Injusticias humanas! Entre los nombres de esos fundadores no aparece el señor Lastarria, que "trazó, con aprobacion del maestro, una introduccion filosófica al estudio de nuestra historia nacional." Como se ve, la injusticia del señor V. Mackenna es imperdonable, i el señor Lastarria tácitamente la reconoce i lo da a entender en su lamentacion.

El artículo del señor Lastarria es digno de ser leido i meditado por las enseñanzas que contiene i porque pone una vez mas de relieve la vanidad literaria del autor, que aprovecha de toda coyuntura para quemarse un puñado de incienso. Quien lo ha escrito es indudablemente el mismo que en pleno Congreso Nacional tuvo la avilantez de exclamar lleno de orgullo: "Tengo talento i lo luzco."—Bueno será pedir coronas de siempreviva para estos rasgos de sin igual modestia.

I aquí es oportuno preguntar por qué han sido colocados entre los discípulos de Bello personas que nada o mui poco tienen de tales. ¿Porque escucharon las lecciones del maestro? ¿Porque se sentaron en los bancos de la clase en que él enseñó? ¿En qué sentido puede llamarse el señor Lastarria un discípulo del gran maestro? Ni sigue la escuela literaria a que éste perteneció, ni la escuela histórica, ni siquiera la política. Bello es clásico cualquiera que sea el aspecto en que se le mire, castizo i correcto como pocos: el señor Lastarria descuida la forma hasta el punto de incurrir en feas incorrecciones de palabras i jiros. Bello nunca fué un liberal de la escuela del señor Lastarria i por este lado, ántes que de Bello, el señor Lastarria fué discípulo de Mora.

No deja de ser orijinal lo que a este respecto sucede. Hánse apoderado de la memoria del sabio americano caballeros de cierta escuela literaria i política que jamás fué simpática para Bello, que nunca aprobó este literato insigne. En la obra de la Academia de Bellas Letras figuran nombres que Bello no habria querido prohijar i escritores que habria repudiado como discípulos.

El eminente americano cuya memoria se trata de ensalzar fué, ante todo, un espíritu esencialmente relijioso, fué un católico sincero i convencido. En los últimos años de su vida se hacía conducir a la iglesia para cumplir sus deberes de creyente. Daba así un noble i elevado ejemplo, i uno no podia sino mirar con respeto a aquel anciano venerable que, ya en la tarde de su laboriosa vida, se sentia todavía fuerte para elevar su alma a Dios en alas de fervorosa oracion.

I, no obstante, ninguno de los escritores de la *Suscricion* recuerda o estudia este nobilísimo aspecto de la vida del grande hombre. Se guarda absoluto silencio i, por otra parte, se prepara para sus sienes una corona.... roja, corona que el noble anciano, si se la hubiesen ofrecido en vida, habria rechazado con justa i noble indignacion. Yo espero que hoi mismo la rechacen

tambien los deudos de aquel americano insigne, los que fueron testigos cercanos del espíritu esencialmente católico de que dió pruebas durante toda su vida. Como lo ha dicho un célebre escritor, hai reproches que son una alabanza i aplausos que son una maldicion. ¡Ah! los que se honran llamándose discípulos del inmortal maestro no debieron olvidarlo i debieron consagrar siquiera una pájina a este nobilísimo aspecto de la vida del maestro!

Semejante al artículo en que me ocupo, es el del señor don Demetrio Lastarria, titulado: *Idea sobre nuestra literatura histórica*. El hijo prepara cuidadosamente la oportunidad de alabar al padre, da una idea del sistema histórico de éste, disculpa el poco éxito que tuvo la memoria *Investigacion sobre la influencia social de la conquista*, etc., memoria que "no estaba llamada a formar escuela *por el momento en que vió la luz*," i miéntras condena la manera de escribir la historia de los señores Amunátegui, V. Mackenna, Barros, etc., se inclina visiblemente a aplaudir la *manera* del señor Lastarria. Dejémosle gozándose en este inocente placer. ¿Por qué quitárselo? Crueldad inaudita seria negarle el derecho de manifestar que conserva vivo el fuego de su amor filial.

La primera parte del libro termina con un soneto dedicado a Bello i escrito por don F. L. Astaburuaga. Voi a darme el placer de transcribirlo para que el lector juzgue con total conocimiento de causa. Dice así:

"Su vívido calor i luz derrama
El fecundante Sol sobre la tierra,
I de ella ufano su calor destierra,
Vida ardiente infundiendo *en polvo i rama*.

"Aromas i armonías *desparrama*
El ya animado espíritu *que encierra*,
I esplendente a la vez en valle i sierra
Por todas partes bienhechor le aclama.

"Así de Bello la ilustrada mente
Rayos flagrantes de saber i ciencia
Difundió en la chilena intelijencia....

"¡Qué ella ciña coronas a *su* frente!
Que conserve del sabio preminente
Su memoria *en* amor i reverencia!"

Nótese desde luego la pobreza de rima de los dos cuartetos: *derrama, rama, desparrama; tierra, destierra, encierra, sierra*. Gravísimo defecto es ya por sí solo éste.

El soneto carece de inspiracion. No hai nn solo pensamiento elevado, ni un solo rasgo atrevido: todo es prosa en rengloncitos cortos, prosa mal rimada e incorrecta.

El sentido es oscuro. Pongamos en su órden natural los dos cuartetos:

—"El fecundante sol derrama su vívido calor i luz sobre la tierra i ufano destierra de ella la inaccion, infundiendo vida ardiente *en polvo i rama.*

—"El ya animado espíritu que encierra desparrama aromas i armonías i le aclama bienhechor por todas partes, esplendente a la vez en valle i sierra."

Ateme Ud. ahora esos cabos. Figura como sujeto en el primer período el sol. ¿Cuál es el sujeto del segundo? El animado espíritu que la tierra encierra i que desparrama aromas i armonías, etc.

Este cambio de sujetos en una composicion como la de que se trata es gravísimo defecto; no lo es ménos el decir que el sol infunde vida *en polvo i rama* (¡vida en polvo!). ¿Quién aclama bienhechor a quién? ¿Quién es *esplendente* en valle i sierra? Hai que adivinarlo. El alambicamiento no puede ser mas endemoniado.

Decir que Bello *difundió rayos flagrantes* en la *chilena intelijencia* me parece un desatino mayúsculo, que se ve pequeño, no obstante, si se le compara con este otro: ¡Que la chilena intelijencia conserve *del sabio preminente su memoria* EN *amor i reverencia!* El poeta debió decir *con amor*, que no por ser poeta tiene carta blanca para decir disparates.

Tal es el soneto o *la soneta* con que se da remate a la primera parte del libro. La versificacion es mala, pobre es la rima i no hai rastros siquiera de que alguna vez haya pasado la inspiracion por los puntos de la pluma que lo trazó.

Pero es preciso no olvidar la justicia i la justicia me impulsa a declarar que no son mucho mejores que el soneto otras composiciones en verso que el libro contiene. Una pertenece a don Guillermo Matta i daré muestras de ella:

Lejislador, filósofo, poeta!
Pudo esta triple gloria
Con sus uñas roer la envidia inquieta.
Hoi la severa, la imparcial historia
Al grande hombre respeta
Postra *impotente* a la *vulgar* perfidia
I su garra *procaz* corta a la envidia,

donde se nota la mala construccion que oscurece el sentido de los versos segundo i tercero, i se nota asimismo un cúmulo de muletas i ripios desvergonzados. ¿Por qué llamar *inquieta* a la envidia, *vulgar* a la perfidia, *procaz* a la garra de la envidia? ¿A quién o a qué se refiere el adjetivo *impotente?* Respetando al grande hombre, no hace gran cosa la historia: yo tambien respeto a los grandes hombres. No es tampoco propio de la historia imparcial i severa que se ocupe en cortar uñas procaces i postrar

vulgares perfidias. En eso no hai nada de severidad i ménos hai poesía.

Sigue el poeta:

Las pasiones coléricas no estallan
I el ladrido siniestro
Ante su tumba callan:
En la noble figura del maestro
El aspecto del sabio todos hallan!
Muerte, bendita seas!
. . . . . .
Los nombres inmortales, tú los creas!

Mentira i siga. La muerte no crea nada. ¿Creó acáso al nombre inmortal de Erostrato? Los nombres son inmortales gracias a las obras realizadas en vida por el que los llevó. Esta es la verdad expresada en pura prosa.

Convengo en que no estallen las pasiones *coléricas*. ¿Estallan las que no son *coléricas?* ¿I qué pasiones son esas? El poeta guarda silencio. El silencio es oro, para hablar a la francesa.

Demás que no estallan las pasiones *coléricas, callan el ladrido siniestro ante su tumba.*

No está de mas otra leccion de gramática: *callar* es neutro i no puede, por consiguiente, llevar acusativo. El señor Matta pudo decir: *calla el ladrido;* pero al señor Matta le gusta hablar a su manera. El ha dicho en otra composicion *crecer alas.* En la frase *ante su tumba* el *su* parece referirse a *las pasiones:* debe referirse, sin embargo, a Bello. Me parece orijinal eso de que en "la figura del maestro hallan todos el aspecto del sabio." ¿Por qué no la figura del sabio? El poeta se lo sabe.

Otra composicion en verso se titula *El soneto hablador* i la firma don Daniel Barros Grez. Mala es la composicion como es poco claro su título.

Hé aquí unos pocos ejemplos:

De un ciego amor propio señor vate
Que lo hará encontrar bueno lo que es malo,

donde hai un verso con diez sílabas, el primero, i otro descoyuntado.

¿I he de sufrir sus insultos
Tan así no mas? No tal.
No soi de los que me chupo
El dedo. . . . . .

Aquí hai un barbarismo enorme, colosal, mas grande que el cerro de San Cristóbal. El verso copiado en bastardilla, reducido a su mas clara expresion, dice esto: *No soi de aquellos que (los cuales) me chupo.* Así se degüella a la gramática. ¡Hacer concordar un sujeto de tercera persona de plural con un verbo en pri-

mera persona de singular es desatino que yo solo habia visto en el señor Matta (don Manuel A.), lo digo con el debido respeto!

....Con ademan cruel i brusco
Logré salir un soneto
I no de los mas zurdos.

Al último verso le falta una sílaba: tiene solo siete i forma parte de un romance octosílabo. El señor Bárros Grez mide sus versos con palitos. Ello depende sin duda de que el señor Bárros Grez es injeniero.

Lo que le dije no ha mucho:
Ud. no me quemará....
—Pues *de quemarte renuncio*

En español se dice: *renuncio a quemarte*, señor Grez, i no *de quemarte*.

Puedo citar todavía otros ejemplos, pero voi de prisa i me limito a dejar constancia de que la composicion del señor Bárros Grez fué mui aplaudida en la Academia. ¡Buena pró!

Una última composicion poética tiene la *Suscricion*. Dedicada a la memoria de don Andrés Bello, es debida a la pluma de don Eduardo de la Barra. Hé aquí sus primeros versos:

Cóndor audaz del Andes de la ciencia,
Tú, que *del alta cumbre*
Del sol de la verdad la *clara* cumbre
Pudiste contemplar: tú, que su esencia
Fuiste a beber en la divina fuente,
Cuando el pujante vuelo
Vigoroso *tendias*,
Al tenebroso suelo
Sin un rayo de luz nunca *volvias!*
Pero tu hora ha sonado
I, para no volver, *te has sublimado!*

Nótese desde luego el uso promíscuo que se hace de los tiempos verbales i fíjese despues la atencion en la abundancia de adjetivos ociosos que hai en esos once versos, donde no faltan otras licencias como *del* por *desde el* o *desde la*. No he podido saber qué signifique la frase "tú que su esencia (la del sol de la verdad) fuiste a beber en la divina fuente." ¿A qué se refiere el poeta? No se puede dar una respuesta segura.

Me gusta poco que se diga de Bello que *se ha sublimado*, porque ha muerto. Talvez será mal gusto mio o ignorancia; pero aquella es la verdad.

En esas estrofas que, segun el autor lo advierte, estaban destinadas a ser leidas en la tumba de Bello el dia de su entierro, vienen los siguientes versos:

Ante el débil despojo
De lo que grande ha sido,
Por la muerte en arcilla convertido,
De dudas el espíritu se puebla!....
¿Rompe la tumba tan confusa niebla?
¿Qué eres, fugaz meteoro? (1)
Qué es la que en pos dejaste,
Brillante estrella de oro?
Dónde ha tendido el vuelo
El alma intelijene?
Qué hai mas allá del trasparente cielo?
Qué nos oculta *ese futuro Oriente?*

¡Hermosa manera por cierto de ir a llorar al borde de la tumba de un creyente sincero i fervoroso católico! I, sin embargo, el señor de la Barra cree en un Dios eterno i poderoso!

Alejandro Dumas, llorando en la tumba de Lamartine, *plajió* los versos del señor de la Barra i puso en prosa francesa las ideas en esos versos contenidas. Dumas decia:

"El hombre baja a la tumba entre dos imposibilidades.—Una física: la *inmortalidad* del alma, otra imposibilidad moral: la *nada*.

"¿Hácia quién o dónde tender las manos? Hácia Dios? La razon pregunta: ¿En dónde está Dios?

"¿Hácia el cielo? La ciencia dice que no hai cielo."

Dumas i el señor de la Barra han coincidido en pensamientos. Los jenios se tocan. Solo que Dumas, aunque habla en prosa, supo dar una forma animada i dramática a su blasfemia.

Nó; el señor Bello sabia bien que la muerte es la solucion de un poblema, el umbral que da paso a una nueva vida. Jamás le abandonó la luz de la fé i los versos flojos del señor de la Barra le habrian ofendido.

Note el lector que en la primera estrofa el señor de la Barra declara que, muriendo el señor Bello se ha sublimado; no obstante, aparenta no saber a dónde ha ido *el alma intelijente.*

Peores i mas inconducentes son los artículos que ocupan las pájinas restantes de la *Suscricion.* Nada tienen que ver con la vida de don Andrés Bello i es seguro que la Academia de Bellas Letras los publicó porque le faltaba material para hacer un libro de regular tamaño, mezclando el grano i la paja picada. Los escritos de Hóstos, Zubiria, König, Moncayo, Dávila Larrain, etc., allí incluidos, son tan propios del lugar que ocupan como lo serian los de Perico de los palotes o cualquier Juan Lanas que tuviese la dicha de ser miembro de la Academia. No sirven a otro

(1) Pues me parece orijinal la pregunta. Si sabe el poeta que es *fugaz meteoro* ¿a qué preguntarle: ¿qué eres? Lo mismo puede observarse a las demás preguntas.

objeto que al de hacer aparecer en letras de molde nombres que carecen de toda notoriedad literaria. Escribe sobre García Moreno el señor Moncayo i remata su trabajo con esta sandez estupenda:

"García Moreno ha idiotizado a su patria, donde no hai mas que *una sola voz, un solo pensamiento, una sola voluntad: El hacha del verdugo.*"

Decir que el hacha del verdugo es voz, pensamiento i voluntad me parece el disparate de los disparates, intolerable aun en la pluma del señor Moncayo, que es cuanto puede decirse.

Recórranse los diversos artículos que el libro de la Academia contiene i ciego será quien no confiese que todo aquel conjunto indijesto e informe está muí léjos de merecer la proteccion que ha salido a solicitar por esas calles. Nuestras reputaciones literarias forman allí la excepcion: casi todo el libro lo ocupan vanidosas nulidades para quienes no hai dicha mas grande que exhibirse en público, siquiera sea a riesgo de provocar la burla de las jentes sensatas. El libro de la Academia, cualquiera que sea el lado por el cual se lo mire, es una mal combinada *feria de vanidades*, a cuál mas finchada i de mas escaso mérito. Es un libro indigno del hombre cuya memoria se ha querido con él ensalzar.

Después de leerlo i acotar los pasajes mas importantes; después de recorrer una série de artículos pésimamente meditados i con harta infelicidad escritos; después de convencerme de su poco valia, su falta de plan, su pobreza de forma i de fondo; i ver la manera como se le lanza (apadrinado por una veintena de nombres entre los cuales hai muchos que no habrian perjudicado al libro desapareciendo completamente de sus pájinas) a desafiar el juicio del público, he adquirido la profunda conviccion de que los editores habrian obrado perfectamente poniendo como epígrafe en la primera pájina de la *Suscricion* las palabras que se pusieron como epitafio en la tumba de un príncipe de la Iglesia española: *¡Polvo, ceniza i nada!*

RÓMULO MANDIOLA.

EL AMOR DE UN INDIO.

Bello era el valle de Marquina. Rodeado de cerros, cuyas laderas, cubiertas de salvaje vejetacion contrastaban agradablemente con los prados cultivados, semejaba una perla escondida en medio de los bosques seculares que lo rodeaban.

Numerosos riachuelos, desprendidos de las vecinas cumbres, surcaban caprichosamente la llanura para reunirse despues en un rio caudaloso que corria lonjitudinalmente por el valle, yéndose a perder en las gargantas de la montaña.

Estaba situado al sur de Arauco, a diez leguas del famoso Tolten.

Parecia que la naturaleza invitaba a los hombres a establecerse en aquel lugar, ofreciéndoles un suelo fecundo, aguas en abundancia i una deliciosa perspectiva.

Los indios no habian despreciado tan valioso obsequio. Un gran número de chozas se veian dispersas en todo el valle. Sus moradores no formaban un pueblo como los nuestros en que la jente se reune para vivir del comercio o para consumir en el descanso la riqueza adquirida. Allí cada familia producia para sí, formando una sociedad patriarcal. Pero todas estas familias estaban sometidas a la autoridad del jefe, que ordinariamente era el indio mas rico i poderoso del lugar.

Muchas veces se reunian los habitantes en ferias en las cuales se verificaban algunos contratos; pero que mas a menudo eran el lugar de sus banquetes i borracheras. El padre que tenia muchas hijas las llevaba a estas fiestas donde los que necesitaban mujer se presentaban a comprarlas. Este era el matrimonio de los salvajes. Por consiguiente la riqueza de los indios guardaba a menudo proporcion con el número de sus hijas.

Por los años de 1551 los habitantes del valle de Marquina obedecian a Antonabal, indio mui estimado por su valor i sus riquezas.

Poseia éste extensos campos que le eran cultivados por los numerosos indios que tenia a su servicio; poseia oro i sus casas presentaban un modelo de arquitectura indiana. Pero poseia algo

que apreciaba mas que sus campos, mas que sus riquezas i que consideraba como la mas preciosa de sus joyas: tenia una hija, llamada Marabuta.

Razon tenia Antonabal para amar a Marabuta. La indiecita era buena i hermosa. En su rostro de quince años, adornado por las ondas de su negra cabellera, dos ojos grandes i expresivos revelaban un corazon capaz de sentir i una intelijencia poco comun entre las mujeres de su raza. La hija del cacique no tenia nada semejante a las otras indias del lugar. Su belleza era excepcional i su alma no era comprendida entre aquella jente, para la cual parecia no haber nacido. Sin embargo, por su trato afable i sencillo se habia hecho querer de todos, de manera que la morada del cacique era continuamente visitada por los indios de alrededor.

Cada cual a porfía se empeñaba en ostentar delante de su jefe las prendas que creia de mas valer en su persona.

Marabuta significa diez maridos i a la verdad eran mas de diez los que pretendian la mano de la india. Su padre habia recibido varias propuestas acerca de su matrimonio; pero habia rechazado las mas valiosas considerándolas insignificantes como precio de su hija adorada. Al ver esto ya los pretendientes se iban retirando. Por fin se creyó que el cacique no pensaba casar a su hija.

Solo Alican frecuentaba las tierras de Antonabal. Era éste un jóven indio de las cercanías que a costa de fatigas i trabajos habia comprado una pequeña hacienda que cultivaba por su propia mano i en la cual cifraba todas sus esperanzas. Apénas tenia 20 años i ya habia experimentado las contrariedades del trabajo i las torturas del amor. Amaba a Marabuta con una pasion noble i desinteresada, nacida del corazon i enardecida por la insuperable barrera que la ambicion del cacique ponia entre él i el objeto de su anhelo. No era aquella la pasion del salvaje de los bosques, era un sentimiento digno del hombre civilizado.

Las tierras de Alican deslindaban con las de su jefe. Continuamente se veia al indio ocupado en labrar la tierra; pero un observador mas atento hubiera podido notar que a veces suspendia su tarea, cruzaba las manos sobre el pecho i despues de un movimiento de cabeza quedaba inmóvil como una estátua. ¿Cuáles eran sus pensamientos? ¿a dónde se dirijian sus miradas? Fácil es adivinarlo. A poco distancia de él se hallaba Marabuta, la cual contestaba con timidez el afectuoso saludo de su amante.

El lenguaje del amor es bien conocido. Miradas, jestos, señales, una palabra, una frase, inagotables discursos: hé aquí toda su gramática, gramática bien sencilla sin duda, cuyo aprendizaje no requiere largas veladas ni pesados estudios i que es la misma en los salones de una corte europea que en las selvas del nuevo mundo. Varias veces se habia visto a Alican en medio de las fiestas,

olvidado de las viandas i del licor, contemplando en silencio a la hija del cacique. I ya otras veces habia dirijido sus cumplimientos a Marabuta. I no solo una vez el prado de la india amaneció cultivado por una mano desconocida.

Las flores de la montaña adornaban el rostro de la belleza de Marquina i Marabuta nunca iba a la montaña.

Ella no trabajaba i sin embargo sus labores progresaban con rapidez.

I si alguna vez Antonabal queria explicarse estos misterios la indiecita se sonrojaba a sus preguntas.

El amor de los dos indios crecia cada dia mas. Cada dia les era tambien mas difícil comunicarse, porque el cacique no permitia salir mui a menudo a su hija; ántes por el contrario la tenia encomendada a una estricta vijilancia.

Era una tarde de abril. El cielo estaba sereno. Una leve brisa movia la copa de los árboles i la luna aguardaba que el sol depusiera sus rayos para bañar la tierra con apacible luz.

Aprovechando la ausencia de su padre Marabuta desea hablar un momento con su amante. Se dirije al prado a donde en otros tiempos risueña e inocente iba sin sobresalto ni temor. ¿I por qué ahora, al salir, mira en todas direcciones? ¡Ah! su corazon la acusa i le dice que no son las flores las que dirijen sus pasos hácia allá.

Aun no habia andado mucho cuando Alican sale a recibirla.

"Mucho has tardado, bien mio, la dice; hubiera corrido para encontrarte mas pronto, pero me habias ordenado permanecer en este lugar."

"I has hecho bien porque de otro modo mi padre te habria sorprendido sin remedio."

Diciendo esto ámbos llevaban sus pasos hácia la montaña.

Continuan marchando silenciosos pero su silencio es el mutismo del amor. De cuando en cuando alguna lijera observacion viene a interrumpir los armoniosos pensamientos en que se deleitan los dos amantes. Insensiblemente van acercándose al límite del valle i ya se internan en el bosque. Marabuta lo advierte; quiere volver pero Alican la invita a descansar a orillas de una fuente cristalina que a pocos pasos de ellos se encontraba. El verde i apretado césped que tapizaba los bordes del manantial les ofrece un cómodo asiento i el frondoso ramaje que servia de techo a aquel salon de la naturaleza deja escapar algunos rayos de la luna que brillaba en el espacio.

El lugar era a propósito para una escena tierna i apasionada. Pero los dos séres que allí se encontraban no tenian en medio de su sencillez las lisonjas i mentidas palabras que los poetas ponen en boca de los amantes.

Alican fué el primero que rompió el silencio.

"Tengo que decirte cosas importantes, Marabuta. Abrigo un proyecto de cuya realizacion pende la felicidad de mi vida. Sa-

bes que no poseo bienes suficientes para obtener tu mano: pero quizá tu padre consienta en tomar todo lo mio, obligándome yo mismo a servirle toda mi vida con tal de vivir a tu lado i unirme contigo en matrimonio. Pobre seria nuestra boda. No tendria una choza que ofrecerte. Nuestros hijos no mirarian como suyas las tierras en que nacieran. Pero en cambio viviriamos amándonos para siempre i quizá la bondad de Antonabal supliria lo restante."

Marabuta contestó con un suspiro.

"¿O no me amas, Marabuta? ¿prefieres talvez a otro que, en lugar de llevarte un amante corazon, te dé riquezas, reservándote la suerte de sus numerosas mujeres."

"¡Ah! Nó, Alican. Bien sabes cuanto compadezco la suerte de todas las mujeres de esos hombres inhumanos. Tampoco necesito decirte que sé apreciar tus sentimientos. Encuentro en tí algo que no existe en los demas hombres. Pero oye lo que te voi a revelar i dí tu mismo si podrán realizarse los sueños seductores de tu fantasía.

"Al otro lado de esta montaña existe un cacique poderoso cuya autoridad se extiende hasta los pueblos que baña el Océano. Tiene 12,000 indios bajo sus órdenes i con sus riquezas podria reunir mas aun. En su fisonomía está pintada una ferocidad salvaje i su mirada causa terror. Pues este hombre es tu rival. Mi padre ha entrado en comunicacion con él, porque varias veces los he visto juntos por largo tiempo. El me dirijió una vez la palabra pero no le entendí lo que me decia i me alejé al instante.

"Por el sijilo que guardan en sus conversacionnes i por los preparativos de guerra que se hacen en esta tierra pienso que algun asunto importante los ocupa. El otro dia mi padre en un transporte de entusiasmo me reveló algo que quizá él mismo no hubiera querido descubrir. "Hija mia, me dijo, estrechándome entre sus brazos, tú serás por ahora el olivo de paz que una a los jefes de la patria i despues serás la causa de la gloria que va a recaer sobre mi nombre peleando contra el enemigo extranjero." Mas tarde le oia hablar de ciertos hombres que vienen a ocupar nuestras tierras i de su alianza con el jefe vecino para rechazarlos.

"Todo esto me hace divisar dias de tormenta i un porvenir aciago para nuestro amor."

"¡I qué! exclamó Alican, ¡tan grande es la ambicion de Antonabal que se sirva de su hija como de una mercancía para ir a comprar glorias i poder! Nó, jamas permitiré, amada mia, que contrariando tus desos, se te obligue a habitar en la choza de un señor altanero. Nó, jamas permitiré que seas de ese bárbaro porque siento dentro del pecho algo que me dice que debes ser mia i que en mi casa no seguirias la codicion de la mujer de un cacique.

"Iré, hablaré con tu padre, i si es verdad que te tiene reservada para ser la víctima de su ambicion, el dardo de mi flecha, la punta de mi lanza embotados hasta ahora por tu amor, irán en-

tónces a clavarse agudos en el corazon de mi rival. Correré hácia esos extranjeros de que me hablabas hace poco i con ellos sembraré la destruccion i la muerte por donde quiera que se me ponga obstáculo para llegar hácia tí."

Marabuta, sobresaltada por la ajitacion que notaba en Alican, va a replicar; pero la voz queda suspendida de sus labios al ver a su amante que cae derribado por el golpe de un brazo vigoroso. La india arroja un grito, mira hácia atras i ve a su padre de pié en actitud amenazante, los ojos encendidos, los puños apretados. Antonabal se dirije a ella, la toma de un brazo i la arroja léjos de sí. Despues, dirijiéndose a los indios de su comitiva: "Tomad, les dice, ese vil esclavo que ha tenido la insolencia de poner sus ojos en la hija de su amo. Conducidlo maniatado a la prision, porque le está aguradando un castigo ejemplar. I tú, hija indigna de mi amor, aprovechabas los momentos de mi ausencia para venir a solas con el infame a conspirar contra mí. El cielo me ha conducido a tiempo para desbaratar vuestros planes. Todo ha concluido con un golpe de mi mano; pero reservo un premio para tu traicion. No está léjos el dia en que obtenga una gran victoria; ese tambien será el dia de tu boda con el cacique de la costa i la cabeza de Alican será la copa nupcial que para ese dia os tenga preparada."

Diciendo esto, ordena a su hija que lo siga, la cual obedece muda de terror.

¡Cuánta mudanza en tan breve tiempo! Denantes llenos de amor i de esperanzas se dirijian al bosque del cual vuelven ahora poco ménos que en la tumba.

Ya todo parecia concluido para ellos.

En marzo de 1551 los españoles, despues de haber fundado la ciudad de la Concepcion i de haber extendido por el pais vecino la fama de sus prodijios, logrando así intimidar por algun tiempo a los belicosos araucanos, echaron los cimientos de una nueva ciudad a la que dieron el pomposo nombre de *Imperial*. Los indios solo opusieron una débil resistencia para impedir que sus enemigos se arraigaran en su suelo, levantando pueblos que ellos consideraban como monumentos de la esclavitud. Gracias a esto la fábrica de la Imperial fué rápida i el gobernador Pedro de Valdivia se encontró luego en aptitud de contituar las esploraciones que habia interrumpido.

Formóse una division de 150 hombres de a caballo, algunos de a pié i yanaconas de servicio, al mando del mismo gobernador i de Jerónimo de Alderete, su lugarteniente. Esta division debia marchar hácia el sur al traves de los bosques i matorrales impenetrables con que estaba cubierta toda la rejion que se proponian reconocer. Naturalmente la marcha no podia ménos que ofrecer serios obstáculos para los españoles que, sin conocer el lugar, no hubieran podido descubrir los ocultos senderos que

cruzan en ciertas direcciones esas montañas al parecer impracticables. Un guia les era de absoluta necesidad en las circunstancias en que se hallaban. La Providencia se los proporcionó.

Estaba ya el ejército para salir de la Imperial, cuando se presenta un indio en busca del gobernador. La pobreza se revelaba en su vestido i la desgracia se pintaba en su semblante. Llevado a presencia del jefe expone con sencillez i en pocas palabras que el único objeto que lo ha traido a los cuarteles de los españoles ha sido el de ponerse al servicio de éstos en cuanto les fuere de utilidad. Pero como Valdivia reflexionara en aceptar la propuesta del araucano, talvez sospechando en él la existencia de un espía, el indio se arroja a sus piés i le suplica con lágrimas en los ojos acceda a la peticion de un desgraciado que cifra su única esperanza de felicidad en ponerse a su servicio, aun cuando lo considere como el último de sus esclavos. La humildad de sus palabras, la sinceridad de su expresion hacen desaparecer la duda del ánimo del gobernador, quien despues de haber obsequiado al indio con un magnífico vestido, lo hace el guia de la expedicion proyectada. Desde este momento la sombría nube que oscurecia su frente se despeja, brillando en su lugar una aureola de satisfaccion i de contento que hace resaltar en toda su nobleza las varoniles facciones del salvaje.

Bien pronto los españoles simpatizaron con su guia, entusiasmándose con las descripciones que éste les hacia i con las noticias que les daba de las tierras que ellos pensaban conquistar. De este modo la marcha se hizo fácil, i el entusiasmo nunca faltó a la tropa infundiéndole valor siempre que habia menester.

Distaban ya seis leguas de la ciudad de la Imperial, cuando los conquistadores se encontraron en las riberas de un rio mui caudaloso, el Tolten. Al otro lado del rio un gran número de indios los esperaba resueltos a estorbarles el paso. Pero los españoles, gracias a la intelijencia i actividad desplegadas por su guia, pudieron construir, sin ser vistos, i valiéndose de carrizo i paja algunas balsas en que atravesaron el rio, burlando la vijilancia de los indíjenas, porque la misma corriente de las aguas los llevó a un lugar distante de donde estaban apostados sus enemigos.

Una vez al otro lado los españoles fueron contra ellos, sembrando en sus filas el pavor i el espanto. Al ver el valor desplegado por estos hombres desconocidos i al experimentar el terrible impulso de la caballería, los indios huyeron a la montaña dejando abandonadas sus habitaciones.

Despues de este primer encuentro, los españoles continuaron su marcha contra la corriente del rio hasta llegar a un pueblecito mui regular formado de casas edificadas con palizadas. Estaba situado este pueblecito en una vega hermosísima. Lo agradable del sitio, como la comodidad que presentaban las casas que en él existian, determinaron al ejército a acampar por algunos

dias en este punto. Los soldados comenzaron a disfrutar del descanso que ya hacian necesario las fatigas de un largo viaje. Todos recibieron con entusiasmo la idea de pasar algunos dias de ocio en tan ameno paraje. Solo el indio que les servia de guia se mostró taciturno al recibir la noticia de la detencion que pensaba hacer el ejército. Ya otras veces se habia notado con cuanto placer recibia la voz de marcha i con cuanto disgusto se detenia para hacer alto en algun lugar. A la cabeza del ejército, la vista fija en el lejano horizonte, devoraba las distancias con lijero e incansable paso. Hubiérase dicho que un iman poderoso lo atraia desde léjos al mismo tiempo que embargaba las potencias de su alma cuando ejercia sobre él su influencia.

Obligado ahora a detenerse por algun tiempo, experimentó en un instante un cambio radical. Ya no fué el alegre guia que animaba a los soldados en la marcha. Presa de la melancolía, consumia las horas enteras en la inactividad, entregado tan solo a sus propios pensamientos. Impaciente el indio en semejante situacion, se resolvió a hablar con el gobernador, cuya bondad le habia granjeado su confianza, para desahogar en él su oprimido corazon.

Cierto dia que el gobernador trataba de indagar la causa de su malestar, el indio le contestó: "Ah, señor gobernador, no se admirara vuesa merced de mi tristeza si supiese cuan desgraciado soi. Me llamo Alican i nací en el valle de Marquina. Pero me he visto obligado a alejarme de mis padres i a perder de vista la tierra de mi nacimiento para salvar la vida que me iba a ser arrebatada. He visto sobre mi cabeza la maza del verdugo i solo la fuga pudo librarme de expiar como un cobarde el solo delito de haber amado. Sí, porque esta ha sido la causa principal de mi desgracia i es ahora lo que motiva mi tormento. Ha de saber vuesa merced que habia osado poner mis ojos en la hija del cacique Antonabal, la mas hermosa de las mujeres, i éste quiso castigar con la muerte mi pasion. Me fugué, i léjos de Marabuta, sin patria, sin hogar, he andado errante por largo tiempo en busca de un apoyo con que pueda recuperar la felicidad que un dia triste en la historia de mis dias me ha arrebatado quizás para siempre."

Valdivia se apresuró a consolar a nuestro enamorado indio, diciéndole que contase con que él arreglaria todo de modo que se casara con su india adorada i disipara los temores i desconfianzas que Alican abrigaba.

El amor hace tímido al mas valiente i valiente al mas cobarde. Alican temia que un ejército de indios destrozase al reducido número de españoles que acompañaban al gobernador; pero al mismo tiempo él solo hubiera peleado contra todo el ejército por conseguir a su amada.

Ya mas tranquilo con la promesa que habia recibido, nuestro

guia recobró su alegría i desde ese dia sirvió con mas empeño a los españoles.

Su deseo hubiera sido volar hácia Marquina a fin de realizar cuanto ántes las felices probabilidades de ventura que la oferta del gobernador abria para él. Pero no todo estaba en su mano i aun quedaban para Alican algunos dias, que a él parecian siglos, de inquietud.

Valdivia queria adelantar mas todavía hácia el nacimiento del majestuoso rio que por algunas leguas habia sido su constante compañero de viaje. El abundante caudal i la hermosura de sus aguas despertó en los españoles el deseo de conocer la laguna de donde, segun las noticias que habian adquirido, traia el rio su orijen. Ademas, los indios del lugar en que ellos habian fijado su campamento los molestaban contínuamente con sus engañosos ataques. No podian soportar, i con razon, que aquellos intrusos extranjeros viniesen con su arrogancia acostumbrada a desalojarlos de lo que les pertenecia; de manera que vieron con gusto su retirada del lugar.

A los pocos dias de marcha, encontrábanse ya los españales en las riberas de la laguua de Villa-Rica i tenian ocasion de probar sus sabrosos pejerreyes, porque los naturales salieron a obsequiar inmediatamente a los recien venidos, ocultando bajo el manto de la amabilidad los proyectos hostiles que contra ellos maquinaban.

I en efecto, cuando éstos a la sombra de la noche procuraban encontrar en el dulce sueño un descanso para sus miembros fatigados, aquéllos, aprovechándose de la misma oscuridad, comienzan a disparar dardos i flechas sobre sus enemigos indefensos. Resuena el grito de alarma en el campo de los españoles, despiertan los soldados, toman sus armas, buscan al enemigo.... Pero el enemigo no se encontraba. Los indios dirijian su ataque desde la ribera opuesta del rio i los españoles solo despues de pasar el primer estupor vinieron a comprender la situacion en que se encontraban. Felizmente para ellos una densa neblina que se extendió al rayar el alba por las riberas del lago, prolongó la oscuridad i dió tiempo para que los españoles, dando vuelta a la laguna, cayesen sobre los desdichados salvajes haciendo grandes destrozos; pues éstos, soprendidos por el terrible sistema de guerra que por primera vez experimentaban se dejaron degollar sin resistencia.

Cuenta el autor de esta historia que al aclarar el dia los indios tuvieron ocasion de comprender la magnitud de su derrota al ver el rio tinto con la sangre de los suyos; i él mismo refiere, como un ejemplo de la crueldad que esta vez demostraron los españoles, el hecho siguiente, que preferimos reproducir:

"Hubo un indio que habiéndose defendido por largo tiempo peleando como un Héctor hasta ser rendido finalmente, i preso, vino a manos del teniente jeneral, el cual mandó a un negro suyo

que le partiese por medio del cuerpo como habia hecho a otros, i diciéndole el esclavo al indio que se bajase, él se puso a recibir el golpe i estuvo tan sesgo, i sin muestra de sentimiento ni jemido como si diera en la pared, con ser tal el golpe que le dió por medio de los lomos con una espada ancha que a cercen cortó por medio el cuerpo haciendo dos dél; las cuales crueldades ni eran para manos de cristianos, ni tampoco merecidas de los indios, pues hasta entónces no habian cometido delito en defender sus tierras, ni quebrantaban alguna lei que hubiesen recibido."

Pero dejemos a un lado a los españoles con sus marchas i combates. Ya Alican los lleva a Marquina, ponderándoles en su contento la hermosura de Marabuta i la belleza incomparable del valle en que habitaba. A atenerse por lo que el indio decia, aquello era un eden tan encantador como el de nuestros primeros padres o como el paraiso de Mahoma. Los soldados se divertian con esto i soportaban con paciencia las largas jornadas que les hacia emprender su enamorado guia.

Entre tanto en Marquina habian tenido lugar nuevos acontecimientos. Marabuta desde la evasion de Alican habia recuperado un tanto las fuerzas que habia perdido dia a dia miéntras la prision de su amante; aunque su ausencia no permitia el completo restablecimiento de su espíritu. De continuo procuraba aplacar la cólera que los últimos sucesos habian hecho jerminar en el ánimo de su padre.

El carácter del araucano no tiene nada de versátil. Por el contrario, poseido su espíritu de alguna idea, no la abandonan jamas. Antonabal participaba tambien de esta firmeza. De manera que las lágrimas de su hija, si bien pudieron contener sus arrebatos, no borraron nunca de su alma el rencor profundo que tenia con el amante de Marabuta. Antes bien, este rencor tomó nuevo incremento al saber que Alican servia de guia a hombres que atravesaban a sangre i fuego todo el pais, arrogándose el título de conquistadores de Chile. Conservaba, pues, el propósito de combatir al extranjero; pero tuvo al fin que desistir de él, viéndose precisado a permanecer en la inaccion.

La rivalidad habia estallado entre él i el cacique de la costa. Ademas este último le echaba en cara la evasion de Alican i no podia soportar la repugnancia que por él manifestaba la hija de Antonabal.

Por otra parte, la fama del combate de la laguna llegó a oidos de los indios i los de Marquina, poco acostumbrados a la guerra, presa del terror, esperaban como un acontecimiento fatal el dia en que su sangre habia de ser derramada por los españoles, sin atreverse siquiera en su pensamiento a hacer frente a estos hombres terribles.

El cacique, pues, se encontraba aislado, i probablemente participaba del temor de sus súbditos, cuando el ejército de Valdivia avistó las tierras de su dominio.

Alican fué el primero que, corriendo a una altura inmediata dirijió su vista a aquellos campos que tanto habia recorrido en su infancia i que despues, regados con el sudor de su trabajo habian sido testigos de su felicidad como tambien de su infortunio. Al divisar la choza de su amada, el tiempo retrogada en su mente i lo trasporta a aquel mismo instante en que por última vez se alejó de aquellos sitios. Presa de una viva emocion apénas comprende lo que pasa al rededor de sí, de tal modo que uno de los soldados, sacándolo del éxtasis en que estaba sumerjido, tiene que advertirle que acuda al llamado del gobernador.

Valdivia habia resuelto premiar por fin a su fiel servidor, poniendo todo lo que tuviese de su parte para darle a la india, objeto de su amor.

Así, tan luego como Alican estuvo delante de él, le cojió la mano con afeccion i le dijo: "Te estoi sumamente reconocido por tus servicios. No encontraria una remuneracion proporcionada a ellos si tú mismo no me hubieras indicado el medio de hacerte feliz. Cuenta conmigo desde ahora. Toma ese caballo i vé a traer a la que debe ser tu esposa, porque yo quiero ser el padrino de tu boda. En cuanto a la comitiva que necesites, puedes escojerla entre mis servidores."

Alican, loco de júbilo, salta sobre el fogoso animal que, dócil a la rienda, responde instantáneamente a la voluntad de su jinete. Este suelta la brida i, creyéndose en posesion del rayo, se lanza con indecible ardor a la llanura. Nada mira, nada ve. Anima, excita, espolea a su caballo caminando siempre en direccion a la choza de su amada, i pronto se pierde entre los árboles.

Miéntras éste sigue veloz en su carrera, Marabuta permanece silenciosa contemplando a su padre que ajitado se pasea a algunos pasos del lugar en que ella se detiene. Por la expresion de su semblante se puede adivinar que dos ideas contrarias combaten en ese momento en su alma. Mira a su padre i sus facciones se oscurecen; mira hácia lo léjos por el valle i con los aires que de esos lados aspira parece animarse su rostro como con la perspectiva de una dulce esperanza realizada; pero luego vuelve a caer en la tristeza que la abruma.

Antonabal está preocupado con la nueva del arribo de los españoles i medita acerca de la actitud que deba tomar en su presencia.

De repente un sonido extraño se hace oir a pocos pasos de distancia i la tierra se estremece como bajo la planta de un jigante. Marabuta i Antonabal, sobresaltados, miran a su alrededor i ven algo como sobrenatural que vuela hácia ellos con la velocidad del relámpago, salva con rapidez los obstáculos que a su paso se oponen i se detiene a sus piés. Aun no han vuelto de su estupor cuando un indio se desprende de esta máquina portentosa i ámbos reconocen en él la figura de Alican.

Este, aprovechando el terror que habia infundido su extraña

aparicion en el ánimo del cacique, toma a Marabuta que, enajenada, no hace resistencia, la coloca por delante en el caballo sosteniéndola con su brazo, i, ébrio de felicidad, vuela con ella al campamento.

Antonabal, por el momento, apénas se dió cuenta de lo que pasaba. Pero cuando volvió en sí i pudo comprender que su hija le habia sido arrebatada, inmediatamente tomó la resolucion de correr en su busca. Marcha, pues, siguiendo las huellas de Alican hasta que llega al lugar en que estaban acampados los españoles. Preséntase ante el gobernador no dudando ya que él fuese la causa de su mal i le expone su queja. Píntale con los mas negros colores la conducta de Alican; pondera la importancia que tenia como cacique del lugar i lo mucho que amaba a su hija. Exhorta a los españoles a que se hagan dignos de la doctrina que predican i a que le vuelvan a Marabuta para no desmentir la buena conducta que hasta entónces habian observado para con los indios de Marquina.

El gobernador le hace presente que su intencion no es de ofenderlo, ni mucho ménos de despojarlo impunemente de lo suyo. Le ofrece, en efecto, una fuerte suma de dinero i muchas ventajas personales para que consienta en el matrimonio proyectado. Trata de calmar su resentimiento con Alican haciendo resaltar las buenas cualidades del indio i diciéndole que tuviese a honor la mediacion por él interpuesta en este asunto.

Antonabal tuvo que retirarse, aunque no mui satisfecho de las razones del gobernador, pero sí agradecido por la suma que le dejaba en su poder.

Ya solo se trataba del matrimonio de los dos indios. La division, que habia ido en busca de mantenimientos, habia regresado trayéndolos en abundancia i mui oportunamente para la fiesta que se preparaba en el ejército.

Era la tarde de un dia del mes de noviembre. La misma hora en que algunos meses ántes los dos esposos se habian encontrado en el valle i habian tenido su última entrevista. Ellos estaban colocados en la cumbre de una colina desde la cual divisaban el mismo sendero que conducia a aquella fuente que tan gratos i amargos recuerdos traia a su memoria.

Todos los soldados españoles simpatizaban con el indio, cuyos servicios habian aprovechado durante el viaje; así es que se agrupaban con empeño al rededor de los esposos, admirando los unos la belleza de Marabuta, gozando los otros con el contento que en su compañía experimentaba Alican.

Pedro de Valdivia se dirije al capellan de la expedicion i le anuncia que ya es tiempo de que se verifique el matrimonio.

Este avanza i derrama sobre la cabeza de los dos indios el agua rejeneradora del bautismo i se prepara en seguida para unirlos con el sacramento del matrimonio.

Los soldados presenciaban en silencio esta escena i ya el sa-

cerdote iba a dar la bendicion nupcial, cuando de súbito resuena el grito unísono de mil bocas sedientas de sangre i de venganza, i en el momento millares de indios brotan de los bosques en que se habian ocultado.

La escena cambió por completo en el campamento. "¡Los indios!—¡A las armas!" fué la voz jeneral, i un instante despues todo presentaba el espectáculo de una gran batalla.

La colina en que estaba Alican fué teatro de sangrientas lides. Aquí un indio era atropellado por un jinete español, acá un soldado derribaba a otro con su sable i allá un tercero mordia el polvo, víctima de una bala enemiga. Entre tanto, Alican, al lado de su amada, como una tigre guardando su cachorros, repartia la muerte entre aquellos que pedian a gritos la suya, maldiciendo al traidor. Mas de un indio quiso avanzar hasta Marabuta para aniquilar esa belleza que ellos consideraban como la causa de la guerra; pero Alican con solo su aspecto amenazante les impidió llegar a ella.

Hubo un momento en que la fisonomía de nuestro héroe fué marcada con la impresion de indecible cólera. Producia en él este efecto la aparicion de un guerrero que en las señales de su traje indicaba ser uno de los principales, sino el primer jefe de los indios, i cuyo semblante hizo extremecerse a Marabuta apénas lo hubo divisado. "Lo ves, ahí está, Alican, grita la pobre india, es el mismo, el cacique de la costa. Sin duda estamos perdidos."

Efectivamente, Alican pudo comprender ahora el oríjen de ese ataque inesperado al ver al frente del enemigo a su orgulloso rival i desgraciamente comprendió tambien que los temores de su esposa no eran infundadas.

Los indios estrechaban el ataque por ese lado i su jefe los animaba con su valiente ejemplo. Uno de los soldados españoles habia caido. Otro de los pocos que en ese punto se encontraba habia empeñado un combate cuerpo a cuerpo con un indio, dejando en descubierto a Alican i su amada. Este hacia prodijios de valor, pero ya habia recibido una herida que le impedia obrar como quisiera. Un momento mas i los enemigos completarian sus propósitos. Alican tiene por segura su muerte i se resuelve a vender cara la vida que en esos momentos tanto apreciaba. Busca a su odiado rival i empeña con él un encarnizado combate, sin cuidarse de lo que pasaba a su alrededor i sin notar el oportuno auxilio de algunos jinetes que venian en su amparo. A su llegada, los indios comenzaron a ceder, i Alican vió escapar de sus manos al cacique.

Los indios en todas partes habian perdido terreno i ya se declaraban en completa derrota.

Los españoles emprendieron entónces su persecusion, i Alican mas ardoroso que todos queria ver expirar a sus piés a su rival. Acompañado de algunos soldados sigue las huellas del cacique enemigo, al que a poco andar divisan que huia con Antona-

bal, su antiguo aliado. Parece que éste solo a última hora habia resuelto tomar parte en la refriega, inducido por su resentimiento con el jefe español i por las instancias de los mas belicosos de sus súbditos. Ya el destacamento del ejército vencedor estaba sobre ellos, amenazándolos con segura perdicion. Al ver su situacion, el cacique de la costa se vuelve contra Antonabal, blandiendo en la mano un acero vengador que habia arrebatado en la pelea: "Tú solo, le dice, eres la causa de mi desgracia. Me has engañado cien veces. Por tí he tomado las armas i quizá tú, conduciéndome por estos sitios, me has armado un lazo para que perezca i hacerte despues dueño de mis tierras. Pero nó, morirás ántes que yo." Dice i se precipita, ciego en su furor, contra el cacique inocente. La rabia de que estaba poseido hace que yerre el golpe i da tiempo a Alican para interponerse entre ellos. El feroz cacique intenta un nuevo ataque, pero esta vez va a encontrarse contra la espada de Alican, cuyo hierro le penetra hasta las entrañas.

"Hijo mio, exclama Antonabal, te debo la vida" i estrecha a su salvador entre sus brazos.

Desde ese momento Antonabal fué un fiel aliado de los españoles i el matrimonio de Alican i Marabuta les aseguró la paz en aquel valle, descansando por algun tiempo de la lucha interminable de la conquista.

Santiago, 25 de abril de 1875.

CÁRLOS ALDUNATE S.

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

DONDE SE SABE QUIEN ES EL PADRE DE ENRIQUE.

Puesto que sabes ya las circunstancias
Por las cuales dejó Ferrol a Chile,
De Job, lector, imita la paciencia
I a mi pobre leyenda honrando sigue.

Ya sabes que don Diego tiene una hija
A la cual acordó llamar Matilde,
Su edad ¿sabes cuánta es? Raya en los veinte
Que equivale a decir que está en los quince.

Puesto que de los años la carrera
Con un resorte májico suprimen,
Por regla jeneral, todas las damas
Cuando de tal edad tocan el límite.

I es debido, lector, a este soberbio
Descubrimiento mujeril, que existen
Madres que son menores que sus hijos,
I que se ven arrugadas a los quince.

Mas por hablar de cosas tan ajenas
Del asunto que trato, lector, dime:
¿No es verdad que doi márjen a que creas
Que soi el charlatan mas infelice?

I sobre todo lo que mas me importa
Es que tú ni te canses, ni te hasties,
I sé mui bien, por experiencia propia,
Que siempre aburre aquél que largo escribe.

Atendiendo a esto mismo, hago promesa
De ser lo mas lacónico posible,
Ya no salir de la cuestion un paso
Aunque la consonancia me lo obligue.

Dijimos que don Diego tiene una hija
Que por hermosa i llana se distingue,
Dócil a los consejos de su padre,
Unico consultor que la dirije.

Hemos dicho tambien que por tal niña
Loco de amor se encuentra don Enrique,
I no describo las locuras que hace
Por los ejemplos mil que se repiten.

Cuando llevado del cariño inmenso
Que el jóven abrigaba por Matilde
Su mano pretendió, la hermosa jóven
Estas palabras a su amante dice:

—"Desde los tiernos años de mi infancia
Con ciega fé mi corazon se rinde
A los consejos de mi amado padre,
Unico consultor que me dirije.

"Yo respeto tu amor, i ser tu esposa
Ha sido i es mi aspiracion sublime;
Mas, esta aspiracion no vale nada,
Sin que mi amado padre la autorice."

Confió despues la jóven a don Diego
El amor que sentia por Enrique,
I Ferrol al oir tan grata nueva
De infinito contento se reviste.

Pero hai ejemplos mil que casi siempre
Tras el mucho gozar llega lo triste,
Que es una rueda la fortuna ingrata
Que a sus antojos el dolor imprime.

Así los dos amantes que soñaban
En brazos del amor vivir felices,
Lloran al ver a Dickson batallando
Entre los brazos de la muerte horrible!

Ya próximo a morir el noble yanqui,
En ausencia, lector, de don Enrique
Con voz por el cansancio perturbada
Estas palabras a su socio dice:

—"Conozco, amigo Diego, que mi vida
Va declinando con afan visible,
I a despecho de médicos i drogas
El mal de que adolezco hecha raices.

"I por esta razon yo me apresuro
I te hablo en nombre de mi buen Enrique,
El cual anhela desde largo tiempo
Unirse en matrimonio con Matilde.

"No necesito, nó, recomendarte
Sus aptitudes i honradez sin límites,
Que posee fortuna en grande escala
Tambien creo excusado repetirte."

—"No hablemos mas, oh Dickson, de este asunto
Le contesta don Diego, si Matilde
Siente por don Enrique igual cariño,
Yo seré el mas feliz de los felices."

—"Gracias, gracias, Ferrol, responde el yanqui,
Mas escuchando por piedad prosigue,
Que así sabras de tu futuro yerno
Algo que te interesa, i es su oríjen."

I aquí contó, lector, lo que tú sabes
Relativo a Leonor, historia triste
Que a Dickson le narró su esposa misma
Sin omitir en ella ni una tilde.

Don Diego al escucharla quedó pálido,
I en su pecho sintió luchas horribles,
I apoyando su frente entre sus manos
Exclama para sí:—"¡Leonor! ¡Enrique!"

Luego finjiendo obligacion urjente
Se despide del yanqui i le repite
Que la union de Matilde con el jóven
Lo hace el sér mas feliz de los felices.

Una vez en su casa—"¡Oh Dios! ¡Dios mio!
Exclamaba llorando—esto es terrible!
Tengo empeñada mi palabra i solo
Yo sé que tal union es imposible!

"Yo soi el criminal que dominado
Por la pasion brutal, sobre esa vírjen
Arrojé lodo i marchité sus galas,
I el fruto de ese crímen es Enrique!

"¡Enrique! ¡Ese muchacho intelijente,
Idolo venerado por Matilde,
I ante el cual temblaré como los árboles
Que al rudo vendabal la frente rinden!

"Enrique Sandoval, tal es el nombre
Que de mis padres recibí felice,
Nombre que usé i abandoné tan pronto
Que conseguí mis criminales fines.

"I talvez mi Leonor, ese ánjel puro
Que incauta oyó lo que falaz le dije,
Al dar al fruto de su amor mi nombre,
Quiso otra prueba de afeccion rendirme.

"¡I yo no me engañaba! ¡cuántas veces,
Reconcentrando mis recuerdos, quise
Hallar un parecido en las facciones
Del cumplido galan de mi Matilde!

"Pero ¡ai! aunque luché con tal idea
Realizarla jamas me fué posible,
Mas hoi, sufriendo sin cesar, preveo
De tardía expiacion el golpe triste.

"¡No sé qué hacer!... ¡La duda me atormenta,
Confesarle quién soi es bien terrible,
Pues no tengo el valor de presentarme
Como el autor de tan tremendo crímen!

"¡El con justicia arrojará a mi frente
Mi negro proceder i mis ardides,
I luego el abandono en que a su madre
Dejé sumida i para siempre triste!

"¡Oh Dios! ¡no sé qué hacer! Por otra parte,
Si yo no me descubro, no concibe
Mi ofuscada razon lo que conviene
Ejecutar para alejar a Enrique.

"I una vez separados, cuánto, cuánto,
No sufrirán talvez los infelices!
I quién sabe ¡gran Dios! si hasta la vida
Le pudiera costar a mi Matilde!

"Es cierto que ella es dócil i que solo
Por mis sanos consejos se dirije,
Mas, ¿cómo arrancaré su amor primero
Sin destrozar su corazon sensible?

"Mas ¡ah! no hai mas que hacer, huiré con ella
De una tierra lejana a los confines,
I allí con mi cariño, poco a poco,
Haré que olvide por completo a Enrique."

Tales cosas decia i, miéntras tanto,
Declina Dickson, i la frente rinde
Al poder de la gran niveladora
De hinchados mentecatos i de humildes!

EL ARTISTA.

Despues de humedecer la fria tumba
De mister Dickson con doliente lágrima,
Regresemos, lector, a las hermosas
I extensas costas de mi amada patria.
—¿Qué noticias tenemos? De Santiago
Recorramos las calles. ¿De qué se habla?
¿Se charla de política? ¿Que nó? Sigamos,
Lleguemos al café que está en la plaza.
Escucha bien, ¿qué dice aquel sujeto?
Bendice de un artista la llegada,
Que es un jenio, repite, i que es chileno.
¡Siento que de placer se ajita mi alma!
Aun sigue hablando de él, atento escucha
Lo que dice a sus otros camaradas.

HABLADOR PRIMERO.

—Relativo a su oríjen, varios dicen
Que ha nacido en las tierras araucanas,
I que tomado fué por nuestra jente
En uno de los tantos hechos de armas
Que, desde tiempo atras, van repitiéndose
Dia por dia, con terrible saña.

HABLADOR SEGUNDO.

—Me han dicho que es un mozo intelijente,
De frente altiva i de gallarda planta,
Que seduce al hablar por su finura,
Por sus maneras i su voz simpática.

HABLADOR TERCERO.

—A propósito de eso, me aseguran
Que con Matilde de Ferrol se casa.

HABLADOR SEGUNDO.

—Linda niña se lleva.

HABLADOR PRIMERO.

—Lo merece,
Por que el jóven don Luis es una alhaja.

HABLADOR SEGUNDO.

—¡Cuánta satisfaccion tendrá el sujeto
Que recursos le dió para ir a Italia!

HABLADOR PRIMERO.

—Siempre el recuerdo del favor que se hace
Contento brinda al corazon i al alma.

HABLADOR SEGUNDO.

—Oí decir ayer que un lindo cuadro
Para el concurso próximo prepara,
Cuadro que sin disputa obtendrá el premio
Por ser el arte en su mayor escala.

HABLADOR TERCERO.

—I en él ¿qué representa?

HABLADOR SEGUNDO.

—Segun dicen
Es efecto de luz.

HABLADOR PRIMERO.

—¿Es al que llama
Su intelijente autor *Una cautiva?*

HABLADOR SEGUNDO.

—El mismo, sí, señor.

HABLADOR PRIMERO.

—Entónces, basta.
Que aunque léjos estoi de ser profeta,
Auguro al cuadro la primera palma.
Antes de ayer he visto, por mi suerte,
El lienzo encantador, ¡qué pinceladas!
¡Qué prolijos detalles! Sin disputa
Es, pues, el arte en su mayor escala.

Suponed un gran bosque iluminado
De trecho en trecho por la luna pálida,
Que parece rodar con lentos pasos
Entre mil astros de brillante plata.
En medio de este bosque, se divisa
Un hombre altivo de jigante talla,
Que representa ser segun su traje
Cacique de las tribus araucanas.
No léjos de él, sobre mullidas pieles,
Hai una jóven por demas simpática,
Cautiva al parecer, adormeciendo
Al tierno fruto de su cruel desgracia.
Este gracioso grupo está bañado
A la derecha, por la luna pálida,
I al lado izquierdo, de brillantes fuegos
Por las rojizas i movibles llamas.
Agregad ademas un colorido
Tan perfecto, señores, que dudaba,
Cuando el lienzo miré, si era pintura
O era realidad lo que miraba!

EXPLICACIONES.

Ya sabemos que es don Luis
Un artista de gran mérito,
Nacido, segun se cuenta,
En el araucano suelo,
Tambien sabemos que en Chile
Residen Matilde i Diego,
I que se casa la jóven
Con don Luis, tambien sabemos.
Ahora bien, si no te cansa
La lectura de mis versos,
Continúa, pues, lector,
Mis narraciones oyendo.
Ferrol, como ya se ha dicho,
Sintió rujir en su pecho
Las desatadas tormentas
De un mortal remordimiento
Apénas supo el oríjen
De don Enrique, i por esto,
Deseos tuvo mil veces
De aclarar aquel misterio,
I hacer ver los imposibles
Que se alzaban de por medio
Impidiendo de los jóvenes
El deseado casamiento.

Mas temia, como he dicho,
Aparecer como reo
De aquel crímen, digno solo
Del mayor de los desprecios,
I es por eso que forjaba
Cien proyectos casi a un tiempo,
Proyectos que eran inútiles
Por ser el mal sin remedio.
Á fuerza de elaborar
Ideas en su cerebro
Iba el padre de Matilde
Por grados enflaqueciendo.
I la nieve de los años
Cambió en color ceniciento
Sus abundantes i dóciles
I renegridos cabellos;
Que no siempre son las canas
Hijas de largos inviernos,
¡Hai vejeces prematuras
Nacidas del sufrimiento!
Por último, abandonando
Sus mil variados proyectos,
Juzgó lo mas conveniente,
Para salvar el tropiezo,
Colocar entre sus hijos
Mucha tierra de por medio.
Lo hizo así, i es por esta
Razon que en Chile lo vemos,
Mas concluido, como he dicho,
¡Concluye tanto un tormento!
Para conseguir su afan,
Pretestó no hallarse bueno
De salud; i resolvió
Hacer por mar un paseo.
Partió, pues, con su bella hija,
Miéntras urjentes arreglos
A don Enrique impedian
Viajara junto con ellos.
I cuando la nave hendía
Las olas del mar tremendo,
Ferrol a la niña dijo
Con firme i pausado acento:
—"Hai misterios en la vida
Dignos, hija, de respeto.
Respétalo, pues, Matilde;
Que el presente es uno de ellos.
Segun acuerdo pendiente
Debias en poco tiempo,

Celebrar con don Enrique
Las bodas de un lazo eterno.
I aunque al jóven en cuestion
Grato cariño profeso,
Que renuncies a su amor
Para siempre es mi deseo.
La nave que nos conduce
Nos lleva a vivir mui léjos,
Al pais donde a la luz
Tus dulces ojos se abrieron.
Don Enrique no es tan solo
El único hombre de mérito,
En todas partes los hai
Notables por el talento.
I tú encontrarás, Matilde,
En ese tu patrio suelo,
Brillantes intelijencias
En virtuosos caballeros."
La niña se puso pálida
Al escuchar a don Diego,
I arrojándose a sus piés
Lloró sin hallar consuelo.
Pero ¡ai! qué cierto es, lector,
Lo dudaria a no verlo
Que son remedios de amor
La separacion i el tiempo!
De veleidad tan funesta
Matilde es un triste ejemplo,
Pues al año no cumplido
Olvidó su amor primero.
¡Ah! si no fuera, lector,
Que aun bendigo en mis recuerdos
A una mujer harto bella
Que adoré por largo tiempo,
I que talvez engañada
Por miserables consejos
Olvidó mi eterno amor
I olvidó sus juramentos,
Deseara que toda ingrata
Sintiera por un momento
El dolor que, desde entónces,
Mi corazon va sufriendo!

Un año despues de aquel
En que a Chile llegó Diego,
Volvió don Luis a su patria
Con un caudal no pequeño
De instruccion, al reves de otros

Que tornan del mundo viejo
Vestidos a la *dernier*
Pero con los cascos huecos.
La llegada del artista
Fué gran acontecimiento
En Santiago, sobre todo
Entre el adorado sexo.
Ahora bien, entre las niñas
Que tenian mas empeño
De retratarse, lucia
La bella hija de don Diego,
La cual no solo alcanzó
El triunfo de tal deseo,
Sino tambien el amor
De aquel cumplido sujeto.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)

PEDRO CRESPO.

(Continuacion.)

VII.

LA SERENATA.

Miéntras en el interior de la casa tenia lugar lo que acabamos de referir la calle presentaba un aspecto mui diverso.

Durante la cena habian llegado a los oidos de la honrada familia los acordes de una guitarra, i tal cual nota de una cancion entonada a media voz; pero en los instantes en que Crespo bendecia a su hijo, en la calle sonaba clara i distintamente una copla que puso en guardia no solo al padre i al hermano sino tambien al mismo don Lope de Figueroa. Mas todavía, a la copla habia

precedido el ruido de una piedra lanzada contra una de las ventanas de la casa.

—No cabe duda, se decia Pedro Crespo, a mi hija dedican la fiesta!—

I como si los de afuera quisiesen responder a los honrados celos de aquel padre, una voz cantaba en esos instantes la siguiente estrofa:

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoi son flores azules,
Mañana serán miel. (1)

Decidora era la copla; don Lope i la familia de Crespo se sintieron ajitados por un mismo sentimiento de indignacion.

—¿Qué es esto? decia entre sí el viejo jeneral ¿ni el estar yo aquí basta para que respeten esta casa?—I añadia en voz alta:

—¡Que travesuras! amigo Pedro.

—Son mozos... respondia Crespo, murmurando entre sí—¡Ai de ellos si no estuviera aquí don Lope!—

Juan se levantaba en aire amenazante haciendo ademan de salir.

—¿A dónde vas muchacho? le dice su padre deteniéndolo.

—A ver si falta algo en la habitacion del señor don Lope.

—Criados hai que lo vean; quédate aquí, responde el padre con severidad, a tiempo que en la calle la voz que ántes se habia oido preseguia cantando:

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoi son flores azules,
Mañana serán miel.

—¿Qué he hecho yo para que esto me suceda? murmuró en silencio la modesta niña.

—¡No puedo aguantarlo! gruñó don Lope, ¡esto es mui mal hecho!—i arrojó léjos la mesa, rompiéndose con esta accion una buena parte de los platos i cristales que todavía en ella quedaban.

—¡Mui mal hecho! contestó Crespo, disparando a un lado una silla que delante tenia.

—¿No es mui mal hecho, dijo don Lope en tono apacible que me duela tanto esta pierna?

—De lo mismo hablaba yo; respondió Crespo, refrenando su coraje.

—Pensé que era otra cosa, como tan léjos arrojasteis la silla....

—Vos arrojasteis la mesa i no tenia otra cosa con que acompañar vuestra accion....

(1) Calderon.

—¡Vaya! dejadme solo.

— En hora buena, dijo inclinándose el labrador.

—Isabel, adios, dijo don Lope.

—Dios os guarde, señor, respondió la niña.

Don Lope se retiró a su habitacion, Crespo mostró a Juan su cuarto, diciéndole:

—Esa es tu cama mancebo, i como si nada pasara, se dirijió tranquilo a su dormitorio.

Entre tanto los de afuera cantaban:

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoi son flores azules
Mañana serán miel.

VIII.

EN EL JARDIN.

Isabel comprendió fácilmente cuanto pasaba por aquellas tres almas.

Don Lope, su padre i su hermano saldrian necesariamente a trabar una lid con los importunos cantores.

Al solo nombre del primero huirian necesariamente todos; pero ¿cómo quedaria su fama en el lugar? ¿Cómo aseguraria a los villanos, jente, por lo jeneral, maliciosa, su inculpabilidad e inocencia en tan desagradables incidentes?

Pobre jóven, ¡ella temia el escándalo de afuera i el enemigo estaba ya dentro en su hogar!

Saltando una tapia el capitan habia logrado entrar al jardin i sorprender a Isabel, que se paseaba desesperada, pensando en el trance, en que sin culpa suya iban a comprometerse su padre i su hermano.

Distraida en las reflexiones que se hacía, se halló de súbito frente al jóven capitan, que saliendo de entre los árboles, avanzó hácia ella resueltamente.

—¡Cielos! ¿Quién ha entrado aquí! exclamó Isabel.

—¡Ella! murmuró el capitan al reconocerla.

—Salid.

—Oye.... detente, te seguiré donde quiera que vayas.

—Ved, capitan, que si levanto la voz no faltará quien me socorra.

—¿I piensas que algo me detendria este momento? respondió don Alvaro con acento apasionado. Venga tu padre i tu hermano, venga don Lope mismo; a nadie temo i ante nadie retrocede-

ré. ¿Qué pueden hacerme? ¿Matarme? ¡Ai! Isabel ¡i qué dulce me seria morir a tu vista, víctima de tu amor!

—¿I es amor, caballero, el ponerme en situacion tal? ¿Cómo se mostrará el odio si así se muestra el amor?

—Perdonad....

—Nó, no he de oiros, ni teneis que disculparos. Tardaré en perdonaros, cuanto tardeis en salir.

—¡Isabel!

—Mirad que lo que haceis va a provocar a los habitantes de Zalamea contra vos i vuestros soldados. Mirad que están cerca mi padre i mi hermano i que os matarán sin piedad si os hallan aquí; con vuestra loca pasion vais a echar lodo en mi nombre i a perder este pueblo....

—Pero....

—¡Salid por Dios! ¿No mirais....?

—Todo lo veo i no hai nada que mi amor no sea capaz de atropellar. Mas temo a la pasion que me devora que las iras de los tuyos i la venganza de tu pueblo. Mira, ingrata, si es grande el amor que atropella tales inconvenientes!

—¡Por Dios!

—¿No hai para mí esperanza?

—¡Ai, señor! ¿I qué esperanza puedo daros? ¿Qué habeis pensado de mí? Desde que llegasteis no he tenido mas que disgustos i me habeis ocasionado mas pesares que palabras han salido de vuestros labios. ¿Qué puede importaros una pobre aldeana que hoi la veis i mañana la dejais? ¿Acaso vos, el noble capitan, no saldreis contento del lugar si no dejais en pos una mujer que os llore? ¿Tal vez os habeis figurado que soi como la fruta de una huerta que el caminante puede hurtar sin salir del sendero que lleva?.... Os equivocais señor, mi amor i mi corazon no son para cojidos de paso. Porque sois noble, pensasteis sin duda vencer, pero Dios que hizo libre el amor no lo sujetó al brillo de una ejecutoria.

—Si aun no sabes la intencion con que te busco ¿por qué calumnias mi pasion?

—Tal os mostrais que todo lo debo temer. Así, capitan, si os quedais me voi, si me seguis pediré ausilio.

—¿I no adviertes?

—Salid, que viene jente.

El capitan se dirijió con presura a la tapia para ver si era observado, miéntras Isabel, aprovechando el momento, corria a refujiarse en una de las habitaciones.

—Seguidme ahora, señor capitan, exclamó, una vez que se vió segura.

A este tiempo i por diversas partes penetraban en el jardin Crespo, Juan i don Lope, seguidos del sarjento, que daba a éste último mil satisfacciones sobre lo ocurrido.

Don Lope habia hecho de las suyas acuchillando afuera a los soldados, que al conocerlo, se pusieron presto en fuga.

—Señor, decia el sarjento; la tropa no os habia conocido.

—Por eso no tardé en dármeles a conocer i el que no me conoció en el primer momento lleva en su cabeza i espaldas señales que les refrescarán la memoria.

Pero, señor sarjento ¿i el capitan? ¿Acaso esta compañía no tiene capitan?

Don Alvaro que todo lo oia, salió de entre los árboles como haciendo la desecha i saludó marcialmenie a su jefe.

—I ¿qué decis don Alvaro de Ataide de lo que ha ocurrido?

—Señor, respondió sereno el capitan, los soldados se divertian pacíficamente cuando los acometieron estos villanos; vengo a saber que castigo se les impone, porque no es posible tolerar tamaño ultraje.

—Ya los culpables están castigados, respondió severamente el jeneral.

—Yo....

—Aprecio vuestro celo, pero, lo cierto es que yo he tenido que hacer las veces del capitan

—Yo estaba.....

—Nada me digais.... Al alba partireis de aquí.

—¿Tan pronto?.....

—¿Me replicais? Pues bien, haced tocar marcha i en diez minutos salid del pueblo con toda vuestra compañía.

—¿Nada mas teneis que mandarme?

—Aguardad, capitan, os quiero decir aparte dos palabras,—i bajando la voz continuó:—Capitan, el rei os dió su insignia para que fuéseis el defensor de la lei i no para que la violáseis. El que abusa como vos de su puesto no es un soldado, es.... un bandido con uniforme.

—¡Jeneral!

—Si os sorprende el que así os hable, sabed que lo sé todo, i recordad quien soi yo.

IX.

LA DESPEDIDA.

Una hora mas tarde Zalamea parecia un cementerio; solo habia luz i jente despierta en la casa de Pedro Crespo.

En el jardin conversaban todavía pacíficamente don Lope i el aldeano acerca de la partida del jóven Juan.

—Por muchos motivos os quedaré agradecido, Crespo, decia el jeneral, pero sobre todo por haberme dado a vuestro hijo para que sirva al rei bajo mis órdenes.

—Yo os lo doi para que os sirva de criado.

—Llevarélo como amigo, que harto me agradan su valor i marciales instintos.

—Os suplico, señor, le perdoneis si desde luego no acierta a agradaros. Es un pobre aldeano que no sabe mas que manejar el arado i el rastrillo.

—Ya la tropa ha marchado, interrumpió bruscamente don Lope.

—Es verdad.

—Yo tambien me voi.

—¿Cómo, tan pronto, señor? dijo Isabel que en ese momento se acercaba.

—Sí, Isabel, me marcho, porque quiero que tengais sueños tranquilos.

—¡Ah! señor, nunca podremos olvidaros! ¿I era bien que marchárais sin despediros de mí?

—¿Cómo habia de ser eso? De ningun modo partiria sin besaros ántes las manos, i pediros me dispenseis un atrevimiento que voi a tomarme. Esta venera, que llevo sobre el pecho, aunque guarnecida de ricos diamantes, es pobre obsequio para vos, bella i modesta niña. Aceptadla, sin embargo, en memoria de la amistad que os profeso.

—Señor, ¿esto es pagarnos el hospedaje? Nosotros aquí somos los favorecidos.

—¡Dale! Esto no es paga si no cariño.

—Como un recuerdo vuestro la llevaré conmigo. Ahora, señor, os recomiendo a mi hermano, ya que ha alcanzado la dicha de iros sirviendo.

—Ya está pronta la litera, gritó Juan desde adentro.

—¡Amigo mio, bella niña, quedad con Dios!

—El os guarde, señor.

—¿Quién nos dijera, buen Pedro, que íbamos a quedar tan amigos?

—Yo, señor, si en ese instante supiera....

—¿Qué cosa?

—Que erais loco de tan buen capricho, dijo Crespo estrechando por despedida la mano del viejo guerreador.

Don Lope se dirijió a su cuarto para hacer las últimas prevenciones, dejando solos a Crespo i sus dos hijos.

—Juan, hijo mio, dijo entónces el buen padre, escucha mis últimos consejos. Por la gracia de Dios eres limpio de sangre aunque desciendas de un villano. Tenlo presente para no humillarte demasiado ni tampoco desvanecerte, de modo que tus camaradas, por doblar tu orgullo, tengan que echarte en cara la bajeza de tu oríjen. Sé liberal i cortés, que el dinero i los buenos modos son los que nos conquistan los amigos. No hables mal de las mujeres. La mas humilde es acreedora a nuestro respeto, que al fin todos hemos nacido de ellas. No me seas pendenciero, ni desenvaines ja-

mas la espada sin estar seguro de la justicia de tu causa. Sé honrado i relijioso, valiente i compasivo, no olvidando nunca las lecciones que te he dado. Con esto, mi bendicion i el jeneroso amparo que don Lope te brinda, confío en Dios que algun dia he de verte en mas elevado puesto. ¡Adios, hijo mio, adios! que esta despedida hace flaquear mi valor.

— Jamas, señor i padre mio, se borrarán de mi memoria vuestros sabios consejos. Hermana mia ¡adios!

Isabel i Juan se abrazaron llorando.

—Basta, gritó Crespo. Sigue, Juan, a don Lope i Dios vaya contigo.

—¡Qué habeis hecho, padre! dijo Isabel viendo salir a su hermano.

—¿Qué querias que hiciera él aquí? ¿Que fuera un holgazan? Vaya mejor a servir a su rei. Ea, Isabel, no quiero ver lágrimas, sal con tu prima al emparrado de la calle. El lugar queda tranquilo con la ausencia de los soldados i no te veo con ánimo de dormir tan pronto. ¡Yo, añadió para sí, voi a mi cuarto a rezar i a llorar!

X.

VUELVE EL CAPITAN.

Buscó Isabel a su prima Ines i ámbas salieron de la casa a divertir sus tristezas con la hermosura i serenidad de la noche i el airecillo fresco i perfumado que soplaba entre las hojas de los árboles.

La familia de Crespo acostumbraba pasar allí un rato despues de la cena.

El lugar parecia tranquilo, tal al ménos lo indicaba el silencio que reinaba en derredor.

La calma i sosiego de la noche se avenian perfectamente con el anhelo de reposo que aquejaba el alma dolorida de Isabel.

Pero ¡ai! esa calma era mas bien presajio de borrasca.

En verdad que los soldados habian partido una hora ántes, i que no se oia en toda la aldea un solo rumor sospechoso. Sin embargo, los que se van pueden volver cuando ménos se los espera, i así sucedió en esta ocasion. El capitan, una vez fuera del pueblo, dejó de secreto la compañía, a las órdenes del alférez i volvió atras con Rebolledo i tres soldados mas.

La pasion que lo devoraba lo tenia fuera de sí, i a tal punto llegaba su delirio, que estaba resuelto a dar su vida por la posesion de Isabel.

No habiendo logrado de ella nada con ruegos ni amenazas, no abrigaba ya otra esperanza que arrebatarla de su hogar.

Apénas se le ocurrió una resolucion tan desatentada, se dispuso a ponerla por obra, bien que no se le ocultaron ni sus dificultades, ni las terribles consecuencias que podria tener una violencia tan injusta.

A la salida de Zalamea habia un espeso bosque, donde se ocultó con sus compañeros, a fin de hacer hora para entrar en el lugar i aguardar allí que don Lope hubiese partido.

Una vez libres de este último i creyendo la noche bastante avanzada, don Alvaro i los suyos abandonaron el bosque i disfrazados con largas capas penetraron en Zalamea.

Acabamos de ver cómo Ines e Isabel habian salido a tomar el fresco bajo el emparrado de la calle, ajenas de que pudiera amenazarlas el menor peligro.

– ¡Qué dia éste! decia la sensilla jóven a su prima.

—No hemos tenido paz desde que estos hombres entraron en la aldea, respondió Ines.

—¡Gracias a Dios que todo ha concluido!

—I era bizarro el capitan.

—Pero violento i tirano.

—Te amaba mucho.

—¿Lo crees?

—¡Hizo por tí tantos extremos!

—¡Amor de paso, fiebre de un instante!

—¡Quién sabe!

—¡Qué engañada vives, Ines! ¿Cuándo se ha anunciado así el verdadero amor? Don Alvaro no suplicaba; exijia, mandaba, olvidando que tengo honra que perder i un corazon que no se conquista como se asalta una plaza.

—¿I lo habrias amado?

—Despues de lo que ha hecho, mi corazon no podria ser suyo.

—Eres orgullosa.

—Soi honrada.

—I sin embargo, el capitan hubiera sido para tí un partido mui ventajoso. Su bizarría, su nobleza ...

—Desde niña, querida Ines, me enseñó mi padre que la verdadera nobleza consistia en la virtud i en la honradez del alma. El es hidalgo i yo labradora. El orgulloso con su sangre, yo contenta de ser quien soi. Hasta hoi mi corazon no ha sentido el yugo del amor; libre i alegre he vivido en mi soledad, sin desear un momento verme ajitada por los embates de la pasion. ¿Pasaré así toda mi vida? lo ignoro; pero si algun dia llego a amar, no amaré al hombre que crea honrarme, ofreciéndome su mano, sino al que igual a mí en condicion me traiga con su cariño, por dote las virtudes, por ejecutoria una vida sin mancha.

Miéntras así hablaban ni Isabel ni su prima vieron algunas sombras que silenciosamente avanzaban hácia ellas.

Eran don Alvaro i los suyos.

Venian resueltos a escalar la casa i a arrebatar a la jóven si

era preciso de su propio aposento, i la ocasion la ponia en sus manos de una manera tan fácil como inesperada.

Isabel se sintió repentinamente cojida por detras.

—¡Ines! alcanzó apénas a gritar con acento ahogado.

Su prima no podia responderle, pues Rebolledo la tenia tapada la boca con entrámbas manos.

—¿Qué es esto? gritó Isabel desesperada.

—¡Amor, furia, delirio! la contestó don Alvaro estrechándola contra su pecho.

—¡Déjame!

—¡En marcha, señor! gritó Rebolledo, ved no hai tiempo que perder.

—Guardadme vosotros las espaldas, no permitais que nadie me siga.

—Mirad que se siente ruido en la casa.

El capitan corrió llevando en sus brazos a Isabel.

—¡Cobardes, ladrones! gritó Crespo saliendo del interior.

El anciano venia desarmado.

Los soldados se precipitaron sobre él, postrándolo por tierra.

Rebolledo, abandonando a Ines que quedaba en el suelo desmayada, se dirijió hácia el anciano i colocando sobre su cuello la punta de su espada,

—Si gritas, mueres al instante, le dijo.

—¿No hai ya rayos en el cielo? exclamó desesperado el infeliz padre.

—¡Padre mio! sonó a lo léjos una voz llena de suprema angustia.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! sollozó Crespo; i dirijiéndose a Rebolledo: Mátame, mátame, le dijo, i serás una sola vez asesino.

—Como nos sigas, contestó el soldado, es segura tu muerte. Ya el capitan va léjos, añadió mentalmente, i soltando a Crespo huyó con sus compañeros.

—¿Qué me importa la muerte? ¡Bandidos, dadme a mi hija! gritó el honrado labrador tratando de levantarse.

Cuando pudo conseguirlo, sus enemigos habian ya puesto mucho camino por medio.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

UN ANJEL.

(EN LA MUERTE DE ALFREDITO PEREIRA.)

Yo ví una madre que lloraba al hijo de su amor; sus lágrimas, sus tristes quejas partian el corazon. ¡Pobre madre! ¿quién podrá templar su afliccion? ¿quién podrá enjugar su llanto?.... ¡Oh! dejadla, dejadla que para ella no hai consuelo i vuestras palabras solo sevirán para acrecentar su dolor.

Ella llora; pero ¿no veis que esas lágrimas son el único alivio que puede tener su alma lacerada? ¿no veis que es ése el último tributo que ella paga al hijo que tanto amó?....

—¡Muerto! repite ¡muerto!.... ¡él!.... ¡mi hijo!.... Pero, nó; no puede ser: ahí está; yo lo veo...., me llama...., se sonrie. ¡Oh! traedmelo, traedmelo por piedad.

I la madre desesperada, una i mil veces, en vano, repetia un nombre para ella tan dulce i tan querido. El niño ya no lloraba, el niño ya no sonreia, el niño ya no gorjeaba.... La cuna estaba vacía. ¡Vacía!.... Solo una madre puede comprender la inmensa amargura que envenena el alma de la madre que, al acercarse cariñosa, anhelante, a la cuna que ella por sus propias manos ha engalanado, no encuentra aquel tesoro, aquel pedazo de su corazon, aquella delicada i tierna flor, preciosa flor que, desprendida del cielo, Dios le enviara para tejer la corona que, algun dia, ha de ser su mas hermoso galardon.

¡Ah! las lágrimas que empapan las mejillas de una madre que llora su perdido bien, son lágrimas benditas que los ánjeles recojen, son perfumes deliciosos que suben hasta el mismo trono de Dios.

La madre llora, el padre calla. Silencio sublime, relijioso, santo; silencio que revela la mas tremenda afliccion i que por sí solo basta para mostrar la fé, la inmensa fé que arde en aquel corazon.

—No llores, le dice a su esposa; nuestro hijo vive; nuestro hijo en este instante acompaña con sus cantares los cantares de los querubes. El es feliz i, en medio de su dicha, olvidar no puede a los que le dieron el sér. ¿No oyes?.... ¡es su voz!....; él nos llama, esposa mia, él nos bendice i, con sus arrullos, nos invita a ensalzar i glorificar tambien la mano omnipotente que nos arrebatara un hijo para regalarnos un ánjel.

¡Tierno niño, blanco i puro como la flor del jazmin, despliega tus alitas de oro i emprende en paz tu vuelo hácia aquella morada, eterno albergue de las flores que, como el jazmin, la azucena i el lirio, los anjelitos del cielo tanto gustan trasplantar de la tierra para ofrecerlas a Dios!

Santiago, mayo 7 de 1875.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

ABRIL.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Miscelánea.—Coleccion de artículos, por Benjamin Vicuña Mackenna.—1 vol. en 4.° mayor de 304 páj.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Suscricion de la "Academia de Bellas Letras" a la estátua de don Andrés Bello.—1 vol. en 4.° de 378 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Historia de Chile durante los cuarenta años trascurridos desde 1831 *hasta* 1871, por don Ramon Sotomayor Valdes.—Entrega 1.ª en 4.° mayor, desde la páj. 1 hasta la 104.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Diccionario de chilenismos, por Zorobabel Rodriguez.—1 vol. en 4.° de 487 pájs.—Imprenta de *El Independiente.*

Código Penal chileno anotado i explicado por Pedro J. Fernández.—1 vol. en 4.° de 144 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

El Capitan Sambruno o el escarmiento de los talaveras, novela histórica.—Entregas desde la 39 hasta la 50 i desde la páj. 49 hasta la 192.—Imprenta *Schrebler.*

VALPARAISO.

Visita al Monte Calvario o sea la via-sacra bajo el aspecto topográfico, histórico i relijioso, etc., por el padre Miguel María de Ruvo.—3.ª edicion.—1 vol. en 8.° de 234 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*

Sociedad de Instruccion Primaria de Valparaiso.—Inauguracion de la escuela Sarmiento, etc.—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta *Colon.*

Quevedo.—2.ª parte, novela por Francisco Orellana.—Entregas 37, 38 i 39 en 8.° desde la páj. 97 hasta la 168.—Imprenta de *La Patria.*

Escuela alemana de Valparaiso.—Artículo sobre ella, tomado del periódico aleman que se cita.—Hoja suelta.—Imprenta de *La Patria.*

La expedicion del "Talisman" por Justiniano Zubiría.—1 vol. en 8. ° de 260 pájs.. —Imprenta de *El Mercurio.*

Los misterios del confesonario, novela.—Tomo II.—Entregas 21, 22 i 23 en 4. ° desde la paj. 193 hasta la 334.—Imprenta de *El Mercurio.*

De la reglamentacion de la prostitucion, por Ramon Allende P.—1 vol. en 8. ° de 32 pájs.—Imprenta *Colon.*

Conferencias populares.—Idea sobre la Constitucion de Chile, por Abraham König. —1 vol. en 12. ° de 47 páj.—Imprenta *Colon.*

Quinta memoria de la compania de salitres i ferrocarril de Antofagasta, etc.—1 vol. en 4. ° de 22 pájs.—Imprenta de *La Patria.*

Compania de descubridores de Caracoles.—Quinta memoria de la Compañía.—1 vol. en 4. ° de 8 pájs.—Imprenta de *El Universo.*

Ferrocarril de Coquimbo.—Memoria del Directorio por el segundo semestre de 1874, etc.—1 vol. en 4. ° de 26 pájs.—Imprenta de *El Universo.*

Estatutos municipales para el Colejio de misioneros franciscanos, etc.—1 vol. en 8. ° de 30 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*

Telégrafo transandino.—Cuarta memoria que el directorio presenta a los señores accionistas, etc.—1 vol. en 4. ° de 8 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*

VALLENAR.

Memorial presentado a la gobernacion de Vallenar sobre los turnos i la reglamentacion de las aguas del rio Huasco.—1 vol. en 4. ° de 15 pájs.—Imprenta de *La Descentralizacion.*

RANCAGUA.

Estatutos de la sociedad protectora de artesanos.—1 vol. en 12. ° de 11 pájs.—Imprenta de *Rancagua.*

DESCRIPCION JENERAL DEL UNIVERSO.

(Conclusion.)

III.

Que cada estrella es centro, en torno del cual jiran varios astros menores, es una hipótesis mui probable, pero, cuya demostracion directa solo es posible respecto de una de las ménos importantes del sol.

Creian los antiguos sabios, siguiendo la natural propension del hombre a juzgarse centro de la creacion universal, que el sol i los demas astros habian sido creados únicamente para jirar al rededor de la tierra, alumbrándola durante el dia i embelleciéndola

durante la noche. Hoi la tierra ha perdido su elevado rango, i nadie ignora que el sol es el eje central del grupo a que pertenece la tierra, situado en un pequeño rincon de la nebulosa de la Via Láctea.

La forma del sol es la de una jigantesca esfera; i aunque no es una de las estrellas mayores, su volúmen es quinientas o seiscientas veces mayor que el de todos los planetas i sus satélites reunidos; para equilibrar su peso seria menester de reunir el de trescientas cincuenta mil tierras iguales a la nuestra.

En conformidad a las leyes que gobiernan todos los cuerpos celestes, el sol no permanece inmóvil. Jira sobre sí mismo en un espacio de tiempo poco mayor de veinticinco dias; describe ademas una inmensa órbita, cuyo centro, forma i dimensiones nos son desconocidos, i cuya direccion solo se ha logrado determinar mui imperfectamente. Al describirla arrastra consigo todos los astros del sistema, que no por eso alteran el órden i naturaleza de sus movimientos peculiares. Así marcha en armonioso conjunto el mundo solar, animado de una velocidad no menor de ocho quilómetros por segundo.

Siendo el sol una estrella semejante a las demas que vemos brillar en el firmamento, no necesito decir que la luz i el calor que sobre nosotros derrama, son productos propios de él mismo, resultado de una inmensa combustion que continuamente ajita i desgarra su vastísimo seno. Esta cualidad de foco de luz i calor, es la mas interesante para los habitantes de la tierra. Para obtener una luz equivalente serian menester ochocientas mil lunas. Mediante una sabia sucesion de luz i de oscuridad, señala a los mortales el tiempo que han de destinar al trabajo, i cual al reposo necesario para restaurar las fuerzas con que han de proseguir las tareas interrumpidas. La noche templa los ardores del dia, i éste disipa el frio que durante su ausencia habia logrado establecer su triste dominio a favor de las tinieblas. Si la tierra no jirase sobre sí misma i presentase siempre la misma faz a sus fuegos, la mitad de ella pereceria abrasada, i cuanta sustancia adhiere a su superficie seria reducida a cenizas o convertida en hirviente líquido, miéntras tanto la mitad opuesta permaneceria envuelta en inhospitalarias tinieblas i todo jérmen de vida seria destruido por el frio.

El suave calor del sol hace jerminar i favorece el desenvolvimiento de la infinidad de séres que extraen su alimento de las sustancias vejetales i minerales, orgánicas o inorgánicas desarrolladas tambien bajo su influencia. No es el oríjen de la vida; pero, sí, el conservador i reparador de las fuerzas que la producen i alimentan.

El cambio de estaciones, a mas de hacer habitable la terrestre esfera, permite el completo i variado desenvolvimiento de las fuerzas vejetales, de tal manera que éstas se actuen en multiplicados i exquisitos frutos diferentes para cada uno de los climas,

en que naturalmente se divide la tierra. De aquí derivan grandes ventajas; pues, el hecho de no ser idénticas las producciones de todas las rejiones del globo, de tal manera que una sustancia de consumo jeneral se produce solo en determinadas comarcas, nos indica claramente el deber de auxiliarnos mútuamente, i de establecer medios de comunicacion para cambiar nuestros frutos por aquellos propios de lejanas tierra i que las condiciones climatéricas de nuestro suelo nos impiden cultivar. Así, aunque parezca una paradoja, me atrevo a afirmar que el sol es el primer fundamento del comercio, i por consiguiente de la civilizacion que va siempre en pos de éste. El cambio de productos enjendra el de ideas, i el cambio de ideas es el poderoso vehículo del adelantamiento intelectual i material.

Humillemos nuestra frente en el polvo. Adoremos a la Divina Providencia, cuyo poder i sabiduría infinitas se han complacido en derramar innumerables beneficios sobre la morada de un sér tan despreciable, como es el hombre, mezcla informe de ingratitud i corrupcion, lodo i vanidad. Aprendamos a conocer a Dios en sus obras, pero, deploremos tambien amargamente la ceguedad de espíritu de aquellos desgraciados que ofuscados por una torpe sensualidad e hinchados por el viento de una vana ciencia se empeñan en desconocer sus marabillosos designios i cierran los ojos a la universal armonía para atribuir la sabia ordenacion i conservacion de las cosas creadas a un acaso tan ciego e impotente como ellos o a algun dios pigmeo forjado segun la medida de su presuntuosa ignorancia. Prosigamos nuestra respetuosa investigacion; mas al recorrer las obras del Todopoderoso, guardémonos de pretender alzar con mano temeraria el velo que oculta sus misteriosos designios de la criminal curiosidad de la humana sabiduría.

Mas, el sol no ha sido creado únicamente para satisfacer las necesidades de la tierra; su luz i calor se reparten, aunque no de igual modo, entre todos los planetas. Pero las condiciones en que ejerce su influencia varían segun las distancias, dimensiones, constitucion de cada uno. Así Mercurio i Vénus reciben mayor cantidad de calor que la tierra. El período de rotacion al rededor del sol, es decir, su año, es mas corto. En el primero se nota cambios de temperatura mas pronunciados; el clima de Vénus es mas uniforme. Aunque Marte recibe ménos calor, es el planeta que reune las condiciones de habitabilidad mas análogas a las de la tierra. La duracion de sus dias es casi igual i goza de un clima semejante al nuestro, apesar de que sus estaciones son mas largas.

Júpiter, Saturno, Urano i Neptuno jiran sobre sí mismos con velocidad incomparablemente mayor, lo que produce dias en extremo cortos. El período de traslacion es mui largo. Su gran distancia es causa de que apénas les lleguen los rayos solares. La duracion del dia de Urano i de Neptuno es desconocida, pero es probable que sea menor que la de los terrestres.

Sabemos ya que en torno del sol jiran los planetas. Mas no son ellos los únicos miembros de esta familia; a mas de los satélites que son planetas pequeños, existen los cometas, cuerpos de naturaleza extraña i mui poco conocida.

Como todos los astros, los planetas son cuerpos mas o ménos esféricos que jiran sobre sí mismos en tiempos de duracion constante. Mas, es menester no confundirlos con las estrellas.

Hai entre ellos diferencias, cuyo reconocimiento exije solamente vista i paciencia; mas, hai otras, i talvez las mas esenciales, para cuyo descubrimiento han necesitado los astrónomos profundas investigaciones realizadas mediante el raciocinio i la experiencia de muchos siglos de continuo trabajo. Entre las primeras merece nuestra atencion el movimiento real de los planetas. Así se observa durante algunos dias la situacion de uno de ellos respecto de un grupo de estrellas determinado, mui pronto se nota que no es invariable; se ve al planeta animado de un movimiento bastante sensible que lo aleja de unas estrellas, acercándolo a otras, hasta que al fin de cierto tiempo vuelve a la situacion primitiva, desde donde torna a emprender la misma jornada. La observacion de las estrellas da un resultado mui diverso. Podemos estudiar i comparar su situacion exactamente durante una larga série de años sin que lleguemos a notar en ello algun cambio perceptible, por insignificante que sea. Así, si la estrella materia de nuestra investigacion se halla situada en las inmediaciones de cierto grupo, ahí lo encontraremos siempre, sin que su situacion se altere en un punto. Por razon de esta inmovilidad, el cielo nos presenta todas las noches el mismo aspecto, salvas las variaciones jenerales determinadas por el movimiento aparente de toda la esfera celeste, i que consisten en que las estrellas mas inmediatas al lado occidental del horizonte van desapareciendo por líneas paralelas, miéntras por el lado opuesto se levantan nuevas zonas que recorren la esfera, animadas tambien de un movimiento uniforme, para ir a desaparecer por el occidente del mismo modo que las primeras. De aquí proviene la posibilidad de construir mapas del cielo, tan exactos como los en que se acostumbra representar la tierra, i sin los cuales el estudio detallado de cada una de sus partes i el consiguiente descubrimiento de planetas u otros astros desconocidos tropezaria con dificultades cuasi insuperables.

Otra diferencia que tambien permite reconocerlos a la simple vista, si bien con ménos seguridad, es la naturaleza de su luz. La de las estrellas es vibrante, su brillo varía con cierta irregularidad, ya parece extinguirse, ya torna a brillar con mayor esplendor; la de los planetas es mas suave i reposada i no está sujeta a accidentes repentinos que interrumpan su uniformidad.

Las estrellas, como dije al tratar en particular de ellas, brillan con luz propia, emanada de ellas mismas, como la que produce un carbon encendido. No así los planetas que son cuerpos opa-

cos, es decir, no luminosos. I si la apariencia manifiesta lo contrario, es porque su superficie refleja la luz del sol a manera de un espejo herido por los rayos solares, que no produce por sí mismo luz alguna, i no obstante, al mirarle nos parece cuasi tan luminoso como el sol i aun podemos dirijir la luz reflejada por él hácia un objeto cualquiera.

El mundo solar se compone de ocho planetas principales que enumerados segun el órden de sus distancias respectivas al astro central son: Mercurio, Vénus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano i Neptuno. Entre Marte i Júpiter existe una dilatada zona que durante muchos siglos se consideró como enteramente desprovista de planetas. Mas, a contar desde el primer dia del siglo XIX, las exploraciones de los astrónomos han ido descubriendo en esa rejion gran número de planetas cuya pequeñez está compensada por la cantidad; pues, donde ántes no se conocia ningun cuerpo celeste se cuentan ya noventa i cuatro i no es posible determinar hasta donde extenderá ese número el infatigable celo de los observadores.

Varios de los ocho grandes planetas tienen bajo su inmediata dependencia otros cuerpos menores llamados satélites i destinados a desempeñar respecto de ellos las mismas funciones de la luna respecto de la tierra. Así el jigante Júpiter posee cuatro de estos servidores. La corte de Saturno es aun mas extraordinaria, pues, a mas de rejir ocho pequeños mundos, está rodeado por un anillo triforme de grande extension, i cuya sustancia nos es desconocida. Nosotros, moradores de la tierra, no podemos imajinar el aspecto marabillosamente variado que presenta su superficie, dividida tambien en zonas alternadas luminosas i oscuras. Cuatro lunas prestan su luz a Urano, i dos al solitario Neptuno. La tierra es la mas desprovista de las grandes esferas que circulan en su compañía, pues, gobierna solo un satélite que apénas alcanza a suplir una parte de la luz del sol.

Las órbitas que describen los planetas en torno del sol son mui variadas como dependientes de sus respectivas distancias de ese astro. Sus dimensiones lo son igualmente; así Mercurio, Vénus, Marte i todos los asteroides son menores que la tierra; Júpiter el mayor del sistema es mil trescientas setenta i ocho veces mas voluminoso, i los demas son tambien mayores aunque no en tan vastas proporciones. El período de rotacion es perfectamente conocido, como igualmente, sus distancias i la forma de sus órbitas. No entraré en detalles por no traspasar los límites que me propuse al emprender este estudio. Baste saber que la mayor parte distan del sol mas que la tiera, es decir, mas de ciento cincuenta millones de quilómetros.

Segun esto, el viaje al sol desde la tierra no seria tan difícil como a una estrella. Un hombre-globo animado con una velocidad igual a la de una bala de cañon tardaria en llegar quince años, que es un tiempo mui razonable. Si, lo que es ya un poco

ménos hacedero, lograse adquirir la de la luz podria hacer el viaje de ida i vuelta en dieziseis minutos treinta segundos mas o ménos.

Los satélites se diferencian de los planetas únicamente en que no jiran inmediatamente en torno del sol, sino al rededor de algun planeta. Por lo demas, son cuerpos esféricos i opacos como éstos i brillan reflejando la luz del sol. Sus movimientos son naturalmente mucho mas complicados, de manera que no es fácil formarse una idea clara de sus revoluciones. Jiran sobre sí mismos, carácter comun de todos los astros. Describen su órbita especial en torno del planeta principal. Este jira al rededor del sol arrastrando en su órbita a los satélites especiales. El sol, como sabemos, describe tambien una órbita inmensa cuyo centro es un punto del espacio no conocido exactamente, i en la cual arrastra todo su cortejo celeste El planeta lo sigue por esta senda jirando al mismo tiempo en torno de él. De aquí una nueva causa de complicacion en los movimientos del satélite que debe seguir a su señor por estos desordenadamente ordenados caminos, siempre sin apartarse de su primer movimiento.

Los antiguos tenian ideas mui extrañas, i no faltan modernos que de ellas participen, acerca de la falta o benigna influencia que podian ejercer los planetas i la luna sobre los destinos de la tierra i sus moradores.

No estará de mas analizarlas lijeramente aunque no sea mas que para dar una muestra de las locuras en que puede envolver al hombre la debilidad de ese entendimiento que tanto lo envanece. ¡Que el ejemplo de esas necias cavilaciones nos enseñe a encerrar nuestro corazon en los límites señalados por su Creador! No pretendamos conocer sus inefables misterios, ya que somos incapaces de comprendernos a nosotros mismos i aquella reducida parte de la naturaleza que plugo a Dios entregar a las disputas de los hombres.

¿Quién ignora la historia de Mercurio, trasformado tambien en Apolo? Su oficio era doble. En el carácter de Apolo era el mensajero del dia i patron de las letras; disipaba las tinieblas i presidia el castalio coro. Las funciones que desempeñaba en el carácter de Mercurio no eran tan propicias, al ménos para la mayor parte del jénero humano; pues, si bien era dios del comercio, tambien presidia las nocturnas artes de aquellos que practican la noble industria de apropiarse lo ajeno con el menor peligro de su pellejo. Talvez será el patron de ciertos autores cuyos pensamientos coinciden casualmente con los ajenos. En la Edad Media, dicen que entretenia sus ratos de ocio en fabricar sabios, artistas i frailes.

Despues de tantos poetas como han cantado i cantan las glorias de Vénus, no he menester hablar de su dulce influencia. La madre de los amores les es mejor conocida que a mí, a ellos remito los lectores de "Estrella de Chile."

Pero, a su lado avanza el impío Marte. Entre los pliegues de su rojo vestido nos trae el llanto de las viudas, el dolor de las madres, la desesperacion de la vírjen recien desposada; la guerra i su negro cortejo. A sus perversas emanaciones se atribuia el nacimiento de toda clase de jentes pendencieras i revoltosas. Sin embargo, este astro condenado a anunciar el exterminio de jentes, cuya existencia ignora, es el que reune condiciones de vida mas semejantes a las de la tierra; si hai astros habitados por séres análogos al hombre, ningun se presta al efecto mejor que Marte. En lugar de ser el laboratorio de todas las calamidades humanas es una mansion bienaventurada, cuyos habitantes deben de gozar completa felicidad, como que a ellos no alcanzan los efectos de la curiosidad de nuestra primera madre. Así, apesar de las gratuitas afirmaciones de sus detractores, los martenses viven rodeados de profunda paz, ignorando el feliz arte de matarse mútuamente de la manera mas científica i breve posible.

Es verdad que él mismo se tiene la culpa de las innumerables calumnias de que es objeto. El color rojo de su suelo o de su vejetacion le da un aspecto sangriento, i como el hombre es inclinado a juzgar de las personas por sus apariencias, le ha atribuido un carácter maligno i propensiones a la carnicería.

Saturno era un viejo frio, misántropo, inexorable, de gustos mui extravagantes, pues se complacia en presidir el nacimiento de todo linaje de jente ruin i en afijir a la humanidad con diversas especies de enfermedades repugnantes. Como dios del tiempo impide que vivamos eternamente i es el destructor infatigable de todas las empresas humanas. Usando de sus divinas prerogativas me advierte en este momento que ya he malgastado demasiado el del Círculo i que por consiguiente debo hablar lo ménos posible sobre su vecino Urano.

Es éste el primero que tuvo la audacia de traspasar el sagrado número siete. Pues, es de saber que los antiguos conocian solo siete planetas, Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter i Saturno que son cinco; agregaban el sol i la luna i tenian siete; número que segun la creencia jeneral no podia aumentar en consideracion a varias combinaciones setenarias que ellos habia observado en la naturaleza. Gracias a la época reciente de su descubrimiento, Urano ha escapado de que se le atribuyan celestes influencias sobre los destinos del hombre, quien siempre se imajina que hasta los astros se preocupan de su persona para favorecer o destruir sus mezquinos intereses.

RAIMUNDO SALAS E.

DICCIONARIO DE CHILENISMOS

POR

ZOROBABEL RODRIGUEZ. (1)

Nos apresuramos a recomendar la importantísima obra que acaba de sacar a luz nuestro distinguido colaborador i amigo don Zorobabel Rodriguez, con el título de *Diccionario de Chilenismos*. Reservándonos para hacer despues un estudio detenido de ese libro, nos limitamos por ahora a asegurar que el *Diccionario de Chilenismos* revela de parte de su autor una erudicion mui poco comun, estudios serios i notable conocimiento de nuestra lengua; es un trabajo digno de figurar al lado de los mas famosos que se han escrito sobre el castellano, como los de Bello, Baralt, Cuervo, Monlau, etc.—Con su *Diccionario* ha probado Zorobabel Rodriguez que no solo es diarista eminente i economista distinguido, sino tambien un respetable filólogo. Su obra de que damos cuenta no puede faltar ni en la mesa de los maestros de gramática o de literatura ni en la carpeta de los estudiantes de esas asignaturas. No puede faltar tampoco en la librería de nadie que aspire a hablar i escribir castellano.

(1) 1 vol. en 4.° de 499 pájs.—Imprenta de El Independiente.—Santiago, 1875.

PEDRO CRESPO.

(Continuacion.)

XI.

EN EL BOSQUE.

Don Alvaro corria como un gamo llevando en sus brazos la hermosura que tan ardientemente habia codiciado.

Pronto salieron de la ciudad i penetraron en el bosque, donde la pobre niña no podia esperar ningun amparo.

Isabel jemía llamando a los cielos en venganza de su inocencia desvalida i conjurando a don Alvaro por cuanto hai de mas sagrado en la tierra, la permitiera volver a su casa, prometiéndole que su padre lo olvidaria todo.

¡Vano rogar! ¿cómo escucharia sus jemidos un hombre cegado por la pasion que todo lo habia atropellado, i a quien talvez no quedaba otro partido que abandonar vergonzosamente sus banderas para escapar al severo castigo que su jeneral sin duda impondria?

Isabel sucumbió como débil que era. No hallando compasion en su bárbaro raptor, cesó de pedir justicia a los cielos i la vergüenza i el rubor enlutaron su frente manchada por un crímen que no era suyo.

Los árboles del bosque, testigos de su baldon, la soledad i silencio de la noche, cuyas sombras comenzaban a desvanecerse con los primeros albores del dia aumentaban su angustia i su confusion.

Era inocente, el deshonor que habia caido sobre ella no llegaba a marcharla ante Dios, pero la infeliz se acusaba a sí misma como si fuese culpable, como si tuviese que responder al Juez Supremo de los crímenes del miserable que la habia perdido.

Estaba sola, porque consumada su desgracia, no quiso quedar

un momento al lado del traidor, que decia amarla tanto, ni admitir una sola de sus disculpas, por lo que éste, cansado de sus quejas, cometió la villanía de abandonarla.

Tres largas horas de inútiles i desesperados esfuerzos la habian rendido i sola, sentada sobre el tronco de una encina caida, lloraba sin consuelo su desventura.

A la indecisa claridad del alba, que ya despuntaba, distinguió un hombre que pasaba no mui léjos i tembló al reconocer en él a su hermano Juan.

Huia i sus ropas estaban ensangrentadas.

En pos de él i no a mucha distancia corrian tres hombres en quienes no tardó en reconocer a los soldados que habian ayudado a su rapto.

Isabel lo cemprende todo.

Juan se habia batido con el capitan, acaso lo habia muerto.

—Es preciso salvar a mi hermano, se dijo, i avanzó hácia los soldados.

—¡Deteneos! les gritó.

—¡Ah! ¡eres tú! dijo Rebolledo, reconociéndola.

—Sí, yo soi; avergonzaos de vuestra cobardía.

—Niña, dijo Rebolledo, eres demasiado jóven i linda para no consolarte presto del desvío de tu primer amante.

—¡Calla!

—¿Nada mas tienes que decirnos? acaba, que vamos de prisa.

—I ¿a dónde ibais?

—Siguiendo a un hombre.

—Si quereis que Dios os perdone lo que contra mí habeis hecho no lo sigais.

—¿Sabes quién es?

—Lo he visto pasar.

—¿Ignoras que ha herido al capitan?

—Dios entónces dirijió su mano.

—Dios no se mete en esas cosas, niña.

—No blasfemes, soldado; pero si queda en tu alma algun sentimiento noble deja de perseguir a mi hermano.

—En verdad, observó uno de los soldados, ¿qué sacamos en buscar a ese pobre diablo?

—Razon tienes, dijo el otro, lo mejor será volver donde el capitan.

—Dios os lo pagará, dijo Isabel separándose de ellos.

Los soldados volvieron hácia atrás.

Entre tanto Isabel comenzó a caminar a la ventura por los senderos del bosque.

—¿A dónde iré? decia ¿qué será de mí? ¿cómo tendré valor de presentarme ante mi padre? I si no vuelvo donde él ¿qué pensará de mí? Iluminadme, Señor, guiadme vos mismo, porque yo, infeliz, ignoro qué camino tomar.

Así hablaba cuando llegaron a sus oidos desgarradores lamentos que cada vez se hacian mas cercanos.

—¡Otro que llora! continuó ¡otro desgraciado! I ¿por dónde caminaré que no tropiece con el dolor?

Siguiendo la voz que se lamentaba llego hasta un sitio del bosque donde con sorpresa i angustia encuentra a su padre, al noble i venerable Pedro Crespo atado a un árbol como un malhechor.

—¡Padre!

—¡Hija mia!

Así gritaron los dos al reconocerse.

—Llega i desátame, dijo Crespo.

—Nó, padre mio, no lo haré hasta que oigais mi desgracia.

—¡Todo lo comprendo!

—¡Infeliz de mí! Soi inocente, pero matadme porque no puedo tolerar la vida.

Isabel avanzó a desatar a su padre.

Ella i el anciano vertian un torrente de lágrimas.

—¡Pobre de mí! pobre de tí, hija mia. ¡Ai de Juan que camina tan ajeno de lo que pasa!

—Juan huye en estos momentos.

—¿De quién?

—Hirió al capitan i los soldades le perseguian, pero ya felizmente nadie lo busca.

—¡Gracias, Dios mio! ¡no ha dejenerado mi sangre! Pero ¡tú de rodillas!—

Isabel estaba arrodillada.

—Esperando mi sentencia, padre mio.

—Alzate, que para mí eres tan pura como el dia en que besé tu frente rejenerada por las aguas del bautismo. ¡Terrible cosa que ha de haber desgracias para que sepan apreciarse las dichas! Para casos como éste sirven los grandes corazones. Levántate Isabel i vamos: tu hermano peligra i es necesario salvarlo. Respecto al capitan ¡vive Dios!....—

Ambos comenzaron a caminar.

El anciano, ella postrada por las angustias que la agobiaban, no podian marchar con la velocidad que el caso requeria. A mas de esto la espesura del bosque, el andar fuera de camino trillado les hicieron emplear en la marcha cuádruplo tiempo del que en otras circunstancias habrian necesitado para llegar a la aldea.

Su camino fué, pues, triste i largo.

Cuando entraban en Zalamea eran las ocho de la mañana i no fué poca su sorpresa al ver que a esa hora casi nadie transitaba por las calles del pueblo.

Zalamea parecia estar de luto, tal era su silencio i soledad.

XII.

EL NUEVO ALCALDE.

Crespo i su hija continuaron caminando sin fijarse en el espectáculo de la poblacion.

Al llegar a una esquina, Isabel dijo a su padre:

—¿A dónde vais, señor?

—Sígueme, respondió éste.

—¿Nó vamos a casa?

—Vamos a la del alcalde.

—¡Señor!

—Voi a pedirle justicia.

—A publicar nuestra deshonra direis mejor! Tal es mi desgracia, que en este mundo no espero otra justicia que la del cielo.

—¿I encubriremos con nuestro silencio la infamia de ese hombre? ¿Qué dirá el pueblo? Que tú eras su cómplice; porque no te engañes; todos ¡pobre hija mia! saben ya nuestra desventura.

—Señor, si tienes lástima de mí, si mis lágrimas conmueven tu corazon de padre, dejemos la venganza en manos de Dios. Aquí hai un convento de relijiosas carmelitas donde puedo acabar pacíficamente mis dias, dejadme en él, que desde niña he amado a la Vírjen, i bajo su manto hallaré un asilo, donde, pueda llorar sin que lleguen hasta mí los ecos del mundo i las irónicas burlas de los que quieran calumniarme. Allí sola, postrada ante el altar, rogaré por vos i por mi hermano; allí entre mis santas hermanas no habrá rostros que sonrian al mirarme ni almas crueles que me desprecien.

—Eso será despues.

—¿Por qué no luego?

—Antes es preciso que pidas justicia a los hombres.

—¿No podriais evitarme esa vergüenza?

—¿I cómo?

—Ya que absolutamente lo quereis, hablad vos por mí.

—¿Ví yo las cosas acaso? Quise seguirte; pero los traidores me dejaron en tierra a la puerta de mi casa i huian, i cuando pude alcanzarlos en el bosque, como eran muchos i yo un anciano débil me ataron a ese árbol como tú lo has visto.

En esto llegaron a la plaza, sin fijarse en el jentío que se agolpaba en uno de sus ángulos. Crespo e Isabel avanzaron hasta las casas consistoriales.

—¿Cómo es esto? dijo el labrador al llegar, ¿cómo es esto que no hai nadie aquí?

—¡Mirad! respondió la niña, mostrándole la jente que se arremolinaba en un punto de la plaza.

—¡Ai de mí! tal estoi que no recordaba que hoi se elije alcalde en el pueblo!—

En estos momentos el pueblo llenaba el aire con un sonoro *¡viva!*

—¿Quién será el elejido? pensó Crespo, iluminándose su rostro con un brillo extraño al hacerse esta interrogacion.

—¡Viva Pedro Crespo! gritó el pueblo entusiasmado.

—¡Yo alcalde! exclamó el labrador.

—Señor Pedro Crespo, dijo el escribano que avanzaba hácia él seguido de los alguaciles i de los vecinos mas respetables de la aldea; alcalde sois, i esperamos que esta vez no dejareis desairados a los que os han dado su voto.

—¿Yo alcalde?

—Sí, señor Pedro Crespo ¿i quién lo merece mejor que vos? Es preciso que esta vez dejeis a un lado la modestia i consintais en mandarnos. Fuera de esto, añadió hablándole al oido, vuestro gobierno se inaugura con dos notables sucesos. La venida del rei, que hoi o mañana estará aquí i una causa curiosa que dará mucho que hablar. El capitan de la compañía que ayer partió de aquí, ha vuelto herido con algunos soldados, que como él están de incógnitos en el pueblo.

—¿I se ha curado el capitan?

—Sí, mas no puede volverse a pié, i pide bagajes para hacer su camino, no habiendo en Zalamea quien quiera proporcionárselos.

—¿Con qué eso hai?

—Sí, el capitan, no quiere decir quien lo ha herido, i si esto se avirigua va a ser cosa sonada.

—Isabel, vete a casa, interrumpió Pedro, i vos, señor escribano, dad las gracias al consejo por el honor que me hacen. Inmediatamente voi a tomar posesion de la vara.

XIII.

JUEZ I PADRE.

El recien elejido se dirijió a las casas consistoriales, i, tan luego como hubo prestado el juramento de estilo, quedó reconocido por alcalde de Zalamea.

El pueblo aplaudia la eleccion i los hidalgos no la miraban de mal ojo, pues como hemos indicado era un deseo de toda la poblacion manifestado desde muchos años atras el que Crespo, con razon apellidado el amigo de todos i el padre de los pobres, empuñara la vara del gobierno.

Aquel dia era todo bullicio i fiestas.

Todos acudian a felicitar al alcalde, pero, con sorpresa jeneral,

nadie era admitido en su despacho i los alguaciles despedian cortesmente a los vecinos, diciéndoles que el nuevo majistrado tenia asuntos mui graves en que ocuparse.

En efecto, el alcalde de Zalamea oia una importante querella. Su propia hija acababa de presentarse a la audiencia reclamando justicia contra el capitan don Alvaro de Ataide; i el alcalde, juez i padre a la vez, la oia sin inmutársele el rostro, severo como la justicia, implacable como la venganza.

Isabel habia tenido que comparecer ante su propio padre, tal lo queria éste, tal lo disponia en sus altos consejos la justicia divina.

Pedro Crespo oyó la querella de su hija sin que se le contrajera un solo músculo del rostro.

Parecia un hombre de hierro.

—Se hará justicia, contestó a la demandante, despidiéndola con majestuoso ademan;—i una vez solo ordenó al escribano reuniese sus ministros i se preparase para acompañarlo en una dilijencia importante.

El escribano partió a dar cumplimiento a las órdenes del alcalde i éste, solo ya en la sala consistorial, comenzó a meditar sobre su situacion.

—En rigor, pensaba, no debo intervenir en esta querella, pero ya que Dios mismo pone en mis manos la vara de la justicia ¿por qué no he de oir a mi hija i hacer por ella lo que haria por otro cualquiera? ¡Ea, Pedro Crespo, no sin permision divina os han elejido hoi alcalde de Zalamea! Cumplid con vuestro deber, aunque el camino que sigais no sea el trillado: obrad en justicia i nada se os dé de lo que puedan decir de vos los hombres....

—Prontos estamos, dijo el escribano, apareciendo a la puerta con los alguaciles.

– Pues, en marcha, respondió Crespo, abandonando el tribunal.

Don Alvaro de Ataide estaba a la sazon escondido en una casa del lugar. La herida que le infiriera Juan era de mui poca gravedad i al jóven capitan le apuraba el ponerse luego en marcha, ántes de que se supiese su crímen en el pueblo o el severo don Lope notara su ausencia de las filas.

Pero era el caso que su estado le impedia marchar a pié i en la aldea no habia nadie que quisiese alquilarle una mala cabalgadura. Habia recurrido a la autoridad para que ésta compeliese a los vecinos a prestársela, pero con la eleccion del nuevo alcalde el ayuntamiento no se habia aun ocupado en su exijencia.

Contrariado con este contratiempo, estaba discurriendo con los soldados sobre lo que debia hacer, cuando sintió que llamaban con estrépito a la puerta de la casa.

—¡La justicia, mi capitan! exclamó azorado Robolledo.

—Abrid, respondió don Alvaro, finjiendo una calma que estaba mui léjos de sentir.

Pedro entró acompañado del escribano i los alguaciles.

—¡Vos aquí! exclamó sosprendido el capitan.

—Soi el alcalde del pueblo.

—I ¿qué quiere conmigo la justicia?

—Pronto lo vereis

—¿Cómo es eso? ¿Ignorais acaso mis fueros? ¿Qué teneis que hacer conmigo?

—Señor alcalde, respondió Rebolledo, proporcionad al señor don Alvaro los bagajes que necesita para marcharse.

—Nó, en mi vida.

—Mirad que no están léjos las tropas i pudiera pesaros vuestra obstinacion.

Crespo nada contestó, i dirijiéndose al escribano, le ordenó prender a los soldados, añadiendo en seguida: Dejadnos solos que me importa hablar en secreto con el capitan; i no tardeis en volver con los vuestros colocándoos en la pieza vecina al alcance de mi voz.

En valde los soldados intentaron hacer resistencia, pues no habia otro partido que obedecer i seguir al escribano i ministriles a la cárcel de la aldea.

El alcalde i el capitan quedaron pronto solos i mirándose frente a frente,

—Solos estamos ya, dijo don Alvaro, ¿qué quiere ahora la justicia conmigo?

—Nada, señor don Alvaro, no vengo a hablaros como majistrado sino a confiaros mis penas como hombre.

—Entónces, hablad.

—Salgan del alma los sentimientos que la despedazan, prosiguió enternecido Pedro Crespo, porque tal es mi situacion, don Alvaro, que prefiriera la muerte al estado en que me veo.

Soi un hombre de bien, i a poder escojer mi nacimiento, nada hallariais en él que desdijese de vuestra hidalguía. Pero, aunque nací villano, mi conducta honrada me captó desde mui jóven la estimacion de todos. El cabildo i el consejo hacen de mí confianza i, a Dios gracias, no hai labrador mas rico en toda la comarca.

—Prolijo estais.

—Tened paciencia i oidme. Mi hija fué criada en el mayor recojimiento i virtud i era hasta ahora el espejo en que se miraban las doncellas de la aldea. Si es hermosa, díganlo los estremos que por ella habeis hecho, aunque fuera mejor que lo dijeran mas bien mis lágrimas. ¡Ai, que de esa hermosura ha venido toda mi desdicha! Pero, señor, no apuremos toda la ponzoña que encierra el vaso, dejemos algo al sufrimiento i hagamos algo por enmendar lo que ha pasado.

— ¿I qué quereis?

—Es tan grande mi desdicha que ya no puedo ocultarla, que a haber otro remedio, no vendria a pedíroslo a vos. Os propongo un partido que a mí me conviene i a vos no os está mal. Tomad desde luego mi hacienda toda, sin dejar nada para mi sustento

aunque haya de quedar pidiendo limosna por los caminos. Si esto os pareciere todavía poco, ahí estamos yo i mi hijo, echadnos al cuello una cadena, vendednos como esclavos i nuestro precio aumentará la dote de Isabel.

No creo que desluzcais vuestra fama enlazándoos con la hija de un labrador, que el refran de Castilla dice, i lo dice con razon, que el caballo es el que lleva la silla, i así lo que vuestros hijos perdieren por ser mis nietos lo ganarán por venir de vos.

¿Nada decis, señor?

El capitan callaba.

—Mirad que os lo ruego de rodillas, siguió Crespo cayendo a las plantas de don Alvaro. Mirad que soi un anciano, que estoi ofendido i que soi padre. Mirad que solo os pido mi honor, i de tal modo lo hago, que parece no fuera mio lo que os estoi pidiendo.

—¡Basta! repuso colérico el capitan.

—Ved que puedo tomar por mis manos la honra que me debeis.

—Callad os digo, viejo cansado, i pensad que no os mato, porque Isabel me deba ese favor.

—¡Don Alvaro!

—Si pretendeis vengaros por las armas, bien poco podreis hacer, si como justicia, no teneis jurisdiccion sobre mí.

—¿No os mueven mis lágrimas?

—Dice el refran que lágrimas no se han de creer, en viejo, niño, o mujer.

—¿Nada hareis por calmar mi dolor?

—¿Qué mas que dejaros salir con vida?

—Mirad que a vuestras plantas.....

— ¡Que enfado!

—Mirad que soi el alcalde de Zalamea.

Al pronunciar estas palabras, la fisonomía de Crespo se habia trasformado. Las lágrimas que ha poco inundaban sus mejillas, parecian haber vuelto en tropel a su corazon; su voz era sonora i firme, sus ojos amenazaban i su mano cojia la vara del mando, que como inútil habia dejado en el suelo momentos ántes.

El padre se iba; solo quedaban el juez i el reo.

—El consejo de guerra solo puede juzgarme, respondió el capitan con altivez.

—¿Eso resolveis?

—Sí.

—¿No hai mas remedio?

—Para vos, el de callar.

—¿Ningun otro?

—Nó.

—Pues os juro, por Dios vivo, que habeis de pagar vuestro crímen. ¡Hola! ¡alguaciles!

El escribano i sus alguaciles se presentaron al llamado de su jefe.

—¡Prended al capitan! gritó Crespo, con voz amenazante.

—¿Cómo es esto? ¡con un hombre como yo!

—De aquí no saldreis, sino preso o muerto. ¡Daos a prision!

—No puedo defenderme. Vos respondereis al rei de semejante atropello.

—Yo tambien le diré algo de vos..... Capitan, entregadme vuestra espada.

—¿Tambien ese baldon?

—¿Como nó si vais preso?

—¡Respetadme!

—Eso sí, respeto, mucho respeto, interrumpió irónicamente el alcalde, dirijiéndose a sus ministriles; echadle al cuello una cadena i un par de grillos a los piés, todo esto sin falta a los respetos que debemos al señor capitan. Despues...., capitan, se averiguará la causa i vive Dios que si salis culpable, os he de ahorcar con el mayor respeto.

—¡Villanos con poder! exclamó con desden don Alvaro; i sin resistencia de su parte, se dejó llevar a la cárcel.

XIV.

LA JUSTICIA DE LA ALDEA.

Una hora despues el capitan don Alvaro de Ataide estaba sentenciado a muerte.

La causa era fácil de sustanciar; el reo no negaba su culpa ni estaba tampoco dispuesto a repararla. Los soldados confesaron todo ante la amenaza del tormento, i dos de ellos habian recibido su castigo, pues Rebolledo mas afortunado que sus compañeros, logró, fugándose escapar a los azotes, a que el inexorable alcalde lo tenia candenado igualmente que a sus compañeros.

Zalamea toda estaba vivamente excitada por la novedad del suceso.

Los vecinos, enemigos como hemos dicho de los soldados, aplaudian el fallo del alcalde, felicitándose de haberlo elejido para escarmiento de criminales i defensor de la honra de las familias.

El único que no estaba alegre era Pedro Crespo.

Los pesares lo atormentaban a mas de la desgracia de su hija.

Rebolledo se habia fugado i sin duda iba instruir a don Lope de lo acontecido, i el viejo jeneral no dejaria sin venganza avance como este de la autoridad ordinaria sobre los fueros militares.

Personalmente nada temia, solo lo contristaba la suerte de su pueblo, pues él estaba decidido a no ceder.

Por otra parte la situacion de Juan lo traia lleno de inquietudes.

¿Qué habria sido del honrado mozo?

¿Dónde se habria ocultado?

¿Cómo escaparia de don Lope, si llegaba a haberlo a las manos?

Era preciso hacer algo por ese hijo querido.

Desde el primer momento, alguna jente de confianza habia ido en su busca, pero los emisarios volvian sin haberlo hallado en ninguna parte.

Acongojado por esta causa, salia de las casas consistoriales acompañado de muchos individuos del pueblo, cuando a la puerta misma se le presentó el mancebo, rotos i ensangrentados vestido i daga, i en un aspecto que indicaba sobrado la ajitacion de su alma.

—Juan exclamó el severo padre, ¿qué es esto?

—¡Tener honra! respondió el jóven mostrando a su padre la sangrienta daga.

—¿Es honra dejar un soldado las banderas de su rei i herir en el monte a su propio capitan?

—Fué por vengar tu honor i el mio.

—¡Eh! basta; alguacil, llevadle preso.

—¿A tu hijo tratas así? preguntaron admirados los que rodeaban al alcalde.

—Igualmente obraria si se tratara de mi padre.

—¿Sabeis, padre mio, que el capitan deshonró a mi hermana?

—Lo sé, mas como majistrado debo averiguar cuál es tu culpa.

Nada valieron los ruegos del vecindario ni las símpatias que todos demostraban en favor de Juan, que sin demora fué llevado a la cárcel.

Pedro Crespo se dirijió a su casa.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Concluirá.)

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

LOS DOS AMIGOS.

Un dia que de un paisaje
Hacía Luis el bosquejo,
Entró un jóven al taller
I este diálogo tuvieron:

LUIS.

—Adelante, buen amigo.

EL JÓVEN.

—Felicidad, compañero.
(I despues de estas palabras
Un fuerte abrazo se dieron.)

LUIS.

—¿Desde cuándo por acá?

EL JÓVEN.

—En este momento llego,
Dejé la playa arjentina
Por variar temperamento.

LUIS.

—¿I ya te encuentras del todo
Restablecido?

EL JÓVEN.

—Los médicos
Me niegan toda esperanza
De mejoría.

LUIS.

—Dar crédito
A los doctores a veces
Es un engaño completo,
Hai enfermos desahuciados
Que viven mas que los buenos.

EL JÓVEN.

—Eso es verdad, i yo, amigo,
A no sentir lo que siento,
Pensara de igual manera.
Mas ¡ai! bien claro estoi viendo
Que el pronóstico se cumple
De los hijos de Galeno!

LUIS.

—¿I qué réjimen de vida
Debes llevar, segun ellos?

EL JÓVEN.

—Vivir del todo tranquilo,
Olvidando los recuerdos
Que ajitan i que destrozan
El corazon en mi pecho.

LUIS.

—Si eso han dicho los doctores
Sus razones tendrán ellos,
Por lo cual, es conveniente
No abandonar sus consejos;
Aunque es verdad que hai enfermos
Que viven mas que los buenos.

EL JÓVEN.

—Eso es verdad; pero, amigo,
Es imposible; no puedo
Olvidar a la mujer
Oríjen de mi tormento.

LUIS.

—¿I no has tenido noticias
Que indiquen su paradero?

EL JÓVEN.

—Ninguna absolutamente.

LUIS.

—Amigo mio, lo siento.

EL JÓVEN.

—I por acá ¿qué se dice?
¿Tenemos algo de nuevo?

LUIS.

—Por lo que hace a mi carrera
Algo notable tenemos.

EL JÓVEN.

—¿Cómo así?

LUIS.

—Hace dos meses
Que unos cuantos caballeros,
Admiradores del arte,
Ofrecieron un gran premio
Al artista que exhibiera
La pintura de mas mérito,
En un plazo, amigo mio,
Que mañana tiene término.

EL JÓVEN.

—Lo celebro con el alma
I me alegrará en extremo
Que triunfes de tus colegas
I que te lleves el premio.
I el cuadro que tú has pintado,
Amigo, con tal objeto
¿Es alguna de estas joyas
Que en este salon contemplo?

LUIS.

—No apliques tal nombre, amigo,
A mis borroneados lienzos,
Porque despues no sabrás
Que nombre dar a los buenos.

EL JÓVEN.

—Aunque profano en el arte
Hace tiempo que ya tengo
La costumbre de llamar
Por su nombre a cada objeto.

LUIS.

—Entónces sabrás, amigo,
Que el cuadro que yo presento
Al concurso, no es ninguna

De las *joyas* que aquí tengo.
Porque hace diez dias hoi
Lo he presentado al consejo
O junta que se ha nombrado
Para que decida el premio.

EL JÓVEN.

—¿Es algun asunto histórico
El que has pintado en el lienzo?

LUIS.

—Histórico, sí, querido,
Para su autor.

EL JÓVEN.

—No comprendo.

LUIS.

—Representa una cautiva
En el araucano suelo,
Al lado de un gran cacique
De esas tribus de guerreros....

EL JÓVEN.

—De esas hordas de salvajes
Querrás decir.

LUIS.

—Cuánto siento
Que te expreses de tal modo
Al hablar de aquellos pueblos,
Los mas valientes quizás
Que soporta el mundo entero.
¡Salvajes! ¡ah! ¿Qué dirias
Al que falto de respeto
De los hijos de la España
Hablara en iguales términos,
Sin otra razon, amigo,
Que por verlos defendiendo
Palmo a palmo el territorio
En que felices nacieron?
Al que defiende a sus hijos,
Su mujer i patrio suelo,
Es injusticia tildar
Del modo que tú lo has hecho.
La loba que despedaza
Con garra i diente sangriento
Al cazador atrevido

Que le roba a sus lobeznos,
Mas que fiera, en ese instante,
Es un sublime modelo
De cariño, es una madre
Que defiende a sus chicuelos.
De tal suerte el araucano
Que hiere i mata tremendo
A los ambiciosos que,
A fuerza de plomo i fuego,
Van, poco a poco, tenaces
Sus haciendas destruyendo;
En vez de tribus salvajes
Sin leyes ni sentimientos,
Son héroes que protestan
Del yugo del extranjero,
Son colosos que proclaman,
Lanzas i picas blandiendo,
Que el bien de la libertad
Es una herencia del cielo!

EL JÓVEN.

—Bravo, bravo, buen amigo,
Has hecho un discurso espléndido
Del araucano en defensa,
I vencido me confieso.
Mas, ¿qué relacion histórica
Tiene contigo ese lienzo?

LUIS.

—La de habérmelo inspirado
De mi niñez el recuerdo,
Porque has de saber, amigo,
Que mis ojos se han abierto
Bajo los bosques floridos
De aquel no domado suelo.
I que los dos personajes
Que he pintado en ese lienzo
Son, amigo, de mis padres
Los retratos verdaderos.
Por esto comprenderás
Que circula a un mismo tiempo
Sangre goda i sangre indíjena
Por las venas de mi cuerpo.

El jóven casi corrido
Al escuchar tales términos,
Estrecha la mano a Luis
Diciéndole:—Amigo, siento

Con el corazon i el alma
El lenguaje descompuesto
Que usé al hablar de los hijos
De tu patria.

LUIS.

—Yo no pierdo
A un amigo como tú
Por dichos que lleva el viento.
Quien ofende sin querer
Es digno siempre de aprecio.
Pero pasando a otra cosa
Mas agradable, por cierto,
Has de saber, buen amigo,
Que con el ánjel mas bello
Dentro de poco me caso.

EL JÓVEN.

—¿Te casas? ¡ah! lo celebro,
I no puedes figurarte
Cuán grandes son mis deseos
Por conocer a la bella
Que absorbe tu pensamiento!

LUIS.

—Podemos ir cuando gustes,
Esta noche, por ejemplo.

EL JÓVEN.

—Discúlpame, Luis querido,
Por esta noche no puedo,
De Valparaiso a Santiago
El viaje es largo i molesto,
I yo que recien acabo
De hacer tal jornada, siento
Que necesitan reposo
Mis bien fatigados miembros.
Pero mañana, sin falta,
Tendré el placer no pequeño,
De ofrecer a la futura
Mi amistad i mis respetos.

UNA SITUACION DESESPERANTE.

El artista don Luis va por la noche,
Siguiendo la costumbre que tenia,
A casa de Ferrol, i la llegada
De su excelente amigo comunica.

I despues de narrar con elegancia
Las cualidades que acreedor lo hacian
Al aprecio de todas las personas,
De condicion humilde o distinguida,

Lo conocí, repite, hace seis meses
A bordo de la nave en que venia
De regreso a mi patria, i, desde entónces,
El dulce lazo de amistad nos liga.

Impulsada Matilde por la fuerte
Curiosidad que a la mujer domina,
Suplica al jóven que pronuncie el nombre
Del sujeto feliz que así idealiza.

—¡Del sujeto feliz! ¡ah! permitidme,
Le repite a Matilde el buen artista,
Que ántes de dar a conocer su nombre
A conocer os dé su pena impía.

—¿Acaso es desgraciado?—I ¿quién no lleva
En este valle de congoja mísera
Abrumada la frente de pesares,
I herido el corazon por cruel espina?

Por un recuerdo de feliz ventura,
¿Cuántos recuerdos hai que martirizan?
Pero, ¡a qué hablar de tristezas tales
A un ánjel como tú! Olvida, olvida,

Lo que incauto te dije, i, piensa solo
Que el mundo es campo de brillante dicha,
I que si en él existe un desgraciado,
Es solo una excepcion, amada mia.

—Mas ¡ai! en qué consiste la desgracia
De tu jóven amigo; si la dicha
Pudiera yo volver a su alma triste,
¡Con qué marcado afan se la daria!

—Bendiga el cielo tu deseo santo,
I ese tu corazon donde se abrigan
Tan puros i sublimes sentimientos,
Que enloquecen de amor el alma mia.

—Narradnos, pues, la historia, amigo mio,
Dijo Ferrol, i replicó la niña
Llena de animacion:—Sí, sí narradla.
I de esta suerte prosiguió el artista:

—Entre los tripulantes de la nave
Que a las costas de Chile me traia,
Llamaba mi atencion, por su tristeza
Un jóven de figura distinguida.

Por las noches brillantes i serenas
Siempre he tenido decision magnífica,
Por que sueño feliz, i sé que solo
Soñando el hombre con placer respira.

Por esto, miéntras todos en la nave
Al descanso obedientes se rendian,
Velaba yo feliz en la cubierta
Al dulce halago de marinas brisas.

Una de aquellas noches adoradas
En que vagando mi alma se finjia,
Contemplando del mar las verdes olas,
Brillantes cuadros de perenne dicha,

Un suspiro sentí, suspiro triste,
Que conmovió del corazon las fibras,
I, sin quererlo ni saber su oríjen,
El llanto humedeció mis dos pupilas.

Tendí la vista hácia el lugar de donde
Nació el suspiro que llorar me hacía,
I de la nave en el extremo opuesto
Un bulto divisé que se movia.

Quedé observando aun, i ví que el bulto
Era un hombre de talla distinguida,
El cual de un salto i sin recelo alguno
Hácia el fondo del mar se precipita!

Al ver desgracia tal, salvé el espacio
Que de él me separaba, i parecia
Que poder superior me daba empuje
Para salvar al infeliz la vida.

Por suerte de los dos, hallé al incauto
Prendido de la ropa que vestia
A una verja de acero que la nave
Junto con la baranda allí tenia.

Con fuertes brazos lo tomé al instante,
I al verse libre ya triste me mira
Hablando de esta suerte:—"Caballero,
Gracias, mil gracias, por tu accion magnífica.

"Mas, si he de hablarte con franqueza, creo
Que si supieras la congoja mia,
Por salvar esta vida que desprecio
No hubieras desplegado tanta prisa!"

Como me hablara así, por el oríjen
Le pregunté de su desgracia impía,
I él, lanzando un suspiro, de esta suerte
Toda la historia de su mal me pinta:

—"En duda pongo que en la tierra toda
Un sér mas desgraciado que yo exista,
He visto el cielo, i al tocar sus puertas
Lo he visto por mi mal hacerse trizas.

"Con una jóven de belleza suma
Desposarme bien pronto yo debia,
Para lo cual contaba con la vénia
De mi futuro suegro i de la niña.

"Mas ¡ai! la muerte de mi amado padre
Del enlace feliz postergó el dia,
I cuando asuntos de interes llamaban
Del todo mi atencion, negra perfidia,

"La hermosa vírjen de mis sueños de oro,
Con el autor de sus hermosos dias,
Huyeron ¡ai! sin que hasta ahora sepa
Do se halla el ánjel que me da la vida!

"Yo no me explico, nó, por mas que pienso
La razon que a la fuga los obliga,
Desde luego que yo, como ya he dicho,
Contaba con las vénias requeridas.

"Desde entónces, señor, errante vago,
En busca de mi dulce fujitiva,
De ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo;
Cual hoja seca que arrancó la brisa.

"Hai personas que creen que la riqueza
Es bálsamo feliz de toda herida,
I que puede calmar los sinsabores
De este largo penar que llaman vida.

"Yo he querido probar con mi experiencia
Si lo que así se dice no es mentira,
I he visto que el dolor es cual la muerte
Que a todos brinda su terrible acíbar!

"He viajado, señor, con mi dinero
He comprado do quier muchas sonrisas,
He rendido bellezas a mi antojo,
I todo sin atajo ni medida.

"Mas nada de esto por mi mal tremendo
Ha podido arrancar del alma mia
Este agudo sufrir, puesto que todo
Al traves de mis penas distinguia!

"Las impresiones de mis viajes todos
En un fastidio cruel mas me sumian,
I mi alma fué secándose por grados
Como las hojas que arrancó la brisa.

"Cansado de luchar con mi desgracia,
Sin saber si me arrojo a mayor ruina,
He tomado un pasaje en esta nave
Que nos lleva de Chile a las orillas.

"Mas ¡ai! como el dolor que experimento
Dentro del corazon es sin medida,
Quise cobarde en las salobres olas
Ahogar por siempre mi congoja impía!"

ROSENDO CARRASCO.

(Concluirá.)

DICCIONARIO DE CHILENISMOS

POR

ZOROBABEL RODRIGUEZ. (1)

ARTÍCULO PRIMERO.

> Todo extremo es vicioso. A mediados, i aun mas allá, del siglo XIX, es imposible que hablemos como en tiempo de los Reyes Católicos; mas tampoco es justo que por negligencia, ignorancia o capricho viciemos, corrompamos o destruyamos la hermosa lengua de Garcilaso i San Juan de la Cruz, de Herrera i Cervántes.
>
> HARTZENBUSCH.

Audacia será talvez la mia; pero es lo cierto que despues de recorrer las instructivas pájinas del hermoso volúmen que acaban de dar a luz las prensas de Santiago i cuyo título he puesto a la

(1) Un volúmen en 4.° de 488 pájs.—Santiago, Imprenta de *El Independiente*, 1875.

cabeza de estas líneas, impulsado me he sentido a estampar aquí la impresion que su lectura me ha causado, dando una idea de las enseñanzas que contiene i que ningun aficionado al cultivo de las letras está exento de necesitar, i apuntando a la vez las observaciones que dicha lectura me ha sujerido. ¿Por qué no confesarlo con leal franqueza? El *Diccionario de Chilenismos* es una de las obras mas importantes que, desde la publicacion de la monumental Gramática de don Andrés Bello, se hayan publicado hasta ahora en América para honra de nuestra jóven literatura, provecho real i efectivo de la juventud estudiosa i justísima gloria de su bien reputado autor.

La enseñanza gramatical, excusado es decirlo, se ha hecho i continua haciéndose en nuestros colejios de una manera asaz incompleta i defectuosa, como puede comprobarse a cada paso observando atentamente lo que sucede en la práctica. Sale un jóven de las aulas despues de haber concluido sus estudios gramaticales; sale muchas veces precedido de las recomendaciones de su profesor, i lo que es mas, llevando consigo el premio que por su aplicacion i por su aprovechamiento ha merecido; pedidle que os redacte un párrafo sobre cualquier asunto i vereis cómo, con todas sus reglas i sus teorías, apénas si puede trazar una línea sin tropezar con dificultades, ora en la construccion de la frase, ora en la eleccion de las palabras que han de servir a la expresion de su pensamiento. Avanzad un poco mas, ejercitadle en la escritura i todavía encontrará obstáculos; escaso, absolutamente escaso como tiene que ser su vocabulario, si no se le ha familiarizado con la lectura de nuestros clásicos. Eso sí: tendrá en su cabeza un buen caudal de novelas leidas i releidas en el órden que se le presentaban, i habrá recojido en ellas un caudal no ménos abundante de jiros bastardos i voces todavía mas dignas que esos jiros de ser condenadas a perpetuo aniquilamiento. Así, habrá recojido no solo la zizaña que tanto abunda en la jeneralidad de las traducciones del francés a un idioma que está mui léjos de ser el español, i la no ménos abundante del grueso de las novelas españolas i americanas, cuyos autores suelen ser i son desapiadados verdugos de la hermosa lengua castellana.

Mis habituales tareas me han dado oportunidad para rejistrar continuamente no solo las columnas de la prensa periódica sino tambien las novelas que se publican, sea por entregas, sea por volúmenes. Ahora bien: puedo certificar, i muchos lo certificarán conmigo, que todo aquello no es las mas veces sino un fárrago indijesto de palabras afrancesadas, inventadas o malamente elejidas que se unen entre sí formando construcciones que son una blasfemia contra la buena locucion castellana. En el mal que aquí apunto tiene una parte mui principal la prensa diaria, donde se escribe a roso i velloso, como quien dice rompiendo cinchas, i donde la lima es instrumento que pocos servicios presta. Da grima leer ciertos artículos de periódico, tan insustanciales como

pésimamente redactados, los cualas gozan, no obstante, del privilejio de ser leidos por un público a todas luces nada escrupuloso para admitir gato por liebre en materias de gramática o literatura.

Hoi, a la verdad, podemos decir que hemos dado importantísimo paso en este terreno. Un buen número de jóvenes estudia desde tiempo atrás con decidida aplicacion la gramática de la lengua i trata de poseer sus tesoros, habiéndolo conseguido ya en mucha parte. Las *Apuntaciones críticas* de Cuervo, obra que no debia faltar en el escritorio de nadie que al cultivo de las letras se dedique; el *Diccionario de galicismos* de Baralt, la obra de Garcés, la Gramática i el Diccionario de la Academia, etc., etc., figuran en primera línea entre los libros predilectos de esos jóvenes. De aquí sus adelantamientos mas o ménos rápidos, visibles hoi a la vista de quienquiera que se tome el trabajo de comparar un poco. A la forma desgreñada, incorrecta, bastarda, va sucediendo paulatinamente otra mas castigada i mas en conformidad, por tanto, con la índole de la lengua i la enseñanza de los maestros. Es lo que prueban nuestras revistas literarias i mui principalmente la en que estas líneas escribo i en cuyas columnas mas de una vez se han dilucidado con brillo cuestiones gramaticales i filolójicas.

Obrero activo i distinguido en esta hermosa i comun labor, ayudando i enseñando con su ejemplo, sirviendo casi siempre de guia a un no pequeño grupo de jóvenes escritores, ha sido don Zorobabel Rodriguez, justamente estimado aun entre sus adversarios como literato i periodista. En 1873 publicaba con jeneral aplauso su *Miscelánea* (dos volúmenes en 4.°) i hoi nos ofrece un libro mucho mas importante i llamado a prestar utilísimos servicios. No necesito decir que me refiero al *Diccionario de Chilenismos*. El papel es excelente, limpia la impresion i cómodo el tamaño del tipo. Por sobre todo esto brillan las cualidades intrínsecas de la obra, como quier que tiene por objeto poner a la vista del lector los provincialismos de palabra o de frase que mas afean nuestro estilo.

El nombre del señor Rodriguez será por sí solo para muchos recomendacion bastante en favor de la obra; para aquellos que, a pesar del nombre del autor, duden de su importancia, no será inútil que se les dé a conocer, siquiera sea suscintamente, el *Diccionario*. Tal es la tarea que voi a procurar llevar a cabo, sintiendo solo que mi pobre intelijencia i mis escasos conocimientos obsten a que lo haga tan cumplidamente como deseo.

En el prólogo de su libro, el autor explica así el objeto que, al escribirlo i publicarlo, ha tenido en vista:

"La incorreccion con que en Chile se habla i escribe la lengua española, es un mal tan jeneralmente reconocido, como justamente deplorado. Dos jeneraciones han pasado ya por las aulas des-

de que los señores don Andres Bello i don José Joaquin de Mora echaron en nuestro pais los fundamentos de los estudios gramaticales; i si es cierto que, sin cerrar los ojos a la evidencia, no podrian negarse las jornadas que hemos hecho por el buen camino, cierto es tambien, por desgracia, que aun está mui léjos de su terminacion la obra iniciada en favor del buen decir por aquellos ilustres extranjeros....

"¿De qué proviene la inferioridad (la de Chile respecto a otras repúblicas) que acabamos de señalar? No sin duda de que Chile sea en América lo que fué Beocia en Grecia, o lo que es Galicia en España, tierra de molleras cerradas i de lenguas de trapo. El mal trae su oríjen de otra parte; nace de un gran vicio que hai en la enseñanza de la gramática castellana. Si ésta no es mas que el arte de hablar i escribir correctamente el español, i si notamos tantos i tan groseros errores en los escritos, no solo de los que han dado exámen de aquel ramo, sino tambien de los profesores que lo enseñan, hai motivos para presumir que existe un vacío de importancia o en los métodos o en los textos porque se enseña.

"Para darse cuenta de él, basta ponerse en el caso de un jóven que, despues de haber dado su exámen de gramática (i aun de literatura si se quiere) presenciase en la *barra* del Congreso un desórden en que se cruzasen los gritos, los silbos i los golpes, i se viese en el caso de escribir sobre él un artículo para la gacetilla de un diario. ¿Qué título dará al suelto? La primera palabra que se le viene a la memoria es *leona;* pero ¿es *leona* una palabra castellana? i siéndolo ¿deberá escribirse *leona* o *liona?* En la duda procura recordar algunos sinónimos: *zafacoca, bochinche, batahola,* i algunos otros mas se le ocurren aumentando sus perplejidades i dejándolo sumido en mas oscura incertidumbre. Si en tal conflicto apela a su gramática, a su texto de literatura i a su manual de composicion literaria, despues de pasar uno a uno sus preceptos, sus reglas, sus modelos, tendrá que reconocer al fin, desalentado, que de allí no puede venirle la luz que necesita. Al fin de cuentas escribirá, salga lo que saliere, o se echará a la pesca de sus palabras en el inmenso mar de los diccionarios de la lengua. Pero lo primero no es desatar el nudo, sino cortarlo; i lo segundo seria imponerse una tarea excesivamente pesada, que habria medio de hacer mas llevadera.

"Ese medio es el que ofrecemos a la juventud estudiosa, dando a la estampa el presente *Diccionario de Chilenismos.*

"El no pretende hacer inútil el estudio de la gramática castella, ni excusar a los que deseen expresarse correctamente el trabajo de consultar con frecuencia, ya el Diccionario de la Academia, ya los de Sinónimos castellanos, ya el de Galicismos de Baralt, ya el Etimolójico de Monlau. Pero aun así, siempre serán de valía los servicios que prestará a los estudiosos, dándoles un fácil medio de evitar los errores mas comunes que, hablando o

escribiendo, se cometen en nuestro pais en materia de lenguaje."

Señala, en seguida, el autor el contenido de su obra.

Hai allí un buen número de chilenismos i provincialismos americanos, muchos de ellos con su etimolojía, dispuestos en órden alfabético, con sus correspondientes castizos, i numerosos ejemplos de escritores nacionales i extranjeros que comprueban el significado cierto i exacto de las voces.

Así, el escritor que abrigue duda acerca de la lejitimidad de una voz que desee emplear para manifestar su pensamiento, no tiene mas que abrir las pájinas del *Diccionario*, i si esa voz es un chilenismo, bastarále recorrer algunas líneas para tropezar con la palabra castiza, autorizada por el Diccionario de la lengua i el uso de los clásicos.

¿Es esto, por ventura, un servicio insignificante para las personas que quieran expresarse, de palabra o por escrito, con toda propiedad i correccion? ¿No es, al contrario, a todas luces evidente que el libro que trato de dar a conocer facilita de una manera extraordinaria el conocimiento del idioma? Porque no hai que forjarse ilusiones: en el cuerpo de la obra se citan ejemplos sacados de los libros de nuestros mas distinguidos escritores, literatos, historiadores o novelistas, los cuales ejemplos señalan impropiedades en el uso de ciertas voces e indican el medio de correjir el error. En esas impropiedades han incurrido escritores de la talla de los señores Amunátegui, Barros Arana i hasta una o dos veces el mismísimo don Andrés Bello. ¿Qué pensar entónces de los principiantes o de los reclutas? ¿Qué de nuestros poetas, tan poco cuidadosos de la forma?

Véase una muestra siquiera sobre el punto en que me ocupo.

En su obra *Los Precursores*, don Miguel Luis Amunátegui ha escrito lo siguiente:

"Se preparaban en algunas *curtiembres* algunas malas suelas i algunos malos cordobanes."

El señor Rodriguez transcribe estas líneas i enseña que, segun el Diccionario de la Academia, la teneria u oficina en que se curten pieles se llama *curtiduría;* i, segun Salvá, *curtimbre.*

Vaya un ejemplo todavía mas notable que el anterior.

Don Andrés Bello dice lo siguiente en su *Ortolojía:*

"No parece haber razon alguna para pronunciar *Avila, abogado, bermejo, bulto, buitre,* derivados de *ábula, advocatus, vermiculus, vultus, vultur.*"

El señor Rodriguez sostiene que el señor Bello se equivoca en lo que a *bulto* atañe, i hé aquí sus pruebas:

"El latin *vultus* no significa nada mas que *rostro, cara, semblante. Bulto* es en latin *corpus, moles, amplitudo.*

"Si álguien pretendiese sostener la opinion del señor Bello, arguyendo que, aun cuando en su oríjen *vultus* no significase mas que la cara, con el trascurso del tiempo i por extension pasó a significar *volúmen, cuerpo, busto,* seria fácil contestarle con la di-

ferencia que siempre observaron los mejores i mas antiguos autores en la escritura de *vulto*, cara, i de *bulto*, volúmen. En efecto, no es racional suponer que se olvidase la primitiva ortografía solo para representar la voz en su acepcion traslaticia, conservándosela en la recta.

"Nadie ignora que hasta en los tiempos de Cervántes hubo escritores en España que, conociendo tan bien el latin como el castellano i dominados por la moda del culteranismo, se empeñaron en resucitar multitud de palabras de aquel idioma, con tan poca fortuna como gusto. Pues bien, *vultus* fué una de esas palabras, que siempre encontramos escrita con arreglo a su oríjen, *vulto*."

En comprobacion de su tésis, cita el señor Rodriguez las autoridades de Calderon de la Barca, Covarrúbias i Tirso de Molina. Pone, pues, de su lado la verdad, sin que pueda caber el menor lugar a duda.

Paréceme tan importante el punto en que me ocupo, que voi a recordar otro ejemplo.

Don Domingo Arteaga Alemparte, en su traduccion del *París en América*, escribe lo siguiente:

"No me interrumpais, gritó con su voz mas agria i poniéndose en guardia como un gallo a quien *se le paran* todas las plumas."

El verbo *pararse* está aquí impropiamente empleado. El señor Rodriguez enseña que este verbo dice en español *cesar en el movimiento* o *en la accion* i lo prueba con citas de los clásicos.

Este es el caso de que yo pregunte por segunda vez: ¿Puede ser poco útil un libro que en cerca de quinientas pájinas contiene enseñanzas semejantes a las que dejo mencionadas?

I no se vaya a creer por algunos espíritus suspicaces i poco juiciosos que el señor Rodriguez ha querido solo darse el placer de rastrear defectos en nuestros mas notables escritores para exhibirlos i censurarlos. Aun siendo el hecho cierto, como no lo es, su libro no desmereceria por ello, pues siempre quedaria en pié la utilidad de las enseñanzas que contiene. Pero la verdad de las cosas es que el señor Rodriguez rejistra sus propias obras, i saca i copia de ellas las frases que contienen expresiones viciosas o dígase chilenismos. Muchas i muchas muestras hai en el *Diccionario*. Pecó e hizo penitencia pública confesando su pecado. ¿Qué mas prueba puede exijirse en pro de su sana i nobilísima intencion?

Lo dicho no deja lugar a duda respecto a las gravísimas dificultades que se tienen que vencer para expresarse en buena locucion castellana. Cuando escritores como los citados incurren en defectos tales como el uso de voces no solo impropias sino tambien bastardas, repudiadas por el Diccionario i por los clásicos ¿habrá álguien tan neciamente presuntuoso que se imajine que no necesitará consultar de vez en cuando las pájinas del

Diccionario, porque no echará nunca mano de mal nacidos provincialismos?

Por lo demás, no se necesitan muchos esfuerzos de imajinacion o de intelijencia para comprender el ímprobo trabajo que se ha echado sobre sí el autor en la composicion de su precioso i utilísimo libro. Preséntase, desde luego, una dificultad de no poca monta: la de encontrar los chilenismos, distinguiéndolos perfectamente de las palabras castizas, autorizadas por el uso. Tiene Ud. ya los chilenismos.—¿Qué le falta? Pues es nonada: habrá de encontrar ejemplos adecuados para cada una de las voces, para las mas jeneralmente usadas por lo ménos, a fin de que el lector comprenda su verdadero significado.—¿Es esto solo?—Espere Ud.: hemos recorrido la parte ménos escabrosa del camino: encontrados los chilenismos i los ejemplos del caso, échese Ud. por esos mundos en busca de los diccionarios de la lengua, lea i estudie los clásicos i halle para cada chilenismo la palabra castiza que le corresponde. Esto hecho, cite Ud. autoridades respetables, verdaderas autoridades clásicas para dar fuerza i mérito a su enseñanza.

Hé ahí lo que ha hecho el señor Rodriguez.

Su libro es algo como un museo donde luce el autor una notable erudicion de que pocos escritores sud-americanos han dado pruebas, al mismo tiempo que una seguridad de criterio i una finura de tacto que sorprende i encanta principalmente cuando entra a averiguar cuál es la etimolojía cierta o probable de las palabras. Verdad es que en algunos casos, apesar de estar decidido a no llegar a los extremos, se le puede argüir de que hila mui delgado. Pero, por lo jeneral, uno tropieza a cada paso con pájinas curiosísimas en que campea un estilo vivo, animado, picante a las veces, al lado de muestras de una erudicion filolójica que admira. Pocos son los escritores clásicos españoles, antiguos i modernos, poetas i prosadores, que no sean por él citados oportunamente con el nombre de la obra de que se ha tomado el ejemplo. Idéntica cosa puedo afirmar con relacion a los escritores americanos i relativamente chilenos. Tal acopio de materiales ha estado haciendo el señor Rodriguez desde largo tiempo atrás, que hasta desentierra sueltos de las gacetillas de los periódicos, así de Santiago como de las provincias, i párrafos de librejos tan oscuros i desconocidos, apesar de haberse publicado en Chile, que muchos lectores no los conocian ni tan siquiera de nombre. Allí ha ido a buscar chilenismos el señor Rodriguez i transcribe los ejemplos del caso. ¡Extraordinaria i paciente laboriosidad! Nuestros autores, en sus escritos, estampan en bastardilla toda palabra que segun su leal saber i entender, es provincial. Pues bien: en el *Diccionario* vienen numerosas citaciones donde se vuelve por el crédito injustamente ofendido de esas palabras i se les restituye su antigua prosapia, se les coloca en la categoría de castizas. Quien todo esto hace con exactitud i acierto, de-

juro que revela un estudio profundo del idioma español i un conocimiento no ménos profundo de nuestra literatura i hasta de la literatura americana, porque ésta i esotra son llamadas a cuentas por el autor, siempre que el caso lo hace necesario.

En sus investigaciones etimolójicas, el señor Rodriguez acude en busca de las mas seguras fuentes, sin descuidar por cierto el quichua i el araucano, que le son familiares i dedonde nace talvez la gran mayoría de los chilenismos. A este respecto, copio del prólogo el siguiente párrafo:

"Con respecto a la ortografía de las palabras quichuas o araucanas, nos hemos desentendido a menudo de sus etimolejías, o mas exactamente de las letras con que las escribieron los diccionaristas de esas lenguas, para darles en lo posible una fisonomía española. Siguiendo a la Academia, a la Universidad de Chile i al señor Astaburuaga, escribimos invariablemente *g* inicial ántes de *ua*, aun en los casos, que son los mas, de hallarse en los vocabularios quichuas o araucanos esa combinacion precedida de *h*. Con las combinaciones *ue*, *ui*, hemos seguido una regla contraria anteponiéndoles siempre la *h*.

"La razon de este procedimiento está en que ninguna palabra española principia por *hua*, ni por *güe* ni por *güi*, i en la conveniencia de evitar al que escribe, en los dos últimos casos, el engorro de marcar la diéresis."

Conforme estoi con el ilustrado autor del *Diccionario* en esta parte de su procedimiento ortográfico; i ya que el paréntesis es oportuno, ántes de pasar a otras consideraciones, ábrolo aquí para manifestar con mi jenial franqueza que no acepto su ortografía en algunas palabras que escribe con *y*, sin que se descubra la razon que haya tenido para ello. ¿Por qué escribir *ayuya* i no *allulla* o *hallulla*, como lo hace la Academia; *chaya* i no *challa*, etc.? No es posible alegar en favor de una tal ortografía la comun pronunciacion, porque, si esa pronunciacion es viciosa, despreciarla es lo justo. En favor de la *ll* milita la etimolojía, como quier que el señor Rodriguez indica que *challa* viene de *challoni* (en quichua *rociar*, *asperjar*.) Ni tan siquiera se puede alegar aquí la ventaja de evitar engorros al que escribe.

Acaso se invoque la autoridad del uso; pues el uso es vario i no queda otra fuente a que acudir que la etimolojía. En consecuencia, paréceme que lo mas acertado i corriente es escribir *allulla*, *challa*, salvo mas fundado parecer, i basta de paréntesis.

El señor Rodriguez no remata el prólogo ántes de cumplir con un acto de honradez literaria que hace todavía mas notorio el mérito indisputable de su obra. Menciona las principales fuentes en que ha ido a beber su doctrina i que le han servido para la composicion del *Diccionario*, deteniéndose especialmente al referirse al señor don Fernando Paulsen, su colaborador, para "manifestarle la gratitud que siente por sus favores i la admiracion que no ha podido ménos de despertar en el alma del señor Ro-

driguez, una tan rara erudicion hermanada con una tan singular modestia."

No de otra manera se comporta el señor Rodriguez en el discurso de la obra, pues cita escrupulosamente las autoridades que le guian i cuyos juicios invoca en apoyo de su doctrina.

Así, despues de exponer el objeto del *Diccionario*, el plan que en él ha seguido, la utilidad que puede sacarse de su lectura; despues de poner a salvo su responsabilidad de autor, tiene perfecto derecho para entregar su obra a la luz pública i esperar no solo benévola sino entusiasta acojida de parte de los lectores, por mas que, en un exceso de modestia, alegue disculpas atento a que ha sido el primero en llevar a cabo entre nosotros un trabajo de tanta magnitud i que tanta ciencia, paciencia i erudicion demanda. Abre el señor Rodriguez un nuevo campo, hasta ahora inexplorado, a la juventud estudiosa; señálale los riquísimos veneros que se pueden allí beneficiar; píntale con vivos colores los atractivos de la jornada que se puede hacer, i explorador avezado e infatigable, anuncia que se propone emprender nuevamente un viaje durante el cual tan ricos tesoros la vez primera recojió. Acaso considera su trabajo como un ensayo: lo es, sin duda, tanto porque ningun otro igual ha intentado nadie llevar a cabo en Chile, cuanto porque con él el señor Rodriguez se extrena. Pero, ensayo i todo, apesar de los errores que al autor hayan podido escaparse, errores que nunca faltan en obra de escritor alguno, i de los vacíos que naturalmente debe haber, que el autor reconoce i se propone llenar en una segunda edicion, yo me apresuro a declarar que el *Diccionario* es por el pronto una obra maestra en su jénero, un monumento levantado para gloria de nuestra literatura i provecho de la juventud. No merece por cierto que se le reciba con la indiferencia que la crítica estirada i petulante tiene siempre preparada para los trabajos que no han salido de su seno. ¿Cuál de nuestros literatos no se sentiria honrado si fuese autor de una obra como la en que me ocupo? ¿Quién puede mirarla con desdeñoso modo sin probar con tal conducta su ignorancia e impotente presuncion? Nunca la conspiracion del silencio habria sido mas injustificable, ni nunca mas dignos de lástima serian los conspiradores, que, por estrechas miras de pandillaje literario, pretendiesen aplastar bajo el peso de sus desdenes la obra majistral del señor Rodriguez, que es hoi i con mas razon será mañana, correjidos los defectos de que adolezca, llenos ya los vacíos que en ella haya, justísimo timbre de codiciada gloria para la bien cortada pluma que la llevó a cabo.

A la verdad, la aficion a la buena lectura no es entre nosotros prodijiosa i falta ya poco para que se convierta en axioma un nada honroso aserto, a saber: los escritores en Chile publican sus libros a pura pérdida; el producto de sus obras no cubre ni tan siquiera los gastos de la impresion. El buen gusto literario es fruta bien escasa. Miéntras que los hombres de letras mas

distinguidos no encuentran sino tal cual lector, la literatura de baratillo i de figon alcanza un éxito brillante. Novelistas hai que apénas sí saben saludar a sus compañeros en frases medianamente intelijibles, i sin embargo, venden sus abortos por entregas i obtienen no despreciable utilidad pecuniaria. ¿Cuántas de esas novelas no habrá tomado mas de una vez en sus manos el lector con el propósito de leerlas, para soltarlas en seguida dominado por el sueño? A este respecto recuerdo un graciosísimo epigrama de Heine, que me dió a conocer en dias pasados un amigo. Dice, pues, Heine que cojió un mal libro con el intento de leerlo; recorrió la primera pájina i se quedó dormido; soñó que lo continuaba leyendo, dió un vuelco sobre el asiento i despertó azorado.

No se puede herir con mas certera mano ni mas aticismo a los zarramplines que se meten a escritores, i manejan una pluma siendo así que no les conviene otro instrumento que la azada.

No temo por cierto que la obra del señor Rodriguez, didáctica i recreativa a la vez, escrita con el buen gusto del literato, tropiece con la indiferencia del público. Dicho se está que es de las mas notables entre las que hasta ahora se han publicado en Sud-América i que en sus pájinas hai útiles enseñanzas para todos. De ello he dado ya algunas pequeñas muestras en estas líneas, demasiado pobres para la obra maestra de que en ellas se trata, pero que ponen su pobreza bajo la salvaguardia de su sinceridad. Otras muestras tengo que escojer todavía, pues que de dar a conocer la obra se trata; pero esto será materia de otro artículo, porque el presente se ha extendido ya demasiado.

RÓMULO MANDIOLA.

LA CASITA BLANCA.

Pastorcito que conduces
Tus ovejas a triscar,
Dime, si eres de estas tierras,
Dime, dime dónde está
La linda casita blanca,
La alegría del lugar.
Diez años ¡ai! he pasado

Mas largos, mas, que un millar
Ganando algun dinerillo
Que aquí traigo en mi morral,
Para dote de la niña
De negros ojos de iman.
Dia i noche, me decia,
Dia i noche: ¿qué será
De la niña de mis ojos,
Del objeto de mi afan,
La de carita de cielo,
La de labios de coral?
A todos los que encontraba
Como yo en busca de pan,
Llenos de tierra i cansados
De su largo caminar,
¿Habeis visto, les decia,
Léjos, léjos, por mi mal
La linda casita blanca,
La alegría del lugar?
¡Ai! quién noticias tuviera,
¡Quién la viera una vez mas!
Con mi organito i mi palo
I a la espalda mi morral,
Andaba de puerta en puerta
En busca de caridad,
Entonando mis canciones
Tristes, mui tristes las mas:

¡Ai pobre del niño!
¡Que enfermito está!
Tan pobrecito i solo
¿Qué hará? ¿qué hará?
¡Ai pobre! que si no llena
De dinero su morral
¡Adios la casita blanca,
La alegría del lugar!

Pastorcito que conduces
Tus ovejas a triscar,
Dime, do está mi contento,
Que Dios te lo pagará.

—Fuera de este mi rebaño
Que es mi único caudal,
Nada sé, nada conozco,
Yo no os podré noticiar.
Leche tengo i ricos quesos
Por si habeis necesidad,

Que otra cosa es excusado
Pedirme, pobre zagal.

—Buen anciano, buen anciano,
Dios aumente vuestra edad;
De remotas tierras vengo,
Vengo en busca de mi hogar.
Lo abandoné mui pequeño
Con mi palo i mi morral,
I ora encuentro todo nuevo,
I ora no sé donde está
La linda casita blanca,
La alegría del lugar.
Buen anciano, buen anciano,
Decidme cuanto sepais;
Sea bueno, sea malo
Dispuesto estoi a escuchar.
Vuestros cabellos son blancos,
Avanzada es vuestra edad;
Si se acabó mi contento,
Vos me podreis consolar.

—¡Pobre niño! ¡pobre niño!
¡Ai! en mal hora llegais.
Mejor que llegaras nunca
Que ya bien para tí no hai.
Flores i árboles tan solo
Alzanse do ántes se alzaba
Lo que has venido a buscar.
Hace años, años, vinieron
Anjelitos a llevar
A la de rostro de cielo,
I de labios de coral.
Mucho sus padres lloraron
Mucho, su suerte fatal;
Su cuerpecito enterraron
A la sombra de un rosal,
Que siempre verde i florido
Las mas lindas flores da,
I a donde las avecillas
Se vienen siempre a posar
I a entonar sus dulces cantos
Por el ánjel del lugar.
¡Pobre niño! ¡pobre niño!
Vente conmigo a habitar,
Acompaña al triste anciano
Hasta que descanse en paz.
No pienses mas en tus penas,

No pienses en tu horfandad,
No te alejes de mi lado,
Nada aquí te faltará.

—Buen anciano, buen anciano,
Que os conserve Dios en paz;
Me voi léjos de estas tierras
Para ya no volver mas.
¡Se fué la casita blanca,
La alegría del lugar!
¡Se fué la de ojos de cielo,
La de labios de coral!

Santiago, abril 12 de 1875.

JUAN R. SALAS E.

EL PEUQUEN.

(LEYENDA POPULAR.)

Los celos son negras víboras,
Que en el pecho que los siente
Nacen para obrar el mal,
Se anidan para dar muerte.
C. WALKER MARTINEZ.

—Cuidado, niños, con ir al bosque, cuando se venga la tarde; pues, si el *peuquen* los encuentra, Dios, i nadie mas, podria darnos cuenta del lugar adonde se lleva a los chicos que andan sueltos a esas horas.

Así dice la anciana chilota a sus nietecillos, que, llenos de curiosidad, escuchan de sus labios mil historias peregrinas de duendes i aparecidos, que les ayudan a pasar alegremente la velada, miéntras los mas pequeñuelos se entretienen en arrojar cáscaras de frutas en el fuego del hogar, jugando i divirtiéndose a su manera.

Esta sana advertencia de la buena anciana, que ve caer en abundancia sobre los hijos de sus hijos las bendiciones del cielo, es una de las primeras máximas de propia conservacion que los honrados habitantes del Sur enseñan a sus hijos, apénas pueden comprender los primeros peligros de la vida. I no sin razon; pues el *peuquen* es uno de esos jénios que por su oríjen desconocido i misteriosa existencia se hacen temibles en cualesquiera ocasiones.

Habitante de los bosques de avellanos, activo i audaz, pasa

todo el dia cortando madera i derribando con un solo golpe de su hacha de palo los mas hermosos i robustos árboles, que el dia anterior no mas se alzaban orgullosos i robustos en el bosque. Frecuentemente va a sentarse junto a las fogatas que hacen los leñadores para calentarse; pero ¡ai del que le mire, logrando sorprenderle! pues no tardará en manifestarse su venganza. Su espíritu de maldad se dirije mui especialmente sobre las mujeres i los niños, robando a éstos cuando se acerca la noche, i ejerciendo sobre aquellas un poder fatal de seduccion, del que no les es posible librarse, sino por ciertos medios preventivos que no en todo caso suelen producir su efecto. En suma, el *peuquen* es el jénio temible de los bosques, i no hai persona, por mui valiente que sea, que se atreva durante la noche a pasar por esos lugares que él recorre a esas horas.

Previas estas razanes que dan una lijera idea del personaje que nos ocupa, vamos a narrar una de esas lúgubres leyendas que se comentan en las largas veladas, miéntras el viento i la lluvia con su ruido sordo amenazan las casitas de madera de los pobres habitantes del Archipiélago.

I.

—Rosalía ¿por qué no habrá llegado Francisco? Vé a la entrada del bosque; puede ser que halles algunas ramas secas con que calentarnos. Parece que esta noche vamos a tener aguacero.

Así decia una anciana, cuyo rostro cadavérico daba indicios de una cruel enfermedad, a su hija, que tejia en silencio a su lado.

La tarde era triste. Lentas i pesadas nubes enlutaban el cielo i un viento oeste estremecia la puerta de la habitacion.

Rosalia dejó de tejer i, abrigándose con un pañuelo de lana oscura, salió en direccion al bosque cercano.

El donaire i jentileza de la niña llamaban la atencion de los pocos que la veian pasar a esas horas. Rosalía era bella, en efecto; su tez lijeramente morena, sus ojos negros i vivos, la sonrisa halagadora de sus labios, sus trenzas sedosas i pobladas, la espiritualidad de todas sus facciones, su conjunto todo unido a cierta gracia especial en sus mas insignificantes movimientos hacian de ella una de esas mujeres que se ven muchas veces en sueños, pero pocas en la realidad de la vida.

Muchos habian pretendido la mano de la jóven isleña, muchos se le habian acercado, alentándose con la esperenza de poseer semejante conjunto de perfecciones i de atractivos; pero ella solo supo amar a Francisco, jóven leñador de las cercanías, con el que habia hablado en muchas ocasiones en el bosque, consagrándole todo el amor de que era capaz su virjinal corazon.

Pasado algun rato, llegó Rosalia al bosque de avellanos que estaba mas cercano a su vivienda. Las aves, recojiéndose a sus nidos, entonaban el triste canto de la tarde, i algunos insectos de luz revoloteaban entre los árboles, dando al paisaje cierta poe-

sía llena de tristeza i de misterio. Largo rato anduvo la niña vagando de un lado a otro en busca de algunos palos secos para llevar a su madre; pero todos los lugares que recorria estaban húmedos por la lluvia del dia anterior. Algunas gotas de agua empezaban a desprenderse de las nubes i la niña seguia en su excursion, hasta que llegó a encontrarse completamente desorientada en medio de un laberinto de árboles sin salida.

La noche se acercaba. Era la hora de la oracion i las campanas vecinas tañian tristemente, como considerando a los sencillos habitantes del lugar a recordar en sus oraciones las almas de sus deudos i parientes que dejaron la vida. Rosalia, al mirarse sola en aquel sombrío lugar, tuvo miedo. Recordó llena de espanto algunas lúgubres historias que en otro tiempo habia oido a su madre, sobre doncellas extraviadas en el bosque al acercarse la noche que no habian vuelto a aparecer; jóvenes leñadores que al venir el dia habian sido hallados casi sin aliento, no atreviéndose a referir cosa alguna de lo que les habia pasado; i, por fin, quejidos, ayes de angustia habíanse dejado oir en esos lugares i en esas horas muchas veces, sin que nadie se atreviese a dar un paso por saber lo que ocurria. Pensando en estas cosas, habia resuelto ya buscar un camino para volverse a su habitacion, cuando oyó golpes de hacha a poca distancia.—Algun amigo de Francisco será talvez, se dijo; i reanimado algun tanto su espíritu, apresuró el paso, dirijiéndose al lugar de donde le parecia provenian los golpes.

Ya hubiese algo de real o fuese todo producto de su imajinacion exaltada, la asustada niña creia oir a las hojas exhalar tristes quejidos bajo sus piés, i poblarse el aire de ruidos extraños, i a las ramas de los árboles movidas por el viento, conversando entre sí con un lenguaje misterioso, imposible de comprender; de tal manera que, poseida de un terror supersticioso, apénas podia andar. Sin embargo, a los pocos momentos, sorprendida, helada casi de espanto, vió cerca de ella a un hombrecillo, si tal podia llamarse, que no se levantaria media vara del suelo, apoyado en una hacha de palo, que de ninguna manera guardaba proporcion con la excesiva pequeñez de sus miembros. Su traje de una forma extraña era del color del avellano; un sombrero alon, hecho al parecer de la corteza del mismo árbol, cubríale toda la frente, dejando apénas ver sus ojos de una viveza extraordinaria, que brillaban dentro de sus órbitas como ascuas; su barba i sus cabellos, asemejándose a las raices mas finas del mismo árbol, caíanle en desórden sobre las espaldas i el pecho. Su conjunto no era seguramente el mas apropósito para interesar a la asustada niña, que, fria, inmóvil, como una estátua, no se atrevia a dar un paso, exhalar un grito, pronunciar una palabra delante de este extraño personaje, cuyos ojos encendidos la miraban fijamente, como queriendo fascinarla con sus rayos.

—Hermosa niña, la dijo acercándose, yo soi uno de esos je-

nios de los bosques de quienes depende la dicha o la desgracia de los hombres. Los que huyen de nosotros olvidan que pueden morir i que con la misma mano con que ejecutamos nuestras venganzas, guiamos a los que se nos acercan al jardin de la felicidad, donde la juventud es eterna i los placeres no tienen término.

Así hablaba el jenio, miéntras el viento entre las hojas parecia ejecutar extrañas i desconocidas armonías i las aves en su sueño exhalaban tristes i débiles jemidos.

—Pobre niña, prosiguió, has andado mucho i tienes sed; toma i bebe el licor que servimos en nuestras fiestas; tiene la virtud de borrar en el corazon las huellas que deja la desgracia i da al alma la serena paz de la felicidad.

I así diciendo, acercó a los labios de Rosalía un cuerno, que contenia uno de esos filtros misteriosos que los jenios usan para producir sus maleficios i encantamientos, i que ellos solo saben preparar con horribles ingredientes, durante las altas horas de la noche i en medio de los bosques.

La pobre niña abrió maquinalmente sus labios i bebió. El mas extraño fenómeno sintió operarse en todo su sér. Un soplo helado recorrió todas sus venas, notando al mismo tiempo que las fuerzas al par que la voluntad la abandonaban; i luego una laxitud extrema en todos sus miembros; i dominada por un sueño pesado i angustioso, parecia una sonámbula incapaz de hablar, pronunciar una sola palabra. Dominada por un fatal encantamiento, sentia todas sus facultades encadenadas a la voluntad de aquel personaje extraño, que, tomándola de la mano, volvió a hablarle:

—Encantadora Rosalía, buscas leña para tu madre enferma i yo he trabajado toda la tarde para tí. Ahí tienes cuanta desees, añadió, señalándole un monton que cerca de él habia, i desapareció.

Rosalía, como un autómata, miró lo que le ofrecía el jenio, tomó cuanto podia llevar i se retiró con pasos acelerados de aquel sitio funesto.

Imposible casi seria analizar el estado de su alma; ella misma no se comprendia. Habia en ella esa flaqueza de espíritu que sigue casi siempre a las grandes faltas, ese decaimiento moral, síntoma del egoismo, que hace mirar con indiferencia cuanto nos rodea, haciéndonos incapaces de todo bien i de todo amor. Desde el momento en que su corazon no se elevó al cielo en medio de los peligros, su frente quedó marcada con un augurio terrible i su alma pareció rodearse de espesas sombras que le impedian ver en lontananza el bello porvenir de la virtud.

Era ya mui entrada la noche cuando Rosalía llegó a su vivienda. Dejó caer su carga i prendió fuego i el combustible ardió como el de mejor calidad, alzándose las llamas e iluminando con una luz vivísima la estancia.

—¿Qué tienes? por qué estás tan pálida i te has demorado tanto? preguntó la anciana a su hija.

—¿Pálida? dijo Rosalía en tono de sorpresa.

—¡Talvez te habrá hecho mal salir a estas horas con tanto frio!

—¡El suelo estaba tan húmedo! Imposible me ha sido casi hallar leña en estas horas; sin embargo, no siento nada.

La anciana guardó silencio i al poco rato descansaba de sus dolencias entregada al más profundo sueño.

Rosalía en tanto, al lado del fuego, con la frente cargada por la fiebre i los ojos fijos en la llama que subia i en las ramas abrasadas que se deshacian en chispas, presa de una horrible pesadilla, creia ver mil i mil espíritus de fuego que, afectando las formas mas extrañas i los colores mas variados, la miraban con sus ojillos de fuego; luego, parecian ensayar todos al mismo compas una danza fantástica, que acompañaban con horribles visajes, produciendo en su cabeza dominada por el vértigo las mas tristes i lúgubres ideas; despues reian i cuchicheaban entre sí, en seguida, corriendo sobre los tizones encendidos, jugaban para reñir en seguida i amenazarse i atacarse con furia, hasta desaparecer para volver de nuevo, afectando cada vez formas mas extrañas....

Rosalía, como una estúpida que no comprende ni se da cuenta alguna de cuanto pasa ante su vista, miraba con los ojos agrandados por esa especie de sonambulismo que se habia apoderado de ella, el espectáculo que se le ofrecia; inmóvil, con el cabello en desórden, parecia la estátua de alguna antigua hechicera, artísticamente cincelada.

Largo tiempo estuvo así, hasta que, concluyéndose el fuego, se acostó sobre su lecho, soñando las cosas mas indescriptibles.

II.

Francisco habia partido para Llanquihue con la esperanza de un cambio favorable en su escasa fortuna. Allí se detuvo algunos dias por razon de sus negocios, con el deseo de volver lo mas pronto posible a abrazar a su esposa, de la cual no podia estar separado por mucho tiempo.

Para ella eran todas sus afecciones; para ella, que habia asegurado la felicidad de su vida con el triple título de la virtud, la belleza i el amor. Para ella trabajaba sin descanso durante las fatigosas horas del dia i durante la noche se creia compensado i feliz teniéndola a su lado i comunicándole los sentimientos de su corazon. Habian logrado realizar lo que pocos alcanzan en la vida: esa dicha sin ambicion que no alteran temerarios deseos, ese amor jamás turbado por la inconstancia i el desengaño; en una palabra, eran felices con esa felicidad que da una modesta i venturosa condicion.

Cuán léjos estaba el desdichado esposo de pensar en la amarga realidad que le esperaba; porque Rosalía desde el dia fatal en que llegó a tener relaciones con el sér misterioso que habia ocasionado tamaños trastornos en su alma, todas las tardes, i a la

misma hora, como atraida por una fuerza superior a que no le era dado resistir, dirijíase al bosque, donde oia las mas pérfidas insinuaciones que, como un veneno lento i eficaz, iban agotando en su corazon toda fuerza para el bien, todo amor a lo que le era anteriormente tan querido.

Grande, por consiguiente, fué la sorpresa i el dolor de Francisco, cuando lleno de placer fué a abrazar a su esposa adorada i solo estrechó entre sus brazos una estátua fria i sin afectos; cuando, buscando en vano en su rostro esos reflejos de una alma pura, que hacian todo su encanto i hermosura, solo halló la belleza de la tentacion, los atractivos que suele aun dejar al rostro el naufrajio del alma.

En vano la dirijió algunas de esas frases cariñosas que, como una dulce armonía, sonaban en otro tiempo en los oidos de Rosalía, pues ella solo contestó con palabras indiferentes i de frio disimulo.

Francisco sintió helársele la sangre en las venas, su frente ardía i sus ojos amenazaban el desborde de la ira; sin embargo, tuvo fuerzas para dominarse, i mudo i sombrío se retiró del lado de su esposa.

III.

A medida que los dias pasaban, la pobre anciana sentia debilitarse sus fuerzas i que la vida la abandonaba. Sus ojos hundidos i casi sin luz, sus mejillas, con la palidez de la muerte, sus miembros casi sin movimiento decian que bien pronto emprenderia el viaje a la eternidad.

Rosalia velaba junto al lecho de la enferma (no diremos de su madre, porque los sentimientos filiales habíanse casi extinguido en su corazon) velaba con la solicitud de una enfermera a quien se retribuyen sus servicios. Impasible, miraba como cada instante iba acercando aquél en que ya no podria pronunciar, sino con los caracteres del recuerdo el nombre querido de una madre. En todo su traje se mostraba cierto abandono i desaliño que hacia contraste con su manera de ser anterior, i en sus delgados labios se solia dibujar una sonrisa de hastío e indiferencia, trasluciéndose en su semblante el estado de sus pensamientos. Buena parte del dia permanecia al lado de la enferma; pero, cuando llegaba la tarde la inquietud se pintaba en su rostro, hasta que, no siendo dueña de sus propias acciones, tomaba el camino del bosque, dejando a su madre sola i abandonada con sus sufrimientos, volviendo cuando se entraba la noche, cargada con la leña que siempre encontraba preparada, llamando la atencion de algunos que deseaban conocer en ella la causa del sombrío aislamiento de Francisco.

Los amigos de éste, extrañando sobremanera su conducta, entraban muchas veces en cavilaciones por saber lo que ocurria, sin poder dar en bola en el asunto. Era, en verdad, un caso ex-

traño para todos los que le habian conocido siempre afable i querido de cuantos solian saludarle.

—¿Qué tendrá Francisco? ¿por qué estará mal quisto con nosotros? decian algunos.

—I sobre todo, añadian otros, cuando parece florecerle la fortuna i una mujer, que llega a dar envidia a las mozas mas guapas del lugar, puede hacerle amable la vida.

—Si él tuviera alguna pena, nosotros podríamos consolarle, dijo uno de ellos, lo mismo que a *ñor* Celestino, cuando en la víspera de Navidad perdió a su hija, que tenia unos ojos que relumbraban como dos estrellitas, pues no ha nacido otra como ella en todita esta isla. Como en un sueño, se le fué, apenas se lo pensaba; i ¡quién lo habia de decir, cuando daba gusto el verla!

—Mujer bella, dijo un chistoso, el diablo carga con ella, así dice el adajio, i quien sabe si....

—Calla, contestóle otro, que Rosalía por su educacion i por todo no es sino para servir de rodillas a su marido.

Así solian conversar, despues del trabajo los amigos de Francisco; pero en vano trataban de darse alguna explicacion racional de lo que veian. Ignoraban ellos, honrados trabajadors de los bosques, cuánta amargura.i desesperacion es capaz de encerrar el corazon del hombre que siente devoradas sus entrañas por la fiebre maligna de los celos. Ignoraban ellos, sencillos i felices, con la felicidad que da la virtud i los goces del hogar, que hai ocasiones en que el hombre virtuoso llega hasta a dudar de la virtud, en que la belleza i los encantos de la mujer que se ama no son sino un velo hipócrita que oculta la perfidia del corazon. Cuando todo esto se ve i se siente, cuando la felicidad no llega a concebirse sino como una bella mentira, entónces el amargo desengaño llega hasta oscurecer la vista i endurecer el corazon, a tal punto que el alma ajitada por la venganza solo mira lodo i sangre como único desenlace del terrible drama que se opera ante sus ojos. ¡Ah! los celos son un demonio que, llegando una vez a apoderarse del corazon del hombre, lo lanza sin freno a los mayores extravíos!

Francisco sentia todos esos tormentos. El destino jugaba con él de una manera terrible. Desde el dia fatal que llegó a su casa i conoció la extraña conducta de su esposa, los instrumentos del trabajo permanecieron olvidados en un rincon de la habitacion i la alegría huyó para siempre de sus rostro.

Desde entónces no tuvo descanso durante el dia, ni el sueño, dulce consolador de las desgracias, cerraba sus ojos durante las largas horas de la noche. Lúgubres ideas cruzaban siempre por su enfermizo cerebro; siempre en asecho, cualquiera mirada, cualquiera sonrisa bastaba para despertar su terrible sospecha.

IV.

Pasando los dias, hubo de llegar una tarde, una de esas tardes cuyo cielo está preñado de negras nubes, que, lentas i pesadas,

van agrupándose unas sobre otras, anunciando la tempestad. Reinaba una calma completa, interrumpida solo de cuando en cuando por lijeras ráfagas de viento que nada bueno presajiaban.

En la habitacion de Rosalía se veia un espectáculo bastante triste. Su anciana madre exhalaba el último aliento de la vida i ella habia huido ante la vista del sacerdote cristiano, que, junto al lecho de la moribunda, pronunciaba en voz baja las sagradas palabras que acompañan a los fieles en el último trance de la vida. Francisco tambien estaba allí; pero su semblante revelaba mui distintas emociones. De cuando en cuando dirijia su torva vista alternativamente a la puerta de la habitacion i al rostro de la moribunda i la ajitacion que parecia dominarlo se aumentaba mas por cada instante que pasaba.

Abandonada hasta por su propia hija, que talvez en esos instantes hablaba con el misterioso personaje que la habia arrebatado a su cariño, la pobre anciana estrechaba entre sus manos enflaquecidas, un tosco crucifijo de madera, juntándolo a su pecho, i esforzándose sus labios emblanquecidos en repetir las santas oraciones del sacerdote, único consuelo que mitiga algun tanto las amargas congojas de la última despedida. Haciendo un esfuerzo, abrió sus lánguidos ojos i paseó la vista por la ya casi oscura habitacion. Parecia buscar algo que le hacia falta en aquel supremo trance. Era a su hija, su amparo, su único consuelo en los tristes dias de la vejez.

—Pronto ha de llegar, la dijo el sacerdote, pareciendo comprender toda la amargura que encerraba aquella mirada de una madre.

—¡Sí! pronto vendrá! pronto vendrá!! dijo Frncisco temblando de cólera i salió con precipitacion.

El sacerdote, previendo algo funesto en aquellas palabras, habria querido detenerlo; pero tambien habria sido inútil.

Pocos instantes despues se notaban ya los síntomas de la agonía. Un lijero extremecimiento conmovió todos sus miembros; una lágrima se deslizó por sus mejillas; su alma estaba ya en la eternidad.

El sacerdote permaneció algun rato todavía junto al cadáver, pronunciando entre dientes la última plegaria por los muertos; i salió en seguida de la habitacion donde tan solo reinaba el lúgubre silencio de la muerte.

Francisco entretanto llegaba al bosque tras de su criminal esposa. La sangre se agolpaba a su corazon convulso, cuyas palpitaciones marcaban los grados de esa fiebre rabiosa de que estaba poseido; su rostro estaba pálido i desencajado; sus ojos sanguinolentos, sus facciones todas revelaban una ajitacion febril. Tantas noches de insomnio i de amargas inquietudes le habian dado el aspecto de un criminal acosado por los remordimientos. Las hojas crujian bajo sus pies i las copas de los árboles se doblaban a su paso ajitadas por el récio viento de esa tarde tempestuosa; i los pájaros movidos por el instinto del peligro, saliendo de sus

nidos, revoloteaban de una parte a otra, como si comprendieran los signos de la tempestad. Francisco, sin parar su atencion en nada de esto, dominado por un solo pensamiento, caminaba i se paraba a cada instante, creyendo oir esa voz que le habia de revelar el secreto fatal de su desgracia; mas, luego conocia ser tan solo el ruido del viento entre las ramas. Volvia a andar i a pararse de nuevo, i así caminó largo rato. De repente un sudor frio bañó su frente enardecida i sus ojos despidieron un brillo siniestro. No era ilusion, nó, la voz de Rosalía sonaba en sus oidos clara i armoniosa, como cuando hablaba a su amante en los dias de la felicidad; i despues otra voz melosa, desconocida para él; era seguramente la de su pérfido seductor, la del miserable que habia arrebatado el honor i la virtud a una débil mujer i atravesado con un puñal el corazon de un esposo que no poseia otro tesoro que ese honor i esa virtud.

Un rujido de colera se escapó de su pecho.

—¡Infame! gritó ébrio de venganza, i corrió hácia el lugar de donde provenian esas dos voces diferentes.

Mas, todo fué en vano; corrió de un lugar a otro, recorrió todo el bosque casi: Rosalia no estaba allí: sin embargo, él la habia oido, la habia visto casi.—¿habia huido al sentir el ruido de sus pisadas? ¿a dónde? ¿con quién?—Estas refleciones pasaban turbulentas por su cerebro, aumentando su furor.

Las sombras de la noche habian caido sobre el pueblo i la lluvia se descargaba sobre los techos de las casas i los relámpagos, iluminando con su luz cárdena el espacio, alternaban con el ruido sordo i amenazante de los truenos, que se sucedian unos a otros, cuando Rosalía llegó a su casa cargada con la leña que todos los dias encontraba preparada en medio del bosque. Inmediatamente prendió fuego i las llamas se alzaron iluminando los cuatro ángulos de la habitacion. Luego, allegándose vacilante al lecho mortuorio, la hija ingrata no pudo dejar de derramar una lágrima sobre el cadáver de su madre.

En el mismo instante entraba Francisco en la habitacion.

—¿Adónde has ido? preguntó con voz de trueno a su esposa.

—¿Yo? dijo ésta sobresaltada.

—¡Tú! ¿con quién hablabas? ¿con quién? ¡¡Dilo!! añadió Francisco fuera de sí.

Rosalía aterrorizada guarda silencio i Francisco rojo de cólera se precipita sobre ella i un instante despues la deja caer bañada en sangre sobre el frio pavimento. Una carcajada estridente i burlona se deja oir entónces a sus espaldas; es el peuquen; ciego quiere arrojarse sobre él i atravesarle con su puñal; pero este desaparece al instante, apagándose el fuego maldito que arde en la habitacion. En medio de las tinieblas un pensamiento horrible cruza por la frente del asesino i, dominado por la desesperacion, huyó de aquel lugar sangriento.

JAVIER VIAL SOLAR.

EL REVERSO DE LA MEDALLA.

COMEDIA EN UN ACTO, SACADA DE LA ESCENA FRANCESA I ARREGLADA PARA EL COLEJIO DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

PERSONAJES:

Crispin, zapatero, 58 años.
Federico, colejial, 10 años.
Don Antonio, padre de Federico, 35 años.
Don Jerónimo, maestro de escuela, 50 años.
Pascual, vecino de Crispin, 40 años.
Merlin, encantador.

ACTO UNICO.

El teatro representa una plaza pública.—A la derecha, la casa de Crispin; sobre la puerta un letrero que dice: Crispin, zapatero. A la izquierda, casa de Pascual, con ventana o balcon practicable.

ESCENA I.

CRISPIN *(Solo.)*

(Al levantarse el telon, Crispin está sentado en un banquillo junto a una mesa de zapatero; a su lado tiene una gran jarra de cerveza.)

CRISPIN. *(Golpeando una suela i cantando:)*

¡Já, já! pobre zapatero,
¡Já, já! casca sin temor;
¡Já, já! ¡qué duro está el cuero!
¡Já, já! dormir es mejor.

(Tirando al suelo el martillo i limpiándose el sudor.) ¡Maldito oficio éste que mi padre me enseñó!.... ¿Dónde diablos tendria la cabeza el buen hombre cuando me puso el martillo en las manos? ¡Por cien mil de a caballo! cuánto mejor no habria hecho en torcerme el pescuezo, que en plantarme este delantal de cuero que es un verdadero cabestro para mí.... ¡Malhaya sea el oficio! llevarse machacando suela desde hace cuarenta años i pasar toda la vida con las narices clavadas sobre las rodillas... ¡Por San Crispin! que cuando pienso en esto, me da una sed... *(Se empina la jarra.)* ¡Voto a un rejimiento de granaderos! esta cerveza sí está particular; esto sí conforta i entona el espíritu. ¿Qué habria sido de mí si no hubiese tenido a mi disposicion siquiera este consuelo?... ¡Oh, la cerveza, la cerveza!.... *(Cantando.)*

Este dulcísimo jugo
De la cebada, es primor
Para quitar el tarugo
Consecuencia del dolor.

¡Viva el viejo zapatero!
Del oficio, el coronel;
I alegres, de enero a enero,
Brindemos en un tonel.

(Dejando de cantar i sacudiendo la pierna derecha.) ¡Oh! ai, ai, ai. Maldita gota, gota infernal, gota de todos los demonios.... Era lo único que faltaba para que mi felicidad fuese completa. ¡Oh! ai, ai, ai. Pero ¿qué no habrá algun medio de acabar con esta gota?.... ¡Oh, si yo tuviese solo veinte años!.... ¡si no tuviera mas que quince!.... si solo tuviese diez!.... ¡Ah! Crispin, Crispin, qué no harias entónces... *(Sacudiendo la pierna derecha.)* ¡Todavía!.... ¡Oh! ai, ai, ai, ¡qué Satanás te confunda; que mil i mil diablos!....

ESCENA II.

CRISPIN, PASCUAL.

PASCUAL. *(Asomándose por la ventana o balcon de su casa, tiene la cabeza cubierta con un gorro de dormir.)* I bien, compadre Crispin ¿qué bulla es ésa? ¿qué es lo que hai? Parece que la gota hace de las suyas hoi dia. Os sacudis i gritais ni mas ni ménos que un condenado a quien sumerjieran en una pila de agua bendita.

CRISPIN. ¡Voto a mil bombas! vecino ¿creeis que estoi de humor para escuchar vuestras simplezas? Sufro mas que el mismo San

Lorenzo cuando lo asaban en la parrilla i quereis que esté mudo como una piedra de esquina.... ¿Acaso no sabeis que gritando se me quita el dolor i me alivio?.... *(Sacudiendo la pierna derecha.)* ¡Oh! ai, ai, ai.

PASCUAL. Gritad cuanto querais, compadre Crispin; puesto que eso os alivia, gritad hasta dejarnos sordos a todos los vecinos; aunque yo os digo i repito que ese remedio no os sanará nunca.

CRISPIN. ¡I pensar que tendré que sobrellevar esta carga hasta el fin de mis dias! ¡Tener que sufrir, a cada instante, el galope de esta infernal gota por mis infelices piernas! ¡Voto a cien mil cartuchos! podeis hablar hasta mañana vecino Pascual, no por eso dejaré yo de quejarme i de gritar.... *(Dando un gran suspiro.)* ¡Ah! los jóvenes sí que son felices.

PASCUAL. ¿Los jóvenes?.... ¡vaya! ¡vaya! si no es la gota la que los atormenta, tienen en cambio otros pesares i quizás peores. ¿A qué quejarse de lo que se ha perdido? ¿Acaso cada edad no tiene sus placeres i sus penas?

CRISPIN. ¿Sus placeres?.... ¿I podriais decirme cuáles son los que yo tengo? ¡Ah! ¡ah! cuando yo era jóven, vecino Pascual, cuando yo era jóven, no hacia sino bailar desde la mañana hasta la noche i desde la noche hasta la mañana; miéntras que ahora ¡ai! ahora, si no fuese por los brincos que me hace dar la gota...

PASCUAL. Pero ¿i ese reposo tan envidiable, i esa tranquilidad de espíritu?....

CRISPIN. ¡Al diablo con vuestra tranquilidad!.... Por lo visto, quereis burlaros de mí. *(Levantándose.)* ¡A fé de Crispin! que.... *(Tomando el jarro.)* ¡A vuestra salud, vecino! *(Bebe.)*

PASCUAL. Dios os la conserve largos años, compadre. Pero, mirad, os voi a dar un buen consejo: nunca os quejeis tan sin motivo. Muchos hai que son mas desgraciados que vos, o, al ménos, que creen serlo, lo que al fin i al cabo, viene a ser lo mismo.

CRISPIN. Sí, eso es; teneis muchísima razon. ¿No soi acaso jóven, vivo, alegre, sin enfermedades?.... La gota, el reumatismo, el catarro, la bronquitis, ¡pamplinas! i, luego, esa paz inalterable, i el reposo, i la tranquilidad de espíritu.... ¡Voto a mil demonios!.... ¡Bah! vale mas que me vaya a dar una vuelta por mi cocina, pues, tengo un hambre, i una sed.... ¡Hasta mas ver, vecino! *(Entra en su casa.)*

ESCENA III.

PASCUAL *(Solo.)*

PASCUAL. ¡Pobre Crispin! se imajina ser el mas desgraciado de los hombres i, sin embargo, nada le falta. Pero, ya se ve, no se puede consolar de haber perdido sus veinte años i, así, estoi se-

guro que no titubearia en cambiar su suerte con el primero que se presentara, no importa que fuese ciego, cojo, manco o jorobado i sin blanca en el bolsillo, con tal que tuviese veinte años. *(Desaparece de la ventana.)*

ESCENA IV.

PASCUAL, DON ANTONIO, FEDERICO.

FEDERICO. *(Dentro.)* ¡No quiero! ¡no quiero! *(Entra en la escena por la izquierda. Federico trae su bolson de colejio i algunos libros.)*

D. ANTONIO. ¿I por qué no quieres?

FEDERICO. *(Debatiéndose.)* Porque nó.

D. ANTONIO. ¡Eh! ¿con qué Ud. no quiere, señor mio?

FEDERICO. Nó, nó.

D. ANTONIO. Pero, en fin ¿por qué?

FEDERICO. Porque no quiero ir al colejio. ¡Ah! Dios mio ¡qué desgraciado soi!

ESCENA V.

DICHOS, DON JERÓNIMO.

D. JERÓN. *(Que entra por la izquierda mui pausadamente i sin ver a nadie.)* Verdaderamente, es una cosa prodijiosa el cuadrado de la hipotenusa. Pues, sí, señor, es uno de aquellos descubrimientos que cambian la faz de las naciones.

D. ANTONIO. ¡Señor don Jerónimo!

FEDERICO. *(Aparte.)* ¡El maestro!

D. JERÓN. *(Hablando consigo mismo.)* El cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma del cuadrado de los catetos....

D. ANTONIO. ¡Señor don Jerónimo!....

D. JERÓN. I un cateto, es igual al cuadrado de la hipotenusa, ménos el cuadrado del otro cateto.

D. ANTONIO. *(Llamándolo mui fuerte.)* ¡Señor don Jerónimo!

D. JERÓN. *(Sorprendido.)* *Proh Jupiter! Quid audio?*.... ¡Ah! vuestro servidor, señor don Antonio. *(Gran cortesía.)*

D. ANTONIO. Vaya que estabais distraido, señor don Jerónimo.

D. JERÓN. Es que estaba en gran conversacion con Pitágoras i, ya comprendereis....

D. ANTONIO. Sí, sí, comprendo perfectamente. Pero, es el caso, señor, que este tarabilla de Federico se empeña en no asistir hoi a clase.

D. Jerón. ¡No asistir a clase!.... *Quosque tandem, Federicus, quosque tandem!....*

Federico. (*Temblando.*) Si nó, señor don Jerónimo, es que le decia a mi papá que....

D. Jerón. ¡Al colejio, amiguito, al colejio! (*Saludando a don Antonio.*) Servidor vuestro, señor don Antonio.

D. Antonio. A vuestros piés, señor don Jerónimo. (*Vánse, por la derecha don Jerónimo, i Federico i don Antonio por la izquierda.*)

ESCENA VI.

CRISPIN (*Solo.*)

Crispin. (*Saliendo de su casa.*) ¡Ai, vida, vida, vida!.... Cuando no es la gota, es la sopa que se me ahuma o el puchero que se me quema. Lo cierto es que el almuerzo estaba.... (*Haciendo un jesto.*) ¡Ouf! será preciso desquitarme con la cerveza. (*Destapando una botella que saca de su delantal.*) A los grandes males, grandes remedios. (*Bebe.*) I, ahora, a trabajar. (*Acomodándose en el banquillo.*) ¡Maldito oficio!

ESCENA VII.

CRISPIN, FEDERICO.

Federico. (*Que llega apresurado por la derecha.*) Por fin, por fin, he consequido escapar i esta vez si que no me atraparán.

Crispin. (*Dejando de trabajar.*) ¡Eh! ¿qué hai? ¿qué se ofrece?

Federico. ¡Ah! tio Crispin, don Jerónimo me llevaba al colejio, pero, miéntras hablaba con un caballero que encontró en el camino, yo me le escurrí por entre los dedos i, ya estoi aquí. ¡Oh! vos no le direis nada a mi papá ¿no es cierto?

Crispin. ¡Hum! perezoso. ¿I por qué no quieres ir a clase?

Federico. ¡No faltaba mas! Con unas lecciones tan largas que nos da don Jerónimo i, luego, con aquellos deberes que no se acaban nunca....

Crispin. ¡Lecciones! ¡deberes!....

Federico. Sí, sí; ya os quisiera ver yo en mi lugar. Estarse quieto, quietecito, sin poder siquiera decir: esta boca es mia, i tener que estudiar siempre....

Crispin. ¡Estudiar! ¡estudiar!.... Nada mas fácil, amiguito. Ya pudiera yo estar con don Jerónimo....

Federico. ¿Vos?

Crispin. Pues, es claro; en tu lugar me consideraria el hombre mas feliz.

FEDERICO. *(Aparte.)* ¡Habráse visto bestia igual! *(A Crispin.)* Pues, yo, al contrario, querria ser como vos; ser dueño de mis acciones; trabajar cuando se me antojase i me diese la gana. Vos sí que sois verdaderamente feliz, tio Crispin.

CRISPIN. Con que sí ¿eh?.... ¡Vaya! i yo que no lo sabia.

FEDERICO. Vos no vais a clase; vos no teneis lecciones que aprender; a vos no os castigan, ni os dan reglazos en los dedos....

CRISPIN. ¡No faltaba mas que viniesen a chicotear a Crispin!... Pero, amiguito, cada uno tiene de que quejarse, i por lo que a mí toca.... *(Sobándose la pierna derecha.)* En fin, basta; yo me entiendo.

FEDERICO. I, luego, vos vais a pasear cuando i donde se os ocurre.

CRISPIN. Sí, eso es ¡a pasear!.... *(Sobándose la pierna derecha.)* Sobre todo, cuando.... ¡Hum! yo me entiendo.

FEDERICO. ¡Habrá hombre mas feliz que el tio Crispin!.... ¡Oh! si yo pudiese ser como vos, entónces sí que estaria contento.

CRISPIN. Ya lo creo. *(Aparte.)* ¡Maldita gota! parece que me rompen las canillas. *(A Federico.)* I bien, amiguito, si tú deseas ser lo que yo, yo daria lo que no tengo por ser lo que tú.

FEDERICO. ¿De veras?

CRISPIN. I con toda mi alma, a fé de quien soi.

FEDERICO. ¡Oh, si esto pudiese acontecer! *(Aparece tras ellos el encantador Merlin, bajo la figura de un viejo jorobado, apoyado en un baston.)*

ESCENA VIII.

DICHOS, MERLIN.

MERLIN. ¿Lo quereis?

CRISPIN. FEDERICO. *(Santiguándose. Federico se esconde detras de Crispin que se ha puesto de pié.)* ¡Ah!

MERLIN. No temais: no vengo a haceros daño; vengo por vuestro bien.

CRISPIN. ¿Por nuestro bien?

MERLIN. Sí, vosotros me habeis llamado.

CRISPIN. FEDERICO. ¿Nosotros?

MERLIN. Ciertamente; de lo contrario no habria venido.

CRISPIN. Pero ¿quién sois vos?

MERLIN. ¿Quién soi?

CRISPIN. FEDERICO. Sí.

MERLIN. Yo soi el encantador Merlin. Los espíritus me han confiado el dominio de la tierra. Yo, a mi antojo, hago i deshago la pobreza i la riqueza, la opulencia i la miseria. Yo imprimo en la frente de los hombres las arrugas de la vejez i las rosas de la

juventud. Pues bien, yo he oido vuestros deseos; aquí estoi; decid ¿qué quereis?

CRISPIN. Pero ¿qué deseos son los que yo he manifestado?

MERLIN. Mala memoria tienes, Crispin. ¿No deseabas, hace un instante, cambiar tu suerte por la de ese niño? i él ¿no hacia, acaso, los mismos votos?

CRISPIN. ¿I bien?

MERLIN. I bien, esos votos yo los puedo realizar.

CRISPIN. ¡Hein! ¿de veras?

MERLIN. Nada mas fácil.

CRISPIN. ¿Vos podeis hacer que yo sea el pequeño Federico?

MERLIN. Sí.

CRISPIN. ¿I que Federico sea el zapatero Crispin?

MERLIN. Pues, es claro.

CRISPIN. ¡Catorce mil bombas i truenos! eso no lo creo.

MERLIN. ¿Lo quereis?

CRISPIN. Yo no deseo otra cosa.

MERLIN. ¿I tú, Federico?

FEDERICO. ¿Ya no iré mas a clase?

MERLIN. Nó.

FEDERICO. ¿Ya no me castigará mas don Jerónimo?

MERLIN. Nó.

FEDERICO. ¿I seré dueño de mis acciones i haré lo que se me antoje?

MERLIN. Todo como Crispin.

FEDERICO. (*Rascándose una oreja.*) ¡Cáspita! pero, es que el tio Crispin es mas viejo que yo.

CRISPIN. ¿En esos piensas? pero, si apénas tengo cincuenta años i pico. I, luego ¿de qué te sirve la juventud? Para llevarte todo el año de cabeza sobre los libros; comiendo pan seco, recibiendo chicote i mas chicote; amen de los deberes, lecciones i cara de vinagre de don Jerónimo; miéntras que yo, yo como sabrosa cazuela; bebo rica cerveza; paseo lo mas de los dias i bailo.... (*Quiere hacer una pirueta i cae cuan largo es al suelo.— Aparte, agarrándose a dos manos el pié derecho.*) ¡Maldita gota! ¡i en semejante momento!

FEDERICO. ¡Eh! ¿qué decis?

CRISPIN. Pisé en falso i por poco.... (*Aparte.*) ¡Gota de los demonios!

FEDERICO. ¿I qué cuento es ese de gota?

CRISPIN. Decia que, de mil amores, beberia una gota a la salud del señor Merlin. (*Aparte.*) ¡Mil i mil millones de rayos!

MERLIN. Federico, decídete: el tiempo avanza i mis instantes están contados.

CRISPIN. (*Escuchando.*) ¿Qué es lo que oigo? (*Yendo hácia la derecha.*) ¡Ah! ¡ah! me parecia oir la voz de don Jerónimo. Cuando ménos te ha echado de ménos i viene en tu busca.

FEDERICO. En tal caso sereis vos a quien lleve, tio Crispin, porque yo acepto.

CRISPIN. (*Aparte.*) ¡Acepta!

MERLIN. Pues, entónces ¡a mí, los espíritus! Merlin lo ordena. (*Estiende su baston i, describiendo círculos en el aire, rodea a Crispin i a Federico que han entrelazado sus brazos.—Relámpagos, truenos. Los tres desaparecen.*)

ESCENA IX.

DON JERÓNIMO. (*Solo.*)

D. JERÓNIMO. (*Entrando por la derecha.*) Pero ¿dónde diablos se habrá ido este muchacho? Casi estaba seguro de encontrarlo aquí. ¡Ah, el bribonzuelo!.... Ya me las pagará todas por junto. ¡Escaparse así de mis manos, a mi vista, en mis propias barbas! *A manibus, a barba, ab oculis mei!* ¡Por Júpiter! que le he de poner un par de orejas mas largas que las del rei Midas, a quien el docto Apolo hizo presente de un par de orejas de asno, por haber pretendido tontamente que el rústico Pan tocaba la flauta mejor que el mismo Apolo, padre de las nueve musas i, por consiguiente, de la música. *Quanta stultitia!....* ¡Ah, el bribonzuelo! ¡huir así de la ciencia cuando tantos otros se considerarian tan felices en poder cultivarla! I, sobre todo, cuando tenia que dar una explicacion tan interesante i tan conmovedora sobre la conjuncion i el adverbio.... ¡Ah, ah! pero, yo lo atraparé. Cuando ménos se ha ido a jugar a las orillas del canal. ¡Oh! la juventud, la juventud, es preciso velar mucho sobre ella e inculcarle con tiempo la aficion al estudio, arrancando las malas yerbas que pudieran ahogar las buenas inclinaciones; pues, como dice mui bien el excelente autor de las *Metamorfósis:*

Principiis obsta: sero medicina paratur,
Cum mala per longas invaluere moras.

Lo que es mui cierto, pues, es en vano que se busque entónces un remedio.

ESCENA X.

DON JERÓNIMO, CRISPIN, FEDERICO (*Por la izquierda.*)

(*Crispin viene con el traje de Federico i éste con el de Crispin.*)

D. JERÓN. (*A Crispin que toma por Federico.*) ¡Ah, el bribonzuelo! por fin ¡ya lo tengo, lo tengo! Venid acá, señor perezoso, que tenemos una cuentecita que arreglar.

CRISPIN. (*Alegre i saltando.*) Con vuestro permiso, dejadme ensayar un poco mis piernas. ¡Qué dicha poder saltar i brincar a su gusto! (*Haciendo cabriolas i dándose vueltas de carnero.*)

D. JERÓN. ¡Eh! (*Tratando de pillarlo.*) ¡I el mui tuno se me escapa! ¡Si se me escabulle como una anguila! *Quasi anguis effugit!* Pero, yo lo he de atrapar. (*Agarrándolo.*) Con que, señor don Federico....

CRISPIN. ¡Qué Federico ni que jaca! Soltad, soltad, viejo cara de pergamino.

D. JERÓN. ¡Insolente! ¡a tu maestro!

FEDERICO. (*Riendo.*) Já, já, já, pobre Crispin, no sabes la que se te espera.

CRISPIN. I, tú, ya puedes ir preparando las muletas; ahí, en el rincon, junto a mi cama las encontrarás.

D. JERÓN. (*A Crispin.*) Vamos ¡a la escuela!

CRISPIN. ¿A la escuela? (*Riendo.*) Pues, apretar los talones i..... ¡paff! (*Da una media vuelta, voltea a don Jerónimo i se escapa por la derecha.*)

D. JERÓN. (*Levantándose i persiguiéndolo.*) ¡Ah, el condenado, el atrevido!

ESCENA XI.

FEDERICO (*Solo.*)

FEDERICO. (*Riendo.*) ¡Já, já, já! el tio Crispin va a comenzar su aprendizaje. No le abono los zurriagazos de don Jerónimo. Pero ¿qué diablos quiso decirme con mis piernas? En efecto, me parece que las tengo un poco mas entorpecidas que esta mañana. ¡Bah! sea lo que sea, vamos a nuestro trabajo. A ver qué efecto me produce mi nuevo oficio. (*Se sienta en el banquillo i principia a machacar suela.*) ¡Ouf! no debe ser mui divertido que digamos el llevarse así todo el dia: machaca que machaca. ¡Oh! pero, una vez que me aburra, me iré a pasear i a correr por el campo.—I el tio Crispin ¿qué hará entre tanto en la escuela? (*Riendo.*) Já, já, já, si ya me parece que oigo a don Jerónimo. (*Imitando la voz del maestro.*)—A ver, señor don Federico ¿qué cosa es la interjeccion?—No sé, señor.—¿No sabe? entónces sabreis ¿qué cosa es el sustantivo?—Tampoco, señor.—¿I el adverbio?—No sé, señor.—¡Ah! ¿con qué no sabeis lo que es el sustantivo? pues, aguardad, yo os daré una sabrosa leccion de líquidas i liquantes.... I, esto diciendo, ¡paff! ¡paff! (*Riendo.*) Já já, já ¡pobre tio Crispin! (*Saltando en el banquillo.*) Pero ¿qué diablos es lo que me anda por el pié? ¡Oh! pero, esto es insoportable. (*Sacudiendo la pierna derecha.*) ¡Oh! ai, ai, ai, ai. Pero, en fin ¿qué es lo que tengo en el pié? Si parece que me revanáran con diez cortaplumas. ¡Oh! ai, ai, ai.

ESCENA XII.

FEDERICO, PASCUAL.

PASCUAL. (*Asomado a la ventana de su casa.*) ¡ Eh! ¡eh! compadre Crispin ¿qué significan tantos gritos? Pareceis, ni mas ni ménos, un niño. ¿Qué dirá el vecindario?.... Os quejais i lamentais como una mujer. ¡Qué diantres! tened un poco de paciencia.

FEDERICO. Pero, en fin, yo quisierá saber que es lo que tengo en el pié.

PASCUAL. ¿Lo que teneis en el pié?

FEDERICO. Sí.

PASCUAL. Pues, me gusta la ocurrencia. ¿Lo que teneis? ¡canario! es la gota que hace cabriolas en vuestras pantorrillas.

FEDERICO. ¿La gota?

PASCUAL. Estamos frescos ¿qué habeis perdido la cabeza?

FEDERICO. ¿Yo estoi con gota?

PASCUAL. Eh, compadre Crispin, está visto: se os ha trastornado el seso.

FEDERICO. (*Gritando*) ¡Oh! ai, ai ai. Si parece que me aserraran el pié.

PASCUAL. Pero, compadre, nunca os habia visto como hoi.

FEDERICO. ¡Dios mio! ¿qué es lo que he ido a hacer? ¡Oh! este pié, este pié!.... ¡Oh! ai, ai, ai, i ahora, las rodillas, las piernas; ya casi no puedo moverme.

PASCUAL. ¿Las rodillas, las piernas, decis?

FEDERICO. (*Mostrando su pierna derecha.*) Sí, desde aquí hasta acá.

PASCUAL. ¡Hum! esto huele a reumatismo.

FEDERICO. ¡Reumatismo!

PASCUAL. Ciertamente; puesto que os duelen las rodillas i los muslos, es ahí donde se aloja el reumatismo.

FEDERICO. ¡Imbécil que soi! ¡Oh, ai, ai, ai, ai! Dios mio, cuánto sufro. I ¿acaso uno se muere de reumatismos?

PASCUAL. Yo no digo que sí, pero tampoco digo que nó.

FEDERICO. ¡Bruto de mí! ¡imbécil! ¡animal! ¡Oh! el tio Crispin sabia mui bien lo que hacia. ¡Oh! ai, ai ai ai.

PASCUAL. (*Aparte.*) No hai duda, está loco; habla del tio Crispin como si no fuese él. (*Federico comienza a toser.*) ¡Aprieta! no es nada lo del ojo, compadre: os habeis resfriado i estais con un catarro....

FEDERICO. ¿Yo estoi con catarro?.... ¡Oh! ai, ai, ai, ¡cuánto sufro! (*Tosiendo.*) Pero decid ¿acaso un catarro puede ocasionar la muerte?

PASCUAL. I violenta, tio Crispin.

FEDERICO. ¡Ave María Purísima!

PASCUAL. En vuestro lugar, yo arreglaria mis negocios, i sobre todo la conciencia, que, sea dicho de paso, habeis descuidado mucho, tio Crispin. (*Federico llora.—Aparte.*) Mala señal; él que no lloraba nunca. (*A Federico.*) Vamos, compadre, es preciso no desconsolarse.

FEDERICO. (*Aparte.*) ¡Oh, si pudiera volver a lo de ántes!.... ¡Cómo se reirá de mí, a estas horas, el tio Crispin! Estoi seguro que andará saltando i bailando de contento, miéntras que yo.... ¡Oh! ai, ai, ai, quisiera que me cortaran la pierna: creo que sufriria ménos.

PASCUAL. Pues, señor, lo dicho: está loco. (*Desaparece de la ventana.*)

ESCENA XIII.

FEDERICO, CRISPIN (*Furioso.*)

CRISPIN. (*Entra apresurado por la derecha; trae en la cabeza un gran gorro de carton con dos enormes orejas de asno.*) ¡Por cien mil de a caballo! esto es para morirse de vergüenza. ¡Chicotear a un hombre de mi edad! ¡Tratarme como a un chiquillo! ¡Voto a mil demonios! no sé como me contuve; no sé como no salté encima de ese maestro de Satanas.

FEDERICO. (*Riendo.*) Já, já, já. ¡Dos orejas tan descomunales en la cabeza de un hombre de vuestra edad! ¡Oh, oh! volveos un poco, señor mio. (*Riendo.*) Já, já, já.

CRISPIN. ¡Catorce mil bombas i cartuchos! ¿qué te has propuesto hacerme reventar de rabia?

FEDERICO. (*Riendo.*) Já, já, já. ¡Cuidado con las orejas! ¡Oh! el señor don Jerónimo os ha puesto de lo lindo.

CRISPIN. ¡Bestia, bestia de mí! ¿Quién, diablos, me metió en la cabeza querer cambiar mi suerte por la de ese tunante de Federico?

FEDERICO. ¡Qué! ¿querriais volver a vuestro antiguo estado?

CRISPIN. Si no deseo otra cosa. ¡Chicotear a un hombre de mi edad! ¡Afrentarme con estas dos orejas de asno!.... ¡Ah, don Jerónimo, don Jerónimo!

FEDERICO. ¡Oh, si volviera el encantador Merlin!

CRISPIN. Sí; qué venga, qué venga, ántes que me haga pedazos de pura rabia.

ESCENA XIV.

DICHOS, MERLIN.

MERLIN. ¿Quién me llama?

CRISPIN. FEDERICO. ¡Ah! ¡Merlin!

MERLIN. El mismo. He oido vuestras súplicas i aquí me teneis de nuevo. ¿Qué deseais?

CRISPIN. Que destruyais lo que habeis hecho i que nos devolvais a nuestro primitivo estado.

MERLIN. ¡Cómo! ¿acaso no sois felices?

CRISPIN. FEDERICO. ¡Felices!....

MERLIN. (*Hablando consigo mismo.*) ¡Pobres hombres! ¡pobres mortales! Hé aquí lo que casi siempre sucede: nadie está satisfecho de su suerte; nadie se conforma con la felicidad que encuentra en su camino; todos desean la ajena i, de aquí resulta que, por tomar las rosas, solo se cojen espinas. (*A Crispin i Federico.*) Está bien: consiento en devolveros a vuestro primitivo estado, pero, con una condicion i es que en adelante no os volvereis a quejar de vuestro destino. Por propia experiencia habeis visto que toda medalla tiene su reverso: recordad, pues, la leccion i que os aproveche. (*Estiende su baston i, describiendo círculos en el aire, rodea a Crispin i Federico que se tienen abrazados. Relampagos, truenos. Desaparecen.*)

ESCENA XV.

DON JERÓNIMO, DON ANTONIO (*Que entran por la derecha.*)

D. ANTONIO. ¿Con que decis que el muchacho es incorrejible?

D. JERÓN. *Dixi.*

D. ANTONIO. ¿I que cuantos medios habeis empleado han sido inútiles?

D. JERÓN. *Operæ pretium est cognoscere vos.*

D. ANTONIO. Pues, señor don Jerónimo, no sé que hacer.

DON JERÓN. Mi señor don Antonio, (*Taconeándose de rapé las narices.*) *Neque ego.*

D. ANTONIO. Pero, es menester tomar alguna providencia.

D. JERÓN. *Providere ne aliquid accidat?*.... cabal, cabal.

D. ANTONIO. Una providencia pronta, eficaz.

D. JERÓN. Eso es: pronta, eficaz; *remedium efficax.*

D. ANTONIO. ¡No querer ir a la escuela!

D. JERÓN. Es inaudito.

D. ANTONIO. ¡Burlarse de su padre!

D. Jerón. *Irridere a patre suo!*
D. Antonio. I esto, no una, sino diez i veinte veces.
D. Jerón. *Vicies!....* Es imperdonable.
D. Antonio. I bien ¿qué me aconsejais?
D. Jerón. Lo dicho.
D. Antonio. ¿I es?
D. Jerón. Tomar una providencia pronta, eficaz; *remedium efficax.*
D. Antonio. Estoi resuelto.
D. Jerón. Así me gusta: cascar fuerte i duro; de lo contrario, como dice Ciceron, de lo contrario.... Pero ¿qué bulla es esa?

ESCENA XVI.

DICHOS, CRISPIN, FEDERICO. (*Con sus trajes verdaderos.*)

Federico. (*Que entra brincando por la izquierda.*) ¡Ahora sí que soi feliz! (*Tocándose las piernas.*) Estas sí que son mis piernas. Ahora sí que respiro, i brinco, i bailo i.. i.. (*Viendo a su padre.*) ¡Mi padre!....
D. Antonio. ¡Ah, ah, bribonzuelo! ¿con que te habias vuelto a escapar?
D. Jerón. *Tu evolaturus eras?*
D. Antonio. De hoi mas, te entrego a la potestad de don Jerónimo i estarás bajo su férula.
D. Jeron. *Sub ferula mea.*
Federico. (*Aparte.*) Peor es la gota del tio Crispin.
Crispin. (*Que se ha ido a sentar en su banquillo i observa lo que pasa. Aparte.*) I yo, a todo esto: Callado, callado i callado. (*Toma el martillo i principia a machacar una suela.*)

CAE EL TELON.

Ruperto MARCHANT PEREIRA.

PEDRO CRESPO.

(Conclusion.)

XV.

OTRA VEZ DON LOPE.

Aquella morada, pocos dias ha tan feliz i tranquila, es hoi un lugar de luto i desolacion.

La hija de la casa, la alegría i el orgullo del hogar, está deshonrada, i el hijo mayor, esperanza de la familia, acaba de ser puesto en la cárcel por la justicia severa del padre majistrado.

Tan triste nueva ha precedido a Crespo. Isabel acaba de saberla i llora doblemente angustiada.

Ya no, como otras veces, sale a esperar a su padre, bajo el emparrado que sombrea la puerta.

Sola con Ines, la pobre niña se oculta en la pieza mas oscura i allí jime sin consuelo, aguardando la vuelta del anciano.

Al fin oye sus pasos, pero el rubor la impide salirle al encuentro.

Crespo penetra en la habitacion.

—¡Piedad para Juan! gritó Isabel al verlo.

—No temas, hija mia.

—Vos lo habeis preso.

—Ese era mi deber.

—¡Infeliz! ¡vos sabeis que es inocente!

—Eso lo sabrá pronto la justicia.

—Pero, señor, ya no me mirais como ántes. Retirais de mí con enojo la vista.

—No la retiro Isabel; es que al mirarte se me llenan los ojos de lágrimas, respondió el buen padre.

—¡Ah! miradme como ántes. Padre mio, soi siempre la misma...

—¡Hija mia!

Aquellos dos séres tan nobles i tan desgraciados se confundieron en un estrecho abrazo.

—Ahora solo me resta pediros un favor, prosiguió la jóven.

—¿I cuál, Isabel?

—Dejadme ir al convento.

—Sea como quieres. ¡Pobre de mí! ¿quién cerrará mis ojos cuando muera?

***

Pedro Crespo se halló con el escribano al salir de la habitacion de su hija.

—Jamas causa ninguna se ha sentenciado con tal premura, dijo al verlo el ministro de la fé pública.

—¿Notificasteis ya la sentencia?

—Sí, señor alcalde.

—¿I qué dijo el reo?

—La espera con cierta calma i sonrisa despreciativa.

—Decidle de mi parte que se prepare a otra sentencia mas severa: la sentencia de la eternidad.

—Entónces....

—Cumplid lo que os ordené ántes de salir del tribunal.

—¡Ira de Dios! gritó una voz a la puerta de la casa.

—¡Santos cielos! exclamó Crespo. Es don Lope, apresuraos, escribano.

Don Lope entró miéntras el escribano salia.

—Señor ¿volveis al lugar? dijo Crespo adelantándose con los brazos abiertos.

—De la mitad del camino vuelvo con un disgusto que me mata, i como somos tan amigos, juzgué que os ofenderiais si elejia otra posada.

—¡Siempre honrándome, señor!

—Vuestro hijo no ha aparecido por allá.

—Despues sabreis el por qué. Pero, señor ¿qué teneis? venis mortal.

—No es para ménos el caso.

—¿Podré saber?....

—Es el suceso mas inaudito, la barbaridad mas estupenda que puede darse. Figuraos, Crespo, que no hallando al capitan con su compañía, i recelando alguna de las suyas, vuelvo a buscarlo, i al llegar al lugar me dicen que el alcalde lo tiene preso. ¡Vive Cristo, que donde halle al tal alcalde le hago dar de palos.

—Pues de valde habeis venido, porque creo que el alcalde no dejará que se los deis.

—Pues daréselos contra su voluntad.

—Malo lo veo.

—¿Dudais?

—¿Sabeis por qué lo han prendido?

—Sea por lo que fuere ¿nó estaba yo para hacer justicia?

—Ignorais, sin duda, lo que en un pueblo es un alcalde ordinario.

—¿Será mas que un villanote?

—No será mas, si quereis, pero si a él se le pone entre ceja i ceja dar garrote al capitan, de fijo que vos no lo librais.

—No será tal.

—Lo veremos.

—Si lo dudais, decidme dónde está ese alcalde.

—No mui léjos.

—Pues ¿quién es?

—¡Yo!

—¡Ira de Dios! ya me lo habia sospechado. Lo dicho, dicho, señor Pedro Crespo. He venido a recobrar el preso i a castigar al alcalde.

—I yo le he preso por lo que ha sucedido aquí.

— ¿No sabeis que soi su juez?

—¿Sabeis vos cómo me robó mi hija?

—¿No sabiais cuanto interes he tomado en vuestra causa para haberme ahorrado este disgusto?

—¿Sabeis vos cómo le rogué con la paz i él no la quiso?

—Os entrais en mi jurisdiccion.

—El se entró en mi honor.

—Yo haré que os satisfaga.

—Nunca pedí a otro hiciera por mí lo que yo solo puedo hacer.

—He de llevarme al capitan.

— Ya está sustanciado su proceso.

—I ¿qué es proceso, señor alcalde?

—Unos cuantos pliegos de papel donde he ido apuntando todo lo que hai sobre la causa, i que, juntos.... ya veis, pueden llevar a un hombre a la horca.

—Voi yo mismo a buscar al capitan.

—No os lo impido, pero os aconsejo no hagais tal.

—I ¿por qué?

—Porque hai órden de recibir con un arcabuzaso al que se acerque a la cárcel con mala intencion.

—¡Balas de villanos!

—No os espongais, señor.

—¡Muera el alcalde! ¡muera el alcalde! gritaron en la calle muchas voces alteradas por el furor.

—¿Qué es eso? preguntaron a un tiempo el jeneral i el alcalde.

Uno de los soldados que acompañaba a don Lope entró diciendo:

—Mi jeneral, la tropa indignada de lo que pasa aquí ha retrocedido para vengar al capitan.

—Crespo, ahora veremos si me entregais o nó al preso.

—Lo veremos, respondió Crespo, dirijiéndose a las casas consistoriales.

XVI.

EL REI FELIPE II.

Media hora despues la plaza de Zalamea presentaba un aspecto extraño.

Del un lado estaban don Lope i sus soldados.

Crespo i el ayuntamiento se presentaban del otro al frente de las casas consistoriales. Acompañaban a este grupo casi todos los habitantes de la villa, armados cual con un arcabuz, cual con un sable, cual con un grueso i nudoso garrote.

—Ejecutad la sentencia, decia Crespo al escribano.

—En estas circunstancias....

—Ahora mas que nunca.

El escribano entró en la cárcel que se hallaba al lado.

Don Lope avanzó al grupo que formaban el alcalde i su acompañamiento.

—Por última vez, Pedro Crespo, dijo el jeneral, ¿me entregas o nó al prisionero?

—Os he dicho que nó.

—Mirad lo que haceis.

—Cuando defiendo a la justicia no retrocedo ante nada.

—¡Vive Dios, que sois terco!

– Ya debiais haberme conocido.

—Sí ¡por Cristo!

Don Lope mandó a los suyos avanzar, i al punto se trabó entre soldados i villanos una terrible contienda. Por ámbos lados se lidiaba con valor. Los unos defendian sus fueros, los otros su honra, de modo que la batalla debia ser terrible aunque no dudosa en sus resultados.

En la confusion que reinaba, pocos vieron una brillante i lucida cabalgata que aparecia a lo léjos en esos momentos por una de las calles que desembocaban en la plaza.

Al frente de ella, caballero sobre un magnífico corcel árabe, avanzaba un hombre de rostro hermoso aunque sombrío i adusto.

Vestia traje negro sin ningun bordado, luciendo únicamente sobre su pecho una sencilla cruz de Santiago, i la noble insignia del Toison de oro, pendiente de una cadena del mismo metal.

Sobre su cabeza llevaba un sombrero negro con una pluma de igual color sujeta con un rico joyel de diamantes.

Su espresion era terriblemente severa, todos los que lo rodeaban parecian temblar en su presencia. I, sin embargo, en pos de él marchaban los mas nobles i poderosos personajes de España, hombres todos ellos ilustres por su valor o por su ciencia i cuyo nombre era conocido i respetado en toda la Europa.

Los que formaban aquella comitiva parecian nada delante del que la precedia: todo explendor palidecia ante él, como el de los astros en presencia del sol.

Porque aquel hombre tan sencillamente vestido era nada ménos que el poderoso Felipe II, rei de España i de Portugal, señor de la Flándes i de una buena parte de la Italia, dueño, en fin, del nuevo mundo pocos años ántes descubierto por el jenio de Colon; Felipe II, a quien todos temian, ante quien doblaban la cabeza los mas poderosos monarcas de la tierra, el primer príncipe de la cristiandad, el hombre terrible, santo o criminal, héroe

o fanático, cuyo carácter verdadero es hasta hoi un enigma para la historia.

No poco disgusto mostraba en su semblante el terrible monarca al ver que a su entrada no se agolpaba el pueblo, ni avanzaban las autoridades a recibirlo con los homenajes de costumbre.

Donde quiera que habia llegado, las multitudes se precipitaban a su paso, las calles de las poblaciones estaban sembradas de flores i los balcones colgados con lujosos tapices; de trecho en trecho se levantaban arcos con inscripciones latinas i españolas en que se alzaban al cielo su gloria i sus virtudes; pero en Zalamea no sucedia nada de esto.

A su entrada sintió voces discordantes i alteradas; al avanzar un poco por las calles, rumores de lucha, tiros de arcabuces i rujidos de furor era lo único que llegaba a sus oidos; nada indicaba que se esperase allí al rei, cuya proximidad los correos i abastecedores habian anunciado.

¿Qué pasaba allí?

Sin duda algo mui grave i extraordinario.

Felipe II nada decia.

Su frente contraida mostraba, sin embargo, que se hallaba poseido de un hondo disgusto.

Sin hablar palabra, espoleó su caballo, i a paso mas que lijero se encaminó a la plaza del lugar seguido de su comitiva que guardaba tambien un lúgubre i respetuoso silencio.

Cuando el rejio acompañamiento llegó a la plaza la lucha estaba en lo mas enconado.

—¡Mis soldados i los villanos! exclamó Felipe II trémulo de ira i lijero como el rayo se precipitó en medio de la pelea.

—¡El rei! gritó entónces una voz.

Al escuchar un nombre tan sagrado para los españoles, no hubo uno que no detuviese el arma homicida.

La tropa, apesar de la confusion que reinaba en aquel campo de Agramante, se apresuró a formarse i abrirle calle; el paisanaje se agrupó en ambas lados descubriendo respetuosamente la cabeza.

Por en medio de la fila avanzó entónces Pedro Crespo, llevando en la mano la vara, insignia de su cargo, i seguido del consejo i los vecinos mas notables de la aldea.

El monarca se apeaba en estos momentos, entregando su corcel al caballerizo mayor que, rodilla en tierra, le sostenia respetuosamente el estribo para que bajara.

Al llegar Pedro Crespo a la presencia de su soberano, depuso su vara a los piés del monarca en reconocimiento de que toda autoridad subalterna cesaba delante del que era omnipotente señor del reino, i doblando en seguida la rodilla derecha le hizo los debidos acatamientos.

Por otro lado avanzaba tambien don Lope, seguido de algunos oficiales.

El rei paseó por aquel concurso una mirada severa.

—¿Qué es esto? dijo, ¿de este modo os preparábais para recibirme? ¿Qué es lo que pasa aquí?

—La mayor temeridad que podeis imajinaros señor, contestó don Lope, i, vive Dios que a tardar algunos momentos, hallaria vuestra majestad reducida a cenizas la aldea.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—El alcalde del pueblo ha prendido a uno de mis capitanes i se niega a entregármelo.

—¿Quién es el alcalde?

—Yo, respondió Crespo, inclinándose ante el rei.

—I bien, alcalde ¿cómo disculpais vuestro proceder?

— Con este proceso, en el que vuestra majestad verá el delito porque se persigue al capitan i la sentencia que he pronunciado en la causa.

—I ¿aquél lo habeis condenado?

—A muerte.

Felipe II tomó el proceso que de rodillas le presentaba el alcalde; lo leyó todo e iba a hablar cuando adelantándose don Lope

—¡Ved, señor, dijo, lo que son las justicias de los pueblos! El alcalde que veis es juez de la causa i padre de la querellante.

—I ¿qué importa eso? respondió Crespo irguiendo con nobleza su frente. Si un extraño viniera a pedirme justicia se la haria al instante ¿i no podria hacerla a mis propios hijos? Ademas, ved, señor, si he sido imparcial.... Aquí en la cárcel del pueblo jime en estos momentos un jóven soldado del tercio, que hirió a su capitan por defender la honra de su propia hermana, es mi hijo i ni por ser su padre, lo he perdonado. El infeliz aguarda su sentencia i os juro que será juzgado con todo el rigor de la lei. ¿Dudareis con esto de mi imparcialidad?

Mirad si en la causa hai alguna maldad o error, que pronto estoi a sufrir mi castigo Si he cohechado algun testigo, si he escrito algo que no ha ocurrido, dadme la muerte como un juez prevaricador.

—Bien habeis sentenciado, respondió el rei; pero no teneis facultad para ejecutar una sentencia cuyo complemento toca a otro tribunal. Allá hai justicia, remitid allá el reo.

—Imposible es, señor, el obedeceros.

—¡Cómo!

—Porque como acá hai una sola audiencia, ella ejecuta los fallos que da, i esta sentencia está ya ejecutada.....

—¡Qué decis, alcalde!

—Si lo dudais, mirad; respondió Crespo, i avanzando por entre los soldados se dirijió a la cárcel, cuya puerta abrió de par en par.

Detras de esa puerta se veia un horrible espectáculo,

Era el cadáver del capitan don Alvaro de Ataide que habia sido agarrotado.

—¡En garrote vil! exclamó el rei retrocediendo horrorizado.

—Señor, dijo Crespo, acabais de decirme que mi sentencia era justa.... luego no he obrado mal.

Los soldados entre tanto lanzaban un grito de horror, don Lope rujia interiormente, i los vecinos de Zalamea contemplaban el espectáculo, como quien mira en él el cumplimiento de la justicia divina.

—¿I no sabria el consejo dar cumplimiento a la sentencia? dijo el rei despues de un breve silencio

—Vuestra justicia, señor, es un solo cuerpo, respondió el alcalde; si este cuerpo tiene muchas manos ¿qué da que hiera ésta o hiera aquélla a un hombre que al fin alguno ha de matar? I ¿qué importa que uno de vuestros jueces se equivoque en un detalle, si en lo principal acertó?

—Pero, dijo Felipe II ¿por qué siendo noble no lo hicisteis degollar, e infamásteis su nombre con el suplicio mas vil?

—Señor, respondió Crespo con cierta picante ironía, los pocos hidalgos que hai en Zalamea observan desde siglos atras una conducta digna i cristiana. Por eso el verdugo que tenemos, todavía no ha aprendido a degollar. Por lo demas, esa es querella del muerto, i nadie sino él puede reclamar.

Felipe II estaba admirado de la honradez i discrecion del alcalde.

Acaso en tales momentos se sintió orgulloso de mandar a un pueblo cuyos mas humildes hijos abrigaban tan nobles sentimientos de virtud i honor.

—Honrado sois, alcalde, i aunque errásteis un poco, acertásteis en lo principal, dijo el rei; i vos, don Lope, decidme ¿qué quereis que hagamos ahora?

Don Lope se inclinó con respeto tendiendo al mismo tiempo a Crespo su mano de amigo.

—¿Cómo os llamais? continuó el rei dirijiéndose al alcalde.

—Pedro Crespo, el último de los vasallos de vuestra majestad, respondió éste.

—Pues bien, señor Pedro Crespo, os nombro alcalde perpétuo de Zalamea. Urje, continuó el rei, que siga mi marcha, saludo en el alcalde al vecindario de Zalamea.

I al decir estas palabras, dió a la comitiva la órden de emprender la marcha.

—Crespo, dijo don Lope, miéntras Felipe cabalgaba, agradeced al rei que llegara tan a tiempo.

—No tenia remedio la cosa, respondió sonriendo tristemente el alcalde.

—¿No hubiera sido mejor que yo obligara a ese mozo sin cabeza a remediar el honor de vuestra hija?

—Mi hija, señor, ha elejido esposo.

—I ¿a quién?

—A uno que no se mira en calidades, ni pide otra nobleza que la virtud. Isabel a estas horas está en un convento.

—Ahora me dareis los otros presos ¿nó es verdad?

—Al instante se os entregarán.

—Dadme ademas a vuestro hijo; tambien es soldado mio i no es justo que quede prisionero.

—Bien decis, señor.

Crespo dió la órden al escribano, que momentos despues volvia con Juan i los soldados.

—¡Adios Crespo! dijo entónces don Lope, acordaos que siempre soi vuestro amigo.....

—Padre mio ¡adios! dijo Juan poniéndose en marcha.

—Adios Juan i el Señor te proteja. ¡Señor don Lope, con dos hijos me hallásteis i ahora quedo sin ninguno!

Por las mejillas de Crespo corrian en ese instante dos gruesas lágrimas.

—Crespo, respondió el militar, hartos cuidados os quedan con el gobierno.

—¡Sí señor! padre sin hijos, tendré que ser el padre del pueblo.

Un momento despues Pedro Crespo quedaba solo en la plaza. El rei habia partido, los vecinos lo seguian.

—¿Qué va a ser de mí? dijo el venerable anciano. Solo en el mundo, sin calor ni compañía en mi hogar ¿qué me queda? ¡Ah! La satisfaccion de mi honradez i de mi propia conciencia.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

Comprendiendo, señor, que la esperanza
Es el encanto que a vivir anima,
I el único placer que salva al hombre
De las espinas que en el mundo mira,

Hicé por medio de argumentos varios
Nacer en su alma la ilusion perdida,
I hasta iluso creyó que en lejas tierras
A su amada feliz encontraria.

Así tranquilos con placer seguiamos,
Acariciados por marinas brisas,
A bordo de la nave que cortaba
La verde mar con su pujante quilla.

Pero ¡ai! un dia mi excelente amigo
El blanco fué de enfermedad impía,
I ello fué tanto, que en el buque todos
Desesperaban de salvar su vida.

Por suerte la *Neptuno* (este era el nombre
De la velera nave) en la arjentina
Playa tocó, i mi querido amigo,
Siguiendo siempre indicaciones mias,

En Buenos Aires se quedó gustoso,
Dispuesto a proseguir su interrumpida
Navegacion hasta llegar a Chile,
De su vuelta salud al primer dia.

Hoi salvo ya del malestar primero
De mi patria pisó la playa amiga,
I aunque lo hieren sus recuerdos siempre
Tengo esperanza de endulzar sus cuitas.

Tal es, señor, la historia del amigo
Que a mi futura conocer ansía,
Para el cual solicito igual cariño
Al cariño feliz que aquí nos liga.

Matilde i Diego al escuchar la historia
Que de su amigo les narró el artista,
Como tocados por resorte májico
Sienten que el corazon cruel les palpita.

I se miran los dos, i, al mismo tiempo,
Los dos entristecidos adivinan,
Ella, el pesar de su adorado padre,
I éste el dolor de su inocente niña.

Por último, don Diego comprendiendo
Que es ya su situacion bastante crítica.
Piensa que solo en su aflixion le resta
A Enrique confesar su cruel perfidia.

Ya Luis responde con turbado acento
Que sentirá satisfaccion cumplida
Al estrechar la mano al buen sujeto
Que profesa por él tal simpatía.

DONDE SE VE QUE UNA REUNION QUE PROMETIA SER MUI AGRADABLE SE CONVIERTE EN TRAJEDIA.

Llegó el dia señalado
Para adjudicar el premio
Al cuadro que aventajara
A los demas por su mérito.
I como todos deseaban
Presenciar acto tan bello,
A porfía pretendian
Contarse entre los primeros.
I por eso se notaban,
Desde temprano, repletos
Los salones do debia
Estimularse al talento.
Al ver concurrencia tal
En aquel hermoso templo
De las artes, parecia,
I con justicia por cierto,
Que se habia dado cita
En sus salones espléndidos,
Cuanto en la ciudad habia
Mas notable i de mas mérito.
Representada por ánjeles
Del siempre adorado sexo,
Allí la belleza estaba
En su feliz apojeo!
I las letras i las artes,
La poesía, el comercio,
Representacion tenian
En galanes caballeros.
I a la verdad que era justo
Aquel tan notable empeño
Por asistir a una fiesta
Do se premiaba al talento,
Al talento, esa palanca
De la gloria i el progreso.

Entre los muchos señores
Que fueron de los primeros
En llegar, se distinguia
Un elegante sujeto
Que, inmóvil como una estátua
En su pedestal de acero,
Contemplaba embelesado
I con decidido empeño,
El cuadro que en el concurso
Triunfó de los otros lienzos.

Cuadro, en fin, lector carísimo,
Que para abreviar el cuento,
Te diré que fué debido
De don Luis al gran talento.

Pero, ¿quién será ese jóven
Que mira con tal empeño
Esa creacion magnífica
Del estudio i del injenio?
¿Quién será? ¿Será un artista
Aficionado i por eso
Estudia con detencion
Un colorido tan bello?
O será que la cautiva
Que hai pintada en ese lienzo
A su memoria le trae
Algun querido recuerdo?
Si es así, grato lector,
Dejémoslo, pues, dejémoslo
I por nada de este mundo
Su meditacion turbemos.
Que es ¡ai! tan dulce, tan dulce
Solazar el pensamiento
Con los festivos encantos
I los goces de otro tiempo,
Mucho mas cuando se vive
Abrumado por el tédio
I en el corazon se lleva
Las huellas del sufrimiento!
Dejémoslo, pues, tranquilo,
I nuestra vista fijemos
En aquellas dos personas
Que, del salon al extremo,
Alegremente conversan
Acompañadas de un viejo.
¿Quiénes son? ¡Hola! Es don Luis,
Con su Matilde i don Diego.
Observad como las damas
Se hablan todas al secreto!
¿Qué dirán? Por un instante
Lo que dicen escuchemos:
—¡Qué elegante va la novia!
¡Qué vestido tan bien hecho!
Dice una jóven a otra,
Empinándose por verlo.
—A mí no me agrada tanto,
Replica la otra al momento,
Encuentro el color mui *charro*

I es mui cargado de vuelos.
—Las alhajas son de gusto
I son de valor inmenso.
—No tanto, hijita, a lo sumo
Costarán unos seiscientos,
I para novia tan rica
Son joyas de poco precio.
—¿I el peinado?—No me agrada
Por recargado de crespos,
Sobre todo por las cintas
Que son un gran *adefesio*.
— I el novio ¿qué te parece?
—Bastante bien, lo confieso,
I aunque veo que que es *pavesa*
Lo quiero por su talento.
Esto i cosas parecidas
Se decian al secreto
Las damas, al divisar
A Luis, a Matilde i Diego.
Ferrol, para quien el mundo
Nada ofrecia de bueno,
Porque ajitado vivia
Por hondos remordimientos,
Ajeno a la concurrencia
Que así se fijaba en ellos,
A Matilde i a don Luis
Cabizbajo iba siguiendo.
I así, embebidos los unos
En sus felices proyectos,
I dominado Ferrol
Por sus tristes pensamientos,
Sin desearlo, ni advertirlo,
Se acercaron al sujeto
Que embelesado admiraba
En aquel hermoso lienzo
Las májicas producciones
Que eternizan a los jenios.
Se miran, i ántes que Luis
Pronuncie el menor acento,
Adivina don Enrique,
(Pues Enrique era el sujeto,)
Que su débil esperanza
Se cambia en tormento eterno!
I este pensamiento cruel
Hizo en él tan triste efecto
Que, agolpándose su sangre
Al corazon i al cerebro,
Cual herido por un rayo

Cayó el infeliz al suelo!
Al ver tal cosa, los unos
Fueron en busca de médicos,
I en busca de un sacerdote
Varios otros tambien fueron.
I los demas, tal escena
Resistir ¡ai! no pudiendo,
Se alejaron consternados,
Cien conjeturas haciendo.
Don Diego al mirar a su hijo
Tendido en el pavimento
I sin señales de vida,
Sintió un dolor tan intenso,
Que creyó se le rompian
Las fibras todas del pecho.
I gritando como loco
Se precipita frenético
A los brazos de aquel jóven
Hablándole en tales términos:
—"Yo soi tu padre, sí, Enrique,
Tu padre que sin quererlo
I a su pesar es autor
De tus amargos tormentos
Sí, soi tu padre, hijo mio,
Mas, ¿qué digo? no merezco
Que tú me des ese nombre
Tan afectuoso i tan tierno.
Pues soi aquel que insensato
Sin pesar el sufrimiento
Que a Leonor ocasionaba
La abandoné sin recelo,
Pagando así sus finezas
Con el olvido mas pérfido!
Pero ¡ai! Enrique, hijo mio,
Arrepentido hoi confieso
Que he sido el hombre mas cruel
De cuantos soporta el suelo.
A no ser por mister Dickson,
Tu padre adoptivo, ¡cielos!
De Leonor ¿qué hubiera sido?
¡Solo de pensarlo tiemblo!
Mas ¡ai! la conciencia mia
Avivando mis recuerdos
Pocas veces me ha dejado
Dulces horas de contento.
Lo que prueba que jamas
El criminal queda ileso,
Pues no hai mordaza que apague

De la conciencia el acento!"
Aquí de sus tristes quejas
Llegaba el pobre don Diego,
Cuando se vió aparecer
En la sala a dos sujetos;
Es decir, a un sacerdote
Acompañado de un médico.
Una vez que éste pulsó
Con atencion al enfermo,
Indicó que de su ciencia
Era inútil todo esfuerzo;
Por lo cual el relijioso
Cumpliendo su ministerio,
Del jóven que allí moria
Encomendó el alma al cielo!....

Pintar de los circunstantes
El amargo sufrimiento
Al ver morir a ese jóven
De repente, lo confieso
Es superior a mis fuerzas.
Por eso, lector, prefiero
Sobre asunto tan difícil
Guardar completo silencio,
Pero considera tú
Lo terrible del suceso,
I así suplirás en parte
La escasez de mi talento.

Los dos jóvenes amantes,
Que lloraban sin consuelo
Junto al cadáver de Enrique,
Haciendo un sublime esfuerzo
Se dirijen vacilantes
Al sitio donde, cual ellos,
Entregado a su dolor,
Lloraba tambien don Diego.
Mas éste, al sentir los pasos,
Alza los ojos diciendo:
—"¡Cuánto, cuánto, Dios piadoso,
Está mi pecho sufriendo!"
I al decir tales palabras
Se quedó sin movimiento
Fijos los hinchados ojos
En aquel májico lienzo,
Que en don Enrique tambien
Causó tan dulce embeleso.
Despues de pasado aquel

Primer enajenamiento,
Se oprimió con ámbas manos
Sus ojos, esto diciendo:
—"¿Es verdad o es ilusion
Lo que al presente estoi viendo?
Mas, nó, nó, es ella misma,
¡Mi Elena, mi amor, mi cielo!"
Luego tomando a Matilde
De una mano, con acento
Tembloroso i ajitado,
Le habló de esta suerte Diego:
—"Unico bien que me resta
En este mundo perverso,
Contempla a tu dulce madre,
Contémplala en ese lienzo!"

Matilde palidece i se desmaya
Pues juzga loco a su querido padre,
I Diego sin notarlo, a su hija dice:
—"¡Matilde de mi amor, mira a tu madre!

"Mírala bien, querida, es ella misma,
Sus mismos ojos son, su misma frente,
I su mismo lunar que hizo mil veces
Latir con fuerza el corazon ardiente."

Despues narró la historia de su esposa,
Historia que he contado anteriormente,
I la cual, buen lector, no te repito
Por no alargar mi cuento inútilmente.

Al escuchar don Luis tales palabras,
Juzga que es sueño cuanto allí le abisma,
Por que la historia que don Diego narra
Es ¡ai! la historia de su madre misma.

I por febril ajitacion mecido,
I adivinando acaso el desenlace,
Al padre de Matilde esta advertencia
Con marcado interes el artista hace:

—"Entre la historia de mi dulce madre,
Idolo santo del amor mas ciego,
I la historia fatal de vuestra esposa
Hai una rara exactitud, don Diego.

"Exactitud, señor, que al pensamiento
Ha hecho consentir, cuadre o no cuadre,

Que es mui probable que una misma sea
Tu amada esposa i mi querida madre!"

DIEGO.

—I quién, don Luis, de tan hermoso cuadro
La idea te inspiró? ¡Ai! dime, ¿dónde
Está el orijinal de la cautiva
Que aquí mis ojos ven? pronto responde
Que muero de ansiedad!"

LUIS.

—A los recuerdos
De los primeros años que he vivido
Debo la idea del modesto lienzo
Que por el triunfo coronado ha sido.

En él mis padres adorados se alzan
Vestidos tal como en mi patria se usa,
Pues, araucano soi. Mas por mis venas
Sangre española i araucana cruza.

Por qué mi madre fué, segun me dijo,
Hija de un español de gran fortuna,
I la mimada esposa de un sujeto
Que en España tambien meció su cuna.

DIEGO.

Mas ¡ai! ahorrando narraciones, dime
De tan querido sér el nombre tierno.

LUIS.

Elena de los Lagos, se llamaba.

DIEGO.

"¡Elena de los Lagos! ¡Dios eterno!
"¡Elena de los Lagos fué mi esposa!
Mas ¡ai! piedad!... Quiero aire!... me sofoco!..."
I riéndose despues a carcajadas
Exclama el infeliz.—"¡Me vuelvo loco!"

ROSENDO CARRASCO.

(Concluirá.)

DICCIONARIO DE CHILENISMOS

POR

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

ARTÍCULO SEGUNDO.

> El jenio mas grande, los pensamientos mas felices no producirán sino mamarrachos insufribles, si no vuelven al yunque los versos inarmónicos, las ideas mal explicadas, las frases viciosas, las expresiones desmayadas, inoportunas o impropias.—LISTA.
>
> Debemos componer con todo el estro de la inspiracion i correjir con toda la frialdad de la crítica.—VOLTAIRE.

Dicho se está que con su nuevo libro ha venido el señor Rodriguez a beneficiar un campo entre nosotros hasta ahora inexplorado i que ofrecia a los estudiosos abundantísima cosecha. Por mas que haya jentes que miren con injusto desden las reglas en materias literarias i crean que son un obstáculo, una rémora o una valla, léjos de ser cauce o guia para el escritor, para todo aquel que considere con imparcialidad e ilustrado criterio el asunto, las reglas son utilísimas; i si de vez en cuando le es dado al jenio desprenderse de ellas en su vuelo creador, no todos pueden hacer lo mismo sin exponerse a desastrosas caidas.

Sin duda que Homero al componer su obra inmortal no conocia los principios ni las reglas que despues sentaron los retóricos i preceptistas. Al contrario: la *Iliada* i la *Odisea* les han servido de base i de norma para deducír sus preceptos i señalarlos a quienes se sientan con fuerzas para seguir las aguas del inmortal poeta griego.

Antes de haber sido descubierta la teoría de las palancas, el hombre la utilizaba en mayor o menor escala, como utilizaba muchas otras leyes de la física. Pero no por esto podrá mirar como inútiles dichas leyes o teorías. Sucede lo mismo con los preceptos literarios; i quien contra ellos arguyese citando el ejemplo de Homero u otros grandes escritores, no haria mas que exhibir su ridícula vanidad primero, para dar en seguida evidentes pruebas de su impotencia. ¿Ha habido muchos Homeros en el mundo?

¿Quién ha logrado hasta ahora sobrepujar o igualar su estro poético?

A los estudiantes, sobre todo, importa no desatender las buenas reglas de composicion literaria ni entregarse arrebatadamente a los impulsos de su entusiasmo sin medir ántes sus fuerzas i sin haberse dado cuenta cabal de la idea que quieren desarrollar i de la expresion mas propia de esa idea. Preciso les será, si quieren lograr manifestar su pensamiento en buena locucion castellana, acudir continuamente a la lima, examinar una i otra vez lo que haya escrito, cerciorarse de la propiedad de los términos que emplea i correjir escrupulosamente los defectos que pueda notar. Empero, nada de esto se observa hoi en dia i nuestros jóvenes se lanzan ardientemente al mar de la publicidad para sucumbir muchas veces cuando apénas se han alejado de la playa. Descuidado es su estilo, viciosas son sus construcciones i no hai que decir que estas i esotro corren parejas con la impropiedad de las voces. Se mira con la mas irrespetuosa indiferencia a la Gramática i no faltan por ahí quienes se jacten de despreciarla empleando jiros i palabras que vienen directamente del francés o que ellos mismos inventan, i dando cuerpo i vida a una especie de galiparla o jerigonza muchas veces incomprensible para los lectores mas sagaces.

Matadora de estilos llamaba Donoso Cortés a la prensa periódica i a fé que tenia razon. Recórranse los diarios sud-americanos i se verá cuán cruelmente no se destroza la lengua castellana, por lo mismo que se escribe con inaudita precipitacion. En este terreno hai mui pocas honrosas excepciones i puedo aquí asentar, sin temor de ser desmentido, que no ocupa la prensa chilena el último lugar, por mas que sean abundantes los lunares que afean las producciones a que da cabida en sus columnas; compáresela con la prensa arjentina, por ejemplo, i se verá cuán inferior le es ésta en la correccion i la pureza del lenguaje.

Los debates políticos contribuyen poderosamente a corromper el idioma castellano con la introduccion de términos bastardos i neolojismos que no presentan ningun título para hacerse aceptables, ya que nuestros diccionarios contienen otros que los hacen innecesarios. Así, por ejemplo, en la prensa i en el Congreso se habla continuamente de *cantidades presupuestadas* para esta o aquella obra, como si hubiera en castellano un verbo *presupuestar* i como si no fuera cierto que el verbo corriente i castizo es *presuponer*, cuyo partipio es *presupuesto*. Deberia, pues, decirse *cantidades presupuestas* para no hablar una jerga tan odiosa como innecesaria.

No he encontrado este provincialismo en el *Diccionario* del señor Rodriguez i conviene señalarlo porque no son pocos los escritores i oradores que lo usan con excesiva prodigalidad.

Tengo a la mano un folleto escrito por el señor don Manuel Antonio Matta i que lleva por título *La cuestion chileno-arjentina*. Copio de él las líneas que siguen:

"Cuando, muchos años há, en Paris, discutíamos las cuestiones americanas en medio de camaradas que pertenecian a casi todas las secciones de nuestra América; i las discutíamos, sin segunda intencion, sin reserva, sin malicia.... sin desconocimiento de la identidad de oríjenes.... de la *mancomunidad* de intereses i de la *solidariedad* de destinos.... etc."

Un lector poco avisado podrá creer, al encontrarse con este párrafo, que las voces *mancomunidad* i *solidariedad* son igualmente castizas i propias i que tienen significados distintos. No es esto verdad, sin embargo, i a expresarse con mayor correccion, el señor Matta habria suprimido la segunda de las palabras indicadas.

Solidaridad, que nó *solidariedad*, viene del francés *solidarité* i vale exactamente lo mismo que *mancomunidad*. Se introduce, pues, una voz bastarda para reemplazar una castiza i se la emplea de una manera desgraciada. Esto da idea del tino con que debe hacer la eleccion de las voces quienquiera que desee expresarse correctamente i no incurrir en vicios que tienden a quitar la galanura i disminuir la riqueza de nuestro idioma. Cierto que la tarea es difícil i que requiere largo i detenido estudio; que son mui pocos los escritores que no incurran en los defectos que censuro, i que rara vez se verán libres de ellos los que, como yo, no han estudiado pacientemente a los clásicos de la lengua; pero no lo es ménos que no hai otro medio de desprenderse por completo de los vicios que hemos adquirido por una mala educacion literaria, por nuestro roce continuo, diario con escritores a todas luces incorrectos i poco aptos para servir de guia a los que principian a escribir.

Me parece haber apuntado que el libro del señor Rodriguez revela vasta erudicion i conocimiento profundo de nuestros clásicos i mostrado tambien cómo es que nuestros escritores mas notables i justamente apreciados usan voces impropias, verdaderos provincialismos, que la Real Academia Española no se ha servido autorizar. *Aliquando dormitabat Homerus*. Los señores Amunátegui, Bárros Arana, Arteaga Alemparte, etc., han usado términos impropios, no canonizados por el uso, como lo prueba con ejemplos el señor Rodriguez; i en las pájinas mismas del *Diccionario*, que puede ser modelo de correccion i buen decir, he encontrado la siguiente frase:

"Ocupa el *cholo* en la sociedad peruana mas o ménos la misma posicion que el *roto* en la chilena. Hai, no obstante, entre las cualidades de uno i otro notables diferencias. Aquél es por lo jeneral débil de complexion, flaco de piernas i abultado de panza; éste robusto, musculoso i enjuto de carnes; aquél expansivo i

casi siempre *palangana*; éste taciturno i reservado; etc." (*Diccionario de Chilenismos*, palabra *Cholo*.)

O mucho me equivoco, o la voz *palangana*, por *charlatan*, *hablantin*, etc., es un chilenismo de tomo i lomo. Paréceme que los diccionarios solo la autorizan para significar ciertas vasijas de diferentes hechuras, nó en el sentido que le da el señor Rodriguez en el párrafo citado. I si lo que digo es exacto, seria una prueba mas de que es mui difícil usar siempre con absoluta propiedad los términos castizos i punto ménos que imposible no dar cabida de vez en cuando a incorrecciones de mayor o menor bulto. ¡Con decir que incurrió en ellas el mismísimo don Andrés Bello, basta! ¿Cómo, pues, se figura álguien que, sin estudios detenidos i metódicamente hechos, puede hablar o escribir algun dia regularmente el castellano? ¿Cómo se figura que bastará para perfeccionar su estilo la lectura de nuestros diarios o de nuestras novelas? (1)

Nunca se insistirá demasiado cuando se trata de recomendar que se ponga una atencion constante para la eleccion de las voces primero, para la propiedad de las construcciones i los jiros despues; porque es preciso que nos convenzamos de que si pecamos por impropiedad en el uso de los términos, no estamos mucho mas adelantados en materia de rejímenes, en el uso de los verbos i las preposiciones respectivas. Para no recordar mas que un ejemplo, usamos malamente el verbo *apercibir* o *apercibirse*, le colgamos un significado que no tiene, i son pocos, mui pocos los escritores que le dan su alcance verdadero, como en *apercibirse a la lucha* o *para la lucha*. "Este hecho pasó para mí *desapercibido*" leo i oigo con frecuencia, por "pasó *inadvertido*, *ignorado*, etc.," frase bárbara, sin duda, i que sin escrúpulo usan nuestros escritores.

Nada digo de los repugnantes galicismos *Es por esto que*, *Allí fué que*, etc., tan prodigados en el Congreso i en la prensa aun por personas que querrian ser miradas como verdaderos literatos. ¿Quién no experimenta convulsiones al encontrarlos en libros por otra parte mui dignos de ser leidos i meditados? I sin embargo, la mala semilla cunde i jóvenes poco juiciosos los repiten a cada instante, seducidos por el ejemplo i convencidos talvez de que con ellos dan vigor i colorido a su estilo, cuando no hacen otra cosa que corromperlo lastimosamente.

Si de las palabras i jiros que arrebatamos al francés, paso a las palabras i jiros que algunos escritores o escritorzuelos mas osados que dignos de aprecio inventan, la cosecha de desatinos

(1) La palabra *palangana* la he escrito yo en bastardilla; el *Diccionario* la trae en tipo comun, sin duda por descuido, porque el señor Rodriguez no desconocia este provincialismo. Consúltese la páj. 343 de su obra.

que se hace no es menor. Pompeándose anda por esas calles un *lingüística* que no sé de dónde viene ni a qué viene; pero que goza de la proteccion de caballeros que escriben i hacen lecturas sobre materias filolójicas. La formacion de la tal palabra no puede ser mas bárbara i bien obran los que la rechazan i repudian sin misericordia. El castellano es bastante rico para que necesite de voces exóticas i mal nacidas.

Paréceme que no es inútil decir aquí dos palabras de la voz *hablista*, que el señor Rodriguez usa en su *Diccionario* i que el Diccionario de la Academia ha tenido a bien autorizar.

No me agrada esa palabra, i puesto que tengo libertad para elejir sin pecar contra la buena locucion, no la usaré en tanto que no se refuten las siguientes razones que se alegan en su contra:

"Censuraba mucho don Bartolomé Gallardo la incuria i precipitacion con que procedió Mayans en la publicacion que hizo del *Diálogo de las lenguas* de Valdés; i mas todavía las irrespetuosas enmiendas que se atrevió a hacer en el orijinal, cuando acaso no le entendia.

"Dice Valdés, v. gr., que "Mosen Diego de Valera, el que escribió la *Valeriana*, es gran *hablistan*."

"I aquí Gallardo:

"*¿Hablistan* dijiste? (diria Mayans) ¡qué disparate! Yo que he leido cuanto hai que leer en castellano, nunca tal he leido. *¡Hablistan!*—Figurándose, pues, que el manusceito decia un disparate, le cometió él garrafalísimo corrijiendo *hablista*. I como un loco hace ciento, al eco de Mayans, los buenos abates Lista i Reinoso tomaron despues ese terminito por su cuenta, i haciéndole significar *ad placitum* todo lo contrario que la palabra mal leida por Mayans, le han hecho moda entre sus discípulos; entre quienes anda de boca en boca el *hablista* acá, *hablista* acullá, *buen hablista*, *gran hablista:* siendo todos los que así hablan unos verdaderos *hablistanes*, esto es, *hablantines*, *parlanchines*, *palabreros*.

"Este es el verdadero sentido de esa voz: voz i sentido que yo tengo comprobados con la autoridad, entre otros, de un ilustre escritor talaverano que alcanzó los tiempos del insigne Juan de Valdés. El Dr. Frias de Albornoz, autor del *Arte de contratos*, en carta al docto portugués Andrés de Resenda, sobre la antigua *Elbora*, hoi Talavera, escribe: "Dice Ud. que en Coïmbra predicó un castellano llamado Valenzuela, hombre lenguaraz, hombre *hablistan*, i por esta vía de mayor crédito en el vulgo que entre la jente de entendimiento, etc."

"Hasta aquí Gallardo.

"I es lo cierto que *hablista*, en el sentido que le han dado Mayans, Lista i Reinoso, tiene contra sí dos graves inconvenientes

uno, confundirse con *hablistan*, *hablantin* i *hablante* (tambien se ha dicho *hablatista*) porque realmente son todas una misma palabra: otro, estar formada con una terminacion que comunica con bastante frecuencia a los nombres la idea de *abuso reprensible* de lo que significa el nombre radical. Cierto, tambien les comunica, entre otras,

"La idea de oficio: *oculista*, *organista*, *retratista;*

"De ejercicio: *corista*, *oficinista*, *archivista*, *camarista;*

"De aficion: *etimolojista*, *fisonomista;*

"De profesion: *jurista*, *alcoranista*, *canonista;*

"De creencia: *deista*, *panteista*, *ateista*, *nominalista*, *realista;*

"De secta: *calvinista*, *anabaptista;*

"De partido: *papista*, *realista*, *gobernista;*

"De habilidad, intelijencia, instruccion en ciertas materias: *escuadronista*, *humanista*, *cronolojista*, *publicista;*

"De pericia en una lengua: *helenista*.

"Pero hai que observar que de nombres de esta última categoría solo existe *helenista*, i en él concurren las circunstancias de francés i de moderno: los nombres de la penúltima son pocos, i de algunos de ellos puede decirse lo mismo. v. gr.: de *escuadronista*, de *cronolojista* (nuestros padres decian *cronólogo*), de *publicista* que siempre se ha dicho en castellano *político*. I dichos nombres son los que mas analojía guardan con *hablista*.

"Si bien se mira, la idea fundamental i propia de la terminacion *ista* es la de *abuso reprensible de lo significado por el nombre radical que sirve de base a sus composiciones;* i así parece que lo prueba la abundancia de vocablos de esta clase (mayor que la que se nota en las demás), i el significado que instintivamente atribuye el vulgo a todos los formados de esta suerte.

"Así, tenemos: *bromista*, *proyectista*, *tracista*, *purista* (el que afecta mucho la pureza del lenguaje), *pleitista*, *camorrista*, *conceptista*, *copista* (mui diverso de *copiante*), *coplista* (sinónimo de *coplero*), *versista* (con dos significados: uno de ellos *el que tiene flujo, manía o comezon de hacer versos;* mui distinto de *versificador*), *prosista* (con dos significados: uno de ellos *el que habla mucho inútilmente*), *cuentista*, *discursista* (mui distinto de *discursante*), *palabrista* (sinónimo de *palabrero*), *cultiparlista*, *sofista*, *farraguista;* i otros muchos entre los cuales se halla mayor número de voces del lenguaje vulgar i familiar que entre los pertenecientes a otras clases.

"Alégase en favor de *hablista* que ninguna voz castellana expresa lo que ella, esto es, *el que habla o escribe correctamente el idioma patrio;* pero es de notar que no se dice *hablista* en absoluto, sino jeneralmente *buen hablista*, *mal hablista;* lo cual es tan largo o tan corto como *buen escritor*, *mal escritor; escritor correcto*, *esmerado*, *limado*, *culto*, etc. Por donde se ve que nada ganamos en concision; i cuando algo ganásemos en otro cualquier concepto, hai que averiguar si la ganancia es tal que por ella debamos

autorizar un vocablo impropio, prescindiendo de las buenas reglas de analojía i del inconveniente de confusion con otras voces, ya notado por Gallardo.

"Fuera de que las lenguas no tienen nombres para todo ¿no hai en ellas voces que faltan, i aunque hagan falta no se adoptan? Dicen, por ventura, los franceses *escarmenter* i *escarment*, aunque les vendria mui bien decirlo para declarar sin perífrasis el poderoso e intraducible sentido de *escarmentar* i *escarmiento*. Esta observacion de Alcalá Galiano es exacta; i a ella debe añadirse que ni el latin, ni las lenguas que de él han salido, ni otros idiomas cultos de diverso oríjen, tienen un vocablo destinado a expresar por sí, i solo, el concepto que ahora se quiere dar a la palabra cuyo exámen es objeto del presente artículo." (Baralt. *Diccionario de Galicismos*, voz *hablista*.)

Larga puede haber parecido la cita anterior; pero ella no es inconducente ni está fuera de lugar, puesto que de la propiedad en el uso de las voces se trata. I como veo que el tal *hablista* viene introduciéndosenos con mas aceptacion que la que a mi juicio merece, oportuno juzgué apuntar las razones que se alegan para negarle carta de ciudadanía a fin de que todos puedan pesarlas i compararlas con las que en favor del susodicho *hablista* se presenten. En cuanto a mí, repito que no estoi dispuesto a recibir de buen rejo esa palabrita cuya existencia no se justifica ni por el oríjen, ni por la analojía ni por la utilidad.

Se ha visto que el señor Rodriguez, para facilitar la tarea del que lee o escribe, procura uniformar la ortografía de ciertas palabras derivadas del quichua o el araucano, escribiendo siempre *g* inicial ántes de la combinacion *ua* i siempre *h* ántes de *ue*, *ui*.

La uniformidad en la ortografía de la lengua castellana es una necesidad que reclaman desde tiempo atrás muchos i notables escritores i que a la fecha probablemente nadie desconoce. Tanto se ha hecho en este sentido por reformadores tan audaces como desatinados, que a haber encontrado imitadores sus doctrinas o preceptos, muchas voces del idioma habrian perdido absolutamente su fisonomía i quedado verdaderamente extrañas. Así, tiempo hubo en que hasta los *Anales* de nuestra Universidad adoptoron un sistema ortográfico segun el cual se escribia *ombre*, *alcauete*, *qeso*, *gerra*, *nevo*, *¡o!* etc., i todo esto nada mas que para *simplificar* nuestra Ortografía.

Santa i buena puede ser la obra de simplificarla; pero hasta los últimos extremos llevada, sin duda que encontrará la mas seria i justa oposicion por parte de los buenos escritores, i sobretodo, por parte de la Academia Española, autoridad conservadora de las riquezas del idioma patrio i la única llamada a introducir las reformas convenientes en la materia. Pero la Academia nada ha hecho hasta ahora en este sentido; i cuando ha resuel-

to poner la mano sobre ciertas prácticas ortográficas para correjirlas o reformarlas, lo ha hecho en una manera vacilante i no con mucho respeto a la lójica. Ya otra ocasion, tratando de este mismo asunto, expresé la siguiente opinion:

—Doloroso, pero necesario es confesarlo: en nuestra lengua, una de las mas hermosas por su riqueza, su flexibilidad i sonoridad, hai una verdadera anarquía en el terreno ortográfico. Allí campea casi sin atajos el abuso, i la Real Academia Española, que *limpia, fija i da esplendor*, segun su propio lema, mui poco ha hecho para detener el mal que nos invade i que amenaza dominarlo todo.

Así como la palabra es la expresion de una idea, la escritura debe ser el retrato, la viva imájen de la palabra. Toda lengua perfecta debe escribirse tal como se habla; i pues hablar es primero que escribir, las letras no pueden ni deben ser otra cosa que signos de los sonidos vocales u orales. ¿Se observa esto en la lengua española? Desgraciadamente nó. Signos tenemos que, en ciertos casos, no representan ningun sonido, dos o mas signos que representan un solo sonido i hasta varios sonidos para un solo signo. (1) Esta considerable irregularidad tan ocasionada a abusos hace de todo punto necesaria una pauta fija a que todos podamos atenernos; mas la Real Academia, que pudo darnos esa pauta, vacilante se ha mostrado hasta ahora i nuestra Ortografía es una especie de cáos a que se hace difícil llegar sin tropiezos. Los ortógrafos están divididos. Da éste una regla que rechaza aquél i no parece sino que se tratara de renovar la obra interminable de Penélope.

No es posible negar la gravedad del mal que señalo i será digno de aplauso todo lo que se haga para cortarlo de raiz o siquiera detenerlo.

Obligado me he visto a presentar las anteriores consideraciones, en vista de las irregularidades que he podido notar en el sistema ortográfico del autor del *Diccionario*, irregularidades que no carecen de importancia i sobre las cuales conviene llamar la atencion. Tengo para mí que algunas de ellas provienen únicamente de descuido en la correccion de las pruebas, sin ser una consecuencia de las doctrinas gramaticales del señor Rodriguez.

¿Deberá escribirse *sino, sinó,* o *si no; porqué* o *por qué; adonde, dedonde, endonde* o *a donde, de donde, en donde*, etc? ¿Cuál es la ortografía mas autorizada? I si puede escribirse de uno u otro modo ¿qué reglas deben observarse segun los casos?

Francamente, difícil es saber qué sistema ha seguido a este respecto el señor Rodriguez, porque su práctica en este punto es varia i a veces caprichosa. I aquí repito que ello talvez proviene

(1) En el primer caso, por ejemplo, se halla la *u* de *guerra, querer;* en el segundo, la *g* i la *j* de *genio* i *jóven*, de *imágen* i *judío;* i en el tercero, la *c* de *casa, cena, cinta, cuna*, etc.

de falta de atencion en la correccion de las pruebas, de que se se sigue que es tarea fácil remediar el mal.

En cuanto a *sino* o *si no*, el señor Bello enseña que debe escribirse como una sola palabra cuando es conjuncion, equivalente a *pero* u otro vocablo; i como dos palabras, cuando puede resolverse en los adverbios *si* i *no*, interponiéndose entre ellos el verbo *ser*. El mismo autor enseña que las expresiones *adonde*, *dedonde*, etc., se escriben como una sola palabra cuando llevan un antecedente expreso; i como dos palabras, cuando el antecedente va envuelto o tácito. Debo agregar que no es esta la doctrina de la jeneralidad de los gramáticos; pero que es seguida por muchos escritores americanos. Por lo que toca a *porque*, puede ser una sola palabra o resolverse en dos, segun los casos.

Tomemos ahora algunos ejemplos del *Diccionario de Chilenismos*. En el prólogo se lee: "....hai motivos para presumir que existe un vacío de importancia, o en los métodos o en los textos *porque* se enseña."—Juzgo incorrecta la manera como está escrita la palabra que dejo en bastardilla: no es allí el adverbio *porque*, que denota causa, consecuencia, etc., i que puede convertirse en conjuncion (Véase Bello, Gram., cap. XXXVI, núm. 368 d.); es pura i simplemente el complemento *por que*, equivalente a *por los cuales*, donde *que* es relativo que reproduce a *textos* i sirve de término a la preposicion *por*. La expresion *por que*, que en el *Diccionario* aparece como una sola palabra, tiene en el ejemplo del señor Rodriguez el mismo valor gramatical que en éste de Cervántes: "Una de las causas *por que* (por las cuales) se suelen holgar de traer sus asnos a mi posada, es, etc."

En el mismo prólogo se lee lo siguiente: "Tampoco hemos señalado los defectos de pronunciacion en que suelen incurrir nuestros paisanos en la conjugacion de muchos verbos, en parte *por que* ello habria sido impropio de un diccionario, ete.;" donde la expresion *porque* está escrita separadamente, siendo así que forma una sola palabra en su calidad de adverbio relativo, que puede convertirse en conjuncion causal equivalente al *ca* de nuestras mayores.

Que estas irregularidades nacen de simples descuidos en la correccion de pruebas, podria probarse con otros textos del *Diccionario;* señálolas aquí, sin embargo, porque, sea cual fuere su causa, conviene correjirlas para evitar vacilaciones o tropiezos a los lectores poco versados en el manejo del idioma.

No hai tampoco uniformidad en el uso de *sino*, que está una o dos veces mal escrito. Dice el señor Rodriguez: "El lector encontrará en nuestro *Diccionario* una lista, *sino* completa, bastante numerosa, etc." I en otra parte: "Entónces el *Diccionario de Chilenismos* podria ser un todo armonioso i completo, *sino* en sus detalles, por lo ménos en su plan, etc." I mas adelante: "En la Península, *si no* miente el *Diccionario*, no hai mas, etc." La expresion *si no*, que aparece en estos tres ejemplos escrita como una

palabra i como dos, tiene en ellos un mismo valor gramatical: está mal escrita en los dos primeros, perfectamente escrita en el último. Es como si se dijera: "El lector encontrará una lista .....*si es que nó completa*, etc." "Entónces el *Diccionario* podria ser un todo armónico, *si es que nó* en sus detalles, etc." "En la Península, *si es que no* miente el *Diccionario*, etc."

En la páj. 82 del *Diccionario* leo:

"CAMINAR.

"Es curioso el uso que solemos hacer de este intransitivo, dándole por complemento directo, no el camino andado, lo que aunque raras veces, solieron hacer los buenos escritores de la edad de oro de la literatura española, *sinó*.... ¿cómo diremos?.... los alimentos, que ántes de ponernos a andar hayamos echado al estómago."

En este ejemplo *sinó* tiene un valor conjuntivo equivalente a *pero* i es una sola palabra. Su acentuacion aguda está autorizada por escritores de nota i prescrita por algunos gramáticos, entre los cuales mencionaré al señor prebendado Saavedra, que es respetabilísima autoridad en la materia. Otros escritores hacen grave esta voz i escriben *sino*, siguiendo la práctica del señor Bello.

Todavía he de apuntar otras pequeñas irregularidades que conviene correjir para la uniformidad de la ortografía del *Diccionario*. Así *A pesar* está escrito como dos palabras en la páj. 98, voz *Casas*, i como una sola palabra en la pájina 122, palabra *Corrimiento; Sin embargo*, como una sola voz en la misma páj. 122, en la palabra *Corrimiento* i en la palabra *Casas*, i como dos voces distintas en la pájina 2 i otras; *Dondequiera* está escrito como dos palabras en la pájina 149, voz *Chaquira*, en la páj. 12, voz *Acumuchar*, etc.

El autor conserva la *x* de las voces que, como *explicar*, *externo*, *extenso*, etc., la tenian en latin. Pero su sistema no es uniforme; i si bien dice *expresivo* (páj. 98), *explicacion* (páj. 126), *expresar* (páj. 301), etc., hallamos *escepto* (páj. 83), *esplicar* (páj. 84), i en la 131 se lee: " Forzadilla nos parece la *explicacion* i amen de forzadilla, de todo punto incapaz de *esplicarnos*, etc."

Se lee en la páj. 43 del *Diccionario*: "Cuando un enfermo ha pasado una noche sin notable mejoría ni agravacion de su mal, *la dueño* de casa dice por la mañana al criado."—Evidente es que hai aquí un error tipográfico. Quede para gofos i jente zafia eso de decir *la dueño*, disparate bárbaro i grosero en que ningun buen escritor ha incurrido. Dícese en español *el dueño de casa*, sea que se trate de un hombre, sea que de una mujer; i tambien *la dueña de casa;* pero jamás se junta la terminacion masculina del sustantivo con la femenina del adjetivo. Por cierto que no podia ignorarlo el señor Rodriguez, que en la páj. 47 de su excelente libro transcribe el siguiente pasaje de Cervántes: "Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, i *a esta señora dueña* le rogué, etc."

En la voz *Cuadrillazo*, se dice: "Ya, ocupándonos *de acuadrillar*, espusimos, etc."—Tambien hai aquí un lijero descuido de construccion, mui comun entre nuestros escritores; solo que en el señor Rodriguez el descuido ha sido momentáneo o pasajero, i es en otros una falta tan frecuentemente repetida, que arguye supina ignorancia en materia de rejímenes. Citaré dos pasajes del señor Rodriguez donde aparece el réjimen castizo i autorizado de *ocupar u ocuparse:*

"Si en lo tocante al punto *en que* nos estamos ocupando la República de Chile no es ya la última de las naciones, etc." (Dicc. de Chil., prólogo.)

"Esta projenie de farol anda por esos mundos de Dios *ocupándose en todo* ménos que *en ayudar* a Diójenes, etc." (Dicc. de Chil., páj. 16, voz *Afarolarse.*)

Todos estos defectillos o pequeños lunares son una prueba de lo difícil que es haya obra humana que carezca de ellos, principalmente si se atiende a la buena locucion i a la mas estricta propiedad en los términos. Cervántes mismo usó jiros que la crítica ha repudiado despues, aconsejando que no se imite en ellos al autor inmortal del *Don Quijote.* I puesto que los defectos que he apuntado pueden fácilmente ser correjidos i provienen de lijeras faltas de atencion, no hai que decir que en nada amenguan el relevante mérito del *Diccionario de Chilenismos*, obra de literato i erudito. Porque lo he leido i releido con particular placer i decidida atencion, he podido anotar hasta aquellas cosas que para muchos serán nimiedades insignificantes; pero que yo recuerdo aquí, nó por el vano, inútil i odioso prurito de parecer lince, sino porque deseo que la segunda edicion del *Diccionario* brille no solo por las preciosas enseñanzas que encierra la primera, sino tambien por la ausencia completa de los mas pequeños defectillos de redaccion o de forma. Pruebas ha dadoel señor Rodriguez de que puede conseguirlo, i la crítica bien intencionada, siquiera sea poco hábil, cumple su mision cuando al lado del aplauso entusiasta pero justiciero, apunta aquí i allá lo que le parezca digno de reforma o de un buen borron. En cuanto a mí, como se verá despues, puedo declarar que el libro en que me ocupo es útil a todo el que aspire a hablar o escribir con correccion i que me ha sacado de muchos i mui burdos errores en que tambien incurren personas mas competentes i de mas copiosa doctrina que yo.

Doblando por ahora la hoja, como suele decirse, propóngome seguir examinando en un próximo artículo la que el señor Rodriguez trata de inculcar en sus lectores, casi siempre sólidamente apoyado i certeramente guiado por lo que hai de mas notable entre nuestros escritores clásicos del viejo i del nuevo continente.

RÓMULO MANDIOLA.

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO POR DON RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

Escribimos sobre el trabajo de un amigo, de un compañero de tarea, sobre el drama histórico: *El último dia de Polonia*, de Ruperto Marchant Pereira. El nombre del autor del drama que nos ocupa no es desconocido, no ignoran las brillantes dotes que en él concurren los que han visto los frutos que el cultivo de este jénero ha valido a nuestro amigo i el distinguido lugar que le prepara en el teatro chileno. No será, pues, nuestra palabra la voz autorizada del crítico que aplica el escalpelo literario, sino la cariñosa felicitacion del amigo, el ¡adelante! del compañero de trabajo, i a fuer de tales, nos permitiremos exponer las reflecciones que nos ha inspirado la lectura de *El último dia de Polonia*.

El autor se propone retratar a la Polonia en su agonía, en esa agonía tremenda que hizo nacer a la gloria a una nacion que sucumbia i que es la mengua de nuestro siglo, el insulto mas cínico lanzado al rostro de la humanidad. La eleccion del tema es feliz i el autor en su desarrollo ha sabido tocar las fibras mas delicadas del alma, pues ha puesto en juego sentimientos grandes i elevados al par que afectos delicados i tiernos: el patriotismo heróico pero impotente, el amor apasionado, inocente, pero desgraciado i casi sin esperanza. El campo que ha abarcado es grande, quizá demasiado grande i a nuestro sentir este es el orí-jen de los lunares de que adolece *El último dia de Polonia*.

Dos jóvenes de la nobleza polaca sueñan en la dicha que les prepara su próximo enlace; Edgardo es valiente i jeneroso i en su corazon de jóven arde apasionado el amor de Margarita, como el fuego del patriotismo brilla impetuoso en su alma de soldado, retemplada entre el humo de los combates al par que dulcificada por un amor tan puro como la sonrisa de Margarita. Esta, alma inocente, reconcentrada en el santuario del hogar i de su amor, no sabe concebir la malicia del mundo i vive soñando,

reclinada en el seno de su madre, en una felicidad inalterable al lado de sus padres i de Edgardo, el objeto de su amor i de sus esperanzas de ánjel. El autor ha conseguido realizar en estos dos tipos su bella concepcion de poeta i ha conservado diestramenmente sus caractéres en el curso del drama.

Pero sobre los dos jóvenes gravitaba un anatema; ámbos amaban a su patria i ese amor era un crímen en la moribunda Polonia; así lo habia declarado Catalina de Rusia, así lo habia tolerado el cobarde Poniatowski, rei de los polacos i servil instrumento de la Czarina. Margarita era hija del conde Huberto Czartoriyski, jefe del ejército patriota de Kosciusko i Edgardo es capitan del mismo. Repnin, pro-cónsul ruso que dominaba al rei, se propone estinguir a la nobleza i con ella a la nacion; saca violentamente a Huberto i su familia de su casa i los enciera en una prision, donde ántes de ejecutarlo le hace arrancar los ojos en presencia de su hija i de su esposa. Edgardo i Kosciusko se proponen librar a la desgraciada familia, por medio de un lego que aletarga a los centinelas de la prision de Huberto, penetran en ella, sacan al infeliz duque i su familia que huyen de su patria solos, sin amparo i sintiendo a lo léjos el cañoneo de Macejowice que les anuncia que el último dia de Polonia ha llegado. Margarita llora, María, su madre, consuela a Huberto, que da el último adios a su desgraciada patria. Entre tanto el valiente Kosciusko, convenciendo al rei de que ya es tiempo de que deje de ser la servil creatura de Catalina para ser rei de Polonia, prepara la defensa desesperada de su patria i aparece en la escena grande, imponente i delirante abrazado al ensangrentado pendon de Polonia en el campo de batalla de Macejowice i acribillado de heridas; a su lado está Edgardo procurando en vano salvarlo i calmar su frenético delirio; el pro-cónsul ruso los encuentra en el campo i recuerda a Kosciusko su promesa de que su patria seria borrada de la faz de las naciones; "oye el cañon que truena, le dice, el estandarte polaco ya no existe, está aniquilado. Las balas rusas acaban de barrer con los jirones de esa sucia i aborrecida bandera." Kosciusko cae, emplazando para ante la justicia del Dios de los buenos a los verdugos de su patria.

Tal es, en resúmen, el argumento de *El último dia de Polonia*, una hoja mas de la corona que la aplicacion i el trabajo están tejiendo a nuestro amigo Marchant Pereira.

Ante todo se nota en el drama un lenguaje correcto i elegante, i una facilidad i naturalidad sobresalientes en el diálogo. La exposicion es natural i está exenta de esas narraciones incómodas e inverosímiles, que no persiguen otro objeto que el de imponer al auditorio de los antecedentes de la accion; sin una gran fábula, como quiera que es un drama histórico i los hechos han cortado un tanto el vuelo de la imajinacion del poeta, no obstante el desenlace está oculto i el espectador interesado vivamente por la suerte de los protagonistas, va de escena en escena creciendo

en ansiedad; hemos dicho los protagonistas i no hemos calificado el desenlace, porque esto, que está íntimamente ligado a la unidad de accion, cualidad esencial en toda pieza dramática, será el tema principal de nuestras observaciones.

¿Cuál es el carácter, la fisonomía jeneral de la pieza o en otros términos, quién es el protagonista? este es el asunto principal del presente artículo, toda vez que en esto consiste la unidad de accion. Martinez de la Rosa dice en su poética: "se conoce la existencia de dicha unidad observando si el argumento puede reducirse a una *sola* i *única cuestion* propuesta desde el principio oscura e incierta durante el curso del drama i aclarada i resuelta al fin," i como para conseguir esto el mejor medio a nuestro sentir es seguir al personaje principal que debe conocerse a primera vista i ver si todo lo secundario solo concurre a armonizar i aclarar la historia de éste, de aquí que nosotros creemos que para observar la regla del literato precitado se puede muchas veces considerar conjuntamente la unidad de accion i la preeminencia del protagonista respecto de los demas personajes; no es esto decir que confundamos ésta con aquélla, ántes creemos que media entre ellas la diferencia que entre el todo i la parte.

Dudamos entre si la verdadera fisonomía del drama de Marchant Pereira es patriótica, heróica i en este caso el protagonista es el denodado Kosciusko o si es tierna i delicada, en cuyo caso los protagonistas son los amantes, siendo lo demas episodios de mayor o menor importancia. Creemos que el autor al concebir su bello drama tuvo en vista al héroe grande, jeneroso i desgraciado; quiso hacer en su obra la apolojía del nombre quizá mas simpático de la historia moderna i en efecto lo ha conseguido. Quien lee el drama de Marchant Pereira no puede ménos de amar a aquel patriota indomable que abrazado de su bandera sucumbe como bueno, llorando sobre las ruina de su patria i como bravo maldiciendo a sus carniceros verdugos. Las escenas principales del drama i en que el poeta ha hecho gala de una enerjía a toda prueba, son aquellas en que Kosciusko terrible, majestuoso, lanza al rostro de Poniatowski su cobardía i le dice: "El manto real debe ser la mortaja de los reyes i si alguna vez han de bajar del solio i abandonar el cetro solo será para ir del trono a la tumba." Esta escena a nuestro modo de ver vale todo el drama; ella sola revela todo el talento de nuestro amigo. Cuando el rei reconoce a Kosciusko en aquel hombre que lo domina, que lo fascina, exclama:

"*Rei.* ¡Kosciusko! ¿Eres tú el valiente defensor de los derechos i libertades de Polonia?.... Ven, ven a mis brazos.

"*Kosciusko.* Sepa yo ántes si voi a estrechar entre los mios al rei de Polonia o al antiguo favorito, al niño mimado de Catalina.

"*Rei.* ¡Kosciusko!

"*Kosciusko.* Al hombre que en otro tiempo prometiera hacer

de la Polonia una nacion libre, independiente i feliz o al esclavo que obedeciendo ciegamente las órdenes de un amo brutal i sanguinario, empuña el látigo i la cuchilla para torturar i luego bañar sus sacrílegas manos en la sangre de sus propios hermanos."

Estas i no otras podian ser las palabras que Kosciusko, el inmortal jefe de los patriotas polacos dirijió al rei cobarde el último dia de Polonia; ahí hai fibra hai enerjía; la sombra de Kosciusko se enorgulleceria ante el poeta que tan digno lo hacia pasar a la posteridad. Todas las escenas por este estilo sobresalen por su enerjía i virilidad, pero sobre todas ellas está la última en que Kosciusko, tendido en el campo de batalla, describe en su delirio toda la accion de Macejowice. Elejiriamos mal si diésemos la preferencia a algun trozo de esa preciosa escena, pero no podemos resistir a la tentacion de citar aquella noble porfía en que Kosciusko pretende conseguir que Edgardo lo abandone i se salve; no lo ha podido ni con ruegos ni recordándole sus promesas ni sus deberes ni su amor; Edgardo quiere morir con él, Kosciusko apura el último recurso i dejando de ser el amigo para ser el jeneral le dice:

"*Kosciusko.* Vete, yo, tu jeneral te lo ordeno.

"*Edgardo.* Perdonad mi jeneral, pero, por esta vez yo no os puedo obedecer. *(Enjugándose los ojos.)*"

De todas veras hubiéramos deseado que esos sentimientos predominaran en el drama; ninguna de sus escenas nos ha arrancado las lágrimas que ha conseguido arrancarnos ésta; esa mezcla de virilidad, heroismo i ternura unida a ese tipo del mártir de la patria personificados en un hombre hubieran sido magníficos protagonistas para la pieza.

Pero no era esa la intencion del autor: queria pintar los sufrimientos de la nobleza de Polonia en una familia desgraciada. Por otra parte mil ideas hermosas de amor tan inocente como desgraciado bullian radiantes, seductoras en la mente del poeta; el tipo de Margarita ya unificando su alma con la de su amante, ya llorando de felicidad i de esperanza, ya siendo el ánjel de consuelo de su padre ciego i sin amparo, ya víctima inocente de una ambicion miserable, todas estas visiones acariciaban demasiado dulcemente la frente del jóven, para que dejase de querer ver realizada en su drama su bellísima concepcion, i hé aquí cómo a nuestra sentir Marchant P. ha introducido un drama en otro drama, en menoscabo de la unidad de accion i como deciamos ántes no haciendo que el protagonista sea uno i que el lector desde que lea el drama diga: este es el principal; i como dice Martinez de la Rosa "los sentimientos perdieron en profundidad lo que ganaron en extension."

El autor consigue impresionar el alma con sentimientos grandes de desesperado valor de patriótico martirio; el alma entónces anhela grandeza, heroicidad; espera grandes desgracias, pero desgracias de ese jénero, cuando el autor en una escena tierna

i amorosa, pintada con todo su talento, hace entrar al alma en otra esfera de sentimientos que debilita la primera; el humo de los combates, los gritos de guerra se confunden con las dulces querellas del amor; el perfume del cariño i el olor de la pólvora se neutralizan; el alma fluctua en la indecision.

Nuestra sinceridad quizá exajere; pero ¿qué importa ese lunar para el éxito del drama, si es oríjen de mil bellezas, de mil escenas que conmueven profundamente el alma? Don Alberto Lista, en sus lecciones literarias, dice que la primera cualidad del drama es que sea interesante, i la clase de afectos a que dicha difusion da márjen lo son por demas. ¡Qué dulces son los coloquios de Margarita i Edgardo! ¡qué conmovedoras e inocentes las lágrimas de aquélla en la escena primera del cuarto acto.

"Mas de una vez miéntras nos internábamos en la espesura," dice la niña, a su padre, "creí oir un lamento, pero un lamento tan tierno i tan dolorido, que sin poderlo evitar, las lágrimes se agolparon a mis ojos. ¿Sabeis por qué?

"*Huberto.* ¡Margarita!

"*Margarita.* Porque creia que esas avecillas quizá lloraban como he llorado yo, porque alguna mano cruel, como a mí, tambien les habria arrebatado la prenda de su amor. *(Llora.)*"

Por fin, tienen que huir dejando a los suyos entre el fragor del combate, i Margarita exclama: "¡Partir sin despedirme de él!... ¡Partir sin llevar siquiera la esperanza de que luego lo he de ver!"

Si fuéramos a trascribir las escenas bellas, bellísimas del drama, poco faltaria para que lo reprodujeramos íntegro, pero no podemos detenernos en ello i pasaremos a ocuparnos sumariamente en otros puntos.

Es digno de notarse que el drama observa casi exactamente la unidad de tiempo prescrita por los clásicos mas estrictos; toda la escena, sin perder un solo punto de interes, pasa en dos noches; el autor en esto ha conseguido realizar una de las grandes dificultades del teatro clásico i los lectores conocen su mérito.

En cuanto a la unidad de lugar, no la observa, pero con permiso de los preceptistas, nos permitimos aseverar que esta unidad es cuando ménos inútil i monótona i casi siempre inverosímil.

En el teatro antiguo griego en que los entreactos se llenaban con coros alusivos al drama, es concebible que dicha unidad fuese necesaria: pero aun en ese caso ¿qué sucedia? que si observaban dicha inútil unidad, caian en inverosimilitudes, asaz ridículas; pero pobre es nuestra autoridad para emitir opiniones contra tan autorizados preceptistas, Corneille, que siempre procuró imitar a los antiguos en esa unidad, decia: "Que los antiguos escojian por lugar de sus comedias i aun de sus trajedias una plaza; pero que él por su parte se ratificaba en que si se las examinase a fondo se veria que mas de la mitad de lo que en ellas se dice es-

taria mejor dicho en una casa que en una plaza." Metastasio dice: "Permítaseme tambien a mí que pueda presentar solos en las plazas públicas a los monarcas, a las reinas i doncellas reales; que pueda presentar en la cama en una plaza pública a las reinas i príncipes enfermos; que pueda yo hacer que mis personajes elijan eternamente una plaza pública para tramar las conspiraciones mas atroces i peligrosas, así como para hacer las mas íntimas, las mas secretas i quizá las mas vergonzosas confesiones; i entónces tampoco tendrán mis dramas necesidad ninguna de que se mude la escena."

Es, pues, inverosímil o al ménos difícil de hallar un argumento interesante desarrollado en el mismo lugar, i por otra parte inútil porque no es cierto que sea esa unidad necesitaria para formarse la ilusion.

Sin embargo, sin atrevernos a censurarlo no nos disgustaria que *El último dia de Polonia* no cambiase de escena en el curso del acto, pues, esto sin tener las ventajas ántes apuntadas puede perjudicar a la ilusion, pues es difícil cambiar instantáneamente la atencion i olvidar lo que hace un momento veíamos.

Réstanos ahora decir algo sobre los personajes secundarios; hai escenas mui naturales, como la primera, segunda i tercera del tercer acto; el tipo de frai Anjelo nos parece poco marcado i su carácter no tiene esa estabilidad esencial de los caractéres de todo drama; por otra parte, hubiéramos deseado que ese hombre débil i hasta a veces vicioso, no hubiese llevado los hábitos relijiosos, profanándolos con su conducta a veces, al parecer, un tanto desenvuelta. Creemos que nuestro compañero Marchant Pereira debe esmerarse en conservar los caractéres i hacer a ese respecto un estudio especial, porque si es cierto que su conservacion constituye una de las mas notables bellezas de una pieza dramática, no lo es ménos que su descuido es uno de los mas censurables defectos. Los carácteres principales están mejor sostenidos: Kosciusko siempre noble, inquebrantable, Edgardo siempre ardiente, Margarita siempre inocente i anjelical, Poniatowski siempre cobarde i débil.

Por otra parte, son muchos los que critican la introduccion de personajes chuscos, o sea graciosos, en dramas de carácter serio como *El último dia de Polonia*. El teatro español adolece en jeneral de ese defecto, segun el sentir de los críticos i es evidente que el carácter de Sejismundo en *La vida es sueño* de Calderon, no se aviene con el del ridículo Clarin. Al criticar el *gracioso* indispensable del teatro español, no queremos decir que lo prescribimos del todo en el drama, pero ademas de ser un carácter asaz difícil, creemos que no se debe prodigar. Las reflexiones sarcásticas de *Hamlet*, en su coloquio con el sepulturero, por muchos criticadas, son, a nuestro modo de ver, una de las grandes bellezas del drama de Skakespeare, pero es difícil alcanzar al jenio de ese trájico ingles.

La estension del presente artículo no nos permite apuntar otras observaciones que desearíamos exponer; solo expresaremos nuestro deseo de que el autor ensaye nacionalizar el teatro eligiendo temas americanos, que si ofrecen mayor dificultad en su desempeño, tambien ofrecen al autor un aplauso mucho mas ardiente de sus compatriotas.

Adelante, pues, diremos a nuestro amigo, en la carrera emprendida, al fin de ella está la gloria i el nombre; el vehículo para llegar allá está en su poder: el talento; el motor es el estudio i la constancia; aplíquelo lleno de fé en el porvenir i ante las dificultades, sin mirar hácia atras, exclame siempre con el poeta: ¡Mas arriba!

Santiago, 25 de mayo de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Conclusion.)

CONCLUSION.

A los seis meses despues
Del hecho ya referido,
Por los pesares herido
El pobre Diego expiró.
I Matilde, al verse huérfana
Entre los lazos del mundo,
Sintió el dolor mas profundo,
I amparo al cielo pidió.

I el cielo que no desoye
Jamas ninguna plegaria,
De la vírjen solitaria
Las súplicas escuchó.
Así fué que en poco tiempo
Albergue encontró Matilde
Vistiendo el sayal humilde
De las siervas del Señor.

Que léjos de las borrascas
Del océano del mundo,
Que azota siempre iracundo
La nave del existir,
I entregado al dulce culto
De la relijion divina,
En flor se cambia la espina,
I en esperanza el sufrir.

Para los tristes que lloran
Sin encontrar fiel contento,
I en brazos del sufrimiento
Desesperados se ven,
Para aquellos que han perdido
Sus mas gratas ilusiones,
El claustro i las oraciones
Es el grato i solo bien.

Entre los séres que habitan
Esas moradas felices,
No hai discordias infelices,
Ni suspiros de dolor.
Que dolo, ambicion i orgullo
No perturban el asilo
Encantador i tranquilo
De las siervas del Señor.

Allí, de impiedad nefanda
El eco jamas se escucha,
Ni de fratricida lucha
El furor se siente allí;
El silencio de los claustros
No altera mundano ruido,
Solo se rompe al sonido
De la plegaria feliz.

Allí, la brisa galana
Derrama esencias mejores,

I mas brillantes colores
Despliega la flor allí;
Por que es la mansion bendita
De la benéfica calma,
I escala por donde el alma
Al cielo sube feliz.

Bien hayas tú, bella niña,
Que inspirada por el cielo
Salvaste de un solo vuelo
La sima del mundo cruel,
I encerrada entre las rejas
De mansion hospitalaria,
Alzas a Dios tu plegaria
En alas de ardiente fé.

Bien hayas tú, sí, bien hayas,
Encantadora Matilde,
Vistiendo la toca humilde
De las siervas del Señor,
E implorando por los séres
Que en diversos laberintos
Seguimos rumbos distintos
Cegados por la pasion!

I de don Luis ¿qué es en tanto?
En la flor ¡ai! de sus años
Herido por desengaños
De tan triste magnitud,
Pensó como piensan pocos
Al perder toda esperanza
Que nada a perder se alcanza
Si es que resta la virtud.

I para dar a su idea
Campo mas vasto i hermoso,
Un hábito relijioso
Se determinó a vestir.
I engrosó de esta manera
Las filas de esos soldados
Que valientes i esforzados
Por la fé saben morir.

Las filas, sí, de esos mártires
Que tienen por voz de guerra
La oracion que el bien encierra,
I por espada la cruz.

De esos mártires sublimes
Que en las masas ignorantes
Van derramando triunfantes
De la relijion la luz.

De esos héroes humildes
Que en montes, selvas o templos
Practican, sí, los ejemplos
Del Divino Salvador,
I enseñan con fé ardorosa
Del cristiano la doctrina,
Doctrina que al bien inclina
Salvándonos del error.

I don Luis de gozo lleno
En misionero cambiado
Exclamaba entusiasmado:
—"¡Soi el mortal mas feliz!
Predicando el evanjelio
Haré que se honre al trabajo,
I que el ocio tenga atajo
I que muera de raiz.

"Porque el ocio es ¡ai! la clave
De las desgracias que oprimen,
A su sombra nace el crímen
I se forja la crueldad.
Enseñaré al ignorante
De honor la gloriosa senda,
I haré que tal bien comprenda
Predicando la verdad.

"¡Oh! cuán grato me será
Aliviar crueles angustias
En las almas que están mústias
Bajo el peso del error,
E infundir en esas almas,
Llorando junto con ellas,
Respeto i fé por las bellas
Doctrinas del Hacedor!

"¡Cuánta será mi fortuna
Si consigo, allá en los sitios
Donde tranquila mi cuna
Inocente me adurmió,
Hacer que el signo del Gólgota
Se acate como es debido,

I que se den al olvido
Los ídolos que aman hoi!

"¡Cuán feliz si mi palabra
Tales prodijios alcanza!
Mas, me alienta la esperanza
I realizaré mi ideal,
I la voz de mis hermanos,
Formando a la mia coro,
Cruzará cual astro de oro
A la rejion celestial!

"I al alzar tan dulce ruego
Sentiremos en el alma
Esa benéfica calma
Consuelo de la aflixion,
Porque es la oracion bendita
Como el llanto de la aurora,
Un rocio que atesora
La dicha en el corazon."

*
* *

No léjos del majestuoso
I arrogante Biobio,
Un pequeño caserío
Se levanta al rededor
De una modesta capilla,
Que frai Luis con santo celo
Edificó sobre el suelo
En que su cuna rodó.

Allí centenares de indios
Felices i bondadosos
Se postraban respetuosos
Ante el signo de la luz;
I así tranquilos vivian
Entregados al trabajo,
Al vicio oponiendo atajo
I adorando la virtud.

En pago de tal prodijio,
Sintiendo grato consuelo,
Alzaba preces al cielo
Con dulce fervor frai Luis.
I Dios que jamas desoye
Del mortal las oraciones,

Colmaba de bendiciones
Al misionero feliz.

*
* *

Era una noche serena,
La luna en medio del cielo
Como un faro de consuelo
Prestaba a todos su luz;
Las claras linfas del rio
Lentamente resbalaban,
I en su seno reflejaban
Del cielo el celeste tul.

Bañados con el aroma
De las campesinas flores,
Los céfiros voladores
Jiraban al rededor
De los agrupados árboles,
Que cual cortina de encaje
Ostentaban un follaje
De magnífico esplendor.

En esta noche serena,
Encerrado en su aposento,
Frai Luis, con dulce contento
Se entregaba a la oracion;
Cuando sintió que a la puerta
De su habitacion llamaba
Un hombre, que demandaba
Auxilio con triste voz.

El humilde sacerdote
Sus preces interrumpiendo,
A la puerta fué corriendo
I sin dilacion la abrió;
I al abrirla, vió que un hombre,
Con lágrimas en los ojos,
A sus pies se echó de inojos
I de esta suerte le habló:

—Vengo a implorar los auxilios
Que el cristianismo atesora,
Para una infeliz señora
Mui digna de compasion.
La cual en pocos instantes
Rendirá, segun se advierte,

A la infatigable muerte
El tributo aterrador.

—Si es así, querido hermano,
No perdamos un instante,
Que en caso tan apremiante
El tiempo es de gran valor.—
I diciendo estas palabras
El ferviente relijioso,
Al hombre siguió afanoso
Por esos mundos de Dios.

I en tanto que caminaban,
El hombre a narrar comienza
Al misionero, la historia
De aquella infeliz enferma.
I le dice que ella fué
La mujer mas hechicera
Que ha visto la luz del sol
En las araucanas selvas;
Que fué cautiva de un indio,
Gran señor de rica hacienda,
I el cacique mas audaz
De aquellas tribus guerreras;
Que fué madre de un varon
De arrogante jentileza,
Valiente como su padre,
E interesante como ella;
I el cual cayó prisionero
En una dura refriega
Que opuso el toqui su padre,
A la invasion extranjera.
Refriega que fué tambien
Para el toqui tan funesta,
Que derrotado murió
Entre sus huestes guerreras.
Le cuenta que desde entónces,
Sin exhalar ni una queja,
Va devorando en silencio
La pobre madre sus penas;
Hasta que al fin el sufrir,
Compadecido ya de ella,
Por conducto de la muerte
Quiere brindarle su tregua.
Tales cosas le decia,
Con relacion a la enferma,
Al misionero aquel hombre,
Cuando se ven a la puerta

De la modesta morada
Que amparo a la enferma presta.
La cual postrada en un lecho
De suaves pieles i sedas,
Llegaba en sus agonías
A la agonía postrera!
Al verla, frai Luis recibe
La mas terrible sorpresa,
Porque, triste, reconoce
En la desgraciada enferma,
Al idolatrado objeto
De sus caricias primeras!

I bendiciendo a la que así moria,
Exclama el relijioso:—"Sube al cielo
Alma bendita de mi dulce madre,
Unica gloria de mi amor eterno!"

ROSENDO CARRASCO.

¡TU, TU, SOLO TU!

POR THOMAS MOORE.

Del dia el nacimiento,
Del crepúsculo el fin,
La triste, larga noche,
Sorpréndeme al venir,
En tí pensando siempre,
¡En tí, tan solo en tí!

Si entre amigos me encuentro, mientra apuran
Las copas locamente en el festin,
I mientras vénse a mi alrededor sonrisas
Que causaban un tiempo goces mil;
Mi alma por todo siente indiferencia,
¡Perseguida por tí, solo por tí!

Si ayer noble entusiasmo
Lográbame infundir,
La idea de la gloria
I de un honor sin fin;
Hoi, tal idea ha muerto
¡Por tí, solo por tí!

Cual débil barco que a la mar lanzado
Ve en carrera veloz la orilla huir,
Tal de mi vida las escenas veo,
Pasar en tropel rápido ante mí.
¿Tristes? ¿bellas? lo ignoro; no me importa,
Que a tí me inclino ¡a tí, tan solo a tí!

Si goce alguno encuentro,
Lo debo solo a tí;
El sufrimiento mismo
Que viene mi alma a herir,
Me es dulce cuando nace
¡De tí, solo de tí!

Cual encantos que nadie desvanece,
Sino el labio que tiene tal virtud,
Así este corazon, por mas que el mundo,
Irrite su dolor i su acritud,
Siempre cerrado permanece, siempre
¡Tú lo puedes abrir, tú, solo tú!

Santiago, mayo 1.° de 1875

JUAN R. SALAS E.

ASPIRACION.

¡Cuándo será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo!

(Fr. Luis de Leon.)

Levántase del valle la montaña
I toca con su sien el firmamento;
Se alza de la violeta el suave aliento
De entre las yerbas que el arroyo baña;

Burlando, el cóndor, del turbion la saña,
Sereno cruza la rejion del viento;
Sube en espiras caprichosas, lento
El humo de la rústica cabaña;

Se alza la nube matinal del rio;
El jilguero en el bosque alza su canto,
¡Todo libre se eleva i sube al cielo!

¡De fuego lleno el pensamiento mio
Ansioso de volar jime, entre tanto,
Con cadena de barro atado al suelo!

R. LARRAIN C.

EL JUSTICIA MAYOR DE LAICACOTA.

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREI CONDE DE LÉMUS.

I.

En una serena tarde de marzo del año del Señor de 1565, hallábase reunida a la puerta de su choza una familia de indios. Componiase ésta de una anciana que se decia descendiente del gran jeneral Ollantai, dos hijas, Cármen i Teresa, i un mancebo llamado Tomas.

La choza estaba situada a la falda del cerro de Laicacota. Ella, con quince o veinte mas, constituian lo que se llama una aldea de cien habitantes.

Miéntras las muchachas se entretenian en hilar la madre contaba al hijo por la milésima vez la tradicion de su familia. Esta no es un secreto, i bien puedo darla a conocer a mis lectores, que la hallarán relatada, con extensos i curiosos pormenores, en el importante libro que, bajo el título *Anales del Cuzco*, publicó mi ilustrado amigo i compañero de congreso don Pio Benigno Nesa.

Hé aquí la tradicion sobre Ollantai:

Bajo el imperio del inca Pachacutec, noveno soberano del Cuzco, era Ollantai curaca de Ollaitantambo, el jeneralísimo de los ejércitos. Amante correspondio de una de las ñustas o infantas, solicitó de Pachacutec, i como recompensa de sus importantes servicios, que le acordase la mano de la jóven. Rechazada su pretension por el orgulloso nonarca, cuya sangre, segun las leyes del imperio, no podia mezclarse con la de una familia que no descendiese directamente de Manco Capac, el enamorado cacique desapareció una noche del Cuzco, robándose a su querida Cusicoillor.

Durante cinco años fué imposible para el inca vencer a su rebelde vasallo, que se mantuvo en armas en las fortalezas de Ollantaitambo, cuyas ruinas son hoi la admiracion del viajero. Pero Rumiñahui, otro de los jenerales de Pachacutec, en una secreta entrevista con su rei, lo convenció de que mas que a la fuerza era preciso recurrir a la maña i a la traicion para sujetar a Ollantai. El plan acordado fué poner preso a Rumiñahui, con el pretesto de que habia violado el santuario de las vírjenes del Sol. Segun lo pactado, se le degradó i azotó en la plaza pública, pa-

ra que envilecido así huyese del Cuzco i fuese a ofrecer sus servicios a Ollantai, quien viendo en él una ilustre víctima a la vez que un jeneral de prestijio, no podria ménos que dispensarle entera confianza. Todo se realizó como inícuamente estaba previsto, i la fortaleza fué entregada por el infame Rumiñahui, mandando el inca decapitar a los prisioneros.

Un leal capitan salvó a Cusicoillor i a su tierna hija Imasumac, i se estableció con ellas en la falda del Laicacota i en el sitio donde, en 1669, debia erijirse a la villa de San Cárlos de Puno.

Concluia la anciana de referir a su hijo esta tradicion, cuando se presentó ante ella un hombre, apoyado en un baston, cubierto el cuerpo con un largo poncho de bayeta i la cabeza por un ancho i viejo sombrero de fieltro. El extranjero era un jóven de veinticinco años, i apesar de la ruindad de su traje, su porte era distinguido, su rostro varonil i simpático, i su palabra graciosa i cortesana.

Dijo que era andaluz i que su desventura lo traia a tal punto, que se hallaba sin pan ni hogar. Los vástagos de la hija de Pachacutec le acordaron de buen grado la hospitalidad que demandaba.

Así trascurrieron pocos meses. La familia se ocupaba en la cria de ganado i en el comercio de lanas, sirviéndola el huésped mui útilmente. Pero la verdad era que el jóven español se sentia apasionado de Cármen, la mayor de las hijas de la anciana, i que ella no se daba por ofendida con ser objeto de las amorosas ánsias del mancebo.

Como el platonicismo, en punto a terrenales afectos, no es eterno, llegó un dia en que el galan, cansado de conversar con las estrellas en la soledad de sus noches, se expontaneó con la madre, i ésta, que habia aprendido a estimar al español, le dijo:

—Mi Cármen te llevará en dote una riqueza digna de la descendiente de emperadores.

El novio no dió por el momento importancia a la frase, pero tres dias despues de realizado el matrimonio, la anciana lo hizo levantarse de madrugada i lo condujo a una bocamina diciéndole:

—Aquí tienes la dote de tu esposa.

La hasta entónces ignorada, i despues famosísima mina de Laicacota, fué desde ese dia propiedad de don José Salcedo, que tal era el nombre del afortunado andaluz.

II.

La opulencia de la mina i la jenerosidad de Salcedo i de su hermano don Gaspar, atrajeron en breve gran número de aventureros a Laicacota.

Oigamos a un historiador:—"Habia allí plata pura i metales, cuyo beneficio dejaba tantos marcos como pesaba el cajon. En ciertos dias se sacaron centenares de miles de pesos."

Estas aseveraciones parecerian fabulosas si todos los historiadores no estuviesen uniformes en ellas.

Cuando algun español, prncipalmente andaluz o castellano, solicitaba un socorro de Salcedo, éste le regalaba lo que pudiese sacar de la mina en determinado número de horas. El obsequio importaba, casi siempre, por lo ménos, el valor de una barra, que representaba cuatro mil pesos.

Pronto los catalanes, asturianos, gallegos i vizcainos que residian en el mineral, entraron en disensiones con los andaluces, castellanos i criollos favorecidos por los Salcedos. Se dieron batallas sangrientas con variado éxito, hasta que el virei don Diego de Benavides, conde de Santistévan, encomendó al Obispo de Arequipa, frai Juan de Almoguerra, la pacificacion del mineral. Los partidarios de los Salcedos derrotaron a las tropas del Obispo, librando mal herido el correjidor Peredo.

En estos combates, hallándose los de Salcedo escasos de plomo, fundieron balas de plata. No se dirá que no mataban lujosamente.

Así las cosas, aconteció en Lima la muerte del de Santistévan, i la Real Audiencia asumió el poder. El gobernador que ésta nombró para Laicacota, viéndose sin fuerzas para hacer respetar su autoridad, entregó el mando a don José Salcedo, que lo aceptó bajo el título de *justicia mayor*. La Audiencia se declaró impotente i contemporizó con Salcedo, el cual, recelando nuevos ataques de los vascongados, levantó i artilló una fortaleza en el cerro.

Es verdad que la Audiencia tenia por entónces mucho grave de qué ocuparse con los disturbios que promovia en Chile el gobernador Meneses, i con la tremenda i vasta conspiracion del inca Bohórques, descubierta en Lima casi al estallar, i que condujo al caudillo i sus tenientes al cadalso.

El órden se habia por completo restablecido en Laicacota, i todos los vecinos estaban contentos del buen gobierno i caballerosidad del justicia mayor.

Pero en 1667 la Audiencia tuvo que reconocer al nuevo virei venido de España.

Era éste el conde de Lémus. En cerca de cinco años de mando brilló poco como administrador. Sus empresas se limitaron a enviar sin éxito una fuerte escuadra en persecucion del filibustero Morgan, que habia incendiado a Panamá, i a apresar en las costas de Chile a Enrique Clerk.

El virei conde de Lémus se distinguió únicamente por su devocion. Con frecuencia se le veia barriendo el piso de la iglesia de los Desamparados, tocando en ella el órgano i haciendo el oficio de cantor en la solemne misa dominical, dándosele tres pepinillos de la murmuracion de la nobleza, que juzgaba tales actos indignos de un grande de España.

Jamas se han visto en Lima procesiones tan espléndidas como las que tuvieron lugar entónces, i Lorente, en su notable historia,

trae la descripcion de una en que se trasladó desde palacio a los Desamparados, dando largo rodeo, una imájen de María que el virei habia hecho traer expresamente desde Zaragoza. Arco hubo en esa fiesta cuyo valor se estimó en mas de doscientos mil pesos, tal era la profusion de alhajas i piezas de oro i plata que lo adornaban.

Don Pedro Fernández de Castro i Andrade, conde de Lémus, marqués de Sarria i de Gátiva i duque de Taurifanco, apénas fué proclamado en Lima por representante de Cárlos II el *Hechizado*, se dirijió a Puno con gran aparato de fuerza i aprehendió a Salcedo. El justicia contaba con poderosos elementos para resistir; pero no quiso hacerse reo de rebeldía a su rei i señor natural.

El virei, segun muchos historiadores, lo condujo preso, tratándolo, durante la marcha, con extremado rigor. En breve tiempo quedó concluida la causa, sentenciado Salcedo a muerte i confiscados sus bienes en provecho del tesoro.

. . . . . .

Cuando leyeron a Salcedo la sentencia, propuso al virei que le permitiese apelar a España, i que por el tiempo que trascurriese desde la salida del navío hasta su regreso con la resolucion de la corte Madrid, lo obsequiará diariamente con una barra de plata.

I téngase en cuenta no solo que cada barra de plata se valorizaba en cuatro mil duros, sino que el viaje del Callao a Cádiz no era realizable en ménos de ocho meses.

La tentacion era poderosa i el conde de Lémus vaciló.

Pero sus consejeros le hicieron presente que mejor partido sacaria ejecutando a Salcedo i confiscándole sus bienes.

Su excelencia siguió con docilidad el indigno consejo.

Algunos historiadores sostienen que Salcedo no fué ejecutado en Lima, sino en el sitio llamado *Orcca-pata*, a poca distancia de Puno, aseveracion que nos parece mui fundada.

III.

Cuando la esposa del Salcedo supo el terrible desenlace de proceso, convocó a sus deudos i les dijo:

—Mis riquezas han traido mi desdicha. Los que las codician han dado muerte afrentosa al hombre que Dios me deparó por compañero. Mirad como lo vengais.

Tres dias despues la mina de Laicacota habia *dado en agua*, i su entrada fué cubierta con peñas, sin que hasta hoi haya podido descubrirse el sitio donde ella existió.

Los parientes de la mujer de Salcedo inundaron la mina, haciendo estéril para los asesinos del justicia mayor el crímen a que la codicia los arrastrara.

Cármen, la desolada viuda, habia desaparecido, i es fama que se sepultó viva en uno de los corredores de la mina.

Muchos historiadores sostienen que la mina de Salcedo era la

que hoi se conoce con el nombre de *Manto*. Este es un error histórico que debemos rectificar. La codiciada mina de Salcedo estaba entre los cerros Laicacota i Cancharani.

El virei conde de Lémus, en cuyo período de mando tuvo lugar la canonizacion de Santa Rosa, murió en diciembre de 1673, i su cadáver fué enterrado en la iglesia de San Francisco.

En cuanto a los descendientes de los hermanos Salcedo, alcanzaron bajo el reinado de Fernando VI la rehabilitacion de su nombre i el título de marques de Villarica para el jefe de la familia.

RICARDO PALMA.

¿PUEDE TRADUCIRSE EL QUIJOTE?

I.

> Aussi Rabelais ne peut il se traduire; tandis que la traduction la plus infidele ne peut entierement défigurer Cervantes.
>
> (M. GUARDIA.—*Le voyage au Parnasse.*)

La cuestion es curiosa i merece la pena de ser discutida.

Dan motivo a ella de una parte la *Carta de un cervantista ingles* que insertó en su número tercero, la *Crónica de los cervantistas* (Cádiz, febrero de 1872), firmada por Mr. A. J. Duffield; i de otra, la especie de respuesta que en el artículo titulado *El Quijote es intraducible*, dió a la estampa el presbítero don José M. Sbarbi, en el número XVII de *La Ilustracion Española i Americana* (Madrid, mayo de 1872.)

El señor Alejandro Duffield está traduciendo *El Injenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* en lengua inglesa; el presbítero Sbarbi, cervantófilo español, sostiene que la obra de Cervantes es intraducib'e. ¿Cuál de los dos tiene razon? *That is the question.*

Desde luego nos parece insostenible en buena lójica la absoluta del señor Sbarbi; i para abrir los ojos i cerrarle la boca sin ulterior recurso, evitando rodeos, le recordaremos que Cervantes mismo dijo por la del Bachiller Sanson Carrasco, hablando de esta obra, que se le traslucia *"que no ha de haber nacion ni lengua*

donde no se traduzca" (1). En opinion, pues, de Cervantes su libro podia i debia ser traducido. ¿I por qué razon no habia de serlo?

Verdad es que entre todas las obras que el entendimiento humano produce en las diversas esferas de su actividad, las mas difíciles de trasladar de una en otra lengua, las que mas pierden i cambian al salir de aquella en que fueron escritas, son las de injenio, las de pura imajinacion. Los poetas son los que presentan mayores dificultades para la version. I es porque el pensamiento i el lenguaje, la figura i su expresion suelen brotar a un tiempo i confundidas de la mente del escritor; i es difisilícimo que un traductor acierte a sorprender por completo la idea poética, se apodere de ella i logre expresarla ademas del modo enérjico, rico, numeroso, i al mismo tiempo gráfico i bello, como lo hizo la imajinacion inspirada que la creó. Los poetas son mui difíciles de traducir. Pero nadie ha sostenido que sea imposible traducirlos. El dicho proverbial de que para traducir una poesía es necesario ser tan poeta como el que la compuso, expone a un tiempo la dificultad i la posibilidad de hacerlo. No necesitamos salir de casa para buscar ejemplos; que aun prescindiendo de Frai Luis de Leon i de Hernandez de Velasco, bien cerca tenemos las traducciones del *Pastor Fido* hecha por el doctor Suarez de Figueroa, i la preciosísima del *Aminta* del célebre Torcuato Tasso por don Juan de Jáuregui, en las cuales, como dice el mismo Cervantes, "ponen en duda cuál es la traduccion, o cuál el orijinal" (2). Ni aun tan léjos es preciso remontarnos; en nuestros dias Virjilio i Horacio han hablado en lengua española por las plumas de don Félix M. Hidalgo i don Javier de Búrgos; i hasta en nuestro malogrado Espronceda, que a pesar de ser puramente romántico no desdeñaba el estudio i la imitacion de los autores clásicos, encontramos una bellísima traduccion de los últimos versos de la *Eneida* que demuestran cómo puede traducirse a Virjilio sin hacerle perder nada de su expresion ni de su enerjia. Dice el latino:

....at illi solvuntur frigore membra
Vitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras.

Espronceda traduce:

De los disueltos miembros huye airada,
Dando un jemido de mortal despecho,
Aquella alma feroz i vuela impía,
Del negro Averno a la rejion sombría (3).

. . . . . .

Algo ménos difícil que traducir a los poetas es hacer la version de otras creaciones del injenio escritas en estilo familiar, en

(1) *Don Quixote*, parte II, cap. III.
(2) *Don Quixote*, parte II, cap. 62.
(3) *El Pelayo*, poema, fragmento III.

llano lenguaje, que por su flexibilidad i variedad de tonos ofrecen tambien graves inconvenientes. De éstas el modelo i prototipo es el *Injenioso Hidalgo*. Su fábula es clara i llana; sin gran trabajo puede hacerse comprender a los lectores de todos los paises; sus caractéres están copiados del natural con tal perfeccion i gracia, que con algun esmero por parte del traductor al interpretar las frases puestas en boca de cada personaje puede conservarles su sello especial, su individualidad i hacer que los lectores perciban de qué manera ha sabido conservar el autor el *sibi constet* que perceptuaba Horacio; por mas que no en todas partes pueda apreciarse la verdad de aquellos tipos, la espontaneidad de aquellas expresiones.... por eso dice con notable acierto el señor Guardia, que la traduccion mas infiel no puede desfigurar del todo a Cervántes.

La fábula del *Quijote* puede traducirse con poco trabajo i darla a conocer a todos los pueblos conservando su encanto.... (1). La mayor dificultad es la de imitar el lenguaje, i no disimularemos que es grave i de trabajosísima solucion. Es el estilo de Cervántes el mas flexible, el mas pintoresco i al propio tiempo el mas expresivo de todos los autores españoles. Manto riquísimo que con sus elegantes pliegues aumenta i pone de manifiesto el

(1) No es mia solamente esta opinion. Mi docto amigo, el insigne cervantista conocido en la república literaria con el nombre d *Dr. Thebussem*, me decia en carta familiar fecha 30 de agosto último: "Léjos de ser difícil es quizá el *Quixote* de los libros mas fáciles de traducir, si por traducir se entiende poner en otra lengua el pensamiento que un libro encierra.

"Difícil de poner en lengua extraña seria una tirada de versos de Calderon o de Quevedo, donde el mérito está ya en la palabrería o ya en los retruécanos; pero como el valor del *Quixote* es mas alto, mas elevado, mas espiritual, i al mismo tiempo mas práctico i tanjible, puede representarse hasta en hieroglíficos.

"¿Quién no ha de comprender la burla psicolójica que encierra lo de hacer creer a Sancho en la verdad del encantamiento de Dulcinea, que él habia forjado? ¿Quién no ha de entender que la aventura de soltar los galeotes no es cosa ideada por los cantonales modernos? ¿Quién no ha de enterarse de las sentencias de Sancho, de la buena fé con que gobernó su ínsula, i de la imposibilidad de continuar en un gobierno donde sus mayores enemigos eran los que de cerca le rodeaban?

"¿Qué diablos importa que no puedan ponerse en ingles (ya que a esta lengua te refieres) los *duelos i quebrantos*, el *huso de Guadarrama*, el no quiero de tu capilla, la mona que habia de tomar Maese Pedro, i otras mil menudencias o insignificantes detalles, que léjos de entender la jeneralidad de los mismos españoles, son materia de duda i controversia entre los eruditos castellanos?

"Si el *Quixote no puede traducirse*, ¿cómo es que lo entienden los rusos, alemanes, italianos, dinamarqueses i demas naciones de Europa apesar de las malas versiones que existen o deben existir en dichos idiomas? ¡Dificultad en traducir una obra que se comprende viendo las láminas de Doré!!!

"El ingles es de los idiomas mas claros, mas lójicos, mas expresivos i mas sencillos que se hablan en Europa. La version de Smollet es, sin duda, de las mejores que existen del famoso libro español, i ella es tan clara, expresa con tanta maestría *la idea*, que, no digamos un extranjero, un español que conozca bien el habla de Milton, halla mas clara, *muchísimo mas clara* la traduccion, que el orijinal español."

(Dejo a mi docto amigo *aleman* la responsabilidad de sus asertos en este punto, pues me los figuro algo problemáticos i excéntricos).

"Esto no es negar el encanto de ciertas locuciones i jiros que solamente pueden apreciarse en lengua castellana i por un español; pero convertir en *principal* estas menudencias, seria como decir que lo mejor del cuadro de las *Bodas de Canaam* eran el jarron de vino i el gato que se rasca el lomo junto a él."

mérito de la estátua que envuelve; atmósfera clara i embalsamada que rodea lo mismo a los personajes que los lugares descritos en la fábula; sol espléndido que alumbra a las descripciones, vivifica la narracion i baña con tintas risueñas toda aquella creacion de la fantasía. La fábula de Cervántes es difícil de traducir; su lenguaje, su estilo, su elocucion, dificilísimos.... pero imposibles, nó.

La gracia, la concision, la claridad, cuantas cualidades pueden avalorar el estilo de un escritor, se encuentran reunidas en el de Cervántes. Su lenguaje es puro, fluido, castizo en jeneral; la elocucion ora mas elevada, ora mas llana, reviste siempre los colores mas apropiados a la escena que describe. Lo que aumenta las dificultades es el uso frecuente del lenguaje familiar, elíptico, breve, filosófico i agudo, al par que lijero i lleno de figuras de diccion hijas de la imajinacion del pueblo, que el pueblo comprende i no tiene equivalente en ningun idioma. Frases breves, concisas, que encierran lata significacion; modos proverbiales a los que llamó Juan de Mal-Lara *filosofía vulgar*.

Los diálogos de Sancho con su señor, las conversaciones de venteros, galeotes, cuadrilleros, dueñas i mozas distraidas, no pueden traducirse, si por traducir se entiende solamente ir vertiendo de uno en otro idioma todas las palabras de que consta el orijinal. Pero no se ponga en olvido que todas las naciones tienen su lenguaje familiar, sus proverbios; i el gran trabajo, la dificultad inmensa estriba para el traductor, en acertar con la expresion gráfica, ora profunda, ora lijera, sarcástica, aguda o filosófica que corresponde al concepto de que se quiere dar version.

Garcilaso decia de Boscan, refiriéndose al *Cortesano* de Baltazar Castellon, que éste puso en lengua española que fué *mui fiel traductor* (1), "porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino a la verdad de las sentencias, i por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza i el ornamento de la otra, i así lo dejó todo en su punto como lo halló."

Traducir el *Quijote*, es dar a conocer a un pueblo entero en su propio idioma la fábula que creó i escribió en el suyo Miguel de Cervantes; es trasladar el asunto, los caractéres i los cuadros, buscando siempre la mayor imitacion en todos los tonos que el lenguaje recorre; es escribir todo lo que Cervantes dijo, en otra lengua que no es la suya. Empresa difícil, es mui cierto; trabajo penosísimo i mui ocasionado a error, tambien es indudable.... pero si podemos decir que la traduccion del *Quijote* presenta graves inconvenientes, tropiezos, dificultades, no creemos que pueda afirmarse en sério la vulgaridad de que el inimitable libro es *intraducible*.

Cervantes comprendió que no habia de quedar nacion ni len-

(1) Carta a doña Jerónima Paloua de Almogavar.

gua donde no se vertiese. Las traducciones de Shelton, de Jarwis, de Smollet en ingles, las de Bartel, Bertuch Soltom, i Tierk en aleman, i las francesas de Saint Martin, Dubomial, Viardot i otros, demuestra que es traducible, i que con mejor o peor fortuna ha sido traducido.

II.

Los tropiezos para trasladar el *Quijote* no se hacen esperar; comienzan en la primera pájina, en los primeros renglones.—*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme....* ¿Qué movimiento de la voluntad indica el autor al decir *no quiero acordarme?* ¿Es que en efecto no se acordaba i no se esforzaba por traer aquel nombre a la memoria? ¿Era, talvez, tan triste el recuerdo de aquel pueblo, que aun acordándose no queria detener en él su pensamiento? ¿Era tan despreciable lugar que no merecia ni aun el deseo de acordarse?

Estas i otras preguntas semejantes fueron las primeras que Mr. Alejandro J. Duffield dirijió al autor del presente artículo, al visitarle en la ciudad de Sevilla; porque la cuestion psicolójica es mui esencial para la exacta expresion....

Duelos i quebrantos comia los sábados *Don Quijote de la Mancha.* Aquí ocurren las dificultades; ¿cuál fué la idea? Porque Clemencin ha destruido la injeniosa teoría de Pellicer, sin ofrecer a su vez otra mas satisfactoria.... I despues de comprender qué significan esos *duelos* i *quebrantos* ¿de qué modo se expresa la idea en ingles?

.....

Muchas son las dificultades. Pero la constancia i la ilustracion procuran desatarlas i buscar el acierto. Despues de cinco años consagrados a hacer la version el señor Duffield vino a España para visitar los lugares descritos por Cervantes, para conocer los pueblos de que hace referencia; pero mas principalmente para consultar a los hablistas castellanos, a los eruditos, filológos i cervantistas sobre las muchas dudas que le ocurrian en la intelijencia de ciertos pasajes i frases, i sobre el modo de trasladar algunos modismos castellanos sin que perdieran su fuerza, su intencion, gracia i carácter.... Digno era de verse el ejemplar del *Injenioso Hidalgo* que el estudioso ingles traia en su bolsillo.

Subrayados con lapiz los conceptos, dichos i proverbios, anotadas al márjen las dudas, apuntadas las resoluciones, causaba placer al propio tiempo que admiracion el ver tanta constancia en el estudio, tanto amor, i tal aficion inspirados por una obra sublime.

Todos los españoles habrán prestado ayuda para que la obra de Cervantes se conozca en Inglaterra con la perfeccion posible. Por eso extrañamos el tono, un tanto punzante i desdeñoso, a nuestro entender, que escoje el autor del artículo *El Quijote es*

intraducible, al hablar del traductor ingles. Buena o mala podrá ser la version del señor Duffield; nosotros creemos que ha de tener mas de lo primero; pero de cualquier modo, siempre significa un nuevo tributo de respeto a la literatura española; siempre es incienso quemado en las aras de Cervantes.

Léjos, mui léjos está de nosotros la idea de desanimar a Duffield, ni a ningun otro de los que emprenden tan gloriosas tareas.

Duelos i quebrantos los sábados. No parece que Clemencin ha destruido la teoría de Pellicer en la explicacion de esta frase, sino mas bien que apoyándose en aquella la ha amplificado i aclarado de un modo conveniente. El significado propio i jenuino de la frase queda mucho mas claro, admitiendo el aserto de don Antonio Puigblanch, que afirma que a los restos de la carne se le llamaba en Castilla *dejos i quebrantos* (1); entendiéndose por *dejos* (contraccion de *despojos*) el vientre de una res, i por *quebrantos* los extremos, i que existiendo una frase análoga en *duelos i quebrantos*, Cervantes mismo, o quizá el vulgo por gracejo, sustituyó una con otra. De suerte que la comida del sábado no era de *duelos* ni recordaba pérdidas, sino de *despojos* o *menudos* i patas, cabezas, etc.

Dulcinea *no es tuerta ni corcovada* sino mas *derecha que un huso de Guadarrama*. I preguntaba Duffield: "¿qué tiene de peculiar i notable un huso de Guadarrama sobre todos los demas husos?" Mal intentó la explicacion de esta frase el docto Clemencin; pero en verdad, estimamos por mas torpe la que ofrece el presbítero Sbarbi. Tanto aquella como ésta serian innecesarias si el texto de Cervantes no dijera mas que lo que en ellas se supone, porque siendo el *huso* una vara derecha, al decir que una mujer *es mas derecha que un huso*, se emplea de un superlativo de comparacion, que se encuentra en el Romancero, al decir:

> Fué mas derecha que un huso
> I es mas torcida que un cuerno,

como lo apuntó el doctor Bowle. No son pinos, no son hayas los husos del Guadarrama. Son estos formados de aquella purísima nieve que recordaba García del Castañar, al decir a su esposa:

> Blanca hermosa, Blanca, rama
> llena por Mayo de flor,
> que es fea con tu color
> la nieve de Guadarrama.

I precisamente en esto estriba el gracejo de la expresion. Cuando viene el deshielo, lo mismo en los Alpes que en Guadarrama queda la nieve formando rectos i agudísimos picos, elevadas agujas, enhiestas i afiladas, que son los *husos derechos* que tiene

(1) Puigblanch, *Opúsculos gramático satíricos*.—Lóndres, Doutrie, 1829, 1832.—Tomo II. Adic. última.

Guadarrama por peculiares suyos; pues si pinos hubieran de ser, de ellos saldrian muchos torcidos, i no serian ciertamente mas dignos de mencion aquellos *husos* que los que crian las cierras de Segura.

Daremos fin a este artículo, que no lo tendria tan presto si hubiéramos de responder a las muchas interrogaciones del cervantista inglés. No lo hacemos ahora para no dilatar mas este trabajo, cuyo principal objeto no es entrar en aquellas contestaciones; i porque a algunas de sus dudas dimos ya solucion verbal, en repetidas conferencias, al señor Duffield, en cuanto nuestras fuerzas alcanzaron, i a otras se la habrán dado con mayor lucidez i erudicion los buenos cervantistas españoles a quienes se proponia consultar.

III.

Síntesis: el *Quijote* puede traducirse en esencia sin gran trabajo, en forma i lenguaje con alguno o con mucho, segun la índole de la lengua en que se haga la version. Esta fué la opinion de Miguel de Cervantes; esto creen los padres graves del movimiento cervantino moderno, Guardia, Thebussem, Droap, Pardo de Figueroa, *e tutti quanti;* i su opinion está confirmada al ver que el libro inimitable es popular en todas las naciones, i así se entusiasman con él i saborean su lectura los que tienen la dicha de leerlo en castellano, como los que lo conocen solamente por traducciones mas o ménos fieles.

Sevilla, setiembre de 1873.

José María ASENSIO.

MARCELO.

(Leyenda italiana traducida libremente para La Estrella de Chile.—Orijinal de Alfredo des Essarts.)

La iglesia del convento de Agustinos de Pisa acababa de ser completamente restaurada, en manera que podia rivalizar con las mas hermosas de las históricas de Francia: el altar mayor estaba cu-

bierto de mármoles abigarrados, reemplazantes de la humilde encina, frescos inimitables, a ámbos lados de la nave, representaban los principales pasajes del Evanjelio, i las ventanas ostentaban vidrios de todos colores que proyectaban los del arco íris en lo interior del santuario.

Habian dado las doce: a pesar de que la iglesia estaba desierta, un hombre, colocado detras de los pilares, se ocupaba en pintar un fresco: tenia aquél uno de esos rostros pálidos, demacrados i tristes que revelan un pasado doloroso, i unos ojos negros que a menudo se alzaban al cielo. Un pensamiento, quién sabe si amargo, contraia sus labios: ¿era, por ventura, la pobreza la que habia dado tan triste talante a este artista?

Su pincel se movia con lentitud i tocaba la muralla con indecision, hasta que, al fin, dejó su paleta i el presbiterio i recorrió pausadamente toda la iglesia hasta llegar a un atril en que estaba abierta una Biblia: de repente irguió la cabeza i en su faz se encendieron vivos colores.

—Sí, dijo: Dios me ha proporcionado un tema portentoso, admirable.... Representará la sagrada Biblia con todo su vigor, con toda su majestad.... Los ánjeles, los demonios, lucha inmensa: el cielo i la tierra reunidos.... Sí, lo presiento: mi brazo no defraudará a mi inspiracion. Así olvidaré lo pasado i aquellas terribles luchas con una obra del porvenir, que asentará mi memoria sobra base indestructible, a pesar de la envidia i de la injusticia de los hombres.

Una risa amarga, que resonó al lado suyo, sacó a Marcelo de este sueño de oro: volvióse, i vió a un relijioso de semblante austero, de ojos hundidos i de larga i canosa barba que lo miraba con interes: reconoció en él a frai Eusebio, que siempre iba a verlo pintar pero que jamas le habia dirijido una palabra.

—Dispensadme, hermano, porque os he escuchado, dijo el monje. Parecíame, al oir el murmullo tumultuoso de vuestras pasiones, que asistia, desde el retiro del convento, a las escenas de la tierra i que de nuevo tenia ante mis ojos el espectáculo de mortales angustias i ajitaciones. Sufrís mucho ¿no es verdad?

—Mas que lo que podria deciros, mas que lo que el hombre puede sufrir.

—¿Habeis invocado a Dios? ¿Teneis fé?

—Tengo fé, pero no esperanza: parécenme los dias tan largos que los cuento uno a uno i quiero llegar a mi fin. ¿Para qué sirve la vida cuando no nos da ni la sombra de los bienes que le pedimos? ¡Arbol maldito, cuyos frutos son únicamente ceniza!

—Vamos, hermano, repuso el relijioso endulzando sus miradas i procurando sonreirse: pensad que tal vez os aguardan horas mui hermosas en el porvenir i sabed esperar.

—Acaso me crees jóven: ¡no os engañeis! El hombre tiene la edad que le señala su corazon. Yo he deseado tanto, murmurado tanto i jemido tanto que ahora me siento agonizante, niño de

cuerpo i viejo de espíritu: estoi como el instrumento viejo de un músico, que ya no da sino sonidos falsos i desafinados. Habia soñado una última obra que debia inmortalizar mi nombre; pero ¿tendré valor para realizarla? ¡Ah! ¿Por qué no fuí simple pescador como mi padre?.... Una noche de horrible tempestad fué un hombre a pedir alojamiento en nuestro hogar: este hombre llevaba un cofre entreabierto, que tuve la temeridad de rejistrar con mis miradas: una curiosidad invencible se apoderó de mí cuando ví dibujos, bocetos i pinceles. Mi admiracion subió de punto cuando llegué a una Vírjen de aspecto celestial, i caí de rodillas.... Creia que ese hombre inspirado hasta traducir la imájen de la Divinidad, igualaba al sacerdote que la adora en los altares i la atrae a ellos; ví, pues, un sacerdocio en el arte i, cuando el viajero entró, corrí a él i le besé los bajos del vestido. Sonrióse i me dijo:

—Entiendo, niño: quieres seguirme, quieres conocer tú tambien este misterio de la reunion de algunos colores que bastan para trazar un mundo; pero, escúchame: ¿te sientes fuerte de valor i de constancia? ¿Sabrás despreciar el frio, comer un pan negro, beber en vasos groseros, sacrificar, en fin, tu juventud a un martirio sin tregua i sin recompensa?

—Sí, respondíle.

Entónces el extranjero pidióme a mi padre, quien usó una abnegacion sublime: conmigo perdia el apoyo de su vejez i dos brazos activos i vigorosos que ya dirijian su barco i recojian sus redes. No tenia mas que un hijo i no guardó nada para sí.

Habíame dicho mi maestro, que negro i amasado con lágrimas era el pan del artista: ¡cuán bien lo conocí cuando murió mi bienhechor!

Aunque conocedor en las reglas del arte de lo necesario para formarme solo, hube de acojerme a un pintor célebre i hacerme de artista artesano, por lo que el público jamas quiso creer en mi talento: tacharon de ignorante atrevimiento, cuando quise fundar mi reputacion, la precoz experiencia que había desplegado en las obras de otros. ¡Cuántos esfuerzos necesité para abrirme paso, tanto mas cuanto que siempre me lo cerraba el círculo de envidiosos! ¡Pues bien! Tan naturalmente florece la esperanza en el corazon del hombre que aun seria capaz de darme inspiracion. ¡Sí, yo creo en la gloria!

—¡La gloria! repitió el relijioso.... I sin pararse a combatir las vanas ideas que encierra esta palabra, frai Eusebio señaló al pintor una losa sepulcral en que se leia esta inscripcion: "*Hic yacet Capperoni, pictor.*" Las letras estaban casi borradas.

—Mui pronto ya no se distinguirá esta sepultura de las otras oscuras i modestas que la rodean.

Marcelo miró, pero, entregado a sus sueños e ilusiones, no comprendió nada.

De vuelta a su casa, Marcelo tomó los Santos Evanjelios i re-

leyó el pasaje en que Jesucristo, quejándose de la injusticia de los hombres, dice: "Jamas sereis profetas en vuestra tierra."

Por un momento, pensó irse de Pisa a otro pais donde fuera desconocido; pero el dulce calor del hogar i sus pinturas i monumentos tan queridos lo persuadieron a lo contrario.

A la mañana siguiente, Marcelo compró un gran retazo de tela en la tienda del maestro Mateo: éste, al reconocerlo, dijo para sí:

—¡Otro desatino que va a hacer el *poveretto!*

Provisto ya de cuanto le faltaba, Marcelo no salia sino mui raras veces de su casa: algunos muchachos que se encaramaban a las paredes de su jardin para robarle higos lo vieron arrodillado delante de una cruz, que habia puesto debajo de un ciprés i contaron a sus padres lo que habian visto, los que desde entónces espiaron a Marcelo.

Lo vieron paseándose lentamente, con ojos alocados i con una larga capa cuyas puntas extremas arrastraban por tierra, i ajitando unos pinceles que luego tiró al suelo.

—¡Desgraciado, exclamó, desgraciado de mí! El arte me ha hecho traicion.... No podré salir airoso de esta dificultad: ántes que dudar de la justicia de los hombres debí haber dudado de mi talento.

Corto fué este arrebato a que sucedieron lágrimas i sollozos.

Otra tarde, Marcelo se paseaba mas sereno i vino a ponerse de rodillas delante de la cruz: al pié del santo signo habia una calavera que el pintor contempló por largo rato, como queriendo arrancarle el secreto de la vida o como pensando en lo que él mismo seria mui en breve.

Por éstas i otras lo creyeron loco i se rieron de él, bien que Marcelo se preocupaba mui poco de esas necias burlas, tanto mas cuanto que solo dos veces en un año hubo necesidad de salir de casa, i en una de ellas fué a ver a frai Eusebio a quien rogó para que se dignase ir a su casa.

—¿Conservais aun vuestros sueños de gloria? le preguntó el relijioso.

—Pronto lo sabreis, padre mio: hé aquí que me he pasado todo un año trabajando en una misma idea, que me ha arrebatado el alma, las fuerzas i la sangre; pero, alcanzaré, sí; alcanzaré: como los que corren en los circos, no me siento cansado al acercarme a la meta. Voi a confiaros el secreto de mi obra, porque os conozco i sé que lo guardareis.

Frai Eusebio se dignó prestarle su austero rostro i hermosa barba blanca para representar la imájen de Dios: esta cabeza resplandecia en el cuadro de tal manera que Marcelo, al verla concluida, casi se volvió loco. Habia aun un lugar vacío.

—Ignoro, dijo el pintor al monje, dónde podré encontrar un modelo bastante perfecto para la imájen de la Santísima Vírjen: sin este tropiezo, ya podria haber ofrecido este cuadro a mis conciudadanos.

—Es verdad, replicó frai Eusebio: pero, ¿no os acordais de que tanto os habeis quejado de la justicia humana?

—Cierto es; mas, hai ocasiones en que aun la envidia se desarma: espero en el porvenir.

—Buen signo, dijo el relijioso al retirarse, porque el talento crece en el campo de la esperanza.

Poco despues de esto, Marcelo corria por la ciudad sumamente preocupado: ponia atencion extremada en mirar a todas las mujeres con quienes topaba, pero parecia no quedar satisfecho del suceso de sus buscamientos. Una tarde, empero, lanzó una exclamacion de gozo: habia visto, afirmada en la basa de una columna, a una mendiga que daba de mamar a un niño: era una mujer hermosísima, en quien la jentileza i el garbo de su cuerpo competian con la esbelteza i airosa disposicion de todas sus partes que parecian tener algo de divino: tal era la Vírjen María que necesitaba i que pintó Marcelo.

Junio derramaba sus flores i sus perfumes: Pisa estaba de fiesta: donde quiera se oian cantos i tañer de laudes, donde quiera nobles i plebeyos, paisanos i soldados entregados ya al placer o ya al reposo, este segundo placer de los italianos.

Reunióse, sin embargo, el senado en la casa de gobierno para arreglar los intereses del pais. En una de sus sesiones, recibió una carta a todas luces escrita por una mano temblorosa: estaba firmada por Marcelo Pia i concebida en estos términos:

"Ilustrísimos señores:

"Un humilde pintor, cuyo nombre no ha llegado nunca tal vez a vuestro conocimiento, os pide, en la hora de su muerte, que le consagreis por un momento vuestra atencion. Hace mas de un año que ha vivido sepultado en el retiro solo con el arte, solo con su corazon.... Tenia que luchar con una opinion rigorosa, que anonadar las severas críticas de que habia sido objeto. Desde entónces, no ha tenido un momento de descanso, a no ser el que consagraba a arrodillarse ante Dios para pedirle fuerzas con que dar cima a su obra. Ese pintor, soi yo.

"Creo que El me ha escuchado, i que mi mano no ha hecho traicion a mi pensamiento: pero, me siento morir, abrumado por el trabajo, por la tristeza i por la necesidad de gloria. El ruego de un moribundo es sagrado. Pido por gracia que el senado tenga la dignacion de enviar algunos de sus miembros a juzgar mi obra i declarar si es digna de ser colocada en el convento de Agustinos, a quien la lego."

Esta extraña presentacion fué objeto de muchas controversias i ajitó a todos los de la asamblea: la víspera, habrian mirado al artista con desden; pero entónces, como ya no pertenecia a este mundo, sentian estimacion por él. Dos o tres senadores que protejian el convento de los agustinos, dijeron que en él les habian sorprendido los frescos de Marcelo, donde al lado de notables de-

fectos brillaban las cualidades de los grandes maestros; estos elojios produjeron el debido efecto.

Una hora despues, los principales señores de la república dejaban su litera o su caballo a la puerta de la casa del pintor. Se pusieron en fila para dejar pasar una de monjes que, guiados por Frai Eusebio, venian a contemplar el cuadro regalado a su convento i a auxiliar con sus oraciones a esa pobre alma que iba a presentarse ante Dios: éstos salmeaban un himno de duelo i aquéllos los seguian en silencio. La casa alumbrada débilmente por entre vidrios pintados, tenia una serenidad poética, cuya impresion se aumentó mucho mas en los visitantes cuando entraron a la cámara mortuoria.

Sobre un lecho desnudo i viejo, sostenido por cuatro pequeñas columnas, estaba tendido Marcelo. Una palidez fatal daba a entender su fin cercano, i aunque daba signos de vida, ya no pertenecia a este mundo: solo sus ojos brillaban i con un resplandor extraordinario. Aun en medio de sus sufrimientos balbució algunas palabras casi inintelijibles: comprendieron que agradecia a los ilustres senadores que se hubiesen dignado honrar su casa i que les pedia su induljencia. Frai Eusebio lo esperanzó con que su obra seria coronada de elojios.—"¿No será orgullo?" le preguntó el moribundo.—"Nó, hijo mio: mas un justo i bello sentimiento."—Marcelo pareció encontrar una fuerza nueva, porque, extendiendo el brazo, tomó un cordon que estaba al alcanze de su mano i descorrió una cortina: todas las bocas exhalaron un solo grito: "¡Admirable!"

Este cuadro resumía la relijion toda con sus misterios, austeridades i pompas: aquí estaba el cielo, allá la tierra, acá la regla severa, allá la recompensa eterna. Así, veíanse en un terreno árido i quebrado, solitarios ocupados en los rudos trabajos de los anacoretas de la Tebaida: uno cavando con la azada el suelo ingrato, otro abriendo una ermita en una roca, uno preparando su sepultura, otro meditando delante de una cruz: ¡doble actividad del alma i del cuerpo en un lugar en donde todo es silencio i sepulcro de séres animados! Un ánjel velaba por estos solitarios i parecia que casi envidiaba sus virtudes: en último término, aparecia el jénio del mal, inclinado hácia el abismo i abrasando con rabia un chapitel romano, último resto de un templo pagano.

En el cielo todo es luz i aureola. En el centro de esta gloria se ve a Dios Padre, de imponente mirada, de ceño grave, de majestuosa actitud, que revelan el poder, la creacion i la eternidad. A su derecha el Hijo, cuyo pecho conserva aun las huellas de la lanza i cuya sangre parece correr eternamente bajo la corona de espinas. A su siniestra, María, la reina de las vírjenes, el lirio del mundo, María tan feliz como tranquila en su bienaventuranza. Al rededor, los Evanjelistas, los Padres de la Iglesia, los primeros mártires i las lejiones seráficas.

Tal era la obra cuyo admirable conjunto suspendia i arrebata-

ba a los representantes de Pisa: por una mútua i expontánea inspiracion volviéronse todos i exclamaron: "¡Gloria a tí Marcelo!"

El pintor movió la cabeza, abrió los ojos, murmuró "¡Gracias!" i, hundiéndose en la almohada, se durmió con el sueño de los bienaventurados.

Pisa fué testigo, a la mañana siguiente, de una imponente i conmovedora solemnidad.

Como a las cuatro de la tarde i cuando el sol comenzaba a declinar, se oyeron en todas las iglesias los lastimeros plañidos de las campanas: al oirlos, una procesion inmensa, que llenaba la calle principal de Pisa, se puso en camino: la ciudad entera rendia homenaje al pintor, pues habia creido que no eran demasiados los mas grandes honores i la mas solemne pompa para glorificar una tela sublime i una muerte de santo.

Llegaron a la iglesia de los Agustinos: el cuadro fué colocado encima del altar mayor i el cuerpo en un magnífico catafalco rodeado de una multitud ce cirios encendidos.

Luego todos empezaron a entonar un canto solemne, i con él i con las luces i con las negras colgaduras i con las nubes de incienso diáfanas que subian al cielo como la plegaria de un niño, el cuadro pareció animarse, moverse los solitarios i bajar los ánjeles hasta la estéril Tebaida.

El pintor, empero, no debia recibir los honores de la sepultura hasta la mañana siguiente.

La noche envolvia a la ciudad; la iglesia, libre ya de los curiosos, entraba en su acostumbrado silencio; la viva luz que la alumbraba iba extinguiéndose por grados, conservándose solo la de los cirios que rodeaban el catafalco: cerca del cuerpo velaba un monje, frai Eusebio, que habia pedido i alcanzado licencia para este penoso trabajo. De rodillas i con la cabeza entre sus manos, el anciano pensaba en la nada de las cosas de este mundo: allí, cerca de él, estaba el sér miserable que habia tenido sed de humana gloria, ¡gloria que solo habia sido acordada a su cadáver! ¡Haberla llamado con sus deseos mas ardientes i haber caido en el umbral mismo de la entrada! ¡Haber sentido helarse la mano que iba a cojer una corona de laureles! ¡Qué abismo! El buen relijioso entónces se recojia en sí mismo i daba gracias al cielo porque le habia permitido separarse con tiempo de la frívola comunidad de los hombres. Tan ajitada habia sido la vida de Marcelo que el pobre monje no podia creer que fuese tranquila despues de la muerte....

Como estuviese sumido en estas reflecciones, el leve ruido de un suspiro llamó su atencion: volvióse atras, pero no vió a nadie; por lo mismo tornó a sus oraciones fervientes por el reposo eterno del solo amigo que habia querido conservar en la tierra, i, a fuerza de tanto pasar revista a las cuentas del resario, el anciano se quedó dormido.....

En lo mejor de su sueño i en lo mas avanzado de la noche, un segundo suspiro se sintió en la iglesia: el féretro se ajitó, i pareció recobrar el movimiento el que dentro dél estaba encerrado.

¿Será él el que se levanta como abrumado aun por una influencia sobre natural? ¿Serán sus ojos, poco ha cerrados los que van a abrirse? ¿Irá acaso a articular palabras esa boca condenada a un eterno silencio? Sí, es él el que existe, él el que respira, él el que siete: ¡es el Marcelo de otros dias?—Por un instante vacila i tiembla: la inmensidad de la iglesia i el recuerdo de la inmensidad de la vida pasan sobre él; quiere salir del féretro i no tiene valor: en este instante solemne de una especie de resurreccion, cuando puede, mediante un débil esfuerso, desasirse de este aparato fúnebre, experimenta tanta dificultad en pasar de la muerte a la vida como el agonizante en pasar de la vida a la muerte....—"¡Dios mio!" murmuró.

Escucha, en seguida, el silencio que reina a su alrededor: seguro de que nadie lo observa, salva las gradas del catafalco i apaga los cirios, guardando uno de éstos para sí, con el que se dirije hácia un cuadro que los fieles habian colocado sobre el altar mayor para que recibiese ahí, durante siglos talvez, el homenaje de las jeneraciones. ¡Cuán bella e imponente le pareció su tela al verla alzarse detras de la mesa consagrada a donde Dios bajaba todos los dias!....

Conmovido, con el alma llena de ansiedad i con el sentimiento de su próximo suplicio, Marcelo se hincó i lloró. Demas de las penas del pasado, que el tiempo debia hacerle olvidar, parecíale tener ante sus ojos los sufrimientos del porvenir, i, oprimido a un tiempo por una especie de remordimiento, hubo de exclamar: "¡Dios mio! Mi ardiente deseo de gloria me ha impulsado a cometer un engaño, a atraerme una compasion que no merecía. ¡No temí finjirme muerto, como si uno se pudiera jugar con esa terrible mensajera de vuestra voluntad, como si fuera lícito representar comedias en un sepulcro! ¡Quién sabe, Señor, si me marcasteis con el sello de vuestra cólera cuando me visteis entrar en el sagrado templo, vivo i con el aparato de un muerto! ¡Eran tan injustos los hombres conmigo! Me fué preciso arrancarles la admiracion, recurrir a un brevaje saporífico.... i las coronas, que ántes mi mano no habia alcanzado, cayeron i se amontonaron sobre mi cadáver inanimado. Dispierto i os bendigo i agradezco, ¡Dios mio! ¡Tambien te agradezco a tí, o patria mia, que ya no veré mas. Debo huir a otros climas donde talvez no llegará nunca a mis oidos el eco de mi nombre; voi a vivir fuera de mí mismo i como ajeno de mis trabajos i de mi recompensa."

Empezaba a amanecer i Marcelo comprendió que le seria peligroso permanecer por mas tiempo en ese lugar. Acercóse quedo al monje dormido i le sacó una de las llaves que llevaba a la cintura. Ya los primeros rayos de luz arrebolaban los pintados vidrios: una hora mas i la multitud invadiria la iglesia.

Ya guiado mejor por la luz natural, el artista da al fin con la puerta: mete i da vuelta la llave con precaucion, deteniéndose muchas veces para mirar al monje inmóbil.... Ya ha abierto, i el aire fresco de la mañana llega a su rostro fatigado: cúbrese la cabeza con su manto, échase el pelo a los ojos, salva las gradas, atraviesa precipitadamente la ciudad, i sale de Pisa como un culpable o desterrado, él cuyo nombre está en todos los labios, él, el triunfador de ayer condenado hoi a huir miserablemente!

.....

Hai en los Apeninos salvajes escondrijos a donde no llegan los tumultos de las ciudades, a donde todo es silencio, a donde nada se oye a no ser los torrentes i los graznidos de las aves de rapiña; allí fué a establecerse Marcelo. Creyó por el pronto haber encontrado la calma i la paz i atribuyó este su primer tiempo de quietud a la influencia de los objetos que lo rodeaban: ¡no se acordaba de que llevaba en sí un volcan, una hoguera inestinguible!

Vino luego el fastidio, despues la fiebre de gloria i el recuerdo de los sacricios que habia hecho para conseguir esa fútil quimera.—¿Señalábale algun pastor a algun viajero que paseaba por el fondo del valle? Corria a él Marcelo i ofrecíale hospitalidad, i luego le hablaba de los nombres mas conocidos en las artes: casi siempre oia pronunciar el suyo. Ningun honor habia faltado a su memoria, pues el pueblo habia atribuido a milagro la desaparicion de su cadáver del féretro i habia cobrado a su cuadro mas i mas veneracion.

¡Oh! ¡Cuán hondamente alcanzaban estas alabanzas en el corazon de Marcelo i cuánto las saboreaba al propio tiempo que le hacia daño el escucharlas! ¿Qué? ¡Ser célebre i no poder gozar de su gloria, no poder estar allí, en medio de sus admiradores, no poder recibir un saludo de estimacion.... saber que uno es grande sólo porque lo oye decir! ¡Oh, desgracia, desgracia!

Tanto dió en esta idea el artista, tanto sufrió que al fin se arrugó su frente i sus cabellos emblanquecieron: ¡se habia puesto viejo en un año!

La necesidad de verse honrado se apoderó por fin de todas sus facultades i le inspiró un desoo atrevido, el de volver a tomar el pincel: una obra de primer órden salió aun de sus manos....

Apénas el cuadro estuvo concluido, el pintor dijo adios a su montaña i enderezó a Pisa. Lo primero que hizo al acercarse a esa ciuda fué preguntar a un transeunte si siempre la memoria de Marcelo era respetada; i a los elojios de la respuesta replicó: "Tal vez aquél cuya pérdida se llora no está mui léjos de vos." El transeunte se rió i siguió su camino.

Ese dia un viajero cubierto de polvo i abrumado de cansancio se presentó a las puertas del senado e instó para que se le admitiese ante las nobles señorías. Al fin pudo entrar. A la vista de esos hombres poderosos que han consagrado su gloria i a quienes

viene a pedir honores pasa su persona, Marcelo se estremece i tiene que apoyarse en una estátua.... está tan pálido como el mármol. Obligado, sin embargo, a expresarse, habla así: "Hubo en otro tiempo un pintor llamado Marcelo: de humilde e ignorado, vosotros lo hicisteis grande i célebre: mas, no pudo gozar de su gloria, porque sabiendo que nadie es profeta en su tierra se finjió muerto. Un brebaje saporífico le dió un sueño semejante a la muerte, i así lo llevaron en triunfo detras de su cuadro i lo depositaron en la iglesia.... A la mañana siguiente, el pintor huyó de la ciudad, i nadie supo lo que se habia hecho su cuerpo. ¡Ai! Su alma no lo habia abandonado, i, por desgracia, ha conocido mui bien lo que son las angustias del destierro i del abandono. Pero, ahora vuelve para ocupar entre los hombres el lugar excelso que se dió a su memoria.... Sale vivo de su sepulcro..... Ese Marcelo está aquí, reconocedlo, soi yo."

I, arrojando su baston de viaje, el pintor lenvantó la frente i enderezó el cuerpo. Oyóse un solo grito: "¡Impostor! ¡Impostor!" Tal fué la indignacion jeneral que la asamblea perdió su habitual gravedad e insultó al que era bastante atrevido para robar el nombre i la gloria de otro: a la amenaza sucedió el hecho: varios arqueros recibieron órden de velar por el supuesto pintor. Preguntósele qué prueba traia de que era él Marcelo: "Traigo como tal, contestó, un cuadro que podrá aparejarse con el del cielo i la tierra que se admira en el altar mayor del Convento de Agustinos." Esta respuesta levantó una tempestad: precipítanse los senadores sobre el extranjero:—"Muéstranos esa obra vuestra."—"Con mucho gusto, pero la tela está enrollada."—Desenrolladla."—"¿Dónde, señores?"—"Aquí."

Marcelo se vió forzado a obedecer i con el auxilio de algunos sirvientes fijó su cuadro entre dos columnas. El pueblo todo asistió a esta exposicion, i al ver el lienzo, una risa buslesca se mezcló a los unánimos gritos de "¡Impostor! ¡Impostor!" El pueblo se irritó sobre modo i era difícil la salvacion de Marcelo i éste sentia venir la tempestad, pero la esperaba sereno i con los brazos cruzados. Las mejores intencionados se contentaban con reirse del supuesto artista i burlarlo; pero otros le dirijian sangrientos reproches. Primeramente habian gritado: "¡Abajo el impostor! ¡Viva nuestro gran pintor Marcelo!", pero despues gritaron: "¡Al cadalso el plajiario, el traidor!" Mil manos se disputaron el cuadro en exhibicion: ¡en ménos de un instante hasta los mendigos andaban con retazos de él!

Una vez destraida la obra, el pueblo quiso que el autor corriera la misma suerte: i así habria sido si una tropa de alabarderos i un monje que todo lo habia visto no hubiesen dispersado a la multitud. Su libertador dijo a Marcelo: "Paréceme que sufris."—"Muchó," contestó el desgraciado i derramó lágrimas ámargas. El monje repuso:

—Vuestra alma, sobre todo, está enferma. ¿Quereis seguirme a

un lugar donde cesarán todos esos dolores, donde no entrará jamas la penosa inquietud, donde el sombrío desencanto se transforma en una dulce melancolía?

—Yo os seguiré a donde querais, padre mio, aunque no sea mas que para huirme a mí mismo, i ¡plegue al cielo que vuestras sabias lecciones me hagan olvidar todo, hasta esa gloria que ha sido para mí mitad realidad i mitad sueño. Yo me acojo a vuestros brazos.

—A los brazos de Dios, hijo mio.

I, despues, echando atras su capucha

—¿Me conoces? preguntó el anciano.

—¡Justo cielo! ¡frai Eusebio!

—Sí, frai Eusebio, que en adelante velará por tu alma como ya veló por tu cuerpo; frai Eusebio que te vió i te oyó cuando te levantaste del seno de las sombras de la muerte.... ¡Ven! Yo te libro de las tormentas de tu corazon, yo te libro de tí mismo.

Una hora despues, el convento de Agustinos habia recibido un nuevo hermano que los hombres llamaban en otro tiempo Marcelo i que en memoria de la pintura quiso llamarse el hermano Lúcas. Nadie oyó hablar mas ni de su vida ni de su muerte: ¿no es acaso la vida del monasterio una muerte contínua?

Solamente se veia algunas veces en la iglesia de los Agustinos a un relijioso pálido i melancólico, arrodillado en las gradas del altar mayor, que alzaba hácia el inmenso cuadro frontero miradas de veneracion, de melancolía i de amor. ¡Este cuadro era el que Pisa entera habia llevado en triunfo delante del cuerpo de Marcelo!

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

BIBLIOGRAFIA.

Entre los libros destinados a la enseñanza que recientemente se han publicado en España, es digno de especial mencion el que con el título de *Principios de literatura jeneral e Historia de la literatura española* han escrito los señores don Manuel de la Revilla i don Pedro Alcántara García.

Un nuevo tratado elemental de literatura pudiera parecer a primera vista una obra excusada, atento al número considera-

ble de Manuales, entre los cuales hai algunos de reconocido mérito, que sirven en las universidades i colejios para la enseñanza del ramo. Sin embargo, los autores de los *Principios de literatura jeneral e Historia de la literatura española* han creido llenar una necesidad con la publicacion de su libro, i han tenido muchísima razon para creerlo.

Con escasas excepciones, los elementos de retórica i poética publicados hasta el dia en castellano, están destituidos de sentido i método verdaderamente científicos: se encierran en el estrecho círculo de las reglas empíricas i rutinarias, sin elevarse a las consideraciones jenerales que son el patrimonio de la ciencia. Los señores Revilla i Alcántara se han propuesto singularmente dar empuje a la reaccion contra la rutina, i al mismo tiempo "suministrar a la juventud estudiosa un libro que contuviera los principios fundamentales i filosóficos del arte literario, i la aplicacion de estos mismos principios en lo tocante a las manifestaciones del injenio español."

La primera parte de la obra trata de los *principios de la literatura jeneral*. ¿Qué se entiende aquí por literatura jeneral?

Lo que se llama retórica i poética, dice el autor, no es una ciencia sino un arte, que debe fundarse en los principios mostrados por la literatura i cuyo objeto es enseñar la parte técnica i mecánica de la composicion literaria. Sobre los preceptos de la retórica está la ciencia o la filosofía de la literatura, comunmente llamada *literatura jeneral*.

Dos partes comprende la filosofía de la literatura: la consideracion de los elementos esenciales del arte literario o consideracion del arte literario en su unidad, i la consideracion de los diversos jéneros de composiciones comprendidas en el arte literario o del arte literario en su variedad o contenido.

Como el arte literario es *la expresion artística de los estados de nuestra esencia por medio de la palabra*, hai que considerar en él al artista, la obra misma, i el público que ha de contemplar i juzgar la obra.

El señor Revilla, autor de los *Principios*, analiza primeramente las facultades del hombre que concurren en las producciones literarias, análisis somero, es verdad, pero bastante para el objeto que se propone la obra que nos ocupa.

En la obra literaria considerada como *expresion* se hallan dos elementos distintos: lo que es expresado, esto es, el fondo o asunto de la obra literaria, i el medio sensible de expresarlo o la palabra. De las relaciones de las palabras con las ideas, nacen dos modos diversos de expresion. O la idea se expresa con palabras propias i enteramente adecuadas a ella, en cuyo caso la expresion es *directa*, o con objeto de embellecer la expresion la idea se significa con palabras que no son propias sino en virtud de una semejanza o analojía que el espíritu encuentra entre el ser, propiedad

o idea que estas palabras expresan i el ser, propiedad o idea que se trata de expresar. En tal caso la expresion es *figurada*.

Un gran número de pájinas se consagra jeneralmente en los tratados elementales de retórica, a la definicion de cada una de las expresiones figuradas que son mas comunes en las composiciones literarias: sus autores cometen mas de un error siguiendo semejante método. En primer lugar, es imposible una clasificacion completa, no siendo las figuras literarias mas que formas variadas al infinito de la trasposicion o inversion del sentido natural i directo de las ideas: es, pues, un error querer formular una clasificacion que comprenda todas esas formas. Ademas, con la larga enumeracion de las figuras de significado, de palabra i de pensamiento con que llenan sus textos los retóricos, se obliga a los alumnos que cursan el ramo de literatura a un trabajo perfectamente estéril: su memoria será incapaz de retener la lista de nombres exóticos que a cada una de las figuras se han dado, i no habrán adelantado con ese estudio un paso en al educacion de su criterio i buen gusto literarios.

En los *Principios de literatura jeneral* solo se consideran como verdaderas figuras las llamadas *tropos*, i apénas se cuentan algunas de las llamadas de *pensamiento*. Sin embargo, las reflexiones jenerales que sobre esta materia se hacen son mas que suficientes, en nuestro sentir, no ya en un libro como el que a la lijera analizamos, sino tambien en un tratado de retórica.

Examinada la obra literaria en los elementos que la componen i a mas en la individualidad i orijinalidad que le puede dar *el estilo*, el señor Revilla manifiesta la influencia que sobre el autor ejerce el público, juez de sus producciones. Las consideraciones sobre el *gusto i la crítica* encuentran aquí el lugar que les corresponde.

En la parte especial de la filosofía de la literatura, se distinguen los distintos jéneros literarios.

Diversas bases se han tomado en cuenta para clasificar de una manera racional i filosófica las composiciones literarias. Las divisiones fundadas en el carácter del artista son las siguientes: 1.ª En literatura *productiva* i literatura *crítica*, segun que el artista emplea sus facultades creadoras o sus facultades contempladoras (gusto). 2.ª En *espontánea* i *reflexiva*, segun que el artista emplea sus facultades de un modo directo, espontáneo, o reflexiva i maduramente. 3.ª En *popular* i *erudita*, segun que el artista pertenece a las clases populares o a las clases superiores cultas.

A estas divisiones, como a las puramente filosóficas, fundadas en el carácter que reviste la literatura en la historia segun las edades en que aparece o las lenguas en que se produce, prefiere nuestro autor la que se funda en el fin intentado por la obra literaria. Teniendo este fin en consideracion, pueden distinguirse tres jéneros en literatura: las obras literarias tienen por fin

directo agradar o instruir, o ámbas cosas a la vez, siendo designadas respectivamente con los nombres de *poesía, didáctica i oratoria.*

En las subdivisiones de cada uno de estos jéneros se obedece a la norma seguida para efectuar la division jeneral. Así es como, por ejemplo, se incluye en la poesía la novela, malamente clasificada, a juicio del señor Revilla, entre las composiciones del jénero didáctico-histórico.

Para dar una idea completa de los *Principios de literatura jeneral*, nos bastará agregar que a las divisiones i subdivisiones de las composiciones literarias se sigue la exposicion de las cualidades dominantes que deben revestir, i una indicacion de los modelos que para ejercitarse en cada jénero pueden consultar los alumnos con provecho.

La parte mas considerable de la obra de que damos cuenta, está destinada a la *Historia de la literatura española.* En esta historia, escrita por el señor Alcántara García, analiza i juzga su autor las principales producciones del injenio español, desde el nacimiento de la literatura castellana hasta nuestros dias. Para que el juicio sea seguro, examina ademas la influencia que injenios de otras naciones han ejercido en los españoles. Fuera de esto, se consagran algunas pájinas a las obras escritas en dialectos que en ciertas épocas de la historia tuvieron una importancia innegable: así, como *Apéndice* al primer período de la literatura española pone el señor Alcántara un bosquejo de la literatura catalana durante el mismo período.

El resúmen histórico del señor Alcántara García, es, pues, tan completo como pudiera exijirse en un tratado de enseñanza. La inexactitud i vacíos, sobre todo en lo tocante a la Edad Media, son el defecto del elegante bosquejo trazado por la pluma del señor don Manuel Jil de Zárate. El autor de la *Historia* ha evitado cuidadosamente incurrir en ese defecto; i para ello ha consultado fuera de la historia de Ticknor i de la monumental, aunque hoi todavía inconclusa de don José Amador de los Rios, todas las memorias i discursos en que los escritores peninsulares i con especialidad los miembros de la Academia de la lengua, han tratado sobre algun punto oscuro de la literatura española.

Por lo exacto i completo, en primer lugar, por el método i claridad de exposicion i por las observaciones críticas en seguida, la *Historia de la literatura española* es la mas adecuada de las que conocemos para dar una idea breve i exacta de las manifestaciones literarias del injenio español.

J. F. V. D.

LOS REPIQUES DE UN SACRISTAN.

I.

A orillas del Maipo i en la falda de una montaña se alza un pueblecillo, que parece a lo léjos una perla perdida entre el césped.

Desde la altura en que está situado se dominan las verdes campiñas que se extienden a su alrededor i se divisan a la distancia las caprichosas ondulaciones del rio.

Las casas del pueblecillo se agrupan, como los niños en torno de su madre, al rededor de la iglesia parroquial, que parece prestarles seguro arrimo bajo su sombra.

Esos edificios no son suntuosos templos levantados a la vanidad, ni palacios-cárceles de marmóreos estucos, sino pobres i sencillas viviendas, ventiladas, aseadas i rodeadas de preciosos huertos i jardines. En sus habitaciones circula libremente el aire en los calorosos dias de verano, penetra el sol en el invierno; i junto con estos dos elementos de vida, el bienestar, la salud i la felicidad!

Es encantador todavía ese pueblecillo porque allí no ha penetrado el lujo que corrompe los corazones, ni la impiedad que malea las intelijencias.

Sus habitantes son buenos, honrados i obsequiosos.

Con tan buenas partes aquel lugarejo vale mas en buena plata que una ciudad orgullosa i opulenta.

II.

Frente a frente de la iglesia parroquial i entre muchas otras hai una casita, blanca como la leche i alegre como la primavera. Entre esta casita i el templo hai un camino i una plaza como potrero, que mide una cuadra por cada uno de sus cuatro costados. En uno de ellos está la parroquia, en otro la escuela pública, la

casa del subdelegado en el tercero i la modesta casita en que me ocupo en el cuarto.

Corrian los últimos dias del mes de diciembre de 1857 cuando llegaba yo al pueblo i me bajaba de mi caballo en la puerta de esta última, henchido el corazon de entusiasmo i el pensamiento de risueñas ilusiones.

La cosa en verdad no era para ménos. Acababa de dejar el colejio, en donde habia permanecido encerrado durante un año, i tenia delante de mí dos meses de vacaciones, esto es, dos meses de juegos, de alegrías i de placeres; dos meses de felicidad que, segun a mí me parecia, no habian de terminar jamas.

No fué así sin embargo, porque el triste Miércoles de Ceniza llegó, como llega la edad madura, la vejez i la muerte, cuando ménos pensaba, i hube de bajar a la tumba.... del colejio (que no otra cosa era para mí) llevando conmigo la primera pesadumbre de mi vida, los primeros desengaños que experimenté i pagando al dolor las primicias de lágrimas que mis ojos vertian al volver la vista a lo que dejaba i al considerar lo que me esperaba.

Al apearme de mi caballo vino hácia mí el fiel Palomo, expresando su alegría por medio de brincos tales que casi me echó por tierra.

El pobre perro fué el primero que salió a recibirme, favor que le agradezco todavía i que en ese momento empeñó toda mi gratitud.

Despues llegaron los demas i comenzaron a saludarme, a abrazarme i a dirijirme una retahila de preguntas sin órden ni concierto.

Paso en silencio lo demas de esta primera escena de vacaciones, recordando solo un incidente que no he podido olvidar.

Yo no me habia distinguido mucho en el colejio por mi buena conducta i aplicacion, i aunque habia salido bien en todos mis exámenes, mis maestros me repetian con frecuencia estas dos fatales palabras: *pereza, flojera.*

Sucedió, pues, que pasados los primeros momentos de entusiasmo, sentí llegar a mis oidos esta pregunta:

—¿Cuántos premios te has sacado?

—¿Cuántos premios?....

—Sí, hombre. ¿Cuántos premios te has sacado este año?

—¡Vaya al diablo la pregunta! dije yo entre mí, no sabiendo que contestar.

—I ¿qué premios queria Ud. que me sacase? repliqué, amostazado.

—¡Me gusta la respuesta! esclamó mi inflexible interrogador.

—¡Qué premios! ¡qué premios! ¿Acaso no has estado estudiando una porcion de cosas?

—Sí, señor, he estado estudiando muchas cosas, pero....

—¿Pero, qué?

—Los premios no se han repartido todavía.

—Acabáramos.

El bochorno que sentí durante este diálogo, i la vergüenza de haber mentido fueron mayor castigo para mí que los guantes i los encierros del colejio.

Con esto se dió por terminado el asunto de los premios, i yo me escabullí, temeroso de verme comprometido en otro lance de este jénero.

Desde la puerta divisé a los niños de la escuela que en ese momento salian de clase i que divididos en bulliciosas tropas saltaban i corrian por la plaza.

Yo pensaba entónces que esos niños eran mas felices que yo, porque vivian en sus propias casas i gozaban de una libertad incomparablemente mayor que los que pasan diez meses del año entre las cuatro paredes de un colejio de Santiago, separados de sus familias i léjos de las verdes i alegres campiñas que les sonrieron en su primera edad.

Poco asiento encontraron en mí, sin embargo, estos lúgubres pensamientos. Interrumpiólos la llegada del señor cura, sujeto mui respetable por quien tenia yo una veneracion que rayaba en miedo. Era este señor eclesiástico un hombre, de regular estatura, un poco gordo i de ceño agrio. Se le tenia por un sacerdote ilustrado i de talento i lo era en realidad. Habia obtenido la parroquia por oposicion a los veintidos años de edad, cuando aun no habia recibido las sagradas órdenes. Miéntras las recibia tuvo que nombrar un reemplazante. Era lo que se llama todavía *cura colado*, esto es, vitalício.

No tengo mas noticias de este sacerdote, cuyo nombre no pasará ciertamente a la historia, por mas que haya quedado impreso en los corazones de los desgraciados a quienes consoló i de los pobres i aflijidos cuyas lágrimas enjugó.

I para hacer justicia a su memoria, es necesario decir que aunque era su voz áspera i desabrida i su mirada severa, tenia un buen corazon i un carácter jeneroso.

Cuando estuvo cerca de mí, me dijo, acariciándome las mejillas:

—¿Cómo estas, niño?

—Bien, señor, le contesté.

I sin decirme otra cosa, pasó adelante.

En pos del señor cura venia otra persona de mi mas íntima confianza i a quien queria yo mucho mas: el sacristan.

Con el sacristan quedéme yo conversando por largo tiempo, todo el tiempo que duró la visita del señor cura.

III.

El pueblo, como ántes he dicho, se alza sobre la falda de una montaña i a orillas del rio.

¡Cuántas veces, acompañado de mi buen amigo el sacristan, trepé, con la ajilidad propia de los pocos años, sus escarpadas laderas, para irme a sentar en su cima!

¡I que magnífico espetáculo se contemplaba desde allí!

Al rededor de nosotros se extendia un horizonte inmenso, limitado a lo léjos por las cumbres de los cerros, entre las cuales se alzaban majestuosas las nevadas cordilleras de los Andes.

Desde allí tendiamos nuestra vista sobre el pueblo que se perdia casi entre los árboles, a semejanza de un nido de pajarillos entre el tupido ramaje. La llanura aparecia en toda su extension como un tablero de ajedrez, dividido en casillas irregulares de colores diferentes, formados por los lindes de los potreros i de las hijuelas. A nuestros piés se deslizaba el rio en caprichosas curvas, haciendo brillar sus aguas, heridas por el sol. I sobre nuestras cabezas mirábamos un cielo tan puro i trasparente que al mas hábil pintor se le caeria el pincel de las manos contemplándolo.

El pobre sacristan, cuya igorancia era supina, hasta el punto de no saber leer ni escribir i cuyas dotes intelectuales se hallaban al nivel de su ignorancia, sufria, sin sospecharlo, el influjo que ejercen sobre nuestro espíritu estas marabillas de la naturaleza.

¡Con que gusto llegaba, jadeante de fatiga, a sentarse sobre el mas elevado peñasco, i con que satisfaccion me mostraba el expléndido cuadro que nos rodeaba!

Pero ya es tiempo de presentar a mi compañero. Ignacio Camus (así se llamaba el sacristan) tenia algunos puntos de afinidad con Cuasimodo, el campanero de Nuestra Señora de Paris.

Pocas veces he visto un hombre mas feo. Su talla era mediana, su abdómen prominente, su cabeza grande, i sus piernas i brazos sumamente cortos.

Me parece verle aun con su nariz ancha i aplastada, sus ojillos apagados, su boca enorme, sus mejillas abultadas i unos cuantos pelos esparcidos al acaso sobre su cara i su cabeza. Con tan malas partes, el buen Ignacio tenia, sin embargo, un corazon excelente, era humilde i servicial como pocos, i sencillote como ninguno.

Su edad, difícil de calcular, no bajaria de sesenta años.

IV.

Ignacio Camus era conocido a diez legus a la redonda. Desempeñaba su oficio de sacristan con cierta vanidad, con cierto desenfado verdaderamente curioso. Cuando reprehendia las faltas que solian cometer los muchachos en la iglesia, las cuales consistian en quedarse dormidos sobre las gradas del presbiterio cuando el señor cura predicaba largo, o en conversar o mirar há-

cia atras miéntras se verificaban los oficios, solia decir que él era la segunda autoridad eclesiástica del pueblo. Pero cuando estaba verdaderamente en su cuerda, era en las procesiones. Ignacio Camus salia revestido de sobrepelliz llevando la cruz alta i entonando con voz gangosa el *Te Deum*. ¡Ai de aquel que, en aquellos momentos, no guardase el órden i la compostura debidos!

En cierta ocasion marchaba cantando las letanías. Una doble hilera de fieles seguia en pos. Uno de los acólitos se tomó la libertad de hablar con su compañero a tiempo que el señor cura cantaba:

—*Santa María.*

Indignado el sacristan exclamó entónces en alta voz:

—¡Cállate pícaro!

Para componer i arreglar altares i vestir santos nadie ganaba la palma a Ignacio Camus. Su destreza i habilidad en estas materias eran lejendarias. Ya se ve, habia nacido, como los antiguos levitas, en las gradas del templo, i, en la parroquia del pueblo, habia desempeñado, por mas de cuarenta años, el empleo de sacristan.

Todavía se conserva la memoria de una gran procesion de Viérnes Santo en que salieron dos o tres *andas*, una de las cuales representaba el Santo Sepulcro. Ignacio Camus habia desplegado con este motivo un talento marabilloso. Faltaban los elementos indispensables para acomodar el sepulcro de Cristo, pero el sacristan supo proporcionárselos. Pidió prestado un catre de palo a uno de los vecinos, fórrolo en blanco lienzo i acostó en él al Señor Crucificado que se veneraba en el único altar de la iglesia. Cuatro robustos mancebos cargaron sobre sus hombros aquella pesada máquina que hizo su marcha triunfal por la plaza en medio de un numeroso concurso. Tres dias despues ponia el sello a su inventiva haciendo figurar, sobre otra anda vistosamente engalanada, la imájen de San José en lugar del Señor Resucitado, del cual carecia la pobre parroquia.

El sacristan de mi pueblo era hombre que, como se vé, no se ahogaba en poca agua; para él, como para el gran Napoleon, la palabra "imposible" no existia en el diccionario. Repetia con frecuencia que para todo habia remedio, ménos para el mal de la muerte.

En cuanto a latines, se creia una autoridad. Era de ver como manejaba el buen hombre el Misal i el Breviario. Se sabia de memoria, por su puesto, casi todos los oficios, pero los recitaba a su manera, esto es, trastrocando todas las palabras i mutilándolas horriblemente.

Cuando rezaba las letanías, por ejemplo, decia: *dominus aurea* entre otros disparates de mayor i menor calibre; i no fué poco el trabajo que se tomó el señor cura para convencerlo de que no debia decirse *dominus aurea* sino *domus aurea*. Ignacio Camus insistia en su manera de decir, alegando que le sonaba mejor al

oido. Sus traducciones del latin eran curiosísimas. Recuerdo haberle oido la siguiente:

El texto decia:

"Misericordiæ tuæ, Domine, plena est terra."

I el sacristan traducia:

"Tu misericordia, Señor, está llena de tierra."

V.

Terminaba el año de 1817 i con él la dominacion española representada, en aquellos dias, por el brigadier jeneral don Francisco Marcó del Pont, presidente de Chile.

El desastre de Rancagua habia traido a la naciente república dias de luto i de desolacion infinita.

Los patriotas que habian podido huir, dejando atras el victorioso ejército de Ossorio, habian cruzado los Andes, buscando un asilo contra la opresion.

Los demas habian sufrido la dura lei del vencedor. El pais no estaba sometido sin embargo. La causa de la independencia esperaba dias mejores que no tardaron en llegar con el puñado de valientes que a las órdenes del heróico San Martin, traspasaron las cordilleras i se coronaron de gloria en las alturas de Chacabuco.

Los restos del ejército español quedaron deseminados en el territorio, emprendiendo contra los patriotas la guerra de sorpresas i montoneras con que aquellos habian molestado al gobierno de Marcó del Pont.

Dejábanse caer a veces, en lugares ásperos i solitarios, sobre jentes indefensas, en las cuales vengaban su pasada derrota. En otras ocasiones asaltaban los pueblos desprovistos de guarnicion para tomar en sus habitantes las mas crueles represalias.

Estos cuerpos de guerrilla, que sostenian la causa realista, convirtiéronse mui pronte en hordas de bandidos ansiosas de pillaje i de sangre.

La historia recuerda indignada las tristes hazañas de los Benavides i de los Pincheiras que durante mucho tiempo sembraron el terror i el espanto en las comarcas del sur.

VI.

Era el dia 7 diciembre de 1817.

La tarde estaba hermosísima.

El sol acababa de ocultarse sobre las montañas que limitan el valle en que está situado el pueblo donde tuvieron lugar los acontecimientos que voi narrando.

Ancha franja de luz se extendia en el occidente, sobre las empinadas cumbres.

La llanura estaba engalanada con su verde ropaje.

Divisábase el modesto campanario de la parroquia entre el follaje de los árboles.

En una de las casas del pueblo estaban de fiesta.

Oíase salir de su recinto el ruido de voces i de risas.

En efecto, debajo de un hermoso parron, veíanse unas cuantas personas, en alegre charla, i, sobre una mesita toscamente labrada, habian un vaso de buena chicha i una bandeja de dulces.

La reunion se componia de cuatro mujeres i dos hombres. Uno de éstos, como hasta de cuarenta años, tenia envuelto el brazo izquierdo en un lienzo i pendiente del cuello por medio de un pañuelo. El otro, jóven de veinte años, desempeñaba en ese momento el papel de Ganimedes, pasando un vaso a una de las mujeres, la cual se negaba a recibirlo.

—¿No ves, Ignacio, le dijo el del brazo vendado, que la Ambrosia está enojada contigo?

—Aunque se enoje, contestó el del vaso, tengo de ir a la guerra. ¡No faltaba mas! Cuando todos los hombres del pueblo van a defender la patria, ¿me habia yo de quedar aquí, tocando las campanas?

—Cada uno en su oficio, amiguito. Ud. no ha nacido para soldado, sino para sacristan.

—Cierto, dijo la Ambrosia, tiene razon don Antonio. Ya ves lo que ha sacado él de la guerra: un brazo ménos, i esto, librando bien.

—I ¿qué es un brazo en comparacion de la patria? replicó el sacristan medio entusiasmado, talvez no tanto por el humo de los combates, como por el vapor de la chicha.—¿No está allí el señor cura que tambien ha peleado contra los godos?

—Hombre, el señor cura no ha peleado contra nadie; fué solo capellan del ejército patriota.

—Capellan o capitan lo mismo da. ¿No me recibe el vaso, Ambrosita?

—Lo recibo, Ignacio, si te dejas de *lesuras*.

—Está bien. Me quedaré en la parroquia, ya que tú lo quieres.

La niña tomó el vaso i lo apuró en seguida, miéntras que el sacristan gritaba con todos sus pulmones:

—¡Viva la patria! ¡vivaaaa.....!

Un momento despues Ignacio Camus se dirijia a la parroquia, i sin ceremonia de ninguna especie se echaba sobre su cama, i roncaba a mas i mejor, olvidándose de repicar las campanas, como era de su deber, en la víspera de un dia de fiesta de los mas solemnes que celebra la Iglesia.

Aunque ésta era la primera falta que cometia el sacristan en

el desempeño de su cargo, bien se ve a cuantas otras está expuesto el que abusa de la bebida.

No obstante, conviene advertir que por ser aquel dia el cumpleaños de Ambrosia no era tanta la culpa del pobre mozo.

VII.

Miéntras dormia Ignacio Camus i otro tanto hacian el cura i sus feligreses, un grupo numeroso de hombres armados caminaba hácia el pueblo.

Aquella era una banda de montoneros o mas bien de facinerosos, a las órdenes de un desalmado.

Su intencion era manifiesta: apoderarse del pueblo, saquear sus habitantes i marcharse en seguida.

La cosa no era mui rara en aquellos tiempos.

Las doce de la noche serian cuando los bandidos llegaban a los arrabales del pueblo, al que creian pillar de sorpresa.

No sucedió así, por fortuna.

Un pobre huaso que divisó a lo léjos i entre las sombras de la noche a los silenciosos montoneros, se encaminó de prisa a casa del subdelegado i le contó lo que habia visto.

El subdelegado no halló que hacerse.

En el pueblo no habian mas que cinco o seis hombres sin armas, i los enemigos pasaban de cuarenta i bien armados.

Se puso el caso en conocimiento del cura.

El tiempo volaba i en un instante mas los bandidos estarian en la plaza.

¡No habia salvacion posible!

De repente se oye el mas sonoro de los repiques en el campanario de la iglesia.

El ruido de las campanas llenaba los ámbitos del pueblo i repercutia a gran distancia por el valle.

El que las tocaba parecia dominado de una extraordinaria vehemencia i manifestaba tener el pulso robusto i firme.

—¡Expléndido! soberbio! magnífico! vociferó el cura, poseido de entusiasmo.—¡Viva mi sacristan!

El subdelegado estaba mas muerto que vivo, i creyendo que el cura se volvia loco le miró con tamaños ojos.

—¡Así me gusta! ¡Aunque se rompan las campanas! gritaba el sacerdote, aplaudiendo con ámbas manos, al notar que el repique continuaba con nueva furia.

—El diablo me lleve si entiendo lo que pasa, murmuraba el subdelegado, olvidado casi de la montonera i del inminente peligro que corrian todos en aquel instante.

Las campanas comenzaron, por fin, a apagar sus clamores poco a poco, hasta perderse en el espacio sus últimas vibraciones.

—¡Cuando yo afirmaba que mi sacristan vale un Perú, exclamó el cura, bien sabia yo lo que decia.

—Pero, señor, yo no comprendo...., dijo el subdelegado.

—I sin embargo, la cosa es bien clara, replicó el cura. Mi buen Ignacio ha dado valientemente la señal de alarma desde su campanario, i el enemigo que creia sorprendernos, ha visto frustrados sus negros propósitos. Casi, casi me atrevo a asegurar que en este instante se retira en vergonzosa fuga, creyendo que el pueblo está guardado por un verdadero ejército....

El subdelegado iba a contestar, cuando entró en la habitacion el hombre que habia traido la noticia del asalto i que habia ido a observar nuevamente los movimientos del enemigo.

—I bien ¿qué hai? le dijo el cura.

—Lo que hai es que esos facinerosos van *de arrancada*, como ánima que lleva el diablo, respondió el huaso.

—¡No lo decia yo! exclamó el cura. ¡Viva la patria! ¡Viva mi sacristan!

VIII.

Falta ahora explicar el misterio de los repiques i la explicacion es bien sencilla.

A la misma hora en que la banda de guerrilleros se preparaba para entrar al pueblo, Ignacio Camus despertaba sobresaltado i se acordaba que no habia tocado los repiques de estilo en la víspera de la gran fiesta de la Inmaculada Concepcion.

Sin volver enteramente a su acuerdo i sin pararse a averiguar la hora en que se encontraba, subió a su campanario i comenzó a dar recio a las campanas como para indemnizarse por el tiempo perdido.

Así fué cómo sin pensarlo, ni saberlo, fué el salvador de las vidas i de las fortunas de los vecinos del pueblo, de quienes recibió al siguiente dia, cuando todos supieron lo que habia pasado, la mas expléndida ovacion.

Mujeres i muchachos gritaban de voz en cuello:—¡Viva el sacristan! ¡Viva Ignacio Camus!

J. Ramon BALLESTEROS.

¡4 DE MAYO DE 1875!

Dejadme del dolor entre las sombras,
Triste como el recuerdo del olvido,
Calmar mi corazon adolorido;
¡Ai! dejadme llorar.
¡Era madre! Volaba su existencia
Dejando en pos la dicha del hogar;
Primicias de candor i de inocencia
A Dios envió, tranquila la conciencia,
Sereno el corazon ante el pesar.

¡Murió! ¡ya duerme el sueño de las tumbas!
Acerbo i doloroso es mi quebranto;
Me duele el corazon... ¡la amaba tanto
Cuanto se puede amar!
Yo cantaré llorando su memoria,
Yo lloraré para poder cantar;
Mi esperanza perdida e ilusoria
Cual víctima inocente i expiatoria
Sobre su tumba triste irá a expirar

Porque la amaba como se ama al justo,
Porque era tierno mi filial cariño,
Porque el recuerdo de mi edad de niño
Unido está a su amor!
Porque ahora léjos de ese hogar herido,
Ayer radiante, sin sonrisas hoi,
El llanto por los huérfanos vertido
Que en vano lloran el amor perdido,
Me labra, gota a gota el corazon.

Señor: ¿no estabas Tú cuando la muerte
Posó en su frente su aterida mano?
¿No era madre, Señor, no era cristiano
Su helado corazon?
Tu expiraste tambien, Dios de la vida;
I la muerte tambien tu sien veló;
La madre que se fué no está perdida,
No fué eterna su triste despedida;
¡Fé en sus virtudes! ¡esperanza en Dios!

¡Ella murió! sus hijos inocentes
Que en el cielo al morir la precedieron
Reclamaba su amor i le tendieron
Sus brazos desde allá.
Volóse al cielo, i en su hogar vacío
Dejó tan solo llanto i orfandad.
I en un tranquilo i dulce desvario
Cual un rayo de luz cruzó el sombrío
Espacio de la ignota eternidad.

Dulce es morir cuando la muerte es solo
Umbral luctuoso de la eterna calma,
Dulce es morir cuando dormida el alma
Rompe el lazo mortal.
Ella murió como se duerme el bueno,
Tendió su vuelo al eternal solaz;
El sueño eterno, plácido i sereno,
Del Dios del justo en el tranquilo seno,
Goza por siempre descansando en paz.

. . . . . .

Dejadme solo con su fiel recuerdo
Amengüar mi amargura i mi quebranto
I por ella rogar.... ¡la quise tanto
Cuanto se puede amar!
Dejadme del dolor entre las sombras,
Triste como el recuerdo del olvido,
Calmar mi corazon adolorido,
¡Ai! dejadme llorar.

¡Descansa en paz! nosotros lloraremos
Porque es la historia del vivir fugaz:
Adios, que en breve allá te buscaremos;
En el seno de Dios nos hallaremos,
Adios, santa mujer.... ¡descansa en paz!

Santiago, 19 mayo de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

UNA VENGANZA DE FRANCISCO S. LOPEZ.

Siguiendo el camino que lleva de la ciudad de la Asuncion a Luque, veíase allá por los años de 1860, en medio de una hermosa campiña, un sencillo monumento elevado sin duda por el amor o la gratitud. Era él por demas sencillo: sobre un pedestal alzábase una hermosa cruz de piedra, cuyos brazos enlazaba una faja de rica i fina tela; en torno de él una mano cariñosa habia plantado numerosas i lindas flores, i a su pié habia cavado en la tierra un agujero, en que veíase arder todas las noches una vela, cuya pálida luz iluminaba tristemente aquel sitio. En el Paraguay no era esto una novedad; era frecuente en los campos encontrar algunas cruces, alzadas sobre la tumba de algun desgraciado i al pié de las cuales prendian los deudos del finado una vela durante la noche, por el eterno descanso i resguardábanla del viento de aquel modo. Pero aquellas cruces eran por lo comun de madera, el paño que las envolvia era ordinario i no veíanse en torno de ellas aquel cuidado, aquel gusto, aquella delicadeza que rodeaba la cruz de piedra de que venimos hablando. No era esto todo, porque esto habria sido poco para picar la curiosidad de nadie. Asegurábase que mas de un viajero al atravesar aquel sitio en las altas horas de la noche, habia divisado arrodillada al pié de la cruz una mujer vestida todo de blanco. Permanecia allí largas horas de rodillas, inmóvil i a la vacilante luz de la vela hubiera podido tomársela por la estátua del dolor, si los suspiros que se arrancaban de su pecho i el movimiento convulsivo de su labios, que repetian talvez una plegaria, no hubieran desvanecido semejante ilusion.

Una noche dos jóvenes extranjeros, oficiales ámbos del ejército, recorrian a paso aquel camino, gozando en silencio de aquella apacible calma que le rodeaba i de la fresca brisa que empezaba a soplar despues de un dia de fatigante calor. Eran las doce de la noche, el campo todo yacia sumido en el mayor reposo, iluminado con los rayos de la luna. De repente, los jóvenes oficiales divisan al pié de la cruz de que hemos hablado a aquella misteriosa mujer vestida de blanco. Tenia los brazos cruzados sobre el pecho; su cabeza inclinada hácia atras i sus ojos mas que en la cruz parecian fijarse en las profundidades del cielo; sin duda oraba. Su largo pelo, que ajitado por el viento, flotaba sobre su espalda; su blanco traje, la soledad del sitio, la luz de aquella vela, aquella cruz, aquella hora, en fin, todo daba un aire misterioso i fantástico a aquella escena. Los dos jóvenes con-

templábanla llenos de asombro, sin atreverse a perturbar a aquella mujer, pero sin fuerza tampoco para alejarse de allí. Al fin, cediendo a un sentimiento de respeto, intentaron alejarse, pero al volver sus caballos, chocando la espada del uno con sus espuelas produjo un ruido que vino a sacar de su abstraccion a la que oraba. Al ver a aquellos militares, lanza un grito de espanto i poniéndose de pié intentó huir.

Pero la infeliz temblaba como una azogada, sus piernas sostenían la apénas e intentaba en vano articular una palabra de perdon. Su hermosísimo rostro expresaba el sentimiento de miedo i horror que la dominaba.

—No tema Ud. nada, señorita, exclamaron casi a un mismo tiempo ámbos jóvenes; no intentamos hacerle ningun mal i léjos de eso tenemos que pedirle nos disculpe porque la hayamos perturbado involuntariamente.

—¡Ah! con que no venis a matarme, con que....

—¿Nosotros venirla a matar? ¿I por qué habíamos de cometer semejante crímen?

—Uds. me disculparán, porque.... En fin, yo no puedo explicarles la causa de mi susto; pero agradezco la caballerosidad de Uds. De nada tengo que discurparlos.

La jóven hablaba con presteza; conocíase que aun no se habia repuesto de la emocion que habia recibido i sin dar tiempo a que sus interlocutores le contestaran, saludólos cortesmente i se alejó de aquel sitio, rehusando su compañía. Apénas quedaron solos, uno de ellos dijo a su compañero:

—¿Conoces a la jóven?

—Jamas la habia visto i a fé que no conocia la mujer mas bonita i misteriosa del Paraguay. Se me pone que debe ser alguna viuda que acaba de perder a su marido.

—Te equivocas.

—¿Qué? ¿acaso la conoces tú?

—Sí; sigamos caminando i te contaré la historia de esa jóven desgraciada.

—¡Magnífico! creeme que te escucharé con el mayor interes. Esa mujer me ha impresionado.

Los dos pusieron al trote sus caballos i se alejaron luego de aquel sitio; miéntras se alejaban i daba uno de ellos principio a la historia que vamos a narrar, alcanzábase aun a ver por entre las sombras de los árboles la blanca vestidura de aquella mujer que cualquiera podria haber tomado por un fantasma.

Estamos en la ciudad de la Asuncion, en una fresca noche de invierno de 1859. Aquella noche, es noche de ajitacion para casi todos los habitantes de la capital, de apuros i temores para muchas madres, de alegría i de esperanza para muchos jóvenes corazones. Trátase nada ménos que de un gran baile que la acaudalada familia de Martinez ofrece al gobernador de la ciudad, el jeneral don Francisco Solano López. Aquel baile es todo un

gran acontecimiento no solo por los gastos que se han hecho sino tambien por la persona a quien está dedicado. El señor don Juan Martinez ha oido lamentar al gobernador que no se den en la Asuncion bailes como aquellos a que él habia asistido en Europa i se ha prometido hacerle olvidar por una noche siquiera que está en el Paraguay. Aquel va a ser un baile verdaderamente a la europea; el gato, el minué, la media caña, bailes favoritos de los paraguayos i el tipoi, traje nacional de las mujeres, quedan esa noche desterrados de los salones del complaciente caballero.

A las diez de la noche una numerosa concurrencia llenaba la casa del baile i aguardaba ansiosa la llegada del gobernador i de su padre, el presidente de la república, que tambien habia prometido asistir. Un numeroso pueblo llenaba la calle, contentándose con escuchar los acordes de la música i atisbar las elegantes parejas que recorrian los salones. A las diez, los vivas del populacho anunciaron que llegaban ya aquellos personajes; i todos poniéndose en pié aguardaron que aparecieran en la puerta del salon principal para inclinarse ante ellos con ese aire de humillacion i de terror con que gustan ser saludados los tiranos.

Pocos momentos despues resonaban los acordes de un wals i principiaba aquel gran baile a la europea que habia puesto en movimiento a toda la ciudad de la Asuncion. Francisco Solano López, era entónces un jóven de treinta años, de simpática presencia, finas maneras i de una ilustracion vastísima, relativamente a la de la mayoría de los paraguayos. Era gobernador de la Asuncion, jeneral en jefe del ejército, presidente de la cámara de diputados i nadie dudaba de que lo seria de la república cuando muriera su ya anciano padre.

Ejercia ademas tal influencia sobre su padre, que ya entónces podia considerársele como el verdadero jefe del Estado.

El pueblo le temia i le queria a la vez, porque todos aguardaban grandes reformas para cuando subiera al poder. Francisco Solano López era ya entónces el señor del Paraguay.

Apénas se dejaron oir las primeras armonías de la música, levantóse López i dejando ver en sus labios la mas amable de sus sonrisas, ofreció su brazo a la señorita Luisa Martinez, hija del dueño de la casa. Luisa era por demas acreedora a aquella sonrisa, a aquella preferencia del gobernador. Era una niña encantadora, una verdadera joya oculta en el fondo de los bosques paraguayos. Su tez recordaba por su blancura la nieve que cubre los montes de Vizcaya, patria de sus abuelos; sus ojos ardian con el fuego de los trópicos; sus palabras chispeaban de gracia i de talento i nadie bailaba con aquel gusto, con aquella elegancia, con que lo hacía la hermosa hija del señor Martinez. Hacía ya tiempo que no era para muchos un misterio que el jeneral López amaba a Luisa Martinez. Decíase tambien, pero esto mui en voz baja, que ella permanecia indiferente a los requiebros del jeneral i a las palabras de su padre, que miraba aquel casamiento como

la mayor fortuna que pudiera esperar para su hija i toda su familia.

La verdad era que Luisa permanecia sumida en la mayor tristeza hacia ya algun tiempo; que ya no queria asistir a las tertulias que se daban en la ciudad; que habia perdido su aficion por el baile i se pasaba las horas en su habitacion sumida sabe Dios en qué meditaciones. Aquella noche Luisa parecia mas triste que nunca; en vano López habia intentado distraerla, arrancar una sonrisa a sus labios; no lo habia conseguido.

¿Cuál podia ser la causa de aquella tristeza? Este era un misterio que le desesperaba i que necesitaba aclarar.

Luisa, pretestando encontrarse cansada, hacía ya largo rato que no bailaba i se habia sentado. A su lado permanecia López. De pronto se escuchó en todo el salon un extraño murmullo; algunas parejas dejaron de bailar, i notóse un gran número de personas que, rodeando a otra, se dirijian hácia el lugar en que se encontraba López.

—¿Qué sucede? preguntó él, al verlos acercarse.

—¡Qué ha de suceder! contestóle alguno, que para colmar nuestra alegría acaba de llegar el mejor amigo de V. E., a quien todos creiamos perdido.

—¡Cómo! exclamó entónces Lopez, avalanzándose con los brazos abiertos hácia un bizarro oficial que se abria paso entre los demas.—¡Cómo! ¡Cárlos Decoud aquí!

Pero apénas acababa de pronunciar el nombre de aquel amigo querido, que todos creian muerto en una espedicion al Chaco i que tan de improviso presentábase en la capital, dejóse oir a sus espaldas un grito que en vano habia querido contenerse dentro del pecho. López volvióse al momento porque habia reconocido aquella voz: era la de Luisa que acababa de desmayarse al escuchar el nombre de Cárlos Decoud. El jóven oficial tambien se habia puesto pálido. López, en vez de sus brazos, tendióle friamente la mano, preguntóle con sequedad por su salud i despidiéndose con un saludo de la concurrencia, retiróse de la sala.

Al abandonar el baile a la europea del señor Martinez, Lopez se decia a sí mismo:

—Al fin poseo el secreto de su desvío i su tristeza. El no me engañaba, pero yo le enseñaré cómo sabe vengarse Francisco Solano Lopez.

Pocos dias despues, una mañana, encontróse al despertar el pueblo de la Asuncion con una noticia que llenó de sorpresa a todos sus habitantes.

Acababa de descubrirse una horrible conspiracion, i sus principales jefes habian sido arrestados. Tratábase nada ménos que de asesinar al Presidente i a sus hijos i apoderarse de la capital. Cárlos Decoud era el jefe principal de los conspiradores. Su gran prestijio en el ejército, su riqueza, su carácter aventurero i

su ambicion habíanle arrastrado, segun se decia, a intentar aquel inícuo proyecto.

Cárlos Decoud, don Juan Martinez i gran número de personas fueron encerradas en estrechos calabozos i cargados de grillos. El proceso comenzó. Numerosos testigos presentábanse a declarar, i de sus declaraciones aparecia que la noche de aquel gran baile en casa del señor Martinez era la elejida para dar el golpe; i así se explicaba la repentina presencia de Decoud en la Asuncion aquella noche. Una casualidad i un momento de vacilacion en los conjurados habian salvado al Presidente i a su hijo. Sin embargo, los conjurados negaban su crímen; algunos, como Decoud, su jefe, habíanlo negado aun en el tormento. Las familias de aquellos infelices habian hecho cuanto era posible por salvarlos; pero todo habia sido en vano, porque el tribunal militar que los juzgaba condenó a unos a muerte, a otros al destierro. Cárlos Decoud i Martinez fueron condenados a sufrir la pena capital i puestos en capilla. Decoud, hijo único, habia perdido a sus padres, i huérfano en el mundo, vivia solo para Luisa i su ambicion de gloria. Martinez era padre de una numerosa familia i un hombre inofensivo, si los hai en la tierra.

Al recibir la terrible noticia de su condenacion, su esposa, rodeada de todos hijos, vuela a arrojarse a los piés de Francisco López i a suplicarle que conmute por lo ménos aquella pena en destierro.

López, con la cabeza apoyada entre sus manos, escuchaba a aquella desgraciada familia, arrodillada en su presencia.

Su rostro impasible se movió de pronto, un rayo de piedad pareció brillar en sus ojos i exclamó con voz conmovida:—Voi a mostraros hasta dónde llega mi induljencia i mi jenerosidad. Me habeis pedido la vida de Martinez; os prometo que no morirá ni será desterrado. Pero quiero daros mas aun, agregó volviéndose hácia Luisa: esta noche os entregaré a Cárlos Decoud, podreis casaros con él i ser feliz.

Escusado me parece decir cual seria la alegría de aquella familia; cual el agradecimiento con que escucharian las palabras de López.

Durante todo el dia aguardaron con ansiedad que llegara la noche, haciendo los preparativos necesarios para el casamiento i la partida de Luisa.

Despues de tantas horas de llanto i de dolor, la infeliz niña podia apénas dar crédito a tanta inesperada felicidad.

La noticia del perdon de los conjurados habíase estendido por toda la ciudad, i gran número de personas habia acudido a felicitar a la familia i aguardaban en la casa la llegada de don Juan i Decoud.

Llegó al fin la noche; pero las horas pasaban sin que se presentara ninguno de los presos. En su ansiedad, enviaron a preguntar al gobernador la causa de aquella demora.—Decidles que

no se apuren, contestó él; que cumpliré mi palabra; esta noche los tendrán en su poder.

Por fin, allá a las doce de la noche, cuando la mayor parte de las visitas habíanse retirado, oyóse en la calle un ruido de sables i resonaron en la puerta tres recios aldabonazos. Todos se avalanzaron hácia la puerta, llevando algunos luces en sus manos; la puerta se abrió i entró entónces por ella temblando, pálido, cadavérico, don Juan Martinez. Seguíanlo algunos soldados de caballería, que traian en peso el cuerpo de un hombre; i arrojándolo en medio de aquella desgraciada familia, dijo uno de ellos:— El gobernador me encarga que diga a la señorita Luisa Martinez que deja cumplida su palabra.

Aquel cuerpo era el cadáver del infeliz Cárlos Decoud, fusilado aquella tarde en el fondo de un calabozo.

Francisco Solano Lopez estaba vengado.

Para terminar este cuento, perfectamente histórico en el fondo, solo nos resta decir que don Juan Martinez sobrevivió mui pocos dias a aquella horrible escena, i que su hija, la desgraciada Luisa, atacada, segun se decia, de enajenacion mental, vivia retirada con su madre en una quinta de campo ocupada solo en cuidar la tumba en que dormian su padre i su prometido esposo. Allí la conoció algun tiempo mas tarde el escritor ingles Masterman, siendo ya presidente del Paraguay el mónstruo que pereció en Aquidaban.

CÁRLOS A. BERRO.

CAMINO DEL CIELO.

—Triste niño ¿a dónde vas?
—Al cielo.
—¿I cómo, alma mia?
—Mi madre me dijo un dia
Que tras largo caminar
En el cielo la hallaria.
—¿Tu padre, hermanos..?
—Se fueron.
—Se fueron ¿a dónde?
—*Allá.*

—¿Mui tristes se despidieron?
—Que yo les fuera a buscar
Donde está Dios, me dijeron.
—¿Sabes el camino?
—Sí;
Es un camino de abrojos;
Mi madre lo dijo así,
Con lágrimas en los ojos,
Al despedirse de mí:

Así hablaba a un triste niño
Un ánjel que sonreia,
Mirando sus dulces ojos,
Mirando su faz tranquila.

"Adios" le dijo el infante;
"Adios" el ánjel decia,
Que, invisible, fué a su lado
Apartando las espinas.

Cuando moria la tarde,
Cuando las sombras caian,
Llegó a un triste cementerio,
Donde su madre dormia.

Allí, alzando su plegaria,
Rendido por la fatiga,
Inclinó, cual mustia flor,
Su cabecita dormida.

Soñó con ánjeles bellos,
Oyó músicas divinas;
Mas no volvió a despertar
Al bullicio de la vida.

Entre los suaves perfumes
De las rosas purpurinas
Voló su alma inocente
Al Eden de las delicias.

Mayo de 1875.

JAVIER VIAL SOLAR.

¡FUE UN SUEÑO!

Vagando por un bosque
Perdíme cuando niño
I me acosté a la sombra
De un secular olivo.

Bien pronto el leve sueño,
Sin poder resistirlo,
Selló con fuerte mano
Mis párpados caidos.

I soñé....sí, era un sueño;
Pero sueño tan lindo
Que de mi mente nunca
Lo borrará el olvido.

Del tallo de unas flores
Irguióse de improviso,
Como una vaga sombra
De artístico capricho;

La ninfa mas hermosa
Que jamas haya visto
La voladora fama
Del Tártaro al Olimpo.

Llegóse a do yo estaba
Mirándola embebido,
I así con dulces labios
Sonriéndose me dijo:

"No quiero, nó, que el soplo
De la ambicion, maligno,
Te arrastre como arista
De la maldad al vicio.

"No quiero que en tu pecho
Tengan pérfido abrigo
Ni la ciega discordia,
Ni el odio maldecido.

"Para vivir contento,
Para vivir tranquilo,

Pulsa la lira i canta,
Que el canto es un alivio.

"Al bien alaba siempre,
Hijo del cielo mismo;
I execra al mal que mora
En el Erebo frio.

"Vive ajeno de dudas
I el dulce regocijo
Despertará en tus labios
Mil cánticos sencillos."

Dijo: i bañó mi frente
Con un soplo divino
Que brotó de su boca
Cual celestial rocío.

Huyó como un encanto,
Voló como un suspiro
Cuando aún con el eco
Se gozaba el oido.

Desde entonce en mi mente,
Como en verjel florido,
Retozan mil ensueños,
Mil plácidos delirios.

I por do quiera busco,
Con anhelo infinito,
De la dicha, una huella,
De la gloria, un vestijio.

¡Oh! tú que mil proezas,
Alma deidad del Pindo,
Dices en áurea trompa
O en tosco caramillo:

Oye afable estos versos
Que, humilde te dedico
Pues que a mi rudo canto
Graciosa has presidido.

I deja que esta hiedra
Circunde en sueltos jiros
Tus sienes entre lauros
I victoriosos mirtos.

Abril de 1875.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

JACINTA.

HISTORIA REFERIDA A TRES AMIGOS I DEDICADA A DON ANTONIO DE TRUEBA.

PARTE PRIMERA.

El viajero que pasa por el pueblo de T...., en la república de Colombia, habrá creido, al mirar distraido las montañas que quedan hácia el oriente, que detras de ellas no puede haber sino otras montañas habitadas únicamente por pájaros i por fieras. Pero si viviera unos tres meses en el pueblo de T.... podria ver muchas cosas en los paseos que hiciera por sus alrededores.

Primero conoceria las haciendas de los contornos hasta que se hastiara de conocer haciendas.

Despues iria todas las tardes, durante quince dias, a ver pasar las jentes en el camino real, hasta que se las aprendiera de memoria.

En seguida tomaria otro rumbo e iria a sentarse, al caer de la tarde, en las márjenes del rio, i allí pasaria largas horas viendo correr las aguas. A los ocho dias de este ejercicio, se retiraria fatigado a no ser que despues de haber contado los árboles, las hojas, las piedras i las ondas del rio se hubiera fijado en la parte mas oscura del monte. Hubiera visto entónces lo que no a todos los viajeros es dado ver; nada ménos que un sendero angosto i sombrío que viene de la montaña, del lado de oriente i desemboca en el rio o quebrada, donde tiene de cinco a seis piedras que atraviesan el angosto cauce, i sirven de puente que comunica la poblacion con los incógnitos lugares a donde va el sendero de que hablamos.

Mas nada de esto puede ver ningun viajero, por la sencilla razon de que nadie se está tres meses en T.... en donde no hai comercio, ni diversiones, ni ilustracion. Yo me estuve cuatro, porque encontraba silencio, soledad i una naturaleza vírjen; i porque me importa un bledo no encontrarme nunca con diversiones, ni con ilustraciones, ni comercio.

El sendero va atravesando una vega montuosa, i subiendo por entre un estrecho, se encuentra, a las tres horas de camino, con un valle que, segun el juicio del viajero, no puede abrigar sino pájaros i fieras.

¡Bondad de Dios! ¡cómo se engañan los viajeros! El vallecito

(tendrá unas cien fanegas) es cultivado i limpio, i su suelo ondulado como la superficie de un mar que ajitan lijeramente los vientos. La montaña, desaborlada en parte por las estancias de los colonos, rodea el circuito del valle refrescando las aguas que bajan a él. Decir que hai cincuenta casas, seria exajerar algo, pues contando las mas pequeñas no resultan sino cuarenta i dos pobres cabañas techadas de paja, con las paredes pintadas de tierra blanca o amarilla, i rodeadas de huertas. Las cercas de las huertas son de limoneros, i las esquinas están reforzadas por robustos i floridos chirimoyos; i no hai uno solo de los cuarenta i dos patios de las cabañas que no tenga por lo ménos seis granados en flor. Por en medio del valle serpea un riachuelo que, al salir de la montaña para caer al valle, forma una cascada de salvaje hermosura, coronada de árboles seculares. Hai multitud de caminos trillados que comunican las cabañas entre sí o van de éstas al camino real que sale fuera del valle. Hai a intervalos verdes manchas de platanales sonantes, i en derredor del valle maizales floridos, dominados por unos pocos árboles altísimos que dejan los labradores para sombrío.

Agregad a este paisaje una capilla sobre una arruga del terreno i cercada para defender sus paredes de las vacas que vagan pastando; poned la alegre campana bajo el alero de paja, llamando al rosario en que lleva la voz un anciano, i tendreis idea del valle.

La capilla, ademas de la reunion cotidiana, tiene otros destinos: sirve para velar a los muertos i para bendecir los novios. El cura de T.... viene algunas veces a apacentar esa parte de su rebaño.

Así estaba todo cuando yo fuí, cuando gasté un dia entero corriendo por sus caminitos trillados. Todo estará lo mismo en el dia en que escribo, porque allí nada se muda i hai flores en todo el año.

Solo la casa de la pobre Aleja estará bien triste.... porque está sola....

Ya no esperais, lector mio, sino que os diga el nombre de aquel rinconcito del mundo.

—¡Pero si no tiene nombre!

—Por lo ménos su situacion jeográfica o el verdadero nombre del pueblo T....

—Me guardaré bien de decirlo; no seré yo el que llame jente a aquel paraiso donde las desgracias que llevan consigo los hombres civilizados no han ido sino una sola vez.

El único hombre que podia satisfacer vuestras preguntas murió en la última guerra; la pobre mujer que vivió en medio de vosotros i que nació en el valle de que os hablo, primero se hubiera dejado arrancar el corazon que revelaros el lugar donde está el nido en que ella fué herida i aprisionada; i yo.... yo me guardaré bien de contarlo.

La Iglesia se ha olvidado de enviar un sacerdote a aquel rebaño de cuatrocientas almas. El gobierno se ha olvidado de enviar alcalde i jueces a aquel gremio de ciudadanos. La civilizacion se ha olvidado de enviar libros, en donde aprendan aquellos pobres ignorantes todos los errores que poseemos en las ciudades en donde no hai limoneros ni caminitos trillados. Por último, nadie ha ido a plantar el árbol de la ciencia del bien i del mal en medio de aquellos fragantes chirimoyos.

¡Qué contento estoi de todos estos olvidos! Me pesa el primero, pero lo acepto en cambio del restante. De aquí resulta que como no tienen jueces, no hai pleitos; i como nadie es sabio, ninguno es ignorante. Yo llamaria un sacerdote si encontrara alguno tan discreto que nunca revelara al mundo el secreto de aquella poblacion; porque ¿sabeis lo que haria el mundo? ¡Enviaria a los ricos i a los sabios a que atormentaran a aquellos pobres simples de espíritu!

Sin embargo, como lo veis, no carecian enteramente de pasto espiritual. Unas diez veces al año suele llegar al valle el cura de T.... a bautizar los niños i unir los adultos. Va a hacer ochenta i un años que se establecieron en el valle (llamémoslo así) sus tres primeros colonos. Los hijos de aquellos se fueron casando entre sí i han formado un pueblo. Los hombres toman mujer de dieziseis años ántes de cumplir ellos los veinte, i hacen sus cabañas en derredor de las de sus padres; como los hijos de Jacob, acampan rodeando la tienda del anciano. Suele verse encima de una colinita una casa en donde viven entre el silencio dos viejos que se calientan juntos al sol, vuelven juntos a la casita, juntos rezan i comen, juntos se acuestan sobre un lecho que les ha dado descanso durante cuarenta años. Pero, tended los ojos por los contornos i mirad las seis cabañas que están al pié de la colina. Oid qué gresca de muchachos que lloran i de mujeres jóvenes que cantan. ¡Qué alboroto de madres que regañan a los chicos i trabajadores que vuelven cantando de las estancias!

Todos esos son hijos, yernos, nietos i biznietos de los dos viejos que están hablando al amor de la lumbre o del sol. Las únicas personas de la familia que faltan son las hijas, porque éstas, siguiendo a sus maridos, han ido a cerrar la choza de otro anciano, su suegro; pero esta noche los vereis cuando vengan a recibir la bendicion.

El sol se esconde; a las seis de la noche es la hora en que se cambia la escena. Los trabajadores están de vuelta en sus casas i sorben el caldo refrijerante al lado de sus mujeres i de sus niños. En seguida van subiendo a la colina; en la casa *grande* se encuentran todos los hermanos i los primos; todos vienen a besar la mano i dar las buenas noches a los dos viejos que reviven en sus cincuenta descendientes.

La abuela Aleja es hija de uno de los tres fundadores de la colonia i nació en ella a los diez años de haber plantado su padre

el primer estantillo de la casa. Veintidos años tenia cuando oyó decir que habia guerra en el pais; no conocia la guerra i nunca supo que cosa era.

Aleja disfrutaba de cierto prestijio; su alma era sabia como la vejez i sencilla como la infancia. Su marido fué un robusto e infatigable labrador que desmontó muchas hanegas de monte, plantó el árbol de María que se ve aun junto de la casa, e hizo esa misma casa que hoi se está cayendo, porque la soledad pesa sobre ella mas que la vejez.

La naturaleza les dió bienestar; la virtud sencilla les hizo encontrar la dicha en su apacible afecto i en su retirado valle.

Empero tuvieron algunas pruebas que sobrellevaron con cristiana paciencia.

—Dios nos la dió i Dios nos la quitó, dijo Aleja cuando murió su primera hija; i su esposo contestó santiguándose:

—¡Hágase su santísima voluntad!

Les quedaba un hijo: éste se casó i tuvo a Jacinta. Mas la muerte vino a dejar huérfana de padre i madre a la pobre niña, que no tenia sino seis años de nacida. La abuela Aleja dividió desde entónces su existencia entre sus rezos sobre las tumbas de su marido i de sus hijos i el cuidado de su nieta.

Tenia esta catorce años cuando la conocí. ¡Qué figura tan linda! Su estatura era elevada i su talle flexible i delgado; sus labios parecian tintos en nopal, i sus dientes como granos de arroz; el color de su rostro moreno como las manzanas que el sol madura, resaltaba con sus mejillas que tenian el color de las flores del granado.

Cuando volvia de la quebrada de lavar la ropa de su abuela i la suya, con la batea puesta en la cabeza, con el pelo suelto i mal peinado saliendo bajo el ala de un sombrerito viejo, era cosa de pararse uno a mirarla i bendecir a Dios.

Pero cuando se ponia a tender la ropa en las sogas del patio, i al alzar sus brazos, se veia los hoyuelos de sus hombros que la camisa no cubria; vaya, lector, era cosa de volverse uno loco.

Aleja vivia fascinada por su traviesa i locuaz nieta.

¡Era de verse cuando la regañaba por alguna travesura, i cuando saltaba como un pájaro la linda jóven sobre la anciana i la abrazaba i la hacia reir! Todo regaño terminaba por una sonrisa, i toda sonrisa por una bendicion. En mi vida he visto un *toche* (1) mas inquieto que Jacinta; saltaba todo el dia, cantaba sin cesar i con todos tenia algo que hacer. Pero en cambio, ¡qué corazon tan puro! ¡qué bondad de alma! ¡qué caridad con los viejos i los pobres!

Por mui bonita que os haya parecido esta pintura, mucho mas bonita la retrataba en su imajinacion Antonio, el novio de Jacinta.

(1) Esta graciosa avecilla americana es de color de oro i lleva las alas negras. Canta melodiosamente.

Antonio era hijo de una de las familias del valle i un excelente muchacho. Se habia criado con Jacinta i la adoraba; tenia ocho años mas que ella i parecia que le tenia miedo, tanto era lo que la queria. De buena figura, trabajador i valiente, tenia ademas la ventaja de haber heredado una estancia que le producia mas de lo que necesitaba para su vida de soltero. Su familia i Aleja miraban su casamiento con Jacinta como cosa segura i bendecida de Dios. No esperaban sino que la muchacha cumpliera dieziseis años para celebrar el matrimonio.

Un año se habia pasado así, cuando una mañana la abuela llama a Jacinta, que estaba en la casa, i le mostró sonriendo a un hombre que estaba abriendo hoyos en un llanito, doscientos pasos mas abajo de la casa de Aleja.

A un lado del hombre habia un monton de gruesas estacas, cortadas ya a propósito como para formar una casa.

Jacinta apenas vió esto, se arrojó en los brazos de su abuela ocultando un vivo rubor que la abrazaba.

Lo que habia visto era.... era la choza nupcial que con tiempo empezaba a preparar Antonio.

Cada golpe del hacha sobre el robusto madero resonaba en su pecho i hacía saltar su corazon.

¡Quién sabe si su viva imajinacion de jóven le representaba de un golpe la cabaña hecha ya i rodeada de árboles!

¡Quién sabe si se figuró a ella misma habitadora de la casa, acariciada por el hombre honrado que iba a ser su guardian; i quién sabe si, salvando su pensamiento el tiempo futuro, apesar de su rubor de sensitiva, creyó oir un niño llorando en la cuna suspendida de un árbol! ¡Pobre Jacinta! ¡Qué feliz sueño pudo tener en ese momento en que estrechaba a su anciana abuela que le devolvia, sonriendo, sus caricias!

Faltaban apénas seis meses para el matrimonio. La inconstancia lijera de la edad habia borrado de la mente de Jacinta toda emocion fuerte. La casa seguia adelantando lentamente, porque Antonio queria hacer por sí solo la habitacion de Jacinta.

Los arbolillos que habia sembrado en derredor, estaban ya echando retoños, i un hilo de agua que habia sacado del arroyo, atravesaba el patio i formaba una cascadita al salir de un tubo de guadua. Los chirimoyos empezaban a botar las hojas secas: cuando estuvieran bien verdes seria el tiempo señalado: con las primeras flores se verificaria el matrimonio.

Las jentes del valle pasan de vez en cuando al pueblo de T... Todos los domingos van uno o dos individuos a hacer sus compras i las de los vecinos que se quedan; i las familias mismas van en ocasiones solemnes, como el Corpus, la Semana Santa i la Nochebuena.

Jacinta habia estado tres veces en su vida en el pueblo, i quiso ir con unas vecinas a comprar por sí algunas prendas de ropa en T... Fué, i estuvo contentísima: habia estado en la casa donde

se habia apeado una familia de la capital que habia ido a mudar de clima: volvió el domingo siguiente, i fué la última vez que la vió Aleja.

Desde las tres de la tarde, hora en que debian llegar los viajeros, estaba Aleja en el patio de su casa por ver si llegaba su hija; pero ninguna figura se destacaba en el verde horizonte al lado de la entrada del valle. Eran las seis de la noche i todavía no habia llegado. Aleja habia rezado sola su rosario, interrumpiéndose a cada Ave-María para enjugar las lágrimas que su desesperado afan le arrancaba.

Por la noche vino un mozo diciendo que los vecinos se habian quedado en el pueblo buscando a Jacinta que habia desaparecido. Aleja pasó una noche terrible, pidiendo a la Vírjen por su hija, i pidiéndosela a todas las jentes que pasaban cerca de su choza. A media noche se fué Antonio, cansado de aguardar noticias que no llegaban, i preso de la mas violenta inquietud.

Llegó la mañana, i Jacinta no parecia.

Llegó la tarde, i vino otro muchacho que dijo lisa i llanamente que Jacinta se habia escapado para Bogotá.

El dolor de la abuela Aleja fué espantoso: ni una sola lágrima brilló en sus marchitos ojos; pero la desesperacion hablaba en vez de lágrimas. En pocos momentos se estableció un silencio sepulcral en todas las cabañas, i a las cinco de la tarde, en lugar del alegre vocerío que se escuchaba en esa hora, no se oian sino los cantos de los labradores que volvian de las estancias, i que se iban callando conforme llegaban a sus casas i sabian el luto del valle.

Por la noche estuvo casi toda la poblacion en casa de la infeliz anciana, a quien se llevaron a otra cabaña. Todos preguntaban i ninguno sabia responder. Las dos mujeres con quienes habia ido Jacinta al mercado i que volvieron solas i llorosas al dia siguiente, no pudieron dar mas explicaciones: se habian estado en el pueblo hasta que supieron terminantemente que estaba léjos, camino de Bogotá. Unos pasajeros encontraron una muchacha cuyas señas coincidian perfectamente con las de Jacinta. Iba montada en un caballo castaño, i llevaba por compañía un *cachaco*. (1)

Antonio llegó por la tarde en un estado de dolor que daba agonía verlo.

PARTE SEGUNDA.

Si exceptuamos el dolor, cada vez mas hondo de la pobre abuela, i la desesperacion, cada vez mas sombría del desgraciado Antonio, el valle habia vuelto a su tranquilidad anterior, i nada anunciaba la desgracia que hemos referido.

(1) Pisaverde, libertino.

La casa de la abuela estaba abandonada: el lavadero de Jacinta no habia sido ocupado por ninguna otra mujer, i la cabaña que empezó a hacer Antonio estaba en el mismo estado, porque habia suspendido la obra desde el sábado que precedió al fatal domingo en que salió del valle Jacinta.

¡Pobre niña! un mes habia pasado i no se tenia la menor noticia de su paradero.

Antonio hablaba algunas veces con Aleja, que vivia ahora en la casa de una anciana, pariente de su marido. Una mañana en que aquellos dos desgraciados habian nombrado por la milésima vez a la fujitiva, Aleja se echó a llorar i dijo que sentia morirse por momentos, i que moriria con el pesar de no haber podido bendecir otra vez a Jacinta. Antonio alzó la cabeza i advirtió por primera vez, en medio de su dolor, que la pobre Aleja habia envejecido un año en pocos dias: comenzó a sentir inquietud por su vida i a preguntarle qué le mandaba para su alivio. Aleja le pidió por el amor de Dios que fuera a Bogotá a buscar a Jacinta i a traerla. En lo que ménos pensaba Antonio era en buscar a la mujer que tan villanamente lo habia abandonado; pero la súplica de aquella pobre madre, las lágrimas de aquella anciana que tan serena habia visto aun en las mas amargas circunstancias, todo le inspiraba una compasion sin límites, i le ofreció ir a buscar a Jacinta. ¡Quién sabe si el amor, aun el amor burlado, ayudó a convencerlo! Nosotros hemos visto los efectos de grandes pasiones entre las jentes del campo; marabillas de sensibilidad i de delicadeza como entre los corazones educados. Vimos morir repentinamente a un pobre jornalero al oir el grito (i él creyó que era el último) que exhaló su amada esposa cuando daba a luz con grandes dolores a su primer hijo. Cuando la moribunda volvió a la vida ya era viuda, i cuando nació la niña, a precio tan costoso adquirida, ya era huérfana. Hemos contado una que otra vez este suceso en medio de la sociedad civilizada, i hemos tenido ocasion de divisar las sonrisas de burla con que solemnizaba aquel milagro de sensibilidad i de ternura.

Antonio preparó su doloroso viaje i vino a noticiárselo a Aleja, trayendo un vecino piadoso que se encargaba de ir a T... a rogar al cura que pusiese una carta, a nombre de la anciana, para llevarla a Jacinta.

La abuela se deshizo otra vez en lágrimas, aprobó la idea i se quitó el rosario del cuello para dárselo a Antonio, encargándole que se lo entregara a Jacinta. Antonio lo suspendió a su cuello, i al dia siguiente, cuando el sol apareció, ya el pobre mozo habia cerrado su puerta i se disponia a emprender su triste viaje. Aleja, i aun Antonio mismo, estaban persuadidos que el único trabajo que tendrian seria encontrar la fujitiva; i que encontrada, hallarian la misma Jacinta que los habia hecho tan felices. ¡Ah! ¡no sabian lo que la compañía de un hombre i la habitacion en la ciudad podian haber hecho de la hermosa e inocente aldeana!

Una mirla, cuyo polluelo hubiera sido robado de su nido, si se hubiera puesto a buscar a su hijo, al fin lo hubiera hallado en la ciudad, en una jaula, i saltando alegremente entre los dorados alambres. Pero si se hubiera logrado abrirle la puerta de la jaula, el pájaro habria volado i vuelto a su bosque alegre i cantando, i sin ningun recuerdo de la ciudad.

Mas, ¿quién puede esperar que vuelva con su alegría i con su canto, con su inocencia i su risa, la pobre niña que vivió entre los hombres civilizados?

¡Ai! ¡al volver, si vuelve, se notará que sus lábios i sus mejillas no tienen ya el color de la flor del granado, i que sus ojos no son limpios i suaves como el cielo de su valle, i que ya ni puede ni sabe cantar i saltar como los pajarillos de su bosque!

Antonio llegó cuatro dias despues de su salida del valle a la populosa ciudad, donde se encontraba mil veces mas solo i mas abandonado que si le hubiera cojido la noche en medio de la montaña donde tenia su estancia.

Ningun conocimiento, ningun amigo, ningun extraño lo guiaba en las calles de Bogotá, donde se perdió muchas veces. Mas poco importaba esto: como no tenia posada fija, en cualquier parte donde le cojia la noche buscaba una tienda, compraba comida i pedia posada.

La tendera, al ver su buen aspecto i que tenia plata en la bolsa, no tenia inconveniente en permitirle que se acostara sobre el mostrador. Al dia siguiente seguia caminando.

¡Dios sabe si pasó un dia en derredor de una manzana, i vino a dormir a la tienda contigua a la que le habia dado posada la noche anterior, i creyó, al acostarse, que habia caminado media ciudad!

Dios sabe tambien si le amanecia en Santa Bárbara i la noche lo encontraba en alguna callejuela de las Nieves, siempre desorientado, siempre buscando, siempre preguntando en las tiendas: "¿Ud. conoce una muchacha *asi* i *así*, que se llama Jacinta?"

Pasaron ocho dias, i ocho mas, i no habia encontrado la mas pequeña huella de la que buscaba.

Una tarde bajaba por la calle de los Carneros, desalentado ya i pensando en su valle, cuando entre las voces de las jentes que iban a paseo (era domingo) oyó una que le hizo estremecer como si le hubiera dado frios. Paróse alineado en una pared i siguió escuchando: la voz que le habia herido el corazon venia de arriba, i se fijó con los ojos i con el alma. Dos mujeres cojidas del brazo i hablando i riendo bajaban en direccion a la Capuchina. Ambas vestian trajes de seda, gorra i chales. La una era hermosa todavía, pero flaca i de aspecto de mala salud: unos ojos mas civilizados que los de Antonio habrian descubierto que su color rosado no era sino pura i simplemente colorete.

La otra, era hermosa como un sol de mayo: sus ojos brillantes i alegres, su cara juvenil, sus carnes mórbidas, su acento gracio-

so, todo comunicaba al desgraciado Antonio que era Jacinta.

Pasó riendo i hablando junto al aldeano, que habria querido mas bien que la tierra se lo comiera, ántes que Jacinta, tan linda i tan bien vestida, lo reconociera i lo llamara, a él tan rústico i tan atónito.

Sin embargo, Jacinta no sintió la mirada de fuego que iba tras ella: siguió caminando con su lijero i gallardo andar, alegre como estudiante en vacaciones.

Antonio dejó que se alejaran mucho; ántes de volver en sí, i cuando notó que la habia perdido de vista, echó a correr atropellando jente, i a poca distancia las alcanzó. Desde entónces no abandonó la pista: caminando algunos pasos atras, fué tras ella hasta San Diego. Volvieron por el callejon de las Nieves i se entraron a una casilla pintada por de fuera; se paró en el porton, i oyó risas i palabras en la sala. A las ocho de la noche, entró en la casa un caballero mui bien vestido i perfumado, i media hora despues salió con Jacinta i tomaron en direccion a la plaza. Antonio iba detras, i los vió entrar en una casa en cuya puerta habia mucha jente: preguntó a un hombre cómo se llamaba esa casa, i supo que era el teatro. Preguntó a otro cómo se llamaba ese señor que estaba parado en la puerta comprando un billete, i le dijo que era Perico Ruiz, el *cachaco* mas brillante de Bogotá. Preguntó en seguida por el nombre de la señorita que iba con él, i le contestaron que se llamaba la Esmeralda. Este nombre no le pareció nombre de cristiana, i tornó a preguntar por qué se llamaba así.

Su amable interlocutor le dijo que era un sobrenombre por su belleza, i por lo mucho que estaba a la moda, i que su verdadero nombre era Jacinta.

Antonio dió un grito e iba cayéndose de bruces en el arroyo. El que habia satisfecho su curiosidad lo alzó del brazo, i le preguntó bruscamente:

—¿Ud. conoce a esa mujer?

Antonio iba a decir era.... mi novia, i se arrepintió i dijo:

—Es de mi pueblo.

La jente acabó de entrar al teatro, i no quedó en la calle sino un grupo de criados i de pilluelos.

El compañero entró tambien, i Antonio se sentó en el dintel de una puerta i aguardó hasta las once de la noche a que salieran de la funcion.

Se acercó a la puerta, i no pestañeó hasta que no vió salir a Jacinta con su pareja.

Dejó que anduvieran un poco i volvió a seguirlos como en la venida.

Llegaron a la casita, se despidió el señor don Perico, i ella entró cerrando el porton por dentro.

Pero apénas hubo doblado la esquina el señor don Perico, cuando Antonio salió de su escondite i de un salto se puso en la

puerta de la casa de Jacinta; golpeó, e inmediatamente le contestaron de adentro ¿quién es?

—Yo soi, dijo Antonio, i una muchacha abrió la puerta. ¿Puedo ver a la señorita Jacinta? preguntó.

—¿Qué queria? contestó la voz.

—Darle un recado.

—*Dentre*, dijo la criada.

Antonio, siguiendo tras ella, i al abrir la puerta de la salita vió a Jacinta que se adelantaba hácia la puerta. Empezaba a desprenderse el tocado, i se habia ya soltado su poblada cabellera.

—¿Quién es? tornó a decir; i Antonio, adelantándose, con la cara empapada en lágrimas, i con una expresion de dolor que asombraba: ¡Yo soi! contestó.

—¡Antonio! gritó Jacinta.

El campesino no respondió, sino alargándole la carta i el rosario.

– ¿I mi abuelita? tornó a preguntar Jacinta.

—¡Muriéndose i aguardándola! contestó Antonio con un sublime laconismo que su alma le inspiraba en su difícil situacion; Jacinta cayó sobre un canapé hecha un mar de lágrimas i sollozó un largo rato.

Cuando alzó la cabeza estaba sola; Antonio habia desaparecido.

La pobre niña no tenia dañado el corazon todavía, cuando puso sobre él la cruz del rosario de granates que le mandaba la anciana.

Vais a reiros, lector mio, pero vuestra risa no me impedirá seguir creyendo que el rosario hizo su efecto i convirtió a la pecadora. La agonía le dió fuerzas; no quiso llamar al que con tanta justicia huia de su presencia despues de cumplir su piadosa mision; pero se levantó, i embozándose en un pañolon, llamó la criada, le dió un recado i salió.

No empezaba a aclarar el dia cuando ya ella estaba léjos de Bogotá. A pié fué hasta Fontibon, i allí encontró bestia i sirviente para seguir su camino i volver al lugar de donde nunca debiera haber salido.

PARTE TERCERA.

La cabaña de Mercenaria, la que habia recojido a la abuela Aleja, presentaba un triste espectáculo el dia 4 de diciembre de 1853. Aleja estaba agonizando i toda la familia de Mercenaria lloraba i rezaba en derredor del lecho de guadua, donde se extinguia poco a poco la vida de la buena anciana.

A mediodia llegó el cura de T.... porque las súplicas de Aleja habian sido tan ardientes que dos vecinos marcharon a la madrugada en su busca. Ella queria por único premio, por único

consuelo, confesarse i comulgar; i Dios, contra la esperanza de los vecinos, le habia cumplido su deseo.

Alcanzó a confesar las pocas faltas que habian manchado su larga i virtuosa existencia; se confesó tambien como de un pecado del dolor que le habia causado la muerte de su marido i de sus hijos, i de la poca conformidad con que habia sobrellevado la huida de Jacinta.

El cura, por toda penitencia, le dijo que bendijera a la fujitiva, para que Dios le perdonara su huida. Aleja lo hizo sin ningun trabajo, i en seguida recibió el cuerpo de Jesucristo sacramentado.

La agonía empezó entónces i a la media hora espiró.

La cabaña estuvo llena de luces durante toda la noche; todas las familias vinieron a rezar el rosario por el alma de la difunta. Por la noche llegó Antonio, i la pasó llorando al pié del cadáver que, al dia siguiente, llevaron a enterrar; el cementerio está a la entrada del valle.

Habian puesto el cadáver en el suelo para acabar de abrir la fosa, cuando aparecieron en la mitad del valle dos personas.

Eran Jacinta i un peon.

Jacinta venia vestida de seda todavía, aunque su ropa estaba mui desgarrada.

Para hacer mas fuerte el contraste de aquel cuadro indecible, la ajitacion, el dolor, la emocion que sentia al volver al valle despues de dos meses de ausencia, i la alegría de la esperanza al acercarse a la abuela Aleja, todo le daba una hermosura sobrenatural que era aumentada por el desaliño de su vestido i por la marabilla de su aparicion.

Su compañero, tosco aldeano, hijo de la *sabana*, seguia los pasos de su jentil compañera.

Ambos se encaminaron al grupo, porque veian que estaban allí todos los habitantes del valle. Antonio estaba en el primer término del cuadro, i al ver a Jacinta se adelantó maquinalmente, i se detuvieron al encontrarse.

Ambos estaban avergonzados; Jacinta por su huida, por su falta i por su vestido; Antonio por lo que sufria Jacinta, i por su amor engañado.

Ambos sufrian; pero Antonio tenia la ventaja sobre Jacinta de no llevar vestido de seda.

¡Si supierais, lector mio, que fea se ve la riqueza del vestido sobre el campo verde!

Al acercarse al grupo, todos los ojos se volvieron a ellos, i todas las bocas enmudecieron.

En el silencio jeneral no se oian sino los golpes de barra de los trabajadores que abrian la fosa.

Los viajeros llegaron por fin al grupo; Jacinta habló i nadie le respondió; se acercó mas i Antonio le mostró con la mano un objeto: Jacinta siguió la direccion del brazo extendido i vió a la

sombra de un árbol, coronado de flores, un cadáver... el de Aleja. Dios habia castigado terriblemente las faltas de Jacinta. Es imposible explicar como no se quedó muerta en el instante.

Los gritos que daba resonaron en el valle i eran devueltos por los montes. Se arrojó en la tierra i sobre las piedras, i se tiñeron de sangre los vestidos con los golpes.

Derramó tantas lágrimas que por la tarde su rostro estaba desconocido.

Un dolor tan espantoso i tan grande que daba, no lástima sino dolor tambien, reconcilió con la desventurada criatura a los buenos vecinos que se habian alejado de ella, cuando llegó, i que se acercaron al fin i la levantaron en sus brazos.

El cadáver de la pobre anciana, cuyo semblante era el único que tenia paz i alegría en ese momento en que todos los semblantes expresaban el sufrimiento, fué puesto en su tumba, despues de haberse llevado medio muerta a Jacinta unas mujeres piadosas. Jacinta estaba herida de muerte, i pasó dos meses en medio de lágrimas continuas; la juventud i la robustez triunfaron al principio, i pudo levantarse aniquilada a pasearse por el valle.

¡Ai! iba ahora trabajosamente, flaca i triste, la alegre i hermosa niña que pocos meses ántes saltaba corriendo por todos aquellos caminitos trillados a la sombra de aquellos granados floridos!

El dolor i el remordimiento volvieron a adquirir su imperio i triunfaron al fin de la juventud i de la robustez.

En sus últimos dias quiso ver a Antonio; este recibió el recado que llevaba Mercenaria, i despues de una corta resistencia, al oir que estaba de muerte, fué, i la vió acostada en el mismo junco que habia soportado el martirio de la virtuosa Aleja. Jacinta le pidió perdon, i le refirió la triste historia de su falta. Le dijo como en la visita que habia hecho a la familia X... que encontró temperando en el pueblo de T... habia visto un jóven que le habló de lo que era Bogotá con tales ponderaciones que le despertó lo curiosidad. En seguida describió a T... i sus alrededores de una manera tan ridícula a los ojos de Jacinta, que la pobre campesina se avergonzó hasta las uñas. Preguntóle cuando volvia al mercado i díjole que no sabia. Pidió informes del lugar donde quedaba su habitacion, i la incauta niña le enseñó el camino.

Esto era en domingo, i el jóven le dijo que lo aguardara a la entrada del valle, el mártes, para que lo guiara en el paseo, para lo cual se comprometió tontamente Jacinta. El mártes fué efectivamente, i ella cometió la falta de ir a la cita. El la comprometió a que fuese el domingo a la poblacion, i se separaron. Todavía estaba pura la pobre niña, pero ya la serpiente le habia mordido el corazon.

Fué el domingo, i sin saber a que hora, cuando volvió en sí, ya iba fujitivos. Ella estaba fascinada por el lujo i las palabras chistosas i la conversacion infatigable de Perico. Llegaron a Bo-

gotá, i los primeros dias fueron pasados en lágrimas de dia, cuando estaba sola, porque los remordimientos hablaban alto ya, i en risas de noche, cuando venia Perico que ejercia una fascinacion increible sobre ella.

Ultimamente las fiestas, los trajes i los amigos la habian aturdido, i casi era dichosa cuando la aparicion de Antonio la hizo salir de ese sueño que la llevaba al último fin de su aplaudido deshonor.

Concluida esta triste i comun historia de seduccion, volvió a suplicar a Antonio que la perdonara para poder morir con mas tranquilidad. Un sollozo terrible desgarró el pecho de bronce que ocultaba un corazon tan noble, cuando tuvo que abrir los lábios para decir a la infeliz moribunda que no solo la perdonaba, sino que...

Su alma era mui elevada, mui intelijente, pero carecia de palabra i su lenguaje era incorrecto: no pudo concluir su tosca frase con lo que quedaba guardado entre su corazon.

Lo que queria decir era que no solo la perdonaba, sinó que la amaba todavía, o volvia a amarla, al tocar de cerca esa inmensa desolacion en aquella alma de niña que habia conocido con tan inmensa felicidad.

A los pocos dias se postró otra vez Jacinta volvió: el cura de T... al valle, reconcilió con Dios i con los hombres aquella alma despedazada, i la acompañó hasta que se fué a la eternidad.

Antonio habia cavado una tumba en la mitad de la casita que habia empezado a construir. Como es un agüero entre las jentes del valle, que no se puede vivir sobre la tierra que oculta un cristiano, comprendieron que, al enterrrar allí a Jacinta, Antonio queria decir que no se concluiria la choza, es decir, que no se casaria.

El lector va a encontrar otra vez que yo soi un fánatico, porque voi a hacerle notar que Perico Ruiz murió en la accion que se dió en 1854, i en que fué tomado el pueblo de T... a las fuerzas dictatoriales, por lo que he mirado su muerte como un castigo de Dios.

¿Comprendeis ahora por qué no quiero revelar dónde queda el valle de... ni el verdadero nombre de T..?

Todavía hai muchas Jacintas en el dichoso vallecito, i yo no quiero que los sabios, los ricos i los hombres de mundo vayan a atormentar a esos pobres simples de espíritu, ni a herir a aquellas avecillas cuyos cantos i alegría son una bendicion de Dios.

José María VERGARA VERGARA.

LOS SARJENTOS DE TAMBO NUEVO.

I.

Los soldados rasos de un ejército son los músculos de acero que imprimen al organismo militar su móvimiento jimnástico. El espíritu que los anima es el que pone en movimiento las almas, i da su temple a las armas de una nacion.

Cuando una columna se pone en movimiento al paso de ataque, cuyo compas mide el tambor, cuando las banderas se ajitan i las armas se extremecen obedeciendo a las vibrantes pulsaciones de brazos varoniles, cuando los corazones se encienden i los rostros se iluminan al fuego del entusiasmo que funde a todos en masa compacta, es el valor colectivo el que resplandece en medio de los peligros. Cada soldado es contado como unidad. El conjunto de esas unidades es lo que constituye la fuerza i el valor militar subordinado a la disciplina.

Cuando de entre las filas se destaca una figura extraordinaria, que obedeciendo a los impulsos espontáneos de su corazon hace algo mas que su deber, i lo hace con intelijencia, fortaleza i abnegacion, es la fuerza moral la que obra, es la conciencia humana que se convierte en accion, es el movimiento del alma que se revela, es, en una palabra, el espíritu heróico que se manifiesta.

La antigüedad tenia una corona para cada una de estas acciones señaladas de los soldados, desde la corona cívica que se ganaba salvando la vida de un ciudadano en el combate, hasta la corona de yedra que ceñia las sienes del que primero subia a la muralla.

En los tiempos modernos en que el movimiento de las almas se ha complicado, en que nuevos sentimientos, nuevas pasiones i nuevos móviles morales i materiales obran sobre los hombres, el soldado raso es un sér mas complejo, mas responsable, que se gobierna mas por su propia conciencia que por la recompensa i el temor.

Nada puede suplir en la milicia ese resorte elástico de las almas, que jamas se destemplan en el peligro ni se relajan en la derrota.

No se puede concebir un ejército sin temple moral, sosteniendo una grande i noble causa confiada a sus esfuerzos. Cada cabeza, cada corazon, debe abrigar una idea, un sentimiento, una creencia o una aspiracion superior que lo eleve sobre el nivel comun, i alcance por la combinacion de las fuerzas morales i ma-

teriales, el triunfo del ideal político i social que está en todos i cada uno de los que combaten.

Por eso los ejércitos de la independencia arjentina hicieron triunfar su causa en los campos de batalla, queriéndola, amando la libertad i aspirando a legar a los venideros una patria independiente, libre i feliz.

Empero, al recorrer las pájinas de nuestra historia escrita, se creeria que nuestros fastos militares son pobres de acciones extraordinarias, ejecutadas por simples soldados, obrando por inspiracion propia con heroismo i con conciencia.

Apénas se rejistran en ella uno que otro hecho en que se ponga de relieve el valor heróico, o se manifieste el sentimiento sublime de la abnegacion deliberada del individuo.

¿Será ingratitud, será olvido, será que realmente este jénero de acciones no está en la índole del soldado arjentino?

Nó. El Creador no negó al barro humano de que está amasado el soldado arjentino, el fuego sagrado de las acciones heróicas, inspiradas por móviles puramente morales.

El mismo olvido en que yacen seria una prueba de ello, si faltaran otras.

Mártires sacrificados oscuramente por ser fieles a su creencia, soldados que cumplieron con algo mas que su deber, sin mas testigos que su conciencia, han ofrecido su sangre en holocausto a los dioses desconocidos del porvenir, sin aspirar siquiera al epitafio anónimo que inmortalizó el heroismo de los que se sacrificaron por las santas leyes de Esparta.

No habian pasado tres años i ya el jeneral Belgrano habia olvidado al escribir sus Memorias el nombre del capitan Raigada, a quien confió en el Tacuary sostener la retaguardia, con una sola pieza de artillería, abandonada cobardemente por oficiales i soldados.

El nombre de Juan Bautista Cabral, que salvó a San Martin la vida sacrificando la suya en San Lorenzo, alcanzó los honores de una inscripcion a la puerta del cuartel, que sus descendientes no respetaron i que la gratitud póstuma no ha restablecido.

Falucho, el negro heróico, que solo i abandonado prefirió la muerte en la oscuridad a la ignominia de presentar sus armas a la bandera del enemigo triunfante, i murió dando vivas a su patria, apénas ha salido de la oscuridad i su nombre no ha sido rejistrado aun en las pájinas de la historia.

La romanesca accion de los sarjentos de Tambo Nuevo i la muerte heróica de uno de ellos, es otra prueba de lo que venimos diciendo.

La tradicion oral la habia hecho popular, i su nombre, salvado por los recuerdos de los contemporáneos, pasará a la historia a la par de los de Raigada, Cabral i Falucho.

Con estos elementos, con las noticias que nos suministran las Memorias escritas de los contemporáneos, i con las que hemos

podido encontrar en otros documentos de la época, se ha confeccionado este otro episodio de nuestros tiempos heróicos, que ya figura en las pájinas de un libro. (1)

II.

Despues de la desastrosa batalla de Vilcapugio (octubre de 1813), el jeneral Belgrano, corriéndose por uno de sus flancos con las miserables reliquias de su ejército, estableció su cuartel jeneral en Macha, con el ánimo de disputar al enemigo el dominio del Alto Perú.

A tres leguas de distancia estaba el campo de Ayouma, donde el ejército arjentino debia experimentar otro reves mas severo aun que decidiria la campaña.

Miéntras tanto, el enemigo, apesar de su reciente victoria, se hallaba reducido a la nulidad. Careciendo de víveres i de elementos de movilidad, se habia refujiado en las alturas, abandonando los valles a los vencidos.

Por su parte, el jeneral arjentino se ocupaba activamente en formar un nuevo ejército para librar una nueva batalla, repitiendo estas palabras históricas: "Aun hai sol en las bardas i hai un Dios que nos proteje." (2) A su voz los dispersos se reunieron, las poblaciones se insurreccionaron de nuevo, las armas, los víveres i los reclutas afluyeron a su campamento, i hombres, niños i mujeres del pueblo acudieron espontáneamente, trayendo en sus propios hombros sus ofrendas ópimas.

El jeneral Belgrano, aprovechándose de esta buena disposicion de las poblaciones i de la inaccion del enemigo, destacó montoneras i partidas de observacion en todas direcciones, estrechando el círculo de accion de los realistas i ensanchando el suyo. Sobre esta base promovió la guerra de partidarios, procurando interceptar las comunicaciones por el norte. Al mismo tiempo inició un sistema de hostilidades parciales sobre los destacamentos enemigos que aun no se habian reconcentrado a su campamento jeneral en Condo.

Entre los jefes de partidas sueltas, destacadas del ejército patriota, se encontraba el teniente don Gregorio Araoz de La Madrid. Este jóven oficial se habia hecho ya notar entre amigos i

(1) En el núm. 5 del periódico *Padre Castañeta* (1852), se publicó una relacion de la sorpresa de Tambo Nuevo, la cual es mas fantástica que verdadera i adolece de muchas inexactitudes. La que hace el jeneral Paz en sus "Memorias" (t. 1, páj. 138) no es completa, aunque mas exacta que la anterior. Por último, la que hace el jeneral La Madrid, actor de este suceso, en la páj. 30 i en las 32 i 38 de sus "Observaciones" a las Memorias de Paz, aunque mas detallada, es falsa por lo que respecta a la dispersion de la compañía enemiga cuando fué atacada por La Madrid, segun se comprueba con su mismo parte oficial (que él habia olvidado), el cual se encuentra publicado en el núm. 80 de la *Gaceta Ministerial* de 24 de noviembre de 1813 (páj. 482 i 83).

(2) Comunicacion de Belgrano al Presidente de Charcas, Ortiz Ocampo, el 7 de octubre de 1813 (MS.)

enemigos por su valor temerario. Activo i fogoso, La Madrid reunia a las puerilidades de un niño la audacia de un héroe de leyenda. Aunque poco capaz para concebir i ejecutar un plan militar, tenia todas las calidades que se requieren para un golpe de mano atrevido.

El jeneral supo utilizar estas calidades.

Un dia le llamó a su tienda, i le dijo:

—Escoja Ud. cuatro hombres de su compañía i marche a traerme noticias exactas de la vanguardia que está en Yocalla.

Al poco rato volvió La Madrid con cuatro voluntarios.

—Mi jeneral, le dijo, ya estoi pronto, i solo falta que V. E. me dé un pasaporte para que se me permita entrar al campo enemigo, para poderle traer las noticias con la exactitud que desea.

—Ud. sabrá proporcionarse el pasaporte, le contestó Belgrano sonriéndose.

La Madrid, guiado por un indio por senderos excusados, i trasnochando con una gran nevada, fué a amanecer sobre el campamento de Yocalla.

La vanguardia enemiga que allí se encontraba, se componia de la division al mando del comandante don Saturnino Castro, que habia decidido la batalla de Vilcapugio. Este oficial, hermano del célebre jurisconsulto arjentino del mismo apellido, era natural de Salta, i a su valor impetuoso, a su destreza en el caballo, i a la audacia de sus correrías, debia él ser reputado por el primer guerrillero del ejército realista. Apasionado de una belleza salteña, lloraba la ausencia de sus amores i ansiaba abrirse el camino de la ciudad natal, o por el triunfo o por la defeccion de la causa del rei, pasion que debia ser mas tarde la causa de su trájica muerte.

Como a cuatrocientas varas del campamento de Castro, se encontró La Madrid con una partida enemiga de cinco hombres que habian salido a hacer la descubierta sobre la nieve. Cayendo sobre ella de sorpresa, la tomó prisionera sin tirar un tiro.

Los cinco prisioneros fueron remitidos al jeneral para que le diesen las noticias exactas que pedia. Dos de ellos pertenecian a los juramentados de Salta. Belgrano los mandó fusilar por la espalda, i cortadas sus cabezas, se les puso un rótulo en la frente, en que se leia: *Por perjuros.*

Las dos cabezas fueron remitidas con un refuerzo de ocho dragones, a la avanzada del teniente La Madrid, con órden de colocarlas a la inmediacion del enemigo, para escarmiento de los que habian traicionado la fé jurada, en cuyo caso se hallaba el mismo Castro.

III.

La Madrid, a la cabeza de doce hombres, se consideró en aptitud de acometer empresa de mayor magnitud.

Aconsejándose de su ardor mas que de la prudencia, resolvió, sin pérdida de tiempo, atacar una compañía de cazadores montados, que sabia haber destacado el jefe de la vanguardia realista, con el objeto de cortarle la retirada luego que él se comprometiese en la quebrada Tiniguipaya, que era el camino preciso para volverse a aproximar a Yocalla.

En la noche del 24 de octubre, a la cabeza de su pequeño destacamento, se puso en marcha con el ánimo resuelto de sorprender a los cazadores enemigos, que segun las noticias de sus esploradores se habian situado en el portezuelo de la quebrada, en la posta denominada de Tambo Nuevo.

Para llegar a este punto se hacía necesario remontar una áspera cuesta, flanqueada por dos hondos despeñaderos. La Madrid, que conocia el terreno, hizo adelantar como batidores a los soldados José Mariano Gomez, tucumano, Santiago Albarracin i Juan Bautista Salazar, cordobeses.

Estos tres animosos soldados llegaron al pié de la cuesta, echaron pié a tierra i la subieron silenciosamente con el caballo de la rienda.

Al pisar la cumbre creyeron oir el relincho de un caballo, i mui luego vieron brillar a la distancia la luz de la posta. Acercáronse mas i distinguieron perfectamente a un centinela a pié, apostado en las casuchas. Deslizándose como sombras i aproximándose al abrigo de las quiebras del terreno, se convencieron de que allí estaban en efecto los realistas.

A excepcion del relincho de los cincuenta caballos encerrados en el corral de piedra de Tambo Nuevo, ningun rumor llegaba a sus oidos.

Los tres batidores siguieron avanzando, i descubrieron un cuerpo de guardia.

Era la avanzada de la compañía enemiga.

El centinela estaba desprevenido, o dormia, talvez, inclinado sobre su fusil. Las armas estaban apoyadas contra la pared, al cuidado del centinela. En el interior del rancho ardia un candil encima de una manta que servia de carpeta, sobre la cual se veia un naipe. A su alrededor dormian tranquilamente once soldados. A poca distancia, a retaguardia, descansaba el resto de la compañía en número de cuarenta hombres.

Los tres batidores concibieron por inspiracion el atrevido proyecto de apoderarse solos de la guardia.

Pensarlo i hacerlo fué la obra de un momento.

Uno de ellos se precipitó rápidamente sobre el centinela, i lo desarmó i rindió, tapándole la boca ántes que pudiese articular un grito de sorpresa. Otro se apoderó de las armas. El tercero colocándose en medio de la guardia con su sable a la dragona i su carabina amartillada, intimó a todos rendicion.

Todos se rindieron sin resistencia, i uno por uno fueron ma-

niatados por los tres batidores, quienes echándolos por delante volvieron a bajar la cuesta.

El sarjento de la guardia prisionera aprovechándose de las fragosidades del terreno, se arrojó por un despeñadero, i fué a dar la alarma al resto de la compañía que dormia tranquila.

Los batidores de La Madrid se incorporaron mui luego a él, i le presentaron once prisioneros i doce fusiles.

Sin trepidar, avanzaron los doce dragones patriotas en busca de los cazadores enemigos, que encontraron ya en marcha en disposicion de bajar la cuesta.

Trabóse un tiroteo en la oscuridad de la noche. Los realistas creyéndose atacados por fuerzas superiores, se replegaron a la posta, i fortificándose en el corral de piedra gritaron: *¡Viva la patria!* en señal de rendicion.

Las primeras luces del alba les hicieron conocer el corto número de los patriotas, i entónces volvieron a romper el fuego, pero sin abandonar los muros del corral.

La Madrid emprendió entónces su retirada, mas pesaroso de no haber tomado la compañía entera que satisfecho de la ventaja obtenida.

Llegados al cuartel jeneral con los prisioneros, los tres valientes batidores fueron recompensadss por el jeneral Belgrano, con el glorioso título de Sarjentos de Tambo Nuevo, con que han pasado a la historia, para enseñar a los vencedores que cuando un ejército está animado de nobles pasiones, hasta los simples soldados tienen las inspiraciones de los héroes.

IV.

El enemigo no perdió tiempo en replegarse a su reserva, disculpando su cobardía con la noticia de que habia sido atacado por un escuadrón de caballería i dos compañías de infantería.

A consecuencia de este suceso, Castro se replegó sobre su reserva a Condo.

Libre así el camino de Potosí a Vilcapugio, La Madrid pudo buscar el campo de la derrota, donde un mes ántes habian combatido furiosamente patriotas i realistas.

Los cadáveres de los realistas habian sido piadosamente enterrados por sus compañeros. Los de los patriotas permancian insepultos, devorados por los perros i los buitres.

Al frente de un monton de muertos que indicaba el sitio de la derrota del batallon N.° 6, se veian los cadáveres desfigurados de sus comandantes Alvarez i Beldon, que sucesivamente lo habian conducido al ataque i caido valerosamente a su cabeza

Allí colocó La Madrid las dos cabezas de los juramentados en Salta, recientemente fusilados, colgándolas de altos maderos, hecho lo cual se retiró, colocándose en observacion sobre las alturas.

Veinte dias despues, el ejército patriota era nuevamente de-

rrotado, i la pampa de Ayouma, como la de Vilcapugio, quedaba sembrada de sus cadáveres.

V.

Al terminar el año de 1813, Belgrano se hallaba en Jujuy, ocupado en organizar un nuevo ejército.

Ansioso de tener noticias exactas de las posiciones, fuerzas i planes del enemigo, que avanzaba otra vez triunfante sobre las provincias arjentinas, se acordó de los Sarjentos de Tambo Nuevo.

Llamó al sarjento José Mariano Gomez i dispuso que acompañado de 25 hombres se internase mas allá de la quebrada de Humahuaca, i hostilizando a los invasores, procurase tomar los conocimientos necesarios.

Gomez avanzó hasta Cangrejos, donde se encontró con la vanguardia realista que se componia del grueso de la caballería al mando de Castro.

Desde este punto se retiró Gomez con sus 25 hombres, hostilizando al enemigo dia i noche.

Al llegar al pueblo de Humahuaca, cayó desgraciadamente en una celada.

Conducido a presencia de Castro, que conocia i apreciaba su mérito, le ofreció la vida si prometia servirle con fidelidad.

Gomez, que habia pertenecido al ejército español, de cuyas filas desertó el año XII, contestó que no era capaz de traicionar a su patria ni a sus jefes.

Puesto en capilla para ser fusilado al dia siguiente, conservó siempre su altivez, sin que pudieran quebrantarla ni los halagos ni las amenazas.

Llegó el dia fatal, i dentro del cuadro, i al tiempo de sentarle en el banquillo, se le acercó un ayudante de Castro, ofreciéndole nuevamente la vida si prometia fidelidad.

La respuesta del sarjento de Tambo Nuevo fué digna de la hazaña que le habia merecido este título.

—Dígale Ud. al coronel, contestó, que si quiere saber quien es Gomez, me mande quitar las prisiones, i entregándome mi sable me haga largar dentro de este cuadro. ¿Qué puede hacerles un hombre solo? Pues que haga la prueba, i verá que Gomez no puede servir contra su patria.

Pocos momentos despues, Gomez caia bañado en su sangre, mártir oscuro de su fé política, sin pensar siquiera que la posteridad recordaria algun dia su nombre con admiracion.

En cuanto a sus compañeros Albarracin i Salazar, mas felices o mas desgraciados que él, se han perdido en la oscuridad de las filas de los soldados rasos, en que combaten i mueren tantos héroes ignorados, dignos de la corona de la inmortalidad.

BARTOLOMÉ MITRE.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

MAYO.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Compendio de Historia de América i de Chile, por Estéban Muñoz Donoso.—1 vol. en 8.° de 488 pájs.—Imprenta del *Correo*.

Antecedentes relativos al recurso de proteccion entablado contra la sentencia de la Corte Suprema, que declara que los abogados están obligados a servir el cargo de ajente fiscal.—1 vol. en 4.° de 38 pájs.—Imprenta *Nacional*.

Sesiones extraordinarias de la Cámara de Senadores en 1874.—Núm. 2.—1 vol. en folio de 196 pájs.—Imprenta *Nacional*.

Sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados en 1874.—Núm. 2.—1 vol. en folio de 473 pájs.—Imprenta *Nacional*.

Catálogo del Museo Histórico del Santa Lucía.—1 vol. en 4.° de 32 pájs.—Imprenta de *La República*.

El último dia de Polonia, drama histórico orijinal en cuatro actos i ocho cuadros, por Ruperto Marchant Pereira.—1 vol. en 4.° de 53 pájs.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

VALPARAISO.

Sociedad de Instruccion Primaria de Santiago.—Memoria leida en la sesion jeneral del 12 de julio de 1874.—1 vol. en 4.° de 10 pájs.—Imprenta *Colon*.

Quevedo.—Novela histórica, por Francisco J. Orellana.—2.ª parte.—Entregas 41, 42, 43 i 44, desde la paj. 217 hasta la 312, en 8.°—Imprenta de *La Patria*.

Los misterios del confesonario, novela, por Martin Palma.—Tomo II.—Entrega 24 en 4.°—Imprenta de *El Mercurio*.

Cuarta compañía de bomberos.—Bombas "Valparaiso i Blanco Encalada."—Memoria de los trabajos de la compañía durante los años 1871 a 1874.—1 vol en 4.° de 30 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

Reglamento de la tercera compañía de bomberos de Valparaiso.—1 vol. en 4.° de 24 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

CHILLAN.

Miscelánea: algo en prosa i verso, por Alejandro González P.—1 vol. en 8.° de 160 pájs.—Imprenta de *La Discusion*.

LA SOLEDAD.

Beatus ille qui procul negotiis...
HORACIO.

Vámonos, Lidia, huyendo
Del mundanal bullicio:
Busquemos el silencio
I ansiemos el olvido.

¿Qué a nosotros el fausto
De que se engríe el rico?
¿Qué los banquetes rejios?
¿Qué el espumoso vino?

Dénos su fresca sombra
El alegre arbolillo,
I sus murmullos dulces
El apacible rio;

Dénos sus luces Febo
I la luna su brillo;
Dénos su brisa el campo
I el viento sus jemidos;

I nada mas ansiemos:
Un corazon tranquilo,
Una conciencia limpia
I un provechoso libro.

Venga de cuando en cuando
Algun sincero amigo
I un manjar deseado,
Tambien venga el Domingo.

I así pasar miremos
Las flores del estío,
Las tristezas de otoño
I el cruel invierno frijido.

Así alegres veremos
Manso correr el rio
De los fugaces años
Al soplo del olvido!

Santiago, 20 de Julio de 1873.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

EL NEGRO FALUCHO.

(HÉROE AMERICANO.)

I.

¡Cuánta accion heróica ha quedado envuelta entre el humo de los combates! Muchos héroes desconocidos han rendido su vida, "sin pensar siquiera en legarnos sus nombres," segun la expresion del poeta. Multitud de hechos magnánimos i jenerosos yacen sepultados bajo el polvo del olvido, sin que la jeneracion presente se cuide de sacudirlo, para que aparezcan en todo su esplendor las nobles figuras de nuestros soldados ilustres.

La relijion de la gloria no tiene todavía un culto entre nosotros.

¡Cuántos sacrificios sublimes, cuántos mártires modestos i cuántos héroes anónimos, de esos que hacen honor a la humanidad i constituyen la gloria mas excelsa de un pueblo, cuenta nuestra historia militar! I sin embargo, aun está por levantarse el altar donde debia rendírseles el tributo de admiracion o de gratitud a que se han hecho acreedores!

El episodio histórico que vamos a narrar, uno de los mas interesantes i sublimes de la guerra de la independencia, es un comprobante de las melancólicas reflexiones que anteceden.

Hace hoi mas de treinta i tres años que un soldado oscuro de Buenos Aires sacrificó su vida como un soldado de Leonidas, por no presentar sus armas a la bandera española.

Hace mas de treinta i tres años que un puñado de jefes i oficiales de nuestro ejército, sorteó su vida con un estoicismo heróico, digno de los mejores tiempos de la Aténas de Sócrates.

Hace mas de treinta i tres años que dos ilustres mártires arjentinos, nuevos Curcios romanos, se sacrificaron con valerosa abnegacion por salvar la vida de sus compañeros de armas, como víctimas propiciatorias de la libertad americana.

¡Recientemente hace hoi cuatro años que una parte de esos hechos ha sido recordada, i para mengua de la gratitud arjentina, la patria de aquellos héroes aun no conoce ni sus nombres! Sin embargo, esos nombres merecen ser inscritos en letra de oro en el gran monumento que la posteridad reconocida consagrará a las glorias nacionales!

La sublevacion del Callao i la suerte de los oficiales que quedaron prisioneros a consecuencia de este suceso, forman el fondo de este episodio de los tiempos heróicos de la Republica Arjentina, en que hasta los simples soldados eran héroes. ¡Cuánto han cambiado los tiempos!

El coronel don Juan Espinosa, natural de Montevideo i hoi al servicio del Perú, ha sido el primero que ha consagrado un recuerdo tardío en una obra publicada en 1852, que lleva por título *La herencia española de los Americanos*. La relacion del coronel Espinosa, aunque llena de interes i escrita con animacion, es incompleta i adolece de inexactitudes. Nosotros, reuniendo los recuerdos de los mismos actores del drama sangriento que vamos a historiar, hemos podido salvar en toda su integridad una de las mas bellas pájinas de nuestra historia militar, que podria figurar sin mengua entre los grandes hechos de los héroes de Plutarco.

II.

En la noche del 4 al 5 de febrero (1) de 1824 se sublevó la guarnicion patriótica de los castillos del Callao de Lima arrebatados a la dominacion española por las combinaciones estratéjicas del jenio militar de San Martin.

La guarnicion se componia en su mayor parte de las reliquias del memorable ejército de los Andes, libertador de Chile i del Perú. El rejimiento del Rio de la Plata, los batallones 2.° i 5.° de Buenos Aires, los artilleros de Chile, i dos escuadrones del célebre rejimiento de granaderos a caballo que se reunieron mas tarde (el 14) a los sublevados, fueron las tropas que, despues de haber combatido por la independencia americana, rindieron el primer baluarte del Perú a sus mas encarnizados enemigos, oscureciendo con este hecho sus antiguas glorias.

Se han dado distintas explicaciones, sobre esta sublevacion.

La version mas acreditada es la que atribuye el motin a la falta de pago, en mas de cinco meses, lo que es un hecho positivo, (2) a lo que se agrega que en el dia anterior de la sublevacion habian sido abonados de sus sueldos los jefes i oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Parece en efecto que esta fué la causa inmediata que determinó el movimiento, pero es indudable que él tenia raices mas profundas, pues a haber estado ani-

(1) Espinosa dice que este suceso tuvo lugar el 15 febrero, pero consta la fecha que damos de documentos auténticos, cuales son las notas de Casarigo, jefe de la sublevacion, a Canterac, la del comandante español don Isidro Alaix al brigadier Rodil, al tiempo de recibirse del Callao, i el manifiesto de Torretagle, presidente a la sazon del Perú.

(2) Manifiesto del jeneral Martinez.

mada la tropa de mejor espíritu, tal escándalo no habria tenido lugar. Así lo reconocen en cierto modo los mismos jefes españoles, que tuvieron ocasion de penetrar en el fondo del pensamiento que presidió a la conspiracion. El jeneral García Camba, a quien mas adelante veremos figurar en este drama de una manera sombría, dice al relatar el hecho:—"Bien fuese efecto del vivo deseo de regresar a Buenos Aires i a Chile, de donde procedia la guarnicion del Callao, bien disgusto por el atraso que experimentaban en el pago de sus haberes, o bien, en fin, repugnancia de embarcarse para la costa del norte a disposicion de Bolívar, cuyas voces corrian, celosas al mismo tiempo de las preferentes atenciones que se llevaban las tropas colombianas, lo cierto es que en la noche del 4 al 5 de febrero se sublevó la guarnicion del Callao." (3)

En honor de los antiguos veteranos que cometieron este crímen, debemos creer que influyeron mui poderosamente en su resolucion los recuerdos de la patria lejana i el deseo de volverla a ver, despues de tan largos i fatigosos años de campaña. Debe tambien contarse por algo el orgullo militar ajado en las tropas que, despues de haber sido la intrépida cabeza de columna de la revolucion, se veian colocadas a su retaguardia, huérfanos del vencedor de Chacabuco i Maipo, i sometidos a Bolívar, su feliz rival. Si esto no disculpa el hecho en sí, sirve por lo ménos para atenuarlo, i sobre todo para explicarlo, i desmostrar que la falta de paga fué mas bien un accidente inmediato que determinó la sublevacion. Mas adelante se verá que esa sublevacion no tuvo en su oríjen un carácter político, i que otro accidente le imprimió el carácter i la direccion que definitivamente asumió.

III.

Operada la sublevacion, aparecieron a la cabeza de ella los sarjentos Moyano i Oliva, ámbos pertenecientes al rejimiento del Rio de la Plata, el cual sirvió de base al motin. Estos dos sarjentos eran naturales, uno de Mendoza i otro de Buenos Aires, habian hecho todas las campañas del ejército de los Andes, distinguiéndose ámbos por su valor mas que por su intelijencia.

El jeneral don Rudecindo Alvarado era en aquella ocasion gobernador del Callao. El primer paso de los sublevados fué apoderarse de la persona del gobernador i la de todos los jefes i oficiales de la guarnicion, quienes fueron puestos presos, quedando aquéllos dueños absolutos de la plaza.

Obtenido el triunfo, los amotinados no acertaban a dictar ninguna medida, ni a dar una direccion al movimiento. Una parte

(3) Memorias de las armas españolas en el Perú.

de la tropa arrastrada por sorpresa, i otra arrepentida talvez, volvia instintivamente los ojos hácia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada a obedecer i a cuyas órdenes se habia batido siempre. La soldadesca, emancipada del freno saludable de la disciplina, se entregaba a cometer exesos, no bastando ya a contenerla la autoridad de los nuevos caudillos. El motin no tenia un objeto declarado que pudiese mantener unidos en un mismo pensamiento a 1500 soldados, mandados por dos sarjentos. En consecuencia, la reaccion debia tardar lo que tardase en brillar la aurora del nuevo dia.

Moyano, que como mas audaz habia asumido el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veia desorganizarse los elementos que habia desencadenado i tenia delante de sí en perspectiva el cadalso. Oliva, ménos arrojado que Moyano, pero mas sagaz que él, tuvo en aquel momento supremo una inspiracion funesta, que decidió de la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las Casas Matas del castillo el coronel don José María Casariego, hombre de carácter firme i de gran presencia de espíritu en los momentos críticos. Habíale conocido en Chile el sarjento Oliva, i persuadió a Moyano que se dirijiesen a él para que los aconsejase en aquella difícil circunstancia.

Moyano acojió la idea, i ámbos se dirijieron en silencio a los retirados calabozos de las Casas Matas, donde descansaba el coronel Casariego, ajeno a la revolucion que se operaba en su destino. Luego que los dos sarjentos le informaron del objeto de su visita, comprendió todo el partido que podia sacarse de aquel suceso i de aquellos hombres, pero se guardó bien de manifestar su pensamiento. Se limitó a aconsejarles que trasladasen a los prisioneros españoles, de quienes nada tenian que temer, al cuartel de la Puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, i que los reemplazasen en las Casas Matas con los jefes i oficiales independientes, aislándolos así de la tropa, i previniendo una reaccion. Moyano i Oliva acojieron con avidez el consejo, i ántes de amanecer el dia se hallaban todos los presos patriotas en las Casas Matas, bajo la custodia de Oliva, miéntras Moyano alimentaba el fuego de la sedicion, teniendo por coadjutor a Casariego.

La indisciplina i el desórden subió de punto como era natural, i esto, agregado a las maniobras, a las amenazas i a las promesas de los ajentes patriotas, no hizo sino aumentar la confianza de Moyano i de Oliva, que recien comprendian el alcance del paso que habian dado, i que se reconocian inferiores a la situacion violenta i falsa que habian creado. El astuto Casariego, que se habia insinuado ya con ellos respecto de la conveniencia de dar a la sublevacion un carácter reaccionario, i que los habia encontrado vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintó a Moyano i Oliva, con los mas negros colores, todo lo que

tenian que temer de los patriotas, despues del paso atrevido que habian dado, dibujándoles del modo mas halagüeño las recompensas que debian esperar del rei de España, si se atreviesen a levantar en los castillos el estandarte real. Valiéndose así de la esperanza i del temor, logró fijar a aquellos hombres en el mal camino, encendiendo en sus almas un súbito relámpago de ambicion i de grandeza, que debió ofuscarlos. Persuadidos que no tenian salvacion posible sino en el camino que se les abría, insinuaron artificiosamente en la tropa que este era el único medio de regresar a Buenos Aires i a Chile, que la aceptó la idea tal como se la presentaba, i desde ese momento, Casariego fué el árbitro de la situacion, i el rei de España dueño de la primer fortaleza de la América del Sur.

Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad; Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel; Oliva fué nombrado teniente coronel: Casariego asociado al mando político i militar; se dió nueva forma a los cuerpos sublevados; se intercalaron en ellos los jefes i oficiales españoles; se hizo una promocion jeneral a oficiales entre los cabos i sarjentos revelados, i se ofició al jeneral Canterac poniendo a su dispocion las fortificaciones i la guarnicion del Callao.

Despues de muchos dias de negociaciones, que Casariego entretenia con astucia, i despues de contrarestar valerosamente los sublevados varios ataques por mar i tierra, oscilados entre el desórden i la esperanza del pronto auxilio del ejército español, llegó por fin éste el 29 de febrero al Callao, i tomó posesion de la plaza, confirmando en sus honores i empleos a los tres caudillos de los sublevados.

Moyano i Oliva han llegado a jenerales en España. ¡Casariego hace poco tiempo vivia de limosna en los conventos de Lima!

IV.

En la noche del 6 de febrero, subsiguiente a la sublevacion, hallábase de centinela en el torreon del real Felipe, un soldado negro del rejimiento del Rio de la Plata, conocido en el ejército de los Andes con el nombre de guerra de *Falucho*.

Era Falucho un soldado valiente, mui conocido por la exaltacion de su patriotismo, i sobre todo, por su entusiasmo por cuanto pertenecia a Buenos Aires. Como uno de tantos que se hallaban en igual caso, habia sido envuelto en la sublevacion, que hasta aquel momento no tenia mas carácter que el de un motin de cuartel.

Miéntras que aquel oscuro centinela velaba en el alto torreon del castillo, donde se elevaba el asta-bandera, en que hacía po-

cas horas flameaba el pabellon arjentino (4) Casariego decidía a los sublevados a enarbolar el estandarte español en la oscuridad de la noche, ántes que se arrepintiese de su resolucion.

Sacada la bandera española de la sala de armas donde se hallaba rendida i prisionera, fué llevada en triunfo hasta el baluarte de Casas Matas, de donde debia ser enarbolada primeramente, afirmándola con una salva jeneral de todos los castillos.

Faltaba poco para amanecer, i los primeros resplandores de la aurora iluminaban el horizonte.

En aquel momento se presentaron ante el negro Falucho los que debian enarbolar el estandarte, contra el que combatian despues de catorce años.

A su vista el noble soldado, comprendiendo su humillacion, se arrojó al suelo i se puso a llorar amargamente, prorrumpiendo en sollozos.

Los encargados de cumplir lo ordenado por Moyano, admirados de aquella manifestacion de dolor, que acaso interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenaron a *Falucho* que presentase el arma al pabellon del rei que se iba a enarbolar.

—Yo no puedo hacer honores a la bandera contra la que he peleado siempre, contestó Falucho con melancólica enerjía, apoderándose nuevamente del fusil que habia dejado caer.

—¡Revolucionario! ¡Revolucionario! gritaron varios a un mismo tiempo.

—¡Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor! exclamó Falucho con el laconismo de un héroe de la antigüedad; (5) i tomando su fusil por el cañon lo hizo pedazos contra el astabandera, entregándose nuevamente al mas acerbo dolor.

Los ejecutores de la traicion, apoderándose inmediatamente de Falucho, le intimaron que iba a morir, i haciéndole arrodillar en la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaron a quema-ropa sus armas al pecho i a la cabeza. Todo era silencio i las sombras flotantes de la noche aun no se habian disipado. En aquel momento brilló el fuego de cuatro fusiles, se oyó una sorda detonacion; resonó un grito de *¡Viva Buenos Aires!* i luego, entre una nube de humo se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caia al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho, que caia gritando *¡Viva Buenos Aires!* ¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazon de un soldado tosco i oscuro!

Así murió Falucho, como un guerrero digno de la república de Esparta, enseñando cómo se muere por sus principios i cómo se protesta bajo el imperio de la fuerza. Para enarbolar la bandera española en los muros del Callao fué necesario pasar por

(4) Esta bandera se halla hoi en poder del jeneral don Enrique Martinez.

(5) Todos estos detalles i palabras, como las demas que se leerán, son rigorosamente históricos.

encima de su cadáver; se enarboló al fin, pero salpicada con su sangre jenerosa, i aun tremolando orgullosamente en lo alto del baluarte, el valiente grito de *¡Viva Buenos Aires!* fué la noble protesta del mártir contra la traicion de sus compañeros. Esa protesta fué sofocada por el estruendo de la artillería en todos los baluartes del Callao.

Falucho era nacido en Buenos Aires, i su nombre verdadero era Antonio Ruiz. ¡Pocos jenerales han hecho tanto por la gloria como ese humilde i oscuro soldado, que no tuvo un sepulcro, que no ha tenido una corona de laurel, i que recien hoi tiene un recuerdo en la historia de su patria!

El martirio de Falucho no fué estéril. Pocos dias despues, se sublevaron en la Tablada de Lurin (6) dos escuadrones del rejimiento de granaderos a caballo, i deponiendo a sus jefes i oficiales, marcharon a incorporarse a los sublevados del Callao. A la distancia vieron flotar al pabellon español en las murallas. A su vista una parte de los granaderos, que ignoraba que los sublevados hubiesen proclamado al rei, volvieron avergonzados sobre sus pasos, como si la terrible sombra de Falucho les enseñase el camino del honor. Solo los mas comprometidos persistieron en su primera resolucion i volvieron sus armas contra sus antiguos compañeros, quedando así disuelto por el motin i la traicion el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile i del Perú.

BARTOLOMÉ MITRE.

MI VECINA.

¿Estará ausente?.... no asoma
La niña al balcon ¡ai Dios!
Sus mirtos no dan aroma,
No se oye su dulce voz:
Las flores de sus balcones
Mústias, a secarse van,
I, como mis ilusiones,
Marchitas tambien están;
Ya no cuida en las macetas,

(6) Orden jeneral de Camba, publicada en Lima.

Del invierno en las mañanas,
Sus perfumadas violetas
Como a queridas hermanas:
De la aurora a los albores
Regábalas con encanto,
¿Tal vez ahora otros amores
Ha ido a regar con su llanto?....
¿Tal vez otro amante, ufano,
Escucha de placer lleno
Las notas de su piano,
Los suspiros de su seno?....
¡Mas, nó! oculta en la cortina
Reluciente veo su tez;
¡La encantadora vecina
Volvió por fin otra vez!
¡Cómo cambian los sonrojos
De su encendida mejilla!
El claro azul de sus ojos
¡Ai! ¡cuánto en la noche brilla!:
¡Cómo me mira!.... a lo léjos
Su mirada reverbera;
Pero.... ¡ai Dios!.... *son los reflejos*
De la luz en la vidriera!

JOAQUIN LEMOINE.

LA VIRJEN DE LA VIÑA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN LITERARIO DE 1874.)

Ella su pueblo cariñosa guarda:
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, i a su imperio prontos
Los elementos ceden.

(MORATIN, hijo.)

I.

Allá al pié del Cerro Blanco,
Aquella agreste colina,
Donde el rudo espino crece
I las flores nunca habitan,

Arida como sus peñas
Que el minero beneficia,
I triste como las tumbas
De que se encuentra vecina,

Entre floridos verjeles,
Que a los que pasan hechizan,
Se eleva esbelto i gracioso
El santuario de la Viña.

*
* *

Sobre el triste verde oscuro
Del cerro, el paseante mira
Dibujarse desde léjos
La nevada torrecilla;

I en la tarde melancólica
Lleva en sus alas la brisa
El eco de las campanas
Que al pueblo a rezar convidan.

¡Sacro bronce! no es preciso
Que tus notas arjentinas
Nos llamen a la oracion
En aquella hora del dia,

Para que a rogar acudan
Los que amparo necesitan
I demandar el consuelo
De sus almas aflijidas,

Que a todas horas la puerta
De la modesta capilla
Se abre a innúmeros devotos
Que confiados la visitan.

*
* *

Mas que para su defensa,
Para encanto de la vista,
La plazoleta del templo
Cerca una reja pulida.

De perfumados naranjos
Entre dos frondosas filas
Hai allí una cruz de hierro
Que recuerda al que la mira

Por los fúnebres emblemas
De que se halla revestida,
Del Salvador moribundo
El martirio i la agonía.

Al lado del cerro hai árboles
Que en los hechiceros dias
De primavera los vientos
Murmuradores ajitan;

Bellos almendros nevados,
Duraznos de purpurinas
Flores, nísperos, aromos,
Mirtos, romeros i lilas.

I en una jaula de hierro
Mil graciosas avecillas
A la Reina de los ánjeles
Con lenguas arpadas trinan.

*
* *

¡Alegre sitio do rie
Naturaleza propicia!
Hermoso lugar aquel
Para adorar a María!

Parece que aun repitiera
Allí el aura fujitiva
Las plegarias que elevaron
A la Vírjen sin mancilla

Los bravos conquistadores
Que la castellana insignia
Plantaron en esta tierra
Hoi tan floreciente i rica,

Los que con piedad ferviente
Alzaron aquí algun dia
Altares para tu culto,
¡Santa Madre de la Viña!

¿Dónde están ellos?.... Pasaron
Como las hojas efímeras
Del bosque, cual por el aire
Nubes que el acaso pinta.

Apénas hai quien recuerde
Sus hazañas inauditas,
Mas, de su piedad, el templo
Guarda la memoria viva.

*
* *

Sí, en el templo, do se adora
La Majestad Infinita,
El nombre de esos guerreros
Halla un eco todavía;

Que aquellos batalladores
De su frente esclarecida
Desceñian los laureles
Ganados en ruda liza,

Para adornar los altares
De la cruz, sagrada insignia,
Que los guió en los combates
Donde arriesgaban sus vidas.

I tras pelear dia i noche
En lucha ruda i contínua
Sin mas armas que la fé
Que sus pechos fortifica,

De jenerosa piedad
En fuego su alma encendida
Hospitales al enfermo,
Ricas aras a María

Levantaban fervorosos,
I sus postrimeros dias
Ocupaba la plegaria
O la caridad divina;

I, al morir los caballeros,
Les daba tumba bendita
El templo cuyos cimientos
Delineó su espada misma.

II.

Mediaba el décimo sesto
Siglo i un campo de gloria
Abria América vírjen
A las huestes españolas.

De Castilla los leones
Flameaban en las remotas
Comarcas desconocidas
Que lamen las mansas olas

Del Pacífico i los Andes,
Esa mole portentosa,
De un extremo al otro miden
Como serpiente de rocas.

Valdivia, guerrero insigne,
Digno de inmortal memoria,
Ya habia este fértil suelo
Descubierto en feliz hora.

I en medio de un verde valle
Que espesos bosques adornan
I riega un humilde arroyo
De turbias i escasas ondas,

Santiago entónces nacia,
Mas no la ciudad que ahora,
En su grandeza engreida
De magnífica blasona,

Sino una mísera aldea
De pobres, pajizas chozas,
Por do quiera amenazada
De la enemigas hordas;

Donde el guerrero dormia
Apoyado en su tizona
Sin alijerar sus miembros
Del peso de férrea cota;

Donde las fatigas rudas
De una guerra asoladora
Ni el cultivo permitian
De una tierra en mieses pródiga.

Hoi nos absorbe i suspende
La noble constancia heróica
Que sostenia a los padres
De la mísera colonia,

Al resistir los furores
Del combate, la espantosa
Peste, i del hambre tremenda
La presencia aterradora.

De bronce el alma tenian
Esos hombres, cuyas obras,
Aun, al traves de los tiempos
Nos marabillan i asombran.

***

Entre esos conquistadores
Don Rodrigo de Quiroga
Por su virtud i proezas
Legó su nombre a la historia;

No ménos que su consorte
Ines de Suarez, matrona
Que una vez salvó a Santiago
Con resolucion heróica,

Cuando el gran Machamilonco
En jornada desastrosa
Casi postró por el polvo
Las enseñas españolas.

Fué ella la primer cristiana
Que pisara nuestras costas,
Afable, dulce, paciente,
Tan discreta como hermosa.

De los pobres era madre,
Dulce hermana cariñosa
Del que sufre; su existencia
De virtud espejo i norma;

Aunque la calumnia impía,
Que el mérito no perdona,
Alguna vez de su cáliz
La hizo apurar la ponzoña.

***

De una vida que doraba
En sus fulgores la gloria
Tocaban ámbos esposos
A la tarde encantadora.

Ellos llamarse podian
Los padres de la colonia
Que se elevó floreciente
A su benéfica sombra,

Dios bendecia sus campos,
Pues con mano jenerosa,
De sus cosechas, al pobre
Daban liberal limosna.

¡Ninguna crueldad empaña
El limpio sol de su honra
I aun al traves de los siglos
Es bendita su memoria!

¡Dulce vejez de los buenos
Que ningun cuidado azora
Porque la tierra cruzaron
Realizando santas obras!

*
* *

Los dos ancianos vivian
En Dios sus almas absortas;
Que ya nada de la tierra
Sus deseos ambicionan.

Su goce es la caridad,
Del cielo puerta gloriosa,
I a María Inmaculada
Alzar plegarias devotas.

Con suspiros amorosos
El nombre sagrado invocan
De la que en los altos picos
Del Monserrate se adora.

Culto tiene en su mansion
La divina Protectora;
Peremne ante ella una lámpara
Vierte su luz misteriosa:

Mas esto a saciar no llega
Lo devocion afectuosa
Del cristiano caballero
Que casi a la huesa toca.

I anhela su ardiente culto
Perpetuar en las remotas
Jeneraciones. Ya el término
De su jornada se acorta,

I él, cuyo nombre bendito
Repiten por la colonia,
Pronto quizas de la tierra
Pasará cual leve sombra.

Así piensa muchas veces
El buen caballero a solas
I cierto dia agobiado
De idea tan melancólica,

—"De nuestro amor a María
Dejemos, dice a su esposa,
Tras esta mortal carrera,
Pia i cristiana memoria.

"¿Nó ves en aquellos llanos
Alzarse una erguida loma
Que verde espinal rodea
Como silvestre corona?

"Muchas veces al mirarla
Del crepúsculo en las horas
Mi pensamiento ha volado
Mui mas allá de las ondas,

"Que por siempre nos separan
De nuestras nativas costas
I recordé con ternura
Nuestra montaña española

"Del Monserrat, donde pios
Léjos de mundana pompa,
Invocan los solitarios
A nuestra insigne patrona.

"Entónces, "¡ai! me decia:
"Llegará mi última hora
"I nunca a orar en tal sitio
"Podré tornar con mi esposa!"

"Pues, bien en esa montaña,
Hoi abandonada i sola,
Un templo del patrio suelo
Nos traiga dulces memorias;

"Allí, a los piés de María,
Con férvido gozo corran
Estas lágrimas que mudas
En mis párpados se agolpan;

"Allí iremos a rezar,
I bajo la humilde bóveda
Del templo que levantemos
Se cabará nuestra fosa...."

Al voto del caballero
Respondió la fiel matrona;
Su devocion los anima
I los recursos les sobran.

I un año despues cumplióse
La aspiracion jenerosa
De los ilustres patriarcas
De la naciente colonia,

Alzándose una capilla
De bella i gallarda forma
Sobre la verde montaña,
Como nevada paloma.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Concluirá.)

"EL AMOR" POR MICHELET.

Mr. J. Michelet tiene un talento que irradia, posee una inteligencia robusta, poderosa, de colosales proporciones. Hombre de larga experiencia, de vastos i variados conocimientos, se ha distinguido en el mundo de las letras como literato, filósofo, historiador, publicista i escritor. Antiguo profesor del instituto real de de Francia, ante un público ávido de ciencias, ha dado lecciones sobre historia i sobre moral. Sin disputa es uno de los grandes hablistas de nuestro siglo, i su palabra apasionada i viva se espera i aun se escucha con cierta novedad. Tiene la facundia i la chispa del hombre de jenio. Como filósofo es una potencia. La Academia francesa, templo augusto, do arden i reverberan todas las ciencias, que encierra el mundo civilizado, le cuenta en el número de sus mas brillantes miembros.

Esto, sus costumbres irreprochables i su respetable ancianidad le rodean de cierto prestijio, de cierta reluciente aureola, que para sus adeptos pasa por una de aquellas lumbreras que de cuando en cuando nos depara la Providencia.

Para un hombre solo esto es mucho.

Pero las virtudes de Mr. Michelet ¿son reales o finjidas? ¿Ama con conciencia al jóven i la niña, al hombre i la mujer, a la familia i la sociedad? En uno i otro caso nuestra respuesta no será ni afirmativa ni negativa, porque vedado nos está juzgar la conciencia ajena.

Pero si nos es prohibido poner en nuestros manos la conciencia de este ilustre anciano, deber nuestro es hacer que desfilen sus ideas, i entónces justipreciar su enseñanza, su doctrina i sus sentimientos.

Michelet vino al mundo i fué mecido en cuna católica. Ya hombre, hízose libre-pensador, alistóse en la escuela racionalista, entre los filósofos que le rinden culto a la materia. En el fondo, talvez sin pensarlo ni quererlo Mr. Michelet, su enseñanza tiende con mucho al comunismo.

Como todos los hombres de la escuela del libre pensamiento, Michelet escribió *El Amor* con el dogmatismo del yo, con gran dósis de amor propio, i con la vanidad del filósofo que hace de la ciencia una relijion i de la experiencia un calvario. Desarrolla Michelet en tal libro una filosofia sensualista, pagana desquisiadora e impía, careciendo de los medios de dar un guia a la inteligencia i sin poseer la virtud de robustecer el corazon.

Vese a todas luces en *El Amor*, que nuestro filósofo quiere a todo trance dejar su nombre de herencia a la mujer. Así, levantando andamios, derramando flores por ciertas veredas, sensibilizando la idea i la expresion, batiendo palmas al amor sensual, la posteridad podrá recojer la memoria de tan notable escritor, pero no le levantará un altar, ni ménos le proclamará un bienhechor de la humanidad.

Michelet escribió *El Amor* halagando las pasiones, prescindiendo de todo sentimiento relijioso, divinizando la materia, trabajando por que a la mujer le cupiese un triste lote.

En *El Amor*, Michelet pulsa la lira, armoniza la expresion, canta i gorjea, pero rara vez señorea el corazon, porque casi siempre está alejado de la verdad.

El célebre autor i profesor de historia moderna ha escrito, pues, una obra notable bajo muchos conceptos; que ha hecho eco que se encuentra traducida en casi todos los idiomas del mundo, que se han apresurado a leer hombres i mujeres. Tal es la produccion literaria de Mr. Michelet, que lleva por título *El Amor*, fruto de treinta i dos años de trabajo, segun su propia confesion.

¿El contenido de esta obra es vasto, vastísimo. ¿Quién no ve que está calculado para producir grandes efectos? *El Amor* es la base de la familia, como ésta lo es de toda sociedad. Entónces, có-

mo no devorarla el que es miembro de una familia? ¿Cómo no interesarse el que forma una parte integrante de la sociedad? Sí, esposos i esposas, hijos e hijas, sacerdotes i laicos, sabios e ignorantes, ricos i pobres, lejisladores i pueblo, todos necesitamos del amor. Sí, todos queremos beber de ese néctar delicioso, ambrosia de los espíritus anjélicos, que Dios ha depositado en el fondo de nuestros corazones, para que embellezca nuestros dias i embriague nuestra existencia. Solo con tal alimento podemos atravesar el desierto de la vida i llegar al empireo del Señor.

Pero la razon i la experiencia nos enseñan que toda lei moral, que toda lei física, tienen una base o principio, sin lo cual tales leyes no pueden existir. Esto así, en moral el amor es el alfa i la omega, es el punto a donde converjen toda idea i todo sentimiento, ya sea que bajen de lo alto, ya sea que broten de la tierra. Mas para el sabio Michelet el amor no tiene fuente alguna, ni va mas allá de nuestros dias.

Segun esto, ignora Michelet, que la moral viene de Dios, que *Dios es caridad*. Verdades palmarias, luminosísimas, que están en la conciencia de todos.

Entónces no es extraño que este filósofo desprecie los grandes principios de relijion para hablarnos sobre el amor. Por lo tanto no ve esa lazada amorosa, fuerte, que une al cielo con la tierra; i, ni su clarisímo talento, ni su poderosa razon, le dan cuenta de lo que siente hasta un niño. Michelet solo tiene fuerzas i una robusta mirada para valuar el amor sensual, ese amor que es el aguijon de la concupiscencia de la carne.

El defecto capital de *El Amor* está en que su escéptico autor no se haya remontado hasta el solio del Señor, i anidado ahí el corazon del hombre, de la mujer i del niño. La relijion es el único lazo santo, fuerte i poderoso que sostiene a la familia; solo con relijion el padre, i la madre i el hijo, trinidad de la tierra, pueden ser imájenes de la mui augusta i santa Trinidad, que está en los cielos.

Convengamos desde luego, con Michelet la mujer ni aprende a conocer ni el amor que la glorifica, ni el amor que la afianza i sostiene. Tampoco aprende a distinguir lo justo, lo santo, lo bello i lo verdadero. Entónces jamas podrá saber donde está su ventura, donde la paz de su corazon.

En el libro en que nos ocupamos la mujer no es una agua límpida, pura i tersa como el cristal; semájase mas bien a una agua turbia, casi constantemente cenagosa.

No nos proponemos seguir a Michelet paso a paso en su obra *El Amor*; ya Mr. Haas lo ha hecho con talento, elocuentemente, con tanto brillo como enerjía. Al defender Haas los fueros de la mujer, ha tenido presente el amor de Dios, el amor a la causa católica, únicas fuentes de donde brota el verdadero i eterno amor. Mui a la lijera, sin lucidez, sin gracia i fuerzas para poder contrarrestar la fascinadera pluma de Michelet, procuraremos vin-

dicar a la mujer piadosa i de ruborosos sentimientos, ora en la institucion del matrimonio, ora en la lei suprema del trabajo, ora en la medicacion del corazon.

Para todo católico, el matrimonio es un sacramento, que no reconoce mas principio ni tiene mas fin que Dios. Es un contrato tan antiguo como el mundo, que el hombre aceptó con júbilo i amor, que cuatro mil años despues, Jesus lo santificó con su hálito divino. Contrato tan solemne, como tierno i santo, que Adam presentia, porque se veia solo!

Hé aquí la mujer, ella es carne de mi carne, i hueso de mi hueso! Por ella dejará el hombre el techo paterno, i serán, no ya dos, sino una sola carne.

Sí, el cielo se inclina ante la augusta ceremonia de dos corazones que se unen para confundir su existencia, para propagar su propia especie segun Dios i para Dios!

Dios es el fundamento de ese contrato, pero el amor es su fuerte vínculo; Dios es el medio i el fin de ese contrato, pero el amor une a los conyujes a causa de la prole.

El matrimonio es, pues, un lazo santo, sagrado e inviolable, que nadie impunemente puede romper, porque se echaria por tierra una lei fundamental, positiva, creada i santificada por Dios i no por el hombre. Lei suprema que marca al hombre con un signo de santidad i de majisterio, que le da una espada de fuego, para que con ella proteja a la espsa, a los hijos i a la misma sociedad.

Si se considera el matrimonio como un mero acto civil, como un acto privativo tan solo de dos voluntades que se buscan i estrechan, como un acto que no tiene mas móvil que el amor terrenal, que es como Michelet lo aprecia i aplaude en el libro en que nos ocupamos, el amor de los cónyujes puede compararse al vuelo de esas aves, que viven de insectos, que constantemente revolotean por el suelo, que son impotentes para remontarse i fijar sus miradas en esa bóveda celeste tachonada de astros resplandecientes.

¡Tristes de nosotros! Triste del hogar doméstico, si la lei civil, si la vindicta pública, no castiga la infidelidad de los esposos! Si la sancion relijiosa no engrandece i afianza el matrimonio! Sucumbiria entónces la familia, el hogar dejaria de ser santuario, i correria riezgo de convertirse en un lugar de prostitucion! Qué, seria entónces, de las nobles i sublimes funciones de los esposos? En tal caso, ellas no serian ni amadas ni respetadas.

Con justicia la Iglesia mira el matrimonio civil nada mas que como un cuncubinato, lo que bien considerado no es otra cosa que una fiel imájen del matrimonio pagano.

Entónces, renaciendo el paganismo, despreciada la lei de Dios, la mujer i los hijos volverian a ser considerados como *cosa* i la esposa como ciego instrumento de las pasiones del hombre.

Se conoce que el ilustre Michelet no se distingue por las santas emociones de una alma relijiosa, que tiene la desgracia de no poseer los dulces i consoladores sentimientos de un corazon católico! Ah! porque este filósofo no fué arrullado por una madre, que vivamente sintiera el entusiasmo de dar a luz un candidato para el cielo!

El autor de *El Amor* comprende que el corazon de la madre se conmueva i palpite de gozo al ver que alistan a su hijo como ciudadano; pero desconoce el sagrado fuego de la madre cristiana, que estrecha gozosa en su casto seno al hijo rejenerado por las aguas del bautismo, quien inocente i puro pasa a ser templo vivo del Espíritu Santo.

Michelet el sabio, Michelet el filósofo, Michelet el moralista, que tanto ha estudiado la historia, que tanto ha abordado el sentimiento, no sabe desplegar las alas de su brillante i rica imajinacion para enaltecer el corazon relijioso i tierno de una madre santamente enamorada! De una madre que solo vive para enseñar al hijo a mirar con horror el pecado, a reprimir sus malas inclinaciones, a santificarse amando a Dios i al prójimo! Michelet solo clava su vista en este frio suelo, cuyos densos vapores ofuscan tan solo a los que viven distraidos de toda relijion! No tiene ni inspiracion ni grandeza de alma para buscar el amor en las altas rejiones, do mora el Amor Increado.

Michelet quiere, trabaja con teson por formar hombres; pero niega su soplo, se niega a formar ánjeles.

Si el hijo, o sea el ciudadano, no sabe amar a Dios i al prójimo, ¿qué bien ha recibido la sociedad con aumentar su lista civil? ¿Qué importa que ese ciudadano tenga luz en la cabeza, esté lleno de ciencia, si su corazon está destituido de bondad? Invocando la experiencia de todos los siglos, semejante ciudadano no es una verdadera imájen del fuego patrio.

Para el dulce i santo himeneo, Michelet no hace valer ni la razon divina ni la razon humana, tan solo quema incienso a los sentidos. Entónces, pues, el concubinato público consentido, acatado i deseado; entónces la esposa de peor condicion que el esposo, i quiera que no quiera escarnecida, deprimida i vilipendiada; entónces la suerte i porvenir del hijo queda a merced de seres que forzosamente degradados, buscan léjos donde ocultar su vergüenza.

Con su filosofía sensual, Michelet arria bandera, porque no contento con atacar la lei civil, trata tambien de dar muerte al dogma católico i a la moral cristiana.

Vulnerais, Mr. Michelet, el honor de la familia! Matais la pureza i la santidad del matrimonio! Le quitais su peaña al hogar doméstico, puesto que le arrebatais su relijion!

I ¿cómo tratais a la madre? Mucho peor aun. Vos no tan solo quereis madres sin relijion i sin corazon, sino tambien madres impudentes. Sí, exijís que las madres hagan revelaciones a sus

hijas, que queman los labios, que lastiman todo pudor, que deben precipitar a ánjeles inocentes a torpes ensueños. Hacer tal caudal de filosofía es no tener siquiera sentido comun. Con razon el ilustre i piadoso Haas os llama profanador, pues herís de muerte el candor de una vírjen pura.

El trabajo es una lei suprema de Dios. Aunque esta lei fué impuesta en desagravio de una ofensa infinita, ella proporciona grandes i continuos consuelos en esta vida, asegura la paz i felicidad del hogar, acrecienta la riqueza i bienestar de los asociados, i lo que es mas, esa lei nos convida a los goces eternos.

Cierto, la santa lei del trabajo está impuesta especialmente al hombre, mas la mujer no está exenta de tan fuerte obligacion.

A los ojos de una filosofía moral i práctica, trabajar es sufrir; i como nadie puede huir del dolor, nadie puede tampoco prescindir del trabajo.

¿Cómo adquirimos la subsistencia? Mediante el trabajo. ¿Cómo se combaten los males de esta vida? Trabajando. ¿Cómo conseguimos dominar nuestras torpes pasiones? Con gran fatiga de nuestro espíritu. ¿Cómo obtenemos que Dios bondadosamente fije en nosotros sus miradas paternales? Orando *en el saco i la ceniza*, como el real Profeta.

Es verdad, la mujer no puede, ni aun debe, por lo jeneral, trabajar fuera de *su campo* con las fuerzas del hombre i como trabaja el hombre; pero su vida debe ser tan llena como la de aquel. Por consiguiente, aconsejando Michelet a la mujer que trabaje poco, *porque es una gran enferma*, se opone a las miras de Dios i al bien de la sociedad.

Con esto, Michelet da a la mujer un consejo insano, inmoral i de perniciosas consecuencias. La obliga a suspender las tareas del dia, a malgastar su tiempo, a ser muelle de cuerpo i enferma de espíritu.

Decirle a la mujer que no trabaje mas que en ciertos dias, vale tanto como aconsejar al labrador que suspenda su faena i siegue la espiga ántes que esté madura.

Si la mujer, llegada a cierta edad, no es apta para el trabajo, si no debe trabajar mas que hasta media jornada, le preguntamos al autor de *El Amor*, ¿qué debe hacer tal mujer de sus dias i de sus horas? ¿Vagar? Desear la holgazanería como un bien supremo? Entregarse a un ocio que enjendre la voluptuosidad, lepra moral tan aceptada por la mujer superficial, por quien ama la molicie? No sabe el viejo i sabio Michelet que la mujer que mas trabaja es la mas dulce i afectuosa, la mas tierna, la mas beneficiosa, la mas caritativa, la mas moral, la mas feliz i la que mas ama? Así, al ménos, nos lo asegura el Evanjelio, así tambien la experiencia viene en apoyo de esa verdad inefable con numerosísimos ejemplos.

La mujer modelo que nos pinta el Espíritu Santo, es una mu-

jer activa, hacendosa, mui dada a duras labores, que jamas está ociosa. A tal mujer vésela con frecuencia ocupada en faenas que no halagan las vanidades mujeriles, pero que pródigamente la enriquecen i la hacen amontonar inmensos tesoros para el tiempo i la eternidad. Salomon nos dice: "Buscó lana i lino, i lo trabajó con la industria de sus manos. Hízose como nave de mercader, que trae su pan de léjos. I se levantó de noche, i dió la porcion de carne a los domésticos, i los mantenimientos a sus criados. Puso la mano en un campo, i lo compró: del fruto de sus manos plantó una viña. Ciñó de fortaleza sus lomos, i fortaleció su brazo. Gustó, i vió que su trabajo es provechoso: no se apagará su candela durante la noche."

Esta vida activa i laboriosa fué la causa de que esta mujer fuerte se pusiese *un vestido acolchado*, trabajado por sus manos; que su esposo fuese conocido i se sentase entre los senadores; que su boca se abriese a la sabiduría *i no comiese ociosa el pan;* que se levantasen sus hijos i la bendijesen, proclamándola dichosa, i que su esposo tambien la alabase.

El sapientísimo i mui piadoso Scio de San Miguel, interpretando esta parte de la Sagrada Escritura, pone la siguiente nota, sobre la cual llamamos mui mucho la atencion:

"Para cerrar, dice, la exposicion de este libro, me ha parecido conveniente añadir aquí algunas de las reflexiones, con que pone fin a la suya el doctísimo Bossuet. La mujer casada que nos pinta aquí Salomon, para que como en un espejo se miren en ella las que tienen un estado, no es de una condicion pobre, rústica o aldeana; ni de un ánimo vil i codicioso e interesado, que solo atiende a allegar i a guardar lo que allega. Es mujer de un senador, que toma asiento en los tribunales entre los principales de la ciudad. Vestida de lino mui fino i de púrpura, cuida de que nada falte de lo necesario para el aseo, decencia i comodidad de su marido, hijos i familia. Su dilijencia se extiende a que la casa se vea adornada de hermosas colgaduras i cortinas, de tapetes vistosos en las mesas, i de exquisitas cubiertas en las camas; todo tejido i trabajado por sus manos. No se habla aquí de diamantes, perlas u otras piedras preciosas, ni de alhajas o bajilla de oro, porque huyendo de la vanidad, atiende solamente a lo útil i sólido de las cosas. Se muestra de una grande mansedumbre, mui afable con la familia, i mui pronta para acudir con mano liberal al socorro de los necesitados. Desempeña el oficio de ama i madre, pero con mucha prudencia, solicitud i providencia: no solamente manda, sino que enseña, exhorta i amonesta; no salen de su boca sino palabras llenas de sabiduría; nada hace que no sea con la mayor madurez i reflexion; compra un campo o heredad, pero mirando bien ántes la utilidad i frutos que de allí pueden resultar. Tampoco se habla aquí de la honestidad, que conforme a su estado debe guardar; pues siendo tan prudente esta mujer, sabe que sin esta virtud no hai alabanza alguna en las casadas, por-

que siendo la primera que debe brillar en ellas, se debe dar por supuesta, como el fundamento de todas ellas. Su primera atencion es temer a Dios, i darle el culto que le es debido, pero sin supersticion. Atendiendo a la labor i al cuidado de su casa, coloca la principal i mayor parte de su piedad en cumplir con la mayor exactitud los oficios de una buena madre de familia. Ultimamente todo su elojio se comprende en esta brevísima sentencia: *Consideró las veredas de su casa, i no comió el pan estándose ociosa.* Mírense ahora en este dechado las mujeres casadas de nuestros dias, i hagan con él un fiel cotejo de lo que practican para el desempeño de sus obligaciones, i hallarán talvez muchas, aun de las que se tienen por buenas i por recomendables, que por evitar ilícitas distracciones, el ocio i la murmuracion, emplean i gastan el tiempo en el juego i continuas diversiones."

Veamos ahora lo que nos dice la experiencia, la historia de la mujer que fielmente ha seguido las pisadas de María i observado los consejos de la Iglesia.

Isabel la Católica imitó heróicamente a la mujer fuerte del Evanjelio; toda su preciosa existencia la ajustó al cumplimiento de las obligaciones propias de su estado i a la práctica de las virtudes cristianas.

Isabel fué sabia i grande en su vida pública, como pia i perfecta en su vida privada. Ningun soberano, incluso San Luis de Francia, le ha sacado ventaja para gobernar a Isabel, ni ninguna mujer ha tenido una vida mas austera i ejemplar en el hogar.

Pues bien, Isabel, esta gran figura de reina i de mujer, tan oculta i callada en el retiro de su hogar como ostensible en sus acciones de soberana, tan esforzada como magnánima, tan púdica i tímida como resuelta i varonil, tan elevada como modesta, tan jenerosa i espléndida como económica, tan dulce i afable i atenta como firme i séria, de un juicio tan raro como gran conocedora del corazon humano, tan sabia i práctica en los negocios como el gran Jimenez de Cisneros, tan humilde como un niño; que no amó ni en su juventud ni las joyas ni los adornos; que tanto tiempo dedicó al estudio, a los negocios de Estado, a la guerra i a los grandes descubrimientos; que personalmente socorria la indijencia, visitando a los enfermos; que sostenia una activa correspondencia dentro i fuera de sus Estados i concedia frecuentes audiencias a su pueblo; que ella misma amamantó i educó a sus hijos; Isabel, repetimos, se sintió feliz, se preció de que su esposo Fernando, durante su matrimonio, *jamas se habia puesto una camisa, que no hubiese sido cosida i bordada por ella.*

En la peregrina historia de la mujer católica abundan los ejemplos de Isabel, porque ninguna mujer puede ser verdaderamente cristiana sin el santo amor al trabajo.

Dejamos, pues, a Mr. Michelet, como a la mujer superficial de nuestro siglo, el hecho que apuntamos de Isabel, para que lo moralicen i saquen de él las consecuencias que quieran.

En el capítulo que Mr. Michelet dedica a la mujer para levantar i robustecer su corazon, nuestro filósofo siembra doctrinas i da consejos que ruborizan, que lastiman todo sentimiento relijioso, que causan vértigos, que aceptados serian el desquiciamiento de toda sociedad honrada i culta. I esto, despues de expresarse en estos términos:

"¿Son igualmente culpables el adulterio de la mujer i del marido? Sí, como infidelidad i violacion del juramento; nó, por otras mil razones.

"La traicion de la mujer tiene consecuencias terribles, que no tiene la del hombre. La mujer, no tan solo hace traicion, sino que entrega el honor i la vida del marido, lo convierte en blanco de la mofa i el escarnio, le expone al azar de perecer, de matar a un hombre o de caer en el ridículo, i obra casi lo mismo que si diera por la noche la llave de su casa a un asesino.

"¡Qué es el seno de la mujer sino nuestro templo vivo, nuestro santuario, nuestro altar, donde arde la llama de Dios, donde el hombre se rejenera todos los dias! Si entrega este templo al enemigo, si deja robar esta llama, que es la vida de su marido, es mas culpable que si ayudase a hundirle un acero.

"Ningun castigo seria bastante grave, si se supiera lo que hace."

El autor de *El Amor*, al expresarse con tan elevados sentimientos, con tan noble enerjía, solo ha tenido presente la verdad social, para nada ha considerado la verdad relijiosa. Ha tenido muchísima razon, porque el credo católico jamas disculpará el adulterio, porque ninguna falta hiere mas la moral, corrompe mas las costumbres i deprime mas la sociedad. Con el adulterio de la esposa, el padre i los hijos cubren su rostro, mancillan su nombre i no tienen ya risueño porvenir. Sí, levantarán altivos sus frentes, pero ellas llevarán el triste sello del ludibrio.

Las lejislaciones de todos los tiempos, de todos los pueblos, han impuesto las penas mas terribles para los adúlteros, principalmente a la mujer. La lei mosaica mandaba apedrear a los culpables. Segun esa lejislacion, tal falta en las mujeres era causa bastante para el repudio. Probado el adulterio, se la desechaba, se la arrojaba a la calle, como un sér inmundo, como una víbora, cuya mordedura causa una muerte súbita. Como el sacrílego, tal mujer marchaba de puerta en puerta escarnecida i mofada.

Dios i el hombre se unen para condenar tan nefanda culpa.

Jesus nos dice que comete adulterio aquel que fija torpemente sus miradas en la mujer ajena. ¿Cuánto mas si en ella pone su corazon? ¿Si de ella hace su ídolo?

Los Proverbios, *La Sabiduría* i *El Eclesiástico*, esos libros de la verdad del Verbo, están llenos de rayos para la mujer que profana el lecho del esposo. ¡Con qué enerjía se pronuncian siempre!

"Lo mismo será de toda mujer que deja a su marido, i que establece heredero de ajeno matrimonio: porque primeramente fué incrédula a la lei del Altísimo: lo segundo pecó contra su marido: lo tercero fornicó con adulterio. Esta será llevada a la Iglesia, i se inquirirá sobre sus hijos. No echarán raices sus hijos, i las ramas de ella no darán fruto. ¡Dejará en maldicion su memoria, i su infamia jamas se borrará!" (1)

En contraposicion de la mujer mala, veamos lo que esos mismos libros dicen de la mujer fiel, de aquella que sabia i dilijentemente supo guardar su propio honor, el de su esposo i el de sus hijos.

"La gracia de la mujer dilijente deleitará a su marido, i alegrará los huesos de él. La buena crianza de ella es don de Dios. Mujer cuerda i callada, no tiene trueque esta alma sabia. Gracia sobre gracia la mujer santa i pundorosa. Pues no hai peso que se compare con una alma continente. Lo que el sol al nacer en las alturas de Dios es para el mundo, es la jentileza de la mujer buena para el adorno de su casa. Antorcha que alumbra sobre el candelero santo es la hermosura del rostro en una edad robusta. Columnas de oro sobre bases de plata son los piés que se afirman sobre las plantas de la mujer constante. Cimientos eternos sobre piedra sólida son los mandamientos de Dios en el corazon de la mujer santa." (2)

Jesus perdonó a la mujer adúltera, pero no apocó su falta, no alentó a nadie a que la cometiese. No así Michelet, quien disculpa, quien perfuma i llena de flores el seno de semejante mujer. Nuestro filósofo da disculpas que ruborizan, que queman los labios, que hacen destilar sangre del corazon. El dice: "La primera falta, al ménos, debe mirarse como un acto casual, como una debilidad negativa, ménos como un hecho consumado, que como la imposibilidad de obrar i de resistir. Las mujeres sanguíneas se deslumbran en ciertas épocas, sufren un verdadero vértigo. Las linfáticas tienen una voluntad mui muelle, están acostumbradas a ceder.... saben que obrando así son graciosas.... lo que las hace ser siempre complacientes... les cuesta mucho resistir..."

En la conducta del divino Redentor hai una profunda filosofía, una caridad que a la vez nos levanta i nos humilla. Miéntras que Michelet alienta, abre un anchuroso camino a la mujer que en su interior se ha propuesto deslizar sus piés.

Jesus, perdonando, no hiere la moral, no abona la culpa. Sí, en la mujer adúltera ve el Hombre-Dios la frajilidad de la especie humana, cuán expuestos estamos todos a caer. Obrando así, Jesus nos da una prueba de su infinita misericordia para con el culpable; miéntras que Michelet prescinde de la lei moral, del sentimiento íntimo de la justicia, i hasta de la conciencia i dignidad del hombre.

(1) Eccl., XXIII, vs. 32, 33, 34, 35, 36.
(2) Eccl., vs. 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24.

Nada mas justo, ni nada hace palpitar mas el corazon que el hombre imite a Dios en su misericordia. Pero debemos tener presente que el hombre no puede ejercer una soberana i completa justicia: primero, porque no es perfecto; segundo, porque los medios de que dispone son limitados.

Resumamos *El Amor*.

Este libro está escrito sin ningun sentimiento relijioso, sin ningun temor a Dios. Con frecuencia ofende la moral, i ruboriza el semblante de la mujer púdica, haciéndole revelaciones inconvenientes, lijeras i deshonestas, que nada le importa saber o ignorar.

La vasta ciencia de Michelet no le da a conocer el amor de la madre, el amor de la familia. Ultraja a Dios, ultraja a la naturaleza, imponiéndole a la madre que haga un mercado de su hija, es decir, de su propia carne, de su propia sangre, de su propia sustancia.

En tal obra el amor de la mujer no tiene aurora, ni el crepúsculo de la obra vespertina. La mujer llega al término de su carrera sin encontrar donde reclinar su cabeza.

Michelet para nada toma en cuenta la humilde, tierna i eficaz plegaria de la vírjen. Ningun apoyo presta a la huérfana, ninguna puerta abre a la mujer que ha tenido la desgracia de caer. Para esos pobres séres no hai brazos amorosos que los estrechen, ni corazones sensibles que los consuelen, que los salven.

El Amor de Michelet jamas curará ninguna llaga social, ninguna herida del corazon; porque el amor no está sujeto a la ciencia, ni a una estéril charla, ni a la expresion armoniosa que carece de sentimiento. Como Michelet no tiene relijion, no da asilo a las almas que temen vivir en el mundo, no sabe consolar a los corazones desgarrados por el dolor o la desgracia. ¡Ah! no lo olvidemos: el filósofo incrédulo, los libres-pensadores, los espíritus fuertes, son impotentes para aliviar o curar la mas pequeña herida moral!

En el libro que a la lijera venimos apreciando no se conoce el amor maternal, esa llama celeste, ese fuego divino que fecunda séres espirituales, destinados a pisar los umbrales de la eternidad, a ver cara a cara a su Señor i Creador.

Entónces ¿cómo amar i admirar a la madre que enseña a sus hijos, a la madre que, fuertemente unida a ellos por los vínculos de la sangre i de la relijion, practica las virtudes evanjélicas i trata de hacerlas fáciles, amables i necesarias? ¿No sabe Mr. Michelet que muchas mujeres, gracias al sagrado fuego del amor materno, no han caido en graves i vergonzosas faltas? ¿Que tan santo amor es casi la única tabla de salvacion que tiene una sociedad ora minada, ora gastada por el indiferentismo relijioso?

En *El Amor* ¿qué parte tiene la viuda? ¿Esa mujer que ha perdido al esposo, i con él su alegría, su esperanza i su firme apoyo? El amor de tal mujer ningun papel desempeña en la mui propaga-

da obra de Mr. Michelet. De modo que, nada importa para Dios i la sociedad que tal mujer multiplique sus faenas, valga por dos; que prescindiendo de la debilidad de su sexo, de su natural timidez, i falta de la experiencia de los hombres i de los negocios, se lance al mundo para buscar el sustento de una numerosa familia; que de regreso al seno de su hogar se entregue a los cuidados de la casa, vijile i eduque a sus hijos, les dé lecciones prácticas de los sucesos de la vida i les haga comprender, por fin, que vale mas el hombre relijioso, virtuoso i honrado, que esotro que posee cuantiosos bienes de fortuna mal adquiridos.

¡Si Michelet al escribir *El Amor* hubiese poseido el sentimiento católico! Entónces nuestro filósofo se habria apoderado de la verdad, i hubiera sido no solo poeta por el estilo, sino tambien de corazon. Ahí entónces lo florido de la expresion i del sentimiento; los encantos de la palabra viva, ardiente i relijiosa; la fluidez, la armonía, la santa austeridad, la relijiosa enerjía i los dulces consuelos del alma; aquella fuerza del corazon para sentir, para pintar lo grande, lo bello i lo sublime.

Seamos justos. Michelet en *El Amor* confiesa, mas de una vez que la verdad católica ha causado el bien social, i que ninguna relijion es comparable al catolicismo para formar i sostener el corazon de la mujer.

Pero esto no basta para que libremos a *El Amor* de nuestro anatema. Con mucho, consideraciones filosóficas, relijiosas i morales, que ya hemos insinuado, nos obligan a tan severo juicio.

Aunque Mr. Michelet al escribir sobre el amor ha tenido por principal objeto a la mujer, segun nuestro juicio no es para ella el libro de que nos hemos ocupado.

J. Sotéro FÁBRES.

BIBLIOGRAFIA.

Mui conocidas son las obras en que el astrónomo frances Camilo Flammarion ha expuesto sus ideas sobre la habitabilidad de los mundos diseminados en los espacios. En *La Pluralidad de los mundos habitados* i en *Los mundos imajinarios* estudia el problema de la existencia de la vida en los cuerpos celestes. Flammarion presenta la cuestion por los aspectos de vista científico, filosófi-

co e histórico. Pero, dejando a un lado los errores que admite, condenados por la sana filosofía, no se ha preocupado de la armonía que la teoría de la pluralidad de los mundos habitados guarda con los dogmas i enseñanzas del cristianismo.

Este vacío es el que ha querido llenar un ilustrado presbítero frances, M. Pioger, con la publicacion del libro intitulado: *Le dogme chrétien et la pluralité des mondes habités.* Como lo declara el autor, este libro es esencialmente cristiano, escrito con el objeto de tranquilizar muchas conciencias escrupulosas que han supuesto que la demostracion de la existencia de otras especies humanas semejantes a la nuestra no se armonizaba con los dogmas de la relijion revelada.

El reverendo padre Félix decia un dia desde la cátedra sagrada: "El mayor escándalo de las intelijencias contemporáneas, la preocupacion mas fatal al verdadero progreso de la razon en la verdad, es la persuasion profundamente errónea de que el misterio cristiano está en contradiccion con la ciencia moderna. Esa contradiccion es el fantasma creado por el libre-pensamiento; i el anticristianismo ha hecho de él un espantajo para detener el movimiento que une al Cristo a tantas personas ilustradas e intelijentes."

Con estas palabras del orador católico, encabeza su obra el presbítero Pioger, i en el curso de ella manifiesta los resultados de la ciencia en el terreno que él ha recorrido, los fundamentos racionales para creer habitados los mundos semejantes al nuestro i cómo esos resultados i esa creencia no se oponen de ningun modo a las divinas letras ni a las decisiones de la Iglesia.

Los argumentos que mas espontáneamente se ocurren en contra de la pluralidad de los mundos habitados provienen de la dificultadaparente de conciliar el misterio de la Encarnacion del Verbo, con aquella hipótesis. A este punto se contrae el autor de una nanera especial, i no le cuesta mucho deshacer la dificultad.

En suma, el libro de M. Pioger, es instructivo i ameno, i servirá para desvanecer mas i mas la idea de que en algun caso puedan encontrarse discordes la ciencia divina i la ciencia humana, los progresos de la intelijencia en el órden natural i los dogmas de la relijion cristiana.

*
* *

La vida i los conocimientos de Cervántes son hoi en España objeto de especial estudio. Cada año ven la luz pública nuevos libros i folletos en que se le juzga en vista de las investigaciones hechas por los cervantófilos o por las academias fundadas con el fin de fomentar la aficion a las obras del inmortal autor del *Quijote.*

Fruto de esta aficion es el nuevo libro de que da cuenta la *Revista de España* en uno de sus últimos números, titulado *Ideas i*

noticias económicas del Quijote i escrito por don José M. Piérnas i Hurtado. Cervántes es considerado en este libro como escritor que puede darnos a conocer las ideas económicas de su tiempo.

"Si nuestro admirado autor, dice el señor Piérnas, no poseia ni expuso, por consiguiente, verdaderos conocimientos económicos, no pudo ménos de dejar consignado en el *Quijote*, dada la índole de esta obra, su pensar relativamente a la esfera de la economía.

"Siendo lo económico amplia i universal base de lo humano, hubo de salir mil i mil veces al paso de Cervántes, i éste tendrá necesariamente que consignarlo de algun modo, ya para fijar las bases de la fábula, ya para dar verosimilitud a los episodios; al hacer lo primero, nos revelará sus pensamientos económicos, i al practicar lo segundo, nos suministrará datos interesantes, tanto mas estimables, cuanto menor era la atencion que entónces se concedia a los de su clase.

"Investigar aquellas *ideas* i reunir estas *noticias:* hé aquí lo que intentamos, sin pretender que Cervántes aparezca como una especialidad en materias económicas, i ántes bien reconociendo previamente que no es ésta la esfera en que con mas ajilidad ni mayor gusto se movia su entendimiento preclaro."

Estas palabras del señor Piérnas manifiestan que no ha sido su pensamiento presentar a Cervántes como un distinguido economista. Su aficion a las obras de este singular jenio no lo ha hecho incurrir en la monomanía de los que quieren hacer ver en Cervántes a un hombre de conocimientos especiales en los ramos mas variados del saber humano, a un hombre profundamente versado en la filosofía, teolojía, jurisprudencia, medicina, jeografía, marina i demas ciencias que le han atribuido algunos autores llevados de su entusiasmo cervantófilo.

Por lo demas, solo podemos apreciar la obra del señor Piérnas i Hurtado por las pocas líneas que le dedica la *Revista de España*. A juicio del autor de esas líneas, la obra es en extremo notable i abunda en consideraciones interesantísimas sobre las ideas económicas del siglo de Cervántes, dignas de ser estudiadas por el historiador i por el economista.

Las *ideas i noticias económicas del Quijote* componen un volúmen, que se vende en Madrid, en la librería de M. Murillo.

José Francisco VERGARA DONOSO.

EL HUERFANO.

DRAMA EN UN ACTO, TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCES, PARA LA CASA DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

PERSONAJES.

Pedro, viejo octojenario.
Juanito, huérfano.
Don Luis Rivero.
Cristóbal.

La escena tiene lugar en la cabaña de Pedro.

ACTO UNICO.

El teatro representa el interior de una pobre cabaña.

ESCENA I.

PEDRO, CRISTÓBAL.

CRISTÓB. *(Entrando por el foro.)* ¡Eh! buenos dias, vecino. ¿Cómo está la salud? ¿Se os ha quitado el dolor de cabeza? ¿Habeis dormido bien?

PEDRO. *(Que está sentado junto a un brasero.)* ¡Oh! ya estoi mejor i he pasado una buena noche. Gracias, amigo Cristóbal.

CRISTÓB. I Juanito ¿qué se ha hecho? ¿Dónde ha ido tan temprano?... Apostaria que, como un pajarito, vuela a estas horas por el campo.

PEDRO. ¡Juanito!... bien se ve que no lo conoceis, vecino. Aunque solo tiene doce años, Juan, ya no es un niño; la desgracia ha hecho de él todo un hombre. ¡Oh! si viéseis como pasa los dias i las noches, prodigándome sus mas asíduos cuidados... ¡Bien haya, amigo Cristóbal, bien haya el feliz momento en que la caridad me inspiró la idea de recojer a este pobre niño que acababa de perder a su madre, su único consuelo i refujio en el mundo! Tan cierto es que un beneficio jamas queda sin recompensa.

CRISTÓB. Sí, he sabido que, aunque pobre, viejo i enfermo, os hicísteis cargo de ese niño; pero, nunca he sabido los detalles de esa triste historia.

PEDRO. Pues, tomad asiento i os la referiré. Hará a la fecha, (si no me equivoco, amigo Cristóbal, porque la memoria, la me-

moria....;) hará, digo, unos nueve años que, una señora, jóven todavía, pero sumamente enferma, vino a habitar la casita que está frente de mi cabaña; Juanito tenia entónces tres años. Nadie sabia quién era ni de dónde venia aquella señora, cuyo único placer era acariciar a su hijo; como que muchas veces la ví llorar la lágrima viva sobre el niño que dormia en su regazo. Un dia... ¡ah! Cristóbal, todavía se me aguan los ojos cada vez que me acuerdo de aquel dia. Como de costumbre, fuí a hacerle mi visita a fin de llevarle algunas frioleras.... ¿Quién lo habia de pensar? La pobre señora estaba tendida, sin conocimiento, i Juanito desesperado gritando:—¡Mamá, mamá; despierta, mamá!—¡Qué habia de despertar, Cristóbal, qué habia de despertar, si estaba.... muerta!

Cristób. ¡Muerta!

Pedro. Lo que ois, amigo mio. El pobre Juanito, al ver la inmovilidad de su madre, parece que comprendió su desgracia, pues se abrazó de ella llorando i acariciándola de mil maneras; yo, entónces, lo arranqué de su lado i lo traje a mi cabaña, consolándolo como pude. Al cabo de algunos dias, acompañado del niño, me dirijí al pueblo, a ver si encontraba algunas almas compasivas que me ayudasen a socorrer al desdichado huérfano. ¡Ai! amigo Cristóbal, nadie, nadie se compadeció del infeliz. ¿Qué hacer? Yo era enfermo i tan pobre que, muchas veces, me faltaba hasta un pedazo de pan; pero, no importa, me dije, Dios es bueno i, ya que los hombres nos rechazan El no permitirá que un anciano i un niño, los dos séres que mas necesidad tienen de apoyo, queden sin socorro; i. esto diciendo, adopté a Juanito por hijo mio.

Cristób. Bien decia yo que teníais un corazon de oro.

Pedro. En medio de la pobreza i de la miseria, nada consuela tanto como la satisfaccion que resulta de haber hecho el bien, amigo Cristóbal.

Cristób. I desde entónces ¿nadie se ha presentado a reclamar el niño?

Pedro. Nadie.

Cristób. I ¿no habeis conservado alguno de los objetos que pertenecian a la señora i que pueda servir para encontrar la familia del huérfano?

Pedro. Las pocas cosas que poseia, sirvieron para costear su entierro; solo pude guardar un pequeño cubilete de plata, sobre el cual hai grabadas dos cifras.

Cristób. ¡Un cubilete de plata!.... Mucho tiempo ha que debiérais haberlo vendido, amigo Pedro. Tantas veces que os he visto faltar hasta de lo mas necesario.

Pedro. ¿Venderlo?... ¡Oh! jamas, jamas. ¿Privar al pobre huérfano de la única herencia, del solo recuerdo que conserva de su madre?... ¡Oh! nunca, nunca.

Cristób. Dios bendecirá vuestro buen corazon, Pedro,

Pedro. Dios me ha bendecido ya, pues Juanito me ama; Dios me ha bendecido, pues en medio de mis sufrimientos i de mi pobreza, El, me ha enviado un ánjel que me consuele i me ayude en mis trabajos. ¡Oh! amigo Cristóbal, si viéseis a Juanito cuando llega todos los dias del cerro, trayendo a cuestas su carguita de leña que luego va a vender al pueblo, volviendo en seguida con dos o tres monedas que se apresura a entregarme.... ¡Con cuánta alegría no se arroja entónces en mis brazos i, miéntras yo lo lleno de caricias, él me sonríe como los anjelitos del cielo!.... ¿Quién mas feliz que nosotros, en aquel momento, quién mas feliz, amigo Cristóbal?...

ESCENA II.

DICHOS, JUANITO.

Juanito. *(Que entra corriendo por el foro i se arroja en los brazos de Pedro.)* Padre, padre, ya estoi de vuelta. ¿Estais mejor?... ¡Vaya que se me ha hecho larga la mañana!... No veia las horas de llegar, pues, sabia que estábais un poco indispuesto.

Pedro. Ya estoi completamente bueno. Pero, qué cansado vienes, hijo mio; tu frente está bañada de sudor.

Juanito. Qué quereis, padre ¡si pesaba tanto la leña! Pero, en cambio, la he vendido bien; aquí os traigo dos monedas. *(Se las entrega.)* Ya veis como Dios se compadece de nosotros. ¡Oh! todos los dias, ántes de salir, le suplico tanto i le pido tanto por vos....

Pedro. *(Besándole la frente.)* ¡Hijo mio!

Juanito. ¡Ah! se me olvidaba deciros que hoi vamos a tener una visita.

Cristób. *(Aparte.)* ¡Precioso niño!

Pedro. ¡Una visita! I ¿quién puede ser, Juanito?

Juanito. Es un caballero que he encontrado en el pueblo i con quien he estado conversando largo rato. ¡Qué caballero tan amable i tan bondadoso!

Pedro. ¿I para qué me quiere ese caballero?

Juanito. Dice que quiere estrechar la mano de un hombre honrado; dice que quiere conoceros, padre.

Pedro. ¡Ah! picaruelo, cuando ménos le has ido a contar.... Pero, Juan, tú bien sabes que te habia prohibido.... *(Con semblante un poco severo.)*

Juanito. Os aseguro que nada le he dicho de mi historia; pero, sí, le he hablado de vos, i le he dicho cuanto os amaba; esto último vos no me lo habeis prohibido, padre.

Pedro. Al contrario, hijo mio, esto me causa una inmensa alegría. Ven, deja que te abrace. *(Lo abraza.)*

Cristób. I yo, vecinito, me alegro de veros tan feliz; i ya que esperais una visita, os dejo con vuestro niño i me vuelvo al lado

de mi Maruca que, sin duda, ya me estará echando de ménos. Adios, Juanito. Hasta luego, amigo Pedro.

PEDRO. Memorias a la Mariquita.

CRISTÓB. Gracias, vecino.

JUANITO. Un abrazo a Manuelito i otro a la Elenita.

CRISTÓB. Gracias, hijito: que lo pases bien; hasta luego. *(Vase Cristóbal por el foro).*

ESCENA III.

PEDRO, JUANITO.

JUANITO. *(Acomodando las sillas i arreglando la cabaña).* Vamos, es preciso sacudir i arreglar un poco estas sillas, miéntras llega el caballero. ¡Oh! padre, si hubieseis visto con cuanto interes me hablaba de vos; despues se paraba, me miraba; yo sentia que me ponia rojo como una guinda; tanto me avergonzaba el largo i prolijo exámen que de mí hacia.

PEDRO. Es que como te veia encendido como una grana; i luego, con esos ojos vivarachos...

JUANITO. *(Mirando hácia el foro).* ¡Ah! padre, aquí está el caballero!

ESCENA IV.

DICHOS, DON LUIS RIVERO.

D. LUIS. *(Entrando por el foro i descubriéndose).* Perdonad, amigo Pedro, si vengo a vuestra casa sin tener el honor de ser conocido de vos.

PEDRO. *(Levantándose i haciendo cortesías).* El honor es todo para mí, señor.

D. LUIS. Juanito os habrá contado como me encontré con él en el pueblo. Habiendo entablado conversacion, quedé sorprendido, os lo confieso, al ver en él tanta modestia unida a la mas exquisita sensibilidad. Pero, lo que mas me sorprendió, fué el amor i el respeto que os profesa; i tanto me habló de vos, que, os lo diré, no pude resistir al deseo de conoceros, i...

PEDRO. Mucho os agradezco, señor, el interes que nos manifestais; aunque, os lo repito, de ningun modo creo merecer el alto honor que me dispensais.

D. LUIS. I ¿es este vuestro único hijo, amigo Pedro?

PEDRO. *(Aparte).* Será preciso volver a contar otra vez... *(A don Luis).* Sí, señor; Juanito es el solo hijo que Dios me ha enviado.

D. LUIS. Razon mas para quererlo.

PEDRO. Como que lo quiero con toda el alma.

D. LUIS. Un anciano i un niño que en el seno de la indijencia

se sostienen mútuamente, contentos con su suerte, sin envidiar nada a nadie... ¡ah! amigo Pedro, qué leccion para los ambiciosos i egoistas, a quienes nada satisface i para quienes la misma opulencia es causa talvez de miseria!... ¡Cuánto me gusta saborear esta atmósfera de paz i de inocencia que se respira en esta choza!... Permitidme que me siente un momento.

PEDRO. *(Adelantando una silla de paja).* Perdonad, señor. Poco acostumbrado a las cortesías i atenciones, habia olvidado ofreceros un asiento. La silla no está mui buena que digamos, pero...

D. LUIS. ¡Oh! estoi perfectamente... I ¿cuáles son los medios de subsistencia con que contais, buen Pedro?

PEDRO. Miéntras estuve bueno, trabajaba de peon, ya en una hacienda, ya en otra; pero, despues de mi enfermedad, Juanito es quien atiende a las necesidades de la casa. Todos los dias va al cerro, i con la leña que recoje, puede proporcionarse una o dos pesetas, que bastan para nuestra mantencion. ¡Pobre niño! harto se sacrifica por mí; yo bien quisiera ayudarle, pero ¿qué quereis? viejo i enfermo, apénas si puedo arrastrarme hasta la puerta de esta choza.

JUANITO. ¿Yo sacrificarme por vos?... no digais eso, padre, pues me causais mucha pena.

D. LUIS. ¿Es decir *(A Juanito)* que todos los dias vas al pueblo?

JUANITO. Sí, señor.

D. LUIS. I ¿por qué no has ido nunca a mi casa?

JUANITO. ¿Vuestra casa?

D. LUIS. Sí; una gran casa-quinta que está al lado de la parroquia.

JUANITO. ¡Ah! una que tiene una hermosa verja de fierro, con un hermoso jardin, donde hai un gran perro de Terranova...

D. LUIS. Precisamente.

JUANITO. ¡Ah! pues para otra vez no me olvidaré de ir; aunque el perro...

D. LUIS. No tengas cuidado que es mui manso.

PEDRO. ¿Querriais, señor, tomar parte en nuestro desayuno?

D. LUIS. Con el mayor gusto. No podiais hacerme una propuesta mas de mi agrado. Yo no sé si es el paseo que hice esta mañana, pero, lo cierto es que me siento con un apetito...

PEDRO. A ver, Juan, acerca la mesa. *(A don Luis).* Un poco de leche, mantequilla i pan, con un buen vaso de agua fresca del rio...; allá vereis. *(Pedro i Juanito acomodan una mesita en el medio de la choza. Un mantel limpio, cubiertos, un cántaro con leche, mantequilla, pan, etc. Un frasco con agua i dos vasos, junto con el cubilete de plata que Pedro saca de una alacena).* Acercad vuestra silla, señor, i, sin ceremonias, dignaos hacer los honores a nuestro frugal almuerzo.

D. LUIS. *(Acercándose a la mesa).* Me considero verdaderamente feliz en este instante. *(Mirando a Juanito atentamente.*

Aparte). ¡Siempre esta imájen!.... nó, no puede ser.... Dice que es su hijo.... vamos, esta semejanza que tanto me ha llamado la atencion, es quizás puro efecto de la casualidad. (*Pedro i Juanito concluyen de arreglar la mesa*). (*A Juanito*). Siéntate, ahí, hijo mio, frente a mí, a fin de que pueda verte mejor.

PEDRO. I yó, aquí, a vuestro lado.

D. LUIS. (*Preparando una tostada de mantequilla*). Jamas el mas espléndido banquete me proporcionó mas alegría i bienestar.

PEDRO. (*Riendo*). ¡Oh! señor, nos lisonjeais demasiado.

D. LUIS. Os aseguro que digo la verdad. ¡Oh! vosotros, sencillos habitantes de los campos, no sabeis todo lo que pasa en el mundo, en eso que llaman sociedad; vosotros ignorais que los placeres que ahí se gustan, casi siempre dejan en el corazon pesares i amarguras, sino remordimientos; la ostentacion i no la amistad es la que invita a sus festines i la hipocresía i la adulacion la que en ellos preside; aquí, al ménos, en torno de esta rústica mesa, solo se albergan la fraqueza i la bondad.

PEDRO. En cuanto a eso, teneis mil veces razon.

D. LUIS. Pero ¡qué lujo brilla en esta mesa!

PEDRO. ¿Cómo, así?....

D. LUIS. I ¿este cubilete de plata? porque es de plata, si no me equivoco. (*Lo toma.*)

PEDRO. (*Aparte.*) ¡Bestia de mí! no habia pensado; héteme aquí que de nuevo tendré que contar la historia....

JUANITO. (*Aparte.*) Me alegro; ahora quiera que no quiera, tendrá que hablar de mi buena madre.

D. LUIS. (*En la mayor turbacion.*) ¿De dónde habeis sacado este cubilete? ¡Oh! por piedad, no me engañeis; hablad con franqueza.

JUANITO. I bien, ese cubilete es mio; es la única herencia que me dejó mi madre.

D. LUIS. (*Levantándose.*) ¡Tu madre!.... ¿la mujer de ese anciano?

PEDRO. Si no es mi hijo.

D. LUIS. ¿Qué dice?.... ¡No es su hijo! (*Dejándose caer en un banco.*) ¡Oh, Dios, esto no puede ménos de ser cierto, porque una nueva esperanza desvanecida, me causaria la muerte.... ¡He sufrido tanto!

PEDRO. (*Aparte.*) ¿Qué significará todo esto?

JUANITO. (*Aparte.*) Yo no sé lo que pasa por mí.

D. LUIS. (*A Pedro.*) Así, buen Pedro, Juan no es vuestro hijo, i él ha recibido este cubilete de su madre, de su madre que ya no existe....

JUANITO. Solo tenia tres años, señor, cuando Dios me la quitó; i sin la bondad i la caridad de mi padre que está aquí, quien sabe que habria sido de mí, pobre i desdichado huérfano.

D. LUIS. Gracias, Dios mio, gracias; al fin te has compadecido

de mis lágrimas i de mis incesantes súplicas. Juan, ven a mis brazos; deja que te estreche contra mi corazon: ¡tú eres mi hijo!

JUANITO. ¡Yo!

PEDRO. ¡Oh, santa Providencia!

D. LUIS. (*Abrazando i besando a Juanito.*) Sí ¡tú eres mi hijo! ¡Yo soi tu padre, tu dichoso padre!

PEDRO. (*Enjugándose las lágrimas.*) Yo lloro de alegría.

JUANITO. ¡Padre mio!.... El corazon me lo anunciaba; ¡os amaba tanto ya!.... ¡Oh! ¡qué feliz soi, qué feliz soi!

D. LUIS. Asuntos que seria largo explicar, me obligaron a partir para el extranjero, dejando una esposa dulce, virtuosa i tímida; mi esposa, que acababa de darme un hijo i que dejé al cargo de un pariente que la recibió en su casa. Este pariente, el único que poseia, era indigno de la confianza que en él depositaba. No hubo crueldades e ignominias que no hiciese sufrir a su sobrina; i todo esto, buen Pedro, con el fin de apropiarse una fuerte suma que yo le confiara para atender a la subsistencia de los séres que yo amaba. Interceptada nuestra correspondencia por este desgraciado, se atrevió a inventar una falsa partida de entierro, para persuadir a mi esposa que yo habia muerto, i obligarla a salir de su casa i que buscase un asilo en otra parte. Arreglados ya mis negocios, pude regresar a mi patria i volver a la ciudad donde habia dejado los únicos séres que yo amaba i poseia en el mundo.

PEDRO. Pero ¿qué sucedió despues?

D. LUIS. ¡Ah, buen Pedro! yo volvia rico, pero, la felicidad me habia abandonado. Ese pariente tan cruel i tan culpable habia muerto; mi mujer i mi hijo ¡ai! todos ignoraban su paradero. Supe los muchos sufrimientos que habia tenido que sobrellevar mi anjelical esposa, pero, nadie supo decirme donde se encontraba. Juzgad de mi dolor.... Hace seis años la busco por todas partes; hace seis años lloro a mi esposa, lloro a mi hijo.... Al verte, Juanito mio, una voz secreta me decia: ese es tu hijo. (*A Pedro.*) Dios os bendiga mil veces, hombre jeneroso. Vos me habeis conservado a mi hijo; vos habeis educado al pobre huérfano; vos habeis visto morir a mi Ernestina....

PEDRO. Yo soi tan feliz como vos. I es, sin embargo, ese cubilete....

D. LUIS. Mi nombre i el de mi esposa están grabados en él. Mirad:—"Luis Rivero; Ernestina Perez."—¡Bendito sea Dios que se vale, muchas veces, de los medios mas sencillos, para derramar sobre sus creaturas sus beneficios i manifestarnos su bondad! (*A Pedro.*) Cerrad esta cabaña, abandonadla para siempre; no mas trabajos ni necesidades; no mas miseria. Mi casa será vuestra casa; mi hijo será vuestro hijo.

JUANITO. ¡Qué dulce felicidad!

D. LUIS. Partamos.

PEDRO. Pero ¡si esto es para volverse loco de alegría!.... ¿No veis como lloro?.... i, ahora ¿no veis como rio?.... Bien decia

yo esta mañana, a mi amigo Cristóbal: "Si Dios no se olvida del bien que hacemos a un pobre ¿con cuánta mas razon pagará el bien que se hace a un huerfanito solo i desamparado?...."

CAE EL TELON.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

RECUERDOS.

(A MI QUERIDO AMIGO JORJE ROJAS PRADEL.)

¡Cómo pasan los años, Jorje amigo
De dicha i de candor!
¡Cómo viene con rápida carrera
El tiempo del dolor!

¡Cuán fugaces los dias se pasaron
En que juntos los dos
Llena de paz i de esperanza el alma
Rogábamos a Dios!

Era tierna, era dulce la plegaria,
Sin hiel ni sinsabor,
Pues reflejaba de dos almas niñas
El inocente amor.

Juntos buscamos en la misma escuela
La ciencia i la virtud.
¿Recuerdas nuestros sueños de ventura
De bella juventud?

¡Cuántos sueños de gloria! pobres sueños
Que el alma se forjó;
Sueños, quimeras, triste desvario
Que el tiempo se llevó.

Ansiosos, anhelantes, el futuro
Quisimos descubrir,
Cual si al pobre mortal le fuera dado
Leer el porvenir.

Nuestras almas entónces juveniles
No sabian mentir;
No sabian que el mundo solo busca
Hipócrita finjir.

.....

Pasa la infancia.... i un latido extraño
El corazon sintió:
¡Amamos! fué el principio de una historia
Que el alma nos robó.

En esa historia de pasion, de duelo,
No es dado penetrar;
Solo sé que de entónces nuestras almas
Solo saben llorar.

Despues te separaste: nunca olvido
Nuestro postrer adios;
Acá, en mi corazon, puro conservo
El eco de tu voz.

¿Pasas, amigo, en veleidoso jiro
De pasion en pasion?
Quien tiene corazon, una vez ama,
Tú.... tienes corazon.

Tus cartas me lo dicen; solo adoras
Las prendas del hogar;
Serás feliz porque ese amor divino
No sabe traicionar.

¡Quién pudiera de nuevo de una dicha
Que el tiempo consumió
Juntos gozar en alas del recuerdo
Que el corazon guardó!

Miéntras llega ese dia venturoso
Al amigo de ayer
No olvides, porque a él están unidos
Tus dias de placer.

¡Ah! recuerda esa pájina de vida
Que guarda el corazon
Como un reflejo de la dulce aurora
Que alumbra la razon.

Recuerda nuestros juegos infantiles,
Nuestra perdida paz
I no olvides jamas, Jorje querido,
Mi sincera amistad.

Chillan, marzo de 1875.

CAMILO MUNITA GORMAZ.

ORTOGRAFIA DE SARMIENTO.

Un mes cabal despues de la solemne instalacion de la Universidad de Chile, es decir, el 17 de Octubre de 1843, se leia ante la Facultadad de Filosofía i Humanidades una memoria "sobre ortografía americana," cuyo autor era el señor don Domingo Faustino Sarmiento, miembro de aquella Facultad.

Esa memoria, apesar de la increible buena acojida que tuvo de parte de la Universidad chilena, que contaba entre sus miembros a hombres tan eminentes como el ilustre e inolvidable Bello, apesar del triunfo, aunque momentaneo, que obtuvieron las ideas en ella insinuadas, no contiene, sea dicho con perdon de su autor i de cuantos lo siguieron, mas que un triste alegato en favor de la ignorancia i un puñado de innovaciones antojadizas, innecesarias i desatinadas.

Aunque el señor Sarmiento, por sus antecedentes de maestro de escuela i por su incurable manía de escuelas i bibliotecas parece otra cosa, en su memoria de 1843 se manifiesta un entusiasta *ignorantófilo*, perdónesenos la palabra. Va verlo el lector.

"El autor de esta memoria, dice el señor Sarmiento, se a propuesto desbaratar de un golpe los obstáculos, cimentando la ortografía sobre un principio de qe todos puedan estar al cabo.

"Los acendados, continúa, los comerciantes, las mujeres no estudian latin ni pueden andar atisbando años enteros como están escritas en los libros las palabras: por consiguiente, las reglas de ortografía qe mandan atender al *orijen* de las voces i al *uso constante* de escribirlas, son para ellos inútiles. No debe aber otra regla qe la *pronunciacion*."

Como se ve, el propósito del señor Sarmiento, era una reforma tan radical como mas es imposible i tan halagüeña para la ignorancia i la desidia como mas no podria ser. Fortuna fué que el sistema del señor Sarmiento fuera una flor de un dia i mayor fortuna que no se le antojara tambien "desbaratar de un solo golpe los obstáculos" en todos las demas artes i ciencias "cimentándolas sobre principios de que todos puedan estar al cabo." ¿A dónde habríamos ido a parar?

Las dificultades i "los obstáculos" son inseparables de toda ciencia i de todo aprendizaje i nadie puede impunemente armarse del hacha, como el señor Sarmiento, para derribar todo lo que algun tropiezo i dificultad presenta, a fin de abrir paso expedito a la ignorancia i a la pereza. Una i otra pasan; pero las ciencias se vuelven absurdos mamarrachos, jerigonza i confusion. Las ciencias i las artes, sobretodo tratándose de un idioma, son como son o no son, ya no son las mismas, dejan de existir, aun cuando se las haya simplificado i facilitado tanto que se las haya puesto al alcance del mas rudo patan i de los nenes. Haga la prueba el señor Sarmiento de ir aplicando su hacha a todos los obstáculos en materia de saber i verá pronto a qué extremos lo conduce su excesiva compasion por la ignorancia.

El autor de la memoria en que nos ocupamos es un igualitario furioso; pero quiere aquella igualdad que se consigue rebajando lo mas alto i no levantando lo mas bajo. Es un verdadero nivelador, un comunista. "Los acendados, los comerciantes i las mujeres," dice, i bien podria haber agregado los peones, "no estudian latin ni pueden andar atisbando años enteros como están escritas en los libros las palabras." De donde deduce la consecuencia de que no debe haber para la ortografía reglas de oríjen ni de uso sino solo de pronunciacion.

En primer lugar, observaremos al señor Sarmiento que en materias científicas no se puede tomar en cuenta a la ignorancia i en segundo lugar, que, aun tomándola en cuenta, no se la puede sobreponer a la ilustracion, no puede quedar aquélla de mejor condicion que ésta i darle la lei.

Si en todos los órdenes de conocimientos humanos fuéramos gastando contemplaciones semejantes con los que no han estudiado i no saben; si, por compasion a éstos, fuéramos simplificando los ramos del saber, hasta ponerlos al alcance de los ignorantes, acabariamos por destruir toda ciencia i por borrar toda regla.

¡Cuántas ciencias hai, fuera de la ortografía, que requieren i suponen la posesion previa de otras ciencias o artes! Hai entre casi todas ellas un encadenamiento tal, tan estrechas relaciones, que puede decirse que cada una de las de un mismo órden necesita de todas las demas i con ellas se completa. Si se hubiera, pues, de suprimir en una ciencia o en un arte todo aquello que requiere el conocimiento previo de otra ciencia o arte llegariamos a despedazarlas casi todas. Si los hacendados, los comerciantes i las mujeres no han estudiado latin i no conocen la etimolojía de las palabras, acudan entónces para saber cómo han de escribirlas a los libros bien escritos i sobre todo a los buenos diccionarios, cuya facilísima consulta no demanda esos "años enteros" de que hiperbólicamente habla el señor Sarmiento, el cual otorga carta blanca a hacendados, comerciantes i mujeres para escribir las palabras como las escriban los mayordomos, los changadores

i las cocineras. I, lo que es peor aun, el señor Sarmiento pretende que aun los que sepan latin i tengan tiempo para "atisbar" libros han de escribir, por razon de uniformidad i de simplificacion, como los que ni tal saben ni tal tiempo tienen.

Pero, aun dando de barato que hacendados, comerciantes i mujeres estén dispensados de escribir como jente solo porque no saben latin ni tienen tiempo para atisbar libros, i dando tambien de barato que los que se han tomado el trabajo de aprender deban escribir como los que nó, ¿cuál seria el alcance del destierro de la etimolojía i del uso como fuente de las reglas ortográficas? Quiere el autor de la memoria que no haya otra que la *pronunciacion*. Pero ¿qué pronunciacion? Vemos claro desde luego que el señor Sarmiento quiere que se tome por base la americana. Aun concedido esto, queda en pié una dificultad: ¿cómo habrá de escribir el que no ha aprendido a pronunciar bien ni siquiera a la americana? Con la compasiva e igualitaria lójica del señor Sarmiento, debemos no solo permitir al gañan que escriba *ei* en vez de *ahí* (porque así i no así pronuncia) sino tambien obligar a todos desde el Rector de la Universidad para abajo a escribir tambien *ei* en lugar de *ahí*, en bien de la uniformidad i de la simplificacion de la famosa *ortografía americana*. Obligar a un hacendado, que pronuncia *qerse* donde la jente ilustrada pronuncia *caerse*, a que de este último modo escriba es olvidar que ese caballero "no ha estudiado latin, ni tiene tiempo para andar atisbando libros" para averiguar si se escribe *qerse* o *caerse*. I así ¿a dónde iríamos a rematar?

A impulsos de un americanismo exajerado, maniático i ridículo, suspira el señor Sarmiento por una *ortografía americana*. Para no decir sino dos palabras sobre tan desatinada utopia, bástenos declarar que, a nuestro humilde juicio, la *ortografía americana*, como el otro delirio del *idioma americano*, no tiene mas que la imponderable ventaja de que rompamos por capricho con todos los gloriosos antecedentes del habla castellana i lleguemos a tener un insignificante dialecto en vez de hablar el idioma de medio mundo. Por amor a la América i por odio a España, iriamos a sacar un pan como una flor porque ni los españoles nos entenderian ni nosotros a ellos. Con todo lo cual habriamos cimentado sobre bases de granito la independencia americana i habriamos dado un golpe mortal a España. Pero ¿cuáles serian ese idioma i esa ortografía americanas? ¿Los de Chile? ¿los del Perú i Bolivia? ¿los de las Repúblicas del Plata? ¿los de Colombia? ¿los de Méjico? I ¿quién no sabe que, en lo que se apartan del idioma i de la ortografía de la Península, hai una completa discordancia entre las diferentes secciones de Hispano-América?

Descendamos ahora a los detalles de la memoria del señor Sarmiento.

"Bello i García del Rio, dice, proponian sostituir la *j* a la *g* áspera, la *i* a la *y* vocal, la *z* a la *c* en las dicciones cuya raiz se escribe con la primera de estas letras, i referir la *r* suave i la *x* a la vocal precedente en la division de las sílabas.

"El canónigo Puente publicó tambien en Chile un proyecto en que, reproduciendo algunas indicaciones de Bello i García, propone sostituir la *z* a la *c* en las dicciones *ce*, *ci*."

Pero todo eso, que es muchísimo, le parece poco a la insaciable sed de simplificacion del señor Sarmiento.

La sustitucion de la *g* con sonido fuerte por la *j*, ha sido aceptada por autoridades tan respetables como la de Bello, adoptada en todo Chile i por uno que otro escritor fuera de esta República; pero tiene en su contra poderosas razones de etimolojía i el uso jeneral de la jente ilustrada fuera de Chile. Por eso, veriamos con gusto restablecida la *g* con sonido fuerte, donde la etimolojía i el uso castellano la piden. Sin embargo, creemos que por lo que toca a Chile, a lo ménos, es ése ya un pleito perdido. Lo mismo decimos del uso de la *y* como vocal, uso universal en España i en todas las repúblicas españolas, excepto solo Chile, donde no está tampoco completamente desterrado. Aunque no razones de etimolojía ni de antecedentes, hai en favor de la *y* vocal la suprema razon del uso universal. Sin embargo, por nuestra parte vemos sin pena su destronamiento i ostracismo.

En cuanto a la sustitucion de la *c* por la *z* en todos los vocablos cuya raiz se escribe con esta última letra, no le atribuimos ni autoridad ni importancia, ni tampoco creemos que traiga simplificacion alguna. Es una de tantas innovaciones que se proyectan por el prurito de innovar i que a nada conducen ni tienen probabilidad alguna de prevalecer.

Lo que sí es curiosísimo, es que el señor Sarmiento, tan fanático simplificador, aplauda la antojadiza articulacion inversa de la *r* como una buena reforma. Lo mas natural, lójico i sencillo, es atribuir siempre a la vocal siguiente la consonante que se encuentra sola entre dos vocales.

Por lo que toca a la reforma propuesta por el canónigo Puente, razon tiene Sarmiento para calificarla de absolutamente inútil.

Gran escándalo le causa a este último el que álguien haya llamado un *vicio* el que los americanos pronunciemos la *c* como la *s*. I, en un tono característico en él, exclama: "¡Llamar viciosos a veinte millones de hombres porque no pronuncian una letra como los españoles!" Como se ve, el asunto es gravísimo i bien vale la enfática i patética declamacion del señor Sarmiento. Parece ignorar, sin embargo, este *apóstol de las luces*, que hai vicios de vicios i viciosos de viciosos, i que cuando de tales se ha calificado a los americanos, no se les ha querido llamar borrachos, ni jugadores, ni perdularios. Hai vicios gramaticales, vicios de pronunciacion; a esta última clase pertenece sin duda de lleno el de convertir en *s* toda *c*, dando lugar a mil equívocos i confusiones,

i tambien el convertir en *b* toda *v*, lo que ha dado márjen a la espiritualidad italiana para decir que entre los españoles *vivir* es *beber: vivere è bibere*. Por nuestra parte, no tenemos inconveniente para consentir en que se llame viciosos a veinte i aun a cuarenta u ochenta millones de hombres, que el número no hace al caso, sobre todo si el vicio de que se trata no es moral sino ortolójico u ortográfico.

No estariamos distantes de seguir al señor Sarmiento, si no tuviéramos en contra el uso universal i único autorizado, i pedir con él que siempre que ocurra el sonido de *erre* en medio de diccion, se lo escriba con el signo *rr* i no con *r*, como sucede en *abrogar, subrepcion, prorogar, malrotar, boquirubio, maniroto, honra, Ulrico, Enrique, Israel*. Pero no por cierto en aquello otro de escribir *rrudo, rramo*.

Sarmiento proponia:

1.° Que no usáramos la *c* sino ántes de *a, o, u: cara, coro, cuna*.
2.° Que no hubiera *c* ni *z* ántes de *e, i*, sino solo *s*.
3.° Que no hubiera *h* inicial.
4.° Que se escribiera *qe, qi*, i no *que, qui*.
5.° Que no hubiera *v* sino siempre *b*.
6.° Que la *x* se convirtiera en *cs* o *gs*.
7.° Que no usáramos de la *y* sino en las sílabas *ya, ye, yi, yo, yu*.

Romper de un solo tajo con las tradiciones seculares del idioma, borrar de él toda huella de sus oríjenes, sacudir la autoridad de sus inmortales maestros, cambiar radical i súbitamente la fisonomía gráfica del castellano, escribir de modo que apénas nos entendiéramos en Chile, i todo eso solo por contemplacion a los que "no saben latin ni tienen tiempo para atisbar libros," hé ahí lo que importaba la reforma que propuso el señor Sarmiento en 1843 i que *(incredibile dictu!)* llegó a adoptarse hasta en los *Anales de la Universidad*.

Desterrar la *c* i la *z* suplantándolas invariablemente por la *s*, ademas del inconveniente de borrar en los vocablos el sello de su oríjen i por consiguiente oscurecer su uso propio, tenia el otro inconveniente, mayor talvez, de ser ocasionado a mil confusiones. Adoptado el sistema ortográfico del señor Sarmiento, no habria diferencia, por ejemplo, entre *cima* i *sima*, entre *cenado* i *Senado*. I un discípulo de ese señor, escribiria *alta sima*, que es un desatino tan grande como escribir *profunda cima;* no habria para un discípulo del señor Sarmiento diferencia alguna entre el *valido* de un rei i el *balido* de un carnero. Donde nosotros hubiéramos querido escribir *guerra*, leerian *jerra* todos los demas que hablan español.

Pero lo que hai de particular es que, apesar de su furor por simplificar, se quedó el señor Sarmiento en la mitad del camino que la lójica le señalaba. ¿Con qué objeto conservar la *q* cuando ya existia la *c* con sonido fuerte? Si de reformar se trataba ¿qué inconveniente habia para decretar la supresion de la *q* i su reem-

plazo invariable por la *c?* No se diga que ese inconveniente era que un español o hispano-americano que encontrara escrito *ce, ci,* leeria *ze, zi,* o *se, si,* i no *que, qui,* porque el mismo inconveniente habia para suprimir la *u* despues de *g,* quitando absolutamente a este signo su valor fuerte.

Por lo demas, imajínese el lector qué idea se formaria el mundo español si leyera en un escrito chileno: "Bamos a rreferir ecsactamente la istoria de la sélebre sena qe tubo lugar en la bíspera de la gerra de la triple aliansa, etc."

Las letras *k, x, z, v, qu, ph, w,* eran extranjeras para el señor Sarmiento, que bautizó a las consonantes que dejó con vida o con carta de ciudadanía, como sigue:

be, que, che, de, fe, gue, je, le, lle, me, ne, ñe, pe, que, re, rre, se, te, ye.
b, c, ch, d, f, g, j, l, ll, m, n, ñ, p, q, r, rr, s, t, y.

I en esta parte, el triunfo del señor Sarmiento ha sido completo, porque hasta ahora se enseña en nuestras escuelas esa jerigonza en lugar de los nombres de las consonantes castellanas.

Para defenderla, se alega primero la sencillez; en segundo lugar la mejor distincion de las letras; i en tercer lugar la mayor facilidad para enseñar el silabeo a los niños.

Desde luego, nadie está autorizado a cambiar los nombres castellanos de las cosas, so pretexto de darles otros mas sencillos. Las consonantes se llaman en castellano *eme, ene, eñe, ce, ese, cu, ele, elle, ge, jota, ere, erre, efe,* bien así como los signos de puntuacion se llaman *punto,* i no *pun, coma* i no *co, paréntesis* i no *pa.* En segundo lugar, no alcanzamos a comprender por qué sea mas fácil i expedito decir *me* que *eme, lle* que *elle.* No existe la simplificacion, porque no gana nada el niño con que al hacerle nombrar una consonante se le haga articularla con una sola vocal o con dos.

Cuanto a la distincion de las consonantes, se pierde en lugar de ganar con el sistema de Sarmiento: segun éste, la *q* es *que,* la *ce* es *que* tambien; la *s* es *se* i si la oye nombrar cualquiera que hable castellano creerá que se trata de la *c,* la *jota* es *je* i la tomará por la *g,* al paso que diciendo a la española *ce, cu, ese, ge, jota* no hai lugar a confusion alguna.

Veamos ahora si, con la monótona i empalagosa nomenclatura del señor Sarmiento, gana el maestro de escuela en facilidad para enseñar el silabeo o sea la articulacion de las consonantes. Si a un niño se le dice, objetan los sarmientistas, que la *m* se llama *eme,* i llega el caso de articularla con una *u,* dirá *emeu* i no *mu.* Dando de barato que así pueda suceder, *a pari,* cuando al niño se le dice que la *m* se llama *me,* al juntarla con la *u,* dirá *meu;* de modo que nada hemos avanzado con la innovacion. Veamos ahora los inconvenientes de ésta. Encuentra el niño un libro escrito a derechas, en que diga: *Mucio, general, querer.* ¿Cómo leerá?—Mui

lindamente: *Muquio, gueneral, cuerer.* ¡I quedamos lucidos con la reforma!

Dije que, en parte, prevaleció por algun tiempo el sistema ortográfico del señor Sarmiento. Su nomenclatura de las consonantes fué adoptada con algunas modificaciones i aun hoi es la que se enseña en las escuelas.

Con fecha 25 de Abril de 1844, el Decano de la Facultad de Humanidades, don Miguel de la Barra, elevaba un oficio al Rector de la Universidad haciéndole saber que aquella Facultad habia adoptado con modificaciones las reformas propuestas por el señor Sarmiento en su memoria de 1843 i expresaba los motivos que la habian inducido a hacer esas modificaciones.

Hé aquí cómo el mismo Decano resume los acuerdos de su Facultad:

ORTOGRAFÍA.

"1.° Se suprime la *h* en todos los casos en que no suena;

"2.° Se suprime la *u* muda en la sílabas *que, qui;*

"3.° En las interjecciones se usará de la *h* para representar la prolongacion del sonido exclamado;

"4.° La *y* es consonante i no debe aparecer jamas haciendo el oficio de vocal;

"5.° Las letras *r, rr* son dos caracteres distintos del alfabeto que representan tambien dos distintos sonidos;

"6.° El sonido *rre* en medio de diccion se expresará siempre duplicando el signo *r*; pero esta duplicacion no es necesaria al principio de diccion;

"7.° La letra *rr* no debe dividirse cuando haya que separar las sílabas de una palabra entre dos renglones.

"8.° La Facultad aplaude la práctica jeneralizada en Chile de escribir con *j* las sílabas *je, ji,* que en otros paises se expresan con *g.*

"9.° Toda consonante debe unirse en la silabacion a la vocal que la siga inmediatamente.

"10. Los nombres propios de paises, personas, dignidades i empleos extranjeros que no se han acomodado a las inflexiones del castellano, deben escribirse con las letras de su oríjen.

"11. Las letras del alfabeto serán

VOCALES.

"*a, e, i, o, u.*

CONSONANTES.

"*be, qe, de, fe, gue, che, je, le, lle, me, ne, ñe, pe, qe, re, rre, se, te, ve, cse, ye, ze.*"

En lo concerniente a la ortografía, moderó, como se ve, la Facultad de Humanidades el atrevido i radical proyecto de reforma del señor Sarmiento. En tres puntos anduvo mui acertada, a nuestro humilde juicio i son los marcados con los números 5.°, 7.° i 9.°: la *r* i la *rr* son dos letras i sonidos distintos; no se parta jamas la *rr* porque es un signo simple que representa un sonido indivisible; toda consonante que esté entre dos vocales articúlese con la siguiente *ga-to*, *Pa-ris*.

Por lo demas, la Facultad no hizo mas que decretar grotescamente que "las letras del alfabeto serán" las mismas que señalaba el señor Sarmiento, mas la *c*, la *v*, la *x*, i la *z*, bautizadas *que*, *ve*, *cse*, i *ze*. Lo que en parte agravó los inconvenientes del sistema de Sarmiento, pues, conservado el sonido suave, de la *c*, hai mayor confusion entre la *c* i la *q*, a quien, como a aquella, se llama *que;* i, conservando la *zeta* se llama *ze* o *se*, lo mismo que a la *s*.

Santiago, 15 de Junio de 1875.

RAFAEL B. GUMUCIO.

LA VIRJEN DE LA VIÑA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN LITERARIO DE 1874.)

(Conclusion.)

De Octubre, mes de las flores,
Una tarde encantadora
Abandonaba a Santiago
La poblacion casi toda.

En pos de una cruz avanza
En procesion numerosa
Cantando sagrados himnos
I letanías devotas

El jentío, que a su paso
Sin atropello se agolpa
Dividido en dos hileras
Con encendidas antorchas.

En medio de aquella calle
Que el vario concurso forma
De prestes i de soldados,
Niños, viejos i matronas,

En hombros de seis guerreros
Avanzaba majestuosa
Una imájen de María
Ornada de ricas joyas:

Sobre sus cándidas sienes
Brillaba un aurea corona
I en una mano tenia
Un ramillete de rosas;

Mientras a su puro seno
Oprimia con la otra
Amante al Niño Divino
Que la humanidad adora.

Blanda sonrisa del cielo
Brillaba en su faz graciosa
Que el sol de ocaso adornaba
Con viva, fúljida aureola.

Era aquella hermosa imájen
La que, reliquia preciosa,
Largos años en su casa
Guardó el insigne Quiroga.

Cierran la marcha dos frailes
Domínicos, cuyas toscas
Vestiduras de sayal
Realza cándida estola,

I con ellos dos ancianos,
Un guerrero con su esposa,
De cuyos ojos hundidos
Raudal de lágrimas brota;

Sin que en un punto distraiga
La emocion que los ahoga
Ni el ruido de los cantares
Ni el son de bélicas trompas.

Los que así van son Ines,
Del santuario fundadora,
I el capitan valeroso
Don Rodrigo de Quiroga.

*
* *

A los piés de la colina
Que hoi Cerro Blanco se nombra
Hace alto breves instantes
La caravana piadosa.

Tras corta espera, a la cumbre
Asciende donde entre rocas
I espinos se eleva un templo
Ya decorado con pompa.

Sobre un ara que frontal
De rica labor decora
Depositan los guerreros
A la celestial Patrona.

Danle los prestes incienso
Que sube en cándidas ondas
A perderse de la ermita
En las elevadas bóvedas;

Adórala la nobleza
En actitud respetuosa,
I el pueblo, en signo de fé
La rinde humildes coronas.

*
* *

Bendita aquella morada
Que a las jentes mas remotas
De sus nobles fundadores
Dirá la mente piadosa,

De pié a la diestra del ara
Don Rodrigo de Quiroga,
Estrechando entre su manos
Las de su mujer heróica,

Fija la vista en María
Exclamó con voz sonora:
—"¡Vírjen! yo alcé este santuario
A tu nombre i a tu gloria

"Por que en las lides me fuiste
Incansable protectora
Cubriéndome con tu mano
En jornadas desastrosas.

"Te ruego que en este sitio
Donde hoi un pueblo se postra
A ensalzar tu dulce nombre
Que las tempestades doma,

"Nunca la amarga querella
Del aflijido desoigas
I halle alivio el que confiado
En su miseria te implora;

"¡Sé de esta ciudad la éjida
I tu virtud poderosa
De sus fieros enemigos
Defiéndela a todas horas!

"Aquí depongo mi espada
Que he esgrimido no sin honra
Por que el idólatra ciego
Tu augusto nombre conozca.

"Jamas sin justa razon
Teñí con sangre su hoja,
Así que el don que te ofrezco
No es don indigno, Señora...."

Despues vuelto hácia los los frailes,
Prosiguió con la voz ronca
Por la emocion que su pecho
Ajitaba poderosa,

—"Padres, os dejo esta ermita
Que ya los años me doblan
I mui presto entre los vivos
Se borrará mi memoria....

"Entónces, cuando a los cielos
Alceis la sagrada Hostia,
Ofrecédsela al Señor
Que nuestras faltas perdona,

"Por mí, por mi esposa cara,
I porque la turba idólatra
De este reino abra los ojos
A la verdad salvadora."

Sus trofeos de guerrero
Rindió ante el ara Quiroga
I la noble Ines de Suarez
Dió para el culto sus joyas.

I abierta quedó, de entónces,
Para la turba piadosa
La ermita de Monserrate
Que hoi de la Viña se nombra.

III.

Despues, al peso rendidos
De la dolencia i los años,
Protejidos por la fé,
Su último aliento exhalaron

La santa i digna mujer
I el caballero cristiano
Que en lo alto de la colina
Erijieron el santuario:

En vano se buscaria
Su sepulcro venerando:
Ni de su querido templo
Se hallan ahora los rastros.

Que sus elevados muros
Los terremotos postraron
I el tiempo pasó sobre ellos
Hasta sus huellas borrando;

Mas sobre solar distinto,
Siempre del monte cercano,
Por la cristiana piedad
Dos veces fué levantado;

I el que hoi miramos tan bello
No es reliquia de los años,
Que en la mitad de este siglo
Su torre se alzó al espacio.

¡Ojalá que llegue un dia
En que el antiguo santuario
Vuelva a alzarse en la colina
La llanura señoreando,

I la Vírjen sin mancilla,
Prodigándonos su amparo,
La ciudad de sus afectos
Bendiga desde lo alto!

*
* *

Pero se conserva aun
El misterioso retablo
Que decoró el primer templo;
Los siglos lo respetaron;

I nos mira bondadoso,
Con faz de celeste encanto,
I nuestros votos escucha
Despues de trescientos años.

Ante él muchos la rodilla
Con dulce emocion doblamos;
Su altar cubierto de ofrendas
Jamas se ve solitario.

A él acuden todavía
De los confines lejanos
Del pais, en pos de alivio,
Enfermos i desdichados,

Llevando como memoria,
Tras peregrinaje largo,
El aceite de la lámpara
Que arde eterna ante el sagrario.

Con cristiana complacencia
Recuerdan muchos ancianos
Haber visto cuando niños
Al devoto vecindario

De Santiago, por Octubre,
Cuando tan bello es el campo,
A la poética luz
Del sol que muere en ocaso,

Dirijirse en prosesion,
Cantando sublimes salmos,
A la modesta capilla
Que sombrea el Cerro Blanco.

Ni de la impiedad el hielo
La devocion ha borrado
De este pueblo, que Quiroga
Colocó bajo su amparo,

Que la Vírjen de la Viña,
Con su jenerosa mano
Liberal colma a sus hijos
De sus dones sacrosantos.

I conforme en su piadosa
Fundacion, dejó mandado
El venerable Quiroga;
Tras tanto número de años,

Por él i su esposa insigne,
Del Cordero Inmaculado
El sacrificio se inmola
Para su eterno descanso;

I ¡noble, sublime voto
Del conquistador cristiano,
Que de la Cruz en América
Fué esclarecido soldado!

Allí ruega el sacerdote
Porque el pueblo araucano
A la relijion del Cristo
Vuelva algun dia sus pasos!

ENRIQUE DEL SOLAR.

ADIOS DE LORD BYRON A INGLATERRA.

(Del ingles.)

¡Oh tierra de mis padres, oh tierra mia natal, la mas noble, la mas valiente, la mas bella de las patrias!—Desesperado i fatigado, renuncio a los placeres i a las esperanzas que me ofreces.

¡Adios madre querida de la libertad! La libertad misma me es importuna.—Cálmate, corazon ajitado i no te subleves; mi razon aprueba la sentencia fatal. Amaba—¡decidlo vos, gran Dios! ¡vos que habeis visto mis debilidades i mis temores:—yo adoraba;—pero el encanto se rompió;—¡que su recuerdo sea borrado por mis lágrimas!

¡Cuán brillante era el dia de mi éxtasis! ¡cuán pasajera fué su claridad!—¡así un cometa resplandece en su fuga.... heraldo de tinieblas i desastres!

Recuerdos de una ternura pasada, de una felicidad que jamas volverá—dejadme llorar en silencio, solo de hoi mas,—errante,—proscrito.

¿En qué lugar.... en qué lugar mi corazon encontrará reposo, i un refujio contra mi memoria i mis pesares? hai heridas mortales que rechazan todo alivio artificial.

¡Quién pudiera encontrar ese rio fabuloso que tiene la virtud de destruir la memoria!—La esperanza renaceria en mí; i podria creer en la aurora de dias mas dichosos.

¿El vino tiene una virtud semejante? ¿puede arrancar el dardo cruel que desgarra mi alma?.... él puede engañarnos por una hora, al fin de la hora el dolor vuelve.

¿La distancia o el tiempo pueden curar corazones que manan sangre de sus fibras mas secretas? ¿el desórden puede suavizar su amargura? ¿es un bálsamo que puede aliviarlas?

Si yo fuera hasta el polo, la que adoro seria—fantasma encarnizado para torturar mi alma,—se reiría de mi vana desesperacion.

El soplo de la brisa de la tarde murmuraria su nombre en mi oido i pediria para el altar del amor un suspiro i una lágrima.

En los delirios del dia, en las visiones de la noche—la imajinacion me mostrará incesantemente sus encantos que seducirán mi vista deslumbrada.

¡Léjos de aquí, vanas imájenes! ¡léjos de aquí tristes fantasmas que extraviais mi cerebro!—mentiras funestas a la razon, concebidas por la demencia i el dolor. He jurado fidelidad a la que amaba, sobre el altar del Dios del cielo ¿me ha hecho ella en pago las mismas promesas?—¿ha cambiado una prenda con su esposo?

Si he sido yo culpable un instante al amor, he querido reparar i faltas;—he hecho todo lo posible para serenarla aun ántes que se irritara.

¿Me he humillado, yo que jamas he sido humillado; he implorado mi perdon, yo que estaba acostumbrado a mandar? el amor me forzó a llorar—i el orgullo fué mui débil en mí para resistir al amor.

¡Qué! una debilidad como la mia, seguida de un pronto arrepentimiento i de abundantes lágrimas ¿será suficiente para borrar impresiones divinas de un afecto probado por mas de un año?

¿Convenia que el orgullo se erijiese en árbitro severo entre el resentimiento i el amor, i que ese corazon hasta entónces tan compasivo, se mostrase repentinamente de piedra para mí, i para mí solamente?

¿Convenia ¡ai! que cuando yo caia de rodillas, disimulases tan bien tu ternura, que pudiste ver toda mi desolacion, e imponerte a lei de permanecer insensible?

Pero, dime, cuando la prenda querida de nuestro amor levante os ojos sobre su madre i sonria.... ¿no esperimentarás un secreto sentimiento para responder al llamamiento de esa niña?....

Ese corazon tan duro, tan frio.... tan traidor a mí i al amor... ¿no se sintió conmovido i desgarrado rechazando la muda plegaria de aquel ánjel?..

Ese oido abierto a toda las quejas, queda sordo a la voz de su esposo.... a ésos acentos que domarian los furores del demonio, se le rehusó una palabra que todo lo habria pacificado....

¿Crees tú, mujer amada?.... pues tú eres aun la vida misma para mi corazon, i a despecho de mi orgullo i de mis resoluciones.... yo te bendigo, yo te adoro....

¡Ah! ¿crees tú que la ausencia te procurará el bálsamo que necesitas?.... ¿crees que el tiempo que a cada paso nos roba un año te traerá un antídoto para tu dolor?

Tus esperanzas se desvanecerán como el sueño que engaña las largas horas de la noche, pero se pierde al primer rayo escapado de las puertas del dia.

Cuando la imajinacion encuentre en el semblante risueño de tu hija la alianza de tus facciones i de las mias.... ese encanto será para tí invencible.

El hoyuelo que se formará en su mejilla, la mirada que resplandecerá en sus ojos,—las voces inarticuladas que pronunciarán sus lábios, turbarán tu sonrisa con un suspiro.

En vano entónces los mares habrán elevado entre nosotros la barrera de sus ondas; yo triunfaré, alejado, invisible.... yo estaré así, sin saberlo, sin ser llamado....

Esta crueldad no ha venido de tí: ella es extraña a tu corazon; no puedo acusarte de haber lanzado la flecha que me ha causado una herida incurable.

Nó, es otra mano que la tuya la que ha destruido mi reposo.... pero no por eso ha sido ménos fatal esta herida, fuente de todos mis males.

Nos aborrecian a los dos los que han destruido para siempre la flor de nuestra primavera.... ¿Qué afectos nuevos.... podian reemplazar la vida horrible de nuestros corazones?....

¡Ai! ¿quién nos volverá la frescura de nuestras primeras sensaciones? ¿quién puede volver a un arco mui tendido el resorte de su encorbadura?

El corazon desolado languidece i se marchita como una flor

arrastrada por el huracan. La cuerda conservará su tension, pero doblegada no lanzará ya la flecha poco ántes tan rápida.

Poco importa a donde dirija mis pasos.... ningun pais puede volverme la calma, o distraer un momento, un corto momento, la desesperacion que oscurece mi frente....

¡Con qué lentitud las horas se deslizan! ¡cuán penosos serán cada uno de mis pasos en el sendero de la vida! ¡cambiando de valles, de montañas, i de sombras, no hará sino cambiar el teatro de mi dolor!

¡Monumentos clásicos de la antigüedad.... sitios queridos a la ciencia i a la poesía—sarcófagos, templos—tierra consagrada.... vosotros no excitais mi entusiasmo!

La cigüeña en su muralla arruinada es mas feliz que yo; embelesada con su mansion decorada de musgo, duerme mecida por las brisas del cielo.

Yo, sin hogar i sin afectos,—expuesto mi seno a la tempestad.... víctima del orgullo i del amor.... busco.... mas ¡ai! ¿dónde encontraré?....

Busco lo que ningun pueblo podría darme.... pido lo que no existe en ningun clima,—un atractivo que pueda agotar las lágrimas del corazon.

Pido, busco en vano,—desde el Indus hasta el norte.... abandonado.—Sin inspirar ninguna compasion.... desahogo en la soledad las quejas de mi alma.

¿Qué suspiro responderá a los mios? ¿qué lágrimas harán correr mis lágrimas? ¿qué duelo responderá a mis jemidos? ¿quién se ocupará en mis tristes veladas?

¡A tí misma—al enseñarte las primeras palabras, hija querida!.... miéntras yo anduviere errante, te impondrán el deber de *aborrecer* al que la naturaleza te manda amar.

La lengua inícua de la calumnia te repetirá la relacion de mis vicios,—de mis culpas, i te enseñará con un celo infernal a temer el cariño de tu padre.

I si algun dia un acorde de mi lira llegase a tu oido, i el instinto de la naturaleza te hiciese exclamar.... "Es quizás.... es.... debe de ser mi padre." Talvez a tus miradas prevenidas mi imájen parecerá importuna; la naturaleza será sorda a mi suspiro,—i la piedad filial me negará una lágrima!

Sin embargo, en esa isla donde el eco de las montañas i de los valles ha repetido mis cantos, alguno puede hacerte, con jenerosa emocion, la triste relacion de mis culpas.

Algun jóven, que no haya desdeñado mi musa, i que se haya entregado a su emocion al escucharla, se atreverá quizás a decirte: "¡Sus flaquezas fueron las de un hombre!"

Sí, fueron las flaquezas de la frájil humanidad,—pero exajeradas por la envidia i por el odio: sí, no hubo ninguno de mis sentimientos que no fuese representado bajo un aspecto desfavorable, i mi orgullo tenia derecho a indignarse.

En vano mis culpas no eran sino las debilidades naturales al hombre; ¡cuán severa fué la sentencia pronunciada contra mí!—¡El orgullo mismo dejó caer una lágrima al gritar anatema contra mi amor!

¡Todo está concluido!—La gran lucha ha terminado, la paz vuelve a mi seno, i mi pasion dominada no precipita ya su curso impetuoso.

¡Todo está concluido!.... ¡mis afectos se desvanecen; los lazos de la naturaleza están rotos!—Obedezco a la inspiracion de mi orgullo; sacudo el yugo humillante de mi amor.

¡Huyo como un pájaro del aire para buscar un asilo; huyo para encontrar en otra parte un bálsamo para mis dolores..... un consuelo para mi corazon desolado!

Huyo, rápido como la golondrina, atrevido como el águila, mas allá de las nubes; pero sombrío como el buho que aflije con su canto al jenio de la noche.

Allá en donde brillan las claridades del Oriente, en medio de las danzas, i en los festines, tomaré parte en todas las fiestas para olvidar a la que amaba.

En la copa roja hasta el borde encontraré la dulzura de la fuente del Leteo; me juntaré a los alegres compañeros de Baco; seguiré las danzas májicas de la beldad.

Adonde el placer me invite, iré para ahogar mis negras inquietudes;—engañado en mis esperanzas;—desterrado de mis hogares—fujitivo, arrojado por la desesperacion.

¡Adios, pais de bravos! adios, pais de mi nacimiento! Cuando las tempestades truenen en tu rededor, ¡ojalá puedas recibir siempre los homenajes debidos a tus virtudes!

¡Mujer,—hija,—pais,—amigos, vosotros ya no encantais mi imajinacion!—¡No quiero vuestras caricias!—Quiero llorar en una ribera mas hospitalaria.

El horrible demonio de la tempestad sublevado en mi corazon desolado no cesará de invocar su odioso fantasma.... hasta que la muerte aplaque al fin sus furores.....

Concepcion, 29 de Mayo de 1875.

AURORA ESTER PRIETO.

VIAJE DE LAS VIRTUDES.

CUENTO DE FILOSOFO.

(Traducido de Bulwer.)

Sucedió en cierta ocasion que las Virtudes cansadas de vivir en compañía del obispo de Norwich determinaron de hacer una pequeña excursion. De consiguiente i con ser que ellas sabian demasiado que en la tierra estaba todo mal parado para su recepcion, creyeron que podrian viajar sin temor desde el puente de Westminster hasta Richmond. Hermoso estaba el dia, el viento soplaba favorable i como si convidase a divertirse; de manera que por esa parte parecia imposible la menor desaveniencia entre las Virtudes.

En las graderías de Westminster alquilaron un bote i ya estaban a punto de desatracar cuando una mujer cubierta de harapos i con un niño entre los brazos imploró su compasion. La Caridad introdujo la mano en su bolsillo i sacó un chelin. La Justicia, al dar vuelta para vijilar el equipaje, vió la locura que la Caridad estaba a punto de cometer.

—¡Cielos! exclamó, i con violencia detuvo el brazo de la pobre Caridad. ¿Qué haces? Por ventura, ¿nunca haz leido economía política? ¿Cómo, no sabes que las limosnas indiscretas no son sino fomento de la Pereza, madre de todo Vicio? ¡I te llaman Virtud, de veras! Me avergüenzo de tí. Id con Dios, buena mujer; mas, aguardad, aquí teneis una boleta, para sopa, de la Sociedad de la Mendicidad; en ella verán si realmente sois digna de compasion.

Pero, la Caridad es mas dilijente que la Justicia, i deslizando su mano a favor de la espalda de ésta, logró que la pobre mujer llevase el chelin i tambien la boleta para sopa. Economía i Jenerosidad acertaron a ver el doble don.

—¡Qué despilfarro! exclamó la Economía frunciendo el ceño. ¡Válame Dios! ¡una boleta i un chelin! Cualquiera de los dos habria sido suficiente.

—¡Cualquiera de los dos! dijo la Jenerosidad; vaya, la Caridad debió dar a la pobre creatura media corona, i la Justicia una docena de boletas.

Así los diez minutos siguientes los emplearon las cuatro Vir-

tudes en una disputa que se habria alargado hasta Richmond si el Valor no les hubiese aconsejado saltar a tierra i ahí terminarla a fuerza de brazos. Al oir esto las Virtudes advirtieron de improviso que se habian propasado algun tanto. Jenerosidad, la primera, dió sus excusas; dieron por terminada la disputa, i durante una o dos millas caminaron alegres i en paz.

El cielo iba cubriéndose de nubes i la lluvia parecia inminente. Prudencia, que llevaba un bonete nuevo, sujirió la conveniencia de acojerse a la orilla por una media hora; el Valor opinaba por que se desafiase la lluvia; pero, el ser damas la mayor parte de las Virtudes, hizo que triunfase la Prudencia. En el momento mismo en que se disponian para saltar a tierra, otro bote cruzó mui descortesmente delante de ellas i dióles tan recia sacudida que la Caridad estuvo a pique de dar con su humanidad en el agua. Los tripulantes del descortes bote que sin duda habian tomado a las Virtudes por personas de mui humilde cuna (pues nada llevaban, segun moda, en sus trajes), prorrumpieron en carcajadas al notar el percance de la Caridad, i mas cuando se sumerjió en el agua un gran cesto lleno de bollos que pensaba distribuir entre los niños hambrientos que le aconteciese encontrar en Richmond. Valor se encendió en ira; torció el mostacho i habria arremetido contra el enemigo, si la Mansedumbre, con gran indignacion de su parte, no le hubiese ganado la delantera, entrando al bote hostil i presentando llena de dulzura ámbas mejillas al enemigo. A tanta humildad no podian resistir, ni aun los descorteses tripulantes; dieron sus excusas a las Virtudes; i el Valor, que no es un maton, hubo de aceptarlas aunque no del mejor grado.

Mas ¡ai! si ustedes hubiesen visto cómo trató despues el Valor a la Mansedumbre, no habrian creido que una Virtud pudiese enfurecerse en tanto extremo contra otra. Esta contienda sembró el desaliento en la compañía; i cuando continuaron su camino ya la lluvia habia cesado; pero, la cordialidad habia desaparecido. Omitiré la cuenta de las disputillas que se sucedieron en la conversacion jeneral, i de como Economía desaprobaba todas las quintas del camino, i la Templanza expresaba su natural indignacion por el lujo de la falúa de la ciudad. Llegaron a Richmond i Templanza fué designada para pedir la comida; miéntras tanto la Hospitalidad se paseaba en el jardin, donde se mezcló con una numerosa partida de irlandeses a quienes invitó a tomar parte en la comida.

No son para imajinadas las fisonomías cariacontecidas de Economía i Prudencia al ver el aumento de compañía. Hospitalidad no cabia en sí de alegría; restregaba las manos i pidió champagne con un cierto tonillo de hermano menor. Aumentó el escándalo de Templanza i la misma Modestia hubo de ruborizarse por algunas de sus chanzas; pero, Hospitalidad, quien ya estaba medio embriagada, llamó marica a la una i echó votos contra la otra llamándola mojigata.

Pasando fueron las horas i llegado el tiempo de volver encaminaron hácia la orilla del agua: iban enteramente disgustadas unas con otras; Economía i Jenerosidad se disputaron durante todo el camino sobre la cuenta i los mozos de la venta. Para remate de mortificaciones entraron a un bote cuyos ocupantes se hallaban en el mejor humor posible i reian i voceaban como jente fuera de juicio; luego descubrieron que aquellos festivos compañeros eran dos o tres agradables Vicios que se habian encomendado a la direccion del Buen Humor. Ya veis como aun las Virtudes pueden ponerse de cuernos entre sí i pasarlo bien mal si les acontece ser de opuestas inclinaciones i no cuidan de llevar consigo a Buen Humor.

—¡Sí! dijo Jertrúdis; pero Ud. ha sobrecargado su bote; demasiadas Virtudes pueden contradecirse mútuamente, mas, no así unas pocas.

—*Voilà ce que je veux dire*, dijo Vane. Pero, escuchad la continuacion de mi cuento que ahora cambia de moral.

Al fin del viaje i despues de un largo i obstinado silencio, la Prudencia con ademan pensativo, dijo:

—Queridas amigas, he venido pensando en que miéntras persistamos en tan estrecha union sin mezclarnos jamas con el resto del mundo, malgastaremos nuestra vida en eternas disputas i a mas nos expondremos a ser aun ménos amadas i solicitadas que ahora. Demasiado sabeis que ninguna de nosotras es popular; los hombres se dan por contentos en viéndonos representadas en un *vaudeville*, o descritas en algun ensayo. En verdad, se toma frecuentemente en vano el nombre de la Caridad para un bazar o suscripcion, i el avaro habla del deber que para conmigo tiene cada vez que arroja de su puerta a un extraño o envia su nieto a la prision; hasta ahora hemos sido semejantes a otras tantas bestias salvajes que todos gozan en ver, pero, nadie cura de tener. Propongo que nos separemos i durante un año establezcamos nuestro domicilio en el de algun mortal i con facultad de cambiar al fin de ese tiempo si la situacion nos parece desfavorable; esto es, si vemos no poder hacer todo el bien que querriamos. Probemos fortuna i a contar de este dia en un año nos reuniremos bajo la encina mas grande de la selva de Windsor para relatar cuanto nos haya sucedido.

La Prudencia calló como acostumbra despues de haber dicho lo suficiente; complacidas por el proyecto las Virtudes consintieron inmediatamente en seguirlo. Como ninguna dudaba del propio buen suceso encantábales la idea de establecerse por su propia cuenta; pues, Economía creia en sus adentros a la Jenerosidad mui léjos de ser Virtud i la Mansedumbre consideraba al Valor como apénas un poco mejor que pagano.

La Jenerosidad por ser la mas ardiente i activa de las Virtudes, dió principio a su viaje la primera. Siguió la Justicia i aunque era mas reposada su marcha se mantuvo a corta distancia de

ella. Caridad jamas oia un suspiro, o veia un rostro escuálido sin detenerse para alentar o consolar al paciente; Bondad que retardaba algun tanto su marcha.

El Valor atisbó un carruaje en que iban un hombre i su mujer disputándose en una manera mui conyugal; i pidió cortesmente le permitiesen ocupar el asiento vacío frente a la dama. La Economía permaneció algun tiempo en suspenso tomando noticias de cuales eran las posadas mas baratas. La pobre Modestia miraba en su derredor i suspiraba al considerarse tan próxima a Lóndres, donde era casi totalmente desconocida; pero, al fin resolvió enderezar los pasos hácia allí, por dos razones; primera: la novedad de la situacion; segunda: porque no gustaba de exponerse a los riesgos de un viaje por el continente. Prudencia, aunque la primera en proyectar, fué la última en ejecutar, i por lo tanto resolvió permanecer donde estaba por aquella noche i aguardar el dia para comenzar su viaje.

El año concluyó i las Virtudes, puntales a la cita, se encontraron bajo la encina; todas llegaron casi al mismo tiempo, excepto la Economía que se habia metido en un carruaje de postas que venia de vuelta i cuyos caballos habian recorrido cuarenta millas en la mañana, de manera que se despearon en el camino, retardando el viaje hasta mui entrada la noche. Las Virtudes traian el aspecto triste i angustiado como sucede de ordinario despues de una larga e inútil jornada; i de alguna u otra manera, tal habia sido el aniquilador efecto de su trato en el mundo que su talle parecia marabillosamente disminuido.

—¡Ah! querida Jenerosidad dijo la Prudencia, suspirando, puesto que fuiste la pimera en emprender el viaje, justo es que primero escuchemos la relacion de tus aventuras.

—Habeis pues de saber hermanas, dijo la Jenerosidad, que ántes de apartarme muchas millas de vosotras llegué a una pequeña aldea donde se hallaba acuartelado un rejimiento movilizado. Por una ventana abierta acerté a divisar la mas bella creatura que puede pintar la imajinacion, apoyada sobre la silla de un caballero. Brillaban sus ojos como dos soles de perfecta felicidad i era tal su alegría que casi era posible confundirla con el mismo Buen Humor. El caballero sobre cuya silla se apoyaba era su marido; seis semanas habia que estaban casados; él era un teniente con cien libras de renta a mas de su paga. Grandemente aflijida yo por su pobreza, incontinenti determiné i sin pensarlo dos veces apoderarme por asalto del corazon de la hechicera niña. La primera hora en mi nueva morada lo pasé en hacer sabias reflexiones tales como: el no ser nunca tan perfecto el Amor como cuando va acompañado de Pobreza; i como es un vulgar error el llamar *Felicidad Individual* al Celibato, cuan gran sinrazon era que las Virtudes no hubiésemos probado los lazos del matrimonio; i como era mentira decir que los maridos desatienden a sus mujeres, siendo así que nada hai tan abnegado en la

naturaleza como el amor de un marido.... a las seis semanas de casado.

A la mañana siguiente, ántes de almorzar, miéntras la encantadora Fanny esperaba a su marido, que aun no habia concluido de vestirse, una pobre figura de aspecto miserable se mostró en la ventana arrancando sus cabellos i estrujando las manos en actitud desesperada; su marido habia sido arrastrado a la cárcel aquella mañana i sus siete hijos habian reñido por el último pedazo de pan enmohecido.

Incitada por mí, Fanny sin meditar el asunto sacó de su bolsillo de seda un billete de cinco libras i lo dió a la mendiga, quien se retiró mas asombrada que agradecida. Poco despues entró el teniente.

—Dem.... otra cuenta, refunfuñó miéntras rompia la oblea amarilla de un ancho trozo de papel plegado. ¡Oh! ¡Ah! Confunda Dios al pícaro.... I ha de ser pagado. No puedo ménos de molestaros, Fanny, necesito quince libras para pagar esta *cuenta* del guarnicionero.

—¿Quince libras, amor mio? tartamudeó Fanny i la vergüenza encendió su rostro.

—Sí querida, las quince libras que te dí ayer.

—Solo tengo diez, dijo Fanny, titubeando, pues hace apénas un instante estuvo aquí una pobre creatura de aspecto tan escuálido que me ví obligada a darle cinco.

—¡Cielos! cinco libras, exclamó el marido espantado. De hoi en tres semanas no tendré mas dinero. Arrugó el ceño, mordió sus labios, mas aun, estrujó las manos i recorrió el cuarto de arriba abajo; i lo que fué peor prorrumpió en estas palabras:

—En verdad, señora, que al casaros con un teniente de rejimiento movilizado debísteis de suponer que él no se hallaba en aptitud de satisfacer la extravagancia de dar cinco libras a cada mendigo que os alargase la mano. No imajinásteis, señora.... pero, aquí el recien casado se vió interrumpido por los convulsivos sollozos de su mujer; era su primera rencilla; llevaban solo seis semanas de casados; la miró un momento con severidad; i en otro momento mas cayó a sus piés.

—Perdóname, querida Fanny.... perdóname, que yo no puedo perdonarme. Al injuriarte así he sido demasiado miserable, i creeme, Fanny mia, que aunque demasiado pobre para complacerte en esto, admiro de todo corazon una tan noble i desinteresada jenerosidad.

No poco enorgullecida me sentí, por haber dado ocasion a un marido tan ejemplar para admirar de esa manera a su amable mujer. Sinceramente me regocijé por haber escojido mi domicilio entre esas *pobres* jentes. Para no fatigaros con menudencias insignificantes, os diré brevemente, queridas hermanas, que las relaciones conyugales no permanecieron largo tiempo en tan propicia condicion; pues, ántes de transcurrir muchos meses ya la

pobre Fanny tuvo que soportar los acrecentados i mas frecuentes arranques de pasion de su marido, no seguidos ya de escenas apacibles i de luna de miel. A mi instigacion cada chelin voló i cuando no hubo mas por despachar los siguieron las joyas i por último los vestidos. El teniente se tornó bruto de piés a cabeza i llegó al extremo de permitir que su desenfrenada lengua me llamase, *¡a mí*, hermanas, *a mí!* "Extravagancia sin corazon." Sus despreciables compañeros de armas i sus picoteras esposas no lo hacian mejor; no hacian otra cosa que censurar la ostentacion i falta de seso de mi Fanny; que por tales nombres tenian la impertinencia de llamarme. En extremo aflijida al ver que yo era la causa de todos los infortunios de la pobre Fanny, al terminar el año, resolví dejarla firmemente convencida de que por mas amable i digna de alabanza que yo sea por mí misma, era totalmente incapaz para ser la íntima amiga i consejera de la mujer de un teniente con solo cien libras de renta fuera de su paga.

Las Virtudes expresaron entre suspiros su simpatía por la desventurada Fanny; Prudencia, dirijiéndose a la Justicia, dijo:

—Me tarda escuchar lo que habeis hecho; estoi cierta de que no habreis ocasionado daño a nadie.

Sacudió la cabeza Justicia i comenzó de esta suerte:

—¡Ah! que tambien hai tiempos i lugares en los cuales aun yo obraria mejor en no presentándome, como os lo probará una corta narracion de mis aventuras. No bien me hube separado de Uds., cuando ya me encontré en la India, i allí escojí mi domicilio en el de un Bramin. Grandemente horrorizada me sentí al ver la terrible desigualdad que reinaba entre las diversas castas, i anhelaba remediar el destino ignominioso del pobre Paria. Para conseguirlo, comencé a trabajar sériamente en la reforma. Condené con insistencia la iniquidad de abandonar a los hombres desde su nacimiento a un estado irremediable de desprecio, del cual ni aun la virtud podia sacarlos. Los demas Bramines miraban a *mi* Bramin con indecible horror. *Me* llamaban el mas inícuo de los vicios, sin distinguir la Justicia del Ateismo. Yo desarraigaba los fundamentos de su sociedad.... i era suficiente crímen. Lo peor del asunto estaba en que aun los Parias me miraban con desconfianza; creian no ser natural en un Bramin el mostrar cuidado por un Paria. Así, unos me apellidaban "Locura;" otros, "Ambicion;" un tercero, "Deseo de innovar." El pobre de mi Bramin llevaba una vida miserable por causa de ello; hasta que un dia, como hubiese dicho, obedeciendo a mis dictados, que él estimaba la vida de un Paria tan digna de respeto como la de una vaca, se apoderaron de él los sacerdotes i secretamente lo quemaron en el altar en justa recompensa de su sacrilejio. Yo me apresuré a huir en gran atribulacion, persuadida de que en ciertas comarcas aun la Justicia puede cometer desaguisado.

—Cuanto a mí, dijo la Caridad, sin esperar a ser interrogada, tengo que lamentar haber sido lo bastante necia para haberme

establecido en Dublin con una vieja dama que jamas supo qué cosa era Discrecion i obraba siempre segun el primer impulso. Mis instigaciones le fueron irresistibles, i fué tan profusamente disipado el dinero que ella dió en sus excursiones por los arrabales de Dublin, que entretuvo a todos los pícaros de la ciudad en la Ociosidad i el whisky. Con gran horror descubrí que habia sido una de las principales causas de una terrible epidemia; i que dar limosnas sin discrecion es extender la pobreza sin remediarla. En concluyendo el año dejé la ciudad, i para mayor desgracia, en el momento preciso en que mas se me necesitaba.

—¡Oh! exclamó la Hospitalidad; yo tambien fuí a Irlanda, fijé mi albergue en compañía de un caballero. En un año lo arruiné i lo dejé solamente porque no tenia siquiera una choza en que hospedarme.

—Cuanto a mí, dijo la Templanza, me entré al pecho de un lejislador ingles i él hizo aprobar un proyecto de lei contra las cervecerías; consecuencia de ello fué que los labradores se entregaron a la jinebra i yo me ví en el caso de confesar que aun la Templanza puede ser demasiado celosa cuando impulsa a los demas con exajerada vehemencia.

—Bien, dijo el Valor, como avergonzado de sí mismo; aquel carruaje en que me introduje pertenecia a un jeneral aleman i su mujer que volvian a su patria. Como el frio aumentase excesivamente a medida que avanzábamos, ella me envolvió en una *Polonaise;* pero el frio arreciaba cada vez mas, i yo, sin advertirlo me deslicé en su seno; una vez ahí, no podia salir, i al pobre jeneral cupo la peor parte en el asunto. Ella se hizo tan provocante que me marabillaba de como él podia reprimir una explosion. Para hacerle justicia, diré que al fin amenazó con salir del carruaje; a esto, ella, excitada por mí, lo tomó por el cuello i dominó. Cuando llegaron a su distrito la situacion tomó un carácter mas sério; pues si algun ayudante la ofendia exijia que fuese reprendido públicamente, i si el pobre jeneral lo hubiese rehusado, ella habria dado una paliza con sus propias manos al delincuente. La fuerza adicional que ella habia adquirido en mí hacia el partido mui desigual para el pobre jeneral, quien murió de pesadumbre a los seis meses de mi *liaison* con su mujer. Despues de esto, ella se hizo temer i detestar de tal manera que se formó una conspiracion para envenenarla; aun yo me atemorizé con esto, i me aparté de ella sin mas dilacion *et me voici.*

—Hum, dijo la Mansedumbre con cierto tonillo de triunfo, yo he sido al ménos mejor-afortunada que vosotras. Habiendo leido muchas veces en los diarios relaciones de las crueldades de los turcos contra los griegos creí que mi presencia ayudaria a esos desgraciados a sufrir con tranquilidad sus infortunios. Me encaminé a Grecia a tiempo que un bien coordinado i practicable plan de emancipacion del yugo turco traia exaltada a su juventud. Sin limitarme a un solo individuo, yo volé de corazon en co-

razon; logré apaciguar la nacion entera; mis amonestaciones contra la insurreccion tuvieron completo éxito i tuve la satisfaccion de dejar todo un pueblo pronto para ser degollado o estrangulado con la mas cristiana resignacion del mundo.

Las Virtudes a quienes la tan manifiesta complacencia de la Mansedumbre en sí misma habia consolado algun tanto, no quisieron conceder, para gran asmbro de ésta, que ella hubiese sido en un ápice mas feliz que sus hermanas i pidieron en seguida su confesion a la Modestia.

—Bien sabeis, dijo esta amable i jóven dama, que me dirijí a Lóndres en busca de un acomodo. De los doce, ocupé tres meses en ir de casa en casa sin que pudiese inducir a persona alguna a recibirme. Las damas aseguraban que jamas habian visto un figuron tan anticuado i mui cortesmente me recomendaban a sus criadas; éstas me despedian con una mirada i me empujaban a la cocina i a las toscas fregonas. Una criada jóven, recien llegada del campo, me recibió a la verdad con cierta manera de cortesía; pero, mui luego me perdió en la sala de los criados. Busqué entónces refujio en el otro sexo por ser ménos descortes. Tuve la felicidad de toparme con un caballero jóven adornado de notable talento, quien me recibió con los brazos abiertos. Se distinguia por su instruccion, caballerosidad e integridad. En él solo encontré un rival, i era la Ambicion. Ambas nos disputamos el absoluto imperio sobre él. Cuanto sujeria la Ambicion yo lo entorpecia. ¿Urjíalo ésta a comenzar un libro? ahí estaba yo para persuadirlo de que no era digno de publicarse. ¿Se levantaba lleno de sabiduría e instigado por mi rival para pronunciar un discurso? (pues, pertenecia al Parlamento); yo le presentaba su seguridad como presuncion; hacia desfallecer su voz i tartumudear su acento. Por fin i entre suspiros de indignacion mi rival abandonó la plaza. El se retiró al campo, recibió las órdenes sagradas i renunció a una carrera en que habia acariciado la esperanza de ser útil a los demas; pero, como yo conociese que no bastaba para su felicidad e irritada por su melancolía, lo dejé ántes de terminar el año i desde entónces se ha entregado a la bebida.

Las miradas de las Virtudes se dirijieron todas a la Prudencia; era su última esperanza.

—Estoi exactamente en el mismo lugar donde comencé mi viaje, dijo esta discreta Virtud. No he hecho ni bien ni mal. Para evitar tentaciones me acojí a la habitacion de un ermitaño, a quien luego conocí no podria servir mas que para advertirle que no recociese sus guisantes i lentejas, o no dejase abierta su puerta cuando el tiempo amenazaba tempestad i a veces que no llenase demasiado su cántaro en el manantial vecino.

Soi, pues, la única de vosotras que no ha hecho daño ninguno; pero, solo porque tambien soi la única que no se ha encontrado en ocasion de hacerlo. En una palabra, continuó la Prudencia

con acento meditabundo, en una palabra, circunstancias oportunas son necesarias para las Virtudes mismas. Si la Economía, por acaso, hubiese cambiado con Jenerosidad e ido a la mujer del pobre teniente i yo hubiese hospedado con el jentil hombre irlandes en vez de la Hospitalidad. Dios sabe cuantos infortunios habríamos ahorrado a ámbos. ¡Valame Dios! ya conozco bien que perdemos toda nuestra eficacia cuando estamos mal colocadas i entónces aunque verdaderas Virtudes obramos como Vicios. Las circunstancias han de ser favorables a nuestros esfuerzos i han de guardar armonía con nuestra naturaleza; perdemos nuestro carácter divino si la Sabiduría no dirije nuestros pasos hácia el lugar que debemos habitar i las inclinaciones que nos corresponde gobernar.

RAIMUNDO SALAS E.

DISCUSION GRAMATICAL.

Cuestiones hai que se prolongan cuando ninguno de los contendientes se da por vencido, i el juez que ha de fallar en definitiva carece de fórmula perentoria para el caso. Es lo que se observa respecto de algunos puntos gramaticales que parecen dudosos, porque el uso no se ha uniformado todavía. I como al uso unánime se llega por el camino del buen gusto i tambien del malo, naturalmente en pugna, de ahí las vacilaciones durante el período, que puede no ser corto, de la controversia i elaboracion.

El señor don José María de Bassoco, distinguido literato establecido en Méjico, ha impreso estos años últimos dos folletos, uno titulado: *De los usos del pronombre él*, i otro: *Puntos de sintaxis castellana*, reproduciendo i adicionando artículos publicados por él mismo en periódicos de aquella capital: su tema, sostener a todo trance el uso absoluto del *le*, como pronombre personal masculino en acusativo. Para ello combate a la Academia española, al señor don Andres Bello, i a cuantos califica i tilda de *loistas*, distinguiéndome a mí con un folleto especial, i pretendiendo confundirnos i anonadarnos a todos. Por mi parte, no acostumbro hacerme el sordo cuando se me dirije un reto; i ménos si viene acompañado de la acrimonia que campea en el estilo del impugnador ultramarino. El cual, figúraseme que pudiera reunir la cualidad de poeta: *genus irritabile vatum*.

En realidad, nada nuevo aduce el señor Bassoco, ni hace mas que reproducir i esforzar las razones de los defensores del *le* para acusativo masculino de singular en amalgama i confusion con el dativo. Yo he sostenido el *lo* para ese acusativo, si bien con excepciones en favor del *le* en determinadas circunstancias i situaciones. I cuando el uso, aun fluctuante, parece reclamar una razon bastante para fijar definitivamente su asiento, excusado es el citar contrapuestos ejemplares, toda vez que la importancia está en explicar i demostrar el criterio gramatical digno de prevalecer.

Confiesa el señor Bassoco que es mayor el número de los que emplean el *lo* en el lenguaje castellano de ámbos mundos, i se estremece de que la propaganda lo vaya extendiendo hasta la amenaza de la uniformidad. Tal es efectivamente la tendencia, i tan solo tuvo el *le* su preponderancia en Castilla, durante una época de moda entre aventajadísimos escritores, que por este lado rayaban en el amaneramiento.

I ántes de pasar adelante, debo rectificar una especie, que bien merece llamarse juicio temerario del señor Bassoco. Sospecha este señor, e insiste, i hasta cree, que la doctrina del célebre gramático americano señor Bello, me sedujo a mí i me convirtió en *loista:* puedo asegurar que, ni ántes ni despues de ocuparme en materias filolójicas, he leido ni visto la gramática del señor Bello; mis ideas i juicios son producto de tal cual observacion i de sencillas i manoseadas comparaciones.

Fácil me fuera discurrir i alegar ahora los fundamentos de mi opinion, latamente expuestos en los números 23 i 24 de la *Revista de España e Indias* de 1846, en discusion con mi amigo el señor don Antonio Alcalá Galiano.

Habia publicado este eminente orador un artículo curioso titulado: *De algunas locuciones viciosas*, tratando tambien del *le* i el *lo;* i yo, que me hallaba en unos baños minerales, me entretuve en escribir una contestacion, que es la inserta en la *Revista*, i lleva cerca de veintiocho años de fecha. El señor Alcalá Galiano no replicó; no tenia la insistencia del señor Bassoco. Poco despues tuve la honra de ser admitido en la Academia Española; i como por entónces los discursos de recepcion no aspiraban a la importancia i encumbramiento que alcanzan en la actualidad, me reduje a reproducir la parte de lo publicado en la *Revista*, referente al tercer pronombre personal, como asunto propio del cuerpo custodio i moderador del idioma castellano. En una sola sesion pública fuimos recibidos los señores Pastor Diaz, Hartzembuch i yo; i a cada uno de los tres nos contestó en un mismo discurso el director señor Martinez de la Rosa.

El señor Bassoco impugna mi discurso de ingreso, sin que parezca haber leido los demas puntos tratados en la *Revista;* i por cierto que está desapiadado cuando dice con cierto aire de fruicion, que "no sabe cómo no me escurrí avergonzado, corrido i cabizbajo, al oir la falanje de escritores citados por el señor Mar-

tinez de la Rosa, que usaron el *le* en acusativo masculino." No imitaré yo al señor Bassoco en sus arrebatos de mal jénero, ni responderé sino que el señor Martinez de la Rosa no abordó la cuestion, que reconoció la variedad del uso, i que, por lo mismo que presidia, se abstuvo prudentemente, e hizo bien, de dictar sentencia, i hasta de aventurar opinion.

Yo me quedé con tanta serenidad i satisfaccion como ántes, sin victoria como sin derrota en aquel acto, confiado en que acertaba quien dijo que en materias demostrables la razon concluye siempre por tener razon. *E pur si muove.*

Algo he de censurar yo tambien, aunque con templanza, en los folletos del señor Bassoco, que abrazan diversos puntos, pertinentes a la pureza del habla castellana, dado que si encuentro i aplaudo la intencion i frecuentemente el acierto, justo será que, al tomar la pluma, no me contente con defenderme. En esgrima, el que para un golpe, responde vivamente con una estocada.

Eran mis conclusiones:

1.° Que *lo* es el acusativo masculino i neutro del pronombre *él*;

2.° Que el *le* es una concesion o una licencia, admitida en ciertas ocasiones de acusativo, por eufonía o por especial significacion del verbo;

3.° Que rara vez convendrá el acusativo *le* a pronombre de cosa;

4.° Que aun en pronombre de persona u otro ser viviente, o al ménos orgánico, no cabe el acusativo *le* sino cuando en igual caso llevaria el nombre el artículo *al;* i eso únicamente en accion determinada, concreta, de herir a la imajinacion, como presenciada afectaría a los sentidos;

5.° Que *le* i *les* son dativos absolutos, en singular i plural.

El hecho es, como necesariamente lo reconoce el señor Bassoco, que para proveer a nueve funciones, no disponemos mas que de seis monosílabos, *le, lo, la, les, los, las,* utilísimos como pronombres antepuestos al verbo, i bellísimos como afijos, que nos envidian el griego i el latin. En la precision de cubrir dos funciones con un mismo pronombre i de incurrir en cierta anfibolojía, ¿qué es preferible, confundir casos o confundir jéneros? ¿De qué lado están los menores inconvenientes? Es toda la cuestion. ¿I cuál es la solucion gramatical?

La gramática no es lejisladora: analiza, discerne, coordina i recopila; sus reglas son deducciones. No siempre hai que buscar la lójica en la estructura de idiomas, pues que en todos abundan las irregularidades, por lo ignoto de algunos oríjenes, o por el desgaste de muchos vocablos, o por el vario sentido que adquirieron, o por locuciones lacónicas i caprichosas, i sobre todo por influjo de la eufonía, a la cual son debidas la galanura, la armonía i el primor, de grato arrullo a oidos cultos i delicados. Hai ménos filosofía, ménos rigor matemático, ménos simetría i consecuencia, pero mayor belleza, tersura i bien sonancia. De ahí los

verbos irregulares i defectivos, los modismos, idiotismos, frases, i todos los accidentes gramaticales que carecen de otra explicacion. El vulgo lima i corroe los vocablos sin curarse de su procedencia, trastrueca las letras al pronunciar, i únicamente se atiene a lo mas fácil: los doctos aceptan tal cual simplificacion, aunque a veces les cueste un suspiro el sacrificio de una etimolojía; pero se mantienen firmes en lo esencial, resultando un lenguaje culto i expresivo enfrente de otro vulgar i chavacano. ¿Quién se atreverá a rechazar tantas frases anómalas pero expresivas, como *a piés juntillas*, o *a ojos vistas?* ¿I quién a *callandito*, ni a *muertecito de frio*, que cosa mas preciosa aplicada a un niño tiritando, no la conoce idioma alguno hablado por hombres? Pues la lójica i la eufonía están en contra del tema del señor Bassoco.

Tambien hai veleidades en el uso, a manera de las modas. Recientemente se ha puesto en boga en España el calificativo *levantado*, en sustitucion i destierro de *elevado*. Animo *levantado*, espíritu *levantado*, estilo *levantado*, aspiraciones *levantadas* pensamiento *levantado;* eso i mas cunde en el Parlamento, en la prensa i en la conversacion. A mí no me parecen felices esos levantamientos, por mas que alguna vez se nos deslicen a todos por contajio al hablar o escribir. *Levantar*, si no me equivoco, mover una cosa i subirla a limitada altura; acto material en sentido primitivo i recto. *Elevar* es encumbrar, remontar una cosa a rejiones de difícil o imposible acceso al hombre. Se levanta el que estaba sentado o acostado, se levanta un peso, se levanta una tempestad, un tumulto, una barricada, un pendon, un tablado: nada de eso *se eleva*. Se levanta una cosa, se levanta una torre tan alta, que se eleva sobre las nubes; se levanta del suelo el globo aerostático al desamarrarse, i luego se eleva lentamente por los aires. Se eleva el alma a Dios, el entendimiento a la investigacion filosófica, el espíritu a la contemplacion de lo increado, el ánimo al heroismo, el pensamiento a la eternidad, las aspiraciones a la dominacion: eso es mas que *levantarse*. Pero la novedad tiene su atractivo, mas o ménos notable: otra prueba de que los idiomas no están sujetos a regla i compas. Lo cual no es repugnar absolutamente lo *levantado*, sino protesta por mi parte contra el abandono i exclusion de lo *elevado*.

Volviendo a la cuestion, atribuye el señor Bassoco una importancia suprema a la distincion de los jéneros masculino i neutro en el acusativo del pronombre, sin escrúpulo ninguno de amalgamar i confundir los casos de dativo i acusativo en masculino; al paso que yo opino de un modo diametralmente opuesto.

Convenido el *le* dativo para todos los jéneros, pongamos ejemplos de acusativo. "Abro un libro, i *lo* leo," masculino. "Veo un hombre, i *lo* saludo," masculino tambien. "Lo bello agrada, *lo* busco," neutro. "Lo malo daña, *lo* evito," neutro. "El andar es sano, *lo* ejercito," neutro igualmente. ¿Hai aquí ni cabe anfibolojía, ni ocasion de duda? ¿Puede nadie vacilar en la referencia del

pronombre *lo*, aunque sean distintos los jéneros? Son las oraciones mas frecuentes.

I de paso diré que el infinitivo es neutro en castellano, como en griego, en latin i en todos los idiomas que conjugan, porque otra cosa no puede ser. Modo del verbo, orijen i raiz de todas sus formas, sin denotar persona ni tiempo, tiene una significacion vaga, que no se aviene al jénero masculino, i ménos al femenino. El señor Bassoco establece que unas veces es sustantivo, i otras es verbo. Esto último no habia para qué decirlo: aquello era preciso probarlo. Supone que el infinitivo en funciones de nombre va siempre precedido del artículo indicativo *el*, i que por ende corresponde al jénero masculino; pero es un error. Tanta fuerza tiene "andar" como "el andar," "vivir" como "el vivir." "morir" como "el morir:" ahí el artículo ni quita ni pone jénero. Hai mas: porque Jáuregui dijese en poética licencia "*el* dulce del amor sin *el* amargo," ¿alcanzó a convertir en masculino lo que de sí es neutro? Para ser consecuente el señor Bassoco, debiera autorizar i canonizar lo siguiente: "el andar *le* ejercito," "el morir *le* alejo;" o bien; "*lo* andar *lo* ejercito," "*lo* morir *lo* alejo." *Risum teneatis?*

Mas el señor Bassoco, sutil i tenaz contendor, no se rinde tan facilmente. Dice que al infinitivo solo o aislado, no lo encuentra mas que en los casos de la declinacion, i repite que allí le precede el artículo, como: *el comer, del comer, al comer*, etc. Se olvida de que tambien se declina sin artículo, *comer, de comer, a comer;* i se usa: *quiero comer, voi a comer*. De suerte que no aparece tal sustantivo necesario, ni tal masculino. En el último extremo se refujia a sustentar que el pronombre *lo* no se refiere únicamente al infinitivo, sino a una frase, como *el andar es provechoso, por eso lo ejercito;* pretendiendo que no ejercito el andar, sino que busco provecho andando. Eso en puridad es no entenderse a sí propio. El infinitivo es infinitivo, ni mas ni ménos.

Visto i demostrado el escaso efecto que reporta la claridad de la promiscuacion de los casos por sistema, atribuyendo cuatro funciones exclusivas a *le*, las tres en dativo i la cuarta en acusativo masculino, falta patentizar brevemente las ventajas inmediatas del sistema opuesto.

"Juan es mi amigo, voi a buscar*lo*," acusativo i sentido completo; "voi a buscar*le*," dubitativo segun el leismo, porque puedo buscarlo a él (acusativo) o alguna cosa para él (dativo) con evidente anfibolojía. Hai que tener pendiente el oido para saber cuándo concluye la frase.

"Tengo una casa i voi a pintar*la*," acusativo: "voi a pintar*le* la fachada," pronombre en dativo. En esto no hai diverjencia de opinion.

"En viniendo Pablo, *lo* recomendaré a Juan." "Pedro será *el* recomendado." *Le* recomendaré a Juan: en favor de éste será la recomendacion.

"En llegando María, *la* presentaré a mi hermana; *le* presentaré

a mi hermana." María será la presentada en el primer caso, i mi hermana en el sengundo.

"Encuentro un amigo, lo saludo, le hago compañía, i dándole la mano, lo dejo al cabo de un rato."

"Encuentro a unos amigos, los saludo, les hago compañía, i dándoles la mano, los dejo."

"Tomo un libro, le examino la encuadernacion, lo abro, le noto defectos, i no lo compro."

"Persiguió el juez a una jitana, la prendió, le tomó declaracion, la condenó i le notificó la sentencia."

"Lo sério me agrada i lo prefiero a lo jocoso, porque le hallo mayor conformidad con mi jénio. El andar es sano, mas no todos lo ejercitan, aun cuando le prodiguen elojios."

Otro ejemplo mas lato: "Al señor Bassoco no *lo* conozco, o no *le* conozco, pero *lo* supongo vehemente: *le* encuentro mas que desenfado en la expresion. No *le* soi deudor de finezas, pero tampoco *le* pago en destemples, que el pago se *lo* hago en razones, aunque *le* sepan un tanto a picante: él se *lo* ha buscado, i mucho mas mereciera. No *le* devuelvo sus duras palabras, *lo* trato sin ira, como sin contemplacion: el rebatir sus escritos *lo* considero necesario; al leer*los*, *les* hallo puntos vulnerables, i *los* recojo. Lo destemplado en su lenguaje *lo* deploro por no ver*le* motivo ni ocasion; la lucidez de su injenio i la claridad de su estilo, *las* reconozco, si bien deseándo*les* mejor aplicacion; pero la causticidad de sus arremetidas contra corporaciones respetables, contra escritores insignes, i contra mi pobre personalidad, *la* dejo caer en el lodo, a riesgo de que *lo* infeste, pudiendo suceder que quienes así caprichosamente se desmandan, den con la horma de su zapato, i siendo bien recordar*les*, por si *lo* hubieren menester, que tal vez el que viene por lana, etc."

Tengo por escusado el detenerme a deducir consecuencias; mas todavía voi, en prueba de buena fé, a idear una oracion favorable a los leistas. "Este hombre quiere matarse, i yo *le* disuado de hacer*lo*." Indudablemente resulta grande claridad en los pronombres; pero tampoco habria mucha oscuridad en el loismo "yo *lo* disuado," porque a nadie podria disuadirse sino al hombre.

Inconsecuencia halla el señor Bassoco en la oracion: "este convento se *le* ha destinado a cuartel," cuando debiera ponerse *lo* segun los loistas. Tiene razon. I tambien se dice, i se dice bien, en contra de lo prescrito en la mas autorizada de las gramáticas castellanas: "a los delincuentes se *les* acusa, se *les* persigue i se *les* castiga," en lugar de "se *los* acusa, se *los* persigue," correspondientes a *los* acusan, *los* persiguen, *los* castigan. ¿I por qué esa anomalía? ¿Cuál es la lei de tal excepcion? La lei jeneral del buen gusto que todo lo embellece, la eufonía, que, lo repetiré hasta saciedad, es la dictadora en los idiomas cultivados al traves de reglas i analojías. Ella es la què consiente, i a veces reclama, el *le* en acusativo de singular, cuando el poeta, el escritor

i el hablista están dotados de oido delicado i discrecion, i tambien el *la* dativo, aunque con mayor parsimonia i cuidado.

Nada de eso entiende ni admite el señor Bassoco. En cambio, merece patente de invencion la siguiente frase, que usa en una de sus notas: "tambien se puede llamarlos...." ¡Qué ufano se quedaria aquel entendimiento despues de tal atisbo!

Réstame tratar algun otro punto, en que el señor Bassoco derrama sobre mí su bílis, sin conocerme, ni otro motivo que el de una mera disidencia gramatical, percibida al cabo de veinticinco años.

El primero es un golpe en vago. Dice en su último folleto (pájina 62) que yo he llamado artículo *indefinido* a *el* i *lo*, estableciendo él por su cuenta que *le* i *lo* son artículos *definidos*. I sobre esto clama i truena. Pero incurre en solemne equivocacion. En la *Revista de España e Indias*, de diciembre de 1846, escribia yo (pájina 254); "no importa que lleve o no artículo *definido*, i que éste sea *el* i no *lo*." En la pájina 270: "cuando no llevan artículo *definido* los nombres." I en la 274: "no debe usarse el acusativo *le* cuando el nombre en igual caso llevaria el artículo *definido el*." Todo lo cual se reproduce exactamente en el discurso ante la Academia, pájinas 17 i 20, i tan solo en la pájina 5.ª se tropieza con la errata evidente i palpable de poner *indefinido*. El señor Bassoco se escudará con no haber leido la *Revista* de 1846; pero, ¿podrá haber dejado de conocer por el contexto i consecuencia de mi discurso académico, i por sus pájinas 17 i 20, que en la 5.ª habia error tipográfico, a poco que fuera su espíritu de imparcialidad? ¿No dirian que el pesimismo lo llevó a asirse de un clavo ardiente colgado de un cabello, para quemarse la mano? A bien que yo seré mas benévolo, pues quiero achacar a errata de su impresor (pájina 62) el apellidar *artículo* a *le*, que no es sino pronombre.

Para enderezarme otro ataque, se parapeta tras el justamente célebre Hermosilla. Ambos pretenden que entre los pronombres *este* i *él* hai completa analojía, i hasta identidad, en cuanto a la determinacion de los jéneros i casos de sus referencias. Nunca lo he desconocido, ni supuesto, como afirma i me imputa el señor Bassoco, que *este* sea indeclinable. Diré al paso, que no estoi con los exajerados que pugnan por suprimir de la gramática las declinaciones: pienso, por el contrario, que querer aprender un idioma sin declinar, se parece al ponerse a levantar un edificio sin andamio. Lo que dije es que *este*, declinable por preposiciones, no lo es por inflexiones o desinencias, a diferencia de *él*, que posee las variantes *le*, *les* en dativo, *lo*, *los* en acusativo. Si hablándose de sombreros, se dice: *me gusta el blanco; este elijo* o a *él elijo*, ámbos pronombres en acusativo, hai igualdad en jénero i caso de referencia; mas ¿qué consecuencia puede sacarse de ahí respecto de *le* i *lo*, que campean independientes? ¿Acaso está el *le* encadenado a *este* i a *él*, i el *lo* a *esto* i *ello*? "Me gusta el blanco,

le elijo," dirán unos; "*lo* elijo," diremos otros. Carece, pues, de fuerza el argumento. Ni anda mas acertado el señor Hermosilla cuando avanza hasta sentar que para autorizar: "*lo* mato," debiere referirse el pronombre nada ménos que al nominativo "*lo* toro," i no "*el* toro." ¡Mayúsculo resbalon de un hombre de letras ilusionado!

Finalmente, me obsequia el señor Bassoco con la andanada de que el científico i políglota follaje con que presenté la cuestion, produce un berenjenal, que hará trabajar no poco al entendimiento del lector. Algo he escrito en el curso de mis dias, i hasta ahora no habia sido tachado de pedantería, de profusion, ni de oscuridad. ¡Vivir para ver! Creo ser comprendido de cuantos me leen con ánimo desapasionado.

Si he apelado a los idiomas sabios i a otros para sentar, discutir i demostrar mi tésis, no sé cual otro camino pudiera conducir a la depuracion de lo bueno i de lo cierto en materia filolójica, sino el de la filiacion de los vocablos, confrontacion de situaciones, dilucidacion de analojías, i fijacion de ideas. No como vano alarde, sino como materiales necesarios, se buscan i ponen en juego los datos aclaratorios, para conviccion de los doctos, únicos participantes en tales controversias.

Ejemplo ha dado de ello el mismo señor Bassoco en sus escritos, ántes i despues de leer el mio que impugna. I lo hace amenizando la discusion, en ausencia de textos griegos, con muchos latinos, aunque no todos de depurada ortografía, grande oportunidad ni exquisito criterio.

De la ortografía, me avengo a hacer responsable al impresor. Mas ¿cómo consentir en la aplicacion a nuestra contienda de la máxima de Séneca, estampada dos veces: *argumentum pessini turba est?* ¿A quién le ocurre torcer i falsear el pensamiento de Séneca, tomando a las turbas, al vulgo, como modelo i norma del lenguaje, i ménos como juez? Que la muchedumbre habla mal, demasiado lo sabemos. Por eso se la enseña i se la guia, i yo he procurado con mis débiles fuerzas contribuir a ello particular i oficialmente: no se la consulta, ni se la imita en sus desbarros. Así es que no me conoce el señor Bassoco, cuando me imputa adulacion a las masas para captarme su aplauso: está en ello, sobre injusto, poco noble, pues bien ha visto que al leer ante la Academia, me dirijia expresamente al público ilustrado, a quien exclusivamente atañe entender i pronunciarse en esos asuntos. Harto hacen las masas con tener alguna docilidad, e irse ilustrando, ya en las escuelas, ya por imitacion en el trato social.

Donde sin duda pensó lucirse el señor Bassoco, fué en el conocido verso de Ovidio: *Barbarus hic ego sum, quia non intelligor illis.* "Extranjero o extraño soi aquí (en su destierro), porque no soi entendido de ellos," o no "me entiende esta jente." Despues de disertar sobre la inconveniencia de *illi* como espondéo final, encontrándole un defecto, i yo le encuentro dos, pasa en silencio

a *illis*, i dicta como correccion a *ulli*, dativo, remedio peor que la enfermedad. ¿No ve el señor Bassoco que es oracion de pasiva, i que como tal termina en ablativo i no en dativo? De otro modo resulta un galimatías. *Non intelligor illis*, o *non intelligor ullo:* "no me entienden ellos, o no me entiende ninguno," tienen sentido, i serian en activa: *illi non intelligunt me*, o *nullus intelligit me*. El señor Bassoco habrá de reconocer la aberracion en que ha incurrido.

En suma, es regular que en adelante proceda con mayor mesura, pues de esta hecha los lectores dirán si tiene que ir por la penitencia a Roma.

Por lo que hace a su modestia, podrá juzgarse entre otros rasgos, por dos que brillan en sus últimas pájinas. Dice con visible amargura, que en el asunto debatido "el uso va sobreponiéndose a la ciencia." ¿I dónde se anida la ciencia? Claro está: en el señor Bassoco i su doctrina. Su prurito de latinizar lo lleva a prorrumpir con Lucano: *Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.* ¿I quién puede ser aquí el vencido Caton? No hai dudas: el rudo justador, el paladin, el personificador de una causa, que decae si no sucumbe. Ajeno estaria Lucano de presentir que, andando los tiempos, surjiria un trasunto i rival de Caton en el señor Bassoco. Con la diferencia que el romano se suicidó por despecho, miéntras que el avecindado en Méjico, se consuela i desquita con escribir folletos. Bien hace en ponerles el lema de, *trahit sua quemque voluptas*. Es decir: cada cual segun su jenio.

El señor Bassoco se quedará en sus trece, pero acaso reflexionará. Volverá de sus inmotivados i, al pareeer, jeniales acaloramientos, i por lo ménos caerá en la cuenta del carácter propio de la discusion literaria i del tono de cultura i dignidad que debe reinar en ella; reconocerá la diferencia entre sus dentelladas agresivas i mis alfilerazos defensivos, i escuchando la voz de su conciencia, se resignará a aplicarse, aun cuando fuese a manera de ventosa, la moraleja de aquello de:

I advierte que es desati-
Siendo de vidrio el teja-
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-.

I aquí concluyo, porque me canso, no porque me faltase que decir.

27 de Mayo de 1874.

ALEJANDRO OLIVAN.

A LA LIBERTAD.

(Para La Estrella de Chile.)

I.

¿Qué májica armonía
Ledo siento vibrar? ¿Qué voz potente
Escucho estremecido i tembloroso
Surjiendo de repente,
Que en grito aterrador i majestuoso
Triunfadora se eleva
I a su soplo rodando confundidos
Cual la hojarasca leve
Que el huracan arrastra en torbellinos
Viles verdugos van e inícuos reyes
Para elevar a la razon altares
En sus ruinas los pueblos a las leyes?

¿Quién es, quién es, repite el ancho mundo
I el hombre alborozado?
¿No descubrís acaso en el espacio
Glorioso un nombre escrito?
¿No veis que en oro en su inmortal palacio
El Eterno grabó, i que el profundo
I tempestuoso mar, i el claro dia,
Del almo sol ardientes resplandores
I la pálida luna
I el eco mujidor en selva umbría
Repitiéndolo están?.... Oid mortales,
Cese la saña humana
I del hombre infeliz los hondos males,
Que del cielo desciende soberana
Envuelta en nube ardiente
Para elevar la humanidad postrada
Una luz celestial que omnipotente
Sin lágrimas ni guerra
Sublimará la esclavizada tierra.

¿Su jérmen ignorais? Mirad al Gólgota,
En la abatida frente
De Jesus moribundo luce un rayo,
I cuando el Hombre-Dios dobla doliente
Su divina cerviz, en él revive
I se levanta i crece
Con su sangre regado,
I en vano, en vano va a morir parece
Ante la torpe audacia del malvado,

Que es el árbol del bien, fuente de vida,
Destello del Creador, flor bendecida
En la celeste esfera
Para ostentar al hombre en su camino
Risueña primavera.
Su nombre es Libertad, su afan la gloria,
I a su oríjen divino
Muere olvidada la mundana historia.

II.

Sagrada libertad, ante tus aras
Quiero elevar mi voz, no envanecida
Ni del humano aplauso codiciosa,
Que mi mente ardorosa
Su vuelo pliega i su ambicion sepulta
Comparando humillada
La grandeza inmortal de tus blasones
Con mi insensato orgullo i con mi nada.

De un extraño temor sobrecojido
Penetro en tu santuario. Ante mis ojos
Evocados se agolpan los que fueron,
Mas.... de vanos despojos
Un nombre solo, míseros mortales,
De entre el polvo i la muerte recojieron.
Pero un nombre sublime. Allí se eleva
La sombra de Moises, jigante, augusta,
De pié en el Sinaí. Serpeando el rayo
Diviniza su acento
I al tiempo i a los siglos abandona
Eterno mas que el bronce un monumento.

Leonidas está allí. Trescientos bravos
Sus pechos oponiendo al persa fiero
Juran ántes morir que ser esclavos
De un déspota altanero.
I de los Medos la falanje rota
Porque en sus pechos no arde
El rayo celestial, al fin cobarde
Huye mordiendo el polvo en su derrota.

¡Oh augusta libertad! ¡Cómo me inflama
De tus héroes la gloria!
Ora Washington es, cuando lo aclama
De un pueblo la memoria.
Ora cuando en Castilla,
Al esfuerzo titánico i jigante
De Lanuza i Padilla,
Surje tu sol espléndido i radiante.

III.

La vírjen que Colon reveló al mundo
Entre flores dormida,
Tras letargo profundo
I luengos siglos de arrastrar cadenas,
Jigante despertó, no ya la incauta
I tímida doncella;
Ora es fuerte amazona
Que solo a Marte libra su querella
I al aire ajita reluciente acero
En la porfiada lid. Sus nobles hijos,
Sintiendo al fin la sangre entre sus venas
Hirviente rebullir, "patria i victoria,
"Venganza i guerra al pérfido tirano,"
Animosos gritaron,
"I cada pecho americano ostente,
"Entre el fulgor de vengadoras teas,
"Un altar libre, a Dios i a las ideas."

I patria fué, i la soberbia planta
Doblegando el coloso,
Enhiesta vió iracundo i rencoroso
De los libres del Sud la enseña santa.

Vano, insensato empeño
I torpe es tu luchar, oh vieja España,
Que no el adusto ceño
De tu leon vencido
Hará que ahora un mundo
El carro de un señor adorne uncido!

¿Oís? Se oye el cañon. Silbando el plomo
Rompe barriendo las compactas filas,
Suenan los ecos del clarin guerrero,
I la sañuda muerte,
Volando en pos de la infernal metralla,
Hiere al cobarde i anonada al fuerte
En medio del horror de la batalla.

I todo es confusion. Allá en los Andes
Despéñanse los hielos derretidos,
No es el sol de los trópicos ardiente
Sus rayos fulgurando,
Es la voz del cañon que a sus bramidos
Los témpanos esparce retemblando
En la gran cordillera.
I ¡ai! del orgullo i la ambicion hispana,
Que América altanera
No apartará la vengadora espada
De sus nervudos brazos

Miéntras al mar no arrroje ya vengada
La diadema de un rei hecha pedazos.

¡Juramento sublime que los libres
Ante el cielo prestaron,
I en Maipo, i en Junin, i en Ayacucho,
Con su sangre sellaron!
Mas ¿cómo tú podrias,
Lira inacorde, en tu orgulloso anhelo
Repetir las hazañas portentosas
De mil bravos i mil? Deten el vuelo
De tu loco entusiasmo,
O ántes a contener audaz te atreve
Del Plata caudaloso
La rápida corriente...
Inútil es tu afan. Mi pobre mente
I el labio puede solo
Abismarse i callar. ¡Ah! ¡Quién le diera
A mi laud herido
Del alma enardecer las fibras todas,
I hacer que estremecido,
Trémulo i palpitante,
A mi inspirado acento
El corazon estalle delirante!

Mas tus glorias cantar solo quisiera,
Sublime Libertad. Perdona en tanto
De mi voz la osadía,
Porque en rudo quebranto
Mi razon indignada
A veces te contempla sojuzgada
Por negra alevosía.
Pero si el mundo i su mentida fama,
Tus héroes i tus triunfos desdeñando,
Oprime la virtud i el vicio aclama,
¡Oh, libres, recordad que el venerando
Fruto nacido en el Calvario un dia,
Era una flor del cielo
Que en su triste agonía
Legó Jesus al hombre por consuelo!

Santa Fé, Marzo de 1875.

Lorenzo ANADON.

TŒDIUM VITÆ.

Feliz el que cada noche encuentra sin mancha su conciencia, examinada a la luz de las tinieblas. Dichoso el que siente las punzadas del remordimiento, padre del arrepentimiento.

Dichoso el que cura en su alma las heridas del pasado con el suave bálsamo de la esperanza o de la ilusion. Desdichado aquel que, náufrago del pasado, presiente un pavoroso porvenir.

Desventurado el opulento que nada en riquezas i en delicias, porque sus tesoros lo desvelan i sus delicias lo envenenan. Dichoso mas bien el que padece escasez i vive cada dia inquieto por el de mañana.

Feliz el mísero gañan que interpone dulces horas de apacible sueño entre los sudores de ayer i los de mañana. Feliz él, que no tiene ni recuerdos, ni ambiciones, ni esperanzas. Desgraciado el que siente dentro del pecho huracanes de pasiones, tremendas luchas, terribles tempestades.

Feliz el que vive en la paz de un claustro respirando la divina atmósfera de la virtud i de la penitencia. Feliz el que, envuelto en el torbellino del mundo, no siente la vida a fuerza de inquietud i de frenéticas ajitaciones.

Feliz el hijo mimado de la fortuna, a quien ésta persigue i ruega con sus mas preciados dones. Feliz el que sabe luchar con la adversidad i la desesperacion.

Feliz aquel que se siente atado a la desgracia por la cadena de lo imposible, si aprende a amar su desgracia.

Feliz el que muere si acierta a recibir a la muerte en traje nupcial i celebra con ella las eternas bodas.

Pero ¡ai! desdichado, mil veces desdichado aquel que vive sintiéndose matar a muerte lenta por el tedio i el fastidio, como la broma carcome a la nave estacionaria.

Santiago, 1.° de Junio de 1875.

JORJE SMITH.

HISTORIA DE SANTA MONICA,

POR EL ABATE BOUGAUD, TRADUCIDA DEL FRANCES POR RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

Sin tiempo ni espacio para mas por hoi, nos limitamos a recomendar mui encarecidamente a nuestros leyentes la interesantísima obra que con el título que antecede ha comenzado a publicar por entregas la *Imprenta de la Librería del Mercurio*. Mas de seis copiosísimas ediciones del orijinal frances van ya agotadas. El nombre de su traductor chileno es la mejor recomendacion de la version castellana de la *Vida de Santa Mónica*, que madres, padres e hijos no podrán leer sin enternecerse i llorar; i los que la lean no olvidarán jamas el dulce recuerdo esas lágrimas.

EL PEOR DE LOS TIRANOS.

Cuenta la historia que, al saber la muerte de César, el príncipe de los oradores romanos exclamó en presencia de los que le rodeaban: "¡Murió el tirano; pero la tiranía subsiste!" I a fé que las palabras de Ciceron no podian ser ni mas oportunas ni mas exactas; porque la señora de los pueblos era esclava del cesarismo i recojia la herencia de los tiranos.

En los tiempos modernos, en que tanto se blasona de libertad; en medio de la presente civilizacion, que tanto se engrie de sus doctrinas; en el tan divinizado siglo XIX, que tan ufano se muestra de sus principios: en esta era, decimos, de rejeneracion, de luz, de progreso i de libertad, el dicho del orador romano es tan oportuno i tan exacto como en las circunstancias en que fué proferido, mal que les pese a los flamantes liberales que rinden párias a la diosa libertad, llamándose emisarios de la buena nueva, sacerdotes de su culto i apóstoles de su enseñanza.

Sí: a los que hacen puja de liberalismo importa recordar lo que, hace diezinueve siglos, expresaba con singular elocuencia el príncipe de los oradores romanos: "¡Murió el tirano; pero la tiranía existe siempre!" ¡Murió el César, pero el cesarismo no ha muerto! No basta que en las historias se encruelezcan de buen grado contra los déspotas i excecren hasta el nombre de los que han sido para los pueblos un azote i para la humanidad una vergüenza. Quien excecra a los tiranos por odio a la tiranía, debe aborrecer la tiranía por amor a libertad. Los que hacen puja de liberalismo maldicen de todas veras al hombre con sus caprichos altaneros, sus veleidades inícuas i sus instintos sanguinarios; afean los vicios i la zaña impudente de los tiranos, i, en nombre de la dignidad humana escarnecida, apodan mónstruos i no hombres, a esos séres degradados cuyo recuerdo es un oprobio. Pero, en tratándose de sistemas políticos, suelen a las veces disculpar, mas aun, reverenciar eso mismo que detestan i abominan: lo que prueba falta de fijeza en las convicciones, criterio algun tanto deleznable, i, si se quiere, oscurecimiento de la razon debido a las tendencias malévolas del corazon humano. Los modernos li-

berales, en efecto, no desdeñan hacer el sacrificio de la libertad en aras de la venganza, toda vez que aquella les exije el sacrificio de las pasiones en aras del derecho; i ese tan pregonado amor a la libertad, de que tanto se precian, cede entónces a otro amor, que no por ser la antítesis del primero es ménos intenso i vigoroso, el amor a la licencia, que se traduce en odio al derecho de la conciencia honrada. Los emisarios, los sacerdotes, los apóstoles de la libertad, los que le rendian culto en la víspera, la abandonan, como el falso amigo al amigo i el palaciego a su señor en el dia de la adversidad. Los que tal hacen solo por ironía merecen el nombre de liberales. El liberal sincero i convencido ataca el despotismo donde quiera que se le encuentre, así la tiranía personal como la impersonal, la tiranía de los gobernantes, como la de los gobiernos; condena igualmente, i mas, si cabe, la arbitrariedad opresora de las instituciones que los avances desmedidos de un soberano cualquiera: el liberal sincero i leal condena al César i al cesarismo.

Mas ¿i las pruebas de tamaños asertos?

Para darlas invocamos solo una palabra, la palabra *lei*, que tan sagrada es para la conciencia cuando no traspasa las barreras de la justicia ni se desvía de los carriles que al Lejislador Supremo plugo señalarle.

La idea mas comprensiva de *lei*, sea que se aplique a la materia o al espíritu, es la de órden para conseguir un bien, disposicion de medios para lograr un fin, como que la lei reconoce por fundamento la tendencia propia de los séres que constituye la naturaleza de que el Hacedor los ha dotado. Vínculo poderoso que liga los séres a su destino, la lei es siempre el órden en la creacion material, ahí donde impera de lleno la voluntad creadora i conservadora del universo. Observando la naturaleza i relaciones de los cuerpos, descubrimos que las leyes se encadenan i subordinan a una lei mas alta, que los fines se refunden en un fin superior, a la manera que muchos rayos de luz van a confundirse en una sola irradiacion i los mas varios sonidos en un solo acorde, resultando de todo ello la sublime síntesis de la armonía. Por eso, tratándose de la creacion material, lei i órden son dos ideas estrechamente unidas en la intelijencia e invariablemente ligadas en la realidad; dos ideas que el entendimiento lleva en sí como una antorcha clarísima que le alumbra i como la simiente vigorosa que ha de fecundarle en el cultivo de las ciencias. Lei i órden es lo que proclaman el concierto magnífico de los mundos que pueblan la inmensidad de los espacios; lei i órden lo que resplandece en torno nuestro, sobre la faz de la tierra, en los hirvientes mares i lo que contienen, en los collados i bosques, en los valles i desiertos, en todo lo que cria, produce i alimenta la superficie del globo i lo que encierran las entrañas de éste; lei i órden es lo que se nota ahí donde los séres cumplen ciegamente el destino para que fueron creados. Por eso dice el

salmista que "los cielos cantan la gloria de Dios i el firmamento anuncia la obra de sus manos."

Pero, si de los séres inconcientes pasamos al dominio de la libertad, mui otro es el cuadro que se nos ofrece. Si la lei que reconoce por autor a Dios es órden, la que reconoce por oríjen la voluntad del hombre es de contínuo desórden; si la primera es siempre un instrumento para el bien, la segunda es a menudo un instrumento para el mal; si la primera es siempre sabia i justa, la segunda es a las veces desvarío, perversion, iniquidad.

Las leyes humanas se resienten de las imperfecciones del hombre, no así las leyes divinas, obra de la sabiduría i la perfeccion sin límites, leyes que son la voluntad misma de Dios i que deben ser el norte del lejislador.

Destinada la lei humana a fijar i deslindar los derechos del individuo en la sociedad i a prescribir las atribuciones del poder público, es un medio necesario e inevitable, tanto como el fin que procura, i tan antiguo como el hombre, cuyas relaciones establece. Por lo mismo que la lei es un medio debe adaptarse a los fines que persigue i atemperarse a las exijencias de la verdad i de la justicia. ¡Mas ¡ai! que a menudo bartardea! Obra del que se rebeló contra Dios en el principio de los tiempos, la lei es tambien una rebelion.

Ahí está para demostrarlo el mas inícuo de los crímenes que pesa sobre la humanidad culpable. Una jeneracion pésima levantó en la cima de una montaña el mas ignominioso de los patíbulos para sacrificar en él a la mas augusta e inmaculada de las víctimas.

¡Habemus legem! ¡tenemos lei! fué el grito de las turbas blasfemas que clamaban por la sangre del Hombre-Dios; i en nombre de la lei fué sacrificado el Hijo del Altísimo.

¡Habemus legem! ¡tenemos lei! gritaban los verdugos en la Roma de los Césares i de los tiranos; i en nombre de la lei se sacrificaba a millones de mártires.

¡Habemus legem! ¡tenemos lei! es el grito salvaje de la impiedad moderna; i en nombre de la lei se oprime a la Iglesia con cadenas durísimas, se destierra a los ministros del santuario, se abren cárceles para el sacerdote inocente, se confiscan los bienes de las órdenes relijiosas, se arranca al pastor solícito de en medio de su grei atribulada; al que anuncia a los pueblos la palabra divina, de la cátedra del Espíritu Santo; a las santas vírjenes del Señor, del recinto tranquilo de la penitencia austera; a la hermana de la caridad, del lecho en que yacen los moribundos.

¡Ah! ¡Basta de recuerdos dolorosos, basta de infamias i de abominaciones!

¡Qué de persecuciones, qué de crímenes se han llevado a cabo en nombre de la lei, miéntras la série numerosa de los tiempos!

La misma historia contemporánea contiene tristísimas pájinas, que cubren de rubor la frente del hombre honrado. Ahí la omni-

potencia de los gobiernos invasores robustecida por la lei: ahí los despojos del derecho, vana sombra de una época vilipendiada; ahí las mas escandalosas violaciones de la libertad; ahí el despotismo, ahí la tiranía.

¡I, sin embargo, vivimos en el último tercio del siglo XIX!

No preguntemos por el número de paises en que se persigue al catolicismo: enumerarlos seria bien estéril labor, dado que cualquier libro de jeografía puede responder a la pregunta enumerándolos todos, aunque haciendo quizá alguna honrosa excepcion. ¡I cuidado que el catolicismo donde quiera es la verdad, la justicia, el derecho i el bien!

La Iglesia, salvadora del mundo, inspiradora de la verdadera i sana libertad, protectora de las ciencias i de las artes, fuente inagotable de bienes para los pueblos, es, desde mucho há, una hermosa esclava que aherrojan los gobiernos, disputándosela los unos a los otros.

Los impíos no la perdonaron a fé; ántes se dan tal maña en perseguirla que ponen al servicio de odios implacables cuanto hai mas glorioso para el entendimiento, la ciencia, i cuanto es mas sagrado para la voluntad, la lei.

¿Quieren despojar de su patrimonio a las corparaciones relijiosas i arrebatar de un solo golpe el derecho de propiedad?—El medio de que se valen es mui sencillo, con mas que disipar, hasta la ténue sombra de algun lijero escrúpulo, sin dejar de producir por ello los mas satisfactorios resultados. El modo como se injenian, ya que no exento de peligros, es al ménos propio para embaucar. La ciencia económica, dicen, manifiesta a la luz de incontrovertibles razones que la produccion es un eficaz elemento de prosperidad en los pueblos i que ella es el fruto del trabajo asíduo, con que los capitales se crean, reproducen i multiplican. A la sociedad conviene, de contado, que no haya individuos ociosos ni bienes improductivos; así que los gobiernos, a quienes se confía el cargo de incrementar la felicidad de las naciones, no pueden ni deben fomentar sibaritas ni dar amparo a jente ociosa, como son los individuos de órdenes relijiosas i comunidades de las mismas. La lei no debe, pues, reconocer la existencia de personas jurídicas que no aprovechan al progreso económico de un pais; i debe, sí, disolverlas para que sus bienes entren al dominio de quien se encuentre con la aptitud de incrementarlos. Las *manos muertas*, como se ha dado en llamar a las órdenes monásticas, segun los flamantes economistas son la rémora del adelanto, la carcoma de la sociedad. I hé aquí que la lei las proscribe; pero no seguramente para entregar los bienes a *manos vivas*, sino, lo que es mas indecoroso, pero mas útil, para regalárselos al Estado, señor i dueño que ha de poseerlos con el título que le da la lei, o sea la declaracion solemne de su propia voluntad. I hé aquí que la lei dispersa a los relijiosos, obligándolos a mendigar entre la muchedumbre de sus enemigos, léjos del santuario en que unian

fervorosas plegarias para elevarlas al Dispensador Supremo de los beneficios. I hé aquí, todavía, que la lei confisca el patrimonio comun, consumando sacrílegas espoliaciones.

Déjanse oir numerosas protestas, prolongados murmullos, amargas quejas. Algunos labios atrevidos profieren palabras temerarias; algunas voces invocan no sé qué derechos *de reunion, de libre asociacion, de libertad* i *de propiedad*. Pero ¿qué es todo eso mas que una jerga confusa e ininteligible? ¡La lei! señores, claman los pretorianos del cesarismo, ¡respeto a la lei! ¡obsequio a la voluntad soberana! ¡Silencio! o se os tratará de revolucionarios i demagogos. La lei lo quiere, la lei lo manda: acatado i obedecido sea su mandato. Nosotros estamos aquí, en los altos puestos de la majistratura, armados de la fuerza, para hacerla cumplir rigorosamente: somos por la voluntad del pueblo, custodios i ejecutores de la lei. ¡Callad, obedeced! si no quereis que se os inflija la pena de los sediciosos.

¿Se desea oprimir la conciencia católica, estableciendo el concubinato público?—Nada mas fácil. El matrimonio es un contrato que se efectúa con ciertas solemnidades i que produce varios efectos civiles; un contrato que, como el de sociedad i cualquiera otro, debe celebrarse ante funcionarios civiles i rejirse por leyes civiles. Así i solo así se reconocen los fueros de la conciencia libre, se establece la igualdad entre los súbditos i se destruye el ominoso yugo de añejas preocupaciones. Tiempo es ya de que la lei sea pareja para el moro como para el cristiano, i de que a todos los hombres, sin distincion alguna, se les ponga en camino de formar un hogar i una familia. El progreso de un pais reclama imperiosamente que se den facilidades de todo jénero al extranjero que le trae el continjente de la industria, introduciendo hábitos de trabajo i señalando nuevas vías a la riqueza nacional. El matrimonio civil da alas a la inmigracion. El derecho i las conveniencias sociales lo exijen de consuno.

Viene, pues, una lei que sanciona el matrimonio civil.

Otra vez las reclamaciones i protestas. El Estado usurpa los derechos de la Iglesia. El matrimonio es sacramento al par que contrato i por derecho divino cae bajo la jurisdiccion eclesiástica. Pero ¿qué importa el derecho divino para los que no tienen otro dios que sus pasiones? Verdad es que en provecho de los ménos se sacrifica la conciencia de los mas, que por mentidos fines se planta la mas perniciosa relajacion, que se vicia el oríjen de la familia, que se pervierte con verganzosos escándalos la sociedad. Pero todo eso ¿qué vale? Lo dispone la lei ¡respeto a la lei!

¿Se intenta desposeer a los católicos hasta del lugar mismo en que reposan sus cenizas?—¡Fuera los privilejios! ¡fuera las distinciones odiosas! La última morada no debe separar con muro al esposo del esposo, al padre del hijo, al hermano del hermano, al amigo del amigo; los que han vivido bajo un mismo techo de-

ben tambien reposar juntos en la mansion de los muertos, donde se igualan el noble i el plebeyo, el poderoso i el desvalido. Aunque en deleznable polvo, ahí deben confundirse los corazones que latieron a impulsos del amor i que se desgarraron al apartarse. No robeis la paz a los que moran en la ciudad de los muertos, que, si se irguieran del polvo, clamarian contra los que excluyen sus despojos i remueven sus sepulcros. La intolerancia, que en vida es una falta imperdonable, despues de la muerte es una crueldad aborrecible.

I se dicta una lei que establece el despojo de los cementerios bendecidos por la Iglesia.

Vanas son las protestas de las autoridades relijiosas que reclaman, en nombre de la conciencia católica oprimida i del derecho de propiedad violado escandalosamente, que no se lleve a efecto tamaña profanacion. Menester es resignarse: la lei lo quiere, la lei lo manda.—Pero esa lei se apoya en huecas declamaciones i estériles discursos.—No importa: a vosotros toca obedecer, a nosotros ordenar. ¡Respeto a la lei!

¿Quiérese, por fin, esclavizar a la Iglesia, poniendo trabas al ejercicio de sus poderes?—Siempre es fértil en recursos el liberalismo incrédulo. Las exorbitantes pretensiones de la Curia Romana son un peligro para los Estados i una amenaza para todo pueblo que se llame libre e independiente. Forzoso es ponerlas a raya para que las naciones conserven la soberanía que les es propia; a ménos que renieguen de ella i se apresten al vasallaje servil de los feudos de la Edad Media, en que a Roma cupo la dominacion universal. Si no reivindica sus derechos el soberano, tiempo vendrá en que el Pontífice señoree el orbe entero, ya no tan solo en lo espiritual, sino tambien en lo temporal. Apresurémonos, que zozobra la soberanía nacional; pongamos atajo a las leyes romanas, que amenguan la soberanía nacional; suprímase el fuero privilejiado, que se opone a la soberanía nacional. Roma nos provoca; paremos resueltos sus ataques: Roma aspira a dominarnos como a miserables párias; pues que se estrelle contra los reductos invencibles de un pais soberano. I entónces levantaremos mui alto nuestra divisa, que es la enseña de los libres i que trata de hacer jirones el enemigo; i poseidos de júbilo, cubiertos de gloria, satisfechos del triunfo, exclamaremos alborozados: ¡Se salvó la soberanía nacional!

I se promulgan leyes que destruyen por completo la independencia del poder espiritual.

Pero, señores paladines de la soberanía nacional, tened en cuenta que la Iglesia es sociedad perfectísima i que, como tal, debe ser libre en su mision i soberana en los poderes que inviste, sin que sean parte a desviarla de los propósitos tras que va, ni las exijencias demagogas ni los caprichos del César. Si el Estado reclama para sí un poder sin límites, tal como lo pretendeis, vuestro liberalismo es una farsa para prestijiar a los incautos, i

justamente sereis apellidados mercaderes de la libertad.—¡Ah, de los traidores! Dicho se está que en todos los paises el catolicismo es una amenaza para los gobiernos, como quiera que provoca el alzamiento e incita a que los pueblos desobedezcan las leyes que han jurado respetar. En nombre de la tranquilidad pública exijimos la represion de tamaño crímen; en nombre de la soberanía nacional, amagada i ofendida, pedimos escarmiento para los culpables; en nombre de las leyes reclamamos que se las respete, venere i obedezca.

Por punto jeneral son tales las armas de que el liberalismo revolucionario echa mano para perseguir la creencia católica. Lo que hoi en dia sucede en los paises de Europa i América es la confirmacion clara de que, no ya únicamente la historia, sino las ciencias económicas i sociales, conspiran de consuno contra la verdad. La eleccion de armas para combatir ha sido i será siempre la atencion primera de los que han de esgrimirlas contra el enemigo. Los incrédulos han tenido la habilidad de elejir las mejores. Semejante habilidad, si les abona como perspicaces, pone en descubierto el arrojo temerario, pero siempre infructuoso con que arremeten la fortaleza invencible del catolicismo. Convencidos de que el respeto a las autoridades constituidas, al órden i a las leyes de la nacion exije de parte de los hombres honrados, i especialmente de los católicos, un pleito homenaje; apuran todos los recursos del injenio i ponen en juego torpes manejos, a fin de lograr que lo mas sagrado para la conciencia venga en ayuda eficacísima de perversas maquinaciones. De esta manera la lei se ha trocado por obra de los impíos en arma ofensiva, i el respeto que a la lei se debe, en arma defensiva.

Apreciemos lo que valen esas leyes que la impiedad forja i la ciega obediencia que para ellas exije.

La lei agresora no merece mas respetos que la agresion, ni mas que la tiranía la lei tiránica, ni la lei injusta mas que la injusticia. A los que oponen ¡respeto a la le!! oponemos ¡respeto a lo justo! No porque el bandolero asuma el talante del hombre honrado i el lobo se vista de piel de oveja, dejan de ser, el uno salteador de vidas i haciendas, i el otro fiera rapaz que acecha a una víctima inocente. Desde mui antiguo se han usado las máscaras i difraces para satisfaccion i logro de los malvados; pero, asimismo, desde mucho há, máscaras i difraces han sido la delicia i entretenimiento de los hombres públicos, al par que un agradable pasatiempo ofrecido a los que van a la comedia.

¿I los solemnes juramentos con que los súbditos se han ligado para con las autoridades i leyes del pais? se nos dirá!

Tales juramentos en manera alguna autorizan al lejislador para dictar leyes inícuas, al majistrado para ejecutarlas, al súbdito para obedecerlas. La justicia es la primera lei de las sociedades, lei universal i divina que a nadie es lícito violar i de cuyo cumplimiento es responsable toda autoridad humana, lo mismo que

el individuo en el órden privado. Si el compromiso relijioso que contraen los ciudadanos fuera bastante a justificar la obediencia a las leyes impías, agresoras i tiránicas, llegaríase al extremo de sostener que estaba en manos de los gobernantes ultrajar impunemente los derechos propios del hombre, aquellos que la naturaleza misma le concede i sin los cuales no es posible ni siquiera concebir sociedad alguna. Con semejante doctrina las leyes de Dios estarian al arbitrio del hombre, quien anularia su fuerza obligatoria, suplantándolas por otras de su amaño; la propiedad, la vida de cada cual estarian a merced de los gobiernos; tornaríase en cosa el individuo i en hacienda de un tirano la nacion: doctrina horrible, sistema bárbaro, invencion monstruosa, que ni se atrevieron a idear los déspotas execrables del mundo antiguo, i que *(¡incredibile dictu!)* apadrinan los sin pares del liberalismo moderno.

¿Qué se pretende, a la verdad, con la persecusion porfiada i sistemática que el Estado hace a la Iglesia? No otra cosa que convertir al Estado en dios para oponerlo al verdadero Dios; no otra cosa que hacer de las leyes un instrumento de venganza i un verdugo armado de la fuerza pública, para cebarse en todos los horrores de la tiranía mas insensata i detestable. ¡Vergüenza! ¡irrision! los que hacen fé de liberalismo reniegan setenta veces siete de la libertad. Ellos, que maldicen a los tiranos, prohijan resueltamente la tiranía; ellos, que en la tribuna i en la prensa no se hartan jamas de proclamar *los derechos inalienables, imprescriptibles de la conciencia humana*, son los primeros en aplaudir hasta el frenesí las violaciones escandalosas de la conciencia, los avances autoritarios, los despojos impudentes, las leyes opresoras. Los que hacen gala de liberalismo, los que nos hablan de redencion i emancipacion de los pueblos, los que profesan la teoría de que al Estado se le circunscriba a estrechos límites para poner en posesion de todos sus derechos al ciudadano; esos son los instigadores perpetuos de los gobiernos opresores, los que siempre están dispuestos a ensalzarlos i glorificarlos, olvidándose de la diosa Libertad para quemar incienso al dios Estado.

Desengañémonos. La libertad es un sarcasmo en labios del incrédulo, una quimera en la obra de los publicistas, i en la práctica de las naciones modernas una mentira, sí, la gran mentira de la presente civilizacion.

A un gobierno se le juzga por sus actos, a un tirano por sus iniquidades; i los actos inícuos del Estado moderno están demostrando que la libertad habla tan alto que no se la oye, ni siquiera desde léjos, por miedo de que llame a las cosas por sus nombres, cesarismo a la opresion despótica i el peor de los tiranos a la lei invasora.

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

UNA NUEVA EDICION

DE LA

GRAMATICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DEL

SEÑOR DON ANDRES BELLO. (1)

1.—Hace ya algunos dias, recibí un ejemplar de una nueva edicion de la Gramática de la lengua castellana del señor don Andres Bello, mandada estampar en Bogotá por el estudioso literato neo-granadino, señor don Rufino José Cuervo, i hoi quiero escribir algunas líneas para manifestar a éste mi agradecimiento por un regalo que estimo de mucha valía, i para dar a conocer a los lectores de LA ESTRELLA DE CHILE esta nueva e interesante edicion de un libro verdaderamente monumental.

2.—"La Gramática de Bello, dice el señor Cuervo, es en mi sentir obra clásica de la literatura castellana, i merece todo el lujo, elegancia i atildamiento tipográficos que corresponden a una obra de esta especie." (2) Tal es el motivo que lo impulsó a proponer a los señores Echeverría Hermanos, impresores de Bogotá, que publicasen en una edicion clara i correctísima la obra maestra de "aquel sabio escritor, ornamento de las letras americanas." (3)

(1) "Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, por don Andres Bello.—Nueva edicion hecha sobre la novena de Valparaiso (1870), con notas i un copioso índice alfabético, por Rufino José Cuervo.—Bogotá, 1875.—Echeverría Hermanos, editores."—1 vol. en 4.° de 414 pájs.

(2) Cuervo.—Notas a la Gramática.—Advertencia.

(3) Cuervo.—*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, Prólogo, páj. XV.—Ya que se me presenta oportunidad para ello i ya que no faltan quienes nieguen la verdadera inspiracion poética a las composiciones en verso del señor don Andres Bello, quiero copiar aquí autoridades para nadie sospechosas en esta materia. Don Juan García del Rio, en un artículo publicado en el tomo II del *Museo de ámbas Américas*, con el título de *Delicias i ventajas del estudio*, concluye con el siguiente juicio sobre el talento poético de Bello: "Reflexivo como Pindemonte, filosófico por carácter i por la fuerza de su razon, dotado de conocimientos vastos i profundos, inspirado del cielo para comunicar a sus lectores una centella del fuego divino, ora cante Bello los gloriosos hechos i los claros adalides de nuestra revolucion, despertando recuerdos que ajitan i exaltan el alma; ora pinte la majestuosa naturaleza, las bellas escenas i las ricas producciones de las rejiones tropicales, entregándose a las inspiraciones del entusiasmo; ora nos exhorte a la práctica de la virtud i al amor de la patria, encontraremos siempre en sus composiciones elegancia e independencia, sentimientos puros, alta moralidad, elevados i nobles pensamientos, i una ardiente pasion a la libertad nacional i a la paz."—Don José Joaquin de Olmedo, en la nota

Ya don Francisco Merino Ballestéros, inspector jeneral de instruccion primaria en Madrid, i laborioso editor i compilador de algunas obras, (4) habia publicado (en 1853) en aquella ciudad una edicion de la Gramática de Bello con copiosas notas i reflexiones, de las cuales algunas son mui dignas de tomarse en consideracion.

3.—Miéntras vivió el ilustre venezolano, su Gramática, que es para mí el tratado filosófico mas completo de los procederes del habla de Castilla en que el método, la claridad i la precision se adunan para hacerla accesible, con algunas horas de meditado estudio, a las intelijencias ménos cultivadas, i que juzgo a un mismo tiempo la gramática mas práctica sobre nuestra lengua, pues en ella se encuentran apuntados i correjidos los defectos mas graves de voces o construcciones a que solemos deslizarnos mas fácilmente cuando hablamos o escribimos i las reglas adecuadas para usar atinadamente aquéllas i ésas, se encontró en manos mercenarias que la dieron a la estampa con el intento de que tuviese el menor coste posible, i sin cuidarse en lo mas mínimo de aquel esmero tipográfico que debiera haber tenido, aun prescindiendo de otras valederas consideraciones, atendiendo a que se destinaba a la enseñanza de la juventud i a que, por lo mismo, cualquier yerro podia acarrear perjuicios de consecuencia. Citaré como comprobante, la primera edicion, que se ha hecho hoi una curiosidad i que apénas si se encuentra en las librerías (5) de los eruditos, hecha en 1847 por la imprenta de *El*

VI a su *Canto a Bolívar*, dice: "El jeneral Necochea, natural del Rio de la Plata, venció en Chacabuco mandando los famosos granaderos de a caballo: i ha sido celebrado en el poema de AMÉRICA, de que se han publicado algunos fragmentos en la *Biblioteca Americana*. La patria i la buena literatura ya culpan la tardanza de esta bellísima composicion."—Este poema *La América* es del señor Bello, i solo conozco algunos fragmentos dél insertados en la antolojía de poesías americanas que en 1846 publicó en Valparaíso don Juan María Gutiérrez, con el título de *América Poética* (1 vol. en fol. de 830 páj.)—Don Rafael María Baralt, en su *Resúmen de la Historia de Venezuela* (Paris, 1841,) llama a Bello "excelente poeta," i lo mismo repiten Tórres Caicedo, Amunátegui (M. L.), Bárros Arana, Arteaga Alemparte i muchos otros, sobre los cuales puede leerse el libro intitulado *Suscripcion de la Academia de Bellas Letras a la Estátua de don Andres Bello*, obra que, por desgracia, es indigna del hombre inmortal a cuya memoria está consagrada a causa de sus vaciedades, desconcierto e incorreccion.—Léase demas la pequeña biografía que hizo del señor Bello don Juan María Gutiérrez en la coleccion ya mencionada.

(4) La Gramática de Bello anotada por Merino Ballestéros solo la conozco por las transcripciones que hace el señor Cuervo en las *Notas* al libro de Bello i en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Parece que algunas de esas anotaciones fueron consignadas por el mismo Ballestéros en las que puso a la edicion hecha por él en 1852 (2 vols. en 4. °) del *Fundamento del vigor i elegancia de la lengua castellana* de don Gregorio Garces, i en su tratado intitulado *La analisis castellana*, publicado en el propio año de 1852 (1 cuad. en 4. °.) Nuestra Biblioteca Nacional no la tiene, ni tampoco se encuentra en la del Instituto i del señor Bárros Arana. Este señor me ha dicho que, cuando él estuvo en España, no la compró por haberle significado don Pascual de Gayángos que las notas aludidas eran de escaso valor.

(5) El señor don Manuel Blanco Cuartin, en un artículo publicado en EL MERCURIO del 13 de los corrientes i reproducido por los diarios de Santiago EL INDEPENDIENTE i EL ESTANDARTE CATÓLICO, dice lo que sigue: "La librería de un abogado es *biblioteca*, biblioteca, solo la de Egaña o la Nacional, sin acordarnos que Quinta-

Progreso de Santiago i que contiene tal variedad de ortografías que es imposible saber cuál es la del autor. Así, por ejemplo, en la pájina cuarta, línea séptima, se lee: "Al contrario, *Hai* muchas que terminan por esta letra, etc.," i mas abajo, línea trece: "Pero *ai* combinaciones binarias, etc.," i en la línea diezinueve: "No *ai* en castellano otras líquidas que la *l* i la *r*;" i alguna vez he encontrado (como en la páj. 15) *qe* por *que:* a esto se refería el señor Bello cuando decia en el *Prólogo*: "Concluyo advirtiendo que la ortografía de este libro no es la del autor. Habiendo cedido su manuscripto para la presente edicion, tuvo que aceptar, porque le parecieron razonables, las condiciones de los editores que se hicieron cargo de publicarlo a su costa. Observo con todo que han quedado algunos vestijios de la ortografía del texto orijinal, particularmente en una que otra lista alfabética, en que el órden de las dicciones no es siempre el de las letras iniciales, segun la práctica corriente." (Páj. XIII.)—Hízose en 1853 la segunda edicion, algo mas correcta que la primera, pero en la cual, como en las siguientes, no se encuentra la ortografía del autor. ¡Triste suerte la de esta obra, destinada a vivir perpetuamente, miéntras haya en el mundo aprecio por el talento i por el estudio, i que, vendida por una cantidad miserable, jamas pudo presentarse a los ojos de su venerable autor con el propio ropaje que éste hubiera querido vestirle! La mayor parte de las ediciones posteriores, i sobre todo las que lo son a la muerte del señor Bello, contienen errores garrafales que declaran que el propósito de sus editores ha sido solamente enriquecerse con ese libro, descuidando completamente por otra parte su correccion i aun su limpieza tipográfica. Para no extenderme mas en las miserias de este triste asunto, solo citaré dos groseros yerros de imprenta que se advierten en todas las ediciones estereotipadas. Léese en la pájina 16, núm. 33: "Pero hai tambien sustantivos que, denotando séres vivientes, se juntan siempre con una misma terminacion del adjetivo, que puede ser masculina, aunque el sustan-

na, hablando de Meléndez Valdes, dice que poseía una de las mejores librerías de España." No sé si por efecto de la enmarañada puntuacion que tiene el párrafo copiado en el diario que tengo a la vista, o porque así lo ha escrito su autor, yo entiendo que el señor Blanco ha querido decir que es hablar mas castizo emplear la palabra *librería*, que la de *biblioteca*, por el conjunto de libros que tienen para su uso las corporaciones o personas particulares. Respetando la buena intencion que ha movido al señor Blanco en esta indicacion, me permito observarle que la Academia Española admite la voz *biblioteca* en la acepcion de *librería*, (V. páj. 107 de la undécima edicion de su *Diccionario*) i así lo declara el siguiente pasaje de la primera edicion (1726-1739) de su Diccionario (tomo I. °, páj. 602, col. 2. ª.) "Biblioteca, s. f. Nombre griego que en riguroso sentido significa el paraje donde se venden libros; pero aunque en nuestra lengua se suele entender así alguna vez mas comunmente se toma por la librería que junta algun hombre grande i erudito, i por las que hai en las comunidades relijiosas, i principalmente por las que son comunes para el beneficio público de que hai varias en Europa, i la tiene el Rei Nuestro Señor en su Real Palacio." No he tropezado en estos dias con ningun ejemplo clásico que ampare a la Academia; pero, si el señor Blanco lo quisiera, podria echarme a buscar, casi seguro de encontrar algunos.

tivo se aplique accidentalmente a *hombre*, i femenina, aunque con el sustantivo se designe varon o macho." La palabra que he subrayado debe reemplazase por la de *hembra*, que de otra manera el párrafo envuelve un sentido contradictorio. Encuentro mas adelante (en la páj. 128:) "Díjose antiguamente *he leido tu carta, he comprado algunos libros*, de la misma manera que hoi se dice *tengo leida tu carta, tengo comprados algunos libros;* cosa sumamente natural, supuesto que *haber* significaba, como hoi significa, lo mismo que *tener*." (Núm. 209, nota *a*.) Cualquiera percibe que el paso copiado no tiene sentido alguno, i ello proviene de que donde dice el autor *He leido tu carta, He comprados algunos libros*, los impresores pusieron *leido* i *comprado*.

4.—Échase de ver, pues, que era sumamente notable la falta de una edicion de la Gramática de Bello en que, dejando a un lado todo estrecho espíritu de granjería, se le diese, si no aquella elegancia tipográfica que sobremodo merece, la correccion esmerada que debe tener en su doble calidad de obra didáctica i de obra inmortal. Esto es lo que ha procurado llevar a cabo el señor Cuervo i lo que, a mi humilde juicio, ha conseguido. La edicion bogotana, de que doi cuenta, (6) no excede a algunas de las nuestras en la riqueza del papel o de los tipos, pero sí está cuidadosamente purgada de los numerosos i graves yerros de que adolecen las chilenas, i hé ahí lo principal. Vése, ademas, aumentada con ciento veinte notas, ilustrantes de otros tantos puntos de la doctrina de Bello (de las cuales hablaré con prolijidad en el curso de este artículo) i con un abundante índice alfabético, cuya necesidad se sentía frecuentemente, pues, como dice mui bien Cuervo, "todos los que han menester consultar la Gramática de Bello, se quejan de lo difícil que es encontrar en ella cualquiera cosa, i en realidad se necesita saberla casi de memoria para lograrlo." *(Advertencia.)*

I esta dificultad para encontrar las materias se orijina cabalmente en el carácter mismo de la obra, majistral i comprensivo de todas las dificultades que pueden ofrecerse al que quiere estudiar la lengua con toda perfeccion i con pleno conocimiento. ¿En dónde colocar, por ejemplo, el capítulo XXXI que el señor Bello dedica al uso de los artículos? ¿En el XIV que consagra al artículo definido? Pero son tantas i tan variadas las materias que abraza el primero que, interpolado en el segundo, daria espacio a una confusion en que todo seria verdaderamente ininteliji̇ble. La misma observacion es valedera respecto al capítulo (XXXII) que destina a los diversos usos de la preposicion *a* en el acusativo, al (XXXIII) que trata del acusativo i dativo en los pronombres declinables, i a muchos otros cuya colocacion ha sido atacada

(6) En Bogotá, como en Carácas i otros puntos de América, se han publicado varias ediciones de la obra de Bello: una de las bogotanas está adornada con un buen retrato del autor.

por algunos con mas virulencia que justicia i sanas intenciones.

He oido censurar a algunas personas que, despues que habla de las palabras primitivas i derivadas i del número de los nombres, pase el señor Bello a las inflexiones que significan nacion o pais. Pero ¿qué son los nombres jentilicios sino unos simples derivados? *Persia*, por ejemplo, se deriva de *persa*, *Arabia* de *árabe*, i por este estilo los demas, así como los plurales de los nombres no son mas que simples derivados del singular. Yo concibo que esto se censure en un texto elemental en que las pocas materias que encierra deben estar colocadas en un órden rigoroso para no divertir del objeto debido a la intelijencia poco abierta i cultivada de la niñez; pero, paréceme desacertado juzgar con ese mismo criterio una gramática filosófica i majistral, que contiene necesariamente infinidad de reglas, algunas de las cuales no tienen colocacion estrictamente lójica, como no la tienen tampoco los numerosos modismos que han introducido en la lengua los caprichos del uso. (7) Otros echan en cara al señor Bello que su Gramática no sirve, por oscura, para dar comienzo a los estudios de este ramo en los colejios. Pero ¡por Dios! ¿qué gramática no es oscura así?

Yo pregunto: ¿se estima como mas clara la de la Academia? ¡Pues bien! Póngasela en manos de un niño de primera edad, i la entenderá tanto como la del señor Bello. Esto dice la razon, esto confirma la experiencia, esto declaran el que el señor Bello i la Academia hayan tenido que trabajar un compendio de sus respectivas Gramáticas (8), i el que en ninguno de nuestros establecimientos de instruccion se deje de estudiar otro texto elemental ántes de tomar el de Bello.—Censuran, por fin, que en vez de principiar por dar a conocer el sustantivo, lo haga el señor Bello por dar a conocer la proposicion, es decir el sujeto i el atributo.

(7) El señor Bello se referia a esto cuando decia en las notas a su Gramática: "Por lo demas, explicaciones demasiado abstractas para lectores imberbes, o ciegamente preocupados a favor de lo que *imberbes didicere*, las hai, sin duda, en algunas otras partes de esta Gramática; ni era fácil evitarlas, tratándose de rastrear el hilo, a veces sutilísimo, de las analojías que dirijen el uso de la lengua." (Nota IX.)

(8) En la *Gramática para las escuelas*, escrita por don Andres Bello, dice éste en el prólogo (edicion de 1862, de Valparaiso.—Un vol. en 8.° de 70 pájs:) "Las reducidas dimensiones de esta Gramática están diciendo que no debe buscarse en ella una exposicion completa de las reglas que reconoce el uso actual de nuestra lengua. —He pasado a la lijera sobre las cosas que el niño aprende medianamente, oyendo hablar i hablando; i no he perdido ocasion de hacer notar los hábitos viciosos en que mas jeneralmente se incurre.—En las definiciones no se ha procurado una exactitud rigorosa. Se ha querido mas bien señalar los objetos, como con el dedo, que darlos a conocer en fórmulas precisas, rara vez accesibles a la intelijencia pueril. —Obra es ésta para niños, pero que (permítaseme decirlo) no deben desdeñar los adultos. Son muchos, muchísimos, aun en las clases educadas, aun en las clases profesionales, aun en escritores distinguidos, los que leyendo algunas pájinas de esta Gramática rudimental evitarán graves errores en el uso de la lengua nativa."

¡Cuándo nuestro Supremo Gobierno tendrá la cordura de levantar del triste estado de corrupcion en que ahora se encuentra la enseñanza de la Gramática Castellana en las escuelas!

En otra parte de este artículo tendré ocasion de contestar a los que raciocinan con tanta lójica.

6.—Antes de pasar a las notas que el señor Cuervo ha puesto a su edicion de la Gramática de Bello, voi a consignar algunas observaciones a propósito de la ortografía en que la ha impreso. Dice Cuervo: "El autor (el señor Bello,) modesto sobre manera, la consagró a sus hermanos de Hispano-América, i *ella se imprimió en la ortografía casera usada en el pais en que la sacó a luz.* Deseando por mi parte hacerle justicia i darle el aspecto de universalidad de que es digna, solicité de los señores editores la pusiesen en la ortografía adoptada por la mayor parte de los pueblos que hablan castellano." (9) Respetando los pareceres de los que creen que variar la ortografía de un libro no es alterar en nada su índole o naturaleza, yo opino que en una obra de Gramática a nadie es lícito variar la ortografía del autor, i esta obligacion es tanto mas estricta cuanto si el editor se propone honrar al autor o a su memoria con esa impresion o reimpresion. De ahí es que no puedo sentir con el señor Cuervo en la alteracion que ha hecho al reproducir en una edicion correctísima la obra monumental del mas ilustre de los americanos.—Debió haber conservado la *i* como conjuncion, al tenor de lo que dice el señor Bello: "La tercera vocal es a veces representada con el carácter *y*, v. gr. en las dicciones *carey, voy. Sería de desear que se jeneralizase la práctica de los que señalan este sonido en todos los casos con la letra i*, escribiendo, v. gr., *carei, voi, aire, peine, Europa i América.*" (10)—Lo mismo digo de la *g* en las dicciones *gente, gigante*, en que es pedida por la etimolojía: el señor Bello opinaba, en vista de la grande dificultad que presenta a las personas no versadas en el latin su recto uso, por que se la reemplazara por la *j*, tendiendo así a la simplificacion de la ortografía i siguiendo el sentir de muchos eruditos gramáticos i la autoridad de la Academia misma, que decia en 1837: "En lo que se echarán de ver algunas, aunque no muchas innovaciones, es en la parte ortográfica, pues atendiendo al *deseo i conveniencia jeneral* de simplificar en lo posible la escritura de la lengua patria, ha creido oportuno la Academia sustituir la *j* a la *g* fuerte en gran número de voces que hasta aquí se habian escrito con la segunda de estas consonantes. Mas, procediendo con el pulso i la circunspeccion que acostumbra, se ha limitado por regla jeneral a escribir con *j* las palabras en cuya etimolojía no se halla la *g*, conservando esta letra en las demas por respeto a su oríjen i la antigua posesion que lo autoriza. *Tal*

(9) *Notas del revisor.—Advertencia.*

(10) *Ortolojía i métrica*, parte primera, párrafo segundo.—De este mismo parecer son muchos gramáticos, i tambien don Alberto Lista, que dice en sus *Ensayos literarios i críticos* (tomo I, páj. 43): "Nosotros quisiéramos que se adoptase jeneralmente el uso de escribir con *i* latina la conjuncion copulativa *y*, como lo hace nuestro autor."—Consúltense ademas las entregas números 359 i 361 de La Estrella de Chile, en que un señor don Jorje Smith dejó, a mi humilde modo de ver, plenamente probado que el uso de la *y* como conjuncion es ilójico e innecesario.

vez algunos años mas serán suficientes a lejitimar el uso contrario, i entónces la Academia, como fiel observadora del rumbo seguido por los buenos escritores, hallará quizá mas fundados motivos para descartar la *g* fuerte de todas las voces castellanas, empleando exclusivamente esta letra en aquellas sílabas en que se pronuncia con suavidad, como *gracia* i *golilla*." (11)—Igual observacion es aplicable a la separacion *car-o, per-i-to*, prescrita por el señor Bello en su *Gramática* i en sus *Principios de ortolojía i métrica*, (12) seguida en alguna de sus obras cuya impresion pudo hacer vijilar, (13) i desatendida por el señor Cuervo mediante esta simple nota (que es la cuarta): "El uso jeneral es dividir en lo escrito *Pa-ris, ca-ra*, i no *Par-is, car-a*." —En obsequio a la brevedad, paso por alto sobre otras variaciones ortográficas introducidas por el comentador bogotano en la edicion de la obra de Bello. (14)

7.—Paso ahora a las notas.

En la primera de éstas dice Cuervo: "Que en *hueso, huérfano*, hai en la primera sílaba un sonido gutural parecido al de la *g*, es indudable; que pertenezca a la *h* es, a mi ver, mui dudoso: intente cualquiera quitarlo, dejando intacto lo restante de la palabra, i no lo conseguirá; en *hueste*, por ejemplo, para no pronunciar la dicha aspiracon, tendrá que separar la *u* de la *e*, convirtiendo el vocablo en *üeste* (lo mismo que *oeste)*, por lo cual me atrevo a creer que la fuerza de consonante reside en la *u*, que hiere a la vocal siguiente i asume algo de la fuerza de la *w* inglesa."—Yo estoi con el señor Bello, apesar de la nota copiada que me parece sobrado orijinal, por no emplear otra palabra que la califique mas duramente; creo que si en *huevo*, por ejemplo, suprimimos la *h*, pronunciaremos la frase *un uevo;* de la misma manera que cuando decimos (permítaseme el empleo de la *u* como conjuncion disyuntiva en el presente caso): *viejo ú nuevo:* entre *un uevo* i *ú*

(11) *Prólogo* de la octava edicion del *Diccionario de la lengua castellana*.

(12) Véase *Gramática castellana*, núm. 8.—En el párrafo II del *Apéndice* a su *Ortolojía*, dice Bello: "Solo dos cosas podrán extrañarse: que se refiera la *r* a la vocal precedente, silabeando *her-e-der-o*, i que se escriba *tie-rra, ba-rra*, haciendo indivisible el carácter doble *rr*. Años hace que habia yo indicado estas innovaciones; i celebro que hayan merecido la aprobacion de algunos literatos (entiendo que se refiere a Puigblanch i a Mora), a quienes miro como autoridades respetables en todo lo concerniente a la lengua castellana hablada i escrita. La primera de ellas se funda en la dificultad natural de pronunciar la *r* sin apoyarla en una vocal anterior, i en lo arbitrario de considerar como inicial la sílaba de un sonido por el cual no principia diccion alguna castellana, ni es posible que principie, i que nunca viene despues de consonante, sino cuando hace de líquida. La segunda pertenece propiamente a la ortografía, pero tiene su fundamento en la ortolojía. Si el sonido de la *rr* es indivisible i siempre se articula directamente, indivisible debe ser tambien su signo, como el de la *ll*, formando con la vocal siguiente una sola sílaba escrita."—Los miembros de la Academia Española, abundando en el sentir del señor Bello (que me es mui duro aceptar), empiezan tambien a separar *ca-rro*. (Véase la novelita del marques de Molins, intitulada *La Manchega*, impresa en 1874.—Un vol. en 16. °)

(13) *Principios de Derecho internacional*, edicion de 1864.

(14) Como la de acentuar *entónces, sólo* (adverbio), *á*, etc.

nuevo no encuentro diferencia alguna de pronunciacion, i por ende opino que la fuerza de *g* reside en el *h* i no en la *u*.

8.—Don Andres Bello (15) dice que *sílabas* son los miembros o fracciones de cada palabra separables e indivisibles. A esto dice Cuervo: "La definicion de sílaba me parece ofrecer estos inconvenientes: 1.° no comprende las voces monosílabas, como *yo*, *lei*, *Dios*, que no son miembros o fracciones de otras; 2.° hai sílabas que se pueden dividir: mediante la diéresis, la sílaba *dio* de *grandioso* puede resolverse en las dos *di-o*. Podria acaso remendarse así: "Llámase *sílaba* toda letra o reunion de letras que puede pronunciarse por sí sola siendo indivisible en otras con que, sin alterarse su natural pronunciacion, pueda hacerse lo mismo." —Yo no acepto sino el primero de estos inconvenientes, porque el segundo no lo es en realidad. Adolecen dél la definicion que da en otra parte (16) don Andres Bello cuando dice: "Se llama sílaba toda combinacion de sonidos elementales que se pronuncia en la unidad de tiempo," i la que nos ofrece el señor Cuervo en reemplazo de la del Maestro, en manera que no sería posible dar una definicion de sílaba que comprendiera todos los casos. Yo creo que las disoluciones por medio de la diéresis i las contracciones por medio de la sinéresis, son variaciones tan accidentales i que no llegan (si puedo expresarme así) al fondo mismo de las palabras, que sería falta de lójica tomarlas en cuenta en la definicion; procederia, en mi sentir, del mismo modo que aquél que viendo que el hombre enferma frecuentemente miéntras su vida, lo definiera "un animal racional que enferma con frecuencia."

Pero aun, partiendo de lo mismo que asienta el señor Cuervo, tenemos que si disolvemos a *grandioso* (que es palabra trisílaba) en la tetrasílaba *gran-di-o-so*, la sílaba *dio* no conserva su natural pronunciacion en el segundo caso, sino que la pierde completamente al dividirse. Por lo mismo, éste (que es un palpable inconveniente, segun sus propias palabras, de la definicion por él propuesta) no debe considerarlo como defecto de la de Bello, i sí mirar a ésta como buena.—Yo prefiero la que da el señor Bello en su Ortolojía, i que he copiado mas arriba,—si bien reconozco que la dada en su Gramática es mui propia de la Analojía i fácil para la intelijencia de los niños,—por creer que aquélla comprende todos los casos que en la natural pronunciacion pueden presentarse.

Santiago, 25 de Junio de 1875.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

(Continuará.)

(15) *Gramática Castellana*, núm. 7.—Véase lo que dice sobre el particular don José Ramon Saavedra en su *Gramática Castellana* i en su *Censura de la Gramática Castellana de don Andres Bello.*

(16) *Principios de ortolojía i métrica*, parte 1.ª, § IV.

ENTRE LOCOS.

Desde largo tiempo deseaba hacer una visita a la casa de Orates, situada, como se sabe, en la calle de los Olivos, de esta gran ciudad de cuerdos.

Aunque la vista de esos infelices, privados de la divina luz de la razon, cause cierta repugnancia, uno se siente atraido hácia ellos con la misma fuerza con que se ve arrastrado a contemplar el tristísimo espectáculo de una ejecucion capital, o con el vértigo que causa el abismo a los que se aproximan a él.

Movido de esta manera o de cualquiera otra que no puedo explicarme, me dirijí un dia hácia la mansion de los locos.

Era una mañana de invierno, excesivamente fria, aunque el sol reflejaba su clara lumbre sobre todos, sin distincion de cuerdos ni de insensatos, de sabios ni de ignorantes.

Gracias a un coche de posta que casi me descalabró en el camino, llegué en pocos instantes a las puertas del establecimiento, al cual penetré prévio el correspondiente permiso que me otorgó un hombre que tenia en la mano un rebenque descomunal, que constituia, a primera vista, la única diferencia entre él i los reclusos de la casa.

Se me introdujo al patio de la derecha, en donde el mismo guardian me insinuó que se hallaban los *locos cuerdos*, esto es, aquellos locos pacíficos, serios i dignos de todo aprecio i consideracion por su buena conducta.

En efecto, al traspasar los umbrales que daban a aquel patio, ví que el guardian me habia dicho la verdad. Sentados en un escaño se hallaba una media docena de hombres entregados, al parecer, a profundas meditaciones. Mas allá se veia un grupo de dos o tres, discutiendo quién sabe qué cuestion, con una mesura i tranquilidad propias de encumbrados diplomáticos. I por el medio del patio, i en diversas direcciones, se paseaban los demas gravemente i en silencio.

Por sus vestiduras inusitadas, por sus luengas barbas i cabellos i por un no sé qué que revelaba el aspecto de aquellos individuos, parecióme que me encontraba en el recinto de una de aquellas escuelas de Aténas en que se enseñaba la filosofía i en que se hacia de esta nobilísima ciencia una carrera profesional. Creia contemplar allí a Heráclito con su eterna risa i a Demócrito llorando sin consuelo i sin tregua las miserias i necedades humanas.

A Diójenes le faltaba su tonel, pero en cambio se hallaba sumido hasta la cintura en un viejo i despedazado sillon.

Pitágoras describia en el suelo con su varilla círculos i rectas, procurando alcanzar la solucion de un problema que parecia mui intrincado.

I ¿a esta pléyade de sabios i de filósofos, me decia yo, se la trata como a pandilla de locos? ¿Dónde se ha visto mas tranquilidad i mas cordura, mas meditacion i mas juicio que en este recinto? ¿Dónde mas resignacion abnegada, dónde mas desprecio por los honores, por las riquezas, por los placeres del mundo?

La escena, sin embargo, cambió súbitamente. Algunos de aquellos filósofos perdieron toda su gravedad i comenzaron a hacer curiosísimas cabriolas, otros se entregaron a contorsiones i jestos estraños, i no faltaron quienes hiriesen el aire con risotadas estridentes.

Cuando notaron mi presencia principiaron a acercárseme con cierta reserva i timidez. Talvez, creyéndose ellos en el pleno uso de su razon, se figuraron ver en mí, que no presentaba el aspecto que tenian los reclusos, un verdadero loco, un loco de atar. Sea como fuere, el que con mas resolucion que los otros se acercó a mí, era un sujeto como de cuarenta i cinco años, de buena presencia i de una fisonomía que revelaba la intelijencia.

—¿Cómo le va, señor? me dijo.

—Mui bien, le contesté, i ¿a Ud.?

—A mí no me va mui bien.

—Muchísimo lo siento. I ¿por qué le va mal a Ud.?

—A mí me va mal i mui mal porque me tienen aquí encerrado desde hace dos mil años, poco mas o ménos.

—¡Dos mil años!

—Sí, señor, dos mil años, ¿qué tiene esto de raro?

El rei Salomon, que es éste que está aquí, agregó el loco señalando a uno de sus compañeros, se encuentra encerrado en esta casa tres mil años i un mes, punto mas o punto ménos.

—Dispense Ud., amigo, porque yo no lo sabia.

—I ¿sabe Ud. por qué nos tienen aquí?

—No se me ocurre.

—¡Ah! malvados! malvados! exclamó el loco, nos tienen aquí nuestros mismos parientes con el objeto de robarnos nuestros bienes. ¿No es cierto que son unos malvados, sin conciencia?

—Efectivamente esa es mucha picardía.

—¡Pues no ha de ser una gran picardía! exclamó cada vez mas exaltado aquel infeliz.—Vea Ud., agregó, encerrarme aquí por loco, tenerme en esta prision por espacio de dos mil años, revuelto con todos estos desgraciados que han perdido el juicio, porque es preciso que Ud. sepa que estos pobres sí que están verdaderamente locos; mírelos, mírelos Ud.

Tendí la vista hácia dónde mi interlocutor me indicaba i ví en efecto a tres o cuatro individuos que se daban de mojicones

de una manera tan recia que el guardian se creyó en el caso de intervenir con su chicote.

—De esta clase de locos, dije yo entre mí, hai muchos fuera de esta casa.

No habia terminado aun esta escena, cuando se acercó a mí otro demente como de hasta treinta años de edad. Traia puesto un sombrero de paño negro guarnecido exteriormente por una rejilla de alambre.

—Yo soi, me dijo, María Encarnacion de los Santos Yañez i Venegas.

—Me alegro de conocerle, le contesté.

—I yo a Ud. me replicó el loco, sacándose el sombrero forrado con alambre i haciéndome una profunda reverencia.

—¿Quiere Ud. decirme que significa ese sombaero con rejilla? le pregunté.

—¡Como nó! Voi a explicarle a Ud. con muchísimo gusto. Ha de saber Ud. que todas las tardes nos abren aquella puerta que está allí, me dijo, señalándome una puerta hácia el fondo, i por esa puerta nos vamos todos a un patio mui grande, ¿no ha visto Ud. ese patio?

—Nó, amigo, no lo he visto.

—Es mui grande, parece potrero. Hai mucho pasto, hai tambien algunos árboles, una acequia con agua, muchas piedras. Mire Ud., hai unas piedras mas grandes i otras mas chicas, las hai de todos tamaños; hai ademas.....

—Está bien, ya sé que hai todo eso, pero yo quiero saber para que sirve la rejilla de su sombrero.

—¡Ah! cierto! La rejilla de mi sombrero sirve para resguardarme la cabeza de los *peñascazos* que me *tiran* los locos en ese potrero. Me habian roto la cabeza dos veces i entónces yo me fabriqué este casco.

—Hombre, ha andado Ud. mui advertido. La invencion es mui útil.

—Ya lo creo, me replicó, ¡vaya si es útil!

I volviéndome la espalda se retiró aquel loco que parecia tan cuerdo.

Llevóme mi conductor en seguida a una pieza situada al frente de la puerta por donde habiamos penetrado al patio.

En aquella pieza i sobre una pobre cama estaba sentado un hombre venerable, de larga i poblada barba. Aquel hombre era un sacerdote capuchino, cuyo nombre he olvidado por desgracia, conservando solo en mi memoria la imájen de su fisonomía pálida i demacrada por el sufrimiento.

Me dirijí a él lleno de respeto i compasion.

—¿Cómo estás? me dijo al verme con voz grave i robusta.

—Para servir a Ud., señor, le contesté.

—¿De dónde vienes?

—Vengo de la Serena.

—¡Pues, yo vengo de la tempestad! me replicó.

I despues de un momento de silencio, me dirijió esta otra pregunta:

—¿Amas a Dios?

—Sí, señor, le respondí.

—*Benè dixisti.* ¿Le amas con todo tu corazon, con todas tus potencias, con todos tus sentidos?

—Sí, señor.

—I si Dios te mandase ir al infierno ¿le obedeceriais con gusto?

—Sí, señor.

—*Benè dixisti.* Yo tambien iria con gusto a ese terrible lugar si esa fuese la voluntad de Dios. Aquí estoi cumpliendo su santísima voluntad i espero que su misericordia me ha de perdonar, cuando llegue mi último instante, que no está mui léjos.

La vista de aquel respetable sacerdote tan fervoroso, tan reignado, tan paciente, en medio de su locura, me conmovió hondamente.

Poco tiempo despues supe que habia muerto tranquilamente sobre la misma desvencijada cama en que yo le ví en aquella ocasion pálido, enflaquecido i harapiento.

Supe tambien que habia sido un abnegado apóstol ántes de volverse loco, i un sacerdote de santa e inmaculada vida.

J. Ramon BALLESTEROS.

MARTINEZ MONROY.

(CARTA A JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.)

Remito a Ud. el volúmen de poesías de Martinez Monroy que me ha proporcionado.

Yo desearia ver a Monroy mas leido i apreciado entre los jóvenes que ensayan la poesía. Ciertamente, ninguna de las composiciones de Monroy me parece, en manera alguna acabada; pero hoi dia se hace tanto abuso de estas palabras de *poesía* i de poeta que me parece mui oportuno el ejemplo del que fué verdaderamente poeta.

Nunca se podrá recomendar demasiado la sinceridad i franqueza de expresion en una obra poética. Estas cualidades, pues, amigo mio, daban a la poesía de Monroy un carácter de superioridad sobre el vulgo poético i aseguraban de antemano el porvenir a sus futuras concepciones.

Génesis, *Toledo*, *En el dia de tu santo*, nos revelan toda la poesía de Monroy. *Génesis* parece la obra de un talento plenamente desarrollado. La concepcion es grande i mejor definida que en todas sus obras o piezas. Cierto desórden en el curso del poema, algunos descuidos que podrian parecer afectaciones, apénas traicionan la juventud. Es necesario acudir a los artistas supremos para encontrar espresiones tan puras i espontáneas como, entre otras:

.....sobre el caos
Tendió sus ondas el azul del cielo.

Este simple verso manifiesta ya la confianza del poeta en sus propias ideas; la frase es obediente i se desenvuelve con limpidez. No admiro ménos la valiente sobriedad con que expresa aquel movimiento de tanta amplitud, al seguir la sucesion de creaciones:

Hundiéronse los valles,
Alzáronse los montes.

Insisto sobre estos versos tanto porque son raros en Monroy, como por la importancia que yo les atribuyo en el carácter definitivo que hubiera tomado su estilo al llegar a su completo desarrollo. En otro jénero, *Toledo* nos muestra la facilidad de su talento para apoderarse de la poesía tradicional i darle un carácter personal. *Génesis* i *Toledo* revelan cualidades que armonizadas en una concepcion vasta i orijinal habrian producido una obra capital que mantuviera siempre presente el nombre de Monroy. En el romance *En el dia de tu santo* yo quisiera contener la abundancia de imájenes, usadas en lugar de la espresion natural casi en toda la primera parte de la pieza. Este defecto que empaña gran parte de la poesía española no quita al romance su atractivo, de tal modo que a mi juicio puede presentarse como un modelo. Monroy ha sabido sacar de un asunto, no diré pobre, pero hecho ya vulgar, una verdadera obra poética. Para conseguirlo no ha hecho mas que recurrir al sentimiento propio i usar de la franqueza de expresion que le caracteriza.

El señor Hartzenbusch en los juicios críticos que ha añadido a las poesías de Monroy muestra una particular predilecion por las estrofas *A mi madre*. Con toda la consideracion debida al ilustrado escritor, me permitiré hacer una observacion. En todos los

detalles de aquella composicion he notado un cierto aire femenil que desgraciadamente se acentúa con la minuciosidad con que el poeta manifiesta sus emociones.

Para juzgar a Monroy es necesario detenerse en todos estos detalles, siendo tan corto el número de sus composiciones concluidas.

Respecto de las otras piezas que componen el volúmen de sus poesías, revelan las mismas dotes i en jeneral las ideas no salen del círculo abierto por las tres que he indicado: aun las imájenes son a menudo las mismas.

Seria mui difícil asignar a Monroy su puesto verdadero en la poesía contemporánea.

En cuanto a mí, si Ud. me lo exijiera, lo colocaria en la famila de los Chenier, de los Moreau i (puedo decirlo con confianza) de los Becquer, no por el carácter de su jenio poético, sino por haberse llevado como ellos algo mas de lo que nos dejó, ese algo que Andres Chenier expresaba al morir, llevando la mano a la cabeza: *Il y avait quelque chose là.*

Si yo dirijiera estas líneas a un estraño, me creeria obligado a escusarme de mi intencion, al pretender señalar las bellezas de Monroy a un espíritu sagaz; pero para Ud. aquellas no deben ser sino una lijera i amistosa comunicacion de las observaciones que me ha sujerido el libro de nuestro poeta.

En otra ocasion, amigo, volveremos a Monroy con mas descanso i diremos algo que sea mas digno de él i de Ud.

Santiago, Junio 19 de 1875.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

IGNACIO DE LOYOLA.

"¡Mis lauros i mi espada
A tus plantas pondré, Reina i Señora,
Que mi alma iluminada
Por célicos fulgores

Aspira solo a glorias inmortales,
Aspira solo a místicos amores!
¡Tuyo es mi cuerpo, mi alma i mi existencia,
Mi guia serás tú, tu amor mi gloria,
Tu voluntad mi lei, tu luz mi ciencia!"

Así a los piés del ara de María
Un gallardo español, dice de hinojos,
En el polvo su frente i convertidos
En raudales de lágrimas sus ojos.
Era adalid i noble i altanero;
Su espada era gloriosa en los combates,
I en la revuelta lid ancho sendero
Se abria a su ambicion, nada hai empero
Que lo haga vacilar, su alma inflamada
En celestial encanto
Guerrero lo arrodilla i lo alza santo!

¡Ignacio de Loyola!
¿Quién será audaz para contar su historia,
Quién será audaz para ensalzar su gloria?
Que expresen dignamente
Su virtud sobrehumana,
¿En qué lengua habrá nombres?
El que sabe la ciencia de los ánjeles
Quiere aprender la ciencia de los hombres!

Pero inútil se afana
En proclamar sus glorias lira humana
O en cantar sus virtudes
Dignas de los seráficos laudes.
Una tan solo.... cuya fama inmensa
Ha recorrido siglos i naciones,
Gloria que el alma al contemplarla piensa
Que vive en otra edad i otras rejiones.
Ignacio, cual Jesus, alza bandera
I llama junto a sí sus campëones,
Lainez, Fabro, Rodriguez
I Francisco Javier, el bardo errante,
Se agrupan junto a él i en un instante
Del orbe admiracion, gloria i orgullo,
De la Iglesia alegría
Surje del fondo de la vieja Europa
Intrépida i viril *La Compañía!*

Dios la bendice i la decreta triunfos;
De júbilo los cielos
Cantan en blando coro,

I un pabellon los ánjeles la tejen
Con sus alas de nácar i de oro.

"Ciencia i virtud," en su pendon va escrito;
"Guerra al hereje, proteccion a Roma"
Alza el infierno el pavoroso grito,
Vacila la herejía i derrotada
Huye a esconder su faz avergonzada.
Con rápido incremento
Auméntanse sus triunfos i sus glorias;
Veloz cual raudo viento
Se esparce por el orbe:
Todo su inmensa actividad lo absorbe.

La juventud a oleadas
Acude presurosa a sus escuelas
A escuchar de sus labios las verdades
I deja el misionero sus hogares,
De su patria abandona el suelo amado
I atravesando turbulentos mares
Va a paises extraños
A proclamar la Relijion del Cristo
I a mostrar de la ciencia los arcanos.

Espléndidas falanjes
Se esparcen de la América en las selvas,
De la Oceanía en los hermosos valles
I en las llanuras que fecunda el Gánjes;
Sus ondas murmurando
Aun repiten sus nombres venerandos;
I do quiera que el mar quiebra su ola
Allí ha pisado el hijo de Loyola!

I hoi mil i mil héroes
Cual luz inmensa en el cénit clavada
Asombran con su ciencia i sus virtudes
A la impiedad ante sus piés postrada!

JUAN FRANCISCO RIVÉROS.

LIJERAS REFLEXIONES

SOBRE LA IDEA DE UN

CONGRESO AMERICANO.

Una idea proclamada hace algunos años por hombres eminentes ha tenido la fortuna de encontrar en nuestros dias ardientes partidarios. Es la idea de un congreso americano.

Ella, segun sus mas autorizados defensores, no significa otra cosa que la union de todos los pueblos de la América, ántes Española, por medio de un congreso compuesto de delegados de toda ella, i cuya mision seria dar leyes en lo tocante a los asuntos de mas interes para los pueblos i en especial para la América i tales como: dirijir las relaciones exteriores, la instruccion, el comercio, la industria, la colonizacion, la inmigracion, etc. La América seria así, algo como una gran confederacion, algo como la América del coloniaje no en la dependencia i esclavitud, sino en la libertad.

Muchos argumentos i de diversas clases se han hecho valer en pro de esta teoría, en ellos han apurado sus últimos recursos la razon, i si se quiere la imajinacion, de tal modo que si no han logrado hacer de la teoría un hecho, han al ménos llevado el convencimiento a muchos espíritus.

Se han presentado en primer lugar los peligros exteriores que para los Estados americanos resultan de la separacion i aislamiento en que se encuentran actualmente. Naciones poderosas, se ha dicho, han de verse naturalmente tentadas a apoderarse de esos pueblos que cual presa segura se ofrecen a sus apetitos ambiciosos.—Unos pocos soldados no pueden ser obstáculo a naciones que los cuentan por millones.—I no solamente existe para esos Estados el peligro de perder su autonomía propia, sino el de ver ajada dia a dia su dignidad, de ver negados sus derechos por naciones mas civilizadas.—Compárese esta situacion con la que presentaria la América unida por medio de un congreso.—Por su extension, por su poblacion, por la union de sus hijos, seria una gran nacion, en nada inferior a las que en la actualidad gobiernan los destinos de la humanidad: su influencia seria decisiva: su nombre seria por sí solo sinónimo de un gran poder. I luego esa union tan estrecha de los pueblos americanos pertenecientes a la raza latina, daria a ésta el vigor, la vida que hoi le falta, oprimida como está por su eterna enemiga la sajona, que con el cetro de la fuer-

za material en la mano impone su lei a la Europa i activa i bulliciosa se desarrolla en la llamada Gran República de Norte América. I aquí se presenta (siempre segun los defensores de la idea en que me ocupo) otro nuevo peligro a los Estados sud-americanos.

Vemos frente a frente dos razas enemigas.

Por un lado la raza sajona, activa i ambiciosa, floreciendo en un Estado rico i poderoso; por el otro a la latino-española, tan débil i pobre, como noble i desgraciada, recibiendo apénas vida en Estados tan pobres i débiles como ella. ¿De ésto que ha de resultar? necesariamente i siguiendo las leyes de la naturaleza, la extincion, el aniquilamiento de la última, si esos Estados, cuyos habitantes son sus hijos no buscan un pronto i eficaz remedio, que libre de la muerte a su madre comun. Ese remedio es único, necesario i no puede ser otro que un congreso americano. Así, pues, si aun resta amor por la raza latina, si la anexion todavía reciente de Tejas i de California algo dicen i algo hacen temer, recúrrase a ese remedio salvador. Llegado es el caso de exclamar: solo en la unidad está la fuerza i la salvacion.

Pero no nos fijemos solamente, han dicho los defensores de la idea de un congreso americano, en los bienes que la union jeneral de los pueblos sud-americanos produciria en las relaciones de éstos con los demas, detengámonos un momento i comparemos el cuadro triste i sombrío que presentan las actuales relaciones de éstos entre sí con el que presentarian una vez unidos por medio de un congreso—¿Qué vemos en la situacion actual?—Incertidumbre, vacilaciones; polémicas entre todos ellos, en que las mas veces se disputan mezquinos intereses o porciones mas o ménos grandes de territorio i que terminan siempre por enfriar la armonía que debe reinar entre pueblos, llamados por la naturaleza a ser eternamente hermanos. Pueblos que unidos en el espacio de tres siglos por la esclavitud, deben serlo en el porvenir infinito por la civilizacion! Pues bien, un congreso americano dirimiria como árbitro supremo todas esas polémicas i entónces los pueblos de la América, ántes Española, dándose el abrazo mas fraternal que han visto los siglos, entonarian un himno de amor, himno grandioso que atraeria al continente feliz americano, todos los dones de la prosperidad. Los pueblos hasta ahora aislados i débiles, casi enemigos, pasarian a ser como partes de una gran confederacion, presidida por el congreso que lejislaria en toda ella.—Los Andes desaparecerian i en su lugar se alzaria la diosa Libertad.—El silbido de la locomotora se haria oir en los valles todavía incultos i en las selvas vírjenes.—El comercio i la industria se desarrollarian a porfía protejidos por un gobierno sabio i paternal, por una lejislacion progresista i liberal. Solo entónces la América seria grande i solo entónces sus hijos, enorgulleciéndose de serlo, se presentarian ante el mundo como los decididos campeones de una nueva i grandiosa civilizacion.

Hé aquí la idea de un congreso americano, presentada en su aspecto brillante i seductor tal como la han concebido i propuesto no pocos publicistas americanos, ansiosos de verla pronto realizada.—Ella sin duda se presenta a primera vista halagadora, la imajinacion en sus sueños cree ver ya traducidas en hechos sus ponderadas ventajas. Pero examinada con mas detencion, ¿qué nos dice nuestra razon? ¿es ella necesaria, conveniente? i en el caso de serlo ¿es ella posible de realizarse? Veamos.

Jeneralmente hablando la extension de territorio i el número de habitantes son elementos que no deben ser tomados en cuenta para apreciar el grado de civilizacion de un pueblo. Naciones ha habido en la antigüedad, en la edad moderna i las hai en la presente, que con un territorio pequeño i con una poblacion relativamente escasa han alcanzado un grado de cultura i poder mucho mayor que otras superiores en la extension de territorio i en la poblacion.

Pruebas de lo que digo, Grecia i Roma en la antigüedad, Portugal, los Paises Bajos, Venecia i Roma en la edad moderna, Béljica en la presente.

El principio de autoridad bien robustecido, la armonía de las leyes con los eternos principios del derecho, de manera que en ellas se encuentren suficientemente garantidos los derechos de los ciudadanos, para que así derive de ellas mismas la obediencia que éstos deben prestarles, un espíritu público vivificado por el amor a la patria, hé ahí las verdaderas, las únicas fuentes de progreso para las naciones. Admitidos estos principios como leyes de la sociedad i aplicándolos al caso presente ¿de qué manera podrian ser obras de un congreso americano todas las ventajas que se le suponen? Si se admite como cosa evidente el atraso en que hoi se encuentran los Estados sud-americanos ¿por qué se cree que una vez unidos cambiaria la suerte de todos i de cada uno de ellos en particular? ¿Tendria acaso mas interes un congreso jeneral en dar leyes sabias i benéficas que el que tiene cada gobierno particular? ¿Creceria en los pueblos el amor al órden, a la estabilidad? ¿Seria mas fuerte el lazo de un congreso americano que el existente hoi dia de la conveniencia e interes propios?

Se suspira por la unidad de todas las leyes de la América, ántes española. Pero las leyes no son mas que la expresion de las costumbres i creencias de un pueblo, de tal modo, que si en la América éstas son las mismas, en la práctica i sin la necesidad de un congreso, las leyes han de ser tambien las mismas. I, por el contrario, si aquéllas fuesen distintas, ¿no seria absurdo pretender que éstas fuesen idénticas? Se sueña con el gran desarrollo que tomará el comercio impulsado por leyes liberales i adaptadas a los principios de la ciencia, en las facilidades que se darán a la viabilidad; pero, francamente, no vemos cómo este estado de cosas esté íntimamente ligado con la existencia de un congreso americano, ni tampoco vemos, cómo cualesquiera de las repúblicas no

seria capaz de realizarlo por sí sola, teniendo un mayor conocimiento de sus necesidades i un interes mucho mayor en satisfacerlas.

No me parece este el lugar ménos a propósito para decir, aunque sean dos palabras, acerca de las relaciones que existen entre la idea de un congreso americano i un sistema, expuesto i defendido en la actualidad por hombres eminentes, *la descentralizacion administrativa*, por la cual suspiran con entusiasmo los pueblos aun mas partidarios del sistema unitario. Ensanchar la esfera de accion de los gobiernos particulares o locales en que se divide una nacion, (1) disminuyendo así la del central o jeneral junto con la de sus ajentes, hé ahí en lo que consiste aquel sistema, que es en la actualidad una de las mas bellas aspiraciones de los ciudadanos de los pueblos libres. (2) Casi no hai necesidad de probar que un congreso americano dando pábulo a ese mal que "aglomera toda la sangre, toda la vida en la cabeza i produce la paralísis en lo restante del cuerpo" vendria a alejar para siempre la esperanza de ver realizado aquel sistema en las repúblicas Hispano-Americanas. Gran parte de las que son hoi dia atribuciones del gobierno jeneral de cada una de esas repúblicas pasarian a serlo del gran poder central formado por el congreso, i muchas de las que pertenecen a los particulares o locales, pasarian a serlo de cada uno de los que son hoi dia jenerales, pero que, realizada la idea de un congreso americano, serian, por decirlo así, particulares. Habria, pues, disminucion de la autonomía de cada uno de los Estados i de la de los gobiernos locales de cada uno de ellos; disminucion doble que afectaria tambien doblemente los derechos de las naciones i de los ciudadanos.

Sin embargo, al proclamar, apesar de estos inconvenientes la idea de un congreso americano, sus defensores estuvieron casi en la lójica. Pues llegaron a suponer que cada una de las repúblicas Sud-Americanas era inhábil para marchar por el camino trazado por el derecho, la justicia i la libertad i al mismo tiempo proclamaron con graciosa inconsecuencia que un congreso en que se reunieran los delegados de todas ellas seria algo parecido a un consejo de dioses que contemplando intuitivamente lo bueno, lo bello i lo útil, darian leyes que fuesen fuente inagotable de progreso. Suponiendo lo que se debe suponer, que el congreso se equivocase, ni mas ni ménos como cualquiera reunion de mortales, medítese un instante en los inmensos males que produciria una medida que no fuese acertada o que no hubiese sido inspirada en el mas puro *americanismo*.

Aparecen agravados los males que llevo apuntados, si se tienen en consideracion las leyes, ya morales, ya naturales, tan unifor-

(1) En Chile las municipalidades.

(2) La brevedad de este articulo i su misma jeneralidad me obligan a hablar tan poco sobre este punto que es digno por si solo de un sério i concienzudo estudio.

mes en su accion, que presiden a la formacion de las naciones i que hacen que éstas no sean porciones de hombres, reunidos mas o ménos por la casualidad.—I si desde luego se echa de ver que la unidad de raza, de creencias i de costumbres es el requisito necesario i primordial para la union de los hombres en un solo pueblo, no es ménos cierta la influencia que en este acto tienen los límites naturales del territorio, límites que encerrando a los individuos de una nacion, como en un círculo de hierro, conservan en ellos ese carácter nacional, enérjico i grande, cuando se trata de la independencia i bienestar de la patria, pero casi diré indiferente en lo que toca a una nacion extraña, aunque sea de la misma raza.

En su entusiasmo olvidaron todo esto los apóstoles de la idea de un congreso americano, cuando contemplando esas montañas coronadas por eternas nieves i contemplando al mismo tiempo el corazon de los hijos de América, encontraron en éstos bastante fuego de amor para derretir a aquéllas i exclamaron: desaparezcan los Andes, no haya mas límites para el mundo de Colon que los océanos que bañan sus costas. Pero no, no se puede destruir la obra de la naturaleza i a nada ménos que a eso tenderia un congreso jeneral americano, lejislando para pueblos si bien de la misma raza, separados por obstáculos naturales, franqueables solo para el comercio i la industria, con carácter, costumbres i necesidades mui distintas, pueblos que viven cada uno de sus recuerdos propios i que han experimentado ya, por sí solos, los cambios de la fortuna, ya próspera, ya adversa. Se argumentará quizás que las leyes dictadas por el congreso versarian sobre materias tan demasiado jenerales que dejarian a cada Estado la facultad de constituirse interiormente como mejor le pareciese. Pero ¿acaso no serian esas materias precisamente aquellas en que tienen mas interes los individuos i las naciones i que envolviendo en sí las mas trascendentales consecuencias necesitan para ser resueltas con acierto i justicia no solamente el conocimiento de las ideas que las contienen sino tambien el de los pueblos e individuos a quienes se van a aplicar? I siendo así ¿no seria exponerse a que un congreso dictara leyes que por oponerse a las ideas o al carácter de alguno o algunos de los pueblos o habrian de quedar sin aplicacion o provocarian constantemente resistencias?

Pregunto ahora, con todos estos peligro reales e inminentes ¿cómo se ha proclamado que la idea de un congreso jeneral es no solo conveniente sino necesaria para que los pueblos americanos lleguen a ocupar algun dia un puesto honroso entre los pueblos civilizados? ¿no seria al contrario oponer una barrera insuperable al progreso lento pero seguro que ha alcanzado i alcanza cada uno de ellos, separados i sin mezclarse los unos en los negocios de los otros?

Pasando ahora a tratar de otro aspecto de la cuestion ¿será

cierto que el congreso americano, proclamado como panacea para todos los males interiores que aflijen a la América, es el único medio de hacer estable la paz asegurando por medio de la formacion de una nacionalidad fuerte i respetable el completo goce de sus derechos políticos a cada uno de los Estados americanos? Para resolver con acierto este punto solo es menester averiguar si éstos necesitan para establecer su personalidad política en una base respetable, recurrir al remedio indicado. La razon i la historia pueden sacarnos de dudas. Los pueblos de la América, ántes española, son, absolutamente hablando, débiles, comparados con los mas poderosos de Europa i con el de la gran república de Norte América. La fuerza militar, marítima i terrestre de aquellos, es nula si se la compara con las grandes armadas i con los mas grandes ejércitos que mantienen en pié las últimas aun en tiempo de paz. Pero ¿de esta inferioridad militar podrá con razon deducirse que peligra en lo presente o puede peligrar en lo futuro la existencia política de alguno o de algunos de los estados Hispano-Americanos? Antes hemos dicho: lo que hace grande a un pueblo no es el número de habitantes i ahora decimos lo que lo hace fuerte, invencible no es el número de soldados. Puede esto último entrar como uno de los elementos del poder, nada mas. Esto que decimos tiene una perfecta aplicacion en el caso de que tratamos. Los pueblos americanos fortalecidos en sus espesas selvas i en sus escarpadas montañas, separados de la Europa por inmensas distancias, por los abismos insondables del Océano, ven centuplicadas sus fuerzas, de tal modo que respecto de los pueblos europeos son tan poderosos como si contasen con el mismo número de soldados que ellos. Encuéntranse entónces robustecidos en los hijos de los primeros el amor a la libertad, el amor patrio que produce héroes, i existirá para ellos la mejor garantía de seguridad i de independencia.

La historia por su parte nos confirma en este modo de pensar. Mas que lamentable era el estado en que quedaron los pueblos americanos, cuando a consecuencia de la gran revolucion iniciada a principios de este siglo lograron hacerse independientes.— De naciones no tenian mas que el nombre.—De escasa poblacion, sin comercio ni industria, ocupadas no en robustecer las instituciones en el interior i en consolidar su nombre en el exterior, sino en estériles i sangrientas luchas, eran extremadamente débiles. Entónces mas que nunca habria sido oportuno poner en planta la idea de un congreso americano. La debilidad i el desórden jeneral parecian exijirlo. Todos los peligros eran inminentes. Las naciones poderosas, de seguro se verian inducidas a hacer intentonas de conquistas, i la España, la orgullosa España, no podia dejar de hacer un último supremo esfuerzo para recuperar aquellas colonias que en mala hora para ella habia perdido, siendo inútiles su valor, su dinero i su sangre derramada.

Sin embargo, i apesar de pedirlo hombres influyentes de entónces, mui pocos creyeron que la union, por medio de un congreso de todos los pueblos emancipados de la metrópoli española fuese una medida salvadora i por tanto no se llevó a cabo. Cada estado prefirió desafiar por sí solo los peligros, que cuales tremendas tempestades amenazaban hacer naufragar la barquilla en que flameaba el estandarte de la libertad.

De entónces a acá difícil ha sido la travesía, eminentes los peligros, no lo niego, pero el valor, la enerjía desplegados, cincuenta años de constante trabajo, de sacrificios, no han sido perdidos. El comercio i la industria se han desarrollado inmensamente en cada uno de los estados americanos, se ha afianzado la estabilidad interior que es prenda segura de respetabilidad exterior. Las grandes potencias europeas ya no ven en aquellos sino pueblos que habiendo luchado con valor por su independencia, han luchado i luchan por su engrandecimiento i progreso; i no pueden ménos que mirar con repugnancia cualquiera medida tendente a vulnerar su autonomía (de los americanos) tanto mas cuanto que aquella, siendo en todo caso incompatible con la justicia, seria rechazada por la conveniencia social, política i comercial de ellas.

¿Por qué entónces por temores imajinarios iriamos a adoptar una idea que despues de haber sido condenada por la razon, la historia nos muestra como innecesaria? El porvenir, la vida de la raza latina, se nos contesta, Tejas i California que hablan con la evidencia de los hechos, con la terrible verdad de una desgracia consumada. A ser fundado este argumento él solo bastaria para echar por tierra todas las razones buenas o malas que he dado en contra de la idea de un congreso americano. Demasiado preciosa es la existencia de la raza latina, demasiado evidentes los bienes que a su existencia están vinculados, para que probada la necesidad del congreso jeneral para su vida en América, vacilara un instante en aceptarlo. Cuando la raza sajona, en el viejo mundo, por medio de la fuerza material oprime i pretende ahogar entre sus hercúleos brazos a su contraria la latina, ésta, como ha dicho un ilustre i malogrado escritor, "no puede, no debe, no quiere perecer en América." Pero para que esto último no tenga lugar ¿será acaso necesario que se forme de todos los americanos de oríjen español, un solo i grande pueblo, capaz de hacer frente por sí, a la gran república de Norte América, en quien con razon o sin ella se ha creido ver una política ambiciosa, tendente nada ménos que al señorío de los Estados Unidos en los paises del continente sud-americano, despues de haberse apoderado de Méjico i de la América Central? Creo que la cuestion aunque grave puede ser fácilmente resuelta.

No me detendré en probar que la extension del territorio, desierto en grandes partes, de la nacion a quien se supone con miras siniestras i la conveniencia comercial de ella misma dan poco fundamento a esos temores.

Pero, quiero hacer aquí una pregunta. ¿Si los Estados Unidos abrigan realmente propósitos hostiles a las repúblicas sud-americanas, como es que tardan tanto en ponerlos en práctica? La anexion de Tejas i de California es un hecho aislado causado quién sabe por qué circunstancias i de que en ningun caso podria con razon deducirse la existencia de un plan premeditado. ¿Si esas miras son reales, por qué, vuelvo a preguntar, se tarda tanto en traducirlas en hechos? ¿Se espera que las repúblicas Hispano-Americanas aumenten en poblacion, en fuerza, en estabilidad? ¿O no se considera la gran nacion del norte bastante poderosa todavía para acometer empresa de tal magnitud? Dudas son estas que me han asaltado, al pesar las razones de probabilidad de ese peligro que cual fantasma ha venido a perturbar el celo patriótico de muchos escritores sud-americanos. Supondré, no obtante, que esas miras ambiciosas existen real i positivamente. Siendo así, ¿encierran ellas para los Estados hispano-americanos el peligro inminente de ver perdida su autonomía propia, i para la raza latina el de verse anonadada, absorbida por la sajona? ¿Llegado seria el momento de exclamar: *Annibal ad portas!?*

I en el caso de existir inminentes esos peligros ¿seria el congreso americano el único o el mejor medio de conjurarlos?

Respecto a la primera pregunta, fácil es calcular el sentido en que debe resolverse si se atiende a lo que ántes hemos dicho. La fuerza de una nacion no depende solo de su número de soldados.

Ahora podemos agregar: cuando un pueblo ve en peligro lo que tiene de mas caro i cuando todo se puede esperar de su abnegacion, todo de su heroismo, cada individuo de él es un leon, cada pedazo de su territorio una fortaleza inexpugnable. Por eso, en jeneral, las probabilidades de éxito son mui dudosas para el que ataca. Cuánto mas lo serian para la nacion, cualquiera que sea, que pretendiera establecer su dominio en alguno de los paises hispano-americanos tan admirablemente protejidos por la naturaleza. En el caso presente, pues, los peligros por parte de los Estados Unidos si pueden existir, son mui remotos. Por lo que toca a los temores de que la raza latina sea aniquilada por la sajona, nuestro modo de ver será aun mas explícito.

Jeneralmente hablando, no está en manos de una nacion, por poderosa que se la suponga, aniquilar a una raza, si cuenta con los verdaderos elementos de vida que hacen de ella un sér moral que no pueden destruir todas las fuerzas de la materia juntas. No es, por cierto, el menor de los errores del presente siglo el hacer consistir a aquellos en la fuerza material, en las riquezas i en el adelanto del comercio i de la industria, elementos que si bien dan a las naciones aparato i brillo exterior, sirven las mas veces para ocultar las llagas i profundas heridas que con peligro de muerte las amenazan. Mas altos, mas sublimes son los fundamentos en que estriban su prosperidad, su verdadera fuerza; i

así como el individuo o sér intelijente solo es verdaderamente grande cuando su voluntad, sobreponiéndose a los intereses mezquinos i a las pasiones desordenadas, logra enderezar sus actos por el camino de la verdad, de la lei, así tambien las naciones i las razas solo son grandes i fuertes cuando su alma se encuentra vivificada por los eternos principios de la moral. En este punto la historia aparece en claro i perfecto acuerdo con los principios que en estas cortas líneas he apuntado. Cuando en un pueblo o raza, Dios, virtud, deber, nada mas que palabras significan, cuando el interes o las pasiones, la suprema lei del individuo i de la sociedad, no tarda en aparecer esa decadencia que es signo precursor de su aniquilamiento completo; i si bien aparecen consumándolo, conquistadores guiados por fines puramente humanos, no es ménos cierto que ellos son, sin saberlo, quizás sin quererlo, los grandes ejecutores de las leyes inquebrantables de la justicia, o mejor: no hacen mas que echar la última porcion de tierra en la fosa donde yace un cadáver que fué nacion.

Una raza es, pues, un sér moral que necesita para su vida ciertos requisitos con los que seguramente va a la grandeza, a la prosperidad, pero a cuya ausencia no tarda en venir su muerte.

Aplicando este principio al caso de que tratamos, se echa de ver desde luego a dónde está el verdadero peligro para la raza latino-americana, a dónde su salvacion. Si encierra principios indestructibles de vitalidad ¿cómo podria ser absorbida por otra, es decir, perecer? ¿Cómo la fuerza de las armas, fuerza material, podria sobreponerse a la fuerza de vida de una sociedad, fuerza moral? ¿No seria eso un efecto superior a su causa?

¿Cómo, entónces, se ha proclamado que la fuerza militar i la ambicion de la raza sajona son un perpétuo peligro para la latina?

Reconozcamos, pues, que esos temores son tan poco fundados como poco eficaz el remedio que se propone para conjurar el peligro.

En efecto, si a la raza latina le faltasen esos elementos que hemos mostrado como necesarios para la vida de una sociedad, ¿cómo podria darle la union por medio de un congreso americano algo que aquella no tiene por su *modo de ser* moral?

Mirando ahora la cuestion en el aspecto militar solamente ¿seria el congreso el mejor o el único medio de dar respetabilidad a la América, de manera que impusiese respeto a la república de Norte América?

Por no repetir lo que he dicho i por no alargar demasiado este desaliñado escrito, no entraré a demostrar que la idea es realmente perjudicial a aquello mismo que con ella se trata de conseguir. Me bastará decir en dos palabras que ella es inútil. I esto por una sencilla razon. En cualquiera circunstancia peligrosa, cuando la república de Norte America amenazase a alguna o algunas de las hispano-americanas, un simple tratado de

alianza entre todas éstas, bastaria para conseguir, con sus ventajas i no con sus inconvenientes, lo mismo que con un congreso americano.

Examinando una a una las ventajas en cuyo nombre se ha propuesto i querido realizar esta idea, hemos visto que ellas tienen mucho de ilusorias. La prosperidad interior de los pueblos americanos, su respetabilidad exterior, el porvenir de la raza latina, poco de ello pueden esperar i sí mucho temer.

Probar que ella es irrealizable, podria ser el objeto de otro artículo.

Como quiera que sea, los pueblos sud-americanos la han hasta ahora rechazado con cordura, al ménos en la práctica, i esto a pesar de haber tenido por apóstoles a hombres eminentes i, digámoslo con franqueza, guiados por el patriotismo, por el amor de todos a la América i de cada uno a su patria. Suspiraban por la union de esta grande i bella parte del mundo, buscaban su engrandecimiento, i entre sus deseos vehementes i los sueños de su imajinacion, un congreso americano se les presentó como capaz de realizar sus aspiraciones.

Tambien suspiremos todos por esa union, por ese engrandecimiento. Pero fijémosnos bien. La América solo será una cuando los mismos principios unan todas sus partes como con eslabones de acero i solo será grande cuando esos principios sean los de verdad i de justicia, los de relijion i de libertad, que forman por sí solos el grado mayor de perfeccion a que pueden aspirar el individuo i la sociedad.

Santiago, Junio 21 de 1875.

RAFAEL GARMENDIA REYES.

AL PATRIOTISMO.

(PARA "LA ESTRELLA DE CHILE.")

¿Por qué ¡oh Mayo! a tu sol la azul bandera
Rauda se alza do quier? El bronce herido
Ronco estallando en el espacio truena,
Grato escucha el oido
Del parche que resuena
La belicosa voz. Un grito santo
Unísono se eleva i majestuoso
En tu honor, libertad, i ¡oh mengua! en tanto
La mente arrebatada
Escucha resonar de la venganza
Fatídico el clamor, i el odio insano
I la torpe asechanza
Viles apagan con impuro aliento
El fuego abrasador del pensamiento.

¿El patriotismo no es? ¿Acaso impío
Ya no arde el arjentino con su rayo?
¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! Salte la losa
Del sepulcro sombrío.
Conmuévase la tumba silenciosa
I surja airado el lúgubre esqueleto
Del adalid de Mayo
Espantando al valor a hijos ingratos
Clamará cavernoso,
Ante mi sombra huid. ¿Dó está la patria
Que formó grande mi pujante acero,
Que dejó libre mi indomable brazo?
¿Dó sus palmas están? ¿Dó los pendones
Que en su furor guerrero
Clavaron en el alto Chimborazo
Las tremendas lejiones
Que el miedo i la victoria encadenaron?
¡Escuchad!.... ¡Escuchad! Sonó en el tiempo
Del feroz despotismo la agonía,
Desplomóse el coloso que altanero
Tres siglos dominó. ¿No ois de guerra

El eco resonar i estremecida
Retemblando la tierra
En sus hondos cimientos conmovida?

¡Sublime expectacion! Mil i mil bravos
Se alzan doquier a rendirme un mundo
Prometiendo a cien pueblos
De su entusiasmo en el ardor fecundo
Las cadenas romper de los esclavos
I al déspota humillar. El mismo Marte
Les infundió su ardor. ¡Oid! ya zumba
Del bronce el ronco acento
I allá en los Andes bélico retumba
El eco precursor del escarmiento.

Al combate se aprestan. El denuedo
Salta a los rostros i el marcial coraje
Miéntra enhiesta se ostenta i altanera
La enseña de los libres, la bandera
Que pasearon triunfante
Del ocaso a la aurora
I del Estrecho al trópico abrasante.

Satélites de un rei tambien se miran
Sus hierros preparando,
Mas.... cual fiero bramido
Del furioso huracan léjos zumbando
Tal se siente llegar enardecido
Un grito de furor. Es ¡ai! que avanza
El guerrero al guerrero. Ya la muerte
Sus víctimas señala i el silencio
Tórnase universal. El varon fuerte
Piensa talvez en el sepulcro helado,
Que al fin solo es mortal.... Mas de repente
Cesó de vacilar. Audaz se arroja
En medio a la cruel lucha
I de entusiasmo estremecido escucha
Los ecos del clarin. Odio i venganza
Respíranse no mas. La lid tremenda
En letal saña al corazon inflama,
Belicosos resuenan los tambores,
La espada vengadora centellea.
Mortífero derrama
De estrago i de matanza en los horrores
Plomo hirviente el cañon que negro humea
I en la vertida sangre aún caliente
Moribundo se arrastra el combatiente.

Así heróico ostentamos, invencible
El bicolor pendon, campos sembrando
De huesos blanquecinos
El espectro dirá, pero sus hijos
No son ya aquellos grandes arjentinos
Que os dieron libertad. Torpes enojos
Venga en la muerte el fratricida acero
Mientra abandona al enemigo fiero
De Mayo los despojos.

Exclamará i volviendo
A la tumba sombria,
Acaso de sus héroes inmortales
Otra vez el valor, fogoso ardiendo
Invencible será la patria mia.

¡Arjentinos, cesad! No mas laureles
A hermanos conquistados,
No mas vanos honores alcanzados
De lides inhumanas i crüeles.
Tienda ya el Anjel de la paz el vuelo
I demos al trabajo la osadía,
Que Mayo nos contempla en este dia
I quiere que al pasado cubra un velo.
¿No veis que el sol hácia la tierra lanza
Solícitos fulgores?
Es que radiosa vuelve la esperanza
Al deponer insanos los rencores.
I brillará otra vez la llama ardiente
Del patriotismo santo
I vuestro nombre entónces
Yendo de jente en jente
Será a los tiranos hondo espanto.

Santa Fé, Mayo 25 de 1875.

LORENZO ANADON.

INTIMAS.

ALAS.

Pájaro que alegre vuelas,
¿Por qué vuelas si te vas?
¿De qué te sirven las alas
Si no te quedas *allá?*
En la ventana te dejo,
I tú marchas con afan;
Mas si partes con la aurora,
Vuelves con la oscuridad.
Si yo tuviera tus alas,
Tus alas para volar,
¡Oh cuán léjos volaria
Para no volver jamas!

***

¡ESPERANZA!

Esta es su tumba: un gran sauce
Tristemente la sombrea
Con sus ramas que parecen
Misteriosas Magdalenas.
Un poco mas léjos alza
Verde ciprés su cimera:
Su punta jentil i erguida
A una ojiva se asemeja.
I élla, la que fué mi alma,
Yace aquí estendida i yerta;
¡Sin luz en aquellos ojos!
¡Sin sangre en aquellas venas!
No me queda mas que el llanto:
Harto el sauce me lo enseña,
Mas si el sauce dice: *llora*,
El ciprés me dice: *espera*.

***

MINIATURA.

¡Oh qué hermoso lago!
¡Qué agua tan azul!
Flores en los bordes,
En las ondas luz.
Una barquichuela,
Navecita aun,
Yo dentro del barco,
I conmigo, tú.

***

OTOÑAL.

Ya llegan aquellas nieblas
I aquellas auras que jimen,
I aquellos dias tan cortos,
I aquellas noches tan tristes;
I aquellas nubes plomizas
Que todo el espacio visten,
I aquel rumor de las hojas
Que parece que suspiren;
I aquella menuda lluvia,
Lenta, contínua, insufrible,
I la soledad sombría
En que las campiñas viven;
I el misterio en todas partes,
I aves que marchan felices,
I una voz aquí en el alma
Que clama siempre: *¡Quiero irme!*

***

OTRA OTOÑAL.

Melancolía poética me aqueja
Al oir de vez en cuando aquí i allá
El cántico de un ave que se aleja,
El rumor de una hoja que se va.
¡Cuán aprisa esas hojas, cuán aprisa
Nos roban el pesar con triste son!
Una gota de llanto cada brisa,
Cada hoja marchita una ilusion.

¡Vanidad!—todo canto pára en queja;
Cuanto bello anhelamos ¿qué será?
El cántico de un ave que se aleja,
El rumor de una hoja que se va.

***

EL PREMIO DE SIEMPRE.

Flores en todas las tumbas,
Coronas en todas hai;
En todas, tan solo aquella,
Desierta, olvidada está.
Todos junto a ella pasan
Sin advertirla jamas;
¡Ai!... ni una gota de llanto
En la piedra sepulcral!
¡I el que en esa tumba yace,
Frio i olvidado ya,
Durante toda su vida
Talvez no hizo mas que amar!

***

EL SUSPIRO I LA ESTRELLA.

Era una tarde tristemente bella;
Yo estaba léjos de la amada mia,
I oí un suspiro, que, al pasar, tenia
El mismo son de los suspiros de ella.
I al levantar los ojos ví una estrella
Que en noches anteriores no existia...
¡Qué resplandor tan diáfano vertia!
La mejor entre todas era aquella.
Volví a mi patria, i ¡con qué afan! ¡con cuánto
Placer fuí de mi amada a la cabaña!
Mas ¡encontré desierto aquel retiro!
I solo entónces comprendí, Dios santo,
Por qué meses atras i en tierra estraña
Ví la estrella mejor i oí el suspiro.

José MARTÍ FOLGUERA.

UNA NUEVA EDICION

DE LA

GRAMATICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DEL

SEÑOR DON ANDRES BELLO.

(Continuacion.)

9.—Las notas siguientes, desde la 4.ª hasta la 42, se reducen casi exclusivamente a añadir algunas voces a las listas de la Gramática de Bello, a hacer notar el cambio de jénero que el uso ha introducido últimamente en algunas palabras o a añadir algunos ejemplos a los ya acotados en el texto; aprovecho, pues, este espacio para entrar en algunas observaciones sujeridas por los ataques que ha experimentado la obra del señor Bello, haciendo la cuenta de que este mismo tiempo i estos mismos razonamientos deberia haber empleado, dado caso que el señor Cuervo hubiera consignado en sus notas las impugnaciones a que voi a contestar.

10.—Por lo mismo i con todo el respeto i ciscunspeccion que cumple observar al jóven de pocos estudios que examina o califica las doctrinas u opiniones de personas de cuenta i que llevan en su abono algunos años de estudio i de reflexion, voi a ocuparme en considerar los principales cargos que ha hecho a la obra del señor Bello el señor prebendado don José Ramon Saavedra, en su *Censura de la Gramática Castellana de don Andres Bello.* (17)

11.—El primero de ellos es que la Gramática mencionada carece de ortografía.

(17) 1 vol. en 4.° de 73 pájs..—No sé si en todas ocasiones pueda ser estrictamente fiel al transcribir las objeciones de la *Censura*: he tenido que consultar esta obra en la Biblioteca Nacional con todos los entorpecimientos consiguientes a aquél que no tiene la facilidad de estudiar un libro en su cuarto, con sosiego i tranquidad.

Yo reconozco con el autor de la *Censura* que es necesario el estudio de la ortografía como complemento del de la analojía i sintáxis; pero, de ahí a creer que sea parte indispensable de un tratado de gramática otro de ortografía hai una distancia considerable. Como dice Salvá, (18) "ámbas partes (la analojía i sintáxis) *bastarian para que los hombres fueran correctos en hablar i escribir su lengua* si no se necesitara ademas fijar por medio de ciertos signos la estructura, division i aun entonacion de los períodos."

Si lo anterior no pesara como razon en favor de la omision censurada, sirvan de tal las circunstancias en que vió la luz la Gramática de don Andres Bello. Todos saben que en Octubre de 1843 leyó ante la Facultad de Humanidades de nuestra entónces naciente Universidad una memoria sobre ortografía americana don Domingo F. Sarmiento, en la que las reglas mas caprichosas corrian parejas con las mas orijinales novedades, i saben tambien que el 25 de Abril de 1844 una comision de la misma Facultad (compuesta de los señores don Miguel de la Barra i don Antonio García Reyes) informó favorablemente sobre aquel proyecto de ortografía. (19) Adoptóse ésta con el apresuramiento i entusiasmo con que suelen recibirse en algunas veces, cuando no han tenido tiempo de obrar el estudio i la meditacion, las mas extravagantes innovaciones, i (triste es decirlo) los *Anales* de nuestra Universidad, los decretos gubernativos, los textos de enseñanza i demas piezas de todo jénero se imprimieron con la ortografía de Sarmiento; citaré como nuestra el siguiente decreto que se halla en la pájina 10 del primer tomo de los *Anales* de nuestra Universidad: "Santiago, diciembre 22 de 1842.—*Abiendo* admitido por decreto de esta fecha al canónigo de esta Iglesia Metropolitana, don Francisco Puente, la renuncia *qe a echo* del cargo de Rector del Instituto Nacional, vengo en nombrar para el desempeño de este destino, con el sueldo *qe* le corresponde, al Profesor de filosofía del mismo Instituto, don Antonio Varas, de cuya probidad i aptitudes me *allo* plenamente satisfecho. *Comuníqese* i tómese razon.—Búlnes.—*Manuel Montt.*"—Reaccionar contra una doctrina que privaba en todas las clases de la sociedad i que se enseñaba dogmáticamente en las cátedras de los profesores, era una empresa al mismo tiempo que difícil peligrosa. En circunstancias semejantes uno consigue tal vez mejor lo que desea, aparentando admitir lo que está en boga para que despues no se mire con malos ojos lo que a su vez va a proponer. Este fué el medio que escojió el señor Bello. Haber manifestado en su Gramática lo absurdo de la doctrina de Sarmiento, habria sido rodear a aquélla desde luego de una impopularidad que no le habria permitido, como despues le permitió, derribar i poner en olvido a ésa. De ahí que, siendo sus opiniones en materias de

(18) Salvá, *Gramática de la lengua castellana*, páj. 2.
(19) *Anales de Universidad*, tomo I, pájs. 128 i 177.

ortografía casi diametralmente opuestas a las tan aceptadas de Sarmiento, habria sido imprudencia o temerario arrojo estamparlas en un tratado aparte, que acaso nada habria conseguido, a no ser empecinar en sus teorías a los prosélitos de la nueva, i de ahí es que probablemente no creyó que conviniera la publicacion de una ortografía, que necesariamente iba a causar una desfavorable revolucion. (20)

12.—Nota el señor Saavedra que falta en la obra de Bello la *Lexigrafía*, (21) que aquél consignó en las pájinas 95, 96, 97 i 98 de su Gramática (edicion de 1859.)

Defínela la parte de la Gramática que trata "de la significacion i uso de las palabras."—Si la Lexigrafía, en un tratado destinado a la educacion de la juventud, solo debe comprender la definicion de homonimia i sinonimia i algunas reglas para declarar que ciertas terminaciones de los nombres corresponden a significaciones determinadas i dar a conocer lo que son el arcaismo i el neolojismo, yo creo que de la Gramática de Bello podemos sacar una Lexigrafía mas completa que la que nos da el señor Saavedra, si bien todas las reglas i observaciones a ella referentes no se encuentran reunidas en un solo i distinto cuerpo. Pero, a mi entender, tales i tantas son las materias que abarca la Lexigrafía, que es poco ménos que inútil dar en un tratado, que bajo cierto punto de vista puede llamarse elemental, nociones aisladas que vendrian quizá a introducir confusion en la mente de los alumnos. Preciso es reconocer que el autor de una gramática no puede ni debe entrar a exponer ciertos principios i doctrinas que solo pertenecen a los diversos diccionarios de una lengua; preciso es reconocer que el gramático solo debe sentar las bases de un idioma i explicar sus analojías i construcciones; si tomase a tarea apuntar todos sus arcaismos i neolojismos, dar el recto significado de todas sus voces i la diferencia o semejanza de éstas, a mas de invadir dominios que no le correspondian, habria hecho una gramática inaccesible a la intelijencia de los jóvenes, i aun, hablando materialmente, imposible para ser estudiada.

13.—Uno de los mas grandes cargos que se han hecho a la Gramática del señor Bello, es que en ella están confundidas la analojía i la sintáxis, sin que al terminar aquélla haya una plana en blanco i en la siguiente, en letras grandes: PARTE SEGUNDA.—SINTÁXIS.—Creo haber dejado contestada esta objecion con lo que dije mas arriba respecto de la diferencia que habia entre el órden rigoroso de un tratado meramente elemental i el que, a veces, no podia serlo tanto en un tratado majistral, que tiene que comprender todas las materias a que han dado lugar los variados caprichos del uso. Así, para citar el mismo ejemplo del señor Saave-

(20) Ni era sin precedente el hecho de una gramática sin tratado de ortografía. La Academia Española ha puesto éste solo a las últimas ediciones de su Gramática.

(21) La palabra *Lexigrafía* no se encuentra en el Diccionario de la Academia: paréceme que la voz correspondiente es *Lexicolojía*.

dra ¿a dónde debe ser colocado el capítulo que trata de la clasificacion de las proposiciones? ¿En la sintáxis? Está bien. ¿I el que da a conocer los diversos usos i oficios del *que?* Por una parte, si se le considera separadamente, debe tratarse de él en la analojía, i por otra, si le considera ligando o anunciando proposiciones, en la sintáxis, destinada a la clasificacion de aquéllas. Pero, observo yo, si el *que*, aun separadamente, tiene que considerarse ligando proposiciones, puesto que su carácter esencial es de relativo, debe naturalmente examinársele juntamente con las proposiciones que enlaza o que anuncia; de ahí es que encuentro perfectamente lójico que en el capítulo destinado a los relativos se den las nociones de lo que son las proposiciones subordinante i subordinada, principal e incidente.

Pero, dice el señor Saavedra: aquél que quiere saber qué es proposicion subordinada o incidente ocurrirá al capítulo de la clasificacion de las proposiciones sin poder salir de la duda. A eso contesto que para clasificar las proposiciones no debe atenderse a las variaciones accidentales que ocasionan las palabras que las ligan, sino a su significado i substancia, que distinguen a unas de otras. Pareceríame una mala clasificacion aquélla que atendiera a lo accidental i no a lo esencial de las cosas, i por lo mismo creo que la lójica exijia la colocacion que el señor Bello ha dado a esas materias i no otra, por mui buena i por mui fácil que se la suponga a ésta, para ayudar al ignorante que desea estudiar, ya que siempre que es posible debe buscarse un órden lójico, que no es muchas veces aquél que favorece mas el criterio de los ignorantes.

14.—Censura tambien el señor Saavedra dos cosas en la primera de las definiciones que da el señor Bello. "La Gramática de una lengua, dice éste, es el arte de hablarla correctamente, esto es conforme al buen uso, que es el de la jente educada." Cree el censor que la palabra *educada* debe reemplazarse por la de *instruida*, ya que una persona puede ser mui bien educada i no hablar con correccion el idioma, i ya que decir persona instruida supone que ésta conoce i ha estudiado su lengua. Yo tambien creí lo mismo durante mucho tiempo, porque así me lo enseñaron en el colejio, i lo creí hasta que me enteré de que segun el Diccionario de la Academia la palabra *educada* significa juntamente *criada, enseñada i doctrinada.* (22) La otra observacion es que debió haber dicho "de hablarla i *escribirla* correctamente:" yo estoi en esto con el señor Saavedra, a pesar de que podrian citarse en abono de la definicion de Bello las que dan doctísimos gramáticos i literatos, de los cuales uno de los últimos la define "el arte de hablar bien una lengua, o el conjunto de reglas que deben ser seguidas i observadas para hablar bien una lengua; así

(22) "Educado, a.—Part. pas. del verbo Educar. Criado, enseñado i doctrinado. En latin, *Instructus.*" (Dicc. de la Acad., 1.ª edicion, tomo III, páj. 370, col. 1.ª)

que el conjunto de reglas establecidas para hablar con propiedad la lengua castellana podrá ser llamada *gramática castellana* o *arte de hablar bien el castellano*." (23)

15.—Respecto de que el señor Bello debió dar a conocer que hai dos gramáticas, la que es ciencia i la que es arte, la que sienta los principios comunes a todos los idiomas i la que trata solo de uno privativamente, la que, en fin, se llama gramática jeneral i la que gramática particular, no pienso con el señor Saavedra, por que creo que ello es del dominio de la lójica, o de la metafísica, como siente Bálmes. (24) Ademas, al decir *la Gramática de una lengua* el señor Bello dió a entender que daba una definicion particular de gramática i no una jeneral.

16.—En apoyo de que debió llamarla *Gramática española*, (25) i no *Gramática castellana*, cita el señor Saavedra cinco o seis autores que así han llamado los tratados que han escrito sobre ese arte. Fácil me seria contestar a la lista de sus autoridades con otra mas larga, citándole a la Academia Española, a Salvá, a don Antonio de Lebrija, a don Francisco de Tamara, (que imprimió en Ambéres en 1550 una en 168 estancias de versos de arte mayor), al licenciado Villalon, a don Pedro Simon Abril, a don Ambrosio de Salazar, a don Juan Manuel Calleja, a don A. M. de Noboa, i a muchos otros que seria prolijo enumerar, sin tomar en cuenta los títulos de diccionarios i otras obras sobre el habla castellana; (26) pero creo que éste último es el calificativo que cumple a nuestra lengua i a una gramática de ella, como quiera que nació en Castilla, i como quiera que no dejaria de haber un tanto de impropiedad en llamarla española, ya que no es la sola que reina en el territorio de España, si bien es en él la mas noble i extendida.

17.—Combate despues la definicion de *sílaba*, sobre que no volveré por haber ya hablado sobre el punto mas arriba, i la separacion *car-i-ño*, *ex-á-men*. Quisiera el señor Saavedra que se escribiera *ca-ri-ño*, *e-xá-men:* como yo creo que no hai ninguna diccion castellana que principie con el sonido de *r* suave ni con el de *x* (ya sea *gs* o *cs*), admito como mui lójica la separacion *car-i-ño*, *ex-á-men*.

18.—En la nota * al número 65 de su Gramática, dice el señor

(23) Don Melchor Gaspar de Jovellános, *Rudimentos de Gramática jeneral*.—Obras completas, tomo IV, páj. 210.

(24) El eminente filósofo español don Jaime Bálmes coloca la Gramática jeneral en la Metafísica.—González Serrano en la Lójica constructiva (pues divide su tratado de Lójica en *lójica crítica, lójica orgánica* i *lójica constructiva*.)—Don Ventura Marin trae una sección aparte con el título de *Teoría de los signos*, etc.

(25) El señor Saavedra intitula su obra: "Gramática elemental de la lengua *española*."

(26) Así no he tomado en cuenta el *Oríjen de la lengua castellana* de Bernardo Aldrete, el *Tesoro de la lengua castellana* de don Sebastian de Covarrúbias, la *Ortografía castellana* de Juan López de Velasco, el *Fundamento del vigor i elegancia de la lengua castellana* de don Gregorio Garces, los diversos diccionarios de la Academia i Salvá, el de *Sinónimos castellanos* de Oliva i Barcia, los de la rima, etc., etc.

Bello: "No parezca extraño el que digamos que los adjetivos significan objetos, porque así es verdaderamente, puesto que significan clases de objetos que se asemejan bajo algun respecto a la manera que lo hacen los substantivos jenéricos. Si el ser adjetivo un nombre consistiese, como se dice, en significar cualidad, adjetivos serian *verdor, redondez, cualidad;* adjetivos serian *pastor, artesano.*" —A esto agrega el señor Saavedra (páj. 34 de su *Gramática):* "Segun se ve, el señor Bello afirma que los *adjetivos significan objetos,* i parece negar que *significan cualidades;* pero, en estos dos puntos se desvía lastimosamente de los principios de la ciencia gramatical. En cuanto al primero, baste decir que en ningun idioma se hallará un solo adjetivo que signifique objetos: *verde, redondo, dulce,* etc., no significan *objetos* ni *clases* de objetos, sino, únicamente, de cualidades. Por lo que hace al segundo punto, de que los adjetivos no significan *cualidades,* digo que precisamente consiste en eso la esencia de los adjetivos, i que en todo idioma las han de significar por necesidad, porque así lo requiere la naturaleza del habla humana; pero, significan cualidades en *concreto,* es decir, inherentes o unidas al objeto, no en *abstracto,* o en jeneral, como lo supone el señor Bello."—Yo opino cabalmente al contrario de lo que cree el señor Saavedra, respecto de que considerar que los adjetivos significan objetos es contrario a la ciencia gramatical: creo que si se ha dado en decir que los adjetivos significan cualidades, es únicamente para dar a conocer *materialmente* (si me es lícito expresarme así) lo que es un adjetivo i enseñar a distinguirlo de las demas palabras, porque si a jente zafia se le dice que los adjetivos significan objetos, va a tomar las palabras *Dios* i *mesa* por adjetivos; pero, de ahí, de este *modus dicendi,* al principio filosófico de la ciencia gramatical hai una enorme distancia. Así, se expresa mui bien el filósofo español don Jaime Bálmes cuando en su *Filosofía del lenguaje* (27) dice lo siguiente: "El nombre es la palabra que expresa un objeto. Si éste no es considerado inherente a otro modificándole, el nombre es substantivo; si se le considera modificando es adjetivo: *hombre, razon, justicia,* son substantivos porque no se los considera modificando: *humano, racional, justo,* son adjetivos porque modifican.

"El nombre substantivo se llama así no porque signifique solas substancias, sino porque aun las modificaciones las expresa sin la relacion de inherencia, i, por consiguiente, a manera de substancias. *Lei, bondad, belleza,* no son substancias, pero están expresadas sin relacion de inherencia. Por el contrario, el adjetivo no siempre expresa una modificacion; a veces significa substancia, i, sin embargo, no pierde el carácter de adjetivo, *adjectus, junto a otro, inherente,* porque tal es la forma de la idea expresada. *Esencial, substancial,* son adjetivos aunque no expresan modificaciones,

(27) *Filosofía elemental.—Gramática jeneral o filosofía del lenguaje,* cap. VIII, núms. 74 i 75.

pues no lo son la *esencia* i la *substancia;* pero se llaman adjetivos porque la idea expresada envuelve relacion de esencia o substancia a un sujeto, a una cosa; esencial, cosa perteneciente a la esencia, substancial a la substancia."

17.—El señor Saavedra i varios otros encuentran inadecuado que el señor Bello principie sus nociones sobre las partes de la oracion dando a conocer lo que es el verbo i no el substantivo.

En primer lugar, es preciso recordar que el señor Bello clasifica las palabras "atendiendo a sus varios oficios en el razonamiento." Como todo lo que el hombre quiere comunicar cuando habla o cuando escribe es algun juicio i éste se expresa siempre por la proposicion, síguese que la palabra primera del razonamiento es el verbo como que es la esencial de la proposicion, i que él debe ser considerado primeramente como que sin él no existirian ni el juicio ni su expresion.

En segundo lugar, paréceme que el método de dar a conocer primeramente los elementos de la proposicion (sujeto i atributo, o lo que es lo mismo, substantivo i verbo) para inmediatamente considerarla en conjunto, es el resultado de la feliz combinacion de los métodos analítico i sintético (que de tanto provecho ha sido para la filosofía moderna) que facilita en gran manera los estudios posteriores. Para conocer bien un objeto es menester conocer cada una de sus partes, i despues de considerar éstas, estudiar el todo, i de aquí la necesidad de unir en toda investigacion científica el análisis i la síntesis. De la misma manera, como en el plan del señor Bello estaba el dar a conocer las diversas palabras segun el oficio que desempeñan en la proposicion, claro es que debia empezar por dar a conocer a ésta, para que se conociesen los oficios que en ella habia i las palabras que los desempeñaban.

I en tercer lugar i prescindiendo de las anteriores consideraciones, el verbo, como dice Bello, es la parte de la oracion mas fácil de ser conocida, ya que no se la puede confundir con otra alguna: hai tanta diferencia de significar un objeto (como los nombres) a declarar un modo de ser o de accion, que no es posible se confunda al verbo con el substantivo o adjetivo.

18.—Del plan del señor Bello i de las observaciones anteriores se desprende que la definicion de substantivo, dada en el número 24 i que dice que es "una palabra que puede servir para designar el sujeto de la proposicion," es perfectamente lójica, ya que la esencia del substantivo consiste en su poder de servir de sujeto, o, lo que es lo mismo, en su poder de expresar los objetos en que pensamos o en que podemos pensar, i ya que no hai ninguna otra palabra que pueda desempeñar el oficio de sujeto de una proposicion.

Contra esto tengo a la vista las siguientes observaciones: (28)

(28) "*Apuntes sobre asuntos gramaticales,*" por Jorje Smith. —La Estrella de Chile, entrega n° 391, pájs. 1035 i siguientes.

"Esa definicion no comprende a todo lo definido porque substantivos hai i muchos que en la oracion no hacen oficio de sujeto sino de complemento o término de complemento: "Quiero *pan.*" "Amo a *Pedro.*" Tampoco conviene a solo lo definido, puesto que no hai ninguna palabra que no pueda hacer de sujeto "sirviéndose de nombre a sí misma," como dice el mismo Bello. Encuentra el niño estas frases: "*Comen* está mal escrito; *mui* es adverbio; *contra* tiene por término a *tí; pero* es conjuncion adversativa; *hola* es interjeccion de sorpresa," etc., etc. Trata el alumno de averiguar qué partes de la oracion son *comen, mui, contra, pero, hola;* se acuerda de su definicion, ve que esas palabras tan *pueden* hacer de sujeto que efectivamente están desempeñando este oficio en las frases propuestas, de donde deducirá que *comen, contra, pero* i *hola* son substantivos."

A lo primero contesto que comprende todo lo definido, porque comprende a los substantivos *pan* i *Pedro* de los ejemplos aducidos: ¿pueden estas dos voces servir de sujeto a una proposicion? Sí, como en "*Pan* es éste que no sirve," "*Pedro* viene allí:" luego, son substantivos. I no se me diga qué en la definicion no entran esos otros oficios del substantivo, porque el decir que "*pueden* servir de sujeto," está indicando que tambien *pueden* servir de otras cosas, como término i complemento. Ni se objete tampoco que una persona que no tiene conocimientos anteriores de gramática no puede saber lo que son sujeto i proposicion i por ende no entender lo que es lo que se define, porque con esta objecion encontraríamos malas todas las definiciones que se dan como buenas i lo son en todas las ciencias i artes. "Arco es una porcion cualquiera de la circunferencia," es una excelente definicion jeométrica, por mas que se le pueda oponer que se quedaria ayuno el que no supiera lo que es circunferencia: de la misma manera, al definir el señor Bello al substantivo supone ya nociones conocidas la de sujeto i proposicion.

A lo segundo de que el niño que se encuentra con "*comen* está mal escrito," creerá que *comen* es substantivo porque en esa frase está sirviendo de sujeto, contesto con lo siguiente. La palabra *comen* es efectivamente substantivo en ese caso, porque lo es toda palabra que sirve de nombre a sí misma, como es substantivo toda palabra que se pone en lugar de una persona o de una cosa (*Pedro, Maipo, mesa,* etc.); pero de ahí a que el niño vaya a creer que *comen*, en su acepcion de tercera persona de plural del presente de indicativo del verbo *comer*, sea substantivo, hai una distancia verdaderamente enorme. El niño sabe que sujeto es "el objeto de un juicio," o, lo que es lo mismo, toda cosa o persona en que pensamos o en que podemos pensar; el niño sabe que *comen* no es una cosa o una persona, i por lo mismo no podrá creer que pueda servir de sujeto, i por lo mismo no creerá que es substantivo.

Ademas, los que impugnan esa definicion de Bello es probable

que acepten como buena esta otra: "los substantivos significan directamente los objetos en que pensamos": ¡pues bien! la encontrarán diez o doce líneas solamente mas abajo de la que tanto impugnan.

19.—Otra de las cosas que censuran a esta Gramática es que en ella no se dé definicion de adjetivo. Yo creo que las definiciones tienen por fin dar a conocer del modo mas claro los objetos; i, si ello es verdad, nadie me negará que leyendo el párrafo que el señor Bello destina al adjetivo, uno tiene una excelente definicion, pues posee ideas claras i fijas de la naturaleza i oficios de esa parte de la oracion. La definicion que de allí naturalmente se desprende es la siguiente: "Adjetivo es la parte de la oracion que sirve para modificar al substantivo especificándolo o explicándolo."

Si esta definicion es mala, búsqueseme otra mejor.

20.—Esto de exijir tantas minuciosidades en la Gramática de Bello, paréceme indicar que los que la censuran dan, en una clase de ese ramo, el principal papel al texto i uno mui secundario al profesor.

Yo creo todo lo contrario.

Si bien exijo para el estudio de los alumnos el texto mejor que se pueda obtener, creo que para que los niños aprendan a hablar i a escribir con correccion se necesita que el profesor sea competente hasta poder enseñarles una i otra cosa. Si al texto cumple depositar en la mente de los alumnos la semilla, al profesor le toca regarla i cuidarla a fin de que brote i crezca sana i pueda producir sus frutos, i esta segunda operacion es mucho mas necesaria i mas difícil que la primera. Aquí en nuestra tierra, para contratar un profesor de jeometría o de física, se busca uno que haya hecho estudios especiales sobre la materia o que tenga su diploma de injeniero; pero, para tener uno de gramática o de literatura no hai necesidad de tanta investigacion. El primer perillan que se encuentra a la vuelta de la esquina, con tal que haya hilvanado en condenada jerga tres o cuatro párrafos o publicado en algun periódico algunos versos, es un excelente profesor de esos ramos i no hai mas que pedir, como si el estudio de la gramática castellana tuviese por objeto corromper i hacer olvidar el habla que, como preciadísimo tesoro, nos legaron nuestros padres; como si el estudio de la Gramática fuese el único que se pudiese descuidar, miéntras se presta preferente atencion a otros muchos; como si, por fin, en una clase de gramática, i solo en ella, el profesor estuviese dispensado de conocer siquiera un tanto el ramo que enseña. De ahí, pues, que los jóvenes salgan de los colejios sin tener ni la mas remota idea de lo que es su lengua patria, cuando, con los años que, segun nuestro plan de estudios se dedica a la gramática, i con un profesor que supiera hacerla fácil i accesible a su intelijencia, podrian

adquirir conocimientos que solo a fuerza de años i perseverante estudio alcanzarán despues.

Santiago, 2 de Julio de 1875.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

(Continuará.)

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JUNIO.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Programa de carreras de primavera de 1875, etc.—1 vol. en 4.° menor de 12 pájs.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Coleccion de Historiadores de Chile.—El tomo 8.° de la coleccion i 1.° de la Historia de don Vicente Carvallo i Goyeneche.—1 vol. en 4.° mayor de 342 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Discursos parlamentarios de don Francisco de P. Marin Recabárren.—1 vol. en 4.° de 167 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril.*

Los tres candidatos——1 vol. en 8.° de 20 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Método teórico-práctico de la lengua inglesa, por Adolfo Tapia.—1 vol. en 4.° de 127 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Anuario estadístico.—El tomo 15 correspondiente a 1873-74.—1 vol. en folio de 703 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Historia de Chile durante los cuarenta años trascurridos desde 1831 *hasta* 1871, por don Ramon Sotomayor Valdes.—2.ª entrega del tomo 1.° desde la pájina 105 hasta la 200.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Introduccion a la astronomía por Guillermo Walker.—1 vol. en 16.° de 16 pájs.—Imprenta *Santiago.*

Dos certámenes poéticos celebrados por la Academia de Bellas Letras de Santiago.—1 vol. en 8.° de 65 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Guia de bonos en circulacion en Chile.—1 vol. en 4.° de 15 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril.*

Solicitud que presenta el administrador de la Compañía de Gas de Santiago a la Honorable Cámara de Diputados—1 vol. en 4.° de 16 pájs.—Imprenta de *El Ferrocarril.*

Cuenta jeneral de entradas i gastos jenerales de Chile en 1874.—1 vol. en folio de 241 pájs. fuera de varios estados.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Nociones de física elemental arregladas al programa, etc., por Diego Antonio Torres.—El tomo 1.° texto.—1 vol. en 4.° de 445 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Manifiesto que dirije a sus conciudadanos el príncipe hípico de Thounens i Rei de Arauco, Aurelio Antonio I.—Un pliego suelto.—Imprenta de Moran.

El Código Penal i las Casas de Prendas.—Memoria de prueba, etc.—1 vol. en 4.° de 43 pájs.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Mocion que presentó a la Cámara de Diputados sobre matrimonios civiles Ricardo Letelier.—1 vol. en folio de 5 pájs.—Imprenta *Nacional.*

Informe en el proyecto de lei sobre garantías individuales presentado a la Cámara de Diputados.—1 vol. en 4.° mayor de 7 pajs.—Imprenta *Nacional.*

Reglamento de la 1.ª *compañía de hachas i escaleras.*—1 vol. en 8.° de 29 pájs.—Imprenta *Nacional.*

Jesucristo Rei i Señor nuestro.—Carta pastoral del Iltmo. Sr. Obispo de la Concepcion de Chile, por la que consagra su Diócesis al Sacratísimo Corazon de Jesus.—1 vol. en 4.° de 42 pájs.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Principios de filosofía positiva, por Augusto Comte, precedidos de un prefacio de E. Littré i traducidos del frances por J. Lagarrigue.—1 vol. en 8.° de 182 pájs.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

Historia de Santa Mónica, por el abate Bougaud, traducida del frances por Ruperto Marchant Pereira.—Entregas 1.ª i 2.ª—Desde la pájina 1 hasta la 46, en 4.°—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

El mulato Plácido o el poeta mártir, novela histórica orijinal por Joaquin Lemoine.—Desde la pájina 1 hasta la 48, en 4.°—Imprenta de la Librería de *El Mercurio.*

VALPARAISO.

Zeus o un plajio de los hijos de Dios, por J. M. Fioretti.—1 vol. en 4.° de 468 pájs.—Imprenta *Colon.*

Los mártires del amor, novela por Aristides de Ferrari.—1 vol. en 8.°—Imprenta de *La Patria.*

Quevedo, novela histórica, por Francisco J. Orellana.—2.ª parte.—Entregas 45, 46, 47 i 48, en 8.°—Imprenta de *La Patria.*

Statuten der Deutschen hospital.—Vereing zü Valparaiso.—1 vol. en 4.° de 4 pájs.—Imprenta de *La Patria.*

Prefacio de Zeus o un plajio de los hijos de Dios, por J. M. Fioretti.—1 vol. en 4.° de 11 pájs.—Imprenta *Colon.*

Manejo del arma i distintas cargas i fuegos.——1 vol. en 8.° de 10 pájs.—Imprenta de *El Universo.*

Informes relativos a los negocios de la compañia ferrocarril de Copiapó.—1 vol. en 4.° de 31 pájs.—Imprenta de *El Universo.*

Estadística comercial de la República de Chile correspondiente al año de 1871.—1 vol. en folio de 286 pájs.—Imprenta de *El Mercurio.*

CHILLAN.

Algo sobre los tribunales de justicia en el año de gracia de 1875.—1 vol. en 8.° de 21 pájs.—Imprenta de *La Discusion.*

EL PESCADOR DE ARICA.

I.

Pocos años hacía que la América del Sur habia roto las cadenas que la uncian a España i las nuevas repúblicas comenzaban su vida de libertad en medio de las ajitaciones consiguientes a un cambio tan radical como el que se acababa de operar en ellas.

Estaba vencido el enemigo de la independencia pero quedaba para muchos años la árdua tarea de ahogar la hidra de la anarquía que por todas partes sacudia su cabeza.

Se habia borrado un pasado de opresion e injusticias, pero sobre las ruinas del trono hecho pedazos se levantaban las ambiciones de los hombres nuevos, sin patriotismo i virtudes cívicas algunos, los mas llenos de abnegacion i de sentimientos jenerosos, pero faltos casi todos de la experiencia necesaria para evitar los escollos en que los nuevos Estados podian naufragar.

La primera época de la libertad americana queda en la historia marcada por el recuerdo de las luchas fratricidas i de la anarquía.

En los campos de batalla se hallaban peleando bajo diversas banderas los que ayer no mas lidiaban juntos por la independencia patria.

Sangre de hermanos bañaba los campos i teñia las aguas de los rios; i si muchas vidas costó la conquista de la libertad no ha costado ménos su afianzamiento a nuestros jóvenes paises.

Afortunadamente el vértigo ha pasado, i a las luchas de la espada van sustituyéndose las mas fecundas i provechosas de la vida civil i política.

El imperio del derecho se afianza i el porvenir aparece revestirse del color de la esperanza.

¡Quiera el cielo protejer a la hermosa tierra que mostró al mundo antiguo el jenio del inmortal Colon, para que sea siempre la morada de la paz i el asilo de la libertad!

II.

La historia que vamos a contar se remonta, aquellos tiempos calamitosos en que bamboleaba todo, gobiernos, instituciones i

hasta los altares que levantaron a Dios nuestros católicos mayores.

Hemos dicho que la misma relijion padecia terribles sacudimientos, i en verdad que la conducta de una gran parte del clero americano, cuyas opiniones eran contrarias a la independencia, le habian atraido el odio de los gobiernos que veian en muchos ministros del altar enemigos jurados del nuevo órden de cosa.

La América independiente vivia casi en entredicho con la Sede Romana. Las diócesis estaban sin obispos, el gobierno de las iglesias en manos de vicarios sospechosos para los creyentes i en muchas partes asomando su cabeza el cisma que amenazaba la unidad de las creencias.

En esta circunstancias pisaban las playas del nuevo continente dos enviados de Roma, cuya venida habia sido ardientemente solicitada por el pueblo i gobierno chilenos.

Era el uno un respetable obispo lleno de virtud i de ciencia, digno bajo todos respectos de traer a estas remotas rejiones la palabra i la bendicion del padre de la cristiandad.

El otro era un jóven que desde el primer momento se captó las simpatías mas ardientes.

Era de hermosa presencia.

Su mirar dulce e insinuante cautivaba a primera vista.

Ninguno podia verlo sin amarlo.

Los personajes mas elevados solicitaban su amistad.

El pueblo lo adoraba, por el amor que le demostraba cada vez que el ejercicio de la caridad o las obligaciones de su ministerio lo acercaban a sus hogares.

Para los pobres era un padre.

Repartia entre ellos a manos llenas liberales limosnas reservándose apénas lo mui estrictamente necesario para sostener el rango de su alta posicion.

Bautizaba a los hijos del artesano.

Enssñaba a los niños la doctrina.

Curaba a los enfermos en el hospital.

A nadie, en fin, negó nunca su proteccion i sus consejos.

¡Oh! cuántos recuerdos no ha dejado en Chile ese jóven i abnegado ministro de Dios!

¡Con que júbilo no acojió este pais eminentemente católico la noticia que llegaba a él entre los gritos entusiastas de toda Europa, de que el humilde i afable sacerdote que pisó nuestras playas sin ninguna ambicion de mundana gloria se sentaba algunos años atras en el trono de San Pedro!

Porque ese modesto apóstol era Juan María Mastai Ferretti, hoi Pio IX, el mas grande i el mas amado de los pontífices, el hombre providencial que ha alcanzado a ver lo que ninguno de sus antecesores ha visto, esos *dias de Pedro* que un dogma popular afirmaba no completaria en el trono ninguno de los sucesores del grande apóstol; el hombre admirable, en fin, a quien el mundo

llama Santo i que acaso mañana recibirá en los altares el culto que se tributa a los elejidos de Dios.

Pio IX pisó nuestra tierra i aun viven los que le conocieron.

Ellos dirán cuanto era entónces amado.

A los que no le hemos visto entre nosotros nos toca testificar que ese amor en vez de disminuir aumenta cada dia, i que el hombre que llegó a Chile acompañando al que era un nuncio de paz para un pueblo piadioso i creyente, es hoi en el mundo la esperanza de los que la fé ha unido en Dios, el tipo mas noble de la virtud infortunada i el defensor mas impérterrito de la verdad.

III.

Cuenta una obra moderna (1) que acabamos de leer, que durante su permanencia en Chile el jóven Juan Mastai, solia hacer frecuentes viajes para visitar las misiones del pais, i aun que hizo alguno con igual objeto a las costas del Perú.

¡Quién sabe si el ilustre sacerdote no pensó acabar sus dias en América evanjelizando a las tribus salvajes i esparciendo el nombre de Dios entre tantos infelices que todavía lo ignoran!

Bien puede que alguna vez pasara por su alma el deseo de acabar sus dias en medio de estos bosques vírjenes i hallar en ellos la muerte gloriosa de esos héroes ignorados, de esos humildes frailes que, coronados con la aureola del martirio, volaron al cielo sin que la humanidad agradecida alcanzara a recorrer ni sus nombres!

No entraremos en esos misterios.

Meros cronistas, nos contentamos con narrar un episodio de su vida, i lo haremos sin entrometernos en suposiciones mas o ménos probables.

IV.

Era una mañana de invierno, i sentados en la altura del morro que domina el puerto peruano de Arica, se hallaban varios negros conversando acerca de los peligros que ofrecia el mar en aquellos instantes.

—La tormenta es terrible, decia el viejo Bako a sus compañeros; por quien soi que no quisiera hallarme en lugar de los que ahora navegan.

—Verdad dices, le respondió un compañero; pocos buques resistirian al furor de las olas en estos momentos.

(1) Pio IX. Historia documentada de su vida i de los veinticinco primeros años de su pontificado, por don Eduardo Villabrasa i don Emilio Moreno Cebada.—Barcelona, 1871.

—Soi marinero viejo, continuó Bako, i te aseguro que he visto pocas funciones como éstas.

—¿Cuántos años hace que estás en el oficio?

—Mas de veinticinco: desde que mi noble señora la marquesa de Bellavista me dió la libertad al tomar el velo de relijiosa en las Capuchinas de Lima.

—Pues tienes años para haber visto bastantes tormentas.

—¡Ya lo creo! con los cincuenta duros que mi ama me dió al hacerme libre, compré una magnífica barca i desde entónces soi pescador.

De repente sonó en la atmósfera el estampido de un cañonazo lejano.

—¡Un buque que naufraga! exclamaron varios negros.

—¡Santo Dios!

—¡El tenga piedad de esos infelices! dijo uno.

—¡Piden auxilio!... dijo Bako mirando a sus compañeros.

—En este desierto, respondió el que estaba mas cerca, dudo que haya quien pueda dárselos.

—¿I nosotros?

—¿Has perdido el juicio, Bako?

—No tal.

—¿Entónces?

—Mira, hombre: al despedirse de mí, mi señora, que era una santa, me llamó i me dijo:—"Ya eres hombre libre, Bako; procura ahora hacer buen uso de tu libertad. Tu condicion de esclavo debe haberte hecho conocer la desgracia, i los que han sufrido tienen doble obligacion de ser compasivos con los demas; por eso espero de tí que cada vez que se te presente la ocasion de ejercer la caridad con un prójimo tuyo, no la dejes pasar sin hacer por él lo que estuviere en tu mano, teniendo presente que nunca dejará Dios de recompensarte cualquiera obra buena que por él hicieres."—Yo se lo juré, i desde entónces no he dejado de cumplir tan solemne empeño... ¡Santo Dios! ¡otro cañonazo!

Efectivamente, no podia equivocarse con otro el ruido que en esos instantes llegaba a oidos de los negros.

El estampido del cañon que anuncia en el mar que una nave va a zozobrar, infunde un helado pavor en el alma del que lo escucha.

El ¡ai! de suprema angustia que lanza la víctima al sentir sobre su garganta la fria hoja de un puñal, no es tan aterrador como esa voz solemne que dominando el furor de los elementos, esparce a lo léjos la noticia de que muchos van a morir a la vez si sus hermanos no los socorren, si no hai almas abnegadas que por librarlos de la muerte se atrevan a oponerse a ella, desafiándola sin la seguridad de vencerla.

Puede prestarse socorro, con muchas probabilidades de éxito, al infeliz que amenaza un asesino; pero lanzarse a salvar a los náufragos, disputar su presa a los elementos que pueden confundir

en una misma suerte a los que ya son casi sus víctimas i a los que se arrojan a arrebatárselas, es cosa que requiere a veces abnegacion heróica, verdadero espíritu de cristiano sacrificio.

Bako i los negros acababan de oir la voz de ¡auxilio! pero solo el primero se atrevia a acudir a ella.

—¿Qué hai, compañeros? dijo el viejo pescador.

—No nos atrevemos; respondieron todos.

—Entónces voi solo.

—¡A morir!

—¿Qué importa?

—¿I tu esposa, i tus hijos?

—Dios velará por ellos.

—Es que no te dejaremos lanzarte a una locura.

—¿I quién me lo impediria?

—¡Todos! exclamaron a coro los negros.

—Bah! dijo Bako, estais haciéndoos los cobardes. Bien sé que ninguno de vosotros querrá ser ménos que este pobre viejo. Os comprendo, quereis ir solos i dejarme a mí en la playa.

—Bako, dijo uno, si creyéramos posible salvar a los náufragos, te seguiríamos. Ya sabes que ninguno de nosotros es cobarde.

—¡Mirad! interrumpió Bako por única respuesta.

Las miradas de los negros siguieron la direccion que les marcaba su brazo.

A lo léjos se veia un bergantin, que, juguete de las olas, tan pronto se hundia, como volvia a aparecer a sus ojos.

Las marejada lo atraeria en poco tiempo hácia las rocas, donde debia necesariamente destrozarse.

Demasiado bravo estaba el mar para que, llegado este caso, pudiera salvarse uno solo de los tripulantes.

—¡Amigos mios, prosiguió Bako poniéndose de rodillas ante sus compañeros, salvemos a esos infelices!

—Otra vez te rogamos que no te espongas inútilmente.

—¿No me seguís?

—¡Nó!

—Nunca os creí tan cobardes.

—¡Bako!

—Iré solo; cada momento que pasa vale una vida i no quiero perderlo.

Dicho esto, Bako tomó la carrera, mas bien despeñándose que bajando del morro.

—¡Va a morir! dijeron los negros.

—No podemos permitirlo, añadieron despues.

—Entónces, a ayudarlo, exclamó un jóven, porque Bako no retrocede así no mas.

—Dificultosa es la empresa, pero acepto tu parecer.

—¡I yo!

—¡I yo!

—¡I yo!

Nadie quedó atras.

La jenerosa determinacion de Bako habia hecho una honda impresion en el alma de sus compatriotas.

Pocos momentos ántes temblaban.

Ahora ninguno dudaba.

Todos estaban prontos a sacrificarse.

A ninguno arredraba la muerte.

Mas aun, nadie creia ya perecer en la empresa.

Bako, ya en la orilla del mar, trataba de lanzar su barca.

Estaba solo, temiendo perder su frájil embarcacion, pues estando tan alteradas las olas, no era empresa fácil, para un solo hombre, el ponerla a flote.

—¡Dios mio! exclamó el negro desesperado, haz un milagro para que pueda salvarlos.

A esta oracion de su alma respondieron alegres voces.

Eran los demas pescadores.

—No temas, viejo Bako, dijeron los negros, tus compañeros no te abandonarán.

—¿Entónces me seguís?

—Sí.

—¡Loado sea Dios!

V.

Una hora mas tarde los negros de Arica se acercaban al bergantin que luchaba desesperado contra la tormenta i cuyos tripulantes no aguardaban socorro alguno si la Providencia no hacia un milagro para salvarlos.

—¡Una lancha! gritó el capitan. Si llega a tiempo nos salvamos.

—¿No os lo decia yo? respondió a este grito un jóven sacerdote que durante el peligro no habia abandonado la cubierta de la embarcacion.—Dios nunca abandona a los que de véras acuden a él.

—¡Sois un santo, señor Mastai!

—Tengo fé i nada mas.

—Pero todavía no podemos cantar victoria. La marejada es mui fuerte.

—Pero deciais hace un instante que la tormenta disminuia.

—Es cierto.

—Entónces esperemos.

—Mas que difícil es la tarea de nuestros salvadores.

—Mirad capitan, respondió el jóven sacerdote miéntras resplandecia en sus ojos el fuego de la fé, hai en estas tierras españolas un refran que dice: "Cuando Dios quiere, con todos vientos llueve." Sois práctico como navegante i al medir el peligro dudais si podemos salvarnos; pues yo que soi hombre de fé i

os digo que salvaremos. Dios, que acaba de inspirar a esos hombres la idea de venir en nuestro socorro, cuando vos juzgando humanamente decíais no ha mucho que nadie se atreveria a emprender con tal tormenta la estéril tarea de acudir a auxiliarnos, os engañábais, pues ya veis que el socorro humano no nos falta. Esos que vienen, son acaso pobres hijos del pueblo a quienes no guia el interes i que obedeciendo al llamado de la caridad desprecian la muerte por salvar la vida de un hermano. En esa lancha yo no veo mas que a Dios. El exitó a los que la tripulan a vencer su amor a la vida i por un movimiento de su corazon vienen a nosotros. Dejad a Dios que los guie i en vez de hacer cálculos conforme a vuestra ciencia, rogad al cielo, como lo hago yo, porque no abandone a nuestros abnegados salvadores.

—Razon teneis, señor Mastai; pero si vos hablais como sacerdote, yo hablo como marino.

—Orad, pues, como cristiano.

—¡Oh! se acercan ¡santo Dios! exclamó el capitan, cayendo de rodillas.

El sacerdote lo imitó.

La barquilla de Bako con sus vigorosos remeros se acercaban.

En vano las olas procuraban apartarla, pues parecia guiada por el soplo de Dios.

Ya está al costado de la nave.

Pero ¡ai! subir a ella o descender a la barca es imposible.

Los salvadores pueden ser las primeras víctimas.

Lo mas probable es que el débil esquife de los pescadores de Arica perezca hecho pedazos si llega a chocarse con el buque.

Por desgracia están demasiado cerca las dos embarcaciones. A mas la marejada los arroja a un punto de la costa donde hai peñas ocultas.

Falta un práctico en la nave.

En el punto en que están ésta zozobraria aun en medio de un mar bonancible.

El capitan lo sabe.

Bako i sus compañeros comprenden el peligro.

Pero ¿cómo remediarlo?

—¡No podemos salvarlos!—gritó Bako desesperado.

En estos instantes casi se chocaban ámbas embarcaciones.

De repente, Bako como iluminado por una inspiracion de lo alto, alzando la voz cuanto mas pudo gritó a los de la nave:

—Os falta un práctico ¿no es verdad? pues tirad un cable i subiré a sacaros de este sitio fatal.—

Los de la nave obedecieron.

Mucho costó a Bako cojer el cable, pero al fin pudo conseguirlo.

Atólo a su cintura i gritó a los de arriba:

—Tirad.—

Verificóse la ascencion, pero cuando Bako llegó arriba parecia un cadáver.

En la subida habia recibido fuertes golpes contra los costados del buque.

Estaba todo ensangrentado.

Sus ideas eran confusas.

Lo que acababa de hacer pudo mui bien costarle la vida, sin embargo, no tardó en volver en sí.

—Mi lancha, exclamó el valiente negro, no puede serviros de nada, pero yo os salvaré. Dadme el gobierno del buque.

El capitan dudaba.

—Obedeced, capitan, dijo entónces el sacerdote, ¿sabeis si este hombre es un enviado del cielo?—

El capitan no se atrevia a decidirse.

—Por amor de Dios, exclamó Bako, ¿sabeis donde estais? Ved que no conoceis esta costa i yo hace veinticinco años la recorro palmo a palmo.

—Yo ya nada puedo hacer, respondió el capitan. Empuñad el timon i salvadnos si podeis.—

Bako ocupó el asiento del timonel.

Bajo su mano el buque parecia un corcel dócil a las órdenes de su dueño.

Jiró sobre sí volviendo la proa a la costa.

Esta virada era dificilísima.

Todos estaban atónitos; Bako solo permanecia sereno ejerciendo a la vez las funciones de timonel i capitan.

Daba sus órdenes como un hombre acostumbrado a mandar i todos obedecian sin réplica.

Tenia en medio del peligro una tranquilidad que se trasmitia a cuantos lo rodeaban.

El viejo negro era el jenio protector de la nave.

Despues de diez minutos, el barco que parecia destinado a encallar en las rocas, salia triunfante de aquel peligroso sitio.

El timonel Bako lo habia salvado.

I como si la naturaleza quisiera tomar parte en la alegría de los infelices que tan inesperadamente acababan de escapar, la tormenta, que iba gradualmente disminuyendo su fuerza, cesaba del todo.

El mar recobraba su calma, las nubes se rasgaban i el sol de la mañana aparecia magnífico i brillante reflejando sus rayos de oro sobre las aguas.

—Ahora, al puerto, dijo Bako, dirijiéndose al capitan. El bergantin ha sufrido mucho i necesita reparar sus averías. ¡De buena habeis librado!

—¡Gracias a tí!

—Gracias a Dios i a mis bravos compañeros que desde léjos nos saludan.—

Efectivamente, la lancha de los negros que para evitar el peli-

gro de estrellarse con el bergantin, se habia alejado tan luego como Bako la abandonó con tanto peligro de su vida, se mecia gallardamente a la distancia.

Los jenerosos negros expresaban desde léjos su alegría con gritos de gozo i jestos grotescos.

—¡Qué tal mi viejo marino! dijo entónces el sacerdote al capitan del bergantin ¿no es verdad que aun en el mayor peligro debemos confiar en la Providencia?

—Dios ha hecho en favor nuestro un verdadero milagro; justo es rendirle gracias por él.

El sacerdote se arrodilló sobre cubierta.

Todos los marineros lo imitaron.

El canto de la Salve resonó entónces en la nave.

La voz del sacerdote dominaba a la de los rudos hijos del mar.

Nada podia igualar la uncion de aquel cántico de amor i agradecimiento.

¡Qué bien se acordaban sus votos con el solemne i melancólico rumor del Océano!

¡Cómo esas voces salian del corazon a impulsos de la gratitud mas ardiente!

Un solo hombre no habia caido de rodillas.

Era el humilde Bako que empuñando la caña del timon dirijia la nave con certera mano.

Pero si estaba de pié i con la cabeza cubierta, oraba con fervor en lo interior de su alma.

Terminado el cántico que los marineros alzaban a la Estrella de los mares, el capitan se puso a dar las órdenes convenientes para entrar en el puerto.

Conducidos por Bako fondeaban un poco mas tarde en la rada de Arica.

Bako abandonó el timon, disponiéndose a dejar el buque para evitar los transportes de los agradecidos marineros que lo llamaban a voces su salvador i su segundo padre.

Modesto por demas, se ruborizaba de la justa admiracion que inspiraba.

Pero le era imposible apartarse de ellos, pues lo tenian rodeado, i hubo de oir mal que quisiera escusarlo la afectuosa expresion de su gratitud i los ardientes elojios que tributaban a su jenerosa abnegacion.

El sacerdote contemplaba enternecido la escena.

De sus ojos rodaban lágrimas de enternecimiento i sus labios pronunciaban palabras de bendicion.

De repente cruzó por su imajinacion una idea penosa que lo contristó hondamente.

Avanzó hácia Bako i atrayéndole cariñosamente a sí lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¿Cómo te llamas, hijo mio? le preguntó.

—Bako, contestó el pescador descubriendo con respeto su cabeza.

—¿Eres esclavo?

—Lo fuí, mas gracias a la caridad de mi ama soi libre desde muchos años.

—¿Serás mui pobre?

—A Dios gracias, jamas me ha faltado el pan para mí i mis hijos.

—¡Dios bendiga a tus hijos valeroso i caritativo anciano i premie en ellos el amor que muestras a tus hermanos aflijidos!

Lo que acabas de hacer, añadió con voz trémula, no se paga con dinero, pero eres pobre i tienes una familia que alimentar, necesitando para ello ganarte la vida en un oficio peligroso. Debes conservarte para tus hijos i tu esposa, buscando en adelante una existencia mas tranquila que la del pescador. Toma, hijo mio, este dinero que ojalá se aumente en tus honradas manos.

—¡Por Dios, señor! exclamó Bako, rechazando sonrojado la bolsa que le ofrecia el sacerdote.

—Acéptala sin rubor, hijo mio, no es paga, es solamente una corta muestra de lo mucho que quisiera hacer por tí.—

El negro no insistió.

Recibió el don que se le hacía besando agradecido las manos del sacerdote.

Dos horas despues, Bako mostraba a su esposa la bolsa que le habia dado el misionero.

—¡Jesus, cuánto dinero! exclamó la sencilla chola, ¿qué vamos a hacer con él?

—Venderé mi lancha, respondió el negro, i dejaré mi oficio de pescador para dedicarme al comercio.

—Vamos a ser mui felices.

—Sí, mui felices, porque andando holgados i sin apuros podremos hacer mucho bien a los pobres.

VI.

Pasaron los años i el jóven Mastai, el humilde misionero de América se sentaba en el trono mas augusto de la tierra.

Los americanos sabian con sorpresa su elevacion i bendecian la mano de la Providencia que elevaba al varon virtuoso, a quien habian amado en otro tiempo sin sospechar siquiera su glorioso porvenir.

El modesto Mastai era Pio IX i su nombre el noble emblema de la libertad en el mundo.

La Europa entera lo aplaudia.

De los mas apartados confines de la tierra llegaba a su trono un coro de bendiciones.

Nadie habia que le igualase en gloria.

¡Era el elejido de Dios, la esperanza de la humanidad!

Desde su alto puesto el nuevo Pontífice se acordó un dia de que en un humilde rincon de la tierra habitaba el pobre africano a quien debia el haber escapado de una muerte segura.

Recordó a Bako i pensando en que acaso viviria aun luchando con la pobreza, encargó a un misionero que partia a América le diese su bendicion i con ella una gruesa limosna.

El misionero cumplió su encargo, sabiendo con grata sorpresa que a Bako le soplaba el viento de la fortuna.

Era ya mui anciano i vivia de sus rentas, ejerciendo siempre la caridad i bendiciendo al buen sacerdote a quien debia sus adelantos. Habia trabajado con honradez i la suma que recibiera de Mastai fué el principio de su opulencia.

Bako ignoraba hasta el nombre de su bienhechor.

Al saber por el misionero que el hombre a quien habia salvado del naufrajio era nada ménos que Pio IX cayó en tierra bendiciendo al cielo que lo habia elejido para conservar al mundo un tesoro de tanta valia.

Esta vez no se hizo atras como la primera para recibir el dinero que se le ofrecia. Lo aceptó gozoso para repartirlo a los pobres en nombre del varon bendito a quien tanto debia.

ENRIQUE DEL SOLAR.

PRESAJIOS DE TEMPESTAD.

(A MI QUERIDO PRIMO GUILLERMO ERRÁZURIZ URMENETA.)

I.

—¡Qué linda faja de nubes
Orna la inmensa montaña!
¿Ves? dulcemente la baña
Suave luz crepuscular.
¡Qué linda faja de nubes!....
El resplandor desparece....

¡Mira cuál la nube crece!
La mueve el viento quizás.
Ya se extiende, ya se agrupa,
Ya se esparce caprichosa,
Ya se acerca. ¡Qué preciosa!
¡Qué encantadora! ¿Verdad?
—Siempre lo malo, hijo mio,
Se presenta con tal dolo,
Que amamos lo que es tan solo
"Presajio de tempestad."

II.

—Siento un afan misterioso,
Mui difícil de explicar,
Que me hace reir a veces,
I a veces me hace llorar.
—¿I desde cuándo, hijo mio,
Tu corazon así está?
—¿Desde cuándo?.. Desde hoi mismo:
Dormia aun la torcaz,
I las perlitas brillaban
En las hojas del rosal....
—Cuando encontraste a María....
¡Te has sonrojado!
—No tal....
—¡Ah! yo soi viejo i a un viejo
Nada se puede ocultar.
Vamos; cuéntame la historia,
Yo remediaré tu mal.
—"¡María! la dije, escucha,
Que contigo quiero hablar....
Nadie como yo te quiere,
Nadie cual yo te querrá."
—¿I ella te dijo otro tanto?
—No me supo contestar;
Pero sí, coloradita,
Dióse vuelta hácia el rosal,
I se puso a despojarlo
Del rocío matinal,
Entónces....
—Ya lo sé todo:
Callandico i por detrás,
A traicion le diste un beso,
I talvez dos.... ¿no es verdad?
¡Oh, ten cuidado, hijo mio!
Que amorcitos en tu edad

No causan nunca las penas
Que mas tarde han de causar.
¡Oh, ten cuidado, hijo mio!
Que amorcitos en tu edad
Son un seguro presajio,
"Presajio de tempestad."

Junio 28 de 1875.

JUAN R. SALAS E.

DESPUES DE DIOS, QUIROS.

(TRADICION POTOSINA.)

I.

DONDE SE PRUEBA, CON LA AUTORIDAD DE LA HISTORIA, QUE UN RICO DE HOI ES POBRE DE SOLEMNIDAD AL LADO DE NUESTRO PROTAGONISTA.

Por los años de 1640 llegó a la villa imperial de Potosí el maestre de campo don Antonio Lopez Quiros, castellano a las derechas, católico rancio, bravo, jeneroso i entendido. La fortuna tomó a capricho ampararlo en todas sus empresas; i minas como las de Cotamito, Amoladera i Candelaria, abandonadas por sus primitivos dueños como pobrísimas de metales, se declararon en *boya*, apénas pasaron a ser propiedad del maestre. En Oruro, Aullagas i Puno adquirió tambien minas, que en riqueza i abundancia de metales podian competir con las de Potosí.

Tres mil *llamas*, al cuidado de un centenar de indios, tenia constantemente ocupadas en trasportar, desde Arica hasta Potosí, los azogues de Almaden i Huancavelica. No osando nadie hacerle competencia, puede decirse que, sin necesidad de real privilejio, nuestro castellano tenia monopolizado artículo tan precioso para el beneficio de los metales.

En sus minas, haciendas e injenios empleaba sesenta mayordomos o administradores, con sueldo de cien pesos a la semana, i daba ocupacion i buen salario a poco mas de cuatro mil indios.

Para dar una idea de la (que si uniformemente no lo testifica-

ran muchos historiadores, tendriamos por fabulosa) fortuna de Quiros nos bastará referir que, en 1668, a poco de llegado a Lima el virei conde de Lémus, propúsose nuestro minero hacerle una visita i salió de Potosí trayendo valiosísimos obsequios para Su Excelencia.

El conde de Lémus, a pesar de su beatitud i de ayudar la misa i tocar el órgano en la iglesia de los Desamparados, era gran amigo del fausto i se trataba a cuerpo de rei. Pensaba mucho en el esplendor de las procesiones i fiestas relijiosas i en la salvacion de su alma; pero esto no embarazaba para que se ocupase tambien en las comodidades i regalo del cuerpo.

Conversando un dia con Quiros el mayordomo del virei, dijo éste que su señor era todo lo que habia que ser de ostentoso i maniroto.

—Supóngase vuesa merced—decia el fámulo—si el señor conde será rumboso, cuando me da quinientos pesos semanales para los gastos caseros.

—¡Gran puñado de moscas!—exclamó el maestre— quinientos pesos gasto yo, a la semana, en velas de sebo para mis injenios i haciendas.

I no hai que creerlo chilindrina, lectores mios. Así era la verdad.

Para poner punto al relato de las riquezas de Quiros, trascribiremos estas líneas escritas por un su contemporáneo:—"Gastó en la infructuosa conquista del gran Paititi mas de dos millones de plata; i a este modo tuvo otros desagües con su gran riqueza, la cual era en tanta suma que ignoraba el número de millones que tenia. Desocupando, en cierta ocasion, un cuarto, hallaron los criados en un rincon una partida de dos mil marcos en piñas, que no supo cuando las habian puesto allí. Los quintos que dió a su majestad pasaron de quince millones, que es cosa que espanta, i esto se sabe por los Libros Reales, por donde se puede considerar qué suma de millones tendria de caudal."

Francamente, lectores ¿no se les hace a ustedes agua la boca?

II.

QUE TRATA DE UN MILAGRO QUE LE COLGARON AL APÓSTOL SANTIAGO, PATRON DE POTOSÍ.

Residia en la imperial villa un honradísimo mestizo, cuya fortuna toda consistia en veinte mulas con las que se ocupaba en trasportar metales i mercaderías. Como se sabe, en el frijidísimo Potosí escasea el pasto para las bestias, i nuestro hombre acostumbraba enviar por la tarde sus veinte mulas a Cantumarca, pueblecito próximo, donde la tierra produce un gramalote que sirve de alimento a los rumiantes.

Una mañana levantóse el arriero con el alba i fué a Cantumarca en busca de sus animales; pero no encontró ni huellas. Echóse a tomar lenguas i sacó en limpio la desconsoladora certidumbre de que su hacienda habia pasado a otro dueño.

Aflijidísimo regresó el arruinado arriero a Potosí i, pasando por la iglesia de San Lorenzo, sintió en su espíritu la necesidad de buscar consuelo en la oracion. Tan cierto es que los hombres, aun los mas descreidos, nos acordamos de Dios i elevamos a él preces fervorosas cuando una desventura, grande o pequeña, nos hace probar su acíbar.

El mestizo, despues de rezar i pedir al Apóstol Santiago que hiciese en su obsequio un milagro levantóse i se dispuso a salir del templo. Al pasar junto al cepillo de las ánimas metió mano al bolsillo i sacó un peso *macuquino*, único caudal que le quedaba; pero al ir a depositar su ofrenda ocurrióle mas piadoso pensamiento.

—¡Nó! Mejor será que mi última blanca se la dé de limosna al primer pobre que encuentre en las gradas de San Lorenzo. Perdonen las ánimas benditas.

Las gradas de San Lorenzo en Potosí como las gradas de la Catedral de Lima, desde Pizarro hasta el pasado siglo, eran el sitio a donde de preferencia afluian los mendigos, los galanes i demas jente desocupada. Las gradas eran el *mentidero* público i la sastrería donde se cortaban sayos, se zurcian voluntades i se deshilbanaban honras.

Aquella mañana el sol tenia pereza para dorar los tejados de la villa, i entre si salgo o no salgo andábase remolon i rebujado entre nubes. Las gradas de San Lorenzo estaban desiertas i solo se paseaba en ellas un viejecito enclenque, envuelto en una capa, vieja como él, pero sin manchas ni remiendos, i cubierta la cabeza con el tradicional sombrero de vicuña.

Nuestro arriero pensó—¡Cuánta será la gazusa de ese pobre cuando, con el frio que hace, ha madrugado en busca de una alma caritativa!

I acercándose al viejecito le puso en la mano el macuquino, diciéndole:

—Tome, hermano, i remédiese; i en sus oraciones pídale al santo patron que me haga un milagro.

—Dios se lo pague, hermano,—contestó sonriéndose el mendigo—i cuente que si el milagro es hacedero se lo hará Santiago i con creces, en premio de su caridad i de su fé.

—Dios lo oiga, hermano—murmuró el arriero, i atravesando la plaza siguió calle adelante.

Tres dias pasaron, i notorio era ya en Potosí que unos pícaros ladrones habian dejado mano sobre mano a un infeliz arriero. En cuanto a éste, cansado de pesquisas i de entenderse con el correjidor i el alcalde i los alguaciles, comenzaba a desesperar de que Santiago se tomase la molestia de hacer por él un milagro,

cuando en la mañana del cuarto dia se le acercó un mestizo i le dijo:

—Véngase conmigo, compadre, que su merced don Antonio Lopez Quiros lo necesita.

El arriero no conocia al maestre de campo mas que por la fama de su caudal i por sus buenas acciones i larguezas; así es que, sorprendido del llamamiento, dijo:

—¿I qué querrá conmigo ese señor? Si es asunto de trasportar metales excusado es que lo vea.

—Véngase conmigo, compadre, i déjese de imajinaciones, que lo que fuere ya se lo dirá don Antonio.

Llegado el arriero a casa de Quiros encontró en la sala al mendigo de las gradas de San Lorenzo, quien lo abrazó afectuosamente i le dijo:

—Hermano, tanto he pedido a Santiago Apóstol, que ha hecho el milagro i con usura. Vuélvese a su casa i hallará en el corral no veinte sino cuarenta mulas del Tucuman. ¡Ea! A trabajar.... i constancia, que Dios ayuda a los buenos.

I esquivándose a las manifestaciones de gratitud del arriero, dió un portazo i se encerró en su cuarto.

Aquel viejecito era Quiros

Vestia habitualmente en Potosí, dice un cronista, calzon i zamarra de bayeta, capa de paño burdo i toscos zapatos, renciándose su traje del de los pobres i trabajadores.

III.

¡DIOS TE LA DEPARE BUENA!

Asegura Bartolomé Martinez Vela en sus *Anales*, que el maestre de campo Lopez Quiros pretendió merecer de su majestad el título de conde de Incahuasi i que su pretension fué cortesmente desechada por el rei. Paréceme que si, entre ceja i ceja, se le hubiera metido al archimillonario obtener, no digo un simple pergamino de conde sino un bajalato de tres colas, de fijo que se habria salido con su empeño. ¡Bonito era Cárlos II para hacer ascos a la plata! Bajo su reinado se vendieron en América, por veinte mil duretes, mas de sesenta títulos de condes i marqueses. Precisamente, en solo el Perú creó los condados de Monterico, Valleumbroso, Celada de la Fuente, Otero i Villablanca; i los marquesados de Villafuerte, Castillejo, Colpa, Concha, Vega del Ren, Cartavo, Montemar, Sierrabella, Lurigancho, Villahermosa, Moscoso i Sotoflorido. Quede, pues, sentado, que si nuestro minero no llegó a calzarse un título de Castilla fué porque no le dió su regalada gana de pensar en candideces.

Refiérense de Quiros excentricidades que hacen el mas cumplido elojio de su carácter i persona. Apuntaremos algunas.

Cuando le denunciaban robos de gruesas sumas que le hacian sus mayordomos, don Antonio se conformaba con destituir al ladron i daba su plaza al denunciante, diciéndose:—Veamos si éste ha obrado por envidia o por lealtad.

En una ocasion le avisaron que uno de sus administradores habia ocultado piñas de plata por valor de seis mil pesos. Reconvenido por Quiros, contestó el infiel dependiente que habia robado por dar dote a una hija casadera.

—La franqueza i el propósito te salvan—le dijo el patron.—Llévate los seis mil i que tu hija se conforme con ese dote, que no todas las muchachas bonitas nacen hijas de emperadores o de Antonio Lopez Quiros.

I en verdad que las dos hijas de nuestro personaje, al casar con dos caballeros del hábito de Santiago, llevaron una dote que abriria el apetito al mismo autócrata de todas las Rusias.

En su manera de practicar la caridad hai tambien mucho de orijinal.

Durante los dias de Semana Santa acostumbraba Quiros sentarse por dos horas en el salon de su casa, rodeado de sacos de plata i teniendo en la mano una copa de metal, la cual metia en uno de los sacos; i la cantidad que en ella cupiera la daba de limosna a los pobres vergonzantes que se le acercaban en esos dias. Supongo que aquella casa estaria mas concurrida que el jubileo magno.

Con personas de otro carácter, que iban donde él a solicitar un donativo, empleaba un curioso expediente. En un cuarto tenia multitud de cajones clavados en la pared. Las dimensiones de ellos eran iguales, i en cada uno podia encerrarse holgadamente un talego de a mil. Quiros ponia en algunos toda esta suma, i en los demas la iba proporcionalmente disminuyendo hasta llegar a un peso. Todos los cajones estaban numerados, i cuando don Antonio tenia que habérselas con uno de los llamados hoi *pobres de levita*, i que entónces se llamarian *pobres de capa larga*, conducíalo al cuarto diciéndole:

—Escoja vuesa merced un número i....¡que Dios se la depare buena!

¿No les parece a ustedes que esto era jugar a la lotería?

IV.

DONDE CONCLUIMOS COPIANDO UN PÁRRAFO DE UN HISTORIADOR.

"Fué este caballero mui humilde; su conversacion mui decente; extrema su relijiosidad i devocion; su conciencia mui ajustada. Lo que encargaba mas a sus administradores era que a los indios les satisficiesen con puntualidad su trabajo i que en ninguna

forma especulasen con ellos: porque de no tratarlos bien i medrar avariciosamente con su sudor, podria Dios castigarle quitándole lo que con tanta profusion le habia dado. Finalmente, llegó a tener tanta edad (ciento nueve años) que era necesario sustentarlo con la leche de los pechos de las mujeres, dándole de mamar. Pasó de esta vida al descanso de la eterna por el mes de abril del año 1699. Fué mui llorado de los pobres que, atentos a su ejemplar caridad i virtudes, decian—DESPUES DE DIOS, QUIROS—estribillo que nunca morirá en Potosí, porque mejor que en láminas i bronces está grabado en los corazones."

Lima, Mayo 25 de 1875.

RICARDO PALMA.

OBRAS DE VIRJILIO

TRADUCIDAS EN VERSOS CASTELLANOS, POR MIGUEL ANTONIO CARO. (1)

Aquel conocido verso de Campbell,

'Tis distance lends enchantment to the view,

consigna un hecho que claramente explica el atrativo con que nos seduce la antigüedad: el hombre no nació para lo presente, i en ello no encuentra reposo, pues las propias miserias i las ajenas por todas partes le punzan; de donde, o sube la corriente de los años en busca del *buen tiempo pasado* i se apacienta en la representacion de la paz i la abundancia de la edad de oro, o se imajina risueñas perspectivas en lo venidero, pero éstas se deshacen conforme se acerca a ellas, como los aparentes lagos del desierto, miéntras lo pasado no está sujeto al de engaño de la experiencia, ántes la imposibilidad de conseguirlo excita la fantasía i se lo presenta mas cautivador. Por otra parte, lo nuevo como que por el hecho de recordar su nacimiento, ofrece a el alma la idea de su fugacidad; al paso que lo antiguo, aquello que siempre hemos visto, i que vieron nuestros padres, se conforma

(1) Bogotá, 1873, tomos I i II.

mejor con el tipo de eternidad que llevamos en nosotros i al cual lo comparamos todo: la belleza siempre antigua i siempre nueva que la vista enamorada de la teolojía mística ha columbrado en la soberana esencia, es la que buscamos donde quiera, cuando el alma, olvidada de lo que la rodea, tiende de suyo a la querencia de su oríjen. De aquí el particular deleite que a las almas sensibles ofrecen las obras del arte antiguo; en la ruina de esperanzas e ilusiones que nos circunda, se asemejan a aquel laurel, *veterrima laurus*, a que se acojó la familia de Príamo, i que presenció la caida del infortunado rei, despues de haber sido testigo de las grandezas de sus mayores.

No obstante, semejante amor de la antigüedad no se expresa en todos los hombres por su admiracion a las reliquias que de ella eternizaron la poesía i las bellas artes, pues como éstas han nacido de aquella necesidad inherente en el alma humana de dar cuerpo a sus concepciones tomando por tipo cuantos objetos se ofrecen a su contemplacion, no ha podido ménos de suceder que sus obras salgan a luz, como los rebaños de Jacob, con los colores que las rodearon al enjendrarse; así que en ellas se reflejarán las creencias, las costumbres de la época, los lugares, el carácter mismo del artista i el poeta, i a éste aun el lenguaje en el cual van como almacenadas toda la ciencia i todas las ideas de los pueblos, le hará pertenecer a cierto tiempo i a cierta nacion. En los partos del injenio moderno acaso no percibimos en tanto grado estas influencias, por el activo comercio intelectual que tiende a hacer cosmopolíticos arte i literatura; pero conforme subimos por la escala de los siglos, vamos viendo mejor demarcados los lineamentos hoi algo indecisos de los pueblos, hasta encontrar la ancha raya que divide a griegos de hindúes i a unos i otros de hebreos i árabes. Tal es la principal causa que nos dificulta gustar las bellezas de la antigüedad; pues, como lo dice Donaldson, "si no tenemos vastos i preciosos conocimientos arqueolójicos, si no vemos las costumbres antiguas con los ojos de los antiguos, i nos trasladamos en espíritu a otras tierras i a otros tiempos, i nos bañamos en la clara luz de, las edades pasadas, no pueden ménos de ser inciertas, oscuras e insuficientes nuestras ideas acerca de los que desaparecieron siglos ha, i las pinturas que de ellos nos hagamos serán inanimadas i sin interes como pedazos sueltos de una estátua rota." Por aquí se echa de ver con cuánta razon se ha dicho que saber dos lenguas (literariamente, se entiende) es tener dos almas, i se comprende cómo los poetas antiguos no pueden llegar a ser populares en nuestros tiempos, -populares digo en el sentido en que lo son los de hoi, los que hablan en nuestras palabras nuestras ideas, i visten, si me es permitida la metáfora, a la traza de los mas recientes figurines;—ni lo serán aunque se les les cubra de moderno ropaje, cual lo hizo Pope con Homero: hoi en dia su culto florece fervoroso i reverente en el estudio de las personas de esmerada edu-

cacion, pero no en los cafés i tocadores, i por cierto no lo han menester. No dudo afirmar que por ninguna cosa se puede calcular mejor el grado de cultura intelectual de los individuos, que por su aficion a los clásicos i el conocimiento que de ellos tengan; pues sus bellezas están las mas veces ocultas tras un velo que solo se puede penetrar con el auxilio de variada erudicion. En efecto, fuera de mui raras excepciones en las cuales se ve que la mano dadivosa de la Providencia ha privilejiado ciertas almas como con una potencia intuitiva para percibir i comprender la belleza ora moral, ora intelectual, ora estética, tal que parecen adivinarla i naturalmente hacerla objetiva, la jeneralidad de los hombres solo consiguen ser buenos, sabios o artistas, o a lo ménos apreciar los actos de tales, a fuerza de ímprobo trabajo. Se se me figura como si el hombre, perdida la posesion del Paraiso i malbaratada la gracia que le hacía capaz de beber la bondad sobrenatural en su fuente, hubiese cegado justamente la que le daba la comprension del órden natural; si con violencia se conquista el reino de los cielos, con violencia tambien logramos penetrar al cielo de la tierra, a la esfera de la intelijencia i el sentimiento, en la cual se presienten las grandezas de esotro. Todos ven el magnífico cuadro de la naturaleza, i mui pocos son sensibles a sus encantos; innumerables individuos pasarian de largo sin fijarse en las obras maestras del arte antiguo i moderno, si su guia no les picase el amor propio, diciéndoles ser ésas aquellos prodijios que tanto pregona la fama; i en lo literario acaso todos hemos hecho la prueba, pues para gustar la sencillez clásica de Homero i frai Luis de Leon, hemos tenido que prepararnos con muchos i variados estudios.

He hecho estas consideraciones preliminares para hablar de la traduccion de Virjilio que actualmente está sacando a luz mi amigo don Miguel Antonio Caro, porque deseo llamar la atencion del público a una circunstancia en que quizá no todos reparan, i es que el emprender una obra de esta clase, ocupar largos años en darle cima, i al fin imprimirla con recursos particulares, prueba que el autor abriga una elevadísima idea de la sociedad en que vive, i da para el mundo civilizado un argumento mui grave en favor de nuestro adelanto literario. I al estender estas líneas, incorrectas talvez i mal perjeñadas, como que se han escrito en los cortísimos intervalos de prosaicas ocupaciones, es mi ánimo hacer ver que si ya con solo acometer su obra se hizo el señor Caro acreedor a la estimacion pública, la manera en que la va acabando corresponde a la expectacion motivada por su alto renombre como poeta i humanista, i que por tanto es deber de patriotismo cooperar a la pronta terminacion de este que con justicia puede llamarse monumento de gloria nacional.

Por lo dicho pudieran algunos pensar: si yo no he de entender a Virjilio, ¿para qué lo leo? Pero le bastará el sabio i amenísimo estudio preliminar del señor Caro, que ocupa 119 pájinas del to-

mo primero, para simpatizar con el poeta, quien aparece allí como el mas moderno de los poetas antiguos, especie de media luz gratísima que anuncia los espendores de la civilizacion cristiana. Sus primeras obras, las églogas i las jeórjicas, inspiran amor a la naturaleza i las labores campestres, i exhalan una aroma mas regalado que aquel *tomillo* a que en concepto de un académico olia *La vida del campo* de Meléndez, con el cual se repara el alma, quedando como empapada en aquella apacibilidad que solo pueden darle los aires libres del campo cuando está ahogada en el bullicio de las ciudades. Mejor que mis palabras lo probarán algunas cortísimas muestras.

Obligado el pastor Melibeo a abandonar sus tierras, pinta así la felicidad de Títiro, que ha logrado recobrar las suyas:

¡Oh anciano muchas veces venturoso!
Tú en medio reclinado
De estas fuentes sagradas conocidas,
Gozarás en reposo
Airecillos fragantes a deseo;
Miéntras la flor de salce en el cercado
Libando, en torno del panal hibleo,
Las doradas abejas
Con zumbido te aduermen regalado:
Dará a los vientos su cantar, subido
El podador de la vecina loma;
I desde el olmo con sus blandas quejas
Tórtola amante halagará tu oido,
I con sordos arrullos la paloma.

(Egl. 1.)

Hé aquí trozos del célebre elojio de la vida del campo:

¡Oh una i muchas veces venturosos
Los labradores, si estimar supiesen
Los bienes de que gozan! ¡Venturosos
Los que del seno de la madre tierra
Centuplicados los suaves frutos
En posesion pacífica reciben,
Léjos del ruido de civil discordia!
Palacios no hai allí que en pompa rejia
Por sus pórticos todos desde el alba
A oleadas los áulicos derramen....
En cambio paz segura
I un sabroso vivir libre de engaños
I en la copia profuso de sus dones,
Tiene el agricultor. Aquella holgura
I alma serenidad de la campaña,

Umbrosas espeluncas, vivos lagos,
El fresco valle i verde, los mujidos
Del perezoso buei, los apacibles
Sueños gozados bajo amenas sombras,
A su dicha no faltan. En el campo
Sobria, fuerte, a fatigas avezada
Verás la juventud. ¿Cazar te plugo?
Bosques tendrás, enmarañados bosques,
Fieras i grutas. ¿La virtud te guia?
Aquí verás la relijion honrada,
Honrada la vejez. Cuando del suelo
Impuro se ausentaba la justicia,
Dejó en los campos sus postreras huellas...
Sus hijuelos en tanto
Cuélganse en torno a disputar sus besos:
Fé conyugal i honesto amor guarece
Su inmaculado hogar. La mansa vaca
Para él dilata sus lecheras ubres;
I en los hervosos prados,
Fieros ya de sus cuernos se acometen
Los bien medrados juguetones chivos.
Fiel las fiestas celebra: reclinados
Sobre la hierba, donde en medio brilla
El fuego del altar, sus compañeros
Cíñenle en flores el colmado vaso,
I el empina en tu honor, oh buen Leneo!
Premios allí propone a los pastores,
O ya en el olmo erguido el blanco fije
A donde asesten las veloces flechas,
O ya a rústica lucha aderezados
Desnudos muestren sus fornidos miembros.

(Georg., lib. II.)

Aconsejando el poeta el evitar a los ganados las ocasiones amorosas, describe así los efectos en los toros:

Detras de una agria sierra,
En medio de anchos rios
Ceba sus toros el pastor prudente,
O en provistos establos los encierra;
Que roba una hembra los vitales brios
Con halago sutil i el que la mira
Se abrasa de mirarla, i no lo siente,
Con amoroso fuego
Que del pasto i la sombra pone olvido;
I el dulce poseella
A recursos de ira

Talvez remiten dos rivales. Ella,
Novilla hermosa, en honda selva pace;
Ellos en tanto embístense sañudos,
Toros valientes en igual porfía;
Heridas menudean,
Negra sangre chorrean,
Los cuernos traban con bramar tremendo,
I las floretas i el lejano Olimpo
Repiten de la riña el sordo estruendo.
I no será que retornar se vean
A un mismo establo entrambos contendores:
Destiérrase el vencido,
En remotas comarcas ignoradas
Su afrenta va a esconder i sus dolores,
I a llorar sin venganza el bien perdido;
Volviendo las miradas
A su nativo establo, así se aleja
Del que reino fué ya de sus mayores.
Pero no para siempre: allá rehace
Sus fuerzas en silencio: lecho duro
Mulle en medio de peñas donde yace
Noches enteras: espinosas yerbas
I agudos juncos pace.
Embistiendo algun tronco se ejercita,
O al aire corneando; tal se ensaya,
I esparramando polvo, a la pelea.
Luego, al sentirse reparado i fuerte,
Tiendas levanta, al enemigo busca
Descuidado, i sobre él se precipita.

(Georg. lib. III.)

Acabando de copiar estos bellísimos lugares en que campean la frase i la versificacion castellanas en toda su gallardía, empieza a dolerme de no haber citado otros, pues especialmente en las jeórjicas la traduccion tiene tanto mérito, que no sabemos que trozo es el mas feliz, i me complazco en dejar a los lectores el deleite de notar esta especie de competencia entre período i período. Seria inacabable, si hubiese de trasladar aquí las descripciones del caballo, del toro apestado, de la tempestad, de los jardines del buen viejo Coricio, etc.

Viene luego la Eneida, poema nacional en que Virjilio cuenta la venida de Eneas desde Troya a echar los cimientos de la nacion romana i poner las semillas de sus futuras glorias. La naturaleza de la epopeya la hace mas exclusivamente propia de un pueblo i una civilizacion; pero esto no impide que cualquiera persona medianamente culta pueda leer con gusto esta parte de Virjilio, pues el poeta ha hermoseado su asunto con tantas belle-

zas i sabe siempre sentir con tanta pureza, que donde quiera cautiva. Eterna es la impresion que dejan el imponente cuadro de la última noche de Troya, la pasion i triste fin de Djdo, la bajada de Eneas a los infiernos. Aquí ha adoptado el traductor la octava rima, como que es la forma consagrada para la epopeya por los mayores poetas italianos i españoles, i es innecesario recalcar sobre el trabajo i la habilidad que se requieren para reducir a estos períodos simétricos el seguido raudal de los hexámetros orijinales.

Como muestra de lo contenido en el segundo tomo, véanse las siguientes valentísimas octavas del libro IV, que recuerdan las mejores de Valbuena i Reinoso, i bastan a desvanecer cualquiera objecion que pudiera presentarse contra la eleccion de esta estrofa. Ya el poeta nos ha pintado a Dido vencida de amor a Enéas, i acabado su descripcion con este admirable símil:

Tal la reina abrasada incierta jira:
Así tambien en la selvosa Creta
Algun vago pastor de léjos tira
A cierva incauta rápida zaeta;
El, que clavó el arpon, talvez no mira;
Ella en bosques i valles huye inquieta,
I en vano huyendo de librarse trata,
Que va con ella el dardo que la mata.

Viene en tanto un mensajero celestial que ordena a Eneas seguir su rumbo a Italia, i él obediente dispone en secreto la partida; pero

¿Cómo engañar a un corazon que ama?
Ella todo lo sabe, lo adivina;
Fué quien primero descubrió la trama,
I aun en horas serenas, de ruina
Amagos presintió. ¿Qué mas? La fama
Sus ocultos recelos amotina,
Maligna susurrando que aparejan
Naves los Teucros; que a Cartago dejan.

Fuera de tino la soberbia amante
Corre por la ciudad; como se ajita
En las órjias solemnes la bacante
Cuando oye en torno la vinosa grita,
I los tirsos descubre, i resonante
A sus misterios Citeron la invita:
Tal va la Reina, i tal sin mas recato
Vuela a afrentar al amador ingrato:

"¿Disimular ¡oh pérfido! esperaste
Tu malvada intencion, tu felonía?
¿I tu nave en mi puerto imajinaste
Que en silencio las velas soltaria?
¿Cosa no habrá que a disuadirte baste?
¿Ni mi amor, ni la fé jurada un dia?
¿Ni reparar en Dido sin ventura,
Que por tí morirá de muerte dura?

"¡I que en lo crudo de hibernales meses
Quieras de presto aderezar tu flota!
¡Qué tanto en levar ferro te intereses
Cuando mas Aquilon la espuma azota!
Díme, cruel, si en lejanía vieses,
No extraños campos, no ciudad ignota,
Mas renaciente a Troya, ¿a tus hogares
Cruzando irías procelosos mares?

"¡Huyes de mí! Mas nuestra union te pido
Que recuerdes; i este único tesoro
Que reservé, mi corazon herido,
Mírale aquí, i las lágrimas que lloro!
¡Si algo te merecí, si hallaste en Dido
Algo de amable, tu clemencia imploro!
¿Mi trono hundirse ves sin sentimiento?
¡Ah! si aun vale rogar, muda de intento!

"Nómades jentes, reyes confinantes
Me odian por tí; mi pueblo me desama;
Por tí inmolé el pudor, i la que ántes
Me alzaba a las estrellas, limpia fama.
¡Oh huésped! en mis últimos instantes
Me abandonas, ¿i a quién? Mi voz te llama
Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿qué tardo?
¿Al extranjero o al hermano aguardo?"

. . . . . .

El, que de Jove, miéntras ella hablaba,
Guarda en su mente el mandamiento impreso,
Fijo los ojos en el suelo clava,
Mudo resiste del dolor al peso.
"Mi gratitud tu explendidez alaba,"
Esto al fin dijo apénas; "i confieso
Que si arguyes ¡oh Reina! con mercedes,
Muchas i grandes recordarme puedes.

"Yo llevaré al recuerdo de esos dones
La imájen tuya dulcemente unida,
Miéntras guarde mis propias tradiciones,
Miéntras mi pecho aliente aura de vida.

Mas oye, en la cuestion, breves razones:
No pensaba ocultarte mi partida,
Ni de union conyugal te hice promesa;
No así te engañes: mi mision no es esa.

"¿No ves que si el destino me otorgara
Guiar las cosas, reparando males,
Ya hubiera visto por mi patria cara?
¡Podria de sus héroes los mortales
Restos honrar; al golpe de mi vara
Se alzaran sus alcázares reales,
I poderosa, como en ántes era,
Troya de sus cenizas renaciera!

"Mas ¡ai! la voz de oráculo divino
Fuerza mi voluntad, Febo me guia;
Navegar para Italia es mi destino,
Ya éste es mi amor, ¡i ésta es la patria mia!
Cual hoi troyano a Ausonia me encamino,
Tiria a Cartago tú viniste un dia;
Ya en paz la rijes: en igual manera
Buscamos, do reinar, zona extranjera.

"Mi padre Anquíses, cuando en alto vuelo
La noche entolda el orbe de la tierra
I brillan las estrellas por el cielo
En sueños me habla, i su actitud me aterra:
Mi hijo Ascanio me es causa de desvelo,
I en él mirando, el corazon se cierra;
Que aquí, distante del confin hesperio,
Yo le defraudo el prometido imperio.

"No ha mucho el nuncio de los Dioses vino;
Por vida de ámbos que le ví te juro,
Enviado por Júpiter; camino
Por los aires abrir, i entrar el muro:
Estoi mirando su explendor divino;
¡Oyendo estoi su mandamiento duro!
No me des mas, no mas te des tormento;
Llévanme a Italia, ¡i con dolor me ausento!"

Miéntras hablaba, fiera i desdeñosa
Con ardiente inquietud ella le mira;
Mirándole en silencio, ira rebosa,
I luego a voces se desata en ira:
"No fué tu madre ¡pérfido! una diosa,
Que desciendes de Dárdano es mentira;
Cáucaso te enjendró entre hórridos lechos,
¡Hircana tigre te crió a sus pechos!

"Ya, ¿qué hai que disfrazar? ¿qué mas espero?
Ve llorando a su amante, i ¿se contrista?
¿Le merecí una lágrima, un lijero
Signo de compasion? ¿volvió la vista?
¡Cielos! ¿De cuál me quejaré primero?
¿Qué Dios habrá que a vindicarme asista?
Ni Juno ya, ni Jove, ¡oh desengaño!
Con justa indignacion miran mi daño.

"¡Oh justicia! ¡oh lealtad! ¡nombres vacíos!
¡Yo náufrago, desnudo, falleciente
Le recojí, le abrí los reinos mios,
El imperio con él partí demente!
¡Yo los restos salvé de sus navíos,
Yo libré de morir su triste jente!...
¿A dónde me despeña el pensamiento?
Llevada de furor, ¡arder me siento!

"¡I ahora la voz de oráculo divino
Fuerza su voluntad! ¡Febo le guia!
¡Ni ha mucho el nuncio de los Dioses vino,
I es heraldo que Júpiter le envia!
¡I en los aires abriéndose camino
Le trae la órden fatal! ¡Quién pensaria
Que hubiesen de alterar cuidados tales
La alta paz de los dioses inmortales!

"Nada te objeto, ni partir te impido:
Vé, i por medio del mar, en seguimiento
Camina de ese imperio prometido;
¡Busca esa Italia con favor del viento!
Mas si justas deidades, fementido,
Algo pueden, te juro que el tormento
Hallarás, entre escollos, que mereces,
I a Dido por su nombre allí mil veces

"Invocarás; i Dido abandonada,
Con tea humosa aterrará tu mente;
I cuando a manos de la muerte helada
Salga del cuerpo esta ánima doliente,
Yo, vengadora sombra, a tu mirada
En todas partes estaré presente!
Tu crímen pagarás; sabráse, oirélo:
¡Eso en el Orco irá a acallar mi duelo!"

RUFINO J. CUERVO.

(Continuará.)

TRIUNFO LITERARIO.

Con este título leemos en El Tradicionista, importante periódico de Bogotá, un párrafo de felicitacion al literato colombiano, señor Palacios, por el premio que en consorcio con nuestro amigo i distinguido colaborador don Enrique del Solar obtuvo en nuestro Certámen del año pasado.

Por nuestra parte, no podemos ménos que expresar nuestra mas profunda gratitud al ilustrado colega bogotano por los favorables conceptos que se ha servido exprimir respecto de la cultura literaria de Chile, conceptos que viniendo de donde vienen son altamente honrosos.

Hé aquí el párrafo aludido:

En el Certámen Literario abierto por los señores Redactores de La Estrella de Chile, periódico que se publica en Santiago, a que concurrió nuestro compatriota i amigo el señor don Eustaquio Palacios, con la leyenda titulada *Esneda o Amor de madre*, ha sido adjudicado el premio de $ 500 al autor de esta bella composicion i al señor don Enrique del Solar, notable literato de Chile, que presentó *Una historia de antaño*, en concurrencia con ocho composiciones mas, de las cuales algunas han merecido honrosas menciones. Felicitamos con la mayor complacencia al señor Palacios, a cuyo talento e ilustracion se ha hecho justicia en un pais tan culto como Chile, i por jueces competentes, como lo son los literatos chilenos que aceptaron la tarea de examinar las composiciones concurrentes.

EN EL CEMENTERIO.

Era una tarde de otoño,
El sol su rayos de fuego
Sepultaba en occidente,
I a su reflejo postrero
Yo mis pasos dirijia
A la mansion de los muertos.
¡Cuán grato es al alma herida
Ir a buscar un consuelo,
Donde tan solo se encuentra
Tranquilidad i sosiego!
En el sagrado recinto
Con las manos en el pecho,
De rodillas, e inclinado
Suavemente el tierno cuello
Estaba pobre niñita;

Eran de oro sus cabellos
I sus ojos mas azules
Que el puro azul de los cielos.
Siete abriles contaria,
I ya su rostro, de duelo,
Profundo manto cubria
Que atormentaba su pecho.
—¿Hijita, qué haces tan tarde
En la mansion de los muertos?
—Llamo, señor, a mi madre,
Crueles hombres la escondieron
Bajo esta piedra tan dura,
Que no escucha mis lamentos.
Tengo frio, madre, i hambre,
Dulce madre vuelve luego.
—Ven niñita desdichada,
Ven conmigo, ella en el cielo
Reposa ya, para siempre.
—Madre, madre, no te dejo,
Oye la voz de tu hijita,
Tan solo seguirte quiero;
Mucho he llorado tu ausencia,
La choza está solitaria,
De entrar sola tengo miedo;
Quiero morir madre mia,
Sin tí vivir, yo no puedo;
Muéstrame pronto el camino
Para llegar hasta el cielo.—
Como la pura azucena
Doblegó su tierno cuello,
I el alma, con un suspiro,
Separóse de su cuerpo.
Tambien del sol en ocaso
Perdióse el rayo postrero,
I en un crepúsculo triste
Todo el mundo quedó luego.
En tanto suave armonía
Cual la que se oye en un sueño
Dulce, vaga, indefinida
Resonó por algun tiempo.
Eran los bellos querubes,
Que con semblante risueño,
I entre cantos melodiosos
De la tierna madre al seno,
La hija llevaban cantando:
"Esta es la senda del cielo."

Junio 9 de 1875.

GONZALO ENRIQUEZ URBETA.

EL SEÑOR DON

EVARISTO GANDARILLAS.

Permítasenos desahogar los sentimientos de nuestro corazon sobre la tumba del santo i paternal mentor, del respetable i benévolo amigo, i depositar el tributo de nuestras lágrimas sobre la losa que acaba de cubrir las mortales reliquias del que fué idolatrado padre de un querídisimo amigo i compañero de tareas. El duelo jeneral de los católicos chilenos, es íntimo i doméstico para La Estrella de Chile.

Lloramos al ejemplar cristiano, al padre de los pobres, al celoso director de la juventud católica, porque el Señor Gandarillas era todo eso.

Patriarcal en el hogar doméstico, fué amante i tierno padre, maestro i modelo de sus hijos.

Quienquiera que acudia al forzado retiro que imponian al Señor Gandarillas sus dolencias, hallaba siempre allí un pensamiento santo i jeneroso, paternal consejo, aliento i edificacion. Respirábase allí una atmósfera de santidad i de cristiano entusiasmo. Aquella palabra siempre llena de uncion, aquella enerjía para dar siempre el ejemplo del bien, eran la admirable victoria de la fé, de la caridad i del celo sobre la flaqueza física i los achaques

corporales. Desmayaba la materia pero el espíritu estaba vivo i robusto aprisionado dentro de la cárcel de un cuerpo agobiado por las enfermedades. Su ejemplo era a un mismo tiempo reproche i aliento.

Los jóvenes, de quienes con especial predileccion se rodeaba el Señor Gandarillas, se sentian, bajo su santificador influjo, irresistible pero suavísimamente conducidos al ejercicio de la virtud.

Al calor de su ardiente celo ha vivido i crecido en Chile la Sociedad de San Vicente de Paul, que para él era su incesante preocupacion de cada minuto, el objeto de sus desvelos, la niña de sus ojos. La santificacion de la juventud i el bien del pobre: hé ahí los dos ejes de oro sobre que rodó la existencia toda de Don Evaristo Gandarillas en sus últimos años. Ni su edad, ni sus enfermedades le impedian ser el primero en el entusiasmo i en la accion entre la numerosa reunion de jóvenes que cada domingo se agrupaban en derredor suyo llenos de veneracion i de cariño.

Nadie como él estaba empapado en el sublime espíritu de la caridad silenciosa, abnegada i discreta. Nadie como él sabia buscar en el pobre las llagas del espíritu para curarlas con mano fraternal i suave. Nadie como él sabia descubrir los harapos del alma para cubrirlos con el manto de la caridad, del consejo i del ejemplo. Nadie como él sabia dar al pobre la dádiva del corazon i del sacrificio propio ántes que la limosna del pan. Nadie como él sabia esconder la mano jenerosa, dirijir la gratitud del pobre por la dádiva solo al Dios en cuyo nombre era dada. Nadie como el Señor Gandarillas conocia el secreto de no desvirtuar la caridad con la vanagloria i de no perder las recompensas del cielo por los aplausos de los hombres. Bienhechor ignorado, apóstol humilde i silencioso, obrero anónimo i abnegado del bien social: eso era para el Señor Gandarillas un socio de San Vicente de Paul; eso fué él i eso enseñaba a ser.

Animoso i alentador para toda obra buena, para todas tuvo siempre el Señor Gandarillas entusiasmo i largueza. Atento desde su retiro a todo cuanto significara bien o mal para sus semejantes, aquel noble i fogoso cora-

zon se llenaba de júbilo o de amargura cuando le llegaban los ecos de algun fausto o desconsolador acontecimiento público. En todo obraba bajo el influjo de un sentimiento de caridad i fé conjénito en él.

Para el Señor Gandarillas, consagrado al solícito cuidado de su hogar, alma toda piedad i fé, corazon todo caridad, resignado i edificante mártir de sus dolencias, la muerte pudo ser repentina, pero improvisa nunca. Ella ha sido para él el descanso del mártir i el principio de la gloria del cristiano, que se lleva un copioso tesoro de virtudes i de méritos i deja en pos de sí memoria de bendicion. Junto con cerrarse sus ojos a la luz de la vida mortal, han visto, estamos ciertos, los fuljentes resplandores de la inmortal.

Para los pobres i la juventud que lo lloran, para su justamente inconsolable familia i para nuestro caro amigo i compañero, en particular, no tenemos mas que las únicas palabras de consuelo, las palabras de la fé: el Señor Gandarillas vivió suspirando por disolverse i estar con Cristo. ¡Hélo ya con El!.....¡Duro es para la carne i la sangre; pero es consolador para el cristiano!

¡Dé, pues, el hombre expansivo curso a sus justas lágrimas, recójalas el cristiano para presentarlas a Dios!

Rafael B. GUMUCIO.

A PROPOSITO DE UNA NUEVA EDICION

DE LA

GRAMATICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DEL

SEÑOR DON ANDRES BELLO.

(Continuacion.)

21.—Con razon, pues, dice el distinguido literato don Zorobabel Rodriguez, hablando del lamentable estado de corrupcion en que se encuentra el idioma castellano entre nosotros: (29) "El mal trae su oríjen de otra parte: nace de un gran vacío que hai en la enseñanza de la gramática castellana. Si ésta no es mas que el arte de hablar i escribir correctamente el español, i si notamos tantos i tan groseros errores en los escritos, no solo de los que han dado exámen de aquel ramo, sino tambien de los profesores que lo enseñan, hai motivo para presumir que existe un vacío de importancia, o en los métodos o en los textos por que se enseña." El oríjen del mal no puede estar en los textos, porque el de Bello ha formado hablistas distinguidos en ésta i en otras repúblicas sur-americanas, i entre ellos, para no nombrar mas que a los que han merecido justa preeminencia por sus trabajos sobre el idioma castellano, a los distinguidos gramáticos neogranadinos don Venancio G. Manrique, don Miguel A. Caro i don Rufino José Cuervo; (30) el oríjen del mal está en el méto-

(29) *Diccionario de Chilenismos.*—Prólogo.

(30) Hé aquí lo que dice el último de los nombrados: "Sobre las notas (que ha puesto a la Gramática de Bello) advertiré que, habiendo estudiado esta Gramática en el colejio, constantemente la he tenido despues a la mano, i si algo notable he encontrado en mis lecturas, luego al punto se lo he anotado al márjen; al extender ahora esas anotaciones, solo me propongo dar un testimonio del respeto que siempre he profesado al autor, al propio tiempo que de admiracion a su ciencia i de gratitud por la utilidad de que me han sido sus lecciones." (*Prólogo a las notas del Revisor.*)

En otra parte dice el mismo Cuervo: "En cuanto a gramáticas, la opinion ilustrada no ha menester nuestro dictámen, pues, sin negar los servicios hechos en este ramo por otros literatos, todos reconocen el sobresaliente mérito de la de aquel sabio escritor (Bello), ornamento de las letras americanas." (*Apuntaciones críticas*, Prólogo, páj. XV.)

do por que se enseña la gramática i en los profesores que lo usan. Aquél puede hacer que los alumnos tengan un regular número de reglas en la memoria, i nada mas: ¿qué se ha conseguido con esto? Los segundos se consagran a enseñarles i explicarles (esto de explicar solo lo hacen los profesores que son capaces de entender la Gramática, porque el resto se contenta con tomar sus lecciones a los alumnos) *la letra grande* de Bello, dejando a un lado la *chica* porque la creen mui difícil i obscura. De ahí que salen del colejio los discípulos de tales profesores i necesitan tomar la pluma para escribir algo, aunque no sea mas que una carta, i los vereis que con mucha desvergüenza escriben que es necesario "que se *empedre* el patio," porque el profesor no les ha obligado a parar mientes en las listas de la segunda clase de verbos irregulares; que se necesitan "dos *kilógramos* de carne," pues al estudiar la ortolojía nadie se ha tomado el trabajo de advertirles que, lo mismo que *paralelográmo*, son graves todos los compuestos de *gramo* i de *litro;* que "*hacen muchos años* A *que no le veia*," pues ni soñaban con que esa *a* i ese *hacen* son la primera horriblemente vulgar e innecesaria i el segundo no deja de tener sus resquemos de incorreccion; que van "*a dentrar* a la clase de física para demostrar con la balanza hidrostática el principio de *Arquímedes*," pues los mui zotes ignoran que jamas se ha dicho en castellano *dentrar* por *entrar*, ni *Arquímedes* por *Arquimédes;* i que "la leccion es mui *fregada*," i que "van *a capear la clase*," i a "comprar *cartuchos* de caramelos," i "a ver el *debut* de la artista Tal," i que dicen cien mil otros espantables desatinos de ese jaez. Los pobrecitos, sin embargo, no tienen la culpa, pues creen que les basta i les sobra haberse remolido durante tres o mas años estudiando "A HABLAR I ESCRIBIR CON CORRECCION," i acaso no les falta razon para admirarse i amohinarse cuando alguno, fastidiado de sus sinrazones, les advierte que no hablan ningun idioma, sino la despreciable jeringonza.

En tres o cuatro años, teniendo por texto la Gramática de Bello, un profesor puede enseñar a sus alumnos a hablar i a escribir con correccion, i si éstos son de feliz intelijencia, con solo un año basta para alcanzar tan raro, tan deseado i tan plañsible resultado. (31)

22. De consiguiente, pues, quien quisiera mejorar el habla de esta nuestra querida patria, quien quisiera que ella no fuese, como lo es ahora (con sola la excepcion de los paises trasandinos), el pais sur-americano en que mas se desconoce i maltrata el idioma de Cervántes, debia empezar a trabajar por el principio, es decir, obligando a los profesores de gramática a aprender gramática, para que a su vez supieran enseñarla a sus alumnos; obligándoles a emplear sistemas prácticos, en lugar de los teóricos

(31) Tengo el honor de conocer al maestro de Gramática Castellana de los mencionados Caro i Cuervo. Este modesto relijioso, hoi avecindado entre nosotros, les enseñó i consiguió que aprendieran *en solo un año* la Gramática del señor Bello.

hoi en boga, que no alcanzan mas que llenar la memoria pueril de reglas incoherentes i sin aplicacion; obligándoles, por fin, a que se corrijieran de sus viciosos hábitos de lenguaje, para ser como deben ejemplos vivientes de correccion en lo hablado i en lo escrito, al modo que para tener un buen maestro de urbanidad, no se escoje a un descortes, ni a un borracho o asesino para profesar la relijion o la moral.

23. Veo que ya me he desviado del propósito i fin deste escrito, que lleva trazas de interminable, con grave perjuicio de la paciencia de los lectores de La Estrella de Chile, i por lo mismo, vuelvo a la *Censura* del señor Saavedra de la que, para usar ménos tiempo, solo contestaré algunos de los cargos restantes. Si quisiera responder punto por punto a todas sus observaciones, habria menester un espacio i un tiempo en muchas veces superiores a los que tengo a mi disposicion, i ese trabajo, largo i laborioso, pero no pesado para mí, lo emprendiera con gusto ahora mismo si supiera que con él alcanzaria algun útil resultado.

24. A *yo* i *tú*, que el señor Bello i la jeneralidad de los gramáticos llaman *pronombres personales*, quisiera el señor Saavedra que se les diera el nombre que él les da de *substantivos personificativos*. Yo estoi por la primera de estas dos denominaciones: 1.° porque *yo* i *tú* se ponen siempre en lugar de los nombres de la persona que habla i de la que con quien se habla, de donde se infiere que la palabra que declara que *yo* i *tú* están en lugar de un nombre en la voz *pro-nombre;* 2.° porque *yo* i *tú* no se parecen a la jeneralidad de los substantivos, los cuales tienen raiz i terminacion; i 3.° porque *yo* i *tú* se declinan por casos, circunstancia que, juntamente con la que acabo de mencionar, los distingue de los demas substantivos.

25. Agrega tambien que erró el señor Bello cuando definió los *pronombres* en jeneral diciendo (32) que son "los nombres que significan primera, segunda o tercera persona, ya expresen esta sola idea, ya la asocien con otra," pues que, a su entender, no están en esta definicion comprendidos los pronombres posesivos. Yo creo que sí lo están, pues me parece que todos cuando oyen decir "*mi* libro," "*tu* libro," traen a su mente la idea de primera o segunda persona, lo que es prueba evidente de que la expresan, si bien unida con la de posesion o pertenencia.

26.—Respecto de la clasificacion de los verbos irregulares, en trece clases, atendidas sus mútuas afinidades, clasificacion tan combatida por el señor Saavedra, solo diré: 1.° Que la clasificacion del señor Bello tiene la ventaja de que solo no entran en ella tres o cuatro verbos caprichosos, miéntras que en la que dan el señor Saavedra i otros no entran unos treinta o cuarenta verbos irregulares; 2.° Que, siguiendo la del señor Bello, el alum-

(32) *Gramática Castellana*, núm. 110.

no puede decir inmediatamente cuáles son las formas irregulares, lo que no sucede en la del señor Saavedra; i 3.° Que en las clasificaciones es mas lójico i mas expedito atender a las mútuas analojías que a las simples variaciones de sonidos.

27.—He oido censurar a algunos, siguiendo talvez al señor Saavedra, las denominaciones que a las formas verbales da el señor Bello. Este en el verbo *amar*, por ejemplo, llama así las formas indicativas: AMO, *presente;* AMÉ, *pretérito;* AMARÉ, *futuro;* AMABA, *co-pretérito;* i AMARÍA, *pos-pretérito*. Yo he defendido siempre esta terminolojía por parecerme mui lójica i mui arreglada a la etimolojía: 1.° Porque la denominacion simple de *pretérito* basta para traer al espíritu la idea de una accion pasada que no continúa en el momento de la palabra; (33) 2.° Porque la voz *co-pretérito* trae a la mente la idea de una accion *que existe con un pretérito*, lo que revela la esencia de este tiempo, como en "yo *estudiaba* cuando tú *viniste*;" 3.° Porque la palabra *pos-pretérito* quiere decir que la accion significada por el tiempo es posterior a un pretérito, como en "yo *dije* que *iría* a paseo," donde la accion significada por *iría* es posterior a la representada por *dije;* i 4.° Porque los nombres de *pasado absoluto, pasado simultáneo, anterior-remoto, futuro absoluto*, i otros dados por el señor Saavedra, sobre ser sumamente oscuros, no tienen antecedente ni aplicacion alguna en nuestra lengua.

28.—En ninguna parte he visto censurada la definicion que da el señor Bello de palabras *compuestas* (en el núm. 58 de su Gramática) i creo que merece serlo, pues no comprende muchas palabras que evidentemente no son *simples*, como *desdigo, pardiez, transponer, infrascripto*, etc. Dice el señor Bello que son palabras compuestas "aquellas en que aparecen dos o mas palabras que se usan fuera de composicion, ya sea que se altere la forma de alguna de las palabras concurrentes, de todas ellas o de ninguna:" yo propondria en lugar de esa definicion esta otra: "Llámanse *palabras compuestas* aquellas en que aparecen dos o mas palabras ya se usen en su misma forma en nuestra lengua, ya hayan sufrido leves alteraciones en la composicion, o en que entra una palabra de nuestro idioma combinada con una o mas partículas compositivas separables o inseparables."

Lo único que respecto de este asunto he leido alguna vez es que falta en la definicion de Bello un requisito esencial, a saber "que los significados de las dos palabras componentes formen el significado del compuesto," i nada digo ahora sobre ello, pero sí lo haré mas tarde detenidamente.

29.—En reemplazo de la siguiente definicion del señor Bello,

(33) Inconvenientes del *pretérito* latino que, a pesar de ser llamado *perfecto* por los gramáticos, significa conjuntamente *pretérito* i *ante-presente*. *Amavi, amé* o *he amado*, puede significar a un tiempo que la accion de amar fué pero concluyó, o que fué i sigue siendo todavía. No adolece el idioma griego de este inconveniente en donde *éti sa* (aoristo) es *yo honré*, i *téti ka* (perfecto) es *yo he honrado*.

me atreveria tambien a proponer otra que me parece subsana los inconvenientes de la primera: "*Nombre propio* es el que se pone a una persona o cosa individual para distinguirlas de las demas de su especie o familia, como *Italia*, *Roma*, *Orinoco*, *Pedro*, *María*."—A mi ver, el nombre propio *Dios* no está comprendido en esta definicion: quién sabe si esta otra será comprensiva hasta la exactitud: "*Nombre propio* es el que sirve para designar a un sér racional i para distinguir a una cosa de las demas de su especie o familia."

30.—Entre muchas cosas que califica de oscuras, el señor Saavedra menciona especialmente esta regla que da Bello para determinar si un substantivo es masculino: "Toda palabra o expresion que sirve de nombre a sí misma: por ejemplo, analizando esta frase *las leyes de la naturaleza*, diríamos que *la naturaleza* está empleado como término de la preposicion *de*," i la califica de *rompe-cabezas* no solo de los estudiantes mas tambien de los profesores. Comprendo que sea inintelijible esta facilísima regla para los profesores de que he hablado mas arriba; pero, no para cualquiera individuo que sepa lo que es *nombrarse a sí mismo*.

31.—En la imposibilidad de seguir, como ya lo dejé dicho, examinando punto por punto todos los que encierra la *Censura* del señor Saavedra, i aguardando a que las notas puestas a la obra de Bello por el señor Cuervo me den espacio para entrar en otras consideraciones a ellos referentes, como las que sujiere el carácter de simple conjuncion atribuido al que llamo *que anunciativo*, i como las que tocan al infinitivo i otros derivados verbales, paso ahora a contestar a las objeciones que se han hecho a la Gramática del señor Bello en obras i artículos aislados.

32.—No quiero, sin embargo, despedirme de la *Censura* del señor don José Ramon Saavedra, sin protestar de algunas aserciones en ella emitidas respecto del mérito de la obra censurada. Dice en el prólogo de su *Gramática de la lengua española* el señor Saavedra:

"El inpugnar yo las doctrinas del señor Bello será talvez un motivo para que mi pequeño trabajo inspire desconfianza a ciertos hombres. La reputacion literaria de este señor les servirá de justificativo a sus recelos. Pero al fin, como el acierto no es un patrimonio de los grandes talentos, yo he visto con pesar que la Gramática del señor Bello, por su materia i por su forma, no puede ménos que producir muchos males en la enseñanza del idioma patrio. Ella contiene doctrinas erróneas en puntos mui fundamentales, como lo hago ver sucintamente en algunas notas de mi Gramática. Ademas es incompleta, pues, aun considerada formando un todo con el segundo volúmen, titulado *Ortolojía* i *Métrica*, le falta la Ortografía, parte tan útil, sino necesaria, para hablar i escribir correctamente un idioma. Por lo que mira a su forma, no hai division de Lexilojía i Sintáxis, sinó que, estas dos partes nadan allí en amalgama sempiterna. Si bien estas dos

partes se rozan en muchos puntos, esta no es una razon para que dejen de tratarse separadamente en una Gramática. La Lexilojía considera las palabras aisladamente, si son sustantivos, verbos, interjecciones, etc., i los accidentes de jénero i número que les corresponden, i la Sintáxis las considera en union con las demas voces que componen la proposicion. Por falta de esta separacion reina un notable desconcierto i confusion en la Gramática del señor Bello, i cualquiera conoce que es imposible que el estudio que por ellas se haga deje de resentirse de la falta de método. A esta causa podria añadir la difusion, como otro defecto de forma que hace poco adecuada como texto de enseñanza la Gramática de que hablo. Su primer volúmen titulado *Gramática*, i la *Ortolojía* del segundo, tienen mas del triple de extension que la mia, aun cuando les falta la Ortografía. De aquí resulta que los estudiantes del segundo año de Gramática española, por el texto del señor Bello, saben casi nada de verdaderas nociones gramaticales, i que para saber algo, es indispensable estudiar por tres años nuestra lengua.

"En presencia de estos defectos juzgué, i juzgo aun, que no deben dejarse sin correctivo. El amor de la verdad i el honor de la ciencia deben sobreponerse a todas las consideraciones puramente personales. Acepto las consecuencias de esta emision franca de mi humilde juicio. Si soi yo quien me equivoco en la censura que hago de algunas opiniones del señor Bello, tendré la satisfaccion de haber provocado una discusion sobre una materia bien interesante."

I en las pájinas 71 i 72 de su *Censura:*

"Por razones que no hai para que exponer aquí, termino ya esta censura, aunque dejo sin analizar veinte capítulos de la Gramática i toda la Ortolojía. Paréceme, sin embargo, que basta lo expuesto para convencerse cualquiera de que la obra censurada, no solo desmerece las alabanzas que se le prodigan, sino que es bien defectuosa i del todo inadecuada para la enseñanza escolar. Los muchos errores que contiene en puntos bien fundamentales, como son la falsa nocion que da del substantivo, adjetivo i verbo, o en otros mui trascendentales e importantes, como la errada idea de los nombres derivados, del jénero gramatical, i los demas defectos que dejo notados, justifican plenamente el pensamiento de esta censura... En presencia de tantas i tan graves faltas que han extraviado la enseñanza de nuestro idioma, me pareceria apreciar en poco los progresos intelectuales de mi querida patria, si no las hubiera puesto en transparencia del modo que me ha sido posible. Algunos de los puntos sobre que ha recaido mi censura, podrán ser contestados, porque, o están controvertidos, o son susceptibles de una respuesta mas o ménos especiosa, pues nunca faltan razones en pro de una mala causa; pero esto no impide el que en los mas importantes, los errores del señor Bello sean palmarios e incontestables."

. . . . . .

"La Gramática del señor Bello ha producido este lamentable extravío. La veneracion supersticiosa con que se la mira i la infalibilidad que maquinalmente se le atribuye, han logrado consagrar como dogmas todas sus doctrinas i mirar hasta en sus formas la obra de alguna misteriosa divinidad."

Yo no atribuyo a la Gramática del señor Bello la infalibilidad, ni tampoco me cuento en el número de sus adoradores; pero sí miro ese libro con la veneracion que inspiran las grandes obras del jenio i los monumentos por éste levantados; la miro como el verdadero código de la lengua castellana, que debe conocer i estudiar todo el que quiera hablarla i escribirla con correccion, i por lo mismo no creo merezca los conceptos con que la califica el señor Saavedra. Que tiene defectos, es indudable, porque es obra humana, i como tal participa del carácter tanto continjente como perfectible de la naturaleza del hombre; pero lo que sí sostengo es que sus ventajas como texto de enseñanza, i su profundidad i comprension como obra majistral superan en tan alto grado a los primeros, que ellos quedan oscurecidos i no se echan de ver.

Santiago, 9 de Julio de 1875.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

(Continuará.)

LA FLOR I LA MARIPOSA.

TRADUCCION LIBRE DE V. HUGO.

La flor a la mariposa
Le decia: no te alejes
¡Diverso es nuestro destino!
Tú te vas; yo quedo siempre.

Mas; nos amamos
I cerca de los hombres
Nunca moramos.

Nos parecemos
En vida i en amores,
I dicen que ámbas somos
Débiles flores.

¡Ai! con la brisa te elevas
Miéntra el suelo me detiene,
¡I perfumarte en tu vuelo
La florecilla no puede!

¡Cuánto te alejas!
¡Por buscar otras flores
Sola me dejas!
I con mi sombra
Sola i triste me quedo
I sola, amado mio
¡Ai tengo miedo!

Vas i vienes incesante
De amores cambiando siempre;
I así me encuentras llorando
Cuando la aurora parece.

Oye querido:
Si quieres que yo encuentre
El bien perdido;
Arráigate a mi lado,
Queda conmigo;
¡O dame que yo pueda
Volar contigo!

Setiembre 16 de 1874.

JUAN R. SÁLAS E.

MUJER.

¡Mujer, mujer! no entiendo esa palabra,
Nube de misteriosas ilusiones,
Que en torno al corazon jirando labra
Un iman de dulcísimas pasiones
Parecido al encanto
De lejanas i lánguidas canciones.

¿Habeis visto en la noche, en esas horas
De vida entre los sueños indecisa,
Vagar entre las sombras, transparente,
Un sér de dulce i lánguida sonrisa
Que el dedo sobre el labio dulcemente
En nieblas incoloras se mecia
I el silencio del sueño os imponia?
Yo lo ví muchas veces i buscaba
En los pliegues recónditos del alma,
En vano lo que el ánjel me indicaba.
Gloria i placer cruzaban por mi frente
En un tropel que el corazon ofusca;
Mas pasaban, pasaban,
I el ánjel me decia: busca, busca.

Llegaba una mujer pura, inocente:
Entónces se extinguia
Del corazon el último latido;
Mi alma i la de ella a otras rejiones iba,
Do solo amor colora el pensamiento,
Me embriagaba su aliento,
El ánjel se volaba i yo... dormia.

Es la única leccion que yo en el mundo
Para saber lo que *mujer* indica,
He aprendido en la vida.
Hija del sueño i como tal querida,
Hija de la ilusion i del encanto,
Por eso la conservo
I ahora en mis versos de placer la canto.

¡Una mujer! aroma de la vida,
Sér ideal que no conozco i amo;
¡Mujer! dulce reclamo
Que el corazon que alienta el sentimiento
Contesta estremecido.
Un corazon fatal que no ha aprendido
A palpitar al par de otro adorado,
Es un pedazo de materia helado,
Pasto del desamor i del olvido;
Fuente que se despeña en el vacío
Sin que una flor retrate su corriente,
Ni una lágrima tierna e inocente,
Al correr solitario,
Beba en su paso mísero i precario.
Nido de desamor, desierto estéril
Sin un ave de paso ni una palma,
Soledad venenosa
Que agosta el corazon i quema el alma.

Yo aprendí una leccion que nunca olvido
Porque en la noche triste,
Ornado con sus pálidos beleños,
La modula dulcísima a mi oido
El ánjel misterioso de mis sueños.

. . . . . .

Quiero dormir, que en sueños solamente,
Léjos de nuestra cárcel de materia,
Gozo en letargo plácido i profundo
El *amor de mujer*, puro, inocente,
Cual no lo sabe comprender el mundo.

Santiago, 2 de Julio de 1875.

JULIO M. MONTERO.

MARGARITA.

(A MI AMIGO A. L. P.)

Nada horroriza mas que la idea de un amor impuesto.

¿Será verdad que hai padres que imponen a sus hijas el amor? Esos padres deben padecer una perturbacion mental.

¡Mandarai corazon! Tanto valdria cambiar el curso del Nilo o decir a la tierra que se pare.

(CATALINA, *La Mujer*.)

I.

A fines del pasado siglo se veia en cierta calle de Santiago una de aquellas antiguas casas de gran fachada i enorme patio que tan bien pintan el gusto arquitectónico de la era colonial.

Un alto i gallardo *mojinete* ostentaba el complicado escudo de familia, en que se veian cuadrúpedos, aves, mónstruos, palmas i laureles, distribuidos con cierta simetría. Remataba el escudo con una corona sostenida en la punta de una lanza, cuyo mango dividia por mitad el cuadro.

En el interior de aquella casa, todo era tambien vetusto por demas, aun para la época de nuestra referencia. Las puertas, de madera labrada a cuadros, eran tan grandes que bien pudieran servir por su tamaño para puertas de calle. Las rejas de las ventanas se extendian como tupido ramaje sobre la pared, abrazando con sus dibujos una grande extension.

En los salones se veian las paredes tapizadas con telas valiosas, llenas de pinturas que representaban escenas i paisajes diversos. El techo artesonado lucia del mismo modo otras pinturas de flores i de extravagantes imajinaciones. Los muebles, dorados i de rica madera, correspondian por su construccion a la antigüedad del techo i de las paredes.

La accion del tiempo, que todo lo gasta i lo consume, era lo único que se notaba allí. El desaseo i el abandono estaban mui léjos de aquella casa, en que por otra parte los años habian grabado profundamente las huellas de su paso inexorable.

El silencio i la inmovilidad parecian ser los habitantes de esa mansion. En ella nada hacia presumir que la ocupasen vivientes. Solo en la noche se veia entrar uno que otro embozado caballero, a cuya presencia se abrian las puertas dejando salir del interior de las piezas una luz tenue i amortiguada.

Apesar de que cualquiera hubiera creido que en tal casa nadie habitaba, a juzgar por su aparente soledad, sin embargo, todo Santiago sabia mui bien que en ella vivia una familia respetable por su fortuna i por su nobleza.

¿Quién era el dueño de casa?—Un español apellidado Hernandez de Peñalta, hombre que pasaba de sesenta años i que poseia un rico mayorazgo. Su familia estaba reducida a una hija única, que apénas contaba dieziocho primaveras. Los demas habitantes de la casa eran jentes de servicio. Todos eran esclavos que desde mui largos años habian pertenecido a la servidumbre de la familia.

Hernandez era un hombre de carácter reservado i orgulloso. Los pergaminos de su jenealojía i las rentas de su mayorazgo le habian hecho disfrutar siempre de una envidiable consideracion social; i esto mismo lo hacia aun mas altanero cuando creia que no se le tributaban los homenajes debidos a su persona.

Su intelijencia estrecha i superficial lo hacia sumamente aferrado a las mezquinas opiniones que formaban su ciencia. Cuando Hernandez concebia una idea, era imposible disuadirlo con las razones mas palpables. Abrigaba las mas erróneas doctrinas sobre todas las materias i las defendia con tanto vigor como si fueran verdades. En esta parte, Hernandez era un hombre que no admitia mas ciencia que la suya ni encontraba talento superior al propio. Por eso, en medio de la sociedad que lo rodeaba, su tono era majistral i su estilo sentencioso. I como nadie lo contradecia por temor de disgustarlo, hablaba siempre como si fuera un consumado doctor. Ademas, el modo de hablar pausado i gra-

ve, le daba cierto aire de suficiencia, que el mayor número de sus tertulios i comensales creia consecuencia lójica del valer indisputable del personaje.

Hernandez era viudo.

Casado durante muchos años, habia ido perdiendo poco a poco la esperanza halagüeña de verse rodeado de hijos que continuasen su nombre i que fuesen el consuelo i la luz del hogar.

Su mujer, ilustre i virtuosa matrona, pedia incesantemente al cielo el don de un hijo siquiera. En sus plegarias elevaba a Dios sus votos, porque vivia sola i porque algo le faltaba en la vida.

Por fin sus ruegos fueron oidos i llegó a ser madre cuando los años comenzaban ya a cargarla con su peso.

Se comprenderá el júbilo indecible que se apoderó de ella i de su marido una vez que vino a la luz de este mundo la descendencia tan deseada.

Un hogar sin hijos es como un hogar sin lumbre. En los matrimonios sin hijos hai siempre algo de triste, algo semejante al silencio i a la soledad de una mansion abandonada.

¿Cómo no regocijarse entónces al ver que una nueva era iba a comenzar para ese matrimonio en que ántes faltaba el vínculo mas precioso del afecto conyugal?

Hernandez recibió con inmensa alegría la nueva de que era padre de una hermosa niña.

Desde entónces el amor paternal influyó en su carácter suavizándolo un tanto i predisponiéndolo a mas tiernos sentimientos. Pero el albergue que daba en su corazon al afecto de padre, no alcanzó nunca a cambiar el fondo de su carácter vano, presumido i testarudo.

La madre se consagraba cada dia con mayor anhelo a formar el corazon de su hija, a quien amaba con toda la fuerza de su alma.

La niña creció en medio de las comodidades i solicitud de sus padres, llegando a ser en pocos años la delicia del hogar.

II.

Margarita era el nombre de esa feliz criatura.

Si la naturaleza fué pródiga para dotarla de los encantos de la belleza, tambien es cierto que su madre supo dotar su espíritu con las mas hermosas cualidades.

Margarita brillaba precozmente por su admirable discrecion. Al mérito de sus virtudes añadia el atractivo del injenio i de una fantasía soñadora,

Su corazon solo abrigaba sentimientos nobles; i si en él ocupaban una gran parte la ternura i el amor filial, tambien se distinguia una notable elevacion de carácter, que realzaba esos sentimientos.

Alegre, iluminado siempre el rostro con una encantadora sonrisa de candor i de inocencia, Margarita mostraba toda su alma en sus ojos negros como la noche.

Margarita era bella, pero mas que bella de cuerpo era bella de alma i de corazon; por eso inspiraba una simpatía irresistible.

A los dieziseis años perdió a su madre, esa santa mujer que habia formado a Margarita como un artífice modela una hermosa estatua. Murió la madre, pero cuando su obra podia considerarse acabada en cuanto a la educacion. El sentimiento que mas amargura le causaba en el lecho del dolor era el dejar a su hija casi sola en medio de los peligros i de las seducciones de una sociedad engañosa e interesada.

Por eso, viendo ya cercano el postrer momento de la vida, hizo un esfuerzo para contener las lágrimas, que brotaban de sus ojos a la sola idea de que tenia que despedirse para siempre de los suyos. Con el espíritu aparentemente tranquilo i sereno, pero en realidad devorado por una dolorosa amargura, llamó a su hija para que recibiese de sus labios los últimos consejos i la postrera bendicion.

—Margarita, le dijo con voz entrecortada, pero firme i afectuosa, no te olvides jamas de lo que siempre te he inculcado: el deber sea la regla de tu vida.... Cuando te digan que eres hermosa, no creas, deshecha la adulacion.... Cuando te pinten el mundo lleno de atractivos i te conviden a un paraiso de felicidad, no hagas caso, porque eso es vanidad i mentira.... La felicidad solo se halla en la práctica de la virtud: sé virtuosa ante todo.... Si álguien solicita el afecto de tu corazon, mira mucho a quién se lo entregas: atiende al mérito i no a la fortuna. Muchos te lisonjearán i celebrarán tu belleza a porfía: pero cierra los oidos a la alabanza, no consientas el orgullo. Ama i cuida siempre a tu padre.... Yo seguiré velando por tí i mi alma te protejerá desde el cielo.... ¡Adios!

No pudo hablar mas, porque un nudo estrecho cerró su garganta.

Margarita, fuera de sí, helada la sangre, estremecido su cuerpo i destrozado su corazon, prorrumpió en sollozos de hondo dolor, i, abrazando a su madre, mezcló sus lágrimas con las de esa heróica mujer.

Primero el delirio, despues la fiebre se apoderaron de la niña, que repetia maquinalmente las palabras que acababa de oir i llamaba a voces a su madre.

Cuando volvió en sí, era huérfana.

—Tu madre está en el cielo, le dijo su padre: yo solo he quedado para cuidarte. Quizás pronto....

No se atrevió a concluir, porque notó que su hija era presa de una sombría desesperacion, que felizmente estalló en copioso llanto.

III.

Pasaron dos años.

La casa de Hernandez era visitada por los viejos amigos del español, que noche a noche iban a conversar con él acompañándolo a la cena i a jugar una partida.

Unos cuantos jóvenes habian conseguido entrar tambien, llevados por el interes de la rica i hermosa heredera de Hernandez. Pero las mas de las veces no se presentaba Margarita, i tenian que soportar entónces la conversacion i sociedad de hombres que, por pertenecer a otra jeneracion, no podian inspirarles el atractivo de la comunidad de ideas i de la semejanza de caractéres.

Uno de esos jóvenes era el predilecto de Hernandez.

Por medio de mil trazas i combinaciones, supo acercarse al terco español i desplegó tanta habilidad en su tarea, que en poco tiempo gozaba de la plena confianza i del ardiente cariño del padre de Margarita.

Ruiz (tal era el apellido de ese jóven) tenia una admirable táctica para adivinar el pensamiento de Hernandez. Siempre se colocaba en el mismo punto de vista que él i parecia ver con los mismos ojos del español. Por otra parte, envolvia siempre en sus reflexiones i raciocinios una finísima lisonja que hacia sonreir de satisfaccion al anciano, pues pensaba que aquel hombre, al esforzarse por ocultar el elojio, procedia por modestia i no podia abrigar el designio de adularlo. Ademas, Ruiz sabia portarse grave o jocoso, lijero o pensador, segun observaba el humor de Hernandez.

Con todas estas recomendaciones, no puede extrañarse que Ruiz cautivase completamente el afecto i la confianza mas ciega de Hernandez, hasta el punto de que éste se disgustaba visiblemente cuando álguien no tributaba al predilecto jóven aquellas nimias consideraciones a que el anciano estaba acostumbrado. Cuando por una rara casualidad Ruiz faltaba en la noche a la casa de Hernandez, éste no estaba contento i su humor se agriaba de un modo notable.

Fuera de la casa de Hernandez, Ruiz era un hombre rumboso que gastaba como un millonario i se daba los aires de jeneroso con los amigos i galan con las damas. Su nombre se pronunciaba casi siempre en las relaciones de aventuras i de intrigas amorosas; pero de los corros que los jóvenes sus amigos formaban no salia jamas la traicion, i para la alta sociedad, a que tanto Ruiz como sus amigos pertenecian, el concepto i reputacion del primero era el que hemos dicho, de ser un mozo galan, desprendido, un tanto fastuoso i elegante.

Pero en presencia del padre de Margarita, Ruiz era otro hom-

bre mui diverso: juicioso, modesto, humilde, honrado i afable, parecia el sujeto mas digno de respeto i de estimacion.

Habia venido del Perú trayendo unos envidiables pergaminos i una cuantiosa suma de dinero, que eran las principales causas del favor que le dispensaba la sociedad i motivos mui razonables para que Hernandez le acordase un lugar preferente en su aprecio.

IV.

Hernandez se halagaba con la idea de casar a Margarita con Ruiz. Formaba mil planes i mil proyectos con tal esperanza. Se creia mui feliz cuando algun suceso cualquiera, por insignificante que fuese, le hacia vislumbrar la realizacion de su deseo.

El español a toda costa deseaba establecer bien a su hija i pensaba que nadie habia mas digno de ella que su *hijo*, como llamaba frecuentemente a Ruiz. Era rico, noble, honrado i juicioso; era simpático i de apuesto continente. ¿Qué mas era dable?

Pero Hernandez tropezaba siempre con un estorbo que lo inquietaba i solia causarle estrañeza.

El tal tropiezo no era otro que el mismo Ruiz, que jamas habia manifestado a Margarita el menor interes delante de su padre. A juzgar por las apariencias, nadie hubiera sospechado que Ruiz se interesaba por ganar el corazon de la niña. Todas las atenciones del jóven se dirijian al español. La amistad mas íntima i desinteresada parecia ser la causa de que Ruiz estuviese unido a Hernandez por tan estrechos vínculos de afecto i estimacion. A Margarita dirijia el astuto jóven solo aquellos cumplidos i atenciones que la urbanidad prescribe: de ahí en fuera, Margarita parecia serle del todo indiferente.

Siempre que en la intimidad de una conversacion de confianza Hernandez trataba de llevar a Ruiz al terreno apetecido de una manifestacion de su alma, i comenzaba a hablarle de Margarita para sondear su corazon, el jóven solo con hacer de la niña uno que otro vulgar elojio, sacaba pronto la conversacion de ese terreno i, ocultando hábilmente su pensamiento, dejaba al anciano a oscuras de los planes que abrigaba allá en su interior.

Pero avanzando el tiempo, aquella simulada indiferencia de Ruiz hubo de cambiarse por convenir así a sus intereses. Las deudas contraidas en sus despilfarros i calaveradas, fueron minando poco a poco la fortuna que alcanzara a reunir en el Perú, quién sabe cómo. La chismografía de los salones comenzaba a acusarlo i era preciso poner pronto remedio a esos males.

Aprovechando la ocasion que juzgó mas oportuna, se dirijió a Margarita pintándole el ardiente amor que le profesaba, amor puro, desinteresado i sincero.

—Solo busco tu corazon, le dijo, Yo soi hombre de fortuna: no puedo abrigar ambicion ni móviles mezquinos. Te adoro en lo mas profundo de mi alma i espero que seré completamente feliz si tú correspondes a mi afecto.

Margarita permanecia silenciosa i tranquila. Oyó todo lo que Ruiz le habia dicho, como si fuera una estatua de mármol.

—¿Qué respondes? Habla sin temor, le observó el jóven despues de un instante de silencio.

—No puedo amarte, le dijo la niña fijando en él sus ojos negros.

—¿Por qué? balbució Ruiz, bajando la vista.

—No te empeñes en saber la causa de mi negativa. Solo te advierto que serán inútiles todos tus esfuerzos por obtener mi amor. No te fijes en mí: busca una niña que te corresponda.

Las últimas palabras de Margarita fueron acompañadas de una sonrisa tenue, juguetona, que vagó por sus labios. Esa sonrisa heló al jóven como si sobre él hubiera caido nieve. Conociendo que era signo de un profundo desden i que equivalia a una terminante repulsa, comenzo a sentir que la rabia de semejante humillacion oleaba dentro de su pecho; i ántes que se convirtiera en deshecha tormenta, se puso de pié trémulo el cuerpo i descompuesto el semblante. Saludó cortesmente a Margarita i se puso en camino sin encontrar recurso que le valiese para salir de la situacion en que se encontraba.

Cuando se serenó un tanto su espíritu, dijo para sí:

– Todas las mujeres comienzan por negarse; despues aceptan. A fé que Margarita no me ha de vencer.... I si no quiere por bien, querrá por mal: yo me he de casar con ella; i si no me ama de grado, me vengaré casándome con ella contra su voluntad: tengo la de su padre segura. Ya veremos si le pesa haberse reido de mí....

V.

Margarita no era una niña insensible. Por lo contrario era de una sensibilidad profunda. Los sentimientos no se manifestaban en ella con el aparato de un ridículo sentimentalismo, pero no por eso dejaban de existir puros, elevados i simpáticos allá en lo mas hondo de su corazon.

La hija de Hernandez distaba mucho de asemejarse al mármol en la dureza, a la nieve en lo helado. Pero tampoco podia acusársela de nimia blandura ni de excesiva terneza. Evitando ámbos estremos, su carácter guardaba el término medio de la virtud.

Sus sentimientos se ocultaban como la modestia; pero embellecian la existencia con el aroma de la suavidad, con el encanto de la ilusion.

Amaba, pero callaba su pasion; soñaba, pero no referia sus sueños; sentia ajitarse un torbellino de sentimientos dentro de su corazon, pero sus labios no la tracionaban jamas.

Era una alma que vivia de sí misma i ejercia imperio sobre sus acciones.

Desde que conoció a Ruiz, sintió por él una invencible antipatía. Encontraba en ese hombre algo de repugnante i de bajo que repelia en su interior, pero sin manifestárselo a nadie.

Al principio le bastó para rechazarlo la sola apariencia del carácter que Ruiz parecia ocultar. Despues, andando el tiempo, vino a convencerse de la hipocresía i simulacion, de la intriga i del engaño que habia en cada uno de los actos de tal hombre. Por eso tambien la repugnancia que le inspiraba se aumentó gradualmente.

Sin embargo, cuando Hernandez en presencia de su hija alababa a Ruiz, i llegaba a sostener que era el hombre mas apreciable que habia conocido, el mas intelijente i honrado que se pudiera imajinar, la niña se guardaba mucho de manifestar a su padre la antipatía que profesaba a Ruiz.

Margarita amaba a otro jóven que distaba mucho de asemejarse al hipócrita adulador de Hernandez. Pero tambien se esforzaba por ocultar su afecto, concentrándolo en lo íntimo del pecho, i dándole suave i encantadora espansion allá en las horas de silencio i en la soledad, que buscaba con anhelo.

Margarita amaba a don Luis de Rivera, jóven de gallarda presencia i de inmaculados antecedentes.

Vástago de una familia noble, pero poco favorecida de la fortuna, Rivera llegó hasta la casa de Hernandez por la recomendacion de un amigo del español que sabia apreciar el mérito i las virtudes de su protejido.

De carácter altivo e independiente, de pasiones vivas, de magnánimo corazon, leal i sincero en sus actos, Rivera tenia el talento de la propia dominacion.

Estas cualidades lo habian hecho altamente simpático a Margarita, cuyo corazon buscaba tiempo hacia otro corazon en que reposar, otro sér que participase de su alegría, de sus aspiraciones, de sus dolores, de algo de su alma.

Muchas veces Margarita, sentada junto a don Luis, pareció sentir el latido vehemente del corazon del jóven. Al oir su voz, al recibir su mirada, al contemplar la expresion de su semblante, sentia como un blando arrullo que adormecia su alma esparciendo suavísimo encanto en su apasionado corazon. Margarita soñaba entónces sueños de dicha indecible: las ilusiones seductoras i las risueñas esperanzas teñian jugueteando el horizonte de su porvenir.

Mecido el espíritu de la niña con el soplo encantador de la felicidad, arrancaba sones májicos, arrebatadores, sublimes de las cuerdas de su arpa, que pulsaba cuando se veia sola para dar

salida a la muchedumbre de sentimientos que sentia bullir dentro del corazon.

VI.

Cuando Rivera comenzó a visitar la casa de Hernandez, ya Ruiz se habia adueñado del ánimo del anciano del modo que se ha dicho.

Apénas Ruiz le vió allí, vió tambien en él un enemigo de sus planes, un perturbador de sus esperanzas; i desde entónces le declaró una guerra sorda i solapada en que ponia toda su astucia i habilidad para desconceptuarlo en el ánimo del español i de sus amigos.

Rivera no adulaba a nadie. Manifestaba sus sentimientos con sinceridad i exponia sus convicciones sin miedo ni apocamiento de espíritu. Decia lo que pensaba i era incapaz de ofender a otro por mal corazon.

Ruiz procuraba siempre poner en ridículo al que juzgaba su rival. A este fin, en la sociedad de Hernández le dirijia bromas i bufonadas con la intencion de envolverlo i desconcertarlo, haciendo reir a costa de su sorpresa i admiracion. Otras veces se empeñaba astutamente en hacerlo sustentar las opiniones i expresar los sentimientos a que el viejo español profesaba mas odio i antipatía.

I cuando lograba Ruiz poner en desacuerdo al jóven con el padre de Margarita, se apresuraba a tomar la defensa del segundo en términos tales, que Rivera debia por prudencia callar.

Demas de esto, siempre que Ruiz estaba solo con Hernandez, tenia especial cuidado de dirijir contra su rival una que otra disfrazada alusion tendente a desacreditarlo.

No pasó mucho tiempo sin que Hernandez profesase a Rivera un oculto desprecio, mezclado a veces de cierta mal disimulada rabia.

Por este motivo, conociendo el jóven Rivera que se le tenia mala voluntad, i no estando dispuesto, por otra parte, a servir de blanco a calumnias i ruines entretenimientos, resolvió alejarse en lo posible de aquel campo vedado para la entereza de su carácter.

Una cosa lo contenia, sin embargo. Amaba a Margarita i no podia resolverse a abandonarla a discrecion de la perfidia i de la mas funesta ignorancia.

¿Qué hacer en tales circunstancias?

¿Pediria a Hernandez la mano de su hija?—Pero mui bien calculaba Rivera que semejante paso le costaria un rechazo, insufrible para su carácter.

¿Hablaria a Margarita contándole lo que pensaba i comunicán-

dole su resolucion?—Pero Rivera nunca habia declarado su afecto a Margarita, i por lo tanto, ¿qué podia decirle?

Sin embargo, se determinó a tomar el partido de acercarse a la niña i explicarle el motivo de su resolucion.

Aprovechando la primera oportunidad, don Luis dijo a Margarita:

—La situacion en que me encuentro respecto de tu padre me obliga a tomar una determinacion mui dolorosa para mí. Tú sabes que soi mirado con desprecio i quizas aborrecido. Debo separarme de aquí.... pero hai algo que no puedo vencer.... ¡Margarita, tú has cautivado mi corazon!....

Despues de pronunciar estas palabras, Rivera calló, porque un tumultuoso torbellino de sentimientos ajitó su espíritu con invencible fuerza.

Entónces, de los ojos de Margarita brotó una lágrima, no de dolor, no de alegría, sino de la honda emocion que experimentaba. La tempestad que bullía en su alma la hizo asomar a los ojos.

Recobrándose un tanto, dijo al jóven:

—Yo tambien te amo desde mucho tiempo. Mi corazon habia adivinado el tuyo. Yo no puedo vivir sin tí.....

—Pero, ¿cómo encontrar un remedio a mi mal? Entre nosotros está tu padre: él se opone: ¿qué hacer?

—Yo hablaré a mi padre, dijo la niña, ¡él es bueno i no querrá hacerme desgraciada para toda la vida! Yo siempre seré tuya, nada habrá que me separe de tu amor.

—¡Lo creo! dijo el jóven; pero mi amor te va a hacer desgraciada: lo sé como si lo viera.

—¡Ten fé en el porvenir, no desmayes, yo sabré vencer!

—Todo lo sufriré por tu amor, dijo el jóven con acento de firmeza inquebrantable.

VII.

Un dia Hernandez llamó a Margarita i con el semblante lleno de gozo le dijo:

—¡Vas a ser mui feliz, hija mia!

—¿Cómo, padre? ¿qué es lo que hai?

—Ruiz, mi querido hijo, ha solicitado tu mano i yo se la he concedido con sumo gusto. Es un jóven excelente, que hará tu felicidad en esta vida. Te ama con delirio i tú debes corresponderle: es digno de tí.

—¡Por Dios, padre! no me digais eso.

—¿Por qué? dijo Hernandez sonriendo.

—¡Porque yo no puedo amar a ese hombre detestable!

—¡Qué dices, niña! dijo Hernandez admirado de tan extraña respuesta.

—Padre, continuó Margarita, si quereis hacerme desgraciada unidme a ese hombre. Mirad que Ruiz es un hombre falso, que con su hipocresía os ha engañado. Ruiz es un malvado: preguntad a los que le conocen bien i lo sabreis. Yo no puedo casarme con él sin ser desgraciada. ¡Por Dios, padre mio, no me obligueis a unirme a ese hombre!

Hernandez, al oir semejantes palabras, pasó de la mas profunda extrañeza a la mas furiosa rabia. Irritado por la contestacion de Margarita, tan ofensiva a Ruiz, gritó a su hija:

—¡Quieras o no quieras, te has de casar con Ruiz! Tú no sabes lo que dices. ¡Reflexiona sobre tu porvenir!.... ¡Mañana lo veremos!

Las últimas palabras de Hernandez indicaban por el tono i el ademan con que las profirió la resuelta voluntad del español. ¡Eran para Margarita una terrible amenaza!

La niña se retiró a su pieza poseida del mas amargo dolor. Dando libre salida a su amargura, prorrumpió en sollozos i despues en prolongado llanto.

Algunas horas mas tarde pudo comprender lo angustiado de su situacion. Pero en el amor hai un heroismo sublime que predispone a los mas tremendos sacrificios, i fortifica dando audacia para las mas difíciles pruebas. Margarita se encontraba entre el amor ardiente que abrigaba por Rivera i el afecto paternal que la inclinaba a sacrificarse en aras de la obediencia. De ahí la lucha mas horrible i la amargura mas dolorosa para su amante corazon.

Al dia siguiente, Heanandez volvió a llamar a su hija i le preguntó con voz desabrida:

—¿Te has resuelto al cabo? Dí que piensas.

—¡Padre, dijo la niña, echándose a los pies de Hernandez, por favor, perdonadme.... yo no puedo casarme con Ruiz.... lo detesto....amo a otro, amo a Luis de Rivera i tengo prometido no casarme con nadie sino con él!

—¡Ah! ¡lo comprendo todo ahora! no quieres casarte con Ruiz, porque amas a ese orgulloso i altanero mozalvete que te ha engañado...¡Infame!

—¡No digais eso!

—Pues bien, te prevengo que en unos quince dias mas todo quedará arreglado. Apróntate para el dia de la boda. Véte a tu pieza i te prohibo salir de ella hasta que yo te llame. Ese será el castigo de tu orgullosa resistencia.

—¡Oidme, padre: yo no quiero desobedecer vuestras órdenes, pero yo no puedo mandar a mi corazon. Vos mismo os arrepentireis pronto de la resolucion que ahora tomais, porque conocereis que uniéndome con Ruiz seré desgraciada.

Hernandez hizo que Margarita se fuese a su habitacion i ordenó que no se le permitiera salir de allí sin su licencia.

VIII.

El obstinado Hernandez se propuso tener entónces una entrevista con Rivera a fin de descargar en el jóven toda su furiosa rabia. Pero a instancias del mismo Ruiz, encargó a éste semejante mision, encomendándole la desempeñase con toda enerjía i con desusado rigor.

Ruiz se presentó efectivamente en la casa de Rivera solicitando tener con él una entrevista. Fué recibido con seriedad, pero sin ofensa ninguna a su persona.

Ruiz, con la sonrisa en los labios i con el rostro i actitud de la mas obsequiosa amabilidad, dirijió la palabra a su rival, que manifestaba mui a las claras la repugnancia que le inspiraba la hipocresía de aquel hombre.

—Sed breve, le dijo Rivera.

—No os molestaré en lo mas mínimo, murmuró Ruiz.

—¿Qué teneis que decirme?—Vamos pronto al objeto que os trae.

—Vamos al objeto, agregó Ruiz. Es que os traigo una noticia que debeis saber.... El bondadoso caballero Hernandez me ha encargado que pase a veros para comunicaros su órden de que no volvais mas a su casa, que habeis perturbado con vuestra conducta indigna....

—¡Infame! interrumpió Rivera, salid de mi casa ántes que os pueda acontecer algo que os desagrade.

—Tranquilizaos, dijo Ruiz con una leve sonrisa.

—Lo que me habeis dicho es una miserable calumnia que yo sabré vengar.

—Hernandez, agregó Ruiz, se prepara a tomar otras medidas mas serias contra vos. Escuchad, señor Rivera, yo os quiero servir en esta ocasion. Lo que os conviene es la fuga pronta i sijilosa. Creedlo; tengo motivos para decirlo. Ademas, habeis de considerar que no podeis casaros con Margarita, la cual me pertenece ya. Es bueno que sepais que en pocos dias mas será mi esposa. Está pedida i solo faltan las bendiciones. Pensad, pues, lo que os conviene.

—¡Miserable! dijo Rivera, asiendo de un brazo a Ruiz; retírate de aquí i agradece que no quiera mancharme con tu sangre. Margarita no puede ser tuya. Tu ruin maldad será castigada. Dí a Hernandez que un hombre honrado no huye; que estoi pronto a lo que quiera hacer....

Ruiz se retiró i fué a contar a Hernandez el resultado de la conferencia.

IX.

Durante los quince dias que duró su reclusion, Margarita tuvo que padecer de un modo indecible por la lucha que trabajaba su espíritu. En el dia, una mujer que su padre le habia dado para que la serviese, la importunaba rogándole que amase a Ruiz. De noche, Hernandez la hacia salir al estrado cuando Ruiz estaba de visita; i la desgraciada niña tenia que oir los repugnantes requiebros de ese hombre, que le juraba amor i le prometia felicidad, cuando su pecho solo encerraba ruin bajeza i respiraba maldad detestable.

Por fin, el dia convenido para la boda hubo de llegar i Margarita iba a ver sucumbir sus ilusiones de ventura, disipándose de un solo golpe el risueño paisaje de sus ensueños i esperanzas.

Ataviada con todos los ricos aderezos que correspondian a su posicion i hermosura, Margarita salió al salon con su traje de novia i apoyada en el brazo de Ruiz.

En su vista habia algo de extraño, algo que anunciaba un estallido de sus facultades. Con todo, su continente solo parecia indicar la serenidad i la resignacion. Radiante de hermosura, aun se le veia sonreir melancólica i distraidamente. Era una víctima que aguardaba en aparente tranquilidad el golpe tremendo. Era una bella i airosa flor que iba a agostarse en pocos instantes mas.

Ya llega el momento supremo.

Un sacerdote se levanta. Pregunta primero a Ruiz i despues se dirije a Margarita diciéndole:

—¿Lo recibis por esposo?

Un silencio profundo reinó entónces. Margarita, de pié, fijos los ojos en el sacerdote, con voz firme i entera dijo:

—¡Nó!

I cuantas veces se le repitió la pregunta en medio del mas profundo asombro de los circunstantes, dió la misma contestacion cada vez mas enérjica.

Ruiz estaba confundido. El aturdimiento de Hernandez no le permitia hablar. Un sordo rumor de voces i de murmullos se oia por el salon.

Margarita se sentó con el semblante sereno, pero luego cayó en una especie de vértigo que le quitó el habla i la accion.

—¡Está loca! decian unos.

—¡Se muere! decian otros.

Entre tanto, Margarita fué llevada a su habitacion, i el concurso de jente comenzó a desbandarse, haciendo comentarios de aquel estraño suceso.

X.

En los primeros instantes, el porfiado español estaba incapaz de discurrir nada. Viendo por una parte el peligro de Margarita i como desatentado por lo que acababa de presenciar, no sabia qué hacer en tan críticas circunstancias. Pero, cuando, pasadas algunas horas, Margarita recuperó el pleno uso de los sentidos, su padre determinó encerrarla en un monasterio por lo ménos un año, para castigar la desobediencia i para que allí Margarita tomase el partido que debia abrazar segun se lo dictase su conciencia.

En efecto, algunos dias despues, Margarita estaba en una desnuda i solitaria celda de un monasterio, entregada a profunda tristeza. Expiaba su falta.

Pero ántes de que se cumplieran tres meses, los sucesos fueron encadenándose de tal modo que cambiaron completamente la faz de las cosas.

Ruiz, primero acosado por la vergüenza del chasco sufrido; despues viéndose próximo a una ruina temible en su fortuna i en su reputacion, revolvia varios proyectos en su fantasía para remediar su apurada situacion, sin encontrar ninguno que le pudiese salvar.

Resolvió, por fin, fugarse para ocultar su vergüenza. Pero ántes quiso vengarse de Rivera, a quien culpaba de la resistencia de Margarita.

Una noche se presentó armado en la casa de Rivera i al ver a éste, le disparó un tiro, tomando precipitadamente la fuga.

Rivera cayó herido, bañado en su propia sangre; pero el criminal fué tomado preso cuando ya se creia libre.

Afortunadamente la herida de Rivera no fué grave.

La prision de Ruiz, el escándalo que habia dado i el descrédito en que habia caido, hicieron que se levantaran contra él mil acusaciones abrumadoras. Se publicaron sus calaveradas, se supo la vida que habia llevado i su reputacion cayó arruinada por su propio peso.

Hernandez, que al principio no creia nada de lo malo que se hablaba contra Ruiz, se vió obligado a reconocer en su protejido un verdadero criminal. Arrepintióse de la violencia que habia pensado hacer en la voluntad de su hija i mandó que inmediatamente se la sacase del monasterio.

Cuando la vió a su lado, la abrazó tiernamente i lloró con ella....

—Hija mia, le dijo el anciano, tú tenias razon; yo estaba equivocado. Ruiz era un perverso. Lo sé todo. ¿Amas aun a Rivera?

—Sí, padre mio, contestó conmovida la niña; siempre lo amaré.

—¡Pues sé feliz con él!....

Rivera perdonó la ofensa que se le habia hecho i labró la felicidad de Margarita.

Diciembre de 1874.

VICENTE AGUIRRE VÁRGAS.

LAS FLORES.

¡Ojalá que rodando placentero
En las alas del aura el canto mio,
Se prenda en algun cáliz hechicero
Como una fresca gota de rocio!

EUSEBIO LILLO.

¡Cuán hermoso es vivir entre las flores
I cuán suave su aroma seductor!
Entónce olvida el alma sus dolores
I palpita gozoso el corazon.

¡Feliz mil veces la avecita bella
Que entona cerca de ellas su cancion,
Cuando aparece la primera estrella
O cuando aurora nos anuncia el sol!

¿Quién no ha admirado en la estacion florida
En elegante tallo linda flor?
I ¿quién no ha suspirado al verla herida
Por la furia del viento destructor?

¿Quién no mira el candor de tierna niña
En la blanca azucena i el jazmin
Queriendo siempre que a su frente ciña
Corona de azucenas del pensil?

¡Ah! cuántas veces cuando el alma llora
Las lágrimas que alivian su dolor
Humedecen el cáliz que colora
Con su naciente luz un nuevo sol!

Al lado de las perlas de la aurora,
Que airosa ostenta la galana flor,
Las lágrimas se muestran del que llora
Enlazando el placer con el dolor.

¡I cuántas veces, cuando el alma canta
La ventura que embriaga al corazon,
Avida busca la graciosa planta
En que se mece la aromada flor!

Cuando las mueve el aura blandamente
¿No sentis el aroma embriagador,
Perfume de sus besos inocentes,
De amorosas palabras portador?

El que no sabe amar las blancas flores,
Emblemas de la dicha i el placer,
No amará con purísimos amores
Ni podrá sus secretos comprender.

Graciosas flores, nacaradas rosas,
Lindos adornos, galas del verjel,
Os presentais, por la mañana, hermosas
Imájen de la cándida niñez.

¿Quién cual vosotras en el campo ameno
Mas vistosas sus galas ostentó?
¿Quién os perfuma el amoroso seno?
¿Quién os presta las rosas del rubor?

Sencillas flores, nacaradas rosas
Yo he contemplado cuando nace el sol
Alegres i lijeras mariposas
Posarse en vuestro seno encantador.

Las he visto en el cáliz amoroso
Beber el néctar i volar despues,
I en otra linda flor buscar reposo,
I de nuevo beber la dulce miel.

¡Sencillas flores, nacaradas rosas,
Lindos adornos, galas del verjel,
Pueda yo cual las bellas mariposas
Beber del cáliz la nectárea miel!

Santiago, Julio de 1875.

ABEL MALDONADO.

OBRAS DE VIRJILIO

TRADUCIDAS EN VERSOS CASTELLANOS, POR MIGUEL ANTONIO CARO.

(Cotinuacion.)

Introducidos ya los lectores a la amistad de Virjilio, es tiempo de hablarles de la traduccion llamada a extender la simpatía de su nombre i la admiracion de sus bellezas.

Suficientemente se han poderado ya por otros las dificultades que ofrece una buena traduccion. En efecto, las lenguas se diferencian unas de otras como los pueblos que las hablan, i saber una lengua es lo mismo que saber las ideas, la historia de una nacion; i si este conocimiento se aplica a la interpretacion de aquellos escritores que personifican una época, casi la vida de un hombre se necesita para adquirir la suma de erudicion suficiente para desentrañar en todas sus partes el verdadero sentido. Logrado esto, resta todavía estar dotado de muchas cualidades poco comunes para trasplantar una obra nacida en otros climas sin que pierda su lozanía i vigor. Los preceptistas advierten que metáforas i expresiones naturales en una lengua son inaceptables en otra: en la Sagrada Escritura, por ejemplo, lo mismo que en los autores latinos, se toma *cuerno* por fuerza, pero nadie se atreveria a conservar la metáfora en castellano, como tampoco lo haria con el *arrectis auribus* i otras; pues fuera de algunas circunstancias, o casuales u ocultas, sucede que las lenguas se desarrollan por aquel lado hácia donde se deja llevar el pueblo a que pertenece; hojeando un diccionario árabe nos sorprende la infinidad de voces relativas al cuidado del ganado, a los camellos, a las palmeras i otros objetos del desierto, i toda la poesía i la conversacion misma de esta raza va empedrada de alusiones a su vida ordinaria. Es cierto que, respecto al latin, la poderosa influencia que el renacimiento ejercició en las lenguas i literaturas de Europa, franqueó algo el camino a los traductores; pero como las lenguas romances nacieron de entre las ruinas de la civilizacion pagana todavía han quedado muchas diverjencias que pudieran decirse de oríjen social. Pero esta dificultad, que al cabo no reside sino en ciertos pasajes, es insignificante comparada con la que resulta de la diferencia orgánica de las lenguas: sintéticas las clásicas, dicen mucho en pocas palabras condensan el pensamiento, i a veces solo producen en el alma como una vibracion

que multiplicándose, magnifique el concepto; analítica la nuestra, como lo son sus conjéneres, todo lo cual en un espejo para que en la mente de los demas se refleje ni mas ni ménos que se concibió en la de su autor; por lo cual hai el riesgo de desvanecer en castellano un cuadro que en latin o en griego es vigoroso i enérjico, tal como si la misma cantidad de color se extendiese en mayor espacio de lienzo. Muchos traductores llegan a figurarse que el mérito de su trabajo ha de cifrarse en no omitir nada de cuanto sujiere el orijinal, inclusos los prefijos i expletivos i hasta las glosas de los comentadores; lo cual, vertiéndose de lenguas analíticas a sintéticas es, en mi sentir, un error gravísimo, como no sea que la traduccion se destine tan solo a los escolares para que aprendan sus lecciones, pues los que así hacen se vuelven tan difusos, que no hai paciencia que los sufra. Ni puede ser de otro modo: en los grandes escritores el pensamiento orijinal se ha concebido en el ámbito de cierto período retórico, dentro del cual cada miembro tiene la extension que exije su importancia con respecto al conjunto, i al ensanchar el período haciendo acaso resaltar accesorios mui secundadrios en el orijinal, siente el ánimo como un vacío que le fatiga. Sucede, ademas, que las lenguas sintéticas ofrecen de por sí mayor campo a la exornacion, i por eso es necesario muchas veces al pasar de ellas podar sabiamente el texto, no sea que en la traduccion aparezca el pensamiento orijinal ahogado entre un vicioso follaje. Como el punto es importante, trataré de esclarecerlo con algunos ejemplos.

Hé aquí cómo traduce Iriarte el

> ....*Sequar atris ignibus absens: (A. IV,* 384.)
> .....Con negras llamas,
> Como Furia, aunque ausente, he de seguirte;

al leer esto se le figura a uno tener a la vista la edicion *ad usum Delphini*, pues el *como Furia* i el *aunque* son pura glosa, i el todo es prosa pura, i mala prosa.

Cuando en el libro VI de la Ilíada dice Hermosilla:

> Otórgame la vida, hijo de Atreo,
> I tu cautivo sea,

hace una exposicion etimolójica del verbo *zogrei*, único que hai en el orijinal, i contribuye a alargar el discurso de Adrasto, que ve sobre sí a Menelao con su larga pica.

El mismo traductor de la Ilíada dice en el libro XXII, describiendo el trato que usó Aquíles con el cadáver de Héctor:

> .....Los tendones
> De ámbos piés le horadó junto al tobillo
> Detras hácia el talon; i atravesadas
> Por la abertura sólidas correas
> Hechas con piel de buei, detras del carro
> Le ató de modo que arrastrando fuese
> La cabeza;

prescindiendo de que Homero no dice, porque era innecesario, lo de *la abertura*, bastaba con *sólidas correas*, pues *hechas con piel de buei* (que está por un adjetivo que significa *boyuno*) introduce en la descripcion una accion inoportuna, i ya que el traductor añadió por su cuenta el epíteto *sólidas*, no debia remorderle la conciencia quitar esotro; ademas aquellas señas de *junto, detras* i *hácia*, aunque son del orijinal, descaminan al mas listo. Conservando la misma escabrosidad i prosaismo en los versos, i sin omitir todavía nada del texto, pudo haberse dicho, ahorrando dos renglones:

.....Los tendones
Abriendo de ámbos piés entre el tobillo
I el talon, le pasó duras correas,
Que ató al carro, dejando que arrastrase
La cabeza....

Baste esto para comprobar lo de que una extremada fidelidad es una extremada infidelidad, i sirva tambien para conocer porque en la traduccion de Hermosilla aparece Homero como el escritor mas flojo i descolorido.

Paso ahora a citar unos dos pasajes de la traducci on del señor Caro en qùe oportunamente ha abreviado el orijinal. En la pintura de Polifemo despues de cegado por Ulíses hallo:

Hácenlo sus ovejas compañía,
Consuelo solo de su adverso estado.
(Lanigerae comitantur oves; ea sola voluptas
Solamenque mali. A. III, 660-1.*)*

Veamos el bellísimo símil con que nos pinta el poeta el duelo de Orfeo por su perdida Eurídice:

Qualis populea maerens philomela sub umbra
Amissos quaeritur fetus, quos durus arator
Observans nido implumis detraxit; at illa
Flet noctem, ramoque sedens miserabile carmen
Integrat, et maestis late loca quaestibus inplet.
(G. IV, 511-14.*)*

De un álamo a la sombra filomena
Así sus hijos llora
Que duro labrador, dentro del nido
Mirando implumes, le robó en mal hora;
I en la noche serena
Repite allí en la rama
Su endecha lamentable, i el jemido
En ecos por los campos se derrama.

No creo engañarme al afirmar que aquí no se echa ménos el *maerens*, ni el *amissos*, ni el *sedens*, así como tampoco daña la libertad de la última parte.

RUFINO J. CUERVO.

(Concluirá.)

LA FORTALEZA DE LA IMPERIAL.

(A MI AMIGO ANTONIO ESPIÑEYRA.)

Un destacamento de caballería del ejército español, que en 1607 combatia contra los araucanos, fué sorprendido en su mismo campamento por el enemigo, ansioso de exterminar cuanto ántes a esos hombres que venian a arrebatarles su independencia. Era la hora de medio dia del 5 de julio de 1607. En el primer momento los agredidos se encontraron atados i confundidos sin saber qué hacer; poco a poco el órden se restableció entre ellos, i al fin, despues de un largo i reñido combate, obtuvieron un triunfo completo contra los agresores. Estos, derrotados, volvieron las espaldas i huyeron en direccion a sus montañas; los españoles, entusiasmados por el calor guerrero, cometieron la imprudencia de perseguirlos internándose sin advertirlo en rejiones para ellos completamente desconocidas.—No tardaron en perder de vista a los indíjenas, que *baquianos* del lugar, corrian en medio de los bosques i ocultábanse en su espesura. Pronto comenzaron los españoles a vagar sin rumbo ni concierto. ¡Alguna mano invisible i poderosa protejiólos sin duda, pues los indios no se aprovecharon de su turbacion, que de lo contrario, todos ellos habrian perecido en una emboscada! Nadie conocia un camino para volver al punto de partida. ¿Para dónde dirijirse? ¡Por todas partes árboles, montañas i espesuras que a cada paso los confundian mas i mas! Fatigados por el cansancio, llegaron cuando anochecia a un punto un poco elevado, desde el cual se divisaba una llanura i a lo léjos una cuesta algo escarpada. Un soldado soltó entónces un grito de alegría. ¡Hé aquí, exclamó: ya estamos salvados! ¿Veis esa cuesta? dijo dirijiéndose a sus compañeros; pues bien, al otro lado i como a dos leguas de distancia, se encuentra la destruida Imperial. Ahí entre los escombros hai todavía algunas habitaciones medio arruinadas donde podremos guarecernos por ahora de la tempestad que nos amenaza, i mañana, si es posible, yo mismo os conduciré desde la Imperial al campamento, pues tambien sé ese camino.—Casi todos lo conocian; pero momentos ántes, perdidos en medio de la espesura de los montes, no podian atinar: ya se habian orientado; clavaron con fuerza los hijares a los caballos, i guiados por Roque, así se llamaba el soldado, comenzaron despues de una hora i media a subir la cuesta, desde la cual apénas i envueltas por la niebla se divisaban las ruinas de la Imperial.

De estatura alta, contestura robusta i gruesa, de facciones regulares pero de un conjunto simpático, de cabellos i barba canosos, de modales nada grotescos i de una ilustracion no mediana,

era Roque, valiente veterano, que hacia algunos años se encontraba en Chile combatiendo contra los araucanos. Habia peleado a las órdenes de Pedro Vizcara, Quiñones i García Ramon, i como muestras de valentía contaba en su cuerpo mas de once heridas de lanza. Miembro de una familia bastante acomodada en España, habíase enganchado voluntariamente, i cuando nadie lo pensaba, en las tropas que Su Majestad enviaba a menudo a las Indias, cambiando al alejarse de su patria, su verdadero nombre por el de Roque Machazvona. Ignoramos la causa que lo impulsó a tomar esta determinacion repentina. Dotado de un carácter entusiasta i aventurero, el deseo de ver cosas nuevas i emprender grandes hazañas, éste creemos habrá sido el motivo de su expatriacion. Era jovial i franco; todos sus compañeros de armas le querian, pues, entre otras cosas, les divertia a menudo con sus numerosas e interesantes historietas recojidas i guardadas para su repertorio en tantos años de su permanencia en Chile.

Hemos querido dar una idea de este individuo, porque desempeñó un papel importante en el cuento que nos hemos propuesto narrar.

Las ocho de la noche serian cuando la tropa llegó a la Imperial en medio de una lluvia que aumentaba por instantes. La oscuridad no permitia ver los escombros, en los cuales los caballos tropezaban a menudo. El jefe de la partida, despues de amonestar brevemente a sus soldados para que se reuniesen al siguiente dia al rayar el alba, les permitió se dispersasen i buscara cada cual un techo donde refujiarse.—A las nueve, poco mas o ménos, todos estaban acomodados en algunas desplomadas i escasísimas habitaciones, i prendieron fuego con los pedazos de madera que encontraban diseminados por el suelo para calentarse i secar sus vestiduras. Solo Roque andaba todavía con tres soldados mas buscando un alojamiento por las calles medio borradas de esa ciudad.

La oscuridad era inmensa. El temporal arreciaba por momentos.

—¡Valor! decia Roque a sus compañeros Jil, Sancho i Jerónimo; un paso mas i la Providencia nos asignará un lugar cómodo para dormir un sueño tranquilo.

—¿Acaso podremos lograr un sueño tranquilo con este frio i hambre matadores? exclamó Jil.

—El sueño de la muerte probablemente, añadió Jerónimo, pobre hombre, que, fatigado por el cansancio i temblando de frio, pensaba ya en morirse.

Así hablaban, caminando entre tanto, cuando de repente interrumpió Roque:

—Callad: he tocado una pared. ¡Hola! aquí hai una entrada; adelante; el suelo está mui húmedo; encended las yescas i revisemos como podamos este sitio.

Todos las prendieron i vieron entónces apénas unas murallas i un techo cuyos agujeros i boquetes se notaban por la claridad del relámpago que a menudo iluminaba todo el edificio, mas bien que por los débiles rayos de luz que arrojaban las yescas. Alcanzaron a visitar dos piezas comunicadas entre sí. Contentos con el hallazgo, i tapando la primera entrada con algunas tablas i maderas desprendidas probablemente del techo, colocaron los caballos en la primera pieza i ellos se alojaron en la siguiente, ménos húmeda i mejor tapada, cuidando ántes de poner al través de la entrada que comunicaba ámbos cuartos, otras tablas i maderos. Pronto despedazaron algunos palos, les prendieron fuego i al poco rato, todos sentados en unas piedras, conversaban al rededor de una fogata que elevaba inmensas llamaradas.

—¿En qué dia del mes estamos? dijo Sancho empezando de este modo la conversacion.

—¡Cá! ¿a qué viene esa pregunta? interrumpió Jerónimo. Mira, Roque, prosiguió: tú eres hombre que conoces la historia de este pais de cabo a rabo, i sabes ademas un sin número de historietas interesantes; cuéntanos algo sobre la destruccion de esta ciudad; dicen que aparecen ánimas por aquí; háblanos un poco sobre esto para matar el tiempo.

—¡Bien! exclamaron todos; hable Roque.

Este, sin obligar a una nueva peticion, i acomodándose lo mejor que pudo sobre la piedra que le servia de asiento i cuyos filos le molestaban demasiado, comenzó su discurso de esta suerte:

—La Imperial, que ahora veis arruinada, fué fundada en 1550 por el famoso conquistador Pedro de Valdivia. En poco tiempo llegó a ser por la actividad de sus habitantes, su comercio i sobre todo por la situacion fronteriza con el territorio araucano, la principal de las ciudades australes de Chile. Pronto se establecieron en ella monasterios i conventos, i mas tarde fué cabecera de un obispado. La Imperial, del mismo modo que Villarica i Osorno, eran los blancos donde los indíjenas estrellaban todos sus ejércitos; las consideraban como una amenaza perpetua a su independencia i destruirlas completamente era todo su anhelo e ideal. Nadie habia obtenido este resultado, cuando hé aquí que de repente se levanta en medio de la Araucanía un toqui de talento i valor no inferiores al de Caupolican i Lautaro; da un grito de sublevacion jeneral, i a su voz se reunen los caciques de todas las tribus diseminadas en esos bosques i reconociendo a Payllamacu (así se llamaba ese valiente toqui) como jefe, emprenden resueltos mas que nunca a reducir a polvo esas ciudades i a exterminar a sus habitantes. Un ejército de indios, tan numeroso como los peces del mar, se echó sobre Villarica i Osorno i las demolieron, no dejando ni vestijios del lugar que en otro tiempo ocuparon. A la Imperial cupo igual suerte: despues de un largo sitio, los naturales, una noche, penetraron en ella, cuando sus habitantes, escuálidos, sedientos i debilitados por el hambre, ya no tuvieron fuer-

zas para resistir. ¡Cuántos compatriotas nuestros perecieron entónces! ¡Cuántas atrocidades se cometieron! ¡Ah! es indecible.

Entre las numerosas historietas que se refieren respecto a las barbaridades ejecutadas por los indios en la ciudad rendida, voi a contaros una, quizá la mas patética i terrible.

Dicen que la noche última de la Imperial, la guarnicion apostada en una Fortaleza, que era el principal punto de defensa i estaba situada en la parte mas retirada de la poblacion, no temiendo por el momento ningun asalto cansada de una contínua e impetuosa vijilancia i por un descuido harto censurable, se entregó a la diversion, embriagándose con una bebida que un indio, finjiéndose traidor, les habia proporcionado con el fin de emborracharlos i hacer de este modo mas fácil la rendicion de la ciudad.

Miéntras los objetos que servian de copas se chocaban rebalsando del licor i en tanto que unos alegres ya recordaban con términos soldadescos los lances amorosos i las escenas mas lúbricas de sus vidas, siendo interrumpidos a menudo por los aplausos, gritos i carcajadas que resonaban extrepitosamente por los ámbitos de la Fortaleza, i miéntras otros adormecidos por la bebida, comenzaban a murmurar entre dientes algunas palabras gangosas i entrecortadas, los indios, capitaneados, como ya os he dicho, por el feroz Payllamacu penetraban a sangre i fuego en la Imperial, quitando la vida a cuantas personas encontraban, sin distincion de edad ni sexo i arrasando los edificios tabla por tabla, piedra por piedra. Solo uno que otro se escapó. Tal era el estado de embriaguez i el sueño profundo que se habia apoderado de los cuarenta soldados de la guarnicion, que no oyeron ni los innumerables ayes de las víctimas que morian, ni el ensordecedor chivates de los araucanos, sino cuando éstos se presentaron ébrios de venganza, ahí mismo en medio de la reunion. I agregan que entónces se verificó en esa fortaleza una escena horrible: los indios ensartaban con sus lanzas a los que yacian tendido en el suelo, los lanzaban en el aire, los estrellaban contra las murallas; los dejaban caer, los volvian a levantar haciéndolos jirar con sus picas ensartadas en el vientre. En un instante todos perecieron i los que hacia un momento dormian el pesado sueño de la embriaguez habian comenzado a dormir ya el eterno sueño de la muerte.

Los araucanos no creyéndose satisfechos todavía acarrearon enormes piedras i las dejaban caer sobre la cabeza de los mutilados cadáveres haciéndolos reventar i salpicando sus mismos rostros con sangre i materia. Entónces se retiraron i dejaron por órden del toqui en pié esa fortaleza como tambien otros edificios para conservarlos como trofeos de su venganza. Despues de esta espantosa carnicería ese lugar quedó empapado en sangre i cubijado de muertos i en las paredes i el pavimento se veian porcion de sesos i una cantidad inmensa de instestinos arrancados del vientre por las mismas lanzas. Esa Fortaleza está en pié to-

davía i en algunas partes el suelo está tapizado de pedazos de cráneos i de una multitud de osamentas i nadie se ha ataevido a tocarlas por las cosas sobrehumanas que, desde entónces, se verifican *ahí*.

En efecto, algunas personas, habiéndose escondido, lograron salir de la ciudad casi milagrosamente, dos dias despues de esa noche triste i cuentan que en la noche siguiente a ésta se oyeron unos jemidos no de voces humanas sino mui raros, una especie de canto conmovedor i semejante a un quejido agudo i prolongado, un coro de muchas voces diferentes i aterradoras que parecian salir del fondo de la tierrra: en fin, cosas tan nuevas i espantosas, que infundieron terror en el corazon de los mismos salvajes obligándoles a huir. Pero lo mas notable, i esto es un hecho, pues pronto os lo voi a probar, es que todos los años, hasta ahora, no hai escepcion en el aniversario de la destruccion de la Imperial: i a media noche aparecen fantasmas i lloran, gritan i cantan pidiendo a Dios misericordia i produciendo a la vez unos ruidos extraños i luego callan i no vuelven a repetirse hasta el año siguiente en la misma época.

En la Fortaleza donde aconteció lo que he referido ya, tienen lugar principalmente estas escenas: un clamoreo incesante i espantoso se oye ahí en esas *noches* i durante algunos momentos. Seguramente son ánimas del purgatorio, i con licencia de Dios vienen a este mundo a expiar sus faltas i a borrar con sus sufrimientos las manchas estampadas e n la tierra por sus culpas i para mover a compasion i que rueguen a Dios por ellas todos los que por casualidad oyeran sus jemidos.

—¡Ah! ¡Es tan grande la misericordia del Señor! Quizá habrá perdonado a esos infelices de la Fortaleza, que en sus últimos instantes, indudablemete pusieron su corazon en El i por eso vienen tambien a penar a aquel lugar nefando.

Miéntras Roque hablaba así a sus camaradas, la tempestad rujia, zumbaba el viento i todo esto contribuia a dar a sus palabras un acento aterrador i a infundir cierto pavor en el ánimo de los oyentes.

En ese momento algo como un jemido hizo levantarse asustados de sus asientos a Jil i Sancho i preguntar ámbos a la vez:

—¿Qué hai?

—¡Eh, cobardes! nada, es el viento, replicó Jerónimo, i despues de algunos instantes de silencio Roque continuó:

—Una expedicion conquistadora tuvo forzosamente que alojar en esta ciudad al año siguiente, (1605) en el aniversario de su destruccion i cuenta que a media noche se oyeron varios ruidos i llantos que parecian salir de todas partes, pero en particular de uno de los costados de la ciudad i cabalmente de aquel donde estaba situada la Fortaleza; i fueron cosas tan extrañas para todos los soldados que los tuvieron espantados i sin dormir el resto de aquella velada. Ustedes conocerán al loco Hernando o

al ménos lo habrán oido mentar; pero ignoran quizas la causa de su locura: la voi a decir. Este pobre hombre cayó en un combate en poder de los naturales. Al cabo de mucho tiempo de prision ¡Dios sabe cómo los indíjenas le dejaron con vida! logró escaparse de su poder i despues de haber huido durante dos dias, llegó una noche a la Imperial i se escondió, segun él mismo dice en sus momentos lúcidos, en una famosa Fortaleza i añade: "Ahí ví unas cosas....." Siempre al llegar a esta parte de su narracion prorumpe en alaridos, corre, se esconde se desespera i vuelve de nuevo a su locura.

Por lo cual varias personas han venido en suponer que el desgraciado Hernando vió en su escondite los fantasmas que es fama allí aparecen i seguramente el espanto le haria perder el seso. Esta opinion es la mas probable, pues Hernando se refujió en la Imperial la noche del 5 de julio de 1606, aniversario tambien de la demolicion de esa ciudad i época en que suceden las apariciones.

Roque concluyó aquí su historia perturbada al fin por un sonido raro que mas de una vez vino a molestar sus oidos i el del auditorio.

Luego que terminó, hubo un momento de silencio interrumpido solamente por el ruido monótono de la lluvia i los estampidos de los truenos. Todos los circunstantes manifestaban cierta inquietud, no tenian sueño, se miraban recelosos i se acercaban al hogar para aprovechar el escaso calor que arrojaba, pues ya se estaba consumiendo.

—A la verdad, Roque, el cuento me ha dado miedo, dijo Jil; tanto mas cuanto que nos encontramos en la misma ciudad teatro de las apariciones.

Sancho, asustado tanto como sus demas compañeros, i un poco ajitado, murmuraba solo en voz baja i mui preocupado.

—Permítanme, interrumpió, que vuelva a incomodarles de nuevo con mi pregunta. ¿En qué dia del mes estamos?

—Espera, contestó Jerónimo, el dia de San Pedro i San Pablo cae a 29 i fué el jueves de la semana pasada; han trascurrido seis dias, luego hoi es el 5 de julio.

—¡Cómo! exclamaron todos asombrados i parándose de sus asientos. Aun el mismo Jerónimo, se hizo tambien la misma pregunta: el resultado era fatal.

—Es decir, continuó Sancho que..... i no pudo articular una sílaba mas.

—Es decir, prosiguió Roque, aparentando sangre fria, que hoi es el 5 de julio de 1607, tercer aniversario de la destruccion de la Imperial.

—¡Gran Dios! entónces ahora va a haber llantos, apariciones de fantasmas exclamó Jil, i añadió al instante ¿qué hora es? Roque, manifestando serenidad, dijo:

—Será media noche. Amigos mios no hai duda, hoi es el dia

i quizas la hora. Recemos por las ánimas del purgatorio, compañeros, roguemos por los desgraciados que por casualidad pudieran haberse refujiado esta noche en la Fortaleza.

Todos al instante se sentaron i cubriéndose la cara con el capote, con los codos apoyados en las rodillas afirmaron la cabeza en sus manos i comenzaron a murmurar una oracion. Jerónimo i sus camaradas se encontraban sin saberlo en ese lugar tan temido i ahí presenciaron la aparicion que ahora os voi a referir.

La lluvia caia en ese momento a torrentes; el temporal arreciaba a cada instante mas i mas; los rayos rasgando las nubes se precipitaban describiendo ángulos de fuego; la claridad del relámpago que penetraba por entre los agujeros de las desplomadas murallas de la Fortaleza eclipsaba los lampos de luz que arrojaba la fogata ya medio apagada; el fragor del trueno; el silbo del viento que se prolongaba como un quejido; los ahullidos de los animales; los chillidos de los reptiles que dormian escondidos entre las rendijas de las paredes i despertados por el ronco bramido de la tormenta; el rechinamiento de los árboles que caian tronchados por el huracan; el crujir de las maderas que servian de techo al edificio, en fin: ese mismo ruido de la soledad solemne i monótono; todo esto venia a aumentar la inquietud i a infundir temor en el corazon de esos hombres que frios de espanto e inmóviles, parecian estátuas de hielo. He aquí que, de repente, se oyó a lo léjos i perturbada por el ruido de la tempestad una entonacion extraña i lastimera. Mas de una vez habreis oido ese canto conmovedor que parte el corazon, ese ¡ai! arrancado del alma por la miseria, ese canto en que los mendigos piden una limosna en nombre de Dios en la puerta de los templos; pues bien, figuraos escuchar esa misma entonacion a media noche, en medio de un temporal desecho i apagada por el zumbido del viento, i tendreis una idea aproximada de lo que fué aquélla que resonó entónces por los aires. Luego se oyeron dos, tres, cuatro i otra i otras muchas voces débiles i trémulas i uniéndose poco a poco formaron un coro inaudito, terrible. Roque i sus compañeros empezaron a temblar.

—¡Huyamos! exclamó Jil.

—¡Huyamos! repitieron todos. I al instante se pusieron como eléctricamente de pié i se prepararon para salir.

Ya se habian adelantado hasta la puerta a quitar las trancas que impedian el paso para la pieza vecina donde estaban los caballos, cuando oyeron de nuevo i como que se aproximaban, unos tristes alaridos que se apagaban, crecian, se perdian i luego resonaban estrepitosamente por el espacio. Perdieron entónces el tino i el valor, retrocedieron espantados i arrinconándose en el ángulo del lado derecho de la puerta, quedaron ahí como petrificados.

No respiraban, se tomaban mútuamente de los vestidos, estrechándose cuanto podian. Estaban mudos, con los ojos como

salidos de sus órbitas, los dientes apretados, crispados sus dedos i como recojidos los nervios: el paladar lo sentian amargo i la lengua helada.

Entre tanto, el ruido se aproximaba i ya se distinguian unos pasos distantes i pausados i un cierto crujimiento de huesos. Las tablas que atravesadas estorbaban la entrada en la primera puerta, caen. Los caballos alojados en la pieza vecina se encabritan, relinchan i bufan espantados; una luz fosforecente comienza a iluminar todo el edificio. Los gritos i ayes han cesado i un llanto triste, mui triste les sucedió despues.

Sancho quiere articular una palabra i no puede.

Roque exclama:

—Vírjen María, ampáranos.

Los oidos de Jil zumban i cae desplomado al suelo; Jerónimo yace tendido i arrojando espumas por la boca. Un frio intenso, capaz de conjelar la médula de los huesos i luego una fiebre abrasadora se esparcia por los cuerpos de Roque i Sancho, desde la estremidad de los dedos hasta la punta de los cabellos.

Sus corazones palpitaban con vehemencia i a impulsos de una nueva emocion detenian sus latidos. Miéntras tanto, la imajinacion caliente, exaltada, se figuraba de repente miles de fantasmas horrorosos que aparecian, se iban i pronto retornaban i crecian hasta tomar dimensiones colosales. ¡Cuántas ideas se agolparon en la mente ya medio enloquecida de esos desgraciados! Imposible es decirlo. Pensaron en la eternidad, en la muerte, en todo, pero de una manera instantánea, veloz.

Las pisadas han llegado hasta los umbrales mismos de la segunda puerta.

Sancho tiene su rostro escondido entre los pliegues del capote.

Roque, con el cerebro ya algo trastornado, mira de frente i ha arrojado el capote léjos de sí. Entónces, ¡horror! viéronse aparecer ordenados en fila dos, cuatro, en seguida seis i por fin, hasta cuarenta cadáveres amarillentos i disecados que exhalaban un olor desagradable, i arrojaban al rededor de sí una luz fosfórica, pajiza. Por entre las roturas de unas mortajas negras, tierrosas, rugosas con que estaban mal envueltos, se veia la piel seca e íntimamente i adherida a los huesos, de tal modo, que se dibujaban exactamente en ella las costillas i articulaciones. El vientre lo tenian sumido; sus descarnadas manos las llevaban juntas i colocadas en el pecho en actitud de implorar misericordia, miéntras que con pasos lentos avanzaban hasta el medio de la pieza i formaban ahí un grupo. Entre tanto, jemian murmurando con un acento cavernoso i aterrador estas palabras:

—¡Hasta cuando, Dios mio, haces padecer mi carne, estrujada por el dolor! ¿Cuándo gozaré de tu vista, Señor?

De repente todos esos espectros lanzan un grito desgarrador i corren, caen de rodillas produciendo un crujimiento de huesos

espantoso. Al instante la tierra comenzó a ajitarse i abrióse en mil tajos a los piés de los esqueletos mostrando al rajarse un inmenso abismo de fuego.

Si todos los séres mas desgraciados del universo se unieran en un momento de suprema angustia para arrojar a la vez el último ¡ai! que expresara su dolor, no seria ni mas agudo, ni mas lastimero que el ¡ai! inaudito lanzado por esos espectros al caer envueltos por las llamas en ese profundo abismo de fuego. Ese acento lo repitió el eco i voló retumbando por el espacio. La aparicion habia concluido.

Jil, Jerónimo i Sancho habian muerto de espanto; Roque (casi es imposible concebir un valor tan grande) presenció hasta el fin esta aterradora escena i cayó por último desmayado.

Era ya mas de media noche; la fogata despedia sus últimos fulgores i la tempestad empezaba a calmar.

Al dia siguiente, disipada la tormenta, la tropa se reunió como el jefe lo habia ordenado en medio de esas empapadas ruinas que calentadas por los rayos del sol naciente, elevaban una cantidad inmensa de vapor.

Todos estaban asustados i sin haber cerrado los párpados desde la media noche, pues a esa hora habian oido ruidos mui extraños, i algunos visto cosas como del otro mundo, que los tenian alarmados hasta ese mismo momento.

Pasada la revista se notó que faltaban cuatro soldados, entre ellos Roque, a quien debian su salvacion.

El jefe mandó al instante a varios individuos para que buscasen a sus compañeros a quienes algunos juzgaban muertos de hambre o de frio. Despues de rejistrar i vagar en todas direcciones oyeron éstos unos gritos i despues divisaron a un hombre que con el cabello desordenado i el semblante descompuesto hacía unos movimientos extravagantes.

Era Roque, que afectado por la aparicion se habia vuelto loco.

Sin contestar a las preguntas que le dirijian i tomando de la mano a sus interlocutores, los condujo hasta la Fortaleza: una vez ahí les indicó que entrasen, lo que los otros hicieron, miéntras él corriendo se alejaba.

Ahí vieron entónces los cadáveres de Jil, Jerónimo i Sancho. Se retiraron despavoridos i llevando consigo a Roque se alejaron corriendo de ese sitio terrible i fueron al capitan a dar parte de su comision.

Roque murió poco tiempo despues de la aparicion i ántes de rendir el último suspiro volvió a su razon i refirió en medio de las ansias de lo agonía i del espanto de los circunstantes lo que habia visto en la Fortaleza.

Una vieja me contó esta historieta i yo os la he referido tal como me la dijo a mí.—Junio 19 de 1875.

J. Ramon GUTIERREZ M.

NOTICIAS MENUDAS.

(SUPLEMENTO A LOS "RECUERDOS DE TREINTA AÑOS.")

I.

La revolucion del año 10 no introdujo por de pronto ningun cambio en nuestros hábitos i modo de vida. Los títulos nobiliarios i sus signos exteriores se conservaron intactos. Tan cierto es esto, que cuando, despues del triunfo de Chacabuco, año de 1817, volvieron los patriotas confinados en Juan Fernandez, el dia en que avistaron a Valparaiso, cada uno de los *titulados* desempaquetó su respectiva placa o condecoracion i con este adorno desembarcaron todos en ese puerto, con gran asombro de los militares arjentinos que cubrian la guarnicion, i para los cuales era cosa nueva estos relumbrones, desconocidos en su pais.

Nadie ignora que los escudos de armas desaparecieron, i no del todo, del frente de la puertas de calle en ese mismo año, por órden del director O'Higgins.

II.

En pos del ejército de los Andes vino gran número de arjentinos, sobre todo, comerciantes, que introdujeron nuevas modas en el vestido. Antes de esta época todo era español i nuestro modelo era Lima. Con la moda cambió el nombre de los objetos del vestuario. El *armador* fué reemplazado por el *chaleco;* el *volante* por el *frac;* el *citoyen* por el *capote* o *capoton*, etc. Por los nombres *casi* franceses que citamos se conoce el oríjen de esas modas.

Los arjentinos introdujeron tambien el uso de un arete en la oreja izquierda, algunos usaban dos, uno en cada oreja.

III.

Del año 18 al 30 el traje de verano, entre los hombres de medianas facultades, era el siguiente:

Sombrero castor; chaqueta o levita (esto no era comun, se preferia el frac) de seda, i calzon de lo mismo, a veces de espumilla; zapato recortado de becerro i media de seda blanca o color carne. Los precios eran poco variables. Un par de medias de vena, tres pesos, i veinte reales si eran lisas. El par de zapatos ingleses, mui en moda, tres pesos. El uso de las medias de seda era dispendioso, sobre todo, por una circunstancia.

El zapato de becerro (no era conocido el charol, a lo ménos para el calzado) exijia el uso frecuente del betun para lustrarlo. Este betun, hecho en el pais, por no venir de fuera, imprimia mui pronto en la media una ancha lista negra en toda la orilla del zapato, de suerte que se hacía necesario cambiar medias por lo ménos cada dos dias. La cosa era séria, i vamos a comprobarlo con un hecho.

IV.

En una de las innumerables "Memorias" que se publicaron despues de la caida de Napoleon, hemos leido, hace muchos años, lo que sigue:

Lebrun, duque i gran chambelan del imperio tenia, en razon de este último empleo, la obligacion de asistir a la corte diariamente, con excepcion de los dias feriados. En estas asistencias era de rigor presentarse de calzon corto i media de seda blanca. El inconveniente del betun, de que hemos hablado, obligaba a Lebrun a cambiar medias diariamente, lo cual contrariaba sus hábitos económicos.

Un dia llamó a su ayuda de cámara mas temprano que de costumbre, ordenándole con urjencia hiciera venir a su zapatero.

Apénas llegó éste, le dice Lebrun:

—Necesito tres pares de zapatos lo mas pronto.

El zapatero contestó:

—Dentro de dos dias estarán aquí.

—Pero ántes, añadió el primero, oiga Ud. lo que yo quiero: los tres pares de zapatos han de ser en esta forma: un par igual a los que Ud. me hace ahora; el otro media pulgada mas embotinado, i el tercero, el doble mas que este último.

Este expediente produjo los mas felices resultados: el gran chambelan se ponia sus medias limpias el lúnes: el mártes, mediante el segundo par de zapatos, no aparecia la lista negra, ni el miércoles tampoco, por que quedaba oculta con lo mas embotina-

do del tercer par de zapatos. El juéves se ponia un segundo par de medias limpias, que pasaba hasta el sábado por la misma maniobra. De esta suerte, el servicio que ántes le costaba *seis* pares de medias semanales, lo hizo en adelante con *dos*.

Los que no éramos ricos, por no decir los que éramos pobres, hacíamos servir las medias dos o tres dias mas, tirándolas para la punta del pié para ocultar la maula.

V.

Por lo comun el único cambio de ropa al entrar el invierno consistia en guardar la de seda para reemplazarla con jéneros de mas abrigo. Con esta excepcion, la jeneralidad usaba la misma ropa en todas las estaciones. Aun para las personas entradas en años la capa era poco comun. Un capote con *tres* esclavinas era lo mas comun. El alto precio, por otra parte, de una capa hacía poco comun el uso. La capa color *grana* i *blanca* solo la usaban los *nobles*. Para los nacidos en España no habia dificultad; porque en jeneral esta circunstancia era signo de nobleza.... Las personas acomodadas iniciaban el verano el 29 de setiembre, dia de San Miguel, con el estreno de capa de seda, asistiendo en ese dia a una funcion de toros que se daba frente a esa iglesia, situada en el mismo lugar que ahora. El uso de la capa de seda habia concluido ántes del año 10. La moda de los colores privilejiados desapareció en parte a principios de la revolucion; pero en muchos casos esas capas se conservaron hasta mui tarde, como recuerdos honrosos. El año 23 vimos teñir una variando el color antiguo.

VI.

Las modas no cambiaban entónces, ni con mucho, con la frecuencia que ahora. Entre esas modas las habia mui incómodas: citaremss dos de ellas.

La primera fué la de usar *dos* chalecos de distinto color, que si para el invierno podia ser conveniente, para el verano era insoportable. Del chaleco de abajo solo debia verse la orilla de la parte de arriba. Esta moda, no debió de venir de Buenos Aires, como las otras, porque cuando en Chile estaba en toda su fuerza, año 24, nos presentamos con ella en ese pueblo, en un billar mui concurrido, i del que tuvimos que retirarnos mui pronto, por haber llamado la atencion de aquellos señores de un modo poco conveniente a nuestra persona. Al retirarnos, dirijimos a los burlones algunas palabras que nos parecieron de gran efec-

to, i con las que conseguimos hacer estallar una gran risotada unísona i estrepitosa.... Nuestros chalecos eran, rojo el de abajo i amarillo el de encima.

Pero nada mas terrible que las *dos* corbatas: la de abajo *blanca*, i *negra* la otra. De la primera solo debia verse la orilla superior, que servia de *vivo*. A esto debe agregarse que la corbata de arriba contenia en su interior una almohadilla de algodon que aumentaba el volúmen de las corbatas, hasta el extremo de hacer desaparecer en muchos casos el cuello, i dificultando sus movimientos. En verano estas corbatas eran un verdadero suplicio; pero era *moda*, i basta.

El guante era poco usado, sobre todo en verano, en que invariablemente era de seda. En invierno se usaba de ante amarillo.

VII.

Tampoco se temia al frio, que ántes del año 20 no recordamos haber visto ninguna ventana ni puerta interior con vidrio. Respecto a las ventanas con vista a la calle, podemos asegurar que no habia ninguna en Santiago que los tuviera.

Cuando las ventanas a la calle correspondian a piezas de habitacion, una reja tupida de alambre las garantía de la curiosidad de los transeuntes. Aun recordamos, año 16, que una ventana de la casa de los señores Figueroa, situada en la calle de las Monjitas, nos suministraba, sin la voluntad de su dueño, pedazos de alambre amarillo para hacer sortijas.

Las puertas i ventanas, en lugar del vidrio ahora en uso, tenian balaústres de madera de prolijo trabajo. En la *cuadra*, que ahora se llama *salon*, circulaba el aire libremente; pues los bailes i reuniones se hacian a ventanas i puertas abiertas, dejando toda libertad a las *tapadas* para ejercer la mas rigorosa inspeccion i crítica, de ordinario no mui caritativas.

A esta cuadra no la cubria enteramente la alfombra: por lo comun solo lo estaba la mitad, en lo demas estaba descubierto el enladrillado. La alfombra se extendia sobre una tarima de madera de tres o cuatro pulgadas de altura. Allí se colocaban los asientos de preferencia, que no tenian espaldar ni brazos, i se llamaban taburetes. Estas alfombras se trabajaban casi en su totalidad en la Ligua, pueblo del norte de Chile.

El empapelado, desconocido entónces, se reemplazaba con damasco de seda carmesí o anteado. Esta tapicería era poco comun, por su alto precio.

El material de las murallas de las casas, i aun de la mayor parte de las iglesias, era invariablemente de adobe i la enmaderacion de canelo. Esta madera, sin uso en el dia, es de una increible duracion, apesar de su debilidad aparente. La capilla de *La Sole-*

dad, situada a pocos metros al poniente de San Francisco, i contemporánea de su fundador, segun creemos Pedro Valdivia, fué reconocida hace quince años, i su enmaderacion, de canelo, estaba intacta.

Hasta hace ménos de treinta años, solo recordamos tres casas de dos pisos i de ladrillo i cal, que aun se conservan; la del señor don Juan Alcalde, calle de la Merced, núm. 95; la que fué de don Juan Manuel Cruz, calle del Estado, núm. 44, i la del Obispo Aldunate, en la Cañadilla, núm. 45. De piedra, como hasta ahora, solo habia la que habita el señor don Juan de Dios Correa, que fué del conde Toro, calle de la Merced, núm. 80.

No recordamos, hablamos del año 10 al 20, haber visto en Santiago mas de treinta i tantas casas de dos pisos, de varios aspectos i dimensiones. La mayor parte de estas casas eran de balcones salientes, de madera, i pertenecian a épocas remotas. En jeneral nadie habitaba el segundo piso. En la época en que esas casas se construyeron se necesitaba ser *noble* para el uso de balcon a la calle. Segun nuestros recuerdos, la última edificada con este adorno, que conocimos, fué la que en la calle de Santo Domingo lleva ahora el núm. 49, despues de haber variado cuatro o cinco propietarios, i de haber sufrido dos transformaciones.

En nuestra niñez oimos repetir que su primitivo dueño, cuyo apellido, extinguido ya, recordamos, pagó doscientos pesos de multa por faltarle el requisito consabido.

VIII.

Al leer lo anteriormente escrito, notamos que hubiéramos podido dar mayor amplitud i mas conveniente concatenacion a a estos datos; pero no hemos podido resolvernos a emprender este trabajo, por temor de alargar este artículo mas de lo conveniente.

En otro tendremos presente lo que en este falta, i concluiremos éste con el principio del que publicaremos en otro número de La Estrella de Chile. Los trajes del otro sexo, los carruajes, los objetos alimenticios, sus precios, etc., ecc., serán objeto de ese artículo. En este solo diremos algo del mas caro i escaso de esos alimentos.

IX.

El pescado solo estaba al alcance de la jente acomodada. Los dias de *vijilia*, i sobre todo los juéves, se vendia en escasa cantidad en el mercado, pues no era permitido venderlo en otra parte,

i mucho ménos en las calles, donde eran perseguidos sin piedad *los revendedores.*

Entónces habia una frase que expresaba la vènta de este alimento.

Desde mui antiguo era costumbre, aun subsiste, tocar los juéves en la tarde la gran campana de la Catedral, a *Escuela de Cristo;* distribucion que tiene lugar en la noche de ese dia. Al oir esta campana se decia: *a pescado.*

Esta frase, i aun la campana misma, quizá de otra forma, es de la mas remota antigüedad. Vamos a probarlo.

Hemos leido en uno de los antiguos historiadores de Grecia, o de un escritor que a ellos se refiere, lo siguiente:

Un orador de esos tiempos arengaba al pueblo en una plaza de Aténas. En medio de su fogoso discurso notó que sus oyentes, sin el menor miramiento al orador ni al interesante negocio de que les hablaba, abandonaron la plaza a toda prisa, i quedando de aquella gran multitud un solo individuo, que lo escuchaba con gran atencion.

Sorprendido i mortificado por este desaire inesperado, se dirijió a este único oyente diciéndole:

—Te doi las gracias, porque tú eres el único que no has cometido la grosería de retirarte como los demas, apénas han oido tocar la campana *a pescado.*

El elojiado que, siendo sordo, no habia oido la campana, preguntó al orador:

—¿Han tocado ya?

—Sí, por eso se han ido.

—*¡Pues yo tambien me voi!*

José ZAPIOLA.

(Continuará.)

¡AI! ¿PARA QUE VIVIR?

¡Si pudiese al recuerdo
Decir tambien adios!
Byron.

¡Ai! ¿Para qué vivir, cuando en la nada
Del pasado mis dichas ví morir?
¿Cuándo en lugar de la ilusion amada,
Llevo un alma desierta.... desolada,
¡Ai! ¿para qué vivir?

¡Ai! ¿Para qué vivir, cuando en ceniza
Mi corazon se vino a convertir?
¿Cuando todo en el mundo martiriza,
Pues falta la esperanza que lo hechiza,
¡Ai! ¿para qué vivir?

¡Ai! ¿Para qué vivir, cuando humo vano
Es pasado, presente i porvenir?
¿Cuando la sociedad no da la mano
Sino al perverso, al rico, al inhumano,
¡Ai! ¿para qué vivir?

¡Ai! ¿Para qué vivir, cuando conjela
La sangre la tormenta del sufrir?
¿Cuando hasta el alma de llorar se hiela,
I a su oríjen volver tan solo anhela,
¡Ai! ¿para qué vivir?....

1874.

TEMÍSTOCLES TEJADA.

UN ESTADO SINGULAR.

Hai momentos en la vida del hombre en que éste considera como una desgracia el hecho de su propia existencia; una afectacion moral, cuya causa inmediata es el fastidio, obra en su ser fenómenos curiosos sin que ninguna fuerza extraña pueda sustraerlo a su poderoso influjo. Cuando nos encontramos sumerjidos en esa especie de letargo, nos parece que carecemos de sensibilidad, por mas que la ajitacion i el movimiento reinen a nuestro alrededor; mas, cosa rara, la imajinacion i la memoria desempeñan como de costumbre sus respectivos oficios, aquélla dando jérmen a nuevas i variadas ideas, ésta recordándonos sensaciones agradables i tristes desengaños.

Tanto los recuerdos como las ideas se disputan en nuestra mente un lugar de preferencia, tan pronto los unos ceden su preeminencia a las otras, ya estas últimas conciben un objeto imposible i caprichoso.

La causa de ese estado anormal, no puede ser otra que la imajinacion i la memoria puestas ámbas en ejercicio por impresiones que afectan vivamente nuestro ser. Esta es, bajo cierto punto de vista, una condicion natural del hombre, ya que su libertad no le confiere el poder suficiente para gobernar a su antojo las facultades que en él se encuentran i para suspender cuando lo tenga a bien la actividad de cualesquiera de ellas.

Ademas, la experiencia nos enseña que la libertad i el poder del hombre se estrellan mui a menudo con la constancia, o si se quiere, con la tenacidad de aquellas facultades que, aun cuando son modificaciones de su espíritu, no por eso puede rejir i gobernar a su sabor.

Apénas habrá un hombre que no haya pasado por semejante situacion: si nos aflijen los desengaños, si vemos abortar nuestras mas gratas ilusiones, o si nuestros afectos van a chocar con la fria roca de la indiferencia, perdemos al punto la alegría i caemos inevitablemente en ese estado inexplicable.

El recuerdo de una felicidad cumplida i el de los sufrimientos a cuya costa la hemos alcanzado, producen en nosotros una sensacion mui semejante, ella es casi siempre dolorosa, pues la felicidad que difrutamos por algun tiempo, fué turbada mas tarde por la pena que nos ocasionó su pérdida: entónces la memoria, desempeñando el papel de enemiga nuestra, nos recuerda lo uno i lo otro, burlándose de nuestra flaqueza i de la contínua mudanza de nuestra suerte.

Si miramos al pasado sentimos en el corazon un vacío imposible de llenar i aunque tarde comprendemos claramente que se han desvanecido nuestras esperanzas; al paso que una desconsoladora realidad nos advierte que el placer huyó para siempre de nuestro lado.

Ajitados por estos sentimientos, perdemos el apego natural a la vida, buscamos un lenitivo para nuestras penas léjos de la sociedad i, por fin, en un estado vaporoso i soñoliento, nos entregamos en brazos de la imajinacion, la cual siempre dispuesta a concebir e iniciadora de contínuos cambios i trasformaciones consigue arrancarnos por un instante de aquel estado singular, nos engaña, i nos dice que encontraremos en el mundo mil i mil cosas semejantes a aquellas cuya pérdida deploramos. ¡Como si las ilusiones que una vez hemos acariciado i que mas tarde hemos visto desvanecerse, pudieran realizarse con mejor éxito en distinta ocasion!

Las dulzuras de un afecto i los deseos de un corazon amante son cualidades que nunca se unen en objetos diferentes, las exterioridades suelen asemejarse, pero lo íntimo i esencial jamas se parece, así como es difícil i talvez imposible ver realizado un ideal en las cosas positivas.

Sí, las ilusiones perdidas son como aquellas flores que una vez

marchitas, nunca volveremos a ver frescas i lozanas en el variado jardin de la naturaleza.

Es pues, fuera de toda duda que existe en nosotros un poderoso enemigo que está siempre dispuesto a agravar nuestras dolencias con el recuerdo de un goce o de un desengaño: cuando estamos expuestos a los golpes de ese enemigo, la desgracia nos cuenta entre sus hijos mas afectos. Herido el corazon con tales contrariedades es presa del dolor, el ideal que perseguiamos no lo encontramos i, sin embargo, el pesar aumenta, puesto que ese ideal era una quimera cuya realizacion nos está prohibido palpar.

En esos tristes momentos, vemos nuestra gloria cubierta por un velo de oscuras sombras, nuestro cariño sin correspondencia, nuestros esfuerzos i trabajos sin recompensa; talvez llegamos hasta maldecir a la muerte que ha herido con su guadaña a la que era el alivio de nuestras fatigas i el guia de nuestros pasos vacilantes i como resultado de todo esto, vemos venir la miseria con su negro ropaje de sacrificios, sufrimientos i amargura.

Todo parece aunarse para hacernos odiar la existencia i los goces que nos proporciona la sociedad en que vivimos. El porvenir lo divisamos sombrío i amenazador i mas allá de él percibimos el fin de nuestra vida sembrado tambien de escollos i dificultades.

Hasta aquí hemos dado una lijera idea de ese malestar o fastidio, que suele aquejarnos tanto en las circunstancias favorables como adversas de nuestra vida; veamos, ahora, la manera como volvemos a nuestro regular i primitivo estado.

A veces una sensacion agradable, el movimiento u otra causa semejante nos arranca de esa rara situacion, en ese momento nos sentimos animados con un nuevo vigor i un bello panorama se ofrece a nuestra vista, en el cual vemos reproducirse nuevamente la alegría i la esperanza.

Ocultamos en lo íntimo de nuestro pecho los sufrimientos pasados, i retratamos en nuestro rostro, poco ántes velado por la sombra del dolor, el gozo i el contento.

Abandonando la soledad nos lanzamos con nuevos brios en medio del bullicio i algazara del mundo.

Tal es, en resúmen, ese estado anormal, cuyas causas existen en nosotros mismos sin que seamos capaces de impedir su accion.

Santiago, Mayo de 1875.

ANÍBAL SANFUENTES V.

AL MORIR.

(TRADUCCION LIBRE DE GILBERT.)

Ya he entregado al Dios de la inocencia
Mi triste corazon;
El ha visto mi llanto i penitencia,
Ha visto mi dolor.
Me ha devuelto la calma de la infancia.
Que tanto ambicioné,
Me ha armado con la fuerza i la constancia,
Me ha devuelto la fé.
Mis rivales, riendo, han exclamado
"Muera i su gloria en él;"
Mas mi acerbo dolor ha consolado
El Dios de mi niñez.
"Te aborrecen," me ha dicho, "no se asombre
"Tu alma de su furor;
"Los que tu amas excecran ya tu nombre
"I odian tu corazon.
"Pero yo oigo tu llanto i tus jemidos,
"Yo veo tu dolor;
"Consuelo a los que lloran condolidos
"I les doi mi perdon.
"Del porvenir los hombres, tu memoria
"Con júbilo honrarán;
"Tus enemigos cantarán tu gloria
"Que quisieron manchar."
Bendito seas Hacedor clemente
Porque mi alma en tí halló
Con la tranquila paz del inocente
La dicha que perdió.
Nací i en el banquete de la vida
Se oyó tambien mi voz;
Muero i no hai una lágrima vertida;
Tributo del dolor.
Salud selvas i campos, flores bellas
Que amó mi corazon,
¡Oh cielo! oh luna! oh pálidas estrellas
Ya para siempre adios!

Que gocen mis amigos la hermosura
De agreste soledad:
Ellos no oyen la voz de mi ternura
Porque no me aman ya.
¡Ah! que no beban como yo he bebido
La copa del dolor!
¡Llegue hasta ellos mi postrer jemido!
Con mi postrer adios!

Santiago, Julio de 1875.

ABEL MALDONADO.

PIO VII I NAPOLEON BONAPARTE.

(ORIJINAL DE HUGUET.)

Hai hombres que reciben de Dios una mision especial; aparecen de tarde en tarde en la tierra para ser la gloria o el azote de las naciones. El Señor cuando le place los eleva; i cuando ya han ejecutado su obra, los rompe como cañas inútiles. Nada anuncia el próximo advenimiento de tales hombres; no dejan tras de sí ni herederos ni continuadores. Sesóstris, que subyugó al mundo, no es en nuestros dias mas que objeto de vanas investigaciones jeroglíficas; un soplo hizo desvanecerse el imperio de Alejandro en Macedonia; Atila no tuvo siquiera un sepulcro que sus enemigos pudiesen profanar; Timur i Gengiskan, esos dos insensatos que se empaparon en mares de sangre, que amontonaron montañas de cabezas degolladas, no nos trasmitieron como fruto de sus trabajos mas que un recuerdo de horror i espanto; Napoleon, tan majestuosamente llamado el Grande, i que igualó en la fama a los conquistadores de los tiempos antiguos, murió a mil ochocientas leguas de su patria, vencido, saturado de hiel i encadenado como el Prometeo de la fábula.

Cada uno de estos hombres famosos ha tenido su papel. Unos (i es corto su número) han sido escojidos para consolar a la humanidad i reconstruir algunas ruinas sociales; los otros han sido enviados para castigar con la espada.

MISION DE NAPOLEON BONAPARTE.

¿Cuál fué la mision de Napoleon Bonaparte? Es un secreto del porvenir. Lo entrevemos apénas i estaremos condenados a estudiarlo mucho tiempo todavía. I ¿cómo, bajo la impresion reciente del bien i del mal que hizo este hombre, podriamos manejar con mano imparcial la balanza de la justicia? Si levantó los altares, los contristó; si llevó a todas las capitales la gloria de sus águilas, entregó, por el delirio de sus empresas, a Paris a los insultos de todas las razas extranjeras; si restableció el órden, no supo reemplazar la anarquía sino por la tiranía de la fuerza material; si dió a la Francia una grandeza inesperada, se pagó con creces de este beneficio sacrificando al ídolo de su orgullo muchos millares de víctimas humanas.

Dios, que proteje a la Francia, nacion elejida entre todas para llevar i glorificar la cruz, habia permitido que una terrible tempestad revolucionaria asolara este pais. Vino el dia en que su misericordia volvió de nuevo a nosotros, i entónces suscitó del Ejipto al hombre que debia destruir la anarquía i levantar los altares arruinados. Fué entónces el Ciro predicho por los profetas i destinado para poner fin a la servidumbre del pueblo de Dios. Esta era la mision de Napoleon; la cumplió restableciendo el culto i reorganizando la sociedad. Podia completarla con sabios trabajos, con poderosas instituciones; aunque bajo este respecto no quedó ocioso, es justicia reconocer que en lugar de perfeccionar su obra, la excedió, la manchó con el asesinato del inocente, por una série de guerras criminales; i que destinado a ser el consuelo de su patria, prefirió mas bien ser su azote; fué entónces cuando la justicia divina lo castigó. Hé aquí su mision: devolver la relijion proscrita a la Francia, restablecer el órden i las costumbres monárquicas; por lo demas, no fué mas que un instrumento de cólera para la Francia i para los otros pueblos. La Francia fué castigada en él i por él, por su loco amor a la gloria de las armas, como habia sido castigada diez años ántes por el reinado de los verdugos i de los tremendos delirios.

EL VÉRTIGO DE LA AMBICION.

El rei de Asiria, cuyo poder se habia elevado a tan alto grado i a quien el soplo de Dios puso debajo del hombre es el verdadero símbolo de la ruina reservada al orgullo de los victoriosos i de los príncipes del mundo. El Señor que habia hecho salir a Napoleon de la tierra de los Faraones para hacerlo servir de instrumento de la salvacion de la Francia, abandonó a sí mismo a ese militar afortunado cuando por sus usurpaciones i sus atentados

hubo cansado a la divina misericordia. Por grande que sea la gloria de que Dios quisiera rodear a un hombre, ese privilejio no fué mas que ceniza i polvo i todo honor que a sí mismo se hiciera un grito de rebelion contra el cielo.

Cuando Napoleon se vió encumbrado en la imprevista cúspide de su poder, fué presa de un vértigo moral; se notó en sus facultades un cambio extraño que muestra toda la aberracion que hai en la vanidad humana; el delirio de la monarquía universal se apoderó de su corazon i no podia pensar sin indignarse en que álguien osara oponerle el mas mínimo obstáculo. Toda voluntad contraria a la suya la reputaba culpable, toda existencia que pareciese limitar su horizonte, digna de ser destruida. El menor vestijio de verdad o de derecho le parecia pretexto para la revuelta; la libertad mas inofensiva, delito de lesa majestad. La Francia dejó de ser algo diferente de él i pareció incorporada en la persona de éste; no vió en el formidable imperio sometido a sus leyes mas que un nuevo instrumento para acrecentar su dominacion, en su gran ejército una fuerza necesariamente destinada a servir a su gloria, en la poblacion mas que una reserva destinada a suministrarle nuevas reclutas.

El mismo, viéndose así obedecido i admirado i habiendo recibido en sacrificio tantas víctimas humanas, se creyó de una naturaleza superior al a nuestra: sentia no haber nacido en los siglos en que los monarcas de la tierra se colocaban en lugar de los dioses. No he nacido a tiempo, decia a uno de sus consejeros, al señor Fontanes. Ves a Alejandro: pudo llamarse hijo de Júpiter sin ser contradicho, yo encuentro en mi siglo un sacerdote (el Papa) mas poderoso que yo, pues reina sobre los espíritus i yo reino sobre la materia. Hacía alusion por estas palabras a sus diferencias con el Jefe de la Iglesia.

Napoleon no queria seguir la senda que ocho siglos ántes habia seguido Enrique IV i en el término de la cual habia encontrado un abismo.

Como codiciaba la dominacion exclusiva de la Italia i la soberanía de Roma, queria que el Papa reconociera en él un señor, un amo, a quien Carlomagno habia trasmitido sobre los Estados de San Pedro los derechos de los antiguos exarcas de Ravena. En su delirio de monarquía universal, pensaba hacer de Paris una capital del mundo, asiento de dos grandes soberanías, la temporal i la espíritual i que llegase a ser la residencia del jefe político de los hombres i del Vicario de Jesucristo, reducido a ser desde entónces, bajo el punto de vista del poder secular, no mas que un gran obispo, pastor de las almas. Se atrevió aun a formular un proyecto que asignaba a los Soberanos Pontífices por residencia la ciudad de Aviñon, i les daba ademas en Paris un palacio papal i otras regalías.

Esperaba obtener de la debilidad de un anciano la realizacion de sus proyectos; pero Pio VII le respondió: Se dice que van a

detenernos en Francia; pues bien: aunque nos quiten la libertad, todo está previsto. Antes de salir de Roma hemos firmado una abdicacion regular, admisible si se nos pone en prision; el acto está fuera del alcance del poder de los franceses. El cardenal Pignatelli es su depositario en Palermo i cuando ya querais ejecutar los proyectos meditados no os quedará en las manos mas que un pobre fraile que se llamará Bernabé Chiaramonti.

LA BULA DE EXCOMUNION.

La relaciones diplomáticas entre la Santa Sede i Napoleon habian tomado por parte de este último un carácter de aspereza i de recriminaciones que ocultaba proyectos acariciados por la ambicion.

Se quejaba injustamente de que el Padre Santo se dejaba gobernar por los enemigos de la Francia; afectaba acusar a la autoridad espiritual del Papa por embarazar incesantemente con exijencias nuevas la marcha de su gobierno. No habia nada i el Padre Santo al mantener los privilejios de la Iglesia de Francia, despues de los principios propuestos en el concordato, se mostraba, bajo el aspecto temporal, fiel ejecutor de los tratados i bajo el espiritual ajeno de toda mira humana i digno pastor de las almas.

De repente, despues de la batalla de Ekmill i la toma de Viena, el emperador hizo ver al Papa, por el embajador que envió a Roma, la necesidad absoluta en que se encontraba de exijir que Su Santidad cerrase sus puertas al comercio ingles i se uniese a él contra la Inglaterra. La respuesta del Papa respira noble i piadosa firmeza: "Yo soi, dice, el padre de las naciones cristianas i no puedo, sin faltar a los deberes que impone ese título hacerme enemigo de ninguna de ellas." Sin embargo, para evitar todo pretexto de agresion de parte del emperador consintió en entrar en el sistema continental. Pero Napoleon no quedó contento con la deferencia del Padre Santo a sus proyectos políticos; se atrevió a tachar de obstinacion la negativa del Papa para no tomar parte alguna hostil e hizo ocupar con sus tropas a Ancona i a Civita Vecchia. Su cólera no debia limitarse a estos primeros actos de una injusta violencia: el 2 de febrero de 1809, el jeneral Miollis entró en Roma a la cabeza de un cuerpo de tropas francesas, la ocupó militarmente, desarmó a la guardia del Padre Santo i dió órden a todos los cardenales franceses o nacidos en territorio del imperio para que se retirasen a sus respectivas patrias. Napoleon esperaba que Su Santidad entregado a sí mismo i privado de los consejos del Sacro Colejio se mostraría mas dócil a sus voluntades; pero el ilustre Pontífice tenia en sí mismo un poder que ninguna fuerza humana podia abatir i sacaba del sagrado carácter

de que estaba revestido las nobles inspiraciones, contra las cuales Napoleon no acertó a emplear mas que odiosas violencias.

El 17 de mayo de este año, Napoleon, haciendo arrancar su lejitimidad de Carlomagno, publicó un decreto que reunió los Estados de la Santa Sede a su imperio. En este acto audaz Napoleon que extendia la mano sobre el dominio temporal de San Pedro, violó tambien la veneracion que debía inspirarle el carácter espiritual de su sucesor, avaluando en dinero el poder que acababa de usurparle.

El Padre Santo se aflijió, mas no se abatió por este atrevido golpe; i en la tarde misma en que Roma escuchaba la proclamacion que notificaba a los romanos este cambio imprevisto de su situacion política, pidió justicia a Dios i se apodero de las armas espirituales que le pertenecian.

Una bula de excomunion, escrita toda por el Padre Santo i sellada por él con el anillo del pescador separó al emperador de la comunion de los fieles. (1) Se leian estas palabras que recuerdan los tiempos en que la Iglesia se ha visto obligada a manifestar su autoridad suprema: "Que los soberanos sepan una vez mas que están sometidos por la lei de Jesucristo a nuestro trono i a nuestro mando, pues ejercemos tambien una soberanía, pero una soberanía mas noble, a ménos que se diga que el espíritu debe estar sometido a la carne i las cosas del cielo a las de la tierra."

Así hablaba el Soberano Pontífice en su cólera santa; sin embargo tuvo cuidado de explicar que no queria imponer al emperador mas que un castigo espiritual.

Napoleon se mostró mui irritado por lo que él llamaba la audacia del Papa i no guardó consideracion ninguna con él. (2)

(1) Al dia siguiente se encontró fijada en todas las puertas de las iglesias la famosa bula *Quum memoranda illa die.*

"Por la autoridad de Dios Todopoderoso, decia el Papa, por la de los santos apóstoles Pedro i Pablo, i por la nuestra, declaramos que todos aquellos que han cometido, en Roma i en las posesiones de la Iglesia, empresas sacrílegas contra los derechos de la Santa Sede, todos los ejecutores, fautores, aconsejadores o secuaces, en fin, todos aquellos que han facilitado la ejecucion de las violencias o las han ejecutado por sí mismos, han incurrido en la excomunion mayor i los excomulgamos i anatematizamos de nuevo."

Napoleon no era directamente nombrado en la bula, pero era imposible excluirlo segun el sentido de las palabras de Pio VII.

(2) El tomo 29 de la *Correspondencia de Napoleon I,* contiene lo siguiente:

"A Eujenio Napoleon, virei de Italia en Milan.

"*Paris,* 3 *de enero de* 1811.

"Hijo mio:—Acaba de descubrirse aqui una trama del Papa: Un presbítero Fontana i un presbítero Gregorio, que yo hice venir de Roma, eran los intermediarios de la correspondencia del Papa con los vicarios jenerales de Paris para sembrar el desórden. Todos han sido detenidos con sus papeles; resulta que el Papa une a la mas horrible conducta la mas grande hipocresía. Os digo esto para vuestro gobierno, para que el ministro de los cultos vijile a fin de que nada semejante suceda en el reino."

Nota para el bibliotecario del emperador.—El emperador quiere que el señor Barbier le envíe lo mas pronto posible el resultado de sus investigaciones sobre la cuestion de saber si hai ejemplos de emperadores que hayan suspendido o depuesto a los Papas.

Pio VII se habia retirado al Quirinal i habia hecho cerrar las puertas de este palacio. Un grupo compuesto de jendarmes i de jente de arrabal asaltó las murallas del edificio. Las puertas las abrieron a fuerza de hacha i los soldados de Miollis, guiados por el jeneral Radet, penetraron en los aposentos. La guardia suiza, obligada a rendir las armas, obedeció sin resistencia i Radet seguido de su tropa se encontró al frente del Padre Santo. El Soberano Pontífice estaba rodeado de sus cardenales i de un corto número de servidores fieles. Durante algunos minutos reinó un profundo silencio; al fin el jeneral frances, pálido, trémula su voz i hablando con dificultad, dijo al Papa que tenia que llenar una mision penosa, pero que habiendo jurado fidelidad al emperador no podia dejar de ejecutar su órden: que en consecuencia le obligaba a renunciar a la soberanía temporal de Roma. El Papa respondió con dignidad i seguridad: Si habeis creido poder ejecutar tales órdenes del emperador porque le habeis hecho juramento de fidelidad i obediencia pensad de qué manera podreis sostener los derechos de la Santa Sede a los cuales estais ligados por tantos juramentos. No debemos, no podemos, no queremos. En este caso, replicó el jeneral Radet con arrogancia, es preciso prepararos a dejar a Roma: tal es la voluntad del emperador, que yo estoi dispuesto a hacer ejecutar por todos los medios posibles. El venerable Pontífice alzó los ojos al cielo i exclamó: Estoi pronto a sufrir, pero no será al emperador a quien yo obedeceré. Mal paga mi extremada condescendencia para con la Iglesia galicana i para con él. Quizá bajo este respecto mi conducta es reprochable a los ojos de Dios, i ahora quiere castigarme; me someto humildemente a su divina voluntad.

RAPTO DEL PAPA.

Algunas horas despues, el Papa Pio VII, el jefe visible de la Iglesia, venerable Pontífice cargado de años i de enfermedades, fué echado en un carruaje por los soldados de Radet. Un solo cardenal obtuvo el favor de acompañarlo. En la puerta del Pópolo se detuvo el carruaje i el jeneral reiteró sus órdenes al Padre Santo, quien nada respondió, i el carruaje siguió su marcha.

Se llevó a los prisioneros apostólicos en direccion a Toscana. (1)

"En las primeras posadas de la campaña de Roma, dice el cardenal Pacca en sus *Memorias*, pudimos notar en los rostros de

(1) El Papa preguntó al cardenal si llevaba algun dinero. En la bolsa del Papa habia veintidos centavos franceses i unos dieziseis en la del cardenal. "Emprendiamos, pues, nuestro viaje, dice el cardenal en sus *Memorias*, a la apostólica."

El Papa mostró a Radet su caudal, i le dijo sonriendo: "Hé aquí todo lo que poseo de mi principado."

las pocas personas que encontrábamos, la tristeza i el estupor que les causaba aquel espectáculo. En Monterosi, varias mujeres que desde las puertas de sus casas conocieron al Padre Santo, a quien los jendarmes custodiaban a sable desnudo, como a un criminal, se golpeaban el pecho, lloraban i gritaban tendiendo sus brazos hácia el carruaje, imitando así la tierna compasion de las mujeres de Jerusalen. Decian: "¡Nos arrebatan al Padre Santo! ¡Nos arrebatan al Papa!" Profundamente nos conmovió ese espectáculo, que por lo demas nos costó caro; porque Radet, temeroso de que la vista del Papa, *de esa manera arrebatado*, excitara algun tumulto, alguna sublevacion en los lugares populosos, rogó al Padre Santo que cerrase las ventanillas del carruaje. Consintió en ello el Papa con mucha resignacion i continuamos así nuestro viaje, casi sin aire, en las horas del dia mas ardientes, bajo el sol de Italia i en el mes de julio. A obra de las doce del dia, manifestó el Papa su deseo de tomar algun alimento, i Radet hizo detenerse el coche en la primera posta, lugar casi desierto de la montaña de Viterbo. Allí, en una pieza desaseada, especie de despensa en que no habia mas que una sola silla medio rota, la única talvez de la casa, sentóse el Papa a una mesa cubierta de un inmundo mantel, i comió en todo un huevo i un tasajo de jamon. Inmediatamente despues continuó la marcha; el calor era excesivo i sofocante. A la tarde, el Papa sintió sed: uno de los jendarmes cojió en una botella agua de la que corria por el camino, i la presentó al Papa, quien bebió con gusto. *Bebió*, pues, agua *del torrente en el camino, de torrente in via bibet.*

"Despues de diezinueve horas de marcha forzada, tan fatigosa para el Padre Santo, a causa de una cruel enfermedad, para la que era sumamente dañino cualquier cansancio i sobre todo el de un viaje, llegamos a las once de la noche a Radicofani, primer pueblo de Toscana, i nos alojamos en una desastrada fonda en que nada habia preparado. Sin ropa para mudarnos, hubimos de conservar la que traiamos puesta empapada en traspiracion, i así se secó sobre nuestros cuerpos bajo la accion del aire frio que allí sopla por las noches aun en el rigor del verano. Asignáronnos al Padre Santo i a mí dos cuartuchos contiguos, i pusiéronnos centinelas de vista. Vestido de cardenal, ayudaba yo a la sirviente a tender la cama del Papa i a poner la mesa para nuestra pobre cena. Fué ésta mui frugal. Entre tanto yo me ocupaba en alentar al Padre Santo.

"En camino para Florencia, continúa el cardenal Pacca, nos encontramos en medio de un pueblo inmenso que pedia, con extraordinarias señales de fervor, la bendicion apostólica; pero a alguna distancia de una posada en que acabábamos de descansar un momento, los postillones, que nos llevaban mui lijero, no vieron una pequeña elevacion desde la cual resbaló una de las ruedas, el carruaje se volcó con violencia, quebróse el eje, la caja rodó por el suelo; el Papa quedó en la parte inferior i yo caí so-

bre él. El pueblo, que lloraba i gritaba *¡Santo Padre! ¡Santo Padre!* levantó en un momento el carruaje. Un jendarme abrió una de las portezuelas que iban siempre con llave, miéntras sus compañeros pálidos i desfigurados se esforzaban por alejar al pueblo que, enfurecido, les gritaba: *¡Cani! ¡cani!* Entre tanto bajó el Papa i fué recibido en brazos del pueblo que se agolpaba a su derredor: unos se prosternaban con el rostro en tierra, otros le besaban el pié, otros tocaban respetuosamente su sotana, como si hubiesen sido reliquias, i todos le preguntaban con solicitud si habia sufrido algo al caer. El Papa, con la sonrisa en los labios, les agradecia su interes i les contestaba chanceándose por su caida. En cuanto a mí, temeroso de que esa multitud enfurecida viniese a las manos con los jendarmes i llegase a algun exceso, cuya víctima seria ella misma, me adelanté al medio de ellos, les aseguré que Dios nos habia preservado de toda desgracia i les rogué que se tranquilizaran."

Despues de esta escena, que habia hecho temblar al jeneral Radet i a sus jendarmes, el Padre Santo subió con el cardenal al carruaje de Monseñor Doria, i siguieron su camino.

"Enternecedor espectáculo era ver a nuestro paso a esos buenos toscanos pidiendo su bendicion al Padre Santo, i, apesar de las amenazas de los jendarmes, acercándose al carruaje para besarle la mano i atestiguarle todo su dolor por verlo en esa cruel situacion."

En Mondoví, la actitud del pueblo cobró un carácter mas pronunciado: las órdenes relijiosas vinieron procesionalmente a recibir al Pontífice i lo escoltaron. Los piamonteses contaban a los jendarmes uno a uno i parecian concertarse entre sí para libertar al Papa.

"Miéntras mas nos acercábamos a Francia, dice un servidor del Papa, mas entusiasmo encontrábamos. En la primera aldea francesa las autoridades vecinas, con pretexto de velar por el buen órden procuraban acercarse al Padre Santo, pero era para besar su mano, consolarlo i compadecerlo. Pio VII decia: ¿Quién puede ordenarme que me muestre insensible a estas pruebas de amor? i les contestaba con dignidad i modestia.

"Cerca de Grenoble, muchos millares de militares sin armas caen de rodillas como un solo hombre. Era la heróica guarnicion de Zaragoza, prisionera de guerra en Grenoble, que habia solicitado que se la llevase toda entera al encuentro del Pontífice a quien habia hecho felicitar secretamente por su resistencia. Pio VII sacó casi todo el cuerpo hácia adelante i lleno de gozo de felicidad i de la mas viva ternura dió la bendicion a esos héroes veteranos."

El cardenal Pacca, despues de haber sido separado por algun tiempo del Papa, se volvió a juntar con él el 21 de julio en San Juan de Maurienne i de allí partieron en un mismo coche para Grenoble.

"El camino estaba cubierto de jente que habia acudido de las comarcas vecinas, dice el cardenal, i la muchedumbre iba creciendo a medida que nos acercábamos a Grenoble. Era un espectáculo tierno ver a ese pueblo arrodillarse cuando divisaba desde léjos el carruaje i esperar así el paso del Papa para recibir su bendicion. Muchos los acompañaron corriendo i algunas jóvenes arrojaban flores para que el Papa se dignase bendecirlas. Los aldeanos le manifestaban llenos de sencillez i de sinceridad sus sentimientos de respeto i veneracion. Me acuerdo que álguien gritaba llorando: "Estais mui flaco, Padre Santo, ¡ah! son las aflicciones que os causan." I cuando el Papa extendia la mano para bendecirlos ellos se abalanzaban a besarla aunque el carruaje caminaba mui lijero i a riesgo de ser atropellados por las ruedas o pisoteados por los caballos de los jendarmes. Al entrar en la ciudad vimos las ventanas i las calles literalmente llenas de jente que se arrodillaba pidiendo la bendicion. Puédese decir de Pio VII lo que algunos años ántes se habia dicho de su predecesor, que su entrada a Grenoble no era la de un prisionero conducido por la fuerza al lugar de su destierro, sino la del mejor de los padres que, despues de una larga ausencia, vuelve al seno de su familia querida, de quien recibe las mas sinceras i pródigas señales de amor i de respeto.

"Ese concurso extraordinario de jente, agrega el cardenal, esas manifestaciones unánimes de veneracion de que era objeto el Papa al pasar han sido siempre para mí, no diré solamente un espectáculo prodijioso mas tambien sobrenatural. Desde hace siglos no solamente los paises heterodojos en que las preocupaciones contra la Santa Sede se maman con la leche, sino tambien algunos paises católicos, i la Francia especialmente, resuenan con furibundas declaraciones contra Roma. Escritores hai allí ocupados sin cesar en presentar a los pueblos esa metrópoli del cristianismo como el asiento de la tiranía del mundo; esparcen las mas atroces calumnias contra el clero romano i pintan los actos de los Soberanos Pontífices con los mas negros i odiosos colores. Parece, pues, por el modo como se forman ordinariamente los juicios humanos que hubieran debido de encender un odio universal contra los Papas: parece que los pueblos extraviados hubieran debido de huir de la presencia de un Papa como de la de un mónstruo o por lo ménos vomitar, al verlo pasar, toda clase de injurias e imprecaciones. Sin embargo, lo contrario es lo que ha sucedido. Sea que Pio VII i sus predecesores hayan viajado como soberanos por los paises extranjeros, sea que hayan aparecido escoltados por jendarmes como criminales, por todas partes las ciudades i las provincias se han apresurado a salirles al encuentro, saludarlos, aclamarlos i llenarlos de innúmeros testimonios de su amor i de su veneracion. Puédese, pues, ver en estos, acontecimientos extraordinarios algo sobrehumano."

Así fué como Pio VII fué conducido a Savona i allí fué prisionero de Estado.

PIO VII TRASLADADO A FONTAINEBLEAU.

En la tarde del 9 de junio de 1812, fatal aniversario del dia en que Pio VII habia sido prevenido tres años ántes de que se le iba a despojar de sus Estados, se intimó al Pontífice la órden de prepararse para entrar a Francia; recibió el mandato de cambiar su traje para que no se le conociese en el camino. Se habia perfeccionado la manera de atormentar al Papa sin correr los riesgos que su popularidad pudiera suscitar i se le hizo partir en la mañana del 10. Despues de un penoso viaje sin descanso alguno, llegó al hospedaje del Monte Cénis a la media noche. En Stupinigi, cerca de Turin, el gobierno habia enviado de antemano a Bertazzoli, quien montó en el mismo carruaje i no se separó mas de Pio VII. En el hospedaje cayó el Papa tan peligrosamente enfermo, que los oficiales que lo escoltaban creyeron deber trasmitir esta noticia al gobierno de Turin i preguntar si debian detenerse o proseguir su camino. Se les contestó que cumpliesen lo que se les habia ordenado. En consecuencia, aunque el Papa acababa de recibir la extremauncion en la mañana del 14, a la noche siguiente se le hizo continuar el viaje. Pero este Pontífice enfermo debia conservar, en medio de tantos ultrajes, como una salud de fierro que resistiria a todas las barbaries. Caminábase de dia i de noche. En la mañana del 20 de junio llegó a Fontainebleau; durante todo ese trayecto no salió del carruaje i cuando debia tomar algun alimento se lo llevaban al mismo carruaje, el que siempre estaba cerrado con llave. Cuando Pio VII llegó al palacio de Fontainebleau el conserje no pudo admitirlo porque aun no habia recibido órden para ello del ministerio de Paris i se condujo al Papa a una casa vecina. Algunas horas despues llegó la órden de recibir al Padre Santo en el palacio, a donde algunos ministros del emperador vinieron de la capital para cumplimentarlo. El emperador i su ministerio dieron por pretexto de esa súbita traslacion del Papa, que temian que algunos navíos que recorrian el Mediterráneo intentasen un desembarco para apoderarse de Pio VII en Savona i le diesen libertad; pero el verdadero motivo fué acercarlo a Paris a fin de rodearlo de personas que, a fuerza de instancias i de solicitaciones, lo indujesen a consentir en todas las proposiciones del emperador.

Lo que no se puede comprender es esa manera precipitada de hacer viajar al Papa. Necesitóse una asistencia particular del cielo para que no perdiese la vida. Esta muerte, ademas, no habria favorecido los designios del gobierno, i los habria desconcertado por el contrario, porque habia obtenido mucho por las en-

fermedades de Pio VII i podia obtener mas aun. Pero los subalternos se imajinan a menudo que agradan ejecutando con mas rigor las órdenes que les han sido dadas. El cardenal Pacca cree no deber atribuir esas resoluciones tan violentas sino al deseo de abatir, por el debilitamiento de las fuerzas físicas, las facultades intelectuales del Papa i agotar su paciencia heróica. En efecto, llegó a Fontainebleau en un estado de salud que hizo temer por su vida, i tuvo que permanecer en cama mui enfermo durante varias semanas. A lo ménos tenia una cama; aunque prisionero en su departamento podia respirar mejor que en el horrible carruaje en que permanecia encerrado aun cuando no estaba en viaje, i habia podido volver a ponerse los vestidos de su dignidad. (1)

JORJE SMITH.

(Continuará.)

(1) Viendo la manera impía como Napoleon trata al mas manso de los Pontífices, se pregunta uno si realmente Napoleon tenia fé, i cuesta trabajo creerlo al leer la coleccion de sus cartas publicadas por órden de Napoleon III. De ellas tomamos las siguientes citas:

"¿No decia Bossuet *mangez un bœuf et soyez chrétien?* La abstinencia de los viérnes i el descanso del domingo, son reglas mui secundarias e insignificantes. Lo que pertenece esencialmente a los mandamientos de la Iglesia, es no dañar al órden social, no hacer mal al prójimo, no abusar de la libertad. Es necesario no raciocinar, sino burlarse de los sacerdotes que piden tales reglamentos.

"Ya que invocan la autoridad en esta materia, es necesario, pues, que ella sea competente. Yo soi la autoridad i doi a mis pueblos para siempre permiso para no interrumpir su trabajo.

"Si yo hubiese de mezclarme en esas cosas, estaria dispuesto mas bien a ordenar que el domingo, pasada la hora de los oficios, se abrieran las tiendas i los obreros volviesen a su trabajo." (Tomo XIV, páj. 374.)

Hablando de Pio VII i de sus consejeros, escribia Napoleon: "¡Quieren denunciarme a la cristiandad! Ese ridículo pensamiento revela una profunda ignorancia del siglo en que vivimos; hai un error de fecha de mil años. El Papa que diese semejante paso, dejaria de ser Papa para mi. No lo consideraria yo sino como el Anticristo enviado para trastornar el mundo. ¿Qué quiere hacer Pio VII denunciándome a la cristiandad? Poner mis tronos en entredicho, excomulgarme: ¿piensa que las armas se caerán de las manos de mis soldados o que va a poner el puñal en manos de mis pueblos para que me degüellen? Esa doctrina la han predicado Papas furibundos i nacidos para la desgracia de los hombres. No le faltaria mas al Padre Santo que hacerme cortar el cabello i encerrarme en un monasterio. ¿Cree él que nuestro siglo ha vuelto a la ignorancia i embrutecimiento del siglo IX? ¿Me toma por Luis el de buen aire?

"Ciertamente comienzo a avergonzarme i sentirme humillado por todas las locuras que me hace sufrir la corte de Roma, i quizas no esté léjos el tiempo (si continúa perturbando los negocios de mis Estados) en que no reconozca al Papa sino como obispo de Roma, como igual en rango a los obispos de mis Estados. No temeré reunir las Iglesias galicana, italiana, alemana i polaca para arreglar mis negocios sin Papa. En una palabra, es esta la última vez que entro en discusion con esa clerigalla (prêtraille) romana; se la puede despreciar i desconocer quedando siempre en camino de salvacion i en el espíritu de la relijion."

RECUERDOS.

(A MI AMIGO E. V. C.)

Quince años apénas contaria
De su edad en la plácida alborada,
I ya ajitaban su inocente pecho
Deseos i esperanzas.

¡Quince años! la edad en que un recuerdo
Tan solo son los sueños de la infancia,
I en que el alma se siente conmovida
Por visiones extrañas.

Negros eran sus ojos; sus cabellos
Caian en riquísima abundancia,
Como hebras de oro, en suaves rizos
Sobre su blanca espalda.

Su nombre aun no lo lo sé; ni en su belleza
Acaso era feliz o desgraciada;
Acaso, pobre huérfana, en el mundo
Vivia solitaria;

Acaso de la vida en los festines
Entraba entónces con incierta planta
I la torpe lisonja la ofrecia
Su copa envenenada;

Acaso, léjos de mundanos goces,
En silencio tejia una guirnalda
De modestas virtudes con que el cielo
Su frente coronaba.

Solo un momento víla ante mis ojos,
Como un astro de luz i de esperanza
Iluminando el áspero sendero
De mi triste jornada;

I, a pesar de los años que han pasado,
Mi corazon, amante al recordarla,
Siente aun removerse las cenizas
De una hoguera apagada.

JAVIER VIAL SOLAR.

LA PRIMERA MUERTE.

Dixitque Cain ad Abel fratrem suum: Egrediamur foras. Cumque essent in agro, consurrexit Cain adversus fratrem suum Abel, et interfecit eum.

GÉNESIS, C. IV. v. 8.

I.

Aun era el principio del mundo.

Todavían bullian en la mente de Adan i Eva los gratos recuerdos del Paraiso, de aquel eden de celestial inocencia, ajeno de los dolores físicos i de los pesares del alma; de aquella vida tan dulce i perfecta, como la del Empíreo, puesto que toda ella habia sido un puro deleite; un eterno e inmaculado amor; eterna luz, i eternas bellezas i armonías en lo creado exclusivamente para dos séres sin mancha, sin pasiones livianas, sin recuerdos i sin esperanzas, sin dudas i temores; que vivian en éxtasis continuos en presencia de aquellos arroyuelos, de aquellas florestas, de aquellos mansos i azulados rios, de aquellos rizados lagos, de aquellas resonantes cascadas, de aquellos pequeños i bonancibles mares poblados de florecidas islas, i en cuyas aguas se mezclaban las mas primorosas aves a los mas brillante peces, cuyo concierto se unia a los cantos de los pájaros, de las arboledas i de los vientos, de aquellos verdes prados, cuyo césped era mas herboso i blando que los tapices de Alepo, de aquellos montículos, arriates, parterres i praderías cubiertos de flores de embriagadoras esencias, i de árboles de exquisitos frutos i de dulcísimos vaivenes, de aquellos céfiros, de aquellas brisas, de aquellos vientos, de aquellos soles, de aquellos resplandores de sus dias i de sus blancas noches, de aquel inmenso conjunto de animales que, en armoniosa quietud i sociedad vivian, i en fin, de aquel lugar de delicias, hecho por la palabra de Dios para que fuera la cuna del jénero humano.

Todavía esos gratos recuerdos de la felicidad paradisaica se mezclaban, en las abatidas mentes de Adan i Eva, a las dolorosas memorias del aciago instante en que, habiendo comido el funesto fruto del árbol de la ciencia, desobedeciendo los mandatos de Dios, oyeron esta terrible voz del Eterno:

In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram, de qua sumptus es: quia pulvis es, et in pulverem reverteris!

Todavía refuljian ante sus atónitos ojos las espadas de los án-

jeles guardianes de las puertas del Eden, que les habian arrojado sin misericordia de él; i vanamente lloraban sobre la solitaria tierra, e imploraban la compasion del Señor!....

II.

A las sombras de un viejo sicomoro, en cuyas tristes i retostadas ramas jemia con honda ternura el viento, a la par que las agoreras aves, estaban un dia los viejos padres de la humanidad llorando su desobediencia i sus irremediables calamidades.

Ya Eva habia sentido el dolor de los dolores, segun la palabra del Señor:

Multiplicabo ærumnas tuas, et conceptus tuos: in dolore paries filios!

Cain i Abel eran primicias de tan caro amor; pero Cain era el tipo de la maldad, i Abel el tipo de la virtud

Adan i Eva, pues, ya conocian que la vida era una eterna cadena de desgracias, irrevocable en ellos i en sus descendientes de todos los tiempos i de todas las jeneraciones, cuyo último anillo solamente le era dado romper a la muerte.

Pero, si bien es cierto que Adan i Eva i sus hijos sabian que deberian morir, no tenian completa idea de lo que era la realidad de la muerte.

¡Oh! ¡Dichosos ellos todavía, puesto que no habian presenciado el mas trájico, el mas terrible acontecimiento de la vida!....

La tarde ya caía, i las sombras de la noche se acercaban a buen andar, negras i aterradoras como el cáos, i la naturaleza toda parecia aterrada....

Sobresaltados Adan i Eva, se levantaron de la raiz del árbol en busca de Cain i Abel que se habian alejado a la campaña.

A pocos pasos encontraron a Cain con el rostro desencajado, el cabello desgreñado, la mirada penetrante i atrevida, como la de un bandido, i que apresuradamente, i armado de una maza de madera, parecia huir, mirando de soslayo a sus padres.

—¿Qué tienes, oh hijo de mis entrañas? dijo la madre con desconocido sobresalto, i con aquella amorosa ternura que puso Dios en el corazon de todas las madres. ¿Qué te ha acontecido en el campo, miéntras nosotros descansábamos de las fatigas del dia?

—¡Padre! ¡Dejadme que huya! ¡que huya! porque la voz del Señor viene gritándome: "¡Maldito serás sobre la tierra! ¡maldito serás sobre la tierra!"

—Pero díuos: ¿qué has hecho? ¿dónde está tu hermano Abel?

—No sé lo que ha sucedido, pero yo le he golpeado con mi maza, al pié de aquella roca, i talvez duerme: porque en vano lo he llamado!....

—¡Insensato! dijo Adan, ¿por qué has estropeado a tu hermano siendo tan manso i tan bueno como es?

—¡Dejadme que huya! ¡que huya! porque estoi maldito del Señor, i su terrible yoz me manda que marche hácia el oriente del Eden, donde he de vivir fujitivo, i donde he de enjendrar otras jeneraciones!

I echó Cain a andar rápidamente, mirando sin cesar hácia atrás, i oyendo aquella terrible voz: "¡Maldito serás sobre la tierra!"....

III.

I Adan i Eva fuéronse apresurados al sitio de la reyerta.

I Eva, la primera, vió a Abel tendido sobre la tierra, cual si tranquilamente durmiese; i, con los ojos arrasados de lágrimas, arrojóse sobre él diciéndole:

—¿Qué te ha sucedido, oh hijo de mi alma? ¿En dónde te ha herido Cain? ¡No me niegues nada, porque el dolor me ahoga!....

I Adan, notando que Abel no respondia ni se movia, aterrado i sin comprender el suceso, puso la mano sobre el corazon de Abel i amorosamente le dijo:

—¡Hijo mio! ¡levántate i dínos tu dolor! ¡No duermas ya mas!....

Pero Abel continuaba quieto, bañada la blanca faz en sangre, i esparcidos los rubicundos cabellos, como la bellota de la mazorca, que desnuda el viento, los miembros ríjidos, i los párpados caidos, como las alas del ave fatigada....

I Eva volvió a llorar mas réciamente, i a decir a Abel:

—¿Qué tienes que no respondes?.... ¿Por qué no me muestras esos ojos, tan azules, como los lagos del Paraiso?.... ¡Ah! ¡Tu corazon no palpita!.... ¡Tus labios están cárdenos, como las violetas marchitas!.... ¡I estás frio como las noches oscuras!.... ¡Nó! ¡No duermas mas!.... ¡Levántate! ¡I ven a abrazar a tu madre que tanto llora por tí!....

I Adan corrió a la fuente, i trajo agua sobre una hoja, i la aplicó a los labios de Abel, diciéndole:

—¡Vamos hijo mio! ¡que la noche desciende triste, como los ojos de tu pobre madre.... i tú estás pálido, como el narciso de la llanura!

¡Pero Abel no respondia!.... ¡i las agoreras aves volaban sobre aquel grupo, salmodiando cánticos extraños!

¡I las flores del césped sobre el cual reposaba Abel, estaban marchitas!....

¡I los truenos zumbaban, i por doquiera caian los rayos i las centellas!....

¡I los últimos destellos del Véspero, apagados súbitamente por

las sombras, iluminaron aquel melancólico cuadro de condenados por la cólera divina!

IV.

I como Abel no se moviese ni respondiese a las palabras, ni a las lágrimas, ni a los sollozos, ni a los jemidos, Adan levantó sobre sus hombros al aterido cuerpo de su hijo, i echó a andar en direccion a su cabaña, en tanto que Eva decia a grandes voces capaces de conmover la tierra:

—¡Oh Señor de los cielos!.... ¡No comprendo qué sea esto!.... ¡Predilecto de nuestra casa!.... ¿Por qué no nos respondes?.... ¿Por qué no te levantas a consolar nuestro duelo, puesto que somos solos en el mundo, i no tenemos quien acuda a nuestros gritos i sollozos?.... ¡Ah Cain! ¡desventurado Cain!

¡I la naturaleza continuó aterrada durante esa noche i el siguiente dia, en que la abandonada familia estuvo llorando i esperando que Abel despertase!

¡A la segunda noche el cuerpo de Abel estaba negro, como el lirio tronchado por el pasajero!....

¡I Adan i Eva tuvieron horror i asco a aquel cuerpo, tan bello i puro el dia anterior como el azahar del limonero; i lo llevaron a un bosque, i lo cubrieron de ramas secas, sin que en los ojos de los desventurados padres se agotasen los rios de sus lágrimas!

¡I empero, todavía ellos esperaban que despertase Abel!....

¡Aquella desventurada madre, tan pura i tan hermosa en el Eden, como las rosas de la mañana, ahora se encorvaba al peso de los años, como la encina centenaria, i se deshacia en llanto sobre las hojas que cubrian a su hijo!

Adan alzó los ojos al cielo en actitud suplicante, i murmuró, con honda desesperacion:

—¡Padre nuestro! ¡Tened piedad de nosotros, i decidnos qué le ha sucedido a Abel!....

I era la media noche ya, cuando un ánjel, tan hermoso como el príncipe de las celestes jerarquías, en el centro de un coro de otros alados querubines, todos armados con espadas de fuego, dijo a Adan con voz severa;

—¡La sentencia del Señor ha empezado a cumplirse en Abel, i se cumplirá en tí i en todas las jeneraciones de la tierra!.... ¡Abel ha muerto para no volver a vivir!....

¡Adan i Eva hasta entónces comprendieron lo que era La Muerte, i, absortos de terror al escuchar la voz del ánjel, se cubrieron los ojos con las manos, entre tanto que el coro de los ánjeles ascendia a los cielos en una nube de fuego que lanzaba pavorosos truenos!....

1872.

Temístocles TEJADA.

A PROPOSITO DE UNA NUEVA EDICION

DE LA

GRAMATICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DEL

SEÑOR DON ANDRES BELLO.

(Continuacion.)

33.— Dice don Andres Bello en el número 161 de su *Gramática:* "El substantivo *que* pertenece muchas veces a la proposicion subordinante, i no reproduce ninguna idea precedente sino anuncia una proposicion que sigue. "*Que* la tierra se mueve al rededor del sol es cosa averiguada," es como si dijéramos, *esto, la tierra se mueve al rededor del sol, es, etc:* toda la diferencia entre *esto* i *que* se reduce a que empleando el primero, quedarian las dos proposiciones flojamente enlazadas. Proposicion subordinante, *que es una casa averiguada;* proposicion subordinada señalada por el *que* anunciativo, *la tierra se mueve al rededor del sol. Que* es el sujeto de la proposicion subordinante."

34.—A esto dice el señor Cuervo en la nota 47:

"La explicacion del anunciativo *que* me parece demasiado artificial, i ofrece las dificultades siguientes, que reputo por argumentos en favor del carácter relativo de este vocablo:

"1.ª A tomarse *que* como equivalente de *esto* i perteneciente por tanto a la proposicion subordinante, habrá de hacerse lo mismo con *si* en "No se *si* tendrá buen éxito la empresa," dado que se pueda cambiar en "No sé *esto:* ¿tendrá buen éxito la empresa?" La única diferencia entre uno i otro consiste en que este *si*, como dejeneracion del condicional *si*, está destinado por la lengua para denotar duda, i *que* relativo neto tomado adverbialmente, para lo aseverativo o puramente expositivo; usos ámbos mui naturales, pues lo condicional entraña algo de continjente, i la carencia de sufijo o inflexion determinada en el relativo, le califica para expresar la dependencia mas incolora entre dos proposiciones.

"2.ª La resolucion de *que* en *esto* no puede verificarse sino en ciertos casos, i especialmente cuando el verbo subordinante pide subjuntivo es inaplicable: "Temo *que* venga," no puede reducirse

a "Temo *esto:* venga;" lo cual depende, i ésta, en mi sentir, es razon decisiva en favor del carácter relativo de *que*, de estar el réjimen modal de tal suerte vinculado en las palabras relativas, que sin expresarse o suponerse éstas no se comprende esotro. (1)

"3.ª El uso de la lengua no permite suponer que en los usos de *que* i *si* sobre que voi discurriendo, pertenezcan éstos a la proposicion subordinante, toda vez que ocurren encabezando frases exclamatorias e interrogativas directas: (2) ¿Si tendrá buen éxito la empresa?

Loca estoi!
¿Que a César he de ver hoi?
(Calderon, *Peor está que estaba, jorn. III.*)
A sabor duerme. ¡I *que* viva
Un hombre i parezca muerto!

(Tirso de Molina, *La Gallega Mari-Hernández, acto I, esc. X*)

"4.ª El oficio de anunciativo ha procedido en todas las lenguas del oficio de relativo, i jeneralmente vienen a desempeñarlo adverbios causales (v. g. en sanscrito *yát*, i en la baja latinidad *quod*, *quia*, *quatenus;* los dos primeros mas a menudo por ser puros casos del relativo) o de modo (v. g. *como*, (3) *ut*, *yáthá*,) de suerte que el anunciativo viene a ser un relativo descolorado, digámoslo así, en su significacion, mas no en su carácter, como lo prueba, segun ya apunté, su influencia en el modo del verbo que le acompaña. Debe tenerse presente que en las lenguas jermánicas, de donde parece haberse sacado la teoría del Autor, el anunciativo, de raiz demostrativa, existe tambien como pronombre relativo, i creo empresa mui difícil el probar que en uso de anunciativo apareció ántes de éste; tanto mas que en latin hallamos vestijios de la aplicacion de la misma raiz al enlace de proposiciones, segun lo muestran *dum* i *donec*.

"El Autor reconoce en otros casos *(cap. XL. h, i;* § 368; ahí mismo, *b, g)* el carácter adverbial del anunciativo, i para extenderlo al de que he venido hablando, no creo se necesite mas esfuerzo que para concedérselo a *si*, que sufre igual desvanecimiento de significado, como indiqué arriba.

"5.ª Las proposiciones introducidas por *que* admiten en la proposicion subordinante un demostrativo, el cual es de ordinario *esto*; de suerte que no puede decirse que el anunciativo haga sus veces: "En *esto* se diferencia la lucha de la guerra, *que* en la guerra no siempre andan los hombres al pelo, a tiempos descansan, comen i duermen; sus treguas tienen para descansar, para rehacerse, para recorrer las armas i curar las heridas; pero los que luchan, ningun momento cesan ni descansan, ni para esto se les da

(1) Véase el *cap. L. g*, 5.
(2) Véase § 368 *h*.
(3) Véase *L, k*. 1.

lugar de parte del enemigo:" (Fr. Fernando de Zárate.) "En *esto* me has mostrado singularmente tu dulce caridad, en *que* cuando yo no existia me criaste:" (Nieremberg.) "*Ello* es así *que* el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo:" (Granada.) El mismo demostrativo puede usarse con otras frases relativas."

35.—Don José Ramon Saavedra tambien arguye contra el *que* anunciativo, pues considera que el *que* es simple conjuncion: "QUE. Esta palabra es conjuncion i submodificativo. 1.° Como conjuncion hace referencia a un juicio u a una de las ideas que lo componen, v. g. "deseo *que* vengas;" este *que* se refiere al juicio expresado en *deseo*; "la casa *que* habito es cómoda;" este *que* se refiere a *casa*, una idea del juicio." (*Gram. Esp.*, páj. 137.)

36.—Voi a contestar brevemente a las razones expuestas por el señor Cuervo en el párrafo que dejo copiado, contra el carácter anunciativo del *que*.

37.—En primer lugar, es preciso advertir que cuando el señor Bello dice que el *que*, en ejemplos como éste, *deseo que venga*, es anunciativo, no quiere en ninguna manera quitarle el carácter de relativo. Nada se opone a que una misma palabra enlace una proposicion con otra, anunciando juntamente la proposicion que sigue. Véamoslo con un ejemplo: "Yo solo digo *esto*: no quiero verle." Aquí tenemos dos proposiciones, cuyo significado las enlaza estrechamente, pero ese enlace está representado de una manera mui floja por el demostrativo *esto*, que, en su carácter de tal, anuncia conceptos subsiguientes, como tambien puede reproducir los anteriores. Si ponemos el *que* en lugar de *esto*, diciendo "yo solo digo *que* no quiero verle;" tendremos 1.°—Que subsiste entre las dos proposiciones la misma relacion que ántes, si bien ahora perfectamente expresada; i que, por consiguiente, es relativo; 2.°—Que ese *que* es substantivo neutro por cuanto está en lugar de otro substantivo neutro, i éstos no pueden ser reemplazados sino por subtantivos de una misma naturaleza; 3.—Que ese *que* no puede ser adverbio, ya que esencialmente es substantivo, como acabamos de verlo i 4.°—Que, por lo mismo que está en lugar de *esto*, i por razon del significado que entónces asume, ese *que* anuncia la proposicion siguiente *no quiero verle*.

38.—Yo no veo cómo puede encontrarse semejanza de significaciones entre las frases ligadas por el condicional *si* (en los ejemplos que aduce el señor Cuervo en el párrafo trascrito mas arriba) i las que lo son por el *que* llamado anunciativo. Cuando decimos *no sé si venga*, no queremos absolutamente afirmar o negar un hecho, sino únicamente dudarlo: por consiguiente, el *si* dubitativo no anuncia, ya que para anunciar alguna cosa es indispensable la afirmacion o la negacion.

39.—No es exacto que en algunas frases en que entra el *que* anunciativo éste no pueda resolverse en un demostrativo neutro. Nada de contrario a la índole de nuestra lengua tiene, en mi hu-

milde sentir, la resolucion de la frase "Temo *que* venga," en esta otra: "Temo *esto:* él venga."

40.—No creo tenga valor alguno el ejemplo citado "*Si* tendrá buen éxito la empresa," para demostrar la identidad del *si* dubitativo con el *que* anunciativo: esas frases i muchas otras semejantes son elípsis de nuestra lengua, que se resuelven en estas otras "*No sé* si tendrá," "*Dudas* si tendra," "*Sabes si tendrá*, etc.

Ni son estas frases, como lo cree el señor Cuervo, interrogativas directas, por lo mismo que dependen evidentemente de otra proposicion, circunstancias que hace que la interrogacion sea siempre indirecta.

41.—Ahora, respecto del carácter de conjuncion atribuido al *que* anunciativo por el señor Saavedra, solo observaré lo siguiente:

1.°—Las conjunciones solo ligan elementos análogos (segun él mismo lo reconoce), miéntras que el *que* llamado anunciativo une proposiciones de distinta naturaleza como lo son la subordinante i subordinada;

2.°—El *que* tiene réjimen i las conjunciones nó. Cuando decimos "Quiero *que* vengas," no podríamos poner otra forma verbal que la subjuntiva, exijencia que no tienen jamas las conjunciones en castellano; i

3.°—Que si el *que* fuera conjuncion, las proposiciones por él ligadas deberian ir una a continuacion de otra, como sucede con todas las conjunciones: es así que esto no sucede, luego no es conjuncion.

42.—Paso ahora a uno de los puntos fundamentales de la doctrina del señor Bello, a los *derivados verbales*. Copiaré todo lo que dice el señor Cuervo respecto de este punto, i yo opondré despues mis observaciones.

43.—Dice el mencionado gramático bogotano:

"Etimolójicamente está averiguado que el infinitivo, nó sólo el latino que pasó a los dialectos romances, sin el de otras lenguas, es en su oríjen un sustantivo. En latin i griego a fuerza de usarse como predicado de un nombre en acusativo, que venia a ser el ajente de la accion denotada por él, vino el infinitivo a tomarse como verbo, i aun a la larga se hizo tan independiente de aquél a que acompañaba, que se usó por sí solo, llevando todavía en acusativo su sujeto, segun se echa de ver en varias construcciones griegas. Dado este paso, faltaba ya mui poco para asumir claramente el carácter verbal, i al fin lo tomó sin rodeos, sirviendo en griego para reemplazar al imperativo i en el latin usándose como presente histórico, en ámbos casos con su sujeto ya en nominativo. Tan varios así eran los usos del infinitivo cuando el latin se formó en las lenguas romances, en las cuales conservó aquél la misma versatilidad de oficios: es sustantivo neto en el *cantar de los pastores;* forma proposiciones iguales a las infinitivas latinas en *los oigo cantar*, i en fin se ofrece como presente histórí-

co en este lugar de Santa Teresa: "Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, i todos *condenarme é oir* al provincial i a mi monasterio:" (*Vida, cap. XXXVI*). Es ademas visible la tendencia actual de nuestra lengua a emplear el infinitivo en casos en que antiguamente, guardándose la norma latina, se usaba todavía el subjuntivo; así donde el marques de Santillana dijo:

Buscaste corriendo donde te escondieses,

todos diríamos hoi *donde esconderte*.

"Cuando el infinitivo se usa como sustantivo neto se asemeja mucho a los nombres comunes de accion o de estado, de suerte que *el estudiar es provechoso* no se diferencia de *el estudio es provechoso* sino en una circunstancia que luego indicaré; pero una vez que el infinitivo admite sujeto, deja ya de ser abstracto: en *temor*, por ejemplo, se considera la accion o estado prescindiendo de la idea de ajente u olvidándola, lo cual no sucede en *temer yo*, expresion tan concreta como *yo temo*.

"Lo que precede me parece que autoriza para sin presuncion decidir que el infinitivo es un nombre que toma el carácter del verbo hasta el punto de señalar el atributo de la proposicion mirando cara a cara, por decirlo así, a su propio sujeto, lo mismo que lo hace cualquiera otra inflexion verbal. Creo que no es difícil contestar a las objeciones que se presentan a esta opinion.

"Dícese que el indicar tiempo con respecto al acto de la palabra es esencial en el verbo, i que como el infinitivo no lo hace, no se le puede graduar de tal: hé aquí sucintamente expuestas algunas de las razones que persuaden lo infundado de semejante teoría: 1.ª Cuando por primera vez se usó el verbo, no se conoció sino el presente; la idea del pretérito i la del futuro fueron hijas de la experiencia, i por tanto la idea del tiempo debió ser posterior al uso del verbo, el cual en aquella época primitiva debió expresar meramente las actividades de los séres, sin que hubiese ni modo ni motivo de precisar la época; 2.ª—i es la confirmacion filolójica de la anterior—la diversidad de tiempos se expresa en el verbo por modificaciones de la raiz, ora externas, o sea la adicion de afijos i prefijos jeneralmente de oríjen verbal, como en latin *amavi, amaveram*, i en nuestra lengua *amaré*, ora interna o sea el juego de las vocales como en las lenguas jermánicas *(dinae, sange, sänge)*; lo cual demuestra que la expresion del tiempo es un accidente en el verbo, i en manera alguna la esencia; 3.ª hai inflexiones que no expresan determinado tiempo com respecto al acto de la palabra, cual es el pospretérito: "Dijo que vendria ayer;" "Dijo que *vendria* ahora;" "Dijo que vendria mañana;" i sin embargo, nadie les niega el carácter i nombre de verbo. Por otra parte, no es completamente exacto que el infinitivo no señale el tiempo: tan clara es la distincion entre *estudiar*

i *haber estudiado* en esta frase: "No vale estudiar sino haber estudiado," como entre *estudio* i *he estudiado*.

"La carencia de formas distintivas de número i persona tampoco es razon para negarle al infinitivo su carácter de verbo, por que usando ese criterio se podria hacer lo mismo con el subjuntivo ingles. La lengua portuguesa ha llenado este vacío en su infinitivo personal, i si otras lenguas no han tenido la flexibilidad suficiente para ello, el caso de una en que aquél, conservando la misma índole, se conjugue, es argumento poderosísimo para llamarle verbo.

"Alégase que en esta oracion: "Informado el jeneral de estar ya a poca distancia los enemigos, mandó reforzar las avanzadas," alegáse, digo, que *estar* es atributo de su peculiar sujeto *(los enemigos)* i no precisamente el sujeto de la proposicion; pero esto mismo sucede con todo verbo de proposicion subordinada, la cual es lójicamente parte integrante de otra, i en que el verbo, por de contado, es atributo de su propio sujeto i no del de la subordinante. Ademas, no comprendo cómo pueda suponerse que haya combinacion de palabras entre las cuales se reconozca a una por atributo, a otra por sujeto, i con todo eso se niegue a la primera el carácter de verbo i al conjunto el nombre de proposicion.

"Para decidir que el infinitivo es siempre sustantivo se procede de la doctrina de Prisciano que *bonum est legere* es lo mismo que *bona est lectio* i se da por hecho comprobado agregando en apoyo que el infinitivo hace todos los oficios del sustantivo; pero aquí se padece un engaño que consiste en suponer que todos los usos del infinitivo se reducen a aquella fórmula, i en olvidar que éste tiene una propiedad que solo corresponde al verbo i le es realmente esencial, i es la de expresar el atributo, cosa que hace el infinitivo siempre que lleva sujeto, i de la cual ningun sustantivo es capaz. Agrégase a esto que cuando el infinitivo tiene el carácter verbal que le he asignado, no es él solo el que desempeña los oficios de sustantivo, sino la proposicion que él forma: "Avisóse estar cerca los enemigos;" "Avisóse que estaban cerca los enemigos;" "Avisóse donde estaban los enemigos:" en estas oraciones ¿cuál es el sujeto, *estar*, *estaban*, o las proposiciones íntegras que éstos contribuyen a formar? ¿Cuál es la cosa avisada, el *estar*, el *estaban*, o *estar cerca los enemigos*, *que estaban cerca los enemigos*, *dónde estaban los enemigos?* La respuesta es obvia. No niego que el infinitivo, orijinariamente nombre, conserve, aun al desempeñar oficio de verbo, su prístina forma; i precisamente por esto cuando entra a componer proposiciones, éstas son distintas de las comunes en su enlace i en la manera de rejirse por otras. Aquí, pues, cumple al gramático, no negar la existencia, que es patente, de ciertas proposiciones por el hecho de no parecerse a las demas, sino constituir con ellas una especie separada i dar las reglas que les conciernen.

"Como las metamorfósis léxicas no pueden ser instantáneas, "sucede a veces" (valiéndome de las expresiones del Autor a otro propósito) "que una palabra ha perdido en parte su primitiva naturaleza, i presenta ya imperfectamente, i como en embrion, los caractéres de otra, habiendo quedado, por decirlo así, en estado de transicion." Tal ha sucedido en el infinitivo: la enorme distancia que media entre el nombre i el verbo no podia recorrerse de un paso; el tránsito ha sido lento i de él ha quedado una huella que no es difícil seguir. En estos grados intermedios no cabe decir rotundamente: aquí hai un nombre, aquí hai un verbo; no de otra suerte que en las metamorfósis de los insectos no siempre pueden distinguirse exactamente los lineamentos de la forma pasada ni de la futura, i entónces debe bastar la descripcion del estado actual. Hé aquí algunos puntos de aquella escala:

"1.° "El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el *murmurar* de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas:" *murmurar* es aquí nombre de accion, sustantivo ordinario. En este caso, si bien alejándose algo de su natural significado, admiten plural ciertos infinitivos, como *placeres*, *pareceres*, *cantares* (véase la nota 49).

"2.° Muchas veces se usa indistintamente el infinitivo u otro nombre de accion, salvo que con éste es menester el artículo: "Me gusta pasear" o "el paseo;" "No le conviene jugar" o "el juego;" en el sentido, no obstante, estas frases no son equivalentes: el infinitivo precisamente refleja como ajente a un nombre que acompaña al verbo anterior, ora sea sujeto o no; lo cual no sucede en el otro caso: si de un niño enfermo se dice que no le conviene jugar, se entiende que es él mismo, pero si ponemos que no le conviene el juego, puode ser el de él mismo o el de sus compañeros.

"3.° Vese con mas claridad esta absorcion del infinitivo en el verbo precedente, en su combinacion con *poder*, *soler*, etc., que tienen por acompañante casi forzoso un infinitivo. Aquí tampoco cabe el imajinarse un sujeto distinto en el infinitivo i en el verbo anterior. En este caso como en el señalado arriba se aparta, ademas de los sustantivos comunes, en admitir complementos acusativos, i especialmente en consentir predicados, lo cual prueba que el entendimiento ya entreve un sujeto del infinitivo al cual puedan explicarse aquéllos, por mas que el uso no tolere expresarlo.

"4.° El vislumbrarse un sujeto al infinitivo, le hace perder mucho de su carácter abstracto; pero esto se verifica ya completamente en casos como "Los veo jugar," en que *jugar* es predicado de *los* (lo mismo que *buenos* en "Los veo buenos"); yendo aquí el nombre de accion en una conexion gramatical tan íntima con el

del ajente, cobra mayor vida, i deja su condicion de abstracto para localizarse en el objeto de que sepredica.

"5.° Hasta aquí hemos visto el infinitivo unido siempre a un verbo, i, a modo de decir, bebiendo la vida a sus pechos; de este contacto le ha venido la fuerza para andar luego de por sí, admitir sujeto propio i formar proposiciones, subordinadas en lo jeneral, pero tambien alguna vez independientes, segun se vió en el lugar de Santa Teresa, citado arriba, i en otras frases de la misma traza, propias del estilo familiar. De aquella union ha tomado tambien el infinitivo el color de vida que le acompaña aun cuando se usa en la mayor latitud de su significado, i que, haciéndole mas expresivo i animado, le distingue de los sustantivos ordinarios; tal que parece evocar siempre en el alma la imájen de un ajente, al cual, por mas embozado que se halle, es lícito referir predicados i pronombres reflejos: "Es dañoso andar descalzo;" "Muchos creen que es cobardía matarse."

"Por todo lo que precede se echará de ver que no estoi conforme con el Autor en la definicion del verbo, punto por cierto en que reina entre los gramáticos el mas completo desacuerdo. Definir es siempre cosa ardua, pero quizás en ningun caso lo es tanto como en el presente; por lo cual, visto lo poco afortunados que han sido otros mas doctos, no me animo a proponer nada nuevo, no sea que se me aplique la desconsoladora sentencia de Escaligero: *Nihil infelicius grammatico definitore.*

"Examinando con atencion los varios aspectos que segun la práctica de los buenos escritores ofrece nuestro jerundio, apénas puede creerse que sea en todos mera modificacion de solo el ablativo del jerundio latino; no obstante, nada hai mas cierto, i para mayor esclarecimiento del nuestro apuntaré, cuan brevemente quepa, sus oríjenes latinos; en lo cual, al paso que se probará la necesidad de reconocerle varios caractéres, se ejemplificará de nuevo la fuerza vital inherente al lenguaje, mediante la cual un vocablo se ramifica i viene a afiliarse en distintas familias.

"El jerundio latino es la terminacion neutra sustantivada del participio en *dus*, orijinariamente activo, i se usa para reemplazar al infinitivo en el jenitivo, dativo, acusativo con preposicion, i ablativo con preposicion o sin ella.

"En ablativo significa, como es natural, medio o manera: "*Movit Amphion lapides* canendo:" (Horacio, *Carm. III*, 11): "Anfion las piedras *con su voz* movia:" (Búrgos). En este sentido es comunísimo en castellano: "Todos los reinos fueron pequeños en sus principios; despues crecieron *conquistando* i *manteniendo:*" (Saavedra, *Empresa XCVII*),

"Como en casos semejantes al ejemplo de Horacio la accion del jerundio pertenece al sujeto de la proposicion i al propio tiempo denota modo o manera, vino a asemejarse al participio de tal suerte que podian usarse casi promiscuamente: así en este pasaje de Livio: *L. Cornelius Maluginensis*, simulando *curam belli*,

fratem collegasque ejus tuebatur (III, 40), podria ponerse el participio, calcando la frase sobre esta de Ciceron: *Aer tum concretus, in nubes cogitur, humoremque* colligens *terram auget imbribus, tum* effluens *huc et illuc, ventos efficit (Nat. Deor. II,* 39); pues, como se ve, el participio se presta de grado a expresar el medio; a lo que se agrega que el carácter adverbial del jerundio ablativo, en virtud del cual se allega íntimamente al verbo, le trae a darse la mano con el participio, que usado como predicado, viene a encontrarse en las mismas circunstancias.

"Abierta esta entrada, mui poco habia que andar para que el jerundio ablativo usurpase otras funciones del participio, como en efecto sucedió en la baja latinidad, en que llegó a expresar mera coexistencia de tiempo:

> "*Si nocte inspiciat hanc* prætereundo *viator,*
> *Et terram stellas credit habere suas.*
>
> *(Venantius Fortunatus, Opusc. lib. III).*

"Admitido el jerundio como participio activo, sirviendo de predicado del sujeto, no hubo dificultad alguna para usarle con referencia al acusativo: "lo encontré *cantando;*" dado que ocupaba con respecto al verbo la misma posicion, i tomaba de él la misma vida que en el otro caso.

"Suele el jerundio ablativo latino juntarse con la preposicion *in*, la cual entónces significa duracion, *miéntras: Fit ut distrahatur* in deliberando *animus*: (Ciceron, *Off. I,* 3, 9); (1) uso que con corta varacion se ha conservado en frances: *Trois insupportables tyrans, dont le triumvirat et les proscriptions font encore horreur* en les lisant: (Bossuet, *Disc. Hist. Univ. pte. I, IX*). Tambien ha subsistido en nuestra lengua, aunque con dos modificaciones notables; cuales son el admitir sujeto el jerundio, i el de notarse con esta combinacion no coexistencia de tiempo, como en latin i en frances, sino inmediata anterioridad; todo lo cual vemos en este lugar de Mariana: "En fin del otoño se volvió el rei a Sevilla con intento de, *en pasando el invierno,* juntar una grande flota i hacer la guerra por el mar." *(Hist. Esp., lib. XVIII. cap. II).* Cuanto al llevar sujeto, hubo de procederse por un trámite análogo al que observamos en el infinitivo, con el cual no vacilo en identificarlo en este caso; i sospecho debió comenzar esta práctica en la baja latinidad, de suerte que en el primer versículo del salmo 125, que segun la Vulgata dice: In convertendo Dominus *captivitatem Sion, facti sumus sicut consolati,* mas bien que un hebraismo o imitacion de la frase griega de los Setenta, (2) veo la aplica-

(1) Véanse mas ejemplos en Freund, *WB.* s. v. *in,* I, B, d; Hand, *Tursellinus,* s. v. *in,* II, 6; cf. *ib.* I, 43.

(2) Consúltese el Arte de Antonio de Lebrija, lib. IV, cap. IX.

cion de un jiro vulgar para verter otro semejante del orijinal. La variacion en cuanto al tiempo no debe producir sorpresa, por una naturalísima exajeracion que consiste en dar a entender lo mui corto del intervalo que separa dos acciones pintándolas como coexistentes. La frase relativa *en cuando*, por ejemplo, que fué primitivamente signo de coexistencia, lo es hoi de anterioridad: (1) i creo que con un poco de atencion se perciben vislumbres de la misma metamorfósis en la combinacion del infinitivo con la dicha partícula, segun lo muestran los siguientes ejemplos:

"*En ver* mis tristes cuidados
Los nobles cuatro elementos
Con tormentos
Todos serán ponzoñados.

(*Églogas i farsas de Lúcas Fernández, páj.* 69, *ed. Acad.*)

"Junto al agua se ponia
I las ondas aguardaba,
I *en verlas* llegar huía;
Pero a veces no podia
I el blanco pié se mojaba.

(Gil Polo, *Diana enamarada, lib. III.*)

"En el lenguaje familiar nada mas frecuente que "En el momento, en el instante que me vió, echó a correr;" "Verme i echar a correr, todo fué uno."

"Segun indiqué arriba, la accion del jerundio corresponde ordinariamente al sujeto del verbo con que se junta; no obstante es en latin frecuente el que se use con cierta independencia i refiriéndose a un sujeto, o indeterminado (*Frigidus in pratis* cantando (siquis cantet) *rumpitur anguis*—Virg. Æn. VIII, 71), o que se colije de lo precedente, como en este otro lugar del mismo Virjilio:

—"*Tauros procul atque in sola releg int*
Pascua, post montem oppositum, et trans flumina lata,
Aut intus clausas satura ad præsepia servant.
Carpit enim vires paulatim uritque videndo
Femina nec nemorum patitur meminisse nec herbæ,
Dulcibus illa quidem illecebris, et sæpe superbos
Cornibus inter se subigit decernere amantes.

(*G. III.* 212-218).

(1) Véanse mis *Apuntaciones críticas*, § 220.

"*Videndo*, lo mismo que *si tauri videant*. En las lenguas romances se realizó por completo esta independencia, pues que no solo se emancipó el jerundio del sujeto del verbo de la frase, sino que lo tomó expreso por su cuenta, i tal es, si no me engaño, el orijen de nuestras cláusulas absolutas, en las cuales el jerundio ha asumido tambien el verdadero carácter de participio activo.

"Aparece, pues, que el jerundio tiene hoi un carácter mui indeciso, pues si en unos casos semeja abverbio por su íntima conexion con el verbo en el significado de modo, manera, etc., en otros va tan unido con el sustantivo denotando una accion de éste i correspondiendo tan exactamente al participio activo de otras lenguas, que creo no se le puede negar el nombre de tal. Agrégase a asto que a veces es puro adverbio, como en "Viene la muerte tan *callando*," i a veces puro adjetivo como en "Un caldero de agua *hirviendo*." De modo que si en el infinitivo vimos un sustantivo que gradualmente se trueca en verbo, aquí vemos la metamorfósis todavía mas complicada de un participio que se sustantiva para ser nombre de accion, sustantivado toma fuerza adverbial mediante la desinencia ablativa, por su contacto con el verbo resucita a significar accion verbal hasta volver a su oficio de participio i entrar en los confines del adjetivo. Quizá se haya operado la última transformacion por un movimiento reaccionario de las lenguas romances hácia el tipo primitivo de la familia aria, por el cual se devuelve a la forma en *ando, endo* su valor orijinario del participio activo.

"El siguiente extracto del erudito i filosófico *Tratado del participio* de mi amigo el señor Caro, pondrá a la vista los casos en que los buenos escritores tienen admitido el jerundio, i confirmará lo dicho arriba, para lo cual me he servido tambien de aquella excelente disertacion.

"Nuestra forma verbal *amando* ejerce como principal i mas jeneral oficio, el de participio activo, i los casos en que desempeña este oficio pueden reducirse a cuatro:

"1.° Cuando el participio forma parte del sujeto de una proposicion, explicándole: "El ama, *imajinando* que de aquella consulta habia de salir la resolucion de la tercera salida, toda llena de congoja i pesadumbre se fué a buscar al bachiller Sanson Carrasco:" (Cervántes). En esta proposicion el sujeto consta en primer lugar, del sustantivo *el ama*, i en segundo lugar, de la frase adjetiva acarreada por el participio: *imajinando que de aquella consulta*, etc.; frase explicativa, pues no se trata de particularizar el ama de que se va hablando, a la cual el lector conoce. Pero es incorrecto este otro pasaje por ser especificativo el participio: "Este animal que llamamos hombre, previsor, sagaz, dotado de tantas facultades, *teniendo* el espíritu lleno de razon i sabiduría, ha sido de una manera inefable i magnífica enjendrado por Dios."

"El participio no puede ir refiriéndose al predicado, por lo

cual es impropio su uso en este pasaje: "La Relijion es Dios mismo *hablando* i *moviéndose* en la humanidad."

"Como reducibles a la misma categoría deben mirarse ciertas proposiciones que no representan un juicio perfecto sino una percepcion compleja, i que por esta razon admiten un participio o bien un adjetivo asimilado a participio, en lugar del verbo. Así el que inopinadamente ve que el fuego ha prendido en un edificio, ántes de perfeccionar su juicio exclama: *¡Una casa ardiendo!* I lo mismo cuando se aplica figuradamente el mismo jiro para representar una cosa al vivo i ponerla, por decirlo así, a los ojos del lector o el espectador, como si se intitula una fábula *Las ranas pidiendo rei*, o se inscribe en un cuadro: *Napoleon pasando los Alpes*. Este mismo jiro es inaplicable a títulos de leyes o decretos por cuanto no se representan las leyes a la imajinacion en una especie de movimiento indefinido, i peca entónces contra el principio de que el participio ha de ser explicativo cuando se junta con el sujeto.

"2.° *Amando*, en su calidad de participio activo, sirve en segundo lugar para formar tiempo compuestos en union de un verbo que accidentalmente tome carácter de auxiliar, cuales son *estar*, *andar*, *venir* i algunos otros; combinaciones en que, quedándole al verbo solo una significacion jenérica i asumiéndola específica el participio, se forma de los dos una serie de tiempos compuestos en que el participio hace el principal papel, i que por esta razon puede considerarse como una rama de la conjugacion del verbo del que sale el participio; así *yo estoi pensando*, mas denota la idea de *pensar* que la de *estar;* i es como una forma enfática de *pienso:* "Don Quijote, que se vió libre, acudió a subir sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido a coces de Sancho, *andaba buscando* a gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza." (Cervántes): el circunloquio *andaba buscando* dice mucho mas que diria la forma simple *buscaba*.

"3.° Entra como participio activo refiriéndose al complemento acusativo, pero solo cuando lo expresado por él juntamente con lo expresado por el sustantivo con que se combina, padece la accion del verbo: condicion que fija perfectamente la diferencia entre aquella construccion justamente censurada por Salvá i por Bello: "Envío una caja conteniendo libros," i esta otra que es correcta: "Ví a una muchacha cojiendo manzanas." En ámbos casos el participio se agrega al complemento acusativo, que en el primer ejemplo es *caja* i en el segunpo *muchacha;* pero allá lo expresado por el participio no recibe la accion del verbo: el *contener* no es cosa *enviada;* lo contrario sucede acá: el *cojer* manzanas conjuntamente con la muchacha que las cojia, fué cosa *vista*.

"La mayoría de los verbos que rijen participio adjetivo, significan actos de percepcion o comprension, como *sentir*, *ver*, *oir*,

observar, *distinguir*, *hallar*, o de representacion, como *pintar*, *grabar*, *representar*, etc.

"El participio activo no tiene cabida con sustantivo alguno que forme complemento que no sea acusativo; por eso es incorrecto este pasaje: "Oirá la voz del héroe *admirándonos* con su fortaleza, del sabio *predicando* la verdad, i la del siervo de Dios *acusando* nuestra tibieza;" porque los sustantivos *héroe*, *sabio* i *siervo* a que se refieren *admirando*, *predicando* i *acusando*, no son complementos acusativos.

"El uso de antiguos i modernos exceptúa de esta regla los participios *ardiendo* e *hirviendo* que se pueden juntar con el sustantivo cualquiera que sea su oficio: "Se muestra delante de nosotros un lago *de pez hirviendo* a borbollones:" (Cervantes).

"4.° En cláusulas absolutas; v. g.:

"Semejaba, depuesto el blanco lino,
Revolando las blondas
Madejas por el cuello alabastrino
La hija de las ondas.

(Bello.)

"Pasaje en que ocurren dos cláusulas absolutas: la primera, *depuesto el blanco lino*, con el participio pasivo *depuesto;* i la segunda, *revolando las blondas madejas por el cuello alabastrino*, con el participio activo.

"Sobre el uso del participio activo en este caso, debe tenerse presente:

"*a.* Lo mismo que las demas cláusulas absolutas, el participio debe ir ántes que el nombre a que se refiere: "*revolando* las blondas madejas."

"*b.* Cuando la cláusula absoluta se toma en sentido pasivo absoluto, es decir, cuando no ocurre al que habla sujeto oportuno que aplicarle, en este caso i siendo transitivo o neutro el verbo de donde sale el participio, éste debe tomar el enclítico *se* como lo tomaria el mismo verbo en una forma personal (esto es, formando una proposicion irregular cuasi-refleja); v. g.: "Especulaciones demasiado abstractas para lectores imberbes las habrá, sin duda, en esta gramática: ni era fácil evitarlas *tratándose* de rastrear el hilo a veces sutilísimo de las analojías que en algunos puntos dirijen el uso de la lengua;" (Bello). Aquí seria incorrecto *tratando*, porque variando la construccion diríamos: "Ni era fácil evitarlas cuando *se trata* o *se trataba* de rastrear el hilo, etc." Permítese, sin embargo, la omision del *se* cuando el participio que debia llevarlo se construye con una frase que lo lleva; v. g.: "En *sabiendo* lo que es imposibilidad, *se sabe* lo que es posibilidad:" (Balmes).

"*c.* La cláusula absoluta, fuera de significar mera coexistencia,

v. g. "Envió un ballestero de maza al rei de Aragon a quejarse porque le habia rompido malamente la tregua, i, faltando a su verdad, hacia que sus jentes le entrasen en su tierra *estando* él descuidado i desapercibido con la seguridad de su palabra:" (Mariana, *Hist. Esp., libro XVII, cap. II)*, se presta a significar: 1.° *causa* o *razon*, v. g. "*Andando* los caballeros lo mas de su vida por florestas i despoblados, su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas." 2.° *Modo*, v. g.: "Conmigo" es un accidente de "mí;" una forma particular que toma el caso "mí" cuando se le junta la preposicion "con," *componiendo* las dos palabras una sola:" (Bello). 3.° *Condicion*, v. g.: "Determinado ya el emperador de recibir a Berenguer de Entenza, le envió a llamar varias veces, i para asegurarle le envió sus patentes con sellos pendientes de oro en que le prometia con juramento que, *queriéndose* quedar, le trataria con buena voluntad:" (Moncada). 4.° *Oposicion*, v. g.: "Se dió la lei, resistiéndola Apio Claudio."

"Fuera de estas circunstancias es importuno e incorrecto el uso del participio en cláusula absoluta, como en este pasaje: "¿Quién creerá que en la misma obra en que se dan lecciones que son de bulto para cualquier racional que tenga ojos u orejas, se cometen iguales faltas, no *alcanzando* la paciencia para contarlas?"

"Explicados ya todos los usos del verbal en *ando*, *endo*, como el participio activo, resta hablar del caso en que es adverbio, lo cual sucede cuando se adhiere a un verbo denotando el modo de ejecutarse la accion, como en "Paseaba *galopando*," "No le hables *gritando*." Pero aun aquí no pierde completamente su carácter verbal, como que conserva el réjimen del verbo de donde sale; i acaso no es completa la transformacion sino en unos pocos como *corriendo, volando, callando, burlando*."

Santiago, 17 de Julio de 1875.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

(Concluirá.)

LOS BANDIDOS.

No hai duda que en estos últimos tiempos ladrones i salteadores han rompido todos los diques con que la relijion i las leyes procuran contenerlos. En las provincias del centro de la República, tanto en los campos como en las poblaciones, se ven amagados los ciudadanos por partidas de forajidos sedientos de pillaje. De tres meses acá, hasta en Santiago, en sus mas pobladas calles i en las primeras horas de la noche, se ha estado viendo relucir el puñal del que procura obtener dinero por el temor de su acerada punta. Como es natural, el miedo i hasta el terror han venido a golpear a la puerta de los corazones.

Pero, ¿qué causa especial ha habido para que se desprenda ese lurte de facinerosos? ¿Por qué se ha desbordado el torrente? ¿Quién ha unido en esos pechos los hábitos del merodeador con los instintos de la hiena?

En épocas anormales, cuando sacudido un pais por grandes revoluciones sociales el gobierno no alcanza a llevar la savia del órden i de la represion a todos los ámbitos, natural es que se remuevan las malas pasiones, i que la facilidad e impunidad del robo aviven su deseo en muchas almas mal intencionadas. Pero, ahora, cuando la plena paz de que gozamos deja expeditos a los gobernantes para que aplasten con férrea mano a los bandidos, no hai razon para que éstos se paseen altaneros por nuestras plazas.

Sin embargo, por desgracia, el hecho está a la vista de todos. La prensa i la tribuna parlamentaria, no contentas con señalarlo, han inquirido sus causas e insinuado sus remedios. En cuanto a éstos la lejislatura prepara una lei que subvenir pueda a lo grave de la situacion: no me ocuparé en su apreciacion.

Por lo que hace a las causas del desórden que deploramos, sin duda que éstas son múltiples, i mas o ménos influyentes, segun con mayor o menor fuerza impelan al hombre al mal.

Buscar este jérmen en la ignorancia, i pretender ahogarlo con plantear escuelas primarias, es contrariar a la razon i a la historia. Aun considerado ese desórden en sus manifestaciones ordi-

narias i comunes, no puede aseverarse de un modo absoluto que sea enjendrado por la ignorancia, porque nadie mata ni roba por esta causa. ¿Hai álguien que no sepa que no debe tomar lo ajeno ni quitar la vida a su prójimo? Si esos delitos nacieran de oscuridad u ofuscacion del entendimiento, se comprende que, iluminado éste con el aprendizaje a que me refiero, desapareciesen infaliblemente aquéllos. Pero, sin necesidad de filosofar mucho sobre las causas de semejantes excesos i sin negar tampoco que la ignorancia sea muchas veces poderoso auxiliar, ¿quién no ve que ellos traen su principal oríjen de la depravacion de la voluntad? Tratar, pues, de llevar luz al entendimiento como preservativo de los robos i salteos es aplicar remedios a donde no existe el mal. Los hechos revelan esto mismo, pues vemos que ni todos los ignorantes propenden al latrocinio, ni la guarida de los salteadores cobija únicamente a los que no saben leer ni escribir. La historia del mundo acredita que la ilustracion sola no marcha unida con la moralidad. Entre nosotros, en los tres siglos precedentes era el pueblo mas ignorante que ahora, en cuanto a lectura i escritura, i sin embargo, no daba estas pruebas de violencia i ferocidad, sino en épocas de intensos trastornos o de grande atonía gubernativa.

Decir que el mal que lamentamos radica en los hábitos de nuestro pueblo no es explicar el incremento que ha tomado en nuestros dias, pues idénticas costumbres de tres siglos acá habrian estado produciendo constantemente los mismos atropellos i fechorías de que hoi son víctimas centenares de ciudadanos; i en tal hipótesis, el estado actual de asaltos violentos a la fortuna i a la vida habrian constituido nuestro estado normal, i, de consiguiente, nada de fenomenal habria que llamase hoi la atencion de la sociedad. Aun en absoluto, mirar los hábitos populares como causa de los robos i salteos, es paralojizarse de un modo mui notable. Eso será cuando mas, reconocer el hecho de que esos delitos se hallan en la índole del pueblo; pero, no es inquirir i señalar la causa por la cual se han inoculado en su carácter, a no ser que se dé como un dogma fisiolójico que tal o cual raza trae infiltrada en sus venas la propension al robo i al homicidio; i, ademas que esto no explicaria la actual recrudescencia del mal, tendria en su contra el hecho de que tal propension no es jeneral en la raza.

Por mucho que se alucinen los enemigos de la relijion revelada, es difícil que la lójica natural deje de guiarlos al conocimiento de que toda suerte de delitos se deriva necesariamente de la pérdida del temor de Dios. Es lei ineludible de la humanidad que la moralidad del hombre i de la sociedad está en relacion directa con el temor de Dios, i que la inmoralidad lo está con la desaparicion de ese temor. Miéntras mas arraigados se hallan en el alma los dogmas cristianos, i mas vivos se despiertan los sentimientos de amor i veneracion al autor del universo, mas lé-

jos está el hombre de entregarse a punibles desmanes. Al contrario, quien mira indiferente el culto que ha de tributarle, i se desdeña de encadenarle su corazon, se halla dispuesto a rodar por la pendiente de todos los excesos.

I esto tiene lugar aun respecto de los actos prohibidos por la lei natural, como el robo i el homicidio. La revelacion ha venido a vigorizar o a galvanizar el corazon humano contra la fuerza de las pasiones que lo oxidan i corroen sin cesar. La Inglaterra ha sido uno de los paises en los cuales el espíritu público se empapó mas intensamente en la relijion que veda hurtar i matar, i por muchos siglos ha sido tambien el que ménos ha conocido esos delitos. De los centenares que entre nosotros empuñan el puñal para perpetrar sus salteos, ¿habrá uno solo que sienta abrazársele el pecho en el amor de Dios, i a quien la fuerza de ese amor lo impulse a ensartar con su acero el corazon de sus hermanos? ¿No es evidente que todos ellos se hallan divorciados del amor a Dios, i porque así se hallan se deslizan en la oscuridad a sustraer lo ajeno, i a manchar sus manos en sangre inocente? Porque el temor de Dios huyó de sus pechos, por eso el crímen ha sentado en él su trono de llamas i de sangre, i por eso esas almas medio calcinadas al calor de ese fuego diabólico han perdido todo sentimiento de humanidad i miran con glacial indiferencia las convulsiones de sus víctimas.

Estas consideraciones tienen una fuerza absoluta: siempre los crímenes sociales guardan relacion necesaria con la lei moral. ¿Baja el barómetro moral? pues en la misma proporcion asciende la escala de los delitos. ¿Sube? decae la suma de esos delitos. Esto, que podríamos llamar *desequilibrio* necesario del órden moral, es una lei indeclinable del mundo, lei que ni a la política ni a la ciencia le es dado suprimir.

Pero, con esa lei jeneral i constante del jénero humano pueden coincidir otras causas que la hagan tomar accidentalmente mayor espansion en sus manifestaciones locales. La dificultad de capturar a los facinerosos, dificultad proveniente, ya de inercia de las autoridades, ya de la escasez de aprehensores, la de producir legalmente una prueba plena ajustándose a una lejislacion demasiado escrupulosa, la excesiva lenidad de la pena, i la facilidad para conceder indulto de los castigos inflijidos por los juzgados, alejan necesariamente la *seguridad* i la *eficacia* de esos castigos, i animan a los malvados para ejecutar sus fechorías. Quizás todas, o las mas de esas causas se ligan a la inmoralidad entre nosotros para producir el estallido de robos i muertes que ha helado de pavor muchos corazones.

Sin querer he avanzado mucho en las anteriores consideraciones, siendo así que yo me proponia enumerar lijeramente las principales causas del mal para fijarme en una que creo no ha llamado la atencion cual conviene, i que, a mi juicio, influye poderosamente en dar grandes proporciones a ese mal en especial,

i que jeneralmente es causa de una gran parte de la desmoralizacion de nuestro pueblo: hablo de nuestra deficiente organizacion social relativamente al carácter ambulante de este pueblo.

Ademas de los muchos vagos, que es natural se alimenten del robo, hai entre nuestros trabajadores, i especialmente entre los gañanes, muchísimos que no tienen domicilio fijo. Estrictamente no pueden ser calificados de vagos porque trabajan; pero, no por eso dejan de llevar una vida vagabunda, emigrando del uno al otro lugar, segun les dicta la conveniencia o el capricho. Forman de este modo una gran poblacion flotante, que casi del todo se sustrae a la accion del poder público. Para que subdelegados e inspectores puedan ejercer una eficaz vijilancia sobre sus subordinados, conviene mucho que éstos les sean bien conocidos. Así se hallan en disposicion de tomar en cuenta sus antecedentes, hábitos, propensiones, amistades, etc. Este conocimiento les hace dirijir su inspeccion al lado en donde ven que mas se necesita, i es como un sendero que los conduce a prevenir el desórden, o a encontrar al criminal. Pero, si muchos de los que residen en el territorio encomendado a su vijilancia les son completamente desconocidos, es imposible que su vijilancia sea saludable, i certeras sus providencias.

I cabalmente, se ocultan del ojo escrutador del poder público aquellos sobre los cuales debia estar siempre abierto. Esos séres ambulantes suelen ser a veces prófugos de las cárceles, otros han abandonado el lugar de su nacimiento por cuchilladas, robos, i otras fechorías de ese jaez. Pero, suponiendo que ningun mal antecedente empañe su conducta, el hecho mismo de esa incesante ambulancia es fecundo jérmen de toda clase de desórdenes. Hombres desligados de todo vínculo de familia, tratan de asociarse a los de su misma condicion, i se encuentran con excelentes profesores del crímen; sin las caras afecciones del padre, del hermano, del pariente, procuran ahogar la tristeza de su vida en las veleidades del juego, i en el bullicio de las orjías. Sin hogar, no intentan formarse una familia, sino seducir a incautas doncellas, para poner piés en polvorosa luego que sus relaciones ilícitas lleguen a ser descubiertas. ¿Qué les importa dejar a la espalda las lágrimas i las excecraciones de una mujer burlada? Mas adelante se procurarán iguales satisfacciones al mismo precio i con idéntico resultado.

I bien: los que pasan su vida envueltos en ese báratro de desórdenes ¿no son casi siempre de quienes el hurto i el homicidio reclutan sus adeptos? Del juego al robo i de la embriaguez consuetudinaria al homicidio no hai mas que un paso; i por cierto que no se arredrarán de darlo aquellos que no tienen padres ni esposa a quienes sumir en amargo luto, i que quizás son halagados por esa vida aventurera i llena de horribles peripecias.

Pero ¿qué hacer? se me dirá. Nuestra Constitucion política garantiza a todos los ciudadanos la libertad natural de trasladarse de

uno a otro extremo de la República, i por mui grande que sea el mal que acaba de pintarse, no es posible impedir que así suceda.

Mui léjos estoi de pensar que deba inhibirse el uso de semejante derecho. Aun cuando no existiera esa garantía constitucional, la caridad i el bien público obligarian a dejar expedita a los ciudadanos la libertad de recorrer los lugares que mas les convengan. Si fuera del suelo natal hallan mas facilidades para mejorar su condicion o adquirir bienes de fortuna, inícuo seria vedarles trasladarse a otra parte a ejercer su actividad o a desplegar sus talentos: los hombres no han de estar aferrados al lugar que los vió nacer, como se adhieren los moluscos a la piedra.

Pero, tampoco han de andar errantes en todas direcciones, cual vagan por los desiertos tigres i panteras. La sociedad puede poner condiciones al ejercicio del derecho de locomocion, para impedir que le sea perjudicial, del mismo modo i por la misma razon que las pone al de otras libertades naturales. Somos libres para comprar o vender, pero, hemos de someternos a todas las condiciones de esa clase de contratos; tenemos libertad de donar nuestros bienes, pero con tales trabas, en tal i cual forma. La libertad de imprenta, la de asociacion ¿se ejercen acaso de un modo absoluto e incondicional?

¿I cuáles serían las condiciones en el caso de que hablo? Podrian ser, poco mas o ménos, las que voi a reseñar.

Todo ciudadano que intente salir de su lugar para irse a residir en otro, o para andar errante por la República, deberá obtener ántes de su partida un atestado del subdelegado a que pertenece, en el cual este funcionario, en papel con sello i timbre de la subdelegacion, exprese el nombre i apellido del solicitante, su edad, padres i hermanos, si los tiene, el lugar de su nacimiento, su estatura, facciones i demas peculiaridades de su fisonomía, su oficio, su conducta, la ciudad o lugar al cual intenta ir a residir, o si piensa llevar vida ambulante, i concluirá con la fecha i firma.

Todo ciudadano, al llegar a un lugar, sea para fijar en él su domicilio, sea para residir accidentalmente, deberá primero presentar su atestado al subdelegado del último lugar, i decirle la casa de su nueva habitacion, o si la residencia es accidental, ir acompañado del dueño de la casa que va a ser su morada para que éste exprese su consentimiento. En ámbos casos el subdelegado expresará en el mismo atestado bajo su firma que en aquella fecha se le presentó N. N., i que va a residir en tal casa. Esto mismo pasará a un libro en el cual se asienten tales partidas.

Los ambulantes que actualmente se hallaren en un lugar, i los que despues vinieren a él, deberán presentar ese atestado al subdelegado de la residencia; i solo bajo la fianza de un habitante de intachable honorabilidad podrán permanecer allí el tiempo bastante para que cómoda i oportunamente vayan a traer el atestado del subdelegado de nacimiento. La fianza podrá ser de pagar todo el valor de algun robo que el forastero hiciese, i en

caso de homicidio, presentar al homicida, o un año de detencion en una cárcel, cuya detencion cesaría en caso de ser aprehendido el delincuente.

Si alguno no presentare esa fianza, i dejare pasar el primer término de uno o dos meses que se le diere para traer atestado, sin presentarlo, será requerido por la autoridad dándole otro término igual al primero; pero, si en este segundo término no presentare el atestado, se volverá a requerir señalándole un tercer término de igual número de dias. Desde la primera vez que se le exijió atestado será sometido a una estricta vijilancia, i se le exijirá que todos los dias festivos se presente a la autoridad con certificado por escrito del dueño de la estancia o predio en que hubiere trabajado todos los dias útiles, en caso de que se manifieste que necesita de su trabajo para vivir, i que no pruebe tener otros medios de subsistencia. Expirado el tercer período sin presentar fianza ni atestado, será considerado como infractor contumaz de la lei de *garantía social*, i se presumirá malhechor, i, en consecuencia, será recluido en una cárcel hasta que cumpla con lo que en esa lei se prescribe.

Aceptada la base primordial de este pensamiento, fácil es modificarlo segun se juzgue conveniente.

Pero, se me dirá que, aun siendo bueno en teoría, en la práctica es completamente inútil entre nosotros porque es imposible realizarlo. El impone a los subdelegados una carga demasiado pesada, desempeñando, como desempeñan, cargos consejiles o no retribuidos por la nacion; i en caso de retribuírseles, no está el erario para soportar el desembolso que tal retribucion le impondria.

Yo creo que con mejorar en otro punto nuestra defectuosa organizacion civil se podria plantear la lei que propongo, disminuyendo el trabajo actual a los subdelegados i sin imponer gravámen al erario nacional, ya que, por desgracia, las medidas mas salvadoras i trascendentales que necesitan de los caudales públicos están muchas veces destinadas a estrellarse contra el vacío de las arcas fiscales.

Sabido es que nuestros subdelegados reunen facultades administrativas i judiciales, siendo éstas las que jeneralmente son peor desempeñadas. Descárgueseles de las judiciales, i agréguenseles el trabajo que demandaria la lei de garantía social, i de seguro quedarian con su tiempo harto mas desocupado que en la actualidad. Para lo judicial se crearia un nuevo funcionario con el título de *juez de paz*, o con otro análogo.

¡Pero ese funcionario ha de ser retribuido!

Enhorabuena; pero, su retribucion seria tan módica que no asustaria ni al mas meticuloso ministro de hacienda.

Por los diversos ramos de ciencias que se enseñan a los alumnos en la Escuela Normal, los preceptores que de allí salen llevan el suficiente caudal de conocimientos para ser tenidos por hombres ilustrados. Si suprimiendo alguno de los ramos ménos

útiles, o sin suprimir ninguno, se les enseñase el *Prontuario de los juicios*, se les pondria en aptitud de desempeñar esas funciones judiciales con harto mas tino que aquel con que ahora son jeneralmente desempeñadas. Así, la administracion de justicia ganaria inmensamente, contribuyendo a la mayor suma de ventura individual, al mayor decoro de la judicatura, i a la perfeccion social. Con solo agregar cien pesos anuales al sueldo de que ahora gozan, seria lo bastante para compensarlos de la agravacion de trabajo, porque es menester tener presente que el nuevo carácter judicial con que se les inviste daria grande realce social a los institutores, i dejaria a muchos de ellos en camino para ser primeros alcaldes en las municipalidades, o desempeñar otros cargos importantes. Ya se ve que cien pesos dados a quinientos o seiscientos *jueces de paz* no demandarian mas gasto que cincuenta o sesenta mil pesos, suma incapaz de espantar a nadie.

Pero ¿de dónde se sacarian?

¿De dónde? Suprímase el aumento de un veinticinco por ciento a todo destino o empleo cuya renta sea de cuatro mil pesos para arriba, i con eso habrá para dotar a la República de jueces de paz idóneos e ilustrados, si es que se insiste en que los ingresos nacionales no alcanzan a suministrar esa miserable suma que se destinaria a uno de los objetos de utilidad mas jeneral.

Santiago, Julio 20 de 1875.

José Ramon SAAVEDRA.

LAS FLORES DE LA ESPERANZA.

A LA SEÑORITA FILOMENA OSSA DE BAEZA.

Soñé felice que en una hermosa
Brillante tarde de primavera
Yo jugueteaba cual mariposa,
Suelta a los vientos mi cabellera.

Alegre i dócil así corria
Por matizados bellos jardines
I por do quiera feliz veia
Lluvia de rosas i de jazmines.

Las avecitas formando coro
Trinos brindaban a mansos vientos
Batiendo alegres sus alas de oro
Sobre violetas i pensamientos.

I así jugando llegué inocente
Hasta la márjen de un arroyuelo
Donde un remanso de su corriente
Era el espejo del ancho cielo.

En sus orillas tomé descanso
Por ver de cerca sus claras linfas
I ví del medio de aquel remanso
Nacer un ánjel i varias ninfas.

—"Mira, me dijo, soi, alma mia,
El bien que todo mortal desea,
I como muestra de símpatia
Quiero que eterna tu dicha sea."

Esto diciendo puso en mi frente
Una guirnalda de frescas flores,
Flores que daban al dulce ambiente
Suaves perfumes embriagadores.

I al coronarme con esas flores
Con un acento que a mi alma alcanza
Me dijo:—"Niña de mis amores
Guarda las flores de la esperanza."

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

CUENTAME UN CUENTO.

Cuéntame un cuento, abuelita,
De esos cuentos que tú sola,
Tú sola sabes contar;
Donde haya príncesas moras
I un caballero cristiano,
Preso en oscura mazmorra,
I castillos encantados

Que habiten hadas hermosas
I aquellos ricos manjares,
Que solo príncipes toman
¡Tantas cosas que parecen
Mentiras, a los de ahora!

Cuéntame cuentos, abuela;
Mas no de esos en que asoma
Un jigante que a los niños
Sin compasion los devora:
No por que yo tenga miedo,
Sino porque esas historias
Son mui largas i uno duerme,
Uno duerme i ve unas cosas....
Pero ¡chito! ya la abuela
Va a contarnos una historia.

Así habla el niño. Entre tanto
Afuera cae la lluvia;
Está abrigada la sala
I en el hogar leña sobra
(¡Cuántos pobres en el campo
Buscan en vano una choza!)

Al rededor de la abuela
La familia se coloca,
Hierve el agua en la tetera
I ya comienza la historia.

ANA SMITHSON.

CONTESTO UNA CARTA.

I. La novela histórica i la historia nacional.—II. Don Diego Cortés.—III. Un personaje misterioso.

Señor Don N. N.

Querido amigo:

I.

Me dices que piensas dedicar los momentos que te dejan libres tus ocupaciones a escribir una novela histórica. Deseas saber mi opinion acerca de la resolucion que has tomado i me pides que te ayude a encontrar en nuestra historia nacional un tema a propósito para tu designio.

Bien conozco que la primera parte de tu carta es *pro forma*. Estás decidido a realizar tu proyecto; i, aunque no lo estuvieras, te consta que no seria yo quien te disuadiria de llevarlo adelante.

Si en la novela histórica se trata la historia con el debido respeto, si se tiene cuidado de no desfigurar los acontecimientos ni falsear los caractéres; si el novelista se limita a sacar partido de los sucesos i a relacionarlos con sus personajes imajinarios, conseguirá adornar con el interes de la novela el estudio de la historia nacional i podrá a las veces dar a ésta mayor desenvolvimiento del que debe de ordinario permitirse el historiador.

Seria pesada i en extremo prolija la historia que descendiera a pequeños pormenores, los cuales, sin embargo, sirven mui a menudo para dar idea cabal de la época. El novelista, al contrario, puede darles interes i amenizar con ellos su nar. 'on. Principalmente, tiene a su disposicion los cuadros de costumbres, la descripcion de las mil nadas que constituyen la vida íntima de los hombres i de las familias, que caracterizan las diversas épocas de una sociedad i sirven para explicar muchas veces los acontecimientos.

Estas minuciosidades, de que el historiador casi no puede hacerse cargo, suministrarán siempre un sinnúmero de amenos incidentes al diestro i estudioso novelista.

Mui de propósito he dicho estudioso novelista; porque no es lo mismo escribir un romance de pura imajinacion que proponerse el estudio de una época mas o ménos remota, pero siempre

diversa en hábitos i costumbres de la nuestra. Para escribir bien esta clase de obras, es menester principiar por conocer a fondo no solo los personajes históricos i los sucesos mas culminantes, sino mui principalmente los usos entónces jenerales: es menester identificarse con una sociedad que ya no existe, vivir en medio de ella i estar siempre en guadia contra lo que a fuerza de ver diariamente nos llega a parecer que ha sido la manera de pensar i de obrar de todos los hombres.

Nuestra historia tiene solo tres siglos; pero nuestros hábitos han cambiado tan profundamente que la dificultad de que voi hablando subsiste completa, como en las sociedades que cuentan mil años de existencia.

I esa dificultad es la que dará valor a una buena novela histórica i al propio tiempo sumo interes.

Por lo demas, aunque corta, la historia de Chile se presta admirablemente a esta clase de trabajos.

La contínua guerra de Arauco, sublime epopeya de tres siglos, bastaria por sí sola, con sus innumerables alternativas, para dar abundante material a muchos novelistas.

Tomemos, por ejemplo, uno de los principales i mas conocidos episodios de esa guerra hoi aun no terminada: la sublevacion que coincidió con el fin del siglo XVI.

En pocos meses encontramos un gobernador, García Oñez de Loyola, sorprendido por los indíjenas i muerto con todos sus soldados en el campo de batalla; destruidas las ciudades australes, la orgullosa Imperial que pretendia ya rivalizar con Santiago, Valdivia i Osorno que despues de tres siglos no alcanzan todavía a la prosperidad que entónces ostentaban; la consternacion i el terror esparcidos de un confin a otro del reino; cautivas un sinnúmero de familias.

Esto último, principalmente ¡cuántas hermosas i sentidas pájinas no puede suministrar a la diestra pluma de un novelista! ¡Cuántas esposas arrebatadas a sus esposos, cuántas hijas, que habian crecido inocentes al lado de una tierna madre, que no conocian de la vida sino las comodidades i las santas afecciones de la familia, se vieron de pronto sumidas en la mas espantosa desgracia!

Sin padres, sin hermanos, sin hogar, esclavas de los mas encarnizados enemigos de su raza, de guerreros salvajes, sometidas a los trabajos mas rudos i constantes, víctimas de toda clase de injurias i, lo que es peor, expuestas a cada instante a servir de pasto a las brutales pasiones de sus amos. I para siempre. No podian abrigar esperanzas de salir de esa terrible desgracia. Solo la muerte habria de librarlas de un estado mil veces mas miserable que cuanto hubiesen podido imajinar. Solo la muerte; pero no la muerte dulce i tranquila, sino la muerte en medio de los sufrimientos i sin ninguno de los auxilios de la relijion, de los cuales esas fervientes católicas se veian perpetuamente privadas.

Uno de nuestros primeros literatos, uno de nuestros poetas mas distinguidos, el señor don Salvador Sanfuentes, nos ha contado en hermosísima leyenda la conmovedora historia de una relijiosa que pasó por las terribles angustias del cautiverio. La delicadeza de los sentimientos, la fluidez del verso, la verdad de los caractéres, la naturalidad de la narracion hacen de *Huentemagu* una de las joyas de la literatura nacional.

A pesar de eso, el ejemplo del señor Sanfuentes no ha sido imitado: nadie ha vuelto a estudiar aquella época, llena de grandiosos episodios.

Muchas veces, leyendo los numerosos manuscritos que se refieren a esos años, he deplorado que los que desean cultivar el jénero de literatura conocido con el nombre de novela histórica no imiten al señor Sanfuentes. ¡Encontrarian tantos argumentos para sus obras!

II.

Recuerdo a un soldado, don Diego Cortés, que en la destruccion de una de las ciudades se quedó sin esposa i sin hija. Pasado el primer momento de desesperacion, despues de haber buscado en el fragor del combate el término de sus sufrimientos o la satisfaccion de su cruel deseo de venganza, le vino la reflexion i con la reflexion dulces esperanzas.

Quizás su esposa i su hija vivian todavía; quizás no habian sido asesinadas; sufrian tal vez en espantoso cautiverio. Don Diego Cortés aceptó esta última idea, por terrible que fuese, como consoladora esperanza i se dedicó a buscar arbitrios para ponerse en comunicacion con los indíjenas i averiguar el paradero de su esposa e hija.

Ignoro el tiempo que tardó en sus averiguaciones i los medios de que echó mano para llevarlas a cabo,—el documento en que se menciona este episodio, no hace mas que referirse incidentalmente a él;—pero lo cierto es que don Diego consiguió saber que su esposa i su hija eran cautivas de un poderoso cacique; llegó a entenderse con él i a tratar del rescate de las prisioneras.

Por desgracia, don Diego, si bien, como lo indica el don, era noble, no tenia mas fortuna que su miserable paga de soldado, i el cacique pedia una gruesa cantidad por el rescate.

No se desanimó, sin embargo, el pobre padre i esposo. Comenzó a pedir limosna de puerta en puerta para juntar la suma necesaria. El estado de miseria en que la guerra habia dejado a Chile, lo determinó a ir al Perú en busca de auxilio.

Un año tardó en su viaje i cuatro habian pasado desde la destruccion de la ciudad i el cautiverio de las que tanto amaba. Volvia, en fin, a Chile con la cantidad convenida, i no dudaba de su

felicidad, cuando supo que en una entrada los españoles habian muerto al cacique i que no habia noticia alguna de su hija. Su esposa habia sido salvada del cautiverio; pero era tal el estado en que Cortés la encontró, que apénas llegó a tiempo para recibir su último suspiro.

Inútiles fueron despues sus dilijencias para obtener noticias de la hija. Quizá cuando, tres años mas tarde, vino la muerte a concluir con los sufrimientos del padre, la encontró aguardándolo en la eternidad.

No podria dar mas pormenores. Ignoro cómo se llamó la esposa de don Diego Cortés i cómo se llamó su hija; ignoro el nombre del cacique i no sé ni siquiera cual fué la ciudad en cuya ruina fueron hechas prisioneras. ¿Qué importa? Esa falta de noticias deja mas en libertad a la imajinacion del novelista i no quita un ápice al triste i conmovedor episodio que he bosquejado.

Como éste, se encuentran a cada paso hechos del mayor interes. I no creas que son todos de un mismo jénero i como cortados por el propio molde. Los hai de todas clases, i no faltan algunos que excitan vivamente la curiosidad.

Citaré, por via de ejemplo, uno que desde el principio cautivó con especialidad mi atencion.

III.

Algun tiempo despues de la muerte del gobernador Oñez de Loyola, cuando la guerra estaba en todo su apojeo i las ciudades australes de Chile iban una a una cayendo en poder del victorioso araucano, apareció en Santiago un personaje misterioso.

Se hacía llamar El Gran Pecador i nadie sabia su verdadero nombre, con quiénes habia llegado ni cuál era el objeto que lo traia a Chile.

¿Ocultaba acaso bajo el tosco hábito i la larga barba del penitente facciones de todos conocidas?

Es lo mas probable.

¿Tenia realmente en su vida pasada algun gran crímen que expiar? ¿Estaba esa vida íntimamente relacionada con la historia de Chile?

¡Quién sabe! Pero de seguro ese hombre habia ántes vivido en Chile, de seguro que conocia perfectamente el pais i los habitantes del reino.

No se concibe que tuviese tanto cuidado para que nadie le viera el rostro en el mas apartado rincon del mundo, si ahí no era conocido; no se descubre qué interes podria tener en venir a residir tan misteriosamente i solo por unos cuantos años en un pais al que no estaba ligado por vínculo alguno.

Pero no hai en favor de mi hipótesis solo razones negativas.

Los documentos que hablan de El Gran Pecador manifiestan claramente que no venia a Chile por casualidad. Mencionan sus frecuentes viajes al sur del reino, en los cuales no se limitaba a visitar las posesiones españolas, sino que entraba en el corazon de las provincias sublevadas.

¿Quién era este hombre extraño que así se atrevia a penetrar donde español alguno llegaba con vida? ¿De qué medio se valia para hacerse respetar? ¿Qué clase de relaciones, antiguas, sin duda, i poderosas, mantenia con los indíjenas para andar libremente por su territorio en los momentos de mas encarnizada guerra?

Todos estos problemas solo puede resolverlos la imajinacion, porque los contemporáneos no los resolvieron jamas.

No seria quizas inverosímil suponer que el oríjen de su penitencia, lo que lo hacía vestir humilde traje i borrar su nombre bajo el de El Gran Pecador, fuese al mismo tiempo lo que le sirviera de salvo-conducto para con los indíjenas.

Las noticias que el toqui Paillamacu tuvo de la funesta expedicion de Loyola, noticias que le permitieron aguardar i sorprender en sitio seguro al desgraciado gobernador, suponen la existencia de un traidor en el campo de los españoles. Todos lo han pensado así i todos han puesto a cargo de los indios amigos esa traicion.

¿No seria el traidor un hombre mas en estado de conocer los planes de Oñez de Loyola? ¿No seria quizas un oficial español? ¿No puede suponerse que fuese el que despues se llamó El Gran Pecador?

Dejándose tal vez llevar de una violenta pasion, de un odio encarnizado contra el gobernador, llegó a ponerse de acuerdo con Paillamacu i le entregó a su enemigo.

La destruccion del ejército i de las ciudades, los millares de víctimas que siguieron a la traicion, debieron de llenar de horror i remordimiento al criminal. Así se explicarian sus esfuerzos constantes por salvar a los desgraciados cautivos; la necesidad en que se veia de ocultar el nombre de un militar que pasaba por muerto i que solo debia la vida a la traicion; el nombre de El Gran Pecador que habia tomado, i la facilidad excepcional que encontraba para penetrar en la tierra del jurado enemigo de los españoles.

Tá comprendes, querido amigo, que no pienso un momento en sostener que las cosas sucedieran como voi diciendo. Figuro simplemente una hipótesis para manifestarte cuan fácil seria al novelista sacar partido de este misterioso personaje sin desnaturalizar en lo mas mínimo la historia. I como la suposicion que acabo de hacer, pueden hacerse otras muchas. ¿Por qué no habria sido el personaje misterioso un gran bienhechor de los indíjenas? ¿Por qué no estaria ligado a él alguno de los principales jefes de los araucanos por los lazos de la gratitud?

I miéntras mas nos fijemos en la vida que llevó en Chile El Gran Pecador, ménos extrañas nos parecerán las hipótesis mas aventuradas.

Siempre desconocido i sin relaciones íntimas con nadie, se dedicaba personalmente a cuidar de los enfermos en el hospital. Oculto el rostro bajo la capilla de su hábito de ermitaño, penetraba en las principales casas de Santiago, i sabia hacer un entusiasta admirador i decidido amigo de cada uno de los mas notables personajes de la colonia.

Su vida, consagrada al servicio del enfermo en el hospital i al alivio i redencion de los cautivos en sus numerosos viajes, que los españoles calificaban con razon de heróicos, i el hábito de penitencia que vestia, todo hacía sin duda que nadie se atreviese a abrigar la mas mínima sospecha con respecto al misterioso ermitaño.

Me equivoco. Habia un hombre que miraba con inquietud las idas i venidas de El Gran Pecador, sus numerosas relaciones, la gran influencia de que gozaba i el impenetrable misterio de que habia conseguido rodearse. Ese hombre era el gobernador Alonso de Rivera.

Alonso de Rivera llegó a Chile en los primeros meses de 1601, casi al mismo tiempo que se vió por primera vez en Santiago a El Gran Pecador.

Cuando comenzó a concebir sospechas acerca de este extraño personaje, el ermitaño habia adquirido, sin duda, bastante influencia para hacer respetar su riguroso incógnito del gobernador; i éste no se atrevió por entónces a poner la mano sobre un hombre a quien resguardaba ademas el hábito de penitencia i que se ocupaba únicamente en obras de caridad.

Pero Rivera no hacía mas que aguardar la ocasion oportuna.

Un dia se esparció la voz en la capital de que El Gran Pecador, deseando servir mas eficazmente a los pobres cautivos, habia resuelto hacer un viaje a España, echarse a los piés del rei i pedirle que enviase a Chile numeroso refuerzo para arrancar del poder de los araucanos a las desgraciadas víctimas de la guerra.

Conseguido esto, se proponia hacer la peregrinacion a Jerusalen, peregrinacion entónces llena de peligros, en que el arrepentimiento de los grandes criminales acostumbraba buscar el perdon de sus pecados.

La ocasion pareció propicia a Rivera para saber a qué atenerse. Hizo espiar, cuando se dirijia a Valparaiso, a El Gran Pecador; i algunos soldados, finjiéndose salteadores, se echaron sobre él.

Nada adelantaron con esta violencia. Los soldados de Rivera no hicieron mas que apoderarse de parte de la correspondencia que los vecinos de Santiago enviaban a España por conducto del ermitaño. Sea que no se atrevieran a despojar a éste de su traje

o que no lo conocieran, lo cierto es que El Gran Pecador siguió siendo siempre un personaje misterioso.

Como debe suponerse, pronto se supo en Santiago lo sucedido i fué grande la indignacion contra Alonso de Rivera. Se enviaron cartas al rei para acusar al gobernador por este atentado. (1)

El Gran Pecador continuó su viaje, llegó hasta el rei, obtuvo un refuerzo de mil hombres a las órdenes de Antonio de Mosquera i se volvió con él a Chile.

Cuando, despues de desembarcar en Buenos Aires, seguia su viaje por tierra el ejército i comenzaba el paso de los Andes, encontraron a Alonso de Rivera que, destituido del gobierno de Chile, iba como a un destierro a ocupar su puesto de gobernador a Tucuman.

Ahí se vieron quizá por última vez Rivera i El Gran Pecador.

¿Seria del todo extraño el misterioso personaje a la distitucion de Rivera? La relacion que hizo al rei ¿no contribuiria mucho a la severidad con que el monarca castigó el casamiento del gobernador de Chile?

De todos modos, el rei no supo tampoco quién se ocultaba bajo el traje de ermitaño i se hacia llamar El Gran Pecador. Las ideas relijiosas de la época favorecieron el incógnito del viajero.

¿De qué medio se valió éste, qué influencia tuvo a su disposicion para conseguir en la corte de España cuanto deseaba? Es imposible adivinarlo.

Naturalmente, cuando llegó a Chile, la veneracion jeneral habia aumentado i nadie pensó en molestarlo.

De nuevo volvió a emprender sus viajes al territorio araucano i a ocuparse en sus obras de caridad.

Pero, sea que considerase terminada su mision, sea que quisiese realizar su proyectada peregrinacion a Jerusalen, la segunda residencia en Chile de El Gran Pecador fué mucho mas corta que la primera. Apénas permaneció algunos meses.

El mismo año 1605, en que habia llegado regresó a España.

El gobernador García Ramon lo recomendó al rei i el cabildo de Santiago le dió plenos poderes para que lo representase en la corte.

¿No es verdaderamente raro, amigo mio, que jamas cronista ni historiador alguno haya siquiera mencionado a El Gran Pecador?

A pesar de haberme ya referido a varios documentos quiero copiar uno de ellos, el último, tanto para que no se vaya a suponer que doi vida a un personaje imajinario cuanto por mostrar el respeto que en Chile se tenia por El Gran Pecador.

El 20 de noviembre de 1605 extendió el cabildo de Santiago

(1) Entre los documentos del señor Vicuña Mackenna, volúmen intitulado *Alonso de Rivera.*—1603, se encuentra esta carta que no lleva fecha ni firma. Está en un legajo que tiene el título de: *Sobre las cosas de Alonso de Rivera.*

el poder de que hablo. Lo firmaban las siguientes personas: don Francisco de Zúñiga, Jerónimo de Benavides, Alonso de.... (ilejible), Bernardino Morales Albornos, Antonio de Azoca, Alonso del Campo Lantadilla, don Francisco Rodriguez de Ovalle, Miranda. Lo autoriza el escribano Jines de Toro Mazote.

Hé aquí la cláusula que se refiere a mi personaje:

"A este reino llegó habrá tiempo de cuatro años un ermitaño que ya V. M. ha visto, que es el que ésta lleva. Intitúlase El Gran Pecador. Su vida ha parecido a todos mui buena i de grande ejemplo; porque el tiempo que aquí estuvo se ejercitó en obras de grande virtud, yendo en persona a las ciudades de arriba que trajo servicio para el hospital desta ciudad de indios de guerra i llevando limosnas a hombres i mujeres necesitados que padecian muchos trabajos i por su persona en el hospital a los enfermos con grande humildad i otros muchos ejercicios. El cual viendo las miserias i trabajos del reino, informó a V. M. de ellas i ha vuelto a dar razon de lo que hizo con el socorro de los mil hombres que trajo el gobernador Antonio Mosquera, i ahora ha parecido volverse a darla del estado de esta tierra e informar lo que sea necesario para ella, a quien hemos dado poder para que en nuestro nombre lo pida; porque como esta ciudad no tiene posibles para pagar una persona que vaya a los piés de V. M. a decirlo, le hemos pedido lo haga por vía de caridad, por lo cual lo hace.

"Suplicamos a V. M. se le dé crédito en lo que informase, porque, como celoso de vuestro real servicio i tan buen cristiano, dirá verdad en todo."

Me he extendido en esta carta, querido amigo, mucho mas de lo que habia pensado. Lo dicho sobra para mostrarte que, si quieres estudiar con detencion cualquier época de nuestra historia, no dejarás de encontrar excelentes argumentos para tu novela. Me gustaria no poco haberte ahorrado parte del trabajo si te resolvieses a adoptar alguno de los que te he indicado.

Dispon de tu affmo.

CRESCENTE ERRÁZURIZ.

VENTAJAS DEL JENIO.

(Del latin, de S. Prosper.)

A MI AMIGO RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

Ni aun de las Pirámides ejipcias
La espléndida grandeza
Que a los astros sus cúspides levantan;
Ni de Jove de Elea
La suntuosa mansion que al cielo imita;
Ni la suerte soberbia
Del túmulo que fúnebres despojos
De Mausoleo ostenta,
Libres están del trance postrimero
De Libitina horrenda:
Las llamas devorantes o el granizo
Destruir pueden a éstas,
O el curso de las prófugas edades
Derribar las primeras;
Mas, por el jenio el nombre conquistado,
A los siglos supera:
¡Que su esplendente brillo nunca empaña!
¡Jamas! la muerte negra!

Santiago, Julio de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRIA.

LA VIDA.

¿Qué es la vida pasajera?
Una flor en la mañana,
En la tarde sombra vana
I en la noche un ataud!....

(VELARDE.)

Deslízanse los años, i en su rápida carrera, dolor i desconsuelo no mas queda al corazon. Desvanécese la infancia, llega la juventud i tras ella la vejez. ¿Dónde están las dulces esperanzas de dicha i de placer? ¿Dónde los dorados ensueños de amor, quietud e inalterable calma?.... Todo pasó: fortuna, hermosura, honores, placeres, bienestar, pesares, glorias, risas i lágrimas; nada hai; todo fué: solo queda el desencanto, el tedio, el fastidio. El pasado, hundióse en la tumba del olvido. El presente, entre las manos se nos escapa. El porvenir, aun no comienza. En torno nuestro: soledad, silencio. El frio glacial de la muerte marchita i reseca, a la par que nuestra alma, las flores i los halagos con que el mundo nos fascinaba. ¿Qué fué de aquella aurora que nos sonreia en su alborada? ¿i aquellas rosas tan fragantes i tan delicadas que apénas sí abrian su sonrosado cáliz? ¿i aquel dia de principio tan venturoso i tan radiante, cuyo fin no divisábamos i que parecia no debia concluir?.... ¡Ah! todo pasó: aquello, fué vanidad; esto, un engaño; el otro, una ilusion i el conjunto, una mentira!....

Apénas nace el hombre, i ya sus padres un mundo se prometen para el hijo de su amor. Crece el niño entre los arrullos i las caricias de los que le dieron el sér. ¡Cuántos afanes! ¡cuántos desvelos!.... Mas ¿qué queda de aquel tiempo? ¿Sabía acaso el hombre si existia entónces o no existia? ¿Tenia conciencia de su sér? ¿Sabía qué era él; él, quien vivia; él, quien gozaba; él quien lloraba? Nó por cierto, i por esto es que de aquel entónces no hai para que hablar, puesto que no hai rastro ni memoria de él.

El niño ya ha llegado a la edad de la razon. ¡Feliz niño! Sin pesares ni cuidados, cual tierna i delicada flor, se desarrolla i vive al grato abrigo del regazo maternal.... El hombre ya tiene conciencia de su sér, vive, siente i tiene cuenta con lo que hace, i por lo mismo, ya comienza a sufrir. ¡Sufrir! palabra maldita, que ahora por vez primera asoma a sus labios i que mas le valiera no haber alcanzado a comprender. ¡Cuántas veces, en efecto, en medio del tumulto i bullicio del mundo, el alma apenada i llena de angustia, al comenzar a probar los primeros desencantos, desen-

cantos que por ser los primeros son tambien los mas amargos, cuantas veces, digo, no se ha dicho a sí misma: ¡Oh, si yo hubiese abandonado el mundo en aquella mi tierna edad!.... Pero aquella edad, aquel paraiso de la infancia que tan dorado i hermoso se nos presenta, a medida que el hombre avanza i recorre los ásperos i difíciles senderos de la vida, ya quedó atras, se fué, pasó para no volver, desapareció como esas nubes fujitivas que en inmenso torbellino arrastra i disipa el huracan.

Llega la juventud. ¡Hermosa edad! ¡Qué bellos horizontes! ¡qué esplendente cielo! Todo sonrie: el alma, el universo, los placeres, el amor. Avido el jóven, lánzase en pos de su misterioso anhelo. Quiere ser feliz, quiere gozar, quiere amar, quiere ser amado.... ¡Desventurado! Lo que anhela, no lo encuentra; lo que no busca, lo alcanza; lo que alcanza, no lo quiere; lo que no quiere, lo desprecia; lo que desprecia, lo acosa; abrázalo sin buscarlo, estréchalo sin quererlo i agóstase al gozarlo. ¡Ah! el jóven llora ¿por qué?.... Cuando niño tambien lloraba i, sin embargo, entónces nada le hacía falta, todo lo tenia: cuidados, regalo, caricias, amor. ¿I ahora?.... Ya se ve: amaba i no fué amado; adoraba i fué despreciado. ¡Infeliz! el despecho i el quebranto le hicieron buscar el olvido en el bullicio i la holganza. ¡Cómo si fuese posible olvidar! ¡Cómo si la herida del alma se pudiera cicatrizar! ¡Cómo si no comprendiera que solo en la tumba se halla el alivio de aquel dolor! ¡Cómo si ignorara que en el remedio que busca no hai delicias sino amarguras, no hai dichas sino pesares, no hai consuelos sino un remordimiento constante, un remordimiento que cual veneno atroz, se infiltra en las venas i royendo el alma, despedaza, ahoga, tortura i mata!....

Pasa la juventud; llega la vejez. ¡La vejez con sus canas, sus arrugas, sus achaques, sus dolencias! ¡La vejez con su hielo, ese hielo que penetra, que entumece, que afiebra, que vuelve loco!.... ¡Ah! como el caminante que tras larga jornada, al acercarse la noche, una noche sin estrellas, sin luna; una noche opaca, oscura, negra, tempestuosa; rendido, fatigado, exhausto, llama i golpea pidiendo hospitalidad, i cuando recojido i abrigado en mullido lecho, extiende sus engarrotados miembros i descansa su fatigada cabeza, miéntras su espíritu revuelve i recorre los campos, las ciudades, las montañas, los abismos, los bosques, los peligros i las idas i venidas de su penoso viaje, del mismo modo al llegar a la última etapa de la vida, el alma se reconcentra i vive con los recuerdos: con los recuerdos del pasado, con las esperanzas que fueron, con los placeres que huyeron, con las cenizas que quedaron; i miéntras el cuerpo, pesado, yerto, inmóvil, débil, postrado, enfermo, aguarda que suene en el reloj del tiempo la hora marcada por el dedo de Dios para volver al seno de donde salió: al polvo, a la tierra, al lodo, a la nada, el espíritu vuela por los espacios i, al traves de los años, hace revivir la infancia con su inocencia, con sus juegos, con sus caricias; la juventud con sus

ensueños, sus ilusiones, sus esperanzas. ¡Sus esperanzas!.... ¡Ah! la vejez todavía espera, espera como esperó en otro tiempo, pero no con aquella esperanza efímera, perecedera, incierta, fujitiva, sino con la esperanza firme, real, positiva, verdadera, con la esperanza única que no muere porque es eterna, como que estriba en Dios, la esperanza de una vida futura, descanso seguro de sus afanes, consuelo perenne de sus desdichas i recompensa infinita de sus acciones, sino castigo eterno....

El anciano dobló su calva i emblanquecida frente; sus manos crispadas hirieron su pecho oprimido i sus labios apretados, convulsos, murmuraron una palabra de consuelo i de esperanza:

—¡Misericordia! ¡perdon!

El anciano estaba muerto.

¡Ah! hasta en las puertas de la eternidad, la esperanza, la dulce esperanza sonrie i consuela al desgraciado!....

¡Esperemos, pues!

Santiago, Julio 20 de 1875.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

CANTO REMITIDO POR SU
MISMO AUTOR A SU MUY
AMIGO DN. JUAN
BERNARDO VELEZ
EN CHILE
DIA 8
DE NO
VIEMBRE DE 1806.

SU AUTOR ES JUAN RAMON ROJAS
ALUMNO DEL RL. COLEJIO DE BS. AS.

> Bellum maximé memorabile omnium, quæ unquam gesta sint, scripturus sum.
>
> *Tit. Liv. Lib.* 21, *cap.* 1.°, §. 1.°

Tal es el encabezamiento del Canto o mas bien pequeño Poema que hoi ofrecemos a nuestros lectores, poema inédito del distinguido poeta arjentino don Juan Ramon Rojas.

A la amabilidad del señor don Antonio Iñiguez Vicuña, debemos el poder estampar en las columnas de La Estrella de Chile, un canto que por su asunto, por su orijinalidad, su fecha i por su indisputable mérito, no dudamos será leido con el mayor interes. Desenterrado, por decirlo así, del polvo de los años, pues dicho Canto se hallaba sepultado en medio de viejos pergaminos i legajos cuya suerte nadie ignora, habríase perdido en efecto, si la casualidad no lo hubiese puesto en manos del señor Iñiguez.

A fin de no hacerle desmerecer en nada de su sabor, hemos procurado darlo a la estampa con la propia ortografía del manuscrito que conservamos en nuestro poder.

El señor don Juan Ramon Rojas nació en Buenos Aires en 1784. Hizo sus estudios en el real colejio de San Cárlos. Fué oficial de artillería i asistió al asedio de Montevideo en 1812 i 1814. Sirvió en el estado mayor de las Provincias Unidas del Rio de la Plata en 1818.—Comenzó a escribir en verso desde los primeros dias de la revolucion, publicando sus composiciones en la prensa diaria o en hojas sueltas.—Murió en 1824 durante la navegacion de Montevideo a Buenos Aires.

En el Parnaso Arjentino, de donde sacamos estos apuntes, aparecen dos composiciones suyas: "A la victoria de Chacabuco" i "Al sitio de Montevideo."

Ruperto MARCHANT PEREIRA.

A LAS TROPAS TODAS, QUE HAN OBRADO LA RECONQUISTA DE BUENOS AYRES.

Tros, Tyrius quæ mihi, nullo discrimine agetur.
Virjil. v. 578, *Lib.* 1.°, *Æneï.*

Ylustres Reconquistadores de mi Patria. Ved ahi un tributo, que os consagra el reconocimiento, balanceándose con la inclinacion. No, intento en él, nó, llenar lo heroico de unos hechos, que exijen la influencia toda de Calíope para elogiarlos. Conosco mis fuerzas, advierto su sublimidad, e indeciso entre mi pequeñez, y mi deber, apenas me he dexado llevar de la irresistible voz de la naturaleza. No pocas veces luchando entre estos dos afectos tan vivos, me he preguntado lleno de turbacion ¿Cómo pien-

so formar un canto, cuyo asunto grandioso lo desempeñará difícilmente la trompa épica de un Virgilio? Los Alcides intrépidos, que en el campo de Marte, han arrancado el laurel inmarcesible de la Victoria, ¿se aptarán a los apagados ecos de mi lira? ¿Deberé injuriar, su memoria, mandándolos a la posteridad, sin aquella excelencia, que córresponde?... ¡Ah! el Lirico de Roma, hablando con su Amigo Mecenas en la Oda 12 del Libro 2.° se excusa tratar de las guerras de Numancia y de las hazañas de Cesar, alegando ser materias elevadas, para responder a las cuerdas de su cítara soberana ¿y yo deberé presentarme en el teatro del Mundo, como un autor, que ha de escribir aunque compendiadamente las glorias de sus compatriotas? Agoviado con el peso de estas reflexiones, iba ya a abandonarme al resultado que prescriben, quando un nuevo golpe de luz, vino a asaltarme de repente, e iluminando mis sentidos desfallecidos, me obligó a exclamar de este modo: ¡O mi Patria! Patria amada! ¿Permaneceré insensible a los transportes que derraman su suave bálsamo en mi corazon? ¿Podré contener en los estrechos límites de mi pecho, el torrente de alegría, que inunda mis potencias? ¿Cómo envolver en un eterno silencio la escena arrebatadora, que se representó en el Teatro de tu grandeza? Salgan enhorabuena los Varios, elogiando los hechos de los Agripas de esta batalla, despleguen sus talentos creadores, y lo sonoro de sus voces penetre hasta las últimas Regiones del Orbe, yo me felicitaré de ver encumbrado el suelo de mi natalicio hasta el Templo de la inmortalidad. La trompeta de la fama, llenará de melodiosos concentos mis oidos embebidos; yo me abandonaré al delicioso extravío de mis sentimientos; pero nada impedirá que apocado tenga tambien la temeridad de presentarme en la palestra, sin agotar por eso, el Patriotismo inmenso, que me anima. Muérdanme, despedazen hasta la última linea de mi Canto, hallarán, sí, un texido de ignorancia supina, pero todo lo mordaz de una crítica desatada para zaherirme, empleará cuando mas sus dientes, en los principios selectísimos de humanidad, envueltos en el amor mas quilatado de mi Patria. Yo experimento en mi, aquel *No sé qué*, que acompañaba a Ovidio, quando profirió: "No sé, que dulzura tiene la Patria, para con sus hijos, que no los dexa entregarse, a un absoluto olvido de sus encantos."

Guiado de estos principios incontestables, traté de honrrarme, colocándoos a la frente de mi Canto. Sí, Tropas valerosas, recibid mis homenages, y no me creais capaz de querer defraudar en un ápice la mínima de Vuestras glorias. Mi reconocimiento durará mas allá de mis dias, y los mortales, que me sucedan, oirán con admiracion de mis labios, la executoria de vuestro valor. No intento buscar tampoco, una preferencia odiosa, que se pierde en la incertidumbre de las dudas. Todos igualmente habeis cooperado a nuestra comun felicidad, i la Diosa de las Victorias, texiendo una indivisible corona, la ha colocado sobre vuestras fren-

tes. Fuera, un deseo de gloria exclusivo, que empañando vuestro lustre, lo haga sospechoso a los hombres. Dexad a los que degeneran de su sér, labrarse una nomenclatura célebre con la ruina de los demas. Toleradles, que funden el Templo de su grandeza, sobre la destruccion de sus compañeros. Vosotros no ignorais las Tragedias suscitadas en Troya por la pretendida superioridad entre Ayax, y el hardiloso Griego, y sabeis mui bien, que las guerras civiles vinieron a destruir la gran Roma, que los exércitos de un Porsena, y Annibal, hallaron inconquistable. Sí, valerosos Regimientos, que habeis venido a nuestra capital de la otra parte del rio, que nos reparte sus caudales, llevad a bien que vuestras sienes se vean coronadas con el verdoso ramo, como denodadas, y triunfantes, pero dexad que repartan el lauro con vosotros, los Panegiristas de vuestro merito. Sufrid gustosos, que se dé a los Porteños, aquella alabanza que se han adquirido por sus trabajos, y que os cederian de buena gana, sino se interesase en su Nombre un Pueblo todo, celoso de sus glorias. Han habido entre ellos muchos Pelópidas, que han salvado a esta nueva Thebas, no emuleis su celo Patriótico, ni querais reducirlos a la clase lastimera de hombres ineptos, y cobardes. Ellos podrian alegar mil datos, que los hiciesen célebres con las Naciones. Quizá apoyarian una superioridad que no intentan, con los hechos mas relevantes, que acallarian sus Antagonistas: Pero nó, no es este el caracter distinctivo de mis compatriotas. Obran sin otro aliciente que el de hacer bien a sus conciudadanos, y compensándoles esta beneficencia la mayor dulzura a que pueden aspirar, miran con poco apego unos honores, que nunca han dominado su corazon. Solo apetecen unos compañeros fieles, que coligados se opongan al enemigo de todo el Orbe, y detestan una gloria comprada con las apreciables víctimas de sus Amigos. Por ventura algun dia os retornarán con usura vuestros servicios, mostrando a los mortales, los sentimientos que los animan.

Si algo me he excedido en la alabanza de mis conciudadanos, atribuidlo al amor Patriótico que me rige. Pero notad bien, que yo no injurio a algun individuo de las tropas confederadas, y que me esmero todo, en darles las debidas gracias por sus beneficios. ¡Oxalá el celo ardiente, que ha llevado mi pluma, no me haga incurrir en la indignacion de los demas!... Atestiguo con lo mas sagrado, que no he tenido otro ánimo, que mostrar los afectos de mi corazon. Yo no he logrado el honor de concurrir con vosotros a la reconquista de mi Pais. Lleno de verguenza, hago una confesion, que me deshonrraria, a no haber mediado circunstancias muy poderosas, pero esto al menos forma una prueba irreluctable, que quitándome la nota de sospechoso, me hace imparcial para atender en esta causa. Quanto canto, lo he sacado de las relaciones que he adquirido de muchos miembros de cada cuerpo; para coordinarlas he tenido que valerme de una reflexion continuada. Omití mil hechos por no haber encontrado la verdad

para escribirlos con crítica. Me he particularizado con algunos de mis compatriotas, por varias heroicidades, que los han conciliado, el amor de nuestro xefe, la veneracion de las tropas y el pasmo de todo el Pueblo. Confesad de buena fe, que los elogiados por mi lira, son dignos de colocarse en estatuas, y acrehedores al reconocimiento de los hombres. Yo concluyo, y todo mi entusiasmo, todo el patriotismo de que soy capaz, no me ciegan tanto, que no encuentre en cada uno de vosotros, mil acciones, que os colmarán de placeres, os harán memorables a mi Patria, y ya han ocasionado, que os tribute el don compendiado de este Canto.

Vuestro mas apasionado,

EL PORTEÑO.

CANTO SOBRE LA RECONQUISTA DE BUENOS AYRES,

TRABAJADO POR UN PORTEÑO.

.....At nunc horrentia Martis
Arma, virumque cano.....

Virg. Lib. 1.°, *Æneid, suplem., v.* 1.°

OCTAVAS.

¡Qué miro embebecido, Patria amada!
¿A qué emociones se abre un tierno pecho
Libre de la cadena mas pesada
Que al cabo la razon pedazos ha hecho?
¡Qué! ¿está la capital reconquistada?
¿Ya sus fuerzas conoce, i su derecho,
Y de un noble entusiasmo conducida,
Las huellas del honor pisa aguerrida?

De qué placer me inundo todo entero
Al ver a Buenos Ayres, que en un dia
Lavó la mancha, y el borron grosero
Que salpicó sobre él, de cobardía,
Al mirarlo que en alas del esmero
Trepa al alcazar, de dó caido habia
Alistado debaxo el estandarte,
Que Belona tremola, y tiene Marte.

Venció, venció, al vano, al orgulloso,
Al maquinista Ingles, cuya victoria
No fue hija de un cobarde, y alevoso,
Sino de un valor digno de memoria:
Muéstrese Buenos Ayres jactancioso,
Suba hasta el Cielo su adquirida gloria,
Y a los Pseudo-politicos lamente,
Que un triunfo lloran, que ganó su gente.

Y a la verdad un Pueblo ya oprimido
Hacerse superior a su desgracia,
Y que del patriotismo conducido
Sufre fatigas miles con audacia,
Que todo lo sumerge en el olvido,
Que sus tesoros da, y aun no se sacia,
Que se alista, y al riesgo se abandona,
¿No es acreedor a una Inclita Corona?

Un Pueblo en la molicie sepultado
Aguerrirse, ilustrarse de repente
Crear un General recto, y avisado,
Al despotismo contrastar de frente,
Alzar la voz intrépido i osado,
Dar leyes, proscribir al delinquente,
¿No es un Pueblo que anuncia de antemano
Que un xefe justo busca, y no un tirano?

¿No es un Pueblo, que pide un yugo suave?
¿Un Pueblo, que la fuerza, i la injusticia
Repeler con la fuerza, tambien sabe
Y pelear por la ley, y la justicia?
¿No indica un Pueblo en que maldad no cabe
A quien la alma virtud solo es propicia
Y que un Señor de táctica procura
Que la vuelva feliz, miéntras que dura?

¿No es un pueblo...? ...¿mas donde, donde tiro,
Sin advertir, las lineas, solo guiado
De un impulso patriotico que admiro,
Que todo mi entusiasmo ha acalorado?
¿Cómo no envuelvo en el voluble giro
De mi voz, lo que el dia 12 ha pasado?
¿Sumergiré en abismos de la nada
Un hecho tal de gloria tan alzada?

No puede ser... que un pecho el mas sensible
No abarca ya el placer que lo enagena,

Y arrastrado de fuerza irresistible
Envia a la pluma, quanto al alma llena:
Un amor dulce, tierno, y bonancible
Parece inflama mi abundante vena,
Y obediente el mayor a lo que inspira,
Asi ya pulso mi sonante lira.

Despues que la indolencia, o tiranía
De aquél, que por desgracia nos mandaba
Nos entregó á la Ynglesa Monarquía
Que tanto nuestra Patria detestaba,
La fuente se agotó de la alegria,
En un mar de ansias, la alma naufragaba,
Y solo allá al través de una esperanza,
Se le abria algun camino de bonanza.

No aliviaba muy poco nuestro peso
El mirar muchos de la Gran Bretaña
Desertar de sus tropas con exceso
Buscando las banderas de la España;
Mas nuestro corazon estaba aun preso
Con los grillos, que echó una suerte extraña,
Y la noticia de Conquista era
Un agradable sueño, una quimera.

Mas la Aurora rayó del albo dia
Que estaba destinado a nuestro suelo,
En que la Capital ascenderia,
Llena de palmas al erguido Cielo:
El crepusculo huyó, y la noche umbría,
Y tirado de la ficcion el velo
Oimos ledos, y alegres, ciertamente,
Que de Montevideo llegaba gente.

Supimos, que venia Mordell cantado
A volver por la ley, y la inocencia,
Y que trahia seis barcos al cuidado,
De su náutico celo, y providencia.
Las presas que el Frances este ha ganado,
Su intrepidez, valor, y diligencia
Nos llenaron de gozo, imaginando
Que nuestra dicha ya se iba llegando.

Corrió (con qué contento lo refiero)
Que General en xefe, Liniers era,
Que Puirredon Patricio verdadero
Nueva tropa alistaba placentera,

Que Vazquez, y Valencia con esmero
Trataban de fixar nuestra bandera,
Y que el comercio prodigo alargaba
Lo que del militar Campo faltaba.

¡Qué ideas tan agradables eran estas!
¡Quál el ardor Patriótico encendian!
Ya las cosas mirabamos dispuestas,
Ya unos á otros, al campo se impelían;
Todos eran contentos, todas fiestas,
Mas, y mas a las Conchas se partían,
De modo que el Yngles ya receloso
El desembarque sabe pesaroso.

No podia Berresford indiferente
Mostrarse al golpe que prevee terrible,
Seguro, que a reunirse iba la gente,
Que dias antes contra él, peleó invencible.
Malhadada su infausta suerte siente,
Y quisiera si fuese ya posible
Efectuar el político consejo
Que el Commodoro dió de mas manejo.

Pero Dios lo habia en su ira suscitado
Para que fuese victima immolada
Al catholico Rey, que han ultrajado
Por un Frances valiente presentada...
¿Pero adónde la rima me ha llevado?
¿Dónde vuela la fantasia alterada?
Fuera extravio... Voy a la batalla
Que el número lleno de este asunto se halla.

Todo esto era un vislumbre solamente
Del intrépido ardor, que los regía,
Y las huestes deseaban vivamente
Que se acercase el decisivo dia:
Muéstrase el Cielo á su querer, clemente,
Brota un raudal copioso de alegria
Del seno divinal, y se reparte
Entre el fúlgido exército de Marte.

El dia 10 nuestro Campo manda fuerte
A Quintana Oficial con embaxada,
Y ápesar del honor que en el se advierte
Fue infructuosa primero su llegada:
Hizo tocar dos veces, ni entró al Fuerte
Ni entregó el pliego, ni profirió nada,

Y el derecho de gentes ya violado,
Marchó, y volvió despues incomodado.

El General Yngles muy orgulloso
Respondio con soberbia al parlamento,
Y conceptuandose antes victorioso
No piensa en las resultas del evento,
Pero llega el instante mas gozoso
Que lo disipará qual leve viento,
Y verá, que nuestro Inclito Monarca,
Gente temible en su Dominio abarca.

Al punto las partidas avanzadas
De los nuestros, las calles recorrieron,
Y á muchas centinelas descuidadas
Mil balas por el cuerpo les metieron,
Sus fuerzas mas, y mas acaloradas
Otras nuevas hazañas produxeron,
Y quando declinaba ya la tarde
En Marcial fuego qualquier de ellos arde.

Como un punto seguro se buscaba
Donde las tropas nuestras se reuniesen
Aunque el retiro, Yngleses, encerraba
Este era el centro en que acampar pudiesen;
Asi de Migueletes tropa brava
Diez y ocho, que si Leones fieros fuesen
Arremeten, se trepan placenteros,
Veinte matan, seis hacen prisioneros.

Ningun Yngles quedó para defensa,
Del parque se apoderan brevemente,
Y quando menos el contrario piensa,
La bandera flotó de hesperia gente:
Berresford luego con su tropa inmensa
Va allá, mas retrocede prontamente:
Asi los nuestros el dia 10 vencieron
Pues la llave de un Pueblo consiguieron.

Todo el 11 pasó en preparativos
Con sus escaramuzas de ambos lados,
Y eran los fuegos nuestros, asi vivos
Que estaban los Yngleses perturbados;
Pasó el dia sin progresos excesivos
Y solo, si, salimos laureados
Rompiendo el palo junto, y la bandera
A un Barco que acabar la gente espera.

Mas el dia 12 sale esplendoroso
En alas de las horas del Oriente
Y asoma Marte a escudriñar curioso,
Entrambos campos con risueña frente:
Las Parcas leen el libro numeroso
Del destino del hombre, y Cloto ardiente
Echa á mil husos la última lazada,
Y empuña Atropos su arma despiadada.

JUAN RAMON ROJAS.

(Concluirá.)

LA HISTORIA DE UN SACRILEJIO.

Gobernando la provincia de Chiloé don Martin de Uribe, los indios de Osorno i de Cunco enviaron a ella algunos caciques con el objeto de ofrecer la paz.

Esos naturales se habian manifestado por largo tiempo rebeldes a la dominacion española, i ni aun se prestaban a escuchar la palabra del misionero.

El cacique Cucao de Osorno i el cacique Nicú de Cunco eran los principales de la embajada.

Arrepentidos i sumisos se presentaron al gobernador, suplicándole les perdonara sus pasadas faltas, bajo la promesa solemne de que en adelante serian los mas fieles vasallos.

Uribe creyó en la protesta de fidelidad que hacian los ulmenes; i el 11 de febrero de 1650 partieron de Castro don Antonio Nuñez i un infatigable misionero jesuita que por espacio de diez i seis años desplegó en aquellas remotas e incultas rejiones el celo mas fervoroso en la predicacion del Evanjelio.

El padre Agustin Villaza (este era el nombre del jesuita) no contento con el abundante fruto que habia ya cosechado en su vida laboriosa, se ofreció gustoso a sembrar la divina semilla en aquellas reducciones indómitas que medio siglo habia resitian tenazmente a la civilizacion.

Formaban parte de la comitiva un hijo del capitan don Antonio Nuñez i algunos indios de servicio.

Cinco dias tardaron en llegar a Cunco.

A su llegada, los salvajes hicieron grandes manifestaciones de regocijo, empeñándose en persuadirlos de que su arrepentimiento era sincero i sin doblez.

El padre Villaza empleó en la predicacion los tres dias de permanencia en el Cunco, sin que lo arredrara la fatiga de tan ímprobo trabajo.

Los naturales se mostraban dóciles; i esto era un poderoso aliento para el misionero.

Un parlamento solemne a que asistirian los caciques del Cunco iba a celebrase en Osorno.

Un dia el padre Villaza se levantó mui de mañana con el objeto de decir la misa i ponerse despues en marcha para Osorno; porque ese dia se reuniria el parlamento.

Antes de consumir las divinas especies, una turba de sesenta salvajes armados interrumpe de súbito el recojimiento del sacerdote i de sus compañeros.

En aquellos instantes de pavorosa confusion, el padre Villaza consume apresuradamente la sagrada hostia para impedir que los bárbaros se cebaran en el mas horrendo sacrilejio.

Mas, los salvajes le arrebataron el cáliz al tiempo mismo que consumia el *sanguis*, i dieron en tierra con el vaso sagrado, al par que otros acometian contra el celebrante rasgándole sus vestiduras i prorrumpiendo en las mas espantosas blasfemias.

Largo rato arrastraron al relijioso en medio de una atronadora vocería, comparable tan solo al alarido de las bestias feroces; e impulsados i dirijidos como por furias infernales.

Las vestiduras sagradas, la sotana del jesuita, rotas en mil jirones, bien pronto sirvieron a los salvajes de azote que revolvian vertijinosamente por los aires para descargarlo sobre la víctima. En seguida las izaban a lo alto a manera de enseña i se paseaban con ellas en son de triunfo.

Por fin, destruyeron el altar disputándose codiciosamente las mezquinas alhajas que contenia, i se llevaron cautivos al padre Villaza i sus compañeros, que lo eran el capitan Nuñez, un hijo de éste i seis indios de servicio.

Irremisiblemente los cautivos iban a perecer, pues que se les habia anunciado por los salvajes que serian sacrificados en breve para regalar con un espléndido festin a los habitantes de sus tierras.

Nicú i Curivilu sorprendieron en el camino a los asaltantes e informaron de todo a Naucopillan, cacique de Osorno; pero éste no pudo prestar una proteccion inmediata a los cautivos.

Tres dias de angustia i zozobras sin cuento pasaron los españoles en poder de los de Cunco, condenados como estaban a servir de boda en un momento próximo, i sin que tuvieran la mas remota esperanza de librar con vida de aquel trance tan improviso como cruel. Todo el tiempo lo empleaban en prepararse a morir cris-

tiamente. El padre Villaza exhortaba dia i noche a sus compañeros i dirijia al cielo plegarias repetidas i fervorosas para que Dios se apiadara de aquellas inocentes víctimas.

Al tercer dia del cautiverio llegó Naucopillan i se personó a los caciques de Cunco, exijiendo imperiosamente de éstos que sin dilacion alguna le entregaran los prisioneros.

La resistencia era del todo inútil, porque Naucopillan venia resuelto a que le obedecieran de grado o por fuerza; así que los naturales de Cunco hubieron de ceder i entregar al cacique de Osorno la presa con que meditaban regalarse. El padre Villaza i sus compañeros pasaron a manos del imperioso Naucopillan, quien los trató con piedad i hasta con obsequioso cariño, esmerándose en prodigarles todo jénero de recursos.

Los cautivos españoles tuvieron el consuelo de encontrar un cristiano con quien aliviar sus desgracias. Era éste el padre del cacique, anciano venerable que no habia olvidado la fé recibida muchos años ántes, cuando a Osorno señoreaban los españoles, i que interpuso la influencia de sus años junto con la autoridad que investia sobre su hijo, a fin de protejer a los recien llegados i salvarlos del cautiverio.

El padre Villaza no cesó de predicar a los infieles i de guiar a buen camino aquellas tribus groseras. Mediante la palabra del misionero, Naucopillan volvió a la relijion cristiana i mejoró las costumbres de sus reducciones.

Los cuncos no se conformaban con que el cacique de Osorno les hubiera arrebatado a los cautivos i emprendian frecuentes asaltos a las tierras de Naucopillan para ver de recobrarlos; pero el cacique tomó con empeño protejer a los españoles i desbaratar los planes del enemigo, que los asediaba por todas partes con el propósito de hacer un horrible escarmiento en los osados conquistadores.

Pero el tiempo trascurria i los cautivos no encontraban modo de regresar a tierra de cristianos. Aunque animado de mui buenas intenciones para con los españoles, Naucopillan, cada vez que éstos le pedian que los restituyera a sus compatriotas, se excusaba con que los cuncos estorbarian de todos modos la libertad reclamada. Entre promesas, súplicas i dilaciones pasaron seis meses.

Al fin fué de gobernador a Chiloé don Ignacio de la Carrera. Valeroso i resuelto por carácter, Carrera se propuso acabar con todo miramiento i consideracion a los indíjenas rebeldes.

No habiendo tenido noticia de la suerte que habian corrido el padre Villaza i demas compañeros, aprestó cien jinetes para obtener datos de cual fuera el estado de los prisioneros i la tierra en que se hallaban.

El espanto primero, la indignacion despues, impelieron a los españoles a tomar merecida venganza de los salvajes, que tan des-

carada i vilmente rompian la fé empeñada i consumaban los mas nefandos ultrajes a la relijion i sus ministros.

Cuando ya los españoles iban a precipitarse contra el enemigo, los cuncos despacharon emisarios que anunciaran al gobernador que el padre Villaza i demas cautivos se encontraban en las tierras del cacique Naucopillan, donde se les trataba benignamente, advirtiendo al mismo tiempo que luego serian devueltos sin ningun daño.

Las promesas de los cuncos envolvian una perfidia. Su plan era entregar a los cautivos i sorprender al campamento español en medio del regocijo i de las fiestas que acompañarian a la restitucion de los prisioneros.

Felizmente ese plan salió frustrado, porque algunos espias delataron a los traidores.

Don Ignacio intimó a los cuncos la órden de entregar al padre Villaza sin pérdida de tiempo.

Los cautivos fueron entregados.

Uno de ellos, el capitan Nuñez, puso en conocimiento de los jefes españoles, que la noche inmediata librarian los cuncos un ataque al campamento.

Así sucedió, en efecto. Pero los españoles estaban apercibidos para el asalto i ardiendo en deseos de castigar severamente el sacrilejio i la perversidad de los naturales.

El combate fué reñidísimo, la carnicería espantosa: fué aquello un terrible escarmiento para los culpables i una reparacion clara de infames ofensas.

"Murieron en la batalla, dice el cronista de que nos hemos servido, todos aquellos que acometieron al padre i sacrílegamente le echaron mano; en que conocieron todos que la mano vengadora de Dios habia andado allí; i lo que mayor admiracion causó fué que, mandando el jeneral don Ignacio de la Carrera cortar una cabeza para que con ella levantada en una pica, cantaran victoria, de tantas como habia en el suelo (como los indios acostumbran, juntándose en rueda los vencederes, con la cabeza cantan una cancion triste que notablemente acobarda a los vencidos) la primera que hallaron i cortaron para levantarla en la punta de la lanza, fué la del caudillo que convocó i juntó la jente para matar al padre i a sus compañeros."

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

A PROPOSITO DE UNA NUEVA EDICION

DE LA

GRAMATICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DEL

SEÑOR DON ANDRES BELLO.

(Conclusion.)

44.—Propiedad de los substantivos (propiedad que, filosóficamente hablando, pertenece tambien a los adjetivos, como ya lo dejé apuntado) es el significar objetos reales o que crea la imajinacion: si el derivado verbal, que se llama infinitivo, puede tambien significarlos, será substantivo por naturaleza. I de esto último no puede dudarse, que el lenguaje usual lo prueba sobradamente.

45.—Si del significado propio de los substantivos infinitivos (que solo se diferencia del de los substantivos ordinarios en que el infinitivo declara jeneralmente los objetos bajo un punto de vista abstracto) pasamos a los oficios que desempeña en la proposicion, encontraremos que éstos son los de sujeto, complemento i término, funciones privativas del substantivo: "*Amar* a Dios es condicion de nuestra felicidad," "comer es necesario para *vivir*."

> "*Quiero imitar* al pueblo en el vestido,
> En las costumbres solo a los mejores."

46.—Arguyen algunos que los adverbios no modifican directamente a los substantivos, sino por intermedio del verbo, miéntras que al infinitivo sí, i que por tanto éste no es un perfecto substantivo. En primer lugar, el infinitivo al propio tiempo que es substantivo, es derivado verbal i participa, por lo mismo, del carácter i atribuciones del verbo, i de ahí que no es extraño que lo modifiquen adverbios como en "*comer bien*," "*dormir mal*." En segundo lugar, "el construirse con adverbios no es propiedad tan peculiar del infinitivo entre los nombres substantivos, que no lo hagan de

cuando en cuando otros nombres de la misma clase, que nacen de verbos, i conservan su significacion en abstracto: "Su *residencia léjos* de la patria:" "Mi *detencion allí.*" (BELLO, G. C., núm. 203, nota *d.*)

47.—Si el infinitivo fuera una forma verbal como cualquiera otra (así lo pretende el señor Cuervo en la nota copiada mas arriba), indicaria tiempo respecto del acto de la palabra: esto no sucede, luego no es verbo, como *amé, amaré, amaba.*— De que los diversos tiempos del verbo (futuro i pos-pretérito, sobre todo) se hayan formado por medio de sufijos i afijos a la raiz, como *amaré* formado de *amar-hé, amaría* formado de *amar-hía* (o *había*), no puede deducirse que el significar tiempo sea solo un accidente i no una particularidad substancial del verbo. Esa misma agregacion a la raiz de las formas extrañas *hé, hía* o *había*, está probando que se las empleó únicamente en fuerza de la necesidad por todos sentida de poder expresar claramente el si la accion se estaba verificando, se habia de verificar o ya se habia verificado. Ni creo que cuando se usó por primera vez el verbo se le usara solo en presente: muchos actos hubieron de preceder a su invencion, no solo físicos sino gramaticales tambien, i ¿cómo habian de ser expresados por el presente? ¿cómo se expresarian por éste los que eran por venir?

48.—Dice tambien el señor Cuervo que el pos-pretérito no expresa tiempo determinado, respecto al acto de la palabra, como cuando decimos "Dijo que *vendría* ayer," "Dijo que *vendría* ahora," i que, por ende, no es propiedad esencial de las formas verbales la significacion de tiempo.

¿Qué significa el pos-pretérito? Que la accion por él significada se ha realizado despues de la realizacion de la expresada por un pretérito. I esto es lo que notamos al decir, "Dijo que vendria ayer:" la accion de *decir* es posterior a la de *venir;* luego, la forma verbal *vendria* indica un tiempo posterior a un pretérito: i esto ¿no es expresar tiempo determinado?

Ahora, el infinitivo no expresa tiempo, con relacion al acto de la palabra, sino con relacion al "verbo a que está asociado en la proposicion: presente, como en *le veo salir, le ví salir, le veré salir*, porque el salir coexiste con el ver: futuro, como en *pienso salir, pensé salir, pensaré salir,* porque el salir es necesariamente posterior al pensar; i por estos ejemplos se manifiesta que el denotar unas veces presente i otras futuro, depende de la significacion del verbo a que se refiere." (BELLO, G. C., núm. 203, nota *f.*)

49.—Esto que acabo de decir lo confirma el ilustre filósofo don Jaime Bálmes: "El infinitivo es como la raiz del verbo, no expresa persona, *tiempo* ni modo; i mas bien parece un nombre indeclinable. *El pasear aprovecha;* aquí pasear está tomado como un nombre i equivale a *paseo. No quiero pasear;* tambien se toma como nombre, *no quiero paseo. No puedo pasear,* no tengo poder o fuerza para el paseo; aquí se toma como un nombre que indica

el objeto a que se refiere la falta de poder." (*Gramática jeneral*, cap. XI.)

Del propio sentir es don Ventura Marin, quien se expresa así sus *Elementos de la filosofía del espíritu humano*: "La primera terminacion *amare* expresa solamente la accion de amar sin afirmar su existencia en éste ni en el otro objeto. Seria impropio decir *Pedro amar, yo amar, tú amar*, pero no *Pedro ama, tú amas, yo amo:* de consiguiente, esta terminacion no puede ser verbo. *Amar a Dios sobre todas las cosas es el primer precepto del Decálogo; amar es un sentimiento propio de todo sér intelijente;* estas expresiones son exactas i en ellas la terminacion *amar* está haciendo las veces de substantivo, i de substantivo en nominativo, pues, es el sujeto de la oracion." (Seccion tercera, *teoría de los signos*, § CCXXVIII.)

50.—En la lengua latina en que el infinitivo es (como en la nuestra) un substantivo neutro con quien concuerdan, por tanto los adjetivos en terminacion neutra "*Alienum* est a sapiente injuriam *facere*" (Cic.), el infinitivo puede traer sujeto, pero de una manera mui distinta de la de los verbos, pues miéntras éstos piden su sujeto en nominativo, el infinitivo lo pide en acusativo "Tradunt *Homerum* cœcum *fuisse*." Hé aquí una diferencia notable que hace ver que, segun el jenio de la lengua de los romanos, el substantivo infinitivo no era la misma cosa que el verbo.

Lo de que el infinitivo suele en griego reemplazar al imperativo, no tiene fuerza alguna ya que ello solo tiene lugar únicamente en las sentencias o leyes (Pistin én pási fulássein, subentendiendo *dei*, guardad en todo (la) fidelidad), i aun entónces puede uno servirse del optativo con *án*. (*Prín an amfoîn dicoúses, ouk án dicasaís.—Arist. Vesp.*)

51.—En frances se considera al infinitivo, en su concordancia con el verbo, como un substantivo cualquiera, i tanto que dos o mas infinitivos que sirven de sujeto piden el verbo en plural, al reves de lo que sucede en castellano: "*Vivre et jouir seront* pour lui la même chose" (J. J. Rousseau); *Être né* grand et vivre en chrétien *n'ont* rien d'incompatible." (Massillon), (34) donde nosotros diriamos "*Vivir* i *gozar es* para él una misma cosa." El segundo de los ejemplos franceses sí que tendriamos que traducirlo con el verbo en plural, pero no porque los dos infinitivos lo pidieran, sino porque el atributo de la proposicion significa reciprocidad. (V. Bello, G. C., núm. 349, noto *a*, núm. 5.)

52.—El que el infinitivo tenga sus asomos de verbo, pues puede traer i trae como aquél sujetos i complementos i es, ademas, modificado por adverbios, no quiere decir que sea verbo, sino

(34) Encuéntranse, sin embargo, algunos ejemplos de autores notables en contrario: "Bien *écouter* et bien *répondre est* une des plus grandes perfections qu'on puisse avoir, dans la conversation." (*La Rochefoucaid.*) Paréceme sin embargo, que el uso mas comun i autorizado es el de poner el verbo en plural.

únicamente que participa de la naturaleza verbal i de todos los oficios i funciones a ella correspondientes; no de otra suerte que el adjetivo, al callarse el substantivo a que se refiere, se apropia las funciones de éste, sin que por eso cuando otra ocasion topemos con él i lo veamos desempeñando su ordinario ministerio, digamos que es substantivo esencialmente.

53.—Respecto del participio i jerundio, yo tengo por únicas verdaderas las teorías del señor Bello, i creo que si otros las profesan distintas es porque los ha llevado mui léjos su tema de buscar todas las analojías de nuestra lengua en la latina o en las co-derivadas della. Esta, en mi humilde sentir, ha sido la causa de que, a pesar de la larga i erudita nota que ha escrito el señor Cuervo sobre esos dos derivados verbales, no haya conseguido sino esclarecer el recto uso que de ellos debemos hacer, sin echar por tierra ninguno de los argumentos que mantienen i mantendrán siempre en pié la doctrina del señor Bello. Así dice éste mui bien: "Una cosa es la gramática jeneral, i otra la gramática de un idioma dado: una cosa es comparar entre sí dos idiomas, i otra considerar un idioma como es en sí mismo. ¿Se trata, por ejemplo, de la conjugacion del verbo castellano? Es preciso enumerar las formas que toma, i los significados i usos de cada forma, como si no hubiese en el mundo otra lengua que la castellana; posicion forzada respecto del niño, a quien se exponen las reglas de la sola lengua que está a su alcance, la lengua nativa. Este es el punto de vista en que he procurado colocarme, i en el que ruego a las personas intelijentes, a cuyo juicio someto mi trabajo, que procuren tambien colocarse, *descartando*, sobre todo, las *reminiscencias del idioma latino*." (G. C., Prólogo.)

54.—Las notas restantes puestas por el señor Cuervo en la edicion de la Gramática de Bello, de que doi cuenta, son en jeneral ilustrantes en ejemplos o acepciones de lo ya dicho en el texto, i si tocan la doctrina déste, es solo por incidencia i sin perjudicarla en lo mas mínimo. Doi ya, pues, por terminado este artículo, que ha tomado mayores proporciones de las que en el principio habia pensado darle, i en que, sin embargo, no he dicho (por falta de tiempo i de espacio) mucho mas que hubiera querido i debido decir. Empero, ya sea por los motivos que acabo de apuntar, ya porque en esta tierra de Chile, causan a la jeneralidad hastío i aburrimiento los estudios gramaticales, ya, en fin, porque ésta es materia grandemente delicada i en que es mui fácil cometer inadvertidamente los mas graves yerros, no volveré de grado sobre estos puntos miéntras no mediaren especial provocacion u otra circunstancia que hiciera inevitable una explicacion mia.

55.—Concluiré, pues, dando al señor Cuervo mi mas expresivo parabien por el trabajo emprendido para dar a la obra inmortal del señor Bello todo el lujo i esmero que le es debido, i por lo acertado i cabalmente que supo darle venturosa cima. Si no

he estado de acuerdo con algunas de las opiniones expuestas en sus notas, no por eso he dejado de reconocer el sobresaliente mérito que las distingue, ya bajo el punto de vista de la meditacion continua o bajo el de una extensa erudicion filolójica, i ya es sabido, porque así antaño lo dijo el fiero español, que lo cortes no quita lo valiente.

¡Ojalá que estas humildes líneas, trazadas sin jactancia ni presuncion, inspiradas únicamente por el amor de lo que creo cierto i por veneracion hacia el ilustre venezolano, que nos dió leyes para rejirnos en nuestra vida civil, leyes para hablar con correccion i para discernir lo bueno de lo malo i lo verdadero de lo falso, empujasen a algunos a estudiar seriamente la Gramática del señor Bello, para así detener en lo posible la corriente de corrupcion que lleva nuestro idioma al cáos babélico i que hará (si remedio no se pone) que dentro de medio siglo el castellano sea en Chile una lengua muerta!

Santiago, 23 de Julio de 1875.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

PIO VII I NAPOLEON BONAPARTE.

(ORIJINAL DE HUGUET.)

(Continuacion.)

EFECTOS DE LA EXCOMUNION.

Esta traslacion violenta i brutal del Papa desde Savona hasta Fontainebleau fué para Bonaparte la última falta que segun la Escritura Sagrada cansa al fin la longaminidad de Dios i lo hace empuñar la vara de la venganza. El 22 junio habia encontrado al Papa prisionero i casi moribundo en Fontainebleau; i se sabe que el 22 del mismo mes Napoleon, embriagado por una marabillosa prosperidad de quince años hizo que sus tropas pasasen el Niemen e invadiesen el territorio ruso, preludiando así esa guerra que tan fatal le fué i lo precipitó del trono i que le hizo perder el

fruto de tantas victorias. No fué el brazo del hombre sino el de Dios Todopoderoso quien destruyó uno de los ejércitos mas numerosos i mas aguerridos de que hace mencion la historia. Las almas que ven siempre la obra de una mano superior e invisible en el curso de las cosas de la tierra reconocerán la accion de la Providencia por una circunstancia mui notable de la célebre i desastrosa expedicion de Rusia. Hemos visto que Bonaparte escribia al virei de Italia, una carta en que se quejaba amargamente del Papa. "¿Qué puede hacer Pio VII denunciándome a la cristiandad? decia a Eujenio de Beauharnais. ¿Poner mi trono en entredicho, excomulgarme? *¿Cree entónces que las armas se caerán de las manos de mis soldados?* No le quedaria mas que hacerme cortar el cabello i encerrarme en un monasterio".... Nuestros pensadores modernos dirán que fueron la nieve i los hielos los que hicieron *caerse las armas de las manos de los soldados.* Pero, ¿de dónde venian esos azotes? La Escritura nos lo dice: *Nix glacies spiritus procellarum faciunt verbum ejus.*

Hé aquí lo que el célebre historiador Cantú cuenta a este respecto: "Entónces sobrevino un frio agudo i penetrante que debia, no producir, pero sí exacerbar aquel desastre. Comenzó el 6 noviembre a nevar, borrándose todo vestijio de caminos, de modo que las tropas marchaban al acaso cegadas por la nieve, cayendo en los pantanos. Acosados los hombres por el viento, ateridos de frio, una piedra, un tronco de árbol les hacia caer, i no siendo ya capaces de levantarse, pronto quedaban sepultados en la nieve. Sus manos hinchadas i llenas de grietas rompieron los fusiles; helábanseles las extremidades i despues se les gangrenaban, i el que se adormecia no volvia a despertarse. Algunos, al descubrir un sendero, penetraban por él con esperanzas; pero en seguida eran acometidos por los paisanos i los cosacos que los acechaban, les daban de puñaladas i luego los dejaban expirar lentamente sobre la nieve. Los caballos no herrados a ramplon se deslizaban i caian; golpeaban el hielo para encontrar un poco de agua i roian las heladas cortezas de los árboles para procurarse alimento; despues, cuando caian sin fuerzas, los soldados se daban prisa a matarlos para comer algun trozo de su miserable cuerpo o calentarse las manos o los piés en sus palpitantes entrañas.

"Cada vivac, por falta de fuego, se convertia al dia siguiente en un cementerio; los soldados se echaban en el suelo con el morral a la espalda i la brida del caballo en el brazo, i para resistir mas el frio, se mantenian abrazados uno a otro; por la mañana muchos no abrazaban mas que un cadáver, i lo abandonaban sin compadecerlo. Cuando hallaban un poco de leña, ponian al fuego la marmita cuidadosamente conservada, i la pólvora hacía las veces de sal para condimentar un puñado de harina de centeno o un pedazo de carne de caballo. Un feroz egoismo reemplazó a aquella jenerosidad tan propia de los soldados, i ninguno miraba ya

mas que por sí, disputándose hasta con la espada el último bocado o un manojo de paja o de leña. Si un compañero caia, no se le tendia la mano; a otros, ántes de que acabaran de helarse, se les quitaba del cuerpo la chaqueta de piel para ponérsela caliente todavía. En vano los caidos o heridos abrazaban las rodillas de sus hermanos, suplicándoles por sus padres, por su patria, por sus amantes, que no los abandonasen; i cuando se tocaba a marchar, se arrastraban en cuatro piés lanzando lastimeros quejidos, mostrando a los cosacos que se acercaban, pidiendo un sorbo de agua o un tiro, ya que no otra cosa, para no caer en manos de aquellos formidables enemigos."

Completaremos este espantoso cuadro con los siguientes detalles debidos a otro historiador:

"El 28 de noviembre, desde el amanecer, uno de los puentes de Beresina, que estaba reservado para los carruajes, fué roto; los bagajes i la artillería del ejército de reserva se volvieron hácia el otro puente i se empeñaron en forzar el paso, lo que dió oríjen a que se trabara un encuentro entre la caballería i la infantería, i en seguida un combate en que pereció un crecido número de hombres degollados o aplastados; un número mucho mayor todavía fué sofocado o atropellado a la entrada del puente, i para pasar por él fué preciso caminar por sobre los muertos i los vivos, confundidos en un solo monton. Esos desventurados luchaban con la muerte i trabajaban por levantarse; aferrábanse de la ropa i de las piernas de los que los pisaban. Estos los rechazaban a puntapiés para desembarazarse de ellos; pero lo mas frecuente era que ellos mismos-cayeran tambien. Miéntras esa lucha, la muchedumbre que seguia, avanzaba e iba amontonando nuevas víctimas. En ese momento llegan los rusos por uno i otro lado del puente i atacan impetuosamente. La necesidad dió fuerzas a los franceses; defendiéronse a la desesperada; pero, agobiados por fuerzas siempre crecientes, fueron rechazados hácia las riberas de Beresina. Entónces los obuses enemigos comenzaron a hacer fuego sobre esos millares de enfermos, heridos, mujeres, hombres inermes que obstruian las avenidas del puente. Mil i mil víctimas se arrojan en confusion al rio; allí expiran en medio de las convulsiones del dolor o de la desesperacion. Al fin la artillería rusa cortó el puente, i a un mismo tiempo cesaron el paso i el combate, i al espantoso ruido de ántes sucedió un silencio terrible. Todos los bagajes del ejército de reserva, doscientos cañones i mas de veinte mil hombres quedaron en poder del vencedor. En cuanto a los muertos, es imposible calcular su número. (El ejército que Napoleon llevaba a Rusia llegaba a cuatrocientos noventa i ocho mil hombres; algunos lo hacen subir hasta seiscientos cincuenta mil.)

JORJE SMITH.

(Continuará.)

A PROPOSITO DE RESTAURACION GRAMATICAL.

El estudio de la lengua castellana preocupa desde algun tiempo a gran parte de nuestros jóvenes literatos, que, con una contraccion i empeño dignos de toda alabanza, tienden a despertar en las jentes de letras la aficion a leer los clásicos del idioma, con la mira de purgarlo de tanto vicio como lo afea.

Débil i vacilante en sus comienzos, resuelto i vigoroso despues, el movimiento gramatical que se opera va camino de convertir en partidarios a los tímidos que no lo apoyaban por desconfianza, i en neutrales, por lo ménos, a los que por reputarlo descomedido e inoficioso combatian los propósitos restauradores i depuradores del habla castellana.

Lo que hoi en dia sucede respecto al entusiasmo con que se diserta en materias gramaticales, puede que sea una molestia para el vulgo de los lectores, contajiados como lo están por la habitual lectura de obras i periódicos en que sin piedad se maltrata a la hermosa lengua del inmortal Cervántes; pero alentará no poco a los que concibieron la idea feliz de iniciar una campaña contra la turba de galiparlistas i jente zafia, que merodea en los dominios de otras lenguas que la de Castilla para ver de trocar en jirones desaliñados el atavío airoso al par que severo de que tan merecidamente se enorgullecen los paises del habla española.

La rutina, i principalmente la que se afianza en la ventaja de no sujetarse a trabas ni reglas que mortifiquen, es de suyo difícil de combatir, por mas que se invoquen en su contra poderosísimas razones. Por ello no hai que sorprenderse de las resistencias que se oponen a la reforma, toda vez que se trata de promover alguna, en cualquier órden de cosas i ella contraría los usos de antiguo arraigados por la comodidad que prestan.

Ni se diga que en materia de lenguaje la rutina consiste en atemperarse con rigor al empleo de voces i jiros de una época pasada, tolerando sí la introduccion de uno que otro vocablo que exijen de consuno el progreso de las ciencias, los adelantos del arte i el desarrollo mismo de una lengua. Porque, en verdad, i a

juzgar por lo que se palpa en nuestro pais, los usos gramaticales dominantes en la mayoría de los escritores, serán todo lo que se quiera pero no castizos. Tanto se ha jeneralizado la práctica licenciosa de escribir sin sujecion a reglas gramaticales, que apénas sí se encuentra como rarísima excepcion alguno que no las estropee.

Para cohonestar el propósito que los guia, alegan los corruptores del idioma que ceñirse al uso de los clásicos es olvidarse de que segun se despiertan, combinan i varian las ideas, así tambien se introducen palabras i jiros no conocidos por los antiguos escritores, pero que corresponden a una verdadera necesidad en las actuales circunstancias.

No negamos que en muchos casos haya conveniencia de dar carta de naturaleza a voces extranjeras, con tal que en ello no se viole la índole castellana, i bien entendido que semejante introduccion de voces es un recurso que en manera alguna debe prodigarse cuando hai otros medios de suplir la falta, especialmente si existen en castellano palabras equivalentes i autorizadas por el uso de los buenos escritores.

Mas, no se abuse de semejante facultad hasta el punto de inventar voces que nada sino el prurito de la mayor libertad en la expresion, o talvez el retraimiento de consultar un diccionario, o el solo capricho, puede justificar. I lo que decimos de las voces desautorizadas que en el discurso se prodigan con rara profusion, es aplicable a las concordancias i rejímenes viciosos, que tanto abundan en la jerga de los modernos escritores i de que están plagados, por obra i gracia de los traductores, no ya los periódicos, mas aun los mismos textos de enseñanza que se ponen en manos de la juventud para el estudio de las letras.

De véras que pone asombro la anarquía i desconcierto que se advierten en esa con propiedad Babilonia de las lenguas que ha introducido, con gran escándalo del buen decir, la licencia perniciosa cuanto osada i detestable cuanto arbitraria, que a manera de inundacion se desborda sin atajo sobre los dominios de la casi proscrita lengua castellana.

La libertad, que por tantos i para tanto se invoca, suministra a los escriborroteadores un argumento incontestable en el sentir de los que apadrinan ardorosamente la galiparla; pero un argumento que en filosofía se conoce con el calificativo de *nimis probans*, pues que si a algo conduce es a probar que no ya una época ni un pais cualquiera, sino cada provincia del pais i cada departamento de la provincia i cada villorrio del departamento i cada individuo del villorrio, tienen pleno derecho para expresarse como la gana diere i la comodidad aconsejare, variando la lengua nativa, con tal que sea en modo que ofrezca la *posibilidad* de que *pueda* entenderse la pepitoria que empleen.

El principio de autoridad, necesario a todas luces en el órden social i político, es utilísimo a las claras en materia de lenguaje.

Téngase cuenta de que abandonado al capricho de cada cual, un idioma bastardearia presto de su índole, perderia la uniformidad, se dividiria en mil dialectos (como lo ha probado una experiencia constante); i roto el lazo que liga a él las mas gloriosas tradiciones, que mancomuna los espléndidos triunfos del injenio, añadiendo un tiempo a otro tiempo i una literatura a otra, repudiaríase la herencia que basta a ser el honroso título con que se enorgullece un pueblo culto.

La palabra está íntimamente unida a la idea, el lenguaje tiene conexion estrecha con el pensamiento. En el carácter de una nacion cualquiera, i cuando se trata de juzgarla con respecto a sus progresos intelectuales, entra por mucho la consideracion del idioma, como que éste es a semejanza del colorido en la pintura i de la forma en la estatuaria. El jenio nacional, que se descubre en el discurso de los sabios, en las creaciones del artista i del poeta, se refleja asimismo en la enerjía o suavidad de las voces, en la mayor o menor soltura de las locuciones, en la variedad de jiros, en las peculiaridades propias de la lengua o modismos, en todo lo que constituye la expresion del pensamiento i lo reviste de galas que lo hermosean.

Desde lo que se ha llamado *siglo de oro de la literatura española* el castellano ha experimentado sustanciales alteraciones. El habla de hoi no es la del príncipe de los escritores españoles, i nos apresuramos a decirlo, ni tampoco podria serlo, como quiera que los paises de raza latina que usan el castellano distan mucho de aquella civilizacion que para bien i honra de ellos brilló tres siglos há en el emporio de la literatura i lengua castellanas. Ni podria serlo, repetimos, ya que el habla de ese mismo *siglo de oro* no fué la de Castilla en tiempos de don Alfonso El Sabio. Entre siglo i siglo media un abismo, bien se considere el estado social de un pueblo o sea que se estudien sus propensiones literarias. Razon no es esta, con todo, para dar de la mano a los clásicos del idioma, los cuales, fuera de encerrar verdaderos tesoros de belleza literaria, serán siempre un modelo digno de imitarse por todos los que en algo estiman la diccion correcta, clara i elegante, que de continuo se advierte en la lectura de las antiguas obras castellanas.

Ni uno ni otro extremo: ni llevar el respeto a los clásicos hasta el punto de construir las frases tal i exclusivamente como en lo antiguo se construyeron, sin tolerar jénero de licencia; ni desentenderse de los cánones i usanzas de la lengua, so pretexto de que son antiguallas de mal amaño, ociosas e incómodas por demas. Menester es no aferrarse a los modelos con un cariño que raye en fanatismo, ni olvidarse de ellos con un descuido que termine en odio mal encubierto.

No faltan, a propósito del movimiento que entre nosotros impele a que se imite el lenguaje de los buenos autores, no faltan quienes se burlen del empleo de términos i locuciones que sor-

prenden por su novedad, aunque lejítimamente autorizadas; i esto por la circunstancia de no ser de moda los tales términos i locuciones. Hai, en prueba de ello, algunos que se imajinan poner en ridículo a los restauradores de la lengua exhibiendo aquella tan conocida fábula de don Tomas de Iriarte titulada *El Retrato de Golilla*, en que el autor acumula injeniosamente cuanta antigualla le sujiere su amarga jenialidad. ¡Triste manera de combatir! Antes que apelar a semejante recurso, debiérase apuntar las razones que obran contra el empleo parcimonioso de los resortes que la práctica de personas respetabilísimas i el diccionario de la lengua ponen a discrecion de los noveles escritores. Por lo demas, reconociendo que toda reaccion es mui ocasionada a excesos, por lo mismo que ella entraña la oposicion de una doctrina a otra, i aunque, segun lo hemos expresado ántes, no estamos por los extremos, es menester disculpar los estravíos en que se incurra obedeciendo a sanos i útiles propósitos. Tanto se ha reducido el vocabulario castellano, que creemos afirmar sin exajeracion el que una tercera parte de las voces contenidas en los diccionarios de la lengua yacen ahí como curiosidades i nada mas. El restablecimiento mesurado de esas voces prestará un buen servicio al idioma; porque muchas de ellas no tienen equivalente, o si lo tienen, el equivalente usado no expresa la idea con la fidelidad, enerjía i belleza apetecibles.

Esto por lo que toca a las palabras. Si de locuciones se trata, hai algunas que convendria restablecer con gran ventaja de la riqueza i flexibilidad del idioma. Existen en castellano expresivos modismos que incrementan su caudal i a marabilla sirven para desterrar la monotonía del discurso: son un resorte precioso que mui rara vez se pone en juego, a causa de que mui pocos entienden el mecanismo de que aquellos son parte.

Si de los detalles pasamos al conjunto, ojalá se restableciera el jenio de la lengua, sobrio al par que airoso, delicado i tierno al par que adusto i arrogante, jenio fertilísimo para la poesía, envidiable para la ciencia, esclarecido para las letras.

Antes de terminar este desaliñado artículo, queremos ocuparnos en uno de los cargos mas serios que se formulan contra la restauracion que se inicia de usos españoles en la forma de la diccion. Nos referimos a la nimiedad, al vacío de pensamientos, que, a lo que dicen, se observa en el lenguaje con que se intenta reemplazar al hoi en moda, no ménos que a la difusion que se introduce por razon de encadenarse largas cláusulas en un solo período.

Cuanto a lo primero, reputamos que es un defecto nacido de la atencion que se pone en que el lenguaje sea puro i castizo. Natural es que por mirar a la forma se descuide el fondo; pero ello no es parte a que se induzca de hechos aislados una regla jeneral: cesando la causa, que nostros atribuimos a circunstancias del todo pasajeras, cesará por ende el efecto que ella produce.

Lo segundo es en nuestro sentir, no un defecto propio del período castellano, que ántes bien condensa el pensamiento con sin igual precision, mas sí de los escritores bisoños, a quienes el ningun manejo del idioma i la falta de preparacion para escribir los fuerza a hilvanar cláusulas que mal se avienen en un mismo período.

CÁRLOS AGUIRRE VÁRGAS.

CANTO SOBRE LA RECONQUISTA DE BUENOS AYRES,

TRABAJADO POR UN PORTEÑO.

(Conclusion.)

Las furias desatadas del Averno
Salen a introducirse en los mortales,
Y Ministros sangrientos del Eterno
Exercen sus decretos divinales;
La Discordia consigo trahe el Infierno
Rodeada de voraces animales,
Y en su carro de fuego, el ayre hendiendo,
Pasea las filas con semblante horrendo.

Los moradores del Olimpo erguido
Uno a este, y otro a aquel Campo inclinado
De hito en hito, escudriñan su partido,
Pues el éxito, Dios lo habia ocultado;
Los Genios tutelares mui seguido
Presentan memorial al sér increado,
Y éste de magestad, y gloria lleno,
Así prorrumpe con su voz de trueno:

"Habitantes del Cielo, Descendencias
"Para llenar mi trono, destinadas,
"Ministros que cumplís las providencias
"En mi Consejo eterno, decretadas,
"¿Por qué discordan hoy vuestras sentencias?
"¿Qué pudo traher las mentes fascinadas?

"¿No habeis leido en mi esencia incircumpscrita
"(Pues esto os toca) la sentencia escrita?

"¿Ygnorais que en España belicosa
"Tengo mis complacencias soberanas
"Difundiendo el amor que me rebosa
"Por las ciudades suyas mas lexanas?
"¿No veis a Buenos Ayres tan llorosa?
"¿No advertis balancear sus ideas sanas?
"Justo es, que á sus lamentos preste oido,
"Así mi Augusto Padre lo ha querido..."

La luz de gloria al punto los rodea,
Y el decreto eternal fixos mirando
Sobre el éxito leen de la pelea
Firmada la victoria á nuestro bando:
Al momento esta Diosa, que pasea
La Europa, raüda acá viene llegando,
Y en carroza dorada al son del viva,
Trahe de alígeros Genios comitiva.

Desata del futuro las cadenas
El Hacedor, y ordena Omnipotente,
Que del choque principien las escenas,
Que representará una y otra gente:
Desparrámase al punto por las venas
El bélico furor, y de repente
La algazara nació, nació el chillido,
La muerte, fuego, el tiroteo, y quexido.

A pesar que los nuestros recibieron,
Ser su número corto, no adiextrados,
Con un valor no visto resistieron
Al torrente de Yngleses desatado.
Muchos entre ellos, fuertes se metieron,
Envian al Orco, un séquito avanzado,
Y once, o doce, executan mil acciones,
Que su nombre colmó de aclamaciones.

Al avance, al avance se encaminan,
Y la rabia los pechos ocupando,
A par que al enemigo se avecinan
Van cañones, y obuces disparando.
Los fusilazos corren, y rechinan
Y en las Personas, confusion entrando,
Matan, hieren, vocean encarnizados,
De la plaza al rededor situados,

Parecian, devorarse sanguinarios
Y la caballería nuestra aguerrida,
Atropella, y despues de lances varios
Quitó un cañon, y a muchos de ellos, vida.
Reuniéronse a aquel trozo mas contrarios,
Dan á los nuestros nueva acometida,
Mas viniendo Miñones de repente,
Los cortan de aquel puesto enteramente.

Tomada posesion ya por los nuestros
De aquella calle, y del cañon fornido,
A fuerza de trabajos, logran diextros
A la recoba echarlos de corrido.
Mas los Yngleses siguen muy siniestros
Haciendo fuego de azoteas seguido,
Quando Españoles van con rabia fiera,
Y acheando puertas, los arrojan fuera.

Dos bocas eran nuestras de la plaza,
Y desde allí a la par de cañonazos
Rociando la metralla, la infiel raza
Los barria luego, los hacia pedazos;
Nuevo golpe aun á ellos amenaza,
A pesar, que arrojaban sus balazos,
Pues nuestros esquadrones avanzando
Ya se iban al alcázar acercando.

Aun estaba indecisa la Victoria,
Y parece que Palas balanceaba,
A quien habia de dar la invicta gloria,
Que al mismo punto, su égida recaba.
Mas cerca está ya el lance de memoria,
El monumento de la gente brava
Que en la América nuestra, Cárlos tiene,
Y que tanto á su esplendor conviene.

Dos horas sin parar se habia hecho fuego
Habiendo mil estragos de ámbos lados,
Y cada uno del campo nuestro ciego
Forjaba sus proyectos elevados,
El grande General con blando ruego
Pedia á los suyos fuesen por sus grados,
Pero ningun mundano contendria,
El ardor que el exército tenia.

¿Mas qué pincel por fino es suficiente
A retratar el quadro interesante

De una Juventud tierna, que ferviente
Venga el derecho de su Patria amante?...
¿Despues del ocio muelle, y permanente,
Cómo se arroja intrépida delante?...
Jóvenes tiernos, ínclitas Personas,
Recibid ya mil cívicas coronas.

Nó, mi lira no puede celebraros
Que lo que de sus cuerdas resonara,
Solo seria bastante a desairaros,
Pues hazañas tan grandes no llenara.
No trato, mis Paisanos, de injuriaros,
Otro que elogie valentía tan rara,
Que al punto torno de dó habia salido
Al pensar en vosotros embebido.

Los Yngleses, del fuerte temerosos
Un fuego tan graneado viendo fuera,
Tratan salvar su vida, ya ardilosos
Del degüello, que juzgan les espera:
Así izan al momento cabilosos
Pidiendo parlamento, esta bandera,
Mas los nuestros, los siguen, los acaban,
Y Española, Española demandaban.

Entónces de un furor nuevo agitados
Trépanse hasta los muros, los Miñones,
Y arremetiendo ardientes los soldados
Con sable en mano, quitan los cañones.
Ríndense los Yngleses perturbados,
Ruegan é instan con varias sumisiones,
Y su acero tirado tremolaron,
La bandera Española, y se entregaron.

El viva, viva, que pobló los vientos
Fué tanto, y excesiva la alegría,
Que á los mas ciudadanos de contentos
Parece les faltó el juicio este dia:
Retumbaban las calles con acentos
De tan comun, y larga gritería,
Y el orgullo Anglicano de este modo
Cesó, cesó, pero cesó del todo.

Entregados ya al placer nobles Porteños,
Llenaos de unas delicias tan grandiosas,
Y mirad ya concluidos los diseños
Que os bosquexé en mis liras dolorosas;

Ya de vosotros mismos sois los Dueños,
Se desataron ya aquellas esposas
Que una fatalidad bien desastrada,
Aherrojó en vuestra suerte despiadada.

Ya Marat, Robespierres, no os gobiernan,
Ya sus revoluciones se acabaron,
Ya aquellos Catilinas, no se internan
Que su conjuracion ántes formaron,
Ya para subyugaros, no se alternan
Los que ¡ah dolor! un dia os abandonaron;
Revive Ciceron, y en bélico arte
Un Pichegru, un Moxó, y un Bonaparte.

Ya serán vuestros ayes escuchados,
Y las lágrimas ¡ay! del miserable,
No serán insultados de malvados,
Sino se enxugarán de un modo loable.
Los méritos serán considerados,
Nada al favor, o empeño será dable;
Teneis un xefe, sí, xefe aguerrido,
Bueno, recto, que habeis todos querido.

El mirará con ojos paternales
Vuestras vidas, haciendas, y derechos,
Y aliviará ¡ay! en parte aquellos males,
Que ántes os agoviaban tan desechos.
Habrá él de castigar los criminales,
Prohibirá á sus Ministros, los coechos,
Ni de Astréa ha de inclinarse la balanza
Teniendo el justo en Temis su confianza.

¡Qué ideas en mí se excitan tan grandiosas!
Los años despeñados veo, que giran,
Y hundiéndose en cavernas tenebrosas
Pasando al rededor de mí me admiran.
¡Yo noto las familias ya dichosas...!
¡Qué Auras consoladoras se respiran...!
¡Yo veo feliz mi Patria...! ¡ilusion grata...!
¡Qué néctar dulce el corazon dilata!...

Y tú, Jóven sublime, héroe aguerrido,
Cuyas hazañas cantará la fama,
Juan Martin Puirredon, presta su oido
A este tributo corto, del que te ama.
No soy, nó, un ciudadano prevenido,
Soy el eco del Pueblo, que te aclama:

Recibe su homenage... irás pasando
De una á otra gente con mi acento blando.

Ynclito Washington, yo he de aplaudirte
Por un Patricio instruido, y valeroso,
Y en lo melifluo, y tierno, en producirse
Por otro Ciceron mas compendioso:
Yo Aquiles, Héctor, Marte, he de decirte,
Y al emprehender tu encomio el mas gozoso,
Confesaré entusiasta, que al laud mio,
Le faltan fuerzas a trazar tu brio.

No te suplico, intrépido Paisano,
Sino que mires por tu Patria, ardiente;
¡Ay! abatido el buen Americano
Hasta ahora levantó su humilde frente:
Esto no es suplicarte, que liviano
Emprehendas, lo que Bruto, osadamente:
Nó, nó, son justas las Yberias leyes,
Amamos leales, los Christianos Reyes.

Habla, ruega, convence, insta, importuna,
Para que a los Patricios los atiendan,
Sé el grande Mediador de su fortuna
Que no habrá miedo, que á su Rey ofendan;
Esta es disposicion muy oportuna,
Para que esos talentos se desprendan,
Colocar al Patricio es conveniente,
Que el Ynforme de México lo cuente.

Thomas Valencia fuerte, por dos veces
Ya celebrado de la lira mia,
Recibe el homenage que mereces
Por tu talento, gloria, y valentía;
Tú en la boca de los Porteños creces,
Y veraste cantado en algun dia
Quando esta reconquista se refiera
Al Orbe, y á la estirpe venidera.

Tú, postrado en el lecho, bien ostentas
El patriotismo grande que te rige,
Y hablando de la Patria, así te alientas,
Que salido de tí, ni el mal te aflije.
Tu mérito no ignoro... mas no intentas
Que todos lo conozcan... así elige
Lo debo yo hacer... mientra obedezco,
Y en nombre de mi Patria te agradezco.

Y vosotros, Miñones aguerridos,
Contad con los elogios mas cabales
De los Porteños, que hoy ya redimidos,
Recuerdan tiernos sus pasados males.
Ellos os vivirán reconocidos,
Coronas os darán obsidionales,
Y á vuestro afecto, y subsistencia fieles
Mil regalos, mil palmas, mil laureles.

Vosotras tropas todas que vinisteis
A exponer por la Patria vuestra vida,
Y que fuertes y alegres resististeis
En tierra afanes, y en la mar, cruxida,
Pues con tanto valor os defendisteis,
Recibid la alabanza, que es debida,
Y todos los Porteños os desean,
Que vuestras glorias, vuestros Nietos vean.

Voluntarios amados, valerosos
Mil loores os prodiga hoi el laud mio,
Pues á vuestro hogar Patrio, afectuosos,
Mostrasteis finos, vuestro noble brio.
Vivireis en los siglos asombrosos
Por Patriotas de amor, y poderío,
Y premiará el gran Cárlos muy amante
Lustre tan luminoso, é interesante.

Comercio, que con mano protectora
Habeis sumas inmensas impendido,
Deléitase en la escena seductora,
Que en mucha parte, el Pueblo os ha debido.
¡Oxalá atesoreis ilustre ahora!
¡Oxalá os mire Cárlos sin olvido,
Y que vuestra bondad, y galantía,
Aumenten vuestras glorias dia por dia!

Cabildo grandioso, y respetable,
Padres de esta mi Patria agradecida,
Que del modo mas frio, y amigable
Habeis mirado por salud, y vida;
Oxalá el sér primero, é inefable
Os colme de sus dones sin medida,
Y que duren por todo eternamente
Los nombres de Lezica, y Saens-Valiente.

Vivid, vivid, Campeones esforzados,
Vivid, pues inflexibles sostuvisteis

Nuestros derechos ¡ay! tan vulnerados,
Y sin duda al peligro os expusisteis.
Nosotros de un amor tal penetrados,
Pagaremos muy bien quanto emprendisteis:
Seguid, seguid, la causa defendiendo,
De este Pueblo el mas fiel, que estais rigiendo.

Y tú, General recto, héroe aguerrido
Don Santiago Liniers, lleva paciente
Que un talento tan corto haya emprehendido
El dar hoy loores á tu celo ardiente.
No soy (gracias á Dios) tan atrevido
Que me crea á hacer tu elogio, suficiente,
¿Pero al defecto triste de apocado
Agregaré el de ingrato, el de malvado?

¿Cómo no publicar vuestra grandeza
Mostrar las emociones, que me llenan,
No mirar á mi Poética pobreza
Con los gustos que á todos enagenan?
¡Qué...! ¿insensible seré a tanta proeza?
Y las cuerdas del laud, aun no resuenan?
Corre, cítara tosca, y al momento,
Afectos pulsa, que en el alma siento.

De la opresion, Señor, del despotismo
Benigno nos libraste... generoso
Guiado de un verdadero patriotismo
Juntastes tropas, claro, y valeroso.
Trabajaste... venciste... el egoismo
No cupo en ese pecho victorioso:
Magnánimo, modesto, amigo, bueno,
El Pueblo le miró de pasmo lleno.

El por su voto unánime, y sincero
Te ha aclamado por xefe, deseando
Dar por tí, hasta su aliento postrimero
Si es que resulta algun opuesto bando:
El te ama, te obedece placentero
Y sus voces al Cielo levantando
Te demanda mil gracias, te apellida
Padre, Conquistador, Salud, i Vida.

Recibe pues gustoso este holocausto
Que un Pueblo agradecido te prodiga,
¡Oxalá el Hacedor dulce, inexausto,
Hasta tus Nietos últimos bendiga!

Mas justo ordena, que el Patricio infausto
En aquel decaimiento no prosiga;
Amalos, búscalos, tierno te muestra,
No hallarás intencion suya siniestra.

El realce mas brillante del que manda,
Es ostentarse humano, y compasivo,
Y si la voluntad se muestra blanda,
Para con el contrario ya cautivo,
Es un rasgo tan grande, que demanda
Un heroismo santo, y el mas vivo:
La humanidad caracteriza al hombre,
Y así llega a deificar su nombre.

El héroe Macedonio, segun pienso,
Nunca mas grande se ostentó y prudente,
Que quando prorrumpió en un llanto intenso
Viendo á Darío destruido enteramente,
Y quando á aquel Rey Poro ya indefenso
Honró con la amistad mas eminente,
Y un Héroe Julio Cesar fué aquel dia,
En que á Pompeyo su rival gemia.

No es esto, pretender beneficencia,
Que al público, y justicia perjudique,
Ni puedo creer que esta comun sentencia,
De tan original modo se explique:
Ser justo, castigar es excelencia,
Y hace, que al General se comunique
El renombre de próvido, y la gente,
Ciñó para esto de laurel su frente.

Participa al benéfico, al amante,
Al exelente Cárlos, los sucesos;
¡Plegue a Dios, que mi Patria se levante
Y a tu sombra, reflectan sus progresos!
Yo salgo con mi vida por garante!
Que atendida han de haber excesos,
Y que un nuevo esplendor observaremos
Si consultados los Patricios vemos.

Socorre al triste, pobre, é indigente
Que en su orfandad las lágrimas tragaba;
El, de posibles falto, vanamente
Socorro, al orgulloso suplicaba:
Abrase vuestro seno compaciente,
Hónrese á aquel que el vulgo despreciaba,

Para que alzen al Cielo entrambas manos
Y den gracias de hallarse ciudadanos.

Al Labrador, Señor, que nos sustenta
A ese hombre bueno, honrado, y necesario,
Foméntalo... sus premios mas aumenta...
Hasta ahora ha sido un mero tributario,
La víctima, que inmola avarienta
La mano de los hombres con su Erario;
Patrocínalos pues, sé un Triptolemo,
Así bendecirán al Sér Supremo.

A las ciencias grandiosas, al remedio
Del corazon humano, á su atractivo,
Míralas como Padre, y por tu medio
Logren todo su lustre seductivo;
Quizá el Pueblo las vió hasta ahora con tédio
Sé un Augusto, un Mecenas compasivo;
Abriga, llama al sábio, que se oculta,
Y á Mevio, y á Aristóbulos sepulta.

De este modo, Señor, todos gustosos
En adorarte habrán de durar finos,
Y ciegos seguirán, y respetuosos,
Tus órdenes, por todos los caminos,
Y si á la frente visteis victoriosos
Los Patricios, siguiendo tus destinos,
Los mirarás contentos adelante
Tu gobierno alabando, y pecho amante.

Y vosotros, gloriosos defensores,
Que al templo de la gloria os encumbrasteis,
Y que en el choque fuisteis vencedores,
Quando en eterna noche os sepultasteis,
Recibid, recibid mis tiernos loores,
Yo os envidio el honor que acá lograsteis:
Sin duda de la Patria, al placer dados
Tendreis de nuestros gozos, dobles grados.

A los que por la Patria fenecian,
Deidades, Ciceron apellidaba,
Y á los Jóvenes tiernos, que seguian,
La Apoteosis hecha á héroes emulaba.
El grande Horacio á los que así morian,
Con dulzura, y honor, muertos llamaba,
Y en los Campos Eliseos, el Mantuano
Les da el lugar primero, y soberano.

Oh Manes excelentes, yo os invoco
Desde el asilo de mi Patria amada,
Suspended mi entusiasmo, que ya toco
La barrera al mundano denegada;
Yo fuera de mí mismo, sí, os coloco
En la mansion de luz glorificada;
Oh! si mi Patria estátua os fabricase,
¡Quál la posteridad os imitase!

Vosotros viviriais eternamente
Y el tiempo arrasador contendria duro
Su mano destruidora..., y reverente
Os daria el Orbe su laurel seguro:
Vosotros fuisteis Codros, é igualmente
Los Marco-Curcios, y el Patriota Ancuro,
Y al gran Mucio Scevola aventajasteis
Y al Clelia la Vestal atrás dejasteis.

El heróico Pericles retornando
A Atenas, desde Samos, muy verboso
A aquellos, que habian muerto peleando
Hizo su elogio, General famoso;
Y así los encumbró Olímpico blando,
Que las mugeres que pedian su Esposo
Al oir tanta grandeza se trocaron,
Y al xefe, cintas, palmas le votaron.

Si poseyera yo toda su afluencia,
Texeríaos panegíricos famosos,
Y poniendo á la vista la excelencia
Atletas os llamara victoriosos...
Recibid nuestra justa reverencia,
Y ese ascendiente, que lograis gloriosos,
Empleado ya á favor del Pueblo entero
Que os lloró, os alabó, é imitó guerrero.

Alegraos finalmente, Ciudadanos,
El corazon extiéndase en el pecho,
Que ya son vuestros votos soberanos
Oidos por el Creador para provecho.
Recobrad vuestro nombre, Americanos,
Dad gracias finas, á quien tanto ha hecho,
Y concluyendo con la voz sumisa
Entonad ¡Vivan Cárlos, María Luisa!

Juan Ramon ROJAS.

INVESTIGACION HISTORICA

ACERCA DE UN FILOSOFO DEL SIGLO XV.

La época que presenció la decadencia de la *Escolástica* i las primeras manifestaciones de la *filosofía moderna* es, sin duda, una de las épocas ménos conocidas de la historia de la filosofía. Al paso que las investigaciones críticas han tratado de poner en claro no solo los hechos i documentos históricos de fecha mas reciente sino tambien los pormenores i la filiacion de los sistemas filosóficos de tiempos mui distantes del nuestro, por falta de estudios especiales sobre aquella época, nada o casi nada encontramos en los historiadores contemporáneos que permita apreciar con exactitud, por sus verdaderos aspectos, los oríjenes i progresos de la filosofía moderna.

Las ideas que corren jeneralmente por válidas, en punto al desenvolvimiento del espíritu filosófico en los siglos XIV i siguientes hasta la revolucion cartesiana, falsean muchas de las causas que concurrieron a producir la nueva direccion que tomó la especulacion científica, dejando sin explicacion suficiente la decadencia de las doctrinas escolásticas i la reaccion iniciada contra estas doctrinas en el siglo XIV i consumada tres siglos mas tarde por Renato Descártes. I si no son del todo aceptables los juicios que respecto del carácter de esa época se han formado los historiadores de la filosofía, con mayor razon se ha de dudar de sus apreciaciones sobre el carácter de tal o cual sistema especial que tuvo entónces una influencia relativa en el desarrollo del movimiento filosófico: en este punto, las obras i los autores han sido juzgados muchas veces con total desconocimiento de los hechos.

A consecuencia de la ignorancia que aun hoi reina sobre la época de que hablamos, muchos piensan que la revolucion obrada por Bacon i Descártes no tuvo raices en los siglos que los precedieron, i otros señalan como continuadores de la obra de los doctores escolásticos a los mismos que fueron los primeros en corromper el método i doctrina de la escuela, i otros, en fin, apoyándose en esta opinion superficial i sin embargo de las protestas de profundo respeto que les ha merecido la filosofía de la Edad Media, han concluido que esta filosofía propendia de suyo a la sutileza i vaciedad a que la redujeron los nominalistas del siglo XIV. De aquí es que nada hai de extraño en que no se haya hasta ahora colocado en el puesto que merecen las obras mas no-

tables de aquel tiempo, i en que la mas completa oscuridad envuelva la vida de injenios ilustres conocidos apénas de nombre i por la fama que han dejado sus escritos.

Entre estos filósofos, pocos han tenido la suerte de Raimundo de Sebonde: su obra principal la *Teolojía natural* o el *Libro de las creaturas*, tuvo numerosas ediciones en idioma latino i muchas en lengua francesa, en que la puso Miguel Montaigne. Sin embargo, ¿se sabe algo de cierto, de satisfactoriamente probado sobre su vida, lugar de su nacimiento, sobre el número de sus obras i la lengua en que las escribió, sobre la época precisa en que floreció? Hasta los Manuales de historia de la filosofía hablan de Raimundo de Sebonde i le atribuyen el *Libro de las creaturas;* pero, si algo dicen los historiadores sobre la naturaleza de la obra, los datos acerca del autor son demasiados escasos, i sobre ser escasos, contradictorios: ni aun sobre el nombre de Sebonde hai completo acuerdo.

La *Teolojía natural* es una obra digna por muchos conceptos de la fama que alcanzó en otra época i del estudio de todos los aficionados a la especulacion filosófica. Ella es bastante a dar sobrados títulos a su autor para que se le cuente entre los mas eminentes pensadores de su tiempo.

Raimundo de Sebonde se propuso escribir un tratado completo de teodicea al alcance de toda clase de personas: recomienda su libro a los clérigos como a los laicos, es decir, pues que tanto valian esas palabras, a la jente instruida i a la ignorante. Las Sagradas Escrituras i la ciencia de las cosas creadas i especialmente del hombre son para él los dos medios de llegar al conocimiento de nuestro Creador; pero con mas facilidad pueden todos leer en el libro de la naturaleza que en los libros divinos en que "solo saben leer los clérigos."

El conocimiento del hombre es el objeto mas propio de las meditaciones del filósofo: de él nace el conocimiento del fin a que ha sido ordenada nuestra naturaleza, i de las relaciones que nos ligan con el Creador. Pero, agrega Raimundo de Sebonde, como el hombre está íntimamente ligado con los séres que lo rodean i posee las perfecciones de estos séres que han sido creados para servirle, es necesario que el estudio de las demas creaturas preceda al estudio de nosotros mismos, para elevarnos en seguida al estudio de Dios. Conforme con este plan, desenvuelve ampliamente su pensamiento en los trescientos treinta capítulos que comprende la obra.

El *Libro de las creaturas*, si bien es una apolojía del cristianismo al modo como lo eran las obras apolojéticas de la Edad Media, es decir, puesta en armonía con los principios de la filosofía, sin embargo, se distingue de los libros filosóficos de su época en que adopta una forma mas libre de la que se acostumbraba jeneralmente en la escuela: si conserva el método, no procede siempre por divisiones i subdivisiones de una misma

materia con el correspondiente número de objeciones i escolios, en la manera que exajerarán hasta el extremo los primeros corruptores de la doctrina i método escolásticos. Esta independencia de Raimundo de Sebonde, como el desprecio que manifestaba por los doctores contemporáneos, de quienes decia que tardarian cien años en enseñar cosas que pueden aprenderse en un mes, han dado a álguien motivo para juzgarlo un precursor de Descártes.

Un plan lójico, la abundancia i profundidad de las pruebas en apoyo de cada una de sus téses, la forma en que su libro ha sido escrito: tales son las principales dotes de la *Teolojía natural*. Por eso, si no han faltado quienes hayan querido deprimir su mérito, otros ha habido que la han encomiado talvez con exajeracion i pocos habrán manifestado un juicio mas favorable a aquella obra que Montaigne.

El célebre escritor frances dedica el capítulo mas largo de sus *Ensayos* a hacer la apolojía de Raimundo de Sebonde. Sus propias palabras revelarán el concepto que de este filósofo se habia formado. "A decir verdad, escribe en una parte refiriéndose a Sebonde, lo encuentro tan sólido i tan feliz en establecer por razones naturales los artículos del cristianismo, que pienso que nada mejor se puede emprender en semejante clase de argumentacion, i creo que nadie hasta ahora lo ha igualado." I en otra parte añade: "Conozco a un hombre respetable, mui versado en las letras, que me ha confesado que habia salido de los errores de la incredulidad arrastrado por la fuerza de los argumentos de Sebonde."

El mismo Montaigne, penetrado de la importancia de la obra i creyendo hacer un servicio especial a la ciencia, vertió en frances el *Libro de las creaturas*, i puso así al alcance de mayor número de lectores un libro que hasta entónces habia sido reimpreso muchas veces i era leido universalmente.

La importancia de la obra significada por sus numerosas ediciones i ponderada por los elojios de Montaigne, no ha sido bastante para despertar la curiosidad de los críticos i moverlos a investigar la vida del autor. Las noticias que a este respecto se encuentran en los historiadores, tan reducidas como son, han sido tomadas de unas mismas fuentes, sin que estudios especiales hayan comprobado la verdad de esas noticias con el exámen de los documentos que les sirven de base.

Hoi, sin embargo, parece que no pasará mucho tiempo sin que vea la luz pública una biografía completa i verdadera de Raimundo de Sebonde. Se ha publicado recientemente en Paris un opúsculo sobre el célebre filósofo, (1) que acabamos de leer con mucho interes, en el cual se trata de rectificar los hechos que

(1) *Un inconnu célèbre* por D. Reulet: un vol. en 12.° de 326 páj. Paris, 1875, en casa de Victor Palmé.

han sido hasta hoi materia de las biografías de Sebonde, apoyándose el autor en documentos que los biógrafos no habian consultado, i en razones que, si no son suficientes a convencernos de las ideas que sostienen, merecen con todo ser tomadas en cuenta. Este estudio crítico sobre la vida de Raimundo de Sebonde, que comprende tambien un análisis somero de su obra principal, la *Teología natural*, allana el camino para ulteriores investigaciones, i por las dificultades que suscita acerca de la patria del filósofo, es probable que no falte quien trate de poner en claro este punto i ahondar mas el exámen de sus obras.

Antes de ver el resultado de las investigaciones críticas del autor de que hablamos, debe el lector conocer la biografía de Sebonde tal como jeneralmente ha sido escrita. La autoridad en que se ha apoyado la mayor parte de los biógrafos modernos es la de Bayle, i del *Diccionario histórico i crítico* de éste han tomado los datos para componer sus biografías.

Segun el *Diccionario* de Bayle, Raimundo de Sebonde nació en Barcelona, probablemente a fines del siglo XIV: fué profesor de medicina, filosofía i teolojía en la universidad de Tolosa en el siglo XV: sus escritos le valieron una justa reputacion, i mereció mas tarde que su obra principal fuera traducida al frances por Montaigne. Las obras que se atribuyen a Sebonde son: *Theologia naturalis sive liber creaturarum*, que es su obra capital; *Quæstiones disputatæ; Viola animæ* i los diálogos de *Natura Hominis*. Pero Bayle advierte que estos dos últimos libros forman una misma obra con diversos nombres, obra que es el compendio del *Liber creaturarum*, i por eso el autor del *Diccionario* dice que el autor era de aquellos que, despues de haber publicado un libro que juzgan de mérito, lo reimprimen de tiempo en tiempo bajo formas diferentes, al modo de aquellos cocineros que, habiendo confeccionado un guiso nuevo que ha labrado su reputacion, lo reproducen despues de mil modos diversos.

Estos datos que suministra el *Diccionario histórico i crítico* sobre la biografía de Sebonde, i que se reducen a indicar la patria del autor, las cátedras que desempeñó en la universidad Tolosa i el número de las obras que compuso, son los hechos mas autorizados que consignan los biógrafos, i si a ellos se agregan los testimonios de Escalíjero i de Tritemo, que han agregado algunas obras al catálogo de las anteriormente enunciadas, i fijado la fecha de su muerte, se puede decir que nada mas ha contribuido a dar alguna luz sobre la vida de Sebonde.

El autor del opúsculo a que nos referíamos reputa fabulosa la historia de Raimundo de Sebonde que con tales materiales ha sido escrita, i a ella opone la historia que en su concepto es verdadera: el nombre del filósofo, su patria, la lengua en que escribió sus obras, el número de éstas, la fecha de su muerte, son las cuestiones a que consagra capítulos especiales para resolverlas como cree mas conforme con la sana crítica.

Ha servido a nuestro autor de punto de partida de sus estudios el exámen de un documento hasta ahora inédito: un ejemplar manuscrito del *Libro de las creaturas*, que posee la biblioteca de la ciudad de Tolosa. En la última pájina de este manuscrito se leen las siguientes líneas: "Así termina el *Libro de las creaturas* o de la *Naturaleza*, intitulado tambien el *Libro del Hombre*, para quien han sido hechas las otras creaturas: fué comenzado en la noble i venerable universidad de Tolosa, el año del Señor 1434 i concluido en la misma universidad el año 1436, el 11 de febrero, que fué dia sábado, en honra, gloria i alabanza de la Santísima Trinidad, de la gloriosísima Vírjen María, madre de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, i en provecho de todos los cristianos i de todos los hombres. Este libro queda sometido en todas sus partes a la correccion de la Santa Iglesia romana." A continuacion de estas líneas, se lee una declaracion firmada por dos notarios de Tolosa, contemporáneos de Sebonde, de la que resulta que el ejemplar manuscrito pertenecia a uno de ellos i ha sido correjido en vista del orijinal escrito por su mismo autor "el reverendo maestro Raimundo de Sibiude, doctor en teolojía, artes i medicina, que murió el penúltimo dia de abril del año de 1436," es decir, tres meses despues de haber concluido su obra: i se agrega en la declaracion, que la correccion de los notarios "ha sido terminada el miércoles de ceniza, 13 de febrero del año de 1436 de la Encarnacion del Señor."

Admitida la veracidad de este documento inédito, como racionalmente debe admitirse en fuerza de las razones que la prueban, quedan averiguados dos puntos no probados hasta hoi, a saber, cuál fué el verdadero nombre del autor de la *Teolojía natural* o *Libro de las creaturas* i la fecha de su muerte.

Una objecion ocurre hacer, sin embargo, contra la veracidad del manuscrito respecto de estos puntos, fundada en la contradiccion aparente que se nota entre las fechas indicadas por las primeras líneas trascritas i por la declaracion de los notarios de Tolosa; porque, al paso que aquellas líneas dicen que el *Libro de la creaturas* fué terminado por su autor el 11 de febrero de 1436, que cayó en dia sábado, de la declaracion agregada resulta que la correccion hecha por los notarios quedó concluida solo dos dias despues de haber salido la obra de manos de su autor, lo que no es concebible, i aun queda por resolver la contradiccion en los dias indicados en ámbos pasajes, pues que en uno se dice que el 11 de febrero de 1436 fué un dia sábado, i en otro que el 13 del mismo año fué dia miércoles. Pero como hemos dicho, semejante contradicion es aparente: nace de que, segun las costumbres de la época, el año civil comenzaba algunos meses mas tarde que el año eclesiástico, de modo que admitiendo que los notarios pusieron las fechas siguiendo la marcha del año civil, como debieron hacerlo, i que Sebonde siguiera la marcha del año eclesiástico, como es de presumirlo, la dificultad queda enteramente

salvada. Tan así ha de haber sucedido, que, si verificamos por medio del calendario los hechos anteriores, resultan absolutamente exactos.

El año de 1432 era el fijado por la jeneralidad de los biógrafos como la fecha de la muerte de Sebonde: segun las investigaciones críticas recientemente publicadas, no ha muerto sino cuatro años mas tarde. El nombre del autor del *Libro de las creaturas* consta del documento inédito, que puede considerarse como una copia auténtica del texto orijinal escrito por el autor. Sebonde, Sibiude, Sabeyde, Sabunde: de todos estos modos se ha apellidado al profesor de la universidad de Tolosa. Sibiude es el apellido lejítimo; pero como es jeneralmente conocido con el nombre de Sebonde, con el que lo dió a conocer mas universalmente Montaigne, es difícil que se rehabilite el de Sibiude.

Si el estudio sobre Raimundo de Sebonde da bastante fundamento para determinar la fecha de su muerte i su verdadero nombre, no ha resuelto, a nuestro juicio, las demas cuestiones que se habia propuesto resolver. Debemos confesar que nos parecen mui probables las razones que alega para reducir las obras escritas por Sebonde a la *Teolojía natural;* pero no asentiremos a esta opinion, a ménos que nuevas i mas sólidas pruebas la justifiquen; por lo pronto el *non liquet* es el juicio que acerca de este punto nos hemos formado.

¿Sebonde escribió su obra en latin, como se deduce de la declaracion puesta al pié del documento inédito de la biblioteca de Tolosa, o la escribió en español, del cual afirma Montaigne que la vertió en lengua francesa? Todas las probabilidades inducen a creer que la *Teolojía natural* fué escrita por su autor en latin, i de este idioma pudo traducirla el autor de los *Ensayos.* Su equivocacion en tal caso se explicaría admitiendo que Montaigne, demasiado familiarizado con los escritores clásicos de la antigüedad, hubo de juzgar "español disfrazado con terminaciones latinas" lo que era latin con palabras, jiros i modismos españoles.

La nacionalidad de Sebonde es el punto en que talvez están mas de acuerdo sus biógrafos: el presbítero Reulet, autor del opúsculo sobre aquel filósofo, cree que están en un error i niega que España haya sido su patria. Tanto Bayle como los demas escritores que hacen nacer a Sebonde en España, han seguido la autoridad de Tritemo; persona cuyo testimonio es mui respetable, pero que en el punto sobre que versa la cuestion, no merece para nuestro autor entera fé. Veamos por qué razon.

El *Catálogo de los escritores eclesiásticos* de Tritemo goza de merecida estima. El candor, la buena fé, el amor del autor a la verdad, se revelan en cada una de sus pájinas, i si estas cualidades bastaran para aceptar con confianza un libro de investigacion i de crítica, Tritemo seria el primero de los biógrafos; pero, por desgracia, le falta un requisito indispensable a los que a los trabajos de investigacion se consagran: el discernimiento para elejir

solo lo que es digno de eleccion. Su cronolojía es poco segura: así dice que Sebonde floreció *(claruit)* en el año de 1430, cuando no pudo gozar de la reputacion que le labraron sus escritos, sino despues de haberles dado comienzo, es decir, despues de 1434. La lijereza de Tritemo se manifiesta, pues, en este error de fechas, i en usar de la voz *claruit* que no puede aplicarse a Raimundo de Sebonde, desconocido en su vida hasta en el lugar donde daba sus lecciones; esta lijereza, por otra parte, es comun en el *Catálogo*, que tiene muchas veces los mismos elojios para los Padres de la Iglesia que para escritores enteramente desconocidos.

Tal es en resúmen la argumentacion del presbítero Reulet para ver de debilitar la fuerza del testimonio de Tritemo, argumentacion que no convencerá a nadie i que por sí misma se destruye. En efecto, no es razon para dudar de la veracidad de Tritemo el que admita que Sebonde floreció en Tolosa el año de 1430. Supóngase o dése por enteramente probado, si se quiere, que la *Teolojía natural* no fué comenzada por su autor sino en 1434. De aquí nada puede concluirse contra la afirmacion de Tritemo. Raimundo de Sebonde fué profesor de la universidad de Tolosa probablemente durante algunos años, i debió de ser mui nocido como profesor ántes de publicar su obra, puesto que es sabido que en esa época numerosos alumnos iban a escuchar las lecciones de los diversos ramos a esa universidad. Pero se tacha de lijero al biógrafo porque emplea la voz *claruit*, que no puede decirse de Sebonde sino por una hipérbole injustificable. A nuestro modo de ver, no hai mucho de hiperbólico en semejante voz, ya que comunmente se usa para denotar la idea de que un autor se dió a conocer especialmente en tal o cual época de su vida, es decir, denota la misma idea que nuestro verbo florecer. I si se desechara el testimonio de Tritemo, porque en el presente caso habria dado a un escritor mas importancia de la que tuvo, seria enteramente nula su autoridad, lo que no se atreveria a afirmar el presbítero Reulet, puesto que era éste el modo habitual de escribir de aquel sabio: en el *Catálogo de los escritores eclesiásticos*, de cada uno de ellos se hacen los mismos elojios, se dice que floreció, *claruit*, en tal o cual época.

Nuestro autor debió darse a buscar argumentos mas positivos para desmentir lo que hasta hoi han admitido universalmente los biógrafos de Sebonde: no bastaba con negarle a Tritemo el suficiente criterio en la eleccion de los datos que le sirvieron para componer su libro, para quitarle a la España una de sus glorias. El latin de la *Teolojía natural* le ha dado motivos, es verdad, para afirmar como mui probable que su autor fuera frances; pero sus conjeturas están destituidas de fundamento. Las frases que el presbítero Reulet cita en apoyo de su opinion, tanto prueban que quien las ha escrito ha sido un frances como dejan presumir que fuera un español. La construccion latina de esas frases se

asemeja a jiros i construcciones comunes a ámbos idiomas, sobre todo en la época que floreció nuestro filósofo, en que el frances i el castellano, nacidos de una misma fuente, tenian mucha mas semejanza que en la actualidad.

Las investigaciones críticas del autor del opúsculo sobre Raimundo de Sebonde han esclarecido, pues, dos puntos de su vida con mui fundadas pruebas: en cuanto a los demas datos apuntados por los biógrafos, si han contribuido a allanar los obstáculos que hasta aquí han impedido ver la verdad, no son bastantes a destruir los testimonios a que universalmente se ha dado crédito. No han aumentado los materiales para escribir una biografía completa del sabio profesor de Tolosa; pero han abierto el camino para que nuevos estudios sean coronados con ese éxito.

El presbítero Reulet dedica la mitad de su opúsculo a la crítica del *Libro de las creaturas*. El exámen atento de la obra capital de Sebonde debe ser, en efecto, objeto de los que tratan de apreciar como merece a un autor i de investigar la influencia que ejerció sobre sus contemporáneos i sucesores i lo que él mismo debió a los que le precedieron. Ya hemos dicho que aquella crítica es un análisis somero i superficial. El plan jeneral de la obra i la citacion de los pasajes del *Libro de las creaturas*, que han parecido al crítico los mas hermosos de la obra, forman toda la segunda parte del trabajo, en que el autor da una pobre idea de sus conocimientos filosóficos; unas veces elojia a Sebonde, atribuyéndole títulos que no le corresponden, i otras confunde opiniones i sistemas mui diversos; cuando cuenta a aquel entre los realistas, parece manifestar que no conoce absolutamente la cuestion del nominalismo i realismo que fué la gran cuestion filosófica en la Edad Media, i que lo ha sido i será siempre, miéntras el espíritu humano sienta ansias de investigar los problemas fundamentales de la filosofía. Sin embargo, el presbítero Reulet tiene el indisputable mérito de haber llamado la atencion hácia una obra hoi dia poco estudiada, i despertado la curiosidad de los leyentes con las citaciones que pone a su vista: los párrafos extractados son, en realidad, mui hermosos, i convidan a leer toda la obra.

Un estudio mas detenido de los trabajos de Raimundo de Sebonde puede solo determinar el puesto que le corresponde entre los filósofos de su época: la investigacion crítica del presbítero Reulet ha mostrado el camino i deshecho algunas dificultades en que habrian de tropezar los que se determinaran a recorrerlo. Si al mismo tiempo que se estudia la filosofía del profesor de la universidad de Tolosa, son objeto de estudios especiales los injenios que sobresalieron en la misma época, será posible llevar a término la historia de la filosofía en los siglos XIV, XV i XVI, trabajo que hasta hoi no ha sido emprendido con feliz resultado.

José Francisco VERGARA DONOSO.

PIO VII I NAPOLEON BONAPARTE.

(ORIJINAL DE HUGUET.)

(Conclusion.)

"Lo que quedó de esa horrible jornada no fué mas que un miserable monton de hombres que, siempre acosados por los cosacos i atormentados por el hambre, iban sembrando el camino de cadáveres, sirviendo éstos de pista a los ensañados enemigos. El frio habia vuelto i en pocos dias habia llegado a ser insoportable. No solo a soldados sino hasta a oficiales se veia sin armas i cubiertos de andrajos arrastrándose con trabajo apoyados en bastones de pino con los cabellos i la barba erizados de nieve. Los que no tenian fuerzas para avanzar eran abandonados i morian una hora despues. En las marchas se veia caer a cada instante a alguno de esos desgraciados como si el enemigo estuviese haciendo fuego. Cuando acampaban, el espetáculo era mas horrible todavía. Muchos que traian ya la muerte dentro de sí mismos, se sentaban cerca del fuego sobre los cadáveres de sus compañeros que acababan de expirar; miraban con fijeza algunos carbones encendidos cuyas llamas no tenian fuerzas para alimentar; los carbones se extinguian, i esos espectros lívidos caian al lado de aquellos sobre quienes estaban sentados. Otros, enajenados por el dolor, con los piés descalzos i helados, se arrojaban en medio de las llamas, donde perecian lanzando agudísimos gritos, miéntras otros poseidos de igual demencia los seguian i encontraban la misma muerte."

Estos rasgos, elejidos entre otros mil igualmente horribles i trasmitidos por testigos oculares, dan una idea del estado en que se hallaba el ejército frances cuando retrocedió hácia el Niemen. (13 de diciembre 1812.)

El historiador i testigo ocular de esa terrible campaña refiere que durante el momento de reposo que hubo en Smolensk, se preguntaba uno cómo era que todo se habia olvidado en Moscow, por qué tantos bagajes inútiles, por qué tantos soldados muertos de hambre i de frio bajo el peso de sus mochilas, cargados de oro en lugar de víveres i de vestidos, i se preguntaba sobre todo si treinta i tres dias de descanso no habian bastado para preparar los caballos de la caballería, de la artillería i de los carros, bas-

tones de fierro que hubieran hecho mas segura i rápida la mecha. Entónces no habríamos perdido lo mas selecto de nuestros soldados en Biazma, en Utop, en el Dnieper i en todo el camino; en fin, Kutusof, Wittgenstein i quizas ni Tchitchacoff no habrian tenido tiempo para preparar mas funestas jornadas.

Pero, ¿por qué, a falta de órdenes de Napoleon, esa precaucion no fué tomada por los jefes, que eran todos reyes, príncipes i mariscales? ¿No se previó acaso el invierno de Rusia? ¿Contó demasiado Napoleon con la prevision de sus soldados acostumbrado a la industriosa intelijencia de éstos? ¿Habíanlo alucinado el recuerdo de la campaña de Polonia, durante un invierno tan suave como los nuestros i un sol brillante cuya perseverancia durante todo el mes de octubre habia admirado a los rusos mismos? ¿Qué vértigo se habia apoderado del ejército i de su jefe? ¿Con qué contaban el uno i el otro? Porque suponiendo que en Moscow la esperanza de la paz hubiese deslumbrado a todos, siempre habria sido necesario regresar i nada preparado habia ni aun para un regreso pacífico.

La mayor parte no podia explicarse esta ceguedad de todos sino por su propia incuria i porque en los ejércitos, como en los Estados despóticos, a uno solo toca pensar por todos: así, pues, ese solo era responsable i la desgracia que autoriza la desconfianza impulsaba a cada uno a juzgarlo. Observábase ya que en esa falta tan grave, en ese olvido inverosímil en un jenio tan activo, durante una permanencia tan larga i tan ociosa, habia algo

de cet esprit d'erreur
de la chute des rois funeste avant-coureur.

Estas reflexiones del jeneral de Ségur i de sus compañeros son sumamente notables, dice Rohrbacher. Se ve que aun a los ojos de esos rudos guerreros la conducta de Napoleon i de los que lo rodeaban en esa campaña no era la misma que ántes, no era natural ni humanamente explicable sino como un castigo misterioso de la Providencia. (1)

El cardenal Mattei escribia en 1796 a Bonaparte las palabras siguientes que éste habria debido no olvidar:

"Vuestro ejército es formidable, pero bien sabeis vos mismo que no es invencible; nosotros le opondremos nuestros recursos, que son nuestra constancia, la confianza que inspira la buena

(1) Cuando Napoleon osó levantar la mano contra el Sumo Pontífice cautivo en Fontainebleau, el Vicario de Jesucristo se contentó con decirle estas palabras proféticas: "¡Vuestra fortuna ha pasado!" Desde ese dia el vencedor de la Europa pasó de derrota a derrota; batido en España, batido en Rusia, batido en Alemania, batido en Francia i llegó siempre vencido i fujitivo hasta Fontainebleau donde firmó su abdicacion en *el mismo aposento i en el mismo sitio* en que habia ultrajado al sucesor de Pedro. Sabida es, por lo demas, la suerte que corrieron todas esas Majestades napoleónicas de que él habia cubierto la Europa.... I sin embargo ese hombre estaba fuerte aun, i habia ganado la batalla de Jena.—H. DE BONALD.

causa, i sobretodo el auxilio de Dios que esperamos obtener. Sabemos bien que los incrédulos i los filósofos modernos ridiculizan las armas espirituales; pero, si lo que Dios no permita, llegara el caso de usarlas, vuestras falanjes darian sin duda una funesta prueba de la eficacia de aquellas armas. Convengo con vos en que la guerra que hariais al Papa seria mui poco gloriosa; en cuanto al peligro que, segun creeis, no encontrariais al emprender esa guerra, nuestra confianza en Dios no nos permite creer que existiese sino para vos i para los vuestros."

ANGUSTIAS DE NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.

Como se sabe, el emperador habia hecho venir a Pio VII a Fontainebleau a fin de tenerlo a la mano i esperando obtener al cabo, a fuerza de instancias i de vejaciones, alguna concesion de ese anciano desgraciado i debilitado por los sufrimientos que acababa de experimentar. Eran alejados sistemáticamente del Papa los cardenales fieles i los servidores adictos. El augusto Pontífice se consolaba en esa soledad forzada celebrando diariamente el adorable Sacrificio del Calvario i meditando aquellas palabras del Divino Crucificado: "Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia." En medio de sus sufrimientos consolaban al Vicario de Jesucristo la uncion de la gracia i la satisfaccion que se encuentra en el cumplimiento de un deber sagrado.

La Providencia no tardó en hacer que el perseguidor de Pio VII expiara en ese mismo lugar los ultrajes inferidos al Pontífice.

Durante los siete dias que tuvo que permanecer en Fontainebleau para aguardar la ratificacion por Inglaterra del tratado de 11 de abril, Napoleon, que habia saboreado durante tantos años la mas extremosa lisonja, experimentó entónces el abandono. Las agonías de la fortuna son mas tristes que las agonías de la existencia porque aquellas sienten lo que pasa en derredor de ellas, i duran mas. La expiacion que debia continuar en el destierro comenzaba ya. No solamente habia despreciado mucho Napoleon a los hombres, sino que exijiéndoles una obediencia ciega, sin condiciones ni escrúpulos, rebajando los séres morales al rango de ajentes mecánicos, los habia envilecido. ¿Qué raro, pues, que en el momento en que la fuerza abandonaba a sus manos, (la fuerza, único motor de los ajentes materiales) volviese a encontrar Napoleon a los hombres que lo rodeaban en el lugar que él mismo les habia señalado, es decir, al nivel de su desprecio?

Triste i desalentado, vivia retirado i oculto en un rincon del palacio de Fontainebleau Si salia algunos instantes de su cámara, era para pasearse en el jardinillo situado entre la antigua galería de los Ciervos i la capilla. Su curiosidad extinguida, no se reanimaba sino cuando el insólito ruido de ruedas despertaba los

dormidos ecos del gran patio i anunciaba una partida o un regreso, mas frecuentemente lo primero que lo segundo. Entónces, como hombre que ha entrado ya en las sombras i el silencio del pasado i se vuelve para oir el bullicio del mundo de la vida i del movimiento que llegan hasta él, queria saber quién venia a visitar el reino de la soledad i del abandono. Raras veces eran satisfactorias las respuestas. Sus mas caros confidentes, los que mas de cerca le habian servido, no venian. Algunos hombres que se habian mantenido distantes i conservado el sentimiento de la dignidad humana fueron los únicos que visitaron a Fontainebleau desierto.

NAPOLEON INTENTA SUICIDARSE.

Napoleon, a quien se atribuye una fuerza de carácter poco comun, tuvo sin embargo la debilidad de querer atentar contra su vida cuando sintió el peso de la desgracia.

Devorado por los pesares i por el remordimiento que le causaba el recuerdo de toda la sangre que habia hecho derramar para satisfacer su ambicion i no encontrando, como Luis XVI, un consuelo i un refujio en los principios relijiosos, la vida le fué insoportable.

Tres veces estuvo Napoleon a punto de poner término a su existencia. Las fuentes de donde hemos sacado nuestros documentos no son sospechosas, pues nos los suministran el mismo héroe i el jeneral Montholon.

"Si he de morir, escribia Napoleon ¿no vale mas que me mate?.... Ya que comienzo a experimentar la desgracia, ya que no hai placer para mí ¿por qué he de soportar una vida en que nada prospera?....

"La vida es para mí una carga porque no disfruto de ningun placer i todo es pena para mí."

Mas tarde, en la *Historia de la cautividad de Santa Elena*, por el jeneral Montholon, volvemos a encontrar, con años de distancia, la misma idea pero en un grado mas avanzado i hasta en via de ejecucion. Vamos a copiar las palabras mismas de Napoleon tales cuales las cita el jeneral Montholon. Hélas aquí:

"Me encontraba en una de esas situaciones nauseabundas que suspenden las facultades cerebrales i hacen de la vida una carga demasiado pesada. Mi madre acababa de confesarme todo el horror de su posicion. Forzada a huir de la guerra que hacian los montañeses corsos, estaba ella en Marsella sin ningun medio de existencia i sin contar mas que con sus heróicas virtudes para defender el honor de sus hijas contra la miseria i la corrupcion que respiraban las costumbres de aquella época de cáos social.

"Habiéndome privado de mis sueldos la malvada conducta del

representante Aubry, todos mis recursos estaban agotados; no me quedaba mas que una asignacion de cien centavos. Salí como arrastrado por un instinto hácia el suicidio, pero sin poder vencerlo. Algunos instantes mas, i yo me habria arrojado al agua, si la casualidad no me hubiese hecho topar con un individuo cubierto de los vestidos de un simple obrero i que reconociéndome me echó los brazos al cuello i me dijo: "¿Eres tú, Napoleon? Cuanto gusto tengo de volver a verte." Era Demassis, mi antiguo compañero de artillería; habia emigrado i vuelto a entrar a Francia disfrazado para ver a su anciana madre; pero, debia volver a salir. "¿Qué tienes? me preguntó, no me escuchas, no te regocijas de verme. ¿Qué es lo que te pasa? Te me figuras un loco que va a matarse." Esa alusion directa a la impresion que me dominaba produjo en mí una revolucion, i sin reflexionar, se lo dije todo. "¿No es mas que eso? me dijo, abriendo su mala blusa i sacando un cinturon que me entregó; ahí tienes treinta mil francos en oro, tómalos i salva a tu madre."

Hé aquí ahora la tercera circunstancia en que Napoleon intentó suicidarse:

"Despues de la retirada de Rusia yo llevaba constantemente, dice Napoleon, colgada al cuello una bolsita con veneno: Ivan fué quien lo preparó por órden mia temiendo yo ser prendido por los cosacos. Mi vida no pertenecia ya a la patria, los acontecimientos de esos últimos dias me habian hecho dueño de ella. ¿Por qué sufrir tanto?, me dije, i quién sabe si mi muerte no colocaria la corona en la cabeza de mi hijo. La Francia se habria salvado entónces. No vacilé, salté de mi cama i diluyendo el veneno en un poco de agua lo bebí con una especie de alegría. Pero el tiempo le habia quitado su virtud. Los atroces dolores que sentí me arrancaron algunos jemidos; oyéronlos i me socorrieron. Dios no quiso que muriese todavía.... Santa Elena era mi destino."

HUMILLACIONES I PARTIDA DE NAPOLEON AL DESTIERRO.

El 18 de abril de 1814 los cuatro comisionados designados por las potencias coligadas para acompañar a Napoleon hasta el puerto de embarco llegaron a Fontainebleau: eran el jeneral Schouwaloff por la Rusia, el jeneral Kolher por el Austria, el jeneral Campbell por la Inglaterra i el jeneral Waldbourg Truchsess por la Prusia. La partida se fijó para el 20 de abril; Napoleon, invitado a ello por los comisionados, señaló él mismo la hora. A las doce del dia, los carruajes de viaje estaban en fila en el patio del Caballo Blanco, bajo la escala de la Herradura. El mariscal Bertrand entra a los departamentos del emperador para anunciarle que todo está pronto. Su guardia, triste resto de tantas guerras, estaba sobre las armas. Los cuatro comisionados extranjeros estaban

presentes i el pequeño número de servidores fieles que habian permanecido en Fontainebleau para ser testigos de la última escena del imperio estaban formados en dos filas en el salon a que daba el gabinete imperial.

La epopeya del imperio ha llegado a su término, lo que queda del emperador i lo que queda de tantos ejércitos imperiales que han vencido en todos los campos de batalla se encuentran en el patio de Fontainebleau para darse el último adios. A fin de que todos los actores de esas jornadas heróicas estén representados, la Europa ha enviado sus testigos.

Los carruajes se ponen en movimiento i ruedan hácia la primera estacion del destierro; escóltanlos las tropas destinadas para el efecto. Ha concluido el primer imperio; su convoi sigue la ruta de Lyon.

En Moulins, se vieron las primeras cucardas blancas. El 24 de abril, a las doce del dia, encontraron los viajeros cerca de Valence, al mariscal Augereau. Napoleon i el mariscal bajaron de sus carruajes, saliéronse al encuentro el uno del otro i se abrazaron; pero miéntras el primero se descubrió la cabeza, *el segundo permaneció con ella cubierta.* Lo que respetaba éste en su antiguo soberano era el poder i no un derecho; perdido ese poder, el soberano estaba al nivel del súbdito, que, recobrando la familiaridad republicana, *tuteó al emperador*, quien lo habia tuteado reprochándole su injuriosa proclama contra él; el mariscal le devolvió reproche por reproche, recordándole la insaciable ambicion a que habia sacrificado la Francia. Importunado pronto por esta conversacion, Napoleon, que habia caminado mas o ménos un cuarto de hora al lado de Augereau dirijiéndose hácia Valence, se detuvo bruscamente, lo abrazó otra vez, lo saludó i volvió a subir a su carruaje. *Augereau, con las manos en la espalda, lo dejó partir sin llevar siquiera una mano a su gorra de viaje, i cuando el emperador hubo subido al carruaje le hizo por todo adios un jesto equívoco.*

Desde Orange, por donde quiera que el cortejo pasaba era recibido con gritos de *¡Viva el rei!* a los cuales se mezclaban injurias i amenazas contra el emperador caido. En Orgon, levantaron una horca con un figuron todo cubierto de sangre, delante de la posta en que los coches debian detenerse. Las mujeres sobretodo se mostraban desapiadadas. La cólera de tantas madres, de tantas huérfanas, de tantas viudas privadas de su marido, de sus hijos, hervía en las almas ardientes de esas furias meridionales. Pedian con una voz unas veces amenazadora otras suplicante la sangre de Napoleon como una satisfaccion que les era debida por lo que habian sufrido. El papel de los comisionados europeos se hizo difícil. No habian previsto que tendrian necesidad de una escolta, no para defender su vida, pues no corria ningun riesgo, sino para defender la del hombre que habia sido emperador de los franceses, contra el pueblo que habia sido su pueblo. No vieron

otro medio de salvar su vida que sacrificar su dignidad. En Orgon el conde Schouwaloff arengó a la multitud furiosa; le representó "el profundo abatimiento de aquel a quien querian castigar," agregando que "el desprecio era la única arma que se debia emplear contra un hombre que habia dejado de ser peligroso, i que seria indigno de la nacion francesa tomar otra venganza." La relacion de Waldbourg agrega: "el emperador se ocultaba detras del jeneral Bertrand lo mas que podia; estaba pálido, desencajado i no pronunciaba una palabra. Cuando vió que el pueblo apludia este discurso, hizo señales de aprobacion a Schouwaloff i le agradeció mas tarde el servicio que le habia prestado."

Triste escena, donde nadie está en su lugar, nadie cumple con su deber, ni esa vil multitud que, despues de haber soportado el despotismo poderoso, viene a insultar al poder caido i sin defensa; ni estos comisionados extranjeros que, encargada la proteccion del emperador a su lealtad i a su respeto hasta que haya llegado a la isla de Elba, de donde es soberano, entregan su dignidad como rescate de su vida; ni el mismo emperador, quien consiente tan indigno comercio. Tenia la grandeza del jenio, pero le faltaba esa otra grandeza aun mas alta que dan el sentimiento del derecho i de la virtud. Ni el real ajusticiado de la plaza de Withe-Hall, ni el real ajusticiado de la plaza de la Revolucion habrian aceptado semejante defensa. Luis XVI ordenó a Séze que no enterneciera a sus jueces. Aunque era rei, queria pedir la justicia a sus súbditos, pero no aceptaba la piedad, ménos aun el desprecio.

A un cuarto de legua de Orgon, Napoleon creyó necesario para su seguridad tomar un disfraz. Se vistió, dice la relacion, de una mala blusa azul, se cubrió su cabeza con un sombrero redondo con *escarapela blanca*, i montó sobre un caballo de posta para galopar por delante del coche, haciéndose pasar por un correo. En San Canat, en la Calade, pequeña posta en el camino real, encontró la misma acojida, i tuvo las mismas aprensiones. Toda su comitiva, desde el jeneral hasta el galopin de cocina, continua la relacion, estaba cubierta de escarapelas blancas. En seguida tuvo la idea de vestirse con el uniforme austriaco del jeneral Kolher, i para evitar toda sospecha, solicitó de sus compañeros muestras de familiaridad; pidió al cochero del jeneral Kolher que fumara, i al jeneral que cantara o silbara en el coche. Cuando tomaban algun alimento en las posadas, no se atrevia a probar ningun plato, por temor de ser envenenado. Rogaba a los comisionados que rejistraran si en las casas donde alojaban habia puertas ocultas por donde poder escapar en caso de alarma. De ese modo llegó a San Maximino, haciendo siempre el papel de jeneral austriaco, miéntras que el ayuda de cámara del jeneral Schouwaloff, el mayor Olewieff, ocupaba su lugar en el coche i hacía, a peticion suya, el papel de emperador. (1)

(1) Al leer estas líneas, se puede preguntar qué se habia hecho el valor de ese

Habiendo sabido que el sub-prefecto de Aix estaba en este lugar, continúa la relacion de Waldbourg, lo hizo llamar i le habló en estos términos: "Debeis de avergonzaros de verme en uniforme austriaco. Me he visto obligado a tomarlo para evitar los insultos de los provenzales, han cometido toda clase de crímenes i de horrores en la Revolucion, i están prontos a renovarlos; pero cuando se trata de combatir con valor, son unos cobardes. Jamas la Provenza me ha suministrado un rejimiento del cual haya podido yo quedar contento; pero mañana estarán tan encarnizados contra Luis XVIII como lo estín hoi contra mí." Despues de haber hablado algun rato en este sentido, se volvió hácia los comisionados i les dijo que Luis XVIII no haria jamas nada de la nacion francesa si la trataba con bondad.

En San Maximino, los comisionados supieron que habia en Luc dos escuadras austriacas, i a peticion de Napoleon, enviaron al comandante la órden de esperar su llegada para escoltar al emperador hasta Fréjus.

Aquí se detiene el itinerario de Waldbourg, no dejando en el corazon sino sentimientos de tristeza i de una humillacion profunda. El alma humana queda sin consuelo ante el anonadamiento de esta inmensa fortuna, porque no encuentra nada que amar ni admirar. En Mario, sentado sobre las ruinas de Cartago o en presencia de Cimbra, encuentra, al ménos la fuerza moral sobreviviendo a la fuerza material, i la grandeza pagana del hombre desafiando con sus intrépidas miradas los golpes de la fortuna, que ha podido derribar su poder, pero no abatir su corazon.

En la abdicacion voluntaria de Cárlos V, conmueven la libertad misma de la accion, i una elevacion de alma mas alta que el poder que deja. En Luis XVI, en sus últimos momentos, el rei caido se transforma en santo i en mártir; el soberano ha caido, pero el hombre no baja, sube: "¡Hijo de San Luis, subid al cielo!" Nada semejante hai en el camino de Fontainebleau a Fréjus. Esta multitud no tiene compasion, la victoria de la Europa, representada por sus cuatro comisionados, carece de jenerosidad i de nobleza, la desgracia de Napoleon no tiene prestijio. No sabe encontrar en su pasado ningun rayo que ilumine las sombras de su adversidad. Es una vida deplorablemente atacada que se defiende por medios vulgares; el estratajema, el disfraz, la fuga, los subterfujios; el último acto de la trajedia del imperio baja hasta la comedia. La grandeza pagana i la grandeza cristiana faltan allí. Para encontrar la enseñanza contenida en esta escena, es preciso elevarse hasta el juicio de Dios, por el cual dos soberanos salian con corta diferencia de Fontainebleau; el primero, el Papa Pio VII, atravesando triunfante la Francia arrodillada bajo su bendicion para ir a ver a su ciudad de Roma, feliz i orgullosa de verlo;

hombre que habia dictado leyes a la Europa i expuesto tantas veces su vida en los campos de batalla.

el segundo, Napoleon, atravesando la multitud amotinada contra él i sedienta de ultrajarlo, miéntras él va mas allá de los mares a buscar un destierro. Dios se muestra sabio en sus enseñanzas aun cuando el hombre se apoque.

VUELTA TRIUNFANTE DE PIO VII A ROMA.

Para decidirse entre la usurpacion francesa i el gobierno del Papa en Roma, basta consultar la historia, que nos enseñará cómo se mantuvieron los revolucionarios en los Estados Pontificios i cómo fué recibido Pio VII a su vuelta.

Los primeros emplearon la violencia, las cortes de justicia i las cortes especiales; los hechos mismos alegados por la Revolucion francesa para justificar la invasion de Estado Pontificio prueban cuán odiosa era a las poblaciones, miéntras que las fiestas, las aclamaciones con las cuales fué recibido el Papa a su vuelta manifestaron cuán querido habia sido su gobierno para sus súbditos.

El 12 de mayo de 1814, Pio VII llegaba a Ancona, donde era recibido con los mayores transportes de alegría. Los marinos, vestidos de uniforme, habiendo quitado los caballos de la carroza, se amarraron ellos mismos con cordones de seda amarillos i lacres, i la arrastraron miéntras tronaba la artillería de los baluartes, i en todas las iglesias las campanas enviaban al aire sus gozosos tañidos. En Osimo, el 14, se formó una guardia de honor i le condujo a Loreto. Era un verdadero triunfo en todos los paises que atravesaba; i miéntras tanto, Napoleon se retiraba a la isla de Elba oyendo gritar al rededor de él: "¡Abajo el tirano!" viéndose aun amenazado de un horquetazo en un lugar donde se habia detenido. El Papa recibia las mas sinceras demostraciones de amor del pueblo; se preparaba para recibir con todos los miramientos convenientes a la Señora Lœtizia, madre del emperador, que se iba a Roma para buscar allí un refujio. El venerable Chiaramonti volvió pues, a la Ciudad Eterna en medio de las palmas de la Liguria i de los hosanna de su pueblo, tanto tiempo huérfano. Pedro Giordani, de la Academia de las Bellas Letras de Bolonia, pronunció, el 30 de julio de 1815, en presencia de Monseñor Giustiniani, legado apostólico, uno de sus mas brillantes discursos sobre las tres legaciones reconquistadas. Hé aquí la copia de un pasaje; es el testimonio de una persona no sospechosa, i prueba la alegría universal de esos tiempos:

"Los mayores de entre vosotros, dijo Giordani, podeis recordar la paz, la abundancia, la seguridad, la libertad, los estudios florecientes, las soberbias fiestas i las alegrías de este dulce i pacífico gobierno pontifical. Entónces las tierras eran cultivadas para los ciudadanos i no para el príncipe; las producciones del sue-

lo servian para hacerlo mas fértil, mas rico, mas agradable, i no para alimentar a los soldados; el comercio enriquecia a los habitantes i no al fisco, i las riquezas adquiridas por el comercio eran empleadas en el embellecimiento no de una corte, sino de nuestros campos, de nuestros templos, de nuestras casas, de nuestras ciudades; a las bellas artes eran concedidas recompensas i honores, a la pobreza ayuda i socorro; las palabras no ponian a nadie en peligro i las obras se juzgaban segun la justicia. Nuestros antepasados, recordando esta feliz vida, tuvieron siempre el deseo de ver renacer, en una parte tan bella de la Italia, los dias serenos de antaño. La juventud, es decir, mas de la mitad de los vivientes, educada en medio de las armas, en el cambio tumultuoso de las leyes, de las opiniones, de los gobiernos, sabe que no hubo jamas estado civil satisfactorio i capaz de durar; tambien creerán a los hombres que los han precedido, quienes les dicen que, si el antiguo gobierno bajo el cual vivieron contentos vuelve para nosotros, traerá todas las prosperidades. Es lo que la nueva jeneracion debe i espera probar a sus nietos, i no sin grandes motivos los padres i los hijos piensan de este modo. En efecto, los príncipes de los otros Estados tienen necesariamente muchas ocupaciones i muchos placeres que les impiden pensar únicamente en el bien de sus súbditos. Nuestro príncipe no debe amar la guerra ni las conquistas; a él no le convienen ni las cazas, ni los amores, ni los espectáculos, ni los festines, ni las fiestas, ni la ociosidad; no gusta, no puede desear, no puede querer otro placer, otra gloria que gobernar a su pueblo con tanto amor i sabiduría, que todas las naciones se vean obligadas a envidiarle su felicidad. ¿Qué mas diré? La relijion ha podido, sin duda, para desgracia de la sociedad, extraviar el espíritu débil de algunos soberanos i hacerlos víctimas de estratajemas hipócritas; pero la relijion jamas puede hacerse superticiosa en el Soberano Pontífice, quien la conoce mejor que cualquier otro i la enseña a los demas hombres. ¿Cómo, pues, las esperanzas de todos no serian justificadas por el padre comun de todos los cristianos?

Inmensos aplausos acojieron este discurso. El autor escribia desde Placencia, el 20 de agosto de 1815, al cardenal Consalvi: "Fuí escuchado i despues leido como un hombre que ha dicho sin adulacion lo que todos piensan. En mui pocos dias innumerables copias de este discurso se repartieron en Bolonia, en las provincias i en la Italia; lo que prueba que los pensamientos pertenecian no solo al orador, sino tambien al público." El público, pues, observa Félix Peraldi, el público no solamente de Bolonia, sino tambien de las provincias de la Italia, aplaudió oyendo describir la felicidad de los pueblos bajo los Papas i elojiar su gobierno como el mejor de su naturaleza, i esto habia tenido lugar poco despues de esta pretendida felicidad de que gozaban los súbditos del Papa bajo el gobierno usurpador, que, segun los ple-

nipotenciarios sardos, desde el congreso de Paris en 1856, habia, como por encanto, cambiado el aspecto de las legaciones!

SANTA ELENA.

La isla de Santa Elena está situada en medio del Atlántico, a novecientas leguas de la costa de Africa, a trescientas de las del Brasil, hácia el grado 16 de latitud mas allá del Ecuador. Tiene veintiocho millas inglesas de circunferencia, poco mas o ménos la superficie de Paris ántes de 1860.

El suelo de la isla es el de un volcan enfriado desde hace siglos; la única piedra que se encuentra allí es esponjosa, roja i tan blanda que se la labra a mano. Las cimas están rodeadas de bosques, pero los valles están desprovistos de todo cultivo. La tierra vejetal no se encuentra sino donde se la ha llevado. El agua no existe sino en cantidades insuficientes para las necesidades de una numerosa guarnicion; así era a lo ménos cuando Napoleon fué desterrado a la isla. La poblacion de Santa Elena es como de quinientas almas incluyendo la guarnicion. Los colonos son en su mayor parte antiguos empleados subalternos de la Compañía de las Indias. La vida es mui corta; es raro que allí se llegue a la edad de sesenta años. El clima es devorador para los europeos. Las variaciones de la atmósfera son considerables, frecuentes i súbitas. La estacion de las lluvias sobre todo es la peor; las enfermedades que enjendra son la disenteria e inflamaciones del hígado. La Inglaterra escojió bien el lugar de sus venganzas, si habia contado con el clima i con las miserias de semejante destierro.

Despues de haber pasado dos meses en Briaro, habitacion de un negociante ingles, Napoleon se instaló en su nueva posada de Longwood: era una casa de madera expuesta durante nueve meses del año a la humedad de las lluvias o a las tempestades, i que durante otros tres meses calcinaba el sol de plomo de los trópicos. Napoleon habitaba una pieza cuyas dos ventanas se abrian sobre el campo del rejimiento número 54, destinado a su guardia. Tenia por muebles un canapé, algunas sillas, una cómoda, un velador, el catre de fierro de Austerlitz del gran Federico, i los retratos de las dos emperatrices i del rei de Roma.

Longwood, en su oríjen, no era sino una especie de granero de la Compañía de las Indias. Esta casa, restaurada de prisa, i tal cual apropiada para la residencia del emperador i de sus compañeros de infortunio, estaba situada en la parte mas malsana de la isla, asentada sobre un terraplen, batido sin cesar por impetuosos vientos o cubierto de húmedas nubes, despojado de árboles i de vejetacion. "Este pais es mortal, decia Napoleon; donde no hai flores, el hombre no puede vivir. Este cálculo no se

ha escapado a los discípulos de Pitt." Añadia: "Trasformar el aire en instrumento de asesinato: esta idea no se le habia ocurrido al mas malvado de nuestros procónsules; no podia jerminar sino a las orillas del Támesis."

Sin embargo, fué allí donde vivió cerca de seis años, bajo la custodia del jeneral ingles sir Hudson Lowe. Este hombre fué fiel a la mision de odio que se le habia confiado. Se mostró carcelero mas bien que gobernador; esbirro i no soldado. Cada dia, en su humor inquieto i colérico, añadia nuevas privaciones a las que Napoleon debia sufrir; ya tasando las raciones de vino de los prisioneros, ya rehusando los víveres necesarios, i obligando al emperador, para alimentar a sus compañeros, a vender su vajilla o su platería. En vano Napoleon pedia diarios i libros; no se le concedian sino de tarde en tarde; se le prohibió toda comunicacion con los habitantes de la isla, toda correspondencia libre con los suyos, toda relacion con los militares de la guarnicion. No podia escribir a nadie sin que sus cartas fuesen sometidas al exámen del gobernador i de los subalternos. Un viajero que llegaba de Europa despues de haber visto de cerca a María Luisa i a su hijo, no podia recibir el permiso de dar a este padre infortunado noticias de estos objetos tan queridos de su corazon. Por estos tormentos impíos esperaban debilitar sus fuerzas morales, i abreviar la duracion de su existencia.

Leyendo un dia a Andrómaca, i llegando a aquellos versos tan conocidos:

> Je passais jusqu'aux lieux oú l'on garde mon fils;
> Puisqu'une fois le jour vous souffrez que je voie
> Le seul bien qui me reste et d'Hector et de Troie,
> J'allais, seigneur, pleurer un moment avec lui:
> Je ne l'ai point encore embrassé d'aujourd'hui....

abundantes lágrimas llenaron sus ojos, i cerró el libro. Pensaba en ese otro Astyanax que tanto habia amado él, que ya no volveria a ver, i que debia sobrevivirle apénas algunos años. En seguida estos recuerdos se trasportaban hácia la Córcega, teatro de sus primeros juegos, cuna amada de su infancia, hácia la escuela de Brienne, donde trascurrió su juventud; hácia esa Francia a quien habia llenado de gloria i de duelo.

"Nada es mas difícil aun a los hombres superiores, dice el padre Lacordaire, como soportar el reposo; cuando el alma i el cuerpo se han acostumbrado al trabajo solemne de los grandes acontecimientos, no pueden ya sufrir la sencilla i pacífica sucesion de los dias. Esta paz fria es para ellos un sepulcro. Extrañan el ruido, la ajitacion, las alternativas de los reveses con los triunfos, i toda esta trajedia de las cosas humanas en que tenia ántes su parte i su accion. La historia cuenta mui pocos hombres que hayan pasado de la vida pública a la vida privada con-

servando, con la tranquila posesion de sí mismos, la plenitud de su grandeza. La mayor parte se consumen en un aburrimiento vulgar; otros piden a las pasiones de los sentidos el olvido de sí mismos i de su dignidad; los mas elevados sucumben al misterioso veneno del pesar."

MUERTE DE NAPOLEON.

Se acercaba ya la última hora de Napoleon. Los años 1819 i 1820 trascurrieron en alternativas de enfermedad i de restablecimiento, que hicieron presajiar una crísis suprema. A principios de 1821, el cautivo comenzó a declinar; habiendo aparecido un cometa en el cielo, recordó el de Julio César, i consideró próximo su fin. El 17 de marzo se manifestaron síntomas mui graves; en los dias siguientes, la enfermedad hizo admirables progresos, i no tardó en perderse toda esperanza.

Un momento se creyó conocer alguna mejoría en su estado. "Os alegrais, dijo, i no os equivocais; estoi mejor, pero no considero por eso mas lejana mi muerte. Cuando no exista, cada uno de vosotros tendrá la felicidad de volver a ver la Europa i su familia. Yo recibiré a mis valientes en los Campos Eliseos. Sí, añadió solemnemente, Kléber, Desaix, Béssières, Duroc, Ney, Murat, Masséna, Berthier, todos saldrán a mi encuentro. Viéndome, vendrán todos, locos de entusiasmo i de gloria. Hablaremos de guerra con los Escipiones, los Aníbales, los Césares, los Federicos, *a ménos*, añadió riendo, *que por allá tengan miedo de ver tantos guerreros juntos*."

Entónces se acercó el doctor Arnold, cirujano de un rejimiento ingles. "Es ya un hecho, le dijo Napoleon, el golpe está dado. Se acerca mi fin; voi a devolver mi cuerpo a la tierra. Bertrand, traducid al señor lo que vais a oir:

"Habia venido a sentarme en el hogar británico. Pedia una legal hospitalidad. Contra todo derecho se me respondió con los hierros. Hubiera recibido otra acojida de Alejandro, del emperador Francisco, del rei de Prusia. Pero reservado estaba a la Inglaterra sorprender, arrastrar a los reyes, i dar al mundo el inaudito espectáculo de cuatro potencias encarnizadas contra un solo hombre. Vuestro ministerio es el que ha escojido esta espantosa roca donde se consume en ménos de tres años la vida de los europeos, para concluir con la mia por medio de un asesinato. I, ¿cómo me habeis tratado desde que estoi en este escollo? No hai indignidad en la cual no os hayais complacido. Las comunicaciones mas sencillas de familia, aun aquellas que no se han prohibido a nadie, me las habeis rehusado; mi mujer i mi hijo no han vivido para mí; me habeis tenido seis años en el tormento del secreto, en esta isla inhospitalaria, etc."

El 5 de julio de 1821, una noticia prevista hacía algun tiempo, pero que debia sin embargo producir en Europa una profunda sensacion, i una viva emocion en Francia, llegó a Paris: Napoleon habia muerto el 5 de mayo, en la roca de Santa Elena. Lo lejano de su cautividad i de su muerte debia ser ventajoso para su memoria, como en tiempo del directorio, su lejana expedicion a Ejipto habia sido ventajosa para su ambicion i su vida. Las sombras de sus últimos años, esa especie de impaciencia febril con que se habia defendido contra la adversidad, en lugar de aceptarla con la grandeza de la filosofía estóica; ese aislamiento que cada dia era mayor por los altercados intestinos de los que lo rodeaban; esa guerra tan infernal que habia sostenido contra la odiosa solicitud de Hudson Lowe, que tenia las desconfianzas i los temores de su responsabilidad; todo desapareció a la luz de una apoteósis.

La gloria militar de Napoleon se confundia con la de la Francia, interesada en defenderla i mantenerla como uno de los esplendores de su historia. La grandeza del personaje histórico que habia gobernado durante quince años a la nacion, llegaba a ser como una especie de propiedad nacional. Ademas, Napoleon tenia la buena fortuna de legar, muriendo, un nuevo motivo a la pasion secular de la Francia contra la Inglaterra, pues, acusaba a ésta de su muerte ante la posteridad.

Las almas jenerosas en presencia de esos seis tristes i largos años que el cautivo de Santa Elena acababa de pasar en una roca, en medio de las soledades del Océano i bajo un clima de fuego, olvidaban los males que su ambicion habia desencadenado sobre la Francia.

El tiempo habia cicatrizado las heridas abiertas en el seno de la patria por tantas guerras; sus contemporáneos perdonaban a esta desgracia de ayer sus desgracias pasadas; por otra parte, una nueva jeneracion llegaba a la edad de hombre, tanto mas induljente con las faltas del imperio cuanto que ella no habia soportado su peso.

La historia no tiene miramientos con nadie. No puede someter sus juicios ni a las ilusiones de unos ni a los cálculos de otros. Busca i encuentra el verdadero Napoleon en esas cartas en que él mismo se pinta con el despotismo de una voluntad que miraba los medios mas violentos i mas indignos como lejítimos, desde el momento que le eran útiles, los obstáculos como levantamientos, las resistencias, ya fuesen dictadas por el sentimiento relijioso o el nacional, como crímenes. No acepta a ese Napoleon humanitario, a ese César sentimental que se le quiere imponer. Desde el punto de vista del jenio, Napoleon es la gran figura contemporánea como hombre de guerra i como organizador. Tuvo, al salir de la Revolucion Francesa, que habia hecho el cáos, que subvenir a las dos primeras necesidades de la sociedad: la relijion i la administracion; con la intelijencia que ve, tuvo la voluntad que ejecuta cuando

está secundada por las circunstancias. Tuvo, ademas, el jenio militar que le ayudó a ocultar el gobierno absoluto bajo trofeos. Debió catorce años de reinado a esas tres grandes dotes de su naturaleza: la intelijencia de las cosas políticas i civiles, la voluntad i el jenio militar. Pereció por abuso del principio de su gobierno, que era la omnipotencia de una voluntad solitaria imponiéndose a todo i todos, i que, despues de haber sido irresistible miéntras las circunstancias la favorecieron, debia romperse i se rompió en un duelo imposible contra las circunstancias que se habian hecho desfavorables, en parte a consecuencia de sus faltas i en parte, por el curso natural de los acontecimientos.

Es preciso admirar la grandeza intelectual de este personaje i la admiracion crece al leer sus dictados de Santa Elena, pero le falta la grandeza moral. Inspiró numerosas adhesiones, i no sintió ninguna, ni para una creencia, ni para una idea, ni para una causa. Se ve, por lo que él mismo dijo, que fueron motivos puramente humanos los que lo decidieron a restablecer el catolicismo en Francia. Sin embargo, estaba léjos de ser irrelijioso, pero vacilaba entre todas las relijiones, que consideraba, él mismo lo dijo, *como la obra de los hijos de los hombres*. Esta proposicion es formalmente herética i por consiguiente incompatible con la profesion de cristiano. Las palabras que se atribuyen a Napoleon sobre la divinidad de Jesucristo, i de las cuales los oradores i los poetas se han apoderado embelleciéndolas, son apócrifas. Ademas, no basta para ser católico creer en la divinidad de la Iglesia.

¿Envió Dios a Napoleon en sus últimos años una luz mas completa? Se debe esperarlo sin poderlo afirmar.

El 15 de abril de 1821, habia escrito en el encabezamiento de su testamento: "Muero en la relijion apostólica i romana, en el seno de la cual nací hace mas de cincuenta años." Pero en ese testamento escribió estas líneas: "He hecho arrestar i juzgar al duque de Enghien, porque era necesario para la seguridad, el interés i el honor del pueblo frances, cuando . . . . mantenia, segun su propia confesion, sesenta asesinos en Paris." En una circunstancia semejante, *obraré aun del mismo modo*. En el mismo testamento fecha 24 de abril de 1821, se lee aun estas líneas: "Legamos diez mil francos al sub-teniente Cantillon que ha sufrido un proceso, como prevenido de querer asesinar a lord Wellington, de lo que ha sido declarado inocente. Cantillon tenia tanto derecho para asesina a ese oligarca, como éste para enviarme a perecer sobre las rocas de Santa Elena."

Cierto, el encabezamiento de ese testamento es cristiano, pero el sentimiento que ha dictado las dos disposiciones que acabamos de citar no lo es. ¿Algunos dias mas tarde, una luz sobrenatural brilló en esa intelijencia? ¿La paz descendió a esa alma súbitamente iluminada? ¿Esa conciencia se juzgó i se acusó ántes de presentarse al juicio de Dios? Eso es un secreto del sepulcro.

Lo que se puede decir, es que hácia fines del año 1819, cuan-

do dos eclesiásticos enviados por el cardenal Fesch, el presbítero Buonavita, antiguo misionero de Méjico, i el presbítero Vignale, llegaron a Santa Elena, Napoleon habló de ellos de un modo que hace creer que él habria deseado encontrarse en presenaia de un sacerdote capaz de resolver los problemas que ajitaban su espíritu. "Reconozco en esa eleccion a mi tio Fesch, dijo despues de haber hablado con ellos de asuntos relijiosos. Necesitaba un sacersote sabio con el cual pudiera discutir los dogmas del cristianismo. Cierto, no me habria hecho mas creyente en Dios que lo que soi, pero me habria instruido quizas en algunos puntos importantes de la creencia cristiana. ¡Es tan dulce acercarse a la tumba con creencias católicas! Pero nada de eso tengo que esperar de mis dos sacerdotes. Sin embargo, me dirán misa, i estarán buenos para eso."

Desde ese dia, en efecto, Napoleon hizo decir misa todos los domingos en el gran comedor de su triste residencia, que habia trasformado en capilla. Habiéndose permitido algunas chanzas a este propósito, Antomarchi, jóven médico que se le habia enviado, Napoleon lo reprendió severamente diciéndole: "Que él, por su parte, admitia que se fuese o nó creyente, i que de ahí no concluia nada en pro ni en contra de nadie; pero lo que no podia soportar era la falta de respeto para con la relijion mas venerable del jénero humano, i que para franceses e italianos era la relijion nacional." Así fué que, mui próximo a morir, en los últimos dias de abril de 1821, recomendó al presbítero Vignale que hiciese observar en sus funerales los ritos del culto católico; i como el mismo doctor Antomarchi dejase escapar una sonrisa, "Jóven, le dijo Napoleon, con tono severo, quizás tengais vos demasiado talento para creer en Dios; pero yo no: no es ateo todo el que quiere serlo."

Tal fué, segun las narraciones mas verosímiles, la última expresion de las ideas relijiosas de Napoleon. Algunos escritores, con ideas loables, han ido mas allá; pero yo no los seguiré en ese terreno. Las cosas son como son: todos necesitan de la verdad relijiosa, i ésta de nadie. En presencia de ese poder, de esa sabiduría i de esa bondad infinitos que se llaman Dios, la grandeza deja de existir i son igualmente pequeños el primero i el último de los hombres.

El 4 de mayo de 1821, una horrible tempestad, como presajio siniestro, derribó todos los árboles que prestaban su sombra a Napoleon; i en la misma tarde, a las cinco i media, no interrumpia éste el letárjico silencio en que estaba sumido sino para hacer oir aquellas dos célebres palabras que son como el resúmen de su vida: "Cabeza... Ejército." Veinte minutos despues, Napoleon no existia ya. Con su última mirada habia acariciado todavía el busto de su hijo colocado desde hacia un mes en frente del lecho mortuorio.

Entre los papeles de Napoleon recojidos de su escritorio, las

siguientes reflexiones escritas de su mano dan idea de los pensamientos que devoraban su alma i cavaban diariamente la tumba a que acababa de bajar: "Nuevo Prometeo, estoi clavado en esta roca en que un buitre me roe. Sí, yo habia robado el fuego del cielo para dotar con él a la Francia; el fuego ha vuelto a subir a su fuente, i héme aquí! El amor a la gloria es como ese puente que Satanás echó sobre el caos para pasar del infierno al paraiso; la gloria junta el pasado con el porvenir, de que estaba separado por un abismo inmenso. ¡Nada mas que mi nombre lego a mi hijo!"

El desterrado de Santa Elena decia a uno de sus últimos confidentes: "Yo era como la cúpula de los Inválidos, resplandeciente de oro bajo el sol de estío; pero la lluvia de la desgracia ha caido sobre mí i cada dia desprende algun pedacillo de oro. No soi ya mas que plomo i pronto no seré mas que un poco de tierra. Hé ahí la gloria: ¿Qué deja en pos de sí? ¡Solo una tumba!"

JORJE SMITH.

OBRAS DE VIRJILIO

TRADUCIDAS EN VERSOS CASTELLANOS, POR MIGUEL ANTONIO CARO.

(Conclusion.)

El verso, por mas importancia que se dé a la forma, no es toda la poesía: las ideas, el lenguaje, el estilo han de tener tales condiciones que satisfagan el ideal de la belleza que existe o se ha de evocar en las almas: escríbanse versos bien medidos, pero fofos, prosaicos, frios, i es seguro que hasta métricamente parecerán malos; a la inversa, buenas ideas, en versos desgarbados o incorrectos, perderán inmensamente. Como el lenguaje i el estilo poéticos no se corresponden literalmente de una lengua a otra, resulta que al traducir se destruyen los del orijinal, ni mas ni ménos que el metro; i si no se reemplazan ventajosamente, es decir, si el traductor no es tambien poeta para sentir como el autor, si no maneja su lengua como aquél la suya, escojiendo para cada idea la expresion mas adecuada, perderá el trabajo de armar sus versos, i mejor le fuera hacerlo en prosa o escribir un comentario sobre el texto. Ademas, el verso es una expresion material de la poesía, i cuando en lo demas no coresponde a esta apariencia, ofrece un contraste repugnante i desventajosísimo; entónces aquella fidelidad de que hablé arriba es mentida, pues se roban al poeta cualidades de tanta monta como la enerjía i el colorido.

Ya oigo que muchos al leer esta doctrina la tacharán de herética i vitanda; pero ha de recordarse que no es lo mismo una traduccion poética, que una interlineal u otra de aquellas en que se quiere dar una copia exacta de solo las ideas del orijinal, como si dijéramos, de un libro científico: la primera es una obra nueva en que se propone el poeta (que por fuerza ha de serlo) ofrecer el tema extranjero de suerte que agrade al lector, dando belleza por belleza, armonía por armonía. Me parece que con grande exactitud se ha comparado la labor de quien traduce a la del grabador que copia una pintura: el asunto es idéntico, los medios que em-

plea, diferentes; debe, pues, penetrarse de la concepcion del pintor, i valiéndose de los recursos que le ofrece su arte, expresarla con enerjía i exactitud. El engaño de los que se empeñan en que una traduccion ha de ser el mismísimo orijinal, procede de la facilidad con que nos prendamos de la forma en obras extranjeras, sobre todo cuando las hemos leido ántes de conocer bien la lengua en que están escritas; cosa naturalísima, pues no estando familiarizados con sus expresiones, ni estando éstas desgastadas para nosotros con el uso cotidiano, nos parecen mucho mas expresivas i vigorosas; sin que deje de influir el particular deleite que, tras el fastidioso estudio de los elementos gramaticales, nos causa entender un pasaje, lo cual lo esculpe gratamente en la memoria, lo mismo que sucederia a un amante con la primera sonrisa que su amada le dió en pago de largos obsequios.

Por las muestras arriba dadas, si se tienen en cuenta las consideraciones precedentes, se habrá visto que la traduccion del señor Caro, sin una supersticiosa sujecion a la letra, aun cuando lucha con estrofa tan artificiosa como la octava, es sumamente exacta i trasparenta con perfecta claridad las ideas del texto, sorprendiendo por dos circunstancias especialmente: la concision del estilo i lo atinado de la interpretacion. Para dar una prueba de la primera, no hallo manera mas adecuada que comparar un pedazo con el corespondiente de otra docta i elegantísima version, de la cual lamento no conocer sino una muestra, digna por cierto del ilustre i simpático nombre de su autor, que lo es don Fermin de la Puente i Apecechea, la cual ha excitado en mí un ardiente deseo de ver completa esta nueva obra con que el feliz i galano poeta entreteje el laurel de Virjilio a los que ya tiene ganados.

El pasaje es aquel famoso del fin del libro VI de la Eneida en que se hace el elojio fúnebre de Marcelo, i que produjo tan profunda impresion en Octavia. Dice el señor Apecechea:

¡Cuántos jemidos de ínclitos varones
Resonarán despues por cualquier parte,
Desde el campo inmediato i su lejiones
Hasta la gran ciudad del propio Marte!
¡Cuánta fúnebre pompa i libaciones,
Tíber, presenciarás al deslizarte
Junto al piadoso túmulo que, nuevo,
Los restos contendrá de ese mancebo!

No saldrá, nó, de la raiz troyana,
Ni de latina jente mozo alguno
Que a tan alta esperanza eleve ufana
La altiva raza a quien presigue Juno.
No la rómulea tierra se engalana,
Cual con este mancebo, con ninguno;

¡Oh piedad! ¡Oh fé antigua no perdida!
¡Oh diestra, en guerra, por jamas vencida!

¡Oh! nunca nadie impune contrastara
Contrario en armas, su ímpetu en el suelo,
Si a pié las rudas haces asaltara,
O del potro excitara el noble anhelo!...
¡Oh pobre niño!... si tu estrella avara
Romper lograres, tú serás Marcelo!...
¡Lágrimas dadme, dadme a manos llenas
¡Cárdenos lirios, blancas azucenas!

Dice el señor Caro:

Del Campo Marcio a la romana plaza
¡Cuántos jemidos herirán los cielos!
I si ya tu onda su sepulcro abraza,
¿Qué, oh Tibre, no verás de acerbos duelos?
Ningun mancebo de troyana raza
Tanto alzará, como él, de los abuelos
Latinos la esperanza; ¡hijo mas bueno
¡Nunca otro criarás, Roma, a tu seno!

¡Oh tipo de fé antigua i piedad rara!
¡Oh, qué brazo invencible en lid guerrera!
Ninguno, si viviese, le retara
Impune, o ya a pié firme combatiera
O caballo brioso espoleara.
¡Oh! ¿qué suerte llorosa no le espera?
Mas si logras trocar males con bienes,
¡Tú un Marcelo serás, sombra que vienes!

Azucenas me dad con mano larga....

La interpretacion arguye un profunfo conocimiento del texto, basado no solo en el estudio de los mas famosos comentadores antiguos i modernos, sino en investigaciones propias seguidas con la doctrina i sagacidad que exije la crítica moderna; así es que veo con gusto rechazadas interpretaciones que la filolojía ha convencido de falsas despues de haber corrido con crédito por siglos, e introducidas otras que aclaran o mejoran el sentido. Por ejemplo:

El *aristas* de la Egloga I, v. 69, se traduce en su significado propio, i no en el figurativo de *años*, que reprueban el contexto i la sintáxis.

El *nuper* de la Egloga III, v. 2, le toma rectamente nuestro traductror por *ha tiempo*, acepcion exijida por los adjuntos i com-

probada con autoridades terminantes que pueden verse en Hand i Freund.

Desde el verso 250 del libro III de las jeórjicas se halla cambiado el órden de varios períodos, para conseguir una graduacion mas natural en la enumeracion de los efectos producidos por el amor de los animales i el hombre. Aquí parece que el traductor ha sejido la sujestion de Ribbeck.

El pasaje que comienza en el verso 197 del libro VI de la Eneida se traduce mui acertadamente como si el punto viniese despues de *pascentes*, lecciones autorizada por el códice Mediceo, segun le cita el propio Ribbeck.

Como muestra de interpretaciones propias del señor Caro, citaré tan solo la siguiente: sabida es la discordancia que desde Servio i Donato ha habido sobre el sentido de la expresion *nec cedit honori* u *honore*, como leen otros, (A. III, 484); pues bien, él traduce "excusando cumplimientos vanos," lo cual se apoya en que la misma acepcion de *honos* ocurre diez versos ántes en un lugar que parece hacer juego con el citado: en efecto, primero habla Heleno a Anquíses con mucha ceremonia i respeto, oficialmente, digamos, como sacerdote de Apolo (*multo compellat honore*); luego Andrómaca, viendo en Ascanio la viva imájen de Astianacte i conmovida con la idea de una separacion eterna, excusa *cumplimientos* i le hace afectuosos regalos.

Al llegar aquí i ántes de pasar adelante, pido perdon a los lectores por este trozo de literatura pesada, que no me he animado a introducir sino con el fin de que las personas que no se han consagrado a estos trabajos juzguen por esta brevísima enumeracion cuántas dificultades se ofrecen en ellos, i se convenzan de que la traduccion de un autor clásico no es un liviano pasatiempo.

El lenguaje del señor Caro es de lo mas esmerado i correcto. Comprendiendo mui bien que no debia buscar una popularidad inasequible, segun arriba apunté, ha estudiado i ricamente beneficiado nuestros clásicos así antiguos como modernos, i en su traduccion ofrece una muestra abundantísima de todo el caudal de la lengua, presentándola con las magnificencias del pasado i al propio tiempo enriquecida con sus recursos actuales. El traductor de Virjilio no es en su lenguaje un poeta del siglo XIX: en su obra se encarna todo el período corrido desde Garcilaso hasta hoi, es decir, la lengua castellana en su virtual copiosidad i elegancia. Quizá seria objetable esta vasta comprension del idioma en fugaces inspiraciones o sentidos desahogos personales; pero un libro que no pertenece a nuestra época ni a nuestra civilizacion, sino que ántes bien debe mirarse como un monumento de la musa hispánica a la latina, me parece mui justo que se haga alarde de las creces i mejoras que en manos de la hija ha recibido la herencia materna. Por otra parte, esta veneracion al pasado de nuestra lengua corresponde gloriosamente en Hispano-América a los

esfuerzos que en el presente siglo han hecho los pueblos europeos para avivar el sentimiento nacional con el estudio de la propia literatura i la vulgarizacion de sus grandes escritores, i contrarestar así preponderancias extranjeras servilmente acojidas por la moda. De ahí resulta, como lo ha notado Marsh, que los estudios gramaticales i filolójicos, en lugar de ser como en la edad de hierro de la literatura romana, señal del agostamiento del injenio, son ahora prenda de vigor i fianza de renacimiento; fuente de pureza i abundancia ha sido para el aleman la investigacion i conocimiento de sus antigüedades, segun el testimonio de Federico Schegel, i el mismo resultado vemos conseguido en castellano con los esfuerzos de Capmany, Meléndez i Quintana.

Lenguas que como la nuestra i la inglesa extienden su dominio por comarcas vastísimas, requieren para su nivel i conservacion el constante estudio de unos mismos autores universalmente reconocidos por clásicos, en cuyas obras, cual en ámplias cisternas, se hallan recojidos sus mas puros raudales para reparo de las fuerzas que cada dia se pierden. Por esto para el lenguaje literario se requiere un tipo mas elevado que el habla de cierta época i de cierto lugar; i ese nos lo suministran los grandes hombres de nuestra edad de oro, con las modificaciones que ha exijido el nuevo espíritu de los tiempos actuales. No de otra manera, pues, que el estatuario se desentiende de las modas corrientes, i para sus obras busca en las edades pasadas un vestido libre de la veleidad de aquéllas, al escritor que desea dejar una *posesion para siempre*, como Tucídides por un presentimiento confirmado por los siglos dijo seria su historia, debe tratar de ganar para sí la admiracion conquistada ya a los doctos por aquellas obras que son como el núcleo de la literatura a que pertenecen.

Fuera de esta riqueza de voces, expresiones i jiros, que están guardados pero no destruidos i por lo mismo dan al estilo majestad i, aunque parezca paradójico, le comunican cierta frescura i novedad, introduce el señor Caro algunos arcaismos. Pero debe notarse que no hai que llamar anticuada una voz sino cuando el uso universal la haya reemplazado con otra; ni tampoco puede tildarse de arcaico un jiro o expresion sino cuando los elementos de que se compone no comportan ya el sentido que tiene el conjunto: ademas, puede éste como aquélla pertenecer al lenguaje literario i no al familiar; dígalo, por ejemplo, la frase *poner olvido*, que no sé la emplee nadie en la conversacion ni en la prosa diaria, i sin embargo gusta tanto en frai Luis de Leon como en el señor Caro.

Leamos algunos ejemplos de oportunos arcaismos:

Si, hiriendo ociosas ramas,
El asombrado campo no despejas,
Ni con voto eficaz la *pluvia* llamas,
¡Triste! con sesgos ojos de vecina

Heredad mirarás la parva enhiesta,
I tu hambre en la floresta
Aliviará la sacudida encina;

(Tomo I, páj. 83.*)*

pluvia es forma mas suave que *lluvia* i evita la concurrencia de dos elles.

El enorme Dragon acá se espacia,
I por medio *i* por cima de las Osas;

(Ibid., páj. 89.*)*

la repeticion de la *i* imita felizmente el jiro latino, conservado tambien en italiano i en frances, i tiene sobre el uso comun de poner una sola vez la conjuncion la ventaja de dar a los dos miembros unidos igual importancia, para que el segundo no aparezca como un apéndice.

Bañados con aceite reluciente
Las desnudas espadas, i *ceñidos*
Con ramaje de álamo la frente,
Al banco acuden los demas, fornidos;

(Tomo II, páj. 208.*)*

el empleo de los participios como activos, conforme tambien con otras lenguas, sobre enérjico, es ademas aquí oportuno porque llama desde el principio la atencion sobre el sujeto de la frase, i le pone en accion.

En esto, pues, se ha seguido el ejemplo del propio Virjilio, quien formó su lenguaje sobre el de Enio, Lucrecio i demas que le precedieron, i si bien lo pulió i suavizó admirablemente, todavía dejó muchos vocablos i modos de hablar que en su tiempo ya no corrian. El poeta latino hubo tambien de ser gran neolojista, i aunque los cálculos que a este propósito hacen hoi sus comentadores no pueden ménos de ser inexactos, es posible que como algunos lo entienden, su amigo Horacio salió a su defensa por los cargos que a este propósito se le hacian, cuando dijo:

Quid autem
Caecilio, Plautoque dabit Romanus ademptum
Virjilio, Varioque?

El señor Caro ha imitado en esto a su autor, con ménos libertad, eso sí, por razon de la diferencia en que para uno i otro se ha encontrado su respectiva literatura.

Seria injusticia, habiendo hablado de la traduccion de Virjilio, olvidar la ejecucion tipográfica, pues la edicion es de lo mas perfecto que ha salido de las prensas de los señores Echeverrías, a quienes tanto debe este ramo en nuestra patria; i obstenta en ella tal correccion, nitidez i elegancia, que poco o nada tiene que envidiar a las europeas, i contribuye a hacer mas grata la lectura de la obra.

No quiero dar fin a este escrito sin manifestar el realce que cobra la traduccion del señor Caro, si se tiene en cuenta lo impropicio de las circunstancias en que se ha trabajado. No sé si álguien me tache de poco patriota al describirlas; pero quien lo haga, recuerde que, como otros lo han dicho, el patriotismo no consiste en negar los defectos del suelo nativo sino en tratar de conseguirlos. Las letras i las artes nunca florecieron sino donde pueblos i gobiernos las estimularon. En nuestra sociedad se echa ménos una clase elevada que por su cultura i riqueza sea capaz de protejerlas; pues, como al fin en un pais pobre i nuevo, los pocos capitales que llega a haber representan un largo i afanoso trabajo, que sin duda ha quitado el tiempo para los buenos estudios e incapacitado el paladar para saborear sus goces; i los que se hallan en este caso mirarian como una verdadera calamidad doméstica el que un hijo suyo se consagrara a las letras; por lo cual no les permiten ocupacion que no les ofrezca pronto rendimiento, ni les dan jeneralmente mas educacion que la que cuadraria a un mediano dependiente. Fuera, pues, de los mercaderes, que de ordinario no tienen ojo sino a la granjería, i de aquellos *fruges consumere nati*, no queda casi sino una inmensa muchedumbre devorada por la fiebre de lo que llaman política e incapaz de apreciar, tan cegados andan de su pasion, cosa alguna que no se refiera a sus trazas i proyectos. Por la misma pobreza del pais acontece que aquellas mismas profesiones que se reputan mas productivas, no tienen hombres eminentes, pues abrazándose éstas las mas veces no por amor a la ciencia sino al medro, se consagra a otros negocios el poco tiempo que dejan libre; de aquí depende que entre nosotros sea rarísimo el escribirse obras científicas, i me figuro que los llamados a escribirlas no estudian sino lo relativo a los casos con que actualmente están preocupados. De suerte, pues, que los amantes de las letras i las artes son pocos i pobres, por lo cual no pueden producir obras que demanden tiempo i costos, sino mediante duros sacrificios, ni brindir con otro apoyo que con un estéril aplauso. El gobierno, pobre tambien, apénas alcanza a pagar sueldos, i no tiene medios ni acaso voluntad de ayudar empresa alguna literaria o artística. Las bibliotecas públicas cuentan en otras partes con fondos destinados para enriquecerse con las mejores obras que se van publicando, i ofrecen a los estudiosos un medio fácil de seguir su inclinacion; pero entre nosotros el que desee estar al corriente de los diarios adelantamientos con que se ensancha el saber humano, necesita hacer venir

por su cuenta aquellos libros que, segun catálogos i revistas de periódicos, cree le serán útiles, i fuera de pagarlos excesivamente caros, corre el peligro de hallar, venidos a sus manos, que de nada le sirven. Despues de esto sucede a menudo que, estando sobremanera distantes de los grandes centros literarios, llega el caso de trabajar con escasos datos sobre asuntos que no sabe uno están ya agotados i decididos i sacar tras largas vijilias deducciones que le traerán, por premio no ya la estima, sino la compasion de los sabios. Vese, pues, por estas brevísimas consideraciones que, en vez de haber en nuestro pais estímulo, hai obstáculos positivos en la carrera literaria, i por lo mismo mayor motivo de admiracion ofrece el libro del señor Caro, pues son superiores a todo elojio su perseverancia para dar cima a una obra, colosal aun si dispusiera de recursos europeos, i la gran copia de erudicion que deja ver no solo en puntos exclusivamente relacionados con la interpretacion del texto, sino en todos los ramos colaterales de la filolojía; en lo cual presenta un nuevo título a la pública estimacion, pues no es poco timbre en estos tiempos de frio positivismo la abnegacion de consagrar la vida a lo que el mundo nunca llamaria una *buena empresa*, dándose a las letras no como a una provechosa especulacion, sino como a un culto puro i desinteresado. ¡Envidiable dicha la que con tamaña laboriosidad i grandeza de alma ha logrado nuestro compatriota! Yo por lo ménos no adivino otra mayor que, salvados apénas los términos de la juventud, ganar un nombre que, apareado con los de Leon, Delille, Dryden i Voss brillará por siempre en el monumento que la admiracion de los siglos ha levantado al mas dulce, al mas cristiano poeta de la antigüedad jentílica.

RUFINO J. CUERVO.

EN EL CUMPLEAÑOS DEL NIÑO

P. N. ROBERTO FREDES

(A SUS PADRES.)

I.

¡Oh! que bella es la vida de la infancia
Arrullada por cándida inocencia,
Cuando empieza dichosa la existencia
Sin amargura ni fatal dolor;
Cuando se aduerme en delicioso sueño
Recostado el infante en muelle cuna
Sin apurar de la falaz fortuna
Dolorosa i funesta decepcion!

¡Vedle dormir! su corazon no siente
De las pasiones el tremendo embate,
Por eso en calma i silencioso late
Sumerjido en arrobo celestial!
¡Ved cuál dibuja en sus rosados labios
El candor su mas púdica sonrisa,
Cómo la suave juguetona brisa
Acaricia su frente virjinal!

Quizás el ánjel que amoroso vela
Por su inocencia encantadora i pura
A su oido, benéfico murmura
Acentos de dulcísima expresion.
¡I ese otro ánjel bendito de la tierra
Que lo estrecha en sus brazos delirante,
I en su frente serena un beso amante
Imprime venturosa con pasion!

¡Ese ánjel es la madre, sér sublime
Que le idolatra con amor profundo
Para las penas mitigar que el mundo
Le ofrece cual tremenda maldicion!

¡Ella con besos su sonrisa paga
Llena de dulce, celestial encanto,
I une su llanto al dolorido llanto
Que a su alma hiere con igual dolor!

Ella su senda mundanal le muestra
Cual ánjel de dulcísimos amores,
I aparta las espinas de las flores
De este valle engañoso terrenal.
¡Oh! que bella es la vida de la infancia
Arrullada por cándida inocencia,
Cuando empieza dichosa la existencia
Sin penas, ni amargura, ni pesar!

II.

¡Oh misterios profundos de la vida!
Hoi es un niño lo que nada ayer;
¡Ayer fué esposa con pasion querida
La que hoi es madre de un pequeño sér!

¡Ayer un dia de existencia pura,
Mas hoi un año de feliz vivir,
Pasado entre el amor i la ternura
De un padre i una madre sin sentir!

¡Ah! que bello i gozoso aniversario!
¡En sus pechos palpita el corazon!
¡Cómo forman sus almas un santuario
De amor i de virtud i de emocion!

¡Ah! que dia tan grato para ellos
Que lo vieron nacer con tierno afan!
¡Qué momentos tan dulces i tan bellos
Sus almas venturosas gozarán!

¡Ellos que oyeron su primer acento
Con tranquila sonrisa balbuciar,
Que embriagados de inmenso sentimiento
Mitigaron su llanto i su pesar!

¡Mas en medio quizás de su ventura
Al contemplar su tierno sonreir
Pensarán anhelantes de ternura
Del niño en el oculto porvenir!

¿Será su vida un manantial fecundo
De dicha i gloria i sin igual placer?
¿Será de encantos un eden el mundo
Que le ofrezca mil goces por do quier?

¡Ah! nó, que al hombre la desgracia impía
Le hiere sin cesar el corazon,
I huye siempre de su alma la alegría,
Que esta vida es de llanto i afliccion!

Mas en medio este valle de amargura
Se alza lozana una bendita flor
Su fragancia esparciendo fresca i pura
Que inspira al pecho celestial amor.

¡Nace mui bella en el jardin del alma
Perfumada de dicha i de quietud,
Que es esa flor que los pesares calma
La pura, dulce, anjelical virtud!

¡Ah! que ella brote de esplendor radiante
De ese niño en su tierno corazon
I hasta el cielo bellisíma levante
Su perfume divino: ¡la oracion!

III.

¡Anjel hermoso
Que con cariño
Guardas al niño
Lleno de amor,
Impregna siempre
De tu ventura,
De dicha pura
Su corazon!

¡I que sus padres
Miren sin pena
De goces llena
Su juventud.
Pasar su vida
Con grata calma,
Henchida su alma
De la virtud!

Santiago, Junio 7 de 1875.

JUSTO MOLINA.

ESTUDIO

SOBRE

LA FRANCMASONERIA

POR EL

Iltmo. Señor Dupanloup, Obispo de Orleans.

(Traducido del orijinal frances para La Estrella de Chile.)

Todos conocen, al ménos de nombre, la francmasonería. Yo la conocia como todos; pero, desde hace mucho tiempo, deseaba estudiarla mas de cerca, i me sentia impulsado a ello por diversas causas, sobre todo despues de la famosa circular de M. de Persigny. Es incontestable, en efecto, que desde la publicacion de esa circular, la francmasonería, entre nosotros, ha tomado nuevo aspecto. Hasta entónces, envuelta en el misterio, obraba sijilosamente; pero, a favor del poderoso aliento que recibió entónces del gobierno imperial, se ha exhibido públicamente en Francia, desde esa época, i su proselitismo, siempre ardiente, aunque circunspecto, ha cobrado nuevos brios: ha publicado libros i órganos periódicos, ha fundado nuevas lojias i en gran número, ha reclutado prosélitos, levantado su bandera; i, recientemente, en una lojia, un francmason anunciaba "la rápida invasion del mundo por la doctrina masónica." (1)

Seria supérfluo, por otra parte, negar sus progresos o disimular su influencia, cada dia mayor, i la parte oculta, pero eficaz, que le corresponde en las revoluciones contemporáneas.

Cuando se observa el papel preponderante que desempeña al dia siguiente de esas catástrofes que trastornan repentina i profundamente el estado político i social de un pueblo; cuando se considera la parte que toma en esas rápidas victorias de la violencia,

(1) *Le Monde Maçonnique*, mayo, 1870, p. 118. Segun un documento, probablemente exajerado, exhibido por el mismo órgano, "existen al presente en Francia 400,000 francmasones; en este número no están incluidas las mujeres. Idem p. 212. *Le Monde Maçonnique*, que publica este documento, no lo garantiza; pero, leo en la constitucion masónica francesa, artículo 5, que ella aspira a abrazar *a todos los miembros de la humanidad.*"

en las que suministra al partido triunfante jefes i soldados; es difícil creer que no se haya mezclado en nada. El estudio que acabo de hacer me ha convencido profundamente de que, si no se descubre públicamente su accion, se notan a lo ménos extrañas solidaridades i graves responsabilidades en su contra.

No es posible, pues, que una institucion de esta especie nos encuentre desprevenidos o que trepidemos en decir con franqueza lo que creemos sobre ella.

Ha llegado la hora del deber, i creemos desempeñarlo instruyendo a los que tienen necesidad de ello, despues de habernos ilustrado nosotros mismos seriamente sobre la materia.

La masonería presenta una faz risueña i proclama principios fascinadores con los cuales alucina i deslumbra; esto explica, hasta cierto punto, el singular impulso que arrastra hácia ella a tantos hombres engañados. En verdad, siempre se han encontrado en su seno dos clases de adeptos; los que no conocen la última palabra, el fin supremo; i los verdaderos francmasones que saben perfectamente lo que hacen i lo que quieren.

Se me han hecho frecuentemente, con ocasion de la francmasonería, las preguntas siguientes: ¿Es la francmasoneria una institucion hostil a la relijion? ¿Es permitido a un cristiano hacerse francmason? ¿Se puede, a la vez, ser francmason i cristiano?

Hace algunos años, el Iltmo. Señor de Ketteler, obispo de Maguncia, uno de los mas sabios prelados i uno de los mas vastos talentos de Alemania, se vió obligado a ocuparse en estas cuestiones, i publicó un tratado especial bajo este título: *¿Un católico puede ser francmason?*

Su respuesta será la mia, i, despues del profundo estudio que he hecho, diré como él: *Nó, un católico, un cristiano, no puede ser francmason.*

¿Por qué? Porque la masonería es enemiga del cristianismo, i, en sus profundidades, una enemiga irreconciliable.

Iré mas léjos i preguntaré: ¿Puede ser francmason un hombre serio i de buen sentido?

I responderé igualmente: nó.

Examinaré despues lo que es masonería bajo el punto de vista del órden político i social.

Me apresuro, no obstante a declarar: que hablaré de la verdadera masonería i no de aquellos de sus miembros que por error o alucinacion están en ella. De estos desgraciados el Papa Pio IX decia: "que, en su engaño, podrian llegar hasta creer que la masonería es una sociedad inofensiva, que tiene por único objeto el ejercio de la beneficencia i que, por lo tanto, no puede ser peligrosa para la Iglesia de Dios."

Dejando, pues, a un lado las apariencias, los accesorios de la institucion, lo que sin duda le ha proporcionado cierto número de hombres alucinados, iré al fondo, al corazon de ella, al fin mismo que se propone, por estar allí el antagonismo radical entre

la francmasonería i la relijion; antagonismo no percibido por cierto número, pero conocido i fomentado por la mayor parte.

Se han escrito volúmenes sobre esta institucion i se pueden escribir muchos mas todavía. Yo me propongo ser breve i sencillo para colocarme al alcance de todos. Estudiaré únicamente los puntos principales, las grandes líneas que descubren el todo.

No tengo para qué ocuparme aquí de los oríjenes de la francmasonería, ni de las fases sucesivas de su historia, ni de sus diversas actitudes para con los gobiernos, ni de la política de éstos para con ella. Todas esas cosas pueden ser motivos de controversia i yo solo quiero decir aquí cosas fuera de toda contestacion i superiores a ella. Debo advertir, ademas, que hablaré principal, aunque no exclusivamente, de la francmasonería francesa i a veces de la belga; pero el estudio, cuyo resultado presento aquí, lo he hecho en verdaderas fuentes de la misma francmasonería:

En el texto de su constitucion i de sus estatutos;

En los escritos auténticos emanados de las lojias;

En los discursos pronunciados en el seno de las mas célebres asambleas masónicas;

En los diarios i revistas de la francmasonería;

I, en fin, en su accion exterior i pública.

Confío en que esta sencilla exposicion proyectará una luz radiante sobre la materia. (2)

PRIMERA PARTE.

ANTAGONISMO RADICAL DE LA FRANCMASONERIA I DE LA RELIJION.

I.

SITUACION DE LA CUESTION.

¿Se puede, a las vez, ser francmason i cristiano? Respondo: nó.

Porque la francmasonería, en su verdadero espíritu, en su esencia misma, en su accion última, es enemiga del cristianismo i, por su principio fundamental, su enemiga irreconciliable.

No tengo para que extenderme aquí sobre lo bueno o indiferente que pueda decirse o hacerse en las lojias, i que bastaria para explicar la presencia en ellas, despues como ántes del 89, de

(2) Muchos de estos documentos, absolutamente incontestables i no refutados, se encuentran en una obra mui notable, publicada en Gante por un valiente i ardoroso publicista, M. A. Neut, bajo este título: *La Francmasonería sometida a la luz de la publicidad, segun documentos auténticos*, 2 vols. en 8.° Me he servido tambien i mui principalmente de *Le Monde Maçonnique*, revista mensual, publicada por los francmasones; tambien del *Ritual del Aprendiz*, por el H.·. Ragon; de la *Revue Maçonnique*, de la *Francmaçonnerie et la Revolucion*, por el P. Gautrelet, etc., etc.

hombres absolutamente ciegos sobre el fin último de los verdaderos iniciados. *Filantropía, fraternidad, humanidad, progreso*, palabras que leo a la cabeza de la primera *Revista Masónica*, impresa en Francia bajo el gobierno de Julio, tomadas en su verdadero sentido, léjos de ser anti-cristianas, pertenecen al contrario al lenguaje cristiano: el mundo las ha aprendido de nosotros; pero la cuestion es saber cómo las entiende i practica la francmasonería en la realidad.

El artículo primero de la constitucion masónica francesa, aprobado en 1865, declara a la masonería una institucion "*esencialmente filantrópica.*"

Es notable, sin embargo, i es *Le Monde Maçonnique* quien lo asegura, que "la beneficencia no sea el fin, sino solamente uno de los carácteres, i DE LOS MÉNOS ESENCIALES de la masonería" *¡De los ménos esenciales!* no hai que olvidarlo, pues que estos mismos señores lo confiesan; pero, vuelvo a preguntar, ¿cuáles son su fin i sus carácteres esenciales?

Los masones dicen: el progreso de la humanidad. Pero ¿qué progreso? Respondo: un pretendido progreso sin relijion i contra la relijion.

Pero la masonería me detiene aquí i me dice: ¡No me ocupo en la relijion ni en el cristianismo; leed mis constituciones! Estoi a su lado; pero no le soi contraria. Respeto la fé relijiosa de cada uno de mis discípulos i no excluyo a nadie por sus creencias. Soi algo distinto de la relijion; pero no soi la irrelijion.

"Respetar todas las relijiones, no atacar ninguna, serán siempre las reglas de la masonería," esto lo encuentro sin cesar en las declaraciones oficiales; el artículo 125 de un reglamento masónico dice expresamente: "es prohibido tratar en las lojias ninguna cuestion de controversia relijiosa."

Pero, a las declaraciones, a los lemas de la francmasoneria, opongo las declaraciones hechas, los discursos pronunciados en las lojias por los jefes francmasones, i que han sido en fin publicados al principio en Béljica, en donde hace mas tiempo gozan las lojias de cierta libertad que les permite decirlo todo; libertad de que solo han principiado a gozar en Francia despues de la circular de M. de Persigny, en 1863 (3) ¿Qué es lo que veo i oigo en ellos? Explosiones de odio, gritos incesantes de guerra contra el cristianismo, *a quien deben*, dicen ellos, *respetar.*

(3) La francmasonería, dice el H.·. Félix Pyat, ha sido durante mucho tiempo sociedad secreta; pero el tiempo ha llegado en que debe marchar con la cabeza levantada i trabajar a descubierto. "La sociedad secreta, como la antigua vestal, ha guardado constantemente el fuego sagrado al abrigo de las borrascas del despotismo. Pero para alumbrar al mundo, el sol debe salir de la nube, la verdad de lo oculto i *de la lojia el trabajo.*" El *Rappel*, citado por el *Mundo Masónico*, mayo 1870, p. 162.

II.

El cristianismo, repiten sin cesar en las lojias, es una relijion *embustera, bastarda, repudiada por el buen sentido, embrutecedora* i a la cual es necesario pulverizar. *Es una confusion de fábulas, un edificio carcomido,* que debe caer para dar cabida al templo masónico. Veamos algunos textos formales, escojidos entre miles:

"*El catolicismo es una fórmula gastada, repudiada por todo hombre de sano sentido.... ¡un edificio carcomido!* ¡Desde hace diezicho siglos, la conciencia humana se encuentra en oposicion con esa *relijion bastarda* formada por los sucesores de los Apóstoles!"

"No será la *embustera relijion de los falsos sacerdotes del Cristo* la que guie nuestros pasos." (4)

Así hablaba en la instalacion de la lojia *Esperanza*, el *Gran Orador*, el H.·. Lacomblé.

Segun este *Orador*, los ministros del Evanjelio son "un partido que ha pretendido *encadenar todo progreso, extinguir toda luz, aniquilar toda libertad* para reinar con quietud sobre *una poblacion embrutecida* de ignorantes i esclavos."

"Ahora, agregaba, que la luz brilla, es preciso tener la suficiente enerjía para reunir *toda esa confusa multitud de fábulas*, a fin de que la llama de la razon *reduzca a cenizas todos estos vestijios de ignorancia i oscurantismo.*" (5)

Así habla la francmasonería; ved ahí cómo prescinde del cristianismo, i cómo lo respeta cuando en él se ocupa.

Su tema es precisamente el mismo que repite en todas partes la impiedad; el que ha repetido hasta la saciedad, por ejemplo, en esos librejos con que la revolucion i la masonería inundan a Roma en este momento, i que he tenido a la vista.

Su tema, su consigna, es precisamente la de Voltaire: *¡Destruyamos al infame!*

Esto mismo decia en Gante, el venerable de la lojia *Fidelidad*, con motivo de su instalacion:

"En vano, con el siglo XVIII nos lisonjéabamos de haber DESTRUIDO AL INFAME; el infame renace mas vigoroso...." (6)

Todos saben, por otra parte, que la masonería recibió a Voltaire en sus lojias i lo asoció a sus trabajos; i la prueba de que, fiel a las mas nefastas tradiciones, no ha cesado de combatir con Voltaire, ya solapadamente, ya a cara descubierta, pero con una perseverancia infatigable a las instituciones católicas i a toda influencia cristiana, es la proclama del H.·. Juan Macé, uno de los francmasones mas considerados en la órden, en un gran

(4) M. Neut, tomo 1.°, p. 142.
(5) Idem.
(6) M. Neut, tomo 1.°, p. 281.

banquete masónico en Estrasburgo; dicho hermano dirijió a Voltaire el brindis siguiente:

"¡A la memoria del H.·. Voltaire!.... del H.·. Voltaire, soldado infatigable: todas las batallas que empeñó N.·. H.·., las ganó en provecho nuestro." (7)

Segun el H.·. Juan Macé, *las relijiones reveladas* son *una bola* que la humanidad arrastra con el pié; pero la masonería, dice, está felizmente allí para *reemplazar a las creencias que tocan retirada.* (8)

Escuchemos ahora al último Gran Maestre de la masonería francesa, al H.·. Babaud-Laribiere, nombrado hace tres años prefecto de los Pirineos Orientales, i muerto en el desempeño de este cargo. "*La masonería*, dice, *es superior a todos los dogmas. Anterior i superior a las relijiones, ella*, siguiendo el parecer de otro hermano, *debe comunicar al mundo su vida i su impulso.*" (9)

En efecto, decia en otro discurso el mismo Babaud-Laribiere, "Los dogmas perecen fatalmente." Declaraba, pues, muerto el dogma católico, a Roma, su capital, una ciudad muerta, i presentaba francamente a la masonería como *adversaria* irreconciliable del catolicismo. "¿Cuál es la doctrina fundamental de *nuestros adversarios?* Un dogma inmutable. ¿Cuál es su capital? Una ciudad muerta." I despues de esta insolencia con el catolicismo, proclamaba a Paris por capital de la masonería i por Vaticano del jénero humano. "La masonería, *al contrario*, ha establecido su Vaticano aquí mismo, en Paris, donde las ideas bullen i se depuran como en un horno." (10) ¡Esto se decia i se aplaudia en una asamblea jeneral del Gran Oriente!

La masonería es, pues, la que debe reemplazar al cristianismo. I lo puede si lo quiere. "ORGANIZADA COMO ESTÁ, decia M. Félix Pyat, la masonería PUEDE, SI QUIERE, REEMPLAZAR A LA IGLESIA CRISTIANA." (11)

Tales son las declaraciones de estos señores.

Pero continuemos: el odio al cristianismo se acentúa mas i mas i llega, si puedo decirlo, a convertirse en monomanía.

"Se necesita enerjía para aplicar el escalpelo en el santuario de esa fé ciega *que hemos bebido en el seno* DE NUESTRAS MADRES.... NÓ; NO EXISTE DIOS REVELADOR." (12)

I en Gante, el Venerable de la *Fidelidad*, decia:

"Es necesario levantar ALTAR CONTRA ALTAR, *enseñanza contra enseñanza.*

"Debemos combatir; pero combatir con la certidumbre de la victoria."

(7) El *Mundo Masónico*, mayo, 1867, p. 25. Sabemos que todos los talleres masónicos de Paris, excepto uno solo, se han suscrito para la estátua de Voltaire.
(8) El *Mundo Masónico*, mayo 1870, p. 118.
(9) *El Mundo Masónico*, mayo de 1870, p. 118. El mismo, noviembre, 1866, p. 432.
(10) *El Mundo Masónico*, julio, 1869, p. 171.
(11) *El Rappel*, citado por *El Mundo Masónico.*
(12) M. Neut, tomo 1, p. 144.

Despues agregaba:

"¡Para ellos (los sacerdotes de Cristo) *la moral fácil i* PERVERSA! *¡Para ellos el fanatismo!* ¡Para nosotros la moral pura, el desinteres, el desprendimiento!"

"La masonería rechaza *las fantasmagorias idólatras*..... La masonería *es superior a las relijiones.*" (13)

En fin: "*Somos nuestros propios dioses.*" (14)

I la *Venta* Suprema del carbonarismo, que ha tenido siempre tan íntimas afinidades con la masonería, decia netamente:

"Nuestro propósito ulterior es el de Voltaire i el de la Revolucion: EL ANIQUILAMIENTO PARA SIEMPRE JAMAS DEL CATOLICISMO I AUN DE LA IDEA CRISTIANA." (15)

Los que creen que se puede ser a la vez cristiano i francmason, deben principiar a ver ya que esto es difícil. Pero la masonería no se atiene solamente a las palabras que resuenan en sus lojias, pues la guerra que exteriormente mantiene contra la relijion es tan encarnizada como su odio.

III.

ALGUNOS RASGOS DE LA GUERRA HECHA A LA RELIJION POR LA FRANCMASONERÍA.

Solo voi a citar aquí tres hechos, que caracterizan esta guerra, que constituye el fundamento, el último pensamiento de la masonería, hechos que no pueden dejar en pié duda alguna sobre el verdadero espíritu masónico.

Pregunto desde luego: ¿no es acaso un profundo pensamiento de hostilidad el que en 1869 hizo surjir en Bruselas, Nápoles i Paris esos *conventos* (estilo francmason) esos conventos o concilios masónicos en oposicion al Concilio Ecuménico? ¿i últimamente ese *convento* que proyectaba reunirse en la misma Roma?

Recordemos que el *convento* de Paris fué anunciado por una circular del Gran Maestre de la órden, el jeneral Mellinet, que habia sido al mismo tiempo comandante en jefe de la guardia nacional de Paris, bajo el imperio.

La circular decia así:

"MM.·. QQ.·. HH.·. (esto quiere decir mis queridos hermanos):

"La asamblea jeneral del Gran Oriente de Francia, en su última sesion, aprobó la siguiente proposicion:

"Los abajos firmados, considerando que en las presentes cir-

(13) Discurso pronunciado por el H.·. Félix Pyat Taider, con motivo de su instalacion de Venerable de la lojia *ridelidad*, de Gante. A. Neut, t. 1, p. 280.

(14) Idem.

(15) Instruccion secreta dirijida a todas las *Ventas* por la suprema Venta. La Iglesia delante de la revolucion.

cunstancias, *en presencia del Concilio Ecuménico*, que está para abrirse, *importa* a la fracmasonería AFIRMAR *solemnemente sus grandes principios, etc.*,

"Invitan al M.·. A.·. (mui alto) Gran Maestre i al consejo de la orden a convocar, para el 8 de diciembre próximo, un *convento* extraordinario de los delegados de los Talleres de la Obediencia, de los de los otros Ritos i de los Orientes extranjeros, para elaborar i votar *un manifiesto que sea la expresion de esta afirmacion.* (Siguen las firmas.)

"El Gran Maestre de la órden.--(Firmado).—*Mellinet.*"

Solo quiero notar aquí una sola cosa: es el pensamiento con que era proyectado este *convento.* Se trataba de elaborar i votar en él UN SOLEMNE MANIFIESTO que fuese ¿qué cosa? *una afirmacion de principios* que *importaba*, se decia, oponerse al *Concilio Ecuménico.* ¿Se podia declarar de un modo mas terminante el antagonismo flagrante entre la fracmasonería i la Iglesia Católica?

I si fuera posible conservar alguna duda, bastaria, para hacerla desaparecer, traer a la memoria una carta publicada entónces por Michelet i en la cual, segun él, "las manifestaciones, que importaba a la masonería hacer, EN PRESENCIA del Concilio Ecuménico, serian EL VERDADERO CONCILIO QUE JUZGARIA AL FALSO." (16)

El segundo hecho en que se revela la guerra que la masonería ha declarado al cristianismo, son los ataques contra las instituciones relijiosas, que las lojias masónicas han repetido hasta pedir SU EXTIRPACION AUN POR LA FUERZA: "LA HIDRA MONACAL," así las designaba el Venerable de la lojia *Tres Amigos;* i otro Venerable, en el discurso de instalacion de su *veneralato*, apropiándose *esta feliz expresion:* "LA HIDRA MONACAL" esclamaba "¡esa hidra, *tantas veces destruida*, nos amenaza de nuevo con sus repugnantes cabezas!"

En otro discurso agregaba, en medio de frenéticos aplausos:

"Tenemos el derecho i el deber de ocuparnos en ella i seria preciso que el pais entero concluyera por hacerse justicia, AUNQUE TUVIESE QUE EMPLEAR LA FUERZA PARA CURARSE DE ESA LEPRA." (Bravos) (17)

I ¿qué decir ahora de esas cofradías masónicas, en que se obligan formalmente los asociados a no aceptar el bautismo ni el matrimonio relijioso; ni sacerdote junto al lecho de los enfermos; en que se llega hasta hacer obligatoria la intervencion de los Hermanos en la última hora, colocándose entre el moribundo i su familia para arrebatar a aquél la libertad de un arrepentimiento posible en aquella hora solemne, dejándolo morir impenitente, pero cumpliendo con sus sacrílegos compromisos?

¿En dónde, pues, ha nacido esta horrible secta de solidarios, que parece haberse atribuido la mision de inmolar la esperanza, en lo que ella llama lo desconocido eterno, que precede al na-

(16) Carta de 24 de octubre de 1869, publicada por todos los diarios.
(17) M. Neut, tom. 1, páj. 180.

cimiento, i la nada eterna que sigue a la muerte? En las lojias masónicas de Béljica, de donde pasó con rapidez a las de Francia. Mui pronto, en efecto, una lojia de Paris, la *Porvenir*, a imitacion de las belgas, creaba igualmente en su seno una comision, una cofradía de ese jénero. Veamos el artículo décimo de sus estatutos:

"Art. 10. Pudiendo el libre-pensador ser estorbado, en el momento de la muerte, por influencias extrañas (¡las influencias de la familia!) para llenar SUS OBLIGACIONES CON EL COMITÉ, entregará a tres de sus Hermanos, para facilitar *su mision en este caso*, UN MANDATO, triplicado, concediendo a éstos el derecho de protestar altamente, en caso de que, *por cualquiera razon que sea*, no se tome en cuenta su voluntad formal de ser *enterrado fuera de toda especie de rito relijioso*." (18)

¡I ellos llaman esto el *libre morir!* ¡Así encadenan de antemano la voluntad de sus adeptos! Instituyen sobre sí mismos, i en el seno de sus familias, esta repugnante intrusion, que faculta a francmasones, provistos de un *mandato omnímodo*, para decir a un padre o a una madre, a una esposa o a los hijos: "¡Este moribundo, este muerto nos pertenece! ¡Retiraos!"

El comité francmason, únicamente, velará a la cabecera de los moribundos; no habrá ya para el mason, en su última hora, ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijo, ni hermano, ni hermana, ni lazo alguno de familia o de relijion; ¡nada habrá para él sino el comité i su tiranía!

La francmasonería oficial, es verdad, se conmovió en Francia por esta pública monstruosidad, tolerada durante tanto tiempo. Por motivos de órden i de prudencia, el Gran Maestre juzgó ver en esto un atentado contra los principios masónicos, i suspendió, durante seis meses, a la lojia *Porvenir*. Pero ¿cuántas veces i en cuántas lojias i diarios masónicos no han sido proclamados los principios de los *solidarios* i de la lojia *Porvenir?*

Lo que mas aplauden los diarios francmasones, tales como *El Mundo Masónico*, es el ateismo en el lecho de los moribundos; son esas muertes sin Dios, esas partidas para la eternidad sin consuelo alguno relijioso, esos funerales sin preces: esto es lo que ese diario llama "morir sin debilidad." (19) En una sola de sus crónicas, veo relatadas i preconizadas hasta cinco muertes i cinco entierros solidarios, ¡de los cuales dos eran de mujeres! (20) Veamos en qué términos: "Ha muerto sin asistencia de sacerdotes de ninguna relijion.... Ha muerto fiel a sus principios, i fué enterrado sin sacerdotes.... Inútil es agregar que los funerales de la señora F.... fueron puramente civiles...." En otra ocasion decia: "Dos mil masones seguian el cortejo fúnebre de la señora S. C."

(18) Citado en *El Mundo Masónico*, tomo 9.
(19) *El Mundo Masónico*, nov. 1866.
(20) El mismo, dic. 1867, p. 496 i sep. 1868, p. 296.

En otro número de la misma *Revista*, leo: "Desde 1868 el H.·. Bremond, tesorero de la lojia *Eco del Gran Oriente*, tenia ya depositado en manos del Venerable de la lojia una carta, en que declaraba: "deseo ser enterrado civil i masónicamente." (21)

No me sorprendo, por tanto, al leer en *El Mundo Masónico* que la R.·. L.·. *Escuela Mutisa*, lojia infatigable, dice esta *Revista*, i que tiene por C.·. (celador o velador) al H.·. Terard, haya puesto a la orden del dia el estudio de cuestiones como ésta:

"Sobre la organizacion de los entierros civiles i masónicos." (22)

El Mundo Masónico aplaudió, naturalmente, estos versos de M. Laurent Pichat:

"No quiero cirios que en el coro en fila
Rodeen el odiado catafalco;
No quiero sacerdotes, ni su duelo,
Ni cruces blancas en mortuorio velo." (23)

¡Qué impiedades ¡ai! i que pobrezas de injenio se exhiben de ordinario en estas ocasiones entre los oradores de las lojias!

Así, en los funerales del H.·. Bremond, de que acabamos de hablar, el H.·. Pinchenat exclamaba: "El hombre muere, pero las ideas no mueren.... Pobre hermano querido, tú vivirás en nosotros...." (24)

¡Qué gran consuelo, para este pobre hermano Bremond, revivir así en el querido hermano Pichenat!

¡Qué no se hable mas de esa tolerancia i respeto por la relijion, inscritos, es preciso decirlo, tan hipócritamente en el frontispicio de la constitucion masónica!

IV.

LA FRANCMASONERÍA I LA EXISTENCIA DE DIOS.

Estrechamos mas la cuestion, i para mejor señalar la absoluta incompatibilidad del principio fundamental de la masonería con el cristianismo, veamos cómo la entienden, i hasta dónde se ven obligados, al fin de cuentas, a llevarlo: hasta el ateismo.

Sí, el principio de libertad absoluta e ilimitada de conciencia que proclama la masoneria, no le permite profesar sin inconsecuencia, no digo ya el cristianismo, sino tambien la existencia de Dios, la existencia de este dogma que ciertos masones han creido primordial de la masonería. En principio, la francmasonería

(21) *El Mundo Masónico*, julio, 1873, p. 158.
(22) El mismo, mayo, 1866, p. 33.
(23) El mismo, tomo IX, p. 197.
(24) El mismo, julio, 1873, p. 162.

es una sociedad sin fé de ninguna especie, sin ninguna creencia, ni aun la de Dios.

Esto lo han demostrado hasta la evidencia recientes discusiones celebradas en su seno i es lo que proclama con mayor elocuencia la lójica imperiosa.

Digamos algo sobre estos debates.

'‚La francmasonería es una sociedad *teista*, que recibe en su seno a hombres de *todas las relijiones, con la condicion* de que profesen el principio de la libertad relijiosa."

"Su fin, agregaba M. Enrique Martin, es el bien de los hombres i el progreso del mundo; i sus miembros son los obreros de Dios en esta empresa. La francmasonería es esto o no es nada; borrar del programa masónico *al grande arquitecto del universo* es borrar la misma masonería. Quitad al arquitecto i no hallareis ni templo ni masones....

Los ortodojos de la masonería están en su derecho rehusando el título de masones a los que rechazan al arquitecto i destruyen el templo.

Estas palabras suscitaron una tempestad en la masonería; se levantaron de todos lados masones indignados de que se hubiese podido presentar a la francmasonería como sociedad teista, creyendo en Dios, en *el arquitecto del universo*, e hicieron oir enérjicas protestas.

Un orador de una de las lojias parisienses, el H.·. Enrique Brisson, que es miembro a la vez de la asamblea nacional, acusó a M. Enrique Martin, porque proclamando que la masonería era una sociedad teista que creia en Dios, se expresaba "en un lenguaje de SECTARIO INTOLERANTE." M. Enrique Martin no ha comprendido el principio fundamental de la masonería. "Si el reconocimiento de este grande arquitecto fuese como M. Enrique Martin dice por error, primordial en la masonería, no habria entre los masones ni libertad de conciencia, ni libertad de opiniones." (25)

Otros dos francmasones que, en esta época, eran miembros del Consejo de la Orden, el H.·. Cauket i el H.·. Massol, elejido recientemente miembro del Consejo municipal de Paris, declaran que si la masonería profesara la creencia en Dios "la masonería solo seria una secta relijiosa, que, como todas, tendria sus dogmas, su ortodojía, su profesion de fé."

I citaron en apoyo de su argumentacion "un manifiesto emanado de una COMISION JENERAL masónica de 1863, cuyas conclusiones fueron adoptadas."

Este manifiesto decia:

"La masonería es una institucion *sustraida a todo yugo de iglesia o sacerdote, a todos los caprichos de las revelaciones i a todas las hipótesis de los místicos.*" (26)

(25) *Le Temps*, 4 de noviembre 1866.
(26) El *Mundo Masónico*, noviembre 1866, p. 439, 441.

¡Las *hipótesis de los místicos!* Se sabe que esto significa simplemente la existencia de Dios, declarada muchas veces *hipótesis inverificable* por el H.·. Massol, por los partidarios de la moral independiente, por los positivistas i los francmasones.

Así, pues, el manifiesto adoptado por la ASAMBLEA JENERAL masónica de 1863, declara expresamente: que la masonería es una institucion eximida del yugo, no solamente de la fé sino tambien de la simple crencia en Dios.

M. Enrique Martin parecia tener tanta mayor razon para presentar a la francmasonería como una sociedad teista, cuanto que todas sus *planchas* (es decir sus documentos oficiales) deben llevar al frente la fórmula secular: *A la gloria del gran arquitecto del universo;* i ademas porque la cuestion parecia haber sido juzgada el año anterior a favor del teismo, en el gran *convento* masónico de 1865.

Este *convento* tenia por objeto una obra capital; la elaboracion de una nueva constitucion para la masonería francesa. En esta ocasion se trataba con nuevo ardor la cuestion ya suscitada en el seno de la masonería, a saber: si ella continuaria usando en sus *planchas* sus viejas fórmulas. Miéntras que las lojias elaboraban la nueva constitucien, sobre 151 proyectos que fueron presentados al Gran Oriente de Paris, sesenta reclamaron la *abolicion absoluta de toda fórmulo que afirmara la existencia de Dios.*

Sin embargo, despues de las mas acaloradas discusiones en el seno del *convento*, la fórmula fué conservada.

Pero ¡ai! si se mantenia la vieja fórmula, la lójica estaba en su contra; porque, lójicamente la abstracion de toda creencia proclamada por la constitucion masónica como su base fundamental no le permite sin inconsecuencia prescribir como obligatoria una fórmula en que se proclama la existencia de Dios.

Por esta razon numerosas protestas se hicieron oir en el seno de las lojias.

(Continuará.)

EN LA MUERTE

DE MERCEDES CIFUENTES DE ZORRILLA.

A MIS QUERIDAS PRIMAS MERCEDES I LUISA ZORRILLA.

Alma sensible de virtudes llena,
Anjel enviado de la azul rejion
Para aliviar del infeliz la pena,
Para trocar en dicha su afliccion.

¿Dónde te encuentras hoi, amiga amada,
Madre sublime, esposa sin igual?
Ya tus hijos no ven en tu mirada
De fé i de amor el rayo celestial.

¡Ai! ya no existe! ¡Solo tu memoria
Grabada en nuestra mente quedará,
Como el recuerdo de lejana historia
Que triste el alma recordando va!

Anhelabas unirte al fiel esposo
I Dios, Mercedes, tu plegaria oyó,
Cese, pues, el acento quejumbroso,
Viva la muerte que con él te unió.

Viva la muerte, si de dicha llena
Moras hoi en la patria del Señor,
En la patria feliz do su cadena
De angustias rompe matador dolor.

Julio 18 de 1875.

HORTENCIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

LOS FUNDADORES DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Tuvo principio la Academia Española en el mes de Junio del año de 1713. Su primer autor i fundador (a quien este cuerpo confiesa agradecido deber el sér) fué el excelentísimo señor don Juan Manuel Fernandez Pacheco, marques de Villena, duque de Escalona, mayordomo mayor del rei nuestro señor i caballero del Toison de oro, en quien igualmente concurrian la grandeza en el nacimiento, las mas elevadas prendas en las virtudes morales, la constancia en las mayores tribulaciones, el ejemplo en la mas acrisolada fidelidad i una continua aplicacion a las buenas letras desde que tuvo uso de razon hasta el último término de su vida: lo que acredita bien la copiosa i selecta librería, con gran cantidad de curiosos i apreciables manuscritos, que dejó por fruto de su incesante desvelo. Debiera aquí la gratitud a su venerable memoria dejar correr la pluma en sus merecidos elojios, pero lo suspende por haber parecido mas conveniente imprimir aparte algo de lo mucho que se puede decir en su alabanza, por no interrumpir la relacion de la institucion i progresos de la Academia: permitiendo este lijero desahogo para consuelo del agradecimiento.

Este sabio héroe hallándose en los últimos tercios de su loable aplicacion, procuró i consiguió se prosiguiese, aun despues de muerto, en el estudio de la Academia, que estableció: para cuyo intento suplicó al Rei Nuestro Señor don Felipe Quinto (Dios le guarde) se sirviese de dar licencia de que se pudiese formar este congreso, a que debia preceder su real beneplácito. Concedióle su majestad con la mayor dignacion, manifestando haber tenido ántes ánimo de resolver lo mismo que entónces le proponia el marqués. Con tan soberano apoyo se discurrió en convocar personas que compusiesen este cuerpo, que (segun lo referido) tuvo primero alma que diese vida, que material sujeto en quien infundirse. Solicitó el marqués a algunos que sirviesen de primer materia a esta composicion i su grandeza, autoridad i respeto hallaron quien se ofreciese al trabajo, por honra propia i lustre de la patria, sin reparar en asunto tan árduo como el que se proponia, ni en lo difícil que es unir voluntades diversas i entendimientos distintos a una idea misma: porque todos los conformó únicamente el deseo de hacerlo mejor, i la gloria de tener parte en empresa tan vasta, que cada uno conocía i confesaba no ser bastante su esfuerzo para sostenerla. Los primeros que concurrieron con el marqués a formar las juntas hasta la de el dia 3 de Agos-

to del mismo año de 1713, que fué la primera que se puso por escrito en el libro de acuerdos, i son los que se deben tener por fundadores, fueron:

El doctor don Juan de Ferréras, cura propio de la parroquial de San Andres de esta villa, examinador sinodal de este arzobispado, Teólogo de la Nunciatura, calificador del Supremo Consejo de inquisicion i su visitador de librerias, hoi bibliotecario mayor de su majestad.

Don Gabriel Alvarez de Toledo i Pellicer, caballero del órden de Alcántara, secretario del Rei Nuestro Señor, oficial de la secretaría de Estado i primer bibliotecario de su majestad.

Don Andres González de Barcia, del Consejo de su Majestad en el supremo de guerra.

El padre maestro frai Juan Interian de Ayala, del claustro, i catedrático, primero de rejencia de filosofía i despues en propiedad, i jubilado en la de sagradas lenguas en la facultad de sagrada teolojía de la Universidad de Salamanca, predicador i teólogo de su majestad en la Real Junta de la Concepcion, padre de la provincia de Castilla del real i militar órden de nuestra Señora da la Merced, redencion de cautivos.

El padre Bartolomé Alcázar, de la Compañía de Jesus, maestro de erudicion en el colejio imperial de esta córte i cronista de su relijion.

El padre José Casani, de la Compañía de Jesus, calificador del Supremo Consejo de inquisicion, su visitador de librerías i maestro de matemáticas en el colejio imperial.

Don Antonio Dongo Barnuevo, bibliotecario de su majestad i oficial de la secretaría de Estado.

Don Francisco Pizarro, marqués de San Juan i caballero de la órden de Calatrava, i mayordomo i despues primer caballerizo de la Reina Nuestra Señora.

Don José de Solis Gante i Sarmiento, marqués de Castelnovo i Pons, caballero del órden de Calatrava, despues conde de Saldueña i duque de Montellano.

Don Vicencio Squarzasigo Centurion i Arriola, señor de la torre del Pasaje en la provincia de Guipúzcoa.

José CASANI,
de la Compañía de Jesus.

LA LEVITA DE MI AMIGO N. N.

Me encuentro en un grave apuro. Tengo que escribir. ¿Sobre qué? Ese es el busilis del cuento.

Muchos temas se me vienen a las mientes. Escojo uno, tomo la pluma, trazo algunas líneas sobre el papel; mas ¡oh fatal impotencia de mi pobre caletre! me faltan los datos, corro a buscarlos, tropiezo con que mi librería es un continente sin contenido. ¿Qué hacer en tan grave aprieto? no me queda otro recurso que abandonar la empresa, dando al traste con mi pretension de escritor.

No bien he tomado esta determinacion cuando pienso que sería un crímen de lesa literatura privar al mundo de mis luminosos escritos. Es necesario conquistar fama, digo en mi interior, i obedeciendo a ese sencillo deseo comienzo nuevamente la tarea; pero siempre con idéntico resultado.

Agotada la paciencia hago formal promesa de no tratar asuntos históricos, filosóficos, políticos, etc.: históricos porque fuera de mi propia historia no conozco otra; filosóficos porque he visto que la lójica es planta exótica en nuestra tierra, i políticos porque sobre ellos se ha dicho mas de lo necesario i aunque mi modestia se subleve, debo confesar que en esa materia no sé por donde *van tablas*.

Aburrido me lanzo a la calle i ¡oh felicidad! a poco andar tropiezo con un amigo que con aire meditabundo i metido en un sayo, a guisa de eso que llamamos levita, al punto me suministró un tema sobre qué escribir.

Ya te tengo, dije yo para mi coleto i mostrándomele sumamente amable me reia en mi interior de haber dado, i sin gran trabajo, con un tema en persona digno de Larra, Sterne i de los mas cáusticos humoristas.

Pongamos punto final a la introduccion i pasemos a describir a grandes rasgos lo que era la levita de mi amigo.

Entrando de lleno en la cuestion diré que era uno de esos trajes *sui generi* que, a las veces, resisten a la mas minuciosa clasificacion. Era una de esas levitas que han dado en llamar "de artistas;" mal plegada al cuerpo, mangas hasta mas allá de los dedos, cuello elevado i sirviendo de sosten a una poblada i descomunal melena i, por fin, largos i traviesos faldones semejantes a los que llevan en sus libreas los aurigas de nuestra nobleza. Por una notable imprevision o, mas bien, por un imperdonable olvido de las reglas de la lójica, sucedia que era la levita quien parecia arras-

trar a mi amigo i no él quien llevaba a la primera, o si se quiere, como dice Larra, era aquello un *Tripas llevan piés.*

¡Oh una i cien veces afortunada levita de mi amigo! Préstale eternamente tus servicios, ya que habiendo nacido poeta necesita de tí para cubrir su raida ropa i los tintes grises de su epidermis. No en balde el fabricante, contra su costumbre, anduvo demasiado pródigo al darte tan colosales dimensiones porque iba a ser tu destino cubrir con tus pliegues el cuerpo de un poeta; ya que mi amigo vino al mundo con ese don fatal. Sí, cumple tu alta mision i practica la caridad cubriendo, yo te lo ruego, la figura asaz contrahecha del cuerpo de ese amigo de mi corazon. No te avergüences porque carga contigo un hijo de las Musas, pues aunque estés destinada a ser eterno recipiente de la mugre i del polvo, en cambio jamas la escobilla pondrá en claro con su ruda aspereza el tejido de tu tela. Conquistarás gloria i fama a la par que tu dueño i si los hados te son propicios, te llevará sobre sus espaldas cuando su mérito lo haya hecho acreedor a ocupar un puesto entre las donosas ninfas del Helicon.

Por un olvido que quizás tenga algo de voluntario habia omitido decir a mis lectores que el personaje en que me ocupo era uno de esos poetas raros i extravagantes que con tanta fidelidad nos ha retratado Horacio.

Alguien dirá: acabáramos; ¿a qué hablar de la levita de un poeta cuando ese traje es tan conocido i, en cierto modo, participa de las cualidades del sér que carga con él? Alto ahí, digo yo a mi turno: no sé donde esté la poesía. ¿Consistirá acaso la cadencia en el volar acompasado de los faldones al caminar? ¿El ritmo en la precision sin igual con que están calculadas las distancias entre boton i boton o entre el cuello i ámbas puntas de las colas?

Pasemos adelante.—Segun confesion de mi amigo i hasta en esto se mostró poeta i poeta de corazon, contenia de ordinario su levita: en el lado derecho i en un espacioso bolsillo a guisa de maleta, llevaba, por costumbre como él decia: un tomo de *La Divina Comedia*, otro de las poesías de Becqer, otro de Alfredo de Vigni, otro de Lord Byron, otro de Enrique Heine, i por fin, *¡mirabile dictu!* un voluminoso diccionario de la rima. Este último estaba almacenado con el fin de salvar uno de tantos trances apurados, de esos que con frecuencia ocurren a los poetas.

Al lado izquierdo i en una estensa morada habitaban en dulce armonía diversos rollos de papeles de música, eran ellos: *La sonata patética* de Bethoven, *Ultimos pensamientos* de Weber, *Un nocturno* de Schubert, una misa completa del maestro Verdi i *tutti quanti.*

Descendamos a los confines inferiores. Habia allí: dos pañuelos, una caja con insectos disecados, pinzas para el uso de los mismos, lápices, cuerdas de instrumentos, i allá en el fondo de

aquel abismo reposaban en completa calma los manuscritos de las obras de nuestro amigo.

Por lo visto mi amigo era un portento: poeta, músico, pintor, naturalista i por fin filósofo, título que yo le doi por su graciosa i nunca vista despreocupacion.

¡Cuán digno de alabanza no era su amor por las ciencias, llevado a tal extremo que lo obligaba a cargar con todas ellas al parecer sin mayor trabajo!

Dando por terminado mi trabajo i deseando hacer un elojio a mi amigo para que no me llame a cuentas por lo que he dicho sobre su incomparable levita, agregaré de mi propia cosecha una moraleja que segun creo, viene mui a pelo para el caso presente:

Vale mas pasar por raro i extravagante si esas dos cualidades provienen del amor a la ciencia i al estudio, que parecer amanerado i egoista pasando los dias, los meses i los años contemplándose el rostro en la luna de un espejo i la figura en la sombra que proyecta su *humanidad* en la luz del sol.

P. d.—Nadie se apresure a ponerse el sayo.

Julio, 1875.

ANÍBAL SANFUENTES.

COMO SE HIZO CRISTIANO EL MUNDO.

I.

EL REI.—Condúzcasele al tribunal, quiébrensele los dientes, pero uno despues de otro, a fin que el suplicio dure mas tiempo; que se le despedazen las carnes con peines de acero, pero teniendo cuidado de que viva todavía mas. Lo hareis sentarse en seguida sobre una silla abrasada, que es invencion mia, i le rompereis los huesos de las piernas con barras de fierro. ¡Id, pues!

EL MÁRTIR.—¡Oh, gran rei, cuán bueno eres en conducirme al cielo por una senda tan deliciosa.

EL REI.—¡Vanas bravatas! Vas a sufrir, i miéntras tanto yo estaré de fiesta. Si esta tarde me queda un momento, iré a verte

sobre el trono brillante que te he preparado. *(Aquí el rei se digna reir.)*

El Mártir.—Esa silla abrasada será en efecto mi trono para la eternidad: *Misericordias Domini in æternum cantabo.*

II.

UNA HORA DESPUES.—LA PRISION.

(El mártir, todo ensangrentado, es arrojado sobre un monton de paja por los verdugos que acaban de atormentarle. Se siente a lo léjos la gozosa conversacion del rei i sus cortesanos.)

El Mártir.—*(Se arrodilla.)* ¡Oh, Dios mio, divide en dos partes la sangre que voi a derramar. Acepta la primera en expiacion de mis crímenes, i dígnate recibir la segunda por ese ciego rei i su pueblo, a fin de que vean la luz de vuestra cruz, oh Jesus, i que se arrodillen como yo a los piés del sola verdadero Rei, del solo verdadero Maestro, del solo verdadero Dios. *(El mártir ora en seguida; levanta una de las piedras de su prision i saca de debajo la sagrada hostia que eleva sobre su cabeza.)* *O salutaris hostia!* Hé aquí a mi Dios prisionero conmigo, o mas bien héme aquí libre con mi Dios. Hé aquí el único alimento de que tengo hambre. Hé aquí mi Rei, mi Maestro i mi Dios.

(Hace los actos preparatorios de la comunion i comulga.—Se siente ruido en la puerta.)

Es quizas el rei quien viene. ¡Ah! puedo morir ahora. Estoi cerca de mi Dios, estoi con Dios, estoi en Dios.

(Entra una jóven.)

El Mártir.—¿Quén eres?

La Jóven.—Soi la hija del rei... ¿No me conoces?

El Mártir.—Jamás te he visto...

La hija del Rei.—Pero yo te he visto. He pasado involuntariamente cerca del lugar en que tú sufrias. ¿Ves? esta gota de tu sangre ha caido sobre mi vestido.

El Mártir.—¿Qué vienes a hacer aquí?

La hija del Rei.—A preguntarte...

El Mártir.—¿Qué?

La hija del Rei.—Quién es tu Dios. Desde que he recibido esta gota de tu sangre, no sé lo que pasa por mí. Tengo hambre, pero no es mi cuerpo el que la sufre, es mi alma...

El Mártir.—I ¿qué alimento necesitas?

La hija del Rei. - La verdad.

El Mártir.—¡Oh! qué bella hambre es esa ¡hermana mia!

La hija del Rei.—¿Por qué has sufrido tanto, i con tanto valor?

El Mártir.—Por Dios, hija mia, por un Dios que ha sufrido hasta la muerte.

La hija del Rei.—¿Entónces tu Dios quiere que suframos?

El Mártir. Lo quiere, a fin de que seamos mas felices en el cielo, despues de haber expiado nuestros pecados, i de haberlo imitado en la tierra; i....

La hija del Rei. —¿I por qué mas?

El Mártir.—A fin que podamos expiar los pecados de los otros.

La hija del Rei.—Puede entónces una hija expiar los pecados de.....¿Cómo diré?

El Mártir.—¿Los pecados de su padre? Sin duda, ella atrae la gracia sobre esa cara cabeza ofreciendo la suya a la corona de espinas i su alma a la espada de dolores.

La hija del Rei.—¡Qué felicidad! yo salvaré a mi padre..... ¡Enséñame tu relijion! yo quiero pertenecer a ella!

(El Mártir la hace sentarse cerca de él i le enseña el catecismo.)

III.

AL DIA SIGUIENTE.—EL LUGAR DEL SUPLICIO.

El Mártir.—*Cantate Domino canticum novum.* Voi a morir.

El Rei.—¡Deguéllesele!

La hija del Rei.—¡Deteneos, deteneos! ¡quiero morir con él: soi cristiana!

El Rei.—¡Está loca, llevadla a su casa i llamad a los médicos!

La hija del Rei.—Ayer era cuando tenia necesidad de médicos. I en efecto, ha venido uno que con una sola de sus miradas me ha sanado. Es el médico de las almas, es Jesus, es Dios quien me ha tocado los ojos, i he visto.

He visto que vuestros ídolos son embusteros, he visto que vuestros dioses son impostores, he visto que no hai mas que un solo Dios creador, encarnado i redentor; es en ese Dios en quien creo; es en esta fé en la que yo me glorío de morir. No siento mas que una sola cosa en la tierra i es que mi padre queda en la ceguedad, pero espero que mi sangre le abrirá los ojos i verá luego la eterna luz. ¡Yo quiero morir con él: soi cristiana!

(Se arroja a los piés del Mártir, que la bendice.)

El Rei.—¡Encadenadla, está loca, i atormentad a ese miserable que la ha pervertido!

(Se apoderan de la jóven, pero ella se escapa al momento en que van a herir al Mártir. Se arrodella a sus piés. La espada la atraviesa, i muere.

Las almas de los dos mártires salen de sus cuerpos bajo la forma de dos palomas.)

IV.

UN MES DESPUES.

(Un baustisterio.—El obispo revestido con sus ornamentos pontificales recibe al rei en la puerta; multitud inmensa.)

El obispo. ¿Qué quieres, hijo mio?

El rei.—El bautismo, padre mio.

El obispo.—¿Qué significan esos soldados que vienen tras de tí?

El rei.—Son cinco mil hombres de mi ejército que quieren ssr bautizados junto conmigo.

El obispo.—¿Cuál es vuestra creencia?

El rei.—Creemos en la Santa Iglesia Católica Apostólica, Romana.

Numerosas voces.—Sí ¡viva la Iglesia!

El obispo.—¿Qué son esos dos cofres, cubiertos de oro i pedrerías que tus servidores traen en medio de la multitud?

El rei.—¡Ah! padre mio, son las reliquias de dos mártires, de un santo sacerdote i de mi hija que he....

El obispo.—¡Olvidad que habeis perseguido a la Iglesia!

El rei.—Quiero recordarlo, al contrario, en presencia de los cuerpos sagrados de aquellos a quienes debo la fé. Cuando mi hija fué herida cerca de su confesor, una gota de su sangre cayó sobre mi frente. No sé lo que pasó por mí, al punto tuve hambre. Pero no era mi cuerpo el que tenia hambre: era mi alma....

El obispo.—¿I de qué estabas ansioso, hijo mio?

El rei.—De la verdad. Reflecioné, oré, i creí. I hé aquí que vengo a pediros el bautismo.

Voces de la multitud.—¡El bautismo! ¡el bautismo!

El obispo, *(abriendo las puertas del bautisterio.)*

¡Entra, pues, sumérjete en las aguas de la salvacion, entra esclavo del demonio! ¡Sal, hijo de la Iglesia rei católico, esperanza del cielo!

Leon GAUTIER.

BIBLIOGRAFIA SUD-AMERICANA.

I.

Un seglar católico de Montevideo distinguido por su caridad i su saber acaba de dar a luz en aquella capital un libro notable que se intitula *Divinidad de Jesucristo.* (1)

A alguien hemos oido decir que al presente es extemporáneo e inoficioso hacer gasto de talento, de erudicion i de trabajo para defender la divinidad de Jesucristo; pero, a nuestro juicio, quien tal piense está en un error. Todavía resuenan en Europa las blasfemias de Strauss i de Renan, que tuvieron eco en el orbe entero. Las sectas protestantes, apesar del falso nombre de cristianas que se dan, han llegado por el camino del libre exámen i de la rebelion contra el majisterio infalible de la Iglesia Católica, hasta negar, por boca de sus pastores, el dogma fundamental del cristianismo, la divinidad del Cristo. La incredulidad contemporánea ¿qué otra cosa es sino una colosal herejía que niega i combate ese mismo dogma, base i cimiento de la relijion revelada? Hoi mas que nunca se necesita proclamar i defender la divinidad de Jesus, hoi que el mundo entero arde en persecuciones contra la obra del Cristo, contra su Iglesia, sus enseñanzas i sus preceptos. Cuando el dogma de la divinidad de Jesucristo esté en la intelijencia i el corazon de los hombres i de los pueblos, habrá desaparecido todo error, habrá cesado la persecucion de la verdad, ésta triunfará, reinará i hará la felicidad de los hombres i de las naciones. Si Jesus era Dios, sus enseñanzas i sus leyes, son enseñanzas i leyes de Dios, i ante ellas deben doblar la cerviz i rendir el corazon hombres, pueblos i reyes. Si Jesus era Dios, la Iglesia, su obra i su continuadora, es divina i debe ser, como tal, acatada i obedecida en el mundo. La doctrina católica es un majestuoso edificio en que cada piedra va descansando en la otra i en que, removida la piedra angular del cimiento, la fábrica toda viene por tierra.

El respetable autor del libro en que nos ocupamos i cuyo nombre sentimos no poder publicar, ha realizado con brillo la tarea de compendiar la pruebas de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. En ese libro hai meditacion, estudio, erudicion, método i victoriosa fuerza de conviccion; honra al talento de su autor, honra a la patria de éste i honra a la causa católica. Valiente i

(1) 1 vol. en 8.° mayor de 259 pájs.—Montevideo. Imp. del Globo.—1875.

honrada proclamacion de fé, en estos tiempos de escepticismo brutal i burlon i en aquel desgraciado pais en que parece estar todavía la restauracion católica tanto o mas léjos que la restauracion de la paz i del órden político, la *Divinidad de Jesucristo* es un buen ejemplo, un consuelo i una hermosa esperanza.

En tres partes está dividido el sabio libro de que hablamos. En la primera se comprueba la divinidad de Jesus con los elocuentes testimonios de los mas eminentes injenios de nuestro siglo i aun con argumentos suministrados por los escritos de los mas famosos impíos que han negado aquel dogma. En la segunda se demuestra la divinidad de Jesus Nazareno con las mas luminosas concordancias del Antiguo i del Nuevo Testamento, especialmente con las profecías. En la tercera i última, se evidencia la Divinidad del Cristo con el texto de los Evanjelios.

Puede decirse, pues, que la *Divinidad de Jesucristo por un católico de Montevideo* es el resúmen i como la condensacion de las jigantescas controversias de que desde hace 18 siglos viene siendo objeto el dogma de la Divinidad de Jesus.

Strauss, lleno el corazon de odio satánico i encontrándose impotente para oscurecer la divinidad de Jesus, dadas las profecías i dado el Evanjelio, negó hasta la verdad histórica de la existencia de Jesus. Renan, no ménos impío pero mas torpe, admite la existencia de Jesus i pretende arrebatarle su divinidad. El del primero es un escepticismo grosero, desesperante, que, comenzando por hacer dudar al mundo del testimonio histórico, lo arrastraria a hacerle dudar hasta de propia existencia. La posicion de Renan es insostenible: si Jesus existió i fué tal como lo pinta el testimonio histórico, i Jesus no fué Dios, fué el mas detestable de los impostores i no el hombre modelo, el prototipo de la sabiduría i de la virtud, como quiere Renan. El autor de la *Divinidad de Jesucristo*, refuta i pulveriza en la primera parte de su libro las blasfemas negaciones de Strauss, de Renan i de sus secuaces de segundo órden. De las propias doctrinas i de las propias palabras i confesiones de todos ellos deduce irrefragables i espléndidas pruebas de la divinidad de Jesucristo.

Probada hasta la evidencia en el terreno del raciocinio i del buen sentido la mala fé i la falsedad de la doctrina que niega la divinidad de Jesus, vienen las pruebas positivas deducidas de los libros santos.

Las objeciones que la impiedad ha hecho i hace contra la autenticidad, veracidad i divina inspiracion de los libros santos no pueden resistir a las pruebas irrecusables que ha deducido la controversia cristiana. Que esos libros son auténticos i veraces es un hecho de primera evidencia para el mundo civilizado i cristiano, hecho que solo se ha atrevido a contradecir uno que otro descreido blasfemo i delirante. Ahora bien: si la Biblia es auténtica i veraz, si ha sido dictada por el mismo eterno Espíritu de Verdad ¿cómo negar la divinidad de Jesus despues de comparar i

concordar el Antiguo con el Nuevo Testamento, la historia profética i la historia evanjélica de la vida de Jesus? ¿Cómo no rendirse a esa deslumbradora claridad?

Los profetas parecen mas bien acordarse que adivinar la vida de Jesus; no escriben profecías sino Evanjelios, i con tal exactitud, con tal minunciosidad han escrito siglos de siglas ántes cada uno de los pasos de Jesus de Nazaret, cada uno de los rasgos de su fisonomía, cada uno de sus milagros i de sus dolores, que es imposible no ver la perfecta identidad del Mesias suspirado por los hijos de Israel i anunciado por todos los profetas, i el hijo de María. Sí; Jesus llena todo el antiguo Testamento desde el Paraiso Terrenal hasta el pesebre de Belen. Sí; Jesus llena la eternidad, desde perdurables siglos de siglos ántes de Adan hasta el siglo presente en que la divina e imponente figura del Cristo fulgura, irradia i reina sobre el universo mundo, apesar i por encima de todas las soberbias, de todas las rebeliones, de todas las locuras i de todos los odios de este tiempo; el Cristo lo llena todo, no hai nadie que no lo vea, unos para amarlo i adorarlo, otros para aborrecerlo i moverle satánica, rabiosa e impotente guerra; todos lo ven i lo verán eternamente, mal de su su grado, porque Jesucristo Dios vive i vivirá *heri, et hodie et in sæcula!*

II.

Nos escriben de Popayan (Colombia) lo que sigue:

"Talvez Ud. sabrá ya por medio de El Cauca que mui pronto daré a la estampa una coleccion escojida de poetas caucanos antiguos i modernos, en la cual figurarán los nombres de Julio Arboleda, Jorje Isaacs, César Conto, Ricardo Carrasquilla, Adolfo Valdes, Manuel Pombo, Eustaquio Palacios, José Francisco i Próspero Pereira i los de muchos otros."

Debemos la noticia anterior al señor Redactor del interesantísimo periódico granadino El Cauca. La obra que nos anuncia será mui importante i llena de interes para todos los sud-americanos; basta para cerciorarse de ello, leer los nombres de los acreditados poetas cuyas producciones van a tener cabida en la coleccion anunciada. Las personas que deseen adquirirla pueden encargarla por conducto del editor de La Estrella de Chile.

Santiago, 7 de Agosto de 1875.

Rafael B. GUMUCIO.

CRISTO.

(A MI APRECIADO AMIGO EL REVERENDO PADRE FRAI HIPÓLITO DIAZ H.

I.

Mostrando en su semblante
Espléndida alegría
I poblando los aires
Con los acentos que el placer inspira;

Ajitando en sus manos
Olivos a porfía,
Al compas de mil cantos
El pueblo de Judá corre i se apiña.

¿Por qué júbilo tanto?
¿Por qué tanta alegría?
Es que el Rei que anunciaba
La voz de los profetas se aproxima.

Corred, corred, ¡oh, pueblos!
I tended al Mesías
Con perfumadas flores
Bellas alfombras de su planta dignas.

I con verdes olivos,
I palmas amarillas,
Dad benéfica sombra
A su frente inspirada i bendecida.

La púrpura de Tiro
Con su traje no brilla,
Ni en su diestra reluce
Espada vencedora en sangre tinta.

No gasta réjio casco
Ni corona magnífica,
Ni su mano dirije
De arrogante corcel dorada brida.

Ebrias por la victoria
Tras El no se divisan
Lejiones de guerreros
De sangre, polvo i de sudor teñidas.

El Redentor del mundo
A Césares no imita,
I en un flaco jumento
Hácia Jerusalen ledo camina.

No ostenta en su vestido
Telas ni piedras ricas,
Ni su carro triunfante
Turba de esclavos fatigados tiran.

Porque es de mansedumbre
I de humildad magnífica,
La mision que de Cristo
La dulce planta por la tierra guia.

A predicar El viene
La relijion tranquila,
I sus pasos señalan
Prodijios mil que por do quier admiran.

A los tullidos sana,
A los ciegos da vista,
Mejora a los leprosos
I a los pálidos muertos resucita.

Por eso ajita palmas
El pueblo, i a porfía
Arrojando sus capas
Al mirar a Jesus:—"¡Hossanna!"—grita.

II.

Del Gólgota en la cumbre se levanta
De redencion el venerado signo,
E imbécil turba blasfemando goza
¡Al mirar de la cruz pendiendo a Cristo!

A Cristo a quien no ha mucho recibieron
Batiendo palmas i batiendo olivos,
I repitiendo con acento grato:
—"Hossanna! ¡Hossanna al Salvador bendito!"

El Mártir resignado los contempla,
I, al verse de tal suerte escarnecido,
Con sublime fervor estas palabras
Alza al Eterno con acento pio:

—"*Perdónalos, Señor, porque no saben*
Lo que hacen," i luëgo arrepentido
Dímas exclama contemplando al Mártir:
—"Acuérdate de mí en el Paraiso."

I estas palabras de consuelo envia
Jesus desde la cruz, al que rendido
Demandaba su amparo:—"*Allá en el cielo*
Hoi conmigo estarás, en verdad digo."

I mirando a María que lloraba
En union al mejor de sus discípulos,
Designándole a Juan, dice a su madre:
—"*Alivia tu dolor, te queda un hijo.*"

I volviendo hácia Juan los tristes ojos:
—"*A tu madre hé ahí*," le dice Cristo,
I al hablar de esta suerte le indicaba
A María, la gloria del Empirio.

I sucede tambien que estando cerca
La hora de morir, exclama:—" *Dios mio,*
Dios mio, ¿por qué me has desamparado?"
El santo Mártir de dolor transido.

—"*Sed tengo*," exclama luego, i los incrédulos
Gozan i rien con tan cruel martirio,
I le dan a beber hiel i vinagre
¡Al que formó los mares i los rios!

—"*Todo está consumado*," agrega, i luego
Inclinando la frente entristecido
Al peso del dolor:—"*Padre, encomiendo*
Mi espíritu en tus manos," dice Cristo....

¡I la tierra tembló con rudo estruendo!
I cual montañas de elevada cumbre
Hinchó sus olas con furor tremendo
El ajitado mar! I el sol brillante
En tinieblas trocó su hermosa lumbre!
Quísolo Dios así.... Mas, desde entónces,
I de edad en edad, de siglo en siglo,

Lo que ántes era cruel padron de infamia
Es del cristiano venerado signo.

¡Salud, fuente de fé, árbol bendito
Regado por el llanto de María,
Brillante antorcha del fatal proscrito,
Que errante cruza por la mar bravía
Del mundo engañador; do quier que alcanza
Tu divino poder va la esperanza.
¡Salud, bendita cruz, grato consuelo
Del alma triste que ambiciona el cielo!

ROSENDO CARRASCO.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

JULIO.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Complemento al estudio de la jeografía descriptiva.—1 vol. en 8. ° —1. ª entrega hasta la páj. 40.—Imprenta *Santiago.*

Congreso de agricultores.—Antecedentes.—1 vol. en 4. ° mayor de 7 pájinas.

Estatutos jenerales para el réjimen de los estudios de toda la Orden de Menores, etc.—1 vol. en 4. ° de 11 páj.—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Alegato en favor de los derechos del Ilmo. i Rmo. Señor Arzobispo de Santiago, etc., por don José Clemente Fábres.—1 vol. en 8. ° de 95 pajs.—Imprenta de *El Independiente.*

Matrícula de las profesiones e industrias sujetas por la lei al pago de patente.—Departamento de Santiago.—1 vol. en 4. ° mayor de 49 pájs.—Imprenta de *La República.*

Noticia preliminar del censo jeneral de la República levantado el 19 de abril de 1875.—1 vol. en 4. ° menor de 80 pájs.—Imprenta de la Libreria de *El Mercurio.*

Reglamento de la Congregacion de las Hijas de María, etc.—1 vol. en 18. ° de 44 pájs.—Imprenta del *Correo.*

Historia de Chile durante los cuarenta años, etc., por don Ramon Sotomayor Valdés.—Entrega 3. ª del primer tomo desde la páj. 201 hasta la 304 en 4. °—Imprenta de *La Estrella de Chile.*

Los triunfos i percances de una coqueta, novela por el autor de *Una beata i un bandido.*—Las entregas 1. ª a 10. ª desde la páj. 1. ª hasta la 120 en 4. °—Imprenta de *Schrebler.*

El negro Francisco, novela por Antonio Zambrana.—Entrega 5. ª desde la páj. 87 hasta la 110 en 4. º—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Historia de Santa Mónica por Bougaud traducida por Ruperto Marchant Pereira.—Entrega 5. ª desde la páj. 143 hasta la 190.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

El capitan Sambruno o el Escarmiento de los Talaveras, novela histórica por Liborio E. Brieba.—Entregas 66 a 78 desde la páj. 337 hasta la 144 del tomo 3. º i último en 4. º—Imprenta de *Schrebler*..

César el pirata o episodios del sitio de Chillan en 1813.—Novela histórica orijinal de Estéban Alejandro.—Las entregas 1. ª a 4. ª desde el principio hasta la pájina 48 en 4. º—Imprenta *Agrícola*.

VALPARAISO.

Defensa de los propietarios rurales de las secciones 4. ª, 5. ª, 6. ª i 7. ª *del departamento de Vallenar*.—1 vol. en 8. º—Imprenta de *La Patria*.

Documentos municipales i administrativos de Valparaiso.—Tomo 1. º—1 vol. en 4. º de 867 páj.—Imprenta de *El Mercurio*.

Estadística comercial de la República de Chile correspondiente al año de 1874.—1 vol. en folio de 286 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Estatutos modificados de la compañía Ferrocarril de Coquimbo.—1 vol. en 8. º—Imprenta *Colon*.

Estatutos de la sociedad anónima Compañía de Salitres i Ferrocarril de Antofagasta.—1 vol. en 4. º de 23 pájs.—Imprenta *Colon*.

Los mártires del amor, por Aristides de Ferrari.—Entregas 1. ª, 2. ª i 3. ª desde la pájina 1. ª hasta la 96.—En 4. º—Imprenta de *La Patria*.

Himnos para el uso de las iglesias evanjélicas de Chile.—1 vol. en 8. º de 79 pájs.—Imprenta *Colon*.

Informe presentado al Ministerio de Hacienda por el presidente de la Comision de Reforma del reglamento de aduanas.—1 vol. en 4. º mayor, de 17 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Impuesto agrícola.—Rol de contribuyentes de Chile segun la lei del 18 de junio de 1874.—Un grueso volúmen sin numeracion de pájinas.—Imprenta de *La Patria*.

Oraciones.—1 vol. en 8. º de 8 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

Quevedo, novela por Francisco de Orellana.—2. ª parte.—Entregas 49 a 52 desde la pájina 385 hasta la 451.—En 8. º—Imprenta de *La Patria*.

Pájinas literarias, por A. J. V.—Miscelánea de composiciones. 1864-74.—1 vol. en 4. º mayor de 240 pájs.—Imprenta *Colon*.

Report of the british benevolent society of Valparaiso for to year 1874.—1 vol en 4. º de 16 pájs.—Imprenta de *El Universo*.

Resúmen comparativo de la estadística comercial de Chile correspondiente al año de 1874.—1 vol. en 4. º de 20 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Handbook of Chilian bonds & securities, Squire & Price.—1 vol. en 4. º de 11 pájs.—Imprenta *Albion*.

Catecismo de la doctrina cristiana, por Francisco de Paula Taforó.—1 vol. en 8. º de 86 pájs.—Imprenta *Albion*.

Tarifa de avalúos que deberá rejir en las aduanas de la República de Chile desde el 1. º *de enero de* 1875.—1 volúmen en folio de 85 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

Vijésima cuarta memoria presentada por el directorio de la Compañía del ferrocarril urbano de Valparaiso, etc.—1 vol. en 4. º de de 15 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

Unione italiana.—Societá de mutuo soccorso.—Statuto e rigolamento.—1 vol. en 4. º de 22 pájs.—Imprenta de *El Universo*.

Teneduría de libros por partida doble, por Manuel Antonio 2. º Alvarez.—1 vol. en 4. º de 137 pájs.—Imprenta *La Patria*.

El Candidato sultan, por Aristides.—1 vol. en 8. º de 23 páj.—Imprenta de *La Patria*.

Nuevo método de caligrafía elemental, por José O. Carrasco.—1 vol. en 4. º de 17 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Compañía de gas de Valparaiso.—Memoria presentada a la asamblea jeneral de accionistas el 15 de julio de 1875.—1 pliego en folio de 2 pájs.—Imprenta de *La Patria*.

ACTO LITERARIO-MUSICAL.

No hace mucho tiempo, el benemérito Director i Fundador de la Casa del Patrocinio de San José, señor presbítero don Blas Cañas, pidió al "Círculo de Colaboradores de LA ESTRELLA DE CHILE" que se hiciera cargo de la organizacion de un Acto Literario-Musical que solemnizase la distribucion de premios de este año i el aniversario de la fundacion de aquel santo asilo contra la orfandad i la miseria.

El "Círculo de Colaboradores de LA ESTRELLA DE CHILE" acojió con entusiasmo tan honrosa proposicion. El "Círculo" deseaba manifestar de algun modo el alto aprecio i la sincera admiracion que, junto con la sociedad toda, profesa al sacerdote de insignes merecimientos que ha formado de la nada, puede decirse así, dos bienhechores asilos para las desgraciadas criaturas que, en la aurora de la vida, víctimas del dolor, desconocidas i despreciadas por el mundo, caminan a la perdicion de sus almas i de sus destinos. El "Círculo," núcleo de la juventud católica que cultiva las letras, no podia ménos de prestar toda su cooperacion a la benéfica obra relijiosa i social que simboliza la Casa del Patrocinio de San José.

El Acto Literario-Musical, cuyo éxito feliz es debido en gran parte a la laboriosidad e intelijencia de la comision del "Círculo" nombrada al efecto, se verificó el Domingo 15 del presente, dia que segun hemos dicho, es el aniversario de la fundacion de la Casa del Patrocinio.

El espacioso segundo patio del establecimiento se hallaba convertido en un vasto salon, sencilla i elegantemente adornado.

En un estremo se veian colocados los sillones preferentes de la presidencia. En el otro se levantaba el tablado en que debian pronunciarse los discursos.

Una concurrencia numerosísima de cuanto Santiago tiene de mas distinguido en ilustracion, en juventud, belleza i consideracion social, ocupaba completamente el recinto.

Presidia el acto el señor Vicario Jeneral del Arzobispado, prebendado doctor don Jorje Montes.

Hecha la distribucion de premios a los niños asilados, el señor don Abdon Cifuentes, miembro honorario del "Círculo," tomó la palabra para ofrecer el Acto al Director de la Casa del Patrocinio.

La presencia del señor Cifuentes fué saludada por los unánimes i calorosos aplausos del concurso, aplausos que interrumpian a cada instante la palabra tan elocuente como autorizada del orador.

El señor presbítero don Alejandro Larrain pronunció en seguida un notable discurso, en que con una vasta i profunda eru-

dicion demostró la futileza i sinrazon del cargo de oscurantismo que a la Iglesia enrostra la mala fé de sus enemigos.

Esta interesante disertacion fué varias veces aplaudida.

El señor presbítero Rivéros desarrolló en su bello discurso el cuadro de los inmensos beneficios que la Iglesia en todo tiempo ha prestado a los desvalidos, llevando el consuelo al desgraciado, la ciencia al ignorante, el bien a la humanidad entera. El señor Rivéros recibió de la concurrencia merecidos aplausos.

Rafael B. Gumucio interesó vivamente con el fuego i la enerjía de su palabra siempre dispuesta a celebrar los triunfos i a defender los derechos del catolicismo, lo que arrancó repetidas muestras de aprobacion i de entusiasmo de parte del auditorio.

Ruperto Marchant Pereira, haciendo la apolojía de las órdenes relijiosas, se manifestó a la vez filósofo i poeta. Los aplausos que recojió fueron tan numerosos como merecidos.

De intento hemos dejado para este lugar las composiciones en verso.

En verdad, la magnificencia i el sentimiento poético brillaron en cada una de ellas, de tal modo que seria mui difícil adjudicar la palma. ¿Qué decir de los hermosísimos alejandrinos de Javier Vial S., en que se dan la mano la perfeccion de la forma i la belleza del fondo? ¿Qué decir del sentimiento, del estro brillante de Juan Zorrilla de San Martin? ¿Qué decir de la varonil i clásica inspiracion de Francisco Concha Castillo? Las repetidas i entusiastas salvas de aplausos que interrumpian la declamacion a cada estrofa, son una prueba elocuente de sus indisputables méritos.

Sentimos que Enrique del Solar no pudiera declamar sus bellas décimas, por motivos de salud.

La parte musical estuvo a la altura de la parte literaria.

La señora Repetto cantó con la perfeccion i maestría que la distinguen. Sus acentos i su presencia arrancaron vivos aplausos.

La señorita Angeleri, que como la señora Repetto, habia tenido la amabilidad de contribuir al Acto con su valioso concurso, por inconvenientes imprevistos no pudo dar a la concurrencia el placer de escucharla.

El señor Morelli ejecutó primorosamente un precioso solo de violin, que fué mui aplaudido.

Los niños de la Casa del Patrocinio obsequiaron a la señora Repetto algunos ramilletes i una tarjeta, obsequiando tambien, en testimonio de gratitud, otras tarjetas a los artistas que la acompañaron.

Al concluir, damos las gracias mas sinceras a las personas que ejecutaron la parte musical del Acto, entre las cuales es digno de una preferente mencion el señor Celestino.

A continuacion encontrarán nuestros lectores los discursos i poesías a que nos hemos referido.

VICENTE AGUIRRE VÁRGAS.

DEDICATORIA DEL ACTO.

Señoras i Señores:

Una juventud consagrada noblemente al cultivo de las letras, os ha invitado a esta fiesta sencilla, para celebrar la prosperidad de esta obra que los afortunados admiran i que los pobres bendicen; i para rendir el homenaje de la gratitud pública a su fundador, a ese verdadero apóstol de la caridad, cuyo nombre no necesito recordar, porque está escrito con caractéres indelebles en el corazon de los desgraciados i de todos los que aman i respetan la virtud.

En estos tiempos en que la educacion del pueblo es el anhelo universal de los gobiernos, de los hombres públicos, de los filántropos, la caridad cristiana se injenia i multiplica para ir como siempre a la cabeza de la cruzada; i, si en otras partes educa a los favoritos de la suerte, aquí, con la ternura de una madre, cobija i salva a un mismo tiempo de la ignorancia i de la miseria, a los desheredados de la fortuna.

Con 25 pesos en la caja, pero con el tesoro de la fé en el corazon, unos cuantos soldados de la Cruz, alentados por su jefe, modelo de sacerdotes, tuvieron la santa audacia de fundar este establecimiento, tarea tan inmensa por sus dificultades como por sus beneficios, i que ha llevado en todo el sello de las obras de Dios. El grano de mostaza de ayer, ya es hoi prodijiosamente el árbol donde hallan sombra protectora i alimento de vida para el alma i para el cuerpo, esas aves del cielo que se llaman los desvalidos.

La palabra del Evanjelio se ha cumplido; la fé ha hecho su obra, i su obra es una marabilla. Porque en ninguna parte se alcanza mejor que aquí el verdadero objeto de la educacion, que consiste en hacer amable la virtud i odioso el vicio; porque en ninguna parte se enseña mejor que aquí a la vez con la leccion i con el ejemplo; i porque en ninguna parte fué la caridad mas elevada i mas completa.

Dar al pueblo pobre una instruccion modesta, pero aplicable a sus necesidades de trabajo; asilar al desvalido para educarlo, para restituirle su propia dignidad por medio de la virtud i del saber; darle aptitudes para escapar de la miseria, que siempre le toca de cerca i que parece ser su único patrimonio; convertir a los hijos de la orfandad en hombres de bien, en ciudadanos útiles, junto con ser una obra de dulce caridad, es una obra de la mas elevada perfeccion social.

Esto es lo que se hace aquí, lo que se hace no por esos medios violentos que hieren sin correjir i avergüenzan sin enmendar. Aquí, el cumplimiento del deber no se impone por el miedo;

se inspira por el amor. El amor a Dios, que hace lijera toda carga i que purifica todos los otros amores de esta vida, ése es el gran maestro que aquí enseña i guia a los que hacen i a los que reciben los beneficios.

¡Bendecidos sean por la admiracion i por la gratitud públicas el sacerdote ejemplar i los humildes obreros que lo acompañan en tan difícil i santa tarea! Despues de los dias de trabajo, de fatigas i de tribulaciones secretas, justo es que les llegue tambien el dia de los aplausos públicos.

No importa que ellos tengan recompensas mejores; yo sé que las oraciones sencillas i puras de los niños son el perfume mas agradable que sube al trono de Dios, i que esas oraciones de los pobres agradecidos les tejerán una corona mas valiosa que todas las coronas.

En cuanto a vosotros, señores, que habeis querido acompañarnos a pagar este lijero tributo i a conceder este pequeño estímulo a la virtud, permitidme que os pida para esta obra algo mas que vuestro aplauso: vuestra cooperacion; permitidme que os repita lo que un filósofo eminente decia no ha mucho a sus contemporáneos.

Pensemos en el pueblo, si tenemos fé en el porvenir de las sociedades; pensemos en el pueblo, si tenemos algun deseo de reformar el mundo; enseñemos al pueblo a ser buen cristiano, i le habremos enseñado a ser feliz. ¡A la obra, filósofos, si no os estimula otra cosa que el egoismo i el orgullo! ¡A la obra, políticos, si vuestros trabajos de educacion pública no son puros embustes! ¡A la obra, vosotros los que sentís cada vez mas la carencia de las virtudes públicas i privadas! ¡A la obra todos los que teneis influencia sobre los demas hombres, vosotros en cuyas manos están el poder i la riqueza! ¡A la obra, jentes mundanas, si las falsas delicias os dejan tiempo de pensar en la caridad!

ABDON CIFUENTES.

EL CATOLICISMO I EL SABER.

Señoras i Señores:

La luz material salió del cáos, apénas Dios pronunció estas palabras: *¡Hágase la luz!* La luz de las almas brotó tambien, cuando el Hijo de Dios pronunció estas otras palabras, no ménos creadoras: *¡Id, enseñad a todas las naciones!*

Esa es la mision de la Iglesia. Sol de las intelijencias, ha sido i será la continuacion de la vida de Aquel que fué llamado *luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.* Viajera divina, marcha junto con los hombres, iluminando la senda que ha de conducirlos a su último i glorioso fin. Cerrar los ojos a los rayos del sol, es condenarse a las tinieblas. Apartar los ojos de la luz bienhechora de esa hija de los cielos, es condenarse al error, cáos del alma, i perecer en eterna ruina; porque la Iglesia sola posee la doctrina de verdad.

La Iglesia hace mas que guiar. Al contacto de su luz, todo se embellece i cobra nueva vida. Apareció en el mundo, i el esclavo vió caer sus cadenas, la mitad del jénero humano recobró su dignidad i la infancia fué un objeto sagrado. Las instituciones del paganismo cayeron derribadas i la lei divina de la caridad rejeneró al mundo.

No soi yo el que debe haceros oir las grandes cosas realizadas en el mundo por la Iglesia. Es otro mi cometido. Se me pide que vengue a la Iglesia, que es luz, del ultraje que se la hace llamándola propagadora del oscurantismo; a la Iglesia, que en sus dogmas i en su moral es la síntesis de toda ciencia, de detener los progresos de la ciencia.

¡Noble i honroso encargo! Mas permitidme que os diga que, siempre que he meditado en esa suerte de ataques, preciso me ha sido llenarme de mucho espíritu de caridad, para no verlos inspirados por la peor mala fé. Concibo con dificultad la ignorancia en hechos históricos tan culminantes. Para no ver la accion civilizadora de la Iglesia i su afan por llevar a las intelijencias, no solo la luz de la fé, sino el amor a todas las ciencias i artes humanas, es necesario o hallarse dominado por la preocupacion mas grosera o no haber jamas abierto la historia.

¿En dónde estarian ellos, los que eso dicen de la Iglesia, en dónde sus artes, sus instituciones, su idioma i la civilizacion de que se enorgullecen, sin los esfuerzos de esa buena madre para sacar a sus antepasados de la barbárie, suavizar sus costumbres, iniciarlos en las artes útiles, domesticarlos por medio de sabias leyes i habituar sus ojos a la luz nueva que hacía brillar sobre ellos? Consúltese la historia, i especialmente la de los pueblos occidentales de Europa. ¿No se ve ahí a la Iglesia presidiendo a cuántas obras se emprenden para ilustrar a los hombres i dotarlas con rejia munificencia? ¿No se contempla el suelo de Europa, aun hoi dia, apesar de la accion del tiempo i la accion de los hombres, mas destructora a veces que la del tiempo, cubierto de monumentos alzados, por el jenio tutelar de la Iglesia, al culto del saber i de la virtud? ¿No es ella la que ha hecho reflorecer el gusto por los estudios i la emulacion por las letras divinas i humanas? ¿Quién, sino ella, salvó las ciencias del naufrajio con que las amenazaba la inundacion de los bárbaros, abriéndoles un asilo en los claustros, i hoi mismo las preserva de la corrupcion,

comunicándoles *un perfume divino*, segun la expresion de un gran filósofo? ¿Quién salvó el fuego sagrado de la civilizacion, expirante casi, en medio de esas tinieblas de los siglos medios? ¿Quién, en fin, sino la Iglesia, por la multitud de grandes hombres, formados por ella, ha llevado a tanta altura la gloria literaria de los pueblos que en el dia se enorgullecen con el título de civilizados?

Confesemos, señores, que somos bien presuntuosos. ¡Recien llegados a la escena del mundo, nos imajinamos deudores a nosotros solamente de nuestra riqueza, porque todo lo hemos encontrado hecho i dispuesto desde largo tiempo atrás por un jenio bienhechor, cuando vinimos a tener posesion de la herencia! No pido jenerosidad ni reconocimiento a los que así atacan a la Iglesia, solo les pido justicia. Ya que la Iglesia os ha desatado la lengua, familiarizado vuestros ojos a la luz, llevado a vuestros oidos la palabra de verdad i abierto a vuestros pasos el camino de la ciencia, está bien, id de progreso en progreso, realizad grandes i nuevas conquistas; la Iglesia os aplaude i os bendice. Mas ¡no maldigais las entrañas que os llevaron, el seno que os alimentó i la mano que os sostuvo cuando, débiles, dabais los primeros pasos!

La Iglesia ha sentido cual nadie la sed de verdad. Ha comprendido i satisfecho en todos tiempos esa noble ambicion del alma, de poseer la ciencia. Sus trabajos no se resentirán, por cierto, del ardor inquieto de los que declaman mas de lo que hacen; pero, animados de la sabiduría previsora de la refleccion i la madurez, que le son propias, llevarán hasta el fin de los siglos el carácter de todas las obras de la Iglesia, esencialmente liberales i eternas miéntras dure el mundo.

Vedlo sino. Todavía se hallan en pié las escuelas i bibliotecas del antiguo mundo. La Iglesia acude a ellas para estudiar a Homero, i la lira del poeta ciego, pulsada por San Gregorio de Nacianzo, despertó para cantar al verdadero Dios himnos de una inspiracion grande, noble i viril, modelos de la mas acabada poesía.

La Iglesia leyó a Platon, i produjo los hábiles trabajos de filosofía cristiana, debidos a las profundas investigaciones de San Justino i Atenágoras.

Recibió en Antioquía las lecciones de Libanio, en Roma las de Símmaco, en Aténas las de toda la tradicion, i despues de haber sorprendido al pié de esas cátedras los secretos del arte antiguo, llamó a sus santuarios a San Basilio, San Ambrosio i San Crisóstomo, i nos mostró en ellos a los jenios de la elocuencia.

Resultado de esos trabajos fué la ciencia de la controversia, llevada a su apojeo por Oríjenes i Tertuliano, i en que el mundo pueda admirar a dos hombres inmortales: San Jerónimo, poseedor de cuantos tesoros conoció la erudicion sagrada i profana, i San Agustin, orador, filósofo, historiador, el último escritor en quien se resume el antiguo mundo que expira, i el primer pensador

en quien se anuncia todo el talento de la civilizacion moderna.

Así abrió la Iglesia sus escuelas; así conservó para el mundo, invadido por los bárbaros, el arte de pensar i de escribir; así tambien toda la ciencia que existia en los siglos a ella anteriores.

Hoi se la llama a cuentas; se le echa en rostro haber administrado mal el patrimonio del espíritu humano; se le acusa de ignorancia, de supersticion i fanatismo; se clama por emancipar a la ciencia i a la escuela de su tutela bienhechora.

Aceptado, respondo yo; interroguemos a la Iglesia acerca de lo que ha hecho durante quince siglos para instruir a la humanidad. ¿No ha llenado su mision debidamente? Decid, ¿qué ha dejado por hacer? ¿Se ha debilitado su celo un solo dia? ¿Ha ocultado algun libro? ¿Ha perdido una sola tradicion? ¿Ha dejado de formar un solo maestro o de abrir una sola escuela?

¿Le pedís celo? Un arzobispo, San Ambrosio, os da ejemplos de actividad infatigable, reclamando para sí el honor de enseñar las letras humanas, alegando por títulos los que la Iglesia se habia conquistado en la propagacion de las luces. San Remijio i San Isidoro disputan el privilejio de asignar maestros a escuelas que adquieren celebridad. Los fundadores de órdenes monásticas establecen en idéntica escala el deber de la enseñanza i el de la predicacion para sus alumnos. Concilios innumerables ordenan a los obispos abrir cátedras en sus diócesis i al clero que instruya a los fieles acerca de la necesidad de enviar a ellas a sus hijos. I ¡cómo no recordar las nobles palabras de Alejandro III, en un cánon del duodécimo concilio ecuménico, sancionado por él, por las cuales establece que por pretexto alguno deje de otorgarse gratuitamente la facultad de enseñar: "La ciencia de las letras es don de Dios; cada cual debe ser libre para prodigar su talento cuando lo quiera." Ese mismo lenguaje se halla en los labios de todos los Papas, siempre que a la Iglesia fué necesario aguijonear la indolencia o combatir la ignorancia de los pueblos. Todo lo que hoi se dice de sed de instruccion i de necesidad de saber, ya hace diez siglos lo habia dicho la Iglesia, no temiendo nunca abrir demasiados horizontes al espíritu ni excesivas manifestaciones a la luz. La Iglesia ha hecho siempre lucir la ciencia, como Dios hizo que luciera el sol, sobre los buenos i sobre los malos, haciendo sí pesar la responsabilidad sobre los que usan mal de la luz. Inspirada en la caridad, nunca ha impuesto la aceptacion servil de sus doctrinas; amante cual nadie de la libertad, jamas ha soñado con un odioso monopolio.

¿Qué mas pedis a la Iglesia? ¿Le pedis libros? Pero de cuantas obras escribió la antigüedad, ninguna hai que la Iglesia no haya copiado, transcrito i anotado. Para pasar del siglo de Augusto al de Leon X, calculad ¡cuántas veces esas obras han tenido que salvarse de la destruccion de los bárbaros i de las llamas de los musulmanes, por los padres de los primeros siglos, por los doctores de la Edad Media, por los monjes de diferentes paises i

los papas de todos los siglos! I entre los libros de los tiempos modernos, ¿existe uno siquiera que no deba a la Iglesia cuanto de buena doctrina, de sólida erudicion i de verdadero mérito se halla en él?

¿Tradiciones? Pues merced a la Iglesia ha podido trasmitirse desde Aristóteles i Ciceron hasta Bacon i Descartes el raciocinio filosófico. Merced a ella, la ciencia de Arquimédes i Euclídes pudo ser la de Pascal, la jeografía hizo progresos desde Strabon a Cristóbal Colon i se continúa la historia desde Tácito hasta Bossuet. La elocuencia, sepultada entre las ruinas del Agora i el Foro, muda en los campos de batalla i en las cortes, i desconocida en las asambleas populares, halló inmortales intérpretes en cada uno de los Apóstoles i un eco en todas las cátedras, hasta resonar con todo su esplendor bajo las bóvedas de los templos en el siglo XVII.

¿Maestros? ¿I quién puede llamar intérpretes indignos de la verdad i de la naturaleza al monje Alcuino, que difunde el conocimiento de las lenguas; al piadoso Hincmaro, que inmortaliza una escuela; al papa Jerberto, que rodea la tiara pontificia con todo el brillo de la ciencia de su época; a San Anselmo, tan profundamente iniciado en el conocimiento de Dios, i a esos hombres universales de la Edad Media, Alberto el Grande que lo enseñó todo i Tomas de Aquino que lo escribió todo, i en fin, a esos precursores de los descubrimientos modernos que, en el fondo de una oscura escuela, preparaban, entre la oracion i la enseñanza, los primeros análisis de la química? Viene el renacimiento, las cátedras se multiplican; pero ved a la Iglesia multiplicarse ella tambien para dotarlas de maestros. Hace nacer i desenvuelve la vocacion a la enseñanza, en los Mínimos, Barnabitas, Oratorianos i Jesuitas, en los cuales los antiguos hallan hábiles comentadores i la juventud apóstoles abnegados. I cuando los pobres hijos del pueblo se hallan faltos de maestros, el venerable Lasalle i San José de Calasanz imajinan los catequistas de la virtud por el hábito, i los ministros de la ciencia popular por la enseñanza, los Hermanos de la Doctrina i los de las Escuelas Pias.

¿Quereis escuelas? Interrogad quién ha erijido, dictado reglamentos i gobernado a esas universidades, tan numerosas i florecientes, cuyos protectores son los papas, cuyos maestros son los santos i cuyo auditorio es la cristiandad toda? ¿Quién ha levantado esos colejios, de que se enorgullecen hoi los pueblos de la antigua Europa? Su solidez asombra, su magnitud eclipsa los palacios de los monarcas; i la rejia magnificencia con que eran dotados probará hasta qué punto la Iglesia sabe interesarse por la propagacion del saber.

La historia nos habla de libros entregados a las llamas, de sabias tradiciones interrumpidas, de jeneraciones sin maestros, de universidades abolidas i colejios confiscados. ¿Quién ha perseguido así la ciencia? ¿Quién ha hecho tamaño mal a la enseñanza? Es

el discípulo del Coran, en los tiempos de Omar i de Mahomet II; es Enrique VIII, uno de los corifeos de la reforma; son las revoluciones que se alzan contra la Iglesia i las letras i han confundido siempre, en una misma proscripcion, las cátedras de la verdad i las escuelas de la caridad.

Nó, no separareis con facilidad lo que Dios i los siglos han tan estrechamente unido. La escuela sin la Iglesia es la luz envuelta entre tinieblas; la Iglesia sin la escuela es la luz encerrada en el templo.

Donde quiera que la Iglesia dilate su dominio, allí fundará escuelas; porque tiene la ambicion de enseñar las ciencias matemáticas, físicas i naturales, para referirlas a Dios, que es soberano autor de ellas; la filosofía, para preservarla de los horrores del materialismo i de los extravios del orgullo humano i hacerla aceptar el suave yugo de la fé; la historia, para salvarla de la conspiracion contra la verdad, que desde hace tres siglos ha elejido esa ciencia por campo de accion; ella reclama justísimos derechos sobre las letras griegas i latinas, porque el dia en que cayeron de los muros incendiados de Alejandría i de los muros derruidos de Constantinopla, los papas i los monjes las acojieron con amor, i la Iglesia las lee, las purifica i quiere trasmitirlas sin peligro a las inteligencias de la juventud. Tiene, ella tambien, otro deseo, mas humilde, pero mas vasto; el de iniciar a los niños i a los pobres en los elementos de las letras humanas, a fin de colocar a la cabeza del alfabeto el nombre de Dios i el signo sagrado de la redencion.

Mucho se ha hablado i se ha escrito en los últimos tiempos acerca de instruccion primaria, i, con justo orgullo podemos decirlo, mucho se ha hecho tambien, en materia de tanta importancia. La Iglesia alienta i bendice esos nobles propósitos, i en ello nada mas hace, que dar nuevas muestras del celo que siempre i en todas partes ha desplegado para tender una mano protectora a la debilidad i a la ignorancia. Ese espíritu se ha perpetuado en la Iglesia i son mui bellos los frutos que ha producido. Puedo afirmar con toda verdad que fué la Iglesia quien primero concibió la idea i echó los primeros cimientos de la escuela de enseñanza primaria. Los concilios quisieron que, en cada diócesis, hubiera una escuela al lado del obispo, i que uno de los mas altos dignatarios de cada iglesia se honrara con el cargo de velar por la instruccion de la niñez. Los pastores secundarios regulaban su conducta por aquel ejemplo en las diferentes situaciones en que su ministerio los colocaba; de manera que a cualquier lugar a donde la Iglesia asignaba un pastor, le daba en él un maestro para el pobre i para el niño. I ese catecismo que desde los mas remotos tiempos enseña el párroco, ¿qué otra cosa es, sino un testimonio permanente del interes que anima a la Iglesia por la instruccion de la edad primera? Así, ántes que los lejisladores pensaran en darle maestros, ya la Iglesia habia satisfecho esa necesidad por

medio de una enseñanza constante, universal i tan sublime en su objeto, como popular en su forma; enseñanza modelo, esencial, fundamental i que ninguna otra puede suplir, no obstante poder ella suplir a cuantas a la niñez se puede dar; enseñanza, en fin, que, sin ser tan completa como los cursos de instruccion elemental i superior, no deja de satisfacer a las necesidades reales i perpetuas del hombre, porque nos procura los conocimientos que mas nos importa tener, ¡nuestro oríjen, nuestros deberes i nuestro destino!

I para reanimar su entusiasmo en bien de la infancia i de las clases desheredadas de la fortuna, si alguna vez pudiera entibiarse, la Iglesia no tendria mas que tender una mirada hácia el Evanjelio, su código divino; porque es el Evanjelio el que ha rehabilitado la infancia, así como al pobre i al menesteroso, de la humillacion en que habian caido; el Evanjelio, el que ha dirijido la primera palabra de amor hácia esa porcion tan interesante de la raza humana. El pobre i el niño no se presentan, a los ojos del mundo, revestidos de un nuevo carácter, sino desde que Jesucristo pronuncia esas palabras, que nunca serán harto bendecidas: *¡Bienaventurados los pobres!.... ¡Dejad a los niños venir a mí!* Las sociedades del paganismo abrian escuelas, pritaneos, jimnasios i academias, es cierto; pero solo para la juventud de sus altas clases, i excluian de ellas a la mujer. El hijo del pobre tenia que llorar la doble degradacion de su cuerpo i de su alma. Nadie pensó jamas en anunciarle *la buena nueva*. El niño, la mujer i el pobre, todo lo que era débil i sufria se encontraba olvidado por una sabiduría soberbia i brutal. A uno de sus sábios se le escapó una vez esta palabra: *Gran reverencia se debe al niño;* mas fué solo una palabra aislada, palabra sin eco i sin alcance alguno, porque estuvo desprovista de sancion. Jesus, Nuestro Señor, no desplegó aparato alguno de sentencias; inspiró a su Iglesia, en bien de la primera edad, un sentimiento tierno que puede llamarse un culto, con solo estas dulces palabras: *¡Cuidado con despreciar a uno solo de estos pequeñuelos que creen en mí! Los ánjeles están siempre viendo en los cielos la faz de mi Padre!* Ahí teneis la razon del amor de la Iglesia por la instruccion del pobre i del niño; ése es el secreto de las grandes obras que realiza por ellos.

I, apesar de todo eso, ¿habrá todavía quien apellide a la Iglesia enemiga de la instruccion?

Sí: la Iglesia es enemiga de la instruccion; pero de la instruccion que no tiene por base la relijion, la virtud, Dios, ni por objeto el perfeccionamiento del hombre mediante la observancia de sus deberes; de esa instruccion falsa i sistemáticamente perversa, cuyas lecciones envenenan las jeneraciones en flor, que siembra la duda, insinúa el error, acredita la mentira, desnaturaliza los hechos para interpretarlos favorables a las pasiones, corrompe el corazon mediante la corrupcion de la intelijencia i se burla de las creencias mas sagradas. Es enemiga de la ciencia; pero de la

ciencia a medias, tan comun en nuestros dias, que ilusiona a lo sencillos, imponiéndoles, con todo el exterior i la autoridad de la verdadera ciencia; ciencia a medias, peor que la misma ignorancia, porque no viendo nada mas allá de la esfera estrecha de sus conocimientos, blasfema de lo que ignora, miéntras que la ignorancia sabe al ménos dudar i oye con respeto a los sábios. La Iglesia es enemiga de las luces; pero nó de esas luces suaves i puras que regocijan el alma, fortifican los ojos sanos i sanan los enfermos, sino de esas luces que ciegan; nó de las luces bienhechoras que iluminan el espíritu i llevan al alma el fuego sagrado de la virtud, sino de esas luces que queman i devoran cual teas homicidas; nó de las luces que embellecen la vida i revisten de apacible colorido el horizonte de la intelijencia, sino de esos engañosos resplandores i fuegos siniestros, como los que se ve andar errantes por los abismos i al borde de los sepulcros.

Jamas la Iglesia buscará las tinieblas, porque es luz i no tiene por qué temerla. Mui al contrario, lamenta el que no se la estudie i conozca; pues, si, como un gran talento lo ha dicho, *poca filosofía aleja de la fé, mucha filosofía conduce a ella.* Inmensos progresos han hecho nuestros conocimientos; en los dominios de la historia i de la naturaleza, en el vasto campo de la antigüedad i del oríjen de los pueblos, ¡cuánto ha descubierto la intelijencia humana! Mas, con eso ¿en qué ha perdido la Iglesia? Miéntras mas adelantan las ciencias, mas se engrandece i dilata la Iglesia. Cada conquista del saber humano es un nuevo homenaje tributado a la divinidad de esta hija de los cielos.

Ella, asentada sobre roca inconmovible, con la vista fija en la patria adonde se encamina i la mano extendida sobre la humanidad para bendecirla, ve pasar a la multitud de sabios, de los cuales, unos la veneran, la aman i piden inspiraciones a su luz, otros la miran con desden e indiferencia, otros la insultan i desprecian. Mas, despues de fatigarse en remover la tierra, en interrogar los astros, en explorar los fenómenos de la vida en los cuerpos orgánicos, en desempolvar los archivos de los pueblos i en descifrar los enigmas de sus monumentos, los enemigos de la Iglesia vuelven, unos en pos de otros, a traer como un tributo a los piés de esta reina de toda ciencia i de toda verdad, el testimonio glorioso de que nada han podido contra ella i de que sin ella no podrán jamas explicarse los misterios del hombre i de la naturaleza. I no os asombreis de eso. La enseñanza de la Iglesia es una verdad completa; i así como *tiene su justificacion en sí misma*, preciso es que la reciba tambien de todos los hechos que se hallan en contacto con ella. La ciencia del hombre, por lo mismo que es susceptible de progreso, vivirá en perpetua infancia i no descubrirá la razon de las cosas sino despues de haberse muchas veces convencido de error. La ciencia de la Iglesia será eterna e inmutable como Dios, porque es sabiduría divina la que habla por boca de la Iglesia.

¡Católicos, *hijos de la luz*, porque lo sois de la Iglesia! ¡Honor a esa maestra de verdad i propagadora en la tierra de la luz de los cielos! Muchas coronas han llevado Dios i los siglos a su frente virjinal durante la gloriosa carrera que ha hecho por el mundo. Mas reconoced hoi la mui brillante que se ha conquistado por sus nobles esfuerzos en difundir la luz i en la conservacion de la verdad. ¡Católicos, gloria a la Iglesia!

ALEJANDRO LARRAIN.

EL HOMBRE SIN DIOS.

En tanto que Natura, del sueño despertando
Cual juvenil belleza, radiante de esplendor,
Del arpa de los bosques las cuerdas ajitando,
Envia al Ser Supremo su ardiente inspiracion;

I a sus sagrados himnos los coros de los cielos
Responden ensalzando las glorias del Señor;
I las flotantes nubes sobre sus blancos velos
Por los espacios llevan la voz de la oracion;

En tanto tierra i cielos en dulce arrobamiento,
Cantando las eternas grandezas de su Dios,
Unen sus armonías en májico concento,
Cual notas de una misma i ardiente vibracion;

Tan solo el hombre triste, sin luz, sin esperanza,
Rendido bajo el peso de adversa maldicion,
Salvaje entre los bosques con tardo paso avanza,
Roido por la pena su ardiente corazon.

De sus cansados ojos la luz del firmamento
A disipar no alcanza la eterna lobreguez;
El canto de las selvas es fúnebre lamento
Que lleva a sus oidos la voz del padecer.

En el sombrío cáos en que ajitarse siente
Su espíritu anhelante de gloria i de poder,
La voz de las pasiones escucha solamente
Que al vórtice del vicio le arrastra a perecer.

I ciego, enajenado por su insidioso encanto,
La copa del deleite sediento va a apurar,

Sin que en su torpe anhelo pueda alcanzar en tanto
La dicha que persigue con delirante afan.

I, cual reptil inmundo, se arrastra por el cieno,
Hastiado de la dicha, cansado del placer;
Que son los falsos goces cual gotas de veneno
Que roen las entrañas vertiendo amarga hiel.

Mas luego, levantando su pálido semblante,
Retrato de un inmenso, sombrío padecer,
Un mar de sangre busca con vista amenazante
Donde templar de su alma la inextinguible sed.

I cual salvaje fiera sedienta de venganza,
Tras sí dejando marcha la muerte i el terror,
I a cada golpe rudo de la aguzada lanza
Mas sed de sangre siente su aleve corazon.

Los ayes de sus víctimas son himnos de victoria
Que escucha con salvaje, satánico placer,
I sobre negras ruinas el templo de su gloria
Levantan mil esclavos sujetos a su lei.

Allí, sobre las aras de lúgubres altares,
Sangrientos holocaustos, impío, va a ofrecer
Al odio i la venganza, sus jenios tutelares,
Que, cual sedientas víboras, se ajitan en su sér.

Pero ¡ai! el cruel gusano roedor de la conciencia,
Entre placeres torpes pretende en vano ahogar,
Que escucha en todas partes la voz de la inocencia
Pedir justicia al cielo con angustioso afan.

I al fin entre los densos vapores de la orjía,
Como hórrido fantasma, la muerte ve llegar,
I escucha de las tumbas la triste melodía
Mezclándose a los cantos de torpe bacanal.

Desesperado entónces, presa de angustia fiera,
Con la mirada incierta en vano busca a Dios,
I vierten ¡ai! sus ojos la lágrima postrera,
Sintiendo destrozado morir el corazon.

Murió; su último acento fué el tétrico alarido
De aquel a quien en la honda ciudad de los dolores
Confunde la terrible justicia del Señor.
En las sombrías pájinas del libro de su historia
No habia ni una lágrima que en el supremo instante
Al cielo demandara la gracia i el perdon.

JAVIER VIAL SOLAR.

BENEFICENCIA HUMANA DEL CATOLICISMO.

Señoras i Señores:

Todo respira aquí el buen deseo para con esta obra de caridad que se llama "Asilo de San José;" pero falta la admiracion, el entusiasmo, la sorpresa. I con razon. ¿Por ventura el marino se siente arrebatado de admiracion ante la inmensidad de los mares que pasea todos los dias en su barco? Las obras de caridad que enjendra el catolicismo se hallan derramadas por el globo con la misma profusion que esos puntos luminosos que ostenta el firmamento. ¿Cómo podriais entónces sorprenderos delante de una de ellas, que apénas acaba de nacer? Pero otra cosa seria, señores, si hubierais asistido a la víspera de la aparicion del cristianismo. Antes de Jesucristo, preciso es recordarlo, no solo era desconocida la caridad, sino que se hollaba, se deshonraba i se maldecia a la humanidad. Antes de contemplar la gran lei de la caridad cristiana que ha renovado la faz del mundo, es necesario penetrar con la mirada en la negra noche de los siglos paganos i sondear por un instante sus tinieblas.

El seductor habia dicho al hombre i a la mujer: "Desobedeced i sereis como dioses," ¡i desobedecieron! Cayóseles de la frente la corona de gloria i de pureza con que el Creador los habia adornado; luego, con una venda en los ojos, se sentaron al pié del árbol de la muerte a aspirar aromas hasta embriagarse, i allí, olvidando lo que eran i lo que estaban llamados a ser, se olvidaron de lo que valian.

De aquí resultó en la antigüedad pagana un desprecio profundo i universal en el hombre por sí mismo i por su semejante.

San Pablo, señores, resumió la historia del antiguo mundo cuando dirijiéndose a los romanos, cuya civilizacion triunfante habia absorbido todos los vicios i todas las fuerzas de los pueblos conquistados, les decia cara a cara, con intrepidez i sin encontrar contradictores: "Vosotros careceis de amor i de union; no teneis dulzura ni piedad; odiais i sois odiados; os encontrais, en fin, sin corazon i sin entrañas." (1)

No exajeraba el celo del apóstol. Los autores paganos, filósofos, poetas, historiadores: Platon, Aristófanes, Ciceron, Tácito, Suetonio, Plutarco; todos, en fin, nos cuentan esos horrores con una lijereza de lenguaje que hace estremecerse.

Extranjero i enemigo eran, entre los antiguos, palabras de igual sentido: *hospes et hostis*. Ciceron es quien lo dice. (2) De manera que el desgraciado viajero era condenado a ser esclavo o se le inmolaba haciendo de él la hostia de un horrible sacrificio.

(1) San Pablo, Ep. a los Rom., c. 1.
(2) Cic., De officiis.

El derecho de guerra era por de mas terrible. No habia rescate para el prisionero: le estaban reservadas la esclavitud o la muerte.

La lei entregaba a los deudores a merced del usurero que los encarcelaba para venderlos o decapitarlos.

Creíase que para los ancianos la vida era una carga i la muerte un beneficio. Los pueblos del antiguo Lacio los hacian morir ahogados, precipitándolos desde lo alto de los puentes; los cántabros los estrellaban contra las rocas; los romanos hacian morir a sus esclavos ancianos a los piés de Esculapio para librarse del fastidio de curarlos.

A los enfermos, si eran de complexion delicada, no se les dejaba prolongar su vida, bajo pretexto de que se prolongarian sus sufrimientos. Así lo proclamaba la sabiduría antigua por boca del mismo Platon. (3)

¿I los pobres? No era indiferencia lo que inspiraban, era desprecio i horror.

¿En dónde se encontraria hoi un poeta bastante cínico para poner, como Plauto, estas horrendas palabras en boca de un padre dirijiéndose a su hijo: "Dar de comer i beber a un mendigo es doble locura: para sí, es perder lo que se da; para él, es prolongar su miseria."? (4)

En Ejipto, si un hombre carecia de pan i lo pedia, no le quedaba otro recurso que la muerte: ¡esa era la lei!

En Grecia, en Aténas, no hai asilo para los pobres, nadie se compadece de ellos, no les queda otro recurso que la muerte: ¡esa era la lei!

En Roma, la pobreza era considerada como un vicio i como una cosa vergonzosa. Horacio dice: "La pobreza es un crímen i un oprobio" i en otra parte exclama: "*Pauperies inmunda domo procul absit!*" (5) ¡Léjos, léjos de aquí la inmunda pobreza!

Los paganos modernos piensan hoi de idéntica manera.

¡El mismo Virjilio, señores, el jenio mas sensible i compasivo de la antigüedad, declara infames a los pobres i los relega a los infiernos: "*Et turpis egestas!*" (6)

Pero, ¿qué asombro puede causarnos todo esto, si la barbarie de las costumbres era tal que habia apagado en los corazones el mas noble de los sentimientos, el sentimiento paternal? Los niños eran condenados al abandono o a la muerte.

Los mas eminentes lejisladores de Grecia, como Licurgo i Solon, i en Roma la Lei de las Doce Tablas, sancionan formalmente estas abominaciones.

Hé aquí la lei de Licurgo: "Cuando nace un niño es preciso deliberar desde luego sobre su vida o su muerte: si es de com-

(3) Platon, De la Repúb., lib. 3.
(4) Plauto, Trinummus, act. 2.°, esc. 2.ª
(5) Horacio, lib. 2.°, epist. 2.
(6) Virjilio, Æneid., lib. 6.

plexion vigorosa, vivirá; pero si es débil o mal conformado, se le arrojará en un abismo desde la cumbre del Taijeto." (7)

Segun la Lei de las Doce Tablas: "Si el niño es contrahecho, mátele el mismo padre sin dilacion."

Ni los filósofos ni los filántropos protestaron jamas contra tales leyes. "Nosotros, dice Séneca, matamos un perro rabioso i ahogamos a nuestros hijos, si nacen débiles; pero esto no es cólera, es razon, es desembarazarse de lo inútil." (8)

La mujer no tenia como madre i como esposa otra perspectiva que dolores i humillaciones. Si era estéril, estaba condenada a un ignominioso repudio; si fecunda, veia con mucha frecuencia arrebatado de sus brazos al hijo de sus entrañas i echado a la calle para que muriese ántes de haber podido mostrar a su madre su infantil sonrisa, para vivir en la prostitucion si era mujer, i si era varon, para presentarse algun dia de gladiador en el anfiteatro a divertir, sin conocerlos ni ser conocido, a sus padres i hermanos que aplaudirian sus heridas i pedirian quizás su muerte.

Tal era el estado del mundo ántes de Jesucristo. Desprecio jeneral por la humanidad: por el niño, que era ahogado, vendido e inmolado; por el prisionero, que era reducido a la esclavitud i obligado a morir sobre el sepulcro de sus vencedores; por los esclavos, que eran la inmensa mayoría de los hombres i que no tenian derecho ni a su vida ni a su pensamiento; por el pobre, a quien se arrojaba como a un animal inmundo; por la mujer, que era comprada, vendida e infamada de mil maneras. Desprecio tan jeneral i tan profundo que el hombre, que se habia hecho bestia, necesitaba para ser rejenerado que se le hiciera ánjel, que se le divinizara, en una palabra, a fin de igualar la elevacion al abatimiento.

I ¿cómo?

Hé aquí que aparece en el Oriente un Hombre-Dios. Viene a derramar torrentes de luz en el reino de las tinieblas, viene a hacer brotar la vida en el seno mismo de la muerte. En vano le dicen a este Hombre que el jénero humano está muerto, que yace mucho tiempo ha en un sepulcro de sangre i corrupcion; Él se acerca al sepulcro de este gran Lázaro, como se acercó al del hermano de Marta i de María, i con la misma voz con que animó la nada i a la cual obedece temblando la muerte, dice al cadáver putrefacto: "¡Levántate i anda!" I el jénero humano sacudió su mortaja, se levantó, anduvo i andará hasta su postrer descanso en el seno del reposo infinito.

El alma se dilata i descansa, señores, al ver purificarse la tierra con las aguas divinas del Evanjelio, al ver brotar nueva luz de todos los horizontes.

La sangre del divino Redentor corrió a torrentes sobre la frente del jénero humano como una marca indeleble. Era el precio

(7) Plutarco.
(8) Séneca, *De ira*.

de su rescate. Colocado el Hijo de Dios entre el cielo i la tierra, exclamó con una voz que resonó en todo el universo: "¡Oh hombre, ya no eres tuyo sino mio! yo te he comprado i he comprado a tus semejantes; mira a qué precio os pago. Lo que tú vales lo vale todo hombre; a todos los he comprado i al mismo precio; tú no puedes comprar a tu hermano ni él venderse."

I cuando todo estuvo consumado, i el hombre, como despertando de un profundo sueño, se vió así divinizado, apénas pudo desplegar los labios para repetirse a sí mismo: "Yo valgo la sangre de un Dios: el niño, el esclavo, el pobre, la mujer, todo hombre vale la sangre de un Dios. ¡Yo soi propiedad de Dios, yo soi hijo de Dios!"

Entónces comprendió su dignidad i la dignidad de su semejante. I, como Pedro, el jénero humano lloró amargamente. Vuelto en sí de su profundo sueño, se sintió con un gran respeto por su persona i por la de sus hermanos. ¡Dios se habia abatido hasta ser hombre, el hombre se habia sublimado hasta ser Dios! Desaparecieron la tiranía, el egoismo i la crueldad. El hombre empezó a seguir las huellas de Dios, se llenó de caridad, de santidad i de bondad. ¡Estaba rejenerado!

Esto explica, señores, el celo de la Iglesia por el ejercicio de las *Obras de Misericordia*. Depositaria de la Lei evanjélica es la maestra de la verdad, a ejemplo de Jesucristo, es la defensora i la consoladora de todos los que sufren, es, en fin, la conductora de la humanidad a sus gloriosos destinos.

En el largo catálogo de las miserias humanas, no hai una sola para la cual no haya fundado un lugar de hospedaje, de alivio i de consuelo, desde los mismos tiempos apostólicos: hospicios para peregrinos, Hermanos de la Buena Muerte, Hospitalarios, enterradores de muertos, padres de la Redencion de Cautivos, cuidadores de locos i de huérfanos, Hermanas de la Caridad para los enfermos, del Buen Pastor para las arrepentidas.

Los apóstoles que oyeron de los labios mismos de Jesus: "*Beati pauperes, Beati qui lugent, Beati misericordes,* (9) Bienaventurados los pobres, Bienaventurados los que lloran, Bienaventurados los que practican la misericordia," fueron los primeros en implantar en el mundo la doctrina de la caridad. La sociedad cristiana, fundada por ellos, formaba una sola alma i un solo corazon; los ricos i los pobres habian juntado voluntariamente sus tesoros i sus miserias, vivian en sublime igualdad formando una sola familia de hermanos.

Para realzar para siempre la dignidad de los pobres, para hacer comprender toda la dicha i la recompensa de la misericordia, para echar por tierra de un solo golpe la filosofía i las leyes del paganismo, los apóstoles declaran solemnemente que el pobre es un sér privilejiado en la Iglesia de Cristo, i hacen del ejercicio de la caridad un ministerio sagrado.

(9) San Mateo, c. V.

Entónces fué instituido el órden del diaconado, es decir, el ministerio de los pobres. I desde aquel dia, despues del ministerio del Verbo Divino, oculto en la Eucaristía o anunciado en la predicacion evanjélica, nada fué ni será mas grande i augusto en la Iglesia Católica que el ministerio i el servicio de los pobres.

San Pablo interrumpió la predicacion evanjélica i la obra de la conversion del mundo para ocuparse en este sublime ejercicio. Atraviesa varias veces los mares, retarda su viaje a Roma, i no se embarca para visitar a España hasta despues de haber llevado las limosnas de Macedonia i de Acaya a los indijentes de Jerusalen. (10)

Pero fué en Roma principalmente donde se realzó la dignidad de los pobres, llegando a ser incomparables las obras de misericordia. En aquella Roma, tan orgullosa i desapiadada, se vió a las mas ilustres matronas, a los patricios, a los senadores, abandonar con alegría sus grandezas para dedicarse llenos de celo al servicio de los miserables.

El primer hospicio de Occidente fué fundado cerca de Roma por el senador Pamaquio; el primer hospital, por Fabíola, descendiente de los Fabios.

Dado el ejemplo en Roma, se extendieron por todas partes las fundaciones de la caridad.

Los Santos Pontífices de la Iglesia Romana, a la vez que eran las lumbreras del mundo por la fé, eran los padres de los pobres por la caridad. Perseguidos i encerrados en las catacumbas, tenian sin embargo poder i recursos para alimentar a los que los emperadores dejaban perecer de miseria.

Así ha venido derramándose por toda la série de los siglos la accion de la caridad cristiana. Ha sido necesario crear nombres nuevos para expresar cosas nuevas.

Casas de amparo para los peregrinos, i lo eran i lo son hoi todos los conventos de relijiosos. El pobre viajero tendrá pan i tendrá abrigo.

A fines del siglo XV, un hombre andaba de reino en reino ofreciendo un mundo en cambio de un buque. Habia estado en Jénova, i allí lo habian tenido por visionario; habia dirijido sus pasos a Portugal, i no habian visto en él otra cosa que un aventurero vulgar. En fin, habia llegado a España sin encontrar mejor acojida. Solo, con su pequeño hijo, a pié por los ardientes caminos de Andalucía, desconsolado, sin recurso alguno, la Providencia lo condujo a la puerta de un humilde monasterio. Allí encontró hospedaje, simpatías, un protector i un amigo. El monasterio de Santa María de la Rábida fué el centro de las operaciones del inmortal jenovés. Allí se resolvió el mas asombroso de los descubrimientos, el descubrimiento de un mundo, i se buscaron los medios para llevarlo a cabo.—La América no debe ménos a frai Juan

(10) San Pablo, Ep. a los Romanos, XV.

Perez de Marchena, prior del monasterio de la Rábida, que a aquella reina heróica que

"De su corona desprendió un tesoro
Para engastar un mundo a su corona."

En la cumbre de los Alpes, Bernardo de Monton, inflamado por la caridad, funda un Monasterio i un Hospicio. El viajero, perdido durante la noche entre las nieves, entorpecidos sus miembros, cae en un sueño funesto, vecino de la muerte. Los monjes recorren los precipicios para salvarlo. No importa que sea ruso, árabe o americano, es de la gran familia de Jesucristo, i esto basta. Ellos lo reconocerán por hermano i llorarán de alegría por haberlo salvado. Triunfantes con su hallazgo, lo trasportarán en brazos a su morada, para prodigarle allí los consuelos de la caridad.

Hermanos de la Buena Muerte para hacer ménos amarga la hora de la última partida. En aquellas enfermedades contajiosas i repugnantes que alejan hasta a los mismos parientes, junto al lecho del moribundo estará el Hermano Agonizante consolándolo i orando por él al Padre de las Misericordias. Al pié del patíbulo, él será el único amigo del condenado a muerte. Cuando la justicia humana, implacable, lo entrega en manos del verdugo, la Iglesia Católica le envía un hombre de paz que lo aliente con la esperanza; cuando aquélla le dice: ¡muere! no hai misericordia para tí!, el Padre de la Buena Muerte le dirá: ¡Hijo mio, el cielo te espera, el cielo está abierto para los inocentes i para los arrepentidos!

En todas partes Hospitales para los pobres enfermos servidos por esos ánjeles con toca blanca i corazon de oro, que se llaman Hermanas de la Caridad; que viven i mueren a la cabecera del enfermo curando las llagas de sus cuerpos, consolando las aflicciones de su espíritu. Eran jóvenes tímidas i delicadas; pero la caridad les dará intrepidez, i marcharán en pos de los ejércitos a cumplir su mision. Estaban en la primavera de la vida; el mundo les sonreia i brindaba placeres, pero todo lo han renunciado: juventud, patria, familia. Abrazadas con los pobres enfermos, no quieren otra recompensa que servir en ellos a Jesucristo.

Hermanas de la Providencia para criar i educar a los huérfanos i a los niños pobres. La caridad irá a recojer a los hijos abandonados por el crímen, i los estrechará amorosamente en el regazo maternal. Las madres no tendrán ya que temer que su hijo, si es pobre, débil o contrahecho, sea arrojado al abismo desde la cumbre del Taijeto. Todos los pobres, todos los abandonados, todos los desgraciados tienen una madre tierna i poderosa que se llama la Iglesia Católica.

San Pedro Nolasco i San Raimundo de Peñafort fundan Ordenes para la Redencion de Cautivos. Los prisioneros, que en los tiempos del paganismo no tenian otro porvenir que la es-

clavitud o la muerte, hoi tendrán ya quien les devuelva su libertad.

Un oscuro soldado yacia preso en las mazmorras de Arjel. Su familia no era bastante rica para rescatarlo. La órden de la Merced toma a su cargo la empresa; el prisionero rompe sus cadenas, i llega a ser la primera gloria literaria de su patria i una de las primeras del mundo. Ese oscuro soldado se llamaba, señores, Miguel de Cervantes Saavedra.

Ardua empresa seria enumerar siquiera las obras de misericordia que la Iglesia ha realizado para cumplir con el precepto de Aquél que se hizo pobre i humilde, i que dijo: "Dad de comer al hambriento, dad de beber al sediento, vestid al desnudo, redimid al cautivo, dad posada al peregrino, sepultad a los muertos."

La Iglesia sabe que no puede dejar de practicar esas obras ni un solo instante porque moriria; la Caridad es la vida, *qui non diligit manet in morte*, (11) el amor es la vida i el desamor la muerte.

El espíritu de la caridad cristiana se ve en todas partes i en todas ocasiones.

Descendia en otro tiempo la peste sobre una ciudad; diezmaba de tal modo la poblacion, llevaba tambien tantas vidas a la tumba, que todos creian llegado el término fatal de su vida. No decian los sanos: ¡salvemos a los enfermos! Decian: ¡muramos; pero arranquemos ántes un último goce de este cuerpo que vamos a perder para siempre! I se escanciaban los vinos a la cabecera del padre moribundo; i la lámpara del festin ardia aun, al nacer del sol, junto al cadáver todavía caliente del amigo o del hermano; i todos, hombres i mujeres, asidos de las manos, marchaban delanet de la muerte, ceñidas las frentes con las rosas manchadas en el desenfreno de la orjía.

¡Qué diverso espectáculo, señores, el de la caridad cristiana en iguales circunstancias! Somos testigos oculares de él. No hace mucho tiempo que la peste descendia como una nube de maldicion sobre esta ciudad i sobre una gran parte de la República. Falanjes de obreros de la caridad se precipitan a salvar a sus hermanos i a sacrificarse por ellos. Sacerdotes, majistrados, médicos, simples ciudadanos, ilustres matronas, jóvenes delicadas, todos corren presurosos en nombre de Jesucristo.

Aquí mismo teneis a la vista, señores, estos pobres huérfanos que han encontrado en esta Casa pan para sus cuerpos, luz i amor para sus almas. Vuestra caridad ha protejido su orfandad i su inocencia. Os lo pagará Aquél que dijo: "Lo que hiciereis por uno de estos pequeñitos, por mí lo haceis."

Cuenta la historia que un intrépido marino portugues doblaba el *Cabo de las Tormentas*. Una horrorosa tempestad pone en tal peligro a la nave que todos desesperan de salvarse. No queda recurso alguno humano. Agrupados todos los tripulantes sobre

(11) San Juan.

cubierta esperan por momentos desaparecer en los abismos. El capitan divisa a la lívida luz de los relámpagos, una mujer que llora estrechando en su seno a un niño que duerme dulcemente, porque la inocencia no conoce el peligro. En un arranque sublime arrebata al niño de los brazos de su madre i levantándolo hácia el cielo conjura, en nombre de aquel inocente, al que manda sobre las tempestades para que sosiegue los mares i salve tantas vidas en peligro. La plegaria de aquel hombre de fé fué oida. Deshízose la tempestad como humo leve en el ambiente. La nave llegó incólume al puerto.

Señores: cuando llegue la hora de la tribulacion, del peligro o del castigo, presentad al Dios de la clemencia a cualquiera de estos inocentes que sosteneis con vuestras limosnas i alentais con vuestras simpatías, i la ira del Señor se aplacará, brillará su misericordia i la paz de Dios habitará entre vosotros.

JUAN FRANCISCO RIVÉROS.

EL MISIONERO.

De pié está el héroe cristiano,
De pié en la natal ribera;
Presta la nave le espera
Para lanzarse al oceáno.
No ha dado su adios en vano
A patria, madre i hogar;
Le ordena el cielo marchar
En pos de un alto destino,
I el humilde peregrino
Se fía animoso al mar.

Triste fué el postrer adios
I eterno será quizá.
El que parte ¿volverá?
¡Tan solo lo sabe Dios!
¡Ah! los que quedais en pos
¡Bendecidlo en su partida
Que en el libro de la vida
Su nombre ha grabado el cielo,
I habrá de ser en el suelo
Su memoria bendecida!

Jóven, envidiado ayer
En su feliz existencia,
Los honores, la opulencia
Lo arrullaron al nacer.
Acaso pudo entrever
En risueña lontananza
De mundana bienandanza
El fantasma seductor;
Placer quizás, gloria, amor
Le brindaba la esperanza.

Hélo hoi, pobre penitente,
Correr en pos de un laurel
Envidiable; mas no aquél
Con que pensó ornar su frente;
Bebió en la sagrada fuente
De encendida caridad,
I se dijo:—¡Atras quedad,
Glorias que el alma desdeña,
Ser desde hoi será mi enseña
Apóstol de la verdad!

I el que estais viendo partir
Pobre, humilde i abnegado,
Quizá en un bosque ignorado
Mañana habrá de morir.
Su risueño porvenir
Jeneroso desdeñó;
De todo se desprendió;
I su abrasado desvelo
Es ganar almas al cielo
Por quien todo abandonó.

Quizás mañana, perdido
En un bosque, morirá;
Mártir de Cristo, quizá
Lanzará el postrer latido:
De hambre o de sed combatido,
O presa de hambrienta fiera,
Nadie en su hora postrera
Aliviará su pesar....
Mas ¿qué le puede importar
El morir de esa manera?

Apóstol del Redentor,
Es su nombre *El Misionero;*
Su patria es el mundo entero,

Su única lei el amor.
Siguió con divino ardor
El sendero de la luz,
Sobre sus hombros la cruz
Abnegado soportaba;
¡I en la tierra se llamaba
Imitador de Jesus!

ENRIQUE DEL SOLAR.

UNA INSTITUCION CATOLICA.

Señoras i Señores:

Ved ese pajizo rancho, cuyo techo no resguarda del sol ni de la lluvia, cuyas paredes no defienden del viento ni del frio, cuyo pavimento es la húmeda tierra. Una anciana yace allí en el lecho del dolor, lecho único que presta cada noche su mezquino abrigo a toda una familia. Una jovencita, en la primavera de la vida i en toda la lozanía de su belleza, mal cubierta con un vestido andrajoso i sucio, está tristemente sentada a la cabecera de la anciana. Un enjambre de chiquelos, desnudos, hambrietos i escuálidos, sin vigor, sin esa vivacidad de la niñez, mirán con una mirada estúpida, i completan el cuadro de aquel hogar. Yacen por el suelo el lecho de jirones de jerga i los pobres trastos de la vivienda en sórdida confusion. Dos dias hace ya que aquella familia devora su propia hambre; la anciana madre no ha podido salir a pedir siquiera un mendrugo de pan por amor de Dios; todos están lánguidos i transidos de frio.—Entre tanto, la mano desapiadada de un negociante sin entrañas ha venido ya a golpear dos veces la puerta de esa choza miserable, exijiendo con duras amenazas el pago del alquiler. Si la caridad no acude, mañana anciana, jóven i niños no tendrán donde extender los andrajos de su lecho. Pero otra mano, mil veces mas cruel e infame, ha venido tambien a golpear aquella puerta, que la miseria i el abatimiento moral aconsejaban abrir, pero que la misericordia de Dios ha mantenido cerrada. La anciana padece las dolencias del cuerpo i la exasperan los pesares del alma. Abandonada i sola en el mundo, sin el compañero de su vida, sin auxilio i sin sosten, se ve encadenada en su lecho, miéntras mira perecer a muerte lenta en derredor suyo a los ídolos de su corazon. La enferma

aborrece la vida, maldice al mundo i se desespera, porque le falta ese bálsamo de todos los dolores que se llama resignacion. ¿I qué puede hacer la jóven infeliz? Jemir, languidecer, morir, i nada mas. ¿Cuál será la suerte de esos inocentes niños, si la anciana muere, si ellos quedan a un mismo tiempo sin madre i sin hogar? La ignorancia, el vicio i el crímen harán de ellos su presa; serán ellos mismos desventurados i serán azote de la sociedad.

Mas, nó: el Dios de la misericordia vive, i el corazon de la Iglesia Católica es un foco de amor inextinguible Miéntras el mundo anti-cristiano bebe en la opulencia la maldecida copa del placer, sin acordarse siquiera de que existen la miseria i el llanto, el espíritu católico concibe pensamientos bienhechores i solo él sabe encarnarlos i perpetuarlos en instituciones duraderas.

Ved sino a esos dos jóvenes que entran en aquella miserable vivienda. No entra mas gozosa la adulacion a los palacios ni la amistad a casa del amigo. I sin embargo, esos jóvenes, flor de la nobleza, mecidos en opulenta cuna, han abandonado la comodidad del hogar, han abandonado sus tareas, sus amigos i los lejítimos placeres de su edad, i vienen a los extramuros, a la casa de una pobre familia. ¿Qué vienen a buscar allí, ellos que nada necesitan? ¿qué vienen a buscar en la repugnante morada de la indijencia, del hambre i del dolor, miéntras resuenan los ecos de las bulliciosas fiestas de la ciudad?

Vienen tambien a golpear esa puerta; pero no en nombre del interes ni en nombre del crímen, sino en nombre de la caridad i en nombre de Dios.

Los chicuelos salen al encuentro de sus visitantes, se les acercan i les sonrien, porque reconocen en ellos a los discípulos de Aquel que se complacia en rodearse de los niños. La jóven los saluda con recato i en su semblante se pintan la gratitud i la santa alegría con que los ve llegar. Incorpórase en su lecho la anciana, i les da la bienvenida como a amigos suyos, como a sus ánjeles tutelares.

Traen la limosna del pan cuotidiano, vestido para la desnudez, amor para el desamparo, consuelo para la tribulacion, consejo i aliento para la virtud en peligro, luz para la ignorancia.

No hai para ellos en esa miserable estancia ni una mala i vieja silla en que sentarse; de pié i rodeados de los niños, que se abrazan de sus rodillas i cuyas cabezas acarician ellos, entablan con el pobre una plática íntima i fraternal, en que los corazones son los interlocutores. Se informan de los mas menudos detalles de la vida del pobre, con el mismo interes i el mismo cariño que lo hicieran con un miembro de su propia familia. Llevan a la anciana medicina para el cuerpo; pero llévanle otra mil i mil veces mas preciosa i necesaria, la medicina para el alma, la resignacion, ese secreto májico que convierte en oro del cielo las miserias de la tierra. Háblanle de Dios, padre de los pobres, remunerador de los que padecen en su nombre; muéstranle los tesoros

de consuelo que encierran la fé i la piedad cristiana, le enseñan a esperar i confiar siempre en Dios. Las llagas de aquel lacerado corazon se suavizan, renace en él la esperanza i, ofreciendo a Dios en holocausto sus padecimientos, cobra nuevas fuerzas i vigor nuevo. A la jóven llevan un hermoso libro para que en él aprenda i para que leyéndoselo haga olvidarse a su anciana madre de sus dolencias. A los chicuelos instruyen personalmente llenos de cariño, despiertan i fomentan en ellos el deseo de saber, de trabajar, de ganarse cuanto ántes su sustento i el de su anciana madre, i los estimulan a ejercitarse desde sus mas tiernos años en la práctica de la piedad cristiana. Aquellos jóvenes son portadores de mui buenas nuevas, que los pobres reciben con júbilo. En poco tiempo mas, i merced al activo celo de sus visitantes, tendrá la madre seguro i permanente albergue para su ancianidad i sus dolencias; la jóven será recibida en un santo i seguro asilo, invernáculo de la delicada flor de su inocencia, donde, aunque léjos de su madre amada, encontrará muchas madres tiernas i solícitas i tantas hermanas cuantas sean las jóvenes compañeras de su feliz desgracia en aquel asilo. Los niños, bajo la proteccion de Dios i de esos mismos visitantes a quienes con infantil e injenuo agasajo acaban de recibir, irán a aprender en un honrado taller a ganarse la vida i ser útiles mui pronto a su madre, a su hermana i a la sociedad.

Ya los jóvenes se despiden de aquella familia con la que han estado en íntima i santa conversacion. Se retiran, prometiendo volver mui pronto.

Mas ¿quiénes son?

No les pregunteis sus nombres: os responderán que no tienen nombre i se llaman solo *Socios de San Vicente de Paul.*

Preguntadles en nombre de quien dan limosna i os dirán que solo en nombre de Dios.

Así, miéntras la mentida filantropía anticristiana ni siquiera soporta la vista del pordiosero, la caridad cristiana va a buscar al menesteroso en su propia humilde morada. Así, miéntras en el catolicismo tiene la pobreza verdadero culto, en la doctrina incrédula tiene castigos como un crímen. Los ricos del mundo, cuando llegan a alargar al pobre una mezquina limosna, lo humillan, e irritan su miseria; lo hacen sufrir el suplicio de Tántalo forzándolo a ir a buscar las migajas de la opulencia a la puerta misma del perpetuo festin. El socio de San Vicente de Paul no se deja buscar por el pobre; va a buscarlo en su ignorado tugurio; lo busca como el ambicioso busca tesoros, como el hermano busca al hermano. El amor que desciende, levanta a la miseria que alivia; no hai crueles i humillantes contrastes. Esa es la verdadera igualdad, la verdadera fraternidad; ése es el verdadero amor al pueblo.

La limosna que lleva a casa del indijente el socio de San Viconte de Paul, es ante todo limosna del propio corazon. Nada vale arrojar la limosna material sobre la macilenta i temblorosa mano que se extiende para pedirla, cuando el sentimiento que impulsa a ello es una compasion instintiva mezclada con repugnancia i desprecio. Nada vale dar limosna obedeciendo a la vanidad i a la sed de aplausos. Nada vale que la mano dé, cuando el corazon no ama. Esa limosna es una hipocresía del que la dá i una humillacion para el que la recibe. El socio de San Vicente de Paul, da primero al pobre la dádiva del propio corazon, del sacrificio personal, de una amistad íntima i cristiana, hasta del honor mismo, porque, señores, tal es el mundo que no acierta a concebir que el rico busque al pobre, sino para el crímen. Es preciso cercenar de los propios placeres, del propio orgullo, del tiempo propio, de la vida propia lo necesario para atender a las miserias del pobre.

El socio de San Vicente de Paul ve con con sus ojos i palpa con sus manos la miseria; va a respirar esa misma atmófera infecta que respira el indijente en su rancho; a curar con su propia mano las llagas del cuerpo i del alma de su pobre. Así, es imposible que el fraude mendicante usurpe el lugar de la pobreza ni la defraude de su lejítimo patrimonio.

La caridad anticristiana da, como el fariseo, a son de trompeta i en el foro público, para ser vista i aplaudida. El socio de San Vicente de Paul es obrero silencioso, ignorado i anónimo, del bien del pobre. Escóndese del mundo i del aplauso, se esconde de sus propios compañeros, i hasta de su propio corazon se esconde. Si acepta las bendiciones del pobre, no acepta su gratitud, que pertenece solo a Dios, de quien él no es mas que humilde instrumento.

El socio de San Vicente de Paul sabe que, cuando ha saciado el hambre del pobre, vestido su desnudez i sanado sus dolencias materiales, no ha hecho todo lo necesario en favor del pobre. Sabe que dentro de esa escuálida i desnuda cubierta corpórea hai un alma i que ella es el elemento mas noble del compuesto humano. El alma tiene hambre i sed de verdad, siente la desnudez del desamparo en medio de las tribulaciones de la vida; el alma tambien languidece, enferma i aun muere; muere cuando no vive para la fé i la virtud, muere cuando no vive para la felicidad i para Dios. Hai almas sentadas en las sombras de la mas embrutecedora ignorancia; hai corazones que no conocen ni aman a Dios; los hai destrozados por la desesperacion; hai inocencias contra las cuales conspiran su propia belleza, su indijencia, su abatimiento moral i las asechanzas exteriores. ¿Cómo dejar tamañas miserias sin alivio, tamañas necesidades sin remedio? ¡Ah! nó: el socio de San Vicente de Paul ha comprendido que su mision principal es para con el alma del pobre. Antes que su proveedor o limosnero, es su consejero, su amigo, su consolador i su apóstol.

Su mision es desterrar del hogar del pobre la ignorancia, el abatimiento i el vicio, i establecer allí la conciencia de la dignidad i del deber, la alegría, el trabajo i la virtud, ilustrar, levantar, conducir a Dios.

La Sociedad de San Vicente de Paul, sin descuidar las necesidades corporales del pobre, atiende con preferencia a las de su espíritu. Da de comer al hambiento, viste al desnudo, cuida del enfermo, trabaja por asegurar al indijente un albergue; instruye al ignorante, aconseja, consuela i corrije. Proteje la ancianidad, la niñez i la inocencia; ampara a la viudez i a la orfandad; busca honrado trabajo para el pobre que puede trabajar i tranquilo refujio para el que no puede. Restablece la paz, la armonía i el amor en los matrimonios i en los hogares, haciendo que cada cual cumpla con los deberes de la naturaleza i de la relijion. En suma, a toda necesidad busca un remedio, a cada miseria un alivio; ninguna obra de misericordia para con el pobre es ajena de su instituto. Los jóvenes socios entre sí se edifican i estimulan recíprocamente con la palabra i con el ejemplo a la práctica de la caridad i de la piedad. Dan ejemplo al pobre i de él aprenden mucho, porque, señores, no lo extrañeis, en el miserable rancho del pobre hai con frecuencia admirables virtudes que aprender. Es ése un sublime comercio de caridad, de amor i de edificacion cristiana.

Ahora, pregunto yo: ¿hai en el campo de los titulados amantes del pueblo i de la humanidad, institucion que tenga un plan de beneficencia mas vasto i mas completo que la Sociedad de San Vicente de Paul? ¿Hai alguna que la ejercite mas silenciosa, mas discreta, mas fraternal?

Nó: el catolicismo sólo es capaz de enjendrar en su seno instituciones como la Sociedad de San Vicente de Paul, que tiene el triple i grandioso objeto de rendir culto a Jesucristo en la persona de los pobres, santificarlos i socorrerlos i santificar a sus miembros por medio del ejercicio de la caridad i del recíproco buen ejemplo.

El cuerpo social recibe de esos humildes e ignorados bienhechores del pobre beneficios incalculables.

El contacto cuotidiano e inmediato con la miseria, vista con los ojos i palpada con las manos es el único remedio eficaz para extirpar el lujo de los ricos, esa lepra de las sociedades, que las desmoraliza i las enerva, que dilapida lo supérfluo, patrimonio lejítimo del pobre, que exaspera a la medianía i a la miseria i las irrita contra la opulencia; el lujo, ese mónstruo, padre de la prostitucion i del crímen.

Cuando el rico no desciende hasta el pobre i le prueba que lo ama, que se compadece de él; cuando el rico no socorre las desesperantes miserias del indijente, el pobre pueblo, señores, aborrece a los ricos. I ¡ai de los pueblos en que la pobreza vive enconada i llena de odios para con la opulencia! ese encono i ese

odio, comprimidos durante algun tiempo, al fin estallan i estallan en las mas tremendas convulsiones sociales, en que los ricos pagan con su sangre la indolencia de sus corazones i las prodigalidades del lujo con que se burlaban de las angustias del pobre.

El socio de San Vicente de Paul, penetrado del sentimiento de las desgracias i miserias del menesteroso, es un apóstol que lucha contra el lujo con el ejemplo i la predicacion; es el parlamentario de paz i de amor que desciende a suavizar el encono del pobre contra el rico; que desarma los odios i conjura las espantosas i sangrientas catástrofes sociales. Baja para levantar al pobre, dándole instruccion, moralidad, conciencia de su dignidad de hombre i de sus deberes de cristiano i de ciudadano, enseñándole hábitos de órden, de trabajo, de aseo i de hijiene. Hace rico al pobre levantando su nivel, hace pobre al rico descendiendo a ser el amigo, el hermano del pobre. Es su obra una santa nivelacion social.

¡Acabemos de comprender, señores, que ni las teorías ni las combinaciones de los políticos pueden rejenerar i salvar al mundo sino solo la fé i la caridad!

Os he trazado los rasgos mas prominentes de una de las infinitas instituciones que sabe enjendrar i vivificar el espíritu católico de caridad. Os he hablado de una de la muchas obras de esa sublime e infatigable bienhechora del mundo que se llama Iglesia Católica. Ella mece la cuna del huerfanito i del hijo abandonado del crímen, ella vela a la cabecera del enfermo, ella cuida de la viudez i de la ancianidad, ella es el perpetuo i celoso guardian de las tumbas, ella colma de solicitud i de ternura al hombre miéntras éste vive i todavía le envía el socorro de sus amorosas plegarias hasta a la misma eternidad.

¡Salve, Iglesia del Cristo, porque tú sola sabes inspirar los heroismos de la caridad! ¡Salve, Iglesia Santa, porque tú, i sola tú, eres la luz, el consuelo, la esperanza i la salvacion de la humanidad!

RAFAEL B. GUMUCIO.

EL DOLOR.

Que siga el mundo en su vaiven eterno
Rodando en el vacío;
De léjos lo veré sin que la bruma
De pasiones que arrastra en su carrera
Venga a turbar el pensamiento mio.
Solo con su memoria
En su dolor i llanto
Escrita allí, lamentaré su historia.

Allá va el mundo nuestro,
Negro, perdido en los espacios flota
Con una ondulacion eterna i muda,
Envuelto en gaza desteñida i rota
De esperanzas perdidas i de duda,
I sobre todos tétrico i sombrío,
Obedeciendo al polo,
Dolor, el dolor solo
Lo empuja por los senos del vacío.

Memorias del pasado,
Vago recuerdo de mi antiguo mundo,
Dejad del globo las espesas nieblas
Do en confuso tropel habeis jirado:
Recuerdos de dolor, tocad mi frente,
No mi entusiasmo ardiente
Hace nacer en mi alma odio i despecho;
Que llegue a mí vuestra lejion callada,
Que, si al tocarlo lacerais mi pecho,
Un dolor mas habrá.... ¡no importa nada!

Canto al dolor: ¿sabeis lo que en el mundo
Esa palabra encierra?
No lo sé; algo escondido
Que en su siniestra calma
Cuando se siente el corazon herido
Hecha jirones nos anuncia el alma.
Nadie cantó al dolor; el aura leve
Cuando muere la tarde
A remedarlo en su rumor se atreve;
Lo busca el ave, lo susurra el bosque,
La hoja que se arrastra lo murmura;
Pero el que siente el corazon herido

Oye en cada latido
Un canto de dolor i de tristura.
El dolor no se canta;
Se ve, se sufre i, al cantar, se llora.
De la existencia en la inocente aurora
La lágrima del niño
Presajiando dolores se desliza,
I cuando el hombre, pálido, abatido,
Recoje de las manos de la muerte
La última herencia del mortal caido
Le alza tambien la piedra de su fosa
Una lágrima amarga i misteriosa.

¡Eso es dolor! Nacer entre sollozos,
Vivir entre deshechas ilusiones,
Morir.... esa es la historia
Del sér fugaz de la mundana escoria.

Mas hai dolor dulcísimo i tranquilo,
Que el mundo loco a comprender no alcanza
Dolor que enjendra el Dios de la esperanza,
Dolor, sublime anhelo
Que nace aquí, para volar al cielo.
¿Viste una madre contemplar callada
Una cuna vacía
I una lágrima diáfana abrasada
Temblorosa brillar en su pestaña
Que un algo vago misterioso entraña
Reflejada en su lánguida pupila?
Leed: allí está escrito
Todo un poema de dolor bendito.

¡Cuán dulce es el dolor que allá en su aurora
Encuentra una mujer que lo comprende
Un ánjel que al llamarla: ¡madre mia!
Una esperanza en nuestro pecho enciende!
¡Huérfanos desgraciados,
Vosotros cuya frente no ha sentido
El puro beso del amor materno,
Primicias del dolor, habeis sufrido,
Sabeis lo que es dolor sin conocerlo!
¡Ah! lo conoceréis! Correrá el tiempo
I en el alma hallareis hielo i vacío
Cuando busqueis do reclinar la frente
I una lágrima amiga
Para calmar el desamor impío
Con que el mundo a sus víctimas castiga.

Recordad la cancion del que en su cuna
Huérfano se llamó sin comprenderlo
Cuando esa aspiracion dulce del alma
Vuestro marchito corazon taladre;
Yo sé lo que es dolor.... ¡yo tuve madre!

Recuerdos de esperanza;
Vago futuro que el espacio pueblas
Del dolor, disipad las negras nieblas
Que cantar mas el sinsabor no puedo,
Recuerdos de dolor.... ¡os tengo miedo!

No mas dolor; el corazon sediento
Tras los recuerdos de dolor i duelo
Para apagar su sed busca consuelo.
Hai consuelo al dolor; mas, ¡ai! del triste
Que al mundo a demandarlo se ha llegado;
El corazon marchito, envenenado,
Lágrimas solo implora;
Solo es dado ofrecer llanto al que llora.

I él no sabe llorar; el mundo rie:
De su consuelo emblema,
Él brinda su sonrisa,
Mas sonrisa glacial que agosta i quema,
Presajio de dolores
Sarcasmo helado que nos miente amores.
Él no sabe llorar; revuelta orjía,
Eterna bacanal desenfrenada,
El ¡ai! de la agonía
Lo mezcla con la ronca carcajada;
Mata, envenena, la ilusion sepulta,
Mas ¡ai! de los que lloran;
El que llora en el mundo, al mundo insulta.

Mas es fuerza llorar; entre el violento
Bramar de las tormentas de la vida
El Dios de la virtud i el sufrimiento
Nos ofrece un asilo
Como Él nido de amor puro i tranquilo;
Solo, solo en su seno
Podremos dulcemente
Dejar caer la lacrimosa frente.
Despojos del dolor; hijos, del mundo,
Llorad con la esperanza del cristiano
I en el dolor profundo
Consuelo encontrareis; vereis en tanto

Que vuestro acerbo lloro
No será ni perdido ni precario;
Ved que en la cima del Calvario Santo
Una madre, al llorar, bendijo el llanto.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

ORDENES RELIJIOSAS.

Señoras i Señores:

Existe entre la creatura i el Creador, entre la tierra i el cielo, un lazo estrechísimo, una cadena preciosa, un vínculo indisoluble: lazo, cadena, vínculo, que eleva al hombre hasta Dios i une la vida con la muerte, el pasado con el presente, el tiempo con la eternidad. Cuál sea esa cadena firme como el granito, dura como el diamante, vuestro propio corazon os lo habrá dicho: es la oracion. La oracion, grato perfume que se eleva del alma, rompe las nubes, atraviesa los espacios i llega hasta el seno mismo de la divinidad; la oracion, arma poderosa que anonada las atrevidas maquinaciones hijas del necio orgullo i de la loca presuncion del hombre ensoberbecido; arma terrible que hace temblar i estremecerse al abismo; arma única que destruye i aniquila hasta los rayos mismos de la cólera del Eterno.

Ahora bien, en medio del proceloso mar de la vida, en medio de las contínuas ajitaciones i del incesante tumulto i bullicio del mundo, era necesario que hubiese algunos albergues destinados a ser como el punto céntrico de donde partieran los himnos de alabanzas con que el hombre, uniéndose a todos los cánticos de la naturaleza, debe bendecir i ensalzar a su Creador. Esos albergues ¿quién no los conoce? ¿quién no conoce esos retirados i solitarios asilos, moradas misteriosas de la virtud i del sacrificio, del recojimiento i del estudio, de la paz i del desinteres, de la caridad i de la mas dulce contemplacion?.... ¿Cuál es el cristiano que al sentirse acosado por los sufrimientos, combatido por los violentos huracanes de las pasiones i debilitado i próximo ya a sucumbir en el combate, no haya alzado su frente i dirijido sus miradas a esos apacibles refujios en donde se acoje la inocencia i nace i vive la penitencia? I, por lo mismo ¿quién no comprende que es necesario que haya, en aquellos lugares santos, algunas almas exclusivamente consagradas a ofrecer a la divinidad un triple tibuto de adoracion, de amor i de reparacion,

impetrando al mismo tiempo las misericordias i bendiciones del cielo i aplacando con la oracion la justicia infinita?... Hé aquí porque, tantas almas, comprendiendo esa necesidad i ese deber imprescindible de la humanidad, alegres i felices abandonan patria, familia, amigos, honores, placeres, riquezas i todas las afecciones mas íntimas del corazon i corren a sepultarse entre los desnudos muros de ignoradas i solitarias celdas. ¡Almas puras, almas escojidas, almas heróicas que no trepidan en ofrecerse como víctimas expiatorias, realizando un sacrificio precioso, un holocausto sublime!

I, sin embargo, ¿sabeis cómo paga el mundo la magnanimidad de aquellas almas? Creo que no necesito repetirlo, pues mil veces habreis oido las necias e incesantes acusaciones i las mil i una protestas que cada dia i, sobre todo, en la actualidad se formulan en contra de la vida relijiosa. Pero ¿quiénes son sus impugnadores? ¿quiénes sus acusadores? Fácil es conocerlo: son hombres, en cuyos corazones, si no se ha extinguido del todo la fé, esta se ha debilitado de tal manera, que no es maravilla que no entiendan i que por lo tanto combatan un estado de vida que descansa sobre principios de fé realmente superiores a la naturaleza. ¿Cómo quereis hablar a tales hombres de sacrificio, de abnegacion, de pobreza voluntaria, de obediencia, de castidad, de penitencia, de oracion, si arrastrados por el torbellino de sus pasiones i entregados del todo a la vida animal, no tienen la menor idea i quizás hasta niegan la existencia de la vida del espíritu, de la vida del alma? Por eso es que gritan i se enfurecen, puesto que ven un reproche constante i una condenacion explícita de su conducta i de sus acciones, en la conducta i en las acciones de los que, mas felices que ellos, ejercitan la vida sobrenatural de la gracia, practicando la perfeccion que el mismo Jesucristo enseñó. (1)

I, ahora, pregunto ¿habrá álguien que se atreva a condenar, a combatir i a desaprobar lo que el mismo Dios ha establecido? Claro es que nó; i, entónces, ¿porqué se combate, porqué se desaprueba, porqué se condena la vida relijiosa? Yo os lo diré: los que tal hacen son arrastrados por una pasion vil i cobarde: por la envidia, por el odio que profesan a la Iglesia, por el odio que han jurado a todo lo que es santo i bueno, a todo lo que no está a nivel de la bajeza i mezquindad de sus almas. Pues bien, contra sus acusaciones, contra sus calumnias e inacabables men-

(1) Nadie, me parece, pondrá en duda esto último, pues patente está la divinidad de las instituciones relijiosas como que el mismo Jesucristo solo nos señaló dos caminos para llegar al cielo: "Si quieres entrar en la vida eterna, cumple los mandamientos," dijo. *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.* I esto es de necesidad absoluta, i, luego, añadió: "Si quieres ser perfecto, vé i vende cuanto tienes; dáselo a los pobres; ven i sígueme." *Si vis perfectus esse, vade, vende omnia quæ habes, et da pauperibus, et veni, et sequere me.* I con esto, dándonos un consejo, nos señaló un medio seguro para alcanzar el Sumo Bien.

tiras, yo presentaré la historia i ella con su elocuencia i su lójica de fierro se encargará de rebatirlos.

¿Qué nos dice la historia en cada una de sus pájinas? Lo que está en la conciencia de todos, i es que los institutos relijiosos han sido los mas grandes bienhechores de la humanidad: ellos albergaron en sus monasterios la civilizacion; ellos salvaron las ciencias, las letras i las artes de la antigüedad i, mas que todo, ellos salvaron la relijion, la piedad i la virtud. Los monumentos del pasado i la infinidad de abadías, conventos, iglesias, ermitas i colejios que ellos han sembrado i esparcido por el mundo, atestiguan su grandeza, sus trabajos i sus beneficios, al mismo tiempo que pregonan el poderoso influjo que ejercieron en la sociedad dirijiéndola, vivificándola i constituyéndola siempre i en todas partes. I, a la verdad ¿quiénes mejor que esos hombres podian encargarse de tan difícil mision; ellos que consagrados a la soledad i encadenados al pié de los altares, habian abdicado en esos mismos altares todas las pasiones del mundo; ellos que entregados exclusivamente al trabajo i al estudio conocian mejor que nadie las miserias i debilidades del corazon i podian, por tanto, mejor que ningun otro tener aquella paciencia, aquella ternura, aquel amor que se requiere para reprender, alentar, consolar i dirijir?... Por eso es que apesar de las mas horribles i deshechas tempestades, ellos, los amantes de la soledad i de la oracion, han sabido vivir, han sabido luchar i han sabido vencer. A las privaciones i sufrimientos, oponian la esperanza; a los incesantes i furiosos ataques del error, la fé; i a las amenazas i persecuciones, la caridad; i esa fé, esa esperanza i esa caridad formando como una barrera indestructible en torno de ellos, hizo de sus claustros reductos inexpugnables contra los cuales las olas de las pasiones humanas han ido a estrellarse, romperse i despedazarse, pero sin poder jamas sumerjirlos.

Los siglos se han ido amontonando, las jeneraciones, unas en pos de otras, han ido desapareciendo i, sin embargo, al traves de la ruina de los imperios, de la devastacion de las naciones i del polvo de los años, todavía se alza majestuosa i grande la memoria de esos hombres i el recuerdo imperecedero de sus trabajos, de su poder i de sus beneficios.

Ellos aunque no buscaban la gloria ni los aplausos i huian léjos del mundo, el mundo sin embargo los ensalzaba i glorificaba corriendo al encuentro de esos hombres, inspirándose en su espíritu, bebiendo sus enseñanzas i practicando sus doctrinas. Alarmados los reyes i las potestades se aunan entónces para despojarlos i proscribirlos. Inútil empeño: ellos vuelven a aparecer. Se les persigue, se les encarcela, se les destruye: no importa, otros i otros resucitan de sus cenizas i la Iglesia, rodeada de sus órdenes relijiosas como de otros tantos baluartes, sigue triunfante i victoriosa una marcha que no han podido contrarrestar ni contrarrestarán jamas las potestades de la tierra ni del infierno.

Hé aquí, señores, lo que nos dice la historia del pasado i hé aquí lo que estamos viendo i palpando hoi dia que tantos esfuerzos se hacen para destruir esas órdenes relijiosas que durante tantos siglos han sido el mas firme sosten de la Iglesia, el broquel contra el que han ido a estrellarse las envenenadas saetas de la impiedad, el ejército activo i permanente opuesto sin cesar a los avances del error, el tesoro inagotable de donde han brotado los mas brillantes ejemplos de santidad, de valor i de saber i el foco luminoso de donde han partido los misioneros mas intrépidos i los mas infatigables propagadores del Evanjelio. Esto dice la historia, i esto cantan i publican los mendigos que, con sus harapos, acuden a la puerta de los monasterios a recojer el pan que les regala la caridad; los huérfanos que, con su desnudez, se apresuran a buscar un asilo seguro; los caminantes que corren a guarecerse en sus hospitalarios techos; los enfermos que solicitan i encuentran el alivio de sus dolencias; los infelices desheredados que hallan el amigo, el hermano, el padre que no tienen i, en fin, hé aquí lo que cantan i publican hasta los mismos i mas encarnizados enemigos de las órdenes relijiosas.

En efecto ¡cuántas veces, muchos de esos hombres que con tanta temeridad condenan lo que no conocen, cuántas veces, digo, aflijidos, apesadumbrados, con el alma lacerada por el dolor i con la frente humillada quizás por la vergüenza i el remordimiento, habrán dirijido sus pasos hacia esos solitarios claustros!.... ¡Ah! talvez, no atreviéndose a presentar a la luz del dia en aquellas casas santas que tanto han calumniado o por temor de ser vistos por los compañeros i aplaudidores de sus blasfemias, talvez han esperado que la noche los envolviera con sus sombras, i, en aquella hora en que el crepúsculo va perdiéndose i borrando a medida que las estrellas van apareciendo en el cielo, en aquella hora misteriosa en que la campana triste i lúgubre recuerda a los vivientes que es preciso rogar por los que ya han abandonado el mundo, en aquella hora, vagando como fantasmas por los desiertos corredores donde solo se oye el apagado eco de sus pisadas, temerosos, irresolutos, se han llegado a llamar a la puerta de alguna celda.... La puerta se ha abierto, i un sacerdote en cuyos ojos brilla la bondad, en cuyo semblante se retrata el mas dulce bienestar, un sacerdote cubierto con un tosco sayal i encorvado quizás por el peso de las austeridades i de los años:—"¡Entrad, hijos mios, les ha dicho, entrad i que la paz del Señor os acompañe." I aquellos hombres, con los ojos empapados en llanto i ahogados sus pechos por los sollozos i los suspiros, han caido de rodillas i, abriendo sus corazones i ensanchando sus almas, han pedido perdon al Dios que han ofendido.... ¡Ah! que venga ahora la impiedad i que llena de impotente rabia se ensañe, grite, i maldiga, no por eso será ménos cierto que es grande, magnífica i divina una relijion que tiene en su seno instituciones tan benéficas i que tantos consuelos han derramado i derraman en el mundo.

¡Oh santos albergues abiertos para la inocencia i para el arrepentimiento, cuán elocuente son vuestras desnudas murallas, vuestras escondidas celdas i vuestro mismo lúgubre i triste aspecto: el viento que jime entre las viejas arqüerías, el ave que canta en la palma solitaria, la fuente que murmura en el florido huertecillo, la campana que vibra en la blanca torre, el órgano que retiembla bajo las encumbradas bóvedas i todas aquellas mil i misteriosas armonías que nacen i viven en vuestros silenciosos i solitarios claustros, cantan, bendicen, ensalzan i glorifican el nombre de Dios!

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Siempre jirando en su vaiven eterno,
Vertiendo siempre congojoso llanto,
Sale del hondo infierno
El tétrico dolor, envuelto en manto
De rotas ilusiones, que en la tumba
Él arrojó, del negro desengaño.
I tras él se derrumba
Cuanto las auras del placer mecieron;
Como en cortejo extraño,
Los siglos ruedan, en tropel, veloces,
I, esperanzas efímeras, murieron
Cuantos soñó el mortal mezquinos goces.

Del huérfano el jemido
A los ayes se mezcla del que mira
Muerta su dicha, su afanar perdido;
En vano uno suspira
Su agostada grandeza i sus honores,
Fugaz, vuela, el suspiro a confundirse
Con la postrera lágrima que vierte
Aquel que aguarda la inflexible muerte.

La humanidad en tanto
Entre sollozos tímidos eleva
Su balbuciente voz: "¿Será que nunca,
Dice, en las alas del pesar traida,

Vea al amor que en mi ánimo renueva
El jérmen misterioso de la vida?
¿Todo es luto do quiera? ¿con qué el mundo
Se ha de ver para siempre
Al carro del dolor encadenado?
¿I en letargo profundo
Me adormiré indolente
Miéntras circunda el mal mi triste frente?....
La amiga paz no posa
Ya en la tierra su planta, rauda cruza
Por el aire, i medrosa,
Que en la fragua del odio pavorosa
La discordia infernal su espada aguza.
Allá ¿no veis a la miseria triste
De asqueroso vestido mal cubierta,
Que a la injuria del tiempo no resiste?
Vedla cual tiende su huesosa mano,
Asilo i proteccion buscando incierta
I proteccion i asilo busca en vano.

Dios mio, Dios piadoso,
Rueda al abismo incontrastable el mundo;
Detenga vuestro brazo poderoso
Su incesante correr, la faz serena
Mostradme una vez sola, i tras el velo
Que a tinieblas luctuosas me condena,
Fulgor de dicha alumbrará en el suelo."

I era así: que abatida i humillada
Por tinieblas densísimas cubierta,
Sin luz la humanidad entre dolores
Vagaba lenta i pesarosa e incierta.

Mas Dios la oyó: i arrebatado el viento,
Murmuraba do quiera,
Poblando de armonías la ancha esfera:
Guardad por siempre el angustiado acento
Mortales, la infinita
Providencia acojió vuestro lamento
I un ánjel bienhechor la tierra habita.
¿Quién era? El eco
Retumba con su nombre
Del macilento ocaso al rubio oriente:
"¡Gloria, sonando, al bienhechor del hombre!
¡Gloria al hijo de Dios! gloria a Vicente!"

Viérais entónces apacible coro

De ánjeles que dejaron olvidadas
Las níveas alas i las arpas de oro,
Cruzar, sonriendo, los ignotos mares,
Hollar, cantando, la rejion vacía
Del polo; i cual ardientes luminares
Hasta el hielo entibiar de la agonía.
Al que a la aciaga duda se convierte
I en el halago del error se encanta
Le descubren la luz.... No de otra suerte
La siempre amable, soberana aurora
En el salobre mar, con rósea planta
Hunde a la noche, imájen de la muerte.

Vírjenes inmortales, voraz fuego
En su sagrario fiel mi pecho esconde,
Armónica se mece
La inspiracion en mi alma, al aire entrego
La voz que a mis afectos no responde
I entre mis labios trémulo fenece.
Rompa el viento mi voz. ¡Oh! cuánto, cuánto,
Diria en loor vuestro!
Mas ¡ai! que veo el resplandor siniestro
De la rojiza tea
Que la impiedad levanta,
I ya la brisa que mi frente orea
Jemidos trae que mi gozo rompen
I embarga mi cantar doliente idea!

¿Por qué odio tanto? Os ví en frájil madero,
Como visiones plácidas, surcando
El ponto bramador, largo reguero
De gratitud i bendicion dejando.
Os admiré mil veces
Junto al funéreo lecho
Del moribundo, en doloridas preces
Clamar a Dios, en tanto que espantosa
Cerca estaba la muerte ya en acecho,
Honda quizas la cineraria fosa;
Mas vuestro ruego la eternal balanza
Inclinó hácia la vida,
¡Cuánto puedes oh anjélica esperanza,
De la fé por el astro conducida!

Yo he visto palpitando
De inefable placer, sujir radiante
De entre efluvios de luz, la blanca luna,
El sueño de la tierra acariciando,

Al calor de su disco vacilante:
Pero hallo mas fulgor en vuestras sienes,
Cuando inclinadas a la humilde cuna
Al huérfano arrullais entre canciones
Que talvez halagaron vuestra infancia
I hacen nacer las bellas ilusiones,
Como el sol en las rosas la fragancia.

Dadme los que llorais guirnaldas bellas
De inmarchitables azucenas, dadme
Las galas todas del jardin, con ellas
Ornemos a porfía
Sus sienes virjinales:
Tiemble la hueste de ominosos males
Que circunda a la torpe tiranía....
¡Ya lucirá de la venganza el dia!

Cese vuestro clamor, tended la vista,
La desmayada vista por la tierra
¿Tanto acerbo alarido no os aterra?
¿Tanta congoja i llanto no os contrista?
Do quier un hombre alienta,
Lágrimas vierten sus cansados ojos;
Por sus jemidos sus instantes cuenta....
¡Somos ¡ai! del dolor tristes despojos!

¡Dolor, dolor! atmósfera abrasada
En que el alma respira,
Tu peso encorva a la vejez helada
I una ilusion te juzga, una mentira,
La juventud que férvida delira.
En todas partes el dolor i en todas
Esas hijas de Dios; do quier ondea
Su amiga veste, símbolo sagrado
De caridad i amor: entre el tumulto
De fragosa pelea,
De la desgracia en el revuelto oceáno;
Siempre rindiendo a Dios ferviente culto,
Siempre tendiendo al hombre amiga mano.

¿La veis? La primavera
Bañó en rosa i carmin su faz de nieve,
Sobre todos fugaz, la edad lijera
Pasa, sobre ella sola,
Sobre ella el ala perezosa mueve.
Tambien el mundo le mostró su hechizo,
Tambien la alucinó el amor artero,

I alguna vez en seductores lazos
Flotó al aire, jentil, su blondo rizo:
Pero le hastió el halago lisonjero
Que la cercaba audaz, rasgó a pedazos
Su espléndido vestido,
Léjos de sí arrojó la áurea diadema
Sembrada de diamantes i esmeraldas
I cubrió sus espaldas
Con la toca i sayal de la indijencia....
¡No necesita el ánjel la opulencia!

Al contemplar su alma
Do se refleja inmaculada i pura
Del Sumo Sér la providencia misma,
Mi espíritu se abisma
En célica ventura,
El alto cielo vislumbrar creyendo
Quizá al traves de misterioso prisma.

Castas hermanas de María, solo,
Solo un floron faltaba a vuestra gloria!
¡Ved! con perfidia i dolo
Mancillar quiere vuestro nombre augusto
De la impiedad la deleznable escoria,
Mas esperad, el Justo,
El que a la inmensa Creacion preside,
Ya el hondo cerco del error nefario
Con su compas inalterable, mide.
No le valdrá la pestilente niebla
Que le rodea, al crímen,
Ella será su lóbrego sudario.
Aura de amor que los espacios puebla,
Luz de verdad que el ámbito ilumina
De la tierra infeliz, serán entónces
Vuestros piadosos labios, la divina,
La dulce caridad grabará en bronces
Vuestras glorias do quier; i si álguien canta
No será en la arpa destemplada i rota
En que mi númen impotente jime,
Sino en aquélla celestial, que brota
Canto de bendicion, canto sublime.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

ESTUDIO

SOBRE

LA FRANCMASONERIA

POR EL

Iltmo. Señor Dupanloup, Obispo de Orleans.

(Traducido del orijinal frances para La Estrella de Chile.)

(Continuacion.)

Leo, en efecto, en *El Mundo Masónico:*

"En la sesion del 26 de octubre, primera seccion de la gran lojia central (rito escoses), *compuesta* de *diputados elejidos por cada una de las lojias de esta obediencia*, se declaró que, a su juicio, la masonería no tenia para qué afirmar la existencia de Dios." (27)

La cuestion volvió, pues, a la asamblea jeneral del Gran Oriente, presidida por el Gran Maestre, jeneral Mellinet, el 13 junio de 1867. El debate fué aun mas acalorado que la primera vez: i en efecto: "la cuestion, decia *El Mundo Masónico*, afecta a la existencia misma de la masonería, a lo que constituye su razon de ser, a lo que es como la médula de sus huesos." (28)

"Ellos dicen" exclamaba con indignacion el mismo periódico, dicen: "somos deistas. La francmasonería es la hija primojénita del deismo."

(27) *El Mundo Masónico*, nov. 1866, p. 412.
(28) El mismo, abril 1867, p. 50.

"¿Suscribirá la masonería esta proposision? ¡Lo veremos! Veremos si es capaz de *cubrirse de vergüenza*, ella que ha proclamado tan alto *la tolerancia universal*." (29)

Tenemos a nuestra vista las curiosas discusiones que tuvieron lugar en esta asamblea jeneral masónica, a la cual asistieron "doscientos sesenta i nueve delegados, en representacion de 183 talleres." Los adversarios de la fórmula sostuvieron: que "la masonería debia dar una definicion de Dios o no hablar nada sobre esto porque admitir todos los dioses es una verdadera negacion;" que "la moral no tiene necesidad de apoyarse en Dios;" que la masonería, "afirmando la idea de Dios, pasaria al estado de iglesia." (30)

No obstante esta lójica, la táctica venció. La divisa fué mantenida. Pero en el fondo ¿qué significa este voto? I, para los que entienden las cosas de la masonería, ¿hai algo que tenga ménos sentido? ¿puede ser tomada a lo serio esa divisa, anulada entre los masones por un sistema de tolerancia que afirma: *que admitir todos los dioses es negarlos*, es decir el ateismo, segun la franca expresion del H.·. Pelletan? "¿No es verdad," como lo explicaba en el *Convento masónico* otro hermano, el H.·. Garrisson, "no es verdad que Proudhon, uno de los mas grandes jenios de este siglo, perteneció a la masonería? ¿No fueron acaso masones los jóvenes del Congreso de Lieja? ¡Sí, ciertamente; les hemos tendido la mano i les hemos dicho: *trabajad con nosotros!*" (Aplausos.) (31)

Sí, todo esto es cierto: sí, Proudhon fué recibido en la masonería, ese hombre que dijo: "Dios es el mal;" i el que a esta pregunta: "¿qué se debe a Dios?" respondió: "¡la guerra!"

I los jóvenes del Congreso de Lieja, que lanzaron, (no se han olvidado aun) estos gritos salvajes: "¡odio a Dios! ¡guerra a Dios! ¡es necesario despedazar el cielo como a una bóveda de papel!" estos jóvenes fueron reconocidos como excelentes auxiliares de la masonería, quien les tendió *la mano*.

A mayor abundamiento diremos: que los francmasones consecuentes no han cesado de protestar contra la divisa, i esperan conseguir hacerla desaparecer de los reglamentos. "Nuestros contradictores" escribia *El Mundo Masónico* en el mismo número en que relataba este voto, "solo han adquirido el derecho de ser intolerantes." La masonería queda siempre con "el templo universal eternamente abierto, *tanto para los* ATEOS *como para los* PANTEISTAS." (32)

I si se quiere saber, por otra parte, que lo que se oculta bajo la fórmula, para los que la adoptan, es el aniquilamiento de todos los cultos; léase, en el *Ritual del aprendiz mason*, el comentario que hace el venerable al pretendiente de aprendiz:

(29) Idem, agosto 1866, p. 220.
(30) *El Mundo, Masónico*, julio 1867.
(31) El mismo.
(32) *El Mundo Masónico.*

"El deismo es la creencia en Dios, *sin revelacion, ni culto,* es la relijion del porvenir, *destinada a reemplazar los cultos.*" (33)

Oigamos tambien estas profesiones perentorias de fé, hechas en grandes asambleas masónicas:

"Diré que EL NOMBRE DE DIOS ES UNA PALABRA SIN SENTIDO." (34)

"No solo debemos colocarnos sobre las diferentes relijiones, sino tambien SOBRE TODA CREENCIA EN UN DIOS CUALQUIERA. (35)

"Solo los IMBÉCILES HABLAN I SUEÑAN TODAVÍA CON DIOS." (36)

Así, una enseña o divisa deista, que en el fondo no es mas que una declaracion de guerra abierta contra toda relijion positiva, *divisa* que ha sido repudiada por la parte mas activa e inquieta de la asociacion, como anti-lójica; la abstraccion de todo dogma; el principio de libertad absoluta e ilimitada, es decir de indiferentismo absoluto, que consagra todas las audacias de la negacion, i absorbe poco a poco los restos de una fórmula gastada; las doctrinas mas nihilistas que invaden, con paso rápido, todas las lojias; i el ateismo proclamándose, instalándose, si me atrevo a decirlo, con suprema osadía, sobre las ruinas de toda creencia en Dios: tal es, a la hora presente, el balance doctrinal de la masonería.

¿Se puede, despues de esto, preguntar si un cristiano puede ser francmason?

V.

LA FRANCMASONERÍA I LA LIBERTAD DEL ALMA.

Sucede con la creencia en la inmortalidad del alma lo que sucedió con la creencia en Dios: suscitó las mismas discusiones en el seno de la masonería.

Así, a su muerte, del último rei de Béljica, Leopoldo, aunque recibió la asistencia del culto protestante, i renegó por consiguiente la masonería, quiso la de Béljica apoderarse de su memoria, i celebró una gran ceremonia fúnebre en su honor, en el Gran Oriente de aquella nacion. Pero la máxima siguiente fué fijada en la tribuna del templo, por los ordenadores de la fiesta:

"El alma, emanacion de Dios, es inmortal."

Contra lo cual, la lojia *Constancia,* de Lovaina, dirijió al Gran Oriente la protesta que sigue:

"Considerando que *el libre pensamiento* ha sido admitido por las lojias belgas *como principio* fundamental;

(33) Ritual del Aprendiz mason, que contiene el ceremonial, por J. M. Ragou, p. 45.

(34) Lojia de Lieja, 1865.—A. Neut, II, p. 287.

(35) Idem, p. 223.

(36) Lojia de Lieja.

"La lojia *Constancia*, oriente de Lovaina, protesta, enérjicamente, contra el atentado cometido por el Gran Oriente con los principios que son la base de la masonería." (37)

La protesta de los francmasones de Lovaina fué calorosamente aplaudida en Inglaterra i en Francia. Un diario masónico de Lóndres, *La Cadena de Union*, escribió:

"¿Quién podria afirmar que el alma, emanada de Dios, es inmortal? ¿Quién tiene la prueba? Hace muchos siglos que los Concilios i los Papas la buscan i todavía no la han encontrado..... ¡no la encontrarán jamas en el cielo! Porque EL ALMA HUMANA SE CREA A SÍ MISMA.....

"Apoyamos, pues, la protesta de los hermanos de Lovaina. Con semejantes frases, siempre huecas e incoherentes, que son del dominio de la fantasía i de la imajinacion, se consigue *fanatizar*, tarde o temprano, a todo un pueblo.

"¡Hermanos de Lovaina, habeis tenido razon para protestar!" (38)

I *El Mundo Masónico* exclamó por su parte:

"¿Cómo no comprende el Gran Oriente de Béljica que, afirmando públicamente en una divisa la inmortalidad del alma, asesta un golpe serio a la libertad de conciencia?" (39)

El Gran Oriente rechazó la protesta; pero ¿cómo? ¿Fué manteniendo la afirmacion de la inmortalidad del alma? Nó: declaró que esta fórmula no era seria, ni obligatoria i que solo se conservaba en la masonería por respeto a las viejas tradiciones; que, por otra parte, estas cuestiones sobre Dios i el alma no pueden recibir *ninguna solucion;* en fin, que la esencia de la masonería es no profesar ninguna creencia.

"En 1837, el Gran Oriente de Béljica *desligaba a la masonería nacional de todo dogma relijioso o filosófico*....

"El Gran Oriente no prescribe dogma alguno.

"Si el principio de la inmortalidad del alma aparece en los rituales o en los formularios, si la idea de Dios se muestra en ellos bajo la denominacion del Gran Arquitecto del Universo, es porque *éstas son tradiciones de la órden*. Pero esta *fórmula* no encadena a ninguna conciencia. En nuestros tiempos, seria pueril procurar discutir *cuestiones que no pueden conducir a ninguna solucion*." (40)

I para observar mejor lo que esta incredulidad permite aseverar en las lojias masónicas, basta citar algunos fragmentos de los discursos que se pronuncian en el entierro de los hermanos que han renegado, en su lecho de muerte, de la relijion:

"En el recojimiento supremo de su conciencia, se avanzó hácia

(37) Protesta de la lojia *Constancia* de Lovaina, fecha 17. Primer mes 5,866 (1866) citada por M. Neut.

(38) *La Cadena de Union*, Lóndres, mayo 1.° 1866.

(39) *El Mundo Masónico*, noviembre 1866, p. 421.

(40) *El Mundo Masónico*.

lo infinito con dulce calma." Veamos lo que se dijo de un francmason muerto como habia vivido, sin Cristo i sin Dios:

"Un *verdadero mason* debe morir como ha vivido, como librepensador, i léjos de considerarse tal muerte como *una afrenta*, es, al contrario, *un título* que es preciso reivindicar con franqueza..." (41)

Tenemos a la vista muchos discursos masónicos en que se ha empleado el mismo lenguaje.

Para el H:. Ragon, fundador de la lojia de los *Trinósofos* de Paris, autor del ritual que hemos citado, ¿qué es la muerte i la inmortalidad? La muerte no es otra cosa que "la despersonificacion del individuo, cuyos elementos materiales—(prosigue el H:. Ragon, i esto es la inmortalidad tal como él la entiende)—se descomponen, i uniéndose a elementos análogos, concurren a las trasformaciones infinitas de la materia, siempre animada."

Es imposible, ciertamente, profesar un materialismo mas grosero i un ateismo mas desvergonzado.

I qué diremos de aquel singular panejírico, pronunciado sobre la tumba del H:. Bourdet, por el H:. Coindre, de la R:. L:. *Perseverancia*, del O:. de Arlés: "Hermano Bourdet, cada una de las partes de tu cuerpo van a volver al *crisol universal* de donde salieron, para concurrir a la formacion de *una miriada* de otros cuerpos." (42)

¡Ved aquí al H:. Bourdet bien adelantado! I su alma ¿dónde fué? De su alma, por supuesto, nada se dijo.

La inmortalidad masónica, en las teorías que acabamos de ver, no es, por cierto, la inmortalidad del alma ni de la persona, puesto que, al contrario, el individuo es *despersonificado* por la muerte; es la de los elementos materiales no aniquilados. ¡Es tambien la de las ideas! *La idea a que el muerto servia no muere con él; ella se trasmite al espíritu de los que sobreviven;* i agregan con gravedad: DE MANERA QUE NADA SE PIERDE...

¿No es esto ocultar bajo risibles i falsas fórmulas las mas miserables esperanzas?

Ademas, sobre la tumba del jefe del Gran Oriente de Béljica, el H:. Verhagen, se dijo:

"No hizo preceder sus últimos instantes de *expiaciones supersticiosas*."

Esta es la manera como los francmasones tratan los consuelos que proporciona la relijon, única que puede darlos al moribundo en esos momentos terribles en que el mundo se desvanece a su vista, para dejarlo solo en presencia del porvenir eterno. El orador continúa:

"Nuestros pesares no son turbados por *vanos terrores;* ni nuestras esperanzas con ideas *de vana credulidad*....

(41) Discursos del H:. Ranwet. Neut, t. 1, p. 155.
(42) *El Mundo Masónico*, julio de 1867, p. 173.

"*Purificaciones emblemáticas* nos advierten que *el fuego creador* es el *único que depura* en la naturaleza." (43)

El orador, en efecto, exponia esta bella teoría sobre *el fuego creado i único purificador* delante de un monumento, "al pié del cual se elevaba un ciprés; delante del estrado, sobre un altar de forma cúbica, se encontraban vasos de plata i de cristal, que encerraban *el fuego, los perfumes i el agua lustral*, etc."

El fuego, los perfumes i el agua lustral, como vemos, son un culto completo: nada falta en él. I en todas las relaciones de estas ceremonias fúnebres, que los francmasones celebran entre ellos, en sus templos, hallaremos ostentosos aparatos; pero en el fondo ¡qué vaciedad! Palabras sonoras cubriendo ideas huecas i mucha pompa en el vacío.

Trascribo aquí textualmente un TRAZADO masónico, es decir, una relacion oficial: se trata de los honores tributados al H.·. Fontainas, burgo-maestre de Brusélas.

"Cuando el Supremo Consejo ha tomado el lugar que le está asignado, el Venerable Maestre, en el púlpito, recojido en sí mismo, exclama:

"Hermano primer celador ¿qué hora es?

"EL HERMANO PRIMER CELADOR: La hora en que el fin se ha convertido en principio.

"EL VENERABLE MAESTRE, en el púlpito: Esta es la lei de la naturaleza." ¡Gran verdad ciertamente! "Hermanos mios, cumplamos con nuestro deber.

"Se dirije hácia la tumba, seguido del Supremo Consejo, de los diputados de las lojias i de los hermanos que están colocados en columnas.

"EL VENERABLE MAESTRE, en el púlpito: Hermano Andres Fontaine ¡respóndenos!

"En vano los hermanos primero i segundo Celador repiten este lúgubre llamado. La tumba queda muda. El Venerable dice entónces: El Maestre permanece sordo a la voz de sus hermanos."

Con razon; hacia muchos dias a que estaba enterrado.

"A estas palabras, suceden los lúgubres tañidos del tam-tam, cuyas vibraciones expiran lentamente bajo la bóveda del templo.

"El hermano orador pronuncia entónces un trozo de arquitectura (discurso.) Hemos citado, mas arriba, algunas muestras, como esta: "Un verdadero mason debe morir como ha vivido, etc., etc."

En seguida, despues de las ceremonias, que compendio, se trasladan al *templo de la inmortalidad*, alumbrado con una profusion de teas. Allí otro hermano orador explica cuáles son las esperanzas masónicas, libres, se entiende, "de las prisiones del dogma católico i de todas las sectas particulares."

El Mundo Masónico tiene mucha razon en caracterizar así las dos pomposas fórmulas de la francmasonería:

(43) M. Neut. t. 1. n. 149.

"DIOS, GRAN ARQUITECTO DEL UNIVERSO, denominacion jenérica que todos pueden aceptar, AUN LOS QUE NO CREEN EN DIOS;

"*Inmortalidad del alma*, o perpetuidad del SÉR, SINO INDIVIDUAL AL MÉNOS COLECTIVO:" (44) es decir, no la inmortalidad del alma i del individuo, sino la perpetuidad de la especie.

Así, el H.·. doctor Guépin ha podido decir sin ser desmentido:

"La mayoría que ha inscrito sobre nuestro santuario a Dios i a la inmortalidad del alma, ha sido intolerante."

I el pastor Zille, que citamos hace poco, añadia:

"Solo los IMBÉCILES, los ignorantes i los *pusilánimes, sueñan todavía con un Dios i* CON LA INMORTALIDAD."

VI.

INCOMPATIBILIDAD FUNDAMENTAL DE LA FRANCMASONERÍA CON TODA RELIJION.

Es evidente, por poco que se reflexione, que el principio fundamental de la masonería implica no solamente la negacion formal del cristianismo sino tambien un manifiesto error filosófico. Es la fórmula mas exacta del escepticismo i del indiferentismo mas completo.

¿Cuál es, en efecto, este principio? Es el libre pensamiento: "el libre pensamiento es el PRINCIPIO FUNDAMENTAL DE LA MASONERÍA;" (45) no la libertad restrinjida, sino COMPLETA, (46) universal; la libertad ABSOLUTA, ilimitada, *en toda su extension*: (47) "La libertad ABSOLUTA de conciencia es la BASE ÚNICA de la masonería." (48)

"La masonería, en efecto, "ES SUPERIOR A TODOS LOS DOGMAS;" (49) está "SOBRE TODAS LAS RELIJIONES;" (50) "la libertad de conciencia es SUPERIOR A TODAS LAS creencias relijiosas;" (51) cualesquiera que ellas sean, "aun a la creencia en Dios: la masonería es una institucion desligada DE TODAS LAS HIPÓTESIS DE LOS MÍSTICOS:" (52) los francmasones deben en consecuencia colocarse no solamente sobre las diferentes relijiones, sino tambien sobre toda creencia en "UN DIOS CUALQUIERA." (53) En fin, llegan hasta decir: "Seremos *nuestros propios sacerdotes* i NUESTROS PROPIOS DIOSES;" (54) i esta libertad, no restrinjida, sino completa, universal, ilimitada es UN DERECHO. (55)

(44) *El Mundo Masónico*, t. 4, p. 657.
(45) A. Neut., t. 1, p. 408.
(46) *El Mundo Masónico*, noviembre 1866, p. 441.
(47) Idem, mayo 1866, p. 22.
(48) Idem.
(49) Idem.
(50) M. Neut, t. 1, p. 285.
(51) Idem.
(52) Idem.
(53) M. Neut, t. II, p. 233.
(54) M. Neut, t. II, p. 202.
(55) *Constitucion Masónica*, art. 1.°

Así la libertad, el derecho, bajo el punto de vista, no de la lei civil sino del fuero interno de la conciencia; la libertad, el derecho universal, absoluto, ilimitado, de creer lo que se quiera, como se quiera, o de no creer en nada, derecho, proclamado como anterior i superior a toda creencia relijiosa; es, segun los masones que acabamos de citar, el principio fundamental, la única base de la masonería.

Pues bien, está de manifiesto, desde luego, que este principio, así entendido, es un evidente error filosófico i, con perdon de los señores masones que creen en Dios, es la negacion implícita, aun de la relijion natural.

En efecto, si la relijion natural existe, OBLIGA, por sí misma, en principio i en derecho; esta OBLIGACION sí que es superior i anterior al hombre, i ella limita su libertad i liga su conciencia. En el hecho, puede el hombre encontrar, en su ignorancia o buena fé, una *excusa* para cohonestar su incredulidad, pero jamas podrá alegar un *derecho anterior* i *superior* a la lei. Allí está el equívoco i el error capital del principio masónico. Ciertamente, no basta alegar la conciencia para tener *derecho* de hacerlo todo i negarlo todo.

I para evidenciar esto, pondremos un ejemplo resaltante: no basta, como lo decia perfectamente en la tribuna el honorable M. Laboulaye, con motivo de los mormones, no basta para disculparse, que se pueda decir: "mi conciencia exije que tenga muchas mujeres;" nó, esto no basta, ni con respecto a la moral, ni con respecto a la lei civil.

Igual razonamiento se aplica al cristianismo. Si es una institucion divina, *obliga*, por sí mismo, a todos los hombres; i esta *obligacion*, superior al individuo, a ménos que se proclame el individuo superior a Dios, *limita* su libertad: aquí tambien la ignorancia i la buena fé pueden servir de *excusa;* pero no pueden crear *un derecho absoluto, ilimitado, anterior* i *superior* al cristianismo.

Esta libertad, *absoluta* e *ilimitada* de la conciencia, que los francmasones colocan como base de la masonería, no existe de ninguna manera; es una de las quimeras de este falso liberalismo, condenado por la Iglesia, i que no es otra cosa que el escepticismo o el indiferentismo en materia de creencias; proclamarlo, como lo hace la masonería, es negar implícita pero realmente toda relijion, natural o revelada.

Luego el principio masónico excluye al cristianismo i, en consecuencia, un cristiano no puede ser francmason.

Ademas, cuando una institucion se propone, como la masonería, el progreso, no solo material sino intelectual de la humanidad, fuera de la relijion i del cristianismo, ¿qué otra cosa se propone sino sustituirse a ellos i negarlos por consiguiente? Porque, si la relijion i el cristianismo son inútiles para realizar dicho progreso, los hombres podrian prescindir de ellos como de una cosa inútil.

Cuando *El Mundo Masónico* nos dice que lo que se propone la masonería es reunir en su seno a todos los hombres, de cualquiera relijion que sean, le diré, con perdon suyo, que no sabe lo que avanza, porque, eliminadas las palabras sin sentido i penetrando en el fondo de las cosas, se notará que atribuir a tal principio el carácter de fundamento de las constituciones masónicas i pretender en seguida que se respete la relijion, es una contradiccion i una farsa.

Esto mismo lo reconocia, con una franqueza que no deja nada que desear, un alto dignatario de un lojia alemana.

"Masonería i Catolicismo, escribia, se excluyen recíprocamente: SON ANTÍPODAS.... Pregunto ¿cómo puede un católico permanecer fiel a su relijion, profesando las doctrinas masónicas?.... Un hombre que cree en el símbolo de los Apóstoles ¿cómo podrá oir decir que es *libre i que no está sujeto a ninguna creencia?*" Son dos cosas contradictorias.—Extracto del folleto: *Vio gegenwart und Zukunft der Praimaurerei in Deutschland.* Leipzig, 1854; p. 116 i siguientes."

VII.

NUEVOS DETALLES SOBRE LA GUERRA HECHA AL CRISTIANISMO: LA MORAL SIN DIOS, LA ENSEÑANZA SIN RELIJION.

La masonería es, pues, una guerra sin tregua declarada a toda relijion. Pero el fin odioso que persiguen los francmasones aparece sobre todo de relieve en el celo que despliegan en predicar la moral sin Dios i, por consiguiente, la enseñanza de la juventud separada de toda creencia relijiosa.

En la moral, dicen, consiste toda la masonería; pero ellos la quieren sin relijion alguna. En las lojias se ha elaborado i de ellas ha salido esa quimera impía, que han intitulado *moral independiente* i que solo es una forma del ateismo.

Dijimos quimera; pero no lo es tanto ya, desde que la Comuna, triunfante en Paris, se dió prisa en realizarla, haciendo desaparecer de las escuelas todo emblema, todo vestijio relijioso i, desde que, recientemente, el consejo jeneral del Sena, aprobó, en el mismo sentido i con el mismo fin, la enseñanza obligatoria i *laica.*

"La moral es independiente de toda hipótesis relijiosa." (56)

Tal es el axioma de la masonería i éstas las consecuencias que de él saca; la instruccion relijiosa *debe ser suprimida.* I la razon que da, es: que las creencias relijiosas son inútiles para la educacion de la juventud, i, ademas, QUE LA FÉ EN DIOS ARREBATA AL

(56) *El Mundo Masónico*, mayo de 1867, p. 51.

HOMBRE SU DIGNIDAD, TRASTORNA SU RAZON, I PUEDE CONDUCIRLO AL ABANDONO DE TODA MORAL.

Esto ha sido terminantemente declarado en la R.·. L.·. *La Rosa del perfecto silencio*, en Paris.

En efecto, a esta pregunta: "¿debe ser suprimida la instruccion relijiosa?" Sin duda alguna, se respondió: i el orador de la R.·. L.·. desarrolló en estos términos dicha pregunta:

"*El principio de autoridad sobrenatural*, es decir, la fé en Dios, ARREBATA AL HOMBRE SU DIGNIDAD; *es inútil para la disciplina de los niños; i es susceptible aun* DE CONDUCIRLOS AL ABANDONO DE TODA MORAL."

"*El respeto debido especialmente al niño, agrega, prohibe inculcarle doctrinas que* TRASTORNEN SU RAZON." (57)

¿Se quiere otro testimonio? Pues leo tambien en *El Mundo Masónico* lo siguiente:

"La R.·. L.·. *Amigos del Orden*, Oriente de Paris, ha propuesto, últimamente, esta cuestion:

"*¿Qué educacion debe dar un mason a sus hijos?*"

"Todos los oradores se han mostrado partidarios de una educacion libre, *laica*, independiente de la estrechez de la enseñanza relijiosa."

I *El Mundo Masónico* cita entero uno de estos discursos; de él estracto el siguiente pasaje:

"¡A un lado esa instruccion *bastarda, falseada, basada en dogmas añejos!*.... Ese método de educar a nuestros hijos ha durado demasiado; *es tiempo i de sobra que termine*.... La base en que conviene fundar la instruccion de nuestros hijos es ésta: enseñémosles a admirar, a estudiar los grandes fenómenos de la naturaleza, i el orador agrega: "sin cuidarnos demasiado del nombre con que debemos adornar cosas tan bellas." (58)

Pero veamos otro sentimiento, aun mas paternal, de los que les inspira a estos *señores* la educacion de sus hijos:

"La masonería" decia el H.·. Massol, en una de las reuniones de la sesion masónica internacional, celebrada en julio de 1867, "debe ser i es una escuela de moral, *independiente de todos los dogmas relijiosos*.... He educado niños; pero jamas les he mentido. CADA VEZ QUE ME HAN PREGUNTADO LO QUE ERA DIOS, LES HE RESPONDIDO: "NO LO SÉ." DE ESTE MODO HE FORMADO HOMBRES." (59)

Veamos cómo es tratado el catecismo cristiano en una poesía masónica del H.·. Lachambaudie:

"¿Qué contiene ese libro elemental,
Do la supersticion a la razon subleva?
Es un tejido...." (60)

(57) Idem, octubre 1866, ps. 372 i 373.
(58) Idem, ps. 14, 15, t. XIII.
(59) El mismo *Mundo Masónico*, agosto de 1867, p. 496-497.
(60) *El Mundo Masónico*, abril de 1867, p. 722.

Las lojias belgas no se han dejado sobrepujar en esto por las francesas. Así, en 1864, el Gran Oriente de Béljica—no cito, como se ve, débiles autoridades masónicas—puso la misma cuestion, *a la órden del dia* en todas las lojias de su obediencia; las lojias le contestaron, i veamos hasta dónde iba en su respuesta la lojia de Ambéres en particular:

"LA ENSEÑANZA DEL CATECISMO, ES EL MAYOR OBSTÁCULO AL DESARROLLO DE LAS FACULTADES DEL NIÑO.

"LA INTERVENCION DEL SACERDOTE *en la enseñanza*, PRIVA A LOS NIÑOS DE TODA NOCION MORAL, *lójica i racional*." (61)

De las respuestas diversas, enviadas por las lojias de su obediencia al Gran Oriente de Béljica, salió, pues, un proyecto de lei, en veintitres artículos, de los cuales el 1.° decia: SUPRESION DE TODA INSTRUCCION RELIJIOSA; el 2.°: OBLIGACION DEL PADRE I DE LA MADRE I DE LA MADRE VIUDA de conducir, POR FUERZA, *a sus hijos a la escuela*.

Nótese bien la formidable conexion de estos dos artículos. Si los deseos de estos grandes liberales son escuchados, la lei OBLIGARÁ al padre i a la madre, a la madre viuda, a conducir a sus hijos a una escuela en que será suprimida toda instruccion relijiosa.

Esta es la razon por que, en Paris como en Brusélas, se reclama con tanto ardor la enseñanza laica, gratuita i obligatoria: "Sobre esta cuestion deben concentrarse todos los esfuerzos de la masonería" (62) dice *El Mundo Masónico;* i ¿por qué? Las lojias belgas no lo han disimulado: para que el niño sea educado—POR FUERZA—*sin Dios i sin relijion*.

I *La Cadena de Union*, diario másonico de Lóndres, respondiendo a la lojia de Ambéres, del Gran Oriente de Béljica, i a *La Rosa del perfecto silencio*, de Paris, da la razon, declarando que la educacion relijiosa era un veneno i pedia, en consecuencia: "que *se obligara* a los padres a *sustraer* a sus hijos del VIRUS de la educacion relijiosa." (63)

Así, pues, EL HIJO NO PERTENECERÁ YA A SUS PADRES, porque la lei lo obligará a enviarlo a escuelas de donde Dios i toda enseñanza relijiosa están desterrados.

Si hai una tiranía odiosa i execrable es ciertamente ésta.

Así, el mismo Ledru-Rollin, pronunció un dia estas palabras, bien enérjicas por cierto i que bastan para pulverizar la lei: "¿Hai dolor mayor para el individuo que la deportacion de sus hijos a esas escuelas que mira como lugares de perdicion; que esa conscripcion de la infancia, arrastrada por la violencia al campo enemigo i para servir al enemigo?" (64)

Pues bien, este es el punto, no me cansaré de repetirlo, sobre

(61) *Diario de Bruselas*, noviembre 28 de 1864. Citada por M. Neut, t. 1, p. 347.
(62) *El Mundo Masónico*, octubre de 1866, p. 358.
(63) Idem, mayo 1.° de 1865.
(64) Dicho en el cuerpo lejislativo i citado por M. Neut, t. 1, páj. 350,

el que la masonería, en Béljica i en Francia, despliega sus mayores esfuerzos; es la fortaleza que a toda costa quieren conquistar, convencidos de su importancia. La enseñanza OBLIGATORIA I ATEA es, pues, el objeto actual de sus aspiraciones. *El Mundo Masónico* lo declara con franqueza: "Un campo inmenso se abre a nuestra actividad. La ignorancia i la supersticion pesan sobre el mundo; erijamos escuelas, cátedras, bibliotecas."

I como los señores francmasones son jente que obran al mismo tiempo que hablan, la masonería adopta, como dice, niños; i no me sorprende leer, en el *proceso verbal del protectorado internacional masónico*, que terminó el 27 de julio de 1867, en la sesion organizada por las lojias escocesas, las palabras siguientes:

"Setenta i nueve niños venian, acompañados de sus familias, a pedir a la masonería asilo i proteccion; setenta i nueve niños, cuyas intelijencias no serán ENVENENADAS *con teorías retrógradas;* setenta i nueve niños, LA MAYOR PARTE MUJERES, que sembrarán *nuestras ideas* en el campo fecundo del porvenir."

Por otra parte, *El Convento Masónico* de 1870 tomó, *por unanimidad*, la siguiente decision: (65)

"La masonería francesa se asocia a los esfuerzos hechos en nuestro pais para hacer la instruccion obligatoria ¡i laica." (66) *Laica;* no solamente dada por laicos sino tambien separada de toda relijion. (67)

"Se sabe, agrega *El Mundo Masónico*, que esta decision debió ser enviada a M. Julio Simon para que la apoyara en el Cuerpo lejislativo."

Lo mismo sucedia en Béljica, con ocacion de la gran fiesta del solsticio nacional, en que el H.·. Bourlard decia enérjicamente: "Cuando haya ministros que propongan al pais la manera como ellos tratan de organizar la educacion del pueblo, exclamaré: ¡A MÍ, MASON, A MÍ ME CORRESPONDE LA CUESTION DE LA ENSEÑANZA; A MÍ EL EXÁMEN; A MÍ SU SOLUCION! (Aplausos.)" (68)

I este proselitismo impío ha sido solemnemente practicado en Béljica i en Francia. En Bruselas, el 10 de agosto de 1865, en la inaguracion de una estátua erijida al Gran Maestre de la francmasonería belga, Mr. Verhagen, la masonería tuvo la osadía de presentar allí a los niños de las escuelas comunales, i hacerlos cantar las estrofas que siguen:

(65) *El Mundo Masónico*, t. X, páj 267.

(66) Idem, mayo 1870, p. 292.

(67) Esto era lo que no desembrollaba bien ese guapo obrero cuya historia me contaban estos dias: "Quiero, decía a los hermanos de las escuelas cristianas, presentándoles un jovencito, que mi hijo reciba una educacion laica." "Pero entonces, dijeron los hermanos, no es a nosotros a quienes debeis confiarlo." "¡Oh! ¡Cómo nó! respondió el campesino, quiero que mi hijo reciba una educacion laica, como se dice en el consejo municipal, pero deseo que sea educado, como yo, por los hermanos."

(68) M. Neut, t. 1, p. 306.

CORO.

¡Abrid, abrid las puertas;
El monumento sirve
Para encerrar las huestes
De la *enseñanza libre!*

PRIMER GRUPO.

Este santuario del jenio
Del progreso marca la era.
¿CUÁL ES SU TEMPLO?

SEGUNDO GRUPO.

La ciencia.

PRIMER GRUPO.

¿Cuál es su divinidad?

SEGUNDO GRUPO.

Libertad.
¡Fuera dogmas, tradicion i *profecías!*
¡NO MAS YUGOS, TIRANOS i MESÍAS!

CORO JENERAL.

¡Discípulo i maestro, trataremos
De formar *democracias varoniles,*
I, unidos, de seguro que seremos
Dueños del porvenir por años miles! (69)

Estas doctrinas ¡ai! marchan con paso rápido; i, en Paris, durante la Comuna, a la cual, como sabemos, la masonería manifestó tan extrañas simpatías ¿no se hizo subir un niño de doce años al púlpito de San Sulpicio, a proclamar, en medio de los aplausos de un pueblo delirante, que no habia Dios?

VIII.

PROPAGANDA DE LA ENSEÑANZA SIN RELIJION EN LAS ESCUELAS DE ADULTOS.—ESCUELAS PROFESIONALES DE NIÑAS.—LIGA DE LA ENSEÑANZA.

La masonería ha desplegado igualmente un ardoroso entusiasmo para apoderarse de los adultos por medio de la enseñanza atea. El orador que en la lojia *La Rosa del perfecto silencio*, en Paris, declaraba a la enseñanza relijiosa *inútil* para disciplinar niños i *propia para conducirlos al abandono de toda moral*, terminaba su discurso con estas palabras:

(69) Citado por M. Neut, t. 1, p. 362.

"Hago votos para que los masones elocuentes organicen a favor de los obreros, en toda las ciudades de Francia si es posible, cursos de derecho elemental i de moral universal, sin que jamas se trate en ellos *de enseñanza relijiosa, susceptible de conducirlos al abandono de toda moral.*" (70)

Como se ve, ha llegado para nosotros los católicos un tiempo en que es preciso activar nuestro celo, para ilustrar a la jente del pueblo, ya que los masones lo tienen, i mui ardiente, para corromperla.

Pero, por lo que mas trabajan es por conquistar i pervertir a las mujeres cristianas; en verdad ¿quiénes son los promotores de esa conspiracion abominable, tentada en nuestros dias, para arrancar la fé del corazon de la mujer? Los francmasones.

Oigamos lo que decia con este motivo el H.·. Massol, en la lojia *Beneficencia i Progreso*, en Boloña, el 19 de julio de 1867:

"Por medio de la instruccion, conseguirán *las mujeres* sacudir el *yugo clerical*, i desembarazarse *de las supersticiones* que les impiden adquirir *una educacion adecuada al espíritu moderno*. Para dar una prueba de ello pregunto ¿cuál es la mujer inglesa, alemana o americana que, a las dos preguntas relijiosas que pueden dirijirles sus hijos: "¿Quién creó el mundo? ¿Hai existencia despues de la muerte?" se atreveria a responder que nada sabe sobre esto i que nadie lo sabe tampoco? Pues bien, esta audacia la tendria la francesa instruida." (71)

¿Es esto claro?

I la razon de esta propaganda el H.·. Alberto Leroy, profesor de retórica, si no me engaño, en el Liceo de Versalles, bajo el ministerio de M. Julio Simon, la exponia en estos términos, en una reunion de la sesion masónica internacional, de agosto de 1867, en Paris: "Sin la mujer, todos los hombres reunidos no podrán nunca nada." (72)

Dos hechos contemporáneos i notables atestiguan, ademas, esta actividad de la masonería en propagar la enseñanza atea, fuera de toda relijion; quiero hablar de la creacion de las *Escuelas profesionales de niñas* i de la *Liga de la enseñanza*.

Las escuelas profesionales de niñas.—Bajo el réjimen imperial, en un escrito que intitulé *Alarmas del episcopado*, i al cual se adhirieron, pública i benévolamente, casi todos los obispos de Francia, me ví compelido a tratar esta cuestion, como una de las empresas mas peligrosas. Demostré que el pensamiento que habia hecho surjir su instalacion era anti-relijioso i anti-cristiano; que, bajo pretexto de enseñanza, se esforzaban por inculcar en las jóvenes la irrelijion práctica; que se proponian formar librepensadoras, que vivan i mueran fuera de toda relijion. Ninguna de estas aseveraciones ha sido desmentida; citaba, en efecto, las

(70) *El Mundo Masónico*, octubre 1866, p. 374.
(71) Idem, agosto 1867, p. 2050.
(72) Idem, agosto 1867.

declaraciones de las fundadoras, i el ejemplo, mui revelador, de sus vidas i muertes; los discursos impíos pronunciados en su tumba, delante de sus discípulas; los textos formales de los prospectos oficiales; en una palabra, probaba, perentoriamente, que la institucion tenia dos faces: "una sobre la cual estaba escrito, para los ilusos, *enseñanza profesional;* esta era la enseña: la otra, sobre la cual se podria escribir: *no mas cristianismo, ni en vida ni en muerte;*" era el verdadero fin.

Aquí agrego i digo: que la francmasonería mete su mano en esta obra; que sus mas ardientes propagadores son los francmasones i sus diarios. Todo, en efecto, conspira a darles un aspecto masónico: el fin, a saber: la educacion fuera de toda relijion, la irrelijion práctica; i los medios; el gran medio de propaganda masónica, la escuela, la enseñanza; la perversion de las jóvenes i de las mujeres por la enseñanza.

Pero, mas temible aun que las escuelas profesionales, porque la difusion, gracias a la lijereza del público, ha sido rápida i universal en nuestro pais, es esta *Liga*, llamada *de la enseñanza*, fundada en Béljica por los francmasones solidarios, e importada a Francia por un mason célebre, que he nombrado ya, el H.·. Juan Macé.

En efecto, como se puede leer en el segundo boletin *de la Liga*, "despues de haber asistido, en Lieja, a una sesion *de la Liga de la enseñanza* belga," el H.·. Juan Macé tomó la resolucion de provocar en Francia la instalacion de una liga análoga.

Este oríjen, masónico i solidario, de la *Liga de la enseñanza*, revela, con claridad, su propósito; i para conocer el espíritu que animó al H.·. Macé, bastaria su bríndis, pronunciado con motivo de la inauguracion, en Estraburgo, de un nuevo templo masónico: "¡A la memoria del H.·. Voltaire!" (73)

Lo mismo que las escuelas profesionales, la *Liga de la enseñanza* tiene dos fines, el uno proclamado, el otro oculto; el fin confesado es la difusion de la instruccion. Pero ¿de qué instruccion? Es lo que ménos se dice; la instruccion sin Dios, fuera de toda relijion, i cuyo resultado es hacer vivir al hombre *como si el cristianismo no existiera*. Este es el verdadero pensamiento que se propone realizar la *Liga*.

Que los hombres despreocupados o ilusos, que al entrar en la Liga no han penetrado bien sus intenciones, contentándose con atribuirle el propósito que indica *su divisa*, oigan lo que los diarios francmasones, que saben bien lo que hacen i dicen, escriben a este respecto:

"Tenemos el placer de anunciar, escribia *El Mundo Masónico* en su número de abril de 1867, "que la LIGA DE LA ENSEÑANZA I LA ESTÁTUA DEL H.·. VOLTAIRE han encontrado las mas vivas simpatías EN TODAS LAS LOJIAS. No se podia hacer dos inscripciones mas en

(73) *El Mundo Masónico*, mayo 1867, p. 25.

armonía. Voltaire, es decir la destruccion de las preocupaciones i supersticiones (digamos relijiones) i *la Liga de la enseñanza*, es decir, la instalacion de una *sociedad nueva, basada* ÚNICAMENTE *en las ciencias i en la ilustracion*, (es decir desligada de toda relijion.) TODOS NUESTROS HH.·. LO HAN COMPRENDIDO ASÍ."

En otra parte decia: "*Los principios* que profesamos, están en perfecta *consonancia* con LOS QUE INSPIRARON AL H.·. J. MACÉ SU PROYECTO.

Notadlo bien; *El Mundo Masónico* es quien lo dice; un periódico que, en todas sus pájinas, declara que las relijiones son tinieblas, que la masonería es la luz, que Dios, el alma i la vida futura, son hipótesis i fantasmas únicamente; que el hombre, en consecuencia, debe ser educado i el progreso perseguido fuera del cristianismo i de toda relijion; este periódico es el que declara que sus principios están en perfecto acuerdo con los que inspiraron el PROYECTO del H.·. Juan Macé i agrega: "Los masones deben adherirse, EN MASA, a la Liga de la enseñanza, i las lojias deben estudiar, en la paz i sosiego de sus templos, los mejores medios de hacerla EFICAZ."

Lo mismo repetia el H.·. Juan Macé en otro bríndis: "*¡A la alianza de la Liga i de la masonería!*" en que declaraba que todos los masones debian pertenecer a la Liga i todos los de la Liga ser masones; que *el fin, el principio i la palabra de órden* de la Liga i de la *Masonería* eran idénticos.

"¡Al ingreso de todos los masones en la Liga!;"

"¡Al ingreso en la masonería de todos los de la Liga!;"

"¡Al triunfo de la luz, palabra de órden comun de la Liga i de la masonería!" (74)

Este llamado fué tan bien secundado que en una *Memoria sobre el primer año de propaganda de la Liga de Francia*, el H.·. Juan Macé podia vanagloriarse de que todos los departamentos, con excepcion de doce solamente, se habian enrolado en la Liga. "De este modo, decia, *la Liga francesa* llegará pronto a *ser* UN EJÉRCITO FORMIDABLE."

¡Ejército de enseñanza, en verdad, que ningun ministro de instruccion podrá gobernar fácilmente!

Ante semejantes hechos i con tales principios; ante una propaganda con estos propósitos, aunque tal o cual francmason alucinado disienta en ideas, aunque tal o cual lojia estacionaria las rechace ¿debe discutirse la cuestion de saber si un cristiano, un católico, puede entrar en semejante asociacion o tomar parte en sus trabajos? Nó, por cierto, esta solidaridad sería imposible. El H.·. Goffin, autor de una *Historia de la Masonería*, lo ha atestiguado con sinceridad: "Cuando la francmasonería otorga la entrada a sus templos, dice, a un judío, a un mahometano, a un católico, a un protestante, es con la condicion de que se reformará,

(74) *El Mundo Masónico*, julio de 1869.

que abjurará sus pasados errores, que renegará de las supersticiones que acarició en su juventud. Sin esto ¿qué viene a hacer a nuestras asambleas masónicas?" (75)

¿Qué cosa mas grave podríamos añadir nosotros? ¿No se necesitaria haber perdido por completo toda nocion del cristianismo i aun del sentido comun, para imajinarse, despues de lo expuesto, que la masonería i la fé cristiana son compatibles?

(Continuará.)

EL ERMITAÑO DE POTOSI.

(A ENRIQUE DEL SOLAR.)

I.

Corria el año de 1605.

En la Villa Imperial de Potosí celebrábanse las bodas de don Juan de Toledo i de doña Leonor de García, ámbos en la primavera de la vida i pertenecientes a las familias mas encumbradas de la colonia por su riqueza i por sus títulos nobiliarios. Leonor de García, la reina de las hermosas, como era llamada en la ciudad, por los celestiales atractivos con que la naturaleza se habia complacido en agraciarla, acababa de dar su mano, ante Dios i los hombres, a don Juan de Toledo, noble por su cuna i por las hazañas de su espada; de tal manera que parecia haberlos escojido el cielo el uno para el otro, para hacerlos juntamente felices, dándoles cuanto puede apetecerse en esta malaventurada vida.

Don Juan era uno de esos hidalgos de capa i espada, de quienes solia decirse en estilo familiar: "Es un magnífico partido para cualquiera dama noble i agraciada." Correspondiendo a las tradiciones de su familia i a las inspiraciones de su carácter atrevido, habia seguido la carrera de las armas, haciendo fortuna en los campamentos i ganando laureles con su espada, jamas envainada sin honor en las constantes guerras del nuevo continente. Envidia de los caballeros i codicia de las damas, supo mostrar,

(75) *Historia popular de la Masonería*, páj. 519.

así como su valor en los combates, su arrojo i jentileza en las justas i torneos, ganando en donde quiera el premio a sus adversarios en buena i jenerosa lid. Si a esto se agrega un cuerpo esbelto i robusto, un rostro insinuante i viril, un corazon apasionado, en suma, todo lo que constituia un perfecto caballero, tendremos a don Juan de Toledo, tal como era, cuando la belleza i juventud de Leonor encadenaron de tal modo sus facultades, que ya no pensó sino en unir su suerte a la de la hechicera jóven, cuyo pensamiento lo preocupaba a tal punto, que ya no vivia sino para ella.

El anciano caballero de García, a quien las bellas facciones de su Leonor le recordaban constantemente las de su esposa difunta, como si ésta hubiera querido legarle en su hija un recuerdo perenne de los serenos dias de su felicidad, no pudo dejar de derramar una lágrima al ver que esta prenda de su corazon dejaba sus brazos para repartir la carga de la vida con el esposo que el cielo la habia destinado. La habia educado con toda la solicitud de un padre, con todo el cariño de una madre; la habia hecho conocer i amar la virtud, nutriendo al mismo tiempo su inteligencia con los conocimientos mas variados que podia alcanzar en ese tiempo una hija de padres nobles. El anciano caballero veia en su hija a la flor inocente, pero que ya principio temprano a abrir su dorado cáliz a los rayos seductores de un sol de primavera, cuando el ilustre caballero don Juan de Toledo presentósele pidiéndole la mano de Leonor.

Don Juan no hizo sino llegar ante el anciano caballero i alcanzar el logro de sus deseos. Conocedor éste de las relevantes prendas que adornaban al apasionado jóven, aun sin consultar la voluntad de su hija, no pudo ménos que concedérsela; tanto mas cuanto, segun las costumbres de su tiempo, una hija no debia hacer sino la voluntad de su padre, cuyos mandatos debia obedecer como sagradas leyes. "Una niña educada en el retiro del hogar i en el silencio de la virtud, raciocinaba el anciano, no puede tener la experiencia suficiente para conocer lo que le conviene; i mucho ménos en casos como éste, en que suelen oscurecer la vista ciertas pasioncillas que no sientan bien a una hija sumisa i obediente." I accediendo a los deseos de su padre, o mas bien, obligada a someterse a su voluntad, fué como Leonor dió su mano a don Juan de Toledo.

El anciano caballero habia hecho todos los preparativos correspondientes a su rango i a la solemnidad del caso para celebrar como era debido tan fausto acontecimiento para ámbas familias. Los mas nobles caballeros i ricos propietarios, como tambien las damas mas hermosas i distinguidas de la Villa Imperial, se hallaban reunidas en el salon principal de la casa del señor de García. Todo cuanto puede apetecer el gusto mas delicado en semejantes circunstancias, podia encontrarse aquella noche en los salones del opulento señor cuya hija era la causa del je-

neral regocijo que reinaba en todos los que asistian en tal ocasion al mas brillante sarao que habia visto desde mucho tiempo atras la famosa Villa. La orquesta ejecutaba las piezas mas variadas i acompañaba cadenciosamente la graciosa danza española, a la que hacian honor las jóvenes parejas que se movian en todas direcciones, luciendo su destreza i exquisita gracia en las mas difíciles evoluciones del arte que en esos dichosos instantes tenia suspensos todos los corazones. Un suave perfume, que exhalaban ricos pebeteros de plata colocados en diferentes lugares, embalsamaba la atmósfera; i los riquísimos i elegantes vestidos de las damas i caballeros resplandecian a las multiplicadas luces de las arañas i candelabros de plata i oro que ardian en el salon, pendientes aquéllas del artesonado techo, colocados éstos sobre elegantes muebles de maderas odoríferas. A un baile seguia otro; i en medio de la jeneral alegría se oia tambien, ora un suspiro, una palabra de esperanza; ora una mirada de despecho, una frase que encerraba toda la amargura del desengaño; aquí un lijero altercado entre dos amantes, allí la lijera sonrisa del artificio i la coquetería. Pero lo que llamaba de cuando en cuando la atencion de casi todos, era la encantadora Leonor, la bella desposada de García. Todos envidiaban la suerte del jentil caballero, cuyos títulos le habian valido la posesion de la mas bella de las mujeres; todos dirijian interiormente felicitaciones a la vírjen desposada, que con sus celestiales atractivos habia logrado encender el amor en el corazon de tan jeneroso i apuesto caballero.

Sin embargo, un observador atento habria conocido el peso de una profunda tristeza que oprimia el corazon de la triste Leonor; habria visto quizas, en el momento en que ésta pudo retraerse de las miradas importunas de los concurrentes a la fiesta, deslizarse una lágrima por sus pálidas mejillas; la habria oido exhalar un suspiro que encerraba toda la agonía de su corazon.

II.

Pocos dias habian pasado despues del desposorio.

La noche envolvia con su manto de sombras a la ciudad dormida, i en medio de las tinieblas se veia a un jóven caballero, que, envuelto en su ancha capa de militar, caminaba con pasos acelerados, i como si temiese, al mismo tiempo, caer en alguna celada de esas que solian tender frecuentemente los malhechores, para robar i asesinar a los transeuntes, en una ciudad como la Villa Imperial, teatro frecuente de numerosos asesinatos i de las correrías mas escandalosas del bandalaje. Despues de dar vuelta a numerosas esquinas i de recorrer calles i calles, llegó, por fin, delante de una casa de noble arquitectura, en cuya fachada podia verse el escudo de piedra de la hidalga familia que la habitaba.

Allí se detuvo, i, sacando una guitarra, se puso a templarla, i luego, acercándose a uno de los balcones, cantó con voz triste:

"Ausente del bien que adoro,
Sin esperanza de verle,
No puede haber para mí
Mas consuelo que la muerte." (1)

Algun tiempo permaneció en silencio. Ni una luz alumbraba el aposento, ni una cara de cielo se asomaba al balcon a disipar la ansiedad del enamorado trovador. La calle permanecia silenciosa; ni el canto de los serenos interrumpia la grave monotonía de aquellos instantes que parecian siglos para el cuitado caballero.

Al rato volvió a entonar con acento melancólico:

"Si oyes que tocan a muerto,
No preguntes quien murió;
Porque ausente de tu vista,
¿Quién puede ser sino yo?" (2)

No habian pasado muchos instantes, cuando se vió el aposento iluminado. Una mano de nieve, abriendo con sijilo las ventanas, dejó caer un billete a los piés del enamorado caballero, i volvió a ocultarse, cerrando las ventanas, i volviendo a quedar todo en la mas profunda oscuridad.

No sin alguna sorpresa i con marcadas muestras de disgusto, recojió el caballero el billete que habia arrojado a sus piés la dama del balcon, i se retiró con pasos acelerados en direccion de su casa.

Media hora, poco mas o ménos, despues, a la luz de una bujía de sebo, leia lo siguiente:

"A don Martin de Salazar:

"Inútil me parece decir a Ud. que nuestras relaciones han concluido. Soi la esposa de don Juan de Toledo, a quien he jurado fidelidad ante Dios i los hombres. Adios.

LEONOR."

Estas secas palabras mal trazadas sobre el papel demostraban mui a las claras la turbacion de la que las habia escrito; así como su laconismo fué a clavarse, como una flecha envenenada, en el corazon del despreciado amante.

Don Martin permaneció algunos momentos en silencio; pero en su fisonomía se pintaba la alteracion de su alma. Su frente sudorosa estaba cubierta por una palidez mortal; pero sus ojos revelaban al mismo tiempo el fuego de la ira.

—¡Traidora! exclamo; ante los hombres nó, pero sí ante Dios tambien, ella me juró un amor eterno! ¡Derramó lágrimas para

(1) Romancero popular.
(2) Romancero popular.

ocultarme su perfidia; pronunció palabras que solo saben pronunciar los ánjeles para engañar mi corazon, que ambicionaba todo un mundo para ella!... ¡La esposa de don Juan!

Despues volvió a quedar en silencio durante algunos instantes. Su rostro estaba pálido, demacrado. Parecia que mil pasiones diversas combatian en su corazon. Sus ojos despedian un brillo siniestro, como si la venganza les prestara sus rayos. Luego, tomando un cofrecito que habia en uno de los rincones del aposento, sacó de él un retrato, un rizo de cabellos negros i un anillo que llevaba escrito el nombre de Leonor, así como el retrato tenia grabado su precioso rostro. Un rato estuvo contemplando esas demostraciones de un amor que él en un momento feliz habia creido no podia concluir sino con su vida.

—¡Estas son las prendas de su cariño eterno! dijo. ¡La esposa de don Juan! añadió con amarga sonrisa.

III.

Don Martin de Salazar, el despechado amante de Leonor, era un oficial de baja graduacion en los ejércitos del rei. Ambicioso por carácter, i, deseando por sí mismo una posicion social que no habia heredado con su apellido, sentó plaza de soldado en los tercios españoles que Su Majestad enviaba a las Indias; i una vez llegado a estos lugares, logró, por su valor i por su audacia en los sangrientos combates con los indios, alcanzar algunos ascensos.

No hacía mucho tiempo que habia llegado a la Villa Imperial cuando conoció a Leonor en una de esas raras ocasiones en que ésta, saliendo del retiro del hogar, solia presentarse en las fiestas públicas en compañía de su anciano padre. Los ojos grandes, negros i sombreados por crespas pestañas de la graciosa criolla hirieron de amor de tal manera su corazon que, no considerando el abismo que lo separaba por su fortuna i su baja alcurnia de la encumbrada familia de la hechicera jóven, decidióse a cortejarla en cualesquiera circunstancias que se le presentasen.

Leonor, por otra parte, educada en el retiro de una familia verdaderamente patriarcal, i tocando en esa edad en que el corazon, saliendo del aletargamiento en que yacía, despierta rico de sentimiento i de ternura, i, tendiendo su vista por el inmenso i florido campo de las ilusiones i las esperanzas, se alimenta de amor, solo de amor; Leonor, la bella hija del anciano de García no oyó indiferente las palabras i súplicas de un amante que le prometia todo aquella que, talvez sin conocerlo, ambicionaba su corazon.

Mas de una ocasion las altas horas de la noche, volando silenciosas, vieron a los dos amantes entretenerse en dulces colo-

quios, dando espansion a los sentimientos que brotaban, como de una rica fuente, de sus corazones; formando hermosos planes para el porvenir; procurando salvar aquellas dificultades que el destino, cruel con sus amores, habia puesto entre ellos. Don Martin, conocedor del cariño que Leonor tenia a su padre, se habia guardado bien de proponerle medidas extremas que ésta seguramente habria rechazado como indignas de su amante i de una hija virtuosa. I así pasaron los dias sin que nada viniese a disipar el terrible presentimiento que ámbos solian tener sobre su suerte.

Una noche don Martin hizo saber a Leonor su ausencia durante algunos dias de la ciudad. Una reciente sublevacion de los indios de las cercanías de Potosí le obliga a partir con su batallon en la mañana siguiente al campo del desórden. Don Martin al despedirse pidió a su amante alguna prenda de cariño, como un precioso talisman que debia preservarlo de los peligros del combate; i Leonor, regando con sus lágrimas las manos de su amante, que estrechaba con las suyas, dió a éste su retrato, un anillo i un rizo de sus negros cabellos, que don Martin tocó con sus labios, despidiéndose luego para no volverse a ver otra vez en la vida.

Despues de esta triste escena, Leonor quedó mui melancólica pensando en la suerte que correrian sus amores. Por una parte, la idea de que su padre se opondria a un enlace que seguramente consideraria como afrentoso para su aristocrático apellido i en atencion a las consideraciones que merecian a la sociedad sus viejos títulos de nobleza; i por otra, la necesidad en que ella misma se veia de acceder a las exijencias de su padre anciano, la llenaban de sobresaltos. En vano esperó durante algunos dias noticias de su amante; en vano trató de inquirir de sus servidores algo de lo que pasaba en el campamento: ni una luz venia a disipar la terrible zozobra de su espíritu. Pasaba los dias llenos de angustia, i durante la noche, la esperanza de oir al pié de su balcon la voz querida de su pensado trovador, la quitaba el sueño; i la melancolía iba poco a poco debilitando sus fuerzas, llevando al mismo tiempo la palidez a su rostro, ántes tan lleno de viveza i alegría.

Una tarde en que la encantadora niña se hallaba pensando, como siempre, en su desesperante situacion, entró su anciano padre en la estancia a comunicarle el enlace de su querida Leonor con el noble jóven de Toledo, al que habia dado su palabra de caballero, no dudando que su virtuosa hija accederia a un enlace tan ventajoso para ella. Leonor, como herida por el rayo, no contestó una palabra al que le proponia semejante union, que rechazaba con todas las fuerzas de su alma; una palidez mortal cubrió sus mejillas, i se dejó caer sobre una silla dominada por la mas sombría desesperacion.

Despues, vanas fueron las súplicas i las abundantes lágrima

con que la triste niña expuso a su padre el horrible sacrificio que se la imponia.

—Mi palabra de honor está empeñada, replicaba el severo anciano; i no corresponde a un hidalgo bien nacido faltar a una promesa solemnemente dada; i sobre todo, cuando se trata del porvenir i felicidad de una hija, cosas que ella no está en la edad ni en las circunstancias de poder apreciar como se debe.

Vano fué que Leonor recurriese a todos los arbitrios que le sujeria su corazon contrariado en las mas caras afecciones, para lograr que el severo padre desistiese de su propósito, pues todo fué a estrellarse, como contra una roca, en la voluntad tiránica del anciano; i Leonor, que poco ántes gozaba con la ilusion de un amor correspondido, hubo de prepararse, como la triste Lucía de Lamermoor, al sacrificio mas horrible que puede imponerse al corazon.

IV.

Pasaron los dias del desposorio, pasaron las alegres horas de la fiesta; pero, la felicidad prometida no llegó. Esas hermosas noches llenas de deliciosos coloquios i dulces espansiones de dos almas que parecen querer escaparse de sus cuerpos para reunirse, libres de los lazos de la tierra, en un cielo de eterna ventura; en que la luna, esa hermosa confidente de los purísimos amores, parece detenerse en su camino para contemplar con suave mirada a esos dos jóvenes viajeros que, entre cánticos de amor, prepáranse a emprender juntos el árido camino de la vida, esas hermosas noches no podian llegar; porque la corona de flores que la vírjen desposada llevara al altar ocultaba punzantes espinas, porque el sacrificio horrible que se impuso a su corazon no podia ser una prenda de felicidad para los dias que vinieran.

Don Juan, a quien se habia ocultado cuanto pasara entre su prometida i el señor de García, no sabia darse cuenta de lo que pasaba a su esposa. Una tristeza mortal la consumia, resultado de esa lucha que atormentaba su corazon, entre sus deberes de esposa cristiana i las afecciones de su corazon. Educada en los severos principios de la moral, se esforzaba en vano por rechazar de sí esas ilusiones de un amor sin esperanza; de ese amor, a cuya sombra habia visto nacer las primeras flores de la vida, hermosas flores que ella misma habia regado con sus lágrimas, i que la voluntad tirana de un padre habia marchitado cuando principiaban a exhalar sus preciosos perfumes. Esa lucha entre el deber i una pasion que ocupaba aun todo su alma, iba poco a poco diezmando sus fuerzas i su salud. Una constante melancolía se revelaba en su pálido semblante, i solo contestaba a las caricias de su esposo con una triste sonrisa, que en vano se esforzaba por sostener entre sus labios.

Don Juan, que amaba con pasion a Leonor, trató al principio de distraerla, esforzándose por atribuirlo todo a un accidente en su salud; sin embargo, los dias fueron pasando, i una duda terrible vino a oscurecer su frente. "Leonor ama otro," decia el desventurado jóven, i le parecia entónces que una víbora le mordia el corazon. Su carácter vivo i alegre, volvióse en poco tiempo taciturno. La amaba con ese fuego con que se ama en la primera edad de la vida; habia soñado por ella todo un mundo de felicidad eterna, ambicionando esa mútua correspondencia que siempre exijen los que aman; i ella ¡no lo amaba! Con su carácter impetuoso i ardiente habia dado un paso en falso, cuyas terribles consecuencias no pudo preveer en el primer momento. Ignoraba absolutamente lo que habia pasado entre ella i su padre. Si lo hubiera sabido, su alma jenerosa habria rechazado el sacrificio de su prometida infeliz, no habria hecho desgraciada a una débil mujer que no tenia otra falta que haberse dejado arrastrar por esas seducciones de un amor desventurado. Pero, ya era tarde. Al mirar el precipicio que él mismo habia visto a sus piés, su cabeza vacilaba; una especie de delirio de amor se apoderaba de su alma, i la desesperacion entraba en su corazon.

—¡Oh! ¿por qué la conocí? exclamaba en su desesperante situacion; ¿por qué, cuando me sonreia el destino i la aureola de la dicha cercaba mi frente, la muerte no vino piadosa a helar el fuego de mi vida? ¿por qué, cuando la dulce visioin de la esperanza venia a visitarme en mis sueños i acariciaba mi frente con el aliento perfumado de su boca de ánjel, las sombras de los muertos no vinieron a enturbiar mis ojos? ¡Infeliz! ¡A medida que siento el cruel gusano de los celos roerme las entrañas, Leonor, Leonor, parece aumentar en mi corazon esa fiebre de amor que amenaza devorarme con su funesto fuego! ¡Oh! ¿por qué te amé?.... ¡este amor nunca será correspondido!

Arrastrado por los celos, vijilaba a su esposa que, talvez no tan infeliz, buscaba a veces en la oracion un consuelo que nada en el mundo podia darle, miéntras que don Juan iba durante la noche a aturdir su dolor en mundanos pasatiempos, para volver de nuevo a su casa mas desesperado, i recelando de lo que podia pasar durante su ausencia.

Poseido de esa fiebre rabiosa que devoraba sus entrañas, quizas en mas de una ocasion pensó en el crímen para librarse de la pesada carga de una vida miserable; sin embargo, el deseo de descubrir el misterio que lo habia arrojado en tan lastimoso estado, el deseo de una pronta venganza lo encadenaba a la vida.

V.

De una casa de pobre aspecto, en una pieza regularmente arreglada, i al rededor de una mesa cubierta con un tapiz verde, se

encontraban varios hombres que apuntaban al naipe, a la luz de una débil i sucia lamparilla cubierta de mosquitos i mariposillas que revoloteaban al rededor, yendo al fin a consumirse en su mortesina llama. En los taciturnos rostros de esos hombres se notaban todas las emociones, ya de cólera, de desesperacion, ya de esa febril impaciencia por recobrar lo perdido o por aumentar la ganancia que se refleja con colores sombríos en el semblante de los avezados a la profesion del jugador. De cuando en cuando un chiste grosero, un exclamacion de disgusto era lo único que venia a interrumpir el monótono ruido que hacian las cartas al caer sobre el tapete.

Entre ellos se encontraba don Martin de Salazar, el que fué un tiempo correspondido de Leonor, i que despues iba a buscar en las ajitaciones i sobresaltos del jugador un remedio a su despecho i una ocasion para la venganza.

—Mala suerte os ha traido aquí esta noche, don Martin, dijo uno de inflamado rostro i atezado bigote.

—Seguid, dijo don Martin con mal ceño al que le hablaba.

—¡Oro! dijo uno de rostro mocilento, i que parecia haber encanecido en el juego.

Todos miraron a don Martin como diciendo: ya nos apostará hasta el alma, ¡bueno va!

—¡Voto a Satanás! habló éste, ¡la suerte parece encapricharse en contra mia! Voi cien escudos, añadió, mordiéndose los labios con ira, i contando el dinero.

—Sigamos, dijo uno de ellos, recojiendo los escudos de la apuesta anterior. Luego os tocará vuestro turno, don Martin; la suerte es mas veleidosa que una mujer, añadió con sonrisa afectada.

Don Martin no habia hecho sino perder durante toda la noche. Cierto es que algunas cortas cantidades habian entrado en su bolsa; pero sin otro objeto que avivar esa sed insaciable de ganancia que lo devoraba. Su cabeza estaba poseida de un vértigo que lo arrastraba al precipicio. Sus ojos ardian con la fiebre que quemaba su frente.

De improviso se hicieron sentir algunos golpes en la puerta que cerraba la habitacion, dando luego paso a un jóven caballero de elegante figura; pero, cuyos ojos estaban cargados con el peso de una profunda tristeza.

Despues de las salutaciones de costumbre, dijo:

—Creo que un perdidoso mas no puede perturbaros.

—Sentaos, don Juan, dijieron varios, haciéndole un lugar entre ellos.

Los ojos de don Martin brillaron de una manera siniestra, i a sus labios asomó una sonrisa diabólica.

El juego continuó como ántes por algun tiempo. Don Martin seguia perdiendo, i en su fisonomía habia cierta calma sombría que demostraba su íntima desesperacion; pero, que, sin embargo, no llamaba la atencion de los demas. ¡Ese mismo lugar, esa

misma hora i esas mismas personas a cuantas habian visto en la misma situacion!

—Tomad lo último que me queda; ¡seguid! dijo éste con voz alterada, arrojando sobre la mesa su bolsa.

Los demas contaron en silencio algunas monedas, dejándolas sobre el tapete, i continuaron en la tarea.

Don Martin acababa de perder su última cantidad, dirijiéndole todos una mirada escudriñadora.

—Aun me resta algo; mas ésta será mi última partida. Ahí teneis, dijo el perdidoso, respondiendo a las importunas miradas de sus compañeros, i poniendo sobre la mesa un anillo de oro, i el retrato de una dama.

—¿Quién es?

—¿Quién es?

—¿Quién?

Preguntaron tres o cuatro voces al mismo tiempo.

—La querida de don Martin de Salazar, respondió el mal caballero, Leonor de García; la suerte dispondrá de ella.

—¡¡Miserable!! exclamó don Juan, tomando el anillo con mano convulsiva, i abalanzándose, espada desnuda, sobre el robador de su honra.

Los dos rivales cruzaron sus espadas dominados por una rabia sin límites. Alguien de los presentes habria querido evitar aquel lance que podia traer en cada momento a los ajentes de la autoridad; pero a los cortos momentos don Martin cayó bañado en sangre a los piés de su adversario que, ébrio de furor, sacando un puñal del cinto de su enemigo, lo revolvió en su corazon, i despues de haber pateado su cadáver, salió como un loco de la habitacion.

JAVIER VIAL SOLAR.

(Concluirá.)

ORILLITAS QUERIDAS.

(PAGO DE UNA DEUDA ANTIGUA.)

Era una tarde bella
Como las nubes
Que al cielito de Chile
Doradas cubren.
I yo pensaba
En el cielo querido
De mi otra patria.

Dos patrias en el mundo
I una en el cielo,
Todas, todas hermosas
Amo contento.
Pero la una
De orillitas de flores,
Meció mi cuna.

***

Orillitas queridas
Del Uruguay,
¡Qué lindas las oleadas
Vienen i van!
Se van i vienen
Como al alma la dicha
Que al nacer muere.

Tocan en la ribera,
Suaves murmuran,
Pero se van, dejando
Rumor i espuma.
Así el recuerdo
Es la espuma del alma
Del hogar léjos.

Al espejo quebrado
De las oleadas,
Con sus brisas empuja
Mi dulce patria.
Como ellas lindas
Mis visiones de niño
Fueron un dia.

I oleaditas i espumas,
Rumor i brisas,
Me dicen cuando busco
Dichas perdidas:
Solo las hai
Orillitas queridas
Del Uruguay.

***

¡Qué triste está la tarde!
¡Qué triste el alma!
¡Qué triste ese tañido
De la campana!
¡Ah! no estoi ya
Orillitas queridas
De mi Uruguay.

Silencio i desencanto,
Montañas altas
I léjos ¡ai! mui léjos
La dulce patria;
No tengo mas,
I un recuerdo perdido
De mi Uruguay.

Si pudiera esos montes
Echar mui léjos
I descojer la sombra
Que enluta al cielo,
Así quizá
Las orillitas viera
De mi Uruguay.

***

Adios visiones locas,
Bellos encantos,
Reminiscencias dulces
De un bien pasado.
Huid, volad,
¡Ai! adios orillitas
De mi Uruguay.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

DONDE I COMO EL DIABLO PERDIO EL PONCHO.

(CUENTO DISPARATADO.)

"I sépase usted, querido, que perdí la chaveta i anduve en mula chúcara i con estribos largos, por una muchacha nacida en la tierra donde al diablo le quitaron el poncho."

Así terminaba la narracion de una de las aventuras de su mocedad mi amigo don Adeodato de la Mentirola, anciano que militó al lado del coronel realista Sanjuanena, i que hoi mismo prefiere a todas las repúblicas teóricas i prácticas, habidas i por haber, el paternal gobierno de Fernando VII. Quitándole esta debilidad o manía, es mi amigo don Adeodato una alhaja de gran precio. Nadie mejor informado que él en los trapicheos de Bolívar con las limeñas, ni nadie como él sabe al dedillo la antigua crónica escandalosa de esta ciudad de los reyes. Cuenta las cosas

con cierta llaneza de lenguaje que pasma, i yo que me pirro por averiguar la vida i milagros, no de los que viven sino de los que están pudriendo tierra, andu pegado a él, como boton a la camisa, i le doi cuerda, i el señor de la Mentirola *afloja* lengua.

—¿I dónde i cómo fué que el diablo perdió el poncho? le interrogué.

—¡Cómo!!! ¿I usted, que hace décimas, i que la echa de cronista, i que escribe en los papeles públicos, ignora lo que en mi tiempo sabían hasta los chicos de la *amiga?* Así son las reputaciones literarias desde que *entró la patria.* ¡Hojarasca i soplillo!

—¿Qué quiere usted, don Adeodato? Confieso mi ignorancia i ruégole que me ilustre, que enseñar al que no sabe precepto es de la doctrina cristiana.

Parece que el contemporáneo de Pezuela i La-Serna se sintió halagado con mi humildad; porque tras encender un cigarrillo, se arrellenó cómodamente en el sillon i soltó la sinhueso con el relato que va en seguida. Por supuesto que como ustedes saben, ni Cristo ni sus discípulos soñaron en trasmontar los Andes (aunque doctísimos historiadores afirman que el apóstol Tomas o Tomé predicó el Evanjelio en la América) ni en esos tiempos se conocian el telégrafo, el vapor i la imprenta. Pero háganse ustedes de la vista miope con estos i otros anacronismos, i ahí va *ad pedem literæ* la conseja.

I.

Pues señor, cuando Nuestro Señor Jesucristo peregrinaba por el mundo, caballero en una mansísima borrica, dando vista a los ciegos i devolviendo a los tullidos el uso i abuso de sus miembros, llegó a una rejion donde la arena formaba horizonte. De trecho en trecho, alzábase enhiesta una palmera bajo cuya sombra solian detenerse el Divino Maestro i sus discípulos escojidos, los que, como quien no quiere la cosa, llenaban de dátiles las alforjas.

Aquel arenal parecia ser eterno; algo así como Dios, sin principio ni fin. Caía la tarde, i los viajeros tenian ya entre pecho i espalda el temor de dormir sirviéndoles de toldo la bóveda estrellada, cuando con el último rayo del sol dibujóse en lontananza la silueta de un campanario.

El Señor se puso la mano sobre los ojos, formando visera para mejor concentrar la visual, i dijo:

—Allá hai poblacion. Pedro, tú que entiendes de náutica i geografía, ¿me sabrás decir qué ciudad es ésa?

San Pedro se relamió con el piropo i contestó:

—Señor, esa ciudad es Ica.

—¡Pues pica, hombre, pica!

I todos los Apóstoles hincaron con un huesecito el anca de los rucios i, a galope pollinesco, se encaminó la comitiva al poblado.

Cerca ya de la poblacion se apearon todos para hacer una mano de *toilette*. Se perfumaron las barbas con bálsamo de Judea, se ajustaron las sandalias, dieron un brochazo a la túnica i al manto i siguieron la marcha, no sin prevenir ántes el buen Jesus a su Apóstol favorito:

—Cuidado, Pedro, con tener malas pulgas i cortar orejas. Tus jenialidades nos ponen siempre en compromisos.

El Apóstol se sonrojó hasta el blanco de los ojos i nadie habria dicho, al ver su aire bonachon i compunjido, que habia sido un corta-caras.

Los iqueños recibieron en palmas, como se dice, a los ilustres huéspedes; i aunque a ellos les corriera prisa continuar su viaje, tan buenas trazas se dieron los habitantes para detenerlos i fueron tales los agasajos i festejos, que se pasaron ocho dias como un suspiro.

Los vinos de Elias, Boza i Falconí anduvieron a boca qué quieres. En aquellos ocho dias fué Ica un remedo de la gloria. Los médicos no pelechaban ni los boticarios vendian drogas: no hubo siquiera un dolor de muelas o un sarampioncito vergonzante.

A los escribanos les crió moho la pluma, por no tener ni un mal testimonio de que dar fé. No ocurrió la menor pelotera en los matrimonios i, lo que es verdaderamente milagroso, se les endulzó la ponzoña a las serpientes de cascabel que un naturalista llama suegras i cuñadas.

Bien se conocia que en la ciudad moraba el Sumo Bien. En Ica se respiraba paz i alegría i dicha.

La amabilidad, gracia i belleza de las iqueñas inspiraron a San Juan unas coplas con estrambote, que se publicaron a la vez en El Comercio, Nacional i Patria, i se reprodujeron no sé si en la Alborada o El Correo del Perú. Los iqueños, entre copa i copa, comprometieron al Apóstol-poeta para que escribiese el Apocalipsis.

En en estas i las otras, terminaba el octavo dia, cuando el Señor recibió un parte telegráfico en que lo llamaban con urjencia a Jerusalem, i recelando que el cariño popular pusiera obstáculos al viaje, llamó al jefe de los Apóstoles, se encerró con él i le dijo:

—Pedro, componte como puedas; pero es preciso que con el alba tomemos el *tole*, sin que nos sienta alma viviente. Circunstancias hai en que tiene uno que despedirse a la francesa.

San Pedro redactó el artículo del caso en la órden jeneral, lo puso en conocimiento de sus subalternos, i los huéspedes anochecieron i no amanecieron bajo techo.

La municipalidad tenia dispuesto un *albazo* para aquella madrugada; pero se quedó con los crespos hechos. Los viajeros ha-

bian atravesado ya la laguna de Huacachina i perdídose en el horizonte.

Desde entónces, las aguas de Huacachina adquirieron la virtud de curar todas las dolencias, exceptuando las mordeduras de los *monos bravos*.

Cuando habian ya puesto algunas millas de por medio, el Señor volvió el rostro a la ciudad i dijo:

—¿Con que dices, Pedro, que esta tierra se llama Ica?

—Sí, señor, Ica.

—Pues, hombre. ¡Que tierra tan rica!

I, alzando la mano derecha, la bendijo en el nombre del Padre i del Hijo i del Espíritu Santo.

II.

Como los corresponsales de los periódicos hubieran escrito a Lima, describiendo larga i pomposamente los jolgorios i comilonas, recibió el Diablo, por el primer vapor de la mala de Europa, la noticia i pormenores trasmitidos por todos nuestros órganos de publicidad.

Diz que *Cachona* se mordió de envidia el hocico ¡pícaro trompudo! i que exclamó:

—¡Caracoles! Pues yo no he de ser ménos que El! No faltaba mas ...A mí nadie me echa la pata encima.

I convocando incontinenti a doce de sus cortesanos, los disfrazó con las caras de los Apóstoles. Porque eso sí, el Diablo sabe mas que un cómico i que una coqueta en esto de adobar el rostro i remendar fisonomías.

Pero como los corresponsales hubieran olvidado describir el traje de Cristo i el de sus discípulos, se imajinó el *Maldito* que para salir del atrenzo no tenia mas que consultar las estampas de cualquier álbum de viajes. I sin mas ni mas, él i sus camaradas se calzaron botas granaderas i echáronse sobre los hombros capa de cuatro puntas, es decir, *poncho*.

Los iqueños, al divisar la comitiva, creyeron que era el Señor que regresaba con sus escojidos i salieron a recibirlo, resueltos a echar esta vez la casa por la ventana, para que no tuviese el Hombre-Dios motivo de aburrimiento i se decidiese a sentar para siempre sus reales en la ciudad.

Los iqueños, eran hasta entónces felices, mui felices, archi-felices. No se ocupaban de política, pagaban sin chistar la contribucion, i les importaba un pepino que gobernase el preste Juan o el moro Muza. No habia entre ellos chismes ni quisquillas de barrio a barrio i de casa a casa. No pensaban sino en cultivar los viñedos i hacerse todo el bien posible los unos a los otros. Rebosaban, en fin, tanta ventura i bien andanza que daban dentera a las comarcas vecinas.

Pero *Carrampempe*, que no puede mirar la dicha ajena sin que le castañeteen de rabia las mandíbulas, se propuso desde el primer instante meter la cola i llevarlo todo al barrisco.

Llegó el *Cornudo* a tiempo que se celebraba en Ica el matrimonio de un mozo como un carnero con una moza como una oveja. La pareja era como mandada hacer de encargo, por la igualdad de condicion i de carácter de los novios, i prometia vivir siempre en paz i en gracia de Dios.

—Ni llamado con campanilla podria haber venido yo en mejor oportunidad, pensó el Demonio.

Pero desgraciadamente para él, los novios habian confesado i comulgado aquella mañana; por ende, no tenian vigor sobre ellos las asechanzas i tentaciones del *Patudo*.

A las primeras copas bebidas en obsequio de la dicha pareja, todas las cabezas se trastornaron, no con aquella alegría del espíritu, noble, expansiva i sin malicia que reinó en los banquetes que honrara el Señor con su presencia, sino con el delirio sensual e inmundo de la materia.

Un mozalvete, especie de don Juan Tenorio en agraz, principió a dirijir palabras subversivas a la novia; i una jamona, jubilada en el servicio, lanzó al novio miradas de codicia. La vieja aquella era petróleo purito i buscaba en el jóven una chispa de fosfórica correspondencia para producir un incendio que no bastasen a apagar la bomba Garibaldi ni todas las compañías de bomberos.

No paró aquí la cosa.

Los abogados i escribanos se concertaron para embrollar pleitos; los médicos i los boticarios, celebraron acuerdo para subir el precio del *aqua fontis;* las suegras se propusieron sacarles los ojos a los yernos; las mujeres se tornaron pedigüeñas i antojadizas de joyas i trajes de terciopelo; los hombres serios hablaron de clubs; de bochinches; i para decirlo de una vez, hasta los municipales vociferaron sobre la necesidad de imponer al prójimo contribucion de diez centavos por cada estornudo.

Aquello era la anarquía con todos sus horrores. Bien se ve que el *Rabudo* andaba metido en la danza.

I corrian las horas, i ya no se bebia por copas sino por botellas; i los que antaño se arreglaban pacíficas *monas*, se arrimaron esa noche una *mona* tan brava....tan brava....que rayaba en hidrofóbica.

La pobre novia que, como hemos dicho, estaba en gracia de Dios, se aflijia e iba de un lado para otro, rogando a todos que pusiesen paz entre dos guapos que, armados de sendas estacas, se estaban suavizando el cordoban a garrotazos.

—El diablo se les ha metido en el cuerpo: no puede ser por ménos, pensaba para sí la infeliz, que no iba descaminada en la presuncion, i acercándose al *Uñas-largas* lo tomó del poncho, diciéndole:

—Pero, señor, vea usted que se matan....

—¿I a mí qué me cuentas? contestó con gran flema el *Tiñoso*. Yo no soi de esta parroquia....¡Que se maten en hora buena! Mejor para el cura i para mí.

La muchacha, que no podia por cierto calcular todo el alcance de una frase vulgar, le contestó:

—¡Jesus! ¡I qué malas entrañas habia su merced tenido! La cruz le hago.

I unió la accion a la palabra.

No bien vió el *Maligno* los dedos de la chica formando las aspas de una cruz, cuando quiso escaparse como perro a quien ponen masa; pero teniéndolo ella sujeto por el poncho no le quedó al *Tunante* mas recurso que sacar la cabeza por la abertura, dejando la capa de cuatro puntas en manos de la doncella.

El *Paton* i sus acólitos se evaporaron; pero es fama que desde entónces viene, de vez en cuando, Su Majestad Infernal a la ciudad de Ica en busca de su poncho. Cuando tal sucede, hai larga francachela entre los *monos bravos* i....

Pin pin,
San Agustin,
Que aquí el cuento tiene fin.

Lima, julio 7 de 1875.

RICARDO PALMA.

BIBLIOGRAFIA.

I.

Numerosos libros se han publicado últimamente para exponer i sostener la hipótesis de la correlacion de las fuerzas físicas, que anda tan valida entre los naturalistas desde que se han descubierto las leyes de las trasformaciones mecánicas del calor. Mui conocida es la obra que sobre esta materia ha escrito el R. P. Secchi i que lleva por título: *La unidad de las fuerzas físicas;* pero no es la que está al alcance de mayor número de lectores, puesto que exije conocimientos no vulgares para ser comprendida. Este inconveniente de la obra del P. Secchi no lo tiene la que ha escrito un sabio profesor del Colejio Owen, en Manchester, Balfour Stewart, i que forma uno de los volúmenes publi-

cados este año por la empresa de la *Biblioteca científica internacional.*

Balfour Stewart escribe con la suficiente claridad para hacerse comprender de la jeneralidad de sus leyentes, siquiera éstos no conozcan los rudimentos de las ciencias físicas. Pertenece al grupo de los vulgarizadores de la ciencia en Inglaterra, que públicamente dan sus lecciones i exponen los principios científicos, acomodándose a la capacidad de todos sus oyentes. De aquí es que Stewart, como los otros sabios naturalistas, entre los que sobresalen Tyndall i Huxley, que se han hecho célebres por sus conferencias públicas, posea naturalmente la claridad necesaria para ser comprendido sin dificultad por sus lectores.

Conservacion de la enerjía es el título del libro del profesor de Manchester. El autor considera al universo como una inmensa máquina física, i divide en dos ramas los conocimientos que acerca de esta máquina poseemos: la primera abraza lo que sabemos sobre su estructura, i la otra lo que sabemos del modo como obra. La estructura es formada por los átomos separados entre sí por cierto medio, i las leyes de la enerjía son las leyes que rijen la accion de esta máquina. En los seis capítulos de que consta la obra, Balfour Stewart trata de explicar lo que sabemos sobre los átomos, lo que se entiende por *enerjía*, las diversas fuerzas o enerjías de la naturaleza, sus trasformaciones, el modo como se efectúa su conservacion, i por último, el papel que los séres vivientes hacen en la enerjía del universo.

Los átomos nos son absolutamente desconocidos; pero conocemos las leyes que rijen su actividad. Esto nada presenta de singular, puesto que en muchos órdenes de cosas, los individuos jeneralmente se escapan a nuestra observacion, sin que ello nos impida inducir las leyes jenerales que dirijen sus operaciones. Stewart aduce en comprobacion de este principio diversos ejemplos: copiaremos el primero. "Las estadísticas, dice, nos enseñan que en Lóndres la cifra de la mortalidad varía con la temperatura; sin embargo, si a una de esas estadísticas le pedimos que nos explique cómo en un individuo singular el grado de frio o de calor ha producido la muerte, es mui probable que nuestra pregunta quede sin respuesta."

Si en los diversos órdenes de conocimientos nos es tan difícil la observacion de las individualidades, en punto a las ciencias físicas nos es mas difícil aun si no imposible. La estructura de las moléculas de la materia orgánica no nos ha sido revelada por la experiencia; i nuestros conocimientos acerca de las moléculas de la materia inorgánica son menores todavía. La pequeñez excesiva de estas moléculas no permite que sus dimensiones sean jamas apreciadas por el microscopio. Para dar una idea de esa pequeñez, Stewart recuerda el cálculo de un distinguido físico. Una gota de agua está compuesta de un número incalculable de átomos unidos entre sí por la fuerza de la cohesion; este número,

sin embargo, es mucho menor del que forma la partecilla mas pequeña de un cuerpo sólido. Pues bien; sir William Thomson ha llegado a un curioso resultado respecto de las moléculas del agua: supone que la gota de agua aumente en volúmen hasta igualar el de la tierra i en la misma proporcion aumenten las moléculas, i concluye que en tal caso el tamaño de cada molécula apénas igualaria al de una municion.

La excesiva pequeñez de los átomos, i el movimiento de que están dotados, mas rápido de cuanto es posible imajinar, hacen imposible el conocimiento de la estructura i actividad de cada uno de ellos; pero podemos conocer las leyes de las masas, i de una manera indirecta la de los mismos individuos.

Prévia esta consideracion sobre la naturaleza de los átomos, que esclarece con muchos ejemplos, el autor del libro de que damos cuenta pasa a definir la *enerjía*. El poder de vencer los obstáculos o de realizar un trabajo, es lo que significa *enerjía*. Este poder de realizar un trabajo se puede medir tomando por base la accion de una fuerza que nos permite practicar la medida con completa exactitud, la fuerza de la pesantez.

Las unidades que se toman para medir la enerjía son el kilogramo i el metro. En efecto, puede tomarse como unidad de trabajo realizado, el esfuerzo que hacemos para elevar a un metro de altura sobre el nivel del suelo un peso de un kilogramo: el gasto de enerjía se expresará por consiguiente en kilográmetros. En el caso de un cuerpo en movimiento, se observa que la enerjía es proporcional a la masa i al cuadrado de su velocidad, sea cual fuere la direccion del movimiento.

La enerjía o el poder de realizar un trabajo no es propiedad exclusiva de los cuerpos en movimiento: los que están en reposo tambien la poseen. Así, siempre que mediante cierto esfuerzo se arroja un peso cualquiera en la direccion de la vertical, volverá a caer dotado, al tocar la tierra, de la misma enerjía que le imprimió el movimiento: i si ese mismo peso queda sobre el techo de una casa, por ejemplo, deja de moverse, pero no pierde el poder de producir trabajo una vez que no encuentra obstáculos para su caida. Hai, por consiguiente, dos especies de enerjía: de movimiento i de posicion.

La enerjía de posicion concluye siempre por trasformarse en enerjía de movimiento. "La primera, dice Stewart, puede compararse a un capital depositado en un banco, i la segunda a una cantidad que estamos actualmente gastando. Cuando tenemos plata en un banco, podemos usar de ella cada vez que tengamos necesidad de hacerlo; de la misma manera podemos hacer uso de la enerjía de posicion."

Explicado así lo que debe entenderse por enerjía, i distinguidá la enerjía de posicion de la de movimiento, entra el autor a manifestar las diversas trasformaciones que la enerjía experimenta. Se ha dicho que un cuerpo lanzado en la direccion verti-

cal, despues de haber llegado a la altura a que la enerjía actual puede elevarlo, desciende, si no encuentra obstáculos, i hiere la tierra con la misma fuerza con que fué lanzado; i si los encuentra, cambia su enerjía de movimiento en enerjía de posicion, es decir, queda al canto de caer destruido el obstáculo, i devolver la enerjía actual recibida. Este hecho, que es constante, manifiesta que no hai pérdida de enerjía, aunque una especie de enerjía se convierte en otra.

Las experiencias que se hacen lanzando los cuerpos en la direccion vertical para mayor facilidad de comprobacion, puesto que así se combate directamente la pesantez, pueden repetirse de mil modos diversos, i conducirán siempre al mismo resultado: la conservacion de la enerjía.

Cuando hai trasformacion de enerjía de movimiento en enerjía de posicion, hemos visto que el resultado final es la correlacion de las fuerzas físicas; pero, en estas trasformaciones, hai aparentemente una disipacion considerable de enerjía. Para que se produzca la conservacion absoluta es necesario que no se pierda la enerjía a causa del frote o de cualquier obstáculo que le impida ejercerse libremente: i el frote es imposible evitarlo. En este caso ¿hai realmente pérdida de la enerjía, o simplemente se trasforma de un modo diverso que da oríjen a nuevos fenómenos?

Esto último es lo que sucede. El choque i el frote, gastan cierta cantidad de enerjía, pero al mismo tiempo dan oríjen a una cantidad equivalente de calor. Lo que sucede en realidad en estas trasformaciones de enerjía en calor, es que el movimiento cambia de direccion, produciéndose así el fenómeno del calor. Numerosas experiencias han confirmado esta trasformacion en calor del trabajo mecánico, i a un sabio de Manchester, Joule, se debe la determinacion de la relacion exacta que existe entre el calor i la enerjía mecánica, es decir, la determinacion del equivalente mecánico del calor.

Los dos primeros capítulos de su obra los dedica Balfour Stewart a los puntos indicados. En los tres siguientes analiza el autor de la *Conservacion de la enerjía* las diferentes fuerzas de la naturaleza, formula la lei de la conservacion, i manifiesta cómo las trasformaciones parciales se efectúan conforme a esta lei.

El principio de la conservacion establece que el total de las diversas enerjías existentes en el universo es una cantidad constante. Sin embargo, hai que notar una circunstancia mui especial en las trasformaciones de las enerjías. Indudablemente que la lei del cambio de la enerjía mecánica en calor i viceversa se puede dar por sólidamente establecida. Pero si indirectamente se demuestra la verdad del principio de la conservacion de la enerjía, segun el cual el total de las enerjías es siempre constante, sucede, respecto de este caso, que la lei segun la cual el trabajo mecánico se convierte en calor no guarda conformidad con la que regla la trasformacion del calor en enerjía mecánica. Thomson

ha observado que el trabajo se trasforma con suma farilidad en calor, pero no hai poder humano para convertir *todo* el calor obtenido en trabajo.

Como el fenómeno no es recíproco, resulta que la enerjía del universo se cambia cada dia mas en calor, i llegará un dia en que sea el mundo incapaz de alimentar séres vivientes. "El universo acabará por ser una masa igualmente caliente, absolutamente inútil en el punto de vista de la produccion del trabajo, pues que esta produccion depende de la diferencia de temperatura."

Queda aun por determinar el papel que la vida hace en el universo de la enerjía. Stewart, en el último capítulo de su obra, consecuente con los principios sentados en los capítulos precedentes, afirma que la vida no es principio creador de nuevas enerjías, puesto que la experiencia nos ha demostrado que el total de las enerjías del universo es siempre constante. Si el principio de vida no crea nuevas fuerzas, menester es que produzca sus efectos por medio de las fuerzas físicas existentes. Los séres organizados deben ser considerados por el naturalista como máquinas mui complicadas en que se produzcan efectos considerables por el ejercicio de una enerjía incapaz de ser apreciada.

Esta explicacion, como se ve, no toca la naturaleza íntima de la vida, i el mismo autor lo dice al terminar su libro: "No hemos conseguido resolver el problema relativo a la verdadera naturaleza de la vida; solo hemos retirado las dificultades a un límite envuelto en una oscuridad profunda que la luz de la ciencia es impotente a disipar."

En el mismo volúmen de la *Biblioteca científica internacional* de que hemos tratado de dar una idea, en cuanto nos ha sido posible, bastante para mover a los que leyeren esta bibliografía, a leer tambien la obra de Stewart se ha publicado una memoria de P. de Saint-Robert acerca de la naturaleza de la *fuerza*. Es esta memoria un estudio interesante i que explica algunos de los puntos tratados con ménos detenimiento en la *Conservacion de la enerjía*.

II.

Les sciences et la philosophie es el título de una obra publicada, no hace mucho, por el señor don Enrique Martin, decano de la Facultad de Letras de Rennes. El autor, mui conocido por sus trabajos científicos i filosóficos, ha reunido en aquella obra seis estudios sobre diversos puntos de la materia expresada por el título, que solo vamos a indicar a la lijera.

El primer estudio define lo que por *ciencia* en jeneral se ha de entender, i manifiesta las relaciones de las ciencias especiales con

la filosofía, con la relijion i el órden social. El señor Martin no se ha propuesto en este primer artículo componer una clasificacion completa de todas las ciencias: solo ha querido reunir en unas cuantas pájinas algunas consideraciones jenerales sobre el enlace estrecho entre las ciencias especiales i la filosofía, i demostrar así que el progreso normal i duradero de las ciencias será efecto de "la influencia de una filosofía que respete los principios de lo verdadero, de lo bello i de lo bueno, i de la armonía de semejante filosofía con la verdadera relijion, sin la cual el bien moral, condicion del bien intelectual i aun del bienestar material, no puede ser realizado en las sociedades humanas." Este estudio del señor Martin no se publica por primer vez en el volúmen de que hablamos: en la primera edicion del *Diccionario de ciencias filosóficas*, redactado bajo la direccion de A. Franck, aparece bajo una forma poco diferente, para explicar la voz *ciencia*.

Los tres estudios siguientes tienen mui estrecha relacion entre sí. En el primero se demuestra cómo el materialismo moderno, sostenido en nombre de los últimos progresos realizados en el terreno de las ciencias experimentales, es una hipótesis absurda contradicha por los hechos i teorías experimentales mas incontestables.

La cuestion de si la jeneracion espontánea en ciertas especies del reino animal es un argumento valedero contra el espiritualismo, es resuelta, en seguida, por el autor. Para el señor Martin, aun supuesta la verdad de la hipótesis de la jeneracion espontánea, no se podria sacar de ella una conclusion favorable al materialismo; i en esto, no se separa del modo de pensar de los mas ilustres filósofos cristianos que, admitiendo como posible el hecho de la jeneracion espontánea o juzgándolo cierto, porque la experiencia no habia demostrado todavía la inexactitud de la hipótesis, sostuvieron, sin embargo, que ella no destruia los principios de la sana filosofía, siempre que se la admitiera como racionalmente debia ser entendida.

Despues de estudiar, en el cuarto artículo de su libro, la cuestion del principio de la vida i de procurar conciliar en la verdad las opiniones de los *animistas*, *vitalistas i organicistas*, el autor trata de un interesantísimo problema de teodicea i cosmolojía: el problema de las relaciones entre la extension i duracion del mundo i la inmensidad i eternidad de Dios. ¿Dios ha creado el mundo en virtud de una *necesidad moral* de su propia naturaleza? ¿o tambien una *necesidad lójica* lo ha impulsado al acto de la creacion? Tales son las cuestiones que se resuelven en el quinto estudio de los que forman la obra. Algunos de los filósofos franceses que han sostenido el sistema del eclecticismo, cuyo jefe fué Víctor Cousin, sostenian la doctrina de la *necesidad moral* i no faltó quien renovara la doctrina averroística de la *necesidad lójica*, en el acto de la creacion. El señor Martin refuta semejante teoría, i con ella, la teoría de la eternidad del mundo i la de que el mun-

do actual es el mejor de los posibles, consecuencias naturales de la doctrina de la *necesidad* de la creacion.

Por fin, el volúmen *Les sciences et la philosophie* termina con un estudio sobre los serios peligros que las supersticiones envuelven en perjuicio de la verdadera ciencia. No es éste el estudio ménos interesante de la obra. Entre las supersticiones peligrosas para la ciencia coloca preferentemente el autor las teorías espiritistas; i con gracia expone lo ridículo de semejantes teorías.

En suma *Les sciences et la philosophie* es un libro de lectura seria, escrito para los que buscan la instruccion científica i a propósito para combatir los sistemas exclusivistas de los que se dedican solamente a cultivar ramos especiales de la ciencia.

José Francisco VERGARA DONOSO.

POBRE I HUERFANA.

Pobre niña, en su alborada,
Siete abriles solo cuenta
I ya en su pecho se oculta
La amargura de sus penas.

En el mundo abandonada,
Sencilla, inocente i bella
Sufre i pide una limosna
Que el mundo talvez le niega.

Triste i resignada calla
Sin exhalar una queja;
Solo a sus ojos asoman
Algunas lágrimas tiernas,

Que al correr por sus mejillas
Como purísimas perlas
Nos enseñan cuanto sufre
El corazon de una huérfana.

Por los hombres despreciada
No maldice su existencia,
Porque tiene un alma pura,
Porque es inocente i buena.

De su corazon sencillo
Dulce plegaria se eleva
Rogando por esos hombres
Que sus pesares aumentan.

¡Cuán bellos son esos ánjeles
Que lloran sobre la tierra
Porque no tienen un techo
Que en su orfandad los proteja!

¡Porque no oyen las caricias
De una madre amante i tierna
Que sus goces i sus llantos
Compartiria con ella!

¡Cuán tranquila bajo el manto
Del infortunio se muestra
Esa rosa abandonada
Al principiar su existencia!

No importa que el mundo ignore
De su alma la belleza,
No importa que la desprecie
I que abandonada crezca.

¡Cuántas talvez por el mundo
Entre el oro i ricas piedras
Ocultarán la amargura
Que sus almas envenena!

Que el corazon no se sacia
Con fementidas riquezas:
Tambien entre blancas rosas
Hai espinas que atormentan.

¡Pobre i huérfana! ¡qué importa
Si es cual los ánjeles bella
I a su corazon adornan
Las flores de la inocencia!

¡Pobre i huérfana! ¡qué importa
Si es tan breve la existencia
I mas allá de la tumba
Descansará de sus penas!

ABEL MALDONADO.

CURIOSIDADES ETIMOLOJICAS.

ARTÍCULO II.

TANTO MONTA.

Vale "tanto una cosa como otra." Fué célebre esta frase por haberla tomado por empresa o mote los Reyes Católicos, i débese su invencion, segun varios autores, al clarísimo Antonio de Lebrija. Han discurrido copiosamente sobre el oríjen que pudo tener, Joví, el padre Sigüenza i en nuestros tiempos Washington Irving. Atribúyese a cierta cuestion de etiqueta ocasionada por haber firmado la Reina Católica provisiones del reino de Aragon, i como se allanase el Rei, dijo: "Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando."

(Francisco de P. Seijas.—*Notas al Cuento de Cuentos de Quevedo.)*

Gordio, rei de Frijia i padre de Midas, dejó el arado por el cetro, siendo un labrador cuyo caudal consistia en dos yuntas de bueyes, a causa de que habiendo consultado los frijios al Oráculo i declarádoles éste que elijieran el primer labrador que viesen subido en su carro, tocó la suerte a Gordio cuando se encaminaba en esta disposicion hácia el templo de Júpiter a ofrecerle sacrificios. Cuenta la historia que el *nudo* con que estaba atado el yugo a la lanza se hallaba dispuesto con un artificio tal, que no pudiendo descubrirse los dos cabos o extremos, se hacía absolutamente imposible el conseguir desatarlo. Entre tanto tenia declarado el Oráculo que aquel que lograse desliarlo, llegaria a obtener el imperio del Asia; así es que muchos se habian esforzado por conseguirlo, pero en vano. Presentóse en esto a Alejandro Magno la ocasion de pasar por la ciudad de Gordio, capital de la Frijia, con motivo de su expedicion contra Dario; pi-

dió ver aquel carro tan decantado por causa de dicho nudo; i creyendo que semejante empresa estaba reservada para él, echó inmediatamente mano a su espada, i desbaratando el nudo de un solo tajo exclamó: *Tanto monta cortar como desatar,* con lo que se cumplió luego el vaticinio del Oráculo.

Los Reyes Católicos don Fernando i doña Isabel, en atencion a las grandes conquistas que alcanzaron en nuestro suelo, ya tocante a la persecucion de los moros, ya respecto a la unidad de nuestra nacion, adoptaron como distintivo o empresa peculiar un yugo con las coyundas cortadas, i la letra *Tanto monta.*

(José M. Sbarbi.—*Florilejio.)*

GALIMATIAS. (1)

Ha poco que esta palabra traspasó los dominios del vulgo. Este, como de *diploma* se habia hecho *diplomacia,* hizo en lo antiguo de *galima* (anticuado) *galimacia;* pero como escribiese en aquellos tiempos i en plural *diplomatias, galimatias,* su aficion al retruécano le hizo acentuar la última *i* para pronunciar *galimatías;* como se ha oido decir en un sainete moderno el *último atun* en vez del *ultimátum.*

(Revista de Archivos, bibliotecas i museos.—31 de mayo de 1874.)

BAUTISMO.

El nombre de Safo viene del fenicio o del chipriota *soupo,* que significa *mojarse, sumerjirse.* Su traduccion griega es *baphos,* de donde hemos formado *bautismo.*

(G. D'Orcet.—*Paphos, ses monastères et la féte de Vénus.)*

MARIMORENA.

Haber una marimorena.

Haber una gran riña o pendencia.

El oríjen de la voz *marimorena* se atribuye a las quimeras que en otro tiempo suscitó una tal *María Morena,* por contraccion *Marimorena,* tabernera de Madrid.

Véase como se explica en este particular don José María de

(1) Véase otra etimolojía probable de esta voz en el artículo que publicamos en esta misma Revista, entrega núm. 361, correspondiente al 6 de setiembre de 1874.

Zuaznávar en sus "Noticias para literatos acerca de los Archivos públicos de la hoi extinguida Sala de señores Alcaldes de Casa i Corte," folleto en 4.° de ocho hojas, impreso en San Sebastian, año de 1834.

"Por providencia de la hoi extinguida Sala de Casa i Corte, siendo gobernador de ella don Andres Valcárcel Dato, consejero de Castilla, se formó inventario jeneral de las causas criminales que se hallaban en el Archivo de dicha Sala, posteriores al año de 1542."

"Existe todavía bien conservado este inventario; pero en el dia no sirve tanto como pudo servir en otro tiempo, porque las causas criminales anteriores al 1700 se vendieron, i ya no se pueden examinar aunque las cita el inventario."

"Habia entre ellas algunas curiosas, como la formada el año de 1579 contra Alonso de Zayas i Mari Morena, su mujer, *tabernera de corte, por tener en su casa cueros de vino i no quererlos vender*. Es mui verosímil que el nombre i apellido de esta mujer encausada, su clase i la calidad de su culpa, hubiesen dado oríjen desde el año de 1579 a la expresion, hoi mui usual, de *mari-morena* por pendencia."

(Sbarbi.—*Florilejio.)*

WHIG, TORY.

Pero luego (1678) esas denominaciones *(Birminghams* i *anti-Birminghams)* cayeron en desuso para ser reemplazadas por dos otras que aunque se tomaban orijinalmente en mala parte, fueron en lo sucesivo aceptadas con orgullo; ellas están aun en uso entre nosotros i han seguido a la raza inglesa a donde quiera que haya penetrado i durarán tanto como nuestra literatura. Es curioso observar que uno de estos apodos es de oríjen escoces miéntras que el otro nos vino de Irlanda. En estos dos reinos la mala administracion habia sido causa de que se formasen bandas de hombres desenfrenados cuya ferocidad subia de punto con el entusiasmo relijioso. En Escocia algunos de los convencionistas, perseguidos i exasperados por la opresion, habian asesinado al arzobispo, levantádose contra el gobierno i obtenido pequeñas ventajas contra las fuerzas del rei. Fué necesario que Monmouth, a la cabeza de algunas tropas inglesas, fuese a hacerles la guerra hasta derrotarlos i destruirlos en el puente de Bothwell. Estos fanáticos eran numerosos entre los campesinos de las llanuras del Oeste; se les llamaba vulgarmente *Whigs*. De ahí el nombre de *whig* que se dió a los presbiterianos exajerados de Escocia i que se extendió a los hombres políticos de Inglaterra que hacian oposicion a la corte i se mostraban induljentes

con los protestantes no conformistas. En la misma época los papistas proscritos, como mas tarde los Whiteboys, habian buscado un refujio en los pantanos de la Irlanda; el nombre de *tory*, con el cual se les designaba, se aplicó despues a los ingleses que se negaban a excluir del trono a un príncipe católico.

(MACAULEY.—*History of England.)*

FERNAN O HERNAN.

Se llama así por apócope de Fernando o Hernando, los cuales vienen de *Fairthein-hand*, que es lo mismo que *tu mano léjos*, esto es *tu poder se extiende mucho.*

(MAYANS I SISCAR.—*Oríjenes de la lengua española.)*

ENRIQUE.

Viene de *Eurico* i éste de *Ew-riic*, que quiere decir *observador de las leyes.*

(Id. Id.)

FEDERICO.

Fadrique o Federico que sale de *Frid-rijob*, esto es *pacífico.*

(Id. Id.)

RODRIGUEZ.

De Rodrigo, el cual viene de *Rode-rijch*, voces godas que valen *el que logra quietud.*

(Id. Id.)

ESQUIFE.

Arca se dice en hebreo *theba* i hemos ya visto que es el nombre de la ciudad que habitó Baco a su vuelta de la India; en otros términos, es una de las formas de ese dios proteo que se llama *Ziva.*

Nuestras lenguas modernas lo han conservado en *esquife*, *ship*, etc.

(G. D'Orcet.—*Paphos, sus monasterios*, etc.)

JUAN.

Yo-Hanna, o *Juan* quiere decir "el señor de la púrpura" i es en dialecto galileo la traduccion de *cham*, el vino.

(Id. Id.)

GACETA.

Venecia, en 1553, durante la guerra contra los turcos, quiso comunicar mensualmente al público las noticias militares i comerciales, de que se hacian varias copias, que puestas en lugares *ad hoc* podian ser leidas mediante el pago de una pequeña moneda llamada *gazzetta*, palabra que pronto pasó a designar los mismos papeles en que las noticias eran copiadas.

(Odysse Barot.—*Histoire de la litterature contemporaine en Angleterre.)*

CURSI.

No ha muchos años que en una de las mas bellas ciudades de Andalucía moraba una familia, parte de la cual la componian varias hermanas que, vistiendo lujosamente, lo hacian, empero, con pésimo gusto i ridícula afectacion, atendidas las leyes de la exijente, despótica e inexorable moda. Unos cuantos jóvenes de buen humor, pertenecientes a las clases mas distinguidas de aquella localidad, aficionados a burlarse hasta de su propia sombra i que para entenderse mejor en sus reuniones privadas, habian adoptado un lenguaje especial, tan solo de ellos conocido, consistente por lo regular en el uso de la metátesis, dieron en llamar *cursi* a toda aquella persona que en su modo de vestir lujoso pero desgarbado, era una viva imitacion de aquellas señoras, bien así como a todo objeto chocarrero o inelegante, aun cuando de valor; de donde, repetido un dia i otro dicho término, llegó a hacerse en breve de un uso comun i corriente, hasta el extremo de verse precisada la Academia a darle cabida en las columnas de la última edicion de su Diccionario.

(J. María Sbarbi.—*Florilejio.)*

TRIBULACION.

De *tribulatio-onis*, latino, el cual viene a su vez de *tribulas*. ....Llámase así (la tribulacion) de *tribulo*, voz latina, que es una yerba aguda i espinosa que en castellano llamamos abrojo, porque es como él, espina i lástima. Otros derivan este nombre de tribulacion de *tribula*, que en latin es lo que nosotros llamamos *trilla*, instrumento bien conocido de los labradores con la cual en la era se trillan i apuran las mieses.

(P. Rivadeneira.—*Tratado de la Tribulacion.)*

FULANO.

Los Fruelas, Froilas, Froilanes i Froilanos (que todo es uno) abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauracion i siglos inmediatos; quizá (como ahora se llama Pedro Fernández a cualquiera porque abundan los Pedros) dirian entónces *un Froilano* a todo hombre desconocido; i de aquí, algo mas adelante, se formaria *un fulano.*

Nuestros orientalistas quieren que el *fulano* español venga de la palabra hebrea *feloni* que, en efecto, significa en aquel idioma *un cierto hombre.*

(Juan E. de Hartzenbusch.—*Apéndice a la Reina sin nombre.)*

Zorobabel RODRIGUEZ.

A LA LUNA.

Preciosa luna, dulce consuelo
De mi orfandad,
Tú que amorosa cruzas del cielo
La inmensidad;

¡Ai! tú que sabes que es mi quebranto
Desgarrador,
Cuenta a la vírjen que adoro tanto
Mi triste amor.

Si la divisas puesta de hinojos
En un altar,
I en el espacio fijos los ojos,
Déjala orar.

No la interrumpas, pues talvez pida,
Con humildad,
Para el amante que no la olvida
Felicidad.

Mas, si la encuentras llorosa i triste,
¡Ai! por favor,
Dile que un hombre por ella existe
Loco de amor!

I en su ancha frente tan candorosa
I anjelical,
Refleja, luna, la luz hermosa
De tu fanal.

ROSENDO CARRASCO.

EL ERMITAÑO DE POTOSI.

(Conclusion.)

VI.

Era ya mas de media noche.

Leonor dormia tranquila. Su cabellera negra i sedosa caia en desórden sobre la blanca almohada, i una débil lamparilla iluminaba al traves de los finos cortinajes del lecho su gracioso rostro lijeramente sonrosado. De sus labios entreabiertos se escapa-

ba el aliento de su seno que se movia blandamente; así como el de una tierna niña que ha cerrado sus ojos inocentes al compas de los últimos cantos de su madre. Habia orado; habia rogado al cielo le diese fuerzas en su penosa situacion; i luego se habia dormido con esa dulce resignacion del que abraza con amor la cruz i solo fía en las esperanzas que puede conceder el cielo. Parecia soñar, porque de sus labios húmedos se escapaban de cuando en cuando palabras que no se entendian. Habia tal atractivo en sus bellas facciones que, al verla, el celoso amante, habria reconocido en ella al ánjel de la inocencia calumniado por los extravíos del amor.

¡Pobre niña! ¡El tiempo habia corrido mui lijero, i la hora fatal habia sonado ya!

La puerta de la estancia abrióse de repente, dando paso a don Juan, que llegó hasta el lecho de su esposa. Esta hizo un lijero movimiento, abrió sus ojos i volvió a cerrarlos, quedando de nuevo en la mas perfecta tranquilidad.

Don Juan permaneció algunos instantes contemplándola en silencio. Sus vestiduras i su rostro manchados con sangre le daban un aspecto aterrador. Su mirada era ardiente, participando al mismo tiempo de esa estupidez que se descubre en la vista de un ébrio. En sus ojos i en sus labios habia algo de extraño, como el jesto de un delirante, de un loco.

Leonor, entre tanto dormia tranquila, inocente de lo que pasaba a su al rededor; i don Juan, acercándose mas a ella, permaneció durante algunos instantes contemplando su dulce rostro bañado con el suave candor de la inocencia.

—¡Oh! ¡¡Yo la amaba!! exclamó con un acento indefinible, dando al mismo tiempo una carcajada estridente, nerviosa, la carcajada de un loco; i corrió hácia fuera de la habitacion.

VII.

Al siguiente dia los comisarios de la justicia entraban en la casa de Leonor en busca del criminal. El pueblo se juntaba en corrillos, averiguando i comentando el suceso de la noche anterior, sirviendo ésto de pasto para la crítica i murmuracion de muchos, i para mui pocos de motivo de conmiseracion i de lástima.

Este trájico suceso dio márjen durante mucho tiempo a las hablillas del público, siempre hábil propagador de chismes i de embustes. De él se trataba en los salones donde se reunian los nobles i hombres acaudalados, comentándolo cada uno a su manera, i trayendo a colacion, como suele suceder, historias maliciosas de otros tiempos, debilidades de algunos, grandes críme-

nes de otros, i llegando de palabra en palabra i de cuento en cuento hasta echar por el lado la honra de los virtuosos i el buen nombre de una familia.

El suceso, que en un principio no pasaba de ser uno de tantos crímenes vulgares, llegó a tomar las proporciones de lo fantástico i de lo extraordinario. Don Juan habia desaparecido, i los ajentes de la justicia no habian podido darle caza en ninguna parte. El guardian de la iglesia donde habia sido enterrado don Martin contaba que, en la mañana siguiente al dicho entierro, se habia hallado la losa removida i manchada con sangre; i, dada esta circunstancia, mas de una persona aficionada a cosas del otro mundo, habia creido ver a la débil luz del farolillo, que a veces solia alumbrar la calle de trecho en trecho, i cerca de la casa donde habitó el finado, la sombra del desgraciado oficial de los ejércitos del rei, pidiendo oraciones para su alma difunta, condenada a vagar por la ciudad durante miles de años, sufriendo los horribles tormentos de los que mueren en pecado.

La situacion de la desgraciada Leonor, víctima inocente, sacrificada por la maledicencia de un público siempre severo para una mujer acusada ante su implacable tribunal, era indescriptible. A veces le parecia ser presa de una horrible pesadilla, tan extraños eran los acontecimientos que habian pasado ante su vista; a veces alcanzaba a comprender la realidad terrible de esas que ella habia pensado eran imájenes de un sueño espantoso; ora permanecia como anonadada ante la tremenda responsabilidad que ella misma echaba sobre sus hombros; ora se dejaba arrastrar por la desesperacion, bañando con amargas lágrimas su rostro pálido i enflaquecido. Triste, mui triste es ver pasar las horas cuando en sus tardíos momentos tan solo es dado al alma apurar amargo cáliz; cuando solo se siente en el corazon destilar gota a gota la corrosiva hiel del desengaño; cuando con ojos anhelantes buscamos a nuestro alrededor a los que en otro tiempo nos amaron, i solo sentimos ese vacío, que llena el corazon de duelo i de lágrimas. Ella, que, poco tiempo ha, era la mimada por la fortuna i el amor, codicia de los enamorados donceles de la ciudad, rica joya que arrebataba las miradas de los que la vieron un dia aparecer en los juegos públicos coronada con la doble aureola de su encantadora belleza i de los celestiales atractivos de su alma; ella, la reina de las hermosas, se veia escarnecida i apurando solitaria su dolor; i, si algo llegaba a sus oidos, era el vientecillo de la calumnia, que venia a abrir nuevas heridas en su alma.

La sociedad marcaba con un estigma de infamia a la esposa calumniada por los mismos acontecimientos que debian haber resguardado su honra, su virtud acrisolada por la desgracia. Hasta su mismo padre, el anciano caballero de García, habia visto a su hija criminal; i esta terrible desgracia habia rendido sus fuerzas i su salud maltratada por los años. Postrado en su lecho,

i en el delirio de la fiebre que precedió a su agonía, hablaba a su hija con el acento de un inmenso dolor:

—¡Leonor! ¡has amargado los últimos dias de mi vejez! ¡Leonor! ¡has manchado mis canas! ¡Véte a un convento, a un convento!....

Leonor tuvo que agregar, al cúmulo de desgracias que la oprimian, la de quedar sola, huérfana en el mundo i deshonrada.

EPÍLOGO.

Muchos años pasaron desde los últimos acontecimientos que hemos narrado, i, que olvidados ya, habian sido relegados al lugar de las viejas crónicas. Los nombres de don Juan i Leonor habian muerto para el mundo; i la antigua casa de la noble familia de García estaba habitada por otros dueños, que quizas ignoraban esa historia de lágrimas i de sangre que habian presenciado sus viejos muros. El escudo de piedra que habia resistido durante tanto tiempo a la inclemencia del cielo i de los años, como un emblema de la virtud i nobleza de sus dueños, habia sido descolgado, cubierto de deshonor i de vergüenza. Así el tiempo que corre tan lijero lleva en su triste carro cuanto fue amable i dichoso en la existencia, dejando tras de sí tan solo oscuros despojos, que son la fúnebre mortaja del olvido.

Potosí, la famosa villa, que se dormia en la opulencia i los placeres, aderezada con el oro precioso de su cerro i las riquísimas telas que le llegaban del oriente, miraba sus calles regadas con la sangre de sus hijos. La guerra civil habia encendido su funesto fuego en el corazon de sus habitantes, i dia i noche se atacaban en las plazas, en las calles i en sus propias habitaciones; i el robo, la violacion i el escándalo eran el pan amargo que saboreaban dia a dia los hijos de la ciudad. Parecia que la cólera del cielo habia caido sobre ella, como castigo de sus relajadas costumbres.

Cuando las campanas de la tarde llamaban a las fieles a la oracion, se veia atravesar por las calles, jeneralmente por las mas oscuras i apartadas, a un hombre de extraño aspecto, que llamaba, a primera vista, la atecion de cuantos le conocian. Algunos le miraban con un temor supersticioso; otros le creian un santo; los mas le veneraban como a tal ¿Quién era? Todos ignoraban su nombre; nadie sabia de donde habia venido, ni como se habia presentado en la ciudad. Mas de una vieja aficionada a libros devotos creia ver en él a uno de esos séres extraordinarios que Dios envia de tarde en tarde a la tierra; uno de esos modelos de perfeccion que predicaban al pueblo en los antiguos tiempos los castigos que el cielo tiene reservados para los que viven olvidados de los santos juicios de Dios. La plaga de una guerra fratri-

cida no habia logrado detener en la ciudad la corrupcion de las costumbres que lo invadia todo.

La extraña figura del personaje; su barba larga, que le caia sobre el pecho; sus cabellos negros, que parecian no habian sido cortados jamas; su rostro enjuto i pálido; i la mirada torva de sus ojos, que llevaba siempre fijos en una blanca calavera sostenida por ámbas manos; su cuerpo alto i delgado, cubierto por un sayal tosco i ordinario, ceñido a la cintura con una cuerda; todo, en una palabra, le daba un aspecto extraño i fastástico. ¿Quién era? ¿quién podia averiguarlo? ¿quién le habia hablado jamas? Todo era misterio a su al rededor. En una gruta situada en los extramuros de la ciudad vivia solo, proporcionándose él mismo un escaso alimento. Solamente era conocido con el nombre de *El Ermitaño de Potosí*.

Muchos dias habian pasado sin que al extraño personaje se le viera en la ciudad, cuando corrió por todas partes la noticia de que el santo ermitaño moria pobre i desvalido en el hospital. Al mismo tiempo el pueblo curioso i gran número de personas que deseaban ver la muerte de un santo, se agolpaban a las puertas del edificio. Mas de una llevaba instrumentos cortantes con la esperanza de alcanzar siquirea fuese algun pedacito del tosco traje de aquel venerable i santo varon, cuyo nombre volaba de boca en boca, proclamándolo todos santo i mui santo, i recordando al mismo tiempo cada uno de los circunstantes todas las señales de su próximo fin, que habian conocido en su cadavérico rostro la última ocasion en que le habian divisado por las calles. Mas de una vieja refunfuñaba en voz alta i en voz baja de los guardas del hospital que, celosos por el cumplimimiento de su deber, impedian la entrada a la muchedumbre curiosa e impaciente. Algunos se quejaban; otros mezclaban sus chocarrerías a los diálogos serios i piadosos de las devotas, que habian sido llevadas allí por un sentimiento de veneracion hácia el santo varon que en esos momentos contaba los últimos instantes de su vida. Pero, al fin, cansados de esperar hubieron todos de retirarse sin alcanzar el logro de sus deseos.

El viejo ermitaño se hallaba recostado en su lecho de muerte contando los momentos que rápidamente lo llevaban al sepulcro. En su rostro demacrado, en sus facciones descompuestas se retrataba esa inquieta desesperacion del que, mirado con terror los umbrales de la eternidad, solo puede depositar ante el tribunal de la Justicia Eterna la pesada carga del delito.

—¡Veinte años!.... ¡es imposible, imposible! decia con voz sorda al sacerdote que trataba de hacer llegar al fondo de su alma la voz de la esperanza.

—Nunca es tarde, hermano mio. El que llega último a los piés de su Señor puede quedar tan sano i salvo como el primero. El arrepentimiento de los corazones, puede ante el juicio de Dios, a veces, tanto como la inocencia.

Así hablaba con voz suave i paternal el sacerdote a aquel hombre cuyas palabras, pronunciadas a veces en voz alta, llenaban de terror a los que presenciaban esta escena.

Por momentos parecia el moribundo recobrar alguna tranquilidad, i una lágrima ardiente caia por sus mejillas descompuestas; pero luego volvia a su estado anterior.

—¡Veinte años! ¡es imposible! repetia con desesperacion.

Junto al lecho habia una mujer vestida de relijiosa, que, de rodillas, oraba con fervor; una de esas mujeres, ánjeles de la tierra, que, olvidando los regalos de la vida i el bullicio de placeres mundanales, tienen solamente sus ojos fijos en el cielo, e, impulsados por el fuego divino, que arde en sus corazones, están allí, solo allí, donde hai una lágrima que enjugar, un desgraciado que necesita consuelo. En los ojos de esa mujer habia algo que la diferenciaba notablemente del comun de las jentes; algo que no era de este mundo; algo como ese fuego celeste que suponemos existe en la mirada de los ánjeles del Señor. Su rostro, demacrado por las lágrimas i la penitencia, i su cuerpo doblado bajo el yugo de los años hacian pensar, sin embargo, que hermosa habia sido un tiempo, i que, quizás, el soplo del mundo, acariciando su frente, habia mas de una vez llenado de goces i de amargura su corazon. Era una santa. ¡Quién sabe en cuantas ocasiones el recuerdo de una vida ya pasada vino aun a sorprenderla en su solitario retiro; vino aun a atizar en su pecho el oculto fuego de pasiones ya extinguidas, i quizás, de un amor desventurado; i cuantos sacrificios, cuantas lágrimas amargas debió emplear para acallar en sus oidos ese murmullo lejano de la vida de los hombres! Al ver su rostro macilento, su cuerpo estenuado, habríase dicho que la menor emocion era suficientemente capaz para libertar a esa alma de los únicos lazos que la impedian volar al cielo.

La santa voz de la relijion pudo al fin ejercer sus divinos influjos en el corazon endurecido del moribundo. Sus ojos habian perdido ese siniestro resplandor que les habia dado el crímen i la desesperacion; habia en ellos la serenidad del dolor arrepentido i dulces lágrimas surcaban las arrugas de su rostro.

Su frente pálida parecia purificarse al contacto de las luces de la gracia cuando los Santos Sacramentos vinieron a endulzarle las angustias de la muerte.

Los momentos corrian mui lijeros, i parecia acercarse la agonía. Parecia tranquilo; pero de repente, como atormentado por un penoso recuerdo, tomando un objeto entre sus manos i haciendo un esfuerzo, dijo con amargura a la santa relijiosa que oraba fervorosa junto al lecho:

—Santa mujer, toma este anillo que me llevaba a la eterna condenacion; puede que por medio de él consigas algo para mi pobre alma.—Estas fueron sus últimas palabras.

—¡Don Juan! dijo al mismo tiempo la relijiosa, dando un gri-

to penetrante, i soltando el anillo de sus manos, i cayendo sin sentido sobre el pavimento, miéntras el frio de la muerte penetraba por sus huesos.

Todos acudieron instántaneamente a socorrerla; pero era ya tarde. Aquel anillo llevaba grabado el nombre de *Leonor de García.*

Así murieron esos dos séres a quienes el mundo llamó felices un dia, i que un extraño destino separó en la vida para unirlos mas allá del sepulcro.

Dice una antigua crónica que, despues de la muerte del *ermitaño*, se encontró dentro de la calavera, que llevaba siempre consigo, un papel que contenia en mal trazados caractéres las siguientes palabras:

"Yo, don Juan de Toledo, natural de esta villa de Potosí, hago saber a todos los que me han conocido, i a todos los que de noticia quisieren en adelante conocerme, como yo he sido aquel hombre, a quien por andar en traje de ermitaño, me tenian todos por bueno, no siendo así; pues soi el mas malo de cuantos ha habido en el mundo; porque habeis de saber, que el traje que traia, no era por virtud, sino por mui dañada malicia; i para que todos sepais, digo: que ahora poco ménos de veinte años, que por ciertos agravios, que me hizo don Martin Salazar, de los reinos de España, i en tales agravios menoscabó la honra, que Dios me dió; por esto le quité la vida con infinitas puñaladas, que le dí; i despues, que le enterraron tuve modo para entrar de noche en la iglesia, abrir su selpultura, sacar su cuerpo; i con el puñal le abrí el pecho; saquéle el corazon; comímele a bocados; i, despues de esto, le corté la cabeza, quitéle la piel; i habiéndole vuelto a enterrar, me llevé su calavera; vestíme un saco, como todos me habeis visto; i tomado la calavera en mis manos, con él he andado veinte años; sin apartarla de mi presencia, ni en la mesa, ni en la cama, teniéndome todos por penitente, engañándolos yo, cuando aplicaba mis ojos a la calavera, que juzgarian ponia mi contemplacion en la muerte, siendo todo lo contrario; pues, así como los hombres se vuelven bestias por el pecado, así yo me habia vuelto la mas terrible, volviéndome un cruel i fiero cocodrilo; i como esta bestia jime i llora con la calavera de algun infeliz hombre, que se ha comido; no por haberlo muerto, sino porque se le acabó aquel mantenimiento; así yo mas fiero que las fieras, miraba la calavera de mi enemigo, a quien quité la vida; i me pesaba infinito de haberlo muerto, que si mil veces resucitara, otras tantas se la volviera a quitar i con este cruel rencor he estado veinte años, sin que haya sido posible dejar mi venganza i apiadarme de mí mismo, hasta este punto, que es el último de mi vida, en el cual me arrepiento de lo hecho, i pido a Dios mui de veras, que me perdone, i ruego a todos que lo pidan así a aquel divino Señor, que perdonó a los que le crucificaron."

JAVIER VIAL SOLAR.

ESTUDIO

SOBRE

LA FRANCMASONERIA

POR EL

Iltmo. Señor Dupanloup, Obispo de Orleans.

(Traducido del orijinal frances para La Estrella de Chile.)

(Continuacion.)

SEGUNDA PARTE.

¿UN HOMBRE SERIO I DE BUEN JUICIO PUEDE SER FRANCMASON?

Respondo a esta pregunta sin vacilar: Nó. Ved aquí mis razones.

Debemos ahora mirar a la masonería desde distinto punto de vista, i para ello tenemos sobrado derecho. Cuando una secta se arroga pretensiones tan altaneras i se proclama nada ménos que la luz del mundo i la redentora del jénero humano, provoca a que se investigue si es realmente lo que se lisonjea ser; si esa profusion de elojios, si las enfáticas admiraciones i toda la ostentacion de virtudes con que se engalanan de ordinario *los trozos de arquitectura* (discursos masónicos) están suficientemente justificados, o si por ventura los profanos, mirados desde tanta altura por los señores masones, tienen, a su turno, motivos para reirse, mas bien que para admirarlos, i derecho para devolverles una parte de sus desdenes i de su compasion.

Nada, en efecto, puede compararse a la exaltacion i a la ampulosidad del lenguaje que se encuentra en cada pájina de los periódicos i documentos masónicos que he tenido a mi vista. La francmasonería, *"la divina francmasonería;"* es "el faro de la humanidad," "el sol del mundo."

"¡Gloria a tí divina masonería! exclaman. En seguida cantan, en unísono concierto:

"Justo, humano, benéfico, ilustrado,
El mason es de virtudes un dechado."

Los masones se creen los primeros en las virtudes i los primeros en las luces i esto lo repiten constantemente en sus frecuentes banquetes. Fuera de la masonería está el jénero humano sumer-

jido en tinieblas. La masonería posee todas las luces; la masonería contiene todas las virtudes. "Toda sabiduría, toda perfeccion, toda virtud, toda filosofía se enseña en los templos masónicos." (76)

"En hora buena; pero, cuando a favor de las revelaciones que nos ha hecho de sí misma, entro a sus talleres i a sus lojias i contemplo a los hermanos en su labor; cuando me coloco entre estos hombres, que no quieren ni culto ni relijion, o como ellos dicen, "*supersticiones;*" cuando oigo este lenguaje, desconocido a los *profanos;* cuando asisto a sus iniciaciones i misterios, a esos *trabajos de mesa*, como llaman sus banquetes, etc., etc., la divina masonería se me presenta bajo un aspecto que me *asombra*.... es lo ménos que puedo decir; i, apesar de mi propósito de no ofender a nadie, no puedo dejar de creer que todo esto, si no es el velo añejo de un propósito que por mucho tiempo ha habido interes en ocultar, es indigno, al ménos, de hombres serios. El H.·. Félix Pyat, revolucionario en masonería como en política, me parece tuvo sobrada razon para encontrar ridículas estas prácticas, i para llamarlas "pueriles" o "seniles." (77)

Yo haré aquí, únicamente, una exposicion pura i sencilla. Me dirijo a los hombres de buena voluntad i de buen juicio: el buen sentido juzgará.

I.

JERARQUÍA, GRADOS I LENGUAJE MASÓNICOS.

Sabemos que hai algunos grandes ritos mosónicos; el rito Ejipcio de Mesrain, el rito Escoces, el del Gran Oriente de Francia i quizás algunos otros.

Cada uno de los tres ritos tiene tres grados fundamentales: *los aprendices, los compañeros* i *los maestros.*

Los que no son francmasones de ningun grado, los llaman *profanos.*

Ademas, cada rito tiene sus *grados elevados* i sus *misterios.* En Béljica i en Francia, el rito Escoces i el del Gran Oriente, tienen cada uno, una escala jerárquica de treinta i tres grados:

El ilustre elejido entre quince;
El Sublime caballero electo;
El Arca real;
El Príncipe del Tabernáculo;
El Maestro de las lojias simbólicas;
El Caballero de la serpiente de hierro;

(76) *El Mundo Masónico*, tomo IX, p. 358.
(77) *El Rappel*, citado mas arriba.

El Vosa-cruz;
El Gran Pontífice;
El Nuchita;
El Caballero Kadosch;
El Gran inspector inquisidor;
El Sublime príncipe del real secreto;
El Soberano gran inspector jeneral.

El rito ejipcio de Mesrain es mas rico aun i no cuenta ménos de noventa grados. Citaré algunos solamente:

El Cáos, primer discreto;
El Cáos, segundo sabio;
El Caballero del Sol;
El Supremo comendador de los astros;
El Soberano de los soberanos;
El Príncipe Talmudin;
El Soberano príncipe Zakdim, etc.

Tales son los grados i los nombres caprichosos, es lo ménos que puede decirse, que se propone a la ambicion suprema de los masones.

Cada grado tiene sus *insignias* i sus respectivas *joyas* que les sirven de distintivos. Existe *el delantal, la plana, el mazo, el cartabon, los cordones cruzados con sol de oro* i otros emblemas, etc.

Pero a la verdad, para hombres que profesan tan públicamente las teorías igualitarias, toda esta jerarquía de *grados, insignias* i *medallas*, todas estas ostentaciones de la vanidad, son una extraña contradiccion. Algunos francmasones lo han notado, i han reclamado por ello; pero las condecoraciones continúan conservando todo su valor i poder, aun para los grandes espíritus.

Las diferentes sociedades masónicas de que se compone cada uno de los tres ritos, se llaman Lojias. Nombremos algunas de estas lojias:

La Rosa del perfecto silencio;
San Antonio del perfecto contento;
La Clemente Amistad cosmopolita;
El Valle de amor;
La Jerusalen de los valles ejepcios;
El Feliz encuentro de la Union deseada;
Los Trinósofos;
Los Tefrópotos o bebedores de ceniza;
Juliano de los tres leones;
Augusto de las tres llamas;
La Absalon de las tres ortigas;
Carolina de las tres estrellas;
Minerva de las trés palmas;
Líbano de los tres cedros, etc., etc.

Los dignatarios de las lojias son mas o ménos numerosos:

El venerable;
El mui respetable;
El hermano sacrificador;
El hermano terrible;
Los hermanos celadores;
El gran experto;
El gran orador;
El tejero;
El maestro de ceremonias, etc., etc.

Tales son los nombres, pomposos o grotescos, que se encuentran sin cesar en los periódicos de los masones i en las relaciones de las *tenidas*, que es como ellos llaman sus sesiones. Porque los masones tienen un lenguaje propio, que no es el de los *profanos*, para nombrar de distinto modo las mismas cosas. Así, el orador de una lojia masónica no pronuncia un discurso, sino *un trozo de arquitectura;*—un francmason no come, *mastica*,—su vaso no es vaso, es *cañon;*—su plato, *una teja;*—su cuchillo, *un sable;*—*cargar*, en término de mesa, es poner vino en el vaso;—una lojia no interrumpe sus sesiones, se *duerme;*—una circular masónica se llama *plancha;* —una cuenta o memoria, *trasado;*—los aplausos son *baterías;*—i los banquetes *trabajos de mesa.*

Las *ceremonias*, los *signos*, las *marchas*, las *contramarchas*, los *honores fúnebres*, los *trabajos de mesa*, las *baterías*, etc., todo está reglamentado por los rituales masónicos, con los detalles mas minuciosos, lo cual exije de los iniciados un grande estudio. Deben, estos hombres graves, estos padres de familia, estos honorables comerciantes, estos abogados, majistrados, miembros de asambleas deliberantes, pasar largas horas aprendiendo los cuadernos de su grado, las prescripciones de sus rituales, el misticismo de sus emblemas, i todo lo que compone, en fin, el culto, la relijion de los francmasones, porque es así como ellos mismos la llaman; estos hombres que pretenden ilustrar el jénero humano i desembarazarlo de lo que ellos llaman *supersticiones*, tienen tambien *sus templos, sus altares, sus sacrificadores* i *sus misterios.*

Penetremos un poco mas en la institucion.

II.

INICIACION MASÓNICA.

¿Cómo se admite a un francmason? ¿Cómo, para expresarme en su lenguaje, se recibe la luz?

He leido, en sus rituales, la descripcion de estas iniciaciones masónicas, i he encontrado allí escenas, terrores, juramentos, mascaradas, verdaderamente extraordinarios.

Desde luego pongo a la vista el juramento que el hermano neófito debe prestar:

"Juro no revelar jamas los secretos, signos, tocamientos, palabras, doctrinas o usos de los francmasones.... En caso de que falte a mi palabra, que me quemen con un fierro hecho ascuas, que me corten la mano, me arranquen la lengua, me degüellen, que mi cadáver sea colgado en la lojia, durante la admision de un nuevo hermano, para que atestigüe la infamia de mi infidelidad i sirva de terror a los demas, que sea quemado en seguida i que se avienten sus cenizas."

No examino todavía lo que hai en el fondo de estos misterios masónicos, colocados bajo la salva-guardia de tan tremenda garantía; pero, pregunto al buen sentido, a la buena fé: ¿cómo es capaz que hombres razonables i sinceros consientan en pronunciar, contra sí mismos, semejantes fórmulas?

Al aprendiz, que solo está en el umbral de los misterios, no se le exije tanto: en su juramento, tal como el H.·. Ragou lo expresa, el aprendiz declara simplemente: que preferirá "que se le corte el pescuezo ántes que revelar los secretos de la Orden." (78) ¡El pescuezo cortado, no es poca cosa!

Los juramentos, sin embargo, no impiden que por medio de revelaciones de los mismos francmasones, los secretos sean ya conocidos del mundo profano. Por precioso e inestimable que sea el favor de recibir "la luz" i de llevar "el delantal," he encontrado, lo confieso, leyendo "las pruebas" que el H.·. Ragou relata i comenta con tanta complacencia, que *el profano* compra todo esto a mui caro precio.

Estas pruebas son largas i complicadas. Desde luego, se presenta la *sala de reflexiones:* "Lugar oscuro, alumbrado por una lámpara sepulcral. Las murallas, pintadas de negro, están adornadas con fúnebres emblemas.... *Debiendo pasar por los cuatro elementos de los antiguos*, el aspirante sufre su primera prueba, la de "la Tierra," en cuyo seno se le hace creer sepultado.... Un esqueleto yace cerca de él, en un ataud abierto. Si faltase esqueleto se colocaria sobre la mesa una calavera." (79)

"Las inscripciones colocadas sobre la muralla son estas:

"Si tu alma ha sentido miedo no avances."

"Si perseveras *serás purificado por los elementos*, saldras del abismo de tinieblas i verás la luz."

El paciente permanece allí cierto tiempo i debe responder por escrito a tres preguntas i hacer despues su testamento. Miéntras que el Venerable lee sus respuestas en la lojia: "El H.·. preparador venda los ojos al aspirante i lo pone en el estado en que debe entrar en la lojia; es decir con la cabeza descubierta, en man-

(78) Estracto del escrito intitulado: *Diedrei St.-Johannis Gurade der grossen* (Berliner) *Mutterloga zuden drei Weltlügeln.* Leipzig, 1825. Citado por M. Neut t, 1, p. 208.

(79) *Ritual del Aprendiz*, por el H.·. Rogou, p. 21 i sigs.

gas de camisa, con el brazo i el pecho izquierdo desnudos, la rodilla derecha descubierta i el pié izquierdo con pantuflas." (80)

Entónces el H.·. experto recibe del Venerable "la importante mision de someter al profano a las pruebas físicas," es decir de obligarlo a hacer *tres viajes* i hacerlo pasar por los elementos que le queda que atravesar;" (81) el aire, el agua i el fuego.

Despues, "el segundo experto tira bruscamente el cerrojo i abre los dos batientes de la puerta, etc." (82)

En seguida, despues de un largo interrogatorio sobre las preocupaciones, la ignorancia, el fanatismo i la supersticion, etc., "el Venerable dice en alta voz: "*¡Hacedle hacer el primer viaje!*"

"Este primer viaje debe ser erizado de dificultades; se le dice *¡Bajad!* como para entrar a un subterráneo. *¡Saltad!* como para franquear un foso. *¡Subid!* como para trepar una eminencia. *¡Bajad!... ¡Otra vez!* Es conducido de modo que no pueda juzgar de la naturaleza del suelo que recorre; sube la *escala sin fin;* pasa sobre la *Báscula* o trampa. Durante este tiempo, el ruido de los asistentes el del *granizo* i el del *trueno* producen su efecto, como el de la botella de Leyde." (83)

Este viaje constituye la purificacion por *el aire;* la purificacion *por el agua* se hace en el segundo viaje, durante el cual "el único ruido que el aspirante oye es causado por algunos *rumores sordos* i por *lijeros choques de sables*.... Despues, el experto le sumerje, por tres veces, el puño izquierdo "en un vaso con agua." (84)

La prueba *por el fuego* tiene lugar en el tercer viaje, que se hace "en silencio i a pasos precipitados. Se sigue al aspirante, envolviéndolo con precaucion, por tres veces, en las llamas, hasta dejarlo en un lugar." (85)

Despues se presenta al profano "*el brevaje de la amargura*" (86) i el Venerable le dice entónces con gravedad:

"Todo profano que se recibe de mason DEJA DE PERTENECERSE. "No tiene ya *domimio sobre sí mismo*...."

Los rituales nos enseñan que existe, en todas las lojias, un sello, con caractéres jeroglíficos, conocido únicamente por los verdaderos masones.

"Este sello, despues de *calentado al fuego*, es aplicado en el cuerpo, imprimiendo en él una marca indeleble." (87)

Si el paciente consiente en recibir, sobre la parte de su cuerpo que él mismo designe, este glorioso sello, (porque el H.·. Ragon advierte que el Venerable puede eximirlo de esta prueba)

(80) Idem.
(81) *Ritual del Aprendiz.*
(82) Idem.
(83) Idem.
(84) Idem.
(85) *Ritual del Aprendiz*, p. 50.
(86) Idem, p. 51.
(87) Idem, p. 52.

"el H.·. Experto frota con un lienzo seco la parte indicada i coloca allí, con presteza, un trozo de hielo u otro cuerpo frio." (88)

El momento ha llegado de exijir al candidato el juramento:

"Los HH.·. se ponen de pié, armados de espadas, con las puntas dirijidas hácia el postulante.

"El Venerable da *tres golpes pausados*. Al tercero, el segundo celador hace caer la venda de los ojos del aspirante. Luego el experto proyecta delante de él una gran llama a distancia inofensiva..."

"Despues de un instante de silencio, el Venerable dice:

"Las espadas dirijidas hácia vos.... os anuncian que entre nosotros encontrareis siempre *vengadores* de la masonería.... i que estaremos *siempre prontos para castigar el perjurio*. (89)

"Se le conduce entónces al altar. Allí se le pone en la mano izquierda el compaz abierto, vuelta una de sus puntas hácia el pecho izquierdo; la mano derecha reposando sobre la espada de la órden; una rodilla colocada sobre una de las gradas i la pierna derecha sobre el cartabon." (90)

Prestado el juramento, el Venerable entrega al profano, trasformado en mason, *el delantal*, *los guantes* "que obsequiareis, le dice, a la mujer que mas estimeis." (91) En seguida le explica las *palabras*, *signos* i *tactos*, i le da a conocer el sentido de todo esto.

"*La palabra de partida* es T.... uno de los hijos de Lameth.... Luego conocereis su verdadero significado:

"*La palabra de órden*.... os enseñará que todo *lo hacemos por cartabon*....

Al órden, en la lojia, es estar de pié i llevar la mano derecha abierta sobre la garganta, cuatro dedos unidos i el pulgar separado, en forma de cartabon.

"La *seña*, llamada *gutural*, es ponerse *al órden*, retirar la mano horizontal i dejarla caer perpendicularmente.

"El *tocamiento* se hace tomándose los cuatro dedos de la mano derecha; se coloca el pulgar sobre la falanje del índice i con un movimiento invisible se dan los tres golpes al aprendiz.

"*Batería*. Tres golpes, o o, o.

Para la MARCHA: ponerse al órden, el cuerpo lijeramente inclinado, sacar el pié derecho, avanzar el izquierdo atravesado, talon con talon, a cartabon. Repetir *este paso* por tres veces i hacer la *señal* en forma de saludo."

Esta es la manera como los francmasones reciben *la luz*.

"La cordialidad, dice M. About, disculpa, en cierto modo, lo que el rito tiene de infantil." En cuanto a mí, cuando pienso que son casi siempre hombres serios los que practican estas cosas i noto el ardor que se descubre en la mayor parte de los discur-

(88) Idem, p. 52.
(89) *Ritual del Aprendiz*, 52.
(90) Idem, 54.
(91) Idem, 57.

sos masónicos; cuando contemplo que por tales ritos, vacíos de la idea de Dios i de todo sentido, tan gran número de hombres se alejan de la verdadera relijion, del Dios que los ha creado, de Jesucristo que los ha rescatado, no puedo prescindir, lo confieso, de entregarme a la mas profunda compasion.

Preguntaré a la masonería ¿qué cosa sois? ¿Sois una sociedad con pretensiones filosóficas? Para qué, pues, entónces tanta fantasmagoría. ¿Sois una relijion, un culto? Pero habeis dicho en vuestras lojias: "Desembaracemos la imponente majestad de Dios de todas las frivolidades del culto externo, con las cuales se aprisiona a los ignorantes i a los tímidos." (92) ¿Sois acaso una sociedad secreta, que oculta intencionalmente su secreto bajo el velo de pueriles mojigangas? ¿Se puede esto dudar? He observado de cerca los pretendidos símbolos i las místicas explicaciones que vuestros escritores hacen de ellos: ¿qué ciencia, qué nueva luz suministran? Nada, absolutamente nada; todo es hueco, vacío e informe. Si puede deducirse alguna cosa, algun pensamiento filantrópico, lo digo con franqueza, nada de lo que contiene esta enseñanza, tan extrañamente propagada por la masonería, deja de ser conocido, vulgar i aun trivial para nosotros, gracias al aprendizaje del Catecismo.

¡Qué puerilidad tan enorme es, pues, la iniciacion en la luz! ¡Qué pueriles todas estas rídiculas ceremonias! Félix Pyat tenia razon al llamarlas chocheces de la vejez. Pero en el fondo tienen su significado, pues con ellas la masonería manifiesta que quiere prescindir de la relijion, de la fé i del catecismo cristianos, propagando, con tanta gravedad, esos ritos caprichosos... que remedan a lo vivo la decadencia pagana i las iniciaciones simbólicas que tenian lugar en la caverna de Mithra, debajo el Capitolio. (93)

Hai quizas otro motivo mas, como lo decia un revolucionario italiano, célebre en las sociedades secretas: "enseñando todo esto al francmason, se apodera de la intelijencia, de la voluntad i de la libertad de ese hombre. Se le adiestra, pulimenta i estudia.... cuando ha madurado para nosotros, se le destina a la sociedad secreta, cuya *antecámara* es solamente la masonería." (94)

Pero no nos anticipemos a tratar ese grave asunto; demos otros detalles curiosos.

(92) Discurso del Gran Maestre de la Masonería belga en la instalacion de una lojia. M. Neut. tomo 1, p. 143.

(93) Asi no me he admirado cuando he visto en *El Mundo Masónico* "notar la curiosa analojia de ciertos símbolos mithriacos con la masonería" Abril 1874, p. 592.

(94) Carta del *Tigresito* a la *Venta piamontesa*, citado por el autor de "la Iglesia romana en relacion con la revolucion," T. II, p. 120.

III.

LOS TRABAJOS DE MESA, O BANQUETES.

Las iniciaciones tienen algo de terrible en apariencia; pero, para tranquilizar a nuestros lectores, presentaremos detalles ménos sombríos: quiero hablar de los *trabajos de mesa*, que es como se nombran los banquetes masónicos. Sobre este punto copiaré tambien los rituales.

Veamos cómo, segun el H.·. Ragon i segun otro escritor francmason, mui acreditado tambien en la órden, el H.·. Clavel, se celebran estos banquetes:

"La sala en que se hace la MASTICACION debe estar, como la lojia, al abrigo de las miradas profanas. Se la decora habitualmente con guirnaldas de flores." "El V.·. dice: H.·. Cel.·. prevenid a vuestros HH.·. que los trabajos se suspenden i que vamos a entregarnos a la masticacion. (95)

"H.·. 1.er i 2.° Cel.·. invitad a los HH.·. que están bajo vuestras órdenes para que se dispongan a *cargar* i *alinearse* para el primer bríndis de obligacion. (96)

"Durante la comida, se sacan a la suerte *siete bríndis de obligacion*. Cuando se sortean los bríndis, la *masticacion* cesa;"—es decir que cesan de comer para beber; i veamos como se hace esto. "Los hermanos se levantan, se ponen *a la órden*, i arrojan sus BANDERAS (servilletas) sobre el hombro izquierdo. A invitacion del Venerable, los hermanos *cargan sus cañones* (sus vasos) i cuando está todo preparado, el Venerable dice: Hermanos mios, vamos a brindar.... Haremos fuego, buen fuego, el fuego mas vivo i centellante.

"¡Hermanos! ¡la mano derecha a la espada! (cuchillo).

"¡Arriba la espada!

"¡Saludo de la espada!

"¡Espada en la mano izquierda!"

Todos los cuchillos se levantan i saludan.

Despues de este brillante movimiento, se toman *las armas*, es decir los vasos:

"¡Armas arriba!

"¡Preparen!—Aquí los hermanos se acercan los vasos a la boca.

"¡Fuego!—Se bebe una parte de lo que el vaso contiene.

"¡Buen fuego!—Se bebe otra parte.

"¡Vivísimo!—Se vácia el vaso."

Para anunciar el primer bríndis, "el Venerable manda así el ejercicio:

(95) "Historia pintoresca de la Francmasonería," por el H.·. Clavel, Intr., p. 30.
(96) *Ritual del Aprendiz*, páj. 76 i 77.

"¡Atencion! ¡la derecha a las armas!

"¡Alto armas! ¡Preparen!

"¡1.er fuego! ¡A la salud de S. M. el Emperador!

"¡2.° fuego! ¡A la salud del príncipe imperial, de la Emperatriz i de la familia imperial!

"¡3.er fuego! ¡A la gloria de la Francia!" (97)

I el ejercicio prosigue así:

"¡H.·., descansen armas!—Se acerca el vaso al hombro derecho.

"¡Levanten armas! ¡presenten!

"¡Uno!—A esta voz, se acerca el vaso al hombro izquierdo.

"¡Dos!—Se lleva al derecho.

"¡Tres!—Se coloca hácia adelante.

"¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!—A cada uno de estos tiempos, se baja gradualmente el *cañon* hácia la mesa. Al tercero lo dejan caer con estrépito i a un tiempo, de manera que se oiga un solo golpe." (98)

Otro tanto se hace con la espada, es decir con el cuchillo.

Por mucha que sea la buena voluntad que se tenga para mantener la gravedad, es difícil dejarse de sonreir. I cuando, leyendo estas cosas, se presentan a la memoria ciertos nombres propios i cuando, con el pensamiento, vemos a ciertos hombres a quienes creiamos sérios mezclados en ellas, se experimenta una triste i dolorosa impresion.

I cómo no recordar tambien esos banquetes de gozosos mortales, como los que el último siglo vió a millares en los templos masónicos, esa filantropía *inter pocula*, i, como decia en 1852 El Constitucional, "esos *buenos camaradas* de las lojias masónicas, que celebran el amor i el vino en las cenas brillantes de sus bóvedas. Desde estónces, agrega El Constitucional, las cosas han cambiado mucho; los compañeros filosóficos i anacreónticos, *adormecidos* por el vino vertido por el ateismo, han despertado salpicados en la sangre derramada por las revoluciones..." (99)

¿I cómo contener la risa cuando se oye estos grandes reformadores desarrollar la teoría masónica del placer, presentando a la masonería como una especie de isla de Calipso, en que reina una primavera eterna, i a la cual jamas visitan las tempestades?

"La ciencia tiene sus *paréntesis;* el hombre es por naturaleza *amigo de los placeres;* los que os ofrecerá la masonería satisfarán *vuestro corazon* i *vuestros sentidos;* allí se encuentra un asilo *en que reina una eterna primavera, en que jerminan las flores sin cesar, en que jamas ruje la tempestad.*" (100)

(97) *Ritual del Aprendiz*, p. 77.
(98) Idem., p. 82.
(99) M. Neut, t. I, p. 285.
(100) Discurso pronunciado por el H:. Frantz Faider, con ocasion de su instalacion como Venerable de la lojia *Fidelidad*, en Gante, 2 de julio de 1846. M. Neut, t. 1, p. 286.

Pero ya hemos hablado demasiado sobre esto: lo ménos que puede decirse, seguramente, es que no debemos atribuir la masonería en este respecto a el poder de realizar el progreso real i el desenvolvimiento de la virtud en la humanidad.

"Todo esto, decia el revolucionario italiano que acabamos de citar, es demasiado pastoril i gastronómico; pero tiene UN FIN que es menester alentar sin descanso.... Contamos con las lojias masónicas para doblar nuestras filas."

Luego tendremos ocasion de ocuparnos en este FIN.

IV.

RITOS I MISTERIOS MASÓNICOS.

Hemos oido a los francmasones decir: "Desembaracemos la imponente majestad de Dios *de todas las frivolidades del culto externo, de los errores con que se aprisiona a los ignorantes i tímidos.* No hai, en realidad, *ninguna relijion que pueda abrazar el sér intelijente.*" (101)

Esto dicen ellos i a renglon seguido se contradicen, porque agregan:

"Sin embargo, el hombre es esencialmente relijioso. Experimenta la necesidad de un culto digno de él i del Sér Supremo a quien lo consagra."

"Pues bien, M.·. H.·. ¡QUE LA MASONERÍA SEA PARA NOSOTROS ESA RELIJION!.... Seamos apóstoles fervorosos: iniciemos en sus MISTERIOS." (102)

¡Sus misterios! Hablemos algo sobre ellos.

En el *trasado* oficial de la fiesta masónica, celebrada en honor de Leopoldo I, entre otras ceremonias, se vió al Gran Maestre dirijirse al *altar*, donde ardia el *fuego* SAGRADO (el fuego *es* el *único purificador*, como ellos dicen) i ofrecer allí *libaciones* en obsequio de la *venerada* sombra.

"¡Sombra venerada de nuestro augusto hermano, oye mi voz! En nombre de todos los masones reunidos en este templo, te ofrezco *agua*, te ofrezco *vino* i *leche*." (103)

Agua, *vino* i *leche*, fueron los homenajes i tributos, tan vanos como solemnes, que la sombra del rei de los belgas recibió de sus correlijionarios en masonería.

Este gusto por los ritos i ceremonias, lo llevan tan léjos, que yo, con gran sorpresa, he encontrado en sus libros hasta la parodia de nuestros sacramentos, ¡un *Bautismo*, una *Confirmacion*, una *Cena!*

(101) Instalacion de la liga *Esperanza*, en Bruselas, 26 de noviembre de 1848.
(102) M. Neut, t. I, p. 142.
(103) Idem., p. 165

Sí, hai un bautismo *masónico*, porque ellos quieren atrapar, ó, como dicen, adoptar niños. Proceden así, solo cito uno de sus ritos: "....El padrino tiene, con la mano derecha, el hilo a plomo, de manera que la extremidad inferior del plomo quede en frente del corazon del Lobato (el niño); el primer Celador toca con la mano derecha el lado del corazon del Lobato, i dice: "que la línea vertical del plomo te enseñe a marchar rectamente." (104)

Reproduzco aquí la relacion de un bautismo, tal como lo ha publicado El Mundo Masónico:

"La lojia *Perfecta Union*, del Oriente de Rennes, celebrabraba el lúnes 13 de setiembre, lo que los antiguos llamaban *bautismo masónico*.... El H.·. Guillet, Venerable, presidia esta ceremonia con la experiencia que le dan treinta i cinco años de masonería.... *Las puertas del templo se abrieron*.... El Venerable hizo acercar el niño *al altar*. Sobre una mesa, colocada en medio del templo, se veian, en brillantes aparatos de plata i cristal, el pan, las frutas, el agua, el vino, la miel i la leche que debian servir para *las ceremonias de iniciacion*.... El Venerable, participando a *los padrinos* de esta comida, que recuerda los *agapes* de los primeros cristianos, les dirije algunas palabras cariñosas, empapadas en una moral suave, i concluye *besando al niño*, etc., etc." (105)

El 16 de julio de 1870, la lojia *Los Amigos Reunidos*, de Burdeos, *adoptó* diez niños, dos mujeres i ocho hombres; i el H.·. Delboy les decia: "¡Que vuestros espíritus se abran a la luz masónica! ¡Que los rayos de la verdad iluminen vuestras intelijencias, como los del sol en los cielos, al despuntar el alba." Pero ¿cuál es esta *luz masónica?* El predicador mason lo explicaba: es, decia, *la libertad de pensar*, que es necesario colocar, agregaba, *sobre todas las cosas*. (106)

Veamos ahora una confirmacion.

Despues de las pruebas preliminares, se oye el ruido del trueno, precedido de relámpagos i parece tambien sentirse que las murallas se desploman con extrépito. "El ruido i el extrépito que habeis oido, dice el Venerable, acompañan, de ordinario, los primeros pasos de los que principian la carrera masónica...."

"Entónces se deja oir a lo léjos el choque de armas blancas i detonaciones de armas de fuego....

"El preparador hace marchar, en seguida, al iniciado a reculones, para que aprenda por esto que nada se consigue sin trabajo."

Se le hace beber tambien el cáliz de la amargura, símbolo del trabajo que cuesta confesar los defectos; porque se principia por exijirle esta confesion. (107)

(104) *Historia de la Francmasonería*, por Dubleil, t. 2, p. 139.
(105) *El Mundo Masónico*, julio de 1872, p. 202.
(106) Idem., t. 1, p. 403.
(107) *Historia de la Francmasonería*, por Dubreil, t. II, p. 139 i sigts.

Daremos ahora algunos detalles sobre la *Cena* masónica:

"En el fondo de la lojia, hácia el oriente, hai un triángulo, en forma de auréola, con el nombre de Jehová, en caractéres hebraicos; en el costado del mediodía, en un trasparente, un sol que sale de un sepulcro. Cerca de este trasparente, se coloca una mesa, sobre la cual hai *un cordero* de dulce, un cuchillo, una copa i un vaso de vino.... Un candelero de tres ganchos está sobre *el altar*.....

"El Venerable *inciensa*, repetidas veces, el candelero de tres ganchos.... Entónces el *maestro de ceremonias* corta el *cordero* en rebanadas.... El Venerable toma el plato en que se encuentra el *cordero* partido i lo presenta al hermano que está a su derecha, diciéndole: "¡Tomad i comed!...." En seguida toma la copa, bebe, i la presenta al hermano de la derecha, diciéndole: "¡Tomad i bebed!" I le da el beso de paz." (108)

Como vemos, ellos son sacerdotes i pontífices: bautizan, confirman i comulgan.

¡Oh inconsecuencia de la pobre humanidad! o mejor ¡oh eterna necesidad del corazon humano, formado relijioso por Dios i que no puede prescindir de la relijion! Si desprecia i rechaza la que Dios mismo le ha dado, se verá obligado a forjarse una a su capricho, ridícula si se quiere, pero que amará como obra de sus manos. Vemos, pues, a muchos hombres, que se creerian humillados, casi decaidos de su dignidad de hombres, si se les sorprendiera practicando los deberes del cristianismo, que, entre ellos, en el secreto de sus misterios, observan, con gravedad, un culto i ritos tales, como es difícil suponer otros mas ridículos i caprichosos.

Un recuerdo se nos viene a la memoria.

Robespierre, quiso tambien, un dia, servir de pontífice. Apareció solemnemente vestido, teniendo en la mano un ramo de flores, que ofreció al Sér Supremo, fundador de la república. "I ¿por qué nó? dice a propósito de esto el P. Lacordaire. ¿Por qué un majistrado, vestido en solemne traje, no podria ofrecer a Dios una de las cosas mas puras i mas bellas de la creacion, un ramo de flores?" Sin embargo, cayó en el mas completo ridículo.

Esto acontece, porque la relijion es un dominio reservado i el sacrilejio no liberta del ridículo a la parodia impía. Nó; no basta un cordon azul i un sol de oro sobre el pecho para comunicar la vida a vanos simulacros i para consagrar pontífices sin carácter i sin mision. Si el culto, si los sacramentos cristianos son augustos i venerables, notadlo bien, es porque contienen la virtud que Dios ha depositado en ellos, la gracia que El solo podia comunicarles. Pero vosotros ¿qué virtud podeis comunicar a vuestros ritos caprichosos i a vuestros vanos símbolos? Esta es la razon, lo repito, porque vuestras prácticas son ridículas,

(108) Idem.

cuando no son impías. Se subleva la fé i el sentido comun os compadece cuando contempla vuestra ceguedad.

¡Pobres hombres! ¡Rechazais la realidad i aceptais las sombras! ¡I estas sombras os bastan porque las habeis fabricado vosotros mismos! ¡Paganos de nueva especie, adorais las obras de vuestras manos; pero vuestros templos, como vuestras almas, están vacíos: en vano buscareis en ellos a la Divinidad!

V.

EL CABALLERO KADOSCH.

Desearia abandonar ya esta triste materia; pero, ántes de hacerlo, diré algo sobre los grados elevados de la masonería, que solo se confieren a hombres probados, cuya educacion masónica está concluida. Sin pretender penetrar mucho en el fondo de estos misterios, ni buscar su última expresion; sea que ellos no oculten nada o sea que oculten algo, pregunto ¿hai algo mas sospechoso, mas absurdo que toda esta fantasmagoría?

M. Luis Blanc decia la verdad cuando escribia: "Como los tres grados de la masonería ordinaria (aprendiz, compañero i maestro) comprendian un gran número de hombres opuestos por estado i principios, a todo proyecto de subversion social, los novadores multiplicaron los grados de la escala mística por recorrer; crearon lojias especiales, reservadas a las almas ardientes; instituyeron los altos grados de *Electo*, de *Caballero del Sol*, de la *Estricta observancia*, de *Kadosch* hombre rejenerado; santuario tenebroso, cuyas puertas solo se abren al adepto, despues de una larga serie de pruebas, calculadas para garantir los progresos de su educacion revolucionaria, para probar la constancia de su fé i el temple de su alma. Allí, en medio de prácticas ya pueriles, ya siniestras.... etc." (109)

Examinemos, un instante, de cerca, estos altos grados de la masonería, i, entre otros, el grado de *Caballero Kadosch*, que es el que profesa las doctrinas que el H.·. Ragon, dice, que: "forman el complemento esencial de la *verdadera masonería*."

"Este grado, añade, lleva con razon el título de *nec plus ultra*: los tres grados superiores solo son administrativos."

Pues bien ¿cómo se hace la iniciacion de este supremo grado?

El elejido atraviesa cuatro salas i la iniciacion se efectúa en la última:

"La primera sala se enluta completamente i se alumbra con una sola lámpara triangular, suspendida en el techo. Comunica la sala con un cuarto oscuro, especie de *gabinete de reflexion*,

(109) *Historia de diez años.*

donde se encuentran confundidos los *símbolos de la destruccion i de la muerte.*

"Segunda sala. Tapizada de blanco. Dos altares ocupan el centro; sobre uno está colocada una urna con espíritu de vino que alumbra la sala; en el otro un zahumador con fuego i el incienso al lado.....

"Sala tercera. La tapicería es azul, el cielo estrellado; solo está alumbrada por tres velas amarillas.

"Cuarta sala. Aquí se celebra el consejo soberano de los elejidos grandes caballeros Kadosch. Está tapizada de rojo, alumbrada por doce velas de cera.

"Llegado el candidato a *este divino santuario*, se le da a conocer *los compromisos que contrae;* despues se le hace subir i bajar *una escala misteriosa* que por su forma representa el Delta."

"El emblema de este grado es: "una cruz" con una serpiente de tres cabezas."

"*La serpiente* denota el *mal principio. Las tres cabezas* de la serpiente son emblemas de los abusos que se han introducido *en las mas elevadas clases de la sociedad.* Una cabeza de la serpiente lleva *una corona* i representa a los *soberanos;* la otra una *tiara* o *llave* i se refiere a los *Papas;* la tercera *una espada*, i representa al *ejército.*

"El Gran Iniciado debe velar por la reprension de estos abusos.....

"Como prenda de sus *compromisos*, el postulante *desbarata con la espada las tres cabezas de la serpiente:*" (110) es decir la corona, la tiara i la espada.

Lo ridículo, como se ve, se mezcla con lo horroroso i llega el caso de repetir con el poeta:

¡Hœ nugœ seria ducunt!

(Continuará.)

LA AGONIA DEL HUERTO.

Era la noche: el viento suavemente
Los añosos olivos remeciendo,
Turbaba apénas con su blando ruido
Del triste Huerto el sepulcral silencio.

(110) Explicacion del Gran Oriente electo, *Caballero Kadosch*, por el H.·. Ragon. obra encomiada por el Gran Oriente.

Con desmayada luz, con feble rayo
Destellaba la luna sus reflejos
I penetrando en las tupidas ramas
De mil manchas de luz sembraba el suelo;
Las aguas del Cedron sordo murmurio
A lo léjos alzaban, i sus ecos
En el bosque i el valle resonaban
Con lastimero i lúgubre concierto;
En las espesas ramas escondidos
Del negro olivo i del coposo cedro
Los pájaros nocturnos sus arrullos
Daban al aire con rumor siniestro.

La ciudad de David dormia en tanto
Sin que nada turbara su sosiego:
¡Ultima noche de dormir tranquilo
Que huye del criminal el dulce sueño!....
Sus baluartes, alcázares i torres,
Sus verdosas colinas i su templo
Semejaban espectros que en las sombras
Desplegaban sus miembros jigantescos.

En medio de aquel sitio agreste i solo
Una sombra divísase a lo léjos
Que arrimada a una roca triste e inmóvil,
Cual de los bosques misterioso jenio,
I apoyada la frente en dura peña,
Exhalaba tristísimo lamento.
Un rayo de la luna abriendo paso
Entre las frondas del coposo cedro
Va lánguido a posar sobre su frente
I a iluminar su rostro macilento.
Del dolor i la angustia mas acerba
Las señales dibújanse en su ceño,
I en piélago insondable de tristeza
Tiene sumido el dolorido pecho;
Apénas late el corazon; i apénas
Deja escapar un ¡ai! el sufrimiento,
Que ahogado dentro el alma, ni siquiera
Encuentra en suspirar algun consuelo,
Ni destilan sus ojos dulce llanto,
Mísero alivio en el dolor acerbo.
Así el volcan que comprimido lucha
Contra la mole que lo tiene opreso,
Se ajita en las entrañas de los montes
I mas i mas voraz arde su fuego.

Ya sus débiles manos con trabajo
Tienen de su cabeza el grave peso,

I húmedo de sudor i desgreñado
Sobre la faz le cae su cabello....
Lívida palidez su frente inunda
I congoja mortal le oprime el pecho,
Miéntras raudales de caliente sangre
En fuerza del pesar brota su cuerpo.
Solo un instante mas, i el tibio rayo
Del astro de la noche a un hombre yerto
Alumbrará tan solo, que insepulto
¡Ai! ni una losa cubrirá sus restos.

Mas, súbito una luz clara, apacible
Despide en torno fúljidos destellos
Que rasga las tinieblas pavorosas
I apaga de la luna los reflejos.
Misteriosa vision flota en los aires
I con sus alas de oro azota el viento;
Rayos del sol componen su diadema;
Ciñe faja de púrpura su seno
I a la nieve ha robado su blancura
I sus perfumes al verjel ameno;
Con raudo vuelo i majestad divina
Posa sobre el peñasco el pié lijero;
Trae en su mano misterioso cáliz,
I con señales de filial respeto
Pásalo al moribundo que a su labio
Lo acerca al punto; i ántes de beberlo,
"¡Oh! Padre mio, exclama tristemente,
Pase de mí este cáliz, te lo ruego...,
Mas, no mi voluntad sino la tuya
Se cumplirá, Señor!!".... i de heces lleno
Lo apuró con valor.... i suavemente
Un suspiro se escapa de su pecho
Que da salida a la emocion que oprime
Su lacerado corazon; sereno
Osténtase su rostro, ántes velado
Por una nube de mortal tormento.

I cual descarga la copiosa lluvia
Las nubes tempestuosas que en su seno
Guardan el rayo destructor, el llanto
Que de sus ojos brota, el grave peso
Descarga del dolor.... ¡Lágrimas dulces!
Como la sed del agostado suelo
Templa el copioso, matinal rocío,
Dais vosotras la calma al triste pecho!....

La tormenta pasó: i cual disipa
La nubecilla de vapor lijero

El soplo de la brisa, desparece
El mensajero alado de los cielos.
Jesus entónces vigoroso i fuerte
Prepárase a luchar con el infierno,
I desafiando su furor demente
Marcha de sus verdugos al encuentro.

Santiago, Agosto de 1875.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

UN PUENTE I UNA PLAZA.

I.

Así como así, yo no he de escribir nada acerca de mi viaje a Lima, viaje tan triste cuanto inútil; zurciré ahora cuatro palabras, para dar razon a los amigos de Bogotá de dos cosas que me han llamado mucho la atencion, la una por lo espantosa i atrevida, i la otra comun pero deliciosa.

II.

Una fuentecilla que se seca en el verano, i lleva el ingrato i desapacible nombre de Verrugas, desagua en el Rimac en la línea del ferrocarril de la Oroya, que cuesta ya al tesoro público la friolera de treinta i seis millones de fuertes.

Ese ferrocarril va de Lima a la Oroya, que confina con el Chanchamayo, territorio inmenso que se extiende hasta el Amazonas, fértil en extremo, ciertamente, pero ahora despoblado i que no presenta sino una selva vírjen, de la cual no podrán sacar sino maderas, i quina talvez, hasta que la tierra sea cultivada i territorio tan extenso venga a ser la despensa de Lima; pero eso será despues de muchos años.

En Lima, segun dicen todos, (que a mí no me consta) las administraciones anteriores no han tratado sino de celebrar contratos ruinosos, por muchos millones, para sacar tajada i para que

sus paniagudos se pusieran las botas, como suele decirse; i han empeñado los productos del guano i de las salitreras; de modo que hoi para medio cubrir aquel desfalco i despilfarro enormes, el tesoro se halla en bancarrota, o mui cerca de ella; crísis monetaria que ha afectado al comercio, a los agricultores, a los empleados, a todos, en tanto que algunos que estaban *peristam*, son millonarios a la fecha.

Uno de los gastos inútiles a que se refieren es el del ferrocarril a la Oroya: otro el del Palacio de la Exposicion, en donde entre otras cosas notables hai cuatro leones africanos, dos de los cuales son los mas grandes que se conocen. Dicen que el palacio ha costado cuatro millones de soles.

El tren parte de Lima todos los dias a las nueve de la mañana, i pasando por debajo del puente del Rimac i del de Balta, toma el camino de la Sierra i va subiendo, subiendo, a quince mil seiscientos piés de elevacion sobre el nivel del mar.

Abajo se siente un calor, insoportable a veces, i en la cumbre, coronada de nieve, un frio intenso. Abajo se enjuga usted el sudor con su pañuelo; arriba la barba, el sombrero, el vestido está blanco, cubierto de nieve. Allá reina lo que llaman el *Zoroche*, que es la muerte causada por el frio. El diccionario de la lengua se enriquecerá con el verbo *Azorochar*, tan usado por acá. Durante el trabajo en la línea, que aun no ha terminado, se encuentran por miles los trabajadores que murieron, principalmente chilenos.

Hai treinta i cinco túneles, de mayor o menor extension, i en el último, que tiene cerca de una legua de largo, que es el de Galeza, los peones reciben el aire respirable por medio de grandes máquinas que introducen el viento

Sobre Verrugas han echado los yankees el puente mas atrevido que puede verse. De un lado queda un cerro, en frente otro, i de cumbre a cumbre pasan los rieles, sobre los cuales pasa silbando la locomotora, arrastrando los trenes. Esos rieles se apoyan en pirámides de hierro, en forma de jaulas, mas anchas en su base.

Sale usted de las tinieblas de un antro pavoroso, i corre 572 piés por los rieles que están a 265 piés sobre el nivel de la quebrada, como si pasara de Canoas a Cincha por encima del Tequendama; volando por allí la locomotora a esconderse a la oscuridad de otro túnel. El total del hierro batido i fundido, tanto en el puente como en las tres columnas sistema krenice, que le sirven de apoyo, es de 1.339,051 libras.

Los túneles son mui estrechos, i me explicaré. Sus paredes distan de los trenes una cuarta o algo mas.

Una chino sacó la cabeza inadvertidamente para observar, o con ánimo de suicidarse, a lo quo son harto aficcionado, i al punto rodó en el wagon el tronco sin cabeza.

I tan enorme gasto, ¿para qué? *Cui bono?*

Para traer a la capital canastas de huevos, i algunas cargas de

patatas, (*solanum tuberosum*). Los huevos de gallina se venden tres por dos reales, cuando están baratos; i la carga de patatas de 10 a 16 fuertes.

III.

Retreta parece palabra francesa. En castellano decimos *Retirada*. Sin embargo, aquella voz está ya admitida por el uso. Cuando la tropa de una guarnicion se retira a sus cuarteles a dormir, tocan las bandas militares algunas piezas de música, i eso llaman *La Retreta*. En Lima la tocan miércoles i sábados a los ocho de la noche, en la Plaza de Armas. Aquella plaza es el punto mas concurrido i de mayor lujo que hai en la capital del Perú. La plaza está limitada, al oriente, por la Catedral, cuya fachada i torres están pintadas con listas azules, (cosa mui charra), i por el Palacio del Arzobispo; al poniente, por el Portal de Escribanos, por la Municipalidad i el gran Hotel Morin, donde está alojado su servidor de ustedes; al norte por el Palacio de Gobierno i secretarías de Estado; al sur, por el Portal de Botoneros. Estos portales tienen cuarenta arcos de ladrillos cada uno, i su piso es de losas de mármol. Varios almacenes riquísimos tienen cristales de una sola pieza, de nueve metros cuadrados, i de media pulgada de gruesos, unos son lisos i otros arqueados.

La plaza está nivelada, empedrada i embaldosada en varias direcciones. Tiene veinticuatro bancos de mármol para sentarse, bien distribuidos: en el centro una verja de hierro elegante que encierra un precioso jardin, con su pila de bronce, i a uno i otro lado sobresalen cuatro estátuas de mármol blanco, que lo adornan.

El alumbrado de gas es regular; i como todos los almacenes reverberan con sus veinte o mas bombas, es tal i tan viva la claridad, que la plaza parece iluminada *a giorno*, como dicen los italianos.

En las esquinas de la plaza hai unas casillas octógonas de madera, de dos metros de ancho i cuatro de alto, que llaman kioskos, i sirven a los maragatos para expender sus chucherías. Por allí cerca están los muchachos gritando la lotería: "¡ocho mil soles! ¡plata para mañana!"

Arboles, flores, fuentes, estátuas, un vientecillo fresco i delicioso, mujeres hermosas, que son otra especie de flores, la música, el gas i un gran concurso, es cuanto se ve en la plaza de Lima, durante la retreta. Las señoras pasean con los caballeros, ostentando sus ricos aderezos de brillantes i barriendo el polvo con sus largos trajes de raso o terciopelo, o están sentadas oyendo la música, tomando helados o sorbetes, que venden con profusion, acompañado de lo mas exquisito de las confiterías, en tanto que

los coches discurren para acá i para allá, que interrumpen a veces con el ruido de sus cuatro ruedas, las notas de Weber o de Beetowen. La luna, como una vírjen pudorosa, se cubre con la gasa de una lijera nube, en la cumbre del San Cristóbal, i el Rimac, bajando crecido de la Sierra, ruje furioso como los leones africanos, cautivos en la jaula de la Exposicion.

IV.

Prometí en el segundo número de El Universo dar razon de Rosalpina i de Enrique, que estaban en cama, malísimos, de resulta de los baños frios del Carnaval. Esos baños no alcanzaron a matarlos: los salvaron su juventud i su robustez. Ayer regresaron de Verrugas, a donde habian ido de paseo, con la mamá de Rosalpina i varios amigos. La niña queria ver con sus propios ojos aquella estupenda marabilla de la industria norte-americana, i fué preciso complacerla.

Anoche estaban en la plaza i yo me acerqué a oir lo que conversaban. Estaban sentadas a la sombra de un árbol hermoso, i despues que nos hubimos saludado, dijo la muchacha:

—¡Ah! caramba! Aquello sí que es espantoso, i fijaba sus negros ojos en los de Enrique.

—¡Oh! Sí! Espantoso! contestó Enrique; i si viviera cien años, jamas podria borrarse de mi memoria lo que ví, lo que sentí anteayer en el puente de Verrrugas. Aquella escena no tiene rival en el mundo. Es como si uno pasara por el puente del cabello de que habla Mahoma en su Alcoran.

—No entiendo eso. Explícamelo, añadió la limeña.

—Pues mira: dice Mahoma que cuando mueren los musulmanes, pasan sus almas por un puente formado de un cabello que atraviesa un abismo sin fondo.... ¡el infierno! Si el cabello resiste i no se revienta, el viajero llega a un lugar de descanso, de delicias, donde se casa con siete mujeres hermosísimas, que llaman *huríes*. Si se revienta el cabello, el hombre cae al abismo a sufrir tormentos eternos.

—¡Qué cosa tan horrible! Yo tampoco podré olvidar, cuando salimos de aquella oscuridad, de aquellas tinieblas, i brilló el sol, en un abrir i cerrar de ojos pasamos los rieles i entramos de nuevo a otro socabon oscurísimo.

—¿I qué eso llaman viajar?

—¡Nó! Eso es cuando mas, trasladarse de un punto a otro. Así es que los viajeros por ferrocarril no ven a las derechas: ven casas, árboles, ganados, trabajadores que corren como a esconderse de la locomotora: cuando los antiguos veian las escenas detenidamente i desde varios puntos las estudiaban, i así les era fácil describirlas. ¡Ahora nó! ¡Todo marcha al vapor! La locomo-

tora se para, si se quiere, en medio del puente. Si se arroja una piedra, gasta trece segundos en llegar al hilo de agua que forma la quebrada. Desde allí la cabeza se pierde, i el hombre se admira del hombre. ¡Feliz el que no se olvida del que hizo al hombre, ostentando en él una parte de su poder!

El jóven dió el brazo a la madre i a la hija, i como ya terminaba la retreta, fueron al coche que los esperaba i siguieron, conversando mui alegres, por la calle de *Las siete jeringas*, en donde esas señoras tienen su habitacion.

Lima, febrero 24 de 1875.

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

LA CAMPANA DE LA ALDEA.

(POESÍA NOSTÁLJICA ESCRITA EN UN HOSPITAL DE PARIS, EN 1868.)

¡Væ soli!

¿Qué campana, de mi sueño,
Para sufrir me despierta,
De este hospital en la torre,
Triste, vaga, tremulenta?
¡Oh dolor! ¡Oh patria ausente!
¡Oh casita en la arboleda,
Donde al par del primer beso
Sentí la luce primera!
¡Ah! ¡No es el mismo toque
Que, al alba pura i fresca,
Al labrador tañía,
La campana de la aldea!

¡Oh! ¡Cuando el sol brilla triste
Sobre esta ciudad inmensa,
Oigo el sonido pausado
De esta campana!.... ¡Es que llegan
Los cirujanos, que al punto

Cumplen su mision acerba....
I escucho gritos, lamentos,
I hasta indecibles blasfemias!....
¡I entónces, aterrado,
Mi corazon recuerda,
Cuando a misa llamaba,
La campana de la aldea!

¡Ah! ¡Cuando tiende la noche
Su ancho sudario de nieblas;
Oigo esta misma campana
Que a muerto llama siniestra!
¡Es tambien un extranjero
Que va a una tumba desierta,
Donde quedará ignorado,
Sin quien lo llore siquiera!
¡Ai! ¡Entónces recuerdo
La grata noche-buena,
En que alegraba a todos
La campana de la aldea!

¡I hoi que me encuentro solo,
Que enfermo sufro mis penas,
En un hospital de extraños,
I en una patria extranjera;
Sin mirar a aquellos séres
Que tan queridos me fueran,
Sin consuelo ni esperanza,
I viendo tantas miserias....
Me digo: mas felices
Son esas aves viejas
Que mueren escuchando
La campana de la aldea!

¿Por qué dejé yo mi nido
Colgado en frondas amenas?
¿Esos montes, esos valles,
Esas campiñas i selvas?
¿Esas noches, esos dias,
Tanta luz, tantas estrellas,
I esos deleites sin cuento
Que solo la patria encierra?
¡Yo ménos desgraciado
En esos tiempos era,
En que a tocar corria
La campana de la aldea!

¡Pero ya no mas desdichas!
¡No mas lágrimas ni ausencia!

¡Me voi al mar.... a mi patria!
¡Alma, nos mata esta tierra!
¡Oh madre! ¡hermanos! ¡amigos
¡De las comarcas paternas!
¡Alegraos! ¡alegraos,
Que el que os ama ya se acerca!
¡I cuando en la colina
Esté, tañed lijera,
Para llorar de gozo....
La campana de la aldea!....

TEMÍSTOCLES TEJADA.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

MANUEL MARÍA MADIEDO.

Nació en Cartajena (capital del Estado de Bolívar) el 14 de setiembre de 1815. Recibió su educacion en la ciunad natal, en los Estados Unidos i en Bogotá, ciudad en que se le confirió el título de abogado en 1844. Sus primeras composiciones poéticas empezaron a publicarse en EL DIA, LA AMÉRICA POÉTICA i EL PORVENIR, etc., i algun tiempo despues las recojió en un volúmen que publicó el año de 1859, precedidas de un arte métrico.

Ha sido redactor de los siguientes periódicos:

LA VOZ DEL TOLIMA, LA VOZ DE LA PATRIA, EL CATOLICISMO i LA ILUSTRACION; para el cual ha escrito mas de 800 editoriales; i ha sido colaborador asíduo en los periódicos:

EL MOSAICO, LOS VETERANOS DE LA LIBERTAD, EL INVESTIGADOR CATÓLICO, LA DISCUSION, EL ORDEN, EL NEO-GRANADINO, EL HOGAR, LA UNION, EL SÍMBOLO, EL REPUBLICANO, EL TIEMPO, EL CONSERVADOR, LA PRENSA, LA ARMONÍA, LA HOMEOPATÍA, EL IRIS, EL MUSEO LITERARIO, EL ROCÍO i otros.

En 1855 apareció un folleto suyo, titulado: TEORÍA SOCIAL. Despues ha publicado los siguientes:

UN ECO DE HAHNEMANN EN LOS ANDES, TEORÍAS FUNDAMENTALES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS, EL CATOLICISMO I LA LIBERTAD, RÉPLICA NECESARIA, FILOSOFÍA DE LA IDEA CATÓLICA, etc.

Durante los últimos seis años ha dado a la estampa las siguientes obras: Ecos de la noche, coleccion de escritos en prosa i verso; Nuestro siglo XIX, novela en forma de cuadros de costumbres; El arte de probar i El derecho de jentes.

Sus numerosos artículos han sido firmados unas veces con todo su nombre, otras con sus iniciales, i muchos con los seudónimos de Damiedo, Deidamo i Uriel. Para el teatro escribió tres obras: la primera a la edad de diezinueve años, titulada: Lucrecia o Roma libre; la segunda un drama en tres actos, llamado: Una idea abismo, i, por último, un juguete nominado: Tres diablos sueltos. Es tambien autor de un Tratado de crítica jeneral i otro de Ciencia social.

Con frecuencia se ven reproducidos sus escritos en los mejores periódicos de América i Europa.

Ha ocupado varios puestos distinguidos.

JOSÉ FERNANDEZ MADRID.

Nació en Cartajena (capital del Estado de Bolívar) el 19 de febrero de 1789. Estudió en Bogotá, en el colejio del Rosario, i consiguió el grado de doctor en derecho canónico i en medicina. Realizada la revolucion del 20 de julio de 1810, fué nombrado procurador jeneral de Cartajena, representante en la Convencion de Cartajena, diputado por ésta al Congreso jeneral i despues elejido presidente de la República. Fué hecho prisionero por los españoles i remitido a la Habana, donde permaneció nueve años. En 1825 fué nombrado ajente confidencial de Colombia en Inglaterra, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en Lóndres, el 20 de junio de 1828.

Madrid publicó dos ediciones de sus poesías i dos dramas titulados: Atala i Guatimozin. Publicó tambien varias memorias científicas sobre enfermedades reinantes en la Habana.

RAFAEL NÚÑEZ.

Nació en Cartajena (Estado ne Bolívar) el 28 de setiembre de 1825. Comenzó su carrera política el año de 1849, desempeñando las funciones de secretario de gobernacion de la provincia de Cartajena. En 1852 fué catedrático i rector del colejio nacional de la misma provincia. En 1853 fué diputado a las Cámaras lejislativas. Terminada la revolucion de 54, el doctor M. M. Mallarino, encargado del Poder Ejecutivo, le confió la secretaría de hacienda i la de guerra. Despues desempeñó tambien las funciones de secretario del tesoro i de lo interior i relaciones exteriores. Fué uno de los fundadores i redactores del perió-

dico La Democracia i ha sido colaborador de El Neo-granadino, El Tiempo, La Opinion, El Nacional de Lima i El Continental de Nueva York, del cual fué tambien director por unos meses. Sus poesías se han publicado en periódicos americanos i europeos. Una de sus obras mas notables es la titulada: Ensayos de crítica social.

El doctor Núñez es actualmente candito del partido liberal para presidente de la República.

EUJENIO DIAZ CASTRO.

Nació en el pueblo de Soacha (cerca de Bogotá) el año de 1804. Desde 1850 comenzó a escribir, no porque pensase en publicar sus escritos, sino porque se reveló, aunque tarde, enérjicamente su vocacion de pintor de costumbres. En 1858 fundó, con el señor José María Vergara i V., el periódico literario El Mosaico, i tanto en éste como en La Biblioteca de Señoritas, publicó numerosos artículos. Escribió tambien las novelas: Una ronda de don Ventura Ahumada, El rejo de enlazar, Las fiestas del Chapinero, Las aventuras de un jeólogo, Carranza, Bruna la carbonera i La Manuela.

Murió el 11 de abril del año de 1861, despues de sufrir una cruel enfermedad.

ELADIO VERGARA.

Nació en Bogotá el 18 de febrero de 1821. Se educó en la casa de educacion del señor José Manuel Groot i en el colejio del Rosario. Principió a figurar en la política desde el 7 de marzo de 1849 i luego hizo toda la campaña de la guerra del año 1860. Ha desempeñado los siguientes destinos: jefe de seccion de la secretaría de hacienda del Estado del Cauca (1859 a 1860.) Administrador de la Casa de Moneda de Popayan (1860 a 63.) Jefe de varias de las secciones de la secretaría de hacienda de la Union (1864 a 69.) Tesorero de la Casa de Moneda de Bogotá (1869 a 70.) Oficial mayor de la secretaría del tesoro (1870 a 72.) Oficial de encomiendas de la administracion anexa a la direccion jeneral de correos (1872 a 74.) Ademas ha sido juez, alcalde i miembro de la lejislatura de Cundinamarca. Redactó en Medellin tres periódicos:

El Baile, La Cartera i El Bobo; i ha sido colaborador de La Tribuna popular, La Matricaria i El Sur, periódicos de Popayan; i posteriormente de El Seminario, de la misma ciudad. En este último dió a luz varias traducciones i un folletin titulado Muerto i loco. Es autor de:

El Mudo, secretos de Bogotá, novela, 1850. El misionero, drama, 1852. El oidor de Santa Fé, drama, 1857. ¿Cuál gobierna? juguete cómico, 1857. Los bandidos de San Lotairo, drama, 1858. La guerra de Neo-Granada, folleto.

Las últimas tres piezas fueron representadas en Popayan en el mismo año en que se publicaron.

JOAQUIN PABLO POSADA.

Nació en Cartajena (Estado de Bolívar) el dia 17 de agosto de 1825, i recibió su educacion en Bogotá. Ademas de muchas composiciones poéticas publicadas en El Tiempo, El Mosaico i La Biblioteca de Señoritas, dió a luz un volúmen de poesías en 1857. Ha sido colaborador de varios periódicos políticos i literarios, i redactor de: El 7 de Marzo, El Orden i El 17 de Abril. En Cuba vivió muchos años redactando uno de los principales diarios de aquella ciudad. La mayor parte de las poesías del señor Posada, escritas en estos últimos diez años, han sido publicadas en periódicos de Cuba, Venezuela, Perú i Colombia.

HERMÓJENES SARAVIA.

Nació en la Villa de Leiva (Estado de Boyacá) el año de 1826. Hizo sus estudios en el colejio de San Bartolomé, hasta obtener los grados de bachiller, licenciado i doctor, recibiéndose en seguida de abogado ante la Corte Suprema.

Ha sido miembro de las asambleas lejislativas de Boyacá i Cundinamarca, representante al Congreso, secretario de hacienda del Estado de Cundinamarca, juez del Estado, i ha desempeñado algunos otros destinos en el órden administrativo. Fué redactor principal de El Pueblo, El Cabrion i El Ciudadano, i ha sido colaborador de varios periódicos, entre otros de El Tiempo, El Pasatiempo i El Correo de Colombia.

Isidoro LAVERDE A.

ESTUDIO

SOBRE

LA FRANCMASONERIA

POR EL

Iltmo. Señor Dupanloup, Obispo de Orleans.

(Traducido del orijinal frances para LA ESTRELLA DE CHILE.)

(Conclusion.)

TERCERA PARTE.

ACCION POLITICA I REVOLUCIONARIA DE LA MASONERIA.

¡Estas iniciaciones, estos grados, estas pruebas sucesivas, tienen un fin! Antes de confiar su último secreto a ciertos elejidos, la masonería examina a sus adeptos; quiere conocer si serán capaces de bajar a las simas que cava debajo de los edificios sociales. No somos nosotros los que así hablamos, lo dice M. Luis Blanc en su *Historia de diez años.* A propósito de la masonería, "conviene, dice, introducir al lector en LA MINA que cavaban entónces, *bajo los tronos i los altares,* REVOLUCIONARIOS mucho mas profundos i activos que los enciclopedistas."

El lado temible de la francmasonería es éste: su profunda e incensante accion política, social i revolucionaria. En suma, M. Enrique Martin ha dicho la verdadera expresion: "*La masonería*, dice el autor de *la Historia de Francia*, (111) *es el laboratorio de la revolucion.*" M. F. Pyat, por su parte, la llama "*La iglesia de la revolucion.*" (112)

No se nos repita ya que la masonería ejercita la beneficencia; es probable, pero esto no le impide ocuparse en otras cosas, i EL MUNDO MASÓNICO ha tenido cuidado de advertirnos que la beneficenccia no es EL FIN, sino uno de los medios, i DE LOS MÉNOS ESENCIALES, de la masonería.

No se nos vuelva a oponer las constituciones masónicas que dicen: "La francmasonería no se ocupa de las constituciones de los Estados; en la esfera elevada en que se coloca, respeta las simpatías políticas de cada uno de sus miembros; en sus reuniones se prohibe, formalmente, toda discusion a este respecto-to."

El reglamento del Gran Oriente de Béljica disponia, textualmente, en su artículo 135: "Las lojias no pueden, en ningun caso, ocuparse en materias políticas."

Reconozco en todo esto las antiguas tradiciones, de táctica i de misterio, de que la masonería se servia en su oríjen para engañar a los gobiernos i a la multitud de los ilusos; pero en la realidad, ¿qué cosa son al presente estas fórmulas añejas? Contradicciones o mentiras.

No se nos diga tampoco que, si la masonería se ocupa en cuestiones políticas i sociales, lo hace de una manera jeneral e inofensiva; que jamas desciende de la altura serena de los principios a la rejion de los hechos, a la esfera ajitada de las aplicaciones prácticas.

Todo esto es falso i no puede dejar de serlo; de hecho i por la fuerza de las cosas, la masonería es una sociedad política i revolucionaria; ejerce una influencia directa sobre las revoluciones; ella las prepara, las forma, i los que, en ella, marchan a la cabeza del movimiento i arrastran consigo toda la masa de adeptos, éstos, que son el verdadero corazon i el alma de la masonería, tienen por fin supremo el hacer de ella, segun la enérjica i profunda expresion de M. Enrique Martin, EL LABORATORIO DE LA REVOLUCION, o, segun el H.·. Félix Pyat, LA IGLESIA DE LA REVOLUCION.

Presentemos pruebas perentorias de lo expuesto.

(111) T. XVI, p. 595.
(112) *El Rappel*, citado por *El Mundo Masónico*, mayo 1870.

I.

TESTIMONIOS MASÓNICOS.—M. LUIS BLANC.—MASONES FRANCESES I BELGAS.

Hai un texto sobre la accion política i revolucionaria de la masonería, de M. Luis Blanc, del cual hemos citado ya algunas palabras, texto que da un primer desmentido a las protestas de las constituciones masónicas:

"Soberanos como Federico el Grande han tenido a honra *tomar* la *plana* i *ceñirse el delantal*, i ¿por qué no? *Estándoles cuidadosamente vedado el conocimiento de los grados elevados, sabian únicamente de la masonería lo que podia mostrárseles sin peligro.*

"No tenian para qué averiguar lo demas, encontrándose retenidos en grados inferiores, en los que solo veian motivos de entretenimiento, alegres banquetes, principios ya abandonados i adoptados en el umbral de las lojias, fórmulas sin aplicacion a la vida ordinaria; en una palabra, solo presenciaban una COMEDIA de igualdad. Pero en estas materias *la comedia se toca con el drama;* i los príncipes i nobles fueron compelidos a cubrir con sus nombres esos dramas i a servir ciegamente, con sus influencias, las *empresas latentes dirijidas contra ellos mismos.*"

Es imposible pintar con mas vivo colorido esa terrible imprevision de los príncipes de la antigua nobleza francesa, que, abandonándose ciegamente a la masonería, como se habian entregado al filosofismo impío del siglo XVIII, aceptaron el ridículo papel de comparsas en esa *gran comedia* de *libertad, igualdad* i *fraternidad*, sin preveer la trajedia que debia seguirla de cerca; imposible es tambien exponer con mas claridad el vasto plan de la masonería, que disfrazaba, bajo seductoras apariencias, sus *empresas latentes*, su *propósito oculto i subversivo* i su *conspiracion permanente.*

En efecto, como decia M. Luis Blanc: "Sombras, misterios, un terrible juramento que prestar, un secreto conocido despues de muchas pruebas valientemente sufridas i el deber de guardarlo estrictamente, bajo pena de ser destinado a la execracion i a la muerte, signos especiales por los cuales se reconocen los hermanos en las extremidades de la tierra, ceremonias basadas en la historia de un homicidio i a propósito para encubrir sentimientos de venganza, ¿no es verdad que son cosas propias para formar conspiradores?"

Por otra parte, los masones franceses i belgas están en perfecto acuerdo con M. Luis Blanc.

Así, en la fiesta centenaria, celebrada en el Oriente de Marsella por la lojia *Perfecta Sinceridad*, un francmason influyente en la órden, el H.·. Bremond, bosquejaba la historia de la masonería de esta manera:

"¿Cómo no admirar la perseverancia de los que, en el siglo XVIII, *desafiaban las preocupaciones relijiosas* i se PREPARABAN *en la sombra i en el silencio?* Ellos CONSPIRABAN, se ha dicho. Puede ser." I en efecto, "cuando del fondo de las lojias salieron estas tres palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad, LA REVOLUCION ESTABA HECHA." (113)

I él mismo agregaba: "Desde poco tiempo a esta parte, la masonería ha recibido un nuevo empuje... En todas partes los masones elevan templos, fundan escuelas, i se *constituyen a la faz del mundo profano*... Hacen mas aun, toman UNA PARTE ACTIVA en el movimiento del siglo." (114)

Dos años despues, en Julio de 1869, tenia lugar en Paris una asamblea jeneral del Gran Oriente, i allí, el último Gran Maestre de la masonería francesa, el H.·. Babaud Laribiere, se expresaba mas categóricamente, en un discurso solemne.

"La masonería, dijo, estaba íntimamente ligada a todos LOS ACTOS CÍVICOS EN LOS PRIMEROS HERMOSOS DIAS DE LA REVOLUCION."

"Filosófica ántes de ella, cívica bajo la Constituyente, militar bajo el Imperio, la masonería se encontró, durante la Restauracion, *mezclada directamente con la política*, I EL CARBONARISMO INVADIA A MENUDO LAS LOJIAS."

Yendo mas léjos todavía, el H.·. Babaud Laribiere declara: que a la masonería se debe la ajitacion por la REFORMA, que trajo la caida de Luis Felipe i el SUFRAJIO UNIVERSAL.

"Habiendo sido puesto en vigor de antemano en las lojias, fueron los masones los primeros que pidieron la aplicacion del SUFRAJIO UNIVERSAL *al mundo profano;* i todavía se ven sus nombres en las *peticiones* a favor de *la reforma electoral*, presentadas i reiteradas en los últimos años del reinado de Luis Felipe."

En fin, proclama "la necesidad imperiosa para la masonería de tomar parte en el movimiento liberal i social," i declara que "el verdadero papel de ésta es *propender al adelanto de la sociedad política.*"

I ayer no mas, ¿no se fijaron, en una de las lojias mas influyentes de Paris, carteles que contenian las mismas pretensiones? Se hacian los honores fúnebres al doctor Montanier, Venerable de la lojia *Progreso*, i prefecto de M. Gambetta el 4 de Setiembre; se exaltaban i aplaudian las ideas del difunto i ¿cuáles eran estas convicciones masónicas? Eran, con la guerra a la relijion, a lo *sobrenatural*, como él decia, *el estudio inmediato i constante* DE LA CUESTION SOCIAL.

Esto era lo que en su nombre proclamaba el H.·. Alberto Joly, i él mismo, exaltándose sobre este punto, exclamaba, en medio de los aplausos de la lojia entera:

"Que la masonería se ponga pues a la obra: que CONTINÚE ha-

(113) *El Mundo Masónico*, febrero 1867, p. 613.
(114) Idem.

ciendo *la guerra a lo sobrenatural*.... i se proponga el estudio, pero sin tardanza, de la GRAN CUESTION SOCIAL."

¡Que ante semejantes declaraciones, los incautados por la masonería, vengan a citarnos textos de las constituciones masónicas, que prohiben ocuparse en relijion i en política! Yo les advertiré, con la solicitud que sus almas me inspiran, que depongan sus alucinaciones si no quieren hacerse cómplices de sus monstruosas teorías.

I, en efecto, ¿para qué serviria a la masonería su vasta organizacion si no pudiera realizar en hechos las especulaciones e ideas sujeridas en las lojias?

Pero no hai que discutir a este respecto, pues ha sido esto terminantemente declarado, en varias ocasiones, por los oradores masónicos.

Oigamos a la masonería belga; veamos cómo, por el órgano de sus mas autorizados representantes, se expresaba en la gran fiesta solsticial del 24 de junio de 1854, en la que todas las lojias estaban representadas, i en la que, segun la confesion de uno de sus oradores, se dijo, en alta voz, el sentir oculto de la masonería.

"Si la masonería debiera estrecharse en este pequeño círculo, (que excluye la política) ¿para qué sirviria su *vasta organizacion* i el *inmenso desarrollo* que ha alcanzado?... Yo soi en esto un eco solamente; digo en alta voz lo que todos piensan en sijilo."

I el mismo orador prosiguia de esta suerte:

"Cuando se interroga el pasado de nuestra institucion ¿no se observa que la masonería ha sido siempre UN VIJÍA EXPERTO, QUE OBSERVA CUIDADOSO LA MARCHA DEL BAJEL POLÍTICO?"

Hablando, en seguida, de la lucha que mantiene la masonería con los gobiernos, llega hasta confesar que "en las crísis políticas, *siempre que era necesario*, el CENTRO, EL PUNTO DE APOYO DE LA RESISTENCIA, se encontraba en la masonería."

Así el orador no temió atribuir, en alta voz, a la actividad i organizacion de la masonería, el triunfo de sus enseñanzas i doctrinas en el pais.

"*Si nuestras opiniones han triunfado lo debemos*, a mi juicio, *a la masonería*.

"LA MASONERÍA, exclama en otra ocasion, SE HA MEZCLADO ACTIVAMENTE EN LAS LUCHAS POLÍTICAS." (115)

Vemos, pues, que a despecho de los artículos constitucionales de la masonería, se nos ofrecen pruebas bien elocuentes i reveladoras de su inmixtion en la política.

Tenemos pruebas que llegan aun mas léjos. En otra fiesta de la Orden, celebrada el 15 de junio de 1845, el orador, el H.·. Grisar, revelaba, en términos tales, i con tan vivas imájenes, lo que es en la realidad una asociacion tan formidable i de cuyos brazos es casi imposible a un pueblo escapar, cuando ha tenido

(115) M. Neut, t. I, p. 301.

la desgracia de caer en ellos, que a sus expresiones nada se puede agregar.

"*La masonería*, dice, *posee, por sus filiaciones, recursos* inmensos." Para entusiasmar el celo de sus hermanos la presentaba como "UN CUERPO ROBUSTO, UN COLOSO DE MIL CABEZAS, DE CIEN MIL BRAZOS, UN PODEROSO INSTRUMENTO DE REFORMAS SOCIALES, UN LABORATORIO DE IDEAS NUEVAS, I, EN FIN, COMO LA PRECURSORA DEL ESPÍRITU DEMOCRÁTICO QUE SE ALZA."

"Los cuadros de *nuestra milicia santa se* EXTIENDEN DE DIA EN DIA, agrega; NUESTROS BRAZOS SE MULTIPLICAN i *con ellos* PODREMOS ABRAZAR, EN TIEMPO NO LEJANO, *a todo* EL PAIS." (116)

Tal es, pues, la masonería; tales su fin i su vasta organizacion. *Coloso de cien cabezas, con cien mil brazos*, que despliega, en torno suyo, una inmensa falanje de prosélitos, encargada de preparar las *reformas sociales* i de elaborar *ideas nuevas*, para estrechar i reducir a ellas a toda una nacion.

II.

LA CUESTION DEL DERECHO DE LOS MASONES PARA OCUPARSE EN POLÍTICA, RESUELTA AFIRMATIVAMENTE EN LAS LOJIAS.

Las citas que acabamos de hacer, no nos dejan duda alguna para poder constatar que no son hechos aislados ni rebatidos por la masonería los ya aducidos, sino, mas bien, aceptados por ella; pues la cuestion ha sido oficialmente ventilada i resuelta por las autoridades masónicas, declarando: que la masonería no debe considerarse restrinjida o reducida a sus asambleas i talleres, que su fin es *apoderarse, políticamente, de la sociedad entera, i que sus lojias las aprovecha en formar a los que deben luchar en la arena política.*

Esta misma ha sido la respuesta terminante del Gran Oriente de Béljica, "*despues de oido el dictámen* de las *columnas* i el del H.·. Orador."

"La masonería no tiene por objeto establecer principios que se observen solamente *en el estrecho círculo de sus asambleas;* tiene por objeto LA SOCIEDAD ENTERA; LAS LOJIAS SON ESCUELAS *donde se deben formar hombres de ilustradas convicciones*, para *que luchen despues, con enerjía, en el mundo profano*, I, SOBRE TODO, EN LA ARENA POLÍTICA." (117)

En la masonería italiana encuentro las mismas declaraciones. He rejistrado, en efecto, los procesos verbales de la Asamblea masónica constituyente, reunida en Roma del 28 de abril al 2 de mayo de 1872; en dicha asamblea fué propuesta la misma cues-

(116) Idem, p. 240.
(117) M. Neut, t. I, p. 267.

tion, en la sesion del 2 de mayo, i se decidió "por una gran mayoría:" que "las lojias tienen facultad para discutir las cuestiones del órden relijioso i político, i que la masonería estudia las *cuestiones sociales sin distincion de* ESPECIE i sin CONSIDERACION A SU GRAVEDAD...." (118)

Por otra parte, ¿no es verdad que Garibaldi (cómplice i ajente trlvez en Roma en este momento del gran perseguidor de la Iglesia en Alemania) ha sido Gran Maestre de la masonería italiana? ¿I qué pasó cuando murió el gran conspirador José Mazzini? Las lojias italianas cargaron luto; algunas enviaron diputaciones a sus funerales, i el Gran Oriente de Italia invitó a todos los francmasones, de cualquiera nacion que fuesen, i que se encontraban entónces en el valle del Tíber, a reunirse en la plaza del pueblo: "A la hora indicada, una masa compacta de hermanos rodeaba la bandera masónica que, por primera vez, se mostraba en Roma, siguiéndola, acompañaron hasta el Capitolio el busto de Mazzini." (119)

Tal es, pues, sin contradiccion posible, la masonería: M. Félix Pyat tenia razon para decir: que es *la Iglesia de la Revolucion* i el vestíbulo, o como decia este revolucionario italiano citado ya, la *antecámara* de las sociedades secretas.

Sé mui bien que ella no es precisamente uno de esos clubs, en que se discuten, todas las noches, con acritud, las cuestiones políticas i sociales a la órden del dia. No es tampoco una de esas sociedades secretas, ¡organizadas para preparar el triunfo de tal o cual conspiracion, con ayuda del puñal i de la bomba. Ella se somete aun, cuando es preciso, a ver nombrar sus Grandes Maestres por los gobiernos, o a aceptar en su seno personajes oficiales. Lo toleró durante el primero i segundo imperio, lo hizo bajo el gobierno de Luis Felipe. (120) Pero no por eso deja de ser una conspiracion permanente contra el fundamento mismo no tanto de tal o cual Estado, no de tal o cual culto, sino de toda relijion i de la sociedad entera. Segun la declaracion expresa de los francmasones belgas, tiene por objeto a LA SOCIEDAD ENTERA. Propone los principios de que las revoluciones son consecuencias; elabora las ideas que arman en seguida los brazos. Así es como *las lojias son* ESCUELAS *donde deben* FORMARSE LOS HOMBRES *que vayan a luchar con vigor en el mundo profano* I SOBRE TODO EN LA ARENA POLÍTICA; o, como dice EL MUNDO MASÓNICO, "así es como la masonería *forma sus hombres;* los educa i los hace a propósito para las LUCHAS EXTERIORES..... A los masones pertenece en seguida realizar en el exterior sus concepciones." (121)

(118) *El Mundo Masónico*, tomo XIV, p. 25.
(119) Idem., p. 30.
(120) Sin embargo, el rei Luis Felipe tuvo el talento de rehusar para su hijo mayor el cargo de Gran Maestre, que le habia sido ofrecido. *La Francmasonería i la Revolucion* por el P. Gautrelet, p. 414.
(121) Idem., tomo X, p. 49.

Así, pues, la masonería *forma* i *pulimenta* sus adeptos, i los prueba, ántes de confiarles su último secreto, para ver si son capaces de servirla, i de bajar a las simas que, segun la expresion de M. Luis Luis Blanc "cava" bajo el edificio social para hacerlo saltar.

III.

LA MASONERÍA SE OCUPA HASTA EN LOS MAS INSIGNIFICANTES DETALLES DE LA POLÍTICA.

"Todas las grandes cuestiones que envuelven principios políticos, todo lo que tiene relacion con la existencia i vida de un Estado, NOS PERTENECE EN PRIMER LUGAR; todo es de nuestro dominio, para anizarlo i someterlo al crisol de la razon i de la intelijencia."

Así hablaba el H.·. Bourlard, Gran Maestre del Gran Oriente, en una de las mas solemnes reuniones, en la gran fiesta celebrada por el Gran Oriente de Béljica, el 24 de junio de 1854. (122)

En efecto, las cuestiones sobre elecciones, de reforma electoral i de sufrajio universal, las peticiones i ajitaciones revolucionarias, la invasion de las funciones públicas, los grandes problemas económicos, las formidables cuestiones sociales, tales como la organizacion del trabajo, las cuestiones de enseñanza i de beneficencia públicas, aun las cuestiones de paz i guerra, todo el detalle, en una palabra, de la política mas ardiente, forman el campo en que trabaja la masonería i en que ejercita la inquieta actividad de sus adeptos.

Así, pues, cuando se presentan elecciones, sean nacionales, provinciales o municipales, las lojias, en Béljica, elijen candidatos, exijiéndoles, préviamente, un compromiso solemne que se comprometen a cumplir bajo juramento; hecho esto, empeñan la lucha a su favor i ponen a su disposicion esos *inmensos recursos*, esas *mil cabezas* i *cien mil brazos*, de que hablaba, no ha mucho, el H.·. Grisar. Esto está textualmente prescristo en el importante documento masónico que sigue:

"La lojia que tenga participacion en la elecion, presentará, desde luego, con la aprobacion del Gran Oriente, un candidato mason, que será IMPUESTO como tal a los *hermanos de la obediencia.*"

"En la eleccion, ya sea *nacional*, *provincial* o *municipal*, la designacion del canditato que hace el Gran Oriente será igualmente reservada;

"*Cada mason*, JURARÁ *emplear toda su influencia para hacer triunfar la candidtura adoptada;*

(122) M. Neut, t. I, p. 305.

"El elejido por la masonería, estará OBLIGADO a hacer, en la lojia, *una profesion de fé*, de la cual se levantará acta.

"Estará éste obligado, tambien, a oir el dictámen de la lojia o del Gran Oriente en las ocurrencias graves que pueden presentársele durante la duracion de su mandato.

"La inejecucion de sus *compromisos* lo expondria *a penas severas;* i *aun* a ser *exluido de la Orden.*

"Cada lojia, pudiendo creer de útilidad el apoyarse en la publicidad, deberá buscar los medios de hacer inserciones en los diarios; pero el Gran Oriente le recomendará los que merezcan su confianza." (123)

No es esto todo; si el candidato, una vez elejido, falta a su mandato i a su juramento, veamos lo que ha decidido el Gran Oriente, qué *derechos* otorga a las lojias i qué deberes les intima.

"El Gran Oriente, sin trepidar, decide: que las lojias tienen EL DERECHO no solamente de vijilar LOS ACTOS DE LA VIDA PÚBLICA de aquellos de sus miembros que HAN HECHO ENTRAR EN FUNCIONES PÚBLICAS, de amonestar i aun de separar del cuerpo masónico a los miembros que han faltado *a los deberes que su calidad de masones les impone, sobre todo en la* VIDA PÚBLICA, etc.... (124)

Así, las lojias no solo se ocupan en política, sino que elevan a sus miembros a las funciones políticas; i, elevados, reclaman el derecho de dirijirlos i de velar i apreciar la manera cómo las desempeña.

En cuanto al detalle de las cuestiones que la masonería reclama como que le *afectan en primera línea*, oigamos las declaraciones que siguen:

"¡Al mason corresponde la cuestion de la enseñanza: a él su exámen, a él su solucion!

"¡Cuando los ministros presenten al Parlamento la reglamentacion de la caridad.... a mí, mason, a mí me toca la cuestion de la caridad pública!

"El pais se cubre de establecimientos que sé llaman relijiosos.... Será preciso que el pais entero concluya por hacerse justicia en ellos, AUNQUE HAYA DE EMPLEAR LA FUERZA!" (125)

¡A estas palabras correspondieron los motines de Bruselas, Mons, Ambéres, Lieja i Verviers! I fué preciso toda la prudencia del rei para evitar la revolucion.

Otras cuestiones mas ardientes aun son reclamadas i ajitadas por la masonería, *las cuestiones sociales*, i en primera línea la *organizacion del trabajo.*

Encontramos una prueba de ello, entre muchas, en una importante pieza masónica, una *circular* que la lojia *Perseverancia* de Ambéres, en 1846, dos años ántes de nuestra revolucion del 24

(123) Documento masónico citado por Neut, t. 1, p. 267.
(124) Idem.
(125) Idem.

de febrero de 1848, dirijia a todas las lojias belgas, *para someter a su sancion* un proyecto desarrollado en la fiesta de la Orden por el orador de esta lojia, el ya citado H.·. Grisar.

"Es tiempo ya, decia la circular, que la masonería se ocupe activamente en las grandes cuestiones que conmueven a toda la sociedad moderna.

"Trabajemos, M.·. Q.·. H.·., concluia la circular; estudiemos las grandes cuestiones sociales i el triunfo de nuestra causa está asegurado."— A la cabeza del proyecto, ¿qué encontramos? *La palpitante cuestion del trabajo, su organizacion;* i, en resúmen, *todos los problemas democráticos.*

Así, la circular, comunicando sus proyectos a todas las lojias, añadia:

"IDENTIFIQUÉMONOS CON LAS IDEAS DEMOCRÁTICAS QUE HAN DE TRIUNFAR EN BREVE.... (126)

Es admirable, algunas veces, el ver, al dia siguiente de ciertas revoluciones, debatirse de improviso, en la prensa i entre el pueblo, cuestiones formidables, conocidas por las masas desde la víspera; por ejemplo, la organizacion del trabajo despues de la revolucion de febrero; cuestion que tomó un aspecto tan amenazante cuando fué tratada en el Luxemburgo, por la asamblea de los obreros, presidida por M. Luis Blanc, i cuyas consecuencias fueron las jornadas de junio. Otro ejemplo de esto es la separacion

(126) M. Neut, t. 1, p. 388. En un discurso pronunciado en Lieja, con motivo de la fiesta solsticial de la Orden i del cual se repartieron 50,000 ejemplares, el H.·. Goffin desarrollaba el programa siguiente:

PRINCIPIOS APLAZADOS PARA EL PORVENIR.

El sufrajio universal directo.

Abolicion de los ejércitos permanentes; causa de ruinas i opresion para los pueblos.

Supresion de las majistraturas inamovibles; orijen de injusticias i de los procesos escandalosos.

Abolicion de la subvencion al clero; en adelante será retribuido por los creyentes de cada culto.

PRINCIPIOS DE APLICACION INMEDIATA.

El sufrajio universal para las elecciones provinciales i comunales; como medio de habituar, poco a poco, a la nacion al ejercicio de su poder soberano.

Abolicion de los arbitrios i de todos los impuestos de consumo; reemplazándolos por un impuesto único de seguros.

Supresion del Banco Nacional; reemplazándolo por un vasto sistema *de crédito interno, comercial i agrícola.*

DERECHO AL TRABAJO, RESULTADO DEL DERECHO A LA VIDA.

Organizacion del trabajo por medio de la creacion de grandes asociaciones de obreros.

Recompensas nacionales acordadas a los obreros laboriosos e intelijentes.

Reduccion de todas las oficinas i principalmente la de guerra.

Asociacion para tributar a los muertos los últimos deberes sin el concurso del clero.

Institucion de cocinas, escuelas guardianes, salas de asilo, baños, labaderos i caloríficos públicos, carnicerías i panaderías económicas.

Abolicion de la pena de muerte por materias *políticas i criminales.*

Tal debe ser, segun mi parecer, agregaba el orador, la órden del dia en la gran reunion M.·. que tendrá lugar en breve.

¿Deseamos destruir AL INFAME o soportarlo? etc., etc.

de la escuela i de la relijion, cuestion que zanjó la Comuna, arrojando de todas partes a los Hermanos i Hermanas, arrancando de las escuelas los crucifijos, etc.; pero, estas cuestiones que estallan así de improviso, se ajitan, con anticipacion, en las lojias masónicas i en las sociedades secretas; despues de haberse discutido en estos *laboratorios de la revolucion i de las nuevas ideas*, hacen explosion, afuera, en la primera ocasion favorable que se presenta; la propaganda activa de las lojias las publica por todas partes; i despues *el coloso de mil cabezas i de cien mil brazos* presenta en las elecciones, ya *nacionales*, *provinciales* o *municipales*, los hombres en quienes se personifican estas ideas. Así se forma de repente ese enlace i ese estrecho vínculo que abraza a todo un pueblo, como decia no ha mucho un orador masónico. Finalmente, en un momento dado, las catástrofes estallan. Así, pues, detras de los actores inmediatos de las revoluciones, hai otros que veian mas allá i trabajaban a mayores profundidades: ellos eran los verdaderos revolucionarios, invisibles i ocultos.

IV.

HECHOS PERENTORIOS SACADOS DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

Interroguemos aquí de nuevo la historia, la historia contemporánea.

Acabamos de nombrar la revolucion de febrero. Se cree, por ejemplo, que ella solo tuvo por actores a los que organizaron los banquetes reformistas i a los pobres guardias nacionales que gritaron *¡Viva la reforma!* Pero seria una extraña candidez pensar así.

Otros, que solo esperaban para mostrarse el momento favorable, la habian preparado en el misterio, i, obtenida la victoria, se apresuraron a reivindicar el honor de triunfadores; éstos fueron los que le imprimieron su verdadero carácter, ese espíritu socialista que luego aterrerizó a la Francia i al mundo, e hizo correr en Paris torrentes de sangre: en la primera fila de aquellos obreros estaban los francmasones.

"Los combatientes, escribia el diario El Francmason, solo han tenido necesidad de algunas horas de lucha para conquistar *esta libertad que la masonería predica desde tantos siglos.* Nosotros, obreros de la fraternidad, hemos colocado la piedra fundamental de la república." (127)

Se les vió, en efecto, desde los primeros dias que siguieron a la catástrofe de febrero, desde el 10 de marzo de 1848, levantarse, marchar hácia Paris con bandera desplegada, situarse en el

(127) Estado por M. Neut, t. 1, p. 333.

Hotel-de-Ville, i allí, en número de trescientos francmasones de todos los ritos, representando a toda la masonería francesa, ofrecer esa bandera al gobierno provisorio de la república, reclamando, en alta voz, la parte que les correspondia en esta gloriosa revolucion.

Mr. de Lamartine les dió esta respuesta, que entusiasmó a las lojias:

"DEL FONDO DE VUESTRAS LOJIAS HAN EMANADO, AL PRINCIPIO OCULTAS, DESPUES A MEDIA LUZ I EN SEGUIDA BRILLANTES, LAS IDEAS QUE HAN SERVIDO DE FUNDAMENTO A LAS REVOLUCIONES DE 1789, DE 1830 I DE 1848." (128)

Esto no era bastante, por cuya razon la masonería quiso hacer una manifestacion mas oficial que aquella demostracion espontánea de todos los ritos. En consecuencia, quince dias mas tarde, una nueva diputacion compuesta de miembros del Gran Oriente, adornados con sus cordones masónicos, se dirijió al Hotel-de-Ville; fué recibida por M. Cremieux i por M. Garnier Pagés, revestidos igualmente de sus cordones; el representante del Gran Oriente tomó la palabra i dijo:

"La masonería francesa no ha podido contener el impulso universal de su simpatía por el gran movimiento nacional i social que acaba de operarse... Los francmasones saludan *el triunfo de sus principios* i se felicitan en poder decir *que la patria entera ha recibido, por medio de vosotros, la consagracion masónica.* CUARENTA MIL FRANCMASONES, REPARTIDOS EN QUINIENTOS TALLERES, TIENEN UN SOLO CORAZON I UNA SOLA ALMA PARA APLAUDIROS."

El H.·. Cremieux, miembro del gobierno provisorio, respondió:

"¡Ciudadanos i hermanos del Gran Oriente! el gobierno provisorio acepta con placer vuestra ÚTIL I COMPLETA adhesion... LA REPÚBLICA SE ENCUENTRA EN LA MASONERÍA... LA REPÚBLICA HARÁ LO QUE HACE LA MASONERÍA; será la *prenda brillante de la union de los pueblos* en todos los puntos del globo, sobre todos los costados de nuestro triángulo." (129)

La República está en la masonería, dice el H.·. Cremieux; la república universal, la que trata hoi dia de constituir los Estados Unidos de Europa. Eujenio Sué veia en la masonería otra cosa mas, veia el *socialismo.* En efecto, habiendo obsequiado la lojia *Perseverancia* de Ambéres *una pluma de oro* al *noble i valiente* escritor, al hombre que fué uno de los grandes precursores, entre nosotros, de la explosion socialista de 1848, a Eujenio Sué; creyó éste que no podia corresponder mejor a esta *lisonjera simpatía* que le atestiguaba la masonería, que haciendo de ella el siguiente elojio: "Hermanos, con la *extremada i justa influencia* que las lojias masónicas adquieren de dia en dia en Béljica, SE COLOCAN A LA CABEZA DEL PARTIDO LIBERAL SOCIALISTA." (130)

(128) Idem.
(129) *El Monitor*, 25 de marzo de 1848.
(130) M. Neut, t. 1, p. 340.

Así era la verdad. ¿No veiamos en aquel tiempo, como ahora, a los mas autorizados francmasones belgas colocar entre las primeras cuestiones que debian *elaborarse* en las lojias, *la organizacion del trabajo*, esta formidable cuestion que fué entre nosotros el grito de guerra de los famosísimos talleres nacionales, organizados por M. Luis Blanc?

Un triunfo de esta especie, no era seguramente apropiado para resfriar la actividad de las lojias; el golpe de Estado de 1852 las hizo, por algun tiempo, mas cautelosas; pero si el imperio, introduciéndose en la masonería, creyó haber domado a *este* COLOSO, fué grande i corta su ilusion.

Veamos de qué manera i con qué entusiasmo masónico se expresaba, en 1856, el orador de una de las lojias mas importantes de Paris. Describiendo, como bien la conocia, la sorda fermentacion de la democracia contemporánea, i anunciando "que un *mundo entero de nuevos actores* se preparaba a bajar a la escena, que *máquinas nunca vistas* se construian, que *murmullos anónimos* anunciaban que la hora se acercaba." "*En este trabajo formidable de enjendrar futuras sociedades*, exclamaba, GLORIFIQUÉMONOS JUNTOS DE MARCHAR EN LA PRIMERA FILA DE LOS OBREROS DEL PENSAMIENTO." (131)

I para ver, desde mas cerca aun, cómo trabajan los *obreros del pensamiento*, cómo desde sus alturas, de sus principios jenerales, en que los incautos se imajinan que la masonería se mantiene inofensiva, los hombres de las lojias descienden a las polémicas diarias de la política, digamos algo sobre la revolucion de 1871 i sobre la Comuna.

Una solemne manifestacion masónica tuvo lugar durante la Comuna, un mes ántes de la entrada de las tropas a Paris; pero ¿fué en favor de Versalles, del ejército nacional? Nó, ciertamente; fué en favor de la horrorosa insurreccion comunal, *la mayor revolucion*, segun el francmason Thiriforq, *que haya sido dado contemplar al mundo.* (132)

El gran diario oficial de la Comuna ha referido esta manifestacion; el H.·. Thiriforcq, uno de los principales autores de la manifestacion, la ha publicado tambien por su parte, en un curioso folleto, escrito en Béljica i que he tenido a mi vista (133): no cabe duda alguna sobre el espíritu de que la manifestacion estaba animada. Compendio los detalles i voi de lleno al hecho capital.

El 29 de abril, pues, (134) al llamado hecho a todas las lojias

(131) *El Francmason*, marzo de 1857, t. VII, p. 21: "Este bello i buen discurso, dice el diario, ha sido colmado de aplausos, i s i impresion fué adoptada por unanimidad.

(132) Llamamiento a los francmasones de todos los ritos, por el H.·. Thiriforcq.

(133) Llamamiento que acabamos de citar.

(134) El 26 de abril, en una reunion preparatoria de la gran manifestacion del 29, el ciudadano Lefrançais, miembro de la Comuna, habia hecho la siguiente declaracion: "Cuando fuí admitido en la lojia 133, era *republicano de corazon* i me he

del Oriente de Paris, una inmensa multitud de francmasones, desplegando sesenta i dos banderas, acudió al patio del Hotel-de-Ville, presidida por cinco miembros de la Comuna; esta se presentó entera en el balcon de honor para recibir a la multitud. "La estátua de la República estaba allí, ceñida con un manto rojo i rodeada de trofeos hechos con las banderas de la Comuna: las sesenta i dos banderas masónicas fueron colocadas, sucesivamente, en las gradas de la escala." (135) Los hermanos masones se agruparon en el patio.

"Cuando se llenó el patio, dice el *Diario Oficial*, los gritos de: ¡Viva la *Comuna!* ¡Viva la *Masonería!* ¡Viva la *República universal!* se dejaron oir en todas direcciones."

"En seguida, despues de un cambio de discursos, en los cuales fué proclamada *la union inseparable de la Comuna i de la Masonería*, i despues que el H.·. Thiriforcq hizo la siguiente declaracion: "Si salimos burlados en nuestras tentativas de paz, nos uniremos todos a las compañías de guerra para tomar parte en la batalla..." las diputaciones de los francmasones, acompañadas de miembros de la Comuna, salieron del Hotel-de-Ville i la orquesta tocó la Marsellesa."

Diez mil masones habia allí, en continuo ir i venir del Hotel-de-Ville a la Bastilla; descendiendo en seguida todos por las bulevares i subiendo por los Campos Elíseos, esta inmensa columna llegó a las murallas, en donde plantó las sesenta i dos banderas masónicas, i parlamentó con los jenerales para obtener *una paz basada en el programa de la Comuna.*

I despues del consiguiente rechazo de tal solicitud i de la falta de resultados provechosos de la demostracion, se expidió un nuevo llamado a las armas, por *la Federacion de los francmasones* i *Compañeros de* Paris, a todos los masones de los departamentos, valiéndose para ello de globitos llenos de proclamas incendiarias. Este llamado a las armas terminaba con este grito *¡Viva la República! ¡Vivan las Comunas de Francia federadas con las de Paris!*

Un hecho semejante no necesita comentarios.

Sé mui bien que el Gran Oriente, sin criticar ni reprochar absolutamente la manifestacion, declaró: que ella solo ligaba a *los masones que personalmente se habían adherido a ella.* Desde luego eran diez mil, Pero ¿qué importa esto? ¿Quién puede dudar del espíritu que anima a las lojias parisienses?

Si la revolucion de 1871 fué ATEA, como se ha dicho i escrito, si ella, segun una excecrable expresion, ha *borrado a Dios;* este movimiento ateo, en cuyo desenlace hubo tan sangrientos horrores, ¿dónde fué mas fuertemente secundado que en las lojias parisienses, que tambien han *borrado a Dios*, i lo quieren desterrar de la cuna de los niños como de la tumba de los muertos, de la

convencido despues de que *el fin* que se proponen la Comuna i la Masonería *es el mismo.* Citado por el H.·. Thiriforcq.

(135) Llamado a los francmasones de todos los ritos, por el H.·. Thiriforcq.

escuela como de la vida pública, i, en fin, de todas partes?

Escribo estas líneas en medio de la ajitacion de las elecciones municipales de Paris. Pues bien ¿en qué terreno luchan estas elecciones? No se habia visto jamas, al ménos en este grado: ¡en el terreno de la *moral independiente* i de la *enseñanza sin Dios!* ¿Quiénes son los candidatos que patrocinan los comitees mas democráticos? Los que han inscrito en su profesion de fé la ENSEÑANZA LAICA, es decir SIN DIOS. I, entre los candidatos, vemos a uno de los hombres mas considerados de las lojias, miembro del Gran Oriente, al H.·. Massol, cuyos violentos discursos contra Dios i la enseñanza relijiosa hemos citado; doctrinas que repite en su progrma electoral fijado en las murallas de Paris. Pues bien, ¡Massol ha sido elejido municipal!

¡Ciertamente, se necesita que el pobre pueblo de Paris lo haya olvidado todo, para que, tan poco tiempo despues de las inoidas i horrorosas calamidades que estas doctrinas desencadenaron sobre él, persista en seguir a los mismos corifeos, escuche siempre los mismos maestros, i, a istancias suyas, se empeñe en resucitar, por decirlo así, legalmente, a los ojos de la Francia estupefacta, la Comuna!.... Nó, yo no conozco en la historia un ejemplo mas terrible de una ceguedad mas incurable. Pero tampoco conozco otra cosa en que sea mas fácil tocar, casi con el dedo, el resultado del trabajo subterráneo de las lojias.

Aun cuando la masonería trabaja de esta manera, no obstante comprendo mui bien que sus miembros mas despreocupados, sintiéndose bastante fuertes ya i bastante avanzados en sus trabajos para desprenderse de las antiguas precauciones de lenguaje, digan, netamente, lo que quieren i a donde van, i reclamen, de voz en cuello, *todos los años*, en el consejo de la órden, la abolicion de estas hipócritas restricciones, que no pueden ya engañar a nadie. En efecto, entre los *votos* expresados todos los años por las lojias mas activas, i que EL MUNDO MASÓNICO enumera con placer, encuentro este decisivo reclamo:

Las lojias reclaman altamente el *derecho* de tratar LAS CUESTIONES POLÍTICAS I RELIJIOSAS; I TODOS LOS PRINCIPIOS QUE INTERESAN A LA HUMANIDAD; (136) quieren, en una palabra, que lo que constituye la práctica verdadera de las lojias i la obra esencial de la masonería, se convierta en derecho para todos, que sea su regla escrita, su lei.

Esto es la verdad. El fin esencial de la masonería es éste: minar todo órden relijioso i social; dirijir paralelamente i a igual profundidad, sus trabajos de zapa i de demolicion bajo los altares i los tronos que aun están en pié: ¡Mui ciego será quién no la vea!

La masonería dice a voces que tiene una antorcha para alumbrar al mundo; pero es una tea para incendiarlo.

(136) *El Mundo Masónico*, t. XIV, p. 430

Las doctrinas que dominan en sus lojias son la impiedad, la negacion radical del cristianismo, e implícita i realmente, no solo la de Jesucristo sino tambien la de Dios; no solo la de la relijion cristiana sino la de toda relijion, de todo culto—¡Estos son los progresos que sueña para la humanidad!

I la forma política que persigue para realizar estos designios, para constituir esta sociedad nueva, sin creencias, sin culto, sin Cristo i sin Dios, es la República; pero la República democrática i social.

Esto es lo que hai, por la fuerza de las cosas, en el fondo de toda esta fragua masónica, sean cuales fueren las ilusiones e inconsecuencias de algunos masones alucinados.

Este es el sentido de sus mas elevados símbolos.

Estas las ideas que elaboran en las lojias i que, gracias a la potente i vigorosa organizacion masónica, i a la activa propaganda que mantienen en el mundo profano, se esparcen, con asombrosa rapidez, en todos los hogares de una sociedad entera.

I dia llegará, cuando las ideas hayan terminado su camino, en que saltarán las minas i el desquiciamento se hará jeneral.

Hemos demostrado como en cada trastorno político i social, los masones pueden, como al dia siguiente de Febrero, *saludar* el triunfo *de sus ideas;* hé aquí como la masonería se *mezcla, activamente, en las luchas cuotidianas* i *desciende a la arena política;* i como es cierto, en la práctica, segun la expresion de M. Enrique Martin, que ella es el LABORATORIO DE LA REVOLUCION.

CONCLUSION.

I.

CONDENACION DE LA MASONERIA POR LA IGLESIA.

¿Podria álguien asombrarse, despues de todo lo expuesto, que los Papas i los Obispos hayan condenado la francmasonería? ¿No es verdad que con ello han cumplido un gran deber i hecho un servicio señalado a la humanidad?

Desde hace dos siglos, es decir, desde que la masonería se desarrolló, no diré se fundó, en Europa, los Papas no han cesado de estar alertas sobre ella. En el siglo XVIII, dos de ellos, Clemente XII i el sabio Benedicto XIV; i, en el siglo XIX, Pio VII, Leon XII, Gregorio XVI i, finalmente, Pio IX han pronunciado contra ella los anatemas mas solemnes i merecidos.

Bastará a mi propósito citar aquí algunos pasajes de la célebre Bula QUO GRAVIORA, de Leon XII, i una reciente alocucion de Pio IX.

El Papa Leon XII, en esta bula, trae a la memoria los anatemas pronunciados en contra de la francmasonería, desde Clemente XII; declara a esta institucion enemiga abierta *de la Iglesia Católica;* recuerda, en fin, la bula da Pio VII, su inmediato predecesor, i, despues, él mismo renueva todas estas condenaciones:

"Poneos en guardia contra las seducciones i los discursos lisonjeros que se emplean para haceros entrar en estas sociedades. Convenceos que nadie puede enrolarse en ellas sin cometer un pecado gravísimo."

Leon XII agregaba las palabras siguientes, dirijidas a los alucinados:

"Aunque no haya la costumbre de exhibir lo que existe mas digno de censura a la vista de los que no han llegado a los grados eminentes, está, sin embargo, manifiesto que la fuerza de estas sociedades, tan peligrosas para la Relijion, se aumenta con el número de los que ingresan."

En seguida, con los acentos de la mas viva caridad, conjura, a los que se han dejado seducir, a alejarse, cuanto ántes, de las lojias, i prohibe, bajo las mismas censuras fulminadas por sus predecesores, hacerse iniciar en la francmasonería.

En fin, Pio IX, piloto vijilante de la nave de la Iglesia, a despecho de las tempestades que a él mismo lo combaten, ha hablado a su turno, i recordando, en su alocucion del 25 de setiembre de 1865, las advertencias hechas sobre la masonería por sus predecesores, prosigue: "Desgraciadamente, estas advertencias no han tenido el éxito deseado, i Nos hemos mirado como un deber condenar nuevamente esta sociedad, en atencion a que, por ignorancia, podria quizás surjir la falsa opinion de que ella es inofensiva, que solo tiene por fin la beneficencia i que, por consecuencia, no podria ser un peligro para la Iglesia de Dios."

Esta es. en efecto, la ilusion que sirve de verdadero lazo i de principal aliciente a los que ingresan en la masonería. El Santo Padre, despues de haberla señalado, agrega:

"Nos, condenamos esta sociedad masónica—i las demas sociedades del mismo jénero que, bajo diferente forma, tienden al mismo fin—con las mismas penas señaladas en las constituciones de nuestros predecesores; i esto afecta a todos los cristianos, de cualquiera condicion, rango o dignidad i por toda la tierra."

Por esta razon, todos los Obispos de Béljica, en una circular colectiva sobre la francmasonería, hicieron las siguientes declaraciones:

"Está rigorosamente prohibido tomar parte en dicha sociedad i, los que lo hagan, son indignos de recibir la absolucion, miéntras no renuncien sinceramente a ella." (137)

Por esta misma razon, tambien, los Obispos de Irlanda, reuni-

(137) *Circular* del episcopado belga, diciembre, 1837.

dos en Dublin, en abril de 1861, en una pastoral dirijida al clero i fieles de sus diócesis, señalaban, entre otros peligros contemporáneos, a la francmasonería, i decian: "Es para nosotros un deber sagrado apartaros de estas sociedades funestas i especialmente de la francmasonería."

Por esta misma razon, finalmente, porque ya basta de citas, los Obispos de la libre América del Norte, reunidos en Concilio, en Baltimore, señalaron tambien i condenaron, en una carta pastoral dirijida a sus diocesanos, la sociedad masónica.

¡Cuántas veces, en Francia, el episcopado ha levantado la voz para repetir las condenaciones pontificias i revelar la incompatibilidad de la masonería con el cristianismo!

Lo que pensaban los Obispos en Francia, Béljica, Inglaterra i América piensan tambien los de Alemania. Tengo a mi vista, en este momento, el folleto publicado por Monseñor de Ketteler. La conclusion de esta tranquila i sabia discusion es ésta:

"Vemos, pues, de un lado a la Iglesia Católica i del otro a la moderna francmasonería. Aquí, la obra de Dios, del Cristo i de todos los que creen en El; allí, la obra de los hombres que reniegan de Dios i su Cristo, o, al ménos, que lo abandonan. Un católico que se hace francmason *deserta del templo del Dios vivo para trabajar en el templo de un ídolo.*"

Ademas, hai francmasones que convienen en esto; así EL MUNDO MASÓNICO cita estas palabras de Monseñor el Obispo de Autun: "Si se quiere permanecer sinceramente cristiano, no se podria ser al mismo tiempo francmason." Despues el diario francmason agrega: "El prelado TIENE RAZON EN HABLAR ASÍ. Está en su derecho i cumple con su deber." (138)

II.

DEDUCCIONES PRÁCTICAS.

Estos son los hechos a cuyo término nos encontramos. He expuesto simplemente lo que es, lo que se dice i se hace en la masonería.

¿Es esto decir, sin embargo, que todas las cosas masónicas sean anti-cristianas i todos los francmasones impíos?

He hecho aquí las distinciones i reservas necesarias.

Sí, hai francmasones que no saben aun que la Iglesia haya condenado la masonería; entre ellos *por ignorancia*, como decia el Papa Pio IX, *ha podido surjir la falsa opinion de que la francmasonería es inofensiva i solo tiene por fin la beneficencia*, la filantropía i la moral; i, no estando iniciados en las interioridades de la so-

(138) *El Mundo Masónico*, mayo, 1862, páj. 2.

ciedad masónica, no perciben, bajo de esas pomposas palabras que resuenan sin cesar en las lojias, la impiedad, la guerra hecha al cristianismo, el apoyo prestado por ellas a las revoluciones.

¡Pues bien! Diré a estos masones no desengañados aun: si es la filantropía la que os arrastra, ¿qué necesidad teneis de ser masones? Sed cristianos i eso os bastará. ¿No existe en el cristianismo toda beneficencia? ¿No es él quien ha mostrado al mundo la caridad? (139) ¡La caridad! virtud mucho mas fecunda, que comunica al hombre luces e inspiraciones que la simple filantropía jamas le comunicó. Sí, la caridad eleva a la filantropía a alturas a donde por sí misma no habria jamas alcanzado, i allí le descubre horizontes nuevos i sin límites: en una palabra, la caridad apoya al pobre corazon humano sobre el corazon de Dios, i, sin abandonar ninguno de los motivos puramente humanos de amar a los hombres, comunica al amor del hombre por el hombre, el ideal puro, fecundo, infinito del amor mismo de Dios por la humanidad.

¡I la moral! ¡Hacer a los hombres mas virtuosos! Seguros de esta pretension, si ella fuera eficaz, el cristianismo solo deberia aplaudirla, porque eso mismo es lo que él desea, con anterioridad a la masonería i en mayor grado que ella. Pero espliquémonos: ¿cómo es entendida la moral entre vosotros, no digo por tal o cual francmason engañado, que no ha franqueado todos los grados de la iniciacion i que jamas los franqueará, sino por la francmasonería i los jefes, cuyos textos he citado? Se proponen una moral que dispensa de toda creencia, una moral sin Dios i sin ninguna relijion: en otros términos, la masonería quiere que el hombre viva sin culto, sin preces, sin altares, sin Dios i sin Cristo sobre la tierra.

Pues bien ¿es esta doctrina distinta del ateismo práctico?

A un lado los pretextos.

Una de dos: o sabeis lo que es la masonería, o, retenidos en grados inferiores, no lo sabreis jamas; i entónces o trabajais eficazmente por la obra masónica o no trabajais por ella: en el primer caso, traicionais evidentemente vuestra conciencia i la fé cristiana; en el segundo ¿qué haceis allí?

Se necesitan tiempos de decadencia filosófica, como los nuestros, para prescindir de semejantes contradicciones i asociarse a tales incompatibilidades.

(139) Imposible se me hace no repetir que los francmasones han declarado: que la beneficencia *es uno de los caractéres ménos* esenciales de la masonería; i en el fondo nada hai ménos caritativo que la masonería, lo atestiguan las confesiones de muchos de sus miembros: el H.·. Accary, padre, miembro del capítulo de la *Perseverante Amistad*, decia, no ha mucho, en el Gran Oriente de Francia, del cual era delegado: "La masonería, segun el art. 1.° de la constitucion, tiene por objeto la beneficencia. Sin embargo, a excepcion de nuestra *Casa de Socorros* (cuyos recursos son tan exiguos que me admiro merezca mencionarse en una fiesta solsticial); *no veo nada que atestigüe la manera como la masonería ejerce la beneficencia.*" Véase *El Globo*, revista masónica, t. III, p. 163.

Si sois cristianos, no entreis jamas en las lojias, bajo ningun pretexto, i aun si sois hombres sérios, enemigos de fantasmagorias ridículas i de misterios sospechosos ¡alejaos de allí! o si, seducidos por el título, por las exterioridades, i a impulso de vuestras buenas intenciones, habeis penetrado en ellas, retiraos.

Se elabora en su seno, apesar de vosotros, una obra radicalmente anticristiana, lamentable para la salvacion de las almas. ¡Cuántas veces hemos tenido el dolor de palpar esos funestos resultados!

¿Cómo se ingresa, de ordinario, en las lojias? Cumple un jóven los veinte años; carece de experiencia, pero posee un temperamento ardiente i jeneroso; cuenta con algunos amigos, mayores en edad que él, los cuales han sido reclutados ya por la propaganda masónica. "¿No querrias acompañarnos? le dicen." El jóven vacila desde luego. "¿I qué haceis vosotros en la lojia? pregunta." Los amigos le ponderan el fin de la sociedad; le manifiestan el número de amigos que contará en ella; le hablan de filantropía i de progreso. Estas deslumbradoras i vacías palabras van seduciendo poco a poco al incauto, hasta que, por fin, no resiste mas i se abandona a sus amigos. Héle aquí conquistado; i, dado el primer paso, recibida una vez la iniciacion, las ligaduras se estrechan poco a poco, de manera que aun cuando haya entrado en la secta con principios relijiosos, mui luego, empapado en el espíritu que sopla en las lojias, se irán desvaneciendo de su intelijencia sus antiguos principios i de su vida las prácticas relijiosas.

I, en la realidad, en la práctica cuotidiana de la vida ¿qué es lo que observamos? Vemos que, para la inmensa mayoría de sus miembros, la masonería ocupa el lugar de única relijion; vemos que los hombres que frecuentan las lojias, no concurren a los templos cristianos. La lojia ha reemplazado a la Iglesia. Se va extinguiendo en ellos la fé, se olvidan de la oracion, desconocen el Evanjelio i reniegan de los sacramentos. Para ellos no existe la relijion. Estas vagas aspiraciones, esta moral sin Dios, estas vanas ceremonias, estos símbolos vacíos les basta, i, poco a poco, son conducidos al extremo de no tener otra relijion, ni otro culto. Si se inician en algun empleo o son condecorados con alguna insignia masónica, es mucho peor; los lazos se estrechan i los atan mas i mas; aumenta en ellos el alejamiento por todo lo que se refiere a la relijion; las lojias los encadenan para siempre. I cuando llega la hora de la muerte, cuando la familia, anegada en llanto i recitando preces, los conjura a pensar en la salvacion de sus almas, frecuentemente ¡ai! todo esto es en vano. Hemos presenciado algunas de estas obstinaciones inexplicables, en hombres conmovidos por el celo i la amorosa solicitud de un buen sacerdote e inclinados por él hácia el cristianismo, i a quienes no faltaba para ser enteramente cristianos, sino el último paso, la protestacion de la fé i la adoracion necesaria de Jesu-

cristo; pero nó, no han llegado hasta el fin, i la causa secreta de sus resistencias estaba allí i no en otra parte: la masonería los habia hecho suyos, pesaba sobre sus almas, i ellos no se atrevian, ni aun en su lecho de muerte, a sacudir su yugo i a considerarse desligados. ¡Cuántas familias cristianas saben que lo que decimos es mui verdadero i que a la masonería han debido este supremo dolor!

Para nosotros, pastores de los pueblos, no es ciertamente un sentimiento pequeño el que nos causa ver en este siglo tantas almas, tan bien dispuestas para ser cristianas, i tan próximas de serlo, alejarse así de nosotros, i buscar, por otra parte, en el vacío i en la falsedad, sin nosotros i declarándose enemigos nuestros, las luces, las virtudes, los progresos, cuya fuente fecunda, cuya única i poderosa inspiradora, es la divina relijion del Salvador de los hombres.

¡Qué desgracia i qué justo motivo de amargas lágrimas es ver a tantos hombres, a quienes amamos, agotar así sus fuerzas i su vida en pretender edificar sin Dios i contra Dios!

Terminamos aquí este estudio sobre la francmasonería. Lo hemos escrito sin odios contra las personas; pero no sin una profunda tristeza, viendo las deplorables contradicciones de tantos de nuestros contemporáneos con la relijion en cuyo seno han nacido, i esta poderosa organizacion de la incredulidad o del indiferentismo relijioso en el mundo. Lo que me causa tambien un dolor inconsolable es el ver, por consecuencia, en tantas naturalezas jenerosas, tantos esfuerzos extraviados; buenas i sinceras voluntades engañadas en un objeto; el progreso del mundo perseguido al reves, en sentido contrario de su verdadera direccion; la division, en fin, en lugar de la union en la humanidad. ¡Ah! este templo de la Fraternidad i de la Unidad, que decis, quereis construir, existe, pero ha sido construido por la mano de un Dios i no por las manos de los hombres; no tiene por base la ruinosa negacion, reposa sobre la fé, firme i fecunda. Este edificio es la grande Iglesia Católica. Venid a él tambien vosotros: teneis lugar señalado en él: este templo de Dios invita a todos los hombres a acojerse en su seno. Jesucristo ha muerto por vosotros como por nosotros. Él es el Salvador i el iluminador del jénero humano. Venid, pues, a él, i trabajad con nosotros. Obstinaros en edificar sin Dios i contra Dios, os lo repetimos con la misma palabra divina, será un trabajo eternamente estéril, tan inútil como culpable.

¡NISI DOMINUS ÆDIFICAVERIT DOMUM, IN VANUM LABORAVERUNT QUI ÆDIFICANT EAM!

MELODIAS.

I.

MIS VERSOS.

El pobre verso mio
Es como el ave implume
Que apénas, mui apénas
Asoma al nidal dulce.
¡El pobre verso mio!
¡Ai! como el ave implume
Que se resguarda, tímida
Del céfiro que bulle.

I como flor traida
Del seno de los bosques,
Que al separarse de ellos
Perdió su aspecto noble;
Al separarse de ellos,
De los discretos robles
Que tiernos protejian
Sus tímidos amores
I que tan solo guarda
De perdidos olores,
Como un perfume vago,
La soledad del bosque.

II.

AMOR PROFANO.

Un profundo silencio
Reina en la sala;
Un profundo silencio
Cuando dos se aman;
I si el labio enmudece,
Los ojos hablan.
Pero un jóven amigo,
Que yo trataba,

De este mudo lenguaje
No entiende nada.
¡Oh jóven indiscreto!
Tu la acosabas
Exijiendo una prueba
De sus palabras
I ella, la pobre niña,
Ruborisada,
Sus labios inocentes
Darte no osaba.
Bien lo sabes tú, jóven,
Ella te ama
¿I le pides la prueba?
Yo sé la causa....
¡Oh crüel estudiante!
Yo te miraba
Cuando ibas al colejio
Por la mañana,
I al pasar por la calle
De las acacias
Deshojabas de intento
Las flores blancas.
¿No tuviste una madre
Que te enseñara
Que las flores se hicieron
Para mirarlas?
Tú no vez la belleza
Sin destrozarla,
Ni ves la dulce niña
De mejilla alba
Sin que tu labio inquieto
Vaya a empañarla.

III.

VELADA.

La noche está serena
Convida a meditar:
Ni una nube en el cielo
Ni un ruido en la ciudad.
En la pequeña choza
Consumióse el hogar,
La pobre buena madre
Al perro hizo callar,

El sueño de los niños
Un ánjel guarda ya.
La noche está serena
Convida a meditar.

Abril de 1875.

JUAN AGUSTIN BARRIGA.

EPIGRAMAS.

(TRADUCIDOS DE MARCIAL.)

A LICINIANO.

Gusta Verona de los dulces versos
De su docto Catulo; con Virjilio
Mantua es feliz; no ménos con Horacio,
I con Aruncio Estela i con su Livio,
Se enorgullece Pádua; a Apolodoro
Lo aplaude siempre el desbordado Nilo;
El Abruzo resuena i la Calabria
Con el nombre inmortal del grande Ovidio;
De ámbos Sénecas habla i de Lucano
Córdoba la opulenta; del festivo
Canio, se alegra la marina Cádiz;
Con mi Deciano, Mérida; contigo
Nuestra ciudad se engríe, oh Liciniano;
¡Ni callará mi patria el nombre mio!

A QUINTILIANO.

Déjame, Quintiliano, ilustria guia
De la insconstante juventud, lumbrera
Del romano saber, pues lo deseo,
Vivir me deja en grata medianía:

No me halle el año, en su fugaz carrera,
Entregado a un inútil devaneo.
Nadie se queja, nadie
Del triste peso de una larga vida.
Se empeña aquél en aumentar la hacienda
Que heredó de su padre, i oprimida
De innúmeras estátuas
Su casa ve: a mí, en tanto,
Me agradan mucho mas, la seca leña
Que en el ardiente hogar chisporrotea,
I mi pajizo techo
Que ni el negro humo, ni el hollin desdeña,
La yerba de la hoz nunca tocada,
I una límpida fuente;
Tenga yo una fiel criada
I una modesta esposa dilijente,
Dias exentos de afanoso empeño,
Noches tranquilas, de tranquilo sueño.

FRANCISCO CONCHA CASTILLO.

ARQUEOLOJIA AMERICANA. (1)

En la América del Sur no hai talvez pais mas a propósito que el Ecuador para los estudios de Arqueolojia Americana, pues se encuentran sembrados en casi toda su extension, monumentos antiguos que convidan a su estudio. En la provincia de Manabí se hallan vestijios importantes de los aboríjenes, como sillas de piedra, plazas artificiales, destinadas sin duda a servir de lugar de reunion a grandes asambleas. Las excavaciones casuales que se han hecho, arrojan pruebas inconcusas de una civilizacion bastante aventajada. El señor jeneral don Francisco Javier Salazar encontró un molde en piedra para estampar el rostro humano, semejante a los *cammeos* o sellos grabados en piedra onix de que se servian los romanos. No se sabe el paradero de este molde, perdiéndose así una elocuente prueba del adelanto a que llegaron en las artes figurativas los aboríjenes de la América.

(1) "Apuntes que deben acompañar a la coleccion arqueolójica americana que el R. P. visitador apostólico, Fr. Benjamin Rencoret, envia a la Exposicion Internacional de Chile en 1875."

Cerca de Quito tenemos el palacio de Callo, atribuido por algunos a Hualcopo Sciri XIV, elevado al trono en 1440. Tiene a su lado un cerro, que creen artificial, porque es perfectamente redondo, pero yo lo tengo solo por redondeado, porque tiene una cantera i una vertiente. Su mismo nombre de *Callo* (lengua) indica que su destino era servir de atalaya a los centinelas avanzados para descubrir al enemigo a larga distancia.

Pero Cuenca es, sin disputa, la provincia mas rica en monumentos. Allí se notan vestijios de pueblos antiquísimos. Demos una ojeada a los fundados por los tres últimos Incas. Tupac-Yupanqui en 1470 levantó el Inga-pirca (muralla del Inca) i el Inga-Chungana (recreo del Inca) cerca de Hatun-Cañar. Tambien son dignos de admiracion la gran *Tomebambá* i el camino real, quizás el mas famoso del mundo. El B. de Humboldt dice que se puede comparar a los mas bellos caminos romanos que se ven en Italia, Francia i España. Que los arqueólogos se apresuren a estudiar estos monumentos, porque dentro de poco ya no existirán. Es mucha la indolencia con que se miran por acá esas reliquias de los tiempos primitivos, i se permite ademas que los *huaqueros* impunemente los destruyan por buscar tesoros. Mui de otra manera se tratan tales cosas en otras partes. En Santiago, la casa de Pedro Valdivia, por ejemplo, se conserva tal como la dejó su dueño al traves de 334 años i se le adorna ademas con un monumento relijioso, con que la patria da a su fundador una prueba de respeto, amor i gratitud. Pero del Inga-pirca solo queda el fuerte que dentro de mui poco rodará a una profunda quebrada que tiene a un lado, pues ya principia a desmoronarse, i del famoso cuartel, que hubiera dado mucha materia a los injenieros militares, se notan, en una legua a la redonda, las piedras talladas que forman los vallados de los potreros i de los corrales.

Se equivoca César Cantú cuando asegura que los peruanos construian sus edificios reuniendo grandes montones de piedras colocadas unas sobre otras hasta una considerable altura, pero que no sabian igualarlas, limitándose a arreglar la piedra inferior para que la superior encajase bien, operacion por cierto mui difícil i fastidiosa; se equivoca, decimos, porque las piedras eran tan bien labradas como las mejores de ahora i asentadas sobre una argamaza mejor que el cimento romano. Conocieron tambien los peruanos la cal i el yeso, como lo muestran muchas construcciones i especialmente el puente llamado Puma-Pungo (Puerta del Leon) de cal i piedra, que ha resistido a los siglos i al choque perenne del rio. Esa misma via real que tanto pondera el señor Cantú es una construccion de yeso i piedra. (2)

(2) A la cal preparada ponian un betun que producia una mezcla admirable, cuyo secreto no aprendieron los conquistadores por incuria. El yeso lo empleaban como ingrediente de una composicion tan dura como el pedernal: esta preparacion parece emplearon en la via superior.

El pueblo de Chordeleg merece un estudio particular por los vestijios de antigüedad que encierra. Ahora es un lugar miserable habitado por pobres labriegos, anejo a Gualaceo; pero demuestra haber sido poderoso i rico; contiene dos fortalezas de piedra i barro mui distintas de los *Pucarás* (fortalezas formadas con las murallas que resultaban de cortar un cerro a plomo) de los Caras. En una *huaca* se encontró un cuadro de *Capulí* (3) que parece ser el plano de la ciudad, porque a sus extremos se distinguen las dos fortalezas mencionadas i ademas algunas divisiones del terreno. Este tablero tiene en los bordes algunos jeroglíficos que no será difícil descifrar con la paciencia i el estudio. (4)

Desde hace 22 años se han venido descubriendo en este pueblo grandes depósitos de oro en las *huacas;* hasta tal punto esto ha excitado la *auri sacra fames*, que el entusiasmo por las *huacas* (5) ha creado asociaciones en que toman parte hasta las mujeres. Parece que este oro provino del lavadero de Collay, que está como a tres leguas al poniente.

Esta fiebre por excavar *huacas* presenta una bella ocasion para estudiar antigüedades a mui poca costa, pues bastaria asistir a tales excavaciones para pasar en revista objetos importantísimos. Los *huaqueros* tienen unas baquetas de hierro para picar los sitios que ellos pretenden saber distinguir; si la tierra está suelta o con piedras le dan a la circunferencia i precisan la *huaca*. Dicen que estas huacas se manifiestan por llamaradas que exhalan de noche; si la llama es amarilla, contiene oro, si verde, cobre, si azul, plata. ¡Famosa mineralojía que se han forjado!

Al describir las *huacas* es necesario distinguir las ordinarias i las ricas. Estas son circulares como de cinco metros de diámetro: en la pared hai un nicho que llaman *bolson* donde está el Curáca (casique) con una o mas mujeres predilectas a su lado, la puerta está cerrada con una reja de bastones de oro, de los cuales unos son mayores i con casquillos a semejanza del que lleva el tambor mayor en las bandas militares, otros son menores pero adornados con jeroglíficos, i los demas llanos para indicar sin duda las diversas categorías de los subalternos del muerto. Los bastones tenian el interior de madera de chonta, lo que da una idea de economía i civilizacion. En el medio de la *huaca* hai un grupo de nobles que se distinguen por sus adornos de oro no tan ricos como los del jefe; despues sigue otro grupo de soldados o servidumbre con adornos de barro. Yo conjeturo que todo este cortejo se enterraba vivo, como se acostumbraba en el Perú i Méjico; aunque algunos autores suponen que los mataban ántes, pero

(3) El capulí es un árbol parecido al peumo chileno, tan espontáneo que se da de semilla en toda temperatura; produce una guinda pequeña, dulce; su madera es incorruptible, como lo prueba el caso citado.

(4) Sabemos que nuestro distinguido amigo el doctor Julio Matobelle ha hecho ya este estudio con la crítica i erudicion que acostumbra.

(5) *Huaca, huakca*, idolo, cosa extraordinaria.

nada de extraño tendria que esto sucediera en un pueblo bárbaro cuando en la India queman a la viuda viva con el cadáver de su marido, i esto en pleno siglo diezinueve i apesar de la civilizacion inglesa. (6) Probable es que esas víctimas desgraciadas hayan sido enterradas en un estado de completa embriaguez producido por la *chicha* que han usado desde tiempo inmemorial en las fiestas fúnebres. Se comprende ademas que no tendrian mucha dificultad para prestarse a semejante empresa, cuando esperaban ir en compañía de su jefe a gozar en rejiones encantadas placeres imajinarios, porque la idea que de la otra vida tenian era mui grosera e imperfecta.

Esta extraña tumba era cubierta de una manera tambien extraña. Los deudos i allegados del difunto traian piedras con que formaban la primera capa, i luego la multitud acababa de llenar hasta la superficie con tierra.

Despues de la *huaca* principal (*capitana* la llaman los huaqueros) seguian otras en línea recta i una aislada, indicando, sin duda, el cuerpo de guardia con su oficial: estas huacas eran siempre pares, nunca impares, lo que prueba que entre estas jentes el número ímpar era fatídico.

En las provincias del norte de Pichincha e Ibarra, estos sepulcros llevan el nombre de *Tolas*, i son mui diversos de las *huacas*. Las trae diseñadas la "relacion histórica del viaje a América de don Jorje Juan i don Antonio de Ulloa." La manera como se verificaba el entierro es el siguiente: colocado el cadáver en la superficie de la tierra en cuclillas, los parientes acarreaban piedras para hacerle una bóveda, i la multitud echaba tierra hasta formar un cono mas o ménos elevado. Tambien hai *tolas* de figura cilíndrica, de diversa magnitud, segun la calidad del muerto. Esto de enterrarse fuera de los poblados en lugares inmediatos a los adoratorios i los ritos empleados, tiene talvez algo de ejipciano. El ritual de los entierros de otras partes, i especialmente de Chordeleg, no tiene quizá parecido en el de ningun pueblo antiguo, sino alguna semejanza jenérica con los ritos i costumbres cristianas. Esto sin duda i otras prácticas relijiosas observadas en el Perú i en Méjico ha hecho creer que los americanos tuvieron noticia del cristianismo. En efecto, varios autores (7) aseguran

(6) Cevállos en su historia, lib. 1.°, p. 143, dice que las esposas i concubinas de los hombres de cuenta debian sepultarse con sus maridos i amigos, sino todas las mas amadas del muerto. Las viudas de los hombres del vulgo no tenian tal deber, sino que eran libres para elejir entre sepultarse o quedarse con vida, con tal de cortarse el pelo i permanecer largo tiempo abandonadas al dolor, celebrando ademas ceremonias bastante rigorosas.

(7) Don Francisco Antonio de Montalvo, en su "El Sol del Nuevo Mundo" o vida de Santo Toribio de Mogrovejo, impreso en Roma en 1683, pájina 325, dice que Santo Tomas predicó la fé en el Perú, Brasil i Paraguay, que dejó impresos en una peña sus plantas, rodillas i báculo en el pueblo de Calimapo, provincia de Chachapoyas, al oriente de Cajamarca; que Santo Toribio fué con mucha jente a venerar este piadoso recuerdo, que intentó trasladar la piedra al pueblo vecino i no pudiéndolo conseguir mandó construir un templo sobre dicha piedra. Don Ramon Ordóñez,

que el apóstol Santo Tomas estuvo en el Perú, i que para perpetua memoria dejó grabados en una piedra los piés, las rodillas i el báculo. Que estuvo en el Callao, donde fué azotado, por lo que maldijo el pais i sacudió las sandalias por no llevar consigo el polvo maldito; que de allí atravesó la sierra i vino al Ecuador por el Pongo de Manceriche, donde plantó un árbol sobre la dura peña.

El ilustrísimo señor Plazas, obispo de Cuenca, muerto hace 18 años, que fué misionero entre los salvajes orientales 40 años, contaba que las longuitas (jovencitas indias) cuando llegaban a la pubertad formaban de hojas de árbol un libro en que iban escribiendo los hechos mas culminantes de su vida i lo entregaban al marido el dia del desposorio, quien lo conservaba como una reliquia i despues de su muerte se enterraba con él al pecho; costumbre que no deja de tener alguna semejanza con la de los discípulos de Santo Tomas que se enterraban con el Evanjelio al pecho. Curioso seria e importante hacerse de alguno de esos libros; por él podría quizá comprobarse esta tradiccion, i conocerse qué sistema de escritura usaron los indíjenas.

En el llano de Callo hai una piedra que, segun refiere el padre Velasco, conserva los vestijios que en ella dejó San Bartolomé estampados. Los indios hasta ahora al pasar por delante de ella le hacen una reverencia i depositan a su alrededor piedras bonitas i toman otras de las ofrecidas anteriormente, con que se frotan las piernas para no cansarse en el camino i tener un viaje feliz.

Pero descendamos a consecuencias prácticas. Urjente necesidad es que se funden en todas las secciones de América academias arqueolójicas para analizar los monumentos que existen ántes que perezcan, i con ellos perezcan los mas preciosos recuerdos del pasado, como ya lo lloran respecto de muchos la ciencia i la historia. Este estudio nos es tanto mas necesario a nosotros los americanos, cuanto que no podemos ni siquiera bosquejar nuestra historia antigua si a él no recurrimos. Debemos interrogar esos monumentos para arrebatar a esa civilizacion desconocida secretos que talvez ignora la moderna apesar de sus prodijiosos adelantos. I no será difícil que ellos nos muestren huellas frescas de los pueblos que en América nos precedieron, nos expliquen su oríjen, nos cuenten su historia, nos den a conocer su poder, sus costumbres, sus virtudes, sus vicios, su vida íntima. Preguntemos a las piedras, al barro i a los metales i ellos nos retratarán a los aboríjenes porque los conocieron.

Vergüenza deberia causar a la América del Sur su indolencia por su historia antigua, cuando la del Norte i la Central ya casi

provisor de Ciudad Real (Centro América) toma al gran Quezal-Kohuatl por Santo Tomas i dice que fué trasportado milagrosamente de la India a la América para predicar el Evanjelio, i despues de fundar el imperio de Méjico se volvió. (Historia del cielo i de la tierra.)

la completan. Méjico i Guatemala, apesar de la perpetua anarquía en que se encuentran sumerjidos, hacen excavaciones, descifran jeroglíficos, determinan la escritura de los pueblos antiguos, dando así inmensos materiales a las sociedades científicas de Europa i a la historia del jénero humano. (8)

Es necesario apresurarse a estudiar el arte militar de los antiguos pobladores del Ecuador ántes que sus vestijios sean destruidos, ora intencionalmente por la mano del labrador, ora por la accion corroedora del tiempo. Apénas hai en el Ecuador un cerro que no tenga sus *pucarás*, fortificaciones mui usadas por los Sciris Caras i por los Incas peruanos. El mas célebre que he visto está cerca de Riobamba, en *Chuquipogyo*, tiene como seis millas de extension i empieza desde la base i llega hasta la cima del cerro: aquí se dieron las mas sangrientas batallas entre Cancha i Huaina-Capac. Otro *pucará* célebre hai tambien en la hacienda de Pecillo, provincia de Pichincha, formado por Huaina-Capac para protejer la retirada en la derrota que sufrió de los *Caranquis*. Curioso seria estudiar el arte militar de los *Chimus*, *Caras*, *Quitus* i *Cusqueños* i ver si habia alguna semejanza con el de los indomables Araucanos. Desde luego, yo osaria afirmar que no hai ninguna, porque los araucanos, en lugar de encerrarse en *pucarás*, o cosa que lo valga, estaban siempre a la ofensiva en campo raso, o buscaban al enemigo en sus mismas fortificaciones. ¡Araucanos inmortales, guerreros invencibles, héroes dignos de la epopeya, vuestro nombre no parecerá jamas! Este rasgo histórico me inspira un presentimiento lisonjero, pero justo, sobre el porvenir venturoso de la amada patria: Chile debe ser grande porque así lo exijen su situacion topográfica i sus antecedentes en la historia del pasado. Los araucanos, primitivos habitantes de Chile, que conservan la enerjía i vigor de su oríjen, deben pertenecer a la raza mas antigua i mas noble que vino a la América; así parece deducirse del *Popol Vuh* (libro sagrado) i de los libros heróicos e históricos de los *Quichés*, indíjenas de Guatemala. En el primero se refiere que vino del oriente de allende el mar un personaje llamado *Quezalcohuatl*, (Sierpe armado de plumas) llamado en Guatemala Cucumatz, que fué patriarca de los Nahuales o Nahuas, quienes fundaron la ciudad de *Tula*, en Méjico, de donde se deriban los Toltecas. Estas naciones fueron repelidas por otras que vinieron despues hácia Centro América, Panamá i el Ecuador, i que se establecieron en la costa del Pacífico desde el Ecuador hasta Chile. Estos mismos son los llamados *Chimus*, o jigantes, por su valor extraordinario i por su corpulencia i fuerza de jigantes, como lo acreditan sus obras verdaderamente ciclopeas que se ven en Tiahuanaco, en la isla de la Plata, en Santa Elena i especialmente en su capital, cuyas ruinas, descritas por Rivero,

(8) Léanse las obras del abate Brasseur de Bourbourg. La historia de Guatemala por el Ilmo. señor doctor Francisco de Paula García Pelaez. Juarros, Compendio de la historia de Guatemala, etc.

existen cerca de Trujillo, donde residia su jefe el gran Chimu-Canchu. Estos monumentos debian compararse con los que se han encontrado en la isla de Pascua. Quizá si los habitantes de aquella isla fueron *Chimus;* quizá si Chile i el Perú, estuvieron ántes formando un solo continente con la isla de Pascua. La lengua de los *Chimus* diferente del Quichua i del Aymará, segun asegura M. Leonce Angrand; i el abate Brasseur cree encontrar analojía entre ella i la araucana por una parte, i por otra con la lengua de los Wabi, habitantes del lago de Tehuantepec. (9)

Todo lo cual prueba que la raza primitiva chilena desciende de los *Chimus*, que desde que se estableció en Chile permanece pura, orijinal, con su fuerza, corpulencia, valor i nobleza que tuvo al principio, sin que jamas pudiese dejenerar o debilitarse con la mezcla de razas enervadas: caractéres que hasta ahora conserva inalterables.

Chile fué inconquistable porque estaba aislado por la naturaleza de todos los pueblos limítrofes; era como una rama cortada de su tronco, una fraccion del jénero humano tan separada del resto, que por mucho tiempo se ignoró su existencia. De los Incas Tupac-Yupanqui oyó decir que al sur de sus dominios habia una nacion poderosa i mandó a su jeneral Chinchiruca con 40,000 soldados a conquistarla, pero su orgullo i pujanza nunca resistida se estrelló a las orillas del Maule contra las lanzas de los Promaucaes. Chinchiruca tuvo que replegarse a la derecha del rio i entablar relaciones amistosas con nuestros belicosos araucanos. Los españoles tuvieron tambien que envainar su espada teñida en la sangre de mil naciones en presencia de los araucanos, i la patria con sus 1,500 soldados de línea, ayudados por la guardia nacional, apénas puede contener sus avances, no digo conquistarles. El araucano siempre combatido i nunca vencido se distingue de los demas americanos por su frenético amor a la libertad, que jamas vende a ningun precio. Su enerjía de carácter, su vigor i valentía muestran que es descendiente del gran Quezalcohuatl, primer fundador del imperio mejicano, cuyos descendientes conquistaron al Perú i a Chile 1,500 años ántes de la era cristiana.

El que los araucanos no hayan dejenerado de su oríjen se debe en gran parte al clima del pais que les cupo en suerte; en efecto Chile goza del clima mas bello que se conoce en la zona templada. Los indios del Chippway que se encuentran casi en la misma latitud boreal, tienen mucha semejanza en ideas i costumbres con los araucanos. I a próposito de influencias climatéricas debemos notar con orgullo i complacencia nuestra, que Chile está situado en la misma latitud austral de la gran república en la septentrional desde los trópicos hasta los polos. Analojía que

(9) Brasseur, Revista oriental i americana, tomo V, páj. 261, Junvier, 1861, M. Hyacinthe de Charencez. Estudios de filolojía comparativa.

augura a Chile el mas venturoso porvenir, si el jenio del mal no anubla su bello horizonte i lo impide conquistar el explendor que le destina la Providencia.

Chile, que marcha a la vanguardia de las secciones sud-americanas deberia dar un ejemplo de alto americanismo fundando una *Academia Arqueolójica Americana* para estudiar las materias siguientes:

1.° *Arqueolojía*, que abrace los monumentos antiguos del pais comparados con los de América i del mundo antiguo en jeneral.

2.° *Etnografía*, que estudie las razas que han habitado en Chile en relacion con los demas pueblos de América.

3.° *Etnolojía*, que describa los conocimientos, costumbres, usos i modo de ser de los pueblos indíjenas de Chile en sus relaciones con los demas pueblos de América i del mundo en jeneral.

4.° *Etnogenia*, que dilucide la gran cuestion de oríjen de los primitivos habitadores de América.

5.° *Etnorítica*, estudio arqueolójico comparativo del arte militar de los indíjenas de América.

6.° *Numismática, lapidaria* i *filolojía* americanas.

En medio de mi entusiasmo por todo lo que se relaciona con América i movido por el sagrado patriotismo, yo tendria el honor de regalar mi pequeña coleccion arqueolójica, que envio a la Exposicion, al *Museo Arqueolójico* que deberia tener la tan deseada Academia; i despues me ofrezco, con el mayor gusto, a remitir mil objetos que a mui poca costa se pueden colectar en el Ecuador. De desear seria tambien que se adquiriesen muestras, o *fac-símiles* de antigüedades ejipcias, griegas, etruscas, romanas, fenicias, celtas, etc., que pudiesen servir de punto de comparacion. Estas colecciones se pueden obtener con mui poca plata en los mercados de Europa.

Pido, pues, a los chilenos entusiastas por la América i especialmente a los historiógrafos que tomen la iniciativa en la fundacion de la *Academia Arqueolójica Americana*.

En la primera sesion que tuvimos las personas nombradas por la Comision Directiva de la Exposicion Internacional de Chile, se designaron las comisiones particulares que debian reunir los objetos que irian del Ecuador, i a mí me tocó la coleccion de objetos antiguos que los indíjenas usaron ántes de la conquista. Voi a enumerar sumariamente los que he podido obtener, permitiéndome algunas observaciones sobre los mas importantes.

PRIMER GRUPO.—ALFARERÍA.

Entre los objetos de este grupo son notables 1.° la *Pasanga* o botella para la chicha de barro fino, de forma ejipcia, las palmas, la faja con puntos, el rojo, el negro i el blanco son etruscos. Pero lo que mas llama la atencion es la greca tan bien determinada como en la arquitectura moderna. El barniz es superior. Se

encontró en Yunguilla (Cuenca) en una huaca antiquísima. 2.° El loro de barro negro mui fino, hecho en molde. La cabeza i el asa son recomendables. Encontrado en la provincia de Pichincha. 3.° La cabeza de águila, que ha sido remate de otra pieza grande, con una culebra en el pico, es hecha en moldes segun las rigorosas reglas del arte, el rojo i el aplomado es una tinta particular. 4.° El *huahua* (niño) es de tipo ejipcio, hecho en molde, de barro ordinario llamado aquí *cangahua*. Con ocasion de esta *huahua* debe notarse una costumbre tradicional mui valida que hai en el Ecuador. El dia de difuntos, los niños indios i cholos se desesperan por sus *huahuas* de harina de trigo, mas o ménos lujosas, que compran en el mercado. Buscan padrinos i madrinas i las bautizan con mucha solemnidad con mazamorra morada, que en esos dias se expende *ad hoc*. Para comerse la *huahua*, vienen la chicha i el aguardiente i sigue la fiesta por todo el tiempo que lo permite el bolsillo de los padrinos. 5.° La fuente exágona, fondo blanco, labores negras i rojas, de forma elegante, con una ollita, hecha a torno, de la misma escuela. Es admirable la solidez de la pintura empleada en estos objetos; pues ha podido conservarse durante muchos siglos debajo de tierrra en un pais tan húmedo i tan caloroso, donde todo se corrompe. Las demas piezas de este grupo se clasificarán como mejor parezca a los entendidos en la materia.

SEGUNDO GRUPO.—COBRE.

Unos *Tupus* (prendedores) largos como asadores que usan las indias para prender el rebozo al pecho, o al hombro. Unas argollas sólidas i otras vaciadas sin soldadura, porque los indios no la conocieron como lo demuestran las cabezas de los *tupus*. Otras piezas de diverso uso, como anclas, colgajos para el pecho, uno de los cuales tiene alambres semejantes a los europeos; sin duda estos alambres eran para colgar cascabeles de distintas formas i sonidos.—Tres hachas de cobre, notables por su fundicion, temple i dibujos, que, aunque informes, dan idea de referirse a alguna mitolojía. Es un problema todavía por resolver cómo pulian los indios los metales, si no tenian martillos ni limas, supuesto que no conocian el fierro ni el acero, i que en su lugar usaban las piedras. Inexplicable parece cómo hayan podido pulimentar los metales i reducirlos a láminas sutilísimas sin los instrumentos necesarios.

Con respecto a las hachas de cobre, debe notarse que en Agosto del año pasado la señora doña Natividad Izquierdo, natural de Azógues, de una huaca que cavó en Guapan sacó 16 quintales de hachas de cobre; eran de distintos tamaños i como 3,000 en número. Parecen mas bien armas de guerra que instrumentos de trabajo.

Algunos historiadores aseguran que los indios sabian dar al

cobre el temple de acero. César Cantú dice que en Méjico mezclaban el cobre con estaño para hacer instrumentos con que trabajaban materias diversas. M. Godin, miembro de la comision científica francesa, que estuvo en Quito a mediados del siglo pasado, llevó instrumentos de cobre con temple de acero que causaron admiracion a los químicos europeos, porque ignoraban el procedimiento empleado para conseguir tal temple. Entre los griegos, los romanos, i hasta en la edad media, se usaron tales armas de cobre; pero se perdió el secreto, no habiendo necesidad de ellos i siendo reemplazadas con ventaja con el hierro.

TERCER GRUPO.—ORO I PLATA.

Un idolito de oro, tipo peruano, enano, de estilo enteramente americano, dibujo semejante al de las pinturas mejicanas. En el paño que cubre la cabeza se pueden notar los cordoncillos del tejido. Esta costumbre de cubrirse la cabeza la conservan los indios hasta el dia de hoi. Como el rostro parece de mujer, juzgo que será el retrato de Mama-Raba-Oclla, madre de Huaina-Capac, porque se encontró en las ruinas de Puma-Pungo (puerta del Leon) que sin duda pertenecieron al gran palacio *Mullu-Cancha* que edificó este inca. En una estancia de este palacio, toda tapizada de oro, colocó Huaina-Capac una estátua de su madre hecha de oro purísimo, i encargó la guarda de tan precioso tesoro a los impertérritos Cañares, los araucanos del Ecuador. Con el ídolo va una coleccion de *mullus* (adornos para el cuello i pecho) i dos idolitos de hueso, de tipo al parecer ejipcíaco, porque se parece a los de los papiras del Museo Vaticano.

Una cabecita i una manita de negro antiguo de mucho arte.

Un cuernecito de diaspro o escarabeo curioso.

Un *llautu* (corona) de plata, dos rodelas para colgar a las orejas i un *tupu* de forma elegante con sus conchitas movibles.

CUARTO GRUPO.—PIEDRAS.

El Ecuador es riquísimo en piedras desde el basalto hasta la malaquita. Una vez que tenga medios de conduccion podrá explotar primores en esta materia. Notables son en este grupo:

Una hacha grande de verde antiguo, o serpentina, para labrar piedras de construccion.

Otra hacha pequeña de basalto, arma de guerra.

En Méjico se ha encontrado el busto de una sacerdotiza azteca hecho en esta piedra; la sacerdotiza lleva adornos semejantes a los de Isis i de otras estátuas ejipcias. Tambien en el Museo Capitolino de Roma hai un Hércules niño, mayor del natural, de basalto. En Europa se ha perdido la mina de esta piedra, miéntras que en el Ecuador es mui comun; la llaman piedra del Inca, i los antiguos indios hacian espejos de ella.

Tres adoratorios en forma de estrella agujereados en el medio, donde ponian una plancha de metal con la imájen del sol i lo colgaban al pecho en signo de adoracion. El de serpentina oscura lo usaban las princesas con plancha de oro, i los de basalto las casicas i jente del pueblo con planchas de otro metal ménos noble.

Una hachita de negro antiguo, cuyo taladro es inexplicable, si los indios no tenian fierro ni acero. Esta piedra se llama por los indios *gallinazo* por la semejanza que en el color tiene con el ave de ese nombre; la usan para hacer espejos de todas formas i tamaños. Las minas de negro antiguo se han perdido en Europa i en el Ecuador son comunes.

Una poma de alabastro, hecha al parecer a torno, curiosa por la delicadeza con que fué vaciada. Talvez tiene un significado mitolójico, i alguna relacion con el Serápis ejipcio.

Serápis era representado por vasos esféricos con una cabeza de hombre o de bruto en la boca. Una vez contestó su oráculo a Nicrocreonte, rei de Chipre: "mi vientre es el mar i mi cabeza la bóveda de los cielos."

De una tola que yo mismo escavé en Pisambilla, provincia de Pichincha, saqué un pedazo de tejido que acompaño. Puede tener mil años de existencia, porque el sepulcro pertenecia a los Quitus, que se enterraban tendidos. El hilado de la tela es el mismo que hoi usan las indias. I a propósito de esto debe notarse que estos pueblos son mui apegados a sus hábitos i costumbres antiguos, por manera que, estudiando un indio de hoi, se puede escribir la historia doméstica de los aboríjenes. El torcido del hilo está ejecutado al contrario del europeo i el de Chile porque tienden el huso. Este parado i al derecho es un sistema perfecto, nada forzado i el tejido sale lustroso i brillante.

La lana es de llama, la oveja de los indíjenas, su color es gris, café i negro combinados, son los mismos que usaron en tiempo de los incas, porque el negro puro con que ahora tiñen sus *cushmas* (camisas) es un signo de luto que usan desde que fueron esclavos por los españoles. El color café, mui usado por los indios, lo emplean hasta de catorce graduaciones, i lo obtienen por cocimientos de *Rumibarba* (barba de piedra u orguilla.)

Como lo anunciamos al principio, este trabajo no merece los honores de una memoria, sino apénas el de unos escasos apuntes para que otra pluma mas bien cortada i preparada avance estos trabajos a la categoría de la ciencia, con el gusto, tino i erudicion del anticuario.

Frai Benjamin RENCORET.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

AGOSTO.

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

I.

SANTIAGO.

El Código Civil de la República de Chile, anotado con las mas importantes resoluciones de los tribunales i con las opiniones de algunos jurisconsultos franceses, etc.—1 vol. de 288 páj. en 4.° mayor.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Discursos i poesías leidos en el Acto Literario-Musical celebrado por el Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile en la Casa del Patrocinio de San José, etc.—1 vol. de 54 páj. en 4.°—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Leyenda, por Rosendo Carrasco, distinguida con mencion honrosa en el certámen literario abierto por La Estrella de Chile en 1874.—1 vol. de 112 páj. en 8.°—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Coleccion de historiadores de Chile i documentos, etc., tomo IX, 2.° de Carvallo i Goyeneche.—1 vol. de 488 páj. en 4.° mayor.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Novena en honor de la Natividad de María Santísima escrita por el presbítero don Francisco Bello i aprobada por la autoridad eclesiástica.—1 vol. de 48 páj. en 8.°—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Hechos sobrenaturales de la vida de Pio IX, por el R. P. Huguet.—Opúsculo traducido al castellano por la señorita Erminia Varas.—1 vol en 8.° de 129 páj.—Imprenta de *La Estrella de Chile*.

Anuario estadístico de la República de Chile.—El tomo XVI, correspondiente a 1874.—1 vol. de 533 páj. en folio.—Imprenta *Nacional*.

Memoria del Interior, presentada al Congreso Nacional por el Ministro del ramo en 1875.—2 vols. de 54 páj. el primero i de 637 el segundo, en folio.—Imprenta *Nacional*.

Estatutos del club del Progreso, etc.—1 vol. de 5 páj. en 4.°—Imprenta *Franklin*.

César el pirata o episodios del sitio de Chillan en 1813.—Novela histórica orijinal de Estéban Alejandro.—2 vols. desde la páj. 49 hasta la 144, en 4.°—Imprenta *Agrícola*.

Guia del elector liberal para las elecciones jenerales de 1876.—1 vol. de 142 páj. en 8.°—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Los jeroglíficos de la isla de Pascua, por P. Harrisson, traducido del ingles por Francisco Solano Astaburnaga.—1 vol. de 8 páj. en 8.°—Imprenta de *La República*.

Exposicion Internacional de 1875. Exposicion de animales reproductores.—1 vol. de 15 páj. en 4.°—Imprenta *Agrícola*.

Algunas consideraciones jenerales sobre las aguas corrientes. Discurso de recepcion en la Universidad, de don Ismael Renjifo.—1 vol. de 23 páj. en 4.°—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Eduardo, el capitan de los doce, novela orijinal por Federico 2.° Chacon.—Entrega 1.ª hasta la páj. 40, en 4.°—Imprenta *Schrebler*.

Nuevo oráculo de las familias, escrito en verso con preguntas i respuestas para caballeros i señoras, etc.—Segunda edicion.—1 vol. de 46 pájs. en 4.° mayor.—Imprenta de *La República*.

El partido radical, folleto político de actualidad por O. A. A.—1 vol. de 20 pájs. en 8.° —Imprenta *Literaria*.

Manual del ciudadano. Lecciones elementales de derecho constitucional chileno o sea la constitucion política de la República puesta al alcance del pueblo, etc., por José Bernardo Suarez.—1 vol. de 195 pájs. en 8.° menor.—Imprenta de *El Correo*.

Comision de fábrica de la iglesia monumental de Maipo.—Una hoja suelta.—Imprenta de *El Estandarte Católico*.

Banco Garantizador de Valores. Memoria presentada por el consejo de administracion a la junta jeneral de accionistas en sesion del 19 de agosto de 1875.—Imprenta de *El Estandarte Católico*.

Boletin de la Exposicion Internacional de Chile en 1875. Publicacion oficial de la Comision Directiva.—Entrega 6.ª —1 vol. de 739 pájs. en 4.° mayor.—Imprenta de la librería de *El Mercurio*.

Memoria de Hacienda presentada al Congreso Nacional por el Ministro del ramo don Ramon Barros Luco en 1875.—1 vol. de 178 pájs. en folio.—Imprenta *Nacional*.

Memoria de Relaciones Esteriores i de Colonizacion presentada, etc. por don José Alfonso.—1 vol. en 4.° mayor de 420 pájs.—Imprenta de *La República*.

Memoria del Director Jeneral de Correos pasada al Supremo Gobierno en 1875.—1 vol. de 20 pájs. en 4.° —Imprenta *Nacional*.

Corona de la preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.—1 vol. en 8.° menor.—Imprenta *Europea*.

Historia de Santa Mónica por Bougaud traducida por Ruperto Marchant Pereira.—Entregas 6.ª i 7.ª desde la páj. 191 hasta la 286.—Imprenta de la Librería de *El Mercurio*,

El Mulato Plácido o el poeta mártir.—Novela histórica orijinal, por Joaquin Lemoine.—Entregas 9 a 12.—1 vol. desde la páj. 97 hasta la 144 en 4.° —Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

La letra mata, pero el espíritu vivifica o sea fé i razon, por el cura Federico Ermenjaud, traducido del frances por S. G. Martierena.—Entrega 1.ª —1 vol. de 99 pájs. en 4.° —Imprenta de la Librería de *El Mercurio*.

Exposicion Internacional. Reglamento de jurados.—1 vol. de 8 pájs. en 8.° menor.—Imprenta *Agrícola*.

VALPARAISO.

El candidato del pais i el del Presidente de la República, por Joaquin Villarino.—1 vol. en 4.° mayor de 32 pájs.—Imprenta de *El Mercurio*.

Ferrocarril de Cerro Blanco. Memoria del directorio, correspondiente al primer semestre de 1875. etc.—1 vol. de 11 pájs. en 4.° —Imprenta de *La Patria*.

Refutacion a "El Candidato sultan," folleto de actualidad por Arístides el verdadero.—1 vol. de 28 pájs. en 8.° —Imprenta de *El Mercurio*.

Ferrocarril de Tongoi. Memoria del directorio i los balances del primer semestre del año 1875, etc.—1 vol. de 15 pájs. en 4.° —Imprenta de *El Mercurio*.

Compañia de las descubridoras de Caracoles. 6.ª memoria.—1 vol. de 8 pájs. en 4.° —Imprenta de *El Universo*.

Rápida ojeada sobre la cuestion salitre, por Guillermo Billinghurst.—1 vol. de 56 pájs. en 4.° —Imprenta de *El Mercurio*.

Ferrocarril de Coquimbo. Memoria del directorio, del primer semestre de 1875.—1 vol. de 32 pájs. en 8.° —Imprenta *Colon*.

Memoria presentada al directorio sobre el estado i operaciones del cuerpo de bomberos de Valparaiso durante el año 1874.—1 vol. de 12 pájs, en 4.° —Imprenta de *El Mercurio*.

Clara exposicion de las leyes de elecciones i sus declaraciones, por Severo Vidal.—1 vol. de 86 pájs. en 8.° —Imprenta de *La Patria*,

Resúmen comparativo de la estadística comercial de Chile correspondiente al año 1874, en cuatro idiomas.—4 vols. de 20 pájs. en 4.° —Imprenta de *El Mercurio*.

Sociedad beneficiadora de metales.—Primera memoria presentada por el consejo directivo en la junta jeneral de accionistas correspondiente a los meses trascurridos desde el 1.° de agosto de 1874 hasta el 30 de junio de 1875, en folio.—Imprenta de *El Mercurio*.

Ferrocarril de Chañaral.—Memoria del directorio i los balances del 1.er semestre del año 1875.—1 vol. de 8 pájs. en 4. ° —Imprenta de *El Mercurio.*

Vercleichende Zusammenstellung der commercielen Statistik Chile, etc.—1 vol. de 20 pájs. en 4. ° —Imprenta de *El Mercurio.*

COPIAPÓ.

Compañía sud-americana de vapores. Aviso sobre rebaja de precios de los pasajes con motivo de la Exposicion.—Imprenta de *El Copiapino.*

SAN FERNANDO.

Reglamento que establece la contribucion de serenos en las villas de Nancagua i Chimbarongo, aprobado por decreto supremo de 19 de junio de 1875.—1 vol. de 8 pájs. en 4. ° —Imprenta de *La Juventud.*

CAUQUENES.

Division administrativa del departamento de Cauquénes.—1 vol. de 15 pájs. en 8. ° —Imprenta de *La Tribuna.*

II.

Es de nuestro deber llamar la atencion de los lectores a algunas obras recientemente publicadas, de que da cuenta la Bibliografía anterior.

Pero ántes consignaremos aqui un hecho que honra en gran manera el celo del señor director de la Biblioteca Nacional, don Ramon Briseño. Merced a sus continuas reclamaciones de todo jénero, ha conseguido que las obras que se publican en el pais, ingresen, como está mandado, a la Biblioteca, si no con toda la deseable, al ménos con mayor exactitud que ántes. De ahí que esta Bibliografía aparezca mas abundante que la de los meses anteriores: no es porque se haya publicado un mayor número de obras, sino porque se las ha remitido con mediana puntualidad.

—Nuestro *Código Civil* anotado por el distinguido jurisconsulto, don Vicente Sanfuentes, i dado a luz recientemente por nuestra imprenta, es una de las obras mas importantes de que podemos dar cuenta. Ademas del texto íntegro del Código, se encuentran copiosas notas que contienen la concordancia mútua de los artículos del mismo *Código Civil,* las decisiones de los tribunales de la República i las opiniones de algunos jurisconsultos franceses.—Obra es ésta, pues, de suma importancia para los lejistas, que pueden ahorrarse asi fastidiosas disquisiciones, i honrosa para su autor, cuya intelijencia, laboriosidad e ilustracion, pone en transparencia este nuevo libro.

—El tomo IX de la importante *Coleccion de Historiadores de Chile* se ha sacado ya a la estampa, i ésta será agradable nueva para los muchos que, con un empeño por demas laudable, se consagran a estudiar la historia patria durante el coloniaje, historia tanto mas desconocida cuanto mas útil e interesante. Este volúmen contiene la segunda parte de la *Descripcion histórico-jeográfica del reino de Chile,* por don Vicente Carvallo i Goyeneche, escritor amenísimo i digno de ser consultado, sobre todo en la parte relativa a la segunda mitad del siglo pasado, i mui singularmente en lo que atañe a los usos, costumbres, fiestas i aun trajes coloniales.

—Don Nicasio Ezquerra, propietario de la obrita intitulada *Hechos Sobrenaturales*

de la Vida de Pio IX, destina la mitad del producto líquido de su venta al *óbolo de San Pedro*. Este el mejor título de recomendacion para nuestros lectores.

—Nuestro amigo i colaborador, don Ruperto Marchant Pereira, acaba de dar remate a la publicacion de la *Historia de Santa Mónica*, escrita en frances por el señor presbítero Bougaud, i vertida por aquél al castellano.

Si bien la excelente acojida que ha dado el público de Santiago i de las provincias a esta *Historia* podria excusarnos el entrar a elojiar su indisputable mérito, no podemos dejar de consignar aquí que la obra francesa es notabilísima i que la traduccion es digna del orijinal i digna de la pluma ya mui conocida del señor Marchant Pereira.

—Aunque no comparece en la Bibliografía anterior la obra de otro de nuestros mas estimados colaboradores, don Enrique del Solar, intitulada *Leyendas i Tradiciones*, nos apresuramos a dar a nuestros lectores la nueva de su aparicion. Es una coleccion de interesantes narraciones históricas i novelescas que ha estado publicando, desde hace algunos meses, en El Independiente, i han salido a luz en un solo cuerpo.—Otra noticia que tambien será mui agradable a nuestros abonados, es que a este volúmen seguirán otros dos de *Leyendas i Tradiciones*.

—En breve comenzará a publicarse la *Miscelánea Política*, del distinguido escritor i literato, señor don Zorobabel Rodriguez. Contendrá, ademas de los principales artículos políticos del autor, una refutacion aun inédita de las *Lecciones de Política Positiva* del señor Lastarria. Inútil es que digamos anticipadamente algunas palabras sobre el mérito que tendrá el libro que anunciamos. La obra viene a completar las *Miscelánea*s literaria i relijiosa ya publicadas, i se sacará a luz por suscripciones.

—De nuestra misma imprenta saldrá en esta semana una nueva *Historia Contemporánea*, arreglada para el uso de los colejios católicos, en vista de las obras de los historiadores franceses, señores Chantrel i Courval. No conocemos ninguna historia de estos últimos tiempos que pueda ponerse con confianza en manos de los jóvenes estudiantes, i por eso creemos que esta obra satisfará una imperiosa necesidad. Contiene todos los acontecimientos principales ocurridos en el mundo desde la Revolucion francesa hasta este mismo mes de setiembre.

—La cercanía de la Exposicion Internacional ha despertado gran entusiasmo por la publicacion de periódicos relativos a ella: desde luego daremos noticia de dos, que parece se llevarán a cabo.

El uno será un semanario ilustrado, que tendrá por título El Correo de la Exposicion i por objeto criticar i dar a conocer las principales obras de arte, ciencia e industria que se exhiban en la Exposicion. Sus empresarios son los señores don Manuel A. Valléjos i don Máximo Cubillos.

El segundo, mas literario que el anterior, se llamará La Esperanza, i será redactado por los señores don Augusto Ferran i don Antonio Zambrana.

—La Sociedad de Instruccion Primaria va a emprender la publicacion de un nuevo *Guia de Santiago*, cuya necesidad se hace sentir.

—*L'Antre des mystères*, tal es el título de una obrita en frances, publicada recientemente en Auxerre por el señor don Enrique Ballacey. Laudable es el objeto del autor, pues se propone combatir las sociedades secretas i sus maléficas inspiraciones con la misma arma que los afiliados de esas sectas emplean para propagar sus doctrinas desquiciadoras de todo órden relijioso i social: la novela.

Nuestros deseos son que el señor Ballacey logre sus patrióticos fines, ya que así es de esperarlo de su reconocido talento i brillante ilustracion.

—El interesante estudio sobre la francmasonería, del Obispo de Orleans, Iltmo.

señor Dupanloup, que hoi concluimos de publicar en La Estrella de Chile, aparecerá dentro de poco en un cuaderno por separado.

—Como nuestros lectores habrán visto en la precedente lista de las publicaciones chilenas recibidas en la Biblioteca Nacional, el nuevo miembro de la Facultad de Matemáticas, don Ismael Renjifo, ha hecho versar su discurso de recepcion sobre las *aguas corrientes*.....

ESCRITORES COLOMBIANOS.

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.

Nació en la Ceja del Tambo (Estado de Antioquía) en abril de 1827. De edad de catorce años vino a Bogotá, en donde siguió sus estudios hasta que se recibió de abogado. En 1855 i 1856, ocupó una curul en la Cámara de Representantes de la Confederacion; i en el período siguiente ocupó el mismo puesto en la del Senado. Sus primeras composiciones poéticas aparecieron en El Albor Literario. Despues se publicaron tres ediciones de sus poesías, una en Bogotá, otra en Nueva York i otra en Medellin.

Murió en Antioquía el sábado 6 de julio de 1872, a los cuarenta i cinco años de edad.

CÁRLOS MARTINEZ SILVA.

Nació en San Jil el 6 de octubre de 1847. Hizo sus primeros estudios en aquella ciudad, i luego los completó en Bogotá, en el colejio del señor Carrasquilla, en el de los Padres Jesuitas i en la Universidad nacional, recibiendo su grado de doctor en noviembre de 1871.

En 1867 fué elejido diputado a la asamblea lejislativa del Estado de Santander; i en 1872 lo fué a la asamblea de Cundinamarca por el círculo de Sopó.

En 1873 fué vice-director de la Universidad de Antioquía. En enero de 1874 se hizo cargo de la redaccion de El Tradicionista, periódico que actualmente dirije. Ademas ha sido colaborador de los siguientes: La Caridad, La República, La Prensa, La Fé, La Union Católica, El Eco Literario i La Autoridad de Medellin.

Isidoro LAVERDE A.

LEYENDAS I TRADICIONES

POR ENRIQUE DEL SOLAR.

Muchas son las leyendas ora tiernas i sentidas, ora grandes i heróicas, que el tiempo ha dejado atras envueltas en el silencio de un hogar desgraciado o en el humo de los combates; i sin embargo esas leyendas encierran ejemplos de virtudes, en donde el pueblo debe aprender i formar su corazon.

Cuando en las largas noches de invierno, sentada la abuelita, que frisa ya con los ochenta i rodeada de los nietos i de los hijos de la vecina de en frente que se aparejan a escucharla, cuenta lo que vió en sus mocedades, al compas del fuego que chisporrotea, los niñitos graban en la memoria esos cuentecillos; disparan en risa si versan sobre alguna vieja que cuando andaba Manuel Rodriguez por esos mundos de Dios lo escondió debajo de su cama i lo tapó con mucho disimulo con su rebozo; sueñan con guerras i al otro dia alborotan la casa con sus tambores espadas i fusiles, si versan sobre los actos heróicos de los que nos dieron patria i lloran o tiemblan; si el cuento es de aquellos en que una maldita bruja por un quítame allá esas pajas, se tragó de un solo bocado a un niñito que no quiso obedecer a su abuelita.

Estas escenas de familia son el vínculo que pone al habla la jeneracion que se levanta con la que ya declina; son la llave para arrancar al olvido los hechos pasados que deben enseñarnos i formarnos. No dar al olvido esos hechos es la mision de los que se dedican a escribir las leyendas i tradiciones nacionales, jénero literario tan bello como lleno de buenos resultados, si son tratados con solo el fin de moralizar i de enseñar i no con el de recrear la fantasía i muchas veces el sentimiento extraviado.

Don Bartolomé Mitre, en la República Arjentina, Ricardo Palma en el Perú, don Miguel Luis Amunátegui i Enrique del Solar en Chile han cultivado este jénero; en el libro que este último ha publicado últimamente con el título de *Leyendas* i *Tradiciones* vamos a ocuparnos someramente; sobre los otros autores no emitimos nuestro juicio no tanto porque no lo tengamos formado, cuanto

porque es tal, que no reconocemos autoridad en nuestra palabra para emitirle con senceridad i entereza.

El libro de Enrique del Solar no es un trabajo histórico, como es, por ejemplo, el de don Bartolomé Mitre; toma los asuntos cuál de la historia, cuál de las tradiciones orales, i lo exorna de manera a hacer muchas veces de un asunto de poco interes, una leyenda amena i delicada, con el estilo que lo caracteriza i que es conocido de nuestros lectores.

El nombre solo de nuestro amigo es grande parte para que los lectores conozcan el mérito de su obrita; la somera reseña que de ella haremos, será solo la felicitacion i la palabra de aliento del amigo; palabra, si bien desautorizada, llena de sinceridad i de cariño.

El libro en que nos ocupamos es el primero de los dos o tres tomos de que constará la coleccion; forma parte de este primer tomo: *El Indio don Juan, La Peña de los Enamorados, La Vision de Petorca, Un robo sacrílego* i *Una aventura de Ercilla.*

Sobre *La Peña de los Enamorados* nada diremos, pues los lectores de La Estrella de Chile la conocen demasiado: fué la triunfante en el certámen que el año 1873 abrió el periódico; ántes que la nuestra, debemos exponer la opinion que de ella se formaron los jueces que adjudicaron el premio a *La Peña de los Enamorados.* El dictámen dice entre otras cosas: "En *La Peña de los Enamorados* no se encuentra esa fraseolojía insustancial con que los injenios pobres tratan de cubrir la carencia de ideas. Su estilo es sobrio de flores, da mas valor al pensamiento que a la manera de expresarlo, sin que por esto falten imájenes naturales, i sencillas que prestan a la narracion ese bello colorido i esos atractivos con que la poesía recrea e interesa. Su lenguaje castizo i puro, florido i elegante, llama la atencion i revela, como lo hemos dicho, una pluma ejercitada i un trato frecuente con los maestros del idioma."

Despues de tan autorizada opinion nada podemos decir sobre *La Peña de los Enamorados,* i como dice el adajio: el estilo es el hombre, en todas las demas leyendas que componen el librito en que nos ocupamos se distinguen a primera vista esa elegante pureza en el decir i esos golpes maestros de que hicieron mérito los jueces para asegurar a *La Peña* el honroso lugar que le correspondia

En *El indio don Juan* ofrece una interesante orijinalidad; los sufrimientos de un corazon que late jeneroso, apesar de su cubierta cobriza; el jenio chispeando en una frente tostada i brillando en una mirada semi-salvaje, dan al personaje de la leyenda cierto tinte simpático i misterioso que el autor sabe realzar, dándolo a conocer al lector, con la frente coronada con la nieve que sobre ella depositaron los años i las desgracias, i llorando sus memorias al són de su laud.

La Vision de Petorca es una leccion que el autor ha trascrito

del corazon del pueblo i como tal está destinada a moralizarlo; leccion que debe llegar a sus oidos porque les enseña donde está la pendiente del mal, i qué es lo que necesariamente se encuentra al fin de ella. El tinte supersticioso que en ella se nota es el carácter que conviene a la narracion, pues no de otro modo se debe encontrar en los labios de los mineros i sencilla jente del pueblo.

Un robo sacrílego es una tradicion oral mui conocida i que el autor expone con mucha gracia. Es sabido que en tiempos no lejanos hubo un escritor conocido, que despues de haber estado en Chile, hacia cargos a esta sociedad, i entre ellos figuraba el que en las iglesias amarrasen los candeleros para evitar robos; i el bueno del crítico hacía incapié en esta usanza española, para suponer en triste estado la sociedad de Santiago. ¿Quién sabe si *El robo sacrílego* de Enrique del Solar no tiene alguna conexion con esa crítica? Tenemos para nosotros que sí, pues ha dado márjen a mas de una alusion, tal i tan picaresca, que ni me pasa por pensamiento el expresarlas: pero, sea como se sea, la leyenda tiene chispa e interes.

Ya que hemos hablado en particular de estas tres últimas leyendas, vamos a hacer notar un defecto que, a nuestro sentir, resalta en todas tres i que no está en otra cosa que en la distribucion de la narracion. El autor narra el hecho dándole un estilo de crónica que se opone al interes del relato. Esa continuidad en la narracion encierra monotonía, esa obligacion que impone al lector de concretarse solo al héroe i seguirlo sin descansar hasta el desenlace de la accion, cansa i hace perder en delicadeza e interes a la leyenda. Creemos que sea cual fuere la estension i complicacion del asunto, el mejor modo de desarrollarlo es por medio de cuadros mas o ménos estensos, de descripciones no mui prolijas i diálogos naturales i lijeros.

Pasaremos a la última leyenda, *Una aventura de Ercilla*, que, a nuestro sentir, es la mejor de la coleccion i entendemos que es la que el autor fundadamente prefiere. El argumento de esta leyenda, tomada de la vida del célebre autor de *La Araucana*, es interesante, tanto en sí, como en el modo con que está tratado. Lo que distingue a todas las leyendas de Solar, que son esas descripciones llenas de verdad i de la mas delicada poesía, en *Una aventura de Ercilla* predomina a todas luces; todos los caractéres están perfectamente delineados, i las costumbres de la época retratadas en todos i en cada uno de los detalles de la obra; toda ella tiene cierto tinte de antigüedad i en todos los personajes se ve esa hidalguía caballeresca que caracterizaba a los hombres de la colonia en tiempo de don García Hurtado de Mendoza.

La figura de don Alonso de Ercilla es tan simpática como la quiere pintar el autor; la nobleza, la jenerosidad i el valor se unen i se dulcifican dominados por el amor que profesa a Ines; amor, como de guerrero, vehemente, i como de hidalgo, noble i delicado; el autor ha conseguido su objeto: su leyenda es la apo-

lojía de Ercilla i nadie que la lea puede ménos de amar al bardo guerrero e inmortal autor de *La Araucana*.

Frai Fernando es tambien uno de los caractéres mas bien llevados de la leyenda; ese corazon jeneroso que siempre distinguió a los misioneros de América i el prestijio que siempre supieron conquistarse por sus virtudes están retratados en ese hombre de Dios que figura en la leyenda como ánjel de paz i de conciliacion.

En jeneral, todos los caractéres, todos los personajes son dignos de la pluma elegante de Enrique del Solar, pero entre todos descuella la figura de Ines, en que el autor ha personificado la inocencia i la enerjía, la altivez i el sacrificio: hubiéramos deseado que Ines hubiera tenido algunos años mas, pues en una niña de dieziseis años que no habia aspirado jamas sino el ambiente de su hogar o el aura de las orillas del Cauten, sino completa inverosimilitud, hai algun tanto de dificultad para suponerle los actos que cuenta la leyenda. Pero esto es insignificante, quizá una apreciacion infundada de nuestra parte, miéntras que la leyenda está llena de bellezas que analizaríamos, si la corta extension que debemos dar al presente artículo no nos lo impidiera. Cuando la pobre niña ve destrozada su alma ante la fuerza de sus sufrimientos; cuando ve a su padre i a su amante, prisioneros i condenados a muerte, no sabe dividir su dolor entre ámbos, porque por ámbos sufre, por ámbos moriria; pero las palabras que el autor pone en boca de la niña, son, a nuestro sentir, un rasgo grandemente hermoso. Ines dice a frai Fernando, que va a ver a su padre i a su amante prisioneros: "Decidle, padre mio, mi dolor i mis lágrimas. ¡Ai de mí! El (su padre) talvez piensa que solo vierto llanto por el infortunio de mi amante; pero el cielo me es testigo de que mi corazon está destrozado, i que entre mi padre i el hombre que me ha prometido ser mi esposo, mi corazon no podria elejir a ninguno de los dos! Por ámbos igualmente sufro, por los dos pido al cielo, i a estar en mi mano el salvar al uno o al otro, expiraria de dolor al elejir a mi padre." Esta última idea, en boca de una inocente mártir de su grandeza de alma, encierra una poesía i una ternura que arranca lágrimas, como muchos otros de los pasajes de *Una aventura de Ercilla*.

Las *Leyendas i Tradiciones* de Enrique del Solar, están, pues, llamadas a tener una magnífica aceptacion en nuestra sociedad, i a añadir una hoja mas a la corona que las letras han tejido ya a nuestro distinguido amigo. Esperamos con ansia la publicacion del segundo tomo de las *Leyendas i Tradiciones* i, tenemos para nosotros que, la buena aceptacion que el primero ha obtenido, será grande parte a que nuestro ilustrado amigo satisfaga en breve nuestro deseo. Entre tanto, reciba nuestras ardientes felicitaciones i nuestra palabra de aliento, tan entusiasta como sincera i cariñosa.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

EL PASEO DE SANTIAGO. (1)

(FRAGMENTO.)

Todos por las calles marchan,
Todos el paso apurando,
Que con tan grande jentío
I en tal dia, será escaso
A dar a todos cabida
De la plaza el ancho espacio.

Las ancianas van luciendo
Trajes de antiguo guardados;
Refunfuñando, los viejos
I gritando los muchachos.
Van las muchachas galanas,
Como en Diciembre los campos;
I los esbeltos mancebos
Luciendo ante ellas su garbo.

I van llegando los nobles
En sus soberbios caballos,
I la estruendosa algazara
Cunde en la plaza entre tanto.
I cunden los pisotones,
El vaiven i los codazos,
I se cruzan los insultos,
Vuelan sombreros en alto,
I carcajadas resuenan,
I resuenan los aplausos;
I las viejas se santiguan,
Chilla un niño pisoteado,
I los hombres se interponen
I en un amistoso abrazo
Termina la confusion,
La grita i el sobresalto;
Pues, el dia de la fiesta
Del gran apóstol Santiago

(1) Gran procesion ecuestre que, en tiempo de la colonia, celebraba esta capital con gran pompa el dia de la fiesta de su patrono el Apóstol Santiago.

No es de sustos ni de angustias
Sino de placer i cantos.

Ya en la mañana, sonoras
Las campanas repicaron
Difundiendo la alegría
I a la ciudad anunciando
Que en la Catedral la fiesta
Del patrono venerado
Iba a celebrarse entónces
Con desusado aparato.
Ya el Presidente i la Audiencia,
El Cabildo i todos cuantos
Brillaban por sus riquezas,
Por su linaje o su mando,
La misa habian oido
I un sermon pesado i largo;
I la procesion solemne
Habian acompañado,
El Presidente i la Audiencia
Tras de la imájen del Santo
I delante los magnates,
Cada cual segun su rango,
Al son de las letanías
Con sus cirios alumbrando.

Cuando que era medio dia
Las campanas anunciaron,
Grande clamor levantóse
De entre el jentío compacto
Que la ancha plaza llenaba
Por ver el porte bizarro,
La riqueza de los trajes
I el fuego de los caballos,
De los nobles caballeros
I de los bravos soldados
Que han de lucir esa tarde
Su jentileza i su garbo.

Desde que el rojo estandarte
La bondad del Soberano
Dió a la ciudad, en el dia
Del gran patrono Santiago,
Nunca aquel sagrado emblema
Ingrata dejó olvidado.
Siempre con pompa solemne
I majestuoso aparato

Condújole por sus calles
Jubilosa vitoreando;
Mas nunca tanta riqueza,
Tanta gallardía i fausto
Deslumbraron los sentidos,
Para el alma fueron pasmo,
Como cuando dirijía
A Chile, prudente i sabio,
El bizarro caballero,
El valiente i noble Cano.

De súbito los clarines
I campanas resonaron
I un solo grito en la plaza
Salió de todos los labios.
A la puerta de la iglesia
El Presidente gallardo
I su noble comitiva
Majestuosos asomaron.
En medio de ellos se alzaba
El estandarte encarnado
Que a la ciudad simboliza,
Al aire suelto, ondeando.
I cabalgaron al punto
En los briosos caballos
Que los pajes de la brida
Sujetaban con trabajo.

De rojo i gualda vestida
Entre el tumulto abre paso
La real infantería
Una ancha calle formando.
Por ella la comitiva
Fué desfilando despacio
Para dar tiempo a los ojos,
Por su brillo deslumbrados,
De contemplar los primores
De su riqueza i su fausto.

La brava caballería
Que al indómito araucano
Ha vencido en sus hogares
I ha perseguido en sus campos
Va la procesion abriendo,
Formados de a cuatro en cuatro,
I en pos otros escuadrones
De bizarros veteranos.

Síguenlos los caballeros
De brocados i de raso
Vestidos, en donde brillan,
Dando al sol reflejos claros,
Cadenillas de oro, perlas,
Diamantes i todo cuanto
Inventa la fantasía
De mas lujoso i mas caro.

I si los trajes suspenden
Mas suspenden los caballos
Que van a compas hiriendo
Los estribos con sus cascos.

Dos pajes rijen la brida
I otros dos van a los lados
Las ancas de los corceles
Suavemente golpeando.

Todos compiten en lujo
Todos en porte gallardo
Si uno la vista suspende
Es otro a los ojos pasmo.

Sigue despues el Cabildo
Que en lucimiento i en garbo
A nadie la palma cede.
En medio de él lleva en alto
Levantado el Real Alférez
El estandarte, a sus lados
Los dos alcaldes caminan
Sendas borlas sujetando;
En pos la Audiencia imponente
I sus jueces i plumarios,
Delante los inferiores
I detras los de alto rango.

Visten los nobles oidores
Traje riquísimo i caro:
Es de negro terciopelo
De seda blanca bordado.
Golilla i puños de encaje,
I la capa sujetando
Cruzan cadenillas de oro
El pecho en tejido extraño.
Sobre la peluca llevan
Un sombrero negro i ancho

En que perlas i rubíes,
Que lanzan vívidos rayos,
Con gracia al lado siniestro
Prenden un penacho blanco.

I mas que todos lujoso,
I mas que todos bizarro,
Va presidiendo a la Audiencia
Con jentil donaire, Cano.

Un potro overo cabalga
Que va brioso bufando,
Miéntras a compas golpea
Con el oro de sus cascos
El suelo, i de blanca espuma
Se salpica el pecho i brazos,
Cual si mostrar pretendiera
Que va de su dueño ufano.

Es cortés el Presidente
I cual ninguno gallardo,
I va afable respondiendo
De la turba a los aplausos.

"¡Qué galan!" dicen las viejas,
I las muchachas, "¡Qué guapo!;"
I todos "¡Dios nos lo guarde!"
Van exclamando a su paso.

I sigue la procesion
Entre el jentío compacto
I a casa del Real Alférez
Lentamente va llegando;
Do en los suntuosos salones
Empieza un rejio sarao,
A tan excelsos magnates
Correspondiente agasajo.

Allí la abundancia reina;
I los manjares mas caros
En vajilla de oro fino
Sirven lujosos criados.

Los caballeros ostentan
Su jentileza i su garbo,

I sus joyas i sus trajes
En forma i colores varios.
Telas i piedras preciosas
Lucen las damas en tanto,
Realce de su nobleza
I de sus gracias ornato,
Que sus padres i maridos
En noble lid conquistaron.

Al compas de dulces sones
Van en sus jiras mostrando,
Su donaire, los mancebos
I las damas, sus encantos.
I en tanto que cunde el gozo
I que resuena el aplauso,
Entre los blandos acordes,
I entre el aire perfumado,
Resbala de los amantes
El ardiente "Yo te amo,"
I de tímidas doncellas
Suspiros entrecortados.

Allí rinde el caballero,
Con labio sencillo i franco,
Todo el amor de su pecho,
Todo el vigor de su brazo.
Allí la vírjen responde,
Con inocente recato,
I va el carmin de su frente
Su casto amor revelando.

¡Dichosos tiempos aquellos
De oscurantismo i atraso,
En que ostentaba lo suyo
El que podia ostentarlo!
¡Dichosos, cuando el amor
No era mezquino contrato,
I era virtud la franqueza
I la timidez encantos!

Hoi somos iguales todos:
E iguala un frac desairado
Lo diforme de los unos,
De los otros lo gallardo.

Hoi somos todos iguales:
I gasta lujoso fausto

El que nació en la opulencia
I el que ayuna por gastarlo.

En vez de triunfos sangrientos
De esos tiempos semi-bárbaros
En que vencía la fuerza,
Hoi el jóven luce ufano
Los triunfos que dió a sus vicios
Con arterías i engaños.

Hoi de la tímida vírjen
El inocente recato
Avergüenza la coqueta
Con su jentil desenfado;
De joyas falsas vestida,
A falsos enamorados
Con falsa risa promete
Mentida fé i amor falso,
I son de su falso pecho
Falsos carmines retrato.
¡Dichosos tiempos aquellos
De oscurantismo i atraso!

Agosto de 1875.

RAIMUNDO LARRAIN C.

BIBLIOGRAFIA.

Acaba de publicarse en esta capital una obra que viene a llenar una verdadera necesidad en la enseñanza de la historia en nuestros colejios. La Historia Contemporánea, la mas importante de todas, estudiábase hasta ahora imperfectamente por la falta de un texto adecuado, de un texto suficientemente extenso, metódico i claro. Ese inconveniente acaba de salvarse con la publicacion de una obra elemental de Historia Contemporánea arreglada en vista de las de J. Chantrel i M. Courval por un jóven profesor del ramo ennno de los colejios de Santiago.

El nuevo texto que se ofrece al público, no es, como lo dice su autor, una obra orijinal, pero es, a nuestro humilde juicio, un exelente texto.

Está dividido en tres partes: la primera abraza desde la revolucion francesa hasta el congreso de Viena; la segunda desde este congreso hasta la caida de Luis Felipe i la tercera desde este memorable acontecimiento hasta nuestros dias: division que facilita el estudio, que contribuye a fijar las ideas del estudiante i que estaba marcada por la importancia de los sucesos.

La revolucion francesa, el mas trascendental acontecimiento que hayan presenciado los últimos siglos, vuelco jigantesco del pasado i base de la organizacion política de nuestras sociedades, ha sido estudiada en el libro en que nos ocupamos con toda la detencion que lo permite un texto elemental. El primero está consagrado a investigar las causas que en el órden político, administrativo i relijioso i aun en las artes, en la filosofía, en la ciencia i en las letras prepararon esa revolucion que trajo tantos males al mundo pudiendo haberle traido grandes bienes, si otro espíritu la hubiera animado. Esas causas han sido señaladas con claridad i método, distinguiendo aquellas que remotamente contribuyeron a preparar ese gran cataclismo i las que precipitaron a la Francia en esas escenas que aun se recuerdan con espanto, porque aun amenazan al mundo civilizado los fanáticos sectarios de una doctrina impía i sanguinaria.

Las terribles jornadas de la revolucion, las matanzas del Terror i las valerosas luchas contra los extranjeros están allí descritas con talento i animacion. El alumno puede darse una idea exacta de esos acontecimientos, conocer su desarrollo, apreciar sus consecuencias.

En los principios proclamados por la revolucion francesa habia mucho que la razon rechaza, que choca abiertamente con los principios del catolicismo; pero no todo en ellos es digno de vituperio. Léjos de eso, mas de una de las diezisiete proposiciones de la declaracion de los derechos del hombre, encierra principios que son una preciosa conquista de nuestro tiempo i que de ninguna manera ofenden el espíritu católico. La historia de que queremos dar aquí una lijera idea no lo ha olvidado i ha sabido distinguir entre lo que habia de verdadero i justo en aquella declaracion i lo que contenia de falso i pernicioso.

Los hechos referidos en el nuevo texto alcanzan hasta el presente año. Los gravísimos sucesos que ha presenciado la Europa en los últimos cinco años han sido expuestos con bastante detencion. Talvez álguien reprochará la importancia que se da en el texto a los acontecimientos de la Francia; pero és necesario tener en cuenta la influencia que esos acontecimientos han tenido en el orbe entero. La revolucion francesa no fué un suceso que afectara solo a la Francia, fué un movimiento que ajitó a todos los pueblos civilizados, que encontró elementos preparados en todas partes i en todas levantó tempestades de proporciones mas o ménos grandiosas. Napoleon paseó sus águilas vencedoras por el suelo de la Europa entera, ejerció sobre ella una

influencia absoluta i la historia de su imperio explica la de todos los paises europeos i aun encuéntrase en ella la causa que precipitó la revolucion hispano-americana.

Era, pues, necesario dar mayor ensanche a esta parte de la obra, a fin de que los jóvenes estudiantes pudiesen apreciar debidamente la marcha política de los últimos tiempos. La revolucion de Julio, la de Febrero, la política de Napoleon III, han influido mas tarde poderosamente en los destinos de todos los pueblos i por eso tienen en el texto en que nos ocupamos un lugar preferente.

La historia contemporánea americana ocupa tambien algunas pájinas de la obra. Por nuestra parte, habríamos deseado que su autor hubiese dado mas ensanche a esa parte de su libro i no se hubiese concretado a dar apénas una lijera idea de la marcha de los pueblos americanos despues de su independencia. Lamentable es la ignorancia en que vivimos los americanos de lo que pasa mas allá ne nuestras fronteras, en tierra de nuestros hermanos. Ni su historia, ni su literatura, ni sus adelantos en las ciencias i las artes nos son conocidos. Ya que en los textos de historia de América se ha dejado a un lado su historia contemporánea o apénas se la ha tratado de paso, hubiéramos visto con gusto que en el libro en que nos ocupamos se hubiera reaccionado dando toda la importancia a los acontecimientos que han ajitado a la América durante los últimos cincuenta años.

Los portentosos descubrimientos de nuestro siglo, las conquistas de la ciencia, las bellas letras, los progresos de las artes, no han sido olvidadas: en cada una de las partes de la obra han sido separadamente estudiados.

Sin esos datos la historia es solo una compilacion de hechos i de fechas; con ellos abarca todo el desarrollo de la civilizacion, todo el desenvolvimiento de las naciones i permite al alumno tener una idea exacta de la influencia i de los acontecimientos que se refieren.

Otro mérito tiene la obra i es su estilo conciso a la vez que correcto i elegante. Mérito es este que está mui distante de adornar las varias obras de enseñanza que andan en manos de todos i en las cuales es frecuente el tropezar aquí con un enorme gazapaton, mas allá con un galicismo o chilenismo de tomo i lomo.

Por su extension, por su método, por su veracidad i su redaccion el texto hácia el cual hemos querido llamar la atencion del público es sin disputa uno de los mejores que hayan visto la luz pública en Chile.

Su aparicion era una necesidad, una necesidad que queda satisfecha con el nuevo texto de Historia Contemporánea arreglado por un intelijente amigo, cuyo nombre no nos permite dar a conocer una modestia que le es característica.

CÁRLOS A. BERRO.

A MI AMIGO HERMOJENES IRISARRI

DESPUES DE OIRLE TOCAR LA GUITARRA.

Te oí por vez primera, en tí encontraba
Algo de celestial aquel momento,
I al pulsar tu hábil mano el instrumento
El alma a otra mansion se remontaba.

En sus cuerdas sentia que vibraba
De tu alma el mas puro sentimiento,
I del poeta el noble pensamiento
Mas armonías a la cuerda daba.

De la jóven hermosa el pecho amante
Con recuerdos felices talvez lucha,
Al son de tu vihuela palpitante.

Que en lenguaje armonioso i penetrante
Súbito haces pasar al que te escucha
Lo que sientes tú mismo en ese instante.

Santiago, 1864.

QUITERIA VARAS.

A LA SEÑORITA QUITERIA VARAS

EN RESPUESTA A SU SOÑETO.

Pedíle inspiracion a la lozana,
Ardiente juventud de mi alma un dia,
I agotada mi pobre fantasía
Murió en los brazos de esperanza vana.

Pasó de mi existencia la mañana,
Luchando siempre con mortal porfía;
I en la tarde, al tocar la sombra fria,
Ya mi cabeza se ha encontrado cana.

¡Yo quiero gloria aun, yo quiero honores,
I de la fama imploro una corona
Que tanto i tanto a mi anhelar rehusa!....

¡Al fin me ha concedido sus favores!....
¡Soi feliz.... su laurel mi sien abona;
Que yo inspiré cantares a una Musa!

Santiago, 1864.

HERMÓJENES IRISARRI.

A LA SEÑORITA QUITERIA VARAS.

De mi pobre instrumento la armonía
Quisiste celebrar en tu arpa de oro,
Mas dulce al alma que el arjenteo lloro
Que al cáliz de la flor el alba envia.

Sus cuerdas al tocar tu poesía,
Rítmicas ondas de rumor sonoro,
Llevó hasta el monte que el castalio coro
A tus blandos acentos aplaudia.

Mas celebrar queriendo mi guitarra,
Corrida i muda la dejaste tanto
Que ya mi mano trémula desgarra

Cuerdas que no superan a tu canto.
Rendido el homenaje merecido
Para admirarte solo tengo oido.

LA VENGANZA DE UN PATRIOTA.

I.

Allá por los años de 183.... era tertulio de mi casa el jeneral C**. No alcancé a conocerlo, pero he visto muchas veces su retrato, he debido cariño a sus hijos i al fijarme en las tradiciones de mi hogar encontré tan fresca su memoria como si ayer no mas hubiera dejado de existir. Así que al contar esta anécdota me parece estar mirando, como si lo tuviera presente, al noble veterano, héroe de ella.

II.

El jeneral C** llegaba diariamente a mi casa poco despues de las oraciones. Tomaba mate con mis padres e iba en seguida a buscar otra tertulia mas bulliciosa o mas conforme con sus gustos.

Las persecuciones del tiempo de Portales habian dejado vacío su bolsillo. En su situacion de padre de familia i hombre de obligaciones se veia asediado por mil necesidades; i el decreto, algo tiránico, que le privaba de la subsistencia lo tenia hasta no mas exasperado.

El jeneral C**, puesto en esta triste situacion, desahogaba su ánimo quejándose con acritud de sus enemigos políticos.

—¡Oh! decia, los tiempos cambian i llegará al fin el dia de la venganza. Entónces los caidos de hoi seremos inflexibles con nuestros enemigos.

—¿I Ud., jeneral, piensa en la venganza? interrumpió mi madre con benévola sonrisa.

—¿I por qué no? respondió el veterano.

—Porque con el corazon de oro que tiene i con la nativa jenerosidad de su alma, Ud. no se vengaria de nadie.

—Ya lo veríamos.

—No espero verlo en mis dias.

—¡Cómo!

—Porque Ud. no es vengativo.

—La venganza, dijo sentenciosamente el viejo soldado, es el plato mas exquisito que se sirve en la mesa de los dioses.

—Así será; pero Ud. pudo una vez vengarse i no se vengó.

—¡Oh! calle, amiga mia.

—¿Se acuerda de Alejandro?
—No tal; respondió con fingido mal humor.

III.

Aquí hubiera terminado el incidente (nos expresamos en el lenguaje parlamentario del dia) si a un caballero que oia esta conversacion no se le hubiera ocurrido terciar en ella.

—¿Quién era ese Alejandro? preguntó con curiosidad.

—No vale la pena recordar esas cosas, respondió el veterano; ademas, ese Alejandro ha muerto i valia bien poco para que nos entretengamos hoi en roerle los huesos.

—Con todo, segun parece, ese Alejandro ofendió a Ud. i Ud....

—Le perdonó, dijo mi madre, le perdonó como cristiano i como caballero.

—¡Vaya, amiga mia, calle Ud.!

—No me callo, porque eso honra a mi anciano amigo.

— ¿I qué fué ello? preguntó el caballero.

—Una nada, a la que nuestra amiga da un valor que realmente no tiene.

—Pues esa nada ha despertado mi curiosidad.

—Pues en mí ha despertado el deseo de irme de aquí; dijo el jeneral, despidiéndose bruscamente.

IV.

—¡Pobre jeneral!—prosiguió mi madre luego que vió alejarse a su amigo; habla de venganzas i no existe en Chile corazon mas jeneroso!

—¿I qué fué lo que hizo al jeneral ese Alejandro?

—Voi a contárselo al punto.

—Lo oiré con mucho gusto.

—Ud. sabe, comenzó mi madre, que nuestro amigo el jeneral C** fué uno de los primeros veteranos de la independencia, uno de los oficiales mas fieles que siguió a nuestro bravo O'Higgins en las campañas de la *patria vieja*. El se halló en todos los peligros, llevaba el diario de la expedicion i se batia como bueno en todos los cambates.

La suerte de las armas lo llevó a Rancagua; peleó como un leon en el cuadro de los defensores de la plaza, i no habiendo tenido como otros la suerte de escapar a tiempo, cayó prisionero del estúpido e implacable Osorio.

C**, si no me equivoco, tenia entónces el grado de coronel, i asomaban las primeras canas en su hermosa cabeza.

Sobresalia por su belleza varonil entre los demas prisioneros,

haciéndose notar por el noble orgullo con que afrontaba las miradas curiosas que le dirijian los enemigos.

Pero esas fieras, embriagadas por el triunfo i aun no satisfechas de la sangre que habian derramado, no eran capaces de respetar el infortunio de aquellos nobles vencidos. El grupo de prisioneros en que se hallaba el coronel C** se vió pronto rodeado de una infinidad de oficiales realistas, que olvidando el decoro de su uniforme i los respetos que merece el infortunio, comenzaron a cubrirlos de improperios i denuestos.

Ninguno de los nuestros respondió a sus provocaciones, sabiendo todos mantener mui alta la dignidad de su desgracia.

Fué entónces cuando un oficial llamado Alejandro se dirijió a nuestro amigo, el mayor en edad i el mas graduado de todos, ordenándole con insolencia que gritara ¡Viva el rei!

—¡Nunca!, respondió C** con noble entereza.

La órden se repitió; pero C** contestó a ella con una mirada de supremo desprecio.

Entónces el llamado Alejandro, olvidando toda dignidad, se encaró con nuestro amigo diciéndole:

—Por bien o mal has de gritar ¡Viva el rei!

I como no obtuviera respuesta alguna, exasperado i rabioso descargó con su mano innoble una bofetada en la mejilla del coronel chileno.—

—¡Miserable! exclamó el caballero al llegar mi madre a este punto de su narracion.

—Sí, continuó ella, portóse Alejandro como un canalla; pero C** tuvo ocasion de vengarse.

A estas palabras siguióse un rato de silencio.

V.

Mi madre despues de un momento de descanso prosiguió de este modo su narracion:

—El prisionero de Rancagua se vió a su vez triunfador en el memorable 5 de abril de 1818. Acababa de ganarse la batalla de Maipo que selló para siempre la independencia patria, i C** se encontraba en compañía de muchos otros oficiales patriotas que celebraban la victoria en los primeros trasportes de su entusiasmo.

El coronel C** referia a un corro de amigos sus padecimientos pasados i entre las incidencias de la conversacion les contó el lance de Rancagua i la villanía con que lo insultó el oficial Alejandro.

Aquí llegaba cuando su narracion fué interrumpida por la llegada de un personaje ante quien todos se descubrieron con respeto.

El recien llegado, que no era otro que el jeneral San Martin, se dirijió a C**, de cuya narracion no habia perdido una sola coma, i con ese jenio zumbon i chancero que le caracterizaba,—

—Coronel C**, le dijo; os necesito. Haced el favor de venir conmigo.—

C** saludó militarmente a su jefe, a quien siguió al traves del campo, conversando sobre los acontecimientos del dia.

—Hemos llegado, interrumpió San Martin, al enfrentar un rancho donde estaban depositados muchos prisioneros realistas.

—¿I qué, jeneral? se atrevió a interrumpir C**.

—Aguardaos un poco, respondió el jeneral vencedor.—

San Martin dió en voz baja algunas órdenes al jefe de la guardia, que volvió despues seguido de un oficial prisionero que temblaba como un azogado.

—Coronel C**, exclamó San Martin, os hago dueño de la suerte de Alejandro. Disponed lo que os plazca de ese miserable.—

Dichas estas palabras, San Martin se alejó dejando a C** i al prisionero.

El español temblaba; el patriota temblaba tambien al recordar su pasada afrenta; pero si pasó por su alma la idea de la venganza fué con la velocidad del relámpago, pues un momento despues el coronel C** estaba completamente sereno.

—Infeliz, dijo al prisionero, huye léjos de mí, porque no sé si otro dia estaré con humor de perdonarte.

El español no se movia.

—¿Qué es esto? ¿no te vas? repitió el oficial patriota—talvez te falta dinero, añadió; toma lo que llevo consigo i no vuelvas a presentárteme delante.—

C** se dirijió entónces al oficial de guardia, ordenándole pusiese en libertad al prisionero. Despues de una pequeña vacilacion el oficial accedió.

Alejandro buscó a su bienhechor para echarse a sus piés; pero, ya éste habia partido.—

Aquí concluyó mi madre su narracion. El caballero que la habia oido con marcado interes, exclamó sin poderse contener:

—¡Hermoso rango! eso honra mucho al jeneral C**.

—Es verdad, respondió mi madre, así se vengan los corazones nobles i cristianos.

ENRIQUE DEL SOLAR.

LIBROS PRESTADOS.

—¡Válgame Cristo! ¿Quién me dijera que estos libros, habidos con tantos afanes, i a costa de mil ahorros, i destinados a instruirme i darme ratos de contentamiento i solaz, me habian de ser motivo de frecuntes molestias?

Acababa de hacer esta exclamacion mi viejo amigo don Pascual, cuando yo tocaba la puerta de su biblioteca.—¿Quién va? preguntó con agria voz, que manifestaba un humor no mui a próposito para entenderse con visitas. Detúveme algo desconcertado; pero, acordándome que todos los dias abuso de su exquisita urbanidad, empujé la puerta i me metí de rondon.

Encontré a don Pascual en actutud meditabunda, la cara hosca i los brazos cruzados delante de sus libros. Difícilmente pudo desarrugar el entrecejo i mostrarme su habitual sonrisa, i tuve que deshacerme en jesticulaciones afables i palabras almibaradas a fin de neutralizar su inesperado *spleen*. No sé si lo conseguí, mas ello es verdad que empezó la conversacion sobre el mismo tema que le hiciera arrojar aquel sentido *¡Válgame Cristo!* cuando yo entraba.

—Aquí me tiene usted, amigo don Jenaro, en este gabinete, arreglando i poniendo en órden estos libros, que yacen como usted los ve. ¡Qué confusion! ¡qué dispersion! i sobre todo, ¡qué ausencia de unos cuántos!.... Ya se ve: no hai pisaverde babajorro ni corrillero charlatan, ni romántica bachillera, ni sucia comadre que, so pretexto de aplicados a la lectura i ansiosos de iluminar su tenebrosa mollera, no vengan a pedir libros a *su* don Pascual.

I el pobre viejo se araba la cancha calva con todas las uñas de su tenebrosa diestra. Me quedé medio corrido, pues siendo el objeto de mi visita pedirle cierto librejo de que tenia absoluta necesidad, hube de decir para mi capote: ¿Quién puede contar con la bondad ni de un bienavanturado en sus ratos de mal humor? Iba, pues, a dar a don Pascual el *páselo bien*, aunque de mala gana, cuando noté que se modificaba la expresion de su semblante i me contuve.

—Vea usted este andamio, continuó; no ha mucho que estaba lleno i lucido con la *Historia Universal* de César Cantú, i ahora ni mis carcomidas encías tienen mas claros. Mire usted mas allá diez tomos de la *Historia Natural*, i cinco mas sucios i rotos que libros de oraciones de beata o que misal de aldea. Si Buffon volviera a este mundo, ¡vive Dios! que diera por bien perdido este

ejemplar de sus obras, a fin de emplear su dorada péñola en describir al mamífero bímano que así le ha malparado. Aquí no hai sino un tomo del *Don Quijote*, los demas se han ido a buscar aventuras acompañando a un caballero andante, i sabe Dios si volverán de la cueva de Montesinos. Allá está la *Santa Biblia* con el Génesis hecho trizas, los profetas empuercados, los Evanjelios cual no los pusiera un turco.... ¡Oh! i luego hai quien nos trate de herejazos a boca llena, cuando nunca hemos cometido tales profanaciones i felonías, i solo porque nos damos a leer, allá por muerte de un tonto, algun libro picaron o por demas *ilustrado*, que hace tanta mella en nuestra alma como el aleteo del viento sobre un trozo de granito. I despues de todo esto ¿no ha de justificar usted, amigo mio, el enojo en que ha venido a encontrarme? ¡Viniera el perrazo de Omar tras todos esos miserables restos i los quemare, i con ellos a los que así los han dejado!

Me asustó esta imprecacion i abrí tamaños ojos, pues extraña hasta serlo de sobra me pareció en boca del afilosofado don Pascual. Pero, tomándome la mano con aire jovial, me aproximó a los estantes, i enseñándome un tomo de la Biblia,—Diviértase, me dijo. Este libro cayó en manos de nuestra vecina doña Pomponia, como si dijésemos en las de un mayordomo. La buena señora me aseguró que queria *saber la Biblia*, para vivir i morir como verdadera i fiel cristiana, i me le ha devuelto con notas bien curiosas. ¿No quiere usted verlas? ¡Mire que encierran sabiduría!

Abrí el libro con ansia, aunque para quien conoce a la comadre Pomponia no era mucho de admirar que le hubiese anotado, pues con referencia a su padre confesor, ante cuya autoridad e infalibilidad dobla el sexajenario cogote, sabe cosas grandes, divinas i humanas, del alma i del cuerpo, i de esta i de la otra vida. Pero, ¡qué diantre! lo primero con que dieron sus ojos fué con las siguientes palabras, en letra gorda i que nada tienen que ver con la Escritura, lindamente encajadas entre los floreados renglones del fróntis: *El 23 de mayo de 1855, a las seis de la mañana, parió la vaca barrosa el ternerito nevado.* Confieso que participé de la justa cólera de don Pascual, al ver tan extraña partida bautismal en semejante libro. A la vuelta de algunas hojas hallé estotra: *El 2 de junio reventó la papujada doce pollitos; tres blancos, tres negros, i los demas pardos.* Aquí me mordí los labios i plegué el entrecejo, i el viejo, que lo notó, me dijo sonriéndose:—Siga, siga, que por ahí anda otra nota mui elocuente. En efecto, junto al precepto del Decálogo que prohibe poner los cinco en lo que es ajeno, hallé esta peregrina sentencia: *El indio Martin Chuchi se robó dos mochos gordos, de valor de tres pesos cada uno, que son seis pesos, los que tendrá que pagarme el mitayo bribon.* ¡Por vida de sanes! exclamé cerrando el libro, ¿qué ha hecho usted que no ha dicho *hasta mas vernos* a esa vieja Pomponia, i no ha roto con ella para siempre?

—Eso nó, amigo Muelan, no me gusta perder una amistad por un

libro i si así fuera, pronto me veria de malas con medio pueblo. Quédense mis plúteos desiertos i mi cabeza monda i lironda como bola de billar, a puro rascárimela de impaciencia, ántes que se pongan de barbas agrias conmigo ni Ponciano, ni Julian, ni doña Pomponia, ni Mariquita, ni ninguno de los amigos que el cielo me ha deparado. ¡Aunque a veces me hacen cosas!.... No ha un mes que Ponciano me ofreció un ungüento para este carrillo que se me puso como teta de nodriza, i tuvo la bondad de remitírmele envuelto en una hoja de *La Ilíada*, que en un dia me la pidió con frases corteses i yo se la presté con vivo dolor de mi alma.

—¡Eso era para morirse!

—Pues nó señor: me puse el ungüento, quedé sano, i fué perdonado el Esculapio a costa del poeta.

Mariquita me devolvió ayer *La Jerusalen Libertada*, que me arrancó con exijencia, creyendo era algun libro místico; i si bien se engañó en esto, le ha parecido la cosa mui bonita, i me asegura que precisamente pondrá el nombre de Sofronia, aunque no conste del calendario (las da de *ilustrada*) a la chica que le va a nacer, quien, segun ella, será linda como Santa Rita, santa mas que esta patrona de los imposibles, i que a los quince de su edad, a mas tardar, no le faltará su media docena de Olindos. Pero, como iba diciendo: vino este malaventurado libro señalado cada canto con una viruta de madera, los pasajes mas heróicos con hilachas de flecadura de alfombra, i tal cual escena amorosa con verdes hojas de cebolla que trascendian a cocina. ¡Profanacion de la belleza del amor! ¿Quién pensara jamas que Reinaldo i Armida se fueran a dar a una cocina, que no a la isla encantada llena de odoríferas flores? Otro amigo, que nunca lee nada, o nada entiende si algo lee, pero que tiene hambre canina de pasar por docto en toda materia, se ha llevado quince volúmenes que, segun malicias mias, no volverán a cubrir esas tristes brechas de mis estantes; porque sé que está llenando uno para su uso con solo libros ajenos; pues a fuer de caballero de pelo en pecho, heredó de su abuelo la nada cristiana máxima de que robar libros, babestros i gallos castizos, no es ni pecado venial. Este es robo de nobles aficionados, es acto virtuoso.

En cuanto a los periódicos, ya es cosa bien sabida i de costumbre arraigada en nuestra jente, que no han de devolverse a sus dueños. Se suscribe uno, verbigracia yo; i como no a todos les gusta invertir sus pesetas en esto, que ellos denominan fruslería, es de verse cómo se me pegan el dia de correo, con qué ansia me piden mi número de El Nacional o cualquier otro impreso que recibo, i cómo le hacen circular en todo el pueblo, a modo de *mate* de beber en funcion de indios, pues uno alcanza para todos, rodando de mano en mano, hasta que al fin da con alguna descomedida que le estruja cual si fuera pañuelo de narices. Luego le critican, se mofan i se rien (¡cómo no han de hacer todo esto i algo mas si no quieren suscribirse!) miéntras yo, su dueño lejítimo,

poseedor con justo título i de buena fé, estoi en ayunas de cuanto él contiene. No pocas veces me ha sucedido tambien ver convertidas las hojas de un periódico en cucuruchos de guardar semillas ajenas sin beneplácito mio.

—Pero, señor don Pascual, le observé, no hace diez minutos he visto a usted hecho una víbora, i....

—En efecto, me interrumpió; mas, ¿qué quiere usted? cuando almuerzo, como esta mañana, huevos fritos con chorizo i salsa de de ají, se me pone la bílis negra i crespa como cabeza de mandinga, pero eso se pasa. ¿No me ve ya de chunga como siempre? Ya no echo pestes contra nadie, i solo pienso en buscar un remedio que preserve mis libros de tanto enemigo mortal. Los ratones han desaparecido al maullo de mi *mozo;* la polilla ha huido del polvo de tabaco, i hasta para mis dos nietezuelos que a veces venian a maltratar algunos libros que por su mal tienen estampas, hallé el excelente antídoto de mostrarles un diablo rabudo que hai pintado en el *Apocalipsis.* Lo que no hallo cosa que valga es contra los lecto-maniaco-pedigüeños. ¿Qué haré, amigo Muelan?

Ocurióseme una idea que me pareció feliz. i le dije: ¿No fuera bueno poner en el copete de ese estante un cartel con cierta inscripcion que yo sé, mui a propósito para el caso? I repetí la décima siguiente, que aprendí antaño de don Juan Ante-portam-latinam Benedícite, mi maestro de escuela:

Plegue a Dios, libros queridos,
Que aquí tan bien os hallais,
Que nunca, jamas seais
A vuestro dueño pedidos;
O que mas bien convertidos
Seais en tristes cenizas,
Antes que en las manos veros
De tantos lectores fieros
Que os empuerquen o hagan trizas,
U os roben cual caballeros.

—¡Bravo! exclamó el viejo al oirla; ¡excelente! A ver, échela usted aquí en letras de fardo, a que puedan leerla todos desde léjos.

Sentéme a la mesa i escribí en un pliego de papel de venado, que fué puesto como *Inri* en lo mas alto de los estantes. Don Pascual echó nuevos bravos i palmoteos, i yo, al verle en su verdadero humor, cobré esperanza de que me prestaria el deseado libro, i empecé a menudearle algunas indirectas. Don Pascual, que tiene los alcances de zorra vieja, me entendió en un tris.

—Supongo, le dije, que su enojo no se entenderia a quienes le devuelven sus libros sanos i salvos.

—Nó, por cierto; ántes me complazco en prestarlos, importán-

dome poco que los lean o no, o que los tomen con el *finis* por delante i el *frontis* por detras, como hacía el lego que subia al púlpito a dar a su auditorio la leccion espiritual.

—En tal caso.... me parece que yo.... pues nunca le he devuelto ningun libro señalado con troncos, ni cebollas, i....

Don Pascual no me dejó acabar. ¿Qué libro quiere usted? me dijo; ahí están esos pobres huérfanos a sus órdenes.

Dile las gracias mas expesivas, me abalancé al estante, tomé el libro, que puse bajo el brazo, apreté la mano a mi viejo amigo con un cariño que a mí mismo me parece fué algo exajerado, i salí rebosando de alegría como colejial en dia de asueto.

JUAN LEON MERA.

REFUTACION A "EL AMOR."

M. C. P. Marie Haas ha sido el ilustre escritor, el valiente defensor de los fueros relijiosos i sociales de la mujer, i quien con voz autorizada i brillante talento se ha tomado la difícil i gloriosa tarea de refutar con elevado criterio i cristiana filosofía a M. Michelet, en su obra *El Amor*.

Haas combate a Michelet cuerpo a cuerpo. Preséntase, i sale a la arena, como un gladiador, que tiene conciencia de su fuerza i destreza. Es un gallardo i robusto mancebo, que impresiona i se hace temible por su nerviosa i fuerte musculatura. Hábil, i mui hábil, hombre de mucha instruccion, conoce todos los flacos del contrario, i lo sigue i lo acosa hasta postrarlo i se dé por rendido.

Para refutar Haas a Michelet no toma el yo, nunca lo invoca, no lo quiere. Filósofo católico, comprende, mas que nadie, cuán vana es la ciencia del hombre, cuán falsa su propia enseñanza, i cómo el orgullo lo arrastra hasta el delirio. Si han caido los cedros del Líbano, ha debido decirse el ilustre Haas, ¡cuánto mas aquellos arbustillos que apénas echan raices!

En esta refutacion de tanto aliento, Haas no saca a luz ninguna doctrina nueva para todos los errores que combate. No tiene mas enseñanza que la católica, ya vieja, sin duda, pero no gastada porque es la palabra del Verbo. Pero, en verdad, ¡cuánto ha estudiado, cuánto ha meditado nuestro jóven filósofo! ¡Con cuánta

fidelidad, con cuánta sabiduría ha pesado sus creencias relijiosas! ¡Cómo quisiera que todos, hombre i mujer, conociesen i amasen el credo católico! La jóven desposada no va tan de prisa i tan delirante tras los brazos de su fino amante, como Haas tras de aquella verdad, que es eterna, luminosa e inmutable; luego, ¡qué bien conoce los tiros del contrario! ¡Con qué admirable ejecucion los pára i los esteriliza! No importa que Michelet se parapete, vista su cota de malla i se cubra con su escudo, porque Haas va de un salto sobre él, i lo sofoca i estrangula, no por ciega pasion, sino porque sabe, con experiencia i ciencia, que de su destruccion pende el bien de muchos.

Haas ha refutado a Michlet, capítulo por capítulo, sin encojimiento, sin disfraz, sin miedo alguno. Con su cabeza erguida i su corazon en la mano, frente a frente a su contrario, le ha dicho: filósofo incrédulo, racionalista o libre-pensador, como quiera que seas, me has provocado, a mí, filósofo católico, porque vanamente te crees mas fuerte que yo, i porque con esa sorna de los filósofos infatuados por la ciencia de un dia, pensaste concluir de un solo golpe con el catolicismo, i con él con todo sentimiento relijioso. Pues bien, aquí me tienes, pero diente por diente i ojo por ojo. Si no importa que hayas empleado treinta i dos años para dar a luz *El Amor*, a mí me bastan unos pocos meses para refutarte por completo, pues Dios i la verdad relijiosa i la sociedad i la familia están de mi parte.

Nosotros no conocemos de M. Haas otro trabajo literario que la refutacion en que nos ocupamos, sin embargo que es un escritor de acreditada nombradía i merecida reputacion. Ningun pormenor tenemos tampoco de su vida privada; pero tanto sus ideas como sus sentimientos se ven reflejados en este artístico como precioso libro, monumento de ciencia i profunda tésis social.

La victoriosa refutacion del ilustre Haas está precedida de una bondadosa carta de madama Brinckmann. Tan hábil como concienzuda carta revela el alma de un poeta i está perfumada de mui cristianos sentimientos.

"Señor, le dice madama Brinckmann a M. Haas, un libro, que el solo título de su autor recomienda a la atencion pública i particularmente a la mujer, la refutacion a *El Amor* de M. Michelet, ha llegado con celeridad hasta el fondo de nuestras provincias. Vuestro libro lo he leido al abrigo de los montes Pirineos, en las hermosas playas del golfo de Gascuña, en presencia de ese Océano, cuya grandeza imponente i majestuosa, fortificando el corazon, elevando el alma, haciendo comprender tan bien a Dios, conduce al inmenso amor de la belleza moral i a la implacable aversion de los odios humanos."

Mas adelante añade la expresada señora: "En vuestra vigorosa refutacion encuentro el profundo respeto de todos los grandes principios de la relijion i de la familia, sobre los cuales reposan

las sociedades despues de muchos siglos, como el admirable i exclusivo culto de lo bello, de lo verdadero, de lo justo. La imajinacion se purifica i embellece, el corazon se eleva, el alma se ennoblece por el soplo purificador de vuestra sana moral. La vírjen, la mujer i la viuda se presentan a vuestras miradas, no como impúdicas Vénus, sino como la hermosa mitad del jénero humano i la esperanza del porvenir.

"Vos quereis la mujer cristiana, la digna compañera del hombre, la madre austera i respetada de sus hijos, firme cimiento de la familia, i no una miserable esclava, instrumento ciego de sus placeres. Es así como engrandeceis al hombre, i él encuentra en su amor todas las satisfacciones que pueden embellecer su vida, haciendo la felicidad de su familia i llenando su gran mision sobre la tierra, hasta llegar a poseer a Dios."

M. Haas, cual cumplido caballero, contesta en estos términos tan hermosa como lisonjera carta, la que lo alienta, la que lo refrijiera, pues sus alabanzas llegan i bañan su rostro, como una suave brisa en calorosa mañana.

"Nuestra segunda edicion, dice Haas, está precedida de la carta de una señora tan distinguida por su nacimiento i noble espíritu, como por su fuerte corazon. Antes de refutar a M. Michelet no teniamos el honor de conocerla. Una feliz circunstancia nos ha puesto en relacion con ella, escribiéndonos una carta de felicitacion que reproducimos con su aprobacion. Esta carta ha establecido entre los dos relaciones que bastan para indemnizarnos de los sufrimientos que hemos experimentado por seguir la virtud. Esta carta nos ha enseñado tambien a conocer que hemos herido con justicia; que a doscientas leguas, como cerca de nosotros, hai mujeres que poseen magnánimos corazones; que en Francia existen nobles madres de familia, que saben preparar para las edades futuras a la vírjen, que no solo inspira a un jóven honrado, sino que llega a ser el ánjel del hogar doméstico, la bondadosa madre de sus hijos, la dulce, tierna i digna compañera de su vida, la alegría de su corazon i las delicias de su alma.

"La carta con que encabezamos esta obra, es tan honrosa para su autora, como satisfactoria para nosotros. La publicamos conmovidos i sin aparente hipocresía. Lo sabemos bien, no tenemos el talento que se nos señala; pero tenemos conciencia de poseer un corazon que palpita para amar lo bueno, i una alma que se eleva a Dios dulcemente. A este título, que vale mas que una ciencia vana, nosotros aceptamos la alabanza, que es siempre tan halagüeña para el que se esfuerza en practicar el bien."

En seguida Haas copia estas palabras de Michelet, a propósito de la carta aludida. "Las mujeres leyeron *El Amor*, i lloraron. Sus directores, relijiosos o filósofos, nada importa, dictaron su lenguaje. Apénas se atrevieron ellas a defender débilmente su abogado. Ellas hicieron mas, volvieron a leer i devoraron el libro

culpable; ellas lo guardan para las horas libres i luego lo depositan bajo la almohada."

"¿Cómo calificar, contesta Haas, estas insinuaciones tan orgullosas como pérfidas? ¿Puede ir mas léjos el amor propio i la ceguera? Que algunas mujeres pensasen así, se concibe, porque *nada hai nuevo bajo el sol;* pero no aceptamos que la gran mayoría juzgue así. En todo caso, la carta que acabamos de publicar, le impone al autor un cruel castigo por su fanfarronada.

"La mujer nos leerá. Despues de leernos, nos juzgará. Entónces se dignará ella decir, cuál de los dos es el *acusador i defensor*, cuál de nosotros la deprime o la eleva, quién la insulta o respeta, quién la lisonjea o la ama, a cuál de los dos prefiere ella."

Al refutar Haas *El Amor* no solo se propuso vindicar i salvar el principio católico, no solo trabajar por que la mujer sea un dechado de perfeccion, sino tambien, con un valor singular, que le honra i enaltece, va i pone mui alto la dignidad del esposo i de la esposa, i le da fueros al niño, a la vírjen i a la viuda. Así, toda la sociedad vese salva de grandes i afrentosas caidas, vese salva de retroceder i volver al paganismo. Para esta obra de tanto aliento, de resultados tan benéficos, Haas, con fé i ciencia, despertando estudios, que al parecer estaban aletargados, evoca, llama en su auxilio la relijion de Jesus, la enseñanza de la Iglesia, la experiencia, la razon ilustrada i sana, la filosofía práctica de la vida, el hombre i la mujer.

El amor a la verdad arrebata al ilustre Haas. El amor a la verdad hace de Haas un gran poeta por la expresion i el sentimiento.

Impresionados con la lectura de su inspirado libro, figúrasenos Haas un fuerte caminante, que con un pesado fardo a las espaldas trepa una áspera i elevada montaña sin detenerse ni fatigarse.

Como todos los hombres de verdadero i sólido talento, Haas tiene esos arranques del corazon, tan grandes como sublimes, que a la vez que hieren la intelijencia dan pábulo al sentimiento, i que embriagando nuestro espíritu, dejan en nuestra alma mui gratos consuelos. Como las abundosas i dulces aguas de ciertos rios, que guardan poderosa sávia, i con ella fecundan la tierra i hermosean los campos, así la inspirada i celeste palabra de Haas.

Sin rebuscar trozos, vamos a citar dos rasgos tan solamente, que le son propios i comunes a Haas.

Resumiendo la hijiene, dice: "La hijiene en la economía doméstica, oh jóvenes esposos, tenedlo bien presente, os conjuramos a ello, no es otra cosa: 1.° que el perfecto conocimiento de Dios i de su santa lei; 2.° que la rigurosa observancia de esa misma lei; 3.° que la santidad del corazon, la paz del alma i el puro i perfecto amor, dones i gracias que se dan en recompensa, cuando se poseen las dos primeras; 4.° que la limpieza i los cuidados

del cuerpo, las frecuentes ablusiones i demas; 5.° que un alimento simple, frugal, lijero; 6.° que un dormitorio salubre, pequeño, bien ventilado, que por todas partes reciba la luz, que los hermosos rayos del sol lo calienten; 7.° que un trabajo regular; 8.° que, en fin, un paseo de una hora, por lo ménos, bajo esa bóveda azulada, que es la cúpula de Dios, para admirar las marabillas imponderables de sus manos, i luego adorarle."

En otra parte nos dice, hablando de la fecundacion espiritual: "Cedámosle todo a la mujer. Sí, todo lo que exista de mas bello, de mas puro, de mas noble, de mas elevado. No le arrebatemos nada, nada absolutamente de esos hechizos propios de la jóven esposa, que constituyen el candor de su primera juventud i el suave aroma de su virjinidad moral. Dejémosle todos los tesoros de su amor i de su infinita ternura, toda la pureza de su alma. No empañemos por nada lo terso de su candor, que ella inocentemente guarda en el santuario de su corazon, tan bueno, tan tierno, tan amante de esa sin par belleza del alma. Este encanto inenarrable, esta gracia que embriaga el p ensamiento será el mas firme apoyo de nuestra vida, el fruto de un santo espíritu i de una felicidad inagotable. Así nos sobrepondremos a los males de este mundo, atravesaremos los desiertos de la vida; i no turbarán nuestra paz ni la triste aridez, ni los guijarros, ni las piedras, aunque las rocas ensangrienten muchas veces nuestros piés. Pero por la tarde, allá cuando volvamos a nuestro hogar, nuestra esposa, bendita por Dios, fruto delicioso lleno del rocío del cielo, nos consolará, nos reanimará; i todas las mañanas, al venir la aurora, despertaremos rejuvenecidos, porque mas profundamente nos amaremos en Dios. Hé aquí la verdadera fecundacion intelectual, aquella que teme a Dios i tiene su moral por sancion. Toda otra no es mas que desgracia, mil veces desventura, i ruina, i desesperacion, i tinieblas, i muerte, i nada!!"

Aun jóven, Haas es hombre de mundo i de ciencia. Dotado de un claro i robusto talento, de una viril imajinacion i de un sólido juicio, con rara instruccion relijiosa i con santo entusiasmo, su noble i sencillo corazon ama el credo católico. Fuerte con tal amor, quiere que la mujer, el hombre i la sociedad busquen la luz, se inspiren en esa ciencia que viene del cielo, en esa filosofía i esa moral que el hombre de buena voluntad i de relijiosa conciencia acepta para gloria de Dios, para dicha de una naturaleza enferma i caida como es la del hombre.

Haas es vehemente, mui vehemente, i de sorprendente concepcion. Tiene una expresion rápida, clara, digna i calorosa. Como todos los escritores de jenio, se hace comprender hasta del vulgo. Va siempre de frente, preséntase tal cual es, i hiere a su adversario cara a cara.

Por amor a Dios, por amor a la pureza de la mujer, semejante a Elias, Haas habria atravesado aquel misterioso desierto, imájen de nuestra peregrinacion en este mundo, sin llevar un pan en

sus alforjas. Para un corazon que ama, basta el amor a la verdad; para una alma espiritual basta el alimento eucarístico. De esto dudan los sabios del mundo, los espíritus fuertes i los filósofos como Michelet, pero el hecho existe, i el Verbo da testimonio de él.

Siempre juzga Haas a Michelet, en todo i por todo, con elevado criterio i noble pasion. Cuando Michelet está en la verdad, apresúrase él a darle razon i hacerle justicia. Prescinde entónces de aquel punzante estilo, que tan bien sienta al que está armado de una santa ira.

Refutando a Michelet, defendiendo el dogma católico i la moral cristiana, Haas se presenta como un digno maestro de la mujer. Reune grandes títulos i preciosas cualidades para ello.

Michelet en *El Amor* se dirije a la intelijencia de la mujer; i como hemos dicho, mui pocas veces ha buscado su corazon. Luego tal filósofo hizo abstraccion de la educacion, de la vida práctica, del sentimiento relijioso, de aquella enseñanza moral que tanto importa que posea la mujer.

En el libro de Michelet hai mucha ciencia para el ignorante i mui poca, poquísima, para el hombre de instruccion. Domina en *El Amor* la filosofía del *yo*, se impone mas que se convence, búrlase de esa conciencia íntima, que tiene el hombre, *que es un poco inferior al ánjel*.

Una obra como *El Amor*, que lleva el sello de una filosofía racionalista, que encierra en su fondo la negacion de todo principio relijioso, de toda enseñanza moral, que fútilmente impresiona por su forma, que pérfidamente seduce los sentidos, solo es propia para las personas que hacen del mundo un festin, que quieren que su existencia se deslice despreciando los goces del espíritu.

En su noble refutacion, Haas no se presenta como el fundador o innovador de una escuela, solo desempeña el papel de defensor de los principios católicos, en lo que concierne a la mujer, a la familia i a la sociedad en jeneral. Así que, con valentía i sin finjimiento de ninguna especie i con santo ardor, *toma la honda i mata a Goliat*.

Para el filósofo que conoce el pequeño alcance que tiene esa chispa de luz, que Dios ha depositado en la cabeza del hombre, nada vale el sabio que dogmatiza de propia autoridad; pues sabe que la verdad es patrimonio de Dios, i que su Hijo adorable i divino descendió a la tierra a derramarla, no para la vana satisfaccion de unos pocos, sino para el consuelo i dicha de toda la humanidad.

Ahora bien, sábese ya que tanto socialistas como comunistas, en cuyo número figura el viejo Michelet, valiéndose de la Internacional, propalan el error, quieren la destruccion de la sociedad, llevando por enseña muchas de las ideas que se encuentran en *El Amor*. Por lo tanto, todo hombre de recto juicio, todo

sacerdote, toda esposa, toda madre de familia, deben ponerse de pié i con el corazon en la mano defender los fueros de la relijion, los fueros de la moral, los fueros de la conciencia ultrajada.

Lea la mujer a Haas. Léalo inflamada de amor por el padre, de amor al esposo i de amor por el hijo. Un peso inmenso de gloria se le espera, si aferrada del catolicismo sostiene la santidad del matrimonio, la integridad del corazon, la pureza de la vírjen, los hechizos del candor, la inocencia de la mujer en todos los estados i en todas las situaciones de la vida.

Lea la mujer a Haas, i todos los principios que ese hombre sabio i piadoso le inculca, le darán un corazon inmaculado, un corazon que palpitará para todo lo grande, para todo lo verdadero, para todo lo santo i bueno que encierra el mundo.

A los torrentes de iniquidad que siembra el hombre es necesario oponer torrentes de santidad, que broten del corazon de la mujer. Sí, del corazon de la mujer, porque ella es el ánjel que lleva el signo de salvacion para hoi, para mañana i para siempre. Sí, del corazon de la mujer, porque ella mas que el hombre tiende la mano al infortunio i ama al pueblo; porque solo ella derrama lágrimas, que son un bálsamo para el desgraciado; porque solo ella tiene un pecho amoroso, i palabras afectuosas, i una elocuencia que no es estudiada, i que por lo mismo va derecho al corazon.

Que los labios de la mujer jamas se abran para pronunciar aquellas palabras desgarradoras, *sálvese quien pueda*. Porque el altar, el hombre i la mujer rodarian a un insondable abismo!

José Sotéro FÁBRES.

FRAI VICENTE SOLANO.

Hé aquí el nombre de un literato i periodista ecuatoriano, que, si bien mui conocido en toda América, es completamente ignorado en Chile.

I sin embargo de todo, pocos americanos han enriquecido su mente con un caudal mayor de ciencia, pocos han defendido con mayor fuerza los principios relijiosos, la libertad de la prensa i trabajado tanto por propagar el buen gusto literario entre sus conciudadanos.

Sin comparar al padre Solano con don Andres Bello, diremos que aquél fué para el Ecuador lo que este último para Chile, el maestro de todos, el animador de los jóvenes injenios, el protector del hombre estudioso, el apóstol de toda idea noble i jenerosa que se iniciaba en pro del bien público.

Entre Solano i Bello existian, sin embargo, grandes diferencias. Bello era un político mas profundo i de ideas mas conformes a la marcha actual del progreso; Solano tenia su ideal en la monarquía. Bello era mas literato que Solano; en cambio éste llevaba a Bello una inmensa ventaja como polemista i luchador en las ardientes lides de la prensa. Bello no habia nacido para periodista político. Su carácter contemporizador i enemigo de la lucha, lo apartaba de ese combate de atletas que no permite un momento de descanso a los que a él se lanzan. Por el contrario, frai Vicente Solano tenia vocacion para pelear diariamente las batallas de la libertad i la verdad. Era en la prensa incisivo como Montalembert, terrible como Veuillot, profeta a veces como el célebre abate Margotti.

Apénas ordenado, el padre Solano luchaba contra los españoles, defendiendo con teson los derechos que tenia la América a proclamarse independiente. Humilde hijo de San Francisco, sin olvidar nunca la moderacion i la caridad, fué el azote de los farsantes políticos, el terror de los falsos liberales de su tierra, el defensor constante del dogma católico i de la verdadera libertad.

El célebre periodista don José Antonio de Irizarri, esa lumbrera de las letras americanas, hubo de ceder ante la prestijiosa pluma del padre Solano. I si *parva licet componere magnis*, si de un gran injenio podemos descender a uno mediocre, diremos que el franciscano del Ecuador supo contener en sus avances a don Pedro Moncayo, personaje mui conocido en toda América por la circunstancia de haber tomado siempre a tarea el desacreditar a su patria i su gobierno ante el extranjero, i talvez (¡Dios nos perdone el mal juicio!) estuvo conspirando contra su suelo natal cuando estaba proscrito de él.

***

En los escritos del Padre Solano se ve la noble indignacion del creyente contra la orgullosa rebelion del abate Lamennais. Efectivamente, el Padre Solano se indigna contra ese Leviatan de la época moderna con la razon del que pudiendo haber ganado fama i nombradía por los mismos caminos, no quiso, sin embargo, echar sobre su nombre inmaculado el estigma del apóstata i del réprobo.

El Padre Solano vió, como Lamennais, condenada la obra de su juventud, el fruto de todos sus desvelos, por la Santa Sede Romana que encontró en ella algunas proposiciones heréticas. Su opúsculo sobre *La predestinacion* fué incluido en el índice de

libros prohibidos i aunque Solano era en el Ecuador algo mas que Lamennais en Francia, en vez de rebelarse se hizo un honor de ser él mismo el primer acusador de su propia obra.

Hé aquí la carta que sobre este asunto dirijió al Papa i que publicamos por el alto ejemplo que de ella se desprende.

La carta dice así:

"Beatísimo Padre:

"Desde mis tiernos años no he tenido otro deseo que hacerme útil a la Iglesia santa de Dios. I, habiendo llegado con esta idea a la juventud, quice publicar algunos escritos, i, entre éstos, un opúsculo intitulado, en idioma vulgar: *La predestinacion i reprobacion de los hombres, segun el sentido jenuino de las Escrituras i de la razon.*

"Segun el prefacio de esta obra, es mui fácil conocer que yo sospechaba hubiese algunos errores. Era mui jóven en aquella época, i, ciertamente esta circunstancia pudo conducirme a algun error; pero ignoro cuál sea éste, si contra la fé o contra las buenas costumbres. Lo único que ha llegado a mi noticia, es que dicho opúsculo ha sido puesto en el *Índice* de los libros prohibidos; i si inmediatamente no pude escribir a Vuestra Santidad sobre este particular, fué porque nos hallamos siempre oprimidos de guerra i trastornos por todas partes. No obstante, publiqué un escrito que manifiesta suficientemente que ninguna molestia ni adversidad podia sucederme por los decretos de la Silla Apostólica, como se vé por el adjunto impreso publicado poco tiempo hace. (1)

"Finalmente, Beatísimo Padre, hablándoos sin rodeos, os digo, que vuestro juicio es el mio; i que todas mis obras las detesto i abomino si fueren condenadas por la autoridad de la Silla Apostólica, i os suplico, al mismo tiempo, mui encarecidamente, con aquel pasaje de la Escritura: *Señor, no os acordeis de los pecados i errores de mi juventud.....*

"El Dios eterno i Padre de Nuestro Señor Jesucristo, se digne conservar a Vuestra Beatitud sin adversidad alguna, para el aumento de la fé, paz i unidad de la Iglesia. A este importante ob-

(1) El R. Solano alude al número 20 de *La Escoba*, correspondiente al 14 de Octubre de 1857, en uno de cuyos artículos, dice lo siguiente: "Una de las cosas que mas me ha gustado en la obra del doctor Eyzaguirre, intitulada *El Catolisismo en presencia de sus disidentes*, es la siguiente protesta con que termina el segundo tomo.

—"En las deducciones de los hechos que he referido, o en las cuestiones que he tocado de paso, pudiera haber aventurado alguna proposicion disconforme al sentir de la Iglesia Católica; si así hubiese sucedido, desde luego la retracto, pues ahora i siempre he sometido i someto mi juicio al de la Iglesia, cuya cabeza es el Romano Pontífice. Lo propio han hecho i hacen todos los escritores católicos; porque de otra suerte, serian inconsecuentes e infieles. Yo, que siempre he vivido penetrado de estas ideas, he hecho lo mismo; i ahora seria tachado de inconsecuencia si no sometiera mis escritos a la autoridad de la Iglesia, i no condenara lo que ella condenare. Esta es mi consecuencia."

jeto dirije todas sus preces, Santísimo Padre, vuestro humilde hijo i siervo en el Señor.—*Frai Vicente Solano.*"

Como habla el Padre Solano en las líneas copiadas, se expresaba el sabio i eminente Fénélon, la gloria mas pura del episcopado frances.

Frai Vicente Solano, sabio profundo i eminente teólogo, era superior hasta no mas al presbítero Vijil, esa parodia ridícula de Lamennais, que hizo tanto papel en la vecina república. Como Vijil, pudo rebelarse, pero él tenia mas conciencia que espíritu de conveniencia, mas fé que orgullo necio; i aunque Solano valia mucho mas que Vijil, Solano dobló, como católico, la cabeza ante el fallo del que es en la tierra órgano de la eterna verdad, miéntras Vijil.... Pero ¿a qué hablar de este desgraciado? ¡Dios haya tenido piedad de él! No seremos nosotros los que echemos lodo sobre su tumba....

El Padre Solano con su elevado injenio supo comprender la grandeza del catolicismo, i por eso fué grande, por eso, en política (salvo sus primeros estravíos monárquicos que, por otra parte, los tenia en compañía de Bolívar i de O'Higgins i muchos otros grandes americanos), tuvo miras fijas hácia donde marchar i supo ser en su patria el infatigable apóstol de la verdadera libertad....

Literato, amó lo bello, difundiendo en su pais las doctrinas del buen gusto. Político, defendió la libertad hermanada con el órden; sacerdote, fué un excelente intérprete de la verdad divina, fraile franciscano, en fin, desdeñó un porvenir de gloria que le ofrecia el gran Luna Pizarro, cuando lo llamaba a Lima, para defender la causa católica haciéndole en esa ocasion las ofertas mas lisonjeras i para tejer la última flor a la corona de su humildad, renunció la mitra por juzgarse indigno de ella.

Esto fué el Padre Solano i con justicia los ecuatorianos entre cuyos literatos se cuenta nada ménos que Olmedo, lo llaman, despues de éste, la primera reputacion literaria de su patria.

AMIR.

LITERATURA AMERICANA. (1)

FEDERICO E. ALEJANDRO, BARON DE HUMBOLDT.

Decia Fontenelle, hablando de Leibnitz, que era un hombre que llevaba delante todas las ciencias. Se puede aplicar este dicho a Humboldt con mucha razon. Astrónomo, jeógrafo, físico, mineralojista, matemático, jeólogo, botánico, zoolojista, químico, historiador.... Humboldt, a los veintiocho años de edad, era un sabio completo. Nacido de una familia ilustre i rica de Berlin, léjos de seguir los halagos de la fortuna, se dedicó a cultivar las ciencias, empleando su dinero en hacer colecciones i viajes. Las ciencias le deben mucho, i principalmente su viaje a América le trasmitirá a la posteridad. Reunido con Bonpland, recorrió nuestro continente, haciendo observaciones físicas, jeolójicas, botánicas, etc., sin que los objetos mas pequeños se escapasen a su sagacidad. Particularmente la botánica fué enriquecida por él, de suerte que hizo conocer a la Europa mas de cinco mil especies i jéneros, incógnitos ántes de su viaje. Los que le han seguido mui poco han adelantado en los paises equinocciales. Humboldt les ha dejado una cosecha inmensa.

Si como sabio es apreciable, lo es tambien como viajero. ¡Con qué moderacion no habla de los usos i costumbres de los americanos! Mui diferente en esto de otros viajeros, que llenan sus memorias de minucias sobre el culto, sobre las costumbres, sobre los alimientos, etc., de los pueblos que recorren. Piensan que dilátandose en críticas amargas i aglomerando noticias, que poco o nada importan a los sabios, han de hacer el papel de buenos observadores. En Humboldt todo se reduce a la ciencia; i se puede decir que no hai línea en sus escritos que no contenga alguna instruccion útil.

Los americanos jamas deben olvidarse de Humboldt: los escritos de este sabio les han hecho conocer el pais en que viven, como un maestro enseña a sus discípulos los primeros elementos de las artes i ciencias. Humboldt merece una estátua en América.

Cada vez que encuentro una planta en algun lugar designado por él, me viene a la imajinacion su presencia: ¡aquí estuvo

(1) Este i los demas artículos del padre Solano que publiquemos en nuestras columnas se copian de una biografía suya recientemente escrita en la capital del Ecuador. Las notas que los ilustran pertenecen al autor de la Biografía, cuyo nombre ignoramos, por carecer de portada el ejemplar que hemos tenido a la vista.

Humboldt! digo para mí solo, cuando voi en compañía de otros. ¡Gracias a Humboldt, sé la altura en que me hallo con respecto al nivel del mar! No puedo dejar de referir lo que en cierta ocasion me sucedió. Habia leido, en la parte botánica, que entre Burgay i Déleg, se halla una nueva especie de *aralia*, descrita por este sabio con el nombre de *aralia avicenniæfolia*. (2) Por cerciorarme, fuí a buscarla en el sitio donde crece; i, en efecto, la encontré en el punto en que se comienza a descender al lugar llamado *Verdeloma*. Hai allí mucha abundancia de estas plantas, i ellas me excitaron estas reflexiones:—"¡Aquí estuvieron Humboldt i Bonpland! ¿Cuál será la planta que les sirvió de modelo para sus descripciones? ¿o serán otras las que existen ahora? ¡Qué conversacion tan amable no tendría con estos sabios, en esta soledad, sobre las plantas i sobre otras materias!" Confuso con estas ideas, daba vueltas en aquel recinto de *aralias*, i me parecia que en toda aquella colina circulaban los manes de Bonpland i las sombras de Humboldt. Esto me causó tal consternacion, que me apresuré a salir de aquel lugar, corriendo a rienda suelta, hasta que pudo distraerme, en bastante espacio, el encuentro de un amigo.

Los sabios, o no deben nacer, o no deben morir. Para consuelo de las ciencias, vive todavía Humboldt. (3)

REFLEXIONES SOBRE LA POESÍA.

La poesía no consiste en hacer versos: éstos no son mas que la parte material, como en la elocuencia la accion. Es verdad que no puede haber poema en prosa, como pretenden algunos; i Voltaire ha tenido razon en decir que los que defienden los poemas en prosa se parecen a aquellos que quisieran una orquesta sin instrumentos. El alma, pues, de la poesía son las imájenes sublimes, que arrebatan i ponen en movimiento todas las pasiones, no de un modo desarreglado, sino conforme a la naturaleza del hombre. La poesía viene de Dios, i no puede ser un don concedido para extraviar la razon i la imajinacion. Así es que los mas grandes poetas siempre se han distinguido, cuando su musa ha sido inspirada por los sentimientos relijiosos. Aun los paganos, en medio de sus errores i surpersticiones, no han dejado de comprobar esta verdad. Homero, dicen, compuso su *Ilíada*, teniendo a la vista los libros de los judíos, i principalmente el cántico de Débora. Virjilio es llamado por algunos el *poeta recoleto*,

(2) Esta planta fué encontrada por el doctor Jameson en el mismo lugar indicado por el padre Solano, i descrita científicamente en la páj. 284 de la obra que aquél publicó bajo el título *Synopsis plantarum æquatoriensium*.—(*Nota del autor de la Biografía.*)

(3) Esto se escribia en 1856, i Humboldt murió el 6 de mayo de 1859.—(*Nota del autor de la Biografía.*)

porque toda su *Eneida* respira el temor de los dioses i la práctica de las virtudes. Estos poetas, como todos los hombres, tenian los sentimientos de una alma *naturalmente cristiana*, segun el pensamiento de Tertuliano.

En el siglo pasado i en el presente han querido desconocer esta verdad; i de aquí ha resultado esa multitud de obras en verso, destituidas de todo lo que se llama verdadera poesía. "Tres musas inmortales, dice un célebre escritor, reinarán sobre todas las jeneraciones poéticas que nos sucedan: la relijion, el amor i la libertad." La relijion ha sido atacada en verso; el amor cantado de una manera obscena; i la libertad confundida con la licencia. Solamente la fé puede hacer grandiosos estos objetos; o mas bien, la relijion sola puede pintarlos como son en sí. Esta materia ha sido agotada por escritores de primer órden, como Rollin, La Harpe, Chateaubriand, Louth, etc. Sin embargo, yo añadiré algunas reflexiones que he hecho.

Si queremos fijarnos en la idea del escritor ántes citado, a saber, la relijion, el amor i la libertad ¿en qué parte hallaremos imájenes mas sublimes i mas bellas que en los libros sagrados? ¡Qué ideas tan grandes nos suministran ellos de un Dios terrible en sus juicios, misericordioso con los pecadores, revistiéndose él mismo del carácter de pecador, para salvar a los pecadores! La mitolojía es mui pobre para poseer esta inmensidad de riquezas.

Del amor, se supone casto, presenta modelos acabados la Biblia; i no faltan críticos imparciales que dicen que los mas bellos idilios de Teócrito son una imitacion del *cántico de los cánticos de Salomon*. Virjilio imitó a Teócrito en sus églogas; i así, se puede decir, que estos dos poetas deben a la Escritura sus mas bellas concepciones.

En cuanto a la libertad bien entendida, sin disputa viene de Dios i de la redencion de su Hijo. La filosofía, por el contrario, queriendo ensanchar la libertad, no ha hecho otra cosa que reducir al hombre a la esclavitud, o a una servidumbre vergonzosa. La Escritura, pues, presenta pasajes sublimes de libertad i de patriotismo, dignos de un poeta que aspire a la inmortalidad. ¡Qué palabras, qué hechos, qué sacrificios tan puros, tan patrióticos, no se leen en los libros de los Macabeos! La Harpe ha notado que el salmo 113: *In exitu Israel de Ægipto*.... es una hermosa oda a la libertad.

Los profetas nos presentan a cada paso rasgos que han causado la admiracion de los mas grandes jenios. Cuando el célebre La-Fontaine leyó, por primera vez, la profecía de Habacuc, quedó estático al contemplar aquellas imájenes brillantes i arrebatadoras que aun no las habia encontrado en los poetas que leía. En efecto, ¿puede darse otra igual a ésta? *Sol et luna steterunt in habitaculo suo, in luce sagitarum tuarum, ibunt in splendore fulgurantis hastæ tuæ*. "El sol i la luna permanecieron quietos en su lugar, por la luz de tus saetas, i caminarán con el esplendor de la lanza

que vislumbra."—El profeta habla aquí de la interrupcion del curso del sol i de la luna en tiempo de Josué. Nos pinta, pues, estos dos astros detenidos por la sorpresa que les causaba la luz que despedian las saetas i las lanzas que manejaban Josué i los israelistas por órden de Dios. I si hubieran querido caminar el sol i la luna, ya no habria sido para derramar su luz, sino para recibirla de los brillos de las armas israelitas: *ibunt in splendore fulgurantis hastæ tuæ*. Justamente se detuvieron como avergonzados. ¡Qué poesía tan sublime!—Aquí nada hai exajerado: Dios despide rayos de indignacion contra sus enemigos, o saetas i lanzas de fuego, segun dice el profeta; i estos rayos, este fuego divino, puede asombrar a todo el universo, i eclipsar los astros mas brillantes.

He citado no mas que un ejemplo, i pudiera citar innumerables, de que están llenos los libros de los profetas. "Si es propio de la poesía, dice La Harpe, animar i personificar todo, se ve que nada es mas poético que el estilo de los salmos i de los profetas. —Todo en ellos toma un alma i un lenguaje." Las descripciones, las pinturas orijinales, tienen un fondo inagotable en la Sagrada Escritura. Tomemos, por ejemplo, el libro de Job, i en él hallaremos una pintura de la fogosidad del caballo.—Habla Dios i dice: "¿Tú le has dado la fuerza al caballo? ¿Eres tú quien ha formado su larinje para hacer resonar su relincho como un trueno? ¿Serás capaz de hacer saltar al caballo como a un insecto?—El sonido magnífico de sus narices es aterrante. El hiere la tierra con sus piés; juega con su vigor; sale al encuentro de hombres armados; se burla del terror; nada le espanta, i no huye de la espada. No tiene miedo a las flechas que silvan en su circunferencia,ni a la lanza, ni al dardo.... Olfatea de léjos la batalla, el estruendo de los capitanes i el grito de la victoria...."

Veamos ahora lo que dice el *pintor de la naturaleza*, Buffon, en la historia del caballo.—"La mas noble conquista que haya hecho jamas el hombre es la de este altivo i fogoso animal, que divide con él las fatigas de la guerra i la gloria de los combates. Tan intrépido como su dueño, el caballo ve el peligro i lo arrostra; él se acostumbra al estruendo de las armas, lo ama, lo busca i se anima con el mismo ardor que el jinete. Participa tambien de sus placeres en la caza, en el torneo, en la carrera, brillando i electrizándose; pero, tan dócil como valeroso, no se deja llevar de su fogosidad, pues sabe reprimir sus movimientos. No solamente es dócil bajo la mano de aquel que lo guia, sino que parece consultar sus deseos, i, obedeciendo a las impresiones que él recibe, se precipita, se modera o se detiene, i no obra sino para satisfacerle. Es una criatura que renuncia a su sér para no existir mas que por la voluntad de otro; que sabe aun anticiparse a los deseos del que lo rije; que, por la prontitud i la precision de sus movimientos, la expresa i la ejecuta; que siente tanto cuanto es necesario, i no ejecuta sino lo que se quiere; que, sujetán-

dose sin reserva, no se rehusa a nada, sirve con toda su fuerzas, se excede i muere para mejor obedecer."

Sin duda esta pintura es mui bella, pero mui inferior a la concision i enerjía del escritor sagrado. No es posible imitar las bellezas bíblicas, sin hacer perder lo sublime de sus descripciones, imájenes i pinturas; pero, tanto el poeta como el artista, necesitan de modelos para acercarse al bello ideal.

Aun los románticos deben sus bellezas a la poesía bíblica. Por ejemplo, Víctor Hugo se formó en la escuela de los poetas cristianos i casi románticos, Lope de Vega i Calderon. Habiendo venido a España con su padre el jeneral Hugo, mui jóven se dedicó a la lectura de los poetas españoles, que le causaron una fuerte impresion; i, volviendo a Francia, comenzó a publicar obras que le han adquirido la reputacion de que goza; pero que no son mas que arroyos, cuya fuente existe en los poetas cristianos españoles. Tal es la noticia que dan algunos biógrafos.

Ninguno, pues, que renuncie a la poesía sagrada llegará a ser un poeta distinguido. La lectura de poetas subalternos, como Meléndez, Arriaza, Moratin, Espronceda, etc., cuando mas formará el gusto de una musa bella, pero no sublime; esto es, si hai jenio, i de lo contrario, quedarán todos en la clase de versificadores vulgares.

FRAI VICENTE SOLANO.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

JOSÉ MANUEL MARROQUIN.

Nació en Bogotá el 7 de agosto de 1827. Cursó humanidades i filosofía, del año de 1840 al de 1845, en el Colejio Seminario, i jurisprudencia en la Universidad nacional, desde 1846 hasta 1849.

Sus trabajos del campo han sido su ocupacion habitual; i en dos haciendas en que ha pasado la mayor parte de su vida, desde que concluyó sus estudios, ha tenido colejio; primero desde 1851 hasta 1857, i despues desde 1867 hasta 1873.

En tiempo de la Confederacion Granadina, fué en una ocasion diputado a la asamblea de la provincia de Bogotá, i en otra a la

de la provincia de Cipaquirá. En 1860 fué miembro del consejo de instruccion pública de Cundinamarca. Despues de la revolucion de 1861, fué nombrado director de la Escuela Normal del Estado.

Ha compuesto un TRATADO DE ORTOGRAFÍA CASTELLANA, un TRATADO DE ORTOLOJÍA, un DICCIONARIO ORTOGRÁFICO i unas LECCIONES DE URBANIDAD ACOMODADAS A LAS COSTUMBRES COLOMBIANAS, obras que han visto la luz pública, i un TRATADO DE MÉTRICA, que se publicará en breve.

Es tambien autor de varias composiciones en verso, de las cuales se han publicado dos colecciones, una que forma parte del PARNASO COLOMBIANO, i otra que la forma de sus OBRAS ESCOJIDAS, libro que actualmente se está publicando.

Ha escrito asimismo muchos opúsculos en prosa, relijiosos, biográficos, bibliográficos i de costumbres, fuera de otros festivos que no pueden clasificarse entre los ya mencionados, i de algunas composiciones dramáticas, que ha hecho para teatros caseros. Estos opúsculos han sido en su mayor parte publicados en varios periódicos, señaladamente en EL MOSAICO, del que fué redactor juntamente con varios amigos suyos. En la citada coleccion de sus OBRAS ESCOJIDAS, se han recojido muchos de los opúsculos en prosa.

El 2 de diciembre de 1870 fué nombrado, por la Academia Española, académico correspondiente, i recibió de la misma corporacion, junto con sus colegas, señores Miguel A. Caro i José M. Vergara i Vergara, el encargo de fundar la Academia Colombiana. En el ANUARIO que está publicando esta Academia, se han insertado algunos de sus mas recientes trabajos literarios.

CÉSAR CONTO.

Nació el año de 1836 en Quibdó, hoi capital del municipio de Atrato (Estado del Cauca.)

Comenzó sus estudios académicos en el colejio de Santa Librada, en Cali, en 1849; i a fines del año 1850 vino a Bogotá, en donde concluyó sus estudios en el colejio del Rosario, gradúandose de doctor en jurisprudencia.

En 1857 se trasladó a Cali, en donde estaba establecida su familia, i en aquel lugar, lo mismo que en el de Palmira, desempeñó el destino de juez.

Durante la revolucion del año de 60, en la cual tomó parte a favor de la causa federal, desempeñó los empleos de majistrado del tribunal de Occidente en el Cauca, i fiscal del departamento del mismo nombre.

Terminada la guerra, fué elejido diputado a la lejislatura del mismo Estado, que se reunió en 1863, i representante al congreso

federal; empleo para el cual fué reelejido consecutivamente durante seis años. En los intervalos de las sesiones del congreso desempeñó la secretaría de hacienda i despues la de gobierno del Estado del Cauca, (años 1864 a 67.) En 1871 fué llamado por el jeneral E. Salgar, presidente de la Union, a desempeñar la secretaría del tesoro i crédito nacional; empleo que ejerció hasta el 31 de mayo de 1872; i el 1.° de abril siguiente se posesionó de una de las majistraturas de la corte suprema federal, en virtud de eleccion hecha por las lejislaturas de los Estados. Estando en este puesto, ha sido elejido presidente del Estado soberano del Cauca, por el voto unánime de los municipios que componen aquel Estado.

Redactó en Cali un periódico titulado La Revolucion; i en Popayan El Caucano; i ha sido colaborador de muchos otros. Sus poesías se encuentran en periódicos literarios, especialmente El Mosaico, El Iris i La Tarde (de Bogotá) i en La Lira (de Cartajena.) Muchas de ellas están reproducidas en periódicos americanos i europeos.

Tiene en prensa, actualmente, un Curso completo de la lengua italiana, segun el método de Robertson, para el estudio de los que hablan castellano.

CONSTANCIO FRANCO V.

Nació en Vélez (Estado de Santander) el dia 28 de octubre de 1842. Hizo sus estudios en el colejio de La Paz, en Vélez, i en Bogotá, en el colejio del Rosario, en donde permaneció hasta 1860; i tomó parte en la revolucion de aquella época.

En 1868 fué diputado a la asamblea de Cundinamarca; en 1869 ministro del tribunal de cuentas del mismo Estado. Ha sido senador de la república durante dos períodos.

Fué redactor de los siguientes periódicos: El Centinela, El Ciudadano, El Rejistro del Estado (años 1872 i 73) i de El Porvenir; i ha colaborado en El Colombiano, el Diario de Cundinamarca i otros.

Es autor de los folletos: La cuestion económica sobre los impuestos, 1871. Filosofía moral; i de un volúmen titulado: Artículos de costumbres. Tiene inéditos tres dramas: Andres Cavalcanti, El Conde de Montecristo i Rafael. Tambien conserva inéditas dos obras, una sobre filosofía moral i otra titulada: Aristocracia oficial en Colombia.

Actualmente se ocupa en escribir una obra sobre crédito público, que dará pronto a la luz pública.

Isidoro LAVERDE A.

CURIOSIDADES.

Ni los españoles ni sus hijos han descollado por su aficion a las ciencias exactas. Entre muchas pruebas daremos la siguiente. Las cátedras de matemáticas de la célebre Universidad de Méjico se hallaban casi desiertas, dándose el caso de haber sucedido en alguna época que a la de jeometría asistian únicamente dos oyentes.

***

Muchos se ha hablado en Chile de las propinas, dulces i guantes que tenian que regalar a los doctores los que querian graduarse en nuestra Universidad de San Felipe. Justo será que se sepa lo que sucedia en aquella época en la famosa de Salamanca. "El grado de licenciado, dice un curioso libro, resultaba costosísimo, aunque mas económico que el de doctor i maestro. Habia que dar propinas largas en la *tentativa* i *repeticion* al padrino, examinadores i bedeles; a los que entapizaban la Univerdad, a los que publicaban las conclusiones, a los atabaleros i trompeteros i al maestro de centurias. I llegado el *licenciamiento* que tenia lugar en la capilla de Santa Bárbara no tenian ni cabo las propinas i derechos: a los campaneros de la catedral; a cada uno de los ministros asistentes al acto, cincuenta por lo ménos; al maestrescuela, padrinos, examinadores, bedeles, maestro de ceremonias; al *arca boba* de la Universidad; a los que arreglaban la cena; a los que servian i a los músicos i ministriles. Añádese a esto la cera para la misa, para el canciller i padrino, graduandos i ministros graduados, secretario de la Universidad i sacristan de la capilla; esto sin olvidar la de varios altares, especialmente el de Nuestra Señora de la Estrella, ante el cual oraba durante la votacion el aspirante al grado en compañía del maestro de ceremonias. Tales gastos crecian aun con el refresco, las colaciones por persona i la cena que se seguia con su *ante* de ensalada de perdiz o pichon por cabeza, libra i media de anguila o trucha, asimismo por barba; jigotes o perniles cocidos i fiambres, un *pos* de aceitunas, anices, barquillos i frutas, el indispensable

manjar blanco i los dulces. Tenia que ser de leche el pan i con toda abundancia; el agua de nieve, si fuese tiempo; no faltando aloja, vino blanco i tinto a pedir de boca. Exijíanse, ademas, otros platos bastante suculentos, cuya clase, número, aderezo, peso o medida se determinaban tambien por reglamento a satisfaccion del veedor."

***

La Universidad de Méjico fué fundada por don Antonio Hurtado de Mendoza, hermano del historiador i poeta de igual apellido. Este ilustre español, que despues fué virei del Perú, era mui amante de las letras. A él debió Méjico su primera imprenta; mandó escribir un libro sobre *las cosas naturales i marabillosas de Nueva España* e hizo dibujar sesenta i tres estampas de monumentos i objetos curiosos del arte mejicano con su explicacion correspondiente; las cuales, apresadas por un corsario frances han hecho famosos a sus editores Samuel Puchas i Melquísedec Zevenol. Llegó a tener la Universidad de Méjico un claustro famoso con mas de doscientos doctores i le estaban sujetos para sus cursos i grados numerosos colejios de la capital i nueve seminarios de las provincias. Ha dado en mas de dos siglos cien obispos, otros tantos consejeros reales e innumerables hombres eminentes en todos los ramos del saber. Uno de los protectores de esta Universidad fué frai Alfonso de Veracruz que sujirió al virei Mendoza la idea de fundarla, trajo para ella de Europa sesenta cajones de libros i fué su primer catedrático de Sagrada Escritura hasta su muerte, acaecida en 1584, contando entónces el ilustre fraile la avanzada edad de ochenta años.

***

Llegó a tal grado el furor de los españoles por emigar al Nuevo Mundo en los primeros años, despues de su descubrimiento, que a los tres despues de haber pisado Cortés el suelo mejicano tenia pobladas con españoles otras tantas villas i en los siete siguientes españolizado casi todo aquel vasto reino. Entónces llegó a disponer de 200,000 soldados castellanos e indios; por lo que entrando en cuidado Cárlos V, nombró un virei que gobernase a Méjico en su nombre. Cortés, como Colon, murió en el abandono i la miseria.

***

Curiosos son los siguientes datos sobre la manera como en el siglo XVI se castigaba en España a los rufianes i mujeres perdidas. Los copiamos para diversion del lector:—"El rufian castigado por la justicia iba atado sobre un burro i ostentando sobre sus hombros i cabeza grandes i ñudosas astas de ciervo, adornadas con flores, campanillas i banderolas. Su revendida mujer iba de-

tras en igual cabalgadura i era apremiada a dar de azotes con una penca a su ruin marido. A pié seguia el verdugo azotando a la mujer i llevando una trompeta en la siniestra mano. A todos precedia la alcahueta pública, desnuda i untada con miel de medio cuerpo para arriba i acosada, como es natural, por un número infinito de tábanos i moscas. El escribano a caballo i a pié los demas ministros de justicia cerraban la procesion con gran escolta de chiquillos i curiosos que a los condenados arrojaban tierra i lodo, haciéndoles las demostraciones mas afrentosas.

Bravos i frecuentes eran estos castigos públicos en Sevilla, teniendo su cárcel sobre 1,800 presos i habiendo semana de seis u ocho azotados o ahorcados i para galeras de cincuenta en cincuenta. El cieno i suciedad de los patios, i la de los calabozos mayor todavía; las pendencias, desafíos i asesinatos que a toda hora alborataban aquel recinto, el ruido de las cadenas, el incesante abrir i cerrar de los rastrillos; los rezos, cantos i letanías de los presos al visitar en procesion i con música a sus compañeros puestos en capilla i la diaria brega i alboroto al sacar los condenados a azotes i galeras—con razon impresionando a Cervantes le hicieron decir que su *Quijote* habia sido enjendrado "donde *toda incomodidad* tiene su asiento i donde *todo triste ruido* hace su habitacion." En el dia se cree por los eruditos que el *Quijote* fué escrito en la cárcel de Sevilla i no en Argamasilla. Esta opinion parece apoyada en sólidos fundamentos."

***

Contaba Sevilla a principios del siglo XVII dos magníficos teatros, labrados ámbos de madera. El llamado *La Montería* tenia tres órdenes de balcones i *El Coliseo*, admirable por su fábrica, estaba construido en círculo al estilo greco-romano. Seis veces fué este teatro presa de las llamas, pereciendo mucha jente en el último incendio. En 1831 fué reconstruido con balconaje de fierro i un techo gallardamente pintado i podia contener hasta 5,000 personas.—Habia a mas los siguientes teatros de segundo órden: *El Corral de don Juan*, el de las casas viejas del *Conde de Niebla*, el de *La Huerta de* i el de *La Huerta* o *Corral de doña Elvira*. En estos teatros se estrenaron mas de una comedia de Lope o entremés de Cervantes.

***

Cervantes antecede la primera parte de su *Quijote* con algunas composiciones poéticas escritas en versos *de cabo roto*, tales como éstos:

Soi Sancho Panza, escudé
Del manchego don Quijó;
Puse pié en polvoró
Por vivir a lo discré, etc.

El autor de este jénero singular de poesía truanesca fué un poeta calavera que tuvo un trájico fin.

Hé aquí su historia:

"Vivia en la collacion de San Vicente (Sevilla) un mozo inquieto i de lucido injenio, que decian Alonso Alvarez de Soria, hijo de un jurado del mismo nombre. Chusco, burlon i maleante, gustábale el trato de la jente perdida i habia contraido la costumbre de burlarse de todos. Para extremar sus burlas i darles mayor escozor, inventó una jamas oida manera de versos, los *de cabo roto*, hecha observacion de que los brabucones i ternejales de Triana solian comerse las últimas sílabas de un período para hacer mas huecas e importantes sus fanfarronerías.

"En 1603, i en una décima de cabo roto (la primera que compuso) ridiculizó Alonso Alvarez el haber sometido Lope de Vega su libro *El Peregrino* a la censura del poeta Arguijo; buscando mentidos i falsos elojios ántes que advertencia i enseñanza.

"Como a 25 de setiembre de 1604 hubiesen disparado un pistoletazo a don Rodrigo de Calderon que juntamente con don Pedro Franqueza i Alonso Ramirez de Prado hacian tráfico infame de los destinos públicos, i Prado i Franqueza fuesen reducidos a prision, conservándose Calderon, en el valimiento, Alvarez no se pudo contener, i le envió una décima de cabo roto, aconsejándole echase su barba en remojo i se dispusiera para un trájico fin. ¡Qué ajeno estaba el aconsejante de que le precederia en muerte ignominiosa i mui pronto!

"Andaba por Sevilla un pobre pidiendo limosnas para San Zoilo, abogado de los riñones; habíanle puesto un sucio mote los chicos; él se corria i le tiraban piedras; arreciaban i se enfurecia; la jente le aplacaba con darle alguna limosna; recibíala sosegado, ponia la imájen del santo en el suelo, comenzaba a dar vueltas i bailar al rededor de ella i se paraba un poco diciendo:—"Yo me llamo Joan Ajenjos, natural de Córdoba, i no el mal nombrado que decís."

"Pues Alonso Alvarez tuvo la fatal ocurrencia de poner ese propio mal nombre nada ménos que al asistente de Sevilla don Bernardino de Avellaneda, señor de Castrillo. Cuando entre el vulgo, sábelo el asistente i jura que se lo ha de pagar. De él no aparta la vista, le sigue a todas partes buscando un pretexto para perderle; hállale bien lijero; promueve con el mancebo un altercado; le saca de Santa Ana en donde habia tomado iglesia; enciérrale en un calabozo i dándole tres horas para encomendarse a Dios le cuelga en la horca.

"En vano fué que en la capilla escribiese Alvarez aquellos cristianos i excelentes versos que terminan

Muera el cuerpo que pecó,
Pues bien la pena merece;
I parta el alma inmortal
A vivir eternamente.

"En vano todos los poetas pidieron gracia por él, llevando la voz el noble caballero, el anciano i famosísimo dramático Juan de la Cueva, tan querido i tan respetado en Sevilla, i dando al asistente por memorial aquel soneto ménos bueno que bien intencionado:

"No des al febeo Alvarez la muerte
¡Oh gran don Bernardino! así te veas
Conseguir todo aquello que deseas
En aumento i mejora de tu suerte.

"El cruel odio en piedad convierte,
Que en usar dél tu calidad afeas.
Cierra el oido, ciérrale, no creas
Al vano adulador que te divierte.

"De ese que tienes preso, el dios Apolo
Es su juez, no sufragáneo tuyo;
Ponlo en su libertad, dalo a su foro.

"Que de hacello así, de polo a polo
Irá tu insigne nombre, i en el suyo
Híspalis te pondrá una estátua de oro."

"La vanidad no cede, no oye el envidioso resentimiento; la dureza del corazon, ese entendimiento mezquino, es tiránica siempre. Alvarez pereció en público i afrentoso cadalso."

* * *

El cabildo de la catedral de Salamanca, para celebrar la colocacion del Santísimo Sacramento en su iglesia distribuyó temas poéticos entre los injenios mas afamados de la época. Cinco de éstos tocaron a Jerardo Lobo, i para que se vea el mal gusto literario que reinaba en España en tiempo de los primeros Borbones, vamos a copiar uno de ellos.

El tema propuesto dice así:

"De esta nuestra fábrica (la catedral) se pudiera decir que forma con sus piedras un panejírico visible de su autor, el Cabildo de la Santa Iglesia, imajinando las figuras del mármol como figuras de retórica, hipérboles de bulto, alegorías, prosopopeyas, etc."

Apurado debió verse el poeta para cumplir este ridículo compromiso; pero él salió adelante diciendo: que el templo *es orador de sí mismo i que se lleva la cátedra de la agudeza retórica con sus tropos, frases i figuras.*

A la cúpula la llama *prosopopeya*, al templo *sinecdoque* del arte i *catacresis marmóreo de la gloria;* cada trozo de mármol era un Demóstenes, cada *canto* de piedra era en sí un *canto* a la gloria i poderío de Dios.

Aquí Jerardo Lobo se mostró digno de los canónigos que le dieron el tema.

***

El poeta Bánces i Candamos era, ¡cosa rara en un español! enemigo declarado de las corridas de toros. Así condena con horror está bárbara costumbre en el primer canto de su poema *El César africano:*

Así los españoles con romano
Pecho aplaudiendo bárbaros arrojos
Tienen por regocijo cortesano
De sangre humana i bruta hartar los ojos.
¡Oh Lactancio! ¡Oh Crisóstomo! ¡Oh Cipriano!
¿Qué dijérais al ver cuan sin enojos
En esta fiesta de homicidios feos,
El aplauso i la vista se hacen reos?

¿Qué dijérais al ver que tan nefando
Espectáculo todos aplaudiendo
Del bruto están la saña deseando
I el riesgo de su prójimo riendo,
Al ver lo poco que se alteran cuando
Comete el bruto el homicidio horrendo
I que prosiguen ¡ah, dolor prolijo!
Con ánimo sereno el regocijo?
Tratable se hace así la misma muerte,
Haciéndola espectáculo festivo;
El horror se le pierde i de esa suerte
Huye la compasion del pecho activo.

. . . . . .

En todas épocas ha habido en España injenios elevados i nobles corazones que han combatido i anatematizado tan bárbaro espectáculo; pero la aficion a los toros subsiste aun. Jovellanos, parodiando el dicho clásico de *panem et circenses*, decia de sus compatriotas: que para tenerlos contentos bastaba darles en abundancia *pan i toros.*

OLIMPIO.

HORA TRISTE.

Declinaba la tarde
Entre las sombras i la luz del dia
Con lánguido arrullar;
El ave melancólica cantaba
I el aura postrimera murmuraba
Con ecos de tristeza i de pesar!

Sus espumosas olas
Removia tranquilo i majestuoso
A lo léjos el mar,
Do se ostentaban las gallardas naves
En tanto que las ondas, blancas aves,
Con su pecho rozaban al pasar!

En esa hora triste
En que todo respira un sentimiento
De férvida emocion,
Al forjar nuestras bellas ilusiones
¡Ai! nos hieren las vagas sensaciones,
Precursoras del llanto i del dolor!

Recuerdos de otros tiempos,
De esperanzas queridas, de ventura,
De puro i tierno amor
Nos acarician la abatida frente
I nos cuentan sus dichas dulcemente,
Ajitando de gozo al corazon!

Mas luego nuestra alma
Con lánguida tristeza desfallece
Al ver la realidad:
Sombras, quimeras que abrigó en un dia
Mentiras que forjó la fantasía
Para endulzar la hiel de la verdad!

Yo he visto en esa hora
En alas del recuerdo ante mi vista
Pasar en confusion
De mi vida las íntimas historias
Que llevan el pesar en sus memorias,
O de grata ventura la impresion!

Extático he mirado
El hogar venturoso de la infancia
De inocente quietud,
Donde mi madre con amante anhelo
Me mostraba al buen Dios allá en el cielo
Con acentos de amor i de virtud;

Cuando al caer la tarde
Resonaba en la torre la campana
Con su fúnebre son,
I corria sin penas, ni dolores
Dejando las praderas i sus flores,
A recitar con ella la oracion!

¡Oh! recuerdos amados
De la edad mas hermosa de la vida
De paz i de placer,
Cuando el mundo me hiera rudamente,
En los puros espejos de tu fuente
Refrescaré la fatigada sien!

Volaron los momentos
De puro, tierno i celestial encanto,
La dicha ya pasó;
¡Ai! ¡léjos del hogar dulce i querido,
En medio de este valle maldecido,
¡Cuánto ha llorado el pobre corazon!

Allí una tumba he visto
Abrirse ante mi vista sorprendida
Con sórdido clamor,
Mi madre, el corazon hecho pedazos,
Extendiendo hácia mí muda sus brazos
Transida de frenético dolor!

Yo apuré hasta las heces
Un caliz de agonía i amargura,
De inmenso padecer,
I he mirado la muerte en esos años
En que léjos de crueles desengaños
Es la vida una imájen del Eden!

Empero he contemplado
Despues de ruda i de feroz tormenta
Magnífico esplendor,
El mundo con sus valles i sus montes,
Sus cascadas, sus flores i horizontes,
Sus espacios de espléndido color!

I en medio esa grandeza
De hermosura purísima radiante
Una vírjen de amor,
Que en mis horas de triste desventura
Me ha ofrecido dulcísima ventura
En su sér de pureza i de candor!

Vision encantadora
Que forjaba mi mente en su delirio
Con belleza i pasion,
Extática besándome en la frente,
Recostado en su seno dulcemente
En mis sueños mas locos de ambicion!

Miradla: allí la veo
En la bruma que vela los horrores
Del ajitado mar,
Con su negra i sedosa cabellera
I su dulce mirada placentera
Que hace de amor al corazon temblar!

La púdica sonrisa
Vaga en sus labios de coral, purpúreos,
Impregnada de amor,
Coloreando dos rosas su semblante
I elevando su pecho palpitante
A impulsos de purísima pasion!....

¡Fantásticos ensueños,
Huid, huid!.... ¡Oh realidad severa,
Mi mente despertad:
Se oculta el sol, el céfiro murmura
I en la paz i el silencio la natura
Se adormece en profunda oscuridad!

1875.

JUSTO MOLINA.

UN JENIO, UN HOMBRE ABSURDO I UN PERRO.

Cuento inverosímil, metafísico, disparatado i un poco moralista.

Sentado sobre una roca, a orillas del mar, estaba el jóven Desden. Las olas venian a chocar contra la piedra en ajitado vórtice; la brisa jugueteaba con la cabellera del jóven; el ave marina pasaba graznando por sobre su cabeza, como protestando de que un importuno extranjero le arrebatara su morada i la de sus polluelos; el pescador se lanzaba valeroso sobre la frájil barca, sin mas brújula que los brazos, sin mas pensamiento que Dios i la familia; dos inocentes niños recojian en afanoso juego, las conchitas arrojadas por las olas que mas de una vez alcanzaron a humedecer sus piesecillos inexpertos: en tanto, el jóven sentado sobre la roca, miraba el Océano i el ave i el pescador i la espuma de las aguas i los tiernos niños, con una mirada fria i estúpida.

—¡Qué me importa, pensaba, cuanto pasa a mi alrededor! ¡Pescador, no te afanes en vano; si amas a tu familia, déjala desaparecer cuánto ántes! ¿Quién te manda sustentarla? Los hombres no deben ser entre sí, ni amigos ni enemigos; solo son arrojados al mundo para vejetar unos cuantos años i despues morir i extinguirse para siempre. Mas aun; el nacimiento es un castigo. Créelo así, pescador, i lanza tu barca contra las peñas. ¡La familia, el amor! declamaciones embusteras de unos cuantos locos o de algunos que en el fondo sienten como yo la indiferencia i finjen lo contrario. ¡Alegres niños! creis la vida un plantel de rosas; mas tarde direis que es camino durísimo i espinoso. ¡Cuánto mejor seria que no creyérais la existencia, ni de flores ni de espinas! Eso depende de los hombres, aunque los hombres digan lo contrario.

Esto pensaba Desden, dominado por los sentimientos de una cínica frialdad, de que no podia arrancarlo el espectáculo exuberante i lleno de vida de la naturaleza; cuando de repente, presentóse ante él una aparicion misteriosa i venerable, de expresion severa, aunque bondadosa: era el jenio Poder. Este, miró algun tiempo al jóven con amabilidad i lástima. Rompió al fin el silencio i dijo:

—Amigo mio, dos séres me mandan hácia tí....

—Podeis hablar, contestó Desden sin dar vuelta la cabeza.

—Talvez tú ignoras quién soi, continuó el jenio; por lo que a mí toca, te conozco mucho: asistí a tu nacimiento; predije tu ca-

rácter; te dí el nombre que llevas; tu madre, cuando te dió el primer beso, sabia ya que ibas a ser el mas cruel de sus tormentos i con las lágrimas en los ojos me pidió que te salvara, que guiara tus pasos. Has llegado a la edad de la reflexion; has principiado a ser un tormento para tu madre. Si tu corazon permanece frio, nada puedo hacer. El dia que comprendas lo que es el amor, te salvarás; miéntras tanto, nada puedo: esperaré.

El jóven alzó los hombros desdeñosamente. ¡Hablarle de amor!

—Por lo que al presente atañe, continuó el jenio, lo único que me es dado, es concederte lo que me pidas. ¿Necesitas algo?

—Tengo algo de mas, contestó Desden.

—¿Qué?

—La vida.

—¡La vida! exclamó tristemente el jenio. I bien, ¿cuánto darias por librarte de ella?

—Nada, absolutamente nada, dijo el jóven con una horrible sangre fria,

El jenio experimentaba una verdadera repugnancia en continuar esta escena; con todo, se dominó i dijo:

—Algo puedes tener de mas; algo tambien puede faltarte....

—Todo lo tengo, replicó el jóven.

—¡Todo! exclamó el jenio sin poder contener una sonrisa. ¡Todo! A la verdad no te creia tan poderoso. Pero ¿dónde tienes las riquezas, dónde las tierras, dónde los vasallos? ¡Oh! Desden, Desden, ¿dónde tienes el amor, dónde el precioso fuego que anima los corazones diferenciándolos de la roca en que yaces? Contesta, ¿dónde tienes todo eso?

—Nada de eso tengo, replicó Desden, dirijiendo una mirada glacial al horizonte. Nada de eso, i sin embargo lo poseo todo.

El jenio desconsolado, quiso alejarse, mas un sentimiento lo detuvo.

—¡No hai esperanza! murmuró. No basta mi poder ni mi ciencia a dar corazon a quien no lo tiene. ¡Cambiaria mi poder por esta victoria!

Desden, añadió en voz alta, he recorrido el orbe entero; he encontrado en él mucha indiferencia, pero ninguna tan desesperante, tan horrible como la tuya. Pedid, he dicho a los hombres: unos me han pedido para un sér amado; los mas, para ellos mismos; quién, me rogó le concediera toda suerte de placeres; quién, la dicha de ser correspondido en su amor; quién, inmensas riquezas; mas de uno tambien me pidió lágrimas, alivio del dolor. Tu madre i tu amante me rogaron que te protejiera. Pues bien, si para tí nada necesitas, ¿por qué no piensas en esa mujer, que te dió el sér, que te ama i que derrama por tí contínuamente el mas doloroso llanto; por qué no piensas en la jóven pura i noble que te entregó el corazon, i a quien tú cruelmente has despreciado?

Calló el jenio para dar lugar a una contestacion, aunque sin esperanzas.

—¡Pues bien! exclamó el jóven impacientado i volviéndose por primera vez hácia su interlocutor. ¡Pues bien! quiero que partais contento. Voi a pediros una gracia i no una gracia comun: estoi seguro de que nadie hasta ahora la ha pedido.

La ansiedad se pintó en el rostro del jenio, cuya mirada no habia leido aun el pensamiento oculto del jóven.

Desden continuó:

—Concededme que pueda ser jeneroso a costa de mi vida; es decir, que pueda, cuando me plazca, renunciar a los años que me restan a favor de otro sér. Jenio Poder, ¿qué decís a esto?

Tal peticion debia haber regocijado el corazon de éste, pero su mirada tomó al oirla una expresion dura i sombría.

—Todo se ha concluido, murmuró.

Una sonrisa sarcástica vagaba, apénas perceptible por los labios del desgraciado jóven.

—Jenio Poder, repitió, ¿qué decís a esto?

—Te lo concedo, dijo el jenio con voz conmovida. Adios para siempre.

—Esperad. ¿De cuántos años puedo disponer?

—De diez años tan solo.

—¿I tendreis la bondad de comunicarme de qué moriré?

—De una enfermedad del corazon.

—¡De una enfermedad del corazon! ¿I cómo dicen que no tengo esa pieza?

—¡Pobre madre! exclamó el jenio desapareciendo.

¡Desventurado! tu peticion sobrepujó a todas las peticiones en nobleza; ¡mas en tu boca fué una infamia mayor que todas las infamias!

La madre de Desden yacía en el lecho casi moribunda. Cuando llegó aquél a la casa, la anciana lo llamó i le dijo con voz desfallecida:

—Hijo mio, tiemblo ante la idea de que vas a quedar en el mundo sin amparo. ¡Cuánto diera por vivir algunos años mas, hasta dejar establecido tu porvenir! No me espanta la muerte; al contrario, creo que ella debe llevarme a la única felicidad, a la felicidad suprema. Me espanta sí, el tener que dejarte huérfano i tan jóven. En fin, si me prometes ser *bueno*, moriré contenta.

Al pronunciar estas últimas palabras: "Si me prometes ser *bueno*, moriré contenta;" su voz fué embargada por los sollozos.

¡Si me prometes ser *bueno!* ¡Pobre madre! tú sabias que faltando el corazon al hijo de tus entrañas, le faltaba todo; sabias que su destino estaba irrevocablemente fijado: no obstante le dijiste: "Si me prometes ser *bueno*, moriré contenta."

Desden, despues de haber tomado algun alimento, se encaminó al acaso por la desierta playa. Solo al llegar a la roca en que habia estado poco ántes, se acordó de la gracia concedida por el

jénio. Sí, se acordó de la gracia; en su madre no pensó ni un momento.

—¡Dar mi vida por otro! dijo con una carcajada. Este es realmente un don mui notable. De mil amores tomaria mis diez años i los arrojaria al profundo del mar, para que allí se rejuvenecieran un poco los señores pescados. ¡Por cierto que con diez años habria para rejuvenecer a muchos! ¿Qué os parece la idea, escamosos amigos? Mas no lo haré, pues por semejante bicoca de diez años, se ocasionaria entre vosotros una funestísima guerra civil. I diciendo esto reia alegremente.

Los habitantes del anchuroso piélago no tuvieron, pues, tan gran dicha: Desden volvió de su paseo i no pensó mas en deshacerse de sus diez años.

Su madre estaba a las puertas del sepulcro.

Un dia, nuestro héroe, vagaba como de costumbre por la playa. Sentóse en una roca; la brisa principió como la primera vez a jugar con su flotante cabellera; el pescador lanzóse en busca de su pequeña fortuna; el ave comenzó a revoletear graznando sobre la cabeza de Desden. Este, se acordó entónces de la escena que habia tenido lugar poco ántes en ese mismo sitio, i dijo en su interior:

—¡No permita mi estrella que el bondadisimo, jenerosísimo i poderosísimo jenio venga a hacerme otra visita! ¡Que vaya con su música a otra parte! Si viene, le ofreceré galantemente mis diez años; mas ¿para qué le servirán? ¿Necesita acaso rejuvenecerse? I reia como un loco de sus palabras.

¡Cuán repugnante es el sér que se rie de sus propios vicios!

De repente, llegó a sus oidos un acento lastimero.

—¡Donosa ocurrencia! dijo Desden; estos hombres sufren por que quieren i en seguida se quejan: eso sí que siempre se disculpan con que Dios les manda los dolores. De buena gana aconsejaria a toda la ralea que siga mi ejemplo; pero, como es inútil....

De nuevo se hicieron oir las dolientes quejas; eran unos lamentos prolongados i llorosos, capaces de destrozar el alma de quien no fuera Desden. Este, con todo, encaminó sus pasos al lugar de donde salian los jemidos. Tendido sobre la arena, ya en las convulsiones de la agonía, vió un enorme i viejo perro. Viólo volverse trabajosamente, para dirijir una postrer mirada al Océano querido, donde tantas veces habia jugado, dominando la corriente poderosa, cortando las aguas con las robustas manos i subiendo i bajando con las olas, así como juega en las elevadas rejiones el águila altanera.

Los ojos del animal se volvian llenos de lágrimas hácia la inmensidad del piélago. Todo habia pasado para él, dejándole un amargo recuerdo. Los lazos de la muerte lo fijaban impotente sobre la arena. Jadeante quizás, empleó las pocas fuerzas que le

quedaban en transportarse a ese lugar, para poder morir frente a su elemento idolatrado. Mirábalo i jemia i al recordar su juventud, sus juegos con la compañera i los hijuelos, sus jemidos aumentaban i en medio de las quejas, el noble animal moria.

Una idea repentina brilló en los ojos de Desden, i lo sacó por un instante de su letargo estúpido.

—¡Pobre diablo medio difunto! exclamó; toma, toma cinco años que gustoso te regalo. Empléalos bien i sé bien agradecido.

El ciego no experimenta mas gusto al salir de las tinieblas, del que experimentó el anciano perro al sentirse, cuando ménos lo esperaba, jóven, lleno de ardor i de vida. Sus ojos ya empañados por el aliento de la muerte, tomaron el antiguo brillo; los lazos que lo detenian se rompieron, i fuerte, como en sus mejores tiempos, sintió luego la fogosidad i la efervescencia. Lo primero que hizo fué saludar con ásperos gruñidos a Desden, mostrándole dos filas de dientes blancos i amenazantes.

—¡Necio! gritóle Desden; por tí me he quitado cinco años i me gruñes como si fuera tu enemigo. Aunque bien pensado, es cosa mui jeneral esto de recibir favores i no ocuparse un segundo en averiguar a quién se deben.

Como se ve, nuestro héroe con toda su indiferencia se disgustó porque no le agradecian un *servicio*.

El vigoroso animal, sordo a las reflexiones de Desden, se lanzó de un salto a la agua, cortó valientemente las olas con la prora de sus manos, sumerjió la cabeza i la sacó en seguida con un manojo de plantas marinas en los dientes; su respiracion robusta al vencer la fuerza de las olas, se oia desde la orilla. Salia alborozado a correr locamente por la playa; volvia despues a nadar i a retozarse con las olas; Desden no lo perdia de vista un segundo i miéntras tanto reflexionaba:

—Primera vez que hago feliz a un sér i sin incomodarme mucho. Mas, a decir verdad, el servicio no vale nada. Este pobre perro dentro de cinco años, tendrá que pensar de nuevo en morirse i mi filosofía me dice que si es duro perder la dicha por primera vez, es durísimo perderla por segunda.

Por acaso llevaba el jóven un pedazo de pan; presentóle al perro, diciéndole:

—Vamos, es necesario que hagamos las paces.

El perro, en su mudo lenguaje, le contestó:

—Concedo; no tengo dificultad alguna.

Un mensajero llegó en ese instante i dijo a Desden:

—Vuestra madre ha muerto.

Un dia, Desden sintió en el corazon un dolor agudo. Segun la prediccion del jenio, principiaba ya a sentir la enfermedad que le causaria la muerte.

—Este negocio no me conviene, se dijo nuestro indiferente. Mas vale dar un salto i pasar luego el rio.

En efecto, dió lo que le quedaba de vida al primero que pasaba por la calle.

La moral de este rarísimo i mal narrado cuento es la siguiente: Si el hombre sin corazon, llega a ser jeneroso, su jenerosidad es jeneralmente un crímen. Esta clase de jentes, felizmente rara, es jenerosa con un extraño, ántes que con uno que lo ama. Por fin, el haber concedido el jenio Poder a Desden, la gracia pedida, recuerda el vulgarísimo refran: No se ha hecho la miel para la boca del asno.

I concluyo pidiendo perdon por la majadería.

Agosto de 1875.

JUAN R. SALAS E.

LITERATURA AMERICANA.

LENGUA CASTELLANA.

Hablar i escribir con la última pureza i correccion un idioma, es un problema tan árduo, que se puede decir, confiadamente, que está por resolverse. Puede aplicarse a este caso, lo que hablando de otro, dijo el *Eclesiástico:* "¿Quién es este tan digno de elojio?" *Quis est hic, et laudabimus eum?* Pero, contrayéndome a nuestra lengua, es cierto que los mejores autores no están libres de defectos notables. La Academia Española incurre en faltas gramaticales: Salvá, Martínez de la Rosa, Jovellános, Urcullu, González Carvajal, Quintana, etc., etc., han sido expuestos a la crítica.

Entre los que hablan nuestro idioma, se deben distinguir dos clases: la una, de los que hablan i escriben con brevedad, como los oradores que improvisan en la tribuna i el púlpito, los que escriben periódicos, etc. La otra clase es de los escritores que no tienen necesidad de publicar con brevedad sus obras: ellos pueden correjir despacio sus faltas; i si las publican, son dignos de una crítica severa. Al contrario, los primeros, merecen alguna in-

duljencia, cuando cometen errores. Dominados de la idea que los ocupa, no pueden atender al mismo tiempo i en un corto espacio al lenguaje i al pensamiento.

Mas, no por esto se ha de mirar con demasiada induljencia a ciertos escritores que afectan un arcaismo o neolojismo estravagantes. Los autores que se tienen por puros i correctos, son los únicos que deben proponerse en materia de lenguaje. Sucede con éste, como dice Quintiliano, lo que con las costumbres: el modelo de éstas son los buenos; así, el modelo de los que quieren hablar con fuerza i correccion, solamente deben ser los buenos autores; i el apartarse de ellos alguna vez, pertenecen al buen gusto i a la autoridad. Es verdad que Horacio, hablando del idioma, hace consistir el buen gusto i la autoridad en el uso; *si volet usus*. Pero éste no se ha de tomar del uso comun o del vulgo, sino del uso de los literatos.

Así, tanto el arcaismo como el neolojismo, son reprensibles en ciertas personas. Quintiliano, hablando de las voces anticuadas, dice: "Las palabras que se toman de la antigüedad dan cierta majestad a la oracion, i deleitan; porque, cuando se usan, producen una especie de gravedad." Pero este orador, añade su célebre: *sed opus est modo*.... ¿Quién usa, qué es lo que usa, i cuándo lo usa? En nuestros últimos tiempos, escritores de autoridad han rejuvenecido el verbo *entrañar*, mui significativo, i talvez sin equivalente. Yo quisiera que la antigua preposicion *cabe*, se renovara, para ponerla en lugar de *junto*. *Cabe mí*, suena mejor que *junto a mí, cerca de mí*. ¿Quién puede negar que *cabe Antonio*, tiene mejor pronunciacion que *junto a Antonio?*

Olmedo se permite bastante libertad, en la *Victoria de Junin*, usando de arcaismos: unos, son tolerables; i otros, nó, como, por ejemplo, el siguiente:

"I en ájil planta, i en jentiles formas
Dando al viento el cabello *desparcido*
De flores matizado,
Cual las horas del sol raudas i bellas
Saltan en derredor lindas doncellas
En jiro no estudiado...."

En lugar del participio anticuado *desparcido*, de *desparcir*, se debe sustituir *esparcido*, con mas elegancia. I como en este caso se pierde una sílaba por la concurrencia de la última de *cabello*, constrúyase el verso de este suerte, sin perder los consonantes en los siguientes:

Dando al viento *cabellos esparcidos*,
De flores *matizados*,
Cual las horas del sol raudas i bellas
Saltan en derredor lindas doncellas
En jiros no *estudiados*....

Yo no puedo ser juez de mis producciones; pero, me parece que la expresion *cabellos esparcidos*, en plural, es mas natural i mas elegante, que *el cabello desparcido*, en singular, ya porque se trata de muchas *doncellas*, ya por ser un lenguaje que está en uso. A los literatos que usan sin discernimiento de voces de antaño, les dice burlándose, don Diego de Saavedra en su *República literaria*, que se tiñen las barbas para hacerse viejos como otros por parecer mozos.

En cuantos a los neolojismos, se notan los mismos defectos, i el célebre don Leandro Moratin, se ha burlado de ellos en su graciosa *Epístola a Andres* diciendo:

"Si tus abriles, bonancibles años;
Que meció cuna en menear dormido
Del bostezante sueñecito umbrátil...."

Es un disparatorio hecho con una crítica mui fina. Los bellos versificadores Meléndez, Arriaza, Cienfuégos, etc., están llenos de expresiones flamantes que nada dicen ni al oido, ni a la imajinacion, ni al corazon. "Punto delicadísimo es, dice el padre Feijoo, la introduccion de voces nuevas: es un caso reservado, cuya absolucion no suele despachar Apolo, sino con mil cortapisas." Véase la carta de Fénélon a la Academia Francesa.

Neolojismo i locuciones viciosas.—Basado, basár, del verbo frances *baser* que significa apoyar o poner sobre una basa: figuradamente, apoyar, sostener a uno, estribar, etc. Otro modo de hablar es parecido a este: *ocuparse de...*, que leo en casi todos nuestros escritos. El frances dice: *s'ocuper de...*, i el castellano: *ocuparse en...*. (1)

El el, es usado con frecuencia, aun por escritores que parecen elegantes. En un periódico extranjero, de bastante nombradía, leo esta sentencia: "La ciencia no da mas que un pan amargo, porque esparce en *él el* polvo de los libros."—I ¿por qué no podrá decirse: "La ciencia no da mas que un pan amargo porque en *él* esparce *el* polvo de los libros"?

Emprender en.... he visto en muchos escritos ecuatorianos. Emprender es verbo activo; i, por consiguiente, rije acusativo, como emprender la composicion del camino de Guayaquil; esto es, comenzar la composicion, etc.

Un porcion vino con los soldados colombianos. Las señoritas

(1) Ocupar, en su significacion mas recta, dice el doctor Madiedo, significa llenar algun *espacio*. Por estension o analojía se aplica este verbo al empleo de algun ente en la ejecucion de algo intelectual o material. Así, decimos: el ejército *ocupó* la ciudad; se *ocupa en* leer, dibujar, etc., *de* literatura, *de* artes, *de* política, etc.

El señor Salvá, cuya autoridad es de gran peso, niega que al verbo *ocupar* pueda juntarse la preposicion *de*, reprobando un pasaje de Quintana, en que tal usa como un puro galicismo, etc.

Creo que no es fundado el dogma del señor Salvá, cuando sin dar la razon del caso, asegura que *ocuparse de* es un evidente galicismo. Pienso, al contrario, que siempre que el verbo *ocupar* no se refiere a un *estado*, sino a una *accion*, es preferible i mas propia la preposicion *de* que la preposicion *en*, para despertar en los otros la verdadera idea que sentimos.—(*Nota del autor de la Biografía.*)

a quienes éstos visitaban, se aprovecharon mas que nadie de *un porcion*. ¡Cuántas molestias nos causaban con *un porcion* de ridiculeces, *un porcion* de majaderías, *un porcion* de disparates! El tiempo, que todo lo muda, ha ido colocando *una porcion* antigua en lugar de *un porcion* de moda. No obstante, uno que otro no deja todavía esta expresion pecadora.

Masque, se oye en todos los discursos en lugar de *mas que*. Salvá, en su Diccionario trae el *masque* como adverbio mejicano equivalente a las frases *no importa, aunque suceda eso*, etc. Pero, no solo es palabra provincial de Méjico, sino que parece ser propia de muchos pueblos americanos.

Elaqui por *héla aquí, hélo aquí*.

Quierde es comun en nuestro vulgo.

I ¿qué significa *quierde?* Parece que es equivalente de *¿dónde está? ¿por dónde viene?* Por felicidad el uso de esta voz bárbara no sale de la ínfima clase. Pero no así el mal uso de los adverbios *cuanto, mucho* i *tanto* que son invariables; es decir, que no admiten la terminacion femenina.

No obstante, muchas personas dicen: *cuanta mayor gloria, tanta menor alegría, mucha mayor razon;* debiendo decir: *cuanto mayor gloria, tanto menor alegría, mucho mayor razon*. Ejemplo: "tanto mayor es mi amargura cuanto es la pena que padezco."—La equivocacion consiste en confundir los adverbios *mucho, tanto, cuanto*, con los adjetivos *mucho, mucha; tanto, tanta; cuanto, cuanta*.

Inmerecido, inmerecida. No hai ni en el Diccionario de la Academia ni en el de Salvá; no obstante, lo he visto usado por muchos.

Inmejorable. Tampoco se encuentra en los citados diccionarios, como igualmente *mejorable*.

Ilójico. Es una voz de contrabando que todavía no la sacan a luz los lejisladores del idioma: *ilójico* quiere decir *sin lójica*....

Recusa es comun, en lugar de *recusacion*.

Pedir, suplicar. Todavía leemos en los escritos de algunos abogados, *pido* i *suplico*, aunque Febrero ha rechazado justamente esta frase. Pedir, en estilo forense, significa *deducir su derecho o accion ante el juez contra alguno;* i suplicar *apelar en segunda instancia del auto o sentencia de vista, dada por el tribunal superior i ante él mismo*, segun el Diccionario. Por consiguiente, *pido i suplico* querrá decir: deduzco mi derecho, i apelo ántes de la sentencia, lo cual es un disparate.

Verdaderísimo lo he visto en muchos libros. La verdad no puede ser mas ni ménos. Ella es una, i no admite comparativo ni superlativo.

Desfachatado, desfachatez, son neolojismos de Salvá.—La mala colocacion de las palabras es tambien un vicio intolerable, por cuanto hace un sentido equívoco u oscuro. Un ejemplo bastará para probar esto. En el *Diccionario de artes i manufacturas* publicado por Mellado, en el artículo *Bálsamos*, se lee lo siguien-

te: "Expuestos (los bálsamos) durante largo tiempo al aire libre, endurécense i toman un aspecto resinoso, perdiendo su olor, a consecuencia de la dispersion en la atmósfera de su aceite volátil."—Pero ¿cuál es la "atmósfera de aceite volátil" de los bálsamos? Debió decir, "perdiendo su olor a consecuencia de la dispersion de su aceite volátil en la atmófera."

"Yo voi donde el platero; fuí donde el sastre; vamos donde el señor fulano, etc.," son locuciones comunes. Se debe decir: "voi al platero; fuí al sastre; vamos al señor Pedro, Pablo o lo que sea." El Salvador del mundo decia: *Voi al que me envió; vado ad eum qui misit me.*

Querer llevar adelante estas observaciones, seria un trabajo difuso i nada correspondiente a la estrechez de un artículo; i así, concluyo diciendo, que es triste cosa ver nuestro idioma despedazado por escritores que no tienen la menor autoridad. Antiguamente, el modo de aprender nuestra lengua era dedicándose a la lectura de los buenos autores. I ahora ¿cuáles son estos buenos autores? Los periodistas chapuceros, los traductores llenos de galicismos, los escritores de *pane lucrando?* El mas excrupuloso en esta materia se contenta con rejistrar los diccionarios; i por desgracia éstos están llenos de neolojismos; ni aun el de Salvá está libre de este defecto. Pero, el mas intolerable es el que corre a nombre de *una sociedad de literatos*: obra en que no se ha tenido otro objeto que aglomerar palabras aun no autorizadas por los buenos *hablistas* (neolojismo tolerable). Ademas, tiene una multitud de voces de ciencias i artes, que no da ni una mediana idea de los objetos científicos i artísticos. El aumento de millares de voces basta para atraer a los lectores, que no quieren mas que leer compilaciones nuevas. El sistema que ha adoptado la Academia Española es, sin duda, el mejor; es decir, someter el idioma a ciertas restricciones sin admitir otras voces que las que tienen un uso corriente. Así puede el lenguaje conservarse puro i progresar lentamente, segun las necesidades.

¿I tus defectos? me dirá alguno. ¡Oh! este es el cuento de nunca acabar. Pero, amigos i compañeros, periodistas i oradores, a nosotros nos sucede lo que al caminante que tropieza, no porque ignora el camino. sino porque va distraido o por casualidad. Si ustedes no quieren conformarse con esta verdad, e insisten en sus críticas contra mis producciones solamente, les aplico aquel pasaje del Salvador con la mujer adúltera: "El que se halle sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra....."

Por ahora no me acuerdo mas que de dos cosas, que tal vez habrán mirado como incorrectas. Yo uso indiferentemente de la voz *cualquiera* sea con los nombres masculinos o femeninos, segun me pareciere, para dar mas gravedad o buen sonido a la frase; así como nunca uso de *cualquier* con nombre femenino: *cualquier mujer, cualquier cosa*, etc.; aunque pueda decirse, no me suena bien. Salvá dice que *cualquier* se usa *con preferencia* con nom-

bre masculino; pero esto no quiere decir que *cualquiera* quede excluido en los casos que yo uso.

En la parte que corresponde a la historia natural, publicada en los números anteriores (de *La Escoba*) se verá el uso de los artículos *el, la*, hablando de plantas; i esto sucede porque hai muchas que indiferentemente admiten dichos artículos, segun acostumbran algunos botánicos: "el wintera, la wintera; el melástoma, la melástoma; el vinca, la vinca, etc.;" i así, aunque se haya dicho al principio *el*, no embaraza para que en la serie del discurso se use de *la*, que hace relacion al nombre de la planta o a la especie, etc.

FRANCISCO JOSÉ DE CÁLDAS.

El nombre de Cáldas está asociado al de Humboldt, tanto por la amistad que tuvo con este sabio, como por las relaciones que produce la ciencia. Así es que Humboldt le hace justicia, llamándole ínclito botánico i excelente físico. Le dedicó tambien dos plantas, *alstræmeria caldassi* i *solanum caldassi*, que abundan en la provincia de Cuenca. Willdenow le dedicó igualmente un nuevo jénero, *Caldasia*, rectificando el jénero establecido por Cavanilles, con el nombre de *Bomplandia*. Así que el nombre de Cáldas está unido con el de los sabios. Su muerte prematura fué una pérdida para el mundo ilustrado; i muchas veces se me ha ocurrido la idea de que la independencia de Nueva Granada se hubiese dilatado unos tres o cuatro años para que Cáldas tuviese tiempo de publicar las obras que habia meditado. La paz es necesaria para el cultivo de las ciencias, i por falta de ésta tuvo Cáldas la suerte de Arquímedes i Lavoisier. Muchos años pasarán para que la Nueva Granada produzca otro Cáldas, es decir, que se necesita un gobierno estable, el término de las teorías i amor a las ciencias, i no solamente el progreso material de las artes.

He visto un elojio de Cáldas en algunos números de la parte *literaria ilustrada* de *El Correo de Ultramar*, por un Acosta; i, aunque el autor se esfuerza en poner a Cáldas en su verdadero punto de vista, no siempre lo hace con una crítica sabia. Muchas veces no hace sino copiar los aciertos i las equivocaciones de Cáldas, creyendo que éste es un modelo acabado en los conocimientos que poseia. En mi *Defensa de Cuenca* he hablado largamente sobre este particular, i ahora me contraigo a hacer algunos reparos, que me parecen necesarios, con relacion a las ciencias. Hablando Cáldas del *melloco*, forma un nuevo jénero i le da el nombre de *Ullucus tuberosus*. Su descripcion es defectuosa, i se puede sustituir la siguiente:

Calix diphyllus, laciniis oppositis, subrotundis, concavis, pellucidis, coloratis, deciduis.

Corolla pentapetala, petalis cordatis, basi connatis, acuminibus setaceis, subulatis.

Stamima: filamenta 5, brevissima, erecta: antheræ erectæ, 2 loculares, polline luteo.

Pistilum: germen subglobosum, minimum: stilus filiformis, longitudine staminum; stigma simplex.

Pericarpium: Capsula unilocularis. Semen unicum, oblongum, etc.

Antes de Cáldas, Linneo habia establecido el jénero *basella*, i Humboldt i Bonpland no han vacilado en colocar el *melloco* en dicho jénero: *basella tuberosa*. Por lo cual, el nuevo jénero de Cáldas, *Ullucus*, no puede subsistir; i tambien porque *ullucus* es palabra obscena en el idioma de los indios: *Ullu-ucuc*.

Dicen los botánicos que el *melloco* hace fecundas a las mujeres. Esta noticia, sin duda, es tomada de los indíjenas de nuestro pais. Sea lo que fuere, el *melloco* contiene una fécula nutritiva i medicinal: es superior a la fécula de la *achira—(Canna indica)*; i aun al sagú, que se vende en nuestras tiendas.

El elojiador Acosta, citado arriba, no omite el cuento del Vicario de 1778, que hace relacion a la muerte del cirujano Seniergues. (1) Este pasaje, referido equivocadamente por Cáldas, está refutado en mi *Defensa de Cuenca*.

Tambien elojia la *Memoria sobre un plan del viaje proyectado de Quito a la América Septentrional*.... Esta Memoria contiene algunas cosas interesantes i otras que no habrian podido verificarse: por ejemplo, la velocidad del sonido. Para intelijencia de esto, veamos lo que dice Cáldas:

"La velocidad del sonido, sobre que tanto se trabajó en Quito, parece todavía una materia que merece perfeccionarse, i no debemos despreciar las ocasiones de hacerlo. En Quito se halló que el sonido corria 173 toesas por segundo. M. de la Condámine vió que al nivel del mar, este espacio se aumentaba hasta 183 toesas por segundo. No se crea que está resuelta la cuestion 13 que M. Derham propuso en las transacciones filosóficas: no sabemos si el sonido corre iguales espacios en todas las elevaciones. La observacion de M. de la Condámine en Cayena, prueba que al nivel del mar corre 8 toesas mas que a 1,600 toesas de altura. ¿Se disminuirá esta velocidad en razon de la altura? ¿Se disminuirá en razon de la densidad del aire? ¿Habrá error en los cálculos de la Condámine? ¿No es cierto que estas velocidades dependen de la medida jeométrica? I siendo ésta dudosa, ¿no lo serán sus consecuencias? Estas reflexiones son verdaderas, i es tambien verdad que no sabemos la velocidad del sonido en Qui-

(1) No fué en 1778, sino en 1739, que tuvo lugar la muerte del cirujano frances, sin que el Vicario de Cuenca en aquella época, el virtuoso doctor J. B. Jimenez Crespo, tuviera parte alguna en su hecho, segun el testimonio intachable de M. de La Condámine, testigo presencial del acontecimiento, i ademas, amigo, paisano i albacea, junto con M. Jussieu, del desgraciado Seniergues.—(*Nota del autor de la Biografía.*)

to ni en Cayena.... Medida una distancia en Riobamba, pais tan alto como la cima de Guadalupe en Santa Fé, otra en Quito, otra en los Canelos, otra en Guayaquil, otra en Sonzonate, en Méjico, Vera-Cruz, etc., bastaria para resolver esta cuestion interesante. Veríamos los resultados en tan diferentes niveles i latitudes, i veríamos si varían sus leyes o su invariabilidad. Pero, ¿cómo proporcionarnos cañones para estas esperiencias en unos lugares en que ni el nombre de ellos se conoce? El recurso es pequeño.... pero nada hai pequeño a los ojos de un amante de las ciencias, que quiere sacar partido de todo. Para los juegos de artificio, de que usan en las festividades, hai en Popayan unos pequeños cañones sin cureña, que el vulgo llama *pedreros* (aquí llaman *camaretas)* que dan un sonido tan fuerte i sonoro como el mejor cañon de su calibre, i se pueden trasportar a todas partes...."

A Cáldas le parece que para resolver el problema de la velocidad del sonido, no se necesita mas que medir las distancias i hacer sonar *camaretas*. Este problema ha ocupado a los mejores injenios, i jamas ha podido resolverse con una exactitud matemática, como jamas se resolverá el movimiento perpetuo, la aerostacion, etc. Es preciso contar con millares de circunstancias que imposibilitan formar un cálculo sencillo. Se debe atender a las variaciones del instrumento horario; a la distancia, que no debe ser mui breve; que no se confunda el sonido lánguido, que primeramente llega, con el intenso que le sigue; en fin, se debe atender a la elasticidad i densidad del aire, cuyas variaciones pueden dar diversas velocidades. En prueba de esto, se debe traer a la memoria el fenómeno admirable que observó el capitan Parry en una de sus expediciones al polo boreal. Hallábase el termómetro a 45° bajo cero, en la isla Melville, i una conversacion en el tono regular se oia a una milla de distancia. ¡Cuánto influyen en la velocidad del sonido el frio i la raridad del aire! Ahora bien: ¿cuántas tablas se necesitan para calcular exactamente las variaciones de la densidad i elasticidad del aire, la posicion de los lugares, la velocidad del viento, la sucesion de las estaciones, el influjo del dia i de la noche, etc., etc.? ¡Quién sabe si la luz i la electricidad no influyen tambien en la velocidad del sonido! En medio de tantas dificultades, algunos se han atrevido a calcular, por aproximacion, estimando la velocidad del sonido en cuatro segundos por milla. A los que carecen de algun instrumento horario, como un péndulo o una muestra, dan esta regla: obsérvese el pulso, por ejemplo, para calcular la velocidad del trueno; i, equivaliendo cada pulsacion a un segundo, con cortísima diferencia, si desde el momento en que se divisa la luz del rayo hasta el momento en que llega el trueno, se cuentan las pulsaciones, se sabrá la distancia en que cayó el rayo, segun lo que queda dicho.

Hablando de Cáldas, es preciso hacer una observacion intere-

sante a la ciencia. Este sabio refiere en su *Viaje a Paute*, que halló una planta nueva de la clase *dioica* o *diœca*, como dicen otros, i la dedicó a Córdova (1) con el nombre de *Cordovea prolifica*. Esta planta ha quedado incógnita, por cuanto se perdieron las descripciones i diseños de Cáldas. ¿Cuál será en realidad? Creo que ninguno podrá resolver ahora esta cuestion con mas fundamento que yo. Digo esto, porque expresamente me he dedicado a verificar la noticia de Cáldas. El dice que halló la citada planta en *Supay-urcu;* i habiendo yo recorrido este monte, en diversos sentidos, no he encontrado otra planta *dioica* que el *podocarpus densifolia* de Humboldt, llamada por nuestros indios *huapsay*. A Cáldas debia parecerle una planta nueva, porque aunque L'Heritier habia establecido el jénero *podocarpus*, pero sus especies o variedades no estaban todavía bien conocidas, hasta que Humboldt i Willdenow las publicaron. Para confirmar mi conjetura, fácil me seria hacer una enumeracion clasificada de todas las plantas que crecen en *Supay-urcu;* i de esta suerte confirmaria que no hai otra planta *dioica* que la citada, ni otra *prolifera* (no *prolifica*, como dice Cáldas) pero este trabajo seria mui difuso i digno solo de ocupar una obra. En conclusion, la *Cordovea prolifica* es indubitablemente el *podocarpus densifolia*, i la dedicacion al canónigo Córdova no puede subsistir.

JUAN PIO MONTUFAR, MARQUES DE SELVA-ALEGRE.

El nombre de Montúfar debe seguir a los de Humboldt i Cáldas: ámbos recibieron señalados beneficios de este ilustrado quiteño; ámbos hacen honorífica mencion de él. Cáldas reprende a los quiteños por el poco aprecio que hacen de sus hombres prominentes, i por mi parte, digo que dudo mucho que se conserve un retrato del marques de Selva-Alegre: su memoria no vale nada entre sus compatriotas. Humboldt fué su amigo agradecido, i le dedicó varias plantas para perpetuar su memoria: me acuerdo de una gramínea, que la llamó *poa montufari*, que fué la primera que halló en Chillo.

La casa de Selva-Alegre era el lugar a donde iban los sabios extranjeros, porque hallaban en ella la franqueza, la liberalidad, la urbanidad, etc. Chillo será un monumento tan célebre en Quito, como la quinta de Mecénas, a donde concurrian los literatos i sabios de Roma. En efecto, Montúfar era el protector de todos los literatos: no habia colejial que le dedicase un acto literario, i que no recibiese recompensas ámplias. Su dinero estaba a dispo-

(1) Canónigo de la Catedral de Cuenca, amigo i protector de Cáldas, i uno de los eclesiásticos mas ilustrados que entónces habia en la América española; pero mui prevenido contra los habitantes de este lugar, a quienes no conocia ni llamaba con otro nombre que con el de *morlacos*.—(*Nota del autor de la Biografía.*)

sicion de sus amigos i de los necesitados: podia haber sido rico, i murió pobre. Semejante conducta le atrajo el respeto público: el marques de Selva-Alegre era el mas popular de sus conciudadanos.

Su corazon ardia con el amor de su patria: queria verla en un grado eminente, pero las circunstancias del tiempo no lo permitian. Presentósele la ocasion mas oportuna con la invasion de Napoleon sobre la península. Queriendo, pues, preservar, al ménos el territorio que comprendia la antigua audiencia de Quito, del influjo frances, habló con sus amigos; i de aquí resultó la variacion del gobierno en el año 9. Desgraciadamente, no todos los que componian lo que entónces se llamó *junta*, pensaban como Montúfar. El abogado Moráles formó una especie de oposicion, queriendo llevar las cosas mui adelante: era el ultra-liberal de aquel tiempo. Montúfar, al contrario, no queria efusion de sangre, nada de teorías, de innovaciones violentas, etc.; rodeado de enemigos i de amigos que contrariaban sus ideas, no pensó mas que en disolver dicha junta i restablecer el gobierno del presidente Ruiz de Castilla: así se verificó. Hé aquí el oríjen de los padecimientos de Selva-Alegre, i de la rivalidad de los dos partidos: el uno dirijido por Montúfar, i el otro por Moráles, hasta producir el funesto desenlace del 2 de agosto. Si ámbos partidos hubiesen trabajado de consuno, jamas habrian entrado en Quito las fuerzas peruanas i granadinas, i el gobierno quiteño habria marchado con firmeza, sin que la resistencia que le opusieron las provincias limítrofes hubiese sido bastante para sofocarlo, tanto mas cuanto que dentro de poco tiempo se incendió toda la América.

Hablando imparcialmente, ni Montúfar, ni Moráles eran hombres para dirijir una revolucion. El primero, era un hombre de gabinete: su cabeza tenia buenas ideas; pero su corazon era débil. Selva-Alegre habria sido un buen ministro de cualquier soberano en tiempos de paz. Morales tenia una imajinacion ardiente, era literato; pero carecia de conocimientos prácticos, principalmente para sostener una revolucion crítica como la que habia emprendido. El decia, que moriria como Ciceron; i, en efecto, murió el 2 de agosto, en el cuartel, a balazos; sin haber rebajado un punto de sus sentimientos patrióticos. Su muerte fué gloriosa para él; i habria sido tambien gloriosa para la patria, sin la maldita division, introducida por él mismo. Volvamos a Selva-Alegre.

Las semillas de division i de odio que dejó Moráles, no le permitieron a Montúfar llevar adelante sus ideas: nuevas complicaciones, nuevos proyectos de tantas cabezas imperitas, sepultaron otra vez en un caos de desórdenes los gobiernos que se sucedieron. Montúfar se separó de los negocios públicos; mas no por esto dejó de ser víctima del gobierno español.

Yo no emprendo aquí una biografía del marques de Selva-

Alegre, ni una relacion histórica de los sucesos de Quito desde 1809 hasta 1812: me reduzco solamente a presentar algunos rasgos que recomiendan a Montúfar como a un hombre digno de la atencion de sus compatriotas. Entre los hombres, es recomendable aquel cuya empresa tiene buen éxito: este es un error. La elevacion de cualquiera persona se ha de medir por sus servicios i virtudes, i no por los caprichos de la fortuna. De otra suerte, César seria mas ilustre que Caton; i Blucher mejor jeneral que el vencedor de Austerlitz i de Marengo. Con esto quiero decir, que Montúfar, si no merece una estátua en Quito, al ménos, su nombre, no debe estar tan ignorado en su patria, que aprecia mas a los aventureros, que a sus hijos.

BOLÍVAR.

Nombrar a Bolívar, es recordar, no solo las glorias de Colombia, sino de toda la América meridional. Si Colon descubrió nuestro continente, i abrió un paso franco a la Europa, las relaciones fueron en pequeña escala. Bolívar ha puesto a disposicion de todos los pueblos todas las ricas producciones de nuestros vastos territorios, con solo haber roto el lazo que nos unía a la antigua metrópoli. Un nuevo mundo político i comercial ha dado Bolívar a la patria de Colon. En fin, la fama de Bolívar se trasmitirá a la posteridad, como la de todos los grandes hombres que han servido al jénero humano con sus virtudes, con sus talentos, o con su valor.

Así que, son mas dignos de compasion, que de censura, ciertos hombres que se han hecho cargo de desacreditar a Bolívar, por algunas faltas verdaderas o supuestas. Estas pobres jentes no saben que los héroes son como esos mosaicos, cuyo conjunto causa una vista tan agradable, miéntras que sus partes, separadamente tomadas, talvez no sirven de nada. No saben que Rousseau ha dicho que los héroes no son tales porque sus virtudes son sin mancha, sino porque tienen vicios i virtudes brillantes. No saben que si se tratase de disminuir las glorias de Washington o Guillermo Tell no dejarian de encontrarse faltas notables. No saben que Horacio dice, que nadie nace sin vicios; i que aquel es mejor que ménos los tiene: *optimus est ille qui minimis urgertur*.... Todos aquellos que andan buscando defectos en los héroes, pensando ridiculizarles, son como el gramático Zoilo, que criticaba la *Ilíada*, creyendo hacerse superior al inmortal Homero.

Dejemos a éstos, i veamos el carácter eminente de Bolívar en sus hechos i en sus pensamientos. En una oracion fúnebre, inédita, se leen los siguientes pensamientos, que dan a conocer con bastante fidelidad al ilustre caracasano.

Es preciso haber nacido con el don de hacer la guerra, o mas bien haber recibido del cielo este don de conducir las campañas dudosas a la victoria con éxito feliz. "Bendito seas, Dios mio, decia el salmista, que me has enseñado a pelear i vencer." No se triunfa leyendo los *Comentarios* de César i algunos tratados de estratejia. El arte de la guerra, para conseguir una brillante jornada, es como la retórica respecto de la elocuencia.... ¿I quién, al ménos entre nosotros, ha poseido este don en mas alto grado que Bolívar? Su jenio creador le suministraba recursos, que los espíritus subalternos miraban como imposibles. Ese golpe de vista, tan necesario a un jeneral, le presentaba los tiempos, las circunstancias, los movimientos, la táctica, la fuerza, el carácter del enemigo: en una palabra, cuanto era menester para combinar i trazar planes capaces de producir un fenómeno tan rápido como el que se observa con la sombra a presencia de la luz.

Ni el hielo de los Andes, ni lo escarpado i ríjido de las serranías de Colombia, ni el calor de los valles del Perú, ni los sitios poco ventajosos para el triunfo, pudieron servir de obstáculo a su jenio emprendedor i marcial. Combatir i vencer eran voces sinónimas de aquella táctica que llevaba escrita en el gran libro de su corazon. El ha peleado contra los cielos, los hombres i la tierra; ha triunfado de todos ellos. Napoleon atribuia su detencion en Santa Elena a la oposicion que encontró en los elementos, cuando invadió la Rusia. A Bolívar toda la naturaleza le franqueó sus tesoros, como a su hijo predilecto. No atribuyamos esta desigualdad entre el vencedor de Boyacá i el de Marengo a un contraste de la fortuna, segun el lenguaje del vulgo, que jamas medita sobre los grandes acontecimientos. Lo que se llama *fortuna* es una voz vaga e insignificante: ella no es un ajente. Tomada la fortuna por la felicidad, está mas bien sujeta a nuestra disposicion que nosotros a la de ella. El hombre es el alumno de su espíritu i de su corazon: su prosperidad i su ruina son efectos de la desobediencia a estos preceptores que raras veces se engañan. Por esto dice el célebre Bacon "que cada uno es el principal i primer artesano de su fortuna....; que si se busca ésta con una vista perspicaz i atenta, se la hallará fácilmente; porque si ella es ciega, no es invisible.... Una fortuna rápida e inesperada hace a los hombres turbulentos i temerarios; una fortuna lenta i adquirida los hace al mismo tiempo prudentes i valerosos."

Napoleon fué un militar formado en la revolucion, i por consiguiente, inconstante i poco previsor. Una fortuna rápida lo colocó sobre el trono: su brillantez le deslumbró i fué, como un ciego, a estrellarse en Moscow. Al contrario, Bolívar, meditó, combinó, ejecutó una gran revolucion; es decir, obró con una fortuna lenta i adquirida a costa de mil sacrificios; necesariamente debió

ser un militar prudente i valeroso, segun el pensamiento del filósofo ya citado. No nos admiremos, pues, que el uno hubiese muerto desterrado i prisionero en medio del Océano; i el otro en su patria, entre los brazos del jenio que presidió a la última campaña libertadora de Sur-América. ¡Oh Ayacucho, tú eres mui semejante a York-Town, cuya rendicion fijó para siempre la suerte venturosa de Norte-América! ¡Oh Bolívar, oh Wáshington! Vosotros sois justamente puestos en paralelo: vosotros solos podeis llamaros grandes jenerales en todo el rigor de la palabra. La naturaleza os hizo guerreros, i no la suerte; i por consiguiente, os coronó hasta el fin. Esta semejanza entre estos dos héroes, obligó a conjeturar al jeneral Lafayette, que si hubiese vivido Washington, habria preferido a Bolívar para hacer el regalo de su retrato....

No obstante, es menester confesar que al ilustre norte-americano le faltó una propiedad tan recomendable como necesaria a un gran jeneral: la elocuencia militar. Su aire frio i poco interesante, su imajinacion desprovista de ideas brillantes, le hacen mui inferior a Bolívar, cuya elocuencia sublime, tanto en el jesto como en los pensamientos, arrebataba a los corazones, penetraba de fuego al soldado, i fijaba el punto preciso de la victoria. Tenemos todavía en nuestras manos sus discursos i proclamas, que pasarán a la posteridad como obras maestras de elocuencia i de buen gusto. Si yo fuese capaz de trazar un cuadro perfecto de este hombre singular, diria que la naturaleza se habia complacido en formarle tan grande como Washington, i tan elocuente como César.

Mas, lo que pone un sello a la gloria militar de Bolívar, es haber combatido contra un pueblo acostumbrado a vencer: contra una nacion, que para sojuzgarla, necesitó la orgullosa Roma de mucha circunspeccion i paciencia, segun la expresion del autor del libro I de los Macabeos: contra unos enemigos, en fin, que acababan de arrojar de la península los ejércitos vencedores de Austerlitz, Jena i Marengo. Tales eran las tropas del jeneral Morillo; i las de La Serna en el Perú, habian sostenido catorce años un choque siempre ventajoso para ellas, hasta burlar todas las providencas que tomó el jeneral San Martin para arrollarlas. Hagamos justicia, seamos imparciales. La independencia de Sur-América, jamas se habria verificado sin el LIBERTADOR. Esta no es una proposicion a la aventura, sino una consecuencia lejítima del dicho de un sabio que recorrió la América, haciendo profundas observaciones. Cuando Bolívar viajaba en Europa, se encontró con el baron de Humboldt, a quien le abrió su corazon sobre el proyecto de emancipar este continente.—"Yo creo, le respondió aquel sabio, que su pais ya está maduro; mas no veo al hombre que pueda realizarlo."—En efecto, Bolívar solo era capaz de ejecutar tamaña empresa; porque ninguno habria tenido esa constancia impertérrita, para chocar con hombres acostumbrados

a la preocupacion i al hábito de obedecer. La América, para ser rejenerada, necesitaba de un hombre valeroso, activo, constante, insensible a las injurias del tiempo i de los hombres, como Scipion al frente de Numancia. ¡Campos de Araure, de Victoria, de Boyacá, de Carabobo, de Junin i otros innumerables! Vosotros sereis para siempre el foco donde se reunirán todas las circunstancias de la brillante carrera del Libertador. Desgraciado el que os mire con indiferencia; i mucho mas desgraciado, si al contemplaros, no adora los consejos del Eterno sobre la suerte de las naciones....

¡Soldados! ¿Dónde está vuestro jefe, ese guerrero ilustre que os condujo con tanto denuedo a la victoria? ¿Qué se ha hecho ese ídolo de vuestros corazones a quien sacrificábais todo vuestro afecto con expresiones las mas tiernas? ¡Ah! el jenio de la inmortalidad nos ha privado de su vista, para que la envidia i los celos no manchasen su gloria!

¡Ingleses, vuestro grande amigo ya no existe! (1) El héroe que ha muerto en Santa Marta, en nada se parece al que falleció en Santa Elena. Este dijo en su testamento:—"Lego el oprobio de mi muerte a la nacion inglesa."—Aquél, en su última voluntad, os declara amigos en las personas del jeneral Wilson i de su hijo Belford Wilson. (2) Llorad, que, al contemplar su túmulo, i guardad ese vasto silencio que se observó en Roma, cuando los restos de Jermánico fueron trasportados de la Siria al sepulcro de los Césares.

¡Naciones enemigas de la independencia de América, el Libertador es muerto! Nosotros no rehusamos daros esta noticia, porque él es mui grande para que ignoreis su fin. No nos hallamos en la posicion de David, que queria ocultar a los filisteos la muerte de dos ilustres defensores de Israel, Saul i Jonatas..... Antes bien, recibid esta noticia, para que digais lo que Montecúculi, cuando supo la infausta suerte de su competidor, el mariscal de Turena: "¡Ha muerto, dijo, un hombre que hacia honor al hombre!" Sí: el Libertador ha honrado la humanidad, no solo con sus virtudes i talentos militares, sino tambien con sus ideas políticas....

(1) *Este pasaje debió ser pronunciado con un movimiento oratorio mui patético, pues que el jeneral Sandes i otros ingleses que le acompañaban, sacaron los pañuelos para enjugar sus lágrimas.*—(Nota del Padre Solano.)

(2) En la cláusula 12 del testamento que el Libertador otorgó en la hacienda de San Pedro Alejandrino, de la comprension de la ciudad de Santa Marta, a 10 de diciembre de 1830, ordenó lo siguiente: "Mando que mis albaceas den las gracias al señor jeneral Roberto Wilson por el buen comportamiento de su hijo el coronel Belford Wilson que tan fielmente me ha acompañado hasta los últimos momentos de mi vida."—(*Nota del autor de la Biografía.*)

BOLÍVAR COMO POLÍTICO.

Apénas habia tomado la espada para romper los lazos que nos unian a la metrópoli, cuando pensó darnos una constitucion que fuese la obra de la reflexion i de la esperiencia, como aquellos israelitas, que vueltos del cautiverio de Babilonia, edificaban la ciudad Santa, teniendo en una mano la espada i en la otra la escuadra i el nivel. Leed el proyecto de constitucion que presentó al segundo congreso jeneral de Venezuela, reunido en Angostura: leed tambien el elocuente discurso que pronunció en aquella ocasion, i vereis establecidos los principios mas luminosos que no se encuentran en la mayor parte de los publicistas. Razona sobre toda clase de gobiernos; analiza todas nuestras necesidades, nuestra educacion, nuestras relaciones, de una manera que hace honor a los sentimientos de que se hallaba penetrado. ¡Qué no pueda yo presentaros todos sus pensamientos! Sin embargo, escuchad algunos rasgos.—"La libertad, dice, es un alimento suculento, pero de difícil dijestion. (1) Nuestros débiles conciudadanos tendrán que enrobustecer su espíritu, mucho ántes que logren el saludable nutritivo de la libertad. Entumidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las mazmorras, i aniquilados por las pestilencias serviles, ¿serán capaces de marchar con pasos firmes hácia el augusto templo de la libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos i respirar sin opresion el éter puro que allí reina?..... Muchas naciones antiguas i modernas han sacudido la opresion; mas, son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; mui luego han recaido en sus antiguos vicios políticos, porque son los pueblos, mas bien que los gobiernos, los que arrastran la tiranía.... No aspiremos a lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la rejion de la libertad, descendamos a la rejion de la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, i el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada...

Su máxima fundamental era que el sistema de gobierno es perfecto, cuando produce mayor suma de seguridad social, i mayor suma de estabilidad política. (2) Aplicadas estas sumas a las necesidades de América, resultaba, segun su cálculo, un *déficit*,

(1) Las primeras palabras del Libertador son tomadas de Rousseau.—(*Nota del padre Solano.*)

(2) *Despues de Bolívar Bálmes ha hecho consistir la* perfeccion social *en un triple punto, hácia el cual debe tender la sociedad.* "Cuando, dice, la mas gran suma de inteligencia posible, cuando la mayor suma de moralidad posible, cuando la mas grande suma de bienestar posible, sea procurada al mayor número posible." *El poder público, pues, no debe hacer otra cosa, que fomentar i protejer esta marcha. De aquí se infiere, que cuando el individuo se somete al poder, es por un precepto que le impone su propio interes.*—(*Nota del padre Solano.*)

incapaz de ser cubierto por los gobiernos proclamados en aquella época. En fin: Los códigos, dice, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!" ¿Podeis imajinar política mas sana, ni mas ilustrada? ¡Oh libertad indefinida! Tú fuiste la caja de Pandora en Francia durante la época del terrorismo, i Robespierre hizo de tí el instrumento de sus asesinatos. Cromwell invocó tu terrible nombre para degollar a Cárlos I i ejercer sobre sus conciudadanos un despotimo asiático. Bolívar se ha horrorizado al contemplarte: ha querido proscribirte como filósofo, como lejislador i como guerrero. Nada mas prueban sus discursos i hechos. ¿I esto se llama aspirar a la tiranía?....

No es ménos digno de observacion un hecho que realza demasiado el talento político de nuestro héroe; este es su empeño por la reunion del congreso de Panamá. (1) Nada era mas interesante para la paz i estabilidad de nuestro continente que esta dieta célebre. A la verdad, si por nuestra desgracia no se hubiese frustrado, ahora respiraríamos en la dulce atmósfera de la tranquilidad, en medio de goces que aun esperamos, i quizá jamas llegaremos a poseer.

¡Oh Libertador! Yo bien sé que todas vuestras ideas se han desechado no solo como quiméricas, sino como perniciosas. ¿Empero, merecia la pena de que se le tratase tan cruelmente? ¿Por qué atribuir a miras siniestras todas las espresiones que emitia con esa franqueza de ánimo, propia de un hombre libre? ¿Por qué a Washington no le calumniaron sus compatriotas por haberse opuesto fuertemente al federalismo?—¡Ah! lo único que resulta es, que Washington vivió en un pais lleno de virtudes sociales, en un pais de luces, que tenia en su seno a los Franklin, a los Jefferson, a los Adams: en un pais, en fin, donde la libertad cuenta muchos lustros, i donde se emiten las opiniones, sin que los sarcamos de los envidiosos puedan ofender a los héroes; i Bolívar no pudo tener esta dicha. La mayor prueba de que él no aspiraba a la tiranía, es haber perdonado, jenerosamente, a los traidores que asestaron su vida en 25 de setiembre del año 28.—Estos *setembristas* (así llamaban en Francia a los asesinos del aciago 2 de setiembre del año 92) estos *setembristas*, digo, fueron convencidos de su delito: el Libertador podia haberlos hecho decapitar, bajo la éjida verdadera o aparente de las leyes; i, sin embargo, prefirió vivir mas bien en una contínua alarma, que

(1) Al ocuparse de la reunion de este célebre congreso, decia el Libertador, en las credenciales que dió, en 8 de enero de 1822, al señor Joaquin Mosquera, nombrado ministro de Colombia en Chile: "La asociacion de los cinco grandes Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa. La imajinacion no puede concebir sino pasmo ante la magnitud de un coloso, que semejante al Júpiter de Homero, hará temblar la tierra de una ojeada. ¿Quién resistirá a la América, unida de corazon, sumisa a una lei i guiada por la antorcha de la libertad?"—*(Nota del autor de la Biografía.)*

adoptar una política sanguinaria. Tan digno de elojio se manifestó en esta ocasion, que se le podia aplicar las palabras de San Ambrosio sobre la clemencia del emperador Valentiniano: *immemor imperii, memor tantum germanitatis.* Se olvidó de su grandeza, al ver que sus enemigos eran sus conciudadanos, i muchos de ellos amigos i confidentes....

Pero nada pudo hacele vacilar: él sufrió con una grandeza de alma todos los sarcasmos, hasta el último momento de su vida... "He sido víctima, dice, en su última alocucion, he sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono."—Napoleon, disponiéndose para morir, respiraba cólera i venganza contra la coalicion que le destronó. Bolívar perdona a sus perseguidores, que han querido arrebatarle la vida i fama, estos bienes mas preciosos que todas las coronas del mundo.....

FRAI VICENTE SOLANO.

¡NO ERA UN SUEÑO!

(FRAGMENTO.)

Anoche un sueño de delicias lleno
Estremecia de placer mi alma,
I dentro el pecho el corazon gozoso
Con juvenil violencia palpitaba.

Los cantares oia de otros tiempos,
Escuchaba dulcísimas palabras
I via ante mis ojos ir pasando
Las horas encantadas de la infancia.

I cual tiende rendido de fatiga
La vista el cazador de la montaña
Sobre el valle profundo i extendido
Que a su planta entre brumas se dilata;

I cual busca, con ojos cariñosos,
Allá a lo léjos su casita blanca,
I el remanso despues del riachuelo
I luego la arboleda solitaria,

Así miraba yo, con blando gozo,
Aquel dulce hechicero panorama
Do a raudales la luz se difundia,
Do esparcian mil flores su fragancia.

I entre aquellos jardines i arboledas,
Como una sombra vaporosa i vaga,
Se deslizaba una ilusion errante,
Una ilusion purísima de mi alma.

Una ilusion, un sueño de inocencia,
Bella, como la expléndida mañana,
Pura, como el rocío de la noche,
Dulce, como la luna i la esperanza.

Yo aspiraba su ambiente perfumado,
Mi vista la seguia fascinada
I ardientes por mis venas discurrian
Los dulcísimos sones de su cántiga.

Mas ¡ai! la frente de cipres ceñida,
I envuelto en nubes de brillante nácar,
Súbito un ánjel se posó en mi lecho
I una flor deshojó sobre mi almohada.

I al resbalar sus hojas por mi frente
El hielo de un puñal sentí en el alma;
Paróse el corazon, i oscura niebla,
Caos i lobreguez me circundaban.

Despues.... Ya nada sé.... Negros abismos,
Cielo sin luz, campiñas solitarias
I un camino sin fin que se perdia
Entre la densa bruma a la distancia,

Todo eso via mi aturdida mente,
I percibia en confusion extraña
Rumor de férreas puertas que se cierran....
¡La puerta era talvez de la esperanza!

Despertéme por fin, nublado el cielo,
Como mi corazon, sombrío estaba,
Quise alzarme i rodó sobre mi lecho
Una flor ya marchita i deshojada.

¡Ah! ¡no era un sueño, nó! Sus mustias hojas
Yacen amarillentas; su fragancia
Desconocida i celestial, mi pecho
Oprime i envenena al aspirarla.

¡Ah! ¡no era un sueño, nó! que un soplo fin
De desesperacion hiela mi alma;
Mi mente fatigada se adormece;
Marchito el corazon plega sus alas.

¡Ah! ¡no es un sueño, nó! Si aun el recuerdo,
Postrer consuelo del que sufre i calla,
Se veda para mí, sobre esta tierra
Mi desolado corazon ¿qué aguarda?

En la pared la péndola entre tanto,
Que el tiempo mide de esta vida amarga,
Parece que a mis quejas respondia
Con su pausado golpe: "nada, nada."

I marcho i marcho, i un camino eterno
Se ofrece siempre a mi cansada planta,
I siempre cruzo bajo un cielo oscuro
Una campiña inmensa i solitaria.

Inclinada la frente, el pecho triste,
Con fatigado pié sigo mi marcha,
La vista fija en el estéril suelo
Que ni mi huella ensangrentada guarda.

I marcho, i marcho, i junto a mí resuena
Siempre una voz que lastimera clama:
"¿Puede el alma vivir sin ilusiones?
¿Florece la ilusion sin la esperanza?"

RAIMUNDO LARRAIN C.

CROQUIS DE UN ARTICULO.

I.

El sublime profeta de Patmos, el águila del Apocalípsis, en los dias de su ancianidad se solazaba acariciando una palomita, símbolo de la inocencia i de la divina inspiracion. "No se puede mantener siempre tirante la cuerda del arco" respondia a los que extrañaban aquel inocente pasatiempo, al parecer impropio de la severa santidad de un apóstol.

Panem et circenses era la fórmula en que la experiencia política de los romanos compendiaba el secreto de manejar al pueblo.

Todas las naciones antiguas i modernas tuvieron i tienen diversiones públicas. El jénero humano todo ha obedecido a un instinto natural i ha satisfecho una necesidad social con las diversiones públicas.

II.

Los antiguos romanos tenian su circo i gozaban en ver matarse en la arena a las fieras i a los gladiadores o a los cristianos devorados por aquéllas o ultimados por éstos. El pueblo-rei, para quien todo extranjero era *barbarus*, tenia su pasatiempo en la efusion de sangre.

La España tiene sus toros, espectáculo cuyo encanto consiste en ver palidecer al torero en los trances de vida o muerte i en ver agonizar bañados en sangre a los caballos i al toro.

Los ingleses tienen sus espectáculos de *box* en que con la mayor flema se asiste a una lucha brutal entre dos hombres, que a las veces acaban por matarse.

Todos los pueblos que se apellidan hoi civilizados han resucitado el nombre del antiguo circo para designar un espectáculo cuya gracia consiste en el mayor o menor peligro de morir en que se ponen los actores. En el caballo, en la maroma o en el trapecio es preciso ponerse en inminente peligro de morir para ser aplaudido. Si hai saltos han de ser *mortales*. ¿Veis a ese acróbata frenéticamente aplaudido por su público? Está haciendo volteretas a 20 metros de altura sobre sus espectadores. Prolonguemos las cuerdas del trapecio hasta que el acróbata diste un par de metros del suelo. Los aplausos han cesado. I ¿por qué? Por-

que si de esta segunda altura llegara a caerse el acróbata, no moriría. ¿Qué aplaude entónces el público? Nada mas que el peligro de muerte.

Un ecuatoriano exhibe en Santiago una tigre. Son pocos los curiosos que dan veinte centavos por verla. Se anuncia que la tigre devorará un cordero vivo. Sobran los curiosos que paguen cuarenta centavos.

Herencia no sé si de España o de Inglaterra, son nuestras riñas de gallos, en que el populacho sud-americano contempla lleno de interes i de complacencia el sangriento combate de dos gallos. Haced que los sultanes del gallinero bailen o canten en vez de reñir, i el púbico bosteza i la *cancha* queda desierta.

III.

Invitad a una exposicion de pinturas i, como no haya en vuestros cuadros desnudez i lascivia, bien podeis acumular las obras maestras de todos los mas famosos pinceles, saldreis perdiendo hasta el alquiler de la sala en que colocásteis vuestros cuadros.

Llamad a la ópera: ofreced los encantos de la música unidos al interes de un drama moral i serio, los cantores gorjearán en teatro escueto. Haced que suba Offenbach al proscenio i tendreis teatro lleno de bote en bote, aplausos i dinero.

Abrid las puertas de un teatro anunciando a una Ristori, a un Rossi o a un Salvini; abrid las puertas de otro teatro anunciando verdaderos prodijios de estudio i destreza con el nombre de prestidijitacion; abrid las puertas de un tercer teatro prometiendo cualquier bufonada francesa. Primero se llenará el tercero, despues el segundo, i las lunetas serán los espectadores en el primero.

Invitad a una fiesta literaria: prometed primores del injenio i de la fantasía; como no ofrezcais goces al oido, a los ojos i al estómago, nadie acudirá a vuestra invitacion.

IV.

No hace mucho tiempo que un extranjero soltaba en defensa del arte impúdico la siguiente pampirolada: "La desnudez es atributo de la inocencia." ¿Querria ese buen señor ver a su esposa i a sus hijas exhibidas en traje de inocencia? Lo que hai de cierto es, que a contar desde las hojas del higuera del Eden, la inocencia i el pudor han huido del escote de cuerpo entero. Por mi parte, creo que la anatomía i el arte están reñidos. Los aficionados al desnudo podrian mui bien ir en busca de él a la sala de diseccion.

V.

No hablemos de los cafées, porque podriais objetarme que los que allí viven trabajando durante el dia en derredor de los billares i descansando de noche debajo de ellos, son la élite de esas jentes afortunadas que gozan del privilejio de vivir sin gastar i que si no están debiendo su propia humanidad es solo porque Dios no cobra la hechura.

GUILLERMO HERRERA.

EL CURA DEL CAMPO.

Sepultado en el polvo de los campos
Un hombre existe que contento mora,
Que al lado del que goza, goza i canta
I al lado del que sufre, sufre i llora.

Bajo el humilde techo de su estancia
Halla un albergue el infeliz mendigo;
Siempre se abre su puerta al que demanda
O fresca sombra o reparado abrigo.

Siempre pronto a acudir donde lo llama
La desgracia o la muerte de un hermano,
Tiene siempre su lámpara encendida,
Lleva siempre el bordon bajo su mano.

Ni la nieve, ni el sol, ni el campo yermo,
Ni los bosques, ni el rio, ni el torrente
Lo amedrentan jamas, si lo reclama
En su trance postrero el delincuente.

El recibe en sus brazos al que nace
Para abrirle las puertas de la vida;
El recoje el suspiro del que muere
I el postrimer adios de la partida.

Los secretos i lágrimas mas íntimas
Deposita en su seno el desgraciado,
I el que llega a sus piés llagado i triste
De sus llagas levántase curado.

Padre de todos, con igual ternura
Al grande i al pequeño ¡hijos! les dice,
I acariciando a la niñez dichosa
Con amor inefable la bendice.

Emisario de Dios, tiene consuelos
Que caen sobre el pecho dolorido
Como delgada i apacible lluvia
Sobre campo agostado i aterido.

Olvidado del mundo, su existencia
Ignorada discurre i silenciosa,
Bendecida del pobre cuyas lágrimas
Sabe enjugar con mano cariñosa.

Pero él vive contento en el silencio
De su tranquila i rústica morada;
Tan solo en hacer bien sin falso ruido
Su única ambicion está cifrada.

Un hermoso verjel, siempre florido,
Sonrie ante su puerta solitaria,
I envuelta en el perfume de las flores
Eleva a Dios su matinal plegaria.

I abandonando, al declinar la tarde,
Su morada de paz i de sosiego,
Va a respirar el aire de los campos
I a visitar la choza del labriego.

El esquilon de la empinada torre
Con sus ecos de grave melodía
A alabar al Señor llama en su nombre
Cuando el sol nace i cuando muere el dia.

I ántes que caiga la primera lluvia
El bendice la viña i el sembrado,
I ántes que ardiente sol las mieses dore
Al labrador su bendicion ha dado.

Llega, por fin, un dia en que alborean
Las canas prematuras en su frente,
I en que con manos trémulas apénas
Puede elevar el cáliz reverente.

Un dia llega en que su voz se apaga
I resonar no se oye en el santuario;
Calla; pero sus ecos se prolongan
En el rebaño triste i solitario.

Una losa sin nombre en su sepulcro
Cubrirá sus cenizas ignoradas;
Pero en ella irá el pobre agradecido
A derramar sus lágrimas preciadas.

I el implacable soplo del olvido
Respetará benigno su memoria;
Por largo tiempo contará a sus nietos
El anciano decrépito su historia.

Tal es el hombre a quien el mundo olvida,
A quien desprecia el impío i escarnece
I que en cambio del odio que lo abruma
Solo perdon i bendicion ofrece.

Ahí teneis su vida i sus placeres:
Dar al que sufre celestial consuelo,
Jeneroso perdon al delincuente
I abrir a todos la mansion del cielo.

Santiago, agosto de 1875.

RODOLFO VERGARA ANTUNEZ.

UN LEGADO

DE LOS PADRES DE LA PATRIA.

El Instituto de Caridad Evanjélica, o Congregacion de los Siervos de María Santísima de los Dolores, es una asociacion piadosa eminentemente nacional. Su establecimiento en Chile se debe a un hecho íntimamente relacionado con la guerra de nuestra emancipacion política. En uno de los crueles reveses con que el cielo quiso probar la constancia de los Padres de nuestra independencia, cuando, confinados muchos de ellos en Juan Fernandez, morian a cada hora, víctimas de la mas despiadada opresion, no les abandonó el sentimiento relijioso; invocaron el nombre de la que es llamada el consuelo de los aflijidos e hicieron voto de consagrarse a venerarla de una manera especial bajo la advocacion de sus Dolores, en una asociacion que llevaria su nombre, si alguna vez volvian a aspirar el aire de la libertad. La victoria obtenida en Chacabuco por las armas de Chile fué, para ellos, la prueba mas inequívoca de la proteccion de María, i, restituidos a sus hogares, no tardaron en cumplir su piadoso compromiso.

La Congregacion de los Siervos de María fué instalada solemnemente en el templo de la Compañía, i sus miembros han tributado desde entónces un culto paticular a los Dolores de Nuestra Señora, consagrándose, por amor a ella, a la práctica de la caridad cristiana en el socorro que prestan a los enfermos pobres. El Papa Pio VII, en su bula de 8 de marzo de 1822, aprobó el Instituto.

Queremos trascribir aquí el compromiso firmado por los patriotas, que dió oríjen a esta bella asociacion. Este monumento de la piedad de nuestros padres se conserva auténtico en el archivo de la Congregacion. Su lectura no puede ménos que inspirar el interes mas vivo, un verdadero amor hácia la obra que nos han legado.

Es como sigue:

"Nosotros, confiados en que la bondad de Dios se complace muchas veces en ser honrada i glorificada por los instrumentos mas débiles, nos ofrecemos a concurrir en cuanto nos sea posible al establecimiento i propagacion del presente Instituto de Caridad, i prometemos a la persona que se encargue de sus primeras dilijencias, si Dios, Nuestro Señor, nos pone en circunstancias de que podamos servir i ser útiles a dicha institucion, que concurriremos cuantas veces fuéremos llamados a tratar de su establecimiento, practicando las dilijencias que se nos encarguen i demas

que estuvieren en nuestros esfuerzos. I, para constancia de que nos ofrecemos a dicha santa obra, lo suscribimos a 3 de marzo de 1815.

"*José Ignacio Cienfuegos.—Agustin de Vial.—Cárlos Correa de Saa.—Diego de Larrain.—Juan Rafael Bascuñan.—Francisco Xavier Salas.—Santiago Muñoz Bezanilla.—Juan Crisóstomo de los Alamos.—Ignacio Torres.—Juan Egaña.—Gabriel José de Valdivieso.—Juan Miguel Benavente.—Francisco Manuel de la Sotta.—Juan Agustin Beiner.—Baltazar de Ureta.—José Paciente de la Sotta.—Gaspar Ruiz.—Isidoro Errázuriz.—Francisco José del Castillo.—Pedro José Prado Xaraquemada.—Remijio Blanco.—José Antonio de Rojas.—Ignacio de la Carrera.—Agustin de Eyzaguirre.—José Santiago Portáles.—Juan Antonio Ovalle.—Santiago de Salas.—Joaquin de Egaña—Joaquin Larrain.—Pedro Nolasco de Valdez.—Manuel de Salas.—Jerónimo Reinoso de Zelaya.—Bernardo de Vergara.—Francisco Antonio Perez.—Martin Calvo Encalada.—Manuel Blanco.—Luis de la Cruz.—Dr. Uribi.—Ramon Mariano de Ariz.—Enrique Lasale.—Mariano de Egaña.—Antonio Urrutia.*"

¡YO TE HE VISTO LLORAR!

(MELODÍA HEBREA DE LORD BYRON.)

¡Yo te he visto llorar!.... ¡Gotas bellísimas
De tus ojos azules ví caer,
Cual de hermosa violeta puras lágrimas
Se ven en la mañana descender!
¡I sonreiste!.... ¡I tu mirada fúljida
Al azul de los cielos eclipsó!
¡Él no pudo luchar con esas órbitas
Cuyos rayos jamas en otra vió!
¡Como a las nubes de la tarde vívidos
Sus rayos presta el sol que va a morir,
Tus sonrisas consuelan el espíritu,
I lo hacen serenar i revivir!
¡Oh! ¡Con cuánto fulgor tranquilo i plácido,
Tu mirada de eterna irradiacion,
Ilumina los centros mas recónditos
Del aflijido i mudo corazon!

1872.

TEMÍSTOCLES TEJADA.

COMUNICACION

SOBRE EL CELEBRE PADRE SOLANO.

El señor don Luis Cordero, escritor ecuatoriano que se halla actualmente en esta capital, nos ha favorecido con la comunicacion que a continuacion insertamos relativa al insigne sabio sud-americano de cuyas notables producciones hemos dado algunas muestras en las pájinas de La Estrella de Chile. Nuestros suscriptores leerán con interes las nuevas noticias que hoi les presentamos sobre el padre Solano, gracias a la galantería de un compatriota suyo.

Santiago, setiembre 22 *de* 1875.

SS. RR. de La Estrella de Chile.

Mui señores mios:

Soi ecuatoriano, i habiendo leido con la mayor complacencia el número 414 del notable periódico que ustedes redactan, creo que debo agradecerles, en representacion de mi pais, por las publicaciones relativas a *Frai Vicente Solano*, sabio relijioso del Ecuador. Ignoro quién sea el autor del rasgo biográfico suscrito por *Amir;* pero, sí, sé que la insercion de ese artículo i de uno de los numerosos escritos de aquel relijioso, es digno del mas profundo reconocimiento para un compatriota del franciscano ilustre.

Cumplo, pues, con el grato deber de manifestar a ustedes ese reconocimiento, i quiero aprovechar de la ocasion para suministrarles algunos datos mas a cerca de ese hombre esclarecido que ilustró al Ecuador, con su palabra i con su pluma, i mereció ser inscrito en el glorioso rol de los grandes injenios de Sud-América. Conviene mucho, como lo ha notado el autor de la suscinta biografía dada a luz por ustedes, que en Chile i en las demas re-

públicas latino-americanas se tenga noticia de un escritor, cuyas producciones honran a la altura intelectual de todo el continente. Los astros que se levantan a brillar en el cielo de cualquiera de nuestras repúblicas, derraman necesariamente su resplandor sobre todas ellas; porque, a la altura en que lucen, el horizonte se ensancha, los límites de los pueblos se borran, las distancias se disminuyen, los grandes centros de ilustracion se aproximan i viene a ser una sola, aunque inmensa, la bóveda esmaltada de luceros que nos cobija i nos alumbra.

Es, por tanto, de interes comun el que levantemos los ojos para contemplar esas antorchas, i el que olvidemos aun la palabra *extranjero*, al tratarse de hombres insignes, prez i gloria de todas i cada una de nuestras repúblicas. Los principios que profesamos, el lenguaje de que nos servimos, la historia que tenemos, el porvenir a que aspiramos, la fraternidad i aun las alianzas, que nos unen, establecen tal solidaridad entre nosotros que somos hijos de una misma patria, dividida solamente en secciones políticas, mas o ménos considerables i prósperas.

Me he desviado de mi objeto principal, cediendo por un instante al entusiasmo que ustedes me han inspirado con las sobredichas publicaciones. Les ruego que me lo disimulen, benévolos, i paso a escribir algunos renglones sobre ciertas particularidades no mencionadas en el artículo biográfico suscrito por *Amir*.

El relijioso de quien habla este escritor, no solo fué un hombre de erudicion pasmosa, no solo un téologo, canonista i jurisconsulto eminente, no solo un consejero sabio de todos sus compatriotas en los casos árduos i difíciles, no solo un periodista ilustre, sino que hizo tambien estudios mui profundos en varios ramos de las ciencias naturales. Era casi anciano ya, cuando se dedicó asídua i fervorosamente al de la botánica, en el cual obtuvo grandes conocimientos. Los adquiria sin otro maestro que sus libros i los popularizaba en beneficio del pais, aplicando los principios de la ciencia a la agricultura i a la industria. Dió, de este modo, a sus conciudadanos importantísimas lecciones a cerca del reino vejetal, especialmente de la flora ecuatoriana, i les enseñó a sacar algun partido de las preciosas e innumerables plantas que cubren i embellecen el fértil suelo del Ecuador. En su último periódico intitulado La Escoba, publicó una serie de interesantes artículos sobre el mismo asunto, indicando siempre los usos económicos, medicinales, etc., de que era susceptible el vejetal que habia llamado su atencion.

En los últimos años de su existencia puso muchos escritos inéditos sobre botánica, en manos de un amigo suyo, quien los entregó, segun aseguran, a un sabio extranjero que los supo apreciar en lo que valian. Fué una lástima para los conciudadanos del ilustre relijioso, porque esas obras no se han dado hasta hoi a la estampa, o si han llegado a publicarse, estarán suscritas, sin duda, por el que las adquirió.

Aun quedan, sin embargo, unos pocos manuscritos sobre la materia. El que dirije a ustedes estas líneas, ha hecho el hallazgo feliz de algunos de ellos, entre las pájinas de un ejemplar de la obra que se intitula *Nova genera et species plantarum*, compuesta por *Kunth*, sobre los trabajos de *Humboldt* i *Bonpland*. Ese ejemplar que suministró al *padre Solano* gran parte de su ciencia sobre las plantas del Nuevo Mundo, guarda tambien algunas apuntaciones relativas a varias de ellas, escritas en correcto i elegante latin, con el tecnicismo propio de las descripciones botánicas. Era preciso dar a luz esas hojas perdidas, i así se ha hecho, en parte, insertándolas en las columnas de un periódico del Ecuador.

El padre Solano era tambien el primero de los oradores sagrados de su época i de su pais. Aun en los años posteriores, ningun sacerdote compatriota suyo se ha encumbrado tanto como él; porque nadie ha reunido todavía tan grandes dotes oratorias. Su ciencia vastísima, su moral austera, su palabra sonora, su lenguaje culto i elevado, su accion majestuosa e imponente, su autoridad i predominio sobre el auditorio le hacian el oráculo de la poblacion, que oia sus elocuentes discursos con la sumision i respeto que infunde la sublime enseñanza de un apóstol.

Presintiendo en su ancianidad que se acercaba el término de su vida, compuso para la losa de su sepulcro, un epitafio, en el cual reputando como vanidad i miseria todas las glorias humanas, aun las mas nobles i lejítimas, pedia perdon a los que debieran tributarle aplausos. Dice lo siguiente, si no me engaña en algo la memoria:

HIC JACET FRATER VINCENTIUS SOLANO,
DE ORDINE MINORUM
QUI SATIS VIXIT, COGITAVIT, SCRIPSIT;
UTINAM BENÉ!
NUNC AUTEM IN PULVEREM REVERSUS,
VENIAM ET NON LAUDEM PETIT.

Un amigo del humilde relijioso ha cumplido con el deseo manifestado por éste, haciendo grabar esta inscripcion en la piedra que hoi cubre sus veneradas cenizas.

Hé aquí, señores redactores, lo que deseaba añadir a cuanto contiene el artículo que ustedes se han servido publicar; pero, ántes de terminar esta carta, debo expresar que en el palacio de la Exposicion Internacional, abierta por esta culta i feliz república de Chile, se ve una imájen admirablemente exacta del sabio americano. Es un busto esculpido en madera, por el artista ecuatoriano *señor José Miguel Vélez*, compatriota de aquél. Los que, despues de extasiarse en la contemplacion de los innumerables portentos que el arte i la industria han acumulado en los magníficos salones de aquel amplio palenque del injenio, no se desdeñen de

estudiar, siquiera de paso, la interesante fisonomía de un hombre grande, pueden fijar una de sus curiosas miradas en el modesto trabajo de *Vélez*.

Soi de ustedes, señores redactores, mui atento, grato i obsecuente seguro servidor,

LUIS CORDERO.

LA CARIDAD.

(DEDICADA A LA SEÑORA DOÑA MERCEDES VILLAREAL DE BRISEÑO.)

¡Ah! yo la he visto, sí. Ví su hermosura....
He visto esa inefable aparicion
Descendiendo a la tierra de la altura
En donde flota la celeste Sion.

Coronaban sus sienes las estrellas,
Ostentaba imponente majestad;
Llevaba un cetro de oro i tras sus huellas
Todo era resplandores, claridad.

Su rejio manto descojido al viento
Todos los hombres cobijando va....
Reanima al mundo el fuego de su aliento
I brinda con la oliva de la paz.

¿Quién es esta belleza que me encanta?
¿Qué rayo es este de tan dulce luz?
¡Esta es la Caridad! la virtud santa,
Que ha nacido del seno de Jesus.

¡Esta es la Caridad! Doblad la frente
Pueblos del orbe i elevad la voz
Bardos cristianos de inspirada mente:
Cantad la Caridad, que es luz de Dios.

¡Cantad la Caridad! Vino del cielo
A convertir en cielo esta mansion:
Salvar i consolar ese es su anhelo,
Esa su dulce celestial mision.

Fué el mismo dia, en el luctuoso instante
En que el Justo Divino se inmoló,
Cuando bajó del Gólgota radiante
La Caridad i al mundo acarició;

I rauda sigue i misteriosa avanza
Bajo el ala invisible del Señor,
I mil victorias por do quiera alcanza
I se dilata el reino del amor.

Reino eterno, sin lindes, sin fronteras,
Golfo, que surca el mástil de la Cruz,
Las almas trasportando a otras riberas
En donde alumbra la Increada Luz.

De varios climas, de diversas zonas,
Hombres todos de buena voluntad,
Rendid unidas palmas i coronas
A la excelsa divina Caridad.

Los que al impulso de entusiasmo ardiente
Sentis el noble corazon latir,
Seguid la santa Caridad fielmente
I nueva vida sentireis bullir.

Mirad sino la pléyade infinita
Cuyo glorioso lema es: *Caridad*,
Con que viril actividad se ajita
En torno a la doliente humanidad.

La santa hermana, de Vicente hija,
Infatigable obrera del Señor,
Siempre en el triste la mirada fija,
¿No es el sublime tipo del amor?

La vírjen pura, que la cuna mece,
Reemplazando a la fiel maternidad,
¿No es un modelo, que tan solo ofrece
La amorosa i fecunda Caridad?

I cuando el lecho del enfermo cuida
Su delicada mano virjinal,
I va al remedio la oracion unida,
Decid: ¿no es un poema celestial?

Leyendo acaso lejendaria historia
De heróicos hechos, en verdad, decid:
¿No habeis pensado en la tranquila gloria
Que de la Caridad surje en la lid?

¡Por Dios! ¿qué vale ese laurel sangriento
Que preconiza el trueno del cañon,
En medio del horrible campamento
Que se convierte en fúnebre panteon?

¡Misero triunfo, no envidiable suerte!
Luctuoso carro arrastra el vencedor....
Va sobre los despojos de la muerte,
Mirando un espectáculo de horror....

No así la santa caridad cristiana:
Ella atraviesa el valle terrenal,
Limpia como la nítida mañana
De rutilante dia tropical.

Los huérfanos, las viudas, las doncellas,
Fragantes flores tienden a sus pies,
I se oye en vez de llantos i querellas
Himnos de amor i júbilo a la vez.

Cuando en las almas su varilla toca
Brota de vida límpido raudal,
Mil sentimientos para el bien evoca,
I hace un ánjel del mísero mortal.

¡Ah! desgraciado el que su influjo santo
En lo íntimo del alma no sintió!
No sentirá en sus ojos dulce llanto
Quien el amargo llanto no enjugó.

Mas le valiera al mísero egoista
En el helado túmulo dormir,
Que no fijar en el dolor la vista,
Si dél no quiere al triste redimir.

¡Ah! por piedad! el óbolo divino
De la limosna con largueza dad;
Haced fácil el áspero camino
Que cruza la doliente humanidad.

Oro preciado tórnase el vil oro
Cuando lo santifica la virtud,
No caduca jamas, es un tesoro
Que abre el cielo al cerrarse el ataud.

I vos, de caridad ejemplo claro
Que del que sufre caminais en pos,
Nobles matronas, cual luciente faro
Sois, que ha encendido en nuestra patria Dios.

A vuestro egrejio celo vinculado
Está de Chile un alto porvenir,
Seguid siendo cual sois, noble dechado
De amor al indijente, al infeliz.

Encuentren siempre protector cariño
Los pequeñuelos que demandan pan,
Dad con el alimento al tierno niño
Al alma luz, al corazon bondad.

La impiedad, el error, el egoismo,
Que el mundo tornan espantoso erial,
Hundan su torvo ceño en el abismo
Virando el que ostentais, lauro inmortal.

La santa Caridad, que augusta brilla
En vuestras frentes, hijas de la Cruz,
Conservándose pura, sin mancilla,
Os lleva a las riberas de la luz!

Setiembre 8 de 1875.

FIDEL PALACIOS.

LITERATURA AMERICANA.

FRANCISCO AUGUSTO DE CHATEAUBRIAND.

En la sociedad humana, así como en el órden físico, hai individuos que fijan la atencion del observador de una manera extraordinaria. Nada mas comun que ver la caida de un rayo; pero cada rayo presenta fenómenos mui diversos. Así los escritores son comunes; pero, de siglo en siglo, aparecen jenios orijinales i sorprendentes. M. de Chateaubriand es uno de éstos. Su carác-

ter es casi indefinible: su vida un misterio. Descontento de sí mismo i de los hombres, se lanzaba en rejiones ideales, como el águila que se remonta sobre la rejion de las nubes. Se puede decir, en suma, que la inconstancia le hizo grande. Viajero en la América, en el Oriente, en la Europa, no hallaba quietud en ninguna parte. Sus ideas se sucedian de la incredulidad al catolicismo; del catolicismo a la tolerancia, i aun a la sátira contra los escritores católicos. Esta versatilidad se prueba con sus escritos, luminosos, en verdad, pero que carecen de la conviccion del escritor, para fijar la confianza de los lectores.

El Jenio del Cristianismo fué formado de materiales que quizá habia reunido para combatir la relijion cristiana, como él mismo lo confiesa en su *Memorias de ultratumba*. Aquella obra, sin duda, pasará a la posteridad, por la brillantez de las imájenes, por la novedad de las ideas, i, principalmente, por el ascendiente que ha tomado el autor sobre el espíritu de su siglo: la fama es un poder que todo lo somete. Pero, si es cierto que *El Jenio del Cristianismo* pasará a la posteridad como una obra de literatura, es mui dudoso que se sostenga como una obra clásica de relijion. (1)

Observando *El Jenio del Cristianismo*, imparcialmente, se puede decir que convenia su aparicion en circunstancias que la Francia estaba fatigada con la incredulidad, i no obstante, conservaba la preocupacion de que la relijion era el patrimonio de los espíritus vulgares. La Francia se hallaba como un convalesciente que aborrece el mal, pero no puede tomar todavía alimentos sustanciosos i sólidos. Las obras maestras de los PP. i teológos; de los oradores i controversistas, con todo el siglo de Luis XIV habian caido en desuso. Era, pues, preciso darles a los convalescientes de la incredulidad una obra como *El Jenio del Cristianismo*. Solo M. de Chateaubriand era capaz de desempeñar esta mision; i, en efecto, vió coronados sus esfuerzos.

El Jenio del Cristianismo, *Los Mártires*, *El Itinerario* son las obras maestras de M. de Chateaubriand. La última tiene la recomendacion, por sus descripciones a pintura, de ser quizá superior a una carta jeográfica, segun mi modo de concebir. Parece que uno tiene presentes los lugares, con el *Itinerario* en la mano. Feliz, si M. de Chateaubriand no hubiera escrito mas que estas

(1) Sentimos no poder estar de acuerdo con nuestro eminente compatriota, sobre su modo de juzgar la obra capital de M. Chateaubriand *El Jenio del Cristianismo*. Esta obra es algo mas que una obra de literatura, pues no solo abundan en ella las bellas imájenes i las hermosas descripciones, sino tambien sublimes i profundos pensamientos, que hacen conocer i amar la relijion católica, como el mejor presente que el cielo ha hecho a la humanidad. Asi es como el sabio Bálmes ha juzgado *El Jenio del Cristianismo*. Antes de Chateaubriand, dice, se habian conocido las bellezas de la relijion, pero nadie como él habia notado sus relaciones de armonia con cuanto existe de bello, de tierno, de grande i de sublime: nadie como él habia hecho sentir el inmenso raudal de beneficios con que esa hija del cielo inunda esta tierra de infortunio; nadie como él se habia dirijido, a la vez, *al entendimiento*, a la fantasía i sobre todo *al corazon*, dejando en el *fondo del alma*, al par de *robustas convicciones sentimientos elevados i profundos*.—(*Nota del autor de la Biografía.*)

tres obras, o si despues de haberlas escrito, hubiese terminado la carrera de su vida: su fama habria sido sin mancha. Las obras posteriores, no tienen el carácter de las citadas, i, principalmente, sus *Estudios* o *discursos históricos*, en que no se ve sino una miserable mezcla de filosofismo i de relijion. Dice, pues, M. de Chateaubriand, que comenzó con el *cristianismo poético*, i que acaba con el *cristianismo filosófico*. Tal es la confesion que hace en sus *Estudios históricos*. Si hubiese procedido al contrario; esto es, si hubiese comenzado por el *cristianismo filosófico*, i acabado con el *poético*, su memoria habria pasado a la posteridad como la de tantos hombres ilustres, que comenzaron mal i acabaron bien. Ahora, el nombre de M. de Chateaubriand es, como el cuerpo solar, brillante, pero con manchas. Para pintar, en suma, todo lo que fué M. de Chateaubriand se puede reducir a estas palabras: jenio vasto, grande escritor, orador elocuente, filósofo mediocre, i político nulo. Toda su política estaba reducida a la *lejitimidad* i a la carta *octroyé* (otorgada.) El adoraba a los Borbones, i éstos le trataban como Penélope a sus pretendientes. ¡Qué pequeños son algunas veces los mas grandes hombres! (2)

LAMENNAIS I BÁLMES.

Cuando los hombres se olvidan de sus deberes, se sumerjen en sus pasiones i se llenan de orgullo. Dios, que vela sobre el arreglo de las costumbres, con una sabiduría admirable, presenta su justicia i los abate. Por esto vemos la ruina de algunas naciones i la exaltacion de otras. El abatimiento del orgullo es tan necesario en la Providencia, que sin él, la Divinidad quedaria degradada, por cuanto la criatura gozaria de impunidad en sus pretensiones de igualarse al Omnipotente. El primer pecado del ánjel rebelde fué el orgullo; el de nuestros primeros padres tiene su oríjen en

(2) Tampoco estamos de acuerdo con el padre Solano sobre este juicio. M. de Chateaubriand, segun dicen sus biógrafos i lo manifiesta su larga vida pública, no puede llamarse *político nulo*, ni merece el calificativo de *adorador* de los Borbones. Independiente por carácter i por principios, combatió a Bonaparte, especialmente despues del infame asesinato del duque d'Enghien, cuando aquél estaba en el pináculo de su poder; con cuyo motivo hizo dimision del destino de ministro plenipotenciario de Francia cerca de la República del Valais, que es hoi uno de los veintidos cantones que forman la Confederacion Helvética. Aun cuando M. de Chateaubriand defendió con exajeracion i parcialidad a Luis XVIII en el folleto que publicó, bajo el título *Bonaparte i los Borbones*, lo combatió posteriormente en el escrito intitulado: *De la Monarquía segun la Carta*, i atacó la ordenanza de 5 de setiembre de 1816, que disolvia la *Cámara introuvable*. Defendió tambien, contra M. de Villèle, jefe del gabinete, la libertad de la prensa i la independencia de la Grecia. ¿Dónde está, pues, su *adoracion* a los Borbones, cuyos actos administrativos combatia con tanto valor como dignidad? M. de Chateaubriand, considerado como hombre político, dice uno de sus biógrafos, fué, constantemente, el amigo de la lejitimidad i de la libertad, defendiendo, alternativamente i segun las circunstancias, la que le parecia estar en peligro.— (*Nota del autor de la Biografía.*)

este mismo desórden. Dios los castigó, como lo merecian, i el jénero humano lleva el sello de los anatemas fulminados contra los primeros prevaricadores. Para recordar, pues, tan funesta consecuencia, presenta el Todopoderoso castigos terribles en cada siglo.

El abate Lamennais puede servirnos de ejemplo. El ha tenido la suerte de Oríjenes i Tertuliano, quienes, despues de haber sido el apoyo de la relijion, por sus luces, tuvieron un fin trájico. ¿I de qué provino esto? Del orgullo, segun esta sentencia del Apóstol: *scientia inflat*. La ciencia enorgullece, porque el hombre quiere saber mas de lo que le conviene: el orgullo de la ciencia es mas funesto que cualquiera otro. Suponed un hombre orgulloso por su nacimiento o por sus riquezas; se humilla cuando se halla pobre o ve elevarse algunos individuos inferiores a su esfera. Pero el sabio orgulloso se obstina, porque cree que él solo vale por todos; desecha toda autoridad, i desaparece como el rayo, que habiendo hecho estragos sobre la tierra, se oculta a la vista de los hombres. ¡Terrible espectáculo, digno, por cierto, de producir las sensaciones mas aterrantes!

¿Quién creeria que Lamennais, este hombre que habia combatido con tanto valor por la causa de la relijion, acabase su vida de una manera tan deplorable? Comenzó cristiano i acabó socialista. Para hacer un contraste asombroso de su vida i de su muerte, pongamos a la vista algunos sentimientos suyos sobre las verdades católicas. "Antes de rechazar la relijion, decia, el hombre debe aprender a conocerla. El desprecio es fácil; éste es un placer que la ignorancia proporciona al orgullo con poco trabajo; no obstante, es preciso llevar la vista mas léjos, i mirar las consecuencias de este desprecio, i pensar en lo que se responderá al Lejislador Supremo cuando Él nos pedirá la razon de semejante conducta. Burlarse no es una razon; porque Dios tambien se burlará, dice la Escritura: *irridebit et subsanabit eos*. Pero, en ese dia formidable, que será el dia de su justicia, la criatura rebelde, contemplando descubiertamente el órden que ha atacado, i admirándolo con desesperacion, lo sentirá de tal suerte conforme a su naturaleza, que será para ella un menor tormento concurrir a él por su suplicio, que turbarlo, si fuese posible, por el goce injusto de la felicidad que ella merece perder.

"¿De qué sirve engañarse? ¿Qué ventaja nos resulta de esto? ¡Qué es este letargo que se procura por medio de sofismas embriagantes, comparado a esa vijilia terrible que le sigue, i a la cual nada sucede! Sin embargo, se tranquilizan sobre motivos tan frívolos, que yo me avergüenzo aun de recordarlos. Una criatura soberbia, envileciéndose, por el orgullo, buscará la independencia en el fondo de la abyeccion, i lisonjeándose, a fuerza de bajeza, escapar al ojo del Soberano Señor, tratará de atravesar clandestinamente el mundo moral, como esos oscuros vagabundos que la policía ignora o desdeña.

"Todo en la relijion es infinito, porque todo está lleno de Dios. Luego hai entre ella i nuestras facultades una armonía perfecta; i, véase por qué en todos los tiempos, en todos los climas, el hombre, naturalmente arrastrado hácia ella, ha sentido la necesidad de ser ilustrado por sus dogmas, consolado, vivificado por sus esperanzas, dirijido por sus preceptos. I, cuanto mas es la relijion pura, santa i, por decirlo así, rigorosa de verdad i de justicia, tanto mas ella es poderosa sobre el hombre, o conforme con su naturaleza. No se debe buscar en otra parte la causa de la inclinacion que muestran todos los pueblos por el cristianismo desde el instante en que se les anuncia. Nosotros no cesamos de ser sensibles a esta divina armonía, sino cuando el orgullo o los sentidos, extraviándonos, léjos de nosotros mismos, corrompen i depravan nuestra naturaleza, como lo observó San Agustin, conforme a su propia experiencia.

"El hombre quiere gozar de la verdad, i quiere gozarla sin medida; jamas se sacia de conocer i de amar. No obstante, nuestro espíritu, abandonado a sí mismo, se fatiga, se deslumbra, se pierde en sus propios pensamientos. El no abraza nada en toda su extension; de nada se apodera con bastante firmeza para estar seguro de que la duda no vendrá a arrebatarle. ¿Quién resolverá está contradiccion? ¿Quién restituirá el reposo al hombre, restableciendo el equilibrio entre sus facultades i deseos? La filosofía lo ensaya; ¿pero cómo? A veces diciendo al hombre que su inteligencia puede tocarlo todo por sus solas fuerzas; a veces persuadiéndole que ella no puede tocar nada, i prohibiéndole su uso; es decir, haciendo de él un Dios o un bruto; negando su naturaleza, sin poder aniquilarla."

Tales son las reflexiones de Lamennais en su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de relijion;* i, ¡cosa extraña! sin pensarlo, el desgraciado abate escribia la sentencia de su condenacion. Confiesa la necesidad de la relijion, i atribuye su pérdida al orgullo; luego este vicio le condujo al fin trájico que jamas se borrará de la historia. El ha muerto peor que Voltaire, porque este filósofo al ménos quiso confesarse, i sus discípulos le embarazaron. Pero Lamennais ha rechazado, positivamente, en la hora de su muerte, los auxilios de la relijion. Un silencio sombrío i siniestro le ha acompañado en sus funerales, sin que ni aun sus amigos i discípulos hubiesen podido hacer la mas pequeña demostracion que honrase su descenso a la sepultura. ¿A qué atribuir esto? A esta terrible sentencia de la Escritura: *justus es, Domine, et rectum judicium tuum.* Justo eres, Señor, i tus juicios son rectos sobre la suerte de los hombres.

Lamennais, mirado como escritor, tiene su mérito: él es elocuente, erudito, dotado de una lójica vigorosa, i profundo en sus pensamientos. Tiene algo de Tertuliano i de Rousseau: la profundidad i arrogancia del primero, i la felicidad i abandono del segundo. Tertuliano, despues de su caida, miraba con desprecio

a los católicos: los llamaba *psiquicos*, esto es, *animales*. Lamennais, despues de su defeccion, profesaba un profundo odio al clero; aconsejaba a sus discípulos que lo atacasen como a un cuerpo corruptor de la moral. Rousseau era poco interesante en la conversacion, i lo mismo le sucedia a Lamennais. Se necesitaba algun espacio de tiempo para que su acento i sus ideas se animasen hasta tomar alguna ventaja.

Como el corazon de Lamennais no estaba formado en el amor de la relijion, sino en el desprecio de los hombres, su estímulo es seco, sin uncion i sin vida. Sus admiradores, mas bien que el mérito de sus obras, le dieron el título de *primer teólogo de la Europa*. La filosofía i la política de Lamennais no son mui recomendables. Al principio deprimia la razon, concediendo demasiado a la autoridad. Despues de su caida, desechaba la autoridad exaltando la razon: estos sentimientos opuestos no podian ménos que llevarle a extremos inconciliables con la verdadera filosofía i la sana política.

La distincion honrosa que le hizo el Papa Leon XII fué, sin duda, el fundamento del proyecto de atraer a la silla apóstolica al plan de reforma que habia comenzado a publicar en su periódico intitulado: *El Porvenir* (*L'Avenir.*) Pero, Gregorio XVI no quiso darle audiencia para que le expusiera sus ideas, porque de antemano ya habia comprendido las tendencias erróneas que abrigaba su corazon. Irritado, ciertamente, por esta negativa, aunque habló algo con el Papa, dió a luz sus *Palabras de un creyente*, obra pequeña en el volúmen, pero mui grande en malicia, segun la frase de un prelado distinguido de la iglesia de Francia. Desde esta época, Lamennais ya no guardó miramiento alguno, i sus ataques contra el clero i contra la Iglesia solo cesaron con su muerte.

En todos los tiempos se ha notado que los eclesiásticos que se desvian de sus deberes precisamente faltan a la castidad i aun llegan a mantenerse en un concubinato público. Los jansenistas, que aparentaban mucha austeridad, al fin pagaron el tributo al espíritu de secta, casándose durante la revolucion de Francia. La razon de sus escándalos consiste en que sin una gracia particular no puede obtenerse el don de la castidad. ¿Cómo Lamennais, despues de su defeccion, no fué escandaloso? Se puede decir que su edad avanzada no le permitia esta ridiculez. La impotencia de la naturaleza hace los oficios de virtud en ciertas épocas de la vida del hombre.

La caida de Lamennais ha servido talvez para quitar la vida a Bálmes. Se refiere que un amigo de éste le dijo en una ocasion que le notó bastante fogosidad: "¡Cuidado, Jaime, no te suceda lo que a Lamennais!" Quedó suspenso Bálmes por algunos minutos i luego le contestó: "He pedido a Dios que me quite la vida, si es posible que pueda tocarme un fin tan trájico."—Poco

tiempo despues ya no existia Bálmes, en la flor de su edad. ¿Hai aquí algun misterio?

Si se hace un paralelo entre estos dos apolojistas de la relijion, no se encuentra un punto de contacto, sino solamente en el objeto. La elocuencia de Bálmes nace de su corazon; la de Lamennais de su cabeza: la una, rinde, i la otra, hiere; aquélla, es la voz de un maestro; ésta, el golpe de un enemigo. Ya he dicho que Lamennais tiene algo de Tertuliano i de Rousseau; Bálmes participa de la elevacion de Bossuet, i Bossuet es único. Bálmes era teólogo, filósofo profundo, matemático i publicista distinguido. Lamennais no tenia conocimientos tan variados. Ambos eran eruditos; pero la erudicion de Bálmes era selecta, i adquirida en la mitad de la vida que correspondia a Lamennais. En suma, la ciencia de Bálmes es un prodijio, con respecto a su edad juvenil, miéntras que en Lamennais no excede los límites de un fenómeno natural.

FRAI VICENTE SOLANO.

LA PALABRA MAJICA.

(H. HEINE.—REISEBILDER.)

Cuando pasé, su cabecita rubia,
Se asomaba sonriendo a la ventana;
Volví otra vez mas tarde
Deseoso de hallarla i de mirarla,
Mas solo habia un cristalino vaso
Donde un ramo sus tallos remojaba.
Trepé hasta el vaso al punto;
Arrebaté las florecillas blancas,
I gozoso i triunfante,
Me puse en mi sombrero a colocarlas,
Miéntras mi robo con asombro cómico
Varias viejas i niños contemplaban.

Volví otra vez en busca de la bella,
Volví otra vez, ufano con sus flores;

Estaba allí la niña,
I al verme con su ramo sonrojóse.
Sí, sonrojóse con teñida grana
I velozmente i tímida escondióse.
¡Preciosa criatura,
Pura imájen de célicos amores,
Encarnacion graciosa
De canto de armoniosos ruiseñores,
De platëados rayos de la luna,
I de perfume embriagador de flores!

Cuando llegó la noche, por vez última
Lleguéme a la morada de la bella.
Debia ya alejarme,
Mas ántes de partir, queria verla.
La dulce niña en el umbral estaba;
Me acerco....me conoce....i con vergüenza,
Con turbacion graciosa,
Tímida i lenta del umbral se aleja.
La sigo yo i la alcanzo,
Tomo su mano que en las mias tiembla,
I le digo: "Las flores i los besos
Son mi aficion mas viva i predilecta,
I arrebato los besos i las flores,
Si mezquino su dueño me los niega."
Quiere huir, la detengo,
I en su oido murmuro con voz queda:
"Voi a partir mañana; nunca, nunca,
Me volvereis a ver en esta tierra."
¡Oh májicas palabras!
Ya el inocente labio no me niega....
¡Irresistible fórmula,
Que al pecho femenil vence i sujeta:
"Parto mañana, para siempre parto,
Me ves ahora por la vez postrera!"

Setiembre de 1875.

JUAN R. SALAS E.

MESA REVUELTA.

Cuando escribió Breton la comedia titulada *Me voi de Madrid*, creyeron muchos que habia retratado a su gran amigo Larra en el protagonista de la obra.... Este, que se hallaba en el extranjero, al volver a Madrid, dejó de saludarle. Breton imitaba su conducta. Despues de algun tiempo, i notado que fué el disgusto por el célebre director de teatros Grimaldi, amigo i consejero de los poetas de aquella época, dispuso en sus salones un convite a que asistieron el baron Tailor, Carnerero, Ventura de la Vega i otras personas de letras; Breton i Larra figuraban como héroes de la fiesta: ni se hicieron un saludo ni se cruzaron sus miradas. Empezó la comida; durante toda ella jiró la conversacion sobre asuntos diferentes; al llegar la hora de los postres i del champagne se propuso un bríndis. Ventura de la Vega dijo:

El odio, rencor insano,
Del corazon se deseche;
El vate es del vate hermano;
Si hai quien alargue una mano,
Yo sé que habrá quien la estreche.

Como si obedeciera a magnético influjo, se puso en pié Larra i tendió su mano: Breton, con lágrimas en los ojos, improvisó la siguiente quintilla:

No aguardaré a que comiences;
Quédese el furor odioso
Para enemigos vascuences;
Yo te vencí rencoroso;
Tú jeneroso, me vences.

Se estrechaban despues fraternalmente, vertian tiernos llantos, i lloraban Grimaldi, Tailor, Ventura de la Vega i los demas que presenciaban tan cordial escena.

*
* *

Cuando el inmortal Pio IX sobrepujaba en la Cátedra de San Pedro los años de todos sus predecesores i los del mismo Príncipe de los Apóstoles, uno de los mas bellos montes de los Alpes,

cerca de Aosta, recibia su glorioso nombre i era propiedad suya.

El Monte Pio IX fué provisionalmente coronado con una estátua de la Vírjen Inmaculada.

Se ha establecido una Asociacion católica dicha de *Nuestra Señora del Monte Pio* con el objeto de velar por los intereses relijiosos de la comarca, i con el de levantar en la mas alta cima de la montaña un monumento conmemorativo de los dogmas de la Inmaculada Concepcion i la infalibilidad pontificia.

El Papa ha aprobado este proyecto el 30 de octubre de 1874 por un breve en el cual se leen las siguientes palabras:

"Nos hemos regocijado ciertamente al contemplar la piedad de esos hijos, quienes para propagar el culto i la gloria de la Vírjen Inmaculada, han escojido esa elevada mansion en honor de aquella cuyos piés reposan en las montañas santas. I cuando apoyamos su piadoso proyecto, deseamos ardientemente que les hagais saber, venerable hermano, cuales son nuestros sentimientos afectuosos hácia ellos. No dudamos que la Santa Madre de Dios que, como se nos anuncia, se ha mostrado propicia a los deseos de sus hijos, i hácia la cual vuelven sin cesar sus miradas, deje de aceptar tanto su filial piedad como la de los que contribuyen a su obra i de colmarlos con el fruto de bendiciones abundantes."

En un terreno que no pertenece ni al cielo ni a la tierra se levantará el monumento sagrado, el cual será una rotunda de doce columnas dóricas, cuyo entablamiento contendrá los símbolos cristianos, imájen de la Celeste Sion. Tendrá doce puertas en las cuales brillarán escritos con imborrables caractéres en bronce los nombres de todas las diócesis del mundo católico. Encima de la plataforma circular, en el primer cuerpo, se alzarán otras doce columnas, entre las cuales se colocarán las estátuas de los doce Apóstoles i en el friso se leerá esta inscripcion latina:

DEIPARÆ VIRGINI
DEFINITÆ INMACULATÆ A P. M. PIO IX,
PAPA INFALLIBILI
ORBIS CATHOLICUS.

A LA MADRE DE DIOS,
PROCLAMADA INMACULADA POR PIO IX,
PAPA INFALIBLE,
EL UNIVERSO CATÓLICO.

Encima de la media naranja, sobre un pabellon que lleva el monograma o cifra de la Vírjen, se elevará a los aires la estátua de Nuestra Señora, conforme al modelo adoptado por el Padre Santo cuando la definicion del dogma de la Inmaculada Concepcion. En el interior, la cúpula descansará en dos órdenes de co-

lumnas superpuestas, con un perístilo. No habrá sino un altar, debajo del cual se depositarán las firmas de los suscriptores.

***

Se ha publicado una obra titulada *Historia, actos i sesiones del Concilio Ecuménico, primero del Vaticano*, autorizada con un breve especial de Su Santidad, en ocho volúmenes acompañados de retratos, autógrafos, litografías, cromos i grabados en acero i madera. El mismo Pio IX designó los escritores i artistas encargados de ejecutar la obra.

El primer volúmen se consagra a Pio IX. Un espléndido retrato en cromo-litografía, un autógrafo i veinticuatro grabados ilustran este tomo. En los otros están los grabados, biografías i autógrafos de los miembros del Sagrado Colejio; la descripcion de las fiestas i grandes ceremonias de Roma; la historia de los Concilios jenerales que precedieron al del Vaticano, con retratos de los Papas Gregorio X, Calixto II, Inocencio II, Alejandro III, Inocencio III, Leon X i San Atanasio; otro volúmen está destinado a los patriarcas, obispos, etc., que tomaron parte en el Concilio; otro a los avisos oficiales, las actas i la publicacion de los decretos de la Santa Sede, i una vista jeneral de la asamblea, etc.

***

Al marqués de Ripon, convertido al catolicismo, sucedió en el empleo de Gran Maestre de la francmasonería de Inglaterra el príncipe de Gales, heredero presuntivo de la reina Víctoria; eleccion hecha como para vengarse del desconcierto que produjo la conversion del marqués. La recepcion del nuevo Maestre fué suntuosa. El que le arengó fué el conde de Carnavon. Son notables estas palabras de su discurso: "*En otros paises* la francmasonería se ha aliado desgraciadamente con las facciones i las intrigas, con eso que yo llamaré *el mas sombrío lado de la política*. En Inglaterra no sucede así: la asociacion se ha aliado aquí a las mas grandes instituciones del pais i en particular a la monarquía, que es el coronamiento del edificio."

***

El duque de Norfolk, primer par de Inglaterra, va a recibir las órdenes sagradas i hacerse relijioso del Oratorio. Es la primera dignidad despues de la reina, i deja honores i riqueza.

***

Hace cien años que no habia mas de 50 católicos en Nueva York, i apénas como 1,000 en las provincias británicas de Norte-América. Hoi hai en toda la Union como 8.087,000. Existen 4,214 iglesias parroquiales, 3,344 semi-parroquiales, 4,978 sacerdotes, 1,700 estudiantes de teolojía i 2,520 escuelas católicas, a las cuales concurren algo mas de 412,700 alumnos.

***

Quedan en Holanda unos seis mil jansenistas. Cada vez que elijen un obispo para Utrecht, asiento del cisma, el elejido lo anuncia el Papa, a fin de obtener la ratificacion, i la Santa Sede anula la eleccion i suspende al nombrado. Tal cosa ha sucedido con M. J. Heykamp, quien, a pesar de la decision de Roma, fué consagrado el 28 de abril último.

***

Siempre nos proponen como modelo digno de imitarse a los Estados Unidos. Pues bien: la cámara de diputados de la Carolina del Norte expulsó de su seno a un miembro de ella por haber negado en un folleto la existencia de Dios.

***

Un majistrado de Turin propuso esta cuestion a su auditorio el dia de la apertura de los tribunales: "¿En qué consiste que no haya casi mujeres en nuestras prisiones?" I él mismo se apresuró a responder: "Ved nuestras iglesias: están siempre llenas de mujeres: ved ahí por qué se hallan tan pocas en las prisiones."

***

La Santidad de Pio IX ha escrito a Monseñor Dupanloup, con motivo de la publicacion de su libro de *La Francmasonería*, el breve siguiente:

PIO IX PAPA.

Venerable hermano, salud i bendicion apostólica.—En medio de la guerra que mueve por todas partes contra la Iglesia la secta masónica, era útil i oportuna la publicacion del escrito en que poneis de manifiesto su carácter, objeto i hechos.

Oportuna, i en el mayor grado, porque esta secta, que se ha ocultado por tanto tiempo, hoi desenmascara tan abiertamente sus designios, que en cierto pais no es cubriéndose con el velo

de los derechos públicos de los ciudadanos, sino en su propio nombre i en pleno dia como combate a la Iglesia; útil, porque cuando se conozca el jenio nefasto de la secta, no habrá hombre honrado que no se aleje de ella con horror: i quizá tambien muchos de sus miembros ménos perspicaces i que no conocen todavía sus mas secretos misterios, se pueden inclinar a retirarse.

Pero lo que nos parece aun mas útil en vuestro escrito es la claridad con la cual demostrais de dónde nacen i a lo que tienden esas palabras capitales de *fraternidad* i de *igualdad*, que a tantos han seducido, i cuál es el verdadero oríjen de esas *libertades* tan ponderadas, *libertad de conciencia*, *de cultos* i *de la prensa;* su verdadero sentido i su verdadero objeto. Despues de haberos leido, ninguno habrá que ignore que todo eso ha salido de las oficinas de la francmasonería para ruina del órden civil i relijioso, i que con gran sabiduría la Iglesia ha puesto en su verdadera luz la malicia que envuelven las libertades de esa clase, i condenado a los que las defienden como útiles en sí i conformes al progreso de las sociedades. Es claro, en efecto, que por la autoridad que se presta a su probidad insinúan fácilmente tales principios en el ánimo de las jentes de bien. Deseamos, pues, a vuestro escrito numerosos lectores; pero que sepan comprenderlo, pues el conocer las redes tendidas no es mediocre ventaja. I, entre tanto, como prenda del favor divino i de nuestra especial benevolencia, os concedemos, venerable hermano, del fondo del corazon, a vos i a vuestra diócesis, nuestra apostólica bendicion.

Pio IX Papa.

*
* *

Pocos son los masones que se atreven a confesar públicamente que la masonería es enemiga del catolicismo. Uno de estos pocos es el señor Silveira Martinez, diputado en las cámaras brasileras, quien el dia que se trató de la cuestion relijiosa, dijo clara i terminantemente en la cámara: "Yo soi mason, i la masonería es contraria al catolicismo." El presidente del consejo de ministros, señor Rio Branco, con la hipocresía acostumbrada de los *moderados*, le interrumpió gritando:—No es cierto.

Pero Silveira Martinez replicó: "Señor presidente del consejo, yo soi mason; V. E. lo sabe, i repito que la masonería es contraria a la relijion de Roma. Sea V. E. franco i sincero, i no quiera vilipendiar esta sociedad, de la que ámbos somos miembros. No se diga que la masonería del Brasil es diversa de la de Europa. Nó: la masonería del Brasil es lo mismo que aquélla: una vasta benéfica i universal sociedad espacida hoi por todo el mundo i que espera machacar al jesuitismo."

HOJAS SUELTAS.

I.

(Del latin, de G. Buchanam.)

Siete ciudades del orbe
En tenaz guerra vivieron
Por sostener cada una
Patria haber sido de Homero:
Mas ¡ai! durante su vida,
Solo tuvo el pobre ciego,
Por habitacion i patria,
Mendicidad i destierro!

II.

(Id., de Ausonio.)

¡Desventurada Dido!
De tus esposos la maligna suerte
Con qué fiereza tu alma ha combatido!
Por la muerte del uno fué tu fuga!
Por la fuga del otro fué tu muerte!

III.

LAS DOS PALOMITAS.

(Orijinal de Teresa de Asgaldi.)

¡Cuán grato obsequio me haces,
Mi cariñosa amiga!
En dos bellas figuras,
Dos blancas palomitas,
Que, henchidas de contento,
Amantes se acarician.
Si la mas linda de ellas,
Si la mas tierna i nívea,

Tú fueras, por ventura,
¡Quién tuviera la dicha
De trocarse en la otra,
Mi anjelical María!

Santiago, setiembre 13 de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRÍA.

LA IGLESIA CATOLICA.

A cada instante oimos decir que la Iglesia Católica pierde su imperio, porque algunos hijos indóciles de una madre vijilante son echados de la casa i van a aumentar el número de aquellos que ya no pertenecen a la familia católica. Si los rebedes abandonan la Iglesia porque no quieren obedecer ya a las leyes que rijen la casa de Dios, otros, arrepentidos, vuelven a ella, demasiado dichosos de encontrar en el hogar paterno esa gracia de la cual habian sido privados todo el tiempo de sus errores i de sus faltas. A propósito de esto no es inútil dar la estadística católica, a fin de mostrar que el número de los hijos de la Iglesia Romana, léjos de disminuir no hace mas que aumentar.

PUEBLO CATÓLICO DE EUROPA.

Béljica	5.065,000
Dinamarca	2,000
Alemania	14.075,000
Inglaterra i Escocia	1.378,000
Luxemburgo	197,000
Francia	35.500,000
Finlandia	1,000
España	16.825,000
Portugal	4.365,000
Italia	26.725,000
Austria (Cisleith)	18.741,000
Polonia	4.556,000
Irlanda	4.142,000

Hungría	9.163,000
Suiza	1.085,000
Holanda	1.313,000
Noruega	400
Suecia	600
Rusia (sin la Polonia)	2.883,000
Romania	45,000
Grecia	10,000
Servia	4,000
Turquía	7.600,000
Total de Europa	147.500,000

AMÉRICA.

Brasil	10.000,000
Méjico	9.173,000
Colombia	3.000,000
Perú	2.500,000
Bolivia	2.000,000
Chile	2.000,000
República Arjentina	1.886,000
Vepezuela	1.500,000
Ecuador	1.100,000
Guatemala	1.180,000
Paraguay	1.000,000
San Salvador	600,000
Haití	572,000
Nicaragua	400,000
Uruguay	400,000
Honduras	350,000
Costa Rica	165,000
Santo Domingo	136,000
Cuba	1.414,508
Puerto Rico	646,362
Colonias francesas	335,366
Estados Unidos	7.640,000
Total de América	47.948,236

ASIA.

Jacobitas unidos	35,000
Caldeos unidos	20,000
Maronitas	530,000

Melquitas	20,000
Armenios unidos	30,000
Palestina i Levante	60,000
Siberia	10,000
Indias Orientales	924,000
Id. Occidentales	430,394
China, Mongolia i Mandchuria	360,000
Tonkin del Sur	70,000
Id. del Este	46,000
Id. del Oeste	140,000
Id. del Centro	119,758
Cochinchina	92,538
Japon	13,000
Cambodge	10,000
Siam	19,000
Birmania	9,350
Colonias holandesas	28,000
Id. portuguesas	70,000
Filipinas	4.319,269
Total del Asia	7.147,551

ÁFRICA.

Arjelía	230,830
Senegambia	4,000
Hennion	209,727
Guineas españolas	3,000
Colonias inglesas	101,000
Ejipto, Túnez i Trípoli	50,000
Misiones africanas	15,000
Misiones portuguesas	688,200
Total del Africa	1.301,757

AUSTRALIA.

Australia	443,604
Sandwich	20,000
Polinesia	45,000
Total de la Australia	508,604

RESÚMEN.

Europa	147.500,000
América	47.948,236
Asia	7.147,551
Africa	1.301,757
Australia	508,604
Total	204.406,148

Hemos tomado estas cifras para la Europa i la América del almanaque de Gotha de 1874. Hemos cotejado las de esta publicacion con las de la famosa jeografía de Daniel. En cuanto al Asia, el Africa i la Oceanía hemos consultado la publicacion de las *Misiones católicas* de Lyon i la obra *Missionary Travels in Sund Africa*. Hé aquí la fuente de donde hemos sacado nuestras cifras.

Despues de esto, que se nos venga a decir que la Iglesia Católica está en decadencia, cuando desde 1840 el número de sus miembros. apesar de todas las defecciones, se ha aumentado en cerca de 15 millones! La Iglesia es un árbol siempre verde; florece i produce frutos; miéntras mas asaltada es por la tempestad, mas se sumerjen sus raices en el suelo i mas fuerte es su desarrollo. Sus ramas se extienden sobre toda la tierra, porque la tierra entera está bajo su dominio.

REINHARD DE LEICHTY.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

LA IDEA, uno de los mas importantes diarios de Montevideo, consagra un artículo editorial, con el título de *Un compatriota*, a celebrar el triunfo tan espléndido como merecido que nuestro amigo i colaborador Juan Zorrilla de San Martin obtuvo en el acto literario del 15 de agosto. Por nues-

tra parte nos complacemos en reproducir el eco justamente orgulloso del patriotismo uruguayo, i tanto mas nos complacermos en ello cuanto que se trata de una de las personas mas íntimamente ligadas a La Estrella de Chile.

La Voz de la Juventud, periódico científico i literario de aquélla misma capital, no ha recibido tampoco con indiferencia la noticia del triunfo de Zorrilla.

A continuacion copiamos los editoriales de La Idea i de La Voz de la Juventud.

Cuando llega hasta nosotros el estruendo de los aplausos que se le prodigan en extranjeras playas a un compatriota, mil gratos sentimientos hinchen nuestro pecho.

El jóven Juan Zorrilla de San Martin, residente actualmente en Santiago de Chile, acaba de alcanzar el mas espléndido triunfo en el florido sendero de la poesía.

Nacido bajo el arrebolado cielo de nuestro pais, a las márjenes del caudaloso Uruguay, aquí, en medio de esta vejetacion lozana, su alma ha participado de toda la dulzura, de todo el encanto de esta rejion privilejiada.

El sentimiento mas puro destila al través de su proverbial modestia, todo lo grande, todo lo magnánimo de su bello corazon.

Obligado a abandonar su patria, fué a residir a la tierra clásica de la poesía, allí donde las musas parecen haber esparcido sus rayos de luz para comunicarlos a los destinados a penetrar a sus misterios.

El jóven San Martin está haciendo en Chile honor a su patria.

En los principales certámenes literarios su voz es la mas autorizada, mereciéndole inmarcesibles lauros que vienen a honrar su jóven sien.

En una conferencia literaria que ha tenido lugar últimamente allí, ha sido objeto de la mas grande ovacion que puede tributarse al talento; así lo prueban las siguientes líneas que trascribimos de El Independiente de Santiago, así como consignamos a continuacion la bella poesía que recitó en ese simpático acto.

Pero ántes permítasenos que enviemos a nuestro jóven compatriota las puras felicitaciones de quienes siguen con avidez la marcha gloriosa de sus triunfos.

Habla el colega chileno:

"Pero el triunfo mas espléndido, mas hermoso, mas unánime en la bella fiesta del domingo, fué el alcanzado por el jóven poeta (es casi un niño) don Juan Zorrilla de San Martin, cuya poderosa i exuberante fantasía vuela i se eleva, i sube i busca nuevo campo i nuevas rejiones, deslumbrándonos a cada paso con el fuego de sus imájenes sin que sean bastantes a detenerle ni los fueros mui respetables de la gramática, ni el peligro de caer des-

de las alturas a que alcanza. Pero el jóven poeta no cayó: es poeta i es todo un orador. Supo comunicar májicamente al auditorio todo el calor de que su alma jenerosa se sentia poseida, supo dominarlo, sacudirlo, hacerle esclavo de sus armoniosos versos i héle ahí aplaudido en cada estancia, en cada verso, en cada palabra. Su declamacion fué irreprochable por la entonacion i por la mímica. Pensamos que el dia del domingo será para el jóven poeta uno de los que con mas lejítimo orgullo recuerde en su vida de poeta i de artista. Artista hemos dicho i dejamos la palabra; porque el señor Zorrilla lo es i hacemos los votos mas fervientes porque el hermoso triunfo del 15 sea feliz presajio de otros mayores i tan lejítimamente obtenidos como aquél."

(De La Idea.)

Dentro de breve tiempo regresará de Chile nuestro querido amigo i compatriota Juan Zorrilla de San Martin, el cual se halla concluyendo sus estudios de derecho.

Juan Zorrilla es una risueña esperanza para la patria, que en la época de decadencia en que se encuentra, necesita de espíritus viriles.

Actualmente se halla prestando su valioso contingente intelectual al periódico científico-literario La Estrella de Chile, que ha dado a luz muchísimas de sus bellas producciones.

Cuando tendemos una mirada mas allá del círculo viciado que nos rodea, contemplamos a una juventud enérjica que, salvando los obstáculos que se oponen a su marcha, se lanza por las sendas del progreso, en busca de un porvenir glorioso, que santifique sus nobles esfuerzos.

(De La Voz de la Juventud.)

LAS SIETE OBRAS DE MISERICORDIA.

(ORIJINAL DE LEON GAUTIER TRADUCIDO PARA "LA ESTRELLA DE CHILE.")

I.

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO.

(II siglo despues de J. C.)

Deodato era el mas jóven de los siete diáconos que llevaban a los pobres de Roma los socorros de sus hermanos; tenia veinte años. Jamas se habia visto transparentarse alma mas bella al traves de un mas bello rostro: sus facciones eran las de una vírjen; su voz era tan dulce como sus ojos; sus largos cabellos caian sobre su vestido blanco i de tal manera se asemejaba a un ánjel, que Tulio, el pintor cristiano, lo habia tomado para modelo de un San Rafael en los frescos de las catacumbas. Era un espectáculo celestial ver a este jóven, seguido de algunos sirvientes a quienes llamaba sus hermanos, recorrer, con la sonrisa en los labios i los ojos bajos, las calles de la ciudad en donde habitaban sus pobres. El lugarcito de Roma, que se le habia confiado, era seguramente el mas miserable ántes que él llegase; lo hizo quizás el mas feliz. Con el pan que alimenta, llevaba a todas partes el amor que consuela, el amor, que principiaba a llamarse con otro nombre mas bello: *Caridad*.

Durante el dia distribuia el pan terrenal a millares de desgraciados; pero a menudo ocultaba bajo su vestido, cerca de su corazon, otro pan que el Papa habia consagrado en la casa de algun fiel, i que se enviaba, despues del sacrificio, a todos los hermanos enfermos. Ya no era pan. Era el Señor Jesus. ¡Oh, qué comuniones tan bellas las de esos tiempos!

Deodato no despreciaba a los pobres paganos: los socorria; sentábase cerca de ellos i les hablaba de Dios. De esa manera saciaba las almas que tenian hambre de Verdad. I las almas, así como los cuerpos, podian decir cuando Deodato habia pasado por ahí: "¡Deodato nos ha visitado, ya no tenemos hambre!"

Un dia Deodato fué a ver a los esclavos del emperador que eran cristianos, i los habia en gran número. Pudo reunirlos en una gran sala i les distribuyó, a nombre de sus hermanos, el dinero que debia ayudarles a comprar su libertad, o a lo ménos, a

sobrellevar mejor su esclavitud. Hé aquí el discurso con que acompañó esta limosna:

"Queridos hermanos en Jesucristo: sabeis que se prepara una nueva persecucion contra los cristianos, creo que ya no me vereis mas, i vengo a despedirme de vosotros."

Todos prorrumpieron en sollozos i vinieron a besar la orla de sus vestidos. En este momento se abre la puerta i se presenta la pálida figura del emperador a quien un esclavo cristiano acompañaba. Este traidor era aquel que Deodato llamaba su favorito i al que mas habia colmado de beneficios.

Todos los esclavos huyeron; el diácono quedó solo, con los ojos elevados hácia el cielo i los brazos extendidos, diciendo en alta voz: "No adoro mas que a un solo Dios, que está en el cielo i del que mi alma tiene hambre. ¡Señor Jesus, así como yo saciaba a tus pobres, sáciame de tu gloria!"

Se apoderaron de él, entregó su cuello, que fácilmente fué cortado de un solo golpe. La muerte no pudo cortar su sonrisa. Mil ánjeles bajaron hácia él i el ruido de sus alas aterró a los verdugos, pero una voz fuerte que se hizo oir en todo el palacio los aterró todavía mas:

"¡Ven, dijo la voz; tuve hambre i me diste de comer; ven, bendito de mi Padre, entra en el reino eterno!"

II.

DAR DE BEBER AL SEDIENTO.

(IV siglo.)

El emperador Diocleciano quiso dar un bello espectáculo. Hizo crucificar en sus jardines a sesenta cristianos en una misma fila. Hai obispos, sacerdotes, fieles, jovencitos recien salidos de la infancia, aun ancianos en quienes no habia necesidad de apresurar la obra próxima de la muerte.

Los sesenta cristianos están crucificados. Ni una queja. El mas anciano de todos los obispos toma la palabra desde lo alto de ese trono en donde está con la majestad de un rei, con la altivez de un triunfador. Ha entonado el cántico de los tres niños en el horno i todos los cristianos lo han cantado en coro. ¡Oh, concierto marabilloso! ¡Oh, incomparable armonía!

Sin embargo, la sed devora a los mártires: ése es su mayor suplicio i en el que sus verdugos se complacen mas. El grito de *Sitio!* se oye, como en el Calvario. Las lenguas se secan, los labios ardientes se entreabren, i gritan: *Sitio! Sitio!*

Entónces una dama romana llamada Marcela, de la órden de las Diaconesas, se presentó delante de los mártires seguida de dos vírjenes que no parecian asustadas por este espectáculo

i envidiaban los dolores de aquellas nobles víctimas. Iban acompañadas de muchos esclavos que llevaban vasos llenos de hidromel. La madre i las hijas se acercaron fácilmente hasta los labios de los mártires cuyas cruces eran mui bajas. Ofrecieron a cada uno de ellos principiando por los obispos, los sacerdotes i los ancianos una copa de esa bebida fresca, que apagó su sed.

I las sesenta voces se confundieron para bendecir aquella caridad; los verdugos se admiraban i dejaban hacer. Pero el emperador fué mas cruel i dió órden de conducir a las tres mujeres al interrogatorio. Ellas mismas fueron o, mejor dicho, corrieron alegremente.

"¡Venid, dijo entónces una voz. He tenido sed i me habeis dado de beber; venid, hijas mias, venid, benditas de mi padre: entrad en el reino eterno!

III.

VISITAR A LOS ENCARCELADOS.

(Siglos XII i XIII.)

—"No volveremos a ver a la dulce Francia!

"Hace doce años que el Sarraceno cayó de improviso sobre las costas vecinas a mi aldea. Hacía un año que yo estaba casado i acababa de tener una hija que ya principiaba a sonreir. Corrí a defender mi iglesia i mi hogar, fuí vencido, ¡ai! i héme aquí. ¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde mi hija? ¿Dónde sus sonrisas? ¿Dónde mi hogar?

"No volveremos a ver a la dulce Francia!"

—"Yo, dice otro, tenia diez años cuando el Sarraceno me arrebató de los brazos de mi madre i tengo cuarenta ahora. ¿Vive mi madre? ¿Tengo hermanos? ¿Mis hermanas se han casado? ¡Oh, patria, tu olvidas a tus hijos; pero vos, oh Dios mio, no desprecias a los tuyos?

"No volveremos a ver a la dulce Francia!"

I los encarcelados lloraban. Habia mil en Túnes que no esperaban tornar a ver pais cristiano; habia mil que no esperaban mas que la libertad del cielo.

Un dia, sin embargo, las puertas de su prision se abrieron i veinte relijiosos vestidos de un traje nuevo se presentaron: ¡Cristianos, exclamaron, oidnos! Gracias a nuestros hermanos, los caballeros hospitalarios i templarios que han extendido entre los infieles un terror saludable del nombre cristiano, gracias a nuestros hermanos de todas órdenes relijiosas que han rogado por vosotros; gracias a todos los cristianos ricos i pobres que se han despojado por vosotros; nosotros, indignos hijos de Juan de Mata, venimos a anunciaros vuestra libertad!

"¡Cristianos, vuestro rescate está pagado; entonemos el *Te Deum!*"

I mil voces cantaron un *Te Deum* interrumpido por sollozos i acompañado de lágrimas. A todos se les libertó, a todos ménos a uno, sin embargo. Era un poderoso señor cuyo rescate no se habia podido pagar i que los infieles deseaban retener. I pensando en su mujer, en sus hijos, en la cara Francia, lloraba de despedazar el alma. Un relijioso se aproxima; "¿no me conoces?" dice al encarcelado.

—¡Ai! dice el infeliz, te conozco mucho! Tú eres aquel vasallo a quien despojé indignamente, a quien hice azotar con cañas, a quien proscribí contra toda justicia. ¡Dios te venga: voi a morir aquí!"

Nó, nó; Dios te liberta, hermano: tu vas a salir. I volviéndose hácia los paganos: ¡Dejadlo, decia, yo quedaré en su lugar! I quedó.

I miéntras los encarcelados, llenos de regocijo, se apresuraban a dejar sus cadenas, i miéntras uno decia: ¡oh madre! ¡hermanos mios! ¡vuelvo al fin hácia vosotros! ¡Oh, sonrisa de mi hija! ¡voi a verte! ¡Volveremos a nuestra Francia, se oyó una voz que decia a sus libertadores: "¡Estuve prisionero, i me visitasteis, ¡oh benditos de mi padre; os espero en el reino eterno!"

IV.

SOCORRER A LOS ENFERMOS.

(Siglo XIII.)

En todo el pais de Anjou ¿quién no conocia a Enrique de Brion i a su mujer Alicia? Enrique era valiente como un leon i Alicia bella como el lirio, decian los poetas que no sabian con qué compararla en sus versos. I sin embargo no era el valor de Enrique ni la belleza de Alicia lo que les habia conquistado en toda la provincia una fama tan considerable; era su caridad.

Enrique habia fundado ya tres hospitales i dos lazaretos. Habia llamado a esos frailes i esas relijiosas de la caridad tan numerosos en tiempo de San Luis i que, bajo la regla de San Agustin, servian entónces en toda la ciudad a los miembros pacientes de Jesucristo.

Cuando estas "*Casas de Dios*" (¡oh, qué lindo nombre!) estuvieron concluidas, Enrique hizo la inauguracion solemne. Hubiera querido llevar él mismo a los pobres enfermos a sus camas, a esos pobres a quienes jamas habian tocado brazos tan nobles. Su hospital era un palacio en donde los pobres eran servidos por ánjeles; Dios oculto en su santuario habitaba en aquella vivienda.

Todas las mañanas Enrique i Alicia los visitaban, i encontraban siempre las mas dulces palabras para cada uno de ellos en aquel secreto pliegue del corazon que la antigüedad no conocia i en donde Jesus depositó los divinos jérmenes de la caridad.

Tambien visitaban a los leprosos. Alicia que, sin saberlo, imitaba a Santa Isabel de Hungría, lavaba con sus bellas manos aquellas pestilentes cabezas; Enrique les hacia con su capellan lecturas piadosas en aquel retiro que ya habia llegado a serles agradable.

Sin embargo, la peste penetró un dia en el pais: Enrique i Alicia no se inquietaron por eso. Fueron de hospital en hospital, de choza en choza a ver, animar i cuidar a los apestados. Su vista sanaba a menudo a los cuerpos, su voz sanaba siempre a las almas.

Estos admirables esposos no tenian hijos. Enrique dijo entónces a Alicia: "¿No te agradaria que concluyéramos nuestra vida con el hábito de San Agustin entre los hermanos i las hermanas de la caridad?"—"He soñado, siempre con eso," dijo Alicia. Algunos dias despues, entraron en la órden de su predileccion. Su despedida fué conmovedora. "No nos veremos mas que de léjos, pero te veré siempre en la persona de mis pobres," dijo Alicia. "I yo en cada uno de los mios, dijo Enrique. Despues, algun dia nos veremos en el cielo. Tengo para mí, dijo Enrique, que este dia no está léjos."

En efecto, la peste aumentaba, i la caridad de los dos esposos aumentaba tambien; el terrible azote los tocó i los hirió a un mismo tiempo. En seguida el mal cesó de repente como si estas dos víctimas lo hubieran desarmado.

Dios conservó milagrosamente los cuerpos de Enrique i Alicia; se les hicieron suntuosos funerales. Todos los pobres de Anjou acudieron a ellos, el Obispo los siguió. Los dos esposos, cubiertos con el humilde hábito de su órden, fueron llevados en un mismo ataud a un mismo sepulcro. Los habian coronado de rosas i de lirios i era una marabilla ver su belleza. Un suave olor despedian por todas partes a su paso, crecian flores bajo los pasos de sus pobres.

En el momento en que los depositaron en la tumba, una brillante auréola rodeó sus frentes i se oyeron estas palabras: "¡Estuve enfermo, i me curasteis; venid, benditos de mi Padre, entrad en el reino eterno!"

V.

VESTIR AL DESNUDO.

(Siglo XVI.)

El buque se detuvo; dos hombres saltaron de una barca i abordaron. Uno de ellos, vestido militarmente, llevaba una bandera; el otro, vestido de negro, una gran cruz de madera. Subieron juntos una colina que dominaba el mar, fijos sus ojos i sus almas en el cielo.

Cuando llegaron a la cima, el sacerdote plantó su gran cruz en la tierra. "En el nombre de Jesucristo," dijo. El soldado plantó su bandera al lado: "En nombre de la Francia," dijo.

Era una isla desconocida. "¿Cómo la llamaremos?"—"Con el nombre de un gran santo i de un gran soldado frances, respondió el sacerdote; será la Isla de San Luis." El soldado desenvainó su espada, la blandió en el aire i exclamó: "¡Desgraciado de aquel que intente arrebatar esta conquista a la Francia i a la Iglesia!" Puso la espada en su vaina despues de haber saludado militarmente a la cruz i a la bandera, a Cristo i a la patria, que se encontraban allí, el uno al lado del otro, unidos i confundidos.

—"Esto no es todo, dijo el sacerdote; es preciso bautizar a estas jentes."

—"¿Qué jentes?" preguntó el soldado.

—"Ved allá abajo; bailan desnudos sobre la yerba al rededor de un desgraciado que, sin duda, van a inmolar. Si me amais, seguidme. Mañana tendrán el vestido blanco de los catecúmenos."

Se avanzaron a estos salvajes que bailaban al rededor de un prisionero de guerra.

"—Alegraos, hermanos mios, les dijo el sacerdote en su lengua; os traigo una buena noticia. Sabed que no hai mas que un solo Dios, creador del cielo i de la tierra. Este Dios, viéndonos cargados de crímenes, ha tomado la forma de un hombre como vosotros i nos ha amado hasta morir por nosotros con la muerte mas dura. En reconocimiento, no nos pide mas que un poco de amor. ¿No querreis amarlo despues que El os ha amado tanto? ¿No querreis despues de vuestra muerte ser felices con él en el paraiso que os prepara?" "Yo lo quiero," exclama alguien con una voz fresca. Era una jóven de quince años, que se acercó al Padre, le dirijió con sus ojos llenos de lágrimas una mirada profunda, i se arrodilló a sus piés en medio de un profundo silencio.

"Yo quiero amar a tu Dios; lo amo, dijo ella, i a tí te amo tambien, traje negro." I besaba su sotana. "No entiendo bien lo que acabas de decirnos, pero es mui bello; lo creo i quisiera aprender a creer lo que tú crees."

"I yo tambien, vestido negro," dijo la madre de esta niña predestinada.

"I nosotros tambien," respondieron mil voces.

I al dia siguiente, vestidos de albas blancas, mil infieles fueron bautizados en la presencia invisible de sus mil ánjeles custodios. La primera fué rejenerada en el agua libertadora aquella jóven que habia arrastrado a todo el pueblo. Todavía sumerjida en el agua sacramental, exclamó: "¡Me consagro a Vos, oh mi Jesus!" I en efecto, siguió al misionero i murió con el hábito de Santa Teresa, en compañía de su madre i de sus tres hermanas.

El Padre volvió muchas veces a visitar a la humilde cristiandad que tuvo al poco tiempo su iglesia i escuelas. Quiso morir.

I en el momento en que este apóstol octojenario lanzaba el último suspiro entre estos idólatras en quienes él habia cubierto la doble desnudez del alma i del cuerpo, se hizo oir una voz que decia: "¡Estaba desnudo, i me cubristeis; venid, bendito de mi Padre, entrad en el reino eterno!"

VI.

DAR POSADA AL PEREGRINO.

(Siglo XVIII.)

El ejército de los *Bleus* estaba victorioso, pero Jaime estaba herido i no podia seguirlo. Jaime era un republicano furioso.

Habia degollado veinte sacerdotes, derribado treinta cruces, destrozado diez estatuas de la Santísima Vírjen i muerto todavía mas facinerosos. Tenia las manos teñidas en sangre; esta sangre estaba impresa i no podia borrarse.

Habia recibido una bala en una pierna i habia quedado sobre el campo de batalla entre los moribundos i los muertos. Sin embargo, entre los moribundos muchos rezaban el rosario; entre los muertos muchos lo habian recitado ántes de morir, i sus labios parecian balbucear todavía dulces palabras.

Solamente Jaime blasfemaba.

Llegó la noche. ¡Qué noche! Lluvia, tinieblas, i en el corazon de Jaime ¡qué remordimientos! Los moribundos boqueaban, las aves nocturnas graznaban, soplaba un viento lúgubre. Jaime tuvo miedo.

Entretanto, su sangre corria en abundancia; ¿cómo detenerla? Jaime consiguió levantarse i, apoyado en un baston, caminó un poco.

Se arrastró, deteniéndose mil veces, hasta una especie de casa, cuya luz habia percibido desde léjos. Agobiado, sudando gruesas gotas, bajo la helada lluvia, el corazon lleno de no sé qué temores, Jaime golpeó. I como tardaran en abrir, "¡es un pobre

herido, es un moribundo!" les decia. Al momento abrieron la puerta. Sobre la cama estaba un hombre de cabellos blancos; era un sacerdote a quien tambien acababan de dar hospitalidad. Cerca de él, una familia de paisanos, todos los hombres en traje militar, todas las mujeres de luto, estaban arrodillados i rezaban.

Jaime lanzó un gran grito: este sacerdote era uno de aquellos a quienes él habia herido con su mano; era un anciano cura.

Por su parte, los paisanos conocieron al *Azul*. Hablaron entre sí algunas palabras i le dijeron: "¡Una de nuestras mujeres va a vendar vuestra herida; hé aquí la mejor de nuestras camas, dormid en paz!"

Jaime no durmió. A la media noche ya todos se habian quedado dormidos, fatigados, al rededor del sacerdote, que se sentia mejor, cuando oyó una voz que lo llamaba dulcemente.

"¡Jaime, hijo mio!.... Jaime ¿no me oyes?"

Era la voz del sacerdote.

Jaime sintió un estremecimiento desconocido en todo su sér i respondió en voz baja: "Os oigo, mi.... (quiso decir: *mi padre*); recuerdo de juventud...." No concluyó.

¡Jaime, dijo el sacerdote, voi a morir! Oyeme, Jaime, no tengo mas que un cuarto de hora de vida.... te oiré desde aquí, hijo mio: todos duermen.... Reza el *Confiteor!*

E impulsado por un poder invisible que no comprendia, Jaime principió el *Confiteor*, i lo concluyó. Cuando recibió la absolucion el sacerdote lanzó un suspiro que despertó a los paisanos.

—"Voi hácia Dios, dijo. Os encomiendo este pobre niño que está herido; es ahora un buen cristiano gracias a vosotros. Si no me hubierais dado la hospitalidad, como a él, habria seguramente una alma ménos en el cielo."

"En el dia del juicio Dios os dirá: ¡venid, benditos de mi padre; fuí peregrino i me acojisteis; entrad en el reino eterno!"

I el buen sacerdote entró el primero.

VII.

SEPULTAR A LOS MUERTOS.

(Fecha hasta hoi desconodida.)

Eran tres: un protestante, un deista i un ateo. Los tres negaban los tres términos de la verded eterna: "no hai Iglesia," decia el primero; "no hai Cristo," dice el segundo;" "No hai Dios," dice el tercero. Sin embargo, el pais que habitaban era católico i eran ellos los últimos i únicos enemigos de la Iglesia. Pero, miéntras mas extendia sus conquistas la verdad, mas se enorgullecian en su infernal aislamiento, mas se aumentaba su rabia.

"No hai Iglesia," decia el primero; "No hai Jesucristo," decia el segundo;" No hai Dios," decia el tercero.

La muerte pasó por este pais. El contajio alcanzó al protestante, al deista i al ateo; los tres desgraciados sintieron el golpe i rechinaron los dientes, pero la Iglesia no los abandonó, i envió cerca del protestante a una hermana de caridad, cerca del deista, a un capuchino; cerca del ateo, a niño. La Iglesia escojió bien sus embajadores; fueron mui bien recibidos. La hermana de caridad pasó treinta noches a la cabecera del protestante i le habló varias veces de la Vírjen María. El capuchino refirió al deista la vida de San Francisco; el niño repitió su catecismo al ateo. Poco a poco, lentamente, sus intelijencias se iluminaron, sus corazones recibieron calor, i la gracia triunfó. "La Iglesia es de Dios," dijo el primero, apretando la mano de la hermana. "Jesucristo es Dios," dijo el deista al hijo de San Francisco "Hai un Dios," dijo el ateo, abrazando al niño. I se comunicaron mutuamente las creencias que les faltaban todavía. Dios les dejó el tiempo de rendir así el último culto a su verdad, que habian desconocido; despues de lo cual murieron.

"¡Santa Iglesia!," decia el primero; "¡Dulce Jesus!," decia el segundo; "¡Oh mi gran Dios!," decia el tercero.

La Iglesia hizo sepultar con honor a los últimos de sus enemigos en esa feliz comarca. Al último protestante, al último deista i al último ateo cerraron los ojos los vencedores de sus almas por el amor. Sus funerales fueron magníficos i la Iglesia, despues de haber enterrado con sus manos desde el oríjen del mundo enemigos tan terribles, no tuvo hasta el tiempo del Anti-cristo que enterrar sino hijos fieles que habian anhelado toda su vida ser llevados en los brazos de su madre la Iglesia hasta los brazos eternos de su Padre celestial.

GUILLERMO HERRERA.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

JOSE MARIA SAMPER.

Nació el 31 de marzo de 1828 en la ciudad de Honda, capital de la antigua provincia de Mariquita, que hoi es parte integrante del Estado del Tolima. Hizo sus estudios en Bogotá, de 1838 a 1846, recibiendo sucesivamente los grados de bachiller, licenciado i doctor en jurisprudencia, i en 1847 se recibió de abogado.

Desde 1843 comenzó a escribir para la prensa, i su principal carrera ha sido la de periodista i publicista, siempre en servicio de la causa liberal, en términos que ha sido redactor o colaborador de mas cincuenta periódicos, así en Colombia como en el extranjero; i que con sus publicaciones periodísticas solamente podrian formarse mas de 25 volúmenes de 300 pájinas.

Ha publicado de de 1849 hasta 1874, 26 volúmenes de obras sobre literatura, historia, ciencias, política, etc., a saber: 3 volúmenes de poesías, 3 de piezas drámaticas, 2 de viajes por Europa, 4 de novelas nacionales, 4 de historia nacional i americana, 1 de ciencia de la lejislacion, 2 de artículos, cartas i discursos, 2 sobre política nacional i 4 sobre jeografía, estadística, relijion, filosofía, etc. Ademas, en 1850 publicó un CUADRO SINÓPTICO de la ciencia constitucional, en 1858 (en Paris) el MAPA DE LA CONFEDERACION GRANADINA (de Acosta) correjido, aumentado i adaptado a la nueva division por Estados; i en 1863 (en Lima) LA REVISTA AMERICANA, gran volúmen de política, ciencias, literatura, etc., en que solo tuvo por coloborador a su esposa (la señora Soledad Acosta.)

En 1849 fué nombrado jefe de seccion de la secretaría de hacienda i catedrático de ciencias constitucional i administrativa i de ciencias de la lejislacion. En 1850 pasó a ser editor oficial, i como tal redactor de LA GACETA OFICIAL, en 1851 fué nombrado oficial mayor de la secretaría de lo interior i relaciones exteriores.

En 1854 fué secretario de la cámara de representantes i algun tiempo despues redactor de EL TIEMPO i EL NEOGRANADINO i diputado a la lijislatura de Bogotá.

Fué representante por el Estado de Panamá en los años 1856 i 57; i en enero del año siguiente partió con su familia para Europa, donde residió cerca de cinco años. Allí desempeñó el destino de secretario de la legacion, de primera clase, confiada al señor Murillo. En 1862 fué al Perú, en donde redactó EL COMERCIO DE LLMA i publicó LA REVISTA AMERICANA i una obra en prosa i verso, titulada UN VAMPIRO, que fué mui popular. Regresó al pais a fines de 1863, nuevamente elejido representante. Ha sido catedrático de la Universidad nacional, i es miembro de varias sociedades de Paris i está condecorado con los diplomas i condecoraciones de tres sociedades sabias de Forencia, Nápoles i Roma.

En 1873 publicó EL PATRIOTA i actualmente es redactor de LA UNION COLOMBIANA.

Tiene inéditas muchas obras sobre diferentes materias. Varios de sus escritos llevan el seudónimo JUAN DE LA MINA.

REMIJIO M. PEREZ.

Nació en Bogotá el 1.° de octubre de 1830. Se educó en esta ciudad, recibiendo sus primeros conocimientos de literatura i fi-

losofía en el colejio Seminario Conciliar de la Arquidiócesis. Desde 1850 se consagró a la instruccion de la juventud. Ha sido rejidor de la municipalidad de Bogotá, inspector de los cementerios, i presidente de la junta administrativa de ellos. Director de la escuela Normal del Estado de Cundinamarca, catedrático en una de las escuelas de la Universidad nacional, i en algunos colejios particulares, i, últimamente, director de un colejio fundado por él en enero de 1872. Sus informes sobre intruccion pública se han publicado en diversos periódicos. En el DIARIO DE CUNDINAMARCA escribió una série de artículos con el título de OBSERVACIONES DE UN COLOMBIANO. Tiene inéditas la mayor parte de sus composiciones en verso; de las cuales solo se han publicado unas pocas, entre ella un discurso de jeografía.

VENANCIO ORTIZ.

Nació en la ciudad de Ibagué (Estado soberano del Tolima) el 1.° de abril de 1818. Quedó huérfano en edad mui temprana, pero esto no le impidió el continuar sus estudios en Bogotá, recibiendo el título de doctor en medicina cuando todavía era mui jóven. Ha sido contador de la administracion jeneral de hacienda en Antioquía, administrador jeneral del mismo ramo en Cundinamarca, i varias veces diputado al congreso.

Sus primeros escritos aparecieron en EL DIA; luego fué co-redactor de EL CENSOR de Medellin, en donde publicó algunos de sus versos; a su regreso a Bogotá, escribió un folleto en defensa de la propiedad, atacada por una lei del congreso. Poco tiempo despues estalló la revolucion encabezada por el jeneral José M. Melo, i Ortiz escribió la historia de esa revolucion. Luego fundó la sociedad literaria llamada EL LICEO GRANADINO. Despues de la revolucion del año de 60, fundó EL CATÓLICO, periódico que sostuvo durante tres años.

Fué tambien redactor de EL CONSERVADOR i LA PRENSA i por algun tiempo de EL IRIS. Colaborador de EL PORVENIR, EL BIEN PÚBLICO, LA REPÚBLICA, LA FÉ i otros varios.

Es miembro de la sociedad de San Vicente de Paul i fué fundador del hospital de dicha sociedad.

JUAN BUENAVENTURA ORTIZ.

Nació el 20 de setiembre de 1840, i desde mui niño se consagró con decision a los estudios literarios i de matemáticas, los cuales fueron interrumpidos en la época de la revolucion. Poco tiempo despues de ésta, lo llamó la comision corográfica i con

ella trabajó por dos años en la construccion de los mapas de los Estados i de la Union. Ayudó al señor V. Ortiz (su padre) en la redaccion de El Católico, El Conservador i La Prensa; en los cuales i en La República, El Mosaico, El Museo de cuadros de costumbres i El Tradicionista están sus principales producciones.

En 1868 se hizo cargo de escribir un libro sobre los datos que le suministró el señor Filomeno Borrero, i es el que lleva por título: Recuerdos de viajes en América, Europa, Asia i Africa. Fundó i redactó en 1870 El Derecho, periódico conservador.

Despues empezó la historia de la sociedad de San Vicente de Paul, cuya publicacion se suspendió con la de Los Anales de aquella sociedad.

Consagróse luego a la carrera eclesiástica i el 15 de noviembre de 1874 fué ordenado sacerdote.

NICOLAS TANCO ARMERO.

Nació en Bogatá, el año de 1830.

Es hermano de los señores Mariano i Diego Tanco, el último de los cuales escribió i publicó un tratado de contabilidad.

Recibió su educacion en los Estados Unidos i en Paris, en el colejio de Santa Bárbara, el mismo dónde hizo sus estudios el fecundo escritor frances Scribe.

Regresó a Colombia a la edad de veintiun años, i entónces, habiéndose consagrado a la política i afiliado al partido conservador, colaboró en varios periódicos i redactó El Charivari.

Dos años mas tarde marchó a la Habana, patria de su padre, i allí publicó un Tratado de aritmética comercial; i fué profesor de matemáticas en un colejio.

Por este tiempo se formó en Cuba una opulenta compañía con el objeto de reemplazar el trabajo africano por medio de la inmigracion asiática; i dicha compañía nombró al señor Tanco como su ajente en China.

Cinco años duró el señor Tanco ausente de Colombia, i a principios del año de 1860 regresó nuevamente al pais.

Poco tiempo despues apareció en Paris su obra de viajes, con el título de: Viaje de Nueva Granada a China i de China a Francia.

Esta obra, la mas completa que en materia de viajes se ha escrito en el pais, comprende el resúmen siguiente: Nueva Granada, Son Thómas, Cuba, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Malta, Ejipto, Ceylan. Permanencia en China i regreso a Paris por la Palestina, i ademas, está precidida de una introduccion escrita por el colombiano don Pedro María Moure.

ARCENIO ESGUERRA.

Nació en Ibagué (Estado del Tolima) el dia 31 de enero de 1836.

Hizo sus estudios en la capital de la República, en el colejio del Rosario i bajo la direccion de los padres jesuitas.

Sus poesías i artículos se encuentran en los periódicos: El Tiempo, El Diario de Cundinamarca, La Caridad, El Hogar, El Eco Literario, La Tarde i El Rocío.

Varios de sus escritos han sido reproducidos en periódicos de Venezuela i Méjico.

Actualmente es jefe de una de las seccciones de la secretaría de lo interior i relaciones exteriores.

LUIS CAPELLA TOLEDO.

Nació en Santamarta (Estado del Magdalena) el dia 17 de setiembre de 1838.

Recibió su primera educacion en el colejio-seminario de aquella ciudad, i la continuó en el del Rosario i en el de San Bartolomé (en Bogotá).

En el Magdalena ha sido diputado a las asambleas del Estado, gobernador de provincia, secretario jeneral i presidente.

En la nacion, miembro de la convencion de Rio Negro, vicepresidente de la cámara de representantes, presidente de la del senado i jeneral en disponibilidad.

Ha sido colaborador de periódicos políticos i literarios de Bogotá i Santamarta.

Sus poesías se publicaron en la imprenta de los señores Nicolas Ponton i C.ª, el año de 1868.

NICOLAS PONTON.

Nació en Bogotá, el 6 diciembre de 1833.

Se educó en el colejio de los jesuitas i en el del señor Joaquin Gutierrez de Célis.

Abrazó con entusiasmo la profesion de tipógrafo, i en 1850, en compañía de otros jóvenes amigos, fundó un periodiquito titulado: El Látigo.

Mas tarde, en 1863, formó una compañía empresaria i montó una imprenta pequeña que llevó el nombre de Imprenta Constitucional; la misma que hoi dirije i que mui mejorada tiene el nombre de su empresario.

En ella ha publicado los siguientes periódicos:

El Loco, El Semanario de Avisos, El Conservador, El Bogotano, El Católico, El Ciego, La Revista Médica, El Granadino, Los Títeres, Los Locos, La Bruja, La Prensa, El Iris, El Catolicismo, El Hogar, El Rocío, La Biblioteca Literaria, El Museo, El Eco del Teatro, La Semana Literaria, El Boletin Industrial, El Eco del Comercio, El Entreacto, El Alcance, La Ilustracion i El Chino de Bogotá.

Fué tambien redactor de la La Fraternidad, en asocio con el señor Meliton Angulo Heredia.

En todos éstos se encuentran sus escritos en prosa i en verso, los cuales llevan muchas veces el seudónimo de Fileno, i otras sus iniciales N. P.

VENANCIO G. MANRIQUE.

Nació en Bogotá, el 1.° de abril de 1836.

Ha desempeñado el destino de intérprete nacional durante once años, i ha sido tambien secretario de la direccion jeneral de instruccion pública, director de id. i profesor de idiomas en los colejios del Rosario i San Bartolomé i en otros establecimientos particulares.

Ha escrito la mitad de un Diccionario etimolójico, sintético i analítico de la lengua catellana. Ha publicado varias traducciones de diferentes idiomas, tanto en prosa como en verso; i un compendio de Historia Universal, que apareció en La Escuela Normal, i actualmente prepara una gramática alemana, segun el sistema de Robertson, para los que hablan la lengua española.

MARTIN GUERRA.

Nació en Tunja, el 11 de diciembre de 1840.

Hasta el año de 1866 se consagró a la carrera de las armas. De entónces acá ha publicado las siguientes comedias en un acto: El poder de una muñeca, Un Calavera, La Medicina. I tiene inéditos los juguetes cómicos: La República i En Asamblea. Ha colaborado en varios periódicos literarios.

Isidoro LAVERDE A.

UN TEMA QUE NO ES TEMA. (1)

Pensando estaba uno de estos dias que qué escribiria para leeros hoi, señores, i pensando, mi intelijencia me advertia ¡justa advertencia! que para escribir sobre cualquier cosa es indispensable tener no solo voluntad sino principalmente conocimientos especiales sobre las materias que quieran tratarse e ilustracion jeneral, estudios previos, en una palabra, i yo carezco de ellos. Pero si la mente me sujeria tales pensamientos, recordaba por otra parte que tenia un deber que cumplir i que éste, bien o mal, debia llenarlo. En esta lucha de dos fuerzas tan opuestas hubo de triunfar la segunda i la voluntad abrazó con decision la idea de escribir sobre algo.—¿Cuál seria este algo?—La mente comenzó a divagar por espacios que crecian momento a momento, las ideas se sucedian como los eslabones de una cadena interminable i se agolpaban a la imajinacion como las abejas de una colmena.

Veamos el resultado de estas divagaciones i de aquella decision.

Vagando, vagando el pensamiento, llegó hasta Dios; mui arriba sin duda para principiar.—"Escribiré de Dios", me dije. Pero ¿cómo tratar de El? ¿por dónde comenzaria? ¿bajo que aspecto lo iba a considerar?—Si me resolvia a hablar de sus atributos ¿cuál admiraria? ¿Acaso su bondad, que, como ningun otro, resplandece en la creacion, en la cual pareció olvidarse de su justicia, puesto que dió existencia a lo que no era, siendo, como es, incapaz de merecer lo que no existe? ¿su amor, que le ha impelido a hacer por el hombre cosas que, sin la fé parecen inverosímiles, imposibles, absurdas? ¿su sabiduría, que con una idea simple i única se comprende a sí mismo, es decir, abarca toda la ciencia infinita? ¿su eternidad, que brilló sin principio ántes que hubiera tiempos i que lucirá sin fin despues de la vida de las jeneraciones, con resplandor increado? o bien ¿alabaria su inmensidad, su poder, su santidad, su belleza o alguna otra de sus infinitas perfecciones? ¿Qué decir, por fin, de Aquél cuya gloria

(1) Artículo leido en el *Círculo de Colaboradores* de La Estrella de Chile.

cuentan los cielos i cuyas obras anuncia el firmamento; de Aquél a quien el ánjel glorifica i el hombre adora, la naturaleza proclama i Satan maldice; de Aquél ante quien tartamudea el mas firme labio i la pluma mas elocuente apénas sabe palotear?

Seguramente habeis observado muchas veces cómo el débil mosquito se empeña en vano por atravesar el terso i limpio cristal, figurándose, porque lo ve trasparente, que no es obstáculo en su camino. Pues no de otro modo me aconteció a mí con esta idea. La voluntad, confiada mas que presuntuosa, porfiaba por discurrir sobre ella ¡porfía inútil, vano empeño! la intelijencia se estrellaba contra una valla insuperable e iba a perderse, como la gota de agua en el Océano, en la inmensidad del infinito.

I todavía hablar de Dios ante vosotros seria majadero i fastidioso: renuncio, por todas estas razones, a hacerlo i disculpadme.

De Dios bajó la imajinacion al hombre, de la grandeza del cielo a esta tierra de miseria i llanto.—"Un capítulo de desengaño es buen argumento para escribir una pájina, me decia; pero ¿cuál será él?"—La fugacidad de la vida, sus pesares ¡qué temas de prestarse a consideraciones tan varias! porque ¿quién puede contar que para él no han corrido los años con veloz carrera? mejor ¿quién no dice que sus dias han volado? ¿Hai álguien que no haya sido visitado por el infortunio i el dolor? "¿Quién fué en el mundo sin cruz ni tribulacion"?—Ayer no mas jugábamos en el dulce regazo de nuestras queridas madres, que nos prodigaban sus tiernas caricias en cambio de lo que ellas apellidaban nuestras gracias, i hoi ¡ai! esos dias han pasado para no volver mas, i han trascurrido lijeros, rápidos, voladores. ¡Ai! he dicho, señores, i una lágrima ha humedecido este papel borrando para mí un nombre inolvidable, idolatrado; un nombre que pronuncia mi labio trémulo de emocion; nombre que me repite la fuente i el aura, el bosque i el ave; nombre que escucho en el silencio de la noche i en el bullicio del dia; nombre que veo escrito en el cielo i que conservo grabado con caractéres indelebles en el fondo de mi corazon..! ¡Ah! los que lloramos la pérdida de ese sér querido que se llama madre, pérdida a nada comparable; los que sentimos el alma lacerada con esa herida que es imposible que cicatrice el tiempo; los que tenemos desierto el corazon con ese vacío que nadie puede ocupar, sabemos, sí, sabemos lo que es sufrir, comprendemos lo que es el dolor, podemos decir, sin ponderacion, que hemos apurado hasta las heces el cáliz de la amargura. I los que nó ¿acaso no han visto, no hemos visto todos desaparecer de nuestro lado séres queridos que, como la llama a quien le falta pábulo, se han desprendido de aquí para volar a la rejion de la luz?—Nosotros mismos ¿qué serémos mañana?—Nuestro último dia puede tardar todavía muchos años en llegar:

mirada desde ese hoi la vida, será un ayer que no tendrá mañana, porque la eternidad es siempre.

Pero yo no sé a dónde voi a parar con estas consideraciones preliminares. ¿Me será lícito, por ventura, descubrir la realidad que yo percibo, a existencias que ven deslizar su vida al traves del velo de rosadas ilusiones, a jóvenes que divisan en su porvenir un horizonte de doradas esperanzas? ¿Con qué derecho pretendo decirles que van persiguiendo sombras, que buscan lo que jamas hallarán, que su estrella, hoi brillante i fascinadora, se eclipsará mañana, dejando en pos de sí oscura i triste noche? ¿A qué poner acíbar en la copa de la felicidad que recien comienzan a saborear los compañeros que me escuchan? Doblemos, pues, la hoja. Esto de hablar de la instabilidad de las cosas terrenas no está bueno para nosotros.

A vosotros, jóvenes, que divisais un porvenir risueño i sin nubes; a vosotros, corazones arrullados por ensueños de oro i de felicidad, habré de hablaros de esa pasion sublime que modifica i que transforma, que purifica i que eleva, que engrandece i que diviniza al hombre; de ese sentimiento vago i misterioso que, augurando dichas sin fin, endulza las amarguras de la vida: oásis fecundo que regala al árido desierto en que vivimos esos séres que se llaman madre, esposa, hija, hermana, providencias de la tierra; de ese ideal que ha inspirado tanto cantos, que ha producido tantos héroes i consumido tantas víctimas; de esa aspiracion que condensa todas las aspiraciones de la vida; habré de hablar del ensueño de nuestra vida, de ese ánjel que vemos a todas horas i en todas partes, que nos visita aun en nuestros sueños, que retratamos en nuestra imajinacion, que adoramos con nuestra fantasía, que amamos con toda la fuerza de nuestra alma!—Pero nó. Yo desisto de hablar de aquella pasion, de ese sentimiento; renuncio a describir ese oásis i este ideal; no puedo retratar a este ánjel: i desisto de pintarlo, i renuncio a describirlo, i soi incapaz de retratarlo, porque, señores, el amor no se pinta, ni se describe, el amor... se siente! i no hai pluma que pueda describir, ni pincel capaz de delinear la fisonomía, la sonrisa, el donaire, la belleza del ánjel que es objeto de este amor!

Pero despues de tanto hablar, nada os he dicho para cumplir la obligacion que tengo de leeros algun tema. Explorémos entónces otro campo. Intentaré buscar alguno del que pueda decir siquiera cuatro palabras.

Veamos. "Algo de lejislacion, de jurisprudencia." Pero ¿i el fastidio de mis oyentes?—Los prosistas lo encontrarán árido; los poetas, insulso; bostezarán unos, charlarán otros, i al fin de cuentas habré predicado en desierto, sin perjuicio de que al concluir su lectura caiga sobre esa árida tierra una lluvia de aplausos.

Iba a dar al diablo con la tal composicion cuando pensando en lo revuelto que trae los espíritus la situacion política actual, se me ocurrió escribir algo sobre política. ¿De política, dije? Debo haberme equivocado. Punto en boca, señores. ¿Quién ha dicho que jóvenes entusiastas que sienten bullir en sus venas sangre jenerosa i arder en sus pechos la llama del patrio amor; que jóvenes a quienes sus antecedentes, sus ideas, sus aspiraciones llamarán mañana a tomar parte activa i principal en las ardientes luchas de la política, ya sea en la tribuna o en la prensa, ya en el club o en las urnas, puedan comenzar a ensayarse, siquiera para discutir los principios, que no todavía la buena o mala aplicacion de ellos? ¿No se levantaria de por ahí alguna de esas voces que arden en celo por la guarda de las reglas, a protestar de que viniera a hablarse de política aquí, donde, segun el reglamento, solo debe aspirarse la atmósfera serena i reposada de la prosa, ajena a las pasiones de bando i el aura embalsamada i vaporosa de la poesía sentimental o erótica? ¿Acaso el cultivo de ésta i el perfeccionamiento de aquélla no han de ser con el tiempo armas contundentes, terribles contra el desgobierno? ¡Qué nó? —Pues el reglamento nos dice tácita pero elocuentemente que las batallas de la libertad habrán de decidirse en lo futuro con romances o alejandrinos, con cuentos de brujos o de amoríos o con disertaciones gramaticales o metafísicas.

Pero nó. Las reglas lo que prescriben es la política de especulacion: arte mezquino i abominable inventado por la ambicion desalmada i descreida para explotar, engañar, adormecer i defraudar a los pueblos; no pueden, nó, proscribir la noble, la elevada, la digna política, la que consiste en dirijir a los gobernados en órden a conseguir su felicidad; ella no puede estar, no debe estar, no está reñida con el espíritu ni con la letra bien entendida de nuestro reglamento.

I habia dicho punto en boca, señores, i en resolucion, he hablado de política, aunque.... sin decir nada de ella, respetando escrupulosamente las reglas existentes.

¡Oh obediencia! ¡qué virtud tan conveniente eres i cuán léjos estoi de poseerte! Bajo tu influjo bienhechor no habria yo defraudado las esperanzas que de oir tratar algun tema habian concebido mis oyentes; con tu órden suprema, no habria abusado yo de la paciencia de mis induljentes compañeros!

Setiembre de 1875.

ENRIQUE CUETO GUZMAN.

DIES IRÆ.

¡Oh dia de ira i de venganza! ¡Oh dia
En que debe universo
Por el fuego de Dios ser abrasado
I en cenizas disperso!

El oráculo santo del Profeta
Real, así lo dijo;
Con misteriosas voces la inspirada
Sibila lo predijo.

¡Oh cuál será el terror de los humanos
Cuando el Juez aparezca,
I sobre toda accion su inevitable
Justicia resplandezca!

Al son de la trompeta horrisonante
Los sepulcros abiertos,
Ante el divino Tribunal, temblando,
Vendrán todos los muertos.

De asombro i de pavor sobrecojida
Serás, naturaleza;
Muerte, tú misma, trémula de espanto,
Bajarás la cabeza,

Al ver del frio polvo levantarse
Tanta víctima tuya,
Al Juez a responder, sin que haya lengua
Que se excuse ni arguya.

Abierto el libro formidable entónces,
En que todo está escrito,
Se hará la cuenta minuciosa i dura
Del justo i del precito.

Cuanto en sus sombras el secreto esconde
A luz será sacado,
I habrá castigo atroz, castigo eterno,
Para todo culpado.

¡Miserable de mí! ¿con qué palabras
Mis culpas numerosas
Escusaré? ¿quién oirá mis ruegos,
Mis quejas angustiosas?

¿A quién suplicaré que ante el airado
Señor por mí interceda,
Si a su mirar fulmíneo ni aun hai justo
Que en pié tenerse pueda?

¡Oh Rei! ¡oh Dios de majestad terrible
A todos aquel dia!
¡Dios que salvais los elejidos vuestros,
Tocad el alma mia!

Tiempo es aun de valerme: vuestra inmensa
Misericordia imploro:
¡Piedad! ¡piedad, Señor! ya a vuestras plantas
Arrepentido lloro.

¡Oh Jesus piadosísimo! acordaos
Que bajásteis al mundo
Para hacerme feliz; no en vuestro dia
Me mireis iracundo.

A buscarme vinísteis con fatigas,
Tormentos i dolores;
Por mí en la cruz morísteis suspendido
Entre dos malhechores.

I no consentireis perdido sea
De vuestro amor el fruto;
Nó, que la sangre vuestra de mis culpas
Me dejará impoluto.

Pecador me confieso: mi nefando
Proceder me confunde;
Mas, perdonadme ¡oh Dios! i vuestra gracia
Mi espíritu circunde.

¿No sois quien se apiadó de Magdalena,
La grande pecadora?
¿No sois quien de un ladron oyó los ruegos
De la muerte en la hora?

¿No sois vos quien me llama, quien me infunde
La contricion sincera?

¿No sois vos en quien fia este infelice
I hallar salud espera?

Indignas son de vos las quejas mias,
Indigno es ¡ai! mi ruego;
Mas la clemencia vuestra ha de librarme
Del perdurable fuego.

No me pondreis, Señor, entre la turba
De indignos maldecida,
I al diestro lado me dareis asiento
Con la grei escojida.

Separadme, Señor, ¡ah! separadme
De aquel que en vuestro enojo
Arrojareis de vos a ser por siempre
De Satanás despojo!

Llamadme con aquél que vuestro Padre
Bendijo en su clemencia,
Llamadme a disfrutar la que ofrecísteis
Al justo eterna herencia.

De cruel dolor transidas las entrañas
Por mis culpas, Dios mio,
En vuestras manos mi futura suerte
Desde ahora confio.

¡Oh dia! ¡oh dia horrendo en que el esclavo
Del pecado i del vicio
Desde el frijido polvo del sepulcro
Será llamado a juicio!

¡En que el juez será Dios, a quien del hombre
Ofendió la malicia!
¡En que no habrá perdon, sino inflexible,
Rigurosa justicia!

J. Leon MERA.

A UNA ROSA.

(A MI AMIGO JUVENAL GUZMAN D. P.)

¡Mísera flor para morir nacida!
¿Quién te defiende del fragor del viento,
Cuando enojado contra tí desata
Toda su furia?

¡Tú, que elevabas la purpúrea frente,
Nítida rosa de fragante aroma,
Sobre las flores descollando ufana,
Siempre triunfante!

Hoi a los golpes de aquilon pereces:
¡Mira! ya troncha tu jentil corola! ...
¡Cómo en el suelo va arrastrando impío
Mústias tus hojas!

Tal en el alma que el amor ajita,
Llena de dulces ilusiones de oro,
Suele apacible murmurar la brisa
De los amores;

Viene en seguida la tormenta oscura
Del desamor, i del olvido el viento
Sopla, arrastrando con siniestro curso
Mil esperanzas!

Santiago, setiembre 23 de 1875.

RAMON A. ARAYA ECHEVERRIA.

LEYENDAS DE CALDERON.

DON LOPE DE ALMEIDA. (1)

Bien habemos aplicado
Honor con cuerda esperanza,
Disimulada venganza
A agravio disimulado.

(CALDERON.—*A secreto agravio secreta venganza.*)

I.

Don Lope de Almeida, noble portugues, del tiempo de don Sebastian, se hallaba una tarde en su palacio, disponiéndose a marchar para una expedicion que si no era mui lejana exijia de su parte ostentosos preparativos.

En el extenso patio piafaban los corceles, hiriendo las baldosas con sus herraduras de plata. El potro cordoves que montaba el opulento señor, parecia impaciente por la tardanza de su dueño. Pajes i escuderos vestidos de gala iban i venian en todas direcciones i el mayordomo mayor se desgañitaba dando aquí i allá órdenes para el mejor arreglo de la comitiva. Pacíficas i silenciosas estaban en un rincon varias mulas cargadas de provisiones i mui cerca de ellas algunos dependientes inferiores, encargados de la repostería, conversaban en voz baja sobre el objeto del viaje que iban a emprender.

Todo indica que el señor de la casa debe aparecer pronto, pues ya nada falta para ponerse en marcha.

Efectivamente, don Lope de Almeida, radiante de gozo i saludando a sus servidores con bondadosa sonrisa se presenta en el umbral de la sala de honor.

Dos pajes avanzan para acercarle su corcel favorito i el noble caballero cabalga airosamente, dando al mismo tiempo la señal de la partida.

Pajes i escuderos no tardan en imitarlo i el pavimento resuena con el estrépito de las cabalgaduras i los vivas i gritos de gozo de la comitiva.

Todos están ya listos, cuando hé aquí que un forastero se presenta a la puerta, diciendo le va la vida en hablar pronto con el

(1) Tomada del célebre drama *A secreto agravio secreta venganza.*

dueño de casa. El portero trasmite a don Lope la noticia i el noble caballero, desmontándose al punto, avanza a recibir al huésped que llega en horas tan importunas.

Entre tanto el forastero adelantaba tambien a su encuentro i ámbos se hallan frente a frente en la mitad del patio.

Verse, reconocerse i echarse en brazos uno de otro fué cosa de un momento; pero el recien venido impone silencio a los trasportes de don Lope, diciéndole en voz baja:

—¡Por Dios que no me nombres! me importa mucho que tus criados no me conozcan.

—Lo habia comprendido. No temas ninguna indiscrecion. Sígueme.—

I ámbos atravesaron por el ostentoso patio, siendo el forastero objeto de viva curiosidad para los que allí estaban.

El noble portugues, despues de ordenar a su séquito lo aguardase por algunos instantes, condujo al huésped a una de las habitaciones interiores.

Una vez solos i asegurados de que nadie los oia comenzó entre ámbos una franca i amistosa conversacion.

—¿Qué es esto, don Juan de Silva, que te veo llegar a mi casa, pobremente vestido i demandando proteccion cuando podias entrar en ella como dueño?

—Gracias, amigo don Lope, hice bien en acordarme de tí.

—¿I pudieras hacer otra cosa sin ofenderme?

—Es verdad, hemos sido tan amigos!

—Hermanos, dijeras mejor.

—Eres siempre el mismo.

—¿I lo dudabas?

—¡Oh! nó.

—Niños casi, fuimos a la conquista de las Indias; juntos hemos corrido peligros i recojido laureles, i aunque yo dejé hace años a Goa, atraido por el amor a mi suelo natal, nunca he podido olvidar a mi hermano de armas.

—¡Tu hermano de armas es hoi mui desgraciado!

—¿Qué te sucede don Juan? ¿Estás pobre? ¿necesitas acaso mi espada?

—¡La justicia me persigue!

—Aquí estoi yo para ampararte... Pero ¿qué has hecho?

—Vengo huyendo de Goa, donde dí muerte a un hombre.

—¿Te ofendió?

—Atentó al honor de mi dama.

—¡Miserable!

—Osó calumniarla en público.

—¿I tú lo retastes?

—I lo maté.

—¿Es poderoso?

—Como pocos.

—¿Quién es?

—Don Manuel de Sosa.

—¿Aquel noble anciano que hoi es gobernador de Goa?

—Nó, su hijo, mancebo imprudente, que viéndose despreciado por mi amada se olvidó en su despecho de que era un caballero, i Violante, una dama, osando presentarla como una mujer fácil i liviana ante un corro de libertinos.

—Honrada es tu causa.

—No pude oirlo sin temblar de coraje i delante de los que allí estaban le lancé un terrible ¡mentís! Oyólo i desenvainó su acero; yo saqué el mio i veloz como el rayo se lo hundí en el corazon.

—Obraste, don Juan, como bueno, porque todos estamos obligados a defender a una mujer i mucho mas cuando ella ha cautivado nuestro amor.

—El lance se hizo público i fué preciso huir de la saña del gobernador de Goa que a mas de majistrado era el padre del muerto. Acojíme al sagrado de una iglesia de franciscanos i allí estuve tres dias oculto en una bóveda sepulcral.

—¿I cómo escapaste?

—Los buenos relijiosos me facilitaron la huida. Embarquéme de noche en una nave que al amanecer debia hacerse a la vela para Lisboa, a donde acabo de llegar i me encuentro feliz al ver que en mi desgracia puedo contar siempre contigo.

—Pero ¿te persiguen actualmente?

—Hoi nó, pero no tardarán en llegar requisitorias de Goa.

—Para entónces, ya habré hablado al rei.

—¿Privas con él?

—Nuestro jóven i valiente monarca estima en mucho mis cortos méritos, i hoi mismo acaba de darme una prueba de su cariño, haciendo a la que va a ser mi esposa un regalo digno de su real munificencia.—

I abriendo don Lope un armario que estaba en la sala sacó de él un estuche de terciopelo en el que habia magníficas joyas.

Don Juan las miró apénas i abrazando a su amigo, exclamó en tono alegre i cariñoso:

—¡Hola! ¿con qué te casas?

—Cuando tú llegabas partia a recibir a mi desposada.

—¿Vive léjos?

—Pertenece a una de las mas nobles familia de Castilla i debo irla a recibir en los límites de Portugal, donde debe celebrarse nuestro matrimonio.

—¡Dios te haga feliz!

—¿I cómo no serlo? Leonor es bella i virtuosa; ha heredado de sus nobles padres la nobleza i el decoro; viene a ser reina en mi hogar i tiene la seguridad de hallar en mí mas que un esposo un galan que no tendrá en la vida otro gozo que complacerla.

—¿Mucho há que la conoces?

—Una sola vez la he visto.

—¿I la amas?

—Con delirio.

—¿I ella?

—¿Puedes dudarlo?

—Yo tengo del amor otra idea que tú. Siempre he creido que el cariño nace de la confianza, i nunca contraeria lazos eternos con una mujer que ignoro si me ama o nó. Lope, querido amigo mio, acuérdate de que el matrimonio dura toda la vida.

—¡I qué quieres decir!

—Perdona, nada he dicho.

—Nó, habla.

—Soi desgraciado i todo lo veo de color oscuro.

—¿I mi dicha tambien?

—No me hagas caso.

—¿Sabes algo de mi prometida?

—La creo, cuando tú la has elejido, un dechado de perfeccion.

—Pero ¿la conoces?

—Nó, si aun no me has dicho su nombre.

—Es verdad. Leonor es hija del conde de Alvarez.

—El conde de Alvarez es uno de los mas nobles señores de Castilla. Lo conozco i conozco tambien a varias mujeres de su familia.

—¿I qué?

—Todas ellas son dignas i santas esposas, gloria de su hogar i corona de sus maridos.

—Entónces ¿por qué siembras en mi alma la duda?

—Líbreme Dios de abrigar tal intencion.... Pero tú ibas a partir.... no quiero detenerte.

—Tú me acompañarás.

—Me conviene estar oculto hasta que hables con el rei.

—Es cierto.

—No te detengas, feliz desposado. Comprendo tu impaciencia, i me hago cargo que no es el menor de los favores que te debo el de haber gastado tanto tiempo en conversar conmigo.

—Voi a partir, don Juan, porque no me es posible detenerme. Queda en tanto en mi casa, mandando en ella como dueño.

I don Lope, asomándose a una ventana que daba al patio, gritó, dirijiéndose a su mayordomo:

—¡Fortun! Miéntras el caballero que acaba de llegar quiera permanecer en esta casa le obedecerás como a mí mismo. El es aquí el dueño, todos, incluso yo, estamos para servirlo.—

Dicho esto, bajó al patio, cabalgó i se alejó del palacio seguido de sus servidores.

No faltó quien notase en su rostro la expresion de un ceño adusto; pero se atribuyó a algun grave compromiso en que acababa de ponerlo el huésped.—Desde la ventana don Juan despidió a su amigo con cariñosos ademanes.

II.

Leonor de Alvarez, la bella prometida de don Lope, acaba de llegar a la raya de Portugal. Síguenla numerosos caballeros de su familia que han querido agregarse al cortejo de la ilustre jóven, i tambien don Bernardino de Almeida, anciano septuajenario i tio de su esposo, que en nombre de él ha pasado de Portugal a Castilla para acompañarla con muchos jentiles hombres de su casa.

La comitiva ha hecho alto para descansar de las fatigas del viaje i resguardarse de los ardores del medio dia.

El sitio donde se hallan convida en verdad a detenerse. Un espeso bosque brinda allí su sombra a los cansados viajeros. Por su espeso ramaje el sol no alcanza a penetrar, i al pié de los árboles jigantescos que la forman se estiende una alfombra de yerba menuda, bordada a trechos por silvestres i variadas florecillas.

Por el medio del bosque se desliza un arroyuelo de poca anchura sobre el que se cruzan i entrelazan las ramas de los árboles.

—Descansemos aquí, hermosa Leonor, ha dicho a la novia el venerable don Bernardino. Propio es este sitio para aguardar a tu feliz desposado.

—Teneis razon, señor, respondió Leonor con tristeza; no puede darse un lugar mas ameno.

—¿Os agrada?

—Es de los mas bellos de España.

—Mal dice sin embargo con lo risueño del paisaje, la melancolía que se pinta en vuestro semblante.

—Aprehensiones vuestras, señor.

—¿I por qué me extrañaria esa tristeza, por lo demas tan natural?

—¿Natural? preguntó Leonor sobresaltada.

—Vais a dejar la patria, i esa separacion no se hace sin lágrimas.

—Si dejo mi patria hallaré otra con la de mi esposo, cuyo valor i nobleza todos pregonan.

—Pero estais triste.

—No preguntеis al corazon el por qué llora, pues a veces se llora de alegría lo mismo que de dolor.

—Queda aquí, bella sobrina, entregada a pensamientos de felicidad, miéntras con estos caballeros recorremos los alrededores. Aun nos sobra tiempo para descansar.—

El anciano caballero se apartó dejando a Leonor con Sirena, jóven sirviente que la acompañaba a Portugal.

Sirena poseia toda la confianza de su ama.

Era de su misma edad i habia nacido en casa del conde de

Alvarez, destinada desde la cuna al servicio de su encantadora ama.

La costumbre de verse a todas horas i sobre todo la lealtad siempre probada de la humilde jóven le habian conquistado el corazon de la rica heredera, que no queriendo desprenderse de sus servicios la llevaba consigo a Portugal.

—Sirena, dijo Leonor al verse sola, ¡qué desgraciada soi!

—Reportaos, señora, i mirad que vuestra tristeza va llamando la atencion de todos.

—A Dios gracias estamos solas.

—No importa.

—Déjame llorar contigo la muerte de mi felicidad. Tú que sabes mi pena, ¿me niegas tambien el alivio de quejarme a solas? ¿Tampoco quieres oirme?

—Inútiles son vuestras quejas.

—Sí, por mi desgracia.

—¿Entónces?

—¿Qué otra cosa le queda al aflijido sino el consuelo de llorar?

—Mas ¿por qué desesperaros? Si vuestras lágrimas pudieran volver a la vida al que yace en el sepulcro....

—¡Pobre don Luis! ¡cuánto le amaba!

—Cerrad los ojos al pasado.

—¿Piensas que podré olvidarlo?

—Vuestro deber os lo ordena.

—Sí, voi a ser esposa de un hombre a quien apénas conozco. Mucho ponderan su nobleza i bizarría i entre las compañeras de mi juventud habrá infinitas que envidian mi mentida felicidad. Pero tú que conoces los secretos de mi alma comprenderás hasta donde llega mi desventura. He de finjir amor a un hombre i recibir sus caricias cuando vivo adorando en la memoria de un muerto. El mundo verá la risa en mis labios miéntras la tristeza roerá implacable mi corazon. ¿Qué entiendo ya de dichas ni qué placeres puede dar el mundo a la que tiene sus afectos en la tumba?

—Sois jóven i el olvido todo lo borra.

—¿Podrá olvidar la que ha amado como yo?

—Así se lo han preguntado muchas a sí mismas i sin embargo olvidaron al fin i fueron felices.

—Esas no sabian amar.

—¡Desdichada señora!

—Tú ignoras cómo he contraido mis compromisos con don Lope de Almeida.

—Es verdad.

—La tiranía de mi padre me ha forzado a ello.

—¡Infeliz!

—A otras siquiera se les permite retirarse a un claustro, pero yo solicité en vano esta gracia.

—El señor conde espera sin duda que vuestros nuevos debe-

res i los goces que rodearán en Lisboa a la esposa de don Lope de Almeida disipen al fin la amarga tristeza que os consume, i que el tiempo, que todo lo borra, traiga la paz a vuestro corazon atormentado. ¡Ai! señora mia! es forzoso que os sereneis.

—Sí, tienes razon, que en breves horas llegará don Lope.

—Apelad a vuestro valor i a vuestra virtud.

—Sabré ser digna del nombre que llevo i de los ejemplos que recibí de mi madre.

—La señora condesa era una santa.

—Por última vez hablamos del pasado. Mañana quizás seria un crímen verter una lágrima por mi malogrado amor. Adios, memoria del único hombre que he amado en la tierra, de hoi mas procuraré, plegue a Dios lo consiga! apartar su recuerdo de mi mente i su nombre de mis labios.

—Así queria veros, señora.

—I eso es lo que exije de mí el compromiso que voi a contraer.

—Os mostrais como quien sois.

—Dios al fin de mis dias pesará mis dolores i mis secretos sufrimientos, i entónces, me otorgará en premio la paz i la felicidad que aquí he ambicionado en vano.—

Leonor erguió su cabeza con la resolucion de un mártir. Al acabar de pronunciar estas últimas palabras no quedaba en sus mejillas el rastro de una sola lágrima.

III.

Ama i criada conversaban aun cuando apareció don Bernardino trayendo en sus manos un lujoso anillo.

—Sobrina mia, dijo el anciano, héme hallado en el camino este mercader de joyas. A fé que las trae mui bellas, i he de deberte el obsequio de que admitas, en recuerdo mio, la que mas te agrade. Hé aquí, añadió, un precioso diamante que he comprado para tí.

Leonor cojió el diamante que iba engastado en un anillo de oro; mirólo con indiferencia, pero al poner los ojos en él palideció horriblemente, teniendo que apoyarse en Sirena para no caer en tierra.

—¡Cielos! ¡qué es lo que estoi mirando! exclamó Leonor.

—¿Te agrada sobrina?

—Bello diamante, respondió Leonor mas repuesta.

—¡Hola, mercader! acercaos, gritó don Bernardino.—

No tardó en presentarse a los ojos de Leonor un jóven de arrogante apostura, que traia bajo del brazo una caja pequeña.

Vestia el traje de mercader. Su aspecto era melancólico i su andar lento i pausado.

—¡Dios mio! alcanzó a decir Leonor.

—Disimulad, señora, murmuró por lo bajo Sirena, apretándole enérjicamente la mano.

—Yo, dijo el recien llegado clavando en Leonor una mirada profunda, soi un mercader que hace años deseo vender una joya, i veo llegada la hora de deshacerme de ella. Entre mil otras traigo un Cupido de diamantes, porque como dicen que amor es todo mudanzas, hice fabricar uno del material mas firme. Traigo un corazon, en el que no hai una sola piedra falsa. Traia una bella esmeralda i esa me la hurtaron.... Si gustais, señora, os mostraré ese amor tan firme, ese amor de diamante, que sin duda no habreis visto otro igual.

—Discreto es el mercader, i que bien pondera sus joyas, observó don Bernardino.

—Aunque vuestras joyas sean como las ponderais, respondió Leonor, siento deciros que habeis llegado en mala ocasion para mostrármelas. Llegarais ántes, añadió suspirando, i os las comprara todas; pero habeis venido tarde, i no me estaria bien el entretenerme con vuestras alhajas, cuando en pocos momentos mas mi esposo llegará. Guardad, pues, vuestras prendas, porque si me las mostrais i pongo poca atencion en ellas, direis que las desprecio. Idos, mercader, i no me culpeis de esquiva, culpaos a vos mismo de no haber llegado a tiempo.—

Habia en el acento de Leonor una mezcla de dignidad i de tristeza, que impresionó profundamente al mercader.

—Señora, dijo Sirena, interrumpiendo la conversacion: se siente ruido de caballos; parece que llega tu esposo.

—Aguárdalo aquí sobrina, respondió el anciano Almeida; yo avanzaré a recibirlo.

I el caballero partió dejando a las dos mujeres con el mercader.

—¿Qué me dices ahora? preguntó el vendedor de joyas, ¿cómo piensas escusar tu mudanza?

—Don Luis, respondió Leonor desesperada, te creia muerto, te lloré, i obligada por mi padre, acepté por esposo a un noble caballero. Ahora, huye de mí.

—¡Me engañas!

—No te engaño, i a no estar casada por poder en este momento te seguiria. ¡Has llegado tarde para nuestra comun desventura!—

Llegaba en esto don Lope seguido de su comitiva, recibiendo al paso las felicitaciones que le dirijian los acompañantes de Leonor.

Esta i el mercader suspendieron su plática.

Escusamos referir el encuentro de los novios i las discretas galanterías que el noble portugués dirijió a la gallarda castellana. Leonor se despidió de los suyos, i despues de dirijir al mercader su adios por medio de una elocuente mirada, siguió a don Lope i don Bernardino por el sendero de Portugal.

Al poco rato partian tambien los castellanos.

Solo quedaba en aquel sitio el mercader de diamantes.

—¡Ira de Dios! exclamó al verse solo. ¡Maldito el hombre que llevó a Leonor la nueva de mi muerte! Ella me ama i será mia. La seguiré donde quiera que vaya, seré su sombra i he de amarla aunque en ello me vaya la vida. ¿Cómo dejarla si bien conozco que no me ha olvidado? Huyendo de ella moriria de desesperacion; siguiéndola ¡quén sabe si no moriré de placer! ¡Sigámosla!

IV.

Difícil por demas era la situacion de Leonor, infeliz hermosura destinada a sufrir al influjo de una suerte implacable. Al despedirse de los límites castellanos habia vertido la última lágrima por el amante que creia muerto en las guerras de Flandes, i ántes de estrechar en sus brazos al esposo que sus padres le destinaban, hé aquí que el que habia conquistado su cariño i era dueño de su alma, se le aparecia de repente vivo, reprochándole un olvido e ingratitud que ella estaba tan léjos de sentir.

Nadie sino Sirena podia leer lo que pasaba en su alma, i la fiel doncella, que amaba a su ama con idolatría, no la dijo una sola palabra en todo el camino, temerosa de aumentar un dolor tanto mas intenso, cuanto que ni aun permitia el alivio de la esperanza.

Los primeros dias de su llegada a Lisboa, Leonor parecia la mujer mas feliz de la tierra. La opulenta familia que la habia recibido en su seno, se esmeró hasta no mas en rodearla de atenciones i festejos. Cada dia su esposo o sus nuevos deudos la preparaban una sorpresa. Ya la obsequiaban con brillantes saraos u ostentosos festines; ya la invitaban a cruzar las aguas del caudaloso Tajo en lijeras barquillas, acompañadas de músicas cuyas canciones persuadian al olvido de las penas; ya, en fin, se la llevaba a partidas de caza o a paseos de campo, donde se la representaba alguna égloga de Garcilaso en su lengua nativa, o alguno de los discretos diálogos del poeta nacional Gil Vicente, tan en boga entónces en Portugal como los de Juan de la Encina lo estaban en España pocos años ántes.

Leonor aceptaba estos obsequios con modesta gratitud, i cada nueva atencion de que era objeto la empeñaba mas a guardar a su noble esposo el respeto i fidelidad que se merecia. Por lo que hace a su amor, quizas el tiempo, que cura como ningun otro remedio las heridas del alma, haria brotar en la suya ese dulce sentimiento que al presente no hacia palpitar su corazon.

¡Pobre jóven! en el tumulto de los placeres que la rodeaban, hallaba únicamente el aturdimiento. ¡El olvido estaba mui léjos de ella!

Ocho dias haria que estaba Leonor en Lisboa, cuando se pre-

sentó en esta opulenta corte un jóven capitan español que desde luego llamó la atencion de las damas portuguesas.

Venia, segun se dijo entónces, de las guerras de Flándes, donde habia ganado no poca fama i pertenecia a una nobilísima familia de Toledo, i llevaba el nombre de don Luis de Benavides.

Merced a las recomendaciones de que el hidalgo español estaba provisto, logró desde el primer momento introducirse en los círculos aristocráticos de la corte i aun ser presentado en el palacio del rei don Sebastian, a quien ofreció su espada para servirlo en la expedicion que este romántico monarca proyectaba contra los moros africanos.

Don Luis de Benavides amaba a Leonor con delirio, i ménos escrupuloso que ella en materia de deber, habia juzgado que aun podria sonreirles a ámbos la felicidad.

Desde el momento de su llegada trató de ponerse al habla con su antigua amante, pero habia tocado con un imposible. Leonor huia de él a todo trance. Buscó entónces a Sirena, pero la doncella rechazó sus ofertas diciéndole que por nada en el mundo seria ella quien turbase la tranquilidad de su jóven ama.

El mancebo estaba desesperado, i como amaba tanto i era de un carácter poco prudente, dióse a rondar con demasiada insistencia el palacio de don Lope de Almeida.

No contento con esto, ganóse ademas a una de las camaristas de Leonor para que le llevase cartas suyas; i Leonor, sin saber cómo, se hallaba con ellas al abrir un mueble, al buscar una joya o al levantar un objeto que veia caido en su estancia.

Imposible es decir lo que la pobre niña sufria cada vez que una mano traidora la ponia delante una de esas cartas cuyo contenido nunca conoció, pues las quemaba sin abrirlas, temerosa de aspirar el veneno que sin duda encerraban.

Todo su amor pertenecia a don Luis, el deber la ordenaba amar a don Lope, i la suya era de aquellas almas que no transijen con su conciencia.

Su situacion era, pues, terrible; i lo peor del caso era que Leonor habia notado que don Juan de Silva, el noble amigo de su esposo, comenzaba a parar mientes en la asiduidad con que el castellano rondaba el palacio.

Para colmo de desgracias, don Lope se mostraba receloso i sombrío; ¡quién sabe si ya no comenzaba a sospechar algo!

Los portugueses han sido famosos en todas épocas por la intensidad de sus celos i de sus amores. Do quiera ven sombras; en el seno de la paz andan buscando afanosos la mano que puede robarles su honra o verter el veneno en la copa de su felicidad.

Leonor veia triste a su esposo sin que hubiera para ello una causa aparente; veia a don Juan sombrío i cejijunto dirijirla a veces miradas recelosas; i ella, pobre extranjera en una corte donde los castellanos eran jeneralmente mal mirados, se hallaba sola, sin apoyo ni consejo.

¿Qué hacer en tal situacion? ¿Cómo impedir que las imprudencias de don Luis trajeran en pos resultados sangrientos i lastimosos? Leonor, en verdad, no sabia qué resolver, i buscando el mejor partido, elijió talvez el ménos acertado.

La única persona en quien podia fiarse era Sirena. Conocíala demasiado para saber que podia contar con ella hasta el último trance, i resolvió poner en sus manos su honra i su porvenir.

—Sirena, dijo la jóven a la fiel castellana: sabrás que don Luis está aquí.

—Sí, por desgracia, señora, respondió la sirviente.

—¿I qué piensas de su tenacidad en rondar mi calle i en seguirme a donde quiera que voi?

—Hace dias que vivo temblando de que vuestro esposo se instruya de lo que pasa i preguntando aquí i allá llegue a saber las relaciones que os unen a don Luis.

—Pues bien, Sirena, es fuerza que esto acabe.

—Lo mismo le he dicho yo a él.

—¿Lo has visto? preguntó Leonor con inquietud.

—Mas de una vez.

—Pues es necesario que lo busques para darle un recado mio.

—¿Seriais tan imprudente?

—Talvez me juzgas mal, querida Sirena, pensando que quiero renovar pasadas ilusiones.

—¡Líbreme Dios de ello!

—Lo que quiero, Sirena, es que Benavides vuelva a Castilla.

—¿I cómo conseguirlo?

—Sirena, don Luis es caballero i está obligado a acceder a los ruegos de una dama.

—Es amante tambien.

—Sí, es mi amante para nuestra comun desgracia; pero el ser amante no le dispensa de las obligaciones que un caballero debe a una mujer que lo implora. Búscalo i dile que con lágrimas le ruego que se ausente; que mire que nuestros amores son imposibles, porque yo nunca he de faltar a los santos deberes que en hora infeliz me impuse. Dile que Portugal no es Castilla, que la doncella que amó en su patria es hoi esposa de don Lope de Almeida. Le dirás que en esta casa se sospecha de mí i que sin lograr mi amor va a hacerme mas infeliz de lo que soi; que estoi sola i sin proteccion, rodeada de asechanzas a todas horas, i que no es noble ni digno que él, que dice amarme tanto, me precipite en un abismo, donde lo ménos que podria hallar seria la muerte. Todo esto le dirás, Sirena; mas lo que nunca le dirás, serán las lágrimas que vierto a su memoria i que solo cesarán de correr con el último aliento de mi vida.

—Tranquilizaos, señora.

—No estaré tranquila miéntras don Luis no haya dejado a Lisboa.

—Voi a verlo.

—Sí; vé, i piensa que te confío mi última esperanza.

—Tales cosas le diré que, don Luis es un villano o habrá de dejaros libre.

—No pierdas tiempo porque mi situacion es insostenible.—

Sirena salió dejando a su ama dominada por la angustia mas dolorosa.

V.

Una hora despues don Lope de Almeida volvia del palacio real con don Juan de Silva, cuyo perdon habia alcanzado en su primera entrevista con el soberano.

Ambos conversaban con calor sobre los planes del monarca, que tenian conmovido a todo el pueblo. Se trataba nada ménos que de la partida del rei don Sebastian al Africa a lidiar con los moros, expedicion que los gobiernos católicos de toda Europa consideraban como funesta para la cristiandad.

El monarca queria partir a toda costa. No habia nadie capaz de detenerlo i los bajeles surtos en Lisboa aguardaban el embarque del florido i bizarro ejército que el capricho del soberano llevaba a morir en los áridos i desiertos arenales de la antigua Libia.

El pueblo portugues, impresionable por demas, i avezado a los triunfos en las expediciones de la India, no temia por los resultados de una guerra que debia ser fatal a la nacion i al rei que la promovia. No habia hidalgo de valor que no se ofreciera a acompañar en la empresa al soñador monarca; aun los mismos que reprobaban la expedicion eran los primeros en aprestarse para ella.

Don Lope, recien casado i hasta no mas enamorado de su esposa, acababa de ofrecer su espada al rei, pero el jeneroso monarca se habia negado a aceptarla, diciéndole que el que apénas gozaba las dulzuras del amor no debia exponerse a los azares de una guerra de la que acaso bien podia no volver.

De esto conversaban don Lope i don Juan, insistiendo el último en que él debia partir, quedando su amigo en su palacio de Lisboa.

Discutiendo esta cuestion llegaron ámbos caballeros a la habitacion de Leonor.

—Hermosa estais ¡vive Dios! dijo al entrar el enamorado don Lope, besando la mano de su esposa.

—¡Cómo, señor! respondió ésta; poco me amais cuando pasais todo el dia sin verme. Mucho demorais en palacio, mucho os ocupan los negocios del Estado i mui poco el amor, que vive quejoso de vos.

—Se conoce que sois castellana, dijo don Lope, cuando gastais tantas palabras para expresar vuestros afectos.

—¿I cómo es vuestro amor? ¿cómo se expresa?

—Siento mucho i hablo poco. Mi amor es mudo, señora.

—¡Ah! yo habia creido siempre que el amor tenia su lenguaje para expresarse, que la palabra del sér amado llevaba la felicidad a otro sér que vivia en él i solo para él; ¿me habré engañado, señor?

—Vosotros los castellanos os dejais llevar de la imajinacion; los portugueses somos todo sentimiento, bellísima Leonor. Cuando vosotras hablais, callamos; cuando os dejais llevar de la alegría, nosotros estamos tristes, señora.

—¡Vos triste, don Lope! ¡Sufris! ¡i no estoi con vos para aliviar vuestras penas! me amais mui poco.

—¿I cómo no sufrir? respondió tristemente don Lope. Hai hombres que se deben a su fama i yo nací para ser guerrero, como todos mis nobles ascendientes. Hoi que todo Portugal quiere acompañar a su rei en la guerra que va a emprender contra los moros ¿he de ser el único que sordo a los gritos del honor deje enmohecer su espada en el retiro del hogar? ¿Hé de ser el único que no se cubra de gloria, el único que permanezca ocioso miéntras tantos nobles hidalgos ofrecen a la patria su sangre i su vida? ¿No es verdad, Lonor, que esto es bantante para entristecerme?

—¿I vais a dejarme, señor?

—Será esto un nuevo favor que os deba.

—¡Oh! ¡cuánto me pedis!

—¿Me lo negariais?

—No, señor. Id donde os llama la honra que no seré yo quien os detenga en ese camino. Harto lo sé, demasiado va a costarme esta ausencia, pero mas os quiero muerto que sin honra.

Leonor dejó la habitacion enjugándose los ojos. Aunque no amaba a don Lope sabia estimarlo i sentia dolorosamente su inesperada partida.

—¿Qué os parece, don Juan? preguntó Almeida a su amigo.

—¡Admirable mujer! respondió don Juan; parece una romana.—

Obtenido el consentimiento de Leonor, Almeida i su amigo se dirijieron al palacio de don Sebastian.

VI.

Lo restante del dia fué bien triste para la infeliz castellana, a quien sobraban los motivos para vivir en continua angustia i sobresalto.

La partida de don Lope envolvia nuevos peligros, pues iba evidentemente a dar alas a su antiguo amante, cuyas imprudencias le costaban ya demasiadas lágrimas. Si don Luis la rondaba i perseguia de esa manera estando presente su esposo ¿qué no haria en su ausencia?

Bien conocia Leonor que el castellano no cederia fácilmente apesar del obstinado silencio con que habia respondido a sus cartas i del empeño que desde un principio habia puesto en no oirle ni verle. Hartas pruebas tenia de su carácter impetuoso para abrigar a este respecto ninguna esperanza. El único medio que podia producir algun resultado era la apelacion que por medio de Sirena acababa de hacer a su honra de caballero. Si con esto no se conseguia nada, Leonor debia darse por perdida.

Mucho tardó Sirena en volver, i cada instante que pasaba era un nuevo tormento para la infeliz señora. Al fin la vió entrar en su estancia i corriendo hácia ella con los brazos abiertos le preguntó con voz trémula i ansiosa:

—¿Qué hai Sirena? ¿Le viste?

—Sí, señora.

—¿I consiente en partir?

—Esta carta os lo dirá mejor que yo.—

Leonor cojió la carta i la leyó toda, dejando correr sus lágrimas sobre el papel.

—¿Llorais? preguntó la sirviente.

—Déjame llorar, respondió la jóven; déjame llorar pasadas glorias i esperanzas desechas, pero ¡por Dios, Sirena, este hombre no tiene piedad de mí!

—¿I qué pensais hacer?

—Promete ausentarse despues de haber tenido conmigo una entrevista.

—¿Se la concedereis?

—No es posible.

—Entónces no partirá.

—Es preciso que lo veas, que lo ruegues de nuevo; que se lo pidas, si es necesario, de rodillas.

—¡Inútil súplica!

—Por Dios, Sirena, que me estás matando. ¿Con qué no hai esperanza para mí i solo he de hallar la paz en el reposo de la tumba?

—¿I qué puedo deciros, señora mia, cuando él se niega a oirme i solo quiere recibir de vuestros labios la despedida?

—¿Entónces tú crees....

—Que debeis verlo.

—Soi honrada, Sirena, i lo que me propones no está bien.

—Es el único medio de lograr que don Luis deje a Lisboa.

—¡Dios mio! ¡qué desgraciada nací!

—No hai otro modo de salvaros i de salvarlo.—

Leonor dejó caer la frente sobre el pecho i en esta postura permaneció largo rato, vertiendo un torrente de abrasadoras lágrimas.

—¡Cúmplase mi suerte, Sirena! exclamó al fin con dolorosa resignacion. Busca a don Luis e introdúcelo secretamente en mi es-

tancia, despues de anochecer. A esa hora no está nunca en casa mi marido i podemos vernos con ménos peligro.

—Gracias a Dios que os decidis.

—¡Quién sabe si esta resolucion no es la sentencia de mi muerte!

—Es el principio de vuestra libertad.

—Dí a don Luis que si me decido a verlo es solo porque confío en su honra de hidalgo i que no vea en esta cita ni siquiera la sombra de un favor, pues solo hai en ella una concesion hecha a las circunstancias apuradísimas en que me hallo.—

Al verse sola, Leonor cayó ante un Cristo de marfil que decoraba su estancia i juró por su fé de cristiana no consentir ni en pensamiento en nada que pudiese desdorar la honra de su esposo.

VII.

Como hemos visto, Leonor de Alvarez era uno de esos tipos de virtud que no transijen en materias de deber i delicadeza. Esposa infeliz de un hombre a quien no amaba, pero cuyas virtudes le infundian una respetuosa admiracion, estaba resuelta a morir ántes que echar una sola gota de lodo sobre su nombre.

En esta resolucion la hallaron las sombras de la noche i con ellas don Luis, que, introducido sijilosamente por Sirena, penetró a pasos quedos en la lujosa habitacion donde era aguardado.

—¿Era así como debiamos vernos, bella Leonor? habló el castellano con acento triste i conmovido.

—Don Luis, respondió Leonor, querias verme i aquí me tienes. Dí presto lo que te trae a buscarme, que no es digno de tí ponerme en peligro por mucho tiempo.

—¿Qué he decirte, cuando al pensar en nuestro feliz pasado siento que estalla mi corazon i no sé por donde comenzar?

—¡Don Luis! interrumpió Leonor con voz entre tierna i severa.

—Leonor ¿qué haz hecho de la fé que me juraste?

—¿Por ventura fuí yo quien la quebrantó?

—Al volver de Flándes a Toledo, mi primer cuidado fué buscarte i supe que marchábais ya a Portugal al encuentro de don Lope. ¿Puedo o no acusarte?

—Te creia muerto.

—Sí, por mi mal; así se dijo en Flándes; mas el muerto no era yo, sino un valiente oficial que llevaba mi mismo nombre. ¡Una mentira halla siempre tanto crédito!

—¡Ai! yo la creí i os lloré, don Luis, porque mi corazon te amaba. Pero ¿a qué decirte lo que entónces padecí? Quédese eso en el pasado entre los recuerdos de tantos dolores como han combatido mi vida.... Despues, ya lo ves: persuaciones de unos, mandatos de otros; amenazas i súplicas, cuanto se puede

hacer para vencer a una pobre doncella, me obligaron admitir la mano de don Lope; i cuando nos hallamos en la raya de Portugal, ya estaba casada por poder.

—I yo que corria como un loco para impedir con mi presencia ese infausto himeneo.

—Llegáras a tiempo i fuera tuya. Hoi es tarde para revivir la memoria de pasados gustos que ya no han de volver.

—¿Jamas?

—Jamas, don Luis. En los límites de Castilla te desengañé para siempre; ¿qué quereis, pues, ahora?

—¡Señora, por Dios! exclamó Sirena entrando sobresaltada.

—¿Qué hai? preguntaron Leonor i don Luis.

—¿No sentís pasos en la escalera?

—¿Por dónde salir? preguntó el caballero temblando mas por Leonor que por sí.

—Quedaos aquí, dijo Sirena; i vos, señora, salid por esa otra puerta.

Don Luis quedó solo en el aposento, miéntras Leonor seguia a su doncella, que por una puerta secreta la conducia al interior de la casa.

Los pasos que se habian oido eran los de don Juan de Silva, que, habiendo vuelto a esa hora a la casa, se habia marabillado de no encontrar una sola luz encendida; i como vivia alerta, velando por el honor de su amigo, se sintió en el primer momento receloso de las tinieblas que le rodeaban.

El hidalgo entró resueltamente en el aposento de Leonor, donde habia sentido cierto movimiento sospechoso i aun ruido de voces, que lo confirmaron en sus recelos; i así, a oscuras como estaba, su espada se cruzó con la de don Luis.

—¡Ira de Dios! exclamó el hidalgo, ¡puede escapársemе! i retrocediendo cerró tras sí la puerta con estrépito; i una vez en el pasadizo, que por medio dividia aquella parte del palacio, dió voces pidiendo luz.

En esos momentos apareció Leonor, haciendo la desecha.

—Luces! gritó tambien la esposa de Almeida, a quien Sirena acababa de instruir sobre la manera cómo debia comportarse en tan apurado trance.

—Luces! volvió a gritar Leonor.

Pero ántes que pudiese ser obedecida por la intelijente Sirena, se sintió de nuevo ruido de espadas. Don Juan lidiaba en el pasadizo con otro hombre que salia del interior.

—¡De esta vez no os escapareis, quien quiera que seais! exclamó el honrado hidalgo.

—¡Don Juan! respondió la voz del otro que lidiaba, i al oir este acento la espada del de Silva volvió a su vaina.

—¿Cómo es esto? ¿vos aquí, don Lope?

—¿I vos con el acero desnudo contra mí, amigo don Juan?

—Buscaba a un hombre que anda por aquí oculto.

—¡Já! ¡já! exclamó con risa sardónica don Lope; mal buscador sois, pues ese hombre era yo!

—¡Cómo! ¿vos?

—Sí, yo.

—¿I cómo no respondísteis a mis preguntas?

—No os conocí en la oscuridad, i ¡vive Dios! que me admiré de ver que otro hombre me pedia cuentas de lo que hacia en mi propia casa.

—Os repito.... ¡Vaya! ¡es mui extraño lo que pasa!

—Dejemos, don Juan, la cosa; retiraos, i ya que tanto porfiais, yo rejistraré mi casa para que nadie quede con temor.

—¡Solo, señor! balbució Leonor interponiéndose entre su esposo i la puerta del aposento donde estaba encerrado don Luis.

—Retiraos adentro, señora, respondió don Lope; i vos, don Juan de Silva, cuidad de que este fantasma no se os escape por esta puerta.

I diciendo esto, el noble portugués tomó una vela que traia Sirena i penetró con la espada desnuda en el aposento de su mujer, cuya puerta cerró detras de sí.

Por la parte de adentro esperaba a don Lope un caballero embozado hasta las cejas i pronto a vender cara su vida, segun lo indicaba su apostura i el acero que empuñaba su diestra.

—No os encubrais, dijo al entrar el de Almeida.

—Detened, señor, la espada, contestó el embozado; i aunque las apariencias me condenen, no me juzgueis sin oirme.

—El lugar en que os hallo.... pero ¿quién sois?

—Soi un noble de Castilla i mi nombre es don Luis de Benavides. Un lance amoroso de que resultó un duelo, en que dí muerte a mi enemigo, me hizo dejar mi patria i hace tiempo estoi en Lisboa, donde he ofrecido mi espada a vuestro noble i heróico rei. Don Sebastian me ama i me proteje, i he vivido tranquilo hasta hoi, en que tres hombres, sin duda pagados por la familia del muerto, me han atacado a las puertas de vuestro palacio.

—¿I os refujiásteis en él? preguntó Almeida con ironía.

—Sí tal; i en la oscuridad que reinaba pude hallar este aposento, que me ha servido de sagrado. Esta es mi historia, jeneroso don Lope. Ahora, disponed de mí.—

El portugués escuchó toda esta relacion sin que se contrajese un solo músculo de su frente. Nadie al verlo habria creido que su corazon estaba hecho un volcan i que callaba en ese instante para realizar mas tarde una venganza terrible i sombría. Tal era su serenidad, que don Luis se creyó salvo; i mucho mas se afirmó en esta idea cuando don Lope tomó la palabra para responderle.

—Valiente castellano, dijo el esposo de Leonor: conocia vuestro nombre aunque ignoraba del todo vuestras desgracias. Huélgome en el alma de que mi casa os haya servido de refujio para

libraros de una indigna traicion; i a ser soltero, os albergaria en ella miéntras quisiéseis honrarme. Pero, ya que esto no me es dado, disponed como querais de mi espada i mi fortuna. Ahora es fuerza, añadió, que salgais de aquí; i como pueden estar aguardándoos vuestros enemigos a la entrada de mi palacio, os sacaré sin que nadie os vea por una puerta que da a una callejuela solitaria, donde, a no ser mui prevenidos los que os persiguen, estoi seguro que nadie os esperará.

—¿No pensareis mal de mí por haberme hallado en este aposento?

—¿I qué puedo pensar de vos?.... Con dos fines puede un hombre introducirse en una casa honrada; para robar el dinero o para robar la honra. Sois noble i sé que no vendriais en pos de mis riquezas, i si llegara a pensar que veniais a manchar mi nombre.... ¡qué digo a pensar! si llegara siquiera a imajinar que álguien atentara contra mí honor, ése no tendria vida que no le quitara; perseguiria su alma hasta en el otro mundo; porque caballero,.... pero ¿qué estoi diciendo? Salid señor, i seguidme; que con vos no reza nada de lo dicho.—

Aqui concluyó don Lope i tomando el candelero que miéntras hablaba habia dejado sobre una mesa, abrió la puerta secreta por donde ha poco habia salido Leonor e hizo señas a don Luis de que lo siguiera.

Luego que hubo dejado al castellano en el sitio donde le habia prometido, volvió a buscar a su esposa.

Estaba tan sereno como si nada hubiese pasado.

—Señor, balbuceó la jóven; supongo que ni por un instante me habreis creido culpada en este desagradable lance.

—¿Cómo podria imajinar nada contra vos quien os ama como yo?

—Temí que en un arrebato inconsiderado....

—Callad, Leonor, ¿a qué esas disculpas ociosas? no os basta ser mi esposa para que nada malo se me ocurra de vos? Era un pobre hidalgo que huia de unos asesinos que lo esperaban para matarle; se ha fiado de nosotros i era preciso favorecerlo. Esto es todo. Cuidado, añadio el portugues; cuidado Sirena, que ni el mismo don Juan sepa lo que acaba de pasar.

A poco rato don Juan volvia todo confuso. Habia rejistrado la casa sin hallar al presunto escondido. Sin embargo no le quedaba duda que no era el de Almeida el individuo que poco ántes estaba en el cuarto de Leonor.

VIII.

Aquella misma noche recibió don Lope una nueva que le causó grandísimo pesar. Su noble tio don Bernardino de Almeida, el amable anciano que habia conducido a Leonor de España a

Portugal, habia caido repentinamente enfermo i sus deberes de pariente i agradecido lo llamaban a asistirlo en su última hora. Tan súbito fué el accidente, que cuando don Lope llegó a la casa, el viejo caballero era ya un cadáver.

Las dilijencias del entierro con sus complicadas ceremonias entretuvieron a don Lope tres largos dias durante los cuales pudo disfrazar con el dolor que le causaba el pérdida de un deudo tan venerado el sombrío resentimiento que ajitaba su alma.

Su rostro contraido no revelaba a Leonor nada funesto; Sirena comenzaba a reir del susto pasado; solo don Juan no esta tranquilo. Don Juan conocia demasiado a su amigo, sabia leer en su corazon i temia mucho el estallido terrible de los celos.

Pero pasó una semana i nada acontecia de notable en el palacio. Don Juan veia a Almeida mas galan i afectuoso que nunca con su esposa, i esto lo espantaba mas, aunque ya por motivos mui diversos.

Para don Juan, si su amigo no habia sido ya herido en su honra, si su mujer no lo engañaba vendiendo vilmente su amor al desconocido de pocas noches ántes, esto no tardaria en suceder. Llegado este evento ¿que le tocaba hacer a él, amigo i favorecido del ultrajado esposo? ¿Podia tolerar impasible su afrenta? ¿Podia vengarlo? ¿Pero la venganza tomada por la mano suya borraria la mancha que recaia sobre su amigo? Nó; para que don Lope quedara con honra era preciso que el mismo hundiera su espada en el pecho de su ofensor, de otro modo este podria citarlo en los corros de las murmuradores como el tipo indigno de un marido paciente.... ¡I don Lope no daba un paso en el camino de la venganza! ¡I persistia aun en prodigar a su esposa las muestras del afecto mas fino! Esto era inconcebible. Sin duda el hidalgo creia inocente a Leonor i este engaño no debia existir.

Mucho cavilaba don Juan sin salir del laberinto de sus pensamientos, llegando al fin a convencerse de que Almeida obraba de esa manera porque ignoraba del todo su situacion.

Dado este caso, surjia una cuestion espinosísima para el puntoso hidalgo ¿deberia o no decirle lo que pensaba?

Sus ideas sobre el honor i la gratitud le decian que sí; pero, por otra parte no se le ocurria el medio de revelar a don Lope que existia un hombre que lo creia deshonrado. Si tal le decia el hidalgo lo tomaria a ofensa; si se resolvia a callar, su conciencia le haria un eterno reproche.

Tales eran las ideas de aquel siglo. La venganza por la honra estaba erijida en una segunda relijion, en cuyos altares debian inmolarse víctimas sangrientas. Poco importaba que el cristianismo condenase estos principios i que las leyes castigasen severamente a los duelistas. El ofendido debia vengarse; de lo contrario, su nombre quedaba manchado para siempre.

Despues de mucho pensarlo, don Juan llegó a hallar un modo

de salir del paso sin ofender la puntillosa suceptibilidad de su amigo. Vamos a ver cómo se portó en tan difícil lance.

IX.

Al dia siguiente debia darse al mar la grande armada que conducia al Africa el florido ejército que llevó don Sebastian a perecer a manos del moro. Desde la mañana se notaba en todo Lisboa un movimiento inusitado. Las tropas estaban embarcadas ya, pero era incalculable el jentío que desde ántes del alba se ocupaba en trasportar a bordo provisiones i equipajes, magníficos caballos de guerra, armas relucientes i mil otras preseas con que los orgullosos portugueses pensaban engalanarse el dia del triunfo.

No habia casa noble que no enviase a aquella funesta expedicion algunos de sus miembros mas queridos. Todo era confusion i órdenes dadas acá i allá, para los últimos arreglos. Familias hubo que se arruinaron para equipar a su primojénito que marchaba a servir al rei en la jornada. Nadie pensaba ni remotamente en un funesto reves. Nó, la guerra de Africa no seria sino un paseo triunfal, en que las armas del rei fidelísimo conquistarian nuevos i preciados laureles. La locura caballeresca de don Sebastian habia invadido a todos sus vasallos.

Don Lope de Almeida iba a partir tambien i habia anunciado a su esposa su irrevocable resolucion de acompañar al monarca.

Leonor mostraba un verdadero sentimiento, porque apreciaba a su esposo en mucho i necesitaba de su apoyo en las difíciles circunstancias que la rodeaban.

Pero el marido se habia manifestado inflexible i no era fácil ponerle objeciones.

Si Leonor sentia esta tenacidad, don Juan se desesperaba con ella, no pudiendo ver sin profundo disgusto los preparativos ostentosos que se hacian para la marcha.

—¿Cómo se marcha este hombre decia; será posible que esté tan ignorante de lo que pasa a su alrededor? ¿Será inevitable, pues, que le abra los ojos?

X.

—Preocupado os veo, don Juan, dijo aquel dia Almeida a su amigo, cuyo ceño lo traia inquieto.

—¿Estamos solos? preguntó éste mirando a todos lados.

—Sí, amigo mio; pero ¿a qué estas precauciones? Sin duda vais a decirme algo grave.

—Efectivamente; tengo que consultaros un caso de honor.

—¡Un caso de honor! repitió Almeida palideciendo súbitamente.

—Un amigo me ha consultado sobre él i quiero saber cómo pensais, para darle una respuesta acertada.

—¿I qué es ello?

—Un lance ocurrido en estos dias, una de esas disputas de juego que provocan mil veces resultados sangrientos. Eran dos hidalgos que se indispusieron de repente formando una acalorada gresca en la que apénas se oian las voces del uno i del otro. En medio de su exaltacion, uno de ellos lanzó al otro un ¡mientes! que su rival no alcanzó a oir. Alguien dice, sin embargo, que lo oyó i un amigo del ofendido que se interesa por su honra, me pregunta ahora si deberá o no revelarle lo que su contrario le dijo i lo que se murmura de él en la ciudad. ¿Qué debo responder a esta duda? porque el que me consulta añade que, callando, padecerá la honra de su amigo, i, si se lo dice, el otro talvez lo tomará a ofensa. Vois que sois un espejo de lealtad i de honor ¿cómo resolveriais esta cuestion?

Don Lope comprendió al punto la astucia honrada de don Juan, viendo con dolor que su desgracia no era un secreto i que el mejor amigo que tenia en la corte calificaba desfavorablemente su reserva. ¿Su aparente calma que no era sino una máscara para mejor preparar la venganza, habia durado quizás demasiado tiempo? Trabajo le costó dominarse, pero consiguiólo al fin, i despues de meditar un poco, decidió de este modo el difícil caso de honra que se le proponia.

—Don Juan de Silva, respondió Almeida: el caso es epinoso pero podeis con toda seguridad responder a vuestro amigo que es imposible que un hombre esté injuriado e ignore al propio tiempo su ofensa. Si calla por cobarde, justa es su deshonra, i si guarda sus golpes para lanzarlos mas tarde con mano mas certera, no es justo impulsarlo hoi por donde no debe.

Yo, de mí, puedo deciros: que si un amigo cualquiera, que si vos mismo, don Juan, que sois como mi hermano, vinierais a hacerme una adverteneia de esa clase, no acabariais de hablar, porque os mataria en el acto.

I sin aguardar respuesta, el celoso hidalgo volvió la espalda dejando a su amigo solo en el aposento.

Desde este instante, don Juan de Silva no abrigó duda alguna de que la honra de Almeida se lavaria en un mar de sangre.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Concluirá.)

MUERE DE AMOR.

(A FRANCISCO CONCHA CASTILLO.)

Bebiendo aromas iba Inocencia,
Buscando amores de flor en flor;
—¿Cómo te llamas, de qué naciste?
Dijo a una blanca que acaso halló.
—Nací de la sonrisa
—De una alma de mujer.
Eres mas pura, dijo Inocencia,
Mas que mi sér.
De entónces vaga siempre celosa
Entre los labios de la mujer,
Siempre sonrisas buscando aleve
Que descuidadas pueda vencer.
I cuentan los rumores
Cuando hablan de candor,
Que la Inocencia siempre vencida,
Muere de amor.

Santiago, setiembre 26 de 1875.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

ESCRITORES COLOMBIANOS.

ANTONIO MARÍA AMÉZQUITA.

Nació el 13 de junio de 1820, en el Estado de Boyacá.

Los estudios de literatura, filosofía i ciencias eclesiásticas los hizo en el colejio de San Buenventura, hasta obtener los grados de doctor en teolojía i cánones, en la Universidad central, en 1837.

Posteriormente se consagró al estudio de la política i de la jurisprudencia, en los colejios del Rosario i San Bartolomé i en el de Boyacá, hasta obtener tambien el grado de doctor i el título de abogado en 1850.

La Universidad pontificia lo recibió en su gremio en 1858.

Ha escrito i publicado lo siguiente:

Un discurso panejírico del jeneral Juan José Neira.

Una oracion fúnebre al doctor Manuel Várgas Gallo.

Otra id. al señor Arzobispo Manuel José Mosquera.

Otra id. al señor Manuel de la Mota López.

Otra id. al Ilustrísimo doctor frai Bernabé Moya.

Otra id. al doctor Bernardo M. de la Mota.

Otra id. al doctor José M. Malo Blanco.

Otra al señor Obispo doctor J. Manuel García Tejada.

Otra al señor José M. Vergara i Vergara.

Otra a los relijiosos franciscanos muertos desde la expulsion hasta 1871.

Otra al padre frai Venancio López.

Otra al señor Pedro Fernandez Madrid.

Otra al Ilustrísimo señor Arzobispo Herran.

Un panejírico del 20 de julio, en 1872.

Otro en el año de 1874.

Otro sobre misiones, 1866.

Otro de San Agustin, 1871.

Otro de id. id. en 1872.

Otro de id. de Santo Domingo, 1873.

Tambien ha escrito los folletos:

Disertacion sobre tuicion eclesiástica, Refutacion al padre Pasaglia, Fariseismo católico, Esposicion de A. M. Amézquita, Inconsecuencias de A. M. Amézquita o sea vindicacion de su conducta como provisor i sacerdote, El clero i sus detractores, Una defensa del señor Arzobispo Mosquera o sea contestacion al folleto: "El Arzobispo de Bogotá ante la nacion" i por último una Disertacion sobre jerarquías católicas.

Ha sido tambien colaborador de los periódicos: La Prensa, El Conservador i La Ilustracion.

En su carrera de empleado ha desempeñado los siguientes destinos: miembro de los cámaras lejislativas, ocho veces, i vice-presidente del senado en 1858, diputado a varias asambleas de Boyacá, rector del colejio del mismo Estado, dean de la catedral de Cartajena i vice-director del colejio de San Antonio de Padua en Tunja.

ESTANISLAO VERGARA.

Nació en Bogotá, el 7 de mayo de 1790.

Se graduó de abogado el 2 de julio de 1812.

En 1836 se propuso publicar, en compañía del doctor José Duque Gomez, un estracto de la obra de derecho romano de Lackis, Cavalario i Fleuri, que sirviera para el estudio de la juventud.

Fué redactor del periódico La Bagatela, que apareció durante un año (de 1852 a 1853) i cuya coleccion se halla en la Biblioreca Nacional.

Murió en esta ciudad el 11 de octubre de 1855.

SECUNDINO ALVAREZ M.

Nació en Purificacion (Estado del Tolima) el 1.° de julio del año de 1830.

Hizo sus estudios en los colejios del Rosario i San Bartolomé hasta obtener el título de doctor en jurisprudencia el 14 de julio de 1851.

Despues se consagró al estudio de la medicina alópata; i mas tarde dejó de practicar ésta, para ejercer decididamente la homeopatía.

Ha desempeñado los destinos de alcalde i jefe municipal de Bogotá, jefe departamental de Purificacion i de Vélez, prefecto del territorio de Bolívar, secretario de hacienda en el Tolima, diputado a las lejislaturas del Tolima i Santander, juez parroquial, juez de circuito, secretario i majistrado de la corte suprema nacional, etc. En la milicia ha obtenido los grados desde cabo hasta coronel.

Ha publicado la Nueva Citolejia, Lecciones de ortografía española, Las guerras de Itamol (novela histórica que quedó sin concluir) Decisiones judiciales o estudios sobre el derecho patrio (que está en prensa) i el Manual de medicina homeopática del doctor Salvador M. Alvarez, en el cual colaboró para terminar la obra i darla a luz. Tiene inéditos algunos trabajos, entre ellos dos traducciones del frances: Tierra i cielo de Juan Reynaud i Espíritu, Fuerza i Materia, Nuevos principios de filosofía médica, por Chauvet.

Ha colaborado en varios periódicos, firmando siempre con algun seudónimo.

Isidoro LAVERDE A.

INDICE DEL TOMO IX.

DESDE EL 6 DE ABRIL HASTA EL 6 DE OCTUBRE DE 1875.

AGUIRRE VARGAS, CÁRLOS.

El peor de los tiranos 441
La historia de un sacrilegio 630
Apropósito de restauracion gramatical 641

AGUIRRE VARGAS, VICENTE.

Margarita 533
Acto literario-musical de la casa del Patrocinio de San José 721

ALDUNATE S., CÁRLOS.

El amor de un indio 161

AMIR.

Frai Vicente Solano 910

ANADON, LORENZO.

A la Libertad, poesía 436
Al patriotismo. id 475

ANONIMOS.

Mesa revuelta 39
A la señorita Quiteria Varas, poesía 895
Un legado de los padres de la Patria 959
Mesa revuelta 975
Juan Zorrilla de San Martin 984

ARAYA E., Ramon A.

Pensando en mi madre, poesía 143
Ventajas del jenio, id 618
Hojas sueltas, poesía 980
A una rosa, poesía 1008

ASENSIO, José María.

¿Puede traducirse el *Quijote?* 301

BALLESTEROS, José Ramon.

Un soldado como pocos 18
Los repiques de un sacristan 321
Entre locos 457

BARRIGA, Juan Agustin.

Martinez Monroy 460
Melodias, poesía 862

BERRO, Cárlos A.

Una venganza de Francisco S. Lopez 332
Bibliografía 891

BUSTAMANTE DE BAEZA, Hortencia.

Las flores de la esperanza, poesía 607
En la muerte de Mercedes Cifuentes de Zorrilla, poesía 704

CABALLERO, Fernan.

Juan Soldado 33

CARRASCO, Rosendo.

Leyenda, poesía 23
Id., id. (continuacion) 56
Id., id. (id.) 115
Id., id. (id.) 144
Id., id. (id.) 173
Id., id. (id.) 211
Id., id. (id.) 261
Id., id. (conclusion) 287
Cristo, poesía 716
A la luna, id 806

CASANI, José.

Los fundadores de la Academia Española 705

CIFUENTES, Abdon.

Dedicatoria del acto literario-musical del 15 de agosto..... 723

CONCHA CASTILLO, Francisco.

¡Fué un sueño! poesía..... 339
La Hermana de la Caridad, poesía..... 756
Epigramas, poesías..... 864

CORDERO, Luis.

Comunicacion sobre el célebre Padre Solano..... 961

CUERVO, Rufino José.

Obras de Virjilio traducidas por M. A. Caro..... 509
Id. id. id. id. id. (continuacion)..... 549
Id.. id. id id. id. (conclusion)..... 681

CUETO GUZMAN, Enrique.

Un tema que no es tema..... 1001

DUPANLOUP, Iltmo. Sr.

Estudio sobre la francmasonería..... 693
Id. id. id. (continuacion)..... 761
Id. id. id. (id.) 814
Id. id. id. (conclusion)..... 841

ENRIQUEZ URBETA, Gonzalo.

En el cementerio, poesía..... 519

ERRAZURIZ, Crescente.

Contesto una carta..... 610

FABRES, José Sotéro.

El Amor, por Michelet..... 388
Refutacion a El Amor..... 904

FOLGUERA, José Martí.

Intimas, poesía..... 478

GARMENDIA REYES, Rafael.

Lijeras reflexiones sobre la idea de un congreso americano..... 465

GAUTIER, Leon.

Cómo se hizo cristiano el mundo..... 709

GUMUCIO, Rafael B.

Ortografía de Sarmiento 401
El señor don Evaristo Gandarillas 521
Bibliografía sud-americana 713
Una institucion católica 743

GUTIERREZ M., J. Ramon.

La fortaleza de la Imperial 552

HERRERA, Guillermo.

Suscricion de la Academia de Bellas Letras a la estátua de don Andres Bello, bibliografía 79
Cróquis de un artículo 954
Las siete obras de misericordia 987

LARRAIN, Alejandro.

El catolicismo i el saber 724

LARRAIN C., Raimundo.

Aspiraciones, poesía 296
Paseo de Santiago, poesía 885
¡No era un sueño! id 951

LA REDACCION.

Diccionario de chilenismos, por Zorobabel Rodriguez bibliografía 200
Historia de Santa Mónica, por el abate Bougaud, traducida del frances por Ruperto Marchant Pereira, bibliografía 440
Triunfo literario 519

LAVERDE A., Isidoro.

Escritores colombianos 837
Id. id. 880
Id. id. 918
Id. id. 995
Id. id. 1030

LEICHTY, Reinhard.

La Iglesia Católica 981

LEMOINE, Joaquin.

Mi vecina, poesía 369

MALDONADO, Abel.

Las flores, poesía 547
Al morir, id. 570
Pobre i huérfana, poesía 799

MANDIOLA, Rómulo.

La feria de las vanidades 105
Id. id. id. (conclusion) 149
Diccionario de chilenismos, por Zorobabel Rodriguez (art. I) 220
Id. id. id. id. id. (art. II) 270

MARCHANT PEREIRA, Ruperto.

El último dia de Polonia, drama 5
Id. id. id., (continuacion) 41
Id. id. id., (id.) 81
Id. id. id., (conclusion) 121
Un ánjel 191
El reverso de la medalla, comedia 241
El huérfano, drama 392
La vida 619
Ordenes relijiosas 752

MERA, Juan Leon.

Libros prestados 900
Dies iræ, poesía 1005

MITRE, Bartolomé.

Las sarjentos de Tambo Nuevo 354
El negro Falucho 363

MOLINA, Justo.

En el cumpleaños del niño P. N. R. Frédes, poesía 689
Hora triste, poesía 927

MONTERO, Julio M.

Mujer, poesía 531

MUNITA GORMAZ, Camilo.

Recuerdos, poesía 399

NERCASSEAU MORAN, Enrique.

Marcelo 307
La soledad 362
Una nueva edicion de la Gramática del señor don Andres Bello 449
Id. id. id. id. id. id. (continuacion) .. 481
Id. id. id. id. id. id. (id.) .. 524
Id. id. id. id. id. id. (id.) .. 587
Id. id. id. id. id. id. (conclusion) .. 634

OLIMPIO.

Curiosidades 921

OLIVAN, Alejandro.

Discusion gramatical 427

ORTIZ, Juan Francisco.

Un puente i una plaza..... 831

PALACIOS, Fidel.

La caridad, poesía..... 964

PALMA, Ricardo.

El justicia mayor de Laicacota..... 297
Despues de Dios, Quiros..... 504
Dónde i cómo el diablo perdió el poncho..... 788

PRIETO, Aurora Ester.

Adios de lord Byron a Inglaterra..... 414

RENCORET, Frai Benjamin.

Arqueolojía americana..... 865

REVISTAS BIBLIOGRAFICAS.

Abril..... 192
Mayo..... 361
Junio..... 490
Julio..... 719
Agosto..... 876

RIVEROS, Juan Francisco.

Ignacio de Loyola, poesía..... 462
Beneficencia humana del catolicismo..... 734

RODRIGUEZ, Zorobabel.

Curiosidades etimolójicas..... 801

ROJAS, Juan Ramon.

Canto sobre la reconquista de Buenos Aires..... 621
Id. id. id. id. id. (conclusion)..... 645

SAAVEDRA, José Ramon.

Los bandidos..... 601

SALAS E., Juan R.

La casita blanca, poesía..... 229
¡Tú, tú, solo tú! id..... 294
Presajios de tempestad, poesía..... 502
La flor i la mariposa, id..... 530
Un jenio, un hombre absurdo i un perro..... 930
La palabra májica, poesía..... 973

SALAS E., RAIMUNDO.

Descripcion jeneral del Universo 137
Id. id. id. (conclusion) 193
Viaje de las virtudes 419

SANFUENTES, ANÍBAL.

Un estado singular 567
La levita de mi amigo N. N. 707

SELGAS, JOSÉ.

La caridad moderna 68

SMITH, JORJE.

Pio VII i Napoleon Bonaparte 571
Id. id. id. (continuacion) 638
Id. id. id. (conclusion) 664

SMITHSON, ANA.

Cuéntame un cuento, poesía 608

SOLANO, FRAI VICENTE.

Literatura americana 914
Id. id. 935
Id. id. 967

SOLAR, ENRIQUE DEL.

Pedro Crespo 94
Id. id. (continuacion) 129
Id. id. (id.) 182
Id. id. (id.) 201
Id. id. (conclusion) 254
La Virjen de la Viña, poesía 370
Id. id. id. (conclusion) 408
El pescador de Arica 492
El misionero, poesía 741
La venganza de un patriota 896
Don Lope de Almeida 1009

IRIZARRI, HERMÓJENES.

A la señorita Quiteria Varas, poesía 894

TEJADA, TEMÍSTOCLES.

¡Ai! ¿para qué vivir? poesía 566
La primera muerte 583
La campana de la aldea, poesía 835
¡Yo te he visto llorar! poesía 960

TRUEBA, ANTONIO DE.

Casilda 75

VARAS, Quiteria.

A mi amigo Hermójenes Irizarri, poesía 894

VERGARA ANTUNEZ, Rodolfo.

La nave de la Iglesia, poesía 71
La agonía del Huerto, id. 828
El cura del campo, id. 956

VERGARA DONOSO, José Francisco.

Bibliografía 317
Id. 389
Investigacion histórica acerca de un filósofo del siglo XV 656
Bibliografía 793

VERGARA I V., José María.

Jacinta 341

VIAL SOLAR, Javier.

El peuquen 232
Camino del cielo, poesía 337
Recuerdos, poesía 582
El hombre sin Dios, poesía 732
El ermitaño de Potosí 777
Id. id. id. (conclusion) 807

ZAPIOLA, José.

Noticias menudas 561

ZORRILLA DE SAN MARTIN, Juan.

El último dia de Polonia, bibliografía 281
¡1 de mayo de 1875! poesía 330
El dolor, poesía 749
Orillitas queridas, poesía 786
Leyendas i tradiciones, por Enrique del Solar, bibliografía 881
Muere de amor, poesía 1030

FIN DEL TOMO IX.